ROBERT GALBRAITH

UN CORAZÓN TAN NEGRO

un nuevo caso de CORMORAN STRIKE



Annotation

Cuando Edie Ledwell, desesperada y desaliñada, se presenta en el despacho de Robin Ellacott, la detective privada no sabe muy bien qué pensar. Edie, cocreadora de la popular serie de dibujos animados Un corazón tan negro, está siendo acosada por internet por un misterioso personaje llamado Anomie, del que está desesperada por descubrir su identidad. Robin decide que no puede ayudarla y no vuelve a pensar en ello hasta que, unos días más tarde, Edie aparece asesinada en el cementerio de Highgate, el escenario de la serie. Robin y su socio Cormoran Strike se ven entonces envueltos en la búsqueda de Anomie, un caso que pone a prueba sus poderes de deducción y los expone a una amenaza insospechada.

ROBERT GALBRAITH

Un corazón tan negro

Cormoran Strike Nº6

Traducción de Gemma Rovira Ortega

Salamandra

Título Original: *The Ink Black Heart*
Traductor: Rovira Ortega, Gemma

ISBN: 9788419346100
Generado con: QualityEbook v0.87

ROBERT
GALBRAITH

UN CORAZÓN TAN NEGRO

Traducción del inglés de
Gemma Rovira Ortega



Índice

Para Steve y Lorna,
mi familia, mis amigos
y dos baluartes contra la anomia,
con amor

Hay dos formas de oscuridad. Una es la Noche...
La otra es la Ceguera.

MARY ELIZABETH COLERIDGE
Duda

PRÓLOGO

Las heridas del corazón son a menudo mortales, pero no necesariamente.

HENRY GRAY FRS,
Anatomía de Gray

1

¿Por qué dejaste que tus ojos se posaran en mí
y contuviste la respiración?
Por mucho tiempo que pase
ya no podremos fingir que eso no sucedió.

MARY ELIZABETH COLERIDGE, *Un momento*

De todas las parejas que había en el bar Rivoli del Ritz aquel jueves por la noche, la que mejor se lo estaba pasando, sin lugar a dudas, en realidad no era una pareja..

Cormoran Strike y Robin Ellacott, detectives privados, socios y mejores amigos confesos, estaban celebrando el trigésimo cumpleaños de Robin. Habían llegado algo cohibidos al bar, que parecía un joyero *art déco*, con esas paredes de madera oscura llenas de ornamentos dorados y los paneles decorativos de cristal Lalique, pues eran conscientes de que aquel encuentro no tenía precedente en los casi cinco años que hacía que se conocían. Era la primera vez que decidían pasar una velada juntos fuera del trabajo sin que intervinieran otros amigos o colegas y sin la excusa de una herida (hubo otra ocasión, semanas atrás, cuando Strike, sin querer, le dejó los dos ojos morados a su socia y la invitó a un curry para llevar a modo de disculpa).

Ambos habían dormido bastante bien, lo que aún era más inusual, así que tenían muy buen aspecto. Robin llevaba un vestido azul ajustado y el pelo rubio rojizo recién lavado y suelto, y su socio se había percatado de las miradas de admiración que, al pasar, había recibido de los clientes masculinos del local. Él ya había elogiado el ópalo que adornaba el hueco de la base de su cuello, un regalo de los padres de Robin por su trigésimo cumpleaños. Los diminutos brillantes que lo rodeaban formaban un halo reluciente bajo las luces cálidas del bar y, cada vez que Robin se movía, en el fondo del ópalo centelleaban chispas de un rojo intenso.

Strike llevaba su traje italiano favorito con una camisa blanca y corbata oscura. Al haberse afeitado la barba que se había dejado crecer hacía poco, su parecido con un Beethoven con la nariz rota y un poco de sobrepeso se había acentuado, pero la sonrisa cariñosa de la camarera cuando le sirvió su primer Old Fashioned le recordó a Robin lo que la nueva mujer de su ex marido, Sarah Shadlock, había dicho en una ocasión del detective: «Tiene un atractivo muy peculiar,

¿verdad? Va como desaliñado. Pero a mí eso nunca me ha importado.»

Qué mentirosa era: a Sarah le gustaban los hombres guapos y pulcros, como había demostrado con la implacable y finalmente fructífera persecución a la que había sometido a Matthew.

Sentados frente a frente en sendas sillas con estampado de leopardo en su mesa para dos, al principio Strike y Robin habían atenuado su ligera turbación hablando de trabajo. Mientras charlaban sobre los casos que en ese momento llevaba la agencia de detectives, se habían tomado cada uno un potente cóctel, y sus risas, cada vez más sonoras, habían empezado a llamar la atención tanto de los camareros como de los clientes. Al poco rato, Robin tenía los ojos brillantes y las mejillas ligeramente sonrojadas. Incluso Strike, que era mucho más corpulento que su socia y aguantaba muy bien la bebida, había ingerido suficiente bourbon como para sentirse alegre y ligero.

Después del segundo cóctel, la charla se volvió más personal. Strike, que era el hijo ilegítimo de un famoso cantante de rock al que sólo había visto dos veces, le contó a Robin que una de sus hermanastras, Prudence, quería quedar con él.

—¿Qué hermana es? —preguntó Robin. Sabía que el padre de Strike se había casado tres veces, y que su socio era el resultado de la relación de una sola noche con una mujer que la prensa solía describir como una «supergroupie», pero tenía una idea un tanto vaga del resto del árbol genealógico.

—Es la otra ilegítima —dijo Strike—. Es algo más joven que yo. Su madre era aquella actriz, Lindsey Fanthrope, ¿te suena? Una mulata. Ha salido en todas partes: *EastEnders, The Bill*...

—¿Y tú quieres ver a Prudence?

—No estoy seguro —admitió Strike—. No puedo evitarlo: tengo la impresión de que no doy abasto con tanta familia. Y además es terapeuta.

—¿De qué escuela?

—Junguiana.

La expresión del detective, que combinaba recelo y desagrado, hizo reír a Robin.

—¿Qué tiene de malo ser psicóloga junguiana?

—No lo sé. Me cayó bastante bien cuando leí sus mensajes, pero...

Tratando de dar con las palabras adecuadas, la mirada de Strike fue a parar al panel de bronce de la pared que Robin tenía detrás, y que representaba a Leda desnuda siendo fecundada por Zeus metamorfoseado en un cisne.

—Verás, me dijo que para ella tampoco fue fácil tenerlo de padre. Pero cuando me enteré de cómo se gana la vida...

Dejó la frase sin terminar y dio otro sorbo de bourbon.

—¿Pensaste que no era sincera?

—No, no que no fuese sincera, exactamente… —Strike soltó un suspiro—. Es que ya he tenido que aguantar que varios psicólogos de pacotilla me expliquen por qué vivo como vivo y lo atribuyan todo a mi familia, por llamarla de alguna forma. En uno de sus mensajes, Prudence decía que, para ella, perdonar a Rokeby había sido «curativo». ¡Eh, pero a la mierda! —dijo de pronto Strike—. Es tu cumpleaños, hablemos de tu familia. ¿De qué trabaja tu padre? Nunca me lo has contado.

—¿Ah, no? —Robin pareció un poco sorprendida—. Es catedrático de medicina, producción y reproducción de ovejas.

Strike se atragantó con el cóctel.

—¿Te parece gracioso? —preguntó Robin arqueando las cejas.

—Perdona —se disculpó Strike tosiendo y riendo a la vez—. Es que no me lo esperaba.

—Pues que sepas que es una eminencia —dijo Robin, ofendida.

—Catedrático de Medicina y… ¿cómo era?

—Medicina, producción y repro… ¿Por qué te hace tanta gracia? —preguntó Robin al ver que Strike se echaba a reír otra vez.

—No lo sé, a lo mejor es lo de «producción» y «reproducción». Y también lo de las ovejas.

—Detrás de su nombre hay cuarenta y seis letras. Una vez las conté, cuando era pequeña.

—Impresionante. —Strike tomó otro sorbo de bourbon e intentó ponerse serio—. ¿Y a raíz de qué se interesó por las ovejas? ¿Fue un interés temprano o lo cautivó especialmente alguna oveja a la que…?

—¡No se las folla, Strike!

Las nuevas risotadas del detective dieron pie a que se giraran varias cabezas.

—Su hermano mayor heredó la granja familiar, así que mi padre estudió veterinaria en Durham, y sí, se especializó… ¿Quieres parar de reír? También dirige una revista.

—Dime que es sobre ovejas, por favor.

—Pues sí. *Gestión de ovejas* —dijo Robin—. Y antes de que me lo preguntes: no, no incluye ninguna sección fotográfica del tipo «Las ovejas de nuestros lectores».

Esta vez la carcajada de Strike resonó por todo el bar.

—Contrólate —dijo Robin, sonriendo pero consciente de que mucha gente los estaba observando—. A ver si éste va a ser el segundo bar de Londres donde nos prohíben entrar.

—En el American Bar no nos han prohibido entrar, ¿no?

Los recuerdos de Strike de los momentos posteriores a su intento de darle un puñetazo a un sospechoso en el Stafford Hotel eran un tanto confusos, y no porque entonces estuviera borracho, sino porque lo había cegado la ira.

—Quizá no nos hayan prohibido la entrada explícitamente, pero atrévete a volver allí, a ver cómo te reciben.

Robin pescó una de las últimas aceitunas de los platillos que les habían servido con la primera copa. Cormoran ya se había terminado él solo las patatas fritas.

—El padre de Charlotte tenía ovejas —comentó Strike, y Robin sintió aquel leve escalofrío de curiosidad que siempre experimentaba cuando el detective mencionaba a su ex prometida, lo que no sucedía casi nunca.

—¿En serio?

—Sí, en Arran. Tenía un casoplón allí con su tercera mujer. La ganadería era un hobby para él, como te puedes imaginar. Seguro que obtenía alguna deducción de impuestos. Eran unas cabronas del demonio. Me refiero a las ovejas. No recuerdo el nombre de la raza... Eran blancas y negras. Con unos cuernos enormes y los ojos amarillos.

—Jacob, seguramente —dijo Robin y, al ver que Strike sonreía, añadió—: Crecí con una enorme pila de ejemplares de *Gestión de ovejas* al lado del váter, así que es evidente que conozco las diferentes razas. ¿Cómo es Arran?

En realidad, lo que había querido decir era: «¿Cómo era la familia de Charlotte?»

—Bonita, por lo que recuerdo, pero sólo estuve una vez en la casa. No volvieron a invitarme. El padre de Charlotte no quería verme ni en pintura.

—¿Por qué?

Strike se terminó el cóctel antes de contestar.

—Bueno, había varias razones, pero creo que la primera de la lista era que su mujer intentó seducirme.

Robin lanzó un grito de sorpresa mucho más alto de lo que había calculado.

—Como lo oyes. Yo debía de tener veintidós o veintitrés años. Ella, por lo menos cuarenta. Era muy guapa, si te gustan las flacas cocainómanas.

—¿Cómo...? ¿Qué...?

—Habíamos ido a Arran a pasar el fin de semana. Scheherazade, así se llamaba la madrastra, y el padre de Charlotte bebían como cosacos. La mitad de la familia también tenía problemas con las drogas, todas las hermanastras y los hermanastros.

»Después de cenar, nos quedamos los cuatro tomando copas. A su padre yo no le había caído demasiado bien ya desde el principio. Él esperaba algo más aristocrático. Nos habían puesto a Charlotte y a mí en dormitorios separados en diferentes pisos.

»Sobre las dos de la madrugada subí a mi buhardilla. Me desvestí, me desplomé en la cama bastante borracho, apagué la luz y, al cabo

de un par de minutos, se abrió la puerta. Pensé que era Charlotte, como es lógico. La habitación estaba completamente a oscuras. Me aparté, ella se metió en la cama a mi lado...

Robin se dio cuenta de que tenía la boca abierta y la cerró.

—... completamente desnuda. Yo seguí sin enterarme. Ten en cuenta que me había cascado una botella de whisky casi entera. Ella... Bueno, me agarró lo que tú ya sabes...

Robin se tapó la boca con la mano.

—Nos besamos y, cuando me susurró que se había fijado en que yo le había mirado las tetas mientras se agachaba delante de la chimenea, me di cuenta de que estaba en la cama con mi anfitriona. Ya sé que no tiene importancia, pero yo no le había mirado las tetas. Estaba pendiente de ella por si se caía. Iba tan pedo que creí que iba a caerse de cabeza cuando se inclinó para echar un tronco al fuego.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Robin sin quitar la mano de la boca.

—Salté de la cama como si me hubieran puesto un petardo en el culo. —Robin rompió a reír otra vez—. Tropecé con el aguamanil, lo tiré al suelo y rompí una gigantesca jarra victoriana. Ella se limitó a reír. Me dio la impresión de que esperaba que yo volviera inmediatamente a la cama en cuanto me hubiese recuperado del susto. Estaba buscando los calzoncillos a tientas cuando la verdadera Charlotte abrió la puerta.

—¡Dios mío!

—Sí, no le hizo mucha gracia encontrarnos a su madrastra y a mí desnudos en el mismo dormitorio. No sé a cuál de los dos quería matar primero. Los gritos despertaron a sir Anthony, que subió a toda prisa con su batín de brocado. Estaba tan borracho que no se lo había abrochado bien. Encendió la luz y se quedó allí plantado con un bastón con asiento plegable en la mano, y no se percató de que se le veía el nabo hasta que su mujer se lo señaló. «Anthony, estamos viendo a Johnny Winkle», le dijo.

Robin se echó a reír tan estrepitosamente que Strike tuvo que esperar a que se serenara para retomar su relato. No lejos de su mesa, sentado en un taburete de la barra, un hombre de pelo canoso observaba a Robin con una sonrisita en los labios.

—Y entonces, ¿qué pasó? —preguntó Robin entrecortadamente, enjugándose las lágrimas con la diminuta servilleta que le habían llevado con la bebida.

—Bueno, que yo recuerde, Scheherazade no se molestó en justificarse. De hecho, parecía encontrarlo todo muy divertido. Charlotte se abalanzó sobre ella, y yo la contuve. Sir Anthony, por lo visto, opinaba que era todo culpa mía por no haber cerrado con llave la puerta del dormitorio, y Charlotte estaba casi dispuesta a darle la razón. Pero vivir en casas ocupadas con mi madre no me había

preparado para saber qué esperar de la aristocracia. En general, yo diría que la gente se comportaba mucho mejor en las casas ocupadas.

Levantó una mano para indicarle a la sonriente camarera que querían otra copa, y Robin, con las costillas doloridas de tanto reír, se levantó.

—Necesito ir al servicio —dijo sin aliento, y el hombre de pelo canoso que estaba sentado a la barra la siguió con la mirada cuando se alejó.

Los cócteles que se habían tomado eran pequeños pero muy fuertes, y Robin, que se pasaba muchas horas haciendo vigilancia en zapatillas de deporte, ya no estaba acostumbrada a llevar zapatos de tacón. Tuvo que sujetarse firmemente al pasamanos para bajar por la escalera con alfombra roja que conducía a los servicios de señoras más palaciegos que Robin había visto jamás. Estaban decorados con el rosa pálido de un *macaron* de fresa y tenían lavamanos redondos de mármol, un sofá de terciopelo y las paredes adornadas con murales que representaban ninfas de pie sobre los nenúfares de un lago.

Al salir del lavabo, Robin se arregló el vestido y se acercó al espejo para ver si se le había corrido el rímel de tanto reír. Se lavó las manos y pensó en la historia que acababa de contarle Strike. La había encontrado graciosísima, pero también era ligeramente intimidante. A pesar de la amplia variedad de excentricidades humanas que Robin había descubierto desde que trabajaba de detective, muchas de ellas de carácter sexual, a veces se daba cuenta de lo inexperta e ingenua que era comparada con otras chicas de su edad. Su experiencia en el ámbito de las aventuras sexuales era prácticamente nula. Sólo había tenido una pareja. Aunque también era cierto que tenía motivos de sobra —más que otras chicas de su edad— para preocuparse de con quién se metía en la cama. Un hombre maduro con una mancha de vitíligo debajo de la oreja izquierda había asegurado desde el banquillo de los acusados que, a los diecinueve años, Robin lo había invitado a mantener relaciones sexuales en el hueco oscuro de una escalera, y que la había estrangulado hasta dejarla inconsciente porque ella le había dicho que «le gustaban los hombres duros».

—Me parece que a partir de ahora voy a beber agua —dijo Robin cinco minutos más tarde, cuando volvió a sentarse enfrente de Strike —. Estos cócteles son peligrosísimos.

—Demasiado tarde —dijo Strike mientras la camarera les ponía dos copas delante—. ¿Te apetece un sándwich para llenar un poco el estómago?

Le acercó el menú. Los precios eran desorbitados.

—No, mira…

—Si no hubiese estado dispuesto a apoquinar, no te habría invitado al Ritz —dijo Strike haciendo un amplio ademán con el brazo

—. Habría encargado un pastel, pero...

—Ya lo ha hecho Ilsa, para mañana por la noche, ¿no? —especuló Robin.

Al día siguiente, un grupo de amigos, incluido Strike, iban a celebrar el cumpleaños de Robin cenando juntos. Su amiga en común lo había organizado todo.

—Sí. Se suponía que no tenía que decírtelo, así que hazme el favor de hacerte la sorprendida. Por cierto, ¿sabes quién vendrá a la cena? —preguntó Strike. Sentía cierta curiosidad por saber si habría alguien a quien él no conocía, en especial algún hombre.

Robin enumeró a todas las parejas.

—Y tú y yo, concluyó.

—¿Quién es Richard?

—El nuevo novio de Max —contestó Robin. Max era su casero y compañero de piso, un actor que le alquilaba un dormitorio porque necesitaba ese ingreso para pagar la hipoteca—. Estoy empezando a pensar que tendría que marcharme de su casa, por cierto —añadió.

Apareció la camarera y Strike pidió sándwiches para los dos. Luego continuó:

—¿Por qué te lo estás planteando?

—Bueno, a Max le pagan muy bien por su trabajo en ese programa de televisión, acaban de anunciar una segunda temporada, y Richard y él parecen muy enamorados. No quiero esperar demasiado y que tengan que pedirme que me marche. Además... —Tomó un sorbo del cóctel que acababan de servirle—. Tengo treinta años. Ya va siendo hora de que viva sola, ¿no te parece?

Strike se encogió de hombros.

—Yo no creo que sea obligatorio hacer determinadas cosas a determinadas edades. Eso le va mucho más a Lucy.

Lucy era la hermanastra con la que Strike había pasado gran parte de su infancia, porque ambos eran hijos de la misma madre. Lucy y él tenían, en general, opiniones opuestas sobre lo que constituían los placeres y las prioridades de la vida. A Lucy le angustiaba que Strike, que tenía casi cuarenta años, siguiera viviendo solo en dos habitaciones de alquiler encima de su oficina, sin ninguna de las responsabilidades estabilizadoras (esposa, hijos, hipoteca, asociaciones de padres, fiestas de Navidad de compromiso con los vecinos...) que su madre también había esquivado de forma sistemática.

—No sé, yo creo que ya va siendo hora de que tenga mi propio piso —dijo Robin—. Echaré de menos a *Wolfgang*, pero...

—¿Quién es *Wolfgang*?

—El perro salchicha de Max —dijo Robin, sorprendida por el tono cortante de Strike.

—Ah, creía que era algún alemán que habías conocido y que te

gustaba.

—Ja, ja. No.

Estaba bastante borracha, francamente. Confiaba en que los sándwiches sirvieran de algo.

—No —repitió—. Max no es de los que intentan que me líe con alemanes. Y la verdad es que se lo agradezco.

—¿Qué pasa, que hay mucha gente que intenta liarte con alemanes?

—No, con alemanes no, pero... Bueno, ya sabes lo que pasa. Vanessa no para de decirme que necesito hacerme una cuenta de Tinder, y mi prima Katie quiere presentarme a un amigo suyo que acaba de venir a vivir a Londres. Lo llaman «el Hacha».

—¿El Hacha? —repitió Strike.

—Sí, porque se llama... no me acuerdo, pero su nombre suena como «hacha» o algo así. —Robin hizo un gesto vago con la mano—. Se ha divorciado hace poco, y por eso Katie cree que estamos hechos el uno para el otro. Digo yo que por mucho que dos personas se hayan cargado un matrimonio anterior no tienen por qué ser compatibles. De hecho, más bien...

—Tú no te cargaste tu matrimonio —la interrumpió Strike.

—Claro que sí —lo contradijo Robin—. Nunca debí casarme con Matthew. Nuestra relación era un desastre y no hacía más que empeorar.

—El que te puso los cuernos fue él.

—Pero yo era la que no quería estar allí. Yo fui la que quiso poner fin a la relación durante la luna de miel y entonces se echó atrás...

—¿Ah, sí? —dijo Strike, para quien esa información era nueva.

—Sí. En el fondo sabía que aquello no podía funcionar.

Por un instante se transportó a las Maldivas y a aquellas noches calurosas en que paseaba sola por la playa de arena blanca preguntándose si estaba enamorada de Cormoran Strike mientras Matthew dormía en el bungalow.

Llegaron los sándwiches y Robin pidió un vaso de agua. Comieron en silencio durante un minuto hasta que Strike dijo:

—Yo no me haría una cuenta de Tinder.

—¿No te la harías tú o no debería hacérmela yo?

—Las dos cosas —dijo Strike. Ya se había terminado un sándwich y había empezado el segundo, mientras que Robin sólo había dado un par de bocados—. En nuestra profesión no es conveniente aparecer demasiado en las redes sociales.

—Eso fue lo que le dije a Vanessa. Pero ella me dijo que podía usar un nombre falso hasta que encontrase a alguien que me gustara.

—Ya, no hay nada como mentir sobre tu propio nombre para construir una base de confianza sólida —dijo Strike, y Robin volvió a

reír.

Strike pidió más cócteles y Robin no protestó. En el bar ya había más gente que cuando ellos habían llegado, el murmullo de las conversaciones era más fuerte y los cristales de las arañas de luces estaban rodeados por una aureola brumosa. Robin sentía un cariño indiscriminado por todas las personas presentes en el local, desde la pareja de ancianos que hablaba en voz baja y bebía champán a los ajetreados bármanes con su chaqueta blanca y el hombre de pelo canoso que le sonrió cuando ella miró a su alrededor. Y sobre todo sentía cariño por Cormoran Strike, que le estaba regalando un cumpleaños maravilloso, memorable y carísimo.

En cuanto a Strike, que realmente no le había mirado los pechos a Scheherazade Campbell aquel día, estaba esforzándose por ser igual de cortés con su socia, pero nunca la había visto tan guapa, ruborizada por la bebida y la risa y con el pelo rubio rojizo reluciente bajo el resplandor difuso de la cúpula dorada que tenían encima. Cuando Robin se agachó para recoger algo del suelo, se reveló un profundo escote bajo el ópalo de su colgante.

—La colonia —dijo al enderezarse. Había cogido la bolsita morada de Liberty que contenía el regalo de cumpleaños de Strike—. Quiero ponerme un poco.

Deshizo el lazo, retiró el papel de regalo y extrajo la botellita cuadrada. Strike la vio aplicarse una pequeña cantidad en cada muñeca y luego, aunque se obligó a desviar la mirada, en el espacio entre sus pechos.

—Me encanta —dijo, y se acercó una muñeca a la nariz—. Gracias.

A Strike le llegó la fragancia: pese a tener el sentido del olfato ligeramente deteriorado después de haber fumado tantos años, detectó el olor a rosas y el matiz de almizcle, una combinación que le hizo pensar en piel caliente expuesta al sol.

Llegaron los cócteles.

—Creo que se le ha olvidado mi agua —dijo Robin tras dar el primer sorbo de su Manhattan—. Éste tiene que ser el último. Últimamente casi nunca llevo tacones. No me gustaría caerme de morros en medio del Ritz.

—Te pediré un taxi.

—Ya has gastado demasiado.

—No nos va mal económicamente —señaló Strike—. Por primera vez.

—Ya lo sé. ¿Verdad que es fantástico? Tenemos una cuenta bancaria saneada y no deja de entrarnos trabajo. ¡Strike, hemos triunfado! —dijo Robin sonriente, y Strike le devolvió la sonrisa.

—¿Quién lo iba a decir?

—Yo —contestó Robin.

—Cuando me conociste, estaba casi arruinado, dormía en un camastro en mi despacho y sólo tenía un cliente.

—¿Y? Me gustó que no te hubieses rendido —replicó ella—, y enseguida me di cuenta de que eras muy bueno en tu trabajo.

—¿Y cómo demonios supiste eso?

—Bueno, te vi trabajar, ¿no?

—¿Te acuerdas de cuando nos trajiste aquella bandeja con café y galletas? —dijo Strike—. ¿A mí y a John Bristow, la primera mañana? No entendía de dónde habías sacado todo aquello. Fue como si hubieras hecho un truco de magia.

Robin rio.

—Se lo pedí al vecino de abajo.

—Y te referiste a «nosotros»: «He pensado que, si le hemos ofrecido café al cliente, debemos dárselo...»

—¡Qué buena memoria! —exclamó Robin, sorprendida de que el detective hubiese reproducido sus palabras exactas casi sin pensar.

—Sí, bueno... Tú no eres una... persona normal y corriente —afirmó Strike.

Cogió su copa, casi vacía, y la alzó.

—Por la Agencia de Detectives Strike y Ellacott. Y felices treinta.

Robin cogió su copa, la entrechocó con la de Strike y se la terminó.

—Mierda, Strike, mira qué hora es —dijo de repente al ver la hora en su reloj—. Tengo que levantarme a las cinco para seguir al novio de la señorita Jones.

—Sí, vale —refunfuñó Strike, que habría podido quedarse un par de horas más en aquella cómoda silla, bajo aquella luz dorada y recibiendo aquel olor a rosas y almizcle que llegaba del otro lado de la mesa. Hizo una señal para pedir la cuenta.

Tal como ella misma había previsto, a Robin le costó caminar con los zapatos de tacón cuando se levantó de la mesa, y tardó mucho más de lo que habría sido normal en localizar la ficha del guardarropa en el fondo de su bolso.

—¿Me aguantas esto, por favor?

Le entregó a Strike la bolsa que contenía la colonia mientras hurgaba en su bolso.

Después de recuperar la chaqueta de Robin, Strike tuvo que ayudarla a ponérsela.

—Estoy pero que muy borracha... —murmuró Robin al recuperar la bolsita morada, y al cabo de unos segundos lo demostró torciéndose un tobillo al pisar el borde de la alfombra redonda roja que cubría el suelo de mármol del vestíbulo y resbalando hacia un lado. Strike la sujetó y dejó el brazo alrededor de su cintura para guiarla por una de

las entradas laterales que flanqueaban la puerta giratoria, porque no confiaba en que fuese capaz de hacerlo ella sola.

—Lo siento... —dijo Robin mientras bajaban con cuidado los altos escalones de piedra de la entrada del Ritz.

Strike seguía abrazándole la cintura.

A ella le gustaba notarlo, corpulento y tibio, a su lado: casi siempre era ella quien lo sujetaba a él, cuando el muñón de su pierna derecha se negaba a seguir soportando su peso tras algún imprudente sobreesfuerzo. El detective la abrazaba tan firmemente que Robin casi tenía la cabeza apoyada en su pecho y, a pesar de su acostumbrado olor a humo de cigarrillos, podía oler la loción de afeitado que se había aplicado para aquella ocasión especial.

—¡Taxi! —dijo Strike señalando con el dedo, cuando un taxi negro se acercó a ellos reduciendo poco a poco la velocidad.

—Strike —dijo Robin, y se apoyó en él para poder mirarlo a los ojos.

Quería darle las gracias y decirle que había pasado una velada maravillosa, pero, cuando sus miradas se encontraron, le fallaron las palabras. Durante un brevísimo instante, todo lo que los rodeaba se volvió borroso, como si se hallaran en el ojo de un tornado a cámara lenta de motores ronroneantes, luces que pasaban de largo, transeúntes y cielo salpicado de nubes. Lo único real eran su tacto y su olor, los de los dos, y Strike, mirando el rostro de Robin vuelto hacia él, olvidó por un segundo todos los rígidos propósitos que lo habían refrenado durante casi cinco años e inclinó infinitesimalmente la cabeza orientando su boca hacia la de ella.

De forma inconsciente, Robin mudó la expresión de felicidad a otra de miedo. Él lo vio y se enderezó, y antes de que ninguno de los dos pudiera procesar lo que acababa de ocurrir, el rugido terrenal de la motocicleta de un mensajero anunció el regreso del mundo a su curso normal; el tornado había pasado de largo, Strike guiaba a Robin hacia la portezuela abierta del taxi, y ella se dejaba caer en el sólido asiento trasero.

—Buenas noches —dijo él.

La portezuela se había cerrado y el taxi había arrancado antes de que Robin, aturdida, pudiese decidir qué sentimiento dominaba en ella: la conmoción, la euforia o el arrepentimiento.

2

¡Ven y déjame hablar contigo, fragmento de inmortalidad: mi propio corazón!

MARIA JANE JEWSBURY, *A mi propio corazón*

Los días posteriores a su velada en el Ritz estuvieron llenos de nervios y suspense para Robin. Era consciente de que Strike había formulado una pregunta tácita y de que, sorprendida con la guardia baja y llena de bourbon y vermut, ella había contestado en silencio con un contundente «no». Ahora Strike mostraba una actitud más reservada, un brío ligeramente forzado, y evitaba con firme resolución cualquier tema personal. Se diría que las barreras que habían derribado a lo largo de los cinco años que llevaban trabajando juntos volvían a separarlos. Robin temía haber herido a Strike, y no subestimaba lo que hacía falta para herir a un hombre tan sereno, seguro de sí mismo y resiliente como su socio.

Strike, por su parte, estaba sumamente disgustado consigo mismo. Había sido una estupidez dar aquel paso, aunque no lo hubiese consumado: ¿acaso no había llegado a la conclusión, meses atrás, de que era imposible mantener una relación sentimental con su socia? Pasaban demasiado tiempo juntos, estaban atados legalmente el uno al otro por el negocio, y él valoraba demasiado su amistad como para ponerla en peligro, así que, ¿por qué, bajo el dorado resplandor de aquellos cócteles de precio astronómico, había tirado por la borda todos sus buenos propósitos y había cedido a aquel poderoso impulso?

Esa autocensura se mezclaba con sentimientos aún más desagradables. El caso era que, gracias a su gran talento para interpretar a las personas, a Strike pocas veces lo había rechazado una mujer. Por primera vez, había dado un paso sin estar seguro de que sería bien recibido, y desde luego ninguna otra mujer había reaccionado como Robin: con una alarma que, en sus peores momentos, Strike interpretaba como verdadera repugnancia. Además de faltarle una pierna, tenía la nariz rota, unos kilos de más y un cabello castaño oscuro, grueso y rizado que sus compañeros de colegio siempre habían comparado con el vello púbico, aunque hasta entonces nada de todo eso le había impedido ligarse a mujeres bellísimas. De hecho, sus amigos varones, para quienes el atractivo físico del detective era del todo inexistente, le habían expresado a menudo su

resentimiento y su incapacidad para comprender cómo podía llevar una vida sexual tan activa. Tal vez fuese una muestra de vanidad y arrogancia por su parte pensar que todavía conservaba el encanto que había impresionado a sus anteriores novias, ahora que su tos matutina empezaba a empeorar y que habían aparecido las primeras canas.

Peor aún era pensar que había malinterpretado por completo los sentimientos de Robin durante años. Había dado por hecho que la ligera turbación que mostraba su socia cuando se veían obligados a mantener cierta proximidad, ya fuese física o emocional, tenía el mismo origen que la suya: la determinación de no sucumbir a la tentación. En los días posteriores al silencioso rechazo de aquel beso, repasó una y otra vez los pequeños momentos que, según él, demostraban que la atracción era mutua, y se recordó incesantemente que el día de su boda Robin había interrumpido su primer baile para seguirlo, dejando a Matthew plantado en medio de la pista. Strike y ella se habían abrazado en la escalera de los jardines del hotel —Robin, vestida de novia—, y él habría jurado haber oído que la misma idea peligrosa que llenaba su cabeza llenaba la de ella: «Huyamos, y al cuerno con las consecuencias.»

¿Habían sido sólo imaginaciones suyas?

Quizá sí.

Quizá Robin había deseado huir, pero sólo de vuelta a Londres y al trabajo. Quizá ella lo viese como un mentor y un amigo, pero nada más.

Y así, en ese estado de nerviosismo y melancolía, Strike había llegado a su cuarenta cumpleaños, marcado por una cena en un restaurante organizada, igual que la cena del cumpleaños de Robin, por sus dos amigos en común, Nick e Ilsa.

Allí, por primera vez, su socia conoció al viejo amigo de Cornualles de Strike, Dave Polworth, que, tal como Cormoran había predicho en cierta ocasión, no le cayó muy bien a Robin. Polworth era bajito y parlanchín, hacía comentarios negativos sobre todos los aspectos de la vida londinense y se refería a las mujeres, incluida la camarera que les servía, como «furcias». Robin, sentada al extremo de la mesa opuesto al de Strike, se pasó gran parte de la velada esforzándose por mantener una fatigosa charla con Penny, la mujer de Polworth, cuyos principales temas de conversación eran sus dos hijos, lo caro que era todo en Londres y lo gilipollas que era su marido.

Robin le había hecho un regalo excepcional a Strike por su cumpleaños: un acetato de prueba del primer álbum de Tom Waits, *Closing Time*. Sabía que Waits era su músico favorito, y su mejor recuerdo de aquella cena era la cara de sincera sorpresa y alegría de Strike cuando lo desenvolvió. Le pareció notar que volvía a estar igual de cariñoso que antes cuando le dio las gracias, y confió en que aquel

obsequio le transmitiera el mensaje de que una mujer que lo encontraba repugnante no se habría tomado tantas molestias para comprarle algo que estaba convencida de que le iba a gustar.

Lo que no podía imaginar era que Strike se estaba preguntando si Robin lo consideraba contemporáneo de Waits, que tenía sesenta y cinco años.

Una semana después del cumpleaños de Strike, Andy Hutchins, el colaborador externo que más tiempo llevaba trabajando para la agencia, presentó su dimisión. Aquello fue una sorpresa: a pesar de que su esclerosis múltiple estaba en fase de remisión, el trabajo le estaba pasando factura. Le montaron a Andy una fiesta de despedida a la que asistieron todos excepto el otro colaborador externo, Sam Barclay, porque le había tocado la china y estaba siguiendo a un objetivo por el West End.

Mientras Strike y Hutchins hablaban de trabajo a un lado de la mesa del pub, en el otro Robin charlaba con su última incorporación, Michelle Greenstreet, a quien sus colegas llamaban «Midge» a petición de la propia Michelle. Era una ex policía nativa de Mánchester alta, delgada y muy en forma. Una fanática del gimnasio con unos bonitos ojos grises y el pelo castaño oscuro, corto y peinado hacia atrás. Robin se había sentido ligeramente acomplejada al ver el abdomen de piedra de Midge cuando ésta se había estirado para llegar a un archivador que estaba en el estante más alto de un armario, pero le gustaban su franqueza y el hecho de que no parecía sentirse superior a ella, aunque fuera la única de la agencia que no era ex policía ni ex militar. Esa noche, Midge le confesó por primera vez que una de las razones principales por las que había querido mudarse a Londres había sido una ruptura dolorosa.

—¿Tu ex también era policía? —le preguntó Robin.

—No. Ningún empleo le duró más de dos meses —contestó Midge con una buena dosis de rencor—. Es un genio aún no descubierto que va a escribir un *best-seller* o a pintar un cuadro que ganará el premio Turner. Yo era la que se pasaba el día fuera trabajando para pagar las facturas, y ella se quedaba en casa ligando en redes sociales. Rompí con ella cuando encontré su perfil de Zoosk.

—Ostras, lo siento —dijo Robin—. Mi matrimonio terminó cuando encontré un pendiente con un diamante en nuestra cama.

—Ya, me lo contó Vanessa —repuso Midge. La amiga policía de Robin era quien la había recomendado en la agencia—. Y también me dijo que fuiste tan boba que no te lo quedaste.

—Yo lo habría vendido —dijo con voz ronca Pat Chauncey, la secretaria de la agencia, irrumpiendo de improviso en la conversación. Pat era una mujer de cincuenta y siete años con la voz cascada, el pelo negro como el betún y los dientes del color del marfil viejo. Fuera de

la oficina fumaba un pitillo tras otro, y dentro succionaba sin parar un cigarrillo electrónico—. En una ocasión, una fresca me envió por correo los calzoncillos de mi primer marido.

—¿En serio? —preguntó Midge.

—Ya lo creo —gruñó Pat.

—¿Y qué hiciste con ellos? —terció Robin.

—Los clavé en la puerta principal para que fueran lo primero que viese cuando volviera a casa del trabajo —contestó Pat. Le dio una profunda calada al cigarrillo electrónico y continuó—: Y a ella le envié otra cosa que no debió de olvidar fácilmente.

—¿Qué? —preguntaron Robin y Midge a la vez.

—No importa —dijo Pat—. Pero digamos que no os lo habríais untado en una tostada.

Las carcajadas de las tres mujeres llamaron la atención de Strike y de Hutchins: Cormoran miró a Robin, que le sostuvo la mirada y sonrió. Él se dio la vuelta un poco más contento que hacía un rato.

La baja de Andy volvía a poner a la agencia en dificultades; en ese momento estaban llevando varios casos que exigían mucha dedicación. El primero, y del que hacía más tiempo que se ocupaban, consistía en sacarle algún trapo sucio al ex novio de una clienta a la que apodaban «señorita Jones» y que estaba enzarzada en una cruel pelea por la custodia de su hija pequeña. La señorita Jones era una guapa mujer morena que no podía disimular lo mucho que la ponía Strike. El detective habría podido obtener un chute de autoestima de la descarada persecución a la que lo sometía —algo que le habría venido muy bien en esos días—, pero aquella combinación de engreimiento y dependencia hacía que no la encontrara nada atractiva.

El segundo cliente también era el más rico: un multimillonario ruso-americano que vivía a caballo entre Moscú, Nueva York y Londres. Recientemente habían desaparecido de su casa de South Audley Street un par de objetos de gran valor, y sin embargo no había saltado la alarma. El cliente sospechaba de su hijastro, que vivía en Londres, y estaba deseando pillarlo in fraganti sin alertar a la policía ni a su mujer, propensa a considerar a su hijo desempleado y calavera un dechado de virtudes y un incomprendido. Ahora había cámaras escondidas en todos los rincones de la casa y monitorizadas por la agencia. El hijastro, a quien habían apodado Dedos Largos, también estaba bajo vigilancia por si intentaba vender el cofre de Fabergé o el busto helénico de Alejandro Magno.

En opinión de Robin, el último caso de la agencia, cuyo nombre en clave era «Depredador», era también el más desagradable. Una famosa corresponsal internacional de un canal de noticias estadounidense había roto recientemente con su novio, un productor

de televisión también muy conocido, tras una relación de tres años. Poco después de su amarga separación, la periodista había descubierto que su ex novio seguía en contacto con la hija de diecisiete años de ella, a quien Midge había apodado «Patas». La chica, alta y delgada, con el pelo largo y rubio, ya aparecía en las columnas de cotilleos, en parte por su famoso apellido y en parte porque estaba haciendo sus pinitos en las pasarelas. Si bien la agencia no había podido documentar ningún contacto sexual entre Patas y Depredador, su lenguaje corporal se alejaba mucho del de las relaciones paternofiliales durante sus citas secretas. Esa situación había abocado a la madre de Patas a un estado de ira, temor y desconfianza que estaba envenenando la relación con su hija.

Para gran alivio de todos, porque tras la partida de Andy estaban desbordados, a principios de diciembre Strike había conseguido robarle a una agencia de detectives rival a un ex agente de la Metropolitana, Dev Shah. Cormoran tenía muy mala relación con Mitch Patterson, el director de la agencia en cuestión; su resentimiento se remontaba a los días en que Patterson lo había puesto a él bajo vigilancia. Cuando Shah respondió a la pregunta de «¿Por qué quieres irte de Patterson Inc.?» con las palabras «Porque estoy harto de trabajar para un capullo», Strike no se lo pensó dos veces y lo contrató.

Al igual que Barclay, Shah estaba casado y tenía un hijo pequeño. Era más bajo que sus dos nuevos colegas varones y tenía unas pestañas tan gruesas que a Robin le parecían postizas. En la agencia, todos se encariñaron con Shah: Strike, porque entendía las cosas a la primera y era metódico con la contabilidad; Robin, porque le gustaba su ácido sentido del humor y lo que, para sus adentros, definía como una falta absoluta de machirulismo; Barclay y Midge, porque Shah enseguida demostró que sabía trabajar en equipo y que no tenía ninguna necesidad de eclipsar a los otros colaboradores externos, y Pat, como admitió con su voz ronca ante Robin mientras ella le entregaba los recibos un viernes, porque no tenía «nada que envidiarle a Imran Khan, ¿verdad? ¡Qué ojazos!».

—Mmm, sí, muy guapo —dijo Robin con indiferencia mientras revisaba los recibos. Pat se había pasado los últimos doce meses confiando abiertamente en que Robin se enamorara de un colaborador externo anterior: guapísimo, sí, pero también había resultado ser un asqueroso. Robin, como era de esperar, se alegraba de que Dev Shah estuviera casado.

No había tenido más remedio que aplazar sus planes de buscar piso por culpa de los largos horarios de trabajo que estaba haciendo, y aun así se ofreció voluntaria para vigilar la casa del multimillonario en Navidad. Le venía muy bien tener una excusa para no ir a casa de

sus padres, en Masham, porque estaba segura de que Matthew y Sarah se dedicarían a exhibir a su bebé recién nacido —cuyo sexo todavía no se sabía— por las calles en las que, cuando eran adolescentes, Robin y él habían paseado cogidos de la mano. Los padres de Robin estaban disgustados, y Strike se había sentido un poco incómodo al aceptar la oferta de su socia.

—No pasa nada, Cormoran —dijo Robin sin entrar en detalles—. Prefiero quedarme en Londres. Tú ya te perdiste la Navidad el año pasado.

Estaba empezando a sentirse física y mentalmente agotada. Llevaba dos años trabajando casi sin parar; dos años que habían incluido una separación y un divorcio. No se quitaba de la cabeza la creciente distancia que había entre Strike y ella, y, aunque no tenía ningunas ganas de volver a Masham, no podía negar que la perspectiva de pasarse las fiestas trabajando era de lo más deprimente.

Y entonces, a mediados de diciembre, la prima favorita de Robin, Katie, la invitó de improviso a unirse a un grupo que iba a escaparse en fin de año para ir a esquiar. Una pareja había decidido no ir en el último momento al descubrir que ella estaba embarazada, y el chalet ya estaba pagado, así que Robin sólo tenía que comprar el billete de avión. Ella no había esquiado jamás, pero como Katie y su marido se turnarían para cuidar a su hijo de tres años mientras el otro estaba en las pistas, siempre tendría a alguien con quien hablar si no quería pasarse todo el tiempo dándose trompazos por las pistas para principiantes. Robin pensó que aquel viaje quizá le daría la perspectiva y la serenidad que no encontraba en Londres. No fue hasta después de haber aceptado la invitación de su prima cuando se enteró de que, además de Katie, su marido y una pareja de amigos comunes de Masham, también viajaría con ellos Hugh Jacks, «el Hacha».

A Strike no le contó ninguno de aquellos detalles: sólo le dijo que le había salido un plan para ir a esquiar y que le apetecía, lo que significaba que tendría que cogerse unos cuantos días libres por Año Nuevo. Consciente de que Robin se merecía muchas más vacaciones de las que le estaba proponiendo tomarse, Strike aceptó sin vacilar y le deseó que se lo pasara muy bien.

3

Unos ojos con el brillo y el color del vino,
como los tuyos, son capaces de aturdir a un hombre...

EMILY PFEIFFER, *Rimas para el momento*

El 28 de diciembre, el ex novio de la señorita Jones, que desde hacía semanas llevaba una vida aparentemente intachable, metió por fin la pata, y por todo lo alto, al comprar una gran cantidad de cocaína delante de Dev Shah y consumirla con dos chicas de alterne antes de irse con ellas a su casa de Islington. La señorita Jones, eufórica, se empeñó en presentarse en la oficina para ver las fotografías que había tomado Shah, y una vez allí intentó abrazar a Strike. Cuando él la apartó con educación pero con firmeza, ella se mostró más intrigada que ofendida. Después de liquidar la cuenta, insistió en besar a Strike en la mejilla, le dijo sin ningún pudor que quedaba en deuda con él y que esperaba que algún día le reclamara el favor, y finalmente se marchó envuelta en una nube de Chanel n.º 5.

Al día siguiente, a la madre del caso Depredador la enviaron a Indonesia a informar sobre una catástrofe aérea. Poco después de su partida, la periodista llamó por teléfono a Strike para decirle que su hija iba a pasar la noche de fin de año en Annabel con la familia de una amiga suya del colegio. Estaba convencida de que Depredador intentaría encontrarse allí con su hija y quería que la agencia enviara a algún detective a la discoteca para vigilarlo.

Strike habría preferido pedirle ayuda a cualquier otra persona, pero llamó a la señorita Jones porque Midge y él podrían entrar con ella como invitados en la discoteca, reservada para socios. Estaba decidido a llevarse con él a Midge, no sólo porque ella podría seguir a Patas a los lavabos si era necesario, sino también porque no quería que la señorita Jones pensara que se había inventado aquella excusa con la esperanza de liarse con ella.

Experimentó un cruel sentimiento de alivio cuando la señorita Jones lo llamó por teléfono dos horas antes de la cita en la discoteca para decirle que su hija pequeña tenía mucha fiebre.

—Y la idiota de la niñera se ha puesto enferma y mis padres están en Mustique, así que lo tengo muy mal —le dijo malhumorada—. Pero podéis ir de todas formas: he dejado vuestros nombres en la puerta.

—Muchas gracias —dijo Strike—. Espero que la niña se ponga

bien muy pronto.

Y colgó antes de que la señorita Jones pudiera proponerle algún plan alternativo.

A las once de la noche, Strike y Midge, que llevaba un esmoquin de terciopelo rojo oscuro, se encontraban en el sótano de la discoteca de Berkeley Square, sentados frente a frente en una mesa entre dos columnas de espejo y bajo cientos de dorados globos de helio de los que colgaban cintas relucientes. Su objetivo, la chica de diecisiete años, estaba sentada unas mesas más allá con la familia de su amiga. Patas no dejaba de lanzar miradas hacia la entrada del local, y su semblante revelaba una mezcla de esperanza y nerviosismo. En Annabel's estaban prohibidos los teléfonos móviles, y Strike se dio cuenta de la creciente frustración de la nerviosa adolescente por verse obligada a depender tan sólo de sus sentidos para obtener información.

—Grupo de ocho a las cinco en punto —le dijo Midge a Strike en voz baja—. Te están mirando.

Strike los vio enseguida. Un hombre y una mujer sentados a una mesa de ocho se habían dado la vuelta y lo estaban mirando. La mujer, que tenía el pelo largo y del mismo tono rubio rojizo que Robin, llevaba un vestido negro muy ceñido y unos zapatos de tacón de aguja con cintas que ascendían por sus bronceadas y bien torneadas piernas hasta sus rodillas. El hombre vestía una chaqueta de esmoquin de brocado y una corbata muy cursi, y su cara le resultó ligeramente familiar, aunque no lo identificó de inmediato.

—¿Crees que te han reconocido por los periódicos? —conjeturó Midge.

—Joder, espero que no —masculló Strike—. O me quedo sin trabajo.

La fotografía que la prensa solía utilizar databa de la época en que Strike estaba en el ejército, y ahora era mayor, llevaba el pelo más largo y había engordado bastante. Siempre que había tenido que testificar ante un tribunal lo había hecho con el rostro cubierto por su poblada barba, que, por suerte, le crecía muy deprisa cuando la necesitaba.

Strike buscó el reflejo de sus observadores en uno de los pilares cercanos y vio que juntaban la cabeza y hablaban en voz baja.

La mujer era muy guapa y tal vez fuese la única de aquel local que no se había hecho nada muy obvio en la cara: su frente se arrugó cuando arqueó las cejas, no tenía unos labios artificialmente carnosos y era demasiado joven (treinta y tantos) para haberse sometido a la clase de cirugía que había dejado a la mujer de más edad que estaba sentada a su mesa con la cara convertida en una especie de máscara espeluznante.

Junto a Strike y Midge, un ruso corpulento le explicaba el argumento de *Tannhäuser* a su acompañante femenina, mucho más joven que él.

—... pero Mezdrich la ha actualizado —dijo—, y en esta producción Jesús aparece en una película de una orgía en la cueva de Venus...

—¿Jesús?

—*Da*, y como la Iglesia se ha molestado, van a despedir a Mezdrich —concluyó el ruso con tristeza, mientras se llevaba la copa de champán a los labios—. Él no da su brazo a torcer, pero va a salir malparado, te lo digo yo.

—Patas se mueve —le informó Strike a Midge cuando la adolescente se levantó junto con el resto de su grupo y el bajo de plumas de avestruz de su vestido se agitó alrededor de sus piernas.

—Pista de baile —predijo Midge.

No se equivocaba. Al cabo de diez minutos, Strike y ella habían conseguido un rincón con buenas vistas cerca de la diminuta pista de baile, desde donde veían claramente a su objetivo, que bailaba con unos zapatos que parecían demasiado altos para ella y no dejaba de echarle frecuentes ojeadas a la entrada.

—¡¿Cómo se lo estará pasando Robin en la nieve?! —le gritó Midge a Strike mientras empezaba a sonar «Uptown Funk»—. Un amigo mío se rompió la clavícula el primer día que se puso unos esquís. ¿Tú esquías?

—No —respondió Strike.

—Zermatt es una pasada —dijo Midge subiendo la voz, y a continuación añadió algo que Strike no llegó a oír.

—¿Qué? —preguntó el detective.

—He dicho que me pregunto si habrá ligado. La noche de fin de año es una buena oportunidad.

Patas estaba indicándole por señas a su amiga que iba a volver a la mesa. Abandonó la pista de baile, cogió su bolsito de noche y se marchó de la sala.

—Va al servicio a usar el móvil —predijo Midge, yéndose detrás de ella.

Strike permaneció en aquel rincón, con su botella de cerveza sin alcohol ya caliente en la mano y con la única compañía de un enorme Buda de yeso. Cerca de él, en los sofás, la gente se apretujaba, achispada, y hablaba a gritos para hacerse oír por encima de la música. Strike acababa de aflojarse la corbata y desabrocharse el primer botón de la camisa cuando vio al hombre de la chaqueta de brocado caminar hacia él, tropezando con piernas y bolsos a medida que se acercaba. Y entonces lo identificó por fin: era Valentine Longcaster, uno de los hermanastros de Charlotte.

—¡Cuánto tiempo! —gritó al llegar junto a Strike.

—Sí —dijo él estrechando la mano que le tendía—. ¿Qué tal?

Valentine levantó una mano y se retiró el largo y sudado flequillo de la cara, revelando unas pupilas muy dilatadas.

—¡Bien! —gritó para hacerse oír por encima de los fuertes bajos de la música—. No me puedo quejar. —Strike vio un resto de polvo blanco en uno de sus orificios nasales—. ¿Estás aquí por trabajo o por placer?

—Por puro placer —mintió Strike.

Valentine gritó algo indescifrable y el detective alcanzó a oír el nombre del marido de Charlotte, Jago Ross.

—¡¿Qué?! —gritó él a su vez, sin sonreír.

—Digo que Jago quiere mencionarte en el divorcio.

—Pues lo tiene claro —le respondió Strike alzando la voz—. Hace años que no la veo.

—Eso no es lo que dice Jago —replicó Valentine—. Ha encontrado una foto en el antiguo teléfono de Charlotte. Ella misma te la envió, y sale desnuda.

«Mierda.»

Valentine estiró un brazo para apoyarse en la estatua del buda. Su acompañante, la chica del pelo rubio rojizo, los observaba desde la pista de baile.

—¡Se llama Madeline! —le gritó Valentine a Strike al oído cuando vio que él la estaba mirando—. Te encuentra muy sexy.

Valentine lanzó una risita aguda. Strike siguió tomándose la cerveza en silencio.

Al final, el joven debió de pensar que no iba a sacar nada más por estar cerca de Strike, así que se enderezó, hizo una especie de saludo militar y se alejó tambaleándose; justo entonces Patas volvió a aparecer en el borde de la pista de baile y se dejó caer en un taburete de terciopelo con un revoloteo de plumas de avestruz y una palpable tristeza.

—Estaba en los lavabos —le explicó Midge cuando se reunió con Strike unos minutos después—. Me parece que no tenía cobertura.

—Mejor —dijo Strike sin piedad.

—¿Crees que él le ha dicho que va a venir?

—Eso parece.

Strike tomó otro sorbo de cerveza caliente.

—¿Tú sabes cuántas personas componen ese grupo con el que Robin se ha ido a esquiar? —preguntó alzando la voz.

—Creo que en total son seis —contestó Midge—. Ella, dos parejas y uno que va solo.

—Ah. —Strike asintió, como si aquella información apenas le importara.

—Al parecer quieren que se líe con él —continuó Midge—. Me lo contó Robin antes de Navidad. Se llama Hugh Jacks. —Miró a Strike como si esperara su reacción—. Por lo visto lo llaman «el Hacha». Tronchante, ¿verdad?

—Vaya —dijo Strike con una sonrisa forzada.

—¡Ja, ja, sí! —le gritó Midge al oído—. ¿Cómo es posible que los padres no pronuncien el nombre que le quieren poner a su hijo antes de decidirlo?

Strike asintió mientras observaba a la adolescente, que se estaba frotando la nariz con el dorso de la mano.

Eran las doce menos cuarto. Con suerte, pensó Strike, después de que dieran las doce, la familia de la amiga se llevaría de allí a su objetivo y lo devolvería sano y salvo a su casa de Chelsea. Mientras la miraba, apareció la amiga y arrastró a Patas otra vez a la pista de baile.

A las doce menos diez, Patas desapareció de nuevo en los lavabos de señoras y Midge la siguió una vez más. Strike, que tenía el muñón dolorido y estaba deseando sentarse, no tuvo más remedio que apoyarse en el gigantesco buda, porque en la mayoría de los asientos libres que tenía cerca había bolsos y chaquetas que no quería tocar. Su botella de cerveza ya estaba vacía.

—¿Qué pasa, no te gusta la noche de fin de año? —dijo a su lado una voz con acento del East End londinense.

Era la joven del pelo rubio rojizo, que ahora tenía las mejillas coloradas y estaba despeinada de tanto bailar. Su aproximación había quedado disimulada por el alboroto que había surgido en los asientos que Strike tenía delante, pues casi todo el mundo se había levantado para correr a la pequeña pista de baile. Ya faltaba muy poco para la medianoche, y la emoción iba en aumento.

—¡No es mi día favorito! —le gritó Strike.

La chica era guapísima y era evidente que estaba drogada, aunque hablaba de forma completamente coherente. Llevaba una serie de finas cadenas de oro colgadas del esbelto cuello y el vestido sin tirantes se le ceñía a los pechos. La flauta de champán medio vacía que tenía en la mano amenazaba con derramar su contenido.

—¡El mío tampoco, al menos este año! —le gritó al oído. A Strike le gustó oír un acento de clase trabajadora en medio de tantas voces de clase alta—. Eres Cormoran Strike, ¿verdad? Me lo ha dicho Valentine.

—Sí. ¿Y tú...?

—Madeline Courson-Miles. Pero esta noche no estás trabajando, ¿verdad?

—No —mintió él, aunque no tenía tanta prisa por sacársela de encima como a Valentine—. ¿Por qué no te gusta este fin de año en

concreto?

—Por Gigi Cazenove.

—¿Cómo?

—Gigi Cazenove. —Subió la voz y se inclinó hacia él, y su aliento le hizo cosquillas en la oreja—. La cantante. Era clienta mía. —Al ver el gesto inexpresivo del detective, añadió—: La han encontrado ahorcada esta mañana.

—Mierda —dijo Strike.

—Sí —dijo Madeline—. Sólo tenía veintitrés años.

Dio un sorbo de champán con gesto sombrío y, a continuación, le gritó al oído:

—¡Nunca había conocido a un detective privado!

—Que tú sepas —dijo Strike, y la chica se rió—. ¿A qué te dedicas?

—¡Soy joyera! —le gritó, dándole a entender con una leve sonrisa que la mayoría de la gente habría reconocido su nombre.

Ahora la pista de baile estaba a rebosar de cuerpos acalorados. Muchos se habían puesto gorritos de fiesta con adornos relucientes. Strike vio al ruso corpulento que había estado hablando de *Tannhäuser*: sudaba profusamente mientras saltaba al ritmo de «Rather Be», de Clean Bandit.

Strike volvió a pensar en Robin y se la imaginó en algún lugar de los Alpes, quizá borracha de *glühwein,* bailando con el tipo recién divorciado que sus amigos se habían empeñado en presentarle. Se acordó de la cara que había puesto cuando él se había inclinado para besarla.

It's easy being with you,
Sacred simplicity,
As long as we're together,
There's no place I'd rather be...,

cantaba Jess Glynne.[1]

—¡Damas y caballeros, falta un minuto para 2015! —gritó el dj, y Madeline Courson-Miles miró a Strike, se terminó la copa de champán y se inclinó hacia él para volver a gritarle al oído:

—¡¿Esa chica alta del esmoquin es tu novia?!

—No, una amiga —dijo Strike—. Esta noche nos habíamos quedado los dos colgados.

—Entonces, no le importará que te bese cuando den las doce, ¿verdad?

Él miró el rostro adorable y seductor de la chica, sus dulces ojos castaños, el pelo derramado sobre sus hombros desnudos.

—No, no le importará —contestó esbozando una sonrisa.

—Pero ¿a ti sí?

—¡Preparados! —bramó el dj.

—¿Estás casada? —preguntó Strike.

—Divorciada —dijo Madeline.

—¿Sales con alguien?

—No.

—Diez…

—En ese caso… —dijo Cormoran Strike dejando su botella de cerveza vacía en el suelo.

—Ocho…

Madeline se agachó para dejar su copa en una mesa cercana, pero calculó mal y la copa cayó al suelo enmoquetado; la joven se enderezó y se encogió de hombros.

—Seis… ¡Cinco…!

Puso los brazos alrededor del cuello de Strike; él la abrazó por la cintura. Era más delgada que Robin: pudo notar sus costillas bajo la tela del vestido.

El deseo que se reflejaba en los ojos de Madeline era como un bálsamo para él. Era la noche de fin de año… «A la mierda con todo.»

—Tres… Dos… Uno…

Ella apretó su cuerpo contra el de él y hundió las manos en su pelo y la lengua en su boca. A su alrededor estallaron gritos y aplausos, y ninguno de los dos se soltó hasta que el público cantó los primeros compases estridentes de «Auld Lang Syne». Strike miró alrededor. No había ni rastro de Midge ni de Patas.

—¡Voy a tener que irme dentro de poco —gritó él—, pero quiero que me des tu número!

—Pues dame tu teléfono.

Madeline anotó su número en el teléfono de Strike y se lo devolvió. Le guiñó un ojo, se dio la vuelta y se alejó hasta desaparecer entre la multitud.

Midge tardó un cuarto de hora en volver a aparecer. Patas también se reunió con el grupo de su amiga; se le había corrido el rímel.

—¡Ha estado buscando algún sitio donde hubiese cobertura, pero no ha tenido éxito! —le gritó Midge al oído—. Luego ha vuelto al baño a llorar.

—Mala suerte —dijo Strike.

—¿Qué es eso, pintalabios? —preguntó Midge mirándolo fijamente.

El detective se pasó el dorso de la mano por la boca.

—Me he encontrado a una vieja amiga de mi madre —dijo—. Bueno… ¡Feliz 2015!

—Igualmente. —Su compañera le tendió la mano y él se la estrechó. Mientras observaba cómo la jubilosa muchedumbre se pasaba globos de un lado a otro y hacía estallar los lanzadores de confeti, Midge le gritó al oído—: ¡Es la primera vez que recibo el Año Nuevo en un lavabo. Espero que no sea un mal augurio!

4

Duerme tranquilo como la paciente rosa.
Camina osadamente sobre nieves sin pisar,
el invierno es la liberación del propio invierno.

HELEN JACKSON, *Enero*

En términos generales, Robin se lo pasó bien en Zermatt. Se le había olvidado lo bien que sentaba dormir ocho horas seguidas por la noche; había disfrutado de la comida, del esquí y de la compañía de sus amigos, y apenas se estremeció cuando Katie le comentó, con cara de preocupación que se tornó en alivio al ver que Robin reaccionaba con calma, que Matthew, efectivamente, había llevado a Sarah y a su hijo recién nacido a Masham por Navidad.

—Le han puesto William —dijo Katie—. Una noche nos los encontramos en el Bay Horse. Habían dejado al niño con la tía de Matthew. Qué mal me cae Sarah, de verdad. Es una creída.

—A mí tampoco me cae muy bien, te lo aseguro —repuso Robin. Se alegró de saber que había sorteado el encuentro casi inevitable en su ciudad natal y pensó que, con un poco de suerte, al año siguiente le tocaría a la familia de Sarah celebrar la Navidad con su nieto, de modo que no habría peligro de que se produjera un encuentro fortuito.

Desde el dormitorio de Robin se veía el monte Cervino cubierto de nieve, que perforaba el cielo de un azul resplandeciente como un colmillo gigante. La luz de la montaña en forma de pirámide cambiaba del dorado al melocotón, o del azul oscuro al morado, en función del ángulo del sol, y a solas en su habitación, contemplando la montaña, fue donde Robin estuvo más cerca de conseguir la serenidad y la perspectiva que esperaba encontrar cuando había decidido apuntarse al viaje.

El único aspecto de las vacaciones del que Robin habría prescindido con gusto era Hugh Jacks. Tenía un par de años más que ella y trabajaba en la industria farmacéutica. Se suponía que era bastante guapo, con una pulcra barba tirando a rubia, hombros anchos y grandes ojos azules, y no podía afirmarse que fuese antipático; sin embargo, Robin no podía evitar encontrarlo ligeramente patético. Fuera cual fuese el tema del que estuviesen hablando, él siempre se las ingeniaba para volver a llevar la conversación a su divorcio, que por lo visto lo había pillado por sorpresa. Tras seis años de matrimonio, su

mujer había anunciado que no era feliz, que hacía mucho tiempo que no era feliz, y había hecho las maletas y se había largado. Hugh le contó toda la historia a Robin, dos veces, los primeros días de las vacaciones, y después del segundo recital, casi idéntico al primero, ella hizo cuanto pudo para evitar sentarse a su lado a la hora de la cena. Por desgracia, él no captó la indirecta y siguió atosigándola, animándola a contarle a su vez los detalles del fracaso de su matrimonio con un tono tan lúgubre que sólo habría resultado apropiado si ambos hubieran estado padeciendo la misma enfermedad terminal. Robin intentó adoptar una actitud positiva y le dijo que el mar estaba lleno de peces y que ella se alegraba de volver a estar soltera. Con un pálido brillo en sus azules y llorosos ojos, Hugh le dijo cuánto admiraba su espíritu luchador, y ella temió que hubiese interpretado su declaración de feliz independencia como una invitación.

—¿Verdad que es un encanto? —le preguntó Katie una noche, esperanzada. Habían ido a un bar y Robin acababa de sacarse de encima a Hugh, una vez más, después de escuchar anécdotas sobre su ex mujer durante otra hora.

—Sí, es majo —dijo Robin, que no quería ofender a su prima—, pero no es mi tipo, Katie.

—Normalmente es muy gracioso —insistió Katie, un tanto decepcionada—. No lo has conocido en su mejor momento. Ya verás cuando se haya tomado un par de copas.

Pero la noche de fin de año, con una gran cantidad de cerveza y *schnapps* entre pecho y espalda, Hugh se puso primero alborotado, aunque no especialmente gracioso, y después sensiblero. A medianoche, las dos parejas besaron cada una a su cónyuge, y Hugh, con la mirada desenfocada, abrió los brazos para abrazar a Robin, que dejó que la besara en la mejilla y luego intentó despegarse de él mientras Hugh, borracho, le susurraba al oído:

—Eres preciosa.

—Gracias —le dijo Robin, y a continuación añadió—: ¿Me sueltas, por favor?

Hugh la soltó, y Robin se fue a dormir poco después y cerró la puerta con llave. Cuando hacía poco que había apagado la luz, alguien llamó. Ella no se movió y fingió que dormía, y entonces oyó unos pasos que se alejaban poco a poco.

El otro aspecto no-del-todo-perfecto del viaje había sido su tendencia a comerse el coco con Strike y con lo que había ocurrido al salir del Ritz. Mientras intentaba mantenerse en posición vertical sobre los esquís, era bastante fácil no pensar en su socio, pero el resto del tiempo su mente desocupada volvía una y otra vez a preguntarse qué habría pasado si hubiese descartado sus temores y sus inhibiciones

y le hubiera dejado besarla. Eso llevaba inevitablemente a otra pregunta, la misma que se había hecho cuando paseaba por las cálidas y blancas arenas de las Maldivas hacía tres años. ¿Estaba condenada a pasarse todas las vacaciones, durante el resto de su vida, preguntándose si estaba enamorada de Cormoran Strike?

«No. Cormoran te ofreció la gran oportunidad de tu vida, y a lo mejor lo quieres un poco porque es tu mejor amigo, pero no estás enamorada de él...», se dijo. Y luego, más sinceramente, añadió: «Y si lo estás, necesitas quitártelo de la cabeza. Sí, tal vez se sintiera herido cuando no le permitiste que te besara, pero es mejor eso a que piense que languideces por él. Una socia con mal de amores es lo último que Cormoran querría, eso seguro.»

Ojalá fuese la clase de mujer capaz de disfrutar de un beso en una noche de borrachera y luego reírse. Por lo que sabía sobre la vida amorosa de Strike en el pasado, eso era lo que a él le gustaba: las mujeres capaces de juguetear con una despreocupación que Robin nunca había practicado.

Regresó a la oficina la segunda semana de enero con una gran caja de bombones suizos. A todos los que se lo preguntaron, incluido Strike, les dijo que se lo había pasado estupendamente.

PRIMERA PARTE

El corazón es el órgano central del cuerpo
y está formado por un músculo hueco;
mediante su contracción, impulsa la sangre a todas
las partes del cuerpo a través de una complicada
serie de conductos...

HENRY GRAY FRS, *Anatomía de Gray*

5

¡Qué extraño misterio es el poder de las palabras!
En ellas hay vida y hay muerte.
Una palabra puede teñir rápidamente una mejilla,
y llenar de sentidos su color, o puede dirigir
una corriente fría y mortal hacia el corazón.

LETITIA ELIZABETH LANDON,
El poder de las palabras

14 de septiembre de 2011 De *The Buzz*, sitio web de noticias y entretenimiento

¡**The Buzz** habla con Josh Blay y Edie Ledwell, la pareja creadora de *Un corazón tan negro*, la exitosa serie de dibujos animados de YouTube!

TB:

A ver, una serie de dibujos animados sobre partes del cuerpo en descomposición, un par de esqueletos, un demonio y un fantasma... ¿Cómo explicáis su éxito?

Edie:

Un momento, ¿Drek es un demonio?

TB:

¡Tú lo sabes mejor que yo!

Edie:

Te juro que no lo sé.

[Josh se ríe]

TB:

Sin ánimo de ofender, pero cuando describes *Un corazón tan negro* a alguien que no lo ha visto, le sorprende que tenga tanto éxito. *[Edie y Josh se ríen]* ¿Esperabais que vuestra... seamos sinceros, grotesca serie... tuviera tan buena acogida?

Edie:

No, para nada.

Josh:

La hicimos para reírnos. En realidad, no es más que una sarta de bromas privadas.

Edie:

Pero resultó que mucha más gente de la que creíamos captó la broma.

TB:

Cuando decís «la broma»... ¡la gente le encuentra mucho significado a la historia!

Josh:

Sí, y nosotros... A veces piensas: «Vale, sí, supongo que eso era lo que queríamos decir», pero otras veces...

Edie:

En determinados momentos la gente ve cosas que... bueno, no es que no estén ahí, pero nosotros nunca las vimos ni pusimos a propósito.

TB:

¿Podéis poner algún ejemplo?

Josh:

El gusano parlante. Nos pareció gracioso porque un gusano que vive en un cementerio... se alimenta de cuerpos en descomposición, ¿no? Nos gustó la idea de que estuviera harto de su trabajo y que hablara de él como un curro duro y aburrido. Como trabajar en una fábrica. Es un gusano que está harto de todo.

Edie:

Pero entonces la gente empezó a decir que era un símbolo fálico o qué sé yo. Y un grupo de padres se quejó...

Josh:

...de que hacíamos chistes de penes para niños.

Edie:

Y nosotros no hacemos eso. El Gusano no es un pene.

[Todos se ríen]

TB:

¿Y a qué creéis que se debe el exitazo de *Un corazón tan negro*?

Edie:

Pues nosotros no lo entendemos mejor que tú. Nosotros estamos dentro. No podemos verlo desde fuera.

Josh:

Sólo podemos deducir que ahí fuera hay mucha más gente trastornada de lo que creíamos.

[Todos se ríen]

TB:

¿Por qué creéis que la gente quiere tanto a Blacky, el corazón sin cuerpo, el héroe? Tú le pones la voz a Blacky, ¿verdad, Josh?

Josh:

Sí. Eeeh... *[piensa un buen rato]* Supongo que él sabe que es malo, pero intenta ser bueno.

Edie:

Pero en realidad no es malo. Si lo fuera, no estaría intentando ser bueno.

Josh:

Creo que la gente se identifica un poco con él.

Edie:

Le ha pasado de todo y siempre ha salido bien librado.

Josh:

Concretamente, de una caja torácica, un ataúd y dos metros de tierra.

[Todos se ríen]

TB:

¿Y qué planes tenéis para la serie? ¿Pensáis quedaros en YouTube o...?

Edie:

Es que no planeamos nada, ¿verdad?

Josh:

Los planes son para los smugliks.

TB:

¡Pero si la serie se está haciendo famosísima! Imagino que ya estaréis ganando dinero, ¿no?

Josh:

Sí, ¡quién lo iba a decir! Es una locura.

TB:

¿Os ayuda alguien con todo esto? ¿Tenéis agente, o...?

Josh:

Contamos con una amiga que domina estos temas y que nos ayuda, sí.

TB:

Hay un par de fans que han creado un juego online basado en el juego al que juega Drek en la serie. ¿Lo habéis visto?

Josh:

Sí, lo vimos el otro día. Está superbién hecho.

Edie:

Pero es un poco raro, porque el juego de Drek, el de la serie...
Josh: Sí...

Edie:

En realidad no es un juego. Bueno, o no estaba previsto que lo fuera, ¿no?

[Josh niega con la cabeza]

Edie:

No, tenía que ser más bien... La gracia del juego es que en realidad no es ningún juego.

TB:

Entonces, cuando Drek obliga a todos a «jugar al juego»...

Edie:

¿Los obliga? No sé si los obliga. Creo que los demás le siguen el rollo porque él está aburrido...

Josh:

Abirrido.

Edie:

Perdón. Eso: está *abirrido*, y por eso todos consienten en jugar, pero la cosa siempre acaba fatal para alguien.

Josh:

El juego de Drek es...Ya sabes... *[con la voz de Drek]* «¡A jugar, chiqui!» Cumple las reglas, haz lo que se espera que hagas.

TB:

Entonces, ¿es una metáfora?

Edie:

Sí, pero es paradójico, porque el propio Drek nunca sigue las reglas del juego. Lo que le gusta es ver cómo todos los demás intentan seguirlas.

TB:

Decís que no planeáis nada, pero ¿va a haber...?

Josh:

¿Camisetas de Drek? El otro día nos preguntaron dónde podían comprar una camiseta de Drek.

Edie:

Y nos quedamos en plan... ¿En serio?

TB:

Entonces, ¿no va a haber *merchandising*?

Edie:

[riendo] No, no lo tenemos previsto.

Josh:

Nos gusta tal como es. Nos gusta pasarlo bien. No somos empresarios.

Edie:

Somos ese tipo de gente que se tumba en un cementerio y se imagina corazones incorpóreos que van saltando de un lado para otro. *[Todos se ríen]*

15 de septiembre de 2011

Fragmento del chat interno entre los cocreadores del videojuego en línea *El juego de Drek*

<15 septiembre 2011 20:38>;

Anomia: ‘No era nuestra intención.’ Nosotros sacamos todas las reglas de su puta serie de dibujos animados, cacho zorra engreída.

Morehouse: cálmate

Anomia: Ledwell lo va a pagar caro. Esa tía se está burlando de los fans, está diciendo que son unos tarugos porque les gusta nuestro juego

Morehouse: no ha dicho eso

Anomia: claro que lo ha putodicho, ha dicho que somos un par de pirados que no entienden sus metáforas

Anomia: si el fandom se le pone en contra, la única culpable será ella

Morehouse: sí, y por cierto, será mejor que bajemos un poco el tono en Twitter

Anomia: en realidad sabes lo que pasa? Que nuestro juego se está haciendo demasiado famoso. A ella no le gusta que el fandom recurra a nosotros para distraerse entre episodio y episodio. Le da miedo que consigamos demasiado poder. Ya verás como ahora intentará hacernos cerrar.

Morehouse: No te estás emparanoiando? No somos una amenaza, no ganamos dinero con esto, es un homenaje.

Anomia: No lo olvides, conozco a esa zorra. Es una hipócrita de mierda y una avariciosa.

5 de febrero de 2013

De *The Buzz,* sitio web de noticias y entretenimiento

Netflix se hace con *Un corazón tan negro,* una serie de éxito arrollador de YouTube

La serie de dibujos animados de culto *Un corazón tan negro* deja YouTube para pasar a Netflix, y ya se está desarrollando una segunda

temporada. Se rumorea que la pareja de animadores formada por Josh Blay y Edie Ledwell, a quienes se les ocurrió la serie en el cementerio de Highgate, han obtenido una elevada suma de seis cifras de la plataforma de *streaming*.

Los fans de la serie están divididos respecto a este cambio de plataforma.

Mientras que algunos están emocionados, a otros les preocupa que ahora se rompa la estrecha relación entre los creadores y los fans.

El superfán anónimo Anomia, creador del popular videojuego multijugador en línea *El juego de Drek*, ha dicho en Twitter:

Bueno, la venta que Ledwell llevaba tanto tiempo esperando está en marcha. Todo lo que los fans amábamos se va a sacrificar por el dinero. Preparaos para lo peor, corazones negros.

6 de febrero de 2013

Conversación del chat interno del juego entre Anomia y tres moderadores de *El juego de Drek*

<**Canal de moderadores**>;

<**6 febrero 2013 21:41**>;

<**Anomia, Cora, Infernal1, Gusano28**>;

Anomia: Habéis visto que The Buzz me ha citado?

Cora: xd eres famoso!

Anomia: ya era famoso antes

Anomia: todo el fandom quiere saber quién es Anomia

Cora: es verdad, queremos saber!

Infernal1: todavía no entiendo por qué tus fieles moderadores no podemos saberlo

Anomia: tengo mis motivos.

Anomia: ya os dije que se irían a Netflix, o no?

Cora: Cómo lo haces para saber siempre lo que va a pasar a continuación?!

Anomia: soy un genio. En fin, creo que vamos a necesitar 2 – 3 moderadores más, cada vez tenemos más tráfico

Anomia: creo que se lo pediré a esa chica, Traslúcida. Parece inteligente.

Cora: LordDrek hace más tiempo que juega y me cae muy bien.

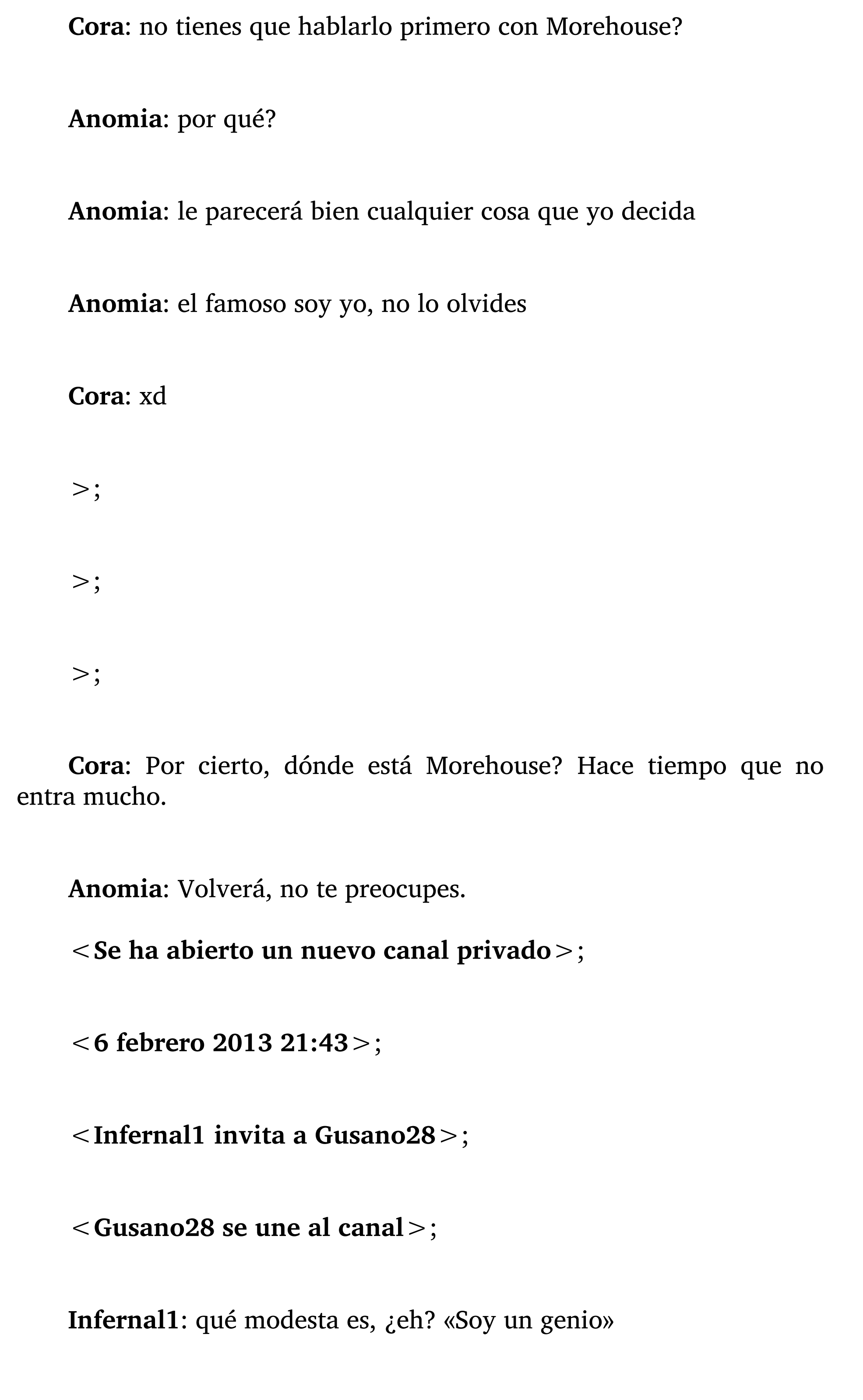
Anomia: qué significa que te cae muy bien?

Cora: bueno, parece muy simpático y es un gran fan de la serie de dibujos y del juego.

Anomia: no quiero amigos de la vida real por aquí. Regla número 14, recuerdas? Anonimato total.

Cora: no lo conozco en la vida real, sólo digo que parece buena gente!

Anomia: ok se lo pediré a él y a Traslúcida. Y quizá a Vilepechora, siempre está ahí, se lo ha currado



Cora: no tienes que hablarlo primero con Morehouse?

Anomia: por qué?

Anomia: le parecerá bien cualquier cosa que yo decida

Anomia: el famoso soy yo, no lo olvides

Cora: xd

>;

>;

>;

Cora: Por cierto, dónde está Morehouse? Hace tiempo que no entra mucho.

Anomia: Volverá, no te preocupes.

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**6 febrero 2013 21:43**>;

<**Infernal1 invita a Gusano28**>;

<**Gusano28 se une al canal**>;

Infernal1: qué modesta es, ¿eh? «Soy un genio»

Gusano28: quien, Anomia?

Infernal1: quién si no?

Gusano28: siges pensando qeu Anomia es un a chica?

Infernal1: lo tengo clarísimo, por cosas que dice

Gusano28: Morehouse conoce ha Anomia en la vida real y dice qeu es un hombre

Infernal1: sólo lo dice para despistar a los demás

Gusano28: Anomia es alguien, no?

Infernal1: Todos somos alguien

Gusano28: me refiero a q ue es alguien dentro de Un corazón tan negro

Infernal1: Puede ser. No lo sé

Gusano28: ojala no se huvieran ido de YouTube. Yo no tengo Netflix. Cuando me entere me puse ha lorar

Infernal1: a mí también me dio pena, pero Anomia tiene que parar de poner a parir a L******. Si no, nos va a cancelar

Gusano28: omg no digas eso que me muero

28 de mayo de 2014

De *The Buzz*, sitio web de noticias y entretenimiento

El agente de Edie Ledwell confirma su hospitalización

Tras varios días de rumores, Allan Yeoman, el agente de la escritora y animadora Edie Ledwell, ha confirmado que la cocreadora de *Un corazón tan negro* ingresó en el hospital la noche del 24 de mayo, pero que ya ha regresado a su casa.

En su declaración, Yeoman, que dirige la agencia ayca, dijo:

«A petición de Edie Ledwell, confirmamos que ingresó en el hospital el 24 de mayo y que ya ha recibido el alta. Edie agradece a los fans su preocupación y su apoyo y pide que se respete su intimidad para que pueda concentrarse en su salud.»

Los fans no han parado de especular desde que se publicó en la prensa que la policía y una ambulancia acudieron al piso de la animadora poco después de la medianoche del día 24, y que testigos presenciales habían afirmado que Ledwell estaba inconsciente cuando la subieron en camilla a la ambulancia.

El fandom —comunidad de fans— de *Un corazón tan negro*, tachada de «tóxica» debido a su comportamiento en línea, estaba dividida tras saberse la noticia de la hospitalización de Ledwell. Mientras que algunos fans expresaron preocupación, hubo trolls a los que se criticó por insinuar que Ledwell había fingido un intento de suicidio para ganarse la simpatía de sus seguidores…

28 de mayo de 2014

Chats internos entre Traslúcida

(nueva moderadora de *El juego de Drek*), Morehouse y Anomia (cocreadores de *El juego de Drek*)

<**Canal privado**>;

<**28 mayo 2014 23:03**>;

Traslúcida: así que es verdad que L****** ha intentado suicidarse

Morehouse: eso parece

Traslúcida: joder, qué pena

Morehouse: ya

Traslúcida: has hablado con Anomia?

Morehouse: aún no

Morehouse: creo que me esquiva

Traslúcida: por qué?

Morehouse: porque le dije que dejara en paz a L****** en Twitter

Traslúcida: en serio? me estás diciendo que lo hizo por culpa de los trolls de Twitter?

Morehouse: no lo sé, pero podría haber influido que estuvieran todo el día llamándola vendida y traidora

>;

Traslúcida: eres tan mono

Morehouse: Yo?!

Traslúcida: quiero decir decente

Traslúcida: ni siquiera te cabrea que Anomia se lleve todo el mérito por el juego.

Morehouse: eso no me importa

Morehouse: La vida es algo más que tener un montón de seguidores en el puto Twitter

Traslúcida: xd eres tan maduro. En serio, no es un sarcasmo. Eres muy maduro.

Traslúcida: Puedo preguntarte una cosa?

Morehouse: Claro

Traslúcida: Estás seguro de que Anomia es un tío?

Morehouse: sí claro. ¿Por qué me lo preguntas?

Traslúcida: el otro día Infernal1 me dijo que cree que Anomia es una chica

Traslúcida: insinuó que Anomia y tú estáis juntos

Morehouse: Infernal1 es un liante, no te creas nada de lo que te cuente de mí ni de Anomia.

Traslúcida: Cora me comentó que estabas peleado con Infernal1

Morehouse: sí. A veces es un gilipollas y un inmaduro.

Morehouse: espera, ha llegado Anomia

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: qué dice?

>;

>;

Morehouse: quiere que modere mañana

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: temía que se hubiera enterado de que te he enviado fotos

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: sigues ahí?

Traslúcida: sí

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: perfecto, no tardaré mucho

Traslúcida: <3

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: ya está

Traslúcida: te ha escuchado?

Morehouse: con Anomia nunca se sabe. Puede que haya captado algo.

Morehouse: pero no le gusta que nosotros dos hablemos.

Traslúcida: sí, y por cierto… cuándo me vas a mandar tú una

foto?

Morehouse: no puedo

Morehouse: tengo la cámara del teléfono rota

Traslúcida: anda ya, Morehouse

Morehouse: XD Ok, no me gusta hacerme fotos

Traslúcida: yo no te habría mandado lo que te mandé anoche si hubiera sabido que tú no me ibas a mandar nada

Morehouse: eres muy guapa

Traslúcida: gracias

Morehouse: yo no soy guapo

Traslúcida: qué más da? Sólo quiero una foto tuya

Traslúcida: me encanta hablar contigo. Sólo quiero saber qué cara tienes!

Morehouse: imagínate a un friki normal y corriente

Traslúcida: me gustan los frikis. ¡Mándame una foto!

Morehouse: qué tal por bellas artes?

Traslúcida: guau, a eso se lo llama cambiar de tema con sutileza (...)

<**Se ha abierto un canal privado**>;

<**28 mayo 2014 23:05**>;

<**Anomia invita a Morehouse**>;

Anomia: hola

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Morehouse: llevo todo el día enviándote mensajes

Anomia: tenía cosas que hacer. Necesito que moderes mañana por la mañana. Yo no puedo.

Morehouse: Yo tampoco, tengo que entregar un trabajo

Anomia: pues qué haces aquí? O es que ‘entregar un trabajo’ es como llamas ahora a estar con Traslúcida?

Morehouse: ja ja

Anomia: os lleváis muy bien, no? Espero que no hayáis intercambiado fotos. Regla número 14, acuérdate.

Morehouse: Has visto las noticias?

>;

Anomia: qué? Lo del ‘suicidio’? Sí, lo he visto

Morehouse: oye, tienes que dejar un poco tranquila a Ledwell, en serio

Anomia: eso díselo al resto de los fans. ¿Te crees que soy el único que está hasta los huevos de su puta hipocresía y de su ambigüedad?

Morehouse: tú eres el único que tiene cincuenta mil seguidores en Twitter a los que animas a acosarla.

Anomia: si es verdad que ha intentado suicidarse, no habrá sido por culpa de Twitter. Seguro que es un truco publicitario

Anomia: supongo que tendré que pedirle a Cora que modere por mí mañana, si tú no puedes.

Morehouse: tú por qué no puedes?

Anomia: tengo hora en el hospital

Morehouse: hostia, estás bien?

Anomia: sí, no voy para mí, sólo soy el chófer

Anomia: no vaya a ser que el capullo tenga que ir en transporte público

Anomia: bueno, te dejo con tu «trabajo»

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<Anomia ha dejado el canal>;

<Se ha cerrado el canal privado>;

7 de enero de 2015

De *The Buzz*, sitio web de noticias y entretenimiento

¡Atención, fans de *Un corazón tan negro*!

¡Según nuestras fuentes, los de Maverick Film Studios están decididos a convertir vuestra serie favorita en un largometraje! Las conversaciones entre Maverick, Josh Blay y Edie Ledwell se encuentran «en un estadio avanzado» y el acuerdo podría llegar en cualquier momento. ¿Qué os parece pasar de la pequeña a la gran pantalla? ¡Contádnoslo en los comentarios!

Los comentarios pasan por un moderador.
The Buzz se reserva el derecho a retirar cualquier comentario que incumpla las normas.

Carla Mappin: *Un corazón tan negro* está puto acabado. Se ha convertido en una puta gallina de los huevos de oro. 👍402 👎52

Sharon Leaman: Estoy impaciente, creo que será una peli alucinante! 👍49 👎131

Anomia: Después de tanto decir que no quería *merchandising*, ahora Edie la Avara le saca todo el jugo que puede. 👍984 👎12

→ Brian Daniels: ¿Por qué no iba a recoger los beneficios económicos? 👍28 👎49

→ Anomia: Porque da por el culo a los fans que la pusieron donde está. 👍889 👎20

→ Brian Daniels: Pues no veas la película. 👍19 👎34

→ Anomia: Maverick nos necesita más a nosotros que a Ledwell. Si la despidieran, a lo mejor el fandom le daría una oportunidad a la película. 👍996 👎61

7 de enero de 2015

Chats internos entre seis de los ocho moderadores de *El juego de Drek*

<Se ha abierto un nuevo canal privado>;

<7 enero 2015 16:01>;

<**LordDrek invita a Vilepechora, Traslúcida, Cora, Infernal1, Gusano28**>;

LordDrek: ESTO ES URGENTE

<**Traslúcida se ha unido al canal**>;

Traslúcida: es por lo de la película?

LordDrek: no, mucho más importante

<**Cora se ha unido a canal**>;

Cora: diosss, habéis visto las noticias?

Traslúcida: lo de la película?

Cora: no, esos terroristas que han matado a los dibujantes en París

<**Gusano28 se ha unido al canal**>;

<**Vilepechora se ha unido al canal**>;

Traslúcida: Charlie no sé qué, sí.

LordDrek: Charlie Hebdo

LordDrek: eso es lo que deberíamos hacerle a Ledwell. Entrar ahí

y pegarles un tiro a ella y a todos los capullos que tiene trabajando en la película y volver a empezar

Vilepechora: XD

Gusano28: Drek no hajas bromas con esas cosass

Traslúcida: para eso querías reunirnos a todos? para organizar un tiroteo?

LordDrek: No vas muy desencaminada

Traslúcida: por qué no has invitado a Anomia ni a Morehouse?

LordDrek: a Anomia lo verás dentro de un segundo. A Morehouse porque no me fío de que no vaya a ir corriendo a contárselo a Anomia.

Traslúcida: A contarle qué a Anomia?

LordDrek: Ya lo verás.

Gusano28: me estas poniendo del os ner vios

LordDrek: pues ya verás cuando te cuente esto

LordDrek: entonces sí que te vas a poner de los nervios

<**Infernal1 se ha unido al canal**>;

Infernal1: perdón, tenía que cambiarme

Vilepechora: sabes muy bien que no podemos verte, no?

Infernal1: jajaja

Infernal1: llevaba ropa de deporte

Vilepechora: qué deporte?

Infernal1: fútbol

LordDrek: ok, preparaos

LordDrek: Vilepechora y yo teníamos sospechas de Anomia

LordDrek: así que rastreamos su dirección IP

Traslúcida: wtf?

Vilepechora: Y hemos encontrado/ relacionado otras cosas

Vilepechora: pero la dirección IP confirma quién es ella en realidad

Infernal1: joder, SABÍA que era una chica!

LordDrek: pues tenías razón

LordDrek: pero no es una chica cualquiera

Cora: qué quieres decir?

LordDrek: OK, allá va

LordDrek: Anomia = Edie Ledwell

>;

Infernal1: no jodas!!!

Gusano28:??????????

Traslúcida: no puede ser!!!

Vilepechora: pues es

Vilepechora: nos la han jugado

LordDrek: nos ha tomado por gilipollas

Cora: por qué iba a hacer eso?

LordDrek: porque está jugando a un juego muy retorcido, por eso

Infernal1: lo siento, pero eso es imposible

LordDrek: no lo es

LordDrek: va a «llegar a un acuerdo» con Anomia para hacer el juego oficial y empezar a cobrar

Vilepechora: sólo que Anomia no existe. El juego es de Ledwell, siempre lo ha sido

Infernal1: no me lo creo

Traslúcida: yo tampoco

Traslúcida: Morehouse no habría aceptado algo así

LordDrek: has conocido a Morehouse en persona?

Traslúcida: no

Vilepechora: ni lo has visto haciéndose una paja delante de la webcam?

Traslúcida: vete a la mierda, Vilepechora

Traslúcida: sencillamente no me creo que Morehouse esté de acuerdo en que Ledwell nos engañe así

Infernal1: qué ganaría haciéndose pasar por Anomia y troleándose a sí misma?

LordDrek: muy fácil: 'quedar con' Anomia y decidir que es buena gente —le preocupa la sobrecomercializacion y toda esa mierda

LordDrek: 'vamos a monetizar el juego, Anomia puede llevarse los beneficios, se lo merece'

LordDrek: seguramente tendrá a algún lisiado interpretando a Anomia para dar pena

LordDrek: Entonces el lisiado —Anomia les explica a los fans que ahora que la ha conocido se da cuenta de que se había equivocado, de que es genial, y el fandom, que quiere el juego, margina e intimida a Blay

Vilepechora: el fandom adora a Ledwell, ella se lleva la buena prensa y las ganancias

LordDrek: y los fans apoquinan creyendo que a Anomia le llegará el dinero

LordDrek: sólo hay un problema: Ledwell necesitará a un pringado que cargue con la culpa de hackear a Anomia, o cualquiera que sea la excusa que explique que él la ponga a parir

LordDrek: y ella tiene dinero y conocimientos para tendernos una trampa

Gusano28: no lo enitenod. Ella odia ha Anomia..

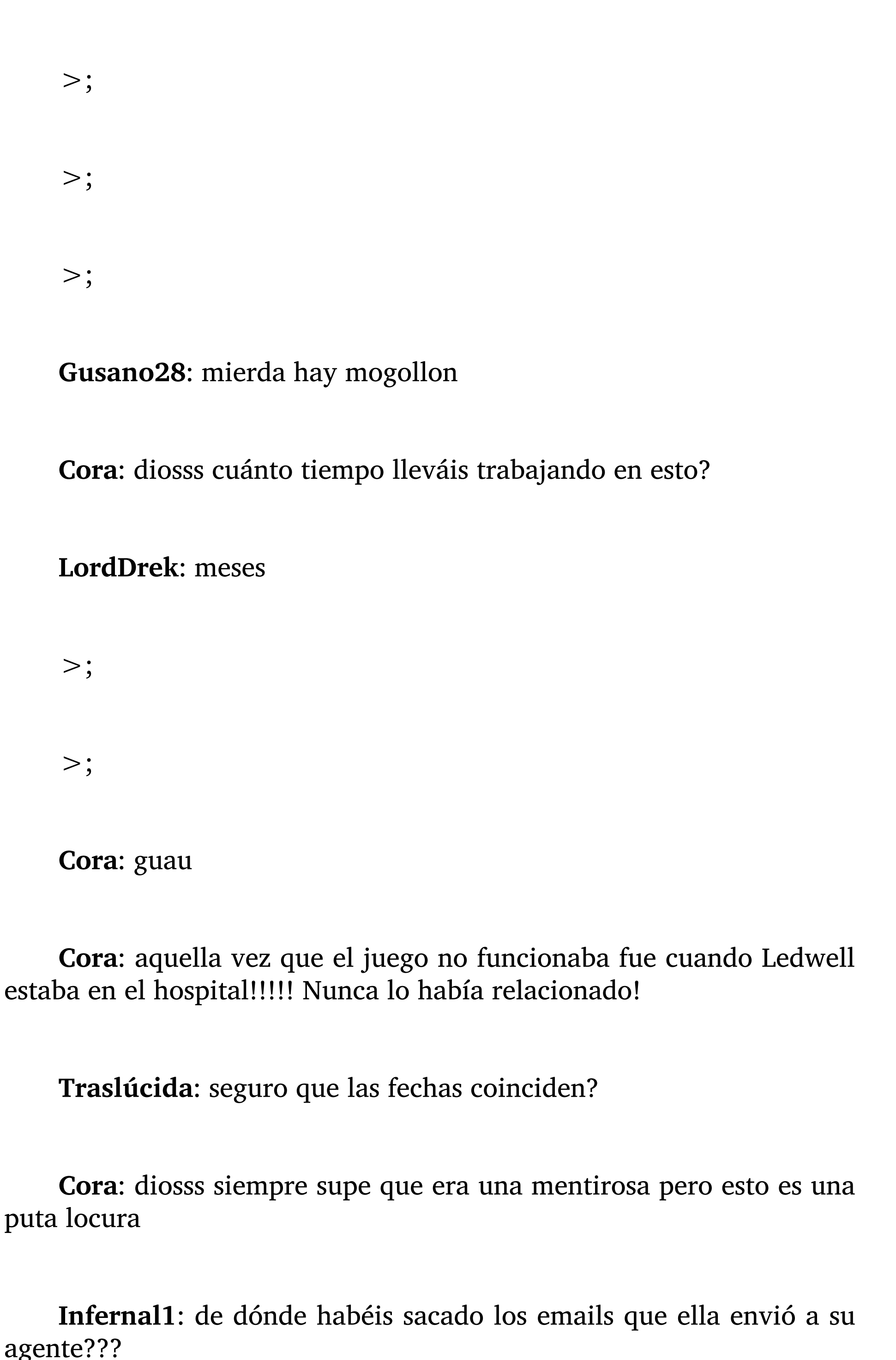
Vilepechora: es todo falso, Imbécil. Ella se hace la víctima delante de la prensa y de los fans

LordDrek: si quieres pruebas, te las mando

<**LordDrek quiere enviarte un archivo**>;

<**Clica alt+y para aceptar el archivo**>;

>;



>;

>;

>;

Gusano28: mierda hay mogollon

Cora: diosss cuánto tiempo lleváis trabajando en esto?

LordDrek: meses

>;

>;

Cora: guau

Cora: aquella vez que el juego no funcionaba fue cuando Ledwell estaba en el hospital!!!!! Nunca lo había relacionado!

Traslúcida: seguro que las fechas coinciden?

Cora: diosss siempre supe que era una mentirosa pero esto es una puta locura

Infernal1: de dónde habéis sacado los emails que ella envió a su agente???

LordDrek: de una fuente amiga que tenemos dentro de su agencia y que la considera una zorra

Cora: Diosss sí! Os acordáis de cuando dijo que sólo hablaría con Anomia si él quedaba con ella cara a cara?

Vilepechora: sí, preparando el terreno

Cora: me pareció tan raro entonces! Para qué iba a quedar con él si le tenía tanto odio?

Vilepechora: exacto

LordDrek: y leed los tuits borrados. Metió la pata varias veces tuiteando por error mensajes de Anomia desde su propia cuenta

Cora: voy a vomitar

Vilepechora: y no olvidéis que llevamos mucho tiempo poniendo verde a Ledwell delante de ella

Gusano28: entonce sesto sigfinica el fin del juego? Ya no podrewmos jugar?

Traslúcida: claro que no, no seas estúpida

Traslúcida: el juego es nuestro, no suyo

Traslúcida: el juego es más importante que Blay/Ledwell

Gusano28: no useis los nombres completos, esta proibido! Regla 14!

LordDrek: en mi opinión, B*** tiene que enterarse de las consecuencias de su puta traición

LordDrek: está intentando joderlo a él tanto como a nosotros

Vilepechora: así que cómo se lo decimos a él?

>;

Cora: si queréis, yo podría ir a verlo

Gusano28: tu no sa bes donde viv e

Cora: sí que lo sé. Seguro que querrá hablar conmigo

Traslúcida: conoces a J*** B***? en serio?

Cora: sí, se me olvidó, seguramente tú te uniste cuando ya se lo había contado a los otros. Antes era la secretaria de L****** y B***.

Traslúcida: qué me estás contando????

Cora: Drek, podríamos ir tú y yo juntos a hablar con J***.

LordDrek: uf, lo siento, no puedo, estoy ocupado ya sabes con qué

Gusano28: con que?

LordDrek: no es asunto tuyo

Gusano28: soi la unica que nunca incumple la regla 14?

Cora: ok pues iré yo sola y le enseñaré este dosier

LordDrek: en serio?

Cora: pues claro, lo que está haciendo ella es horrible

Infernal1: Cora, tú la conoces… ¿de verdad la crees capaz de hacerse pasar por Anomia?

Cora: si te soy sincera, sí. Trabajar para ella no fue nada divertido. Es despiadada y sólo le importa salirse con la suya

LordDrek: seguro que no te importa ir sola?

Cora: claro que no

LordDrek: me gustaría poder ir

Vilepechora: eres lo más, Cora

Cora: cualquier cosa por el fandom

Vilepechora: Ok, recordadlo: ni una palabra en el canal de moderadores ni delante de Anomia o de Morehouse

Vilepechora: hay que tener mucho cuidado

Vilepechora: y que no se os note que actuáis diferente

Vilepechora: ni pullas, ni indirectas, ni nada

Vilepechora: porque ella está buscando a un pringado, no lo olvidéis

Gusano28: mierda, teng o que irme llego tardeal c urro

<**Gusano28 ha dejado el canal**>;

Traslúcida: yo tendría que estar moderando. Hasta luego.

<**Traslúcida ha dejado el canal**>;

Infernal1: yo sigo sin verlo claro, chicos

Vilepechora: lee todo el archivo y cambiarás de opinión.

<**Infernal1 ha dejado el canal**>;

>;

>;

>;

<**Cora ha dejado el canal**>;

LordDrek: ya se han ido todos?

Vilepechora: me meo

Vilepechora: hostia puta, qué imbéciles son

Vilepechora: no estoy seguro de si Infernal1 se lo ha tragado del todo

LordDrek: qué más da lo que piense ese marica

LordDrek: lo único que hace falta es que Blay se lo crea

Vilepechora: cierto

LordDrek: acabo de llamar a esa foca, Cora, 'preciosa'

Vilepechora: me meo, puto crack

LordDrek: pero me ha asegurado que no dirá de dónde ha sacado el material

Vilepechora: flipante

Vilepechora: crees que Traslúcida se lo dirá a Morehouse?

LordDrek: si tiene dos dedos de frente no

LordDrek: mecha encendida, chiqui

Vilepechora: XD si esto funciona...

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**7 enero 2015 16:25**>;

<**LordDrek invita a Cora**>;

<**Cora se ha unido a canal**>;

Cora: Hola! Cómo han ido hoy los ensayos?

LordDrek: Mucho curro, pero es lo que tiene Chéjov. Oye, puedes hacerme un favor, cielo?

LordDrek: No le digas a Josh de dónde has sacado el archivo.

LordDrek: si piensa que lo han recopilado dos moderadores del juego de Drek, a lo mejor no se fía

Cora: ok pero de dónde le digo que lo he sacado?

LordDrek: dile que te lo han enviado unos fans preocupados. Es creíble, tú eres una líder dentro del fandom

Cora: ok, me parece bien. Intentaré ir a ver a Josh este sábado

LordDrek: eres nuestra heroína. Ya nos contarás.

Cora: claro XOXO

Cora: ok me voy a trabajar, hablamos pronto XOXO

LordDrek: gracias, preciosa XOXO

<**Cora ha dejado el canal**>;

<**LordDrek ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

6

¡Tendrás fama! ¡Oh, farsa!
¡Ofrece a los juncos de las tormentas refugio;
a la enredadera que cae algo donde enroscarse;
a la flor sedienta una gota de lluvia; y el alimento
de las dulces palabras de amor a la mujer! ¡Inútil fama!

FELICIA HEMANS, *Properzia Rossi*

El último viernes de enero por la tarde, Robin se encontraba sentada ante el escritorio doble de su pequeño despacho de Denmark Street, revisando el dosier del caso Depredador para matar el tiempo antes de ir a ver un piso en Acton. Fuera, en la calle, había mucho ruido: las extensas obras de construcción seguían provocando alteraciones alrededor de Charing Cross Road, y para ir y venir de la oficina había que caminar por pasarelas, entre martillos neumáticos y los silbidos de los obreros. A causa del ruido del exterior, el primer indicio que tuvo Robin de que un posible cliente acababa de entrar en la oficina no fue el sonido de la puerta de cristal al abrirse, sino el timbrazo del teléfono que tenía encima del escritorio.

Al contestar, oyó la voz de barítono de Pat.

—Mensaje del señor Strike. ¿Estás libre este sábado para ir a Gateshead?

Era un mensaje en clave. Desde que el año anterior habían resuelto con éxito un caso sobreseído, lo que le había valido a la agencia otra avalancha de cobertura mediática, dos posibles clientes considerablemente excéntricos se habían presentado en la agencia sin avisar. La primera, una mujer que padecía alguna clase de enfermedad mental, había suplicado a Barclay, el único detective que se encontraba allí en ese momento, que la ayudara a demostrar que el gobierno la estaba vigilando a través del conducto de ventilación de su piso de Gateshead. El segundo, un hombre profusamente tatuado que parecía un tanto sobreexcitado, se había puesto agresivo con Pat cuando ella le dijo que no había ningún detective disponible para tomar nota de los datos de su vecino, quien, según él, formaba parte de una célula del ISIS. Por suerte, Strike había llegado en el preciso instante en que el hombre cogía la grapadora de Pat con la aparente intención de lanzársela a la cabeza. Desde entonces, Cormoran se había empeñado en que Pat tuviera la puerta cerrada con llave cuando

se quedara sola en la oficina, y todos se habían puesto de acuerdo para utilizar aquella frase que, más o menos, venía a decir: «Tengo aquí a un chiflado.»

—¿Peligroso? —preguntó Robin en voz baja al tiempo que cerraba el dosier de Depredador.

—No, no —dijo Pat con voz serena.

—¿Enfermo mental?

—Puede que un poco.

—¿Hombre?

—No.

—¿Le has pedido que se marche?

—Sí.

—¿Quiere hablar con Strike?

—No necesariamente.

—De acuerdo, Pat. Hablaré con ella. Ahora mismo salgo.

Robin colgó el teléfono, guardó el dosier de Depredador en el cajón correspondiente y salió a la recepción.

Una joven con una despeinada melenita castaña estaba sentada en el sofá frente a la mesa de Pat. A Robin la sorprendieron varios detalles extraños de su aspecto físico. La impresión general que daba era de desaliño, incluso de ir un poco sucia: calzaba unos botines viejos que casi no tenían tapas; se había pintado la raya de los ojos de un modo un tanto chapucero y probablemente lo había hecho el día anterior, y llevaba una camisa tan arrugada que parecía que hubiese dormido con ella. Y a pesar de todo, a menos que fuera falso, el bolso de Yves Saint Laurent que tenía a su lado debía de haberle costado más de mil libras y su largo abrigo de lana negro parecía nuevo y de excelente calidad. Al ver a Robin, la mujer se sobresaltó y, antes de que ella pudiera hablar, dijo:

—No me eches, por favor. Por favor. Necesito hablar contigo, por favor.

Robin vaciló unos segundos.

—De acuerdo, puedes pasar. Pat, ¿podrías decirle a Strike que sí, que puedo ir con él a Gateshead?

—Ajá —dijo Pat—. Yo habría declinado la invitación, mira por dónde.

Robin se apartó para que la joven pudiera entrar en su despacho, y sólo entonces, moviendo los labios, le dijo a Pat: «Veinte minutos.»

Cerró la puerta y se fijó en que la mujer tenía el pelo apelmazado por detrás, como si llevase días sin peinárselo; aun así, la etiqueta que asomaba en la espalda de su abrigo declaraba que provenía de Alexander McQueen.

—¿Eso era lenguaje en clave? —preguntó la joven, y se dio la vuelta para mirar a Robin—. ¿Lo de Gateshead?

—No, claro que no —mintió Robin, esbozando una sonrisa tranquilizadora—. Siéntate.

Robin se sentó al otro lado del escritorio y la mujer, que debía de tener su misma edad, en una silla frente a ella. A pesar del pelo despeinado, el maquillaje mal aplicado y el gesto tenso, era atractiva de un modo poco convencional. Su rostro era simétrico y rectangular, tenía los labios carnosos, la tez pálida y los ojos de un tono ambarino que resultaba asombroso. Su acento revelaba que era londinense. Robin se fijó en que llevaba un tatuaje pequeño y borroso en un nudillo: un corazón negro que parecía que se hubiera hecho ella misma. Tenía las uñas completamente mordidas y los dedos índice y corazón manchados de nicotina. En conjunto, la desconocida aparentaba ser alguien que pasaba una mala racha y que acababa de escapar de la casa de una mujer rica tras robarle el abrigo y el bolso.

—Supongo que no puedo fumar, ¿verdad? —preguntó.

—Me temo que no. La oficina es un entorno libre de...

—No pasa nada. Tengo chicles.

Hurgó en su bolso y lo primero que sacó fue una carpeta marrón llena de hojas de papel. Mientras intentaba extraer un chicle del paquete al mismo tiempo que impedía que el bolso se le cayera de encima de las rodillas y sujetaba la carpeta, las hojas que ésta contenía resbalaron y se esparcieron por el suelo. Por lo que Robin alcanzó a ver, eran una mezcla de tuits impresos y notas escritas a mano.

—Mierda, lo siento... —dijo la mujer. Agobiada, recogió las hojas y las guardó de cualquier manera en la carpeta. Después de ponerla otra vez en el bolso y de meterse un chicle en la boca, volvió a enderezarse, ahora aún más despeinada, con el abrigo ceñido con descuido alrededor del cuerpo y el bolso agarrado con fuerza en el regazo, como si fuese una mascota que pudiese tratar de huir en cualquier momento.

—Eres Robin Ellacott, ¿no?

—Sí.

—Confiaba en que me atendieras tú. He leído cosas sobre ti en los periódicos —dijo la mujer. Robin se sorprendió. Lo normal era que los clientes quisieran que los atendiera Strike—. Me llamo Edie Ledwell. La recepcionista me ha dicho que ya no podéis aceptar más clientes...

—Me temo que...

—Ya me imaginaba que estaríais muy solicitados, pero... puedo pagar —dijo con un extraño matiz de sorpresa—. De verdad, puedo pagar lo que sea, me lo puedo permitir. Estoy... Si quieres que te diga la verdad, estoy absolutamente desesperada.

—Lo siento, pero tenemos la agenda a tope —empezó a explicarle Robin—. La lista de espera es...

—¿Me dejas que antes te cuente de qué se trata, por favor? ¿Sólo

eso? ¿Por favor? Y entonces, a lo mejor, aunque no puedas... Bueno, aunque no puedas hacerlo, a lo mejor puedes darme algún consejo sobre cómo... o decirme quién podría ayudarme. Te lo pido por favor.

—De acuerdo —cedió Robin. La insistencia de la desconocida había despertado su curiosidad.

—Vale, pues... ¿has oído hablar de *Un corazón tan negro*?

—Pues... sí —dijo Robin, sorprendida. En Zermatt, una noche, su prima Katie había mencionado la serie de dibujos animados. Katie había visto *Un corazón tan negro* durante su baja de maternidad y había quedado fascinada, aunque por lo visto no estaba muy segura de si era graciosa o simplemente rara—. Está en Netflix, ¿verdad? Me suena, pero no la he visto.

—Vale, bueno, en realidad eso no importa. El caso es que yo creé la serie con mi ex novio y ha triunfado, o como quieras llamarlo... —dijo con voz tensa—. Incluso es posible que la lleven al cine, aunque eso sólo es relevante porque... Bueno, en realidad no es relevante respecto a lo que yo necesito investigar, pero quiero que sepas que tengo dinero y puedo pagar.

Antes de que Robin pudiese intervenir, la mujer siguió hablando:

—En fin, la cuestión es que dos fans de nuestra serie, y hablo de hace unos años... Supongo que podríamos llamarlos «fans», al menos al principio, vaya... Esos dos fans crearon un videojuego en línea basado en nuestros personajes. Nadie sabe quiénes son. Se hacen llamar Anomia y Morehouse. Anomia es el que se lleva casi todo el mérito y el que tiene más seguidores en las redes. Hay quien dice que Anomia y Morehouse son la misma persona, pero no creo que sea verdad... —Respiró hondo—. Total, Anomia... Él... porque estoy segura de que es un hombre... se ha propuesto como misión... hacer... hacerme...

De pronto, soltó una risotada un tanto histérica. Habría sido lo mismo si hubiera chillado de dolor.

—Hacerme la vida tan insoportable como sea posible. Es como... Es incesante, no me da tregua. A diario. Empezó cuando a Josh y a mí nos entrevistaron y nos preguntaron si habíamos visto el juego de Anomia y si nos gustaba. Y... bueno, esto es difícil de explicar... En la serie hay un personaje que se llama Drek, ¿vale? No sabes cómo desearía que no hubiera ningún personaje llamado Drek en la serie, joder, pero ya es demasiado tarde para eso. En fin, en nuestra serie, Drek hace jugar a los otros personajes a un juego, y siempre se está inventando nuevas reglas y siempre acaba todo mal para todos excepto para Drek. Su juego en realidad no es ningún juego, no tiene ninguna lógica, sólo consiste en que él se dedica a fastidiar a los otros personajes.

»Bueno, pues en esa entrevista nos preguntaron si habíamos visto

el juego de Anomia y Morehouse, y Josh y yo contestamos que sí, pero que el juego de la serie en realidad no es ningún juego. Es más bien una metáfora... Lo siento, todo esto debe de parecerte una solemne estupidez, pero es que entonces fue cuando empezó todo: cuando dije que el juego de Anomia no era exactamente lo mismo que *El juego de Drek* de la serie.

»Anomia se puso furioso cuando la entrevista apareció en las redes sociales, y empezó a atacarme sin parar. Dijo que ellos habían sacado todas las reglas de su juego directamente de las reglas de Drek, así que, ¿qué coño hacía yo diciendo que no era exacto? Y un montón de fans le dieron la razón y dijeron que yo estaba descalificando el juego porque era gratis y que quería cancelarlo para poder crear un juego de Drek oficial y ganar dinero con él.

»Creí que la cosa se olvidaría, pero no hizo más que empeorar. No puedes imaginar... Se intensificó muchísimo. Anomia publicó una foto de mi piso en las redes. Ha convencido a la gente de que yo trabajaba de prostituta cuando no tenía dinero. Me envió fotografías de mi difunta madre, diciendo que yo mentía sobre su muerte. Y el fandom se lo cree todo y me ataca por cosas que yo nunca he hecho, cosas que nunca he dicho y cosas en las que no creo...

Robin vio temblar los dedos con los que sujetaba las asas de su bolso de marca, y Edie continuó:

—Aunque también sabe cosas ciertas sobre mí, cosas que no debería saber... El año pasado... intenté suicidarme.

—Lo siento mu... —empezó a decir Robin, pero Edie hizo un ademán de impaciencia: era evidente que lo que buscaba no era compasión.

—Casi nadie lo sabía, pero Anomia se enteró antes de que saliera en las noticias; hasta sabía en qué hospital estaba. Tuiteó sobre ello, diciendo que todo había sido un chanchullo para que los fans se compadecieran de mí...

Se detuvo un instante, y cuando prosiguió su voz parecía más temblorosa:

—Total, que el domingo pasado, Josh, el chico con el que creé *Un corazón tan negro*, y que como ya he dicho era mi... éramos pareja, y rompimos, pero seguimos haciendo la serie juntos. Josh me llamó y me contó que circulaba el rumor de que Anomia soy yo, de que me ataco a mí misma en las redes y me invento mentiras sobre mí misma, sólo para obtener atención y compasión. Y le pregunté: «¿Quién lo dice?», y él no me contestó, sólo me dijo: «Es lo que he oído por ahí.» Y me dijo que, si no era verdad, quería que se lo dijera a él directamente, así que le dije: «¿Cómo coño se te ocurre pensar que eso puede ser verdad?»

Edie hablaba ahora a voz en grito.

—¡Le colgué el teléfono, pero me volvió a llamar y volvimos a discutir, y ya han pasado como dos semanas y él sigue creyéndoselo y no consigo convencerlo de que…!

Llamaron a la puerta.

—¿Sí? —dijo Robin.

—¿Alguien quiere café? —preguntó Pat. Abrió un poco la puerta y miró a Robin y a Edie. Robin sabía que Pat quería asegurarse de que todo iba bien después de oír gritar a Edie.

—Yo no, gracias, Pat —dijo Robin—. ¿Y tú, Edie?

—Eh… no, gracias.

Pat cerró la puerta.

—Vale, pues anteayer —continuó Edie como si quisiera resumir— hablé otra vez con Josh por teléfono y esta vez me dijo que tenía un dosier de «pruebas». —La joven dibujó unas comillas en el aire—. Unas pruebas que demuestran que es verdad que soy Anomia.

—¿Eso es el…? —Robin señaló el bolso que Edie tenía en el regazo y que contenía la carpeta marrón.

—No, esto sólo es lo que me ha tuiteado Anomia. Dudo mucho que ese dosier de mierda del que habla Josh exista siquiera. Le dije: «¿De dónde lo has sacado?», y no quiso contestarme. Estaba colocado —añadió—. Fuma mucha hierba. Le colgué el teléfono otra vez. Ayer me tiré todo el día paseándome arriba y abajo por mi casa y… ¿Cómo coño va a tener pruebas de que soy Anomia? ¿Qué pruebas? ¡Es ridículo, joder!

Había vuelto a subir la voz, y al final se le quebró. De sus ojos color ámbar brotaron algunas lágrimas y, al secárselas, se corrió el lápiz de ojos y aparecieron unas gruesas franjas grises en sus mejillas y sus sienes.

—Mi novio estaba trabajando y yo… me subía por las paredes, y entonces pensé: sólo hay una forma de parar esto. Tengo que demostrar quién es Anomia. Porque creo que lo sé. Se llama Seb Montgomery. Estudiaba Bellas Artes con Josh. A Josh lo echaron, pero Seb y él siguieron siendo amigos. Seb nos ayudó a animar los dos primeros episodios de *Un corazón tan negro*. Es un buen animador, pero una vez en marcha nosotros ya no lo necesitábamos, y estoy segura de que se molestó cuando empezamos a tener muchos seguidores, y de que me echaba la culpa a mí. La verdad es que a mí nunca me cayó muy bien, pero yo no presioné a Josh para que prescindiera de él, lo que pasó fue simplemente que ya no lo necesitábamos… Seb y Josh todavía son amigos, y Josh se lo cuenta todo a todo el mundo, no tiene filtro, y menos cuando está borracho o va ciego, que es como está la mayor parte del tiempo, y así es como Seb habría podido enterarse de todos los detalles personales que Anomia sabe sobre mí… Sea como sea, lo que demuestra que es Seb…

—continuó Edie, que tenía los nudillos blancos de lo fuerte que agarraba el asa del bolso— es que Anomia sabe una cosa que yo sólo le he contado a Seb.

A pesar de que Robin sentía verdadera lástima por aquella visita inesperada, miró disimuladamente la hora. Pasaban los minutos, y ella tenía que ir a Acton a ver un piso.

—Verás, en la serie hay otro personaje... Se llama Traslúcida, es un fantasma, y no para de dar por culo, por cierto. Pero eso no viene al caso. Lo que sí es relevante es que una noche, en un pub, le conté a Seb que algunos detalles del personaje de Traslúcida los había sacado de mi ex compañera de piso. Y hace un mes, Anomia tuiteó eso y dijo el nombre de mi ex compañera... Así que llamé a Seb y le dije: «¿A quién le has contado lo de Traslúcida y Shereece?» Y él hizo como si no se acordara de lo que yo le había contado.

Robin intentó decir algo otra vez, pero Edie siguió hablando.

—Sé que miente. Sé que Seb es Anomia, lo sé y necesito demostrarlo, tengo que demostrarlo, no puedo seguir así... Hace seis meses me uní al juego para verlo desde dentro. Es muy bonito, eso es cierto; el que sea que lo ha animado tiene un gran talento, pero no es tan bueno como un juego real. De hecho, es más bien una especie de *chatroom* animado, y muchos fans entran sólo para ponerme verde, por lo que he podido ver. Les pregunté a otros jugadores quién era Anomia; intenté averiguar si alguien sabía algo de él. Y alguien debió de contarle que estaba haciendo muchas preguntas, porque me banearon.

»Anoche casi no pude pegar ojo, y esta mañana me he despertado y he pensado que tenía que hacer algo, porque no puedo seguir así. Necesito a un investigador profesional, y por eso...

—Edie —consiguió decir Robin por fin—, entiendo perfectamente que quieras averiguar quién es Anomia, y te comprendo, pero...

—Por favor —dijo Edie, y pareció que se encogía dentro de su holgado abrigo al oír el tono de voz de Robin—. Ayúdame, por favor. Estoy dispuesta a pagar lo que sea.

—Nosotros no nos dedicamos al tipo de investigación que creo que necesitas —repuso Robin, que hablaba con sinceridad—. Creo que tú necesitas a alguien especializado en ciberinvestigación, un tema que nosotros nunca hemos tocado. Y además no tenemos...

—No te imaginas lo duro que es esto, me paso el día preguntándome quién será, quién me odia tanto. Por cómo habla... se nota que Josh le cae bien, pero que a mí me odia. Creo que se ve como el verdadero... no sé, supongo que está convencido de que debería ser él quien estuviera al mando de *Un corazón tan negro*; que debería ser él quien decidiera los guiones y le pusiera condiciones a la productora de cine y escogiera las voces de todos los actores. Así es

como se comporta, como si tuviera que estar al mando, y como si yo sólo fuese un… un parásito inoportuno que accidentalmente se hubiera pegado a la cosa que él ama.

—Mira —empezó Robin con suavidad—, voy a darte el nombre de otras dos agencias que a lo mejor pueden ayudarte, porque creo que nosotros no somos lo que buscas.

Robin escribió los nombres y le tendió la nota a Edie.

—Gracias —dijo Edie en voz baja; la hoja de papel temblaba en su mano mientras ella leía el nombre de las agencias que le había dado Robin—. Lástima, porque… yo quería que fuerais vosotros, pero supongo que si no puede ser…

Se metió la nota en el bolso, y Robin contuvo el impulso de decirle que no la perdiera, pues le pareció que era lo más probable. Al ver que Robin se fijaba en su bolso, Edie lo levantó un poco de su regazo.

—Sólo lo tengo desde hace un mes. —Lo giró y le enseñó a Robin las manchas negras que había en la piel de color rojo oscuro—. Me explotó la pluma. Soy un desastre cuidando las cosas. Me lo compré porque pensé que me lo merecía, porque hemos tenido mucho éxito… Ja, ja, ja —rió con amargura—. Somos un exitazo.

Se levantó agarrando con fuerza su bolso; Robin se levantó también. La intensa iluminación del despacho resaltaba la palidez de Edie, y cuando Robin fue hacia ella para abrirle la puerta, se dio cuenta de que lo que la joven tenía en el cuello no era suciedad ni maquillaje, sino un cardenal.

—¿Qué te ha pasado en el cuello?

—¿Cómo?

—En el cuello —dijo Robin señalando su garganta—. Tienes un morado.

—Ah.

Edie se llevó una mano al cardenal que había visto Robin.

—No es nada. Soy muy patosa. Como seguramente habrás podido observar.

Salieron a la recepción, y Pat se dio la vuelta en la silla.

—¿Hay algún lavabo que pueda utilizar? —preguntó Edie en voz baja.

—En el rellano, justo al lado de la puerta —contestó Robin.

—Vale. Bueno, pues… adiós.

La puerta de cristal se cerró, y Edie Ledwell desapareció tras ella.

7

Sigue huyendo, y cada vez más fieros sabuesos la persiguen, sigue huyendo, y cada vez más rápidos cazadores van tras ella...

AMY LEVY, *Correr para salvar la vida*

—¿Qué ha sido todo eso? —preguntó Pat con su voz ronca.

—Quería que investigáramos a alguien que la acosa en las redes sociales —respondió Robin.

Aunque era cierto que no tenían hueco para otro cliente y que la agencia no estaba especializada en ciberinvestigaciones, Robin lamentó no haber podido aceptar el caso de Edie Ledwell. A medida que la agencia se hacía famosa, la proporción de individuos desagradables que gravitaban hacia ella era cada vez más elevada. Como es lógico, los que querían demostrar que habían sido víctimas de una infidelidad o una traición se hallaban, por definición, bajo cierta tensión; pero algunos de sus clientes más recientes, y en especial el multimillonario de South Audley Street, habían mostrado una clara tendencia a tratar a Robin como si fuera una criada, y el cándido «Confiaba en que me atendieras tú» de Edie Ledwell le había tocado la fibra sensible. A través de la puerta de cristal se oyó la ruidosa descarga de la cisterna del váter del rellano, y un segundo después Robin vio la silueta del abrigo negro de Edie pasar por delante de la puerta y oyó sus pasos bajando por la escalera de metal.

—¿La has rechazado? —preguntó Pat, tras darle una larga calada a su cigarrillo electrónico.

—No he tenido más remedio. —Robin se acercó a la cocina. Le sobraba el tiempo justo para tomarse una taza de té antes de ir a Acton.

—Bien hecho —dijo Pat sin rodeos, y siguió tecleando—. No me ha gustado nada.

—¿Por qué? —Robin se dio la vuelta para mirar a la secretaria.

—Es una *drama queen*, si quieres saber mi opinión. Y a su pelo le vendría bien un buen cepillado.

Acostumbrada a los rápidos e inflexibles juicios de Pat, generalmente basados en el aspecto físico de las personas y, en ocasiones, en su remoto parecido con otras personas a las que había conocido, Robin no se molestó en contradecirla.

—¿Quieres una taza de té? —preguntó cuando el agua empezó a hervir.

—Sí, muchas gracias —contestó Pat, con el cigarrillo electrónico colgando de los labios mientras seguía tecleando.

Robin preparó las dos tazas y volvió al despacho, cerró la puerta y se sentó a su lado del doble escritorio. Se quedó unos segundos contemplando abstraída el dosier del caso Depredador; luego lo apartó, encendió el ordenador, entró en el buscador de Google y tecleó: «corazón negro, animación».

«Serie de dibujos animados independiente...» «Éxito total...» «De YouTube a Hollywood: ¿triunfará *Un corazón tan negro* en la gran pantalla?»

Robin entró en YouTube, buscó el primer episodio de la serie y pulsó «play».

Sonó una música de piano cantarina e inquietante sobre la animación de unos remolinos de niebla que, poco a poco, se despejaron para revelar unas tumbas bajo la luz de la luna. La toma siguió entre ángeles de piedra recubiertos de hiedra y musgo hasta que, entre las tumbas, apareció, de pie y sola, una figura femenina traslúcida de un blanco perlado.

—Triste, muy triste. —Suspiró la fantasma, y a pesar de que su cara estaba representada con sencillez, sorprendía lo siniestra que llegaba a resultar su sonrisita.

La figura se dio la vuelta y se alejó, atravesando las tumbas, hasta disolverse en la oscuridad. En primer plano, tras un desagradable chapoteo, una cosa negra y reluciente brotó del suelo. La cosa giró sobre sí misma para orientarse hacia el espectador, y Robin vio que era un corazón humano de color negro azabache. Su rostro sonriente y su cándida expresión desentonaban con su grotesco aspecto general. Robin oyó un ruido y registró vagamente que volvía a abrirse la puerta de cristal de la oficina, mientras el corazón agitaba una arteria cortada y, con el tono garboso de un presentador de programas infantiles de televisión, saludaba al espectador:

«¡Hola! Me llamo Blacky. Vivo aquí, en el cementerio de Highgate, con mis amigos. Quizá os preguntaréis por qué no me he descompuesto...»

Llamaron a la puerta del despacho con los nudillos y Midge entró sin esperar una respuesta.

«Pues bien, ¡es porque soy malo!»

—Ah, perdona... —dijo Midge—, creía que era tu tarde libre. Necesito el...

Se interrumpió y, con aire desconcertado, se colocó detrás de Robin para mirar la pantalla, donde ahora Blacky iba brincando entre las tumbas y presentando a diversos personajes que salían de debajo

de la tierra para unirse a él.

—No me lo puedo creer —dijo Midge con perplejidad—. ¿Tú también?

Robin quitó el volumen de la serie.

—¿Cómo que yo también?

—Mi ex estaba obsesionada con esa maldita serie. Es una mierda. Parece una historia de esas que se inventa la gente cuando se toma un tripi.

—Es la primera vez que la veo —dijo Robin—. Una de las creadoras acaba de estar aquí. Quería contratarnos.

—¿Quién? ¿Cómo se llama...? ¿Ledwell?

—Sí —confirmó Robin, sorprendida de que Midge tuviese aquel nombre en la punta de la lengua.

Midge interpretó correctamente la expresión de Robin y dijo:

—Beth la odiaba.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Ni idea. Ese fandom es muy tóxico. «¡A jugar, chiquis!» —Añadió con voz chillona.

—¿Cómo? —dijo Robin riendo.

—Es una de las muletillas de la serie. Beth siempre me lo soltaba cuando yo no quería hacer algo. «¡A jugar, chiqui!» Una mamarrachada. Y también jugaba a esa mierda de videojuego. En línea.

—¿El juego que creó Anomia? —preguntó Robin con interés.

—No tengo ni idea de quién lo creó. Es una chorrada para niños pequeños. —Midge cogió el dosier de Depredador de encima de la mesa—. ¿Te importa si me llevo esto? Tengo algunas notas que añadir.

—No, no, adelante.

Midge salió del despacho, y justo en ese momento sonó el móvil de Robin: era Strike. Pulsó el botón de pausa de la serie, que había seguido avanzando, aunque sin volumen.

—Hola.

—Hola —saludó Strike. Robin oyó mucho tráfico; al parecer, su socio se encontraba en un sitio muy concurrido—. Perdona, ya sé que es tu tarde libre...

—No importa —dijo Robin—, todavía estoy en la oficina. A las seis tengo que estar en Acton para ver un piso; no tenía mucho sentido que pasara por casa.

—Ah, vale. Quería saber si te importaría que mañana nos cambiáramos el trabajo. A mí me iría mejor ir a Sloane Square en lugar de a Camden.

—Claro, ningún problema —contestó Robin. En la pantalla del ordenador que tenía delante, el corazón negro se había quedado

congelado y señalaba la oscura entrada de un mausoleo.

—Muchas gracias —dijo Strike, que había detectado un tono raro en la voz de Robin, y añadió—: ¿Va todo bien?

—Sí, sólo que... Acaba de entrar una Gateshead. Bueno, Pat ha pensado que era una Gateshead... pero en realidad no lo era. ¿Has oído hablar de *Un corazón tan negro*?

—No. ¿Qué es? ¿Un pub?

—No, una serie de dibujos animados. —Robin volvió a darle al «play». El volumen seguía apagado, pero Blacky retrocedió temeroso para alejarse de una figura que surgía de la entrada del mausoleo. Era grande, iba encorvada y se movía con suma lentitud. Llevaba una capa negra y tenía una nariz exageradamente aguileña—. Una de sus creadoras quería que investigáramos a un fan que la está acosando en las redes sociales.

—Mmm —dijo Strike—. ¿Y qué le has dicho?

—Que tenemos la agenda llena, pero que Patterson Inc. y McCabes hacen ciberinvestigación.

—Mmm. No me entusiasma pasarle trabajo a Patterson.

—Quería ayudarla —repuso Robin un poco la defensiva—. La chica estaba muy nerviosa.

—De acuerdo —dijo Strike—. Bueno, gracias por el cambio. Te debo una.

Después de colgar, Robin volvió a subir el volumen de la serie y siguió viéndola un minuto más, pero no entendió de qué iba. Quizá se hubiese perdido algún momento clave cuando había quitado el volumen, pero en general tenía que darle la razón a Midge: excepto por la animación, que era muy buena, aquellos dibujos parecían la fantasía macabra de un drogata.

Estaba a punto de apagar el pc cuando Pat llamó a la puerta y volvió a entrar en el despacho.

—Esto estaba en el lavabo —dijo Pat, enarbolando la carpeta marrón—. Esa desastrada debe de habérsela dejado. Estaba encima de la cisterna.

—Ah. —Robin cogió la carpeta—. Vale... Bueno, a lo mejor vuelve a por ella. Si no, tendremos que buscar una dirección a la que enviársela. ¿Te importaría comprobar si esa chica tiene un agente o algo parecido, Pat? Se llama Edie Ledwell.

La secretaria soltó un resoplido con el que claramente quería decir que Edie Ledwell no le caía mejor por haberse olvidado la carpeta, y salió del despacho.

Robin esperó a que se hubiese cerrado la puerta para abrir la carpeta. Edie había impreso una gran cantidad de tuits de Anomia, y había anotado cosas en ellos con una peculiar caligrafía.

Anomia tenía más de cincuenta mil seguidores en Twitter. Robin

empezó a leer por encima los tuits, que ya no estaban por orden cronológico porque se habían desordenado al caer al suelo.

Anomia
@AnomiaGamemaster

Los que se creen las historias lacrimógenas de pobreza de La Avara Glotona deberían saber que tiene un tío ricachón que le hizo 2 megatransfusiones de pasta a principios de los 2000. #EdieLaMentirosa

16:21 22 Sep 2011

Debajo del tuit, Edie había escrito: «Anomia me llama o "La Avara Glotona", porque tuve bulimia y porque evidentemente sólo me importa el dinero, o "Edie la mentirosa", porque se supone que miento continuamente sobre mi pasado y sobre mis fuentes de inspiración. Es verdad que un tío mío me dio un poco de dinero. La primera vez, 200 libras y la segunda, 500. La segunda vez yo no tenía piso. Me dio el dinero y me dijo que no podía hacer nada más por mí. Josh lo sabe y habría podido contárselo a Seb.»

Robin pasó a la página siguiente.

Anomia
@AnomiaGamemaster
En privado, La Avara Glotona se ríe porque basó a la cachozorra Traslúcida en su ex compañera de piso negra, una tal Shereece Summers. Sigue dando caña, Avara.

3:45 24 enero 2015

«Le conté a Seb que me había inspirado en Shereece cuando afinamos el personaje de Traslúcida, la fantasma, pero nunca le mencioné a nadie más que ella había sido parte de mi inspiración.»

Robin leyó el siguiente tuit.

Anomia
@AnomiaGamemaster

Noticias interesantes, fans del juego. Puede que #LaAvaraGlotona desprecie NUESTRO juego, pero resulta que es una experta en otros #Putón

Max R @mreger#5

No me enorgullezco, pero yo pagué a @EdLedDibuja por una mamada en 2002
16:21 13 abril 2012

«Esto es uno de sus trucos favoritos: se las ingenia para que otros *haters* amigos suyos le hagan el trabajo sucio, publicando cosas que él puede retuitear. Así no pueden denunciarlo a él por haber publicado esas burradas», había escrito Edie.

Robin cogió otra página.

Anomia
@AnomiaGamemaster

Dicen que Edie Ledwell «ha intentado suicidarse». Su agente no ha hecho ningún comentario. Alguien tiene más info?

22:59 24 mayo 2014

Anomia
@AnomiaGamemaster

Mi fuente dice que está en el hospital de Kensington. Presunta sobredosis.

23:26 24 mayo 2014

Debajo, Edie había escrito: «Anomia sólo tardó unas horas en enterarse de lo que había pasado. Yo creía que Josh era el único que lo sabía.»

Anomia
@AnomiaGamemaster

Mmmmmm ...

Johnny B @jbaldw1n1 > >
En respuesta a @AnomiaGamemaster
pues qué raro, porque mi hermana trabaja en ese
hospital y la vio entrar por su propio pie y riéndose
00:16 25 mayo 2014

«Mentira. No entré en el hospital por mi propio pie. No me acuerdo de cómo llegué allí, estaba inconsciente. Ese tal Johnny es otro de esos elfos ayudantes que le proporcionan mentiras.»

Anomia
@AnomiaGamemaster

?

Sally Anne Jones @saj345_>
En respuesta a @AnomiaGamemaster
No es broma, pero en ese hospital hacen muchos tratamientos de estética. Si se hubiese tomado una sobredosis habría habido una declaración, no?
1:09 25 mayo 2014

«Sally Anne es una cuenta falsa, la crearon aquella noche y nunca ha vuelto a tuitear nada. Desde entonces dicen que me operé la nariz.»

Debajo había unas cuantas reacciones a la noticia del intento de suicidio de Ledwell.

Max R @mreger#5
En respuesta a @AnomiaGamemaster
Yo digo que es todo falso. Ha ido a arreglarse ese narizón que tiene #Narizgate

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
En respuesta a @AnomiaGamemaster
Alguien vive cerca del hospital? No sería muy difícil fotografiarla al salir #Narizgate

Algernon Gizzard Esq @Gizzard_Al
En respuesta a @AnomiaGamemaster
muerte por cirugía de nariz chapucera sería la rehostia
□□□

DrekIsMySpiritAnimal @playDreksgame
En respuesta a @Gizzard_Al @LepinesD1sciple @AnomiaGamemaster
□□□□□□□□□

Zozo @corazonnegro28
En respuesta a @AnomiaGamemaster
No os riais. Y si es verdad que?

Laura May @May_Flower*
En respuesta a @AnomiaGamemaster

si es verdad que ha intentado suicidarse lo que estáis haciendo no está bien

Andi Reddy @ydderidna
En respuesta a @May_Flower* @AnomiaGamemaster
si fuese verdad habría habido una declaración
#manipulandoparadarpena

Robin miró la hora: si quería ver el piso de Acton, tenía que marcharse. Cerró la carpeta y salió del despacho con ella y con la taza de té vacía. Midge estaba sentada en el sofá añadiendo sus notas al dosier de Depredador.

—¿Tienes planes para esta noche? —preguntó Pat cuando Robin cogió su abrigo de la percha que había junto a la puerta de cristal.

—Voy a Acton a ver un piso —contestó Robin—. Espero que sea mejor que el último que vi. El techo del cuarto de baño estaba lleno de moho y el lavamanos se estaba desprendiendo de la pared. El de la inmobiliaria dijo que «tenía mucho potencial».

—Puto mercado inmobiliario de Londres —masculló Midge sin levantar la cabeza—. Yo vivo en una puta caja de cerillas.

Robin se despidió de las dos mujeres y se marchó. Abajo, en Denmark Street, hacía frío. Camino de la parada de metro, sin darse cuenta se puso a buscar a Edie Ledwell entre los transeúntes. Quizá ya se hubiese dado cuenta de que se había olvidado la carpeta.

Pero no la vio por ninguna parte.

Era casi la hora punta. Robin estaba inquieta por algo que no alcanzaba a identificar. Cuando llegó a la escalera mecánica, entendió por fin que su nerviosismo no tenía nada que ver con Edie Ledwell ni con su serie de dibujos animados.

Strike no tenía previsto trabajar esa noche, así que, ¿dónde iba a dormir para que, a la mañana siguiente, le viniera mejor vigilar el piso de Dedos Largos en Sloane Square que el instituto de Patas en Camden?

8

Era una joven despreocupada e intrépida...
Amable, en general,
pero un poco temeraria con su lengua
y tendía a hacer daño.

CHRISTINA ROSSETTI, *Jessie Cameron*

La entrada del Nightjar, el tugurio al que se dirigía Strike esa noche, no era fácil de encontrar. De hecho, pasó justo por delante de la discreta puerta de madera de City Road sin darse cuenta y tuvo que dar media vuelta.

Después de tocar al timbre y dar su nombre, lo dejaron entrar y bajó a un sótano escasamente iluminado donde estaba el bar de ladrillo visto y madera oscura. Era la sexta vez que Strike quedaba con Madeline Courson-Miles. Todas sus citas anteriores habían comenzado en un bar o un restaurante distintos elegidos por Madeline, y todas habían terminado en su casa, un *mews* de Pimlico que compartía con su hijo Henry, al que había tenido a los diecinueve años. El padre de Henry, con el que Madeline no se había casado, también tenía diecinueve años cuando Madeline se había quedado embarazada. Él se había convertido en un diseñador de interiores de gran éxito, y Strike estaba impresionado por la amistosa relación que por lo visto seguían manteniendo.

Tras separarse del padre de Henry, Madeline se había casado con un actor que la había abandonado poco después por la actriz protagonista de su primera película, de modo que acabaron divorciándose. Strike no se parecía en nada a los esnobs con aires de artista con los que Madeline había salido hasta entonces, pero, afortunadamente para él, ella parecía estar disfrutando de ese contraste. En cuanto a Henry, que tenía dieciséis años, apenas se comunicaba con monosílabos cuando coincidían en casa de Madeline. No era muy educado con Strike, aunque él no se lo tomaba a pecho, porque se acordaba perfectamente de cómo se sentía él con los hombres que su madre llevaba a su casa.

Cormoran no tenía ningún inconveniente en dejar que su nueva novia escogiera los lugares en los que se citaban. Como hacía mucho tiempo que el trabajo dominaba su vida por completo, no estaba al día de los mejores locales nocturnos de Londres. Un par de ex suyas,

incluida Charlotte, que durante un tiempo fue su prometida, se mostraban siempre insatisfechas con la clase de sitios a los que él podía permitirse llevarlas, pero en los últimos tiempos tenía suficiente dinero y ya no necesitaba preocuparse por las facturas de los bares y restaurantes a los que iba. Su única objeción era que a veces Madeline se olvidaba de que un hombre de su corpulencia necesitaba algo más que *snacks* de bar al final de una larga jornada de trabajo, y por eso había tomado la precaución de comerse un Big Mac y una ración extra de patatas fritas antes de ir al Nightjar, que, según le había asegurado ella, ofrecía buenas copas y música en directo.

Lo guiaron hasta una mesa para dos y se sentó a esperar. Por lo general, Madeline llegaba como mínimo media hora tarde. Dirigía un negocio de mucho éxito y la tienda ancla estaba en Bond Street, donde vendía y prestaba joyas a clientes de alto nivel, incluidas actrices de primera línea y miembros de la realeza. Cormoran se estaba acostumbrando a que Madeline llegara muy exaltada y hablando sin parar del último problema que había surgido en el trabajo, hasta que, tras unos pocos sorbos de alcohol, se relajaba. Era completamente autodidacta, y a él le gustaba su compromiso con lo que hacía y su pasión por su negocio, y también sus concisas observaciones sobre las personas que la infravaloraban por su acento y sus orígenes. Además, resultaba que era guapa y que le gustaba acostarse con él, y tras un largo período de celibato obligado y aquel peligroso momento con Robin al salir del Ritz, a Strike le venía de perlas aquel bálsamo para su ego. Aunque no le había contado a ninguna de sus amistades que estaba saliendo con Madeline, lo cierto era que, como él se decía a sí mismo, estaba «dándose una oportunidad».

—Esperaré un poco, gracias —le dijo a la camarera que había ido a tomarle nota, y se pasó veinte minutos examinando la carta de bebidas, notable tanto por su extensión como por los extravagantes brebajes que ofrecía. A la pareja de la mesa de al lado acababan de servirle un par de cócteles con algo que parecía algodón de azúcar en el borde de la copa. Strike habría sido mucho más feliz con una simple pinta de Doom Bar.

—Siento llegar tarde otra vez, cariño —dijo por fin la jadeante voz de Madeline. Llevaba un minivestido de ante y botas altas, y, como todas las veces que habían salido juntos, estaba preciosa.

Se sentó al lado de Strike, le puso un brazo alrededor del cuello, tiro de él para besarlo en los labios y entonces añadió:

—Tenía que ver a unos abogados. Dios, necesito una copa. Les he enseñado las fotografías y están de acuerdo en que parece que esas zorras de Eldorado han copiado mi diseño. Una hora y media explicándome exactamente lo difícil que es demostrarlo, como si yo no lo supiera, pero supongo que contarme lo mismo diez veces les sale a

cuenta, porque cobran por horas, así que, como es lógico... Todavía no he mirado, vuelve dentro de un rato —le soltó a la camarera, que había vuelto a aparecer. La chica se retiró, y Madeline le quitó a Strike la carta de cócteles de las manos—. ¿Tú que vas a tomar? Yo necesito algo fuerte. ¿Qué te parece este sitio? Bonito, ¿no? ¿Qué voy a tomar...? Vodka... Sí, me tomaré un Orca Punch. ¿Dónde se ha metido esa chica?

—La acabas de mandar al cuerno —dijo Strike.

—Mierda, ¿he sido maleducada con ella? ¿En serio? Es que ha sido una tarde horrible. Además, tenemos un vigilante de seguridad nuevo y es alucinante, ha estado a punto de impedir que Lucinda Richardson entrase en la tienda. Me parece que voy a tener que hacerle una chuleta para explicarle quién es quién... Mira, ahí está —dijo Madeline, y esta vez sonrió abiertamente a la camarera, que regresó a la mesa con cierta cautela—. Yo me tomaré un Orca Punch, si eres tan amable.

—Para mí un Toronto, por favor —añadió Strike, y la camarera le sonrió y se marchó.

—¿Y a ti qué tal te ha ido el día? —preguntó Madeline, pero antes de que él pudiese responder, le deslizó una mano por el muslo por debajo de la mesa—. Tengo que pedirte una cosa, cielo, y estoy un poco preocupada. Creo que será mejor que te lo diga ahora y me lo quite de encima.

—Estaba esperándolo —dijo Strike muy serio—. Pero no, no voy a hacer de modelo para ti.

Madeline soltó una carcajada.

—Joder, estarías fantástico. El anuncio quedaría de puta madre: podría coronarte con una tiara... No, pero tiene gracia que lo digas, porque... El proyecto ya está casi en marcha, aunque no sé cómo te lo vas a tomar... Se trata de Charlotte Campbell.

—¿Qué pasa con ella? —preguntó Strike, tratando de mantener un tono de voz indiferente.

Como Madeline estaba cenando con el hermanastro de Charlotte la noche que Strike la había conocido, no le sorprendió descubrir que estaba al corriente de su prolongada relación con ella. Aun así, había querido averiguar el grado exacto de amistad con su ex prometida antes de tener una segunda cita con Madeline, y se había alegrado cuando ella le había dicho que su relación con Charlotte era superficial, que sólo le prestaba joyas y coincidían en las típicas inauguraciones y cócteles a los que sus clientes asistían de forma rutinaria.

—El año pasado aceptó hacer de modelo para mi nueva colección —dijo Madeline, observando atentamente a Strike para ver cómo reaccionaba—. No sabía si debía contártelo. Son cuatro. Tengo a Alice

de Bock, Siobhan Vickery y Constance Cartwright...

Ninguno de aquellos nombres le decía nada a Strike, y Madeline pareció deducirlo al ver que apenas reaccionaba.

—Bueno, todas son un poco... Alice es esa modelo a la que detuvieron por robar en comercios y Siobhan es la chica que se enrolló con Evan Duffield cuando él todavía estaba casado. La colección se llama «Infames», por eso yo quería utilizar a mujeres que... Bueno, ya sabes, mujeres que aparecen en las columnas de cotilleos, por decirlo de alguna forma. Iba a utilizar también a Gigi Cazenove —añadió Madeline, y de pronto su rostro se ensombreció—. Esa pobre chica que...

—... Se ahorcó la noche de fin de año, ya lo sé —dijo Strike, que se había informado sobre el caso. Se trataba de una cantante pop de veintitrés años que no hacía precisamente el tipo de música que Strike escucharía de forma voluntaria. Las fotografías aparecidas en la prensa de su cara estrecha y con unos ojos enormes le habían recordado a un ciervo asustado, y durante los seis meses anteriores a su muerte había sido la portavoz de una organización benéfica medioambiental.

—Exactamente. Había tenido que soportar una tormenta brutal en las redes sociales que al final resultó no estar basada en nada, y yo pensé que aquello sería una forma gloriosa de mandar a tomar por culo a toda la gente que la había acosado, pero... Bueno, en fin... Charlotte ha aceptado mi propuesta y la semana que viene tenemos la sesión fotográfica. Pero si prefieres que no lo haga, supongo que podríamos cancelarlo todo y...

—No digas tonterías —dijo Strike—. Es tu negocio. A mí no me importa. No tiene nada que ver conmigo.

La noticia no lo entusiasmó, pero tampoco lo sorprendió. Charlotte había hecho de modelo varias veces a lo largo de sus años de relación, y también había escrito algún artículo para *Vogue* y *Tatler*: el recurso fácil de una joven guapa y famosa sin ninguna necesidad especial de trabajar.

—¿No te importa? ¿De verdad? Porque estoy segura de que lo hará muy bien, y las cuatro juntas causarán sensación. A Charlotte quiero ponerle un collar *fuck-off* con esmeraldas sin tallar encastadas.

—¿Un collar *fuck-off*? —repitió Strike, pensando en los perros.

—Sí, una especie de gargantilla, pero más gruesa —explicó Madeline. Se rio de él otra vez y se inclinó hacia delante para darle otro beso—. Joder, me encanta que te importen una mierda las joyas. Es un cambio de aires que me viene de puta madre.

—¿Quieres decir que a la mayoría de los hombres les interesan las joyas?

—Te sorprenderías. Aunque, bueno... no sé si realmente les interesan las joyas, pero suelen interesarse por el diseño, o por el valor

de las piedras, o tienen su propia opinión... Estoy harta de que los hombres me den su opinión. No sé, a lo mejor sólo estoy harta de los abogados. ¿Dónde está esa chica, joder? Me muero por una copa.

Tal como Strike había imaginado, con la mitad del Orca Punch en el cuerpo Madeline empezó a relajarse. Un cuarteto de jazz subió al escenario y ella le puso una mano en el muslo mientras se gritaban el uno al otro comentarios al oído.

—¿Ya me has contado lo que has hecho hoy? —le preguntó Madeline cuando le sirvieron la segunda copa.

—No, pero ha ido todo bien.

Strike nunca le contaba detalles sobre los casos en los que trabajaba, y eso a Madeline le provocaba cierta frustración. En alguna ocasión habían bromeado con que Strike estaba investigando al alcalde de Londres, y en ese instante a él le habría gustado inventarse algún divertido delito ficticio cometido por Boris Johnson, pero no se vio con fuerzas para hacerse entender a gritos, dado el volumen al que estaba tocando el saxofonista. Aun así, cuando por fin los músicos pararon un momento y la gente dejó de aplaudir, Strike dijo:

—¿Has oído hablar de *Un corazón tan negro*?

—¿Cómo? Ah, espera, ¿te refieres a esa serie de dibujos animados tan rara?

—Sí. ¿La conoces?

—No, no mucho. Pero Henry la estuvo viendo durante un tiempo. Hay un personaje que se llama Dred, Dreg o algo así, ¿verdad?

—No lo sé. Yo he oído hablar de ella esta tarde por primera vez.

—Sí, a Henry le gustaba ese tal Dreg. Pero ¿no despidieron al tipo que le ponía voz o algo así? Creo recordar que oí a Henry y a sus amigos hablar de eso. Después, mi hijo perdió interés. Es que todo eso de YouTube se me escapa un poco. No es el mejor sitio para vender joyas.

—¿Cuál es el mejor sitio para vender joyas?

—Instagram —contestó Madeline sin dudar—. ¿No has visto mi cuenta de Instagram? Joder, menudo novio.

Sacó su iPhone del bolso y lo encendió para enseñárselo mientras daba golpecitos en el suelo con el pie porque la señal de wifiera lenta.

—Mira —dijo por fin.

Fue pasando lentamente fotografías de varias mujeres hermosas que llevaban puestas joyas de Madeline; también había, intercaladas, fotos artísticas de Londres y unos cuantos selfis de Madeline con sus propios pendientes y collares.

—Vamos a hacernos un selfiy lo publico —propuso recuperando su iPhone y poniendo la cámara frontal—. Este fondo mola mucho...

—Los detectives privados no salimos en Instagram —repuso Strike, e instintivamente levantó una gran mano con el dorso cubierto

de vello para tapar la lente.

—No —dijo ella con cara de sorpresa—. Claro… Qué pena. Esta noche estamos los dos bastante guapos.

Volvió a guardar el teléfono en el bolso.

—Ya publicarás una foto mía con la tiara esa —observó Strike, y Madeline se rio.

—¿Quieres otra copa, o…? —Madeline se inclinó hacia él, y Strike notó su cálido aliento en la oreja—. ¿Nos vamos a casa?

—Nos vamos a casa —dijo Strike, terminándose el cóctel de un solo trago—. Mañana tengo que estar en Sloane Square temprano.

—¿Ah, sí? ¿Qué está haciendo Boris en Sloane Square?

—Robar tapacubos, asaltar a ancianas… Lo de siempre —contestó Strike—. Pero es un pájaro de mucho cuidado y todavía no lo he pillado in fraganti.

Madeline se rio y Strike levantó una mano para pedir la cuenta.

9

¡El honor de la pálida reina!
Una débil risa, hiriente y cruel,
un balbuceo como el de los muertos en la tumba…

JEAN INGELOW, *El sueño de Segismundo*

Chats internos entre siete de los ocho moderadores de *El juego de Drek*

<**Canal de moderadores**>;

<**12 febrero 2015 09:22**>;

>;

>;

>;

Anomia: Día tranquilito

>;

>;

Vilepechora: Sí. La actividad ha bajado mucho estas dos semanas.

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

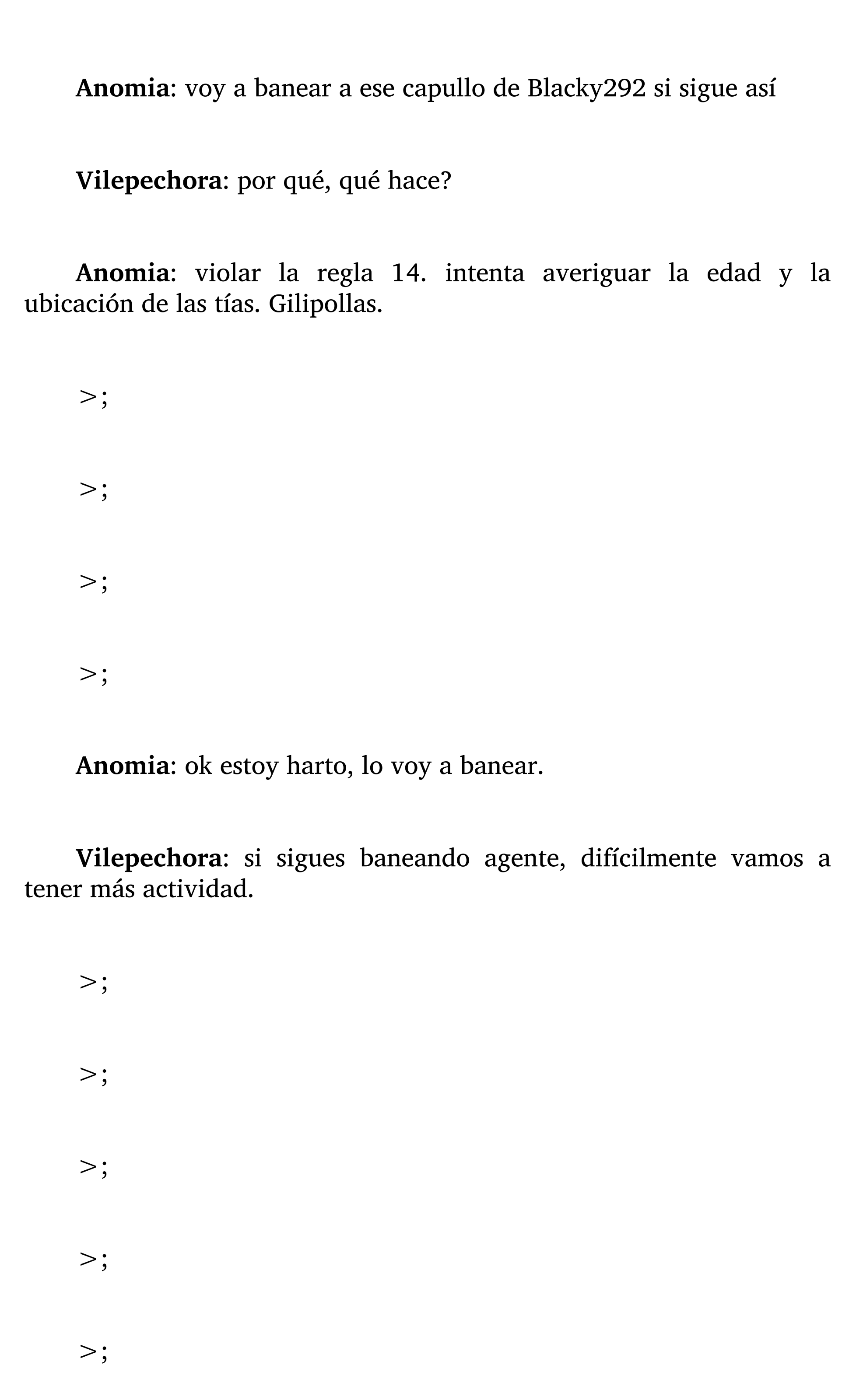
Anomia: A qué viene la repentina afluencia de moderadores?

>;

Vilepechora: ni idea

>;

>;



Anomia: voy a banear a ese capullo de Blacky292 si sigue así

Vilepechora: por qué, qué hace?

Anomia: violar la regla 14. intenta averiguar la edad y la ubicación de las tías. Gilipollas.

>;

>;

>;

>;

Anomia: ok estoy harto, lo voy a banear.

Vilepechora: si sigues baneando agente, difícilmente vamos a tener más actividad.

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: luego tengo que ir a un sitio. Puedes cubrirme?

>;

Vilepechora: lo siento, tío, tengo reunión de curro

Vilepechora:: pídeselo a Morehouse

Anomia: tiene nosequé, no puede

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: tengo cosas que hacer

Anomia: vuelvo en un rato

<**Anomia ha dejado el canal**>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

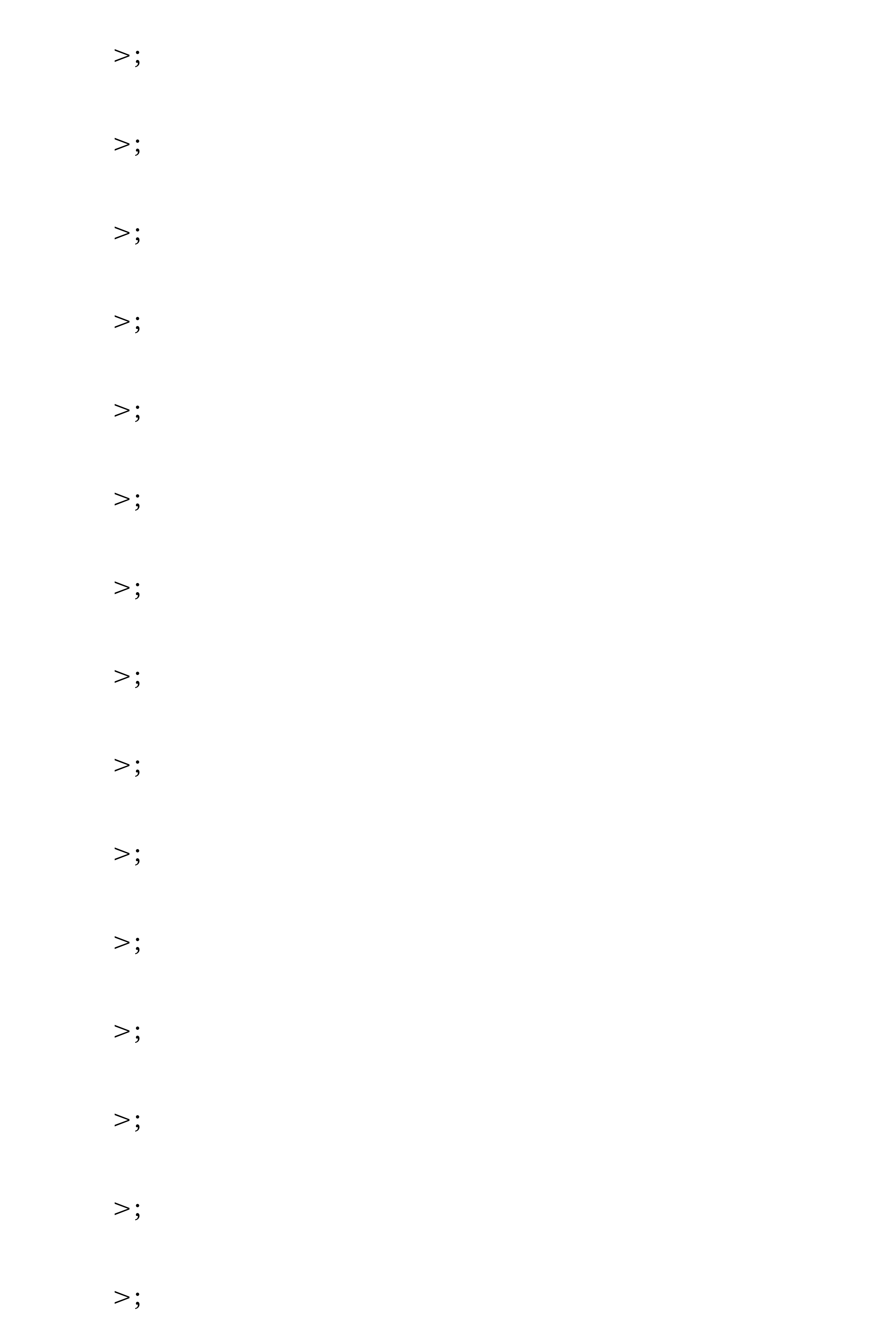
>;

>;

>;

>;

>;



>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

<**Gusano28 se ha unido al canal**>;

Vilepechora: gracias

>;

>;

>;

>;

Vilepechora: supongo que pronto podría no importar que aflojemos el ritmo, XD

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**12 febrero 2015 09:24**>;

<**Cora invita a LordDrek, Vilepechora, Infernal1, Gusano28y Traslúcida**>;

Cora: hola?

>;

<**Vilepechora se ha unido al canal**>;

<**LordDrek se ha unido al canal**>;

<**Gusano28 se ha unido al canal**>;

Gusano28: sabeis algo de josh?

Cora: Esperemos a los otros.

>;

<**Traslúcida se ha unido al canal**>;

<**Infernal1 se ha unido al canal**>;

>;

Infernal1: qué ha pasado?

Cora: Josh me acaba de escribir. Ledwelly él van a tener un cara a cara esta tarde. Ella todavía lo niega, así que él va a llevar el dosier y se lo va a enseñar.

Infernal1: uaaaa

Gusano28: SPM

Vilepechora: DE PUTAMADRE!

LordDrek: esta vez no va a poder irse de rositas

Traslúcida: dónde han quedado?

Cora: eso no te lo puedo decir, lo siento

Traslúcida: porque no lo sabes o por otra razón?

Cora: porque Josh confía en que no lo diré.

Gusano28: habran avogados?

Vilepechora: qué coño es un avogado?

LordDrek: me meo

Infernal1: vale ya, es disléxica

Cora: no, Gusano, sólo estarán ellos dos

Vilepechora: Está de mala leche en el canal de moderadores porque últimamente han bajado los números. Espera aque Blay le enseñe nuestro dosier, jajaja

Traslúcida: por qué no puedes decirnos dónde han quedado?

Cora: ya te lo he dicho, Josh confía en que no se lo diré a nadie.

Cora: obviamente no quiere que lo interrumpan los cazadores de autógrafos.

Traslúcida: joder yo no pretendo conseguir un autógrafo. Estoy a kilómetros de Londres, sólo era curiosidad

Traslúcida: … Aunque en realidad es bastante obvio dónde han quedado

Cora: Traslúcida, enserio, si aparecen fans por allí, Josh nunca volverá a confiar en mí

Traslúcida: te acabo de decir que yo no podría aparecer aunque quisiera, estoy a kilómetros de Londres.

Cora: Josh confía en mí, vale?

Traslúcida: Joder, Cora,ya lo sabemos. Josh Blaytiene tu número de teléfono. Tranquilízate.

Traslúcida: Tengo que irme

<**Traslúcida ha dejado el canal**>;

Cora: Qué demonios le pasa?

Infernal1: Está acostumbrada a ser la favorita de Anomia y Morehouse. No le gusta que tú seas el centro de atención

LordDrek: ya sabía que a Morehouse le gustaba, pero a Anomia también?

Infernal1: no lo sé pero a ella la disculpa más que a nadie, os habéis fijado?

Vilepechora: a que no sabéis quién ha dejado el canal de mods porque tiene que ir a un sitio?

Cora: Pues ya está. No necesitamos más pruebas.

LordDrek: Habrá ido a ducharse para no oler tanto a puta antes de quedar con él.

Cora: XD

LordDrek: sólo tú habrias podido hacer esto, Cora

Cora: *se sonroja*

LordDrek: Blay debería ir armado.Empiezo a pensar que ella es una psicótica

Vilepechora: alguien viene a ayudarme al canal de mods?

Gusano28: yo

>;

Cora: cuando se sepa esto, el fandom va a explotar

LordDrek: sí. crees que JB te contará cómo ha ido?

Cora: sí, me ha dicho que me explicaría

LordDrek: joder, esto es mas emocionante que la Nochebuena

10

En el camino de la felicidad el suelo está hueco…

FELICIA HEMANS, *La hora festiva*

La siguiente reunión del equipo completo de la agencia tuvo lugar en la oficina el segundo viernes de febrero. Era el típico día londinense húmedo y oscuro. Una fuerte lluvia repiqueteaba en los cristales de las ventanas, y la luz artificial de la oficina les daba a todos excepto a Dev un aspecto pálido y poco saludable.

—Vale —dijo Strike tras liquidar una serie de cabos sueltos y detalles administrativos—, caso Depredador. Como sabéis, creíamos que era demasiado listo para acercarse al instituto de Patas, pero eso cambió ayer a la hora de comer. ¿Midge?

—Sí —Midge aceptó la lata de galletas que le ofrecía Barclay, pero se la pasó a Strike sin coger ninguna—, se presentó allí en su BMW a las doce y media, con la ventanilla bajada, y se puso a buscar entre las chicas que salían para ir a comer. Hice fotos; Pat las ha imprimido…

Pat sujetó el cigarrillo electrónico con los dientes, abrió la carpeta que tenía en el regazo y sacó el montón de fotografías para que fueran pasándoselas.

—Y, como podéis ver, en lugar de hacerle señas delante de sus amigas para que se detuviera, le mandó un mensaje. Una vez que las amigas se perdieron de vista, ella dio media vuelta y se metió en el coche con él. Temí que se marcharan a algún sitio, pero sólo doblaron la esquina para que no pudieran verlos desde la entrada del instituto.

Las fotografías habían llegado hasta Robin, que las examinó una por una. En la última, que estaba tomada a través del parabrisas del BMW, Depredador, un apuesto cuarentón con abundante pelo rubio oscuro y una sonrisa cautivadora, le besaba el dorso de la mano a la chica de diecisiete años que estaba sentada a su lado, en el asiento del pasajero.

—Lo del beso en la mano fue justo antes de que sonara el timbre en el instituto —explicó Midge—. En ese momento, ella miró la hora en el teléfono, se dio cuenta de que tenía que volver a clase y se largó. Él se marchó también, en coche, y no volvió a aparecer. Patas regresó a casa en autobús, como siempre.

—Pero desde entonces ha habido novedades —intervino Strike—.

Cuando Midge me enseñó estas fotografías, se las envié enseguida a la madre, y esta mañana me ha llamado. Resulta que habló con Patas fingiendo que otra madre la había visto salir del coche de Depredador. Patas le aseguró que él sólo había pasado por delante del instituto por casualidad y la había saludado con la mano. La madre le pidió que le enseñara el móvil. Patas se negó. La cosa degeneró y llegaron a las manos.

—Oh, no —se lamentó Robin.

—Patas consiguió impedir que su madre le quitara el móvil, y la madre, que es quien paga las facturas, lo bloqueó.

—Bien hecho —dijeron Barclay y Midge a la vez, pero Dev negó con la cabeza.

—Él lo aprovechará. Le comprará un teléfono nuevo. Lo peor que podía hacer ahora esa mujer es convertirse en la enemiga.

—Estoy de acuerdo —dijo Strike—. Nuestra clienta ya está aterrorizada pensando en lo que pasará la próxima vez que tenga que viajar al extranjero. Patas se quedará con la amiga del instituto cuya familia la llevó a Annabel’s por fin de año y yo, que los he visto, diría que no son ni demasiado estrictos ni autoritarios. En fin, sea como sea, ahora madre e hija van camino de Hereford para celebrar los noventa años de la abuela.

—La atmósfera dentro de ese coche debe de ser fantástica —comentó Dev.

—En conclusión —dijo Strike—: el caso Depredador continúa, aunque mi instinto me dice que no vamos a poder darle a nuestra clienta lo que ella quiere. La hija tiene edad de consentimiento. Lo que está haciendo Depredador quizá no sea correcto desde el punto de vista moral, pero tampoco es ilegal. Bueno, si sigue merodeando por la entrada del instituto quizá tengamos algo con lo que trabajar.

—Es demasiado astuto para hacer eso de forma rutinaria —opinó Dev.

—Eso se arregla con un bate de béisbol. Le das bien en los huevos y adiós muy buenas —propuso Barclay.

—Lo que necesitamos es demostrarle a la chica que ese tipo es un asqueroso —dijo Robin—. Entonces se acabaría la historia. Lo malo es que, de momento, ella lo encuentra maravilloso.

—¿Seguro? —caviló Midge—. ¿O sólo se divierte robándole el novio a su madre?

—Puede que las dos cosas —repuso Robin.

—Estoy de acuerdo —dijo Strike—. Psicológicamente, matar el deseo de la chica es la única forma infalible de ponerle fin a esto, pero vigilar a Depredador las veinticuatro horas hará que suban mucho las facturas, y no creo que la clienta esté dispuesta a aceptarlo. Por lo visto, cree que puede acabar con todo esto amenazándolos y

chillando.

—En la televisión parece mucho más inteligente —opinó Dev masticando una galleta.

—Nadie actúa de un modo inteligente con su propia familia —repuso Barclay—. Yo no estaría casado si mi suegra no le hubiese repetido mil veces a mi mujer que yo era un recluta sin oficio ni beneficio.

—¿No acabas de pintarle la cocina a tu suegra? —preguntó Robin.

—Sí. Y casi me da las gracias —contestó Barclay—. Fue un momento mágico.

Robin y Dev se rieron de la expresión adusta de Barclay.

—No sé, tenemos un fin de semana tranquilo… —dijo Strike con aire pensativo, frotándose la barbilla en la que ya empezaba a brotarle la barba, a pesar de que se había afeitado esa misma mañana—. No estaría mal averiguar a qué se dedica Depredador cuando no está la chica de por medio. ¿Quién quiere hacer unas horas extras?

—Yo puedo encargarme —dijo Dev adelantándose a los demás—. Me vendrá bien el dinero. Acabo de saber que mi mujer vuelve a estar embarazada.

Todos se volvieron hacia él y lo felicitaron.

—Estupendo —dijo Strike—. Ya tienes su dirección. Cualquier cosa que consigas que lo haga parecer un poco menos caballero andante a los ojos de una colegiala será bien recibida. Bien, pasemos a Dedos Largos. Se supone que regresa de las Maldivas mañana a la hora de comer, así que volvemos a la misma rutina a partir de las 12:40 h, que es cuando su vuelo llega a Heathrow. Y el lunes tengo una reunión con ese tipo melenudo con el problema de la patente en trámite. Ya os informaré de cómo ha ido. ¿Alguien tiene algún impedimento con los turnos de este mes? Pat ya está programando marzo, así que podéis hablar con ella de fechas si…

—Yo quería saber si alguien podría cambiarme este domingo —dijo Robin—. Me toca seguir a Dedos Largos. Siento tener que pedíroslo, pero tengo la oportunidad de ir a ver un piso que me interesa. Sólo lo enseñan los domingos.

—Ningún problema —señaló Strike—, yo puedo hacer tu turno si a ti no te importa hacer el mío del lunes.

Acordaron el cambio y pasaron a hablar de temas menos importantes, así que Robin se puso a redactar un correo electrónico para el agente de la inmobiliaria desde su móvil.

Mientras lo redactaba, en la pantalla del teléfono apareció una notificación del canal de noticias de la BBC —algo sobre la identificación de las víctimas de un apuñalamiento— y Robin la hizo desaparecer de la pantalla. En Londres había tantos apuñalamientos

que era difícil mantenerse al día: la cicatriz de veinte centímetros que Robin tenía en el antebrazo, ligeramente rosada, brillante y con relieve, era una reliquia de uno de esos ataques.

El resto del equipo estaba recogiendo las sillas o colocándolas en su sitio habitual. La lluvia seguía repiqueteando en las ventanas de la oficina. Cuando Robin pulsó «enviar» para mandar su correo electrónico, apareció una segunda notificación de la BBC en la pantalla: «Hallan a Ledwell y Blay en el cementerio de Highgate.»

Robin se quedó mirando la pantalla y, unos segundos después, golpeó sobre la noticia con la yema de un dedo. Alguien le dijo adiós, pero ella no contestó: estaba esperando a que se cargara el artículo del apuñalamiento en el cementerio de Highgate. La puerta de cristal de la oficina se abrió y se cerró. Midge y Barclay se habían marchado, charlando entre ellos, y sus pasos se fueron perdiendo a medida que bajaban por la escalera metálica.

Las víctimas del apuñalamiento de Highgate eran los creadores de una serie de culto

Scotland Yard ha identificado a las víctimas de un apuñalamiento cometido ayer por la noche en el cementerio de Highgate. Se trata de Edie Ledwell, 30, y Josh Blay, 25, creadores de la serie de dibujos animados de Netflix *Un corazón tan negro*, ambientada en ese mismo cementerio de Londres.

Un empleado del cementerio descubrió el cadáver de Ledwell. Blay sobrevivió al ataque y fue trasladado al hospital de Whittington, donde sigue ingresado en estado crítico.

La policía ha puesto a disposición de la ciudadanía una línea directa especial (véase el número de teléfono más abajo) a la que puede llamar cualquiera que crea haber visto a alguien comportarse de forma extraña en las proximidades del cementerio entre las 16:00 h y las 18:00 h del 12 de febrero. Todavía no se ha hecho pública la descripción del posible agresor.

Ledwell y Blay crearon la serie, de sorprendente éxito, tras conocerse en el colectivo artístico North Grove...

Robin notaba una fuerte pulsación en los oídos, pero registró que alguien se dirigía a ella y levantó la cabeza.

—¿Qué pasa? —dijo Strike preocupado, porque Robin se había quedado pálida.

—Esa chica... Esa mujer... La que quería que investigáramos al troll de internet. La han asesinado.

11

Pero si el juego
resultara de una seriedad hiriente,
si el gozo se apagase
ante la rígida mirada de la muerte,
¿no parecería la diversión
demasiado cara?
¿No habría ido la broma
demasiado lejos?

EMILY DICKINSON, *LV*

Chat interno entre los ocho moderadores de *El juego de Drek*

<**Canal de moderadores**>;

<**13 febrero 2015 17:34**>;

Gusano28: Cora?

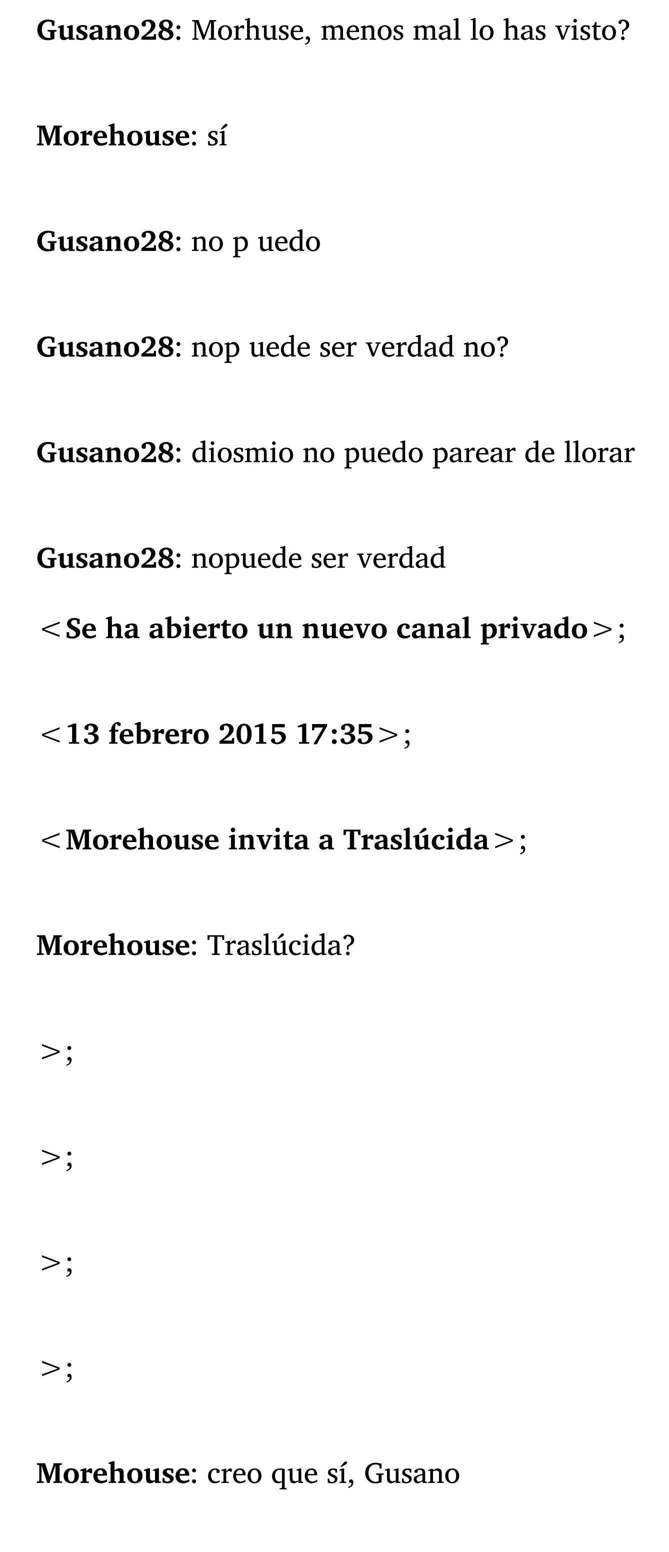
Gusano28: veo que estas aqui

Gusano28: hola?

Gusano28: qeu algiuen diga algo

Gusano28: porfa

<**Morehouse se ha unido al canal**>;



Gusano28: Morhuse, menos mal lo has visto?

Morehouse: sí

Gusano28: no p uedo

Gusano28: nop uede ser verdad no?

Gusano28: diosmio no puedo parear de llorar

Gusano28: nopuede ser verdad

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**13 febrero 2015 17:35**>;

<**Morehouse invita a Traslúcida**>;

Morehouse: Traslúcida?

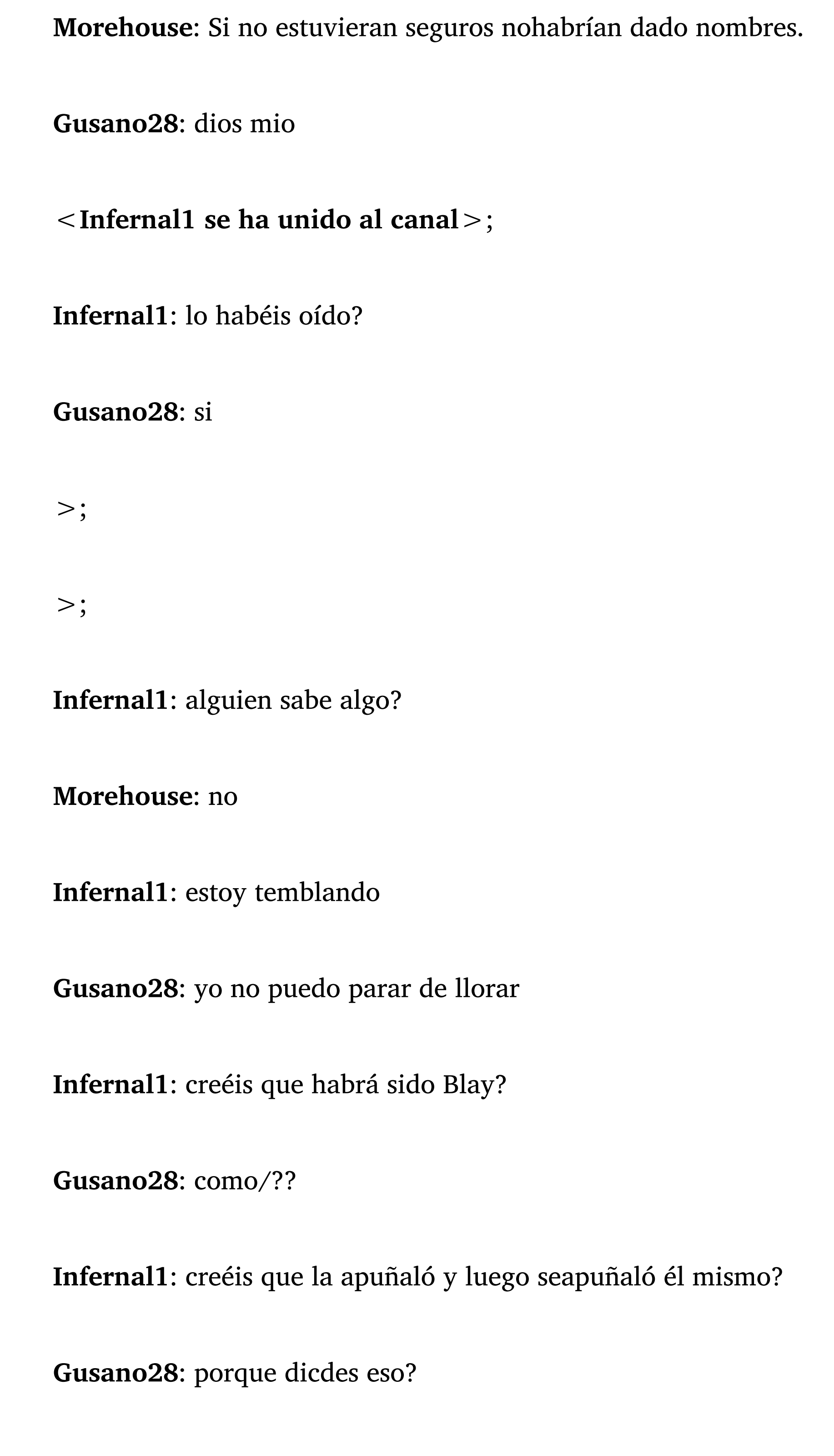
>;

>;

>;

>;

Morehouse: creo que sí, Gusano



Morehouse: Si no estuvieran seguros nohabrían dado nombres.

Gusano28: dios mio

<**Infernal1 se ha unido al canal**>;

Infernal1: lo habéis oído?

Gusano28: si

>;

>;

Infernal1: alguien sabe algo?

Morehouse: no

Infernal1: estoy temblando

Gusano28: yo no puedo parar de llorar

Infernal1: creéis que habrá sido Blay?

Gusano28: como/??

Infernal1: creéis que la apuñaló y luego seapuñaló él mismo?

Gusano28: porque dicdes eso?

Infernal1: entra en Twitter, eso es lo que están diciendo que ha pasado.

<**Vilepechora se ha unido al canal**>;

<**LordDrek se ha unido al canal**>;

LordDrek: lo habéis oído?

Gusano28: si

Infernal1: sí

LordDrek: mierda

LordDrek: esto es una puta tragedia

Vilepechora: yo ya sé por quién apostar

Infernal1:?

LordDrek: K** N****

Vilepechora: exacto. Puta pirada.

LordDrek: sí, siempre he pensado que era una Jodi Arias en potencia.

<**Anomia se ha unido al canal**>;

Anomia: mierda

>;

Anomia: todos lo habéis visto?

Gusano28: si

<**Cora se ha unido alcanal**>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

<**Traslúcida se ha unido al canal**>;

Traslúcida: Hola, Mouse, lo siento, estoy en el bus. Llego a casa en 20.

Morehouse: Estás sentada?

Traslúcida: Sí, estoy en el bus!

Morehouse: No has visto la noticia?

Traslúcida: Qué noticia?

Morehouse: Han asesinado a Ledwell

>;

>;

Traslúcida: qué?

Morehouse: La apuñalaron ayer en el cementerio de H. ABlay también. Él está ingresado, crítico.

>;

>;

Traslúcida: Morehouse, si es una broma, no tiene ninguna gracia

Morehouse: crees que bromearía sobre una cosa así?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: sigues ahí?

Traslúcida: sí

>;

Traslúcida: lo acabo de googlear

>;

>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**13 febrero 2015 17:36**>;

<**Vilepechora invita a LordDrek**>;

Vilepechora: estás ahí, C?

<**LordDrek se ha unido al canal**>;

>;

LordDrek: joooodeeeerrr

Vilepechora: jajajajajajajaja

>;

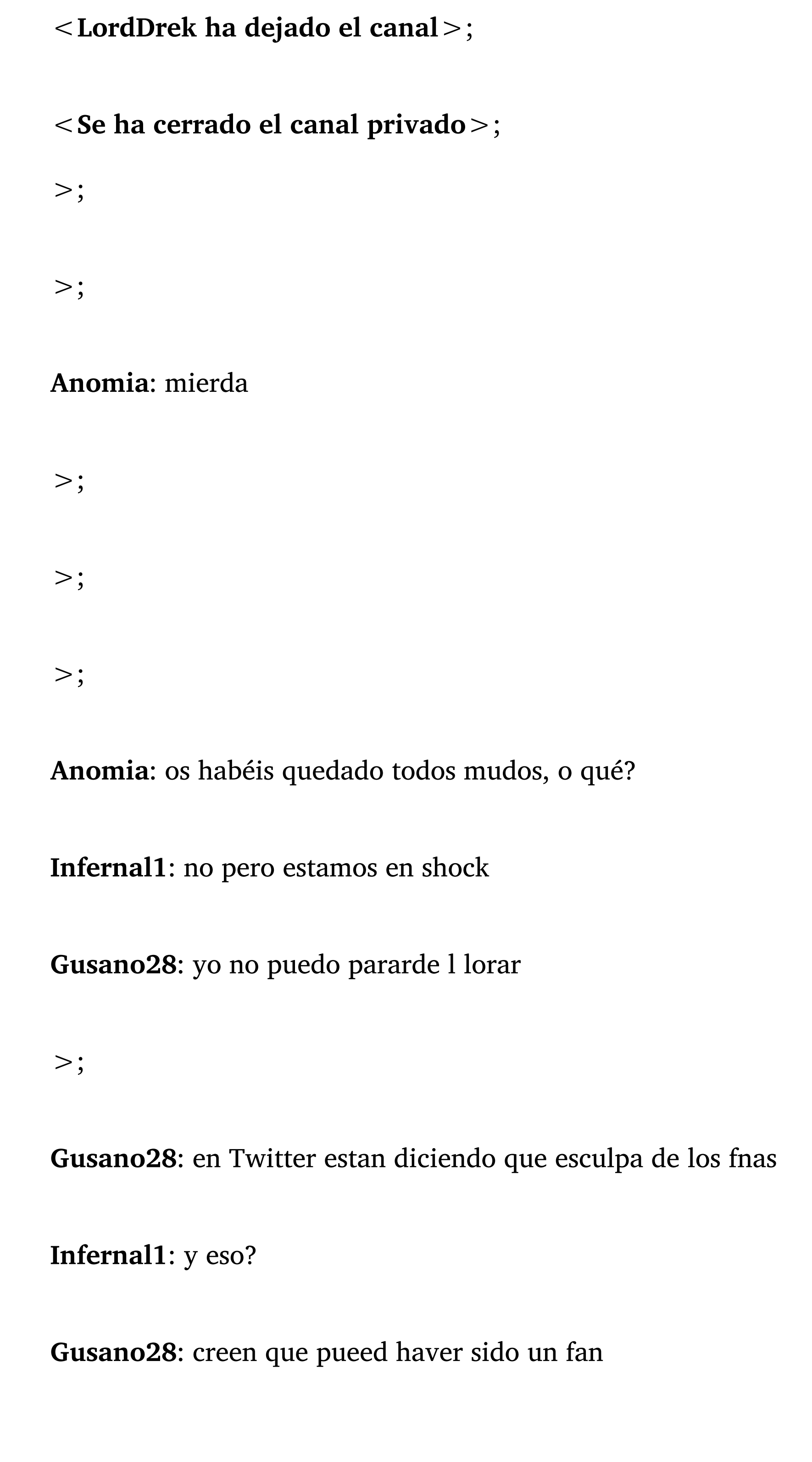
LordDrek: JOOOOODEEEERRRR

Vilepechora: FLIPAAAAAAAAAAA

>;

LordDrek: Cierra y vamos al canal demods, a ver cómo se lo han tomado

<**Vilepechora ha dejado el canal**>;



<**LordDrek ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

>;

>;

Anomia: mierda

>;

>;

>;

Anomia: os habéis quedado todos mudos, o qué?

Infernal1: no pero estamos en shock

Gusano28: yo no puedo pararde l lorar

>;

Gusano28: en Twitter estan diciendo que esculpa de los fnas

Infernal1: y eso?

Gusano28: creen que pueed haver sido un fan

>;

>;

>;

>;

>;

Infernal1: podría haber sido random

Infernal1: un atraco o algo

Infernal1: o un enfermo mental

Gusano28: como puededs decir eso

Gusano28: crees que yho podria matara algiuen?

Infernal1: Gusano, no me refería a alguien con depresión ni nada parecido

<**Gusano28 ha dejado el canal**>;

Infernal1: mierda

Anomia: XD

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: ahora mismo lo estamos petando

Infernal1: lo dices en serio?

Infernal1: hoy te preocupas por los números?

Anomia: sólo constato un hecho

<**Infernal1 ha dejado el canal**>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: Cora, por qué no dices nada?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

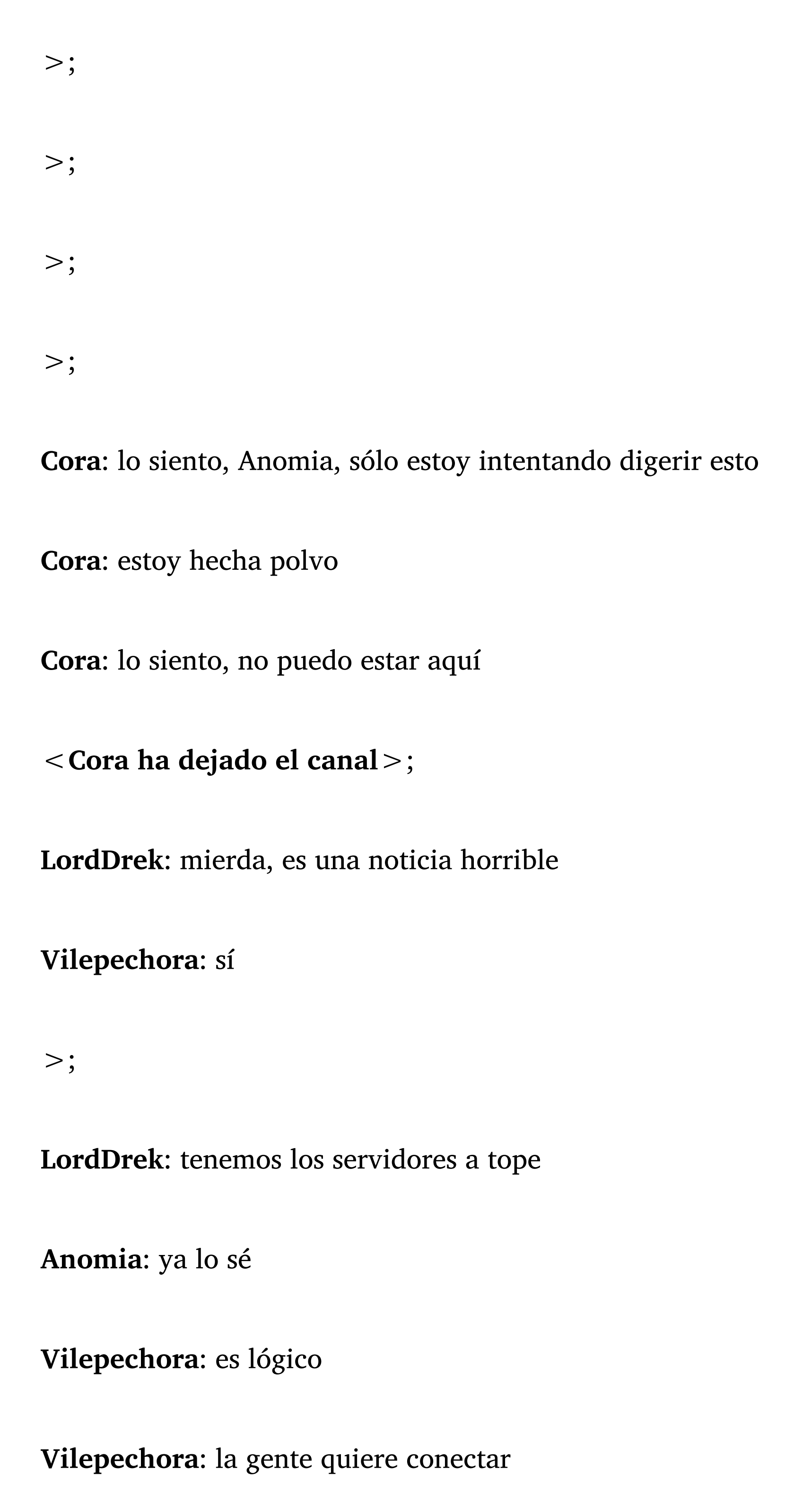
>;

>;

>;

>;

>;



>;

>;

>;

>;

Cora: lo siento, Anomia, sólo estoy intentando digerir esto

Cora: estoy hecha polvo

Cora: lo siento, no puedo estar aquí

<**Cora ha dejado el canal**>;

LordDrek: mierda, es una noticia horrible

Vilepechora: sí

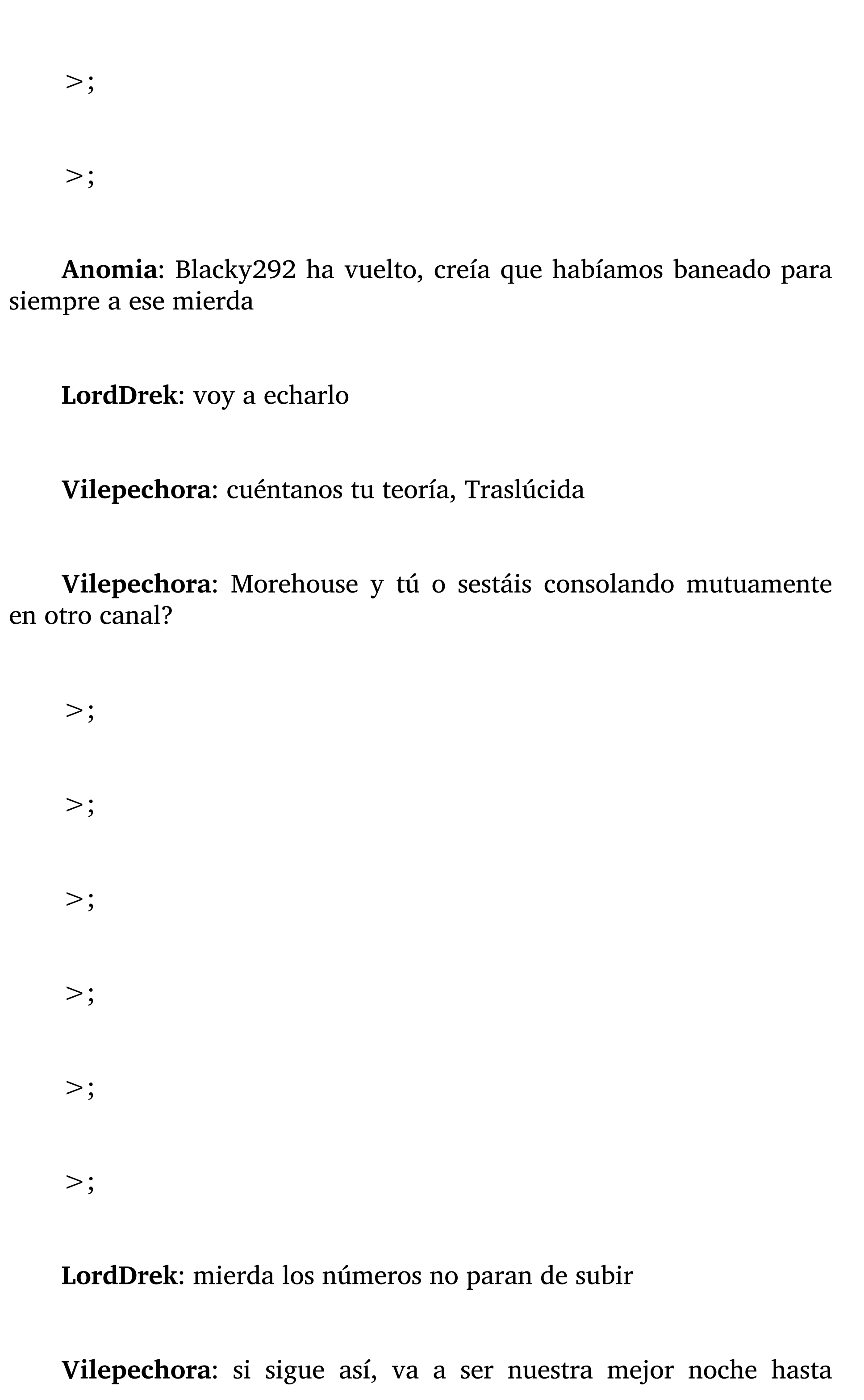
>;

LordDrek: tenemos los servidores a tope

Anomia: ya lo sé

Vilepechora: es lógico

Vilepechora: la gente quiere conectar



>;

>;

Anomia: Blacky292 ha vuelto, creía que habíamos baneado para siempre a ese mierda

LordDrek: voy a echarlo

Vilepechora: cuéntanos tu teoría, Traslúcida

Vilepechora: Morehouse y tú o sestáis consolando mutuamente en otro canal?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

LordDrek: mierda los números no paran de subir

Vilepechora: si sigue así, va a ser nuestra mejor noche hasta

ahora

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: Anomia, tendríamos que cerrarel juego unos días

Morehouse: demostración de respeto

Anomia: y una mierda

Anomia: precisamente hemos de aprovechar para asegurarnos de que todo el mundo sabe que los fans quieren el juego de Drek.

Anomia: demostración de fuerza

Morehouse: qué cojones te pasa?

Morehouse: Ledwell está muerta y Blay podría estarlo pronto

Morehouse: vamos aquedar como el culo si ignoramos lo que ha pasado y mantenemos el juego abierto

Anomia: si ella se hubiese implicado en el juego o lo hubiese aprobado lo cerraría un par de días

Anomia: pero como lo odiaba, lo dejamos abierto

LordDrek: sí, y los fans se están consolando unos a otros aquí, Morehouse

Vilepechora: sí,están viniendo en masa a llorar

Morehouse: y un cuerno

Morehouse: id a ver el Círculo de Líbano

LordDrek: por qué, qué pasa?

Morehouse: Están haciendo una puta fiesta

Morehouse: están celebrando que está muerta

Vilepechora: no creo, chiqui

Morehouse: lo que oyes

Morehouse: y vosotros 3 tampoco parecéis muy tristes por lo que ha pasado

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

Anomia: vete a la mierda, enanito marrón

Vilepechora: XD

LordDrek: XD

>;

Anomia: a ver, quién de vosotros apuñaló a Blay y quién a Ledwell?

>;

Vilepechora: XD, creíamos que los habías apuñalado tú a los dos, chiqui

Anomia: pues habéis acertado

Anomia: sólo os ponía a prueba;

>;

Traslúcida: creo que voy a vomitar

Morehouse: Ya

Morehouse: qué demonios hacían los dos en el cementerio?

Morehouse: tenía entendido que ni siquiera se hablaban

Traslúcida: quién te dijo eso?

>;

Morehouse: Anomia

>;

>;

Traslúcida: Mouse,tengo que decirte una cosa

Morehouse: qué?

Traslúcida: LordDrek y Vilepechora creían que Ledwell era Anomia

Morehouse: qué coño?

Traslúcida: tenían un dosier lleno de pruebas

>;

Morehouse: cuándo fue eso?

Traslúcida: hace un par de semanas

Traslúcida: yo nunca me lo creí, pero algunos sí

Traslúcida: y Cora se ofreció voluntaria para llevarle el dosier a Blay

Traslúcida: y Blay se lo creyó y por eso había quedado con Ledwell, para decirle que sabía que era Anomia

>;

Morehouse: por qué c*** no me lo contaste?

Traslúcida: me dijeron que no te lo dijera porque estabas metido

Morehouse: acabas de decir que no te lo creíste

Traslúcida: no sabía qué pensar

Traslúcida: Tendría que habértelo dicho pero el dosier era muy convincente y Drek and Vile también

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: lo siento, pero no sé quién eres, no?

Traslúcida: ni siquiera me has mandado una foto

>;

Traslúcida: Morehouse, di algo

Morehouse: yo habría podido decirte que no era Ledwell

Traslúcida: me dijiste que nunca la habías visto en persona

Morehouse: no necesito verlo en persona, sé exactamente quién es, siempre lo he sabido, hemos hecho Facetime

Traslúcida: yo estoy cagada

Morehouse: por qué?

Traslúcida: adiviné dónde habían quedado Blay & Ledwell. Les dije a los otros que era obvio.

Morehouse: y?

Traslúcida: que Cora creyó que iba a presentarme allí para pedirles un autógrafo o algo

>;

Traslúcida: Morehouse, sé que estás cabreado pero dime algo

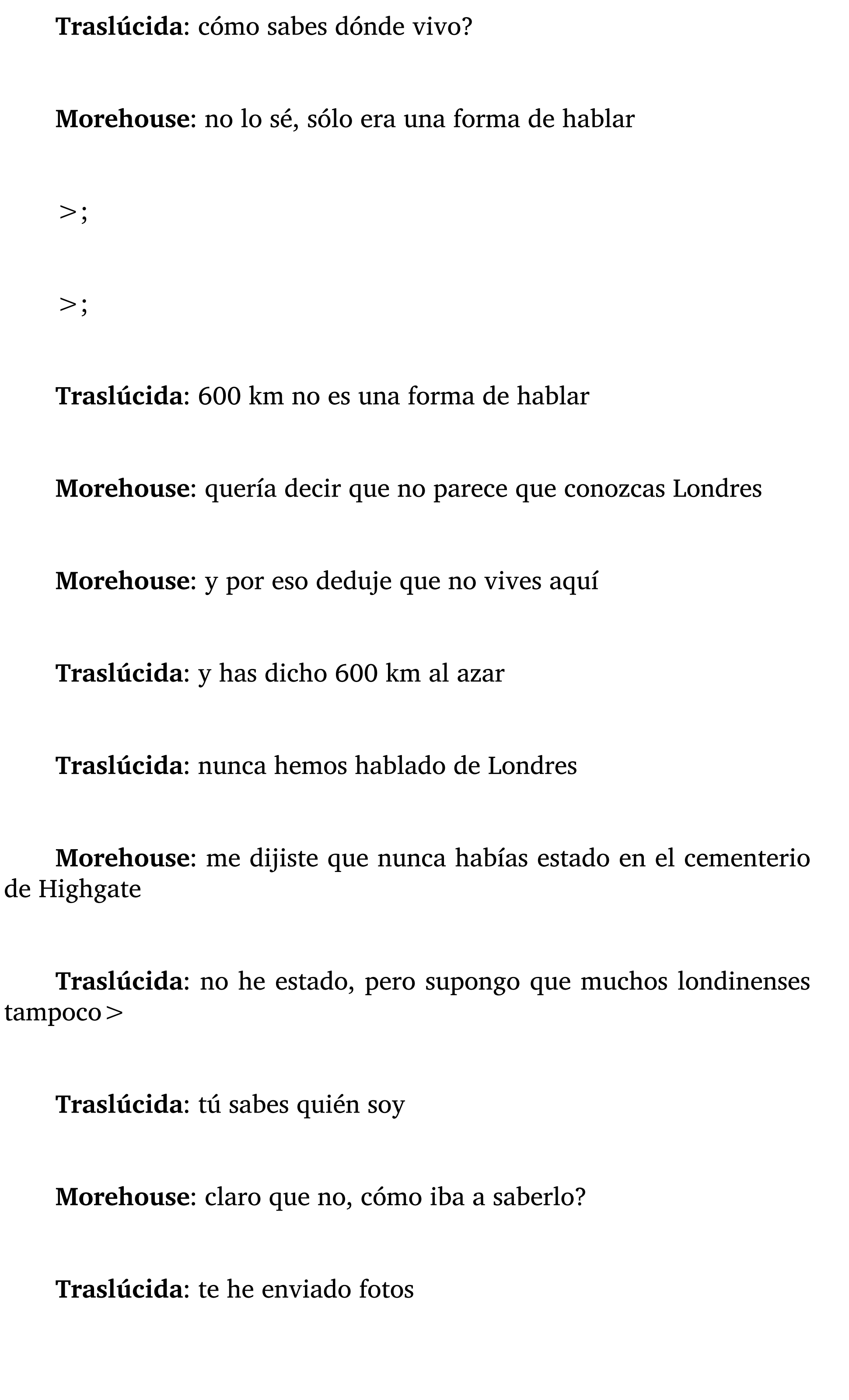
Morehouse: te preocupa que sospechen de ti?

Traslúcida: ojalá no hubiera dicho que sabía dónde habían quedado

Traslúcida: es que me pareció tan obvio

Morehouse: pero tú vives a 600 km del cementerio de Highgate

>;



Traslúcida: cómo sabes dónde vivo?

Morehouse: no lo sé, sólo era una forma de hablar

>;

>;

Traslúcida: 600 km no es una forma de hablar

Morehouse: quería decir que no parece que conozcas Londres

Morehouse: y por eso deduje que no vives aquí

Traslúcida: y has dicho 600 km al azar

Traslúcida: nunca hemos hablado de Londres

Morehouse: me dijiste que nunca habías estado en el cementerio de Highgate

Traslúcida: no he estado, pero supongo que muchos londinenses tampoco>

Traslúcida: tú sabes quién soy

Morehouse: claro que no, cómo iba a saberlo?

Traslúcida: te he enviado fotos

Morehouse: ya lo sé, pero eso no significa que sepa quién eres

Traslúcida: así que tú puedes stalkearme pero yo ni siquiera puedo saber qué cara tienes?

Morehouse: yo no te he stalkeado

Traslúcida: no te creo

<**Traslúcida ha dejado el canal**>;

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**13 febrero 2015 17:47**>;

<**Cora invita a LordDrek y Vilepechora**>;

Cora: Drek dime algo

>;

>;

>;

Cora: Vile, estás ahí?

<**LordDrek se ha unido al canal**>;

<**Vilepechora se ha unido al canal**>;

LordDrek: qué tal, nena?

Cora: te has enterado?

LordDrek: sí

Vilepechora: joder qué horror

>;

>;

Cora: estoy acojonada

LordDrek:?

>;

Cora: en twitter están diciendo que ha sido Blay

Vilepechora: si hasido él, se ha pasado

LordDrek: en las noticias han dicho que está crítico

Cora: pero yo lo convencí para que quedara con ella

LordDrek: y?

Cora: sabía que habían quedado en el cementerio

Cora: me lo dijo en un mensaje

Cora: estará en su teléfono

LordDrek: y? tienes coartada?

Cora: por qué dices eso? por qué iba a querer que se murieran?

LordDrek: no digo que lo quisieras, sólo intentaba tranquilizarte

Cora: estaba en casa de mi hermana

LordDrek: pues entonces no tienes por qué preocuparte

Cora: no

Cora: ya lo sé

>;

Cora: Anomia está en el canal de mods

LordDrek: sí ya lo veo

Vilepechora: mierda

LordDrek: en serio que creíamos que era Ledwell

LordDrek: te juro que creíamos que era ella

Cora: creéis que debería hablar con la policía y contarles por qué habían quedado?

LordDrek: tú misma

Vilepechora: seguramente es mejor que se lo cuentes antes de que ellos vayan a buscarte

LordDrek: sí, porque saldrás en su teléfono y él te dijo que habían quedado en el cementerio, la pasma querrá hablar contigo

Cora: sí

Cora: voy a pensar qué hago

LordDrek: entendido

LordDrek: cuídate mucho Bss

Cora: Bss

<**Cora ha dejado elcanal**>;

Vilepechora: XDXDXD

LordDrek: tonta del culo

LordDrek: canal de mods, vamos a liarla un poco más

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

LordDrek: me juego 500 a que Traslúcida le cuenta a Morehouse lo de nuestro dosier

Vilepechora: jajaja

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

LordDrek: ve a ver qué está pasando en el Círculo de Líbano

Vilepechora: por qué?

LordDrek: entra y ya verás, es tronchante

>;

>;

>;

Vilepechora: jajajajaja

LordDrek: la rehostia, sí o no?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Vilepechora: jajaja, Morehouse lo ha visto

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

LordDrek: un momento, Morehouse es < ?

Vilepechora: por lo visto

LordDrek: va bien saberlo

Vilepechora: quieres unirte a la fiesta?

LordDrek: no

LordDrek: tendríamos que ir a hablar conlos chicos

Vilepechora: YA PUEDES TACHAR ASESINATO DE LA LISTA, CHIQUI!!!

12

¡*Yo, que debería haberlo sabido*
y haber anticipado el daño por venir!

ELIZABETH BARRETT BROWNING, *Aurora Leigh*

Hacía más de una hora que había terminado la reunión del equipo, y seguía lloviendo a mares en Denmark Street. Al otro lado de las ventanas, el cielo se veía oscuro y tempestuoso, y el reflejo en el cristal de Strike y Robin, las dos únicas personas que permanecían en la oficina, tenía un aire levemente fantasmal.

Pat se había quedado más allá de su hora acostumbrada, y no porque tuviera un especial interés en conocer al agente del cid, el Departamento de Investigación Criminal, que le había dicho a Robin que no tardaría en llegar, sino porque tenía la impresión de que Strike no estaba siendo suficientemente solícito con su socia.

—Todavía está un poco conmocionada —le dijo a Strike cuando él salió del despacho, donde Robin le había oído cancelar planes para cenar con alguien, no sabía quién—. Debería tomarse un coñac. Voy a salir a comprar una botella.

—No quiero recibir a la policía apestando a alcohol, Pat —repuso Robin antes de que Strike pudiera contestar—, y si estoy horrible es por esta luz. Me encuentro bien. ¡Vete a casa y disfruta del fin de semana!

Así que Pat cogió su paraguas y su bolso de la percha que había junto a la puerta de cristal y, tras lanzarle una mirada escéptica a Robin, salió de la oficina.

—¿Qué pasa con la luz? —preguntó Strike cuando la puerta se cerró.

—Que hace que parezca que estamos todos anémicos —contestó Robin—. Y no hacía falta que cancelaras esa cena. Puedo recibir a la policía yo sola.

—Prefiero quedarme —dijo Strike—. ¿Quieres otra taza de té?

—Sí, gracias.

En realidad, Robin se alegraba de que Strike no se hubiese marchado, porque estaba más impresionada de lo que quería admitir. Necesitaba moverse, así que plegó la silla de plástico en la que se había sentado durante la reunión del equipo, la guardó y se sentó en la silla giratoria de la mesa de Pat, que era mucho más cómoda.

—Le he puesto azúcar —dijo Strike cuando le acercó su taza.

—Por el amor de Dios, me encuentro bien —dijo Robin un tanto exasperada—. Si tuviera que desmayarme cada vez que apuñalaran a alguien en Londres, me pasaría media vida inconsciente.

Strike se sentó en el sofá de piel sintética con su propia taza de té.

—Que hayan matado a Ledwell no tiene nada que ver con que tú no quisieras aceptar su caso. Lo sabes, ¿verdad?

—Sí. —Robin prefirió tomar un sorbo de té que mirarlo a los ojos —. Obviamente.

—No habríamos podido saltarnos la lista de espera de clientes para aceptar el caso...

—Ya lo sé.

—Y aunque ese troll al que ella estaba intentando desenmascarar fuese quien la ha apuñalado... —continuó Strike—, algo que me parece sumamente improbable... es imposible que hubiésemos podido averiguar quién era en tan poco tiempo. Eso suponiendo que fuese el asesino, claro.

—Ya lo sé —repitió Robin—, pero... pero Edie Ledwell se habría sentido un poco más feliz las últimas semanas de su vida pensando que estaba haciendo algo para solucionarlo... Ay, mierda... —añadió con enojo, y se dio la vuelta para que Strike no la viera secarse las lágrimas con la manga.

Una vívida imagen de Edie Ledwell había irrumpido en su mente: el lápiz de ojos corrido, la mano tatuada con las uñas mordidas agarrando con fuerza el bolso de marca manchado de tinta que tenía en el regazo...

La lluvia seguía tamborileando en las ventanas. Robin estaba deseando que llegara la policía. Quería saber qué había pasado exactamente...

Y justo en ese momento sonó el interfono y Robin dio un respingo, pero Strike ya se había levantado del sofá. Cuando el detective pulsó el botón del aparato, una voz incorpórea anunció:

—Inspector jefe Ryan Murphy. Vengo a ver a Robin Ellacott.

—Muy bien, suba —dijo Strike, y pulsó el botón que abría la puerta de la calle.

Cormoran salió al rellano y se asomó a la escalera metálica. Dos personas subían hacia la oficina: un hombre alto de pelo castaño claro ondulado y una mujer menuda de pelo negro azabache. Ambos iban de paisano.

—Ryan Murphy —dijo el inspector, que parecía un tipo simpático.

—Cormoran Strike —dijo el detective, y ambos se estrecharon la mano.

—Ella es Angela Darwish.

La mujer de pelo negro saludó con una cabezada a Strike al entrar en la oficina, donde Robin estaba ahora de pie detrás de la mesa de Pat, preparada para estrecharles la mano a los recién llegados. Mientras se saludaban, Strike volvió a sacar las sillas plegables de plástico del armario. Todos tomaron asiento, y después de que los policías rechazaran el té y el café que les ofreció Strike, Ryan Murphy le pidió a Robin que les contara exactamente de qué habían hablado Edie Ledwell y ella cuando la animadora había ido a la agencia.

Strike escuchó en silencio el relato de Robin mientras se tomaba el té. Sintió cierto orgullo por el poder de observación de su socia y por la forma metódica en que le refirió aquel breve encuentro al agente. Murphy tomaba notas y, de vez en cuando, formulaba alguna pregunta. Darwish, a quien Strike le calculó poco más de cuarenta años, observaba a Robin con el ceño ligeramente fruncido.

—¿Cómo se escribe «Anomia»? —preguntó Murphy la primera vez que Robin pronunció ese nombre. La detective se lo deletreó.

—¿Es un juego de palabras con «anónimos», o...?

Strike, que no había oído el nombre del ciberacosador de Ledwell hasta ese momento, fue a decir algo, pero Darwish se le adelantó:

—«Anomia» significa carencia de las normas éticas y sociales básicas —dijo con voz alta y clara.

Murphy se la quedó mirando.

—¿Ah, sí? No lo sabía... Siga, por favor —dijo volviéndose hacia Robin—. Nos estaba explicando que Ledwell llevaba una carpeta. ¿Qué había en su interior?

—Hojas impresas con los tuits de Anomia y anotaciones de la propia Ledwell. No me lo miré todo —explicó Robin—. De hecho, la mujer se la olvidó aquí.

—¿Y todavía...?

—No —dijo Robin—. Le pedí a nuestra secretaria que le devolviera la carpeta a través de su agente. Puedo comprobar si Pat ya lo ha hecho...

—Ya me ocupo yo —se ofreció Strike, que se levantó y volvió al despacho para no interrumpir la entrevista. La puerta que separaba los dos espacios se cerró tras él.

—De modo que ese tal... Anomia —prosiguió Murphy— sabía muchos detalles personales de la víctima, ¿no?

—Sí —confirmó Robin—. Como le he dicho, le eché un vistazo al dosier antes de dárselo a Pat para que lo devolviera. Anomia sabía que un pariente de Ledwell le había dado dinero, que había intentado suicidarse y en qué hospital había estado ingresada después.

Cuando pronunció la palabra «suicidarse», Robin se dio cuenta de que Darwish desviaba brevemente la mirada hacia Murphy. El inspector jefe no dejó de mirar a Robin, que continuó explicándose:

—Por lo visto, Anomia también conocía la identidad de una chica en la que Ledwell se había basado para uno de los personajes de la serie. Por eso ella creía saber quién era Anomia en realidad.

—¿Y quién creía que era? —preguntó Murphy.

—Un tal Seb Montgomery.

Al pronunciar ese nombre, Robin creyó apreciar un ligero cambio en la expresión de los agentes y en la tensión de sus hombros. Tuvo la extraña sensación de que los había decepcionado.

—¿Le dio alguna información sobre ese tal Montgomery? —preguntó Murphy.

—Sí, dijo que era un animador o un dibujante que los había ayudado cuando empezaron a diseñar *Un corazón tan negro*. Creo que comentó que Montgomery había estudiado en la misma escuela de Bellas Artes que Blay. Después de hacer los primeros episodios, ya no lo necesitaron más, y Edie dijo que se molestó mucho cuando prescindieron de él y la serie de dibujos animados empezó a tener éxito.

La puerta del despacho volvió a abrirse y Strike apareció de nuevo. La lluvia seguía repiqueteando en las ventanas.

—Tenías razón —le dijo a Robin—. Pat le envió esa carpeta al agente de Ledwell, un tal Allan Yeoman. Dirige una agencia para creativos del West End llamada ayca.

—Estupendo, gracias. —Murphy anotó algo en su cuaderno mientras Strike se dejaba caer de nuevo en el sofá y soltaba un gruñido—. Bueno, ¿mencionó Ledwell a algún otro candidato a ser Anomia? —preguntó a continuación.

—No —dijo Robin—, sólo a Montgomery.

—Según su parecer, ¿cuál era el estado de ánimo de Edie Ledwell durante la entrevista que mantuvieron?

—Estaba estresada. Me dio la impresión de que no se cuidaba. Llevaba la ropa muy arrugada, se mordía las uñas... y a sus botas les hacían falta tapas nuevas.

—¿Se fijó en que sus botas necesitaban tapas nuevas? —preguntó Murphy.

Su labio superior era más grueso que el inferior, lo que le daba cierto encanto a su rostro, que por lo demás era muy anguloso. Tenía los ojos de color avellana, aunque no eran tan llamativos como los de color ámbar de Edie Ledwell, ni mucho menos.

—Sí. Estaba llena de... extraños contrastes. Llevaba un bolso y un abrigo muy caros, pero no iba bien arreglada. Y tenía marcas de dedos en el cuello.

—¿Un hematoma?

—Sí. Al principio pensé que era suciedad, pero cuando me acerqué más vi que era un cardenal. Le pregunté qué le había pasado

y me contestó que se había golpeado con algo, que era muy torpe. Pero eran marcas de dedos, distinguí claramente la huella de un pulgar. Mencionó a un novio, pero no me dijo su nombre. Interpreté que vivían juntos.

—Sí, vivían juntos —dijo Murphy—. Él es profesor. ¿Le dio algún motivo para sospechar que estuviera intentando huir de esa relación? ¿Aludió de algún modo a la violencia doméstica?

—No —contestó Robin—. Parecía completamente centrada en lo que le estaba haciendo Anomia y en el hecho de que Blay creía que ella estaba detrás de todo aquello, aunque no me sorprendería que hubiese otros problemas personales. Daba la sensación… no sé cómo explicarlo: si en las noticias hubiesen dicho que se había suicidado, no me habría sorprendido tanto. Porque no se ha suicidado, ¿verdad? Están buscando a un responsable, ¿no?

—Sí —dijo Murphy.

—¿Y lo mismo con Blay? —preguntó Strike.

—Sí, pero… Estoy seguro de que comprenderán…

—Sí, por supuesto. —Strike levantó una mano en un gesto apaciguador. Había valido la pena intentarlo.

—La acusación de Blay de que ella era Anomia… —continuó Murphy—. ¿Sabe en qué se basaba para pensar algo así?

Robin fijó la vista en la mesa, esforzándose por recordar las palabras exactas de Ledwell.

—Por lo que recuerdo, Blay le dijo que lo había oído, pero no quiso decirle dónde. Hablaron varias veces por teléfono; él le repetía la acusación y ella la negaba. Pero entonces, en la última llamada, él le dijo que tenía un dosier lleno de pruebas de que Anomia era ella.

—¿Un dosier de verdad? —preguntó Murphy—. ¿Un archivo físico?

—No estoy segura, pero creo que ella pensaba que sí —contestó Robin—. Me dijo que le había preguntado qué contenía ese dosier y que él no había querido revelárselo.

—Vale, eso hay que investigarlo —dijo Murphy dirigiéndose a Darwish, y la agente asintió con firmeza—, lo del archivo y lo de Anomia. También hablaremos con ese tal Seb Montgomery. Supongo que no sabe dónde trabaja actualmente, ¿verdad? —le preguntó a Robin.

—No, lo siento. Como no podíamos aceptar el caso, no le pedí más datos sobre él.

—No se preocupe. Si les ayudó a animar esa serie, no creo que sea muy difícil dar con él.

Darwish, que no había vuelto a hablar después de dar la definición de anomia, carraspeó levemente.

—Un par de cosas más —le dijo a Robin. Por primera vez destapó

su bolígrafo y abrió un bloc de notas—. ¿Comentó Ledwell que ese tal Anomia la hubiese atacado por sus ideas políticas?

—No, no mencionó la política en ningún momento. Los ataques eran personales: dijo que había trabajado de prostituta; publicó una fotografía de su piso... Y también compartió información muy privada que tenía sobre ella.

Darwish anotó algo brevemente y después levantó la cabeza y preguntó:

—Está segura de que no mencionó a nadie más como su posible acosador, ¿verdad?

—Sí, estoy segura —contestó Robin.

—¿Por casualidad mencionó al actor que ponía la voz de su personaje de Drek?

—No. —Robin frunció el ceño—. Pero sí dijo algo sobre ese personaje: que preferiría no haberlo creado. No me explicó el motivo... a menos que se refiriera a que, en la serie de dibujos animados, Drek es el que hace que los otros personajes jueguen al juego. Tal vez quiso decir que, si no hubiese habido ningún Drek, Anomia nunca habría creado el juego.

—Usted ha visto la serie, ¿no? —le preguntó Murphy.

—Muy por encima —dijo Robin—. Me pareció...

—¿Absurda?

Robin esbozó una sonrisa forzada.

—Sí, un poco.

Darwish, que había tomado otra nota, cerró el bloc y le lanzó una mirada al inspector jefe Murphy, con la que claramente quería decir: «Ya tengo todo lo que necesito.»

—Bien, gracias por su ayuda, señorita Ellacott —dijo Murphy, y Darwish y él se levantaron—. Voy a darle mi número de teléfono directo por si recuerda algo más.

El inspector le entregó su tarjeta y le tendió una gran mano; al estrechársela, Robin notó que tenía la piel tibia y seca y se fijó en que era tan alto como Strike, aunque bastante más delgado.

Cormoran acompañó a los policías hasta el rellano. Robin estaba guardándose la tarjeta de Murphy en el bolso cuando su socio volvió a aparecer.

—¿Estás bien? —preguntó mientras cerraba la puerta de cristal y el ruido de los pasos se perdía por la escalera.

—Sí, estoy bien —dijo Robin por enésima vez. Se llevó la taza de té con posos de azúcar al fregadero y empezó a lavarla.

—Aquí está pasando algo que no sabemos —comentó Strike después de que ambos oyeran el portazo de la puerta de la calle, que resonó por el hueco de la escalera.

Robin se dio la vuelta y lo miró. Strike acababa de descolgar su

abrigo de la percha. La lluvia seguía tamborileando en las ventanas.

—¿Qué quieres decir?

—Ese tema político.

—Bueno... supongo que en Twitter la gente discute sobre política continuamente.

—Sí —concedió Strike, que tenía el móvil en la mano derecha—, pero mientras Murphy te preguntaba qué opinabas sobre la serie, yo he buscado a ese actor que le ponía voz a Drek.

—¿Y?

—Lo despidieron por lo que muchos consideraban que eran ideas de ultraderecha. Él aseguró que sólo eran comentarios satíricos, pero Ledwell y Blay no se lo tragaron y lo despidieron.

—Vaya —dijo Robin.

Strike se rascó la barbilla; seguía mirando la puerta de cristal.

—No sé si te has fijado, pero no nos han dicho quién es esa tal Angela Darwish. No nos ha dejado su tarjeta.

—Yo he dado por hecho que también era del cid.

—Sí, es posible.

—¿Qué otra cosa podría ser?

—Me estaba preguntando si no sería de alguna unidad de antiterrorismo... —dijo Strike con aire pensativo—. Quizá del mi5.

Robin se lo quedó mirando fijamente, hasta que se dio cuenta de que el agua caliente de la taza que todavía tenía en la mano le estaba goteando en los pies. La dejó en el escurreplatos.

—¿Del mi5?

—No sé, sólo es una idea.

—¿Qué clase de terrorista atacaría a un par de animado...?

Se interrumpió y Strike la miró arqueando las cejas. Pareció que el eco de las balas arrasando las oficinas de una revista en París llenara el espacio que los separaba.

—Pero lo de Charlie Hebdo... fue otra cosa completamente diferente. *Un corazón tan negro* no es una serie política, no se menciona para nada la religión...

—No —dijo Strike—. Puede que estés en lo cierto. ¿Estás lista? Te acompaño un trozo, voy a comprarme algo de comida para llevar.

Si Robin no hubiese estado dándole vueltas a la cuestión de por qué el apuñalamiento de dos animadores habría podido interesar al mi5, tal vez se habría preguntado por qué Strike se llevaba una pequeña mochila a Chinatown para recoger su comida para llevar, pero estaba tan concentrada que la pequeña mentira de su socio le pasó desapercibida.

13

Cuando tus amigos estén en apuros,
tú seguirás riendo a carcajadas…

JOANNA BAILLIE,
Una madre a su bebé que despierta

Madeline vivía con su hijo Henry en un típico *mews* londinense de Eccleston Square, en el barrio de Pimlico. El padre de Henry vivía unas calles más allá con su mujer y sus tres hijos. Madeline y él habían decidido mudarse a la misma zona para que su hijo pudiera ir y venir fácilmente entre una casa y otra. Henry parecía llevarse bien con su madrastra y sus hermanastros. A Strike, que se había criado en un ambiente de inseguridad y caos, todo aquello le parecía muy adulto y civilizado.

Recorrió la corta distancia entre Victoria Station con el cuello del abrigo levantado para protegerse de la incesante lluvia, y aprovechó para fumarse un cigarrillo, porque Madeline no fumaba y prefería que nadie lo hiciera en su impoluta casa. Esa noche, el sutil reajuste que siempre necesitaba hacer cuando salía del trabajo para acudir a una cita con Madeline estaba resultando más difícil de lo habitual. Una de las razones por las que no le importaba la constante falta de puntualidad de su nueva pareja era que le proporcionaba tiempo adicional para hacer acopio de energía y afrontar el nerviosismo que la chica siempre mostraba en los primeros momentos. Esa noche, sin embargo, seguía pensando en Robin y en la escena extrañamente vívida que le había descrito a la policía; una escena protagonizada por la animadora ya fallecida, con su cardenal en el cuello y sus botas viejas. Si tenía que ser sincero consigo mismo, habría preferido quedarse en la oficina para especular sobre los apuñalamientos con Robin mientras se comían algo que él habría comprado en Chinatown, antes que ir a casa de Madeline.

De modo que mejor no ser sincero consigo mismo.

Era la víspera de San Valentín. Strike había encargado un ramo de orquídeas espectacular que al día siguiente le entregarían a Madeline, y llevaba una tarjeta para ella en la mochila. Sabía muy bien lo que tenía que hacer por la mujer con la que se acostaba si quería seguir acostándose con ella, y Strike quería seguir acostándose con Madeline por razones tan obvias como poco reconocidas.

Después de llamar al timbre, pudo oír los rápidos y fuertes pasos de un adolescente bajando las escaleras, y unos segundos después Henry abrió la puerta. Era un chico guapo, con el pelo rubio rojizo de Madeline, que llevaba tan largo y despeinado como debía de permitirle el colegio Westminster. Strike se acordó de cómo era él cuando tenía la edad de Henry: la vergüenza por los granos que florecían en su barbilla lampiña; la dificultad para encontrar pantalones de perneras suficientemente largas pero suficientemente estrechos de cintura (un problema que Strike hacía mucho que ya no tenía); sentirse patoso y descoordinado y repleto de un amplio abanico de deseos desesperados y no cumplidos, que el Strike adolescente desahogaba, al menos en parte, en el cuadrilátero...

—Buenas noches —dijo Strike.

—Hola —dijo Henry sin sonreír, y de inmediato se dio la vuelta y subió los peldaños de dos en dos.

Strike dedujo que le habían pedido que abriera la puerta y que no la había abierto él por iniciativa propia, así que entró, utilizó la esterilla para limpiarse los zapatos, se quitó el abrigo y lo colgó en el vestíbulo. Sólo entonces empezó a subir, aunque mucho más despacio de lo que lo había hecho Henry y utilizando generosamente el pasamanos. Llegó a la sala de estar de planta abierta, un espacio diáfano, y encontró a Madeline sentada en el sofá, con el lápiz en la mano y la cabeza inclinada sobre un surtido de piedras preciosas colocadas sobre una gran hoja de papel blanco extendida en la mesita de salón. Junto a la hoja había una botella de vino medio vacía y una copa llena.

—Lo siento, cielo. ¿Te importa que acabe esto? —dijo Madeline con cierta ansiedad.

—Claro que no. —Strike dejó su mochila en una butaca de piel.

—Lo siento mucho... —insistió ella, y, con el ceño fruncido, siguió trabajando en su diseño—. Se me acaba de ocurrir una idea y quiero desarrollarla antes de que se me olvide. Henry te traerá algo de beber. ¡Hen, tráele una copa a Cormoran! ¡Hen! —gritó de nuevo, porque Henry acababa de ponerse unos auriculares y estaba sentado a la mesa del rincón, sobre la que había un gran ordenador.

—¿Qué?

—¡Tráele-una copa-a-Cormoran!

Henry hizo un esfuerzo de contención para no tirar los auriculares al suelo. Strike se habría ofrecido para ir él mismo a buscarse una copa, pero no quiso hacer una exhibición de excesiva familiaridad ante el muchacho.

—¿Qué quieres? —le preguntó Henry al pasar por su lado.

—Una cerveza, gracias.

Henry se dirigió a grandes zancadas hacia la cocina, con el

flequillo tapándole los ojos, y para no molestar a Madeline mientras terminaba lo que estaba haciendo, Strike decidió seguirlo.

La casa era casi toda blanca: paredes blancas, techos blancos, moqueta blanca en el dormitorio de Madeline, parquet decapado y blanquecino en el resto de la casa... Los muebles eran casi todos de un gris plateado. Madeline le había explicado a Strike que, después de pasarse horas observando piedras preciosas de colores intensos en el taller, o encargándose de la tienda de Bond Street, de decoración ecléctica, necesitaba pasar las noches en un espacio sereno y monocromático. También le había contado que la casa que tenía en el campo estaba decorada con un estilo mucho más alegre y colorido, y le había propuesto ir algún fin de semana. Y Strike, con ánimo de darle una verdadera oportunidad a aquella relación, había accedido.

Henry ya había abierto la enorme nevera-congelador Smeg cuando Strike llegó a la cocina minimalista.

—Hay Heineken y Peroni.

—Heineken, por favor —dijo Strike—. ¿Puedo preguntarte una cosa, Henry?

—¿Qué? —preguntó el muchacho con recelo.

Era un palmo más bajo que el detective, y daba la impresión de que le molestaba tener que levantar la cabeza para mirarlo.

—Me ha dicho tu madre que antes veías *Un corazón tan negro*.

—Sí —dijo Henry, todavía con desconfianza, mientras abría los cajones en busca de un abridor.

—Es que yo nunca la he visto. ¿De qué va?

El chico se encogió de hombros, como si la pregunta le molestara.

—No sé. Sobre lo que pasa en un cementerio después del anochecer.

Abrió y cerró otro cajón y entonces, para sorpresa de Strike, ofreció más información de forma voluntaria.

—Se estropeó. Antes era divertida. Pero se vendieron.

—¿Quién se vendió?

—La gente que la hacía.

—¿Esos dos a los que apuñalaron ayer?

—¿Qué? —Henry se dio la vuelta para mirar a Strike.

—Ayer por la tarde apuñalaron a los dos creadores de la serie en el cementerio de Highgate. La policía acaba de revelar sus nombres.

—¿Ledwell y Blay? —quiso saber Henry—. ¿Apuñalados en el cementerio de Highgate?

—Sí —confirmó Strike—. Ella murió. Él está en estado crítico.

—¡Joder! —exclamó Henry; pero se arrepintió de inmediato y añadió—: Perdón...

—No, no te cortes. Joder está bien, dadas las circunstancias —dijo Strike.

Algo parecido a una sonrisa parpadeó brevemente en el rostro del muchacho. Había encontrado un abridor y, después de abrir la botella, se la ofreció a Strike.

—¿Quieres un vaso?

—No, la botella está bien. —Strike la cogió.

—¿Lo estás investigando? —preguntó Henry mirándolo de reojo.

—¿Los apuñalamientos? No.

—¿Quién creen que ha sido?

—Creo que todavía no lo saben. —Strike tomó un sorbo de cerveza—. En la serie había un personaje que se llamaba Drek, ¿verdad?

—Sí. Por eso se fue cuesta abajo. Drek era la razón principal por la que yo veía la serie. Era muy gracioso... ¿Está muerta de verdad? ¿Ledwell?

Strike reprimió el impulso de contestar: «De verdad no, de mentira.»

—Sí, está muerta.

—Guau... —exclamó Henry. Parecía más desconcertado que triste. Cormoran pensó en cuando él tenía dieciséis años: la muerte, a menos que fuese la de alguien muy cercano o la de un ser querido, era una abstracción lejana y casi incomprensible.

—He oído que al actor que le ponía voz a Drek lo despidieron —comentó Strike.

—Sí. Y después de que despidieran a Wally todo se fue a la mierda. Se volvió demasiado... políticamente correcto.

—¿Sabes el nombre completo de Wally?

—Wally Cardew —dijo Henry, de nuevo con cierto recelo—. ¿Por qué?

—¿Sabes si después consiguió otro trabajo?

—Sí, ahora es *youtuber*.

—Ah —dijo Strike—. ¿Y eso qué implica?

—¿Qué quieres decir?

—¿Qué hace en YouTube?

—Vídeos de *gaming* y esas cosas —contestó Henry con un tono comparable al de un adulto explicándole a un crío a qué se dedica el primer ministro.

—Vale.

—Sale esta noche —dijo Henry mirando el reloj del horno—. A las once.

Strike miró la hora en su reloj.

—¿Hay que estar suscrito a YouTube para verlo?

—No. —Henry hizo una mueca, abochornado por la ignorancia del detective.

—Bueno, pues gracias por la cerveza. Y por la información.

—De nada —murmuró Henry, y salió de la cocina.

Cormoran se quedó donde estaba, apoyado en el borde de la encimera, frente al frigorífico. Le dio otro trago a la cerveza; luego se sacó el móvil del bolsillo, abrió YouTube y buscó a Wally Cardew.

Y sólo entonces comprendió que Henry se hubiese burlado de su ignorancia: el actor que le había puesto la voz a Drek tenía más de cien mil suscriptores en su canal de YouTube. Mientras se bebía la Heineken a pequeños sorbos, Strike fue pasando despacio los vídeos archivados. En todas las fotos fijas que aparecían junto al título se veía a Cardew haciendo una mueca cómica: con las manos en la cabeza en gesto de desesperación; con la boca muy abierta como si se desternillara de risa; gritando de alegría con un puño en alto...

Cardew se parecía mucho a un joven soldado a quien Strike había investigado cuando todavía estaba en la die, el soldado raso Dean Shaw, con quien compartía la misma combinación exacta de pelo de color rubio pálido, piel blanca y rosada y brillantes ojos azules. A Shaw lo habían juzgado en consejo de guerra por lo que él insistía en que era una broma que había salido mal y cuyo resultado había sido el fatal disparo a un recluta de dieciséis años. Tras reflexionar con tristeza que había alcanzado la edad en la que casi todas las personas a las que había conocido le recordaban a otra, Strike siguió repasando la lista de vídeos de Cardew.

El peinado del *youtuber* variaba según el año en que se hubiese grabado el vídeo. Tres años atrás, lucía una melena que le llegaba a los hombros, pero ahora lo llevaba mucho más corto. La mayoría de sus vídeos estaban coronados por el título *El Show de Wally y mj*. Strike dedujo que MJ sería el joven de aspecto alegre, mofletudo, con barba y de tez oscura que aparecía al lado de Wally en algunas imágenes: el compinche de la estrella.

Se detuvo en un vídeo con fecha de 2012 titulado «Un pedo tan negro», que tenía noventa mil visualizaciones. Le dio al «play», y aparecieron Wally con el pelo largo y MJ con el pelo corto sentados uno al lado del otro detrás de una mesa, cada uno en una gran butaca de piel. La pared que tenían detrás estaba cubierta de pósteres de videojuegos.

—Bueno, hola a todos —decía Wally con el más puro acento de clase trabajadora londinense, no muy diferente del de Madeline. Tenía en la mano lo que parecía una hoja de papel membretado—. Sólo quería poneros al día de lo que me han enviado mis... antiguos amigos. Me parece que se llama una orden de «cese y desista».

—Sí —aseguró MJ asintiendo con firmeza.

—Vale, MJ intentando aparentar que entiende el lenguaje legal —dijo Wally mirando a la cámara, y MJ se rio.

—¡Eh, que mi tío es abogado!

—¿Ah, sí? El mío es un puto ginecólogo, pero yo no voy por ahí metiéndoles los dedos a las tías.

—¿Es ginecólogo? ¿En serio? —dijo MJ riendo por lo bajo.

—No, inútil, lo digo en broma. Bueno, básicamente no tengo permiso para volver a utilizar la voz de Drek, sus muletillas ni…

Consultó la carta y leyó en voz alta:

—… «ninguna propiedad intelectual de Edie Ledwell y Joshua Blay, en adelante "los creadores"». Eso es. Así están las cosas.

—Vaya cojones, tío —dijo MJ negando con la cabeza.

—Oye —dijo Wally como si de pronto se le hubiese ocurrido una idea—. Tu tío no me representaría gratis, ¿no?

MJ puso cara de sorpresa y Wally se rio.

—Es broma, tío, pero sí —volvió a mirar a la cámara—, Drek y yo hemos terminado, chiquis.

—¡Cuidado! —exclamó MJ.

—Es que es una puta…

—Claro —apostilló MJ con seriedad—. Es una mierda.

—Vamos a ver, yo creé la voz, el personaje y todo lo demás, pero resulta que ya no puedes hacer ni un puto chiste, no puedes hacer comentarios satíricos, no puedes burlarte…

De repente, la cámara hizo un zoom sobre la cara de Wally, que apareció en un primer plano muy cerrado.

—¿O sí puedes? —bramó Wally con una voz manipulada artificialmente para que resonara.

Cuando la cámara volvió a hacer un plano general, los dos estaban en medio de un espacio completamente blanco. MJ, apoltronado en su butaca, fingía que dormitaba; llevaba una peluca de pelo largo castaño oscuro, una camisa vaquera y unos vaqueros con desgarrones, y tenía un porro gigantesco entre los dedos. Wally se había puesto una peluca desgreñada de pelo castaño claro, se había aplicado delineador de ojos y pintalabios de cualquier manera y llevaba una camiseta que rezaba «Un pedo tan negro» y una falda larga con estampado de flores.

Y con voz chillona y acento de Essex, dijo:

—Sí, estábamos tumbados en el cementerio… Tú acababas de tirarte un pedo, ¿verdad, Josh?

—Sí… —contestó MJ con aire soñoliento.

—Y estábamos fumando, ¿no?

—Sí…

—Y entonces empezó a salir un gran fulgor de mi cerebro y así fue como creamos *Un pedo tan negro*. Porque cuando te tiras un pedo, ¿vale?, es como si tu yo interior se esforzara por liberarse, así que es una metáfora y es hermoso y profundo, ¿no?

Wally levantó una nalga de la butaca y se tiró un fuerte pedo,

aparentemente auténtico. A MJ se le escapó la risa y luego, con la misma voz de fumeta de antes, dijo:

—Ya, una metáfora...

—La idea del pedo me la inspiró mi difunta madre, que tenía un grave problema de flatulencia...

MJ estaba a punto de explotar de tanto aguantarse la risa.

—Y no nos interesa la pasta, ¿verdad que no, Josh?

—Qué va.

—Somos dos espíritus libres, ¿no? Queremos que el mundo entero disfrute gratis de mi genialidad.

—Gratis... eso es...

—Y por eso no le pagamos a nadie, ¿verdad, Josh?

Sin decir nada, MJ le ofreció una calada de su porro a Wally.

—No, Joshy, querido, necesito tener la cabeza despejada para negociar con Netflix. ¡Uy! Espera, ¿eso lo he dicho en voz alta? ¿Sí? Mierda. Bueno, no importa, gracias a todos, espero que sigáis viendo *Un pedo tan negro*.

Wally se tiró otro pedo.

—¡Ay, mucho mejor! Bueno, vamos, cariño. —Se levantó y agarró a MJ por la camisa—. Tienes que dibujar a Blacky.

—Necesito un trago, Ed —se lamentó MJ en su papel de Josh—. Estoy empanado.

—Ven conmigo, vago de mierda, tenemos que hacer pasta. Ay, quería decir arte... Tenemos que hacer arte.

—¿Qué demonios estás viendo?

Strike paró el vídeo y alzó la vista. Madeline estaba de pie en la puerta de la cocina.

—A unos *youtubers*.

Madeline sonrió y fue caminando descalza hacia él con sus vaqueros y su jersey de cachemira gris claro, le puso los brazos alrededor del cuello y lo besó en la boca. Sabía a merlot.

—Lo siento, tenía que dibujarlo mientras lo tenía claro en la cabeza. A veces te viene una idea y tienes que atraparla al vuelo.

—No te preocupes —dijo Strike—. Por cierto, esos rubíes o lo que sean son enormes...

—Son cristales. Nunca tengo piedras auténticas en casa, asegurarlas es una pesadilla. A veces utilizo piedras falsas para inspirarme cuando diseño. Necesito otra copa... —Soltó a Strike y se acercó al botellero que había en la pared para coger una botella—. Ha sido un día horrible. Me había olvidado de que le había concedido una entrevista a una bloguera de joyas, prácticamente una adolescente. No me gusta generalizar, pero algunos son unos verdaderos inútiles... A ésta sólo le interesaba saber si todo provenía de «fuentes éticas»... ¿Dónde está el puto sacacorchos? Y como no podía decirle que voy yo

en persona a la puta Colombia y excavo en la roca yo misma para sacar las esmeraldas y que de cada dos que saco le doy una a los huérfanos o lo que sea... Mira, yo hago todo lo que puedo para comprar de «forma ética», pero tendrías que haberla oído en el... en el...

A Madeline le estaba costando abrir la botella. Strike se guardó el móvil en el bolsillo y le tendió las manos.

—Gracias. Abriendo la última me he roto una uña. Pues sí, no paraba de hablar de los diamantes de sangre, y yo...

Strike cogió la botella de vino recién abierta y su cerveza y siguió a Madeline al salón abierto, del que Henry había desaparecido y donde ella se dejó caer otra vez en el sofá, hablando sin parar sobre la minería de oro ilegal en Latinoamérica y de los diversos esfuerzos que ella y otros joyeros habían hecho para asegurarse de que sus materias primas no se producían bajo condiciones criminales ni de explotación. Strike volvió a llenarle la copa y también se sentó; tenía la impresión de que Madeline todavía se estaba justificando ante un interlocutor invisible. Le rugió el estómago. Había llegado con la esperanza de que ella le ofreciera algo de comer: no hacía falta que fuese una comida casera, le habría bastado con que le propusiera pedir algo de comida para llevar...

—¡Mamá! —gritó Henry desde lo alto de la escalera—. ¡Me voy a casa de papá!

—¿Cuándo vas a...?

Pero Henry ya había bajado, y Strike y ella oyeron cómo se cerraba la puerta de la calle.

—¿Ha sido maleducado contigo? —preguntó Madeline arrugando la frente—. Está de mal humor porque se le ha estropeado el portátil. Por eso estaba utilizando mi pc.

—No, la verdad es que ha sido bastante agradable —dijo Strike.

—¿En serio? Eso es una novedad. Creo que sabes manejarlo. Jim lo hacía fatal.

Strike ya le había oído hablar muchas veces de cómo su ex marido, el actor que había abandonado a Madeline por su actriz protagonista, había traicionado la confianza de Henry, pero mantuvo una expresión de interés mientras ella le exponía más ejemplos. Volvió a rugirle el estómago, y cuando Madeline hizo una pausa para tragarse de un sorbo media copa de vino, Cormoran se acomodó en el sofá y, con la esperanza de hacerle pensar en la comida, dijo:

—Siento no haber podido quedar para cenar...

—Ah, no pasa nada, no puedo quejarme si tienes follones de trabajo, yo también tengo los míos. Pero bueno...

Se arrimó más a él y volvió a abrazarlo por el cuello.

—Ahora puedes compensarme.

Una hora más tarde, Strike yacía desnudo y a oscuras en el dormitorio blanco de Madeline, completamente satisfecho en un sentido, pero no lo suficiente como para olvidarse de su hambre canina. Ya se imaginaba que, para mantenerse tan delgado como Madeline, había que comer poco, pero las dietas a base de pasar hambre no eran su estilo. Aunque no le iría mal adelgazar algunos kilos... Ella tenía la cabeza apoyada en el hombro de Strike y su pelo le hacía cosquillas en la cara. También tenía una mano posada en el peludo pecho del detective.

—Dios, qué a gusto me he quedado... —dijo Madeline, y bostezó largamente—. Lo siento, estoy tan cansada... Esta mañana me he levantado a las cinco porque tenía que hablar con Los... Los Ángeles...

Strike la besó en la coronilla.

—¿Te importa si me preparo algo de comer?

—No, cielo, hazte lo que quieras —susurró ella.

Retiró la cabeza de encima de su hombro y se dio la vuelta hacia el otro lado de la cama, y a Cormoran le pareció oír un débil ronquido mientras se ponía el pantalón y la camisa a oscuras, por miedo a encontrarse con Henry. Salió de la habitación. El piso de arriba estaba en silencio, y Strike se dirigió descalzo hacia la cocina; cada dos pasos, su prótesis hacía un ruido sordo al golpear la madera del suelo. Tal como había temido, en la nevera no encontró gran cosa que le apeteciera comer. Revolvió sin entusiasmo entre tarros de ensalada de quinoa, yogur desnatado y bandejas de aguacates, mientras soñaba con unos huevos con beicon o una gran bolsa de patatas fritas. Al final, encontró un poco de pecorino, se preparó un sándwich con dos rebanadas de pan bien grueso y abrió otra botella de Heineken.

El reloj del horno indicaba que eran las diez. Parecía mucho más tarde. Fue hasta la ventana y se asomó para ver la calle, donde seguía lloviendo: los adoquines de la calzada brillaban como el azabache bajo la luz de las farolas. Poco después, Strike cogió un plato, se llevó el bocadillo y la cerveza, atravesó la sala de estar a oscuras y se sentó delante del ordenador.

Sabía la contraseña porque Madeline se la había dado la última vez que había estado en la casa, cuando se le había acabado la batería del móvil y había querido buscar los detalles del vuelo que Dedos Largos iba a coger para regresar a Londres. Encendió el ordenador, introdujo la contraseña *spessartite19*, se pasó casi una hora leyendo las noticias y enviando correos electrónicos y, finalmente, a las once, abrió el canal de YouTube de Wally Cardew justo cuando éste empezaba a emitir en directo.

Los pósteres de videojuegos del fondo habían cambiado, y también el aspecto de Wally y MJ. Ahora Cardew llevaba el pelo rubio platino muy corto en los lados y un poco más largo en la parte

superior. MJ estaba más delgado que en 2012 y llevaba el pelo más arreglado. Ambos tenían un aspecto sombrío y MJ parecía un poco nervioso.

—Hola, chiquis —saludó Wally—. Bienvenidos a otro episodio de *El Show de Wally y mj*, y antes de empezar quiero… queremos…

Miró a MJ, que se limitó a asentir.

—Antes de nada queremos decir, ¿vale?, que ha pasado una cosa horrible… Bueno, pasó ayer, pero no nos hemos enterado hasta hoy…

—La gente lleva como cinco horas llamándonos —intervino MJ—. Preguntándonos: «¿Lo sabíais, lo sabíais?»

—Sí —dijo Wally—, y la respuesta es no, no lo sabíamos, no nos hemos enterado hasta que lo hemos visto en las noticias. En fin… sí… nos referimos a lo que les ha pasado a Josh Blay y a Edie Ledwell, por si no lo sabíais, y es… Es una putada, tío, y nosotros no tenemos más información que vosotros, pero es una gran putada. Y quiero… quiero darles el pésame a sus familias, y… Bueno, cruzo los dedos muy fuerte por Josh, y los dos… No sé, ¿tú rezas, MJ?

—Sí, tío, claro que rezo —contestó MJ en voz baja.

—Yo… yo no sé en qué coño creo —dijo Wally levantando las manos—, pero los dos pensamos en las familias y, no sé, confiamos en que Josh se recupere.

—Sí, esperamos que se recupere, claro que sí —dijo MJ asintiendo.

Wally suspiró, se golpeó los muslos con la palma de las manos y añadió:

—Vale, tenemos un programa especial preparado para vosotros esta noche, y no lo olvidéis, chiquis, este mes vamos a donar el veinticinco por ciento de todo el *merchandising* que compréis al hospital de Great Ormond Street, porque, como algunos de vosotros ya sabéis, la prima de MJ…

—Sí, mi prima está recibiendo tratamiento para la leucemia allí —dijo MJ.

—Bueno —siguió Wally—, vamos a empezar nuestro *commentarium*…

En la esquina superior derecha de la pantalla apareció una lista de comentarios de los espectadores; el texto, escrito en letras de color amarillo fluorescente, se deslizaba hacia arriba tan deprisa que era difícil leerlo. MJ desvió la mirada de la cámara a la pantalla lateral y fue revisando los comentarios que los espectadores también podían ver.

Drekfan10:
Os quiero Wally y MJ!!!!!!!!!!
KeiraS:

Haz la voz de Drek Wal
Derky96:
bonito homenaje
Krayfish:
sois lo más
BDJoker:
yo conocí a ledwell y blay
Hyggard:
no os hagáis los tristes XD
Sh0zelle:
Wally, saluda a Shona y a Deb!
RedPill*7:
el único justiciero bueno es un justiciero cadáver
Chigginz:
he comprado tres camisetas, mandadme un saludo

—¡Bueno, adelante con el programa! —dijo Wally—. Primero... necesitamos unas cuantas cosas que tenemos aquí abajo...

Buscó debajo de la mesa.

—Aguántame esto, MJ.

Wally había sacado un cuchillo enorme que parecía manchado de sangre. MJ dio un grito, mezcla de sorpresa y horror, y entonces se tapó la cara con las manos tratando de contener una risa nerviosa.

—¡Joder! —exclamó MJ mirando a la cámara por los huecos entre sus dedos—. ¡Mierda, no sabía que iba a hacer eso, juro que no lo sabía!

Sin inmutarse, Wally dijo:

—¿Qué pasa? Ah, ¿esto? —Lamió la hoja del cuchillo—. Es salsa de tomate, tío, he estado cortando pizza.

—Joder, Wal —dijo MJ mientras se quitaba las manos de la cara, riendo.

—Vale, si no quieres sujetármelo... —replicó Wally encogiéndose de hombros. Tiró el cuchillo por encima del hombro y, a continuación, sacó un fajo de papeles de debajo de la mesa.

—Bueno, porque éste es el tema del programa de hoy, ¿no? Ha habido mucha actividad en Twitter desde que saltó la noticia de lo de Ledwell y Blay. Muchísima actividad. He publicado mi pésame o lo que sea y, básicamente, ha habido mogollón de peña que me ha dicho que yo maté a Edie Ledwell, y he pensado que valía la pena que leyéramos alguno de esos mensajes. A ver qué encuentro... Mira, éste está bien.

Wally cogió la primera hoja de papel del montón y empezó a leer. El texto del tuit apareció escrito a su lado, junto a la lista de comentarios.

The Coffin Fly @carla_mappin5 En respuesta a @the_Wally_Cardew

Cómo te atreves a decir que estás triste hipócrita de mierda. Has demonizado a Ledwell y Blay desde que te despidieron con toda la razón.

El odio mata.

15:15 13 febrero 2015

—«El odio mata» —repitió Wally mirando muy serio a la cámara.

—Guau... —MJ negó con la cabeza—. ¿Cómo te sientes después de esta regañina, tío?

—Mira, colega, te diré la verdad: ha hecho que me replantee todo mi sistema de valores —dijo Wally—. Porque, claro, resulta que soy cómplice de un asesinato por haberme burlado de *Un corazón tan negro*... Así que —continuó mirando a cámara— he buscado cómo quiere Carla Mappin que nos comportemos todos en línea, porque así aprenderé de los mejores.

—La tomaremos como ejemplo —dijo MJ.

—Exacto. Aquí hay un mensaje de Carla de finales del año pasado...

Apareció otro tuit al lado de Wally, y él lo leyó en voz alta.

The Coffin Fly @carla_mappin5

En respuesta a @AnomiaGamemaster

La verdad, por mí esa perra ya se puede morir. Harta de tantas gilipolleces de que no lo hace por dinero, sino por amor.

#NoMásCobaAFedwell

#YoApoyoAJosh

21:02 2 noviembre 2014

—«Esa perra ya se puede morir», damas y caballeros —repitió Wally.

—¿A qué perra se refiere? —preguntó MJ. Strike se dio cuenta de que aquella parte la habían ensayado. Lo único que habían improvisado era lo del cuchillo—. ¿Se refiere a una perra a la que ha encontrado atropellada en la calzada? ¿Estaba demasiado malherida, o...?

Wally soltó una risita.

—No, MJ, curiosamente Carla se refería a Edie Ledwell. «Esa

perra ya se puede morir…» —dijo una vez más mirando fijamente a la cámara con sus ojitos azules.

—Mira, Wal —dijo MJ, que desviaba la mirada hacia algún otro monitor—, por aquí nos piden que saludemos. Se ve que hemos vendido unos cuantos artículos de *merchandising*. Chigginz: has comprado tres camisetas, bien hecho, colega. bd Joker… Supongo que no son nombres reales.

—Gracias, bd —comentó Wally—. Que disfrutes de tu gorra de béisbol de Wally y MJ.

—Y Sooze y Lily, un par de sudaderas, ¡gracias, chicas!

—Vale, volvamos a Twitter —dijo Wally, y siguió con su montón de hojas de papel—. A ver qué encontramos por aquí… Sí, éste tampoco está nada mal.

Los comentarios seguían pasando demasiado deprisa para que Strike pudiera leerlos.

motherofdrags:

los justicieros: «cuando he dicho bazofia lo decía en el buen sentido» XD

LostInSpunk:

los justicieros sociales son unos putos hipócritas XD XD XD

@Heimd&ll88:

me encanta esto jodeeeer

hotrod209:

cómo mola que les metáis caña a los justicieros bro

RubyLoob:

Ledwell era el epítome del privilegio blanco

arniep:

chúpame la polla

LilaP:

te quiero Wally XOXOXOXOXO

ArkeTheShadow:

cuando se muere una mala persona está bien celebrarlo

TheFiend:

harías cualquier cosa para tener más visitas, no HDLGP?

TommyEngland14:

wally visita hermandaddeultimathule.com

—Vale —dijo Wally hojeando el montón—, aquí tenemos… Ah, éste es mi favorito, me encanta. Andi Reddy… Nombre real, mirad, aquí está…

Andi Reddy @ydderidna

En respuesta a @the_Wally_Cardew

puede que no sujetaras el cuchillo, pero tú avivaste las llamas y si resulta que esto lo ha hecho algún troll de ultraderecha deberían procesarte.

18:52 13 febrero 2015

—Se ve que Andi conoce bien las leyes, ¿no? —dijo Wally.

—Debe de ser jueza —dijo MJ—. Pero es un detalle que diga que a lo mejor no sujetaste el cuchillo.

—¿Queréis ver cómo hace Andi eso de no avivar las llamas del odio?

—Venga —dijo MJ, y se rio otra vez.

El segundo tuit de Andi apareció por encima de sus cabezas. Una vez más, Wally lo leyó en voz alta.

Andi Reddy @ydderidna

En respuesta a @AnomiaGamemaster

puede alguien decirle a esa repugnante zorra mercenaria que se pegue un tiro ya?

#NoMásCobaALaAvaraGlotona #YoApoyoAJosh

11:45 29 julio 2014

Wally y MJ se rieron a carcajadas.

—Pero luego aún mejora —indicó Wally sin parar de reír—. Espera, hay otro por aquí… Ya verás, es un claro ejemplo de su actitud de no avivar las llamas.

Apareció otro tuit.

Andi Reddy @ydderidna

lo único que me consolaría de la tormenta de mierda en que se ha convertido mi personaje favorito sería que metieran a #LaAvaraGlotona dentro de un Drek de plástico y le prendieran fuego

22:34 16 septiembre 2014

Wally y MJ volvieron a reír a carcajadas y a palmearse los muslos; Strike oyó un movimiento detrás de él y se apresuró a quitar el volumen del vídeo.

Henry había vuelto. Pareció desconcertado al ver lo que Strike estaba mirando.

—Has despertado mi curiosidad —explicó Strike.

—Ah —dijo Henry.

Se miraron en la penumbra; la única luz que había en la sala era la de la pantalla del ordenador.

—Me voy a la cama —masculló Henry, y bajó la escalera.

Strike subió el volumen y continuó viendo la emisión en directo. Wally y MJ seguían riéndose a carcajadas del último tuit que habían leído en voz alta. Los comentarios seguían pasando a toda velocidad.

algizzard:
Wal, busca esto hermandaddeultimathule. com
GillyInkHeart:
Wally, saluda a tu abuela de mi parte!
ArkeTheShadow:
Ledwell era una ladrona y una mentirosa
saxonaxe14:
ahora mucho llanto y ayer la estaban llamando puta
dmitriplayssax:
Wally, dime hola soy Dmitri
PokerFac:
wally, te tiras a kea niven?
LepinesD1sciple:
yo maté a Ledwell
TattyB:
yo no lamento que haya muerto una racista y capacitista
MGTOWise:
eso es, demuestra que tienes pruebas!!!
SophieBeee:
he comprado una camiseta decidme hola soy Soph Brown
BwahBoy88:
Wally pasa del negrata ese
aoifeoconnor:
la gente estaba cabreada por lo de Netflix, nada más
Sammmitchell:
la gente dice cosas en caliente
UltimaBro88:
todas las justicieras sociales borrando pruebas como locas XDXDXDXD

14

¡Ella yace en su tumba!
No me hables de placer,
porque no pude salvarla.

CHRISTINA ROSSETTI, *Desesperación*

El piso de un solo dormitorio de Walthamstow que Robin visitó el domingo por la tarde fue el primero que vio en el que podía imaginarse viviendo y siendo feliz. Estaba situado en la segunda planta de un edificio de nueva construcción, era limpio y luminoso, y en el salón cabía un sofá cama por si algún amigo quería quedarse a dormir; además, estaba cerca de la parada de metro de Blackhorse Road.

—Ya le diré algo —le dijo al agente de la inmobiliaria—. ¿Hay muchas personas interesadas?

—Bastantes —respondió el joven de la corbata *kipper*, de cuyas incesantes bromas Robin habría podido prescindir sin ningún problema. Le había preguntado dos veces si estaba buscando un piso para irse a vivir sola, y Robin se quedó con las ganas de saber cómo habría reaccionado si le hubiese pedido, llorosa, que se fuese a vivir con ella para no tener que soportar más las agonías de la soltería.

Tras despedirse del agente, se dirigió a la parada de metro y aprovechó para cronometrarse. El trayecto iba a ser más largo que desde el piso donde vivía ahora, pero más corto que desde los otros que había visto. En conjunto, creía que aquel piso le encajaba. Por el camino de regreso a su casa, se preguntó con quién tendría que competir. Ahora podía hacer un depósito decente que había conseguido rascar, no sin dificultades, de la cuenta conjunta conyugal tras el acuerdo de divorcio, y su sueldo era mucho mejor que cuando había empezado a trabajar en la agencia, pero en Londres nunca se sabía.

Robin había estado decaída durante todo el frío y lluvioso fin de semana, y nada más salir de la estación de Earl's Court, bajo la lluvia, la mejora del estado de ánimo que había experimentado al imaginarse viviendo en aquel pisito limpio y luminoso empezó a debilitarse.

Max se había ido a pasar el fin de semana al campo con *Wolfgang*, su perro salchicha. Ya en casa, Robin se quitó el abrigo y los guantes, fue a buscar su portátil al dormitorio y se lo llevó arriba, al salón,

donde enseguida vio la inoportuna tarjeta de San Valentín que el día anterior había recibido de Hugh «Hacha» Jacks, que ella misma había dejado en la encimera de la cocina. En la parte delantera, había un san bernardo con un barril con forma de corazón colgado del cuello y las palabras «Se me cae la baba por ti». Dentro de la tarjeta, Hugh había escrito «Por si algún día no sabes qué hacer» junto a su número de teléfono. Robin supuso que el san bernardo era una forma de evocar recuerdos felices de Suiza, pero teniendo en cuenta que Hugh había sido lo que menos le había gustado de aquellas vacaciones, lo único que sintió fue fastidio por el hecho de que Katie le hubiese dado a Hugh su dirección. Todavía un tanto deprimida, tiró la tarjeta a la basura y se preparó un café; entonces se sentó y se puso a leer sitios web de noticias en busca de nuevos datos sobre los apuñalamientos del cementerio de Highgate.

Josh Blay seguía con vida, aunque todavía en estado crítico, y la policía había publicado un nuevo detalle: a ambos animadores les habían disparado con una pistola táser antes de apuñalarlos. Seguían pidiendo a la ciudadanía que llamara al teléfono de información si habían visto a alguien comportándose de un modo sospechoso en el cementerio, entre las cuatro y las seis de la tarde del 12 de febrero.

La posesión y el uso de pistolas táser por parte de la población civil era ilegal, y Robin se preguntó dónde y cómo se habría hecho con una de esas pistolas el asesino. ¿La habrían entrado de contrabando desde el continente? ¿Sería robada? El hecho de que la hubiesen empleado indicaba que se trataba de un crimen premeditado, y no de una agresión fruto de un impulso. Le habría gustado estar con Strike para hablar de todo aquello.

Una nueva alerta de noticias de la BBC apareció en la pantalla de su portátil. En Copenhague había habido dos atentados terroristas: el primero en una exposición titulada «Arte, blasfemia y libertad de expresión», y el segundo en una sinagoga. El nudo de tristeza que Robin sentía en el pecho se hizo aún más pesado. Seres humanos asesinados por escribir palabras, por hacer dibujos... ¿Era posible que Edie Ledwell fuese uno de ellos? ¿Qué había en aquella serie de dibujos animados que fuera capaz de ofender y enfurecer tanto como para que se considerara que sus creadores merecían morir?

En las últimas veinticuatro horas, habían proliferado los artículos sobre *Un corazón tan negro*. Robin leyó por encima varios resúmenes de su travesía hasta el éxito inesperado: un análisis de su importancia y su significado culturales; valoraciones de sus aciertos y sus errores; especulaciones sobre su futuro... Casi todos esos artículos comenzaban señalando la extraña ironía de que Ledwell hubiese muerto en el cementerio en el que Blay y ella habían ambientado su serie: «Una simetría grotesca», «Una coincidencia casi increíble», «Un final

espantoso con toda la gótica rareza de su propia creación».

También se habían escrito muchas líneas sobre los fans de la serie, «que se hacen llamar "corazones negros" y son famosos por sus guerras intestinas». Evidentemente, esas peleas no habían cesado tras el ataque sufrido por sus creadores; Robin se odió a sí misma por pulsar en el enlace y leyó un breve artículo titulado «La teoría del asesinato de la creadora de *Un corazón tan negro* que está causando indignación», y se enteró de que en las redes sociales se especulaba que Josh Blay había apuñalado a Edie Ledwell y que luego había intentado suicidarse, una acusación negada y refutada con vehemencia por los fans de Blay, quienes, según pudo ver Robin, superaban ampliamente en número a los de Ledwell.

A continuación entró en YouTube con la intención de ver un episodio entero de *Un corazón tan negro*, pero entonces se encontró con un vídeo titulado «La primera entrevista de Josh Blay y Edie Ledwell». Tenía fecha de junio de 2010, y el número de visionados estaba aumentando.

Robin pulsó en el enlace del vídeo y le dio al «play».

Edie Ledwell y Josh Blay aparecían sentados uno al lado del otro en una cama individual, con la espalda apoyada en una pared en la que había un montón de bocetos, recortes de revista y reproducciones de cuadros en tamaño postal. Edie llevaba el pelo más largo que cuando la había conocido, reluciente y bien peinado. Vestía unos vaqueros y una camisa azul de hombre con las mangas arremangadas.

Josh, que llevaba una camisa parecida a la de Edie, era extraordinariamente guapo. Tenía el pelo castaño oscuro y largo, la mandíbula muy cuadrada, los pómulos marcados y unos grandes ojos azules: parecía una estrella del rock. Robin había leído en las noticias que era cinco años más joven que Edie, de modo que en 2010 tenía veinte años.

—Hey, ¿qué tal? —preguntó Josh con marcado acento *cockney*. Saludó tímidamente con la mano y a continuación Edie y él se miraron y se rieron. La persona que sujetaba la cámara también se rio.

»Bueno… —continuó Josh mirando a la cámara—, vale, sí, hemos recibido muy buenos comentarios sobre los dos primeros episodios de *Un corazón tan negro*, así que, en fin, queríamos daros las gracias a todos, y nuestra amiga Katya pensó que estaría bien que contestáramos algunas de las… preguntas que habéis ido publicando bajo las animaciones, y… bueno, pues eso, que las vamos a contestar.

Lo dijo con timidez, como si le preocupara que la gente pudiera pensar que aquel vídeo había sido idea suya y verlos como un par de endiosados creadores.

—Por ejemplo —prosiguió—, mucha gente nos pregunta: «¿Vais fumados?»

Se rio, y la persona que sujetaba la cámara también, lo que hizo que la imagen se moviera un poco. Josh y Edie estaban sentados tan cerca el uno del otro que sus brazos se tocaban desde el hombro hasta el codo.

—Respuesta corta… —dijo Edie.

—Bueno, sí —dijo Josh—. La verdad es que íbamos muy fumados. De hecho, Tim va fumado ahora mismo.

Señaló con la mirada a la persona que sujetaba la cámara, y el mencionado Tim, con un acento de los condados de los alrededores de Londres, contestó:

—Mentira, no voy fumado.

Entonces Josh miró de reojo a Edie y ambos se sonrieron; era la sonrisa inconfundible de dos personas que están completamente enamoradas.

—A ver, esto… ¿nos presentamos nosotros mismos o qué?

—Bueno, no hay nadie más que pueda presentarnos —indicó Edie —, a menos que quiera hacerlo Tim… Mira, podemos presentar a Tim.

La cámara enfocó hacia arriba: se vio un vertiginoso plano del techo y, a continuación, un primer plano desenfocado de un joven pelirrojo.

—Hola —saludó el chico.

La cámara volvió a enfocar a Edie y a Josh.

—Ése era Tim —explicó Edie—. Tim le pone la voz a Gusano. Y yo soy Edie…

—Sí, y yo soy Josh, y… la idea de *Un corazón tan negro* se nos ocurrió una tarde en el cementerio de Highgate.

—Donde estabais fumando —señaló la voz de Tim.

—Estábamos… inspirándonos —replicó Josh fingiendo dignidad.

—Y hablando —añadió Edie.

—De chorradas…

—Habla por ti —dijo Edie.

—No, yo decía cosas profundas e inteligentes —repuso Josh, y entonces, señalando a Edie al tiempo que se apoyaba en ella, le dijo a la cámara—: No, en realidad es ella, ella tiene la culpa de todo esto. Estábamos hablando, no sé, de la gente que está enterrada allí…

—Sí —afirmó Edie—, nos dio por pensar que estábamos tumbados a escasos palmos de los cadáveres.

—Y nos cagamos de miedo.

—Te cagaste tú, yo no…

—Porque tú eres una friki.

Edie se rio.

—Lo eres, Ed. No digo que seas una asesina en serie ni nada parecido, sólo que eres… rarita. Bueno, pues Edie empezó a imaginarse qué pasa por la noche y un montón de ideas surrealistas de

cojones…

—Katya te advirtió que no dijeras palabrotas por aquí.

—Joder, pues lo siento, ya es tarde.

Edie se rio.

—Total, que Edie empezó a tener todas esas ideas y estábamos tumbados en el suelo inventándonos cantidad de cosas…

—Y entonces nos echaron del cementerio porque era la hora de cerrar —continuó Edie—, y nos fuimos a casa… Bueno, hay que decir que vivimos en un colectivo artístico, en una casa antigua muy grande…

—¿Por qué hay que decir eso?

—No lo sé. Para explicar nuestro «proceso», ¿no?

—Nosotros no tenemos ningún proceso, tía, lo nuestro no es ningún proceso.

Edie se rio otra vez.

—Vale, lo que sea, volvimos a la casa y Josh dibujó… ¿A quién dibujaste primero?

—A Blacky. Y tú dibujaste a Drek. Los dos estudiamos Bellas Artes —dijo Josh mirando a la cámara.

—Yo no. El que estudia Bellas Artes eres tú. Eras un buen estudiante.

—Me echaron de St. Martin's —le explicó Josh a la audiencia—. Por vago.

—Sí —confirmó Edie—, y dibujamos los personajes para divertirnos, partiendo de ideas que habíamos tenido mientras estábamos… esto…

—Ciegos —dijo Tim fuera del encuadre.

—Mientras estábamos en el cementerio —repuso Edie sonriente—, y sí, todo empezó a…

—Crecer… —dijo Josh.

—Yo iba a decir «evolucionar».

—… A crecer a partir de ahí. Y nuestro amigo Seb nos ayudó a animar el primer episodio —continuó Josh—. Seb trabaja muy bien, él todavía está en St. Martin's. Y unos cuantos colegas nuestros pusieron voz a los personajes y terminamos el primer episodio, y luego Edie tuvo más ideas, y… bueno, hicimos otro.

—Y no nos esperábamos… —añadió Edie—. Nos sorprendió muchísimo que a la gente le gustara tanto, y por eso queríamos daros las gracias por vuestros comentarios. Así que… ahora vamos a contestar a las preguntas más habituales.

Josh estiró un brazo y cogió algo que estaba fuera de encuadre. Era una hoja de papel pautado aparentemente arrancado de una libreta; le echó un vistazo y, mirando a la cámara, dijo:

—Venga, aquí hay una que nos han hecho muchas veces: «¿De

dónde sacasteis la idea de Blacky?» —Miró a Edie—. Ésta tienes que contestarla tú. Yo sólo lo dibujé, pero no tengo ni idea de lo que pasaba por tu cabeza cuando lo imaginaste.

—Vale, pues no sé cómo se me ocurrió Blacky, pero creo que cuando era pequeña mi madre me contó un cuento de hadas sobre un corazón de piedra... ¿Eso es real o me lo he imaginado? En fin... No lo sé, recuerdo que me contaron una historia de alguien que se cambiaba el corazón por una piedra, y yo tenía una imagen mental de un corazón que salía de un pecho. Y cuando estábamos en el cementerio se me ocurrió que había un personaje malvado y que su corazón sobrevivía e intentaba hacerlo mejor después de morir. El corazón se había vuelto negro por culpa de todas las maldades que había cometido su dueño, pero había sobrevivido después de que el resto del cuerpo se descompusiera porque estaba...

—Escabechado en maldad —remató Josh con entusiasmo.

—Más o menos, pero... No, porque Blacky es como el personaje más simpático de la serie, ¿no?

—Sí, supongo que sí —dijo Josh pensativo—. Es inocente... Pero no lo es, ¿no? Porque se ha vuelto negro por culpa de todas las maldades que ha hecho.

—Pero las maldades no las había hecho el —repuso Edie. Ahora estaban los dos concentrados el uno en el otro, como si hubiesen olvidado que se encontraban delante de la cámara—. Le echan la culpa a Blacky, lo estigmatizan, pero él era una víctima del... del cerebro y de la voluntad, o de lo que sea. Él intenta hacerlo mejor, pero es grotesco y nadie se cree que tenga buenas intenciones.

Edie volvió a mirar a cámara.

—¿Eso que he dicho tiene algún sentido? No. Siguiente pregunta.

—«¿Traslúcida es una cabrona?» —Leyó Josh de su hoja de papel. Miró a la cámara y dijo—: Sí.

—¡No! —saltó Edie entre indignada y divertida.

—Claro que sí. No le da ninguna oportunidad a Blacky.

—Lo que pasa es que es un poco... Mmm, nunca hemos analizado esto...

—Joder, cualquiera que haya visto la serie eso lo tiene más claro que el agua —declaró Josh.

Todos se rieron, incluido Tim. Se oyeron unos pitidos.

—Mierda, es el mío... —dijo Josh—, se me ha olvidado apagarlo...

—Como veis, somos muy profesionales —le explicó Edie al público.

—Es de Katya —dijo Josh, y empezó a leer el mensaje que había recibido en su móvil—: «¿Os habéis decidido a grabar un vídeo para contestar a las preguntas de los fans? Porque yo creo que sería...» «Lo estamos... —leyó en voz alta mientras tecleaba, y Tim se rio otra vez—

… haciendo… ahora… mismo.» Y… teléfono silenciado.

Tiró el móvil sobre la cama.

—¿Qué estábamos diciendo?

—Hablábamos de Traslúcida. Ella quiere volver a estar viva. Odia ser un fantasma.

—Pero es un poco cabrona.

—Bueno, está atrapada en medio de un montón de…

—Frikis, sí.

—… Partes de cuerpos ambulantes —añadió Edie, y Josh se rió—. A nadie le gustaría estar atrapado para siempre en un sitio así.

—Vale. —Josh volvió a coger la hoja de papel—. Siguiente pregunta. Drek. «¿Qué es Drek?»

Se miraron y volvieron a reír.

—No lo sabemos —dijo Josh.

—De verdad, no sabemos qué es Drek exactamente.

—Lo dibujaste tú —repuso Josh.

—Sí, la cabeza. Hace tiempo vi una máscara, una de esas… —Edie dibujó un pico enorme en el aire—. Esas máscaras de médico de cuando la peste, ¿sabes? Una especie de pico enorme y unos ojos muy pequeños, y me pareció que era escalofriante. De modo que Drek es un poco… siniestro.

—Pero ¿qué es?

—No lo sé, en serio —dijo Edie, y se echó a reír—. ¿Tú qué crees que es?

—Ni puta idea. A lo mejor falta un episodio: «¿Qué coño es Drek?» Siguiente pregunta… «¿Qué son los smugliks y los mukfluks?»

Josh y Edie se echaron a reír a carcajadas, chocando el uno contra el otro y casi sin poder respirar. Para cuando lograron serenarse, ambos tenían los ojos llenos de lágrimas.

—Eso no podemos contestarlo —dijo Josh con tono de falsete.

—No podemos expresarlo con palabras —añadió Edie entrecortadamente.

—Cuando os encontréis a un smuglik lo reconoceréis —aseguró Josh tratando de contener la risa—. Y a un mukfluk.

Volvieron a desternillarse de risa. Tim, que seguía fuera del encuadre, también se reía, porque la cámara se sacudía. Al final, Josh dijo:

—Bueno, vamos a calmarnos, que aquí hay una pregunta seria. —Enarboló la hoja de papel—. «¿Conocéis la obra de Jan Pieńkowski? Porque vuestras animaciones me recuerdan a sus ilustraciones.» ¡Sí! Nos encanta su trabajo. Nos ha… influenciado. Mi madre me regaló un libro suyo publicado en los años setenta.

Edie se inclinó hasta desaparecer del encuadre y volvió a aparecer con un libro ilustrado de cuentos de hadas.

—Aquí está. Yo nunca había oído hablar de Jan hasta que Josh me lo enseñó y ahora soy superfán suya.

Abrió el libro y le mostró las ilustraciones al público.

—¿Lo veis? Hacía unas siluetas increíbles sobre papel marmolado. ¿Verdad que son flipantes?

—Vale —dijo Josh otra vez—. Sigamos. Aquí tengo otra pregunta.

Volvía a tener problemas para contener la risa.

—«¿Creéis...? ¿Creéis que alguna vez se hará una película de...?»

Edie y él volvieron a desternillarse.

—¿De *Un corazón tan negro*? Mira, no... Sinceramente... Claro que no. Joder, ¿te imaginas? Una película de...

—Ya, qué va —replicó Edie enjugándose las lágrimas—. ¿Cómo se le ocurre a la...?

—Ni siquiera los smugliks y los mukfluks querrían ver esa película —añadió Josh.

—Bueno, ¿hay alguna pregunta más? —quiso saber Edie.

—Sí, una más. «¿Sois novios?»

Todavía sin aliento después de tanto reír, se miraron el uno al otro, con sus camisas casi idénticas, los brazos tocándose y ambos apoyados contra la pared cubierta de dibujos.

—Mmm... —respondió Edie.

—¿Estás segura de que queremos contestar a esta pregunta? —le preguntó Josh.

—Eso es. ¿Y si se nos echan encima los *paparazzi*?

—Ya, eso sería una putada —dijo Josh mirando a cámara—. Pedimos un poco de respeto en estos momentos tan difíciles.

—Eso es lo que dices cuando te separas —repuso Edie—, no cuando anuncias que tienes una relación.

—Ah, perdón —dijo Josh—. Es que no me he leído todo el manual para celebridades, sólo la última página.

—¿Cómo acaba?

—Bueno, no lo voy a destripar, pero acaba mal.

—¿Alcohol y drogas?

—No, eso es ahora.

Edie y Tim se rieron. Edie miró otra vez a cámara.

—Por si hay menores viendo esto: lo decimos en broma.

Detrás de ella, Josh dijo moviendo los labios: «Mentira.»

El vídeo terminaba así.

Robin se quedó mirando la imagen congelada durante unos segundos: Josh Blay y su hermosa y amplia sonrisa, y Edie, radiante, apoyada en él, con aquellos relucientes ojos color ámbar... Y entonces, a pesar de todos sus esfuerzos, se tapó la cara con las manos y se puso a llorar.

SEGUNDA PARTE

Las arterias presentan una amplia ramificación en su
recorrido por todo el cuerpo
y terminan en unos vasos muy finos llamados «arteriolas»,
que a su vez se extienden
y forman una tupida red de vasos microscópicos
denominados «capilares».

HENRY GRAY FRS, *Anatomía de Gray*

15

¿Quién hablaba de maldad cuando unos pies jóvenes correteaban felices por el salón resonante?

FELICIA HEMANS, *Pauline*

Ya había transcurrido todo un mes desde que habían encontrado a Edie Ledwell muerta en el cementerio de Highgate, pero los periódicos no habían informado de la aparición de nuevas pistas. Robin, que revisaba las noticias con regularidad, sabía que Josh Blay continuaba hospitalizado, y que su estado ya no era crítico pese a seguir siendo grave. Aparte de eso, la información era escasa.

—Es posible que Blay no viera al atacante —especuló Robin en voz alta.

Era de noche y estaba con Strike en Sloane Square, adonde el detective acaba de llegar para relevarla en la vigilancia de Dedos Largos. Su objetivo, que vivía en el tercer piso de un gran edificio con un centro comercial en la planta baja, todavía no se había acercado a South Audley Street ni había dado señal alguna de intentar deshacerse del cofre ni de la escultura que habían desaparecido de la casa de su padrastro. A Robin le parecía absolutamente increíble que un joven que podía permitirse vivir en el centro de Belgravia hubiese sentido la necesidad de robarle a su padrastro, pero tras pasarse unos cuantos años investigando la vida de los ricos había aprendido que todas esas cosas eran relativas. Quizá para Dedos Largos aquello equivaliese a robar un billete de diez de la cartera de tu padre o de tu madre.

—Si a Blay le dispararon primero con la táser y luego lo atacaron por detrás, dudo mucho que pudiese ver nada —dijo Strike—. ¿Nuestro amigo todavía no ha salido de casa? —añadió, mirando hacia los balcones de Dedos Largos.

—No, pero anoche estuvo de juerga —explicó Robin—. Dice Barclay que no llegó a casa hasta las cuatro.

—¿Sabes algo de tu piso? —preguntó Strike mientras encendía un cigarrillo.

—Todavía no he conseguido decidir cuánto estoy dispuesta a pagar por él —dijo Robin, cuya primera oferta había sido rechazada —. Anoche fui a ver otro en Tower Hamlets. Era la clase de piso donde el doctor Crippen se habría sentido como en casa.

Tenía los pies congelados, así que poco después le dio las buenas

noches a Strike y lo dejó apoyado en el tronco de un árbol estratégicamente situado, con los dedos agarrotados por el frío mientras fumaba. Resignado a quedarse en Sloane Square hasta las dos de la madrugada, una hora a la que, por lo general, podía darse por hecho que el joven estaría durmiendo, Strike reflexionó brevemente sobre Robin y luego se puso a pensar en un par de dilemas personales que lo incordiaban.

El primero tenía relación con Madeline, que la tarde anterior lo había llamado para invitarlo a acompañarla a la presentación del libro de un conocido novelista amigo suyo. Strike habría podido fingir que esa noche tenía que trabajar, pero había decidido ser sincero y decirle que no quería ir a ningún sitio donde pudiesen hacerle fotografías que después saldrían en los periódicos.

Aunque no habían discutido, el detective comprendió por el tono de voz de Madeline que su negativa no le había sentado nada bien y, en la conversación posterior, había tenido que exponer en términos bastante tajantes lo que él consideraba las reglas del juego. Le explicó que no podía trabajar de detective privado y aparecer en las páginas de sociedad de *Tatler* bebiendo champán con los literatos de Londres.

—Ya saliste en *Tatler* —dijo Madeline—. Tu agencia figuraba en su lista de los «25 números que no sabías que necesitas».

Strike ignoraba ese detalle, aunque supuso que sería la causa del ligero incremento reciente de llamadas a la agencia con relación a la vigilancia de cónyuges adinerados.

—No puedo arriesgarme a que me reconozcan —repuso Strike.

—Pero tu fotografía ya ha aparecido en los periódicos.

—Siempre con barba y nunca porque yo quisiera.

—¿Y por qué no puedes venir a la presentación y decirles que no quieres que te hagan fotos?

—Prefiero asegurarme de que no me las harán no apareciendo en la clase de actos a los que la gente asiste para dejarse ver.

—Entonces, ¿qué hacías en Annabel's?

—Estaba trabajando —confesó Strike. Hasta ese momento no había admitido que la noche en que se habían conocido había mentido al respecto.

—¿Ah, sí? —preguntó Madeline sorprendida—. No fastidies. ¿A quién estabas investigando?

—Eso es confidencial. Mira, no puedo acompañarte a actos en los que haya periodistas. Sería la ruina para mi negocio. Lo siento, pero es lo que hay.

—Vale, no pasa nada —dijo ella, aunque su tono de voz delataba que estaba molesta.

La llamada de teléfono había dejado a Strike con una desagradable sensación de *déjà vu*. Su relación con Charlotte había

sido una prolongada batalla sobre qué tipo de vida en común querían llevar. Al final, no había habido forma de reconciliar la preferencia de Strike por una vocación que implicaba horarios de trabajo largos —y, por lo menos al principio, muy poco dinero— con el deseo de Charlotte de seguir disfrutando del ambiente en el que, al fin y al cabo, había crecido: un ambiente de comodidad, celebridad y riqueza.

Con la posible excepción de sus amigos Nick e Ilsa, Strike no conocía ninguna relación que no implicara pactos a los que él, personalmente, se habría resistido. Suponía que ése era el egoísmo del que Charlotte lo había acusado siempre.

Los autobuses nocturnos pasaban traqueteando y el humo del cigarrillo de Strike formaba una densa nube suspendida en el frío aire nocturno mientras el detective recordaba la ocasión en que, en Nightjar, Madeline le había dado la vuelta a su cámara para hacer una foto en la que salieran los dos, y él había sospechado por primera vez que, para ella, su valor periodístico constituía parte de su atractivo. Era un pensamiento desagradable y, como no iba a ganar nada con aquellas insatisfactorias conjeturas, se puso a pensar en su segundo dilema personal.

Su hermanastra Prudence, terapeuta jungiana e, igual que él, hija ilegítima de Jonny Rokeby, había vuelto a escribirle un correo electrónico preguntándole si estaba libre para tomar algo o cenar con ella en tres fechas concretas. Todavía no le había contestado, en gran parte porque aún no había decidido si quería quedar con ella.

Todo habría sido más fácil si hubiese estado decidido a no verla, pero desde que Prudence se había puesto en contacto con él, hacía ya un año, Strike se sentía extrañamente atraído hacia ella. ¿Sería porque llevaban la misma sangre en las venas, o porque compartían la condición de hijos no buscados, de ser «los ilegítimos», dos consecuencias inesperadas de la promiscuidad casi legendaria de Rokeby? ¿O tendría algo que ver con el hecho de cumplir cuarenta años? ¿Acaso quería, aunque no fuese de forma plenamente consciente, reconciliarse con un pasado tan doloroso como complicado?

Fuera como fuese, ¿tenía espacio para otra relación, para que alguien más reclamara su tiempo y su afecto? Strike estaba empezando a sentir cierta presión por la creciente necesidad de compartimentar su vida. Era un maestro en separar las diferentes partes de su existencia; de hecho, todas las mujeres con las que había mantenido una relación se habían quejado de la facilidad con que lo hacía. No le contaba prácticamente nada de su día a día a Madeline. Le estaba ocultando a Robin que salía con Madeline por razones que prefería no reconocer. También evitaba hablarle de Prudence a su hermanastra Lucy. La idea de intentar establecer una relación con

Prudence sin decírselo a Lucy —porque estaba seguro de que a ella no le gustaría; de que sentiría que, de alguna manera, la estaban sustituyendo— quizá añadiera un nivel de falsedad insostenible a una vida que ya estaba llena de secretos de otras personas, engaños profesionales y subterfugios.

Strike permaneció en la plaza hasta las dos; para entonces, ya se habían apagado todas las luces del piso de Dedos Largos, y, tras esperar media hora más para estar absolutamente seguro de que su objetivo no estaba a punto de salir, regresó a su ático y se metió en la cama con cierta sensación de agobio.

A la mañana siguiente tenía previsto ponerse al día con el trabajo de oficina, pero a las once el padrastro de Dedos Largos lo llamó furioso desde Nueva York. Su asistenta doméstica de Londres había encontrado una de las cámaras ocultas que había instalado la agencia.

—Tendrá que reemplazarla, y esta vez ponerla en un sitio donde no la encuentren —gruñó el multimillonario por teléfono.

Strike le aseguró que se encargaría personalmente de solucionarlo, colgó el teléfono y llamó a Barclay para saber dónde estaba Dedos Largos.

—Acaba de entrar en James Purdey & Sons.

—¿La tienda de armas? —preguntó Strike, que ya había salido a la recepción para coger su abrigo—. Está cerca de South Audley Street, ¿verdad?

—Sí, a un par de manzanas —contestó Barclay—. Está con un amigo suyo, ese marica engominado con barba.

—Vale, no lo pierdas de vista. Y avísame si crees que va para su casa —dijo Strike—. Acabo de comprometerme a reemplazar la cámara de inmediato.

—¿Y si entran con una escopeta y te encuentran allí?

—Eso no pasará, porque tú me avisarías, ¿no? A menos que tengas pensado tomarte el resto del día libre. Sea como sea, hay un gran salto entre el hurto menor y el homicidio —repuso Strike.

—Bueno, sus gustos no tienen nada de menores —dijo Barclay—. ¿No dijiste que esa cajita que robó está valorada en un cuarto de millón?

—Para esta gente, eso no significa gran cosa. Mantenme informado de sus movimientos.

Hacía un día frío y nublado. Cuando Strike llegó a Mayfair, Barclay ya le había enviado un mensaje diciéndole que Dedos Largos y su amigo habían salido de la armería y se alejaban de South Audley Street. El detective, que se había quedado sin cigarrillos y ya no tenía que preocuparse por si tropezaba con Dedos Largos, entró en una tienda de periódicos y se puso en la cola. Mientras pensaba cuál sería el mejor sitio en el que esconder la nueva cámara de seguridad para

que no la encontrase la asistenta, tardó un poco en darse cuenta de que estaba mirando fijamente las palabras «animadores apuñalados» en uno de los titulares de la portada del *Times* que estaba en el mostrador.

—Un paquete de B&H, una caja de cerillas y esto, por favor —dijo mostrando un ejemplar del periódico y poniéndoselo debajo del brazo.

Poco después, salió de la tienda. Su cliente había entregado a la agencia un juego de llaves de su casa. Strike miró hacia uno y otro lado de la calle antes de entrar, apagó la alarma y se adentró en el enorme y resonante espacio de mármol y dorados, con cuadros valorados en cientos de miles de libras colgados en las paredes y esculturas de un valor similar colocadas en pedestales ingeniosamente iluminados.

La cámara de seguridad que había descubierto la asistenta doméstica estaba escondida dentro de un libro falso de la estantería del salón. Tras sopesar sus opciones durante unos minutos, Strike colocó la nueva cámara encima de un armario alto que había en el otro lado de la habitación. Como estaba oculta en una cajita negra de plástico, confiaba en que, si la asistenta la descubría, pensaría que tenía algo que ver con internet o con la alarma.

Tras colocar la caja, Strike se preguntó, y no por primera vez, si la asistenta sería tan inocente como parecía. Su cliente había insistido en que ella no podía ser la ladrona, porque tenía unas referencias impecables y cobraba un salario generoso; además, los riesgos que implicaba robar objetos tan exclusivos y de tanto valor eran demasiado elevados para una mujer que todos los meses enviaba dinero a su familia de Filipinas. Por otro lado, aunque la asistenta había estado bajo vigilancia durante varias semanas sin saberlo, la cámara no había revelado nada sospechoso, más allá de mostrarla tomándose un descanso para ver *The Jeremy Kyle Show* en el enorme televisor de pantalla plana.

Aun así, y teniendo en cuenta que sus empleadores no iban a regresar hasta pasadas seis semanas como mínimo, a Strike le parecía asombrosamente escrupuloso que hubiese cogido los libros uno a uno para sacarles el polvo, que era como la mujer aseguraba haber encontrado la cámara.

Una vez escondida la nueva cámara, Strike activó de nuevo la alarma, salió de la casa y siguió por la misma calle hasta Richoux, un salón de té eduardiano con mesas en la acera donde podría fumar. Pidió un expreso doble, desplegó el *Times* y leyó la noticia que ocupaba casi por completo la primera plana.

DIPUTADAS Y FAMOSAS

EN EL PUNTO DE MIRA DE LA EXTREMA DERECHA

Según ha sabido *The Times*, en una operación conjunta del mando antiterrorista de Scotland Yard y las fuerzas de seguridad se ha descubierto a un grupo de extrema derecha que reivindica la autoría de varias muertes. Se cree que el grupo ha enviado explosivos a varias diputadas, y también ha reivindicado la muerte de la joven estrella y activista pro derechos de los animales Maya Satterthwaite (21), de la cantante y portavoz del cambio climático Gigi Cazenove (23) y de la animadora y creativa Edie Ledwell (30).

Según una fuente cercana a la investigación, el grupo de extrema derecha, que se autodenomina «The Halvening», «se ha inspirado en grupos terroristas paramilitares y religiosos». Se comunica con sus miembros a través de la red oscura, y está organizado en «células» que se responsabilizan de trabajos y objetivos concretos. Hasta el momento, The Halvening ha planeado y llevado a cabo una serie de actos violentos letales y potencialmente letales contra destacadas mujeres de izquierdas.

«Se trata de una organización sofisticada que no sólo ha planeado y llevado a cabo atentados directos contra políticas electas, sino que está utilizando las redes sociales para reclutar a miembros, difundir noticias falsas y alimentar la hostilidad hacia los objetivos», ha declarado una fuente.

The Times cree que el grupo terrorista tiene una lista de «acción directa» y otra de «acción indirecta». La lista de acción directa incluiría a diputadas de izquierdas como Amy Wittstock y Judith Marantz, cuyas sedes de distrito han recibido artefactos explosivos en los doce últimos meses. Agentes especializados desactivaron las bombas caseras sin que se produjeran víctimas. Se ha alertado a las personas que figuran en la lista de acción directa de The Halvening y se han reforzado las medidas de seguridad tanto en sus domicilios particulares como en sus oficinas.

Animadores apuñalados

El grupo terrorista afirma que su programa de acción indirecta ha sido el responsable de tres muertes, un intento de suicidio y un caso de lesiones graves. Entre las víctimas figuran Maya Satterthwaite, que murió como consecuencia de una sobredosis en abril de 2012; Gigi Cazenove, a la que encontraron ahorcada en la noche de fin de año de 2014, y Edie Ledwell, que murió apuñalada en el cementerio de Highgate el mes pasado. El cocreador de la famosa serie de animación

Un corazón tan negro y socio de Ledwell, Joshua Blay, también fue atacado y permanece ingresado en el hospital. La escritora de cómics Fayola Johnson sobrevivió a un intento de suicidio...

El móvil de Strike empezó a sonar. Se lo sacó del bolsillo y vio que era Madeline.

—Hola —dijo ella con una voz extremadamente tensa—. ¿Puedes hablar?

—Sí, estoy haciendo un descanso. ¿Qué pasa?

—¿Has visto el *Times*? Gigi Cazenove se... se...

—Sí, precisamente estaba leyéndolo. Es...

—¡Se suicidó por culpa de un puto grupo de trolls de ultraderecha! —exclamó Madeline, que estaba al borde de las lágrimas—. Es que... Es que... estoy flipando. Tenía veintitrés años, ¿qué amenaza podía suponer para un puñado de fascistas?

—Me temo que no vas a encontrar ninguna respuesta razonable a esa pregunta —dijo Strike—. Pero estoy de acuerdo, es horrible.

—No digo que fuésemos amigas íntimas —continuó Madeline—, pero era una chica encantadora. Siempre venía a la tienda a charlar un rato y... Lo siento, no puedo... No sé, el único delito que cometió fue hablar del puto cambio climático.

—Sí. Lo sé. Es...

—Mierda, Strike. Tengo que dejarte, tengo otra maldita reunión de abogados. ¿Hablamos luego?

—Sí, te llamo.

Madeline colgó, y Strike se guardó el teléfono en el bolsillo, cogió otra vez el periódico y siguió leyendo.

La escritora de cómics Fayola Johnson también ha estado en el punto de mira del grupo terrorista, pero sobrevivió a un intento de suicidio en octubre de 2013.

Con anterioridad a su fallecimiento, las tres mujeres fueron objeto de campañas de troleo en las redes sociales, presuntamente planeadas y coordinadas por The Halvening con objeto de obligar a sus objetivos a abandonar la vida pública o a suicidarse.

«Lo que estamos viendo son unas sofisticadas campañas de desinformación y acoso que, en parte, tienen por objetivo enemistar a los progresistas entre ellos», declaró la fuente de *The Times*. «Si bien en el pasado habíamos visto "troleos" a liberales en espacios como 4chan, este grupo terrorista está utilizando las redes sociales de forma más organizada y refinada para incitar al acoso y a campañas de intimidación.»

La cantante Gigi Cazenove fue objeto de continuos insultos en las redes después de que se filtraran unos correos electrónicos en los que

supuestamente había empleado un lenguaje racista para describir a una corista con la que había trabajado. Posteriormente, se descubrió que los mensajes eran falsos. En cuanto a Maya Satterthwaite, se la acusó de insultar, mediante el uso inadecuado de las marcas lingüísticas de género, a una popular mujer trans en unos mensajes de texto privados que también se filtraron en internet; por su parte, Edie Ledwell fue objeto de una prolongada campaña de desprestigio por múltiples presuntas transgresiones, sobre todo contra los discapacitados, y sobrevivió a un intento de suicidio en 2014 antes de ser mortalmente apuñalada el pasado mes de febrero.

Símbolos de odio

El nombre del grupo terrorista está tomado de un término propio del mundo de las criptomonedas, en el que un «halvening» se refiere a la deliberada reducción a la mitad de la cantidad de bitcoins que se pueden «minar».

«El propósito manifiesto de The Halvening consiste en reducir el número de los llamados “justicieros sociales” en la vida pública y rebajar el valor de tener opiniones progresistas», declaró la fuente de *The Times*.

La derecha utiliza de forma peyorativa el término «justiciero social» para describir a quienes defienden y difunden ideas socialmente progresistas, aunque muchos izquierdistas lo emplean con orgullo.

Mientras The Halvening…

A Strike volvió a sonarle el móvil. Se lo sacó con dificultad del bolsillo y vio el número de Lucy en la pantalla. Dudó antes de contestar, pero decidió que era mejor liquidar aquella conversación ahora, cuando podía hablar tranquilamente, en lugar de aplazarla y, más tarde, pagar un recargo de resentimiento.

—¿Stick?

—Hola, Luce. ¿Qué tal?

—Acabo de hablar con Ted. Lo he encontrado muy desanimado… —Ted era el tío de Strike, que había enviudado recientemente y a quien el detective siempre había considerado el sustituto de su padre—. Así que le he pedido que venga a pasar el fin de semana del diecisiete de abril con nosotros —dijo Lucy—. ¿Podrás venir?

—Pues… no tengo la lista de turnos delante —dijo Strike sin mentir—, pero…

—¡Stick, te estoy avisando con mucha antelación, todavía falta un mes!

—Pero lo intentaré —terminó Strike.

—Vale, ya te enviaré un mensaje para recordártelo —dijo Lucy—. Tiene muchas ganas de verte, Corm. No has vuelto a Cornualles desde Navidad...

Tras cinco minutos de intenso chantaje emocional, Lucy colgó el teléfono. Con el ceño fruncido, Strike volvió a guardarse el móvil en el bolsillo, volvió a desplegar el periódico y siguió leyendo.

Aunque toma su nombre del mundo de las criptomonedas, The Halvening también utiliza el lenguaje y la iconografía de la extrema derecha. Sus miembros adoptan pseudónimos extraídos de las runas nórdicas, seguidos del número 88. Según la Liga Antidifamación, el número 88 es un símbolo de odio que representa la octava letra del alfabeto repetida dos veces y significa «Heil Hitler».

Una amenaza cada vez mayor

Según el mi5, la principal amenaza terrorista del Reino Unido proviene de la extrema derecha.

«Tradicionalmente, la amenaza del neonazismo y de la ultraderecha proviene de "haters" individuales, lo que dificulta su identificación. Los grupos terroristas de extrema derecha tienden a ser poco duraderos.

»En cambio, The Halvening parece estar inusualmente bien organizado y es un grupo disciplinado. Ofrece una ideología unificada, con ingredientes tanto políticos como religiosos. Los movimientos que ofrecen una filosofía o un sistema de creencias coherente tienden a ser más cohesivos y eficaces a la hora de reclutar a nuevos miembros e inculcar un sentimiento de lealtad (*continúa en la página 4*).

Strike estaba buscando la página 4 cuando su móvil sonó por tercera vez.

—Mierda.

Volvió a sacarse el teléfono del bolsillo. Era una llamada desviada de su despacho.

—Cormoran Strike.

—Ah, sí —dijo una voz desconocida—. Hola. Me llamo Allan Yeoman. Soy el agente de Edie Ledwell, o mejor dicho... —carraspeó— lo era.

16

Debemos levantarnos e irnos:
el mundo es un lugar frío,
y oscuro y rodeado de misterio,
hostilidad y duda, pero debemos ir…

CHARLOTTE MEW, *La llamada*

Cuando Strike contestó la llamada de Allan Yeoman, Robin se encontraba a trece kilómetros de allí, en Walthamstow, fingiendo interés por una vidriera que representaba a Adán, desnudo y poniéndoles nombre a los animales. Sentado con los hombros encorvados tras una mata de hierba, señalaba un tigre mientras, a su lado, un ángel barbudo anotaba el nombre elegido en un libro. Dos aves tropicales asomaban por encima de la aureola del ángel. Adán, con la mirada perdida, parecía confuso.

Depredador y Patas estaban de pie y de espaldas a Robin en el otro extremo de la sala, comentando el simbolismo del pelícano en un dibujo de Edward Burne-Jones. Tal como temía la madre de Patas, en cuanto ella se había ido a Irak —adonde la habían enviado para informar de la destrucción por parte del Daesh del antiquísimo yacimiento arqueológico de Nimrud—, su hija había faltado al instituto, presuntamente por enfermedad. Diez minutos después de que los padres de su compañera de clase se marcharan al trabajo, Depredador había pasado a buscar a Patas para llevársela a pasar el día por ahí. Robin los había seguido en el BMW de Strike, porque ya había utilizado su viejo Land Rover para seguir a la muchacha. Le preocupaba que la pareja se dirigiese a un hotel, y se llevó una grata sorpresa cuando sus objetivos entraron en el aparcamiento de la galería William Morris.

Robin había obtenido mucha información sobre la relación de Patas y Depredador mientras iba de sala en sala detrás de ellos escuchando su conversación a hurtadillas. Por lo visto, Patas había mostrado un gran interés por el movimiento Arts & Crafts, y ahora intentaba demostrar que estaba a la altura de lo que Robin sospechaba que sólo había sido un comentario hecho al azar, mientras Depredador escuchaba sus ideas y sus opiniones con una seriedad halagadora. El beso en la mano que había visto Midge no se había repetido, aunque Depredador le había puesto una mano en la espalda a la joven al pasar

de una sala a otra de la galería, y también le había quitado algo invisible de la larga y rubia cabellera. Era obvio que Patas estaba enamorada hasta tal punto que le resultaba imposible ocultarlo, y Robin se imaginaba lo reconfortante que al cuarentón debían de resultarle las risas ahogadas de la adolescente ante cualquier comentario mínimamente ingenioso que él hiciera, su mirada embelesada mientras él hablaba sin parar de los prerrafaelitas y la facilidad con que se ruborizaba cada vez que él elogiaba sus conocimientos, que a Robin, un tanto escéptica, le parecían sacados apresuradamente de la Wikipedia.

Después de explicar el simbolismo cristiano del pelícano, que alimentaba a sus polluelos con su propia sangre, Depredador le preguntó a Patas si le apetecía un café, y tras demorarse un par de minutos más fingiendo que admiraba a Adán, Robin los siguió a la cafetería, un espacio de vidrio y ladrillo visto que daba a los jardines de la galería.

Acababa de pedir un cappuccino cuando le sonó el móvil.

—Hola —le dijo en voz baja a Strike—, espera un momento, voy a buscar un sitio donde sentarme.

Después de pagar el café, ocupó un asiento desde el que podía ver bien a Depredador y a Patas, y entonces volvió a acercarse el móvil a la oreja.

—Vale, ya está. ¿Qué ha pasado?

—Bastantes cosas —dijo Strike—. ¿Puedes hablar?

—Calculo que tengo como mínimo unos quince minutos… —dijo Robin mientras observaba a Patas riendo y echándose la melena atrás; todavía no había tocado el café.

—Supongo que no has visto el *Times* de hoy, ¿verdad?

—No. ¿Por qué?

Strike le hizo a Robin un resumen del artículo de la primera plana sobre The Halvening.

—Así que tenías razón —reconoció Robin—. Fue un atentado terrorista.

—No estoy tan seguro.

—Pero si…

—Ledwell figuraba en la lista de acción indirecta de ese grupo, The Halvening. Estaban tratando de acosarla con la suficiente insistencia como para que ella se quitara la vida. No planeaban asesinarla, y no parece que hasta ahora hayan apuñalado a nadie. Según el *Times*, su *modus operandi* favorito son las bombas caseras.

—Bueno —dijo Robin contemplando los amplios jardines de la galería—, quizá vieron una oportunidad y decidieron matarla en lugar de esperar a que lo hiciese ella misma, ¿no?

—Pero ¿por qué apuñalar a Blay? No se menciona que él figurase

en ninguna lista. Por lo visto, ese grupo sólo ataca a mujeres de izquierdas.

—A lo mejor no tenían planeado apuñalar a Blay. Tal vez se interpuso entre Ledwell y su atacante. Tal vez intentó defenderla.

—Sigo pensando que, si lo que querían era matarla, habría sido más lógico hacerlo cuando estuviera sola. Atacar a dos personas implica la posibilidad de que una de ellas logre escapar o dar la alarma. Aunque claro —añadió Strike—, no sabemos cuántos atacantes había. No hay nada que indique que fuese sólo uno.

—Quizá no supieran que Blay iba a estar allí hasta que llegaron. Y por cierto, ¿cómo sabía el agresor que Ledwell iba a ir al cementerio aquella tarde?

—Es una buena pregunta —señaló Strike—. Y a lo mejor lo averiguamos, si te apuntas, claro. Acabo de hablar con el agente de Edie Ledwell, Allan Yeoman.

—¿En serio? —dijo Robin, que acababa de experimentar uno de aquellos subidones de emoción con que la recompensaba su trabajo, y que solían ser el resultado de un descubrimiento inesperado o de la súbita apertura de un nuevo panorama.

—Sí. Me ha propuesto quedar con él. Bueno, no sólo con él. También estarán un tal Richard Elgar, el director de Maverick Films en el Reino Unido, y los tíos de Edie. Nos invita a comer en el Arts Club de Dover Street la semana que viene. Quiere saber si estamos a la altura para averiguar quién es Anomia.

—Pero... todavía tenemos demasiados casos... Estamos desbordados... —se lamentó Robin.

—No tan desbordados como hace un tiempo. Acaba de llamar Dev: ya se ha ocupado del tipo de la patente pendiente. Ha encontrado a la informante de su oficina; ha conseguido fotografías de la mujer con el director de una empresa rival.

—Qué rápido —dijo Robin impresionada, antes de volver al tema principal—. Pero ¿por qué el agente de Edie Ledwell quiere saber ahora quién es Anomia?

—Yeoman dice que prefiere contárnoslo en persona, pero supongo que Anomia sigue incordiándolos.

—¿Le has dicho a Yeoman que no nos dedicamos a la ciberinvestigación?

—Sí, pero por lo visto él no cree que eso suponga ningún problema. Me imagino que, si comemos con él, averiguaremos por qué. En fin, supongo que preferirás investigar a ese tal Anomia que a la mujer florero de turno que intenta sacar más pasta de su acuerdo de divorcio, ¿no?

—Por supuesto —dijo Robin.

—Claro, yo también. Llamaré a Yeoman y le diré que podemos

quedar el martes que viene. Feliz caza del baboso.

Colgó el teléfono, y Robin, aunque emocionada por la perspectiva del nuevo caso, volvió a concentrarse en Depredador y Patas, que ahora, nariz con nariz, se decían cosas en voz baja.

17

¿Es estúpido decirlo
sin haber pasado ni un solo día contigo?
No importa; nunca tocaré tu pelo
ni oiré el débil latido de tu corazón…

CHARLOTTE MEW, *Camino del mar*

Chat interno entre dos moderadores de *El juego de Drek*, Traslúcida y Morehouse

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**13 marzo 2015 14:31**>;

<**Traslúcida invita a Morehouse**>;

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Traslúcida: Llevo horas esperando a que aparezcas! Dónde estabas?

Morehouse: Hablando con Anomia

Traslúcida: Has visto las noticias?

Morehouse: Lo de The Halvening? sí

>;

Traslúcida: y?

Morehouse: y qué?

>;

>;

>;

Traslúcida: Estás enfadado conmigo o algo?

Morehouse: Por qué iba a estarlo?

>;

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: Morehouse, cuéntame

Morehouse: Todavía tienes esa ‘prueba’ que te dieron LordDrek y Vilepechora de que Anomia era Ledwell?

Traslúcida: Sí, por qué?

Morehouse: Por qué va a ser?

>;

>;

Traslúcida: Crees que LordDrek y Vilepechora son de The Halvening?

Morehouse: mira el modus operandi de the Halvening en el Times. Es exactamente lo que LordDrek y Vile os hicieron a vosotros

Morehouse: se inventaron una narrativa falsa para poneros contra Ledwell

Traslúcida: ellos no empezaron el rumor de que ella era Anomia

Traslúcida: montones de fans creían que podría serlo

Morehouse: como quién?

Traslúcida: no me sé sus nombres de memoria, pero estaba todo en el dosier

Morehouse: cuentas de usuario títere

Morehouse: diseñadas para incitar a la gente a acosarla

Traslúcida: yo nunca la he acosado

Morehouse: yo no he dicho que la hayas acosado

Traslúcida: Cora cree que fue un ataque fortuito

Morehouse: ya, claro

Traslúcida: Qué quieres decir?

Morehouse: así se va de rositas. Ha hablado con la policía?

Traslúcida: creo que sí

Morehouse: les ha contado de dónde sacó el dosier?

Traslúcida: no lo sé

Morehouse: pues si Cora no lo ha hecho creo que alguno de vosotros tiene que llevarle ese dosier a la policía

>;

>;

>;

Traslúcida: Morehouse, había un tío un año mayor que yo que retuiteó el tuit de un americano de ultraderecha y lo echaron de la uni

Traslúcida: nunca he pensado que Ledwell fuese Anomia, nunca he pedido ese dosier, nunca le he deseado ningún mal a Anomia, pero eso a la prensa no le va a importar

Traslúcida: irán a por todos nosotros si creen que estamos liados con la ultraderecha e implicados en un asesinato

Traslúcida: y cómo crees que le sentaría eso a C********?

Morehouse: hablas igual que Anomia

Traslúcida: qué quieres decir?

Morehouse: ignoramos el hecho de que tenemos a neonazis infiltrados y ya está, no?

Traslúcida: no, si se demuestra que eso es lo que son LordDrek y Vile, evidentemente Anomia debería echarlos

Traslúcida: pero explícame qué relación puede tener ese dosier con el hecho de que hayan apuñalado a Ledwell y a Blay

Morehouse: es la razón por la que quedaron, no? por eso fueron al cementerio

Morehouse: LordDrek y Vilepechora crearon la situación que tuvo como resultado dos apuñalamientos

Morehouse: The Halvening quería verla muerta, y está muerta

Traslúcida: y si realmente creían que era Anomia?

Morehouse: dudo que lo creyesen y tú también has dicho que lo dudabas

Morehouse: y si TÚ adivinaste dónde iban a quedar, cualquiera habría podido adivinarlo

Traslúcida: gracias, tan estúpida soy?

Morehouse: joder, no quería decir eso, pareces Gusano28

Morehouse: lo que digo es que alguien podría haberlo adivinado y haber estado al acecho, y haber aprovechado la oportunidad para apuñalarlos. O Cora habría podido contarles a LordDrek y a Vile por un canal privado dónde habían quedado.

>;

>;

>;

Traslúcida: Mi madre está enferma, paso de que tenga que soportar un montón de mierda de la prensa y la policía. Yo no he hecho nada malo

Morehouse: No me habías dicho que tu madre estaba enferma

Traslúcida: no pensé que te importara

Morehouse: claro que me importa, por qué dices eso?

>;

>;

>;

Morehouse: Traslúcida?

Traslúcida: U8N xetubg

>;

Traslúcida: mierda

Traslúcida: estoy llorando, no veo bien

Morehouse: qué le pasa a tu madre?

Traslúcida: no quiero hablar de eso

Traslúcida: si hablo, es que es real

Morehouse: cuéntamelo

Traslúcida: por qué?

Morehouse: ya lo sabes

Morehouse: porque me importas

Traslúcida: mentira, sólo juegas conmigo

Traslúcida: me pides desnudos, pero tú no me mandas nada

Traslúcida: vas de tío sensible

Traslúcida: a cuántas chicas más tienes engañadas?

Morehouse: pero... qué coño dices? A ninguna

Morehouse: yo nunca te pedí esas fotos

Traslúcida: ya, soy una puta, no?

Morehouse: joder, yo he dicho eso?

Traslúcida: ahora estoy llorando en medio de la puta biblioteca

Morehouse: no llores

Morehouse: nunca he querido hacerte daño

Morehouse: cuéntame lo que le pasa a tu madre

>;

>;

Traslúcida: se encontró un bulto

Traslúcida: ayer por la noche llegaron los resultados de la biopsia

Traslúcida: es maligno

Morehouse: hostia puta

Morehouse: lo siento mucho

Traslúcida: no puedo más, de verdad

Traslúcida: crees que no soy lo bastante buena para ti?

Morehouse:?????

Traslúcida: ya sabes quién soy, estoy segura. Por aquel comentario sobre los 600 km

Traslúcida: si te hubiese gustado lo que viste, habrías intentado quedar conmigo

Morehouse: no es tan sencillo

Traslúcida: está claro que no sientes por mí lo mismo que yo siento por ti

Morehouse: eso no es verdad

Traslúcida: no puedo con todo, no puedo seguir haciendo esto, y encima con mi madre enferma

Traslúcida: me voy a quitar El juego de Drek del teléfono

Morehouse: no, no lo hagas

Morehouse: por favor

Traslúcida: por qué?

>;

Morehouse: mira, es una locura tener unos sentimientos tan fuertes por alguien a quien no conozco, pero los tengo

Morehouse: pienso en ti todo el día

>;

Traslúcida: te costará creerlo, pero tengo otras ofertas, sabes?

Morehouse: no me cuesta nada creerlo

Traslúcida:Traslúcida: pues demuéstrame que te importo, mándame una foto tuya

>;

>;

>;

Morehouse: no puedo

>;

<**Traslúcida ha dejado el canal**>;

18

Contaminante pozo de negrura,
lleno de halagos e insultos.
¡Ay, cuánto daño has causado
con lo que sólo era una idea sutil,
cuántos comienzos y finales,
amigos unidos y separados!

MARY ELIZABETH COLERIDGE,
El contenido de un tintero

El martes siguiente, Strike y Robin compartieron un taxi para ir de la oficina al Arts Club. Ella no le comentó nada al respecto, pero se fijó en que él llevaba el mismo traje italiano que se había puesto el día de su cumpleaños para ir al Ritz. Robin había escogido un traje pantalón negro, elegante pero discreto. Mientras iban hacia Mayfair, Strike apagó el intercomunicador de los pasajeros y se volvió hacia Robin.

—Lo he estado pensando y no podemos decirles quién creía Edie que era Anomia. No sería justo difundir esa acusación, porque Edie podría haber estado equivocada.

—Sí, ya lo sé —dijo Robin—. Pero sería interesante saber si ellos piensan lo mismo.

—Ayer busqué a Montgomery en internet —comentó Strike, que, a diferencia de Robin, había tenido fiesta el lunes—. Lo encontré en LinkedIn y en Instagram. Su despacho está a sólo diez minutos a pie de nuestra oficina, en una empresa de efectos digitales de Fitzrovia. Vive en Ladbroke Grove con su novia. Su página de Instagram está llena de fotografías de los dos con sus amigos hípsters.

Robin miró de reojo a Strike.

—No crees que sea él —afirmó más que preguntó.

—Bueno, si es él, debe de tener un jefe muy tolerante al que no le importa que esté todo el santo día tuiteando. Anoche eché un vistazo a la cuenta de Anomia: se pasa horas en Twitter. A lo mejor sólo es un cliché, pero cuando te imaginas a un troll de internet, tiendes a dar por hecho que su vida deja mucho que desear. Y, por lo que he visto, Montgomery vive bastante bien.

El Arts Club estaba a sólo diez minutos de la casa de South Audley Street del multimillonario ruso-americano, y Robin había

previsto que sería un sitio elegante, pero aun así le sorprendió su majestuosidad. Desde los camareros con chaqueta blanca hasta los suelos de mármol, pasando por el mostrador de ostras y las lujosas y modernas lámparas de araña, no tenía nada que envidiar al Ritz. Edie Ledwell, con su desaliño y sus manchas de tinta, habría llamado mucho la atención en un sitio como aquél; de hecho, la clientela consistía exclusivamente en hombres de mediana edad trajeados y de aspecto adinerado. El atuendo de Robin era casi idéntico al que llevaba la atractiva joven que los recibió en la puerta y los acompañó al piso de arriba, donde estaba el comedor privado en el que, según dijo ella, los estaba esperando el resto del grupo.

La habitación, bastante pequeña, recordaba a un fumadero de opio, con sus paredes rojo oscuro, sus biombos de madera tallada con cierto aire oriental y su tenue iluminación. Las cuatro personas que estaban esperándolos todavía no se habían sentado. Todos se dieron la vuelta y se callaron cuando Strike y Robin entraron en la estancia.

—Ajá —dijo sonriendo el hombre con gafas y de cutis sonrosado que estaba más cerca de la puerta. Parecía más joven de lo que su pelo canoso y alborotado habría podido sugerir, y se diría que llevaba aquel traje ligeramente holgado más por comodidad que por estilo—. El señor Strike y la señorita Ellacott, ¿verdad? ¿Qué tal están? Soy Allan Yeoman.

Les estrechó la mano y, a continuación, les presentó al pulcro hombre de unos cuarenta años que estaba a su lado, cuya corbata era del mismo color plateado que las cortinas del dormitorio de Madeline. A diferencia de Yeoman, llevaba el pelo, castaño oscuro, muy bien peinado y era evidente que había escogido su traje, de buena hechura, por razones de estilo.

—Les presento a Richard Elgar, director ejecutivo de Maverick Films en el Reino Unido.

—Hola —dijo Elgar, con un acento que revelaba su origen estadounidense. Cuando se estrecharon la mano, sus gemelos de ónice y acero lanzaron un destello—. Encantado de conocerlos. Hace un par de años ustedes ayudaron a una amiga mía a resolver un asunto personal.

Mencionó el nombre de una clienta que se había divorciado de un multimillonario mujeriego.

—Él es Grant Ledwell —presentó Yeoman señalando a un hombre de cejas muy pobladas cuya prominente mandíbula inferior le confería un cierto parecido con un bulldog. Grant tenía el pelo tupido y cortado a cepillo; llevaba un traje cruzado azul y una camisa abotonada hasta el cuello—. El tío de Edie, como ya saben.

La fuerte mandíbula y las pobladas cejas de Grant no justificaban del todo el aire ligeramente belicoso que proyectaba.

—Lo acompaño en el sentimiento —dijo Strike al estrecharle la mano, y Grant emitió un sonido ambiguo y subterráneo con la garganta.

—Y ella es su esposa, Heather —concluyó Yeoman.

Heather, que estaba embarazada, aparentaba como mínimo diez años menos que su marido. Pese a no ser especialmente guapa, transmitía una impresión general de lustrosa fecundidad, con su cutis color crema y su pelo castaño largo y reluciente. Llevaba un vestido cruzado morado, ceñido y con escote, que revelaba como mínimo la mitad de sus orondos senos. Robin se fijó en el empeño de Strike en mirar a Heather a los ojos mientras le estrechaba la mano.

—He leído todo lo que se ha publicado sobre usted —le dijo Heather a Strike con una gran sonrisa—. Impresionante.

—¿Nos sentamos? —propuso Allan Yeoman.

Los seis ocuparon sus asientos alrededor de una mesa redonda, y Robin se preguntó si alguien más se habría dado cuenta de que aquello parecía una sesión de espiritismo, con un círculo de luz sobre la mesa y los rincones de la habitación en penumbra. Cuando Heather acercó su silla a la mesa, una de las relucientes lámparas iluminó sus pechos, que semejaban dos crecientes de luna; el camarero que acababa de entrar para ofrecerles las cartas se quedó unos segundos mirándola, totalmente hechizado.

Elgar les hizo algunos comentarios sobre el Arts Club, del que era miembro, hasta que el camarero salió y cerró la puerta dejando al grupo a solas.

—Bien —dijo Yeoman volviéndose hacia Strike y Robin—, nos alegramos mucho de que hayan accedido a reunirse con nosotros.

—Estamos encantados de estar aquí —dijo Strike.

—Y sé que Edie también se alegraría de vernos reunidos —continuó Yeoman con gesto sombrío—. Como podrán imaginar, esto ha sido un golpe terrible para todos, y para Grant y Heather, una tragedia personal, por supuesto.

—¿Cómo avanza la investigación policial? —le preguntó Strike a Grant.

—Llevamos una semana sin novedades —contestó el tío de Edie, cuya voz semejaba un gruñido—, pero por lo visto están convencidos de que fue alguien de ese grupo de extrema derecha, Halving, o algo así creo que se llama.

—¿Ya tienen una descripción del atacante? —preguntó Strike.

—No —respondió Grant—. Blay dice que lo golpearon en la espalda con la táser. Dice que se cayó de bruces, que lo apuñalaron cuando estaba en el suelo y que lo único que vio fueron unas zapatillas de deporte negras que se alejaban corriendo.

—¿Hay alguna duda sobre su versión? —preguntó Strike, al notar

que la voz de Grant contenía una pizca de escepticismo.

—Bueno, en internet la gente dice que fue él quien apuñaló a Edie —intervino Heather antes de que Grant pudiese contestar—. ¿No es así, Grub? Y seamos realistas, todo esto habrá beneficiado mucho a Blay. Se ha quedado él solo a cargo de todo, ¿verdad?

—No —dijo Grant escuetamente—. Ya nos encargaremos nosotros de eso.

Hubo una pausa un tanto incómoda.

—Los periódicos señalaban que lo habían apuñalado en el cuello —dijo Strike.

—Así es —confirmó Yeoman, antes de que Grant pudiese contestar—. Según tengo entendido, lo salvó el cuello de la chaqueta de cuero. Si el cuchillo se le hubiese clavado un poco más… Creo que fue cuestión de milímetros. Aun así, tiene una lesión medular importante y está parcialmente paralizado.

—Edie y él se habían peleado… —empezó Grant, pero justo en ese momento entraron dos camareros con sendas botellas de agua y un surtido de bocadillos, y no terminó la frase. Nadie había pedido bebidas alcohólicas. Cuando el camarero que servía el agua les preguntó si habían decidido lo que querían comer, Heather soltó una risita.

—¡Ay, yo todavía no he escogido! —Abrió la carta y se puso a leer.

Cuando hubo pedido, se dio la vuelta hacia Robin y, frotándose el vientre, dijo:

—¡Estoy segura de que esta vez es un chico! ¡Con las niñas no tenía tanta hambre!

—¿Para cuándo es? —preguntó Robin educadamente.

—Para junio. ¿Tú tienes hijos?

—No —dijo Robin con una sonrisa.

—La verdad es que éste no lo habíamos planeado —dijo Heather en voz baja—. Pero es que yo me quedo embarazada sólo con que me miren. Quién sabe, a lo mejor puedo permitirme un poco de ayuda, si…

Se interrumpió y tomó un sorbo de agua, y Robin se preguntó cuánto esperaban ganar Grant y Heather con su inesperada herencia.

Los camareros les tomaron nota y volvieron a salir. Una vez cerrada la puerta, Yeoman tomó la palabra de nuevo:

—Bien, como le expliqué por teléfono, queremos pedirles que realicen una investigación. Nosotros —se señaló y señaló a Elgar-seríamos sus clientes y cubriríamos los gastos, pero hemos creído necesario que Grant también estuviese presente aquí hoy, como familiar más cercano de Edie. Richard, ¿quieres…?

—Gracias, Allan —dijo el estadounidense—. Les pondré en

antecedentes —añadió juntando las yemas de los dedos, de uñas impecables—: cuando murió Edie, Josh y ella estaban a punto de cerrar un trato para hacer una película con nosotros. Josh ya había firmado, y Edie iba a hacerlo en el despacho de Allan la mañana después del ataque… Hace unos días, sin embargo, Josh nos envió un mensaje a través de su agente diciendo que no quería seguir adelante con la película a menos que encontrásemos alguna manera de hacer callar a Anomia.

—Entonces, ¿usted no es el agente de Josh? —le preguntó Strike a Yeoman—. ¿Sólo lo es de Edie?

—Correcto —dijo Yeoman—. A Josh lo representa Katya Upcott. Luego hablaremos de ella.

—Bueno, Josh ya ha firmado el contrato —intervino Elgar—, de modo que legalmente no puede impedir que se haga la película. Pero, como es lógico, nadie quiere ir en contra de sus deseos, teniendo en cuenta lo ocurrido.

—Evidentemente, lo mejor para Josh es que se haga la película —añadió Yeoman—. Si su parálisis no remite, es poco probable que pueda volver a dedicarse a la animación. No viene de una familia adinerada. Queremos que deje de preocuparse por Anomia para que pueda centrarse en su recuperación. Se siente culpable por haber acusado a Edie de ser Anomia. Según Katya, eso lo está torturando.

—Hombre, es que imagínate haberla acusado de eso —lo interrumpió Heather indignada—. ¡Como si la gente fuese por ahí contando sus asuntos personales en internet! Ahora nosotros estamos pasando por lo mismo que ella, ¿verdad, Grub? —Le lanzó una ojeada a su marido—. ¡Nada más fallecer Edie, ese tal Anomia empezó a poner datos privados míos y de Grant en Twitter!

—¿Ah, sí? —Strike sacó su bloc de notas—. ¿Le importa que tomemos notas?

—No, claro que no —dijo Heather, que parecía entusiasmada con esa idea—. Se equivocó en varias cosas. Dijo que Grant estaba en Arabia Saudí, no en Omán, y que yo era la secretaria de Grant, cuando en realidad era la asistente personal de otra persona, y también dijo que Grant y yo habíamos tenido una aventura cuando él todavía estaba casado, pero su primer matrimonio…

—Ya estaba acabado —dijo Grant, en voz más alta de lo que habría sido necesario.

—¡Lleva un mes incordiándonos sin parar porque ahora Grant puede decidir sobre el futuro de los dibujos animados! —continuó Heather—. Hay un montón de presuntos fans que entran en nuestra página de Facebook y escriben cosas terribles. Si quiere, puedo darle los nombres.

—Gracias, eso sería muy útil —dijo Strike sin demasiada

sinceridad—. Es curioso que Anomia conozca detalles privados suyos y no sólo de Edie. ¿Podría haberlos sacado de internet? ¿De su página de Facebook, por ejemplo? ¿O sabe cosas que no son de dominio público?

Grant y Heather se miraron.

—Supongo que algunas están en nuestra página de Facebook —indicó Heather, como si no se le hubiera ocurrido antes—. Pero sabía que Laura tiene lupus. No sé de dónde puede haberlo sacado. ¿Y tú, Grub?

—Laura es mi ex mujer —explicó Grant—. No, no tengo ni idea de cómo ha podido saber eso. Yo estaba en Omán cuando murió la madre de Edie, mi hermana pequeña —continuó, y Strike sospechó que a continuación iban a oír un discurso preparado—. Por entonces yo estaba soltero y trabajaba más horas que un reloj: de ningún modo habría podido hacerme cargo de una niña pequeña. Cuando conocí a mi primera mujer, Edie ya vivía con una buena familia de acogida. Trastocar su vida y sus estudios para llevarla al extranjero no le habría hecho ningún bien. Luego, cuando regresamos a Londres, Laura se puso enferma. A duras penas podía ocuparse de Rachel, nuestra hija. Bueno... yo me mantenía al corriente de cómo le iban las cosas a Edie —dio una agresiva sacudida con la barbilla—, pero, dada mi situación personal, habría sido imposible que viniese a vivir con nosotros.

—Y después empezó a tomar todo tipo de drogas —dijo Heather—, ¿no es así, Grub? No habría sido una buena influencia para nuestros hijos.

Elgar, que había mantenido una expresión de ligero interés desde que la conversación había tomado aquel derrotero, volvió ahora a lo que, para él, claramente era el motivo principal de la reunión.

—Como ha dicho Allan, todos queremos lo mejor para Josh, pero también tenemos sólidos motivos comerciales para cerrarle la boca a Anomia. Anomia está en contra de nuestra película y está agitando al fandom contra ella. Es conocido por crear animosidad hacia cualquier cambio de la franquicia que él no apruebe. Tiene un historial consolidado en ese sentido.

Yeoman, que estaba comiéndose un bocadillo y tenía la boca llena, asintió con firmeza.

—Cuando el programa pasó a Netflix —dijo finalmente—, Anomia organizó una auténtica campaña de odio contra los actores de doblaje y los animadores. Un par de personas dimitieron por culpa del acoso que Anomia estaba incitando contra ellas en las redes sociales. Por lo que respecta a la marca en general, *Un corazón tan negro* está empezando a ser casi tan famoso por la agresividad de su fandom como por los propios dibujos animados. Nadie quiere que la marca se convierta en sinónimo de toxicidad en línea, pero me temo que es allí

hacia donde vamos, a menos que cambie algo.

—Y es una pena —dijo Elgar—, porque tenemos puestas grandes esperanzas en la adaptación al cine. Estamos planeando mezclar imágenes reales con imágenes generadas por ordenador. Una historia de amor gótica mezclada con una comedia tétrica, llena de personajes divertidos y atractivos.

Robin pensó que la última frase parecía extraída directamente de una nota de prensa.

—Supongo que, si se cerrara el trato para hacer la película, Maverick también obtendría los derechos para producir videojuegos, ¿no es así? —preguntó Robin.

—Ha dado usted en el clavo, señorita Ellacott —dijo Elgar con una sonrisa socarrona—. El juego de Anomia tendrá mucha competencia cuando nosotros obtengamos los derechos para producir videojuegos. Creemos que ésa es la razón principal por la que está decidido a impedir que los dibujos animados se conviertan en película.

—¿Alguno de ustedes sabe de dónde sacó Blay la idea de que Edie era Anomia? —preguntó Strike.

Yeoman suspiró.

—Alguien le llevó un dosier de presuntas pruebas. Todavía no he podido hablar con Josh, así que no sé nada más, pero... Bueno, consume mucho cannabis y alcohol. Hacia el final, su relación con Edie estaba muy deteriorada; había mucho resentimiento, paranoia y acritud. No creo que costara mucho convencerlo de que Edie no tenía buenas intenciones.

—Su agencia rechazó a Edie porque ustedes no se dedican a la ciberinvestigación, ¿verdad? —le preguntó Elgar a Robin.

—Sí, y porque en ese momento teníamos la lista de clientes llena —explicó ella.

—Bien, pues no sé si saben que las partes interesadas representadas en esta mesa seguramente han agotado la vía de la ciberinvestigación —dijo Elgar.

—¿Ah, sí? —preguntó Strike.

—Sí. De hecho, estábamos actuando cada uno por nuestra cuenta —intervino Yeoman—, y hasta que no falleció Edie no pusimos la información en común. Grant...

—Sí, desde hace unas semanas un buen amigo mío ha estado investigando lo de Anomia —dijo Grant, dando otra fuerte sacudida con la barbilla—. Len dirige una empresa de ciberseguridad. Nos conocimos en Omán, y él asegura que la seguridad con que está protegido el juego de Anomia es de primerísima categoría. No ha conseguido averiguar absolutamente nada de quién está detrás de él.

—Me gustaría aclarar una cosa —terció Robin—. La creación de este juego es obra de dos personas, no sólo de Anomia, ¿no es cierto?

—Así es —contestó Yeoman—. El otro se hace llamar Morehouse y…

—Son la misma persona —dijo Heather con total seguridad—. Lo he estado viendo por internet. Son la misma persona.

—Bueno, podría ser. No lo sé —repuso Yeoman con diplomacia—. Suponiendo que sea una persona real, Morehouse mantiene un perfil muy bajo. No tuitea mucho y, que yo sepa, nunca acosó a Edie. Quien realmente tiene el poder entre el fandom es Anomia, y es a él a quien se le atribuye la autoría del juego.

—¿Y ustedes dos también han intentado investigar a Anomia en la red? —dijo Strike mirando a Yeoman y a Elgar.

—Sí —confirmó Elgar—. Nos estábamos acercando al momento de cerrar el trato, y la negatividad proveniente del fandom empezaba a preocuparnos. Anomia estaba publicando una combinación particularmente perniciosa de hechos reales y ficticios.

—¿Sabía cosas que no debería haber sabido? —preguntó Robin.

—Así es —dijo Elgar—. Pequeños detalles, nada importante, pero suficiente para que me preguntase si Anomia no estaría en nuestro propio estudio. Fui a una empresa de ciberinvestigación con la que habíamos trabajado en el pasado para investigar una filtración de nuestro estudio. Y tuvieron tan poco éxito como la persona con la que contactó Grant. Anomia y Morehouse han sabido protegerse y proteger su juego. De hecho, dudamos que sean aficionados, por mucho que finjan serlo en las redes sociales. Pero al menos pudimos comprobar que Anomia no tuiteaba desde dentro de la empresa.

—Anomia y Morehouse afirman ser dos fans normales y corrientes, ¿verdad? —quiso saber Robin.

—Exacto. Se supone que son jóvenes, aunque, que yo sepa, nunca han declarado su edad de forma explícita —dijo Yeoman—. Y todos dan por hecho que son varones, pero obviamente no tenemos ni idea de si lo son o no.

Strike se volvió hacia el agente.

—¿Usted también intentó averiguar quién era Anomia, Allan?

—Sí. No se lo dije a Edie, no quería que abrigase demasiadas esperanzas. Llevaba tiempo aconsejándole que ignorara a Anomia. Edie habló varias veces con él por Twitter, y eso no ayudó. De hecho, empeoró las cosas. Pero una cosa es aconsejarle a un cliente que ignore las redes sociales, y otra es obligarlo a hacerlo. De modo que sí, hace seis meses le pedí a alguien de mi agencia que hiciese lo que pudiera. Benjamin se encarga de nuestra ciberseguridad, es un auténtico crack. Analizó cómo estaba alojado el juego de Anomia e incluso… que quede entre nosotros… intentó burlar su seguridad, entrar en la cuenta del administrador y colarse en el canal del moderador, pero no lo consiguió. Como dice Grant, el que inventó ese

juego es muy inteligente.

La puerta volvió a abrirse y entraron los camareros con la comida. Strike, Yeoman y Grant habían pedido la ternera Wagyu; Elgar y Robin, ensaladas, mientras que Heather había elegido el risotto.

—Qué buena pinta tiene todo —comentó Heather sonriendo, y Robin, que llevaba rato luchando contra la antipatía que sentía por ella, dejó de resistirse. Estaban en aquel club tan elegante, comiendo una comida deliciosa, por culpa del brutal asesinato de la sobrina política de Heather. Aunque Heather apenas la había tratado, como por lo visto era el caso, tanto su franco deleite con aquella comida de lujo como las miradas que no paraba de lanzarle a Strike le parecían completamente inapropiados y de mal gusto.

Cuando salieron los camareros y se cerró la puerta, Robin preguntó:

—¿Alguien ha intentado alguna vez ponerse en contacto con Anomia? ¿Razonar con él, organizar una reunión privada?

—Sí, la propia Edie —dijo Yeoman cortando la carne enérgicamente—. Le dijo a Anomia por Twitter que quería conocerlo en persona. Pero él nunca contestó.

—¿No se podía hacer nada con las leyes de *copyright*? —planteó Strike—. ¿Qué dice la ley respecto a que el juego de Anomia utilice todos los personajes de Ledwell y Blay?

—Es una zona gris —explicó Yeoman con la boca llena de carne —. Se podría argumentar violación de derechos, pero como a los fans les gustaba y nadie ganaba dinero con él, pensamos que era más prudente no ser demasiado estrictos. Si Anomia hubiese empezado a obtener beneficios gracias al juego, entonces sí, se habría producido una violación de los derechos de autor. Supusimos que los fans acabarían cansándose de él, y que entonces Anomia perdería influencia, pero eso no ha sucedido.

—En circunstancias normales —intervino Elgar— habríamos intentado ficharlo como influencer, ya saben, un superfán con muchos seguidores en la comunidad. Le habríamos ofrecido entradas para preestrenos, reuniones privadas con los guionistas y los actores y ese tipo de cosas. Pero en este caso no habría sido posible, aunque hubiésemos querido ser generosos. Anomia parece valorar mucho su anonimato, lo que en mi opinión indica que sabe que le perjudicaría que se revelara su identidad.

—Ya me imagino que ésta es una pregunta incómoda —dijo Strike dirigiéndose a Grant—, pero, dado que Anomia parece tener mucha información privada, sin duda habrá pensado en algún momento que podría ser un miembro de la familia, ¿no es así?

—No, no es nadie de la familia —contestó de inmediato el tío de Edie.

—De hecho, ninguno de los miembros de la familia la conocía bien —dijo Heather—. Tú, por ejemplo, la conocías muy poco, ¿verdad, Grub?

—Yo siempre estaba de viaje en el extranjero —repitió Grant fulminando con la mirada a Strike—, y mi ex mujer estaba enferma. Mis padres están muertos, igual que los padres de Edie. Los únicos familiares que quedan son mis hijos, que ni siquiera llegaron a conocerla. No, definitivamente no es nadie de la familia.

—Hice discretas indagaciones en la agencia —dijo Yeoman—, porque, como es lógico, se me ocurrió que podíamos tener a Anomia en nuestra propia casa. Pero, por lo que pude averiguar, allí nadie se había tomado ni un café con Edie fuera del trabajo. Y sí, alguien habría podido estar al corriente de todo lo que tenía que ver con los dibujos animados, pero es imposible que supiera todos esos detalles privados sobre el pasado de Edie. Yo creo que Anomia tiene que ser alguien que en algún momento ha formado parte del círculo íntimo de Edie, o más probablemente del de Josh.

—¿Por qué más probablemente del de Josh? —le preguntó Robin.

Yeoman dejó los cubiertos en el plato y tragó la comida que tenía en la boca.

—Bueno, en primer lugar porque Anomia nunca ha atacado a Josh. Siempre disparaba contra Edie; era a ella a quien insultaba y acosaba. Ésa fue una de las razones por las que se abrió una brecha entre Josh y Edie: los fans trataban muy bien a Josh, mientras que culpaban a Edie de todo lo que no les gustaba. Además, como he dicho, Josh bebía más de la cuenta y fumaba mucha marihuana. Y me temo que no es muy hábil a la hora de juzgar a las personas. Tuvimos problemas con algunos de los actores originales, casi todos amigos suyos, lo que... nos lleva de nuevo a Katya Upcott.

Yeoman miró a Elgar, quien le indicó con un ligero movimiento del tenedor que podía continuar, así que el agente dijo:

—No he invitado a Katya a esta comida porque protege con ferocidad a Josh, lo que por supuesto es un sentimiento del todo encomiable, más aún teniendo en cuenta el estado en que se encuentra él. Pero sin ella podemos hablar con más libertad.

—¿Katya tiene su propia agencia? —preguntó Strike.

—Pues... no, de hecho, no. Es una mujer encantadora que dirige una empresa de artículos para manualidades desde su casa. Katya conoció a Josh y a Edie hace unos años, en el colectivo artístico donde vivían. Ella se había apuntado a un cursillo nocturno. Antes de montar su propio negocio había trabajado de relaciones públicas, y cuando *Un corazón tan negro* empezó a atraer a los fans les dio algunos consejos a Josh y Edie sobre cómo manejarse. Al cabo de un tiempo empezó a actuar como su agente *de facto*. En 2012 Edie decidió buscarse un

agente profesional, y me contrató a mí. Josh siguió con Katya. Es bastante habitual que, cuando a alguien le sorprende el éxito, se aferre a las personas que ya conoce. Lo hacen por lealtad, por supuesto, pero también por miedo. No es fácil saber en quién puedes confiar cuando de repente te conviertes en una propiedad valiosa. Katya es encantadora y totalmente bienintencionada —enfatizó—. Sabe que he contactado con unos detectives privados para intentar desenmascarar a Anomia, y ha dicho que nos ayudará en todo lo que pueda. Ella sabe mucho más que yo sobre los amigos y los contactos estrechos de Josh, pero tendrán que andarse con cuidado, porque se opone firmemente a la idea de que Josh, ya sea por ingenuidad, negligencia o falta de buen juicio, pueda ser en parte responsable del problema con Anomia.

—¿Qué familia tiene Josh? —preguntó Robin.

—Se crió con su padre y tiene dos hermanos, y me da la impresión... a juzgar por cosas que me contó Edie, no es nada que yo sepa de primera mano... de que el señor Blay, su padre, nunca supo cómo tratar a su hijo. Y últimamente ha delegado sus obligaciones parentales en Katya, que por edad podría ser la madre de Josh.

—Nos iría muy bien tener los datos de contacto de Katya —dijo Strike, y Yeoman asintió mientras volvía a coger los cubiertos.

—Edie tenía una nueva relación sentimental, ¿verdad? —preguntó Robin.

—¡Ese personaje! —saltó Heather, dando un pequeño bufido.

—Sí. Se llama Phillip Ormond —confirmó Yeoman—. Es profesor, creo que de Geografía. Trabaja en una escuela de Highgate. Conoció a Josh y a Edie porque se apuntó a un cursillo nocturno, igual que Katya. Cuando Josh y Edie rompieron, Phillip le ofreció a ella un hombro sobre el que llorar.

—Ormond «afirma» que cuando Edie murió ya estaban comprometidos —intervino Heather.

—¿Y usted lo pone en duda? —preguntó Strike.

—Bueno, nadie sabía que estuviesen comprometidos. Edie no llevaba ningún anillo —repuso Heather, que llevaba un gran diamante solitario en el dedo anular, sobre la gruesa alianza.

—A mí Edie no me dijo que pensara casarse —dijo Yeoman.

—Y tampoco a su hermana de acogida —añadió Heather—. Se lo pregunté en el funeral.

—¿Cómo se llama su hermana de acogida? —preguntó Strike.

—Catriona Douglas —contestó Grant—. Edie siguió en contacto con ella después de dejar a la familia.

Strike anotó el nombre.

—Estoy seguro de que Ormond sueña con que ésta sea su gran ocasión —dijo Heather—. Confía en recibir parte de la herencia de Edie. Montaron un espectáculo patético con las cartas y el ataúd.

Primero, Blay… No sé, después de haber acusado a Edie de ser Anomia… En fin, le dictó a Katya lo que quería decir, y ella nos trajo la carta y nos lo explicó todo, y luego —Heather puso los ojos en blanco—, cuando Phillip se enteró de que Blay había escrito una carta, él también quiso escribir la suya. Como le dije a Grub, ¡un ataúd no es un maldito buzón!

Si Heather esperaba que su comentario fuese recibido con risas, se llevó una decepción.

—Sí, es evidente que los dos competían por el papel de doliente principal —dijo Grant—. No puedo decir que Ormond me resultara muy simpático, pero creo que tenía más derecho que Blay. Él vivía con Edie y no se dedicaba a hacer acusaciones descabelladas contra ella.

—Estaría bien hablar con Ormond —señaló Strike—. Y con la hermana de acogida, Catriona. ¿Podría darme sus datos de contacto?

—Los de Ormond sí —contestó Grant sacando el teléfono. Lo miró, frunció el ceño y le dijo a su mujer en voz baja—: Tengo una llamada perdida de Rachel.

—Es la hija que tuvo con su ex —le explicó Heather a Robin también en voz baja—. Es bastante problemática

—Debe de haberme llamado por el partido —expuso Grant, mientras le acercaba el teléfono a Strike—. Ya la llamaré más tarde.

—Ha dicho que tuvo problemas con los miembros del reparto que eran amigos de Josh —le dijo Strike a Yeoman—. ¿Se refiere a Wally Cardew?

—Ya ha oído hablar de Wally, ¿verdad? —dijo Yeoman—. Sí, él fue uno de nuestros primeros dolores de cabeza. Josh y él fueron juntos a la escuela. Wally no tenía experiencia como actor, pero cuando eran adolescentes solía imitar a uno de sus profesores con una voz cómica, aguda y siniestra. Cuando Edie y Josh animaron el primer episodio, le pidieron a Wally que pusiera voz al personaje de Drek. Él hizo su falsete y a los fans les encantó. Pero Wally se lo creyó demasiado. Empezó a hacer sus propios vídeos en YouTube, utilizando la voz de Drek y las expresiones y los latiguillos típicos del personaje, y a hacer chistes de muy mal gusto. A algunos miembros del fandom les pareció genial. A otros, no. Entonces Wally y su amigo MJ hicieron el tristemente célebre vídeo de las «galletas».

—¿Galletas? —repitió Strike.

—Una presunta obra satírica que se burlaba del Holocausto —dijo Yeoman sin sonreír—. Hubo muchas reacciones. Josh pensó que todo aquello se olvidaría enseguida, pero Edie estaba furiosa. Josh se avino a despedirlo, aunque a regañadientes, y Wally se lo tomó muy mal. Después ha hecho su propia carrera en YouTube. Nos hemos planteado si Wally podría ser Anomia —dijo Yeoman anticipándose correctamente a la siguiente pregunta de Strike—. Es astuto, pero no

creo que sea lo bastante inteligente para crear ese juego, y me atrevería a afirmar que tiene un ego demasiado grande para permanecer en el anonimato.

—¿Algún otro amigo de Josh con quien debamos hablar? —preguntó el detective.

—Bueno, sí, tal vez con Sebastian Montgomery, un animador que los ayudó con los primeros episodios. Estudiaba Bellas Artes con Josh y criticó bastante *Un corazón tan negro* en redes sociales cuando prescindieron de sus servicios, pero creo que no conocía muy bien a Edie, así que dudo que tuviese acceso a todos esos detalles personales sobre ella que ha utilizado Anomia.

—A menos que le llegaran a través de Josh —apuntó Strike.

—Bueno, sí, supongo que sí —admitió Yeoman.

—¿Alguien más?

—Déjeme pensar... Había un joven llamado Timothy Ashcroft, aunque, ahora que lo pienso, al principio era amigo de Edie, no de Josh. Le ponía voz al Gusano y me parece que tenía ambiciones de ser actor, de modo que no debió de hacerle ninguna gracia que lo echaran, pero, que yo sepa, Edie y él siguieron siendo amigos. Me temo que no tengo los datos de contacto de Tim.

—¿Por qué lo despidieron? —preguntó Robin.

—Sinceramente —dijo Yeoman—, porque no era muy bueno. He visto los primeros episodios; el Gusano es un buen personaje cómico, pero Tim no le hacía justicia. Cuando firmaron el contrato de televisión, Netflix puso como condición poder elegir el reparto. Y lo cierto es que creo que Edie se alegró de que fuese otro quien tomase las decisiones. El propio Josh le había puesto voz a Blacky al principio, y Catriona, la hermana de acogida de Edie, era Traslúcida en los primeros capítulos, aunque, según me contó en el velatorio de Edie, estaba deseando dejarlo. Nunca le había gustado poner aquella voz y se alegró de que la sustituyera una actriz de verdad.

»Pero por entonces yo no estaba implicado, así que podría haber otros que se quedaron por el camino de los que yo no sé nada. Como digo, es con Katya con quien deberían hablar acerca de los orígenes. Ella estuvo allí desde el principio... Bueno, no —se corrigió Yeoman—. Edie mencionó a otra amiga suya. Vivía en el colectivo artístico. ¿Cómo se llamaba? Miriam o algo así.

—Estamos hablando del colectivo artístico North Grove, ¿no? —preguntó Strike con el bolígrafo en la mano.

—Sí, exacto —confirmó Yeoman—. Lo dirige un holandés, un tipo bastante excéntrico. Edie y Blay alquilaron sendas habitaciones allí durante un tiempo, y así fue como se conocieron. Y me consta que Josh mantuvo la amistad con el holandés y que seguía yendo al colectivo incluso después de que sus dibujos animados se hiciesen

famosos. North Grove está justo al lado del cementerio de Highgate, y por eso Edie y Josh acabaron entre las tumbas un día y allí fue donde se les ocurrió la idea de crear una serie de dibujos animados.

Strike cogió la carpeta que había llevado con él.

—Bueno, antes de continuar con todo esto, creo que deberían echar un vistazo a nuestro contrato tipo y a nuestras tarifas. Les he traído unas copias.

Repartió los documentos por la mesa y hubo un breve silencio mientras Elgar y Yeoman leían con detenimiento los términos y condiciones del contrato; sólo se oía el ruido de los cubiertos de Strike, Robin y los Ledwell, así como el que hacía Grant al masticar, más fuerte de lo normal. Finalmente, el agente y el ejecutivo de la compañía cinematográfica sacaron su bolígrafo y firmaron los acuerdos, además de una tercera copia para la agencia.

—Gracias —dijo Strike, recuperando su copia cuando estuvo todo firmado.

—Y yo tengo que darles esto —dijo Yeoman, mientras alargaba la mano para coger algo de debajo de su silla.

Era la carpeta marrón que Edie había llevado a la agencia y que había dejado olvidada encima de la cisterna del váter.

—Empezaremos enseguida —dijo Strike—. Si me da sus datos de contacto, le informaré de las novedades todas las semanas, aunque, evidentemente, si tenemos alguna pregunta o alguna información importante nos pondremos en contacto con ustedes enseguida.

Elgar y Yeoman le entregaron sus respectivas tarjetas de visita.

—Sólo por curiosidad —dijo Strike después de guardarse las tarjetas en la cartera—, ¿qué piensan hacer cuando descubran quién es Anomia?

Hubo otra pausa y un silencio más profundo que el anterior, porque Grant ya no estaba masticando. Y finalmente Richard Elgar dijo:

—Nadie está libre de culpa. Estoy seguro de que, si logran averiguar quién es Anomia, encontraremos alguna prueba de hipocresía, racismo, acoso sexual… Los acosadores deben estar preparados para convertirse en acosados. Una vez que sepamos con quién estamos tratando, dudo que nos cueste demasiado hacerle probar a Anomia su propia medicina.

19

Sí, estaba cansada, pero no mi corazón:
él late lleno de dulce contento,
porque ahora mi deseo natural de acción
se mezcla con aventura;
lanzada al ancho mundo contigo,
toda mi energía, antes malgastada,
se dirige hacia un noble fin.

CHARLOTTE BRONTË, *El bosque*

—¿Unas cervezas y nos ponemos al día? —preguntó Strike media hora más tarde, cuando Robin y él salieron a la calle y el detective paró un taxi.

—Perfecto —dijo Robin.

—Al pub Tottenham de Charing Cross Road —le dijo Strike al taxista, y abrió la portezuela para que Robin entrase primero en el coche.

El entusiasmo con que ella había accedido a ir al pub lo había alegrado. Poco a poco estaba comprendiendo que Robin no evitaba los *tête —à— tête* con él, como sin duda habría hecho si realmente le hubiese repugnado lo que había pasado al salir del Ritz. Strike había imaginado que Robin se mostraría más reservada, igual que él, y sin embargo ella parecía estar intentando retomar la relación amistosa que habían tenido antes de que él diese aquel mal paso.

—¿Sabes algo del piso? —le preguntó cuando el taxi se puso en marcha hacia el West End.

—Ayer hice una oferta más alta —dijo Robin—. Estoy esperando a que me contesten. Sería fabuloso conseguirlo. Estoy harta de ver sitios horribles y de hacer de carabina en casa de Max.

La calle del Tottenham, el pub favorito de Strike, situado muy cerca de su oficina, todavía estaba en obras, y para llegar a la puerta tuvieron que cruzar por unas pasarelas sobre una zanja llena de escombros. Una vez dentro, y pese al ruido que había en el exterior, se reencontraron con su tranquilo refugio, con sus espejos grabados y sus paneles decorativos pintados por un escenógrafo fallecido hacía ya mucho.

Robin pidió café, se sentó en una de las banquetas de piel roja y sacó su teléfono para buscar el colectivo artístico North Grove. Poco

después, Strike se sentó junto a ella con una cerveza en la mano.

—Deberíamos contarle a la policía que nos han pedido que busquemos a Anomia. Por mera cortesía. Llamaré al inspector Murphy.

—Genial —dijo Robin, al tiempo que le pasaba su móvil a Strike—. Mira: aquí es donde empezó todo.

Strike miró la fotografía de una gran casa pintada de un rosa sucio, en cuya fachada se podía leer:

COLECTIVO ARTÍSTICO NORTH GROVE

Ofrecemos clases de dibujo al natural, cerámica, grabado y fotografía.

¡Tenemos cursos para principiantes!

También alquilamos estudios para artistas.

—Si Josh todavía iba por el colectivo poco antes de la agresión, deberíamos echar un vistazo —comentó Robin—. Podría ser una de las guaridas de Anomia.

—De acuerdo —concedió Strike.

Se desplazó por el sitio web y vio varias fotografías de clases de arte, en algunas de las cuales aparecían adultos muy serios sentados detrás de sus tornos; en otras había niños con delantal de plástico haciendo grabados, y también había muchos ejemplos de cuadros al óleo, fotografías y dibujos a lápiz de los alumnos. Luego le devolvió el teléfono a su socia y dijo:

—¿Te animas a hacer un perfil del sospechoso?

—Vale, vamos allá —dijo Robin sacando su bloc de notas.

—Veamos, si realmente Anomia es lo que aparenta, un fan obsesionado con ese juego, tiene que ser joven.

—Estoy de acuerdo —coincidió Robin—. No me imagino a nadie de más de treinta años tan obsesionado con unos dibujos animados de YouTube.

—Pero si no es sólo un fan enfurecido, y si resulta que estaba profundamente resentido con Edie y veía esto como una forma de hacerle daño…

—Sí, claro, en ese caso podría tener cualquier edad…

—Y estamos buscando a alguien con experiencia en programación o codificación —continuó Strike, que sacó su bloc de notas y empezó a escribir.

—A menos… —dijo Robin, y Strike la miró—. Bueno, Edie me dijo que el juego era como una sala de chat bellamente animada. Si es

verdad que lo crearon dos personas, una podría ser dibujante o diseñador y la otra, programador, ¿no?

—Hemos de meternos en ese juego. —Strike dejó el bolígrafo y sacó el móvil—. Es el primer paso: echarle un buen vistazo desde dentro y ver qué podemos averiguar.

Mientras Strike buscaba el juego en internet, Robin se bebió el café y saboreó la agradable sensación que le producía estar allí, dejando que su mirada se perdiera en aquellos paneles pintados que tan bien conocía.

La ligera tensión que se había cernido sobre las interacciones con su socio desde aquella noche en el Ritz parecía haberse disipado por completo ante aquel nuevo caso. Mientras Strike manejaba su móvil con el ceño fruncido, escribiendo las búsquedas con sus gruesos dedos, Robin posó la mirada en él y se permitió sentir el cariño puro y sincero que tantas veces había trastornado su tranquilidad.

—Mierda —dijo Strike al cabo de unos minutos de silencio.

—¿Qué pasa?

—No puedo entrar. Ya he hecho tres intentos.

Le mostró el móvil a Robin. Una pequeña animación de Blacky, el corazón negro con las arterias y las venas colgantes, la miró desde la pantalla, sonriendo y encogiéndose de hombros. Debajo del dibujo de Blacky se leían estas palabras:

«¡Uy! Algo ha salido mal. ¡Vuelve a intentarlo, chiqui!»

—Voy a probar yo —dijo Robin.

Sacó su móvil, pero después de introducir la dirección de correo electrónico que utilizaba para casos como aquél, que no tenía ninguna relación ni con su nombre verdadero ni con la agencia, y escoger una contraseña, en su móvil también apareció aquel dibujito animado de Blacky encogiéndose de hombros y diciéndole que volviese a intentarlo más tarde.

—A lo mejor tienen problemas técnicos —especuló.

—Esperemos que sí, porque la única forma infalible de descartar a sospechosos será observando cómo hacen sus tareas cotidianas sin recurrir a un teléfono ni a un ordenador, mientras Anomia tuitea o está activo en el juego. —Strike volvió a coger el bloc de notas—. Vale, de momento éste es el perfil de nuestro sospechoso: seguramente menos de treinta años —miró a Robin y ella asintió—, aficionado a la programación o al arte, o a las dos cosas. ¿Tú qué dirías, hombre o mujer?

—Podría ser cualquiera de las dos cosas —señaló Robin—, aunque por lo visto todos dan por hecho que Anomia es un hombre.

—Creo que tenemos que analizar a fondo la cuenta de Twitter de Anomia para ver si allí ha revelado algo sin querer. De hecho... ¿puedes explicarme cómo funciona Twitter?

—¿Qué quieres decir? —dijo Robin riendo.

—Bueno, sé de qué va, aunque no lo he utilizado nunca. ¿Tú sí?

—Antes tenía una cuenta, pero no la utilizaba mucho.

—¿Y cómo funciona?

—Pues escribes mensajes cortos, que se llaman «tuits», y puedes comunicarte con cualquiera que también esté en Twitter, excepto si te han bloqueado.

—Y todos los que están en Twitter pueden ver los tuits de los demás, ¿no?

—Sí, a menos que tu cuenta sea privada. Entonces sólo tus seguidores pueden leer lo que has escrito. Y si dos personas se siguen la una a la otra, pueden mandarse mensajes directos sin que los vea nadie más.

—Vale. ¿Y dónde está la gracia?

—No lo sé —dijo Robin riendo de nuevo—. Puede ser divertido: la gente cuenta muchos chistes y publica todo tipo de cosas. Puedes comunicarte directamente con famosos. Puedes charlar, cotillear...

—Antes eso se hacía en los pubs. Bueno, menos lo de hablar con famosos. En fin, seguramente será mejor que te encargues tú de echar un vistazo a lo que publica Anomia, puesto que sabes cómo funciona Twitter.

—¿Y qué te parece si me apunto a un cursillo nocturno de North Grove? Si no descubro nada útil, me retiro y tú vas a interrogarlos sin hacerte pasar por nadie.

—Bien pensado. Y mejor que te apuntes tú, porque sabes dibujar.

Robin lo anotó en su agenda.

—Y luego está el motivo —dijo Strike, golpeando el bloc con el extremo de bolígrafo.

—Yo creía que... —empezó a decir Robin, sonriente, pero Strike, anticipándose correctamente al resto de la frase, la interrumpió:

—Esto no es un caso normal. Los medios seguirán siendo claves, pero el «porqué» es más relevante de lo habitual, porque hay una incoherencia, ¿no? El juego no pudo haber sido creado como medio para hacer que Ledwell se suicidara, porque... bueno, ¿qué sentido tendría eso? Está claro que el juego se creó por amor a los dibujos animados.

—Sobre todo porque no obtenían beneficios de él.

—Exacto. Pero entonces Anomia cambió y se puso muy ofensivo en Twitter.

—Y Edie creyó que lo hacía porque ella había criticado el juego en una entrevista.

—¿No te parece que es una razón bastante endeble para justificar casi cuatro años de acoso?

—Si una persona con algún trastorno de la personalidad ha

encontrado algo que la interpela a un nivel que hasta entonces nunca había experimentado, cualquier crítica por parte del creador, o cualquier cambio en la obra, podría ser interpretado como un ataque personal —razonó Robin.

—Cierto —dijo Strike asintiendo lentamente con la cabeza—, tienes razón.

—Vi un vídeo de Edie y Josh hablando de *Un corazón tan negro* —dijo Robin—. Contestaban a las preguntas de los fans y hablaban de Blacky, que es el héroe, ese corazón negro que acabas de ver. No se ponían de acuerdo sobre si era malvado o no: sobre si le hicieron volverse perverso y por tanto es una víctima, o si él causó el mal que su dueño hizo en vida. En el primer episodio de la serie de animación, Blacky se presenta como un personaje perverso, y lo hace alegremente. ¿Podría alguien que siente que no encaja en la sociedad identificarse con Blacky? ¿Es por eso por lo que Anomia está tan obsesionado con la serie?

—¿Crees que deberíamos añadir «es malo y lo sabe» al perfil?

—Lo dices en broma —dijo Robin—, pero quizá deberíamos... No sé, no dejo de preguntarme por qué se hará llamar «Anomia». ¿No crees que un superfán escogería el nombre de uno de los personajes? Llamarse Anomia es casi como... como declarar sin ambages lo que es, ¿no? «Falta de valores morales o sociales...» Es muy raro que lo diga de forma tan abierta... A menos que sólo sea un adolescente marginado —añadió, cuestionándose a sí misma—. Es el típico nombre que escogería un adolescente, supongo. Alguien que está furioso con el mundo.

—Por cómo lo planteas, estaríamos buscando a un fan chiflado, y no a un amigo íntimo de Edie.

—Pero no puede ser un simple fan, ¿no? Sabe cosas sobre ella, tiene acceso a información privada, y eso apunta a que podría ser un amigo... Aunque supongo que Anomia no tenía que estar necesariamente en contacto con Josh ni con Edie... —reflexionó Robin—. Quizá tuviese acceso a ellos a través de un tercero. Tendríamos que revisar a las parejas o los compañeros de piso de todas las personas cercanas a Edie y a Josh. Pero no puede haber demasiados intermediarios. Anomia se ha enterado de las cosas demasiado deprisa. No le pueden haber llegado a través de un amigo de un amigo de un amigo.

—A mí también me lo parece —coincidió el detective.

Se quedaron los dos pensativos, hasta que Strike rompió aquel breve silencio:

—También veo una clara dosis de narcisismo. Anomia piensa que debería encargarse él de la serie de dibujos animados... —Cogió otra vez el móvil—. Lo que nos lleva de nuevo a Wally Cardew. Diría que

es el típico gilipollas egocéntrico que no aceptaría que nadie hiciera ni la más leve crítica de su juego.

—¿Cómo es que sabes tanto sobre Cardew?

—He visto uno de sus vídeos de YouTube —explicó Strike, mientras buscaba a Cardew con su móvil—. Pocas horas después de saberse que Ledwell y Blay habían sido víctimas de un apuñalamiento, Wally y su compinche, MJ, hicieron una transmisión en directo durante la que Cardew sacó un cuchillo manchado de sangre de debajo de la mesa. En realidad, estaba bromeando: era salsa de tomate.

—Qué ingenioso —dijo Robin con frialdad.

—«Galletas» —dijo Strike, que había encontrado lo que estaba buscando—. Éste es el vídeo por el que lo despidieron. Todavía no lo he visto.

Strike miró a derecha e izquierda para asegurarse de que nadie estuviese escuchando; entonces puso el teléfono en horizontal, lo apoyó contra su vaso de cerveza para que Robin pudiese verlo también y le dio al «play».

Wally y MJ estaban sentados uno al lado del otro ante una mesa donde había ingredientes para hacer pasteles y un gran cuenco. Wally tenía el pelo largo y rubio; MJ estaba más gordo e iba un poco menos arreglado que en el vídeo que Strike había visto el día después de los apuñalamientos. Los dos llevaban delantal y sombrero de cocinero.

—¡Bienvenidos, chiquis! —dijo Wally con una voz muy aguda—. ¡Estamos *mu pocupados* porque unos smugliks y unos mukfluks dicen que hacemos chistes racistas de mal gusto y que somos unos mukfluks fascistas! —Adoptó su tono de voz normal y continuó—: Así que vamos a hacer unos dulces para relajarnos. —Le enseñó un paquete de harina a MJ—. ¿Esto es *kosher*?

—Es halal —contestó MJ.

—Significa lo mismo, ¿no?

—No, tío —dijo MJ con una risita—. Es...

—No seas smuglik, chiqui —lo cortó Wally con su falsete—. ¡A jugar, chiquis!

MJ rio mientras Wally volcaba el paquete de harina y lo vaciaba enérgicamente en el cuenco, derramando bastante cantidad y formando una nube blanca en el aire.

—Ahora añadimos la mantequilla *kosher* —dijo Wally, sosteniendo un paquete con una estrella de David dibujada con rotulador grueso. La sacó del envoltorio, la metió en el cuenco y cogió un cartón de leche.

—Luego ponemos... ¿Esto es *kosher*? ¿Las vacas son *kosher*, chiqui?

—Las vacas son... ¿No es en el hinduismo donde son sagradas? —

preguntó MJ.

—¿Quién coño va a pensar que las vacas son sagradas? Estos tíos son unos mukfluks, ¡son todos unos mukfluks! —aseguró Wally. Vertió la leche en el cuenco asegurándose de que salpicara a MJ, que se apartó riendo—. Y los huevos son *kosher*, mira... Muy bien —añadió mostrándoselos a la cámara. Igual que con la mantequilla, les había dibujado una estrella de David. Metió los huevos en el cuenco a lo bruto, con la evidente intención de ensuciar a MJ con la masa.

»*Mu* bien, tú chico blanco bueno, MJ —continuó con su voz de Drek, mientras MJ, riendo y tosiendo, se limpiaba la harina de la cara —. Lo mezclamos *mu* bien... —Wally cogió una cuchara y le lanzó más masa a MJ— y cantamos: «*Ebony and ivory live together in perfect harmony...*»[2]

—¡Joder, tío, para ya! —protestó MJ. Seguía riendo, pero ahora trataba de esquivar la masa que le lanzaba su amigo.

—Y ya *ta* la masa, chiquis —dijo Wally.

El vídeo mostró una toma de Wally y MJ con una bola de masa para galletas sin hornear encima de la mesa. MJ estaba del todo cubierto de harina y Wally, perfectamente limpio.

—Y ahora, machacamos esta mukfluk. —Wally cogió un rodillo de amasar y golpeó la bola de masa con un extremo—. Y ahora, cortamos la mukfluk en *tocitos* smuglik. —Cogió un molde para galletas con forma de muñeco de jengibre y lo hundió en la masa.

El vídeo mostró una nueva toma, esta vez de varias hileras de muñecos de jengibre perfectos, cada uno con una estrella de David encima, y algunos con *kipás* y *peyets*.

—Oh, no... —susurró Robin al darse cuenta de adónde iba a parar todo aquello. Strike mantenía un gesto impasible.

—Y ahora metemos los smugliks en el horno, lo encendemos y lo ponemos *mu* fuerte, *mu* fuerte, *mu* fuerte —dijo Wally con su falsete.

El vídeo mostró a Wally introduciendo la bandeja en un horno, y luego a una mano de dibujos animados que giraba el mando del horno hasta «caliente del copón», y por último de nuevo a Wally y MJ frente a la mesa, ambos con los brazos cruzados. Wally miró a MJ y, esta vez con su voz normal, le preguntó:

—¿Viste el partido del sábado?

—Sí, muy bueno el gol de Drogba —contestó MJ muy serio.

—¿Viste lo que hizo Fuller?

—Sí —dijo MJ—. Pisotearle los huevos a otro jugador no mola nada.

Hubo una pausa, y luego los dos jóvenes tamborilearon con los dedos en sus respectivos brazos.

—¿Crees que las galletas ya están hechas? —le preguntó Wally a MJ.

—Puede que sí.

Wally miró la hora.

—Me parece que las dejaré un rato más.

El vídeo mostró una pantalla negra en la que se leía: «Una hora más tarde», y luego de nuevo a Wally y MJ, que ahora estaban delante de un horno del que salían nubes de humo negro. Los dos siguieron hablando, aparentemente ajenos al humo.

—Voy a llevar a mi abuela de excursión —iba diciendo Wally.

—Bien hecho, tío, me parece muy bien.

Hubo otro breve silencio, y entonces Wally añadió:

—Bueno, creo que ya deben de estar.

Abrió la puerta del horno y se puso a toser.

El vídeo mostró un primer plano de unas galletas completamente quemadas, y luego un plano general de Wally y MJ en silencio y con el gorro de cocinero en la mano en señal de respeto, mientras detrás de ellos ardían unas velas en un *menorá*. Strike pulsó «pausa» y miró a Robin.

—¿No le ves la gracia?

—¿En qué planeta lo llaman «sátira» a eso?

—Es obvio que somos demasiado estúpidos para captar una ironía tan fina. Por cierto, el día que vi la transmisión en directo que hizo Wally la noche después de los apuñalamientos, me fijé en que unos cuantos fans suyos tenían el número 88 detrás de su nombre. Si juntamos los chistes sobre el Holocausto con los seguidores de extrema derecha y la conexión con *Un corazón tan negro*…

—Es fácil entender por qué el mi5 podría tener tanto interés en todo esto —dijo Robin.

—Así es. Por otra parte, Cardew podría no saber que ha atraído a fans neonazis. —Strike volvió a coger su cerveza—. Cabe la posibilidad de que piense que, como su mejor amigo tiene la piel oscura, él no puede ser racista.

—¿No crees que, si Wally es Anomia, y si The Halvening lo reclutó después de que él creara el juego, eso explicaría…?

—El paso de fan a acosador, sí —remató Strike—. Cuando revises la cuenta de Twitter de Anomia, fíjate bien en cualquier indicio que pueda revelar sus tendencias políticas. Supongo que el mi5 lo habrá comprobado, pero dudo mucho que compartan sus conclusiones con nosotros.

Robin tomó otra nota.

—Pero si no es un miembro de The Halvening —dijo Strike—, seguimos sin saber por qué estos dos creadores, Anomia y Morehouse, siguen tan empeñados en mantener su anonimato. Si realmente sólo son dos críos que quieren pasárselo bien, se supone que estarían orgullosos de su juego. Richard Elgar ha dicho que está seguro de que,

si desenmascarasen a Anomia, éste saldría perjudicado, y estoy de acuerdo, pero ¿por qué saldría perjudicado? ¿Por qué no quiere que se le reconozca ningún mérito?

—Anomia cuenta con una buena dosis de reconocimiento público —repuso Robin—. Cincuenta mil seguidores en Twitter y mucho interés por saber quién es en realidad. Eso debe de alimentarle mucho el ego.

—Cierto, pero ya has oído lo que ha dicho Elgar: si hubiera revelado su identidad en los primeros tiempos, podría haber influido de verdad en la franquicia, así que, ¿por qué no lo hizo? Y luego está la ausencia de beneficios.

—Bueno, ya sabemos por qué, ¿no? —dijo Robin—. Ganar dinero gracias a los personajes de otro sería violación del *copyright*.

—Sí, pero yo lo enfoco desde otra perspectiva. Anomia y Morehouse llevan años trabajando en el juego sin obtener nada de él. Eso me hace pensar en alguien con mucho tiempo libre y sin una gran necesidad de hacer dinero. ¿Y si tienen apoyo de alguien? ¿De sus padres? ¿De los contribuyentes?

—Hay trabajos con muchas horas muertas —dijo Robin—. Podrían ser autónomos o trabajar a media jornada. Podrían estar ganándose muy bien la vida y esto ser sólo un hobby.

—Pero si Anomia trabaja, tiene que hacerlo en un sitio donde pueda acceder a internet o usar su teléfono cuando quiera... Por lo que el novio de Edie... —Strike pasó las páginas de su bloc hasta que encontró el nombre—, ese profesor, Phillip Ormond, quedaría prácticamente descartado.

—Bueno, supongo que nunca ha llegado a ser sospechoso... ¿Por qué querría su novio acosarla en redes sociales? Además, aún no estaban juntos cuando Anomia empezó el juego. Entonces ella todavía salía con Josh.

—No es totalmente insólito que la gente juegue con sus seres queridos en internet, o incluso que alguien tenga una relación sentimental con una persona sin darse cuenta de que ya se han conocido en las redes —reflexionó Strike—, pero estoy de acuerdo en que Ormond no está en los primeros puestos de la lista de sospechosos. Por otra parte, él tendría que poder decirnos qué amigos íntimos tenía Edie, o en quién habría podido confiar, aparte de las personas de las que ya nos han hablado.

Strike volvió a coger su bolígrafo.

—Bueno hablaré con Ormond, Katya Upcott y la hermana de acogida, Catriona. De entrada —continuó—, les pondremos vigilancia a Seb Montgomery y a Wally Car...

Sonó el móvil de Robin.

—Oh, Dios mío... es el agente inmobiliario —dijo Robin con cara

de susto, y contestó—: ¿Hola? ¿Andy?

Strike vio que el semblante de Robin pasaba de la tensión a la euforia.

—¿En serio? ¡Qué alegría! ¡Gracias!... ¡Sí!... ¡Sí, por supuesto!... ¿Cuándo? No, ya me va bien... Vale... Sí, sí... ¡Muchas gracias!

—¿Malas noticias? —bromeó Strike cuando Robin colgó con una gran sonrisa en los labios.

—¡He conseguido el piso! ¡Guau! ¿Sabes qué? Me voy a tomar una copa. Esta noche no trabajo.

—Voy a buscártela... —dijo Strike, pero Robin ya se había levantado. Al salir de detrás de la mesa, se inclinó e, impulsivamente, abrazó a Strike. Le tapó la cara con el pelo, y él olió el perfume que le había regalado por su trigésimo cumpleaños.

—Perdona, es que estoy muy emocionada. ¡Esto me va a cambiar la vida!

—No tienes que disculparte... —masculló Strike, y le dio unas palmaditas en el brazo cuando ella lo soltó. Robin fue a la barra, y Cormoran se dio cuenta de que estaba sonriendo embobado y se controló. Todavía notaba la tibia huella que el cuerpo de Robin había dejado brevemente en el suyo.

20

Me he forjado en siete etapas de calor
un escudo contra enemigos y amantes,
y nadie conoce el corazón que late
bajo el escudo que lo cubre.

MARY ELIZABETH COLERIDGE, *El escudo*

Chats internos entre cinco de los ocho moderadores de *El juego de Drek*

<**Canal de moderadores**>;

<**19 marzo 2015 18:25**>;

<**Presentes: Anomia, Cora**>;

Anomia: todavía hay un montón de gente nueva intentando entrar en el juego.

Cora: ah sí?

<**Gusano28 se ha unido al canal**>;

Gusano28: vaya dia de mierda que tenido

<**Vilepechora se ha unido al canal**>;

Vilepechora: XD está alguien en Twitter ahora mismo?

Cora: no, por qué?

Vilepechora: #ExhumenALedwell es trending topic

Anomia: sí ya lo he visto. No tiene gracia

Vilepechora: creía que te descojonarías de risa

Anomia: no quiero que la desentierren

Vilepechora: no me digas que tienes mala conciencia, chiqui

Anomia: lo que quiero es que se quede donde está y que se pudra

Anomia: ahora tenemos que concentrarnos en tío Grant

<**Infernal1 se ha unido al canal**>;

Infernal1: hay alguien en Twitter ahora mismo?

Vilepechora: justo estábamos hablando de eso, es graciosísimo pero Anomia dice que no

Infernal1: no es graciosísimo, es horrible. y si lo viera su familia?

Anomia: siempre nos decía que no tenía familia.

Cora: yo estoy de acuerdo con Infernal1, es horrible

>;

>;

Anomia: no voy a aceptar más solicitudes hasta que haya menos. Que la pasma se harte de esperar.

Infernal1: de qué hablas?

Anomia: estamos recibiendo unas 100 solicitudes nuevas cada día. Policía, seguro. Por eso no aceptaré ninguna nueva

Vilepechora: muy bien tío

Infernal1: si es la policía podrían hackearnos

Anomia: es lógico

Vilepechora: nah

Vilepechora: se supone que Morehouse nos ha hecho impenetrables

Infernal1: por cierto, dónde está? no le tocaba moderar esta noche?

Vilepechora: supongo que por ahí follando con Traslúcida

Gusano28: Cora le ha cambiado el turno porque tenia que hacer algo

Vilepechora: porque tenía que hacérselo con alguien, querrás decir.

Vilepechora: no le eches la culpa a él. Ella es superguapa.

Infernal1: Cómo lo sabes?

Vilepechora: Eso es confidencial

Infernal1: Tengo que irme

<**Infernal1 ha dejado el canal**>;

Vilepechora: XD, puto maricón

Gusano28: no digas eso

Vilepechora: puedo preguntarte una cosa, Gusano?

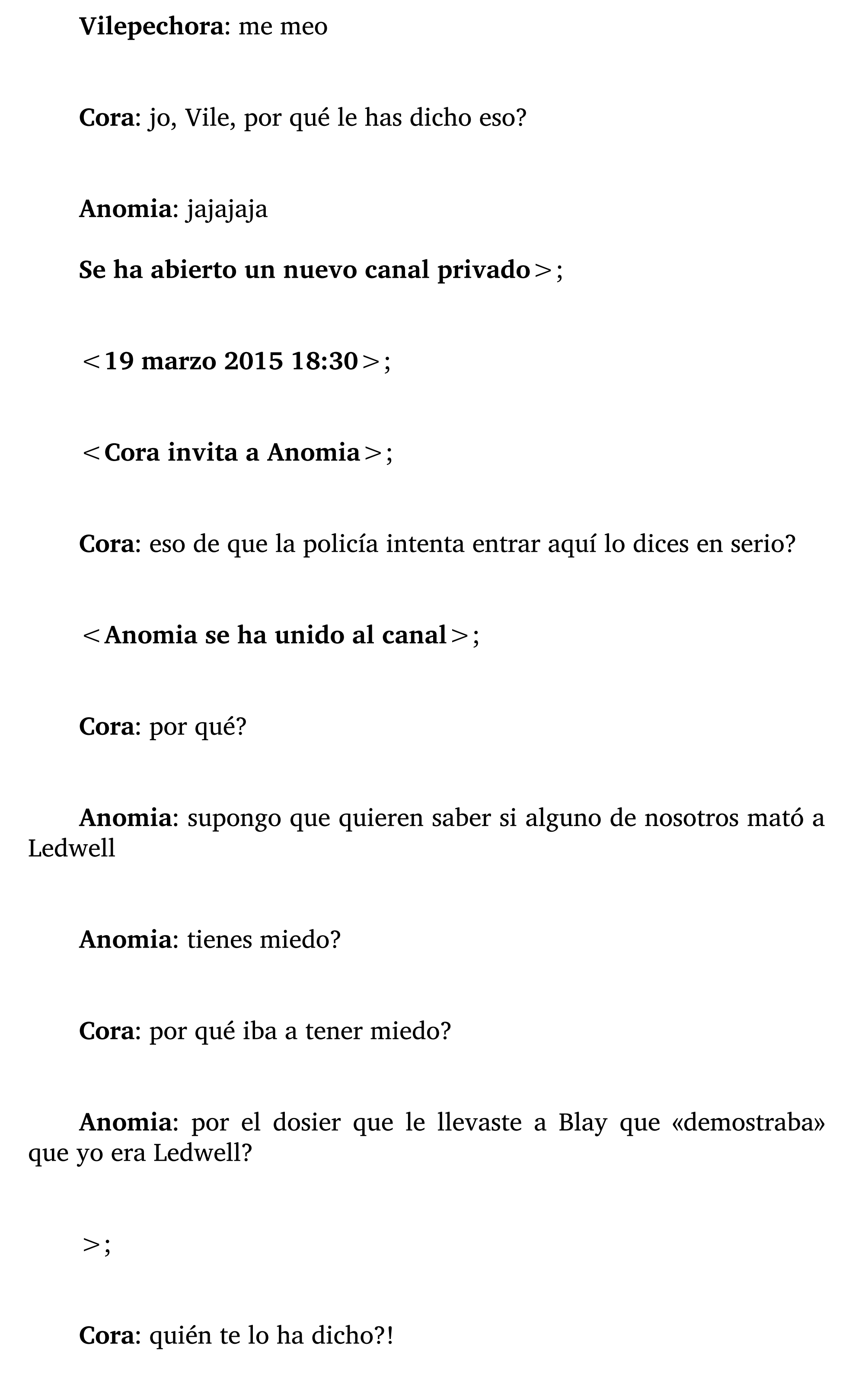
Gusano28: que?

Vilepechora: por qué pones un espacio delante de los signos de puntuación?

Gusano28: que?

Vilepechora: no sé, a qué colegio ibas?

<**Gusano28 ha dejado el canal**>;



Vilepechora: me meo

Cora: jo, Vile, por qué le has dicho eso?

Anomia: jajajaja

Se ha abierto un nuevo canal privado>;

<**19 marzo 2015 18:30**>;

<**Cora invita a Anomia**>;

Cora: eso de que la policía intenta entrar aquí lo dices en serio?

<**Anomia se ha unido al canal**>;

Cora: por qué?

Anomia: supongo que quieren saber si alguno de nosotros mató a Ledwell

Anomia: tienes miedo?

Cora: por qué iba a tener miedo?

Anomia: por el dosier que le llevaste a Blay que «demostraba» que yo era Ledwell?

>;

Cora: quién te lo ha dicho?!

Anomia: Traslúcida se lo dijo a Morehouse y él me lo dijo a mí.

Anomia: no pasa nada. Lo he hablado con LordDrek y Vile. Error comprensible.

Cora: creía que te cabrearías.

Anomia: nah, tiene gracia y todo.

Anomia: y no te olvides del lado bueno

Cora: qué?

Anomia: La Avara Glotona está muerta

Cora: jo Anomia, no hagas esas bromas

Anomia: Pero creo que deberíais aumentar mi porcentaje de royalties a modo de disculpa

Anomia: porque, la verdad, sin mí estáis bien jodidos

Cora: tendré que hablar con T

Anomia: sí hazlo

<**Cora ha dejado el canal**>;

21

De camas insomnes se alzan espíritus inquietos
y astutos truhanes se ponen su disfraz prestado…
y conspiradores inofensivos disimuladamente
emprenden el camino…

JOANNA BAILLIE, *Un saludo a la noche — Una mente dichosa*

—Apuesto una libra a que han decidido no admitir a nuevos jugadores en *El juego de Drek* porque sospechan que la policía los está vigilando —le dijo Strike a Robin cuando se cruzaron en la oficina un jueves a la hora de comer, tres semanas después de haber aceptado el caso Anomia.

—No acepto la apuesta porque pienso igual que tú —repuso Robin, que se estaba terminando un sándwich sentada al escritorio del despacho. Delante, en la pantalla del ordenador, tenía la cuenta de Twitter de Anomia.

A pesar de los numerosos intentos de Strike y Robin de entrar en el juego, seguían encontrándose con la animación del personaje de Blacky encogiéndose de hombros y diciéndoles «Inténtalo más tarde, chiqui». Por ahora, su única esperanza de descartar a Seb Montgomery o a Wally Cardew era que Anomia tuiteara en un momento en que alguno de esos dos objetivos estuviese vigilado y sin utilizar ningún dispositivo digital. Se trataba de una situación muy poco satisfactoria, por no decir algo peor.

—¿Adónde vas? —le preguntó Robin a Strike, que acababa de entregarle sus recibos a Pat y todavía llevaba puesto el abrigo.

—Tengo que relevar a Dev dentro de un cuarto de hora —dijo Strike consultando el reloj—. Esta tarde voy a seguir a Montgomery a otro bar hípster, supongo. Por cierto, anoche vi un par de episodios de la serie. Me pareció necesario para entender qué demonios estamos investigando.

—¿Y qué te parecieron?

—Una locura —contestó Strike—. ¿Qué se supone que es ese personaje, Drek?

—Creo que ni siquiera Josh y Edie lo sabían.

—¿Cómo va eso? —preguntó Strike, señalando la página de Twitter de Anomia.

—He visto algunas cosillas interesantes —dijo Robin—, pero de momento nada significativo.

—Tendríamos que reunirnos dentro de poco… Por cierto, podemos quedar con Phillip Ormond el jueves que viene. Ha estado en Irlanda. Vacaciones escolares.

—Genial. ¿Has sabido algo de Katya Upcott?

—No —dijo Strike—. Hablé con su marido. Me dijo que Katya había ido al hospital a visitar a Blay, y parecía bastante mosqueado. Ella no me ha devuelto la llamada. A lo mejor le doy un toque esta tarde. En fin, pásalo bien con Twitter.

Era un soleado día de abril y el breve paseo hasta Newman Street le permitió a Strike fumarse un cigarrillo. Al ver acercarse al detective, Shah echó a andar por la calle sin decirle nada, lo que le indicó a Strike que su objetivo seguía dentro del edificio, cuya puerta de cristal de doble hoja exhibía un llamativo motivo de colores primarios.

Strike estaba tratando de decidir si entraba en la cafetería convenientemente situada enfrente de las oficinas y pedía un café cuando se abrió la puerta de cristal y por ella salió Seb Montgomery.

Tenía el mismo aspecto que los centenares de jóvenes que pasaban por las calles de Fitzrovia a la hora de comer: estatura mediana, delgado, barba bien cuidada, pelo castaño oscuro (largo por arriba y muy corto por los lados, igual que Wally Cardew) y vestido de negro de pies a cabeza: camiseta, cazadora, vaqueros y zapatillas de deporte. Seb también llevaba un bolsón colgado del hombro y, en la mano, un teléfono en el que iba escribiendo. Strike comprobó mecánicamente el Twitter de Anomia, que estaba inactivo.

Le pareció detectar cierta ligereza en Montgomery, como si hubiese terminado su jornada laboral a pesar de ser sólo las dos de la tarde. Esa sospecha se confirmó cuando, en lugar de entrar en alguno de los restaurantes que había en su ruta, Montgomery se metió en la estación de metro de Goodge Street.

Strike lo siguió a cierta distancia.

Y enseguida se dio cuenta de que Montgomery no iba hacia su casa, porque cogió un tren de la línea norte. Strike se metió en el mismo vagón, y, a pesar de que había asientos libres, se quedó de pie en un rincón, observando el reflejo de Montgomery en el cristal oscuro de la ventana. El joven estaba sentado con las piernas abiertas, bloqueando por completo los asientos que tenía a cada lado; por lo visto, estaba ensimismado con algún juego en su teléfono, aunque de vez en cuando levantaba la cabeza. Cuando se acercaron a la estación de Highgate, Montgomery se guardó el teléfono en el bolsillo, se colgó el bolsón del hombro y fue hacia la puerta del vagón.

Strike dejó que un grupo de cuatro chicas lo adelantara en las escaleras mecánicas para no acercarse demasiado a su objetivo. Al

llegar a la calle, notó que el teléfono le vibraba en el bolsillo. Barclay acababa de enviar un mensaje de texto.

Cardew va hacia el norte. Probablemente a Highgate.

Montgomery ya había salido de la estación, pero en lugar de alejarse se había detenido junto a un joven alto y con calvicie prematura que estaba en la calle. El desconocido vestía unos vaqueros, una camisa y una chaqueta impersonales, tan aptos para una persona de cincuenta años como para una de veintitantos, que era la edad que Strike calculaba que tenía. Montgomery y el desconocido se estrecharon la mano; ambos parecían ligeramente incómodos, aunque era evidente que se conocían, porque Strike los oyó intercambiar comentarios del tipo «¿cómo va todo?» y «cuánto tiempo». El detective optó por quedarse dentro de la estación. Tenía claro que Montgomery y el joven desconocido estaban esperando a que se les uniera alguien más, y no hacía falta ser muy perspicaz para adivinar quién era la tercera persona.

Aprovechó esos momentos para contestar a Barclay:

Ya en la estación. SM aquí esperando a WC. Propongo fingir que nos encontramos y seguirlos juntos.

Veinte minutos más tarde, cuando Montgomery y su acompañante parecían haberse dicho todo lo que tenían que decirse, apareció Wally Cardew y pasó por el torniquete; llevaba vaqueros y una camiseta con la inscripción: «A la mierda la calma: muere peleando y ve al Valhalla.» Cuando vio a Montgomery y al otro joven, en voz alta y con el falsete de Drek exclamó: «¡Sois un par de mukfluks!», y los otros dos rieron, aunque a Strike le pareció detectar una pizca de recelo en el semblante del más alto. Montgomery le devolvió a Wally el elaborado apretón de manos al estilo hip-hop, y el fallo de su acompañante al intentar imitarlo generó unas risas que ayudaron a romper el hielo. Los tres habían echado a andar calle arriba, y Barclay salió del sitio donde había estado esperando escondido.

—Sherlock Cachonabo, supongo —le dijo Barclay en voz baja.

—Y tú debes de ser El escocés del miembro colgante —replicó Strike—. ¿Vamos?

Empezaron a seguir a sus objetivos, que ya estaban doscientos metros más allá; parecían estar caminando en una dirección decidida de antemano.

—¿Qué ha hecho Cardew? —preguntó Strike.

—Ni puta idea. No ha salido en todo el día —contestó Barclay—.

A lo mejor van a visitar la escena del crimen. ¿A cuánto está el cementerio de aquí?

—No muy lejos —Strike miró su móvil—, y vamos en la dirección correcta.

—¿Quién es el calvo?

—Ni idea.

Mientras seguían a los tres jóvenes, Strike volvió a abrir la página de Twitter de Anomia. No había habido actividad: la última vez que Anomia había publicado algo había sido poco antes de las once de la mañana, cuando hizo un comentario sobre el terrorista que había colocado una bomba en la maratón de Boston.

Anomia
@AnomiaGamemaster

La madre de Haha Dzhokhar Tsarnaev dice que su hijo es «el mejor de los mejores»

Ya, debes de estar muy orgullosa, zorra de mierda.

10:58 9 abril 2015

Los tres jóvenes a quienes Strike y Barclay estaban siguiendo continuaron por una calle flanqueada por casas georgianas, y al final se desviaron y se metieron en la terraza de un gran pub pintado de blanco y con ventanas en arco, el Red Lion & Sun, donde había mesas y bancos de madera entre tiestos de plantas. Tras dudar un poco, decidieron sentarse fuera. El tipo alto y calvo entró en el pub para pedir la primera ronda. Strike eligió una mesa situada a escasa distancia de la de sus objetivos, y Barclay entró a pedir las bebidas. En la terraza sólo había una pareja de ancianos que leían sendos periódicos en silencio, mientras su Cavalier King Charles spaniel dormía sentado a sus pies.

—El pobre desgraciado ya se ha quedado casi completamente calvo, ¿no? —oyó decir Strike a Cardew, que había hablado lo bastante alto como para que el detective pudiera captar el comentario—. La última vez que lo vi todavía tenía suficiente pelo para hacerse la cortinilla.

Montgomery rio.

—¿Todavía trabajas en esa empresa… de qué era, de dibujos animados, o…?

—De efectos especiales —dijo Montgomery, que tenía acento de clase media—. Sí, sigo allí.

—¿Te has tirado a alguna tía buena últimamente?

Los dueños del Cavalier King Charles spaniel miraron hacia ellos al oír esa pregunta, y luego siguieron leyendo el periódico. Strike pensó que era la reacción más inteligente.

Montgomery volvió a reír, aunque esta vez se contuvo un poco más.

—Sí, ahora tengo… novia. De hecho, vivimos juntos.

—¿Y cómo coño se te ocurre tener novia? —dijo Wally fingiéndose ofendido—. ¡Si tienes la misma edad que yo!

—No lo sé —contestó Montgomery—. Nos llevamos muy… Ah, mira, aquí está Nils.

Strike echó un vistazo por encima del teléfono en el que fingía estar concentrado. Un gigante de cutis cetrino, con pelo largo rubio y una perilla desaliñada, cruzaba la calle en dirección al pub. El recién llegado aparentaba unos cuarenta años; llevaba una camisa holgada de color rosa oscuro, pantalón corto de color caqui y unas Birkenstock sucias, y debía de medir casi dos metros. Detrás de él iba un niño que sin ninguna duda era su hijo: ambos tenían la boca grande, los labios carnosos y los ojos con las comisuras hacia abajo y los párpados gruesos, lo que confería a sus rostros un peculiar parecido a una máscara. Aunque ya era tan alto como Seb Montgomery, los andares infantiles del niño, que tenían los pies ligeramente torcidos hacia dentro, hicieron sospechar a Strike que era bastante más joven de lo que aparentaba por su estatura: quizá tuviese once o doce años.

—Mierda —susurró Wally—, se ha traído al puto Bram. ¿Y dónde está Pez?

—¡Nils! —saludó Montgomery cuando el hombre alto llegó a la mesa—. ¿Cómo va todo?

—Me alegro de verte, Seb —dijo Nils, sonriendo mientras le estrechaba la mano a Montgomery. Hablaba con un ligero acento extranjero, y al recordar que el dueño del colectivo artístico North Grove era holandés, Strike dedujo que era él—. Y a ti, Wally. ¡Hola, Tim! —añadió cuando el joven alto y calvo volvió del interior del pub con tres cervezas.

—Hola, Nils —saludó Tim. Dejó las bebidas y le estrechó la mano —. Hola, Bram.

El niño ignoró a Tim, pero parecía emocionado y, con una aguda voz de soprano, dijo:

—¿Wally? ¿Wally?

—¿Qué? —respondió Wally.

—¡A jugar, chiqui!

—Sí —contestó Wally con una risa forzada—. Muy bien.

—¡Te veo en YouTube!

—¿Ah, sí? —dijo Wally sin mucho entusiasmo. Luego miró a Nils y le preguntó—: ¿Y Pez? ¿No ha venido?

—No, tenía algo que hacer —contestó Nils—. O a alguien —añadió. Wally y Seb rieron, pero Tim siguió con cara de póquer.

Barclay regresó con cerveza sin alcohol para él y para Strike. Los dos detectives se pusieron a hablar en voz baja y de forma intermitente mientras seguían escuchando la conversación del grupo al que estaban observando, que hablaba en voz mucho más alta. Seb tenía el móvil encima de la mesa, al lado de su cerveza, pero los de los otros estaban fuera de la vista. Strike seguía vigilando el Twitter de Anomia, que continuaba inactivo. Cuando Nils se levantó para ir a buscarse la bebida, Bram se quedó en la mesa. No dejaba de gritar latiguillos de Drek, insensible a la evidente y creciente irritación de Wally.

—¡Drek está *truste* y *abirrido*! ¡Sois todos unos smugliks! ¡A jugar, chiquis!

—Está loco por Drek —explicó Nils cuando regresó a la mesa, aunque no hacía ninguna falta señalarlo; le dio una Coca-Cola a Bram, se sentó y cruzó sus gigantescas piernas—. Bueno, creo que tenemos que brindar, ¿no? Por Edie. Y por la pronta recuperación de Josh.

No pareció que ninguno de los otros tres esperase aquel brindis. Tim, el calvo, se sonrojó como si alguien hubiese dicho algo tremendamente ofensivo. Pero los tres bebieron y, a continuación, Montgomery dijo:

—¿Cómo está Josh, Nils? ¿Sabes algo?

—Sí, anoche hablé con Katya. Os manda recuerdos a todos. No paraba de llorar. Bueno, tiene todo el lado izquierdo paralizado... —Nils se señaló el cuerpo— y en el derecho no nota nada. Parece que tiene la médula espinal lesionada, pero no seccionada... Ese tipo de lesiones tiene un nombre... síndrome de no sé qué.

—Mierda —dijo Montgomery.

—Qué putada —dijo Tim.

—Pero es posible que mejore —continuó Nils—. Dice Katya que hay esperanzas.

El hijo de Nils, que sólo se quedó sentado el tiempo suficiente para beberse la Coca-Cola de un trago, se levantó otra vez y miró a su alrededor buscando algo que hacer. Vio a una paloma picoteando unas migas de patatas fritas que había encima de una mesa vacía y corrió hacia ella agitando los brazos. Cuando la paloma echó a volar, Bram vio el Cavalier King Charles spaniel que dormía debajo de la otra mesa y fue derecho hacia allí.

—¿Puedo acariciar a su perro? —les preguntó en voz alta a los dueños.

—Me temo que está dormido... —contestó la mujer.

Pero Bram la ignoró por completo: se arrodilló y empezó a toquetear al perro, que se despertó sobresaltado, gruñó e intentó

morder al niño. A continuación se armó un pequeño revuelo; la pareja de ancianos, temiendo que acusaran a su perro de atacar al niño, intentaron contenerlo a la vez que trataban de convencer a Bram para que lo dejara en paz, una hazaña que demostró estar lejos de sus posibilidades. Nils seguía sentado disfrutando de su cerveza, tan ajeno al alboroto que había detrás de él como lo había estado Bram al malestar de Wally por sus continuas imitaciones de Drek. Los cuatro amigos seguían hablando, pero Strike y Barclay no oían lo que decían, porque la pareja de ancianos, que había decidido marcharse, estaba haciendo mucho ruido. Ahora el marido tenía fuertemente agarrado en los brazos al Cavalier King Charles spaniel, que no paraba de ladrar; Bram, tan alto como el dueño del perro, seguía intentando acariciar al animal, a pesar de que el anciano giraba el cuerpo hacia uno y otro lado, y mientras tanto la anciana no paraba de repetir: «Ay, no, por favor... No, por favor, no...»

Cuando los dueños del perro por fin consiguieron marcharse, el sonriente Bram regresó a la mesa y dijo «Los smugliks se han marchado» dirigiéndose a Wally, que no le hizo ningún caso. Seb hablaba en voz baja; los otros tres hombres le prestaban toda su atención y Strike sólo captaba algún fragmento de lo que decían.

—... al trabajo —estaba diciendo—. Así que les devolví la llamada, obviamente, y les dije que estaría encantado de ayudar y tal, pero que prefería no hacerlo en la oficina. Y ellos me dijeron que vale y el sábado por la mañana vinieron a mi piso.

—¿Cuánto rato estuvieron hablando contigo? —le preguntó Tim.

—Como una hora.

—¿Puedo comer algo? Nils, Nils, ¿puedo pedir algo de...?

Strike intuyó que si Seb no hubiese parado de hablar ante la interrupción de Bram, su padre lo habría ignorado de forma indefinida. Nils se sacó un billete arrugado del bolsillo y se lo dio al niño, que echó a correr hacia el pub.

—Pues eso —continuó Seb—, básicamente me dijeron que... Esto es una puta locura, pero... me dijeron que Edie creía que yo era Anomia.

—¿Que creía que tú eras Anomia? —repitió Nils con cara de sorpresa.

—Sí, ese fan que creó el juego en línea —explicó Seb—. El juego de multijugadores. Te acuerdas, ¿no? Josh y Edie lo odiaban.

—No sabía que se hacía llamar «Anomia» —dijo Nils—. Qué raro.

—¿Y a quién coño le contó ella que tú eras Anomia? —preguntó Tim.

—No me lo dijeron. Después de eso, me hicieron un montón de preguntas sobre mis cuentas de redes sociales.

—Joder, cualquiera diría que la apuñalaron en las redes sociales

—soltó Wally—. No sé por qué están obsesionados con eso.

—Es por lo de ese grupo neonazi, ¿no? —dijo Seb—. Seguramente sospechan que Anomia forma parte de él.

—Bueno —dijo Tim, que parecía nervioso—, ¿se llevaron tu teléfono, tu disco duro, o...?

—Joder, no —contestó Seb—. Por suerte. Y no lo digo porque... Bueno, a nadie le gusta que la policía meta las narices en su disco duro, ¿no?

Los tres asintieron y Tim se rio.

—No, me hicieron muchas preguntas, les enseñé mi cuenta de Twitter y entré delante de ellos para demostrarles que era yo. Les enseñé mi cuenta de Instagram y les dije que eso era todo, que no hago nada más en redes sociales.

—¿Te preguntaron dónde estabas cuando...? —quiso saber Wally.

—Sí, me lo preguntaron —respondió Seb.

—Joder, ¿en serio? —dijo Tim.

Entonces llegó Bram acompañado de un camarero que llevaba una bolsa de patatas fritas en la mano.

—Nils, ya sabes que no podemos servir a los menores de dieciocho años dentro del pub.

—Pero si sólo quiere unas patatas —repuso Nils.

—Tiene que comprárselas un adulto —replicó el camarero. Dejó la bolsa de patatas y las monedas encima de la mesa y se marchó; su exasperación revelaba que no era la primera vez que tenían aquella conversación. Bram se sentó de nuevo en el banco, abrió la bolsa de patatas y se puso a comer en silencio.

—¿Y tuviste que darles una coartada?

—«Coartada» —repitió Seb dando un resoplido, como si pudiese quitarle hierro a esa palabra riéndose de ella—. Sí, les dije que había quedado con unos colegas, pero que me había equivocado de pub.

—Uf, qué sospechoso, chiqui —dijo Wally, y Bram soltó una risotada.

—Me di cuenta de que me había equivocado de local, fui a buscarlos y los encontré. No fue nada del otro mundo.

—¿Lo comprobaron con tus colegas? —preguntó Wally.

—Sí.

—Su puta madre —dijo Tim—. No dejan ningún cabo suelto.

—¡¿Quién, la policía?! —preguntó Bram a voz en grito. Nadie le hizo caso.

—¿A ti qué te dijeron, Wal? —preguntó Seb.

—No lo sé, tonterías. Pero estuve más de una hora con ellos.

—¿Te preguntaron si eras Anomia?

—No, pero sí me preguntaron si sabía quién era Anomia, y luego siguieron hablando de la hermandad del último no sé qué.

—Creía que el grupo se llamaba The Halvening —dijo Seb.

—No mencionaron a The Halvening, sólo hablaron de esa maldita hermandad —contestó Wally—. Les dije: «No pertenezco a ninguna hermandad, ¿acaso tengo cara de monje?» Y entonces me preguntaron por qué habían prescindido de mí para el papel de Drek y todo eso, y qué pensaba de las ideas políticas de Edie.

—¿Y qué les contestaste? —preguntó Tim.

—Les dije que pensaba que sus ideas políticas eran un montón de mierda. De todas formas, eso ya lo sabían —indicó Wally, cuya voz había adquirido un tono un tanto agresivo—. Habían visto mis vídeos. Les dije que lo que tenían que hacer era ir a hablar con algún justiciero social de ésos. Ellos sí que querían verla muerta, yo no. A quien tienen que buscar es al hijoputa...

Se cortó demasiado tarde, pero Bram se limitó a reír.

—Ya ha oído esa expresión otras veces —dijo Nils con ligereza.

—Eres un mukfluk muy mal hablado —le soltó Bram a Wally, imitando el falsete de Drek.

—Sí, ya —dijo Wally—. Les dije: «Vayan a buscar al autor de "La pluma de la justicia"» ¿Lo habéis visto? —les preguntó a los otros, y todos negaron con la cabeza—. Pues a ti te gustaría —le dijo a Tim con una pizca de malicia—. Por lo visto, el Gusano es transfóbico.

Tim compuso una sonrisa forzada.

—¿Ah, sí?

—Sí. Es hermafrodita, ¿no? Es obvio que se burla de los niños no binarios.

—¿Y te preguntaron dónde habías estado aquella tarde? —añadió Seb.

—Sí, y les dije que en mi casa con mi abuela y mi hermana, y ellas hablaron con la policía y lo confirmaron, y ya está.

—¿Te preguntaron cuándo habías visto a Edie por última vez?

—Sí. Les dije que no había vuelto a verla desde que me habían despedido, pero que a veces todavía veía a Josh.

—¿Ah, sí? —Tim se sorprendió.

—Sí. Bueno... éramos amigos antes de que crearan esos putos dibujos animados, ¿no? Además, Josh no quería que yo me marchara. Eso fue todo cosa de ella. Y me preguntaron cuándo había visto a Josh por última vez y les dije que por fin de año. Fuimos a la misma fiesta.

—¿En serio? —preguntó Tim.

—Sí, y él cogió una mierda impresionante —dijo Wally riendo—. No paraba de hablar de contratos de películas y demás.

—Katya mencionó lo de la película anoche —comentó Nils.

—Pero ahora ya no pueden hacerla, ¿no? —preguntó Seb—. Si Josh se queda...

—No, creo que la harán de todas formas —opinó Nils.

Tim sacó su móvil y lo miró; no pareció muy contento con lo que veía y se lo guardó otra vez en el bolsillo. Al mismo tiempo, Seb cogió su móvil, tecleó algo en él y volvió a dejarlo. Strike echó un vistazo a la cuenta de Twitter de Anomia. Seguía sin haber nuevos tuits. Los dos detectives continuaban charlando de forma intermitente, aunque los cuatro jóvenes y el niño no parecían interesados por ellos, y tampoco especialmente preocupados por si alguien oía su conversación.

—¿Y a ti qué te preguntaron, Nils? —quiso saber Tim—. De hecho, ¿para qué querían verte?

—Bueno, habían oído que Josh se había alojado un mes en North Grove antes del ataque.

—¿Ah, sí? —dijo Wally, tan sorprendido como los otros dos.

—Sí. Por lo visto inundó su piso y el piso de abajo. Hubo muchos daños estructurales.

—Menudo gilipollas —dijo Seb, aunque sin mucha maldad.

—Le dijimos que podía quedarse en su antigua habitación un tiempo. La policía quería saber si Yasmin había ido a visitarlo y...

—¿Quién? —preguntó Seb.

—Ah, a lo mejor eso fue después de tu estancia allí —señaló Nils —. Una chica que los ayudó un tiempo, trabajaba a media jornada. Se encargaba del correo de los fans, programaba entrevistas y esas cosas.

—Ya me acuerdo —afirmó Wally—. Una tía gorda, ¿verdad? Edie la despidió.

—Sí. Sea como sea, Yasmin fue al piso nuevo de Josh y no lo encontró allí, pero siguió buscándolo hasta que lo encontró con nosotros, y estuvieron hablando, y después a Josh se le metió en la cabeza que Edie era...

Justo entonces, Bram, aburrido, se levantó otra vez y empezó a lanzar frases de Drek a pleno pulmón. Miró alrededor en busca de alguna distracción y se fijó brevemente en Strike y en Barclay.

—¡Drek está *truste* y *abirrido*... Drek está *truste* y *abirrido*... Drek está *truste* y *abirrido*!

Los chillidos incesantes impedían oír lo que Nils les estaba diciendo a los otros tres. Al cabo de un par de minutos, aunque parecieron muchos más, Nils se interrumpió, se sacó el teléfono del bolsillo de los pantalones cortos y, sin decir nada, se lo dio a Bram, que lo agarró, volvió a sentarse y, en silencio, se puso a jugar.

—Y dice Katya —continuó Nils— que Josh se llevó el dosier con él.

—¿No lo encontraron en el cementerio? —preguntó Seb.

—No. Creen que se lo llevó el atacante. Y también el teléfono de Josh.

—Mierda —dijo Seb.

—¿Y sabes si la policía ha hablado con Pez? —preguntó Wally.

Nils dijo que no con la cabeza.

Tim volvió a sacarse el móvil del bolsillo de la chaqueta y tecleó algo en él. Strike revisó el Twitter de Anomia. Seguía inactivo.

—Tengo que irme —dijo Tim.

—¡Pero si todavía no nos has contado nada! —se quejó Wally.

—Ya os lo dije: conmigo no han contactado. —Tim se levantó—. Creía que, si habían ido a hablar con vosotros, debían de querer hablar con todos los implicados en *Un corazón tan negro*, pero por lo visto tenían otros motivos para hablar con vosotros tres. —Aparentemente, esa idea lo había tranquilizado—. Sea como sea, me alegro de haberos visto —añadió. Entonces vio pasar un taxi y dijo—: A ver si puedo pillar a ése. —Agitó una mano y salió corriendo de la terraza para pararlo.

Wally, Seb y Nils se quedaron mirando a Tim mientras se alejaba. Bram no levantó la vista de su juego. Cuando el taxi arrancó, Wally expuso:

—Siempre me ha parecido un poco gilipollas.

Seb se rio, y Wally miró la hora en su teléfono.

—Bueno, yo también tengo que irme. Dale recuerdos a Mariam, Nils. Dile que al menos yo nunca he quemado nada.

Pareció que Nils entendía aquel comentario, porque sonrió y le estrechó la mano a Wally.

—Seb, ¿vas a coger el metro?

—No, creo que también me iré en taxi.

—Vale, pues hasta luego.

Wally se marchó a buen paso hacia la estación de metro. Barclay dejó que se alejara hasta perderse de vista, y entonces le tendió la mano a Strike, que se la estrechó.

—Encantado de conocerte —dijo Barclay en voz baja—. Pero no te pareces en nada al tipo de la fotografía.

—Ya, es que la fotografía era de mi culo —repuso Strike, y el escocés se marchó sonriendo.

Cormoran se quedó sentado a la mesa.

Seb estaba tecleando otra vez en su móvil, y Strike comprobó el suyo: Anomia seguía sin tuitear.

—Bueno, creo que yo también me voy —dijo Seb terminándose la cerveza; de pronto, parecía impaciente por marcharse de allí—. Me alegro de haberte visto, Nils.

—Nos vamos contigo —dijo Nils, y a Seb no pareció entusiasmarlo especialmente la idea.

Strike les dio un poco de ventaja, se levantó y los siguió; sólo pretendía observar a Seb hasta que se metiera en el taxi.

Montgomery paró uno en la pequeña rotonda que había cerca del pub, y Nils y Bram siguieron subiendo por Hampstead Lane. El niño

todavía iba jugando con el móvil de su padre y cada dos por tres chocaba con las farolas, las paredes o la gente. Strike se paró en la acera y encendió un cigarrillo. Apenas era media tarde; le sobraba tiempo antes de acudir a su cita con Madeline, quizá el suficiente para regresar a su ático, ducharse y cambiarse, un lujo con el que no siempre contaba.

Se quedó allí plantado, acabándose el cigarrillo antes de parar un taxi, y justo entonces vio a una chica delgada vestida de negro de pies a cabeza que corría por la otra acera de la calle; llevaba el móvil pegado a la oreja y miraba a su alrededor con gesto de desesperación.

22

... una niña raquítica,
con los ojos hundidos y afilados por una precoz cautela...

CHRISTINA ROSSETTI, *Mirad, estoy ante la puerta y llamo*

Si Strike se fijó en la chica fue porque su aflicción saltaba a la vista. Era algo más que bajita —a lo sumo mediría un metro cincuenta — y de una delgadez tan extrema que las clavículas podían verse incluso desde el otro lado de la calle. Llevaba el pelo muy largo, casi hasta la cintura, teñido de un negro azulado, y sus ojos, perfilados con gran cantidad de kohl negro, contrastaban con su pálido cutis. A pesar de su corta estatura y de que tenía el pecho prácticamente plano, Strike supuso que tendría como mínimo dieciocho años, porque llevaba medio brazo izquierdo tatuado. La camiseta de tirantes negra, la falda larga y los botines sin tacones parecían viejos y baratos.

Era evidente que la persona con la que intentaba hablar no contestaba al teléfono. A cada minuto, más o menos, la chica golpeaba la pantalla del móvil con un dedo y volvía a acercárselo a la oreja, sin dejar de mirar frenéticamente a ambos lados de la calle. Al final, echó a andar en la dirección por la que acababa de llegar Strike.

El detective dio media vuelta y, sin tirar el cigarrillo, siguió a la chica, que iba presurosa por la acera opuesta. Cuando él ya casi estaba a la altura del Red Lion & Sun, ella cruzó la calle sin despegarse el móvil de la oreja. Strike redujo el paso y la vio buscar entre las mesas —ocupadas ahora por algunos clientes más— y entrar a toda prisa en el pub. Unos segundos antes, al pasar por delante de Strike, éste tuvo ocasión de observarla de cerca. Sus dientes parecían demasiado grandes en aquella cara tan chupada y, con cierta sorpresa, el detective reconoció uno de los tatuajes que la chica llevaba en el antebrazo: era Blacky, el héroe negro azabache de *Un corazón tan negro*.

Cada vez más intrigado, Strike se quedó esperando en la acera, porque estaba casi seguro de que la persona a la que buscaba la chica no estaría en el pub. Y efectivamente, no había pasado ni un minuto cuando la vio salir con el móvil todavía pegado a la oreja, pero sin hablar. Tras quedarse indecisa en la acera unos segundos mientras Strike fingía examinar algo en su móvil, se alejó del pub más despacio, como si su destino ya no fuese tan importante. Aun así, siguió

intentando comunicarse con alguien por teléfono: lo sostenía junto a la oreja hasta que saltaba el buzón de voz, supuso Strike; entonces bajaba la mano sin decir nada, pulsaba «reintentar» y volvía a subirlo para escuchar.

El detective la siguió a una distancia de veinte metros. Se fijó en que la chica llevaba varios brazaletes plateados y baratos en las muñecas. Sus omoplatos eran igual de prominentes que sus clavículas. Estaba tan flaca que Strike habría podido rodearle el brazo con una mano, y se preguntó si sería anoréxica.

Mientras seguía a su objetivo hasta Highgate High Street, notó que su propio móvil le vibraba en el bolsillo y lo sacó.

—Strike.

—Ah, sí, hola —dijo una voz nerviosa con acento de clase media —. Soy Katya Upcott.

—Ah, gracias por devolverme la llamada, señora Upcott... —dijo Strike, sin dejar de seguir a la chica vestida de negro. Era tan menuda que el detective, con su metro noventa de estatura, se sentía un poco incómodo siguiéndola, y por eso se mantenía alejado de ella en la medida de lo posible.

—Sí, lo siento muchísimo. Íñigo anotó su número en el bloc de notas, pero no lo apuntó bien y he llamado un montón de veces a una pobre mujer que ha acabado harta de mí, así que he decidido llamar a su agencia y un hombre muy amable llamado Pat me ha dado el número correcto.

Strike esbozó una sonrisa.

—Gracias por tomarse la molestia. Supongo que ya sabe cuál era el motivo de mi llamada, ¿verdad?

—Sí, Anomia. Estoy encantada de que Allan y Richard hayan acudido a usted. Y espero que usted consiga averiguar quién es. Josh... —Al pronunciar ese nombre, su voz adoptó un tono ligeramente más agudo—. Está tan consternado... Ya sé que se lo han contado, pero... Fue un malentendido lamentable... —dijo, y a Strike le pareció que estaba a punto de llorar—. Los dos nos alegramos mucho de que lo hayan contratado. Le leí a Josh un artículo sobre usted.

—Bueno, le aseguro que haremos todo lo que esté en nuestra mano —dijo Strike—. ¿Cómo está Josh?

—Está... —Se le quebró la voz—. Lo siento mucho, es que ha sido todo tan espantoso... Él se está... está siendo muy valiente. Sufre una parálisis parcial... Lo llaman «síndrome de Brown-Séquard»: tiene media parte del cuerpo inmovilizada y en la otra ha perdido la sensibilidad. Dicen que este tipo de parálisis puede mejorar, y yo intento... todos intentamos... ser optimistas... Josh quiere hablar con usted. Ha conseguido decírmelo esta tarde, pero los médicos prefieren que no lo molestemos todavía, porque le cuesta mucho hablar y el

tema de Edie lo altera mucho y lo… angustia tremendamente.

Soltó un gritito ahogado, y acto seguido Strike oyó un llanto amortiguado, como si la mujer hubiera tapado el teléfono con la mano.

Un poco más allá, la joven vestida de negro se había metido en un parque. Strike la siguió.

—Lo siento… —murmuró Katya Upcott entre sollozos.

—No se disculpe, por favor —dijo Strike—. Es una situación terrible.

—Sí que lo es —dijo ella, como si el detective hubiese dicho algo sumamente profundo en lo que nadie más había reparado—. Terrible. Josh se siente tan mal por lo que le ha pasado a Edie… Y por haberla acusado de ser Anomia… Yo… Josh me dictó una carta para que la pusiera en su… ataúd. Le decía cuánto lo sentía y… y lo mucho que había significado para él. Josh sólo tiene veinticinco años —añadió Katya entre sollozos y sin dar más explicaciones.

Strike sabía a qué se refería. El soldado que había perdido medio cuerpo en la explosión que a él le había arrancado media pierna derecha tenía la misma edad que Josh Blay.

—Lo siento, lo siento —repitió Katya, que de nuevo intentaba controlarse—. Voy a verlo todos los días. El pobre no tiene a nadie más. Su padre está completamente alcoholizado y sus amigos… bueno, tienen su misma edad, creo que están todos muy asustados por lo que ha pasado. En fin, por ahora los médicos no quieren que lo molestemos.

—Claro, yo no voy a hablar con él hasta que los médicos juzguen que está preparado —dijo Strike—, pero me gustaría mucho hablar con usted, dado que conocía a Josh y a Edie desde los comienzos de *Un corazón tan negro*. Me interesa saber con qué personas mantenían una relación estrecha, porque, como ya sabe, Anomia parece tener mucha información personal sobre Edie.

La chica a la que estaba siguiendo continuó por el sendero pavimentado que atravesaba el parque, con el teléfono todavía pegado a la oreja.

—Sí, sí, por supuesto. Estaré encantada de ayudar —dijo Katya—. Edie se movió bastante antes de ir a North Grove. Tenía muchos ex compañeros de piso y había trabajado con mucha gente. Ayudaré en todo lo que pueda. Se lo he prometido a Josh.

—¿Le iría bien quedar la semana que viene? —preguntó Strike.

—Sí, la semana que viene me va bien, pero… supongo que Allan ya le dijo que trabajo desde mi casa, ¿no? ¿Le importa que quedemos en una cafetería? Es que mi marido está enfermo y prefiero no molestarlo.

—No hay ningún problema. Sólo tiene que decirme dónde.

—Bueno, vivimos en Hampstead. ¿Le queda demasiado lejos?

—No, en absoluto —dijo Strike—. El jueves voy a ir a su zona para hablar con Phillip Ormond. ¿Sabe quién…?

—Sí, sé quién es Phillip.

—He quedado con él a las seis en un pub que está cerca de la escuela donde trabaja. Quizá podría quedar con usted esa misma tarde, antes de ver a Phillip.

—Jueves, jueves… —murmuró ella. Strike la oyó pasar unas páginas y dedujo que Katya era una de aquellas personas cada vez más raras que utilizaban una agenda de papel—. Sí, el jueves me va bien. Suelo ir a ver a Josh por la tarde, pero estoy segura de que él preferirá que priorice hablar con usted.

Acordaron una hora y una cafetería de Hampstead y, con una voz ligeramente ronca, Katya volvió a darle las gracias por haber aceptado el caso y colgó.

La chica a la que estaba siguiendo seguía caminando e intentando llamar a alguien por teléfono. Strike volvió a abrir el Twitter de Anomia. No había ningún nuevo tuit.

El extremo de su pierna amputada estaba empezando a irritarse a pesar de la almohadilla de gel que separaba el muñón de la prótesis. No había previsto andar tanto aquella tarde. Su mirada volvió a posarse en el brazo izquierdo de la chica y en aquellos intrincados tatuajes, y pensó que debían de haberle costado mucho dinero.

Pero, si tenía cientos de libras para gastar en tatuajes, ¿por qué llevaba una ropa tan barata y gastada?

De repente, la chica se detuvo. Por fin hablaba por teléfono, y lo hacía con una actitud que revelaba una intensa agitación. Se apartó del centro del sendero y se sentó en un banco vacío, con la cabeza gacha y protegiéndose los ojos con una mano. Strike dejó el sendero y pasó al césped, una superficie por la que le costaba manejarse con la prótesis, y fingió estar concentrado en su teléfono.

Disimuladamente, fue acercándose al sitio donde estaba sentada la chica hasta que alcanzó a oírla hablar.

—Pero ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué? —iba diciendo con marcado acento de Yorkshire, lo que sorprendió a Strike—. ¿Cómo crees que me sentí cuando ella me dijo que habías quedado con Nils?

Siguió un largo silencio; era obvio que la persona que estaba al otro lado de la línea estaba hablando.

—Pero ¿por qué? —insistió la chica de Yorkshire. Se le quebró la voz, pero, a diferencia de Katya, no intentó ocultarle a su interlocutor que estaba llorando—. ¿Por qué?

Se produjo otro largo silencio; la chica jadeaba y balbuceaba, y sus delgados hombros empezaron a temblar. Justo en ese momento, pasó un joven con una sudadera de cremallera con la capucha puesta

y miró a la desconsolada chica sin rastro de compasión.

—Ya, pero, si es así, ¿por qué no podía estar yo también allí?... Pero, no tenían por qué saberlo... ¿Por qué iban a saberlo?

Hubo otra pausa, y entonces la chica le espetó a su interlocutor:

—Ah, pero sí quieres que diga que estabas conmigo cuando te interesa, ¿verdad?

Se levantó de un brinco y se puso en marcha de nuevo, esta vez más deprisa. Strike la siguió, pero perdió terreno porque tuvo que salir del césped y volver al sendero. Ahora ella hablaba a voz en grito a la vez que gesticulaba con el tatuado brazo izquierdo, y el detective comprendió que todavía debía de estar llorando, a juzgar por las miradas que atraía de la gente con la que se cruzaba.

La chica se acercaba ya a la salida del parque, y Strike se dio cuenta por primera vez de lo cerca que estaban del cementerio de Highgate. El parque lindaba con el camposanto, y desde allí podía ver algunas tumbas entre los árboles que tenía a la izquierda. Su objetivo salió del parque y torció a la izquierda por otro sendero, y, al reducir la distancia que la separaba de ella, el detective oyó fragmentos de lo que estaba diciendo. La chica estaba tan consternada que no parecía importarle quién pudiese oírla.

—Yo no quería... Yo nunca amenacé con... Pero ¿por qué?... Sólo son excusas... Esta noche trabajo... No, pero... ¿qué?

Era evidente que su interlocutor había colgado. Se detuvo a la altura de la imponente entrada neogótica del cementerio, y Strike también redujo el paso y, una vez más, fingió estar interesado en su teléfono. Con un ademán infantil, la chica se enjugó las lágrimas con el antebrazo derecho, y se quedó allí plantada, indecisa, contemplando la entrada que tenía a su derecha; Strike volvió a verla de perfil y pensó que su rostro, blanco y demacrado, con los dientes tan grandes y los ojos negros, parecía una calavera. El pelo largo y teñido, el brazo tatuado y la ropa negra barata le conferían una extraña sintonía con el escenario: era moderna, pero también gótico-victoriana, una niña doliente con larga falda negra que contemplaba las tumbas. Fingiendo que enviaba un mensaje, y aprovechando que se había quedado quieta, Strike le tomó varias fotografías. Entonces la chica se puso de nuevo en marcha.

La siguió otros veinticinco minutos, hasta que su objetivo llegó a Junction Road, una calle larga y concurrida con mucho tráfico. La chica siguió andando y dejó atrás tiendas y oficinas, y luego torció por Brookside Lane y se metió por una puerta lateral, que Strike supuso que conducía al piso superior de una tienda de barrio cuyo edificio tenía una distribución irregular. Las ventanas estaban sucias y entre dos de ellas había un letrero de una agencia inmobiliaria.

El detective hizo varias fotografías del edificio con su teléfono, y

luego se dio la vuelta con la intención de buscar un taxi. Le dolía mucho el extremo del muñón y decidió comerse una hamburguesa antes de ir a su casa a ducharse y cambiarse, anticipándose al caso más que probable de que, en el bar elegido por Madeline, no ofrecieran más que unos frutos secos especiados.

Tardó unos diez minutos en encontrar un restaurante de comida rápida, y, tras sentarse y resoplar de alivio por dejar de cargar todo su peso en la prótesis, le dio un gran bocado a la hamburguesa con queso e intentó por enésima vez registrarse en *El juego de Drek*. Tal como había sucedido en las ocasiones anteriores, apareció el corazoncito negro animado, sonriendo y encogiéndose de hombros, y diciéndole que volviera a intentarlo más tarde.

Strike le dio otro bocado a la hamburguesa y entró en Twitter para comprobar si Anomia había dicho algo más.

El tuit apareció mientras Strike masticaba patatas fritas:

Anomia
@AnomiaGamemaster

Si dios hubiese querido que fuésemos compasivos, no habría hecho que la gente que llora fuese tan fea del copón.

17:14 9 abril 2015

23

Y no hay ni verdad ni mentira;
en una horrible mascarada
todas las cosas bailan…

AMY LEVY, *Magdalene*

Chats internos entre seis de los ocho moderadores de *El juego de Drek*

<**Canal de moderadores**>;

<**9 abril 2015 19:32**>;

<**Presentes: Cora, Infernal1, Gusano28**>;

Cora: Ha aparecido LordDrek?

Infernal1: no lo he visto, por qué?

Cora: sólo por curiosidad

Infernal1: Anomia sigue sin dejar entrar a nadie nuevo?

Cora: Sí

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Morehouse: Y Anomia?

Cora: Ha estado aquí hace media hora y luego ha desaparecido

Morehouse: ya, estaba hablando conmigo por teléfono.

Infernal1: guau, debe de ser como tener el número de teléfono de Dios

Gusano28: XD

Morehouse: y LordDrek y Vilepechora?

Cora: hoy no los he visto. Por qué?

Morehouse: porque estoy harto de esperar a que Anomia los eche

Cora: Morehouse, ya te he dicho muchas veces que no son de Halvening!

Gusano28: podrian serlo

Cora: no digas estupideces

<**Gusano28 ha dejado el canal**>;

Infernal1: Cora, para de insultarla!

Infernal1: ya sabes que se siente muy insegura por sus faltas de ortografía y todo eso

<**Traslúcida se ha unido al canal**>;

Infernal1: ya era hora, joder

Infernal1: no podía marcharme hasta que llegaras tú, órdenes de Anomia

Infernal1: que seas la favorita de Morehouse no significa que puedas entrar y salir cuando te dé la gana.

<**Infernal1 ha dejado el canal**>;

Traslúcida: pero qué demonios le pasa?

Cora: ni caso. Está celoso

Traslúcida: por qué?

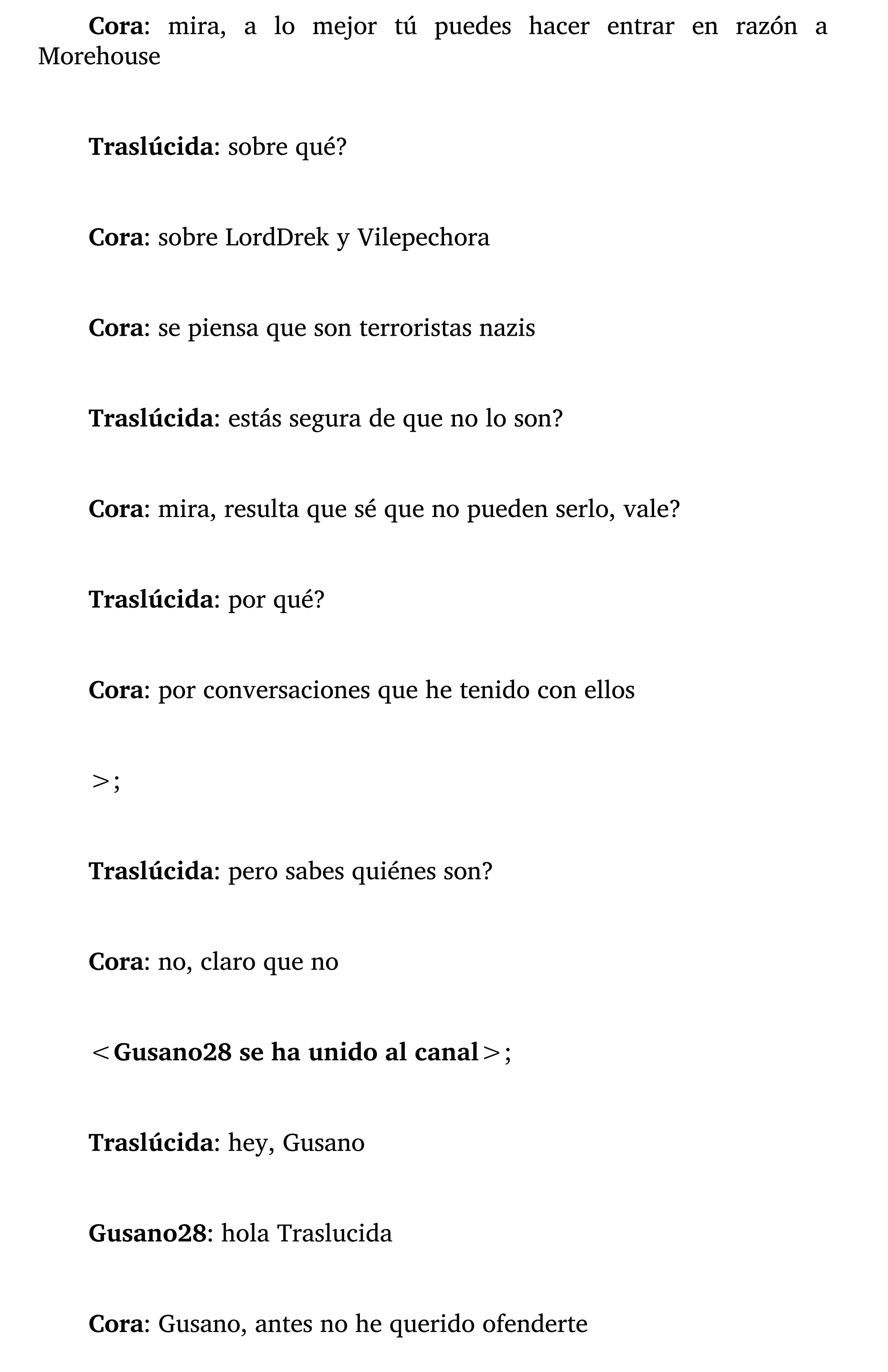
Cora: porque Morehouse y tú sois amigos. No le gusta. Estoy segura de que es gay.

Traslúcida: ah, no lo sabía

Cora: y Gusano28 acaba de salir muy ofendida. Es muy susceptible.

Traslúcida: todos tenemos inseguridades.

Cora: ya, pero ella se pasa. Más vale que vuelva, tengo que irme a las 9



Cora: mira, a lo mejor tú puedes hacer entrar en razón a Morehouse

Traslúcida: sobre qué?

Cora: sobre LordDrek y Vilepechora

Cora: se piensa que son terroristas nazis

Traslúcida: estás segura de que no lo son?

Cora: mira, resulta que sé que no pueden serlo, vale?

Traslúcida: por qué?

Cora: por conversaciones que he tenido con ellos

>;

Traslúcida: pero sabes quiénes son?

Cora: no, claro que no

<**Gusano28 se ha unido al canal**>;

Traslúcida: hey, Gusano

Gusano28: hola Traslucida

Cora: Gusano, antes no he querido ofenderte

Gusano28: tranqui pero estoy harta deque la jente me llame estuupida y imbecil

Cora: Cuándo te he llamado yo imbécil?

Gusano28: tu no Vilepchero

Gusano28: no se escribirlo

Gusano28: y el siempre se mete con las fatas que hago

Cora: no lo hace en serio

Cora: sólo es una broma

Traslúcida: pues no tiene gracia

Gusano28: no ninguna

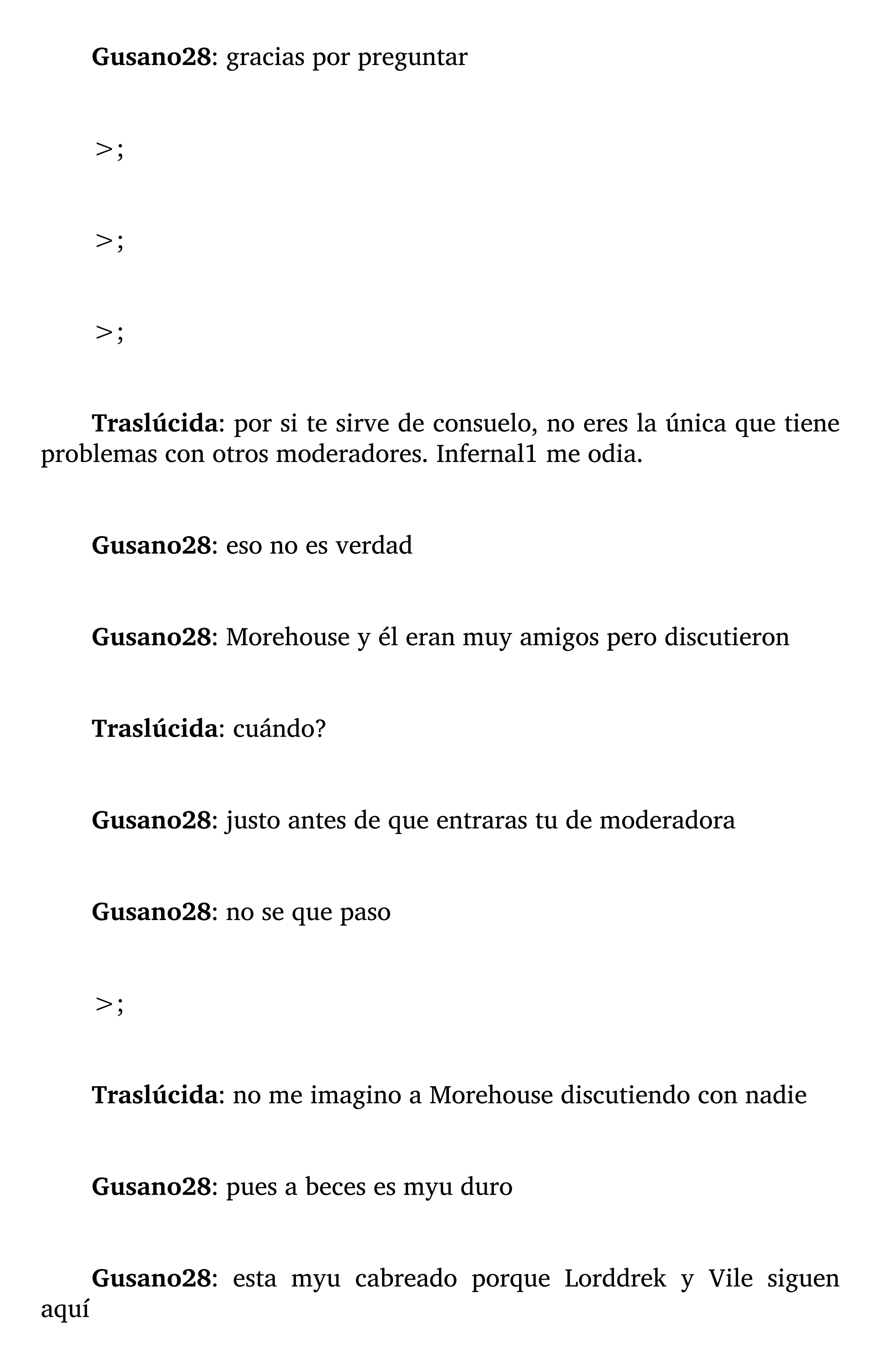
Cora: bueno, tengo que irme.

Cora: hasta mañana

<**Cora ha dejado el canal**>;

Traslúcida: todo bien, Gusano?

Gusano28: si



Gusano28: gracias por preguntar

>;

>;

>;

Traslúcida: por si te sirve de consuelo, no eres la única que tiene problemas con otros moderadores. Infernal1 me odia.

Gusano28: eso no es verdad

Gusano28: Morehouse y él eran muy amigos pero discutieron

Traslúcida: cuándo?

Gusano28: justo antes de que entraras tu de moderadora

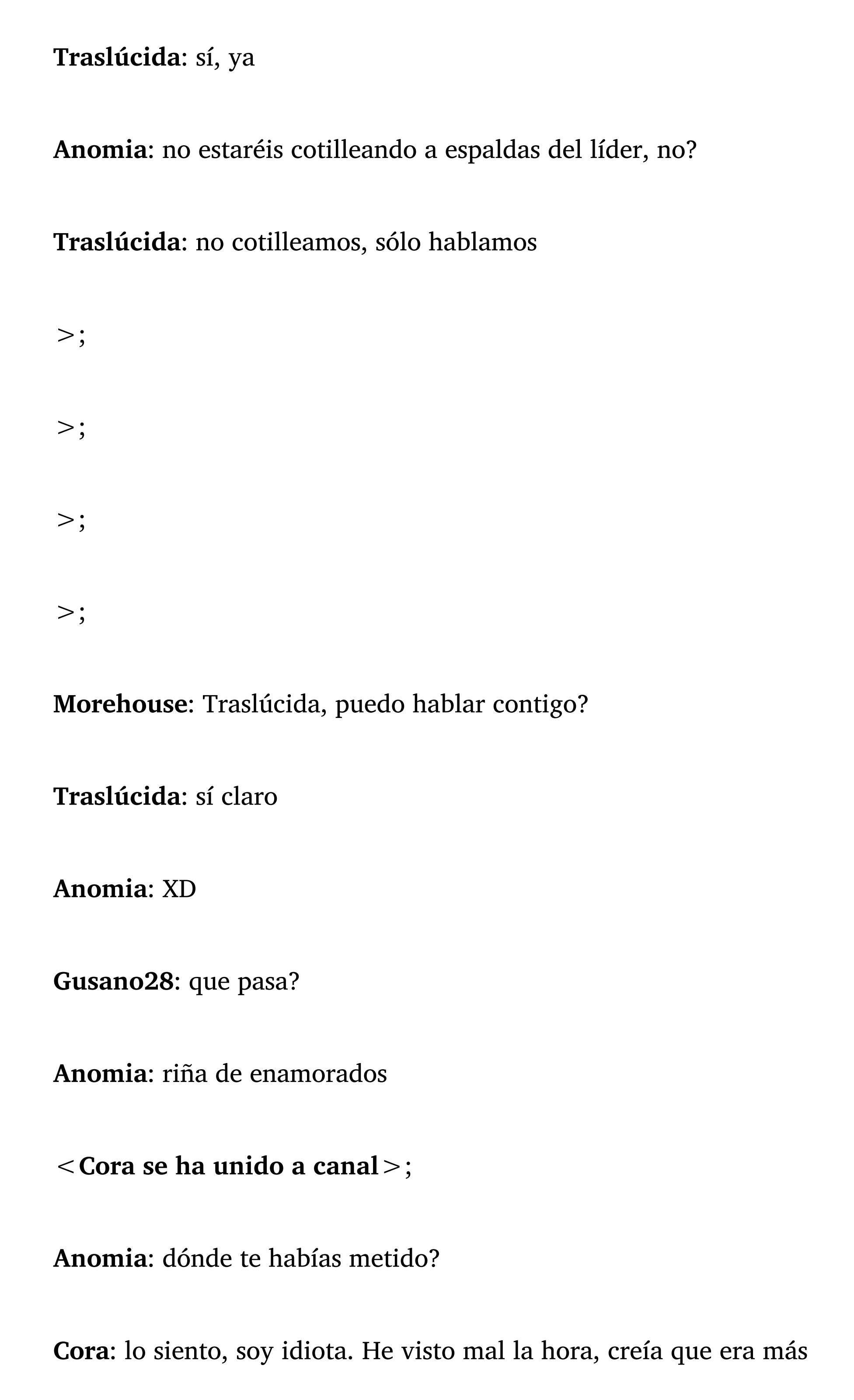
Gusano28: no se que paso

>;

Traslúcida: no me imagino a Morehouse discutiendo con nadie

Gusano28: pues a beces es myu duro

Gusano28: esta myu cabreado porque Lorddrek y Vile siguen aquí



Traslúcida: sí, ya

Anomia: no estaréis cotilleando a espaldas del líder, no?

Traslúcida: no cotilleamos, sólo hablamos

>;

>;

>;

>;

Morehouse: Traslúcida, puedo hablar contigo?

Traslúcida: sí claro

Anomia: XD

Gusano28: que pasa?

Anomia: riña de enamorados

<**Cora se ha unido a canal**>;

Anomia: dónde te habías metido?

Cora: lo siento, soy idiota. He visto mal la hora, creía que era más

tarde. Todavía me queda una hora aquí.

Anomia: creía que Gusano era la única moderadora con necesidades especiales.

<**Gusano28 ha dejado el canal**>;

Cora: hostia, Anomia, acababa de volver después de que yo la hiciera enfadar sin querer!

Anomia: pues más vale que no tarde mucho. Le toca moderar

Anomia: vuelvo en 10 a ver si ha vuelto y si no está, que se prepare

<**Anomia ha dejado el canal**>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Cora: Traslúcida?

>;

Cora: no puedo moderar yo sola, volvemos a tener un bloqueo en Wombwell

>;

Traslúcida: voy enseguida

>;

>;

>;

>;

Cora: Traslúcida, necesito ayuda!

>;

>;

>;

Traslúcida: ya te lo he dicho, voy enseguida!

>;

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: dónde está Gusano?

Cora: se ha vuelto a ofender

Cora: Anomia la ha molestado

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: vale, dónde quieres que me ponga?

Cora: en el atasco de Wombwell

Traslúcida: ya lo veo

>;

<**Gusano28 se ha unido al canal**>;

Cora: menos mal, Anomia va a venir ahora a ver si has vuelto, Gusano

Gusano28: estoy harta d e que todo el mundo se rria de mi

Cora: Nadie se ríe de ti, ven a ayudarme con Wombwell o todos tendremos problemas

Morehouse: tranquis, yo también puedo ayudar

<**Anomia se ha unido al canal**>;

Anomia: muy bien, todos presentes y en orden

Anomia: si no, se habría armado una bien gorda

Morehouse: nos encantan tus discursos motivadores

Anomia: oderint dum metuant

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**Anomia invita a Morehouse**>;

<**9 abril 2015 19:35**>;

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Anomia: ya te lo dije después de la última vez, joder. No me vuelvas a llamar a casa.

Morehouse: No querías hablar conmigo aquí, por eso te llamé.

Morehouse: Y si sigues sin querer hablar de ello aquí, te volveré a llamar.

Anomia: no me puedes llamar al puto fijo. No lo hagas más, joder.

Morehouse: te llamé desde una cabina. Eres un puto paranoico!

>;

Anomia: ya, desde una cabina de C********

Morehouse: Podemos dejar esta chorrada de los ******?

Anomia: Qué quieres de mí? Ya te dije que investigaría a LordDrek y a Vilepechora. Estoy en ello.

Morehouse: ya llevas semanas investigando.

Anomia: porque me ha llevado semanas y no he encontrado nada. Si encuentro algo, los echaré.

Morehouse: qué esperas encontrar, una puta capucha del KKK?

>;

Anomia: mira, no puedo echarlos si no tengo pruebas.

Morehouse: al cuerno las pruebas. Sabes que siempre he pensado que había algo raro con Vilepechora.

Anomia: No la han matado ellos, vale?

Morehouse: y cómo coño puedes estar tan seguro?

Anomia: estoy seguro. Resulta que sé que esa noche ellos no estaban en Highgate.

Morehouse: no jodas que sabes quiénes son en la vida real.

Anomia: no, eso infringiría la regla 14

Morehouse: hostia puta, olvídate de la regla 14, estamos hablando de un asesinato

Morehouse: lo que hicieron, convencer a los demás de que tú eras Ledwell, es exactamente el modus operandi de Halvening.

Anomia: mira, si descubro que son de Halvening, los echo.

Morehouse: Me lo prometes?

Anomia: Qué quieres que haga, que crucemos los putos meñiques?

Anomia: Ya te he dicho que lo investigaré

>;

>;

Anomia: pero son buenos moderadores, aunque sean nazis

Morehouse: qué es eso, un chiste?

Anomia: más o menos, sí

Morehouse: tengo la impresión de que, por alguna razón que no me quieres contar, te interesa mantenerlos cerca

Anomia: como cuál?

Morehouse: Quizá estáis todos en Halvening

Anomia: vete a la mierda. Yo no brindo por Odín con un cuerno ni hago ninguna mamonada de ésas

Morehouse: quién brinda por Odín con un cuerno?

Anomia: The Halvening, seguramente. Runas nórdicas y toda esa mierda.

>;

Morehouse: estás bien informado.

Anomia: mira tío, lo leo en el Times como todo el mundo

Anomia: en fin, no eres quién para darme lecciones morales

Morehouse: qué demonios significa eso?

Anomia: que te pajeas a saco con las fotos en pelotas de Traslúcida

Anomia: cuando montamos esto acordamos que no haríamos esas guarradas

Morehouse: cómo coño sabes que me ha mandado fotos?

Morehouse: nos espías en los canales privados?

Anomia: no

Anomia: me envió una foto por error que era para ti

>;

>;

>;

>;

Morehouse: No te creo

Anomia: pregúntaselo

Morehouse: claro que se lo voy a preguntar

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<**Anomia ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**9 abril 2015 20:04**>;

<**Morehouse invita a Traslúcida**>;

Morehouse: tengo que preguntarte una cosa

<**Traslúcida se ha unido al canal**>;

Traslúcida: qué pasa? No me asustes.

Morehouse: Anomia dice que le enviaste una foto que era para mí, por error

Traslúcida: mierda

Morehouse: es verdad?

Traslúcida: sí

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: No te lo dije porque creía que te enfadarías mucho

Morehouse: mierda

>;

Traslúcida: Morehouse, lo siento mucho, pero no era nada especial, no era guarra ni nada

Traslúcida: Tuve que decirle que me había equivocado y que no era para él

Traslúcida: ya sé que debería haber tenido más cuidado

Traslúcida: lo siento muchísimo

Morehouse: no pasa nada

Traslúcida: sí pasa, ahora él sabe que estamos infringiendo la regla 14

>;

Traslúcida: crees que me baneará?

Morehouse: eso no lo puede decidir él solo, no olvides que yo soy cocreador

Morehouse: es que yo no quería que Anomia supiera lo nuestro pq es muy tóxico. Es muy controlador. No le gusta que nadie tenga relaciones en las que él no participa. O eres un pelota como Cora o

acaba dándote la patada. Yo sigo aquí sólo porque me necesita

Traslúcida: lo siento mucho, Morehouse

Morehouse: no, tranqui

Morehouse: qué foto era?

Traslúcida: la de la camisa rosa

Morehouse: joder, menos mal que no era de las guarras!

Traslúcida: no se ven los pezones

Morehouse: XD ¿ése es el criterio?

Traslúcida: sí

Traslúcida: bueno, y el pubis

Morehouse: XD

Traslúcida: tío, tengo que ir a moderar o Anomia me va a poner verde.

Morehouse: sí ok bss

Traslúcida: *manda besos*

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<**Traslúcida ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: Cora, expulsa a Inky501, es un capullo

Cora: por qué?

Anomia: no para de preguntarle a todo el mundo qué sabe sobre mí

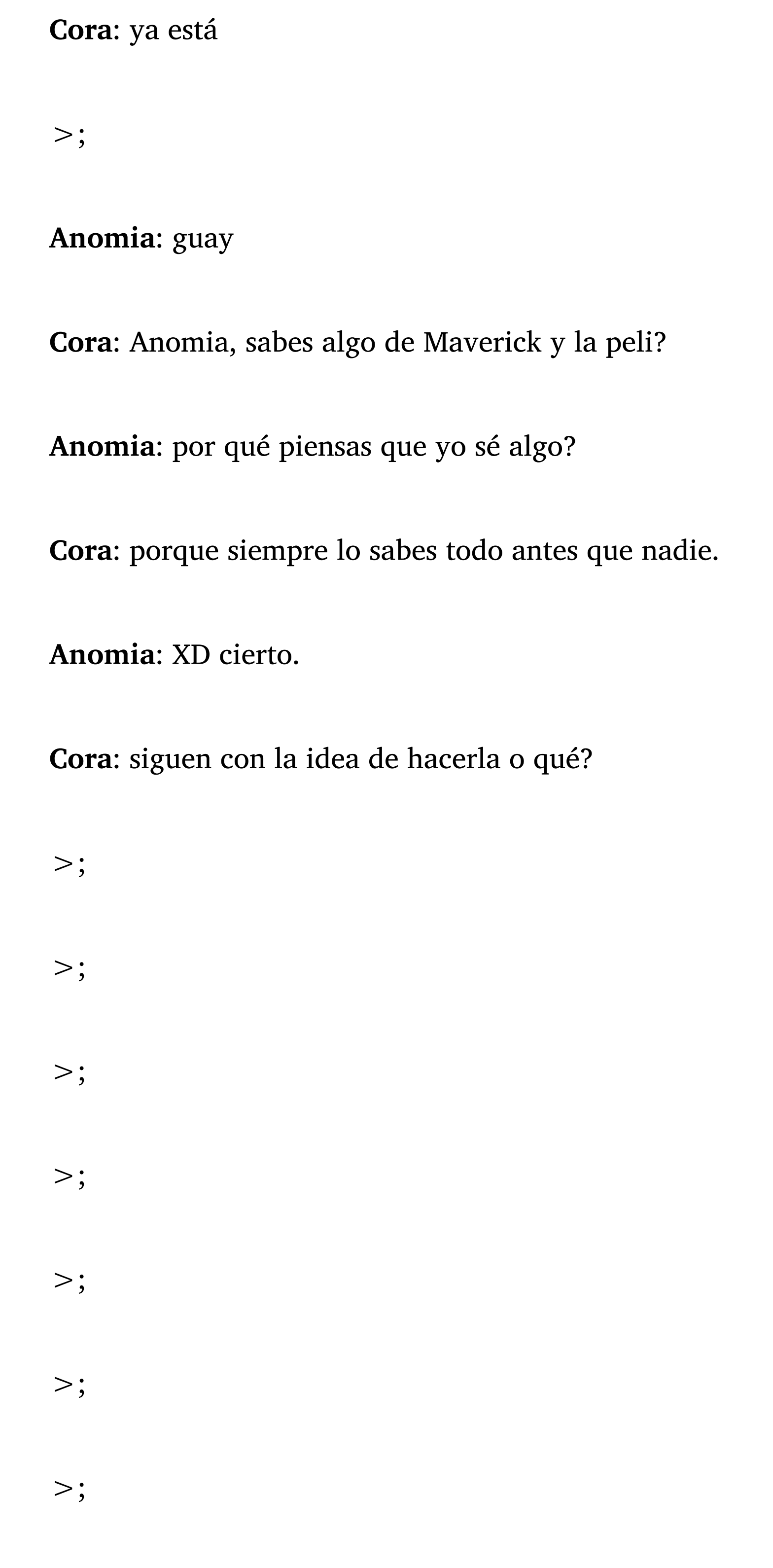
Cora: ah ok

>;

>;

>;

>;



Cora: ya está

>;

Anomia: guay

Cora: Anomia, sabes algo de Maverick y la peli?

Anomia: por qué piensas que yo sé algo?

Cora: porque siempre lo sabes todo antes que nadie.

Anomia: XD cierto.

Cora: siguen con la idea de hacerla o qué?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: revelaré lo que sé en Twitter en su momento

Anomia: así que me temo que no podréis dar la noticia antes que yo

Cora: no te lo preguntaba por eso!

>;

Anomia: tendrás que perdonarme si no confío plenamente en ti después de lo que ha pasado últimamente, Cora.

Anomia: no suelo tener mucha fe en las personas que me ocultan cosas.

Anomia: y antes de que alguien salte diciendo que yo oculto mi identidad, eso es diferente. Splendide mendax es mi lema.

Gusano28: qué significa?

Anomia: «noblemente mentiroso»

Anomia: tiene gracia, también le encaja a mi cocreador

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**9 Abril 2015 20:08**>;

<**Anomia invita a Morehouse**>;

Anomia: y bien?

<**Morehouse se une al canal**>;

Morehouse: y bien qué?

>;

>;

Anomia: has hablado con Traslúcida y has comprobado si es verdad lo de la foto?

Morehouse: sí

Morehouse: vale, no estabas mintiendo

Anomia: tiene las tetas bonitas, hay que reconocerlo

Morehouse: vete a la mierda

>;

Anomia: estás seguro de que la de la foto es ella?

Morehouse: sí

Anomia: cómo? También chateas por vídeo con ella?

Morehouse: no es asunto tuyo

Anomia: eso es que no

Morehouse: y a ti qué te importa?

Anomia: no me importa, chiqui. Sólo vigilo por tu bien. Confías en ella?

Morehouse: por qué no iba a confiar?

Anomia: sólo os habláis en el juego, no?

Anomia: nadie es quien dice ser en el juego

Morehouse: habla por ti

Anomia: estoy hablando por los dos

Anomia: o ella también ha visto fotos tuyas?

Morehouse: vete a la mierda

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

>;

>;

<**Anomia ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

24

Una envidia silenciosamente alimentada,
un amargo, egoísta descontento,
fruto del orgullo, el pecado del diablo.

CHRISTINA ROSSETTI,
La habitación más humilde

Robin se pasó toda la mañana siguiente vigilando el piso de Dedos Largos en Sloane Square, contenta de que hiciese un día templado y soleado, porque llevaba el vestido azul que se había puesto por última vez para ir al Ritz. Había quedado para cenar con la abogada Ilsa Herbert, en un restaurante selecto situado a diez minutos de Denmark Street.

Ilsa, que había coincidido con Strike en la escuela primaria, se había casado con Nick, uno de los compañeros de clase del detective en Londres. Robin también se había hecho amiga de la pareja, porque después de dejar a su ex marido había vivido un mes entero en su habitación de invitados. Llevaba tiempo sin ver a Ilsa, y la cena de esa noche iba a ser una doble celebración: por una parte, festejaban que Robin había conseguido el piso, cuyo contrato esperaba firmar pronto (le habría gustado tenerlo firmado antes de celebrarlo, y su parte supersticiosa rezaba para que esa cena no se lo gafara), y por otra, que la abogada había ganado un caso difícil que creía que iba a perder. Ilsa había escogido un local que no conocía pero al que siempre había querido ir: el Bob Bob Ricard, un restaurante rusobritánico en el que cada mesa tenía un botón para pedir champán. Era, presuntamente, el restaurante inglés donde se servían más litros de esa bebida.

Hacia mediodía, Dedos Largos salió por fin de su piso vestido de pies a cabeza de Armani y recorrió a pie la escasa distancia que lo separaba de The Botanist, un restaurante que, para él, venía a ser lo mismo que el kebab del barrio para Robin y Strike. Por suerte, el vestido azul de la detective no desentonaba en absoluto con el atuendo de las jóvenes que entraban y salían por la puerta. Robin permaneció fuera hasta que, a las 14:00 h, Midge llegó para relevarla, puntual como siempre y con vaqueros, cazadora de piel y gafas de sol Ray-Ban.

—Todavía está comiendo —comentó Robin.

—Menudo vago de mierda —dijo Midge, y se fueron cada una por

su lado.

Robin se dirigió a la agencia, donde tenía previsto seguir revisando el Twitter de Anomia en busca de información personal. Después de subir la escalera metálica que ascendía rodeando la jaula del ascensor (que había estado averiado todo el tiempo que ella llevaba trabajando allí), Robin sólo encontró a Pat en la oficina.

—Acaba de llamar —la informó la secretaria sin parar de teclear, con el cigarrillo electrónico sujeto entre los dientes, como de costumbre. Robin entendió que Pat se refería a Strike, cuyo nombre casi nunca utilizaba. Con el tiempo, esa costumbre había acabado por resultar casi cariñosa.

—¿Qué quería? —preguntó Robin mientras colgaba la gabardina.

—Dice que acaba de enviarte un correo y unas fotos y que, si tienes tiempo, le gustaría hablar contigo al respecto cuando vuelva aquí, a las cuatro y media. Y tienes un mensaje de un tal Hugh Jacks.

—¿Qué? —saltó Robin, dándose la vuelta hacia Pat.

—Sí, ha preguntado por ti —dijo Pat—. Como no sabía quién era, le he dicho que estabas ocupada. Quiere que le devuelvas la llamada.

—Vale, pues toma nota de que, si me llama Hugh Jacks, siempre estoy ocupada.

Pat la miró intrigada.

—Unos amigos intentaron que me liara con él —explicó Robin mientras iba hacia el hervidor de agua—. Pero no me interesa, y creía que a estas alturas él ya lo habría captado.

—Cuanto más apestoso es el cagarro, más difícil es limpiárselo de la suela del zapato —sentenció Pat.

Robin preparó café para Pat y para ella y fue al despacho a leer el correo electrónico de Strike.

Resultados de la vigilancia de ayer.

Montgomery, Cardew y Tim Ashcroft quedaron en un pub cerca de Highgate para hablar de los apuñalamientos. Luego se les unió un tal Nils. También esperaban a otro llamado Pez, pero éste no se presentó.

He identificado a Nils en internet. Es Nils de Jong, holandés, propietario del colectivo artístico North Grove. Tiempo atrás, Tim Ashcroft tenía una melena pelirroja, pero ahora está casi completamente calvo. Es el amigo de Edie que le ponía voz al Gusano en los dibujos animados y en la actualidad es miembro de una compañía de teatro que actúa y organiza talleres en escuelas. Se llaman los Roving School Players. Ni idea de quién es Pez, sigo buscando.

También estaba por allí el gigantesco e insoportable hijo de Nils, Bram.

Detalles de interés:

La policía ha interrogado a De Jong, Cardew y Montgomery. Cardew y Montgomery dieron sus respectivas coartadas para la hora del crimen: Montgomery dijo que estaba en un pub con unos amigos y Cardew, en casa con su hermana y su abuela.

Según los datos que he encontrado en internet, Tim Ashcroft, a quien no ha interrogado la policía, está soltero y vive con sus padres en Colchester cuando no está de gira con la compañía. Nada indica que tenga conocimientos de informática ni de diseño.

La policía le preguntó a Cardew si pertenecía a algún tipo de «hermandad». Montgomery se interesó por el tema; dijo que creía que el grupo de extrema derecha se llamaba The Halvening. Me suena haber visto u oído algo sobre una hermandad hace poco, pero no recuerdo dónde. ¿Tú has visto algo en internet, relacionado con Cardew o con los dibujos animados?

Blay volvió a vivir un mes en North Grove antes del ataque, al parecer porque había inundado su piso (ubicación desconocida).

Durante el mes que pasó en North Grove, Blay recibió la visita de una mujer, Yasmin (no dijo el apellido), que trabajaba para Blay y Ledwell (se ocupaba del correo de los fans). Según Cardew, es gorda y Ledwell la despidió.

Por lo visto, fue Yasmin quien le sugirió a Blay la idea de que Ledwell era Anomia, y es probable que sea la fuente del dosier de «pruebas».

Blay fue al cementerio con ese dosier, que todavía no ha aparecido. Se supone que se lo llevó el asesino.

El asesino también se llevó el teléfono de Blay (el de Ledwell no lo mencionaron).

Cardew aludió a un blog llamado «La pluma de la justicia», que por lo visto se la tenía jurada a Ledwell/*Un corazón tan negro*. Valdría la pena echarle un vistazo por si es un proyecto paralelo de Anomia.

Poco después de que Montgomery, Cardew, Ashcroft y De Jong se marcharan del pub, apareció una chica con el brazo lleno de tatuajes de *Un corazón tan negro*; era evidente que buscaba a alguno de los cuatro. Llamó por teléfono a alguien y preguntó por qué no le habían dicho que habían quedado con Nils y por qué hacía un mes que no los veía. Es de Yorkshire. Adjunto su foto, y otra del edificio donde vive. Habría que identificarla y averiguar si vive con alguien.

Ya nos repartiremos estas pistas cuando nos veamos, sólo quería ponerte al día de lo que pasó ayer.

También he quedado para el jueves con Katya Upcott y Phillip Ormond. Eso tendríamos que hacerlo juntos.

S.

Robin abrió el primer archivo adjunto, el de la fotografía de la chica demacrada y vestida de negro que miraba fijamente la entrada del cementerio. La amplió para ver los tatuajes que llevaba en el antebrazo y no sólo identificó a Blacky, sino también a Drek, a la fantasma Traslúcida y al melancólico Gusano. Dedujo que todos los tatuajes, incluso los que no reconocía, como la urraca y los dos sonrientes esqueletos con sombrero victoriano, habían salido de los dibujos animados; y, al igual que Strike, se preguntó cuánto le habría costado grabarse permanentemente a todos esos personajes en la piel.

Abrió la segunda fotografía. Ni los peores pisos que Robin había visitado tenían un exterior tan destartalado como el del edificio en forma de cuña de Junction Road, con los marcos de las ventanas agrietados y el yeso sucio.

Volvió al correo electrónico de Strike y se dijo que ya podía darle información sobre uno de los temas que él le había planteado. Mientras analizaba los tres últimos años de actividad de Anomia en Twitter, había tropezado con el blog «La pluma de la justicia». Abrió el documento que tenía previsto compartir más tarde con Strike y lo envió a la impresora de la mesa de Pat.

A continuación Robin revisó la nueva cuenta de Twitter que había abierto, @fandeecn:). Había seguido a Anomia y a Morehouse y, para estar al día de rumores y novedades, había añadido todas las cuentas de fans de *Un corazón tan negro* que había conseguido encontrar. En lugar de poner su fotografía, había utilizado una imagen de archivo de una chica morena y atractiva. Ya había recibido tres mensajes directos.

@jbaldw1n1 > >

Si esa foto tuya es real ya debes de estar harta de que los tíos te envíen MDs, así que me largo.

@Drekchiqui9 hazme una paja

@mreger#5

Esto no es ningún truco cutre para ligar, sólo quería decir que ese tal Julius estaba completamente fuera de lugar y lo he denunciado.

Intrigada, Robin quiso comprobar qué había provocado este tercer mensaje.

Dos días atrás, Robin había tuiteado que confiaba en que la película de *Un corazón tan negro* fuese fiel a la serie original, dando por hecho que esta opinión no era nada conflictiva. Sin embargo, el tono de las respuestas había sido intenso. Los fans, uno tras otro, le

habían dicho que el simple hecho de que se hiciera la película, independientemente de su calidad, destruiría por completo lo que ellos amaban de *Un corazón tan negro*. No obstante, nadie se había tomado el inocente comentario de Robin tan a pecho como @yo_soy_evola.

Julius @yo_soy_evola
en respuesta a @fandeECN:) puta retrasada

Julius @yo_soy_evola
en respuesta a @fandeECN:)
si te violaran cada vez que dices una estupidez tendrías una polla dentro permanentemente

Robin se quedó mirando esos mensajes unos segundos; luego fue a ver la cuenta de @yo_soy_evola. El avatar de la cuenta mostraba a un chico adolescente; calculó que tendría dieciséis años a lo sumo. Sus principales intereses parecían ser las películas de superhéroes, *Un corazón tan negro* y enviar mensajes a mujeres como el que había recibido Robin. Dando por hecho que interactuar con él no le aportaría nada bueno, Robin regresó a la cuenta de Anomia; luego abrió la carpeta de tuits impresos que le había devuelto Allan Yeoman y los ordenó cronológicamente para poder contrastarlos con las publicaciones en Twitter de Anomia.

El último tuit que Robin había examinado era de 2012. En octubre de ese año, cuando salió a la luz que Jimmy Savile, el difunto dj y caballero del reino, había sido el pedófilo más prolífico de Gran Bretaña, Edie Ledwell había tuiteado: «¿Cómo es posible que hayan ignorado a todas esas personas que dijeron que Savile había abusado de ellas? ¿Por qué nadie les hizo ningún caso?»

Anomia había retuiteado el comentario de Edie y había añadido: «¿Ahora vas a salir con que fue él quien te violó? #manipulandoparadarpena.»

Bajo la versión impresa de ese tuit, Edie había escrito: «Eso implica que sabe que fui víctima de abusos sexuales en una de las familias de acogida con las que viví. Nunca he hablado de eso en público.»

A continuación Robin siguió examinando hacia atrás las publicaciones en Twitter de Anomia.

Algunos de sus tuits eran anodinos: en julio de 2012 había publicado que le había gustado *El caballero oscuro*. En junio de 2012 había informado a sus seguidores de que había un gato sentado en la valla de su jardín observándolo a través de una ventana. «Ésta es la razón por la que tengo un tirachinas», decía.

¿Broma o verdad?, se preguntó Robin. ¿Era verdad que había un gato sentado en la valla? ¿Era verdad que había una valla? ¿Debía añadir «posible odio/fobia a los gatos» al perfil que Strike y ella estaban intentando elaborar?

Siguió leyendo.

«Dicen que tendría que cobrar por mis servicios al fandom. Acepto Magnum Infinitys. Son de puta madre.»

No se podía considerar un rasgo diferenciador, pensó Robin mientras seguía leyendo. ¿A quién no le gustaban los helados?

Pero entonces, el 8 de junio de 2012, Anomia había publicado algo más interesante.

Anomia

@AnomiaGamemaster

La Avara Glotona ha despedido a Katya Upcott, la amiga que la ayudó a propulsar #UnCorazónTanNegro hacia el éxito. Ahora está con @<AY©A>.

@realJoshBlay sigue con Upcott.

23:53 8 junio 2012

Edie había impreso ese tuit y, debajo, había escrito: «Anomia se enteró de esto pocas horas después de que yo le dijera a Katya que quería contratar a un agente profesional. No prescindí de Katya para ahorrarme dinero. No teníamos ningún tipo de contrato y ella siempre decía que no quería cobrarnos nada. Yo creía que no nos estaba aconsejando bien y quería contratar a un profesional, porque todo estaba creciendo mucho y tenía la impresión de que íbamos a perder el control. A Josh no le gustó que prescindiera de Katya. Dijo que le parecía desleal.»

Los comentarios demostraban que el fandom tampoco se había tomado bien la información revelada por Anomia.

Andi Reddy @ydderidna

en respuesta a @AnomiaGamemaster

SPM, ¿despide a su amiga justo cuando puede permitirse pagarle por todo el trabajo que ha hecho gratis?

Caitlin Adams @CaitAdumsss

en respuesta a @AnomiaGamemaster

Creía que #LaAvaraGlotona no podía caer más bajo. Ellos la ayudaron y ella les da la patada.

Arlene @queenarleene
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Me alegro de que @realJoshBlay siga con Katya, ahora me cae aún mejor. Y a estas alturas, la verdad,
#porculoaFedwell.

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Es superracista y supercapacitista. Si no lo has descubierto hasta ahora, debías de estar en la puta parra.

Robin siguió leyendo. Sólo dos días antes de saberse que Edie había contratado los servicios de la agencia de Allan Yeoman, Anomia había revelado otra noticia importante.

Anomia
@AnomiaGamemaster

Dicen que Netflix está olfateando #UnCorazónTanNegro.

#LaAvaraGlotona preparándose para cerrar *El juego de Drek*, despedir a más voces originales… 1/2

22:06 6 junio 2012

Anomia
@AnomiaGamemaster
en respuesta a @AnomiaGamemaster

… despedir a Blay, etc., para sacar tajada.

Decidles lo que pensáis a @EdLedDibuja y a @realJoshBlay —¿qué consideráis innegociable? 2/2

22:07 6 junio 2012

Edie también había impreso y comentado esos tuits: «El posible acuerdo no era de dominio público y se suponía que no debíamos hablar de él. Yo no estaba planeando hacer nada de todo eso. No tenía poder para echar a Josh, éramos socios.»
Robin siguió leyendo la previsible explosión de ira que habían provocado los tuits de Anomia.

MrsBlacky @carlywhistler_[*]

en respuesta a @AnomiaGamemaster
noooo es verdad, no? cómo lo sabes?

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @carlywhistler_*
El Gamemaster lo sabe todo

Timothy J Ashcroft @GusanoQueGira
en respuesta a @AnomiaGamemaster
No creo que @EdLedDibuja planee nada de eso, la verdad

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @GusanoQueGira
Te equivocas. He oído que encabezas la lista de despedidos

Robin hizo una pausa para anotar que Anomia había afirmado saber de antemano que iban a despedir a Tim Ashcroft de su papel de la voz de Gusano. Luego siguió leyendo.

BlackysGirl @Blackyalways7
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Si despide a Josh y cierra el Juego perderá a todo el fandom, y por mí que se muera en el incendio de un vertedero #YoApoyoAJosh

DrekBwah @hellandfurie$
en respuesta a @AnomiaGamemaster
#BastaDeCebarALaAvaraGlotona

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @hellandfurie$ @AnomiaGamemaster
una idea cojonuda, hagamos que
#BastaDeCebarALaAvaraGlotona sea tendencia

Zozo @corazonnegro28
en respuesta a @AnomiaGamemaster
no puede cerrar, el el jeugo es neustro!!!! #noaNetflix
@EdLedDibuja escucha a tus fans por fabor!!!!!

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Genial, todas mis ideas van a ir a parar a Netflix para que Edie Ledwell se forre

Loren @l°rygill

en respuesta a @realTraslúcida @AnomiaGamemaster

Kea, si hicieras un crowdfunder muchos de nosotros te ayudaríamos a demandarla

#BastaDeCebarALaAvaraGlotona #noaNetflix

Robin releyó los dos últimos tuits. Intrigada por la insinuación de que una persona llamada Kea Niven tenía motivos para demandar a Edie Ledwell, entró en la página de Twitter de Kea.

El banner de la parte superior de la página era una fotografía de un arcoíris doble. La bio de Kea rezaba: *Cuchara —sfc— pots —fibromialgia— ella/elle. Sí, tengo nombre de loro, ¿pasa algo*?

Pese a los filtros de la fotografía de la titular de la cuenta, Robin pudo ver que Kea Niven era una chica guapísima. Tenía una melena de color castaño oscuro, y sus enormes ojos marrones miraban hacia arriba y de soslayo a la cámara, mientras fruncía ligeramente los labios de un rojo intenso.

Un tuit de octubre de 2011 estaba fijado en la parte superior de su página de Twitter:

«A la mierda. Ésta es la verdad. Podéis creerme o no, me la suda.»

Robin pulsó en el enlace de YouTube que aparecía debajo de esas palabras.

El vídeo empezaba con Kea Niven sentada en una cama individual. Era asombrosamente bella: un rostro con forma de corazón; el arco de Cupido en los labios; unos ojos de un marrón líquido... Vestía unos vaqueros cortados y una camiseta negra con un estampado amarillo, rosa y azul, que Robin reconoció de inmediato: era la carátula de un disco de los Strokes.

Robin pensó que el escenario elegido era similar al del primer vídeo que habían hecho Josh y Edie, en el que también aparecían los dos sentados en una cama individual frente a la cámara. La pared que Kea tenía detrás estaba cubierta de bocetos, pero no parecía que nadie estuviera manejando la cámara, que no se movía. En el hombro de la chica podía verse un *Agapornis personatus*; el cuerpo del pequeño loro era de color azul oscuro y sus ojos, negros y bordeados de blanco, parpadeaban mirando a la cámara.

Kea empezó a hablar con la misma sonrisa tímida y el mismo saludo con la mano con que Josh había abierto el vídeo que Robin ya había visto.

—Bueno, mmm... ¡hola! Me llamo Kea Niven y soy una alumna de segundo de St. Martin's. Éste es mi carnet de estudiante...

Se sacó una tarjeta del bolsillo trasero de los vaqueros y se la mostró a la cámara.

—Ésa soy yo, no os fijéis en el pelo, lo llevaba fatal. Y detrás de mí tengo algunas obras mías para demostrar... bueno, no sé, que no

soy una pringada que dice que sabe dibujar.

»Y ésta es *Yoko*... ¿verdad que sí? —le dijo Kea con voz aguda al pájaro que tenía en el hombro—. Sí, tenemos a *John* y a *Yoko*, y ésta es *Yoko*.

»Bueno... ¿y por qué hago un videoblog? Pues... —Kea agitó las manos y soltó una risita entrecortada—. Vale, primero tengo que decir que me pone supernerviosa hacer esto y que llevo mucho tiempo dándole vueltas y pensando si sería una buena idea, pero no busco dinero ni... Esto no tiene nada que ver con el dinero, tiene que ver con la justicia y... bueno, con que por lo menos te reconozcan.

»Vale... *Un corazón tan negro*, no sé si la habéis visto, la hicieron mi ex novio, Josh Blay, y una chica llamada Edie Ledwell. Josh y yo salíamos juntos en St. Martin's y, obviamente, cuando sales con alguien, le cuentas... no sé, le cuentas tus cosas y la otra persona te cuenta las suyas.

»Vale... Pues yo le conté a Josh la historia de Margaret Read, a la que acusaron de brujería más o menos en el año 1590 en el pueblo en el que yo me crié, que se llama King's Lynn. Y cuando la estaban quemando en la hoguera... esta parte es... no sé, tope grotesca, así que «advertencia de contenido» o como se llame... el corazón se le salió del pecho y se estrelló contra la pared de una casa, y en el sitio adonde fue a parar hay una marca...

»Tengo una foto en el teléfono, un momento...

Cogió el móvil y se puso a buscar la fotografía. Robin sospechó que aquello no era tan espontáneo como Kea quería que pareciera.

—Vale, ¿lo veis? —continuó, mostrando la fotografía de un corazón dibujado dentro de un rombo en el dintel de ladrillo de una ventana—. Ése es el sitio donde se estrelló el corazón de Margaret Read.

»Bueno, pues yo le conté la historia a Josh. Me hacía gracia lo del corazón que salía del pecho de la bruja y chocaba contra la pared, no sé. Y después... sí, entonces, como un año más tarde, veo a Edie Ledwell hablando de "su" idea para crear el personaje de Blacky y me digo: guau, eso me suena mogollón.

»Y no llegas automáticamente a la conclusión de que te han... no sé, estafado —dijo Kea en tono lastimero, mirando a la cámara—, pero bueno, sí, vi los dibujos animados y me quedé en plan... ¡hala! Vale, eso es literalmente lo que yo dije sobre el corazón. Así que... era desconcertante, porque Josh no decía que lo había creado él, ¿me explico? Lo decía Edie. Y yo pensé: vale, él se lo debió de contar y ahora ella dice que la idea fue suya. Y luego vi los dibujos enteros y, la verdad, me quedé a cuadros porque era... no sé, ¿inquietante?

»Porque también está el pájaro, Urraca. Un pájaro que puede hablar, ¿vale? Y eso se lo conté yo a Josh cuando salíamos juntos: que

las urracas pueden aprender a hablar, y él no lo sabía, y una vez más Edie Ledwell dijo que la idea se le había ocurrido a ella…

»Y luego, vale, el fantasma o lo que sea, la heroína de los dibujos… Esto es muy fuerte, pero varias personas me han dicho que se parece a mí, y no sé… Josh siempre me decía que estaba muy pálida… bueno, que tengo el cutis muy claro… y cuando vi a la fantasma de los dibujos me quedé en plan, vale, ¿hay alguien que piensa que tener el cutis muy pálido es escalofriante, o qué? No sé, él tenía fotografías mías, evidentemente, y es como si ella se hubiera inspirado en esas fotos para crear al personaje. No sé, me pareció un poco espeluznante…

»Pero entonces, y eso fue como el punto clave… ¿veis esta imagen?

Kea se dio la vuelta, se arrodilló en la cama, con el pájaro todavía posado en el hombro, y señaló un dibujo a lápiz que estaba colgado en la pared. Representaba un monstruo con cabeza de pájaro y cuerpo humano que proyectaba una sombra alargada.

—Cuando estaba haciendo el último curso de bachillerato dibujé este boceto, ¿vale? Representa una pesadilla que tuve, o sea que es, no sé, superpersonal, ¿vale? ¡Ay, *Yoko*!

El pequeño loro había abandonado su hombro y había salido del encuadre, enganchando un mechón de pelo de la chica.

—Bueno, pues… —Kea volvió a sentarse en la cama— cuando salíamos juntos le enseñé este dibujo a Josh. Sólo es un boceto, pero no sé, esa sombra… sí. Total, si habéis visto los dibujos animados, la figura de Drek es… Bueno, es literalmente esa sombra, con esos hombros sin cuello, el pico, ese pico enorme y puntiagudo, no sé… Ah, y no lo he dicho: crecí rodeada de pájaros. Mi madre cría loros. Y tuve un sueño sobre un monstruo con cabeza de pájaro, así que, cuando vi la figura de Drek me quedé en plan… mmm… vale, eso me suena mogollón. O sea, no son imaginaciones mías, ¿vale?

»Y pensé: muy bien, esto son… no sé, cuatro coincidencias, ¿no?

»Bueno, supongo que habrá gente que dirá: “ya, es la típica ex novia resentida”, o lo que sea, pero no puedo quitarme de la cabeza que no es Josh quien dice “sí, me inspiré en una amiga mía o en una ex o lo que sea”, sino que es ella quien dice que la idea se le ocurrió a ella, y yo… no sé, si fuese sólo una cosa, vale, supongo que las coincidencias existen, pero me parece una pasada que la tía diga “ah, no me acuerdo de dónde saqué la idea del personaje del corazón, se me ocurrió un buen día”, o algo así, porque, ¿cómo no vas a acordarte de eso? Para la mayoría de la gente es una idea bastante descabellada, ¿no? Bueno, pues eso, esto era lo que quería decir básicamente, y quería que se supiera porque… No sé, por dignidad o lo que sea. Sólo quería dar mi opinión y esas cosas. Total… pues eso, nada más.

Kea soltó una risita entrecortada, se inclinó hacia delante y apagó la cámara.

Debajo del vídeo había comentarios:

Blacky Harterson hace 3 semanas

Dicen que Ledwell ha estafado a mogollón de gente y parece que tú fuiste la primera

Nikki hace 4 semanas

sí, lo del corazón parece copiado de lo que tú contaste, estoy de acuerdo. Me encanta tu pajarito!

Crash Test Dummy hace 1 año

«Se les ocurrió la idea de un fantasma porque yo tengo la piel blanca» XDXDXD

Robin se quedó inmóvil en la silla, reflexionando sobre lo que acababa de ver; entonces descolgó el teléfono de la oficina y llamó a Allan Yeoman. Mientras la ponían en espera, se oyó una versión instrumental de «My Heart Will Go On», y luego oyó la voz del agente.

—¿Sí? Hola, Robin.

—Hola, Allan. Tengo una duda y quería saber si usted podría ayudarme. ¿Sabe algo de una tal Kea Niven?

—Kea Niven… —repitió Yeoman despacio—. Mmm… Me suena su nombre. ¿Tiene algún dato más?

—Una ex novia de Josh Blay que…

—¡Ah, Kea Niven! ¡Sí, sí, claro! —dijo Yeoman—. La que decía que todas las ideas de *Un corazón tan negro* eran suyas y que Edie se las había robado, ¿no?

—Exactamente —confirmó Robin.

—Debería haberles hablado de ella en la comida. No puede ser Anomia.

—Ah, ¿y por qué está tan seguro?

—Edie la descartó por completo. Creo que porque Anomia estaba en el juego en un momento en que Edie sabía que Kea no podía estar conectada. Comenté que Edie consiguió entrar en el juego, ¿no?

—Sí, sí. Dijo que la habían expulsado por hacer demasiadas preguntas sobre Anomia.

—Eso es.

—¿Y esa chica, Kea?

—Josh la dejó cuando empezó a salir con Edie. Sé que Anomia se subió al carro de Kea durante un tiempo…

—¿Ah, sí? Eso todavía no lo he encontrado.

—Sí, hace unos años aprovechó sus acusaciones de plagio, pero si

no me falla la memoria se cansó y lo dejó. Encontró otras formas mejores de incordiar a Edie.

—¿Cree que Kea está realmente convencida de que Edie y Josh le robaron las ideas?

—Es posible. Como usted sabe, estas acusaciones son muy habituales cuando un producto tiene mucho éxito. Normalmente pasa porque la gente se hace ilusiones, o porque no es capaz de entender que a diferentes personas se les pueden ocurrir ideas parecidas. Es curioso la de veces que salen dos películas al mismo tiempo que tratan del mismo tema. Y nadie le ha robado nada a nadie. Las cosas están simplemente ahí, en el éter. Cyril Scott habría dicho que es culpa de los *devas*, que les susurran al oído a las personas receptivas.

Tras darle las gracias a Yeoman y colgar, Robin siguió revisando la página de Twitter de Kea Niven en busca de la interacción de Kea y Anomia, y finalmente la encontró. Estaba fechada en 2011, unos días después de que Kea publicara su vídeo.

Anomia
@AnomiaGamemaster

Vaya, vaya, vaya. Esto explicaría por qué La Avara Glotona es tan ambigua sobre el origen de Blacky

Kea Niven @realTraslúcida

La historia del corazón de Margaret Read que le conté a @realJoshBlay y su extraño parecido con *cierto* personaje de dibujos animados
https://www.youtube.com/watch?v=8qxGhc4oaBQ
23:16 11 oct 2011

Entre los comentarios que había debajo, Robin encontró un intercambio directo entre los dos.

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @AnomiaGamemaster gracias por compartir □

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @realTraslúcida
De nada. Bonito corte de pelo, por cierto

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @AnomiaGamemaster XD gracias ♥

Todavía más intrigada, Robin se desplazó hacia arriba. Aquélla era la primera señal de algo parecido a un flirteo en el contenido de Anomia. Durante su minucioso examen de los anteriores tuits de Anomia, había empezado a imaginárselo como un extraño ente asexual y asexuado. No había encontrado ni la más mínima insinuación de interés romántico ni deseo sexual: la única necesidad fisiológica que se mencionaba alguna vez era el hambre.

Un par de días después de la primera interacción entre Anomia y Kea, Anomia había vuelto a dirigir a sus seguidores al vídeo de Kea, y Kea se lo había agradecido de nuevo.

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Muchas gracias por compartir y defender la verdad ♥

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @realTraslúcida
Te he mandado un MD.

Robin sabía que «Te he mandado un md» significaba que Anomia le había enviado un mensaje privado. No había encontrado más interacciones públicas entre los dos.

Volviendo al contenido de Twitter más reciente de Kea, Robin vio que, en los cinco días posteriores al apuñalamiento, la chica no había tuiteado nada. Pero al sexto día había publicado un link de un microblog, tumblr, y Robin clicó en él.

Tras un catastrófico deterioro de mi salud, me he visto obligada a marcharme de Londres y volver a casa de mi madre. Ahora estoy postrada en cama. Como vivo con diversas discapacidades, esta situación no es inusual, pero seguramente es la peor recaída que he tenido en los últimos años. La verdad es que, ahora mismo, la muerte sería un alivio.

Bajo ese breve mensaje habían aparecido ciento cincuenta notas. Empezaban en un tono cariñoso:

en ti Kea XOXO

lo siento mucho, K. Recuerda que quererse a una misma no es ser egoísta

Pero, poco a poco, y sin que ello sorprendiera en exceso a Robin, empezaron a aparecer otro tipo de mensajes:

siento que estés enferma, pero, no tienes nada que decir sobre tu ex, que está literalmente luchando por su vida? no dices nada de que han asesinado a Edie Ledwell?

sí, seguramente en tu lugar yo me metería en la cama y no saldría de allí

joder, ni una palabra —NI UNA PALABRA— sobre Ledwell y Blay?

zorra, llevas cuatro años rajando de Ledwell y Blay y ahora no tienes nada que decir?

«ahora mismo la muerte sería un alivio», o sea, que deberíamos compadecernos más de ti que de Ledwell, es eso lo que quieres decir?

Sonó el teléfono fijo que estaba encima de la mesa, y Robin contestó sin apartar la vista del tumblr de Kea.

—¿Sí?

—Mensaje del señor Strike —dijo Pat con su voz grave—. Dice que a lo mejor tienes que ir a Gateshead el lunes.

—¿En serio? —susurró Robin. Cerró tumblr con la mano izquierda mientras hablaba—. ¿Otro?

—Bueno, no me ha dado más detalles —dijo Pat—, pero sí, creo que ha dicho Gateshead.

—¿Hombre?

—No, lo otro.

—Vale. Ahora mismo salgo.

—Gracias. Se lo digo —dijo Pat antes de colgar.

Robin se levantó, fue hasta la puerta de la recepción y la abrió.

Sentada en el sofá de piel sintética, hermosa y serena, estaba Charlotte Campbell.

25

... sinceramente, ¿alguna vez has visto
una belleza, una presencia, un porte semejantes?
Tal vez sea la reina del infierno,
pero es una verdadera reina.

CHRISTINA ROSSETTI,
Mira este retrato y mira éste

Strike, que iba caminando por Charing Cross Road hacia la oficina, estaba cansado, dolorido y profundamente arrepentido del curry Balti que se había comido la noche anterior con Madeline. Le encantaba la comida muy picante, y por eso no entendía por qué sus intestinos llevaban todo el día retorciéndose, a menos que tuviese algo que ver con la combinación del madrás y el cóctel ácido que Madeline se había empeñado en que se tomara antes de la cena porque era una especialidad de la casa. Para colmo, había dormido muy poco por culpa de los gases, y luego, en lugar de poder vigilar cómodamente la oficina de Depredador desde una cafetería (su clienta había acabado admitiendo que quizá fuese buena idea averiguar algo sobre Depredador que a su hija pudiese disgustarle), se había visto obligado a seguirlo a pie, porque al principio su objetivo había ido de compras a Bond Street, después había comido en un restaurante lleno hasta la bandera y, por último, había decidido ir andando hasta el British Museum, donde Strike supuso que tenía una reunión de trabajo, porque lo habían recibido en la puerta dos personas que llevaban sendas insignias con su nombre.

—No sé dónde coño está —le dijo a Barclay, enojado, en el Gran Atrio del museo, el espacio totalmente blanco de casi una hectárea con un espectacular techo de cristal que proyectaba una red de sombras triangulares por el suelo y las paredes—. Se ha metido en ese ascensor, pero no he llegado a tiempo.

No quería admitir que volvían a dolerle los isquiotibiales de la pierna amputada, que ya se le habían desgarrado en otras ocasiones. No había llegado a tiempo al ascensor porque estaba empezando a cojear y no había avanzado lo bastante deprisa para adelantar a un nutrido grupo de turistas.

—No te preocupes —dijo el de Glasgow—, tarde o temprano tendrá que salir. Además, dudo que en un sitio como éste ande

liándose con drogas o con putas.

Strike se había marchado y, en plan masoquista, había cogido el metro en lugar de un taxi. Cuando llegó cojeando a Denmark Street se relajó al pensar que podría quedarse el rato que quisiera sentado, con una taza de té bien fuerte y cerca de su propio cuarto de baño, donde, en caso necesario, podría tirarse todos los pedos que quisiera.

Por enésima vez, al subir la escalera se preguntó por qué nunca había hablado con el casero para pedirle que arreglara el ascensor. Finalmente, tras llegar al segundo rellano ayudándose del pasamanos, abrió la puerta de cristal y se encontró con tres mujeres mirándolo: Pat, Robin y Charlotte.

Al principio se quedó perplejo mirando a Charlotte, que estaba sentada en el sofá de piel artificial con sus largas piernas cruzadas, el pelo castaño oscuro recogido en un moño suelto, y el cutis impecable y sin maquillaje. Llevaba un vestido de cachemira de color crema, una chaqueta larga de ante marrón y botas a juego, y, pese a su extrema delgadez, estaba igual de guapa que siempre.

—Hola, Corm —lo saludó ella con una sonrisa.

Él no le devolvió la sonrisa, pero sí le lanzó una mirada casi acusadora a Robin, que se sintió molesta. Ella no había invitado a su ex a ir a la oficina y no tenía la culpa de que Charlotte, cuando le habían dicho que Strike no estaba, se hubiera limitado a anunciar que lo esperaría allí.

—Robin no tiene la culpa —dijo Charlotte, como si les hubiera leído la mente a los dos—. Me he presentado sin avisar. ¿Podemos hablar un momento?

Sin decir nada, Strike fue cojeando hasta la puerta que separaba su despacho de la recepción, la abrió y, con un gesto poco elegante, invitó a Charlotte a entrar. Ella se levantó sin prisa, recogió su bolso, sonrió a Robin y a Pat, dijo «gracias» a pesar de que ninguna de las dos había hecho nada que ella debiese agradecer, y pasó al lado de Strike dejando un rastro de Shalimar.

El detective cerró la puerta que los separaba de su socia y de su secretaria, y Charlotte se lo quedó mirando.

—¿Tenéis un código secreto para referiros a las mujeres que vienen a echarse a los brazos del famoso detective? ¿Es eso lo que significa «Gateshead»?

—¿Qué quieres? —le preguntó Strike.

—¿No vas a pedirme que tome asiento? ¿O acaso prefieres que tus clientes permanezcan de pie ante ti?

—Haz lo que quieras, pero date prisa. Tengo cosas que hacer.

—Seguro que sí. ¿Cómo te va con Mads, por cierto? —preguntó mientras se sentaba y cruzaba sus largas piernas.

—¿Qué quieres? —repitió Strike.

Él prefirió no sentarse, a pesar de que todavía le dolían los isquiotibiales; se quedó de pie con los brazos cruzados mirando a Charlotte.

—Necesito un detective —dijo ella—. No te preocupes, no pretendo que sea gratis. Pagaré.

—No pagarás nada —repuso Strike—, porque nuestra lista de clientes está completa. Tendrás que buscarte a otro. Te recomiendo la agencia McCabes.

—Sabía que me dirías eso —dijo Charlotte, que había dejado de sonreír—, pero si le expongo este problema en concreto a McCabes, ellos podrían filtrarlo para perjudicar tu negocio. Seguro que te has convertido en todo un incordio para las otras agencias de detectives. Debes de ser la primera opción de todo el mundo.

Como Strike no contestaba, Charlotte examinó el despacho con sus ojos verdes y moteados y continuó hablando:

—Es más grande de lo que recordaba... Mads me cae bien, por cierto —añadió volviendo a mirar a Strike, que permanecía impasible —. ¿Sabes que la semana pasada hice de modelo para ella? Fue divertido. La colección se llama «Infames» y...

—Sí, ya sé de qué va la colección.

—Seguro que le costó mucho persuadirte para que dejaras que participara.

—No hizo falta ninguna persuasión. No tenía nada que ver conmigo.

—Pues Mads me dijo que le habías dado luz verde —repuso Charlotte arqueando las cejas.

Strike maldijo a Madeline en silencio y replicó:

—Lo único que le dije fue «haz lo que quieras, no tiene nada que ver conmigo».

—Va, basta de juegos, Bluey —dijo Charlotte con seriedad.

—No me llames así.

—Sé que sabes a qué he venido. Valentine te lo contó la noche de fin de año.

Como Strike no decía nada, ella continuó:

—He de admitir que me sorprendió que ligaras con una chica que había salido con Valentine.

—Crees que seduje a Madeline sólo para llegar hasta ti, ¿verdad? —dijo Strike—. Tu maldito ego... Lo único negativo que le encontré fue que conocía al capullo de tu hermanastro.

—Lo que tú digas, cariño.

Strike captó un tonillo de placer en la voz de Charlotte. A ella siempre le había encantado discutir. «Al menos, cuando discuto sé que estoy viva.»

—Está bien —dijo Charlotte con frivolidad—, a lo que iba: Jago

ha encontrado el desnudo que te envié en mi teléfono viejo.

—¿Ah, sí?

—No hace falta que finjas, Bluey, ya lo sabías porque te lo contó Valentine. Supongo que no creerás que Valentine también es un... ¿cómo me llamaste la última vez que nos peleamos? ¿Una «mitómana narcisista»?

—Lo que creo es que te aseguraste de que Jago encontrara esa maldita fotografía, que, como sabes perfectamente, yo ni te pedí ni quería recibir.

—Mmm. —Charlotte arqueó las cejas (sinceramente, ¿cuántos hombres heterosexuales podían afirmar sin mentir que no querían recibir un desnudo suyo?)—. Bueno, pues Jago no se lo cree. También sabe que llamaste por teléfono a Symonds House cuando yo estaba allí. Y, por cierto, yo no te pedí que llamaras.

—Te recuerdo que me estabas enviando un mensaje suicida tras otro desde allí.

—Bueno, habrías podido ignorarme, querido, en eso tienes mucha práctica. En fin, Jago sabía que me habías llamado por teléfono allí, no es tan estúpido, y no se cree que lo hicieras movido por tu espíritu de Boy Scout. Cree que tenías algún interés personal en salvarme la vida.

—Una impresión que sin duda tú te apresuraste a corregir.

—Cuando a Jago le da por creer algo, es imposible hacerle cambiar de idea —dijo Charlotte.

Strike dio medio paso hacia ella. La pierna le dolía más que nunca.

—Si me llaman a declarar en vuestro puñetero divorcio, mi negocio se irá al garete. Los periodistas me perseguirán, mi cara saldrá en todos los periódicos...

—Exacto —dijo Charlotte mirándolo fijamente a los ojos—. Por eso he pensado que, a lo mejor, querías ayudarme a buscar algo con lo que pueda acusar a Jago antes de que él nos joda a los dos. Se ha propuesto quitarme a los gemelos. Quiere la custodia exclusiva y está decidido a llevarme a juicio para declararme incapacitada. Tiene camelado a un psiquiatra dispuesto a afirmar que soy una persona inestable, una chiflada, y por si fuera poco espera poder demostrar que tomo medicamentos que me ofuscan la mente y que soy promiscua. Para él, fastidiarte a ti sólo significaría añadir un poco más de diversión al asunto.

—Cuando estabas embarazada de tus putos hijos decías que estabas impaciente por librarte de ellos.

A Strike le pareció que Charlotte estaba a punto de perder la compostura, pero entonces, aparentando la misma serenidad que hasta ese momento, ella dijo:

—Son tan míos como suyos. La madre de Jago puede pensar lo que quiera, pero yo no soy una simple incubadora de mierda. Soy la madre del futuro vizconde Ross. James es el heredero del título, y es hijo mío, y esos cabrones no van a quitármelo. No me van a quitar a ninguno de mis hijos...

»Amelia testificará que Jago me pegó —continuó Charlotte. Amelia era su hermana, una mujer mucho menos atractiva que ella, pero también mucho menos inestable, que nunca había apreciado demasiado a Strike—. Me vio con un ojo morado justo antes de que me mandasen a Symonds House.

—Si con eso pretendes despertar mis instintos caballerosos —repuso Strike—, te recuerdo que sabías perfectamente con quién te casabas. Cuando fuiste a verme a Alemania me contaste que había pegado a su ex. Te lo habían explicado tus amigas, y tú estabas muy contenta de haberte librado de él.

—Y por eso merezco que me maltraten, ¿no? —dijo Charlotte subiendo la voz.

—No me vengas con tus malditos juegos —gruñó Strike—. Sabes muy bien que, si yo creyese que alguna mujer merece que la maltraten, no estaríamos manteniendo esta conversación, porque tú ya estarías muerta.

—Encantador —dijo Charlotte.

—Si accediste a casarte con Jago fue tan sólo porque creíste que yo irrumpiría en la boda y te impediría hacerlo, que iría a socorrerte una puta vez más. Tú misma me lo dijiste: «No pensé que me dejaras hacerlo.»

—¿Y qué? —dijo Charlotte, impaciente—. ¿Todo eso qué tiene que ver? ¿Vas a ayudarme a encontrar algo con lo que acusar a Jago, sí o no?

—No —contestó Strike.

Hubo un largo silencio.

Durante un largo minuto, Charlotte miró a Strike a la cara, y él la encontró asombrosamente familiar, fatídicamente deseable y absolutamente irritante.

—Como desees, querido —dijo ella con voz seca. Se inclinó para coger su bolso y se levantó—. Acuérdate de esta conversación cuando pretendas culparme de lo que suceda a partir de este momento. Te pedí que me ayudases a impedirlo y tú te negaste.

Se alisó el vestido de cachemira. Strike se preguntó cuánto habría tardado en decidir qué se pondría para ir a verlo. El detective sabía que el estilo sobrio de su ex novia, a menudo elogiado por las revistas de moda, era el resultado de cuidadosas deliberaciones. Charlotte, como siempre, esperó a que él le abriese la puerta; ¿cuántas veces, pese a afirmar que detestaba el ambiente en el que había nacido,

había decidido de pronto que quería que su novio, que había pasado gran parte de su infancia en la miseria, emplease unos modales anticuados?

Strike abrió la puerta. Al pasar por su lado, Charlotte volvió a dejar un rastro de Shalimar tras ella, y a Cormoran le dio rabia reconocer aquel perfume.

Robin, que estaba leyendo el documento que había impreso antes, levantó la cabeza. Llevaba un vestido azul que a ella le gustaba mucho, pero al lado de la ropa de alta costura de Charlotte parecía un trapo de cocina: Robin sabía que todos esos vestidos de Charlotte Campbell requerían una limpieza especial.

—Bueno y breve —comentó Charlotte sonriéndole a Robin—. Encantada de conocerte como es debido, por fin. Me parece que hemos hablado un par de veces por teléfono.

—Sí —dijo Robin. Era consciente de que Strike estaba detrás echando chispas por los ojos, pero se esforzó en sonreír con educación.

—Es curioso —dijo Charlotte, observando a Robin con la cabeza ladeada—, te pareces un poco a Madeline.

—Perdona, ¿a quién?

—A la novia de Corm —contestó Charlotte; giró la cabeza y miró a Strike con una sonrisa angelical en los labios—. ¿Todavía no la conoces? Madeline Courson-Miles. Es un amor. Diseña joyas. Acabo de hacer de modelo para su nueva campaña. Bueno, hasta luego, Corm. Cuídate.

Robin sintió que la conmoción se deslizaba desde su cerebro y le helaba las entrañas. Le dio la espalda a Strike y fingió buscar algo en la impresora, pese a saber perfectamente que ya tenía en la mano todo lo que quería imprimir. La puerta se cerró detrás de Charlotte.

—Se lo tiene muy creído, ¿no? —dijo Pat con un bufido, antes de seguir tecleando.

—Pero no es una enferma mental, Pat —repuso Robin, tratando de adoptar un tono desenfadado, incluso socarrón. Oyó que Strike volvía a entrar en el despacho—. No es una Gateshead.

—Sí que lo es —dijo la secretaria con un ronco graznido que, para ella, era lo más parecido a un susurro—. Leo los periódicos.

—Bueno, ¿no teníamos que ponernos al día sobre Anomia? —dijo Strike desde la silla del despacho, en la que por fin se había sentado.

—Sí, pero tendrá que ser rápido. —Robin trataba de sonar estrictamente profesional—. He quedado con Ilsa para tomar una copa y cenar algo.

En realidad, tenía tiempo de sobra para llegar al Bob Bob Ricard, pero de pronto sentía una necesidad imperiosa de alejarse cuanto antes de Strike. Aquella sensación de sudor frío interno no sólo persistía, sino que producía pequeñas réplicas que presagiaban que no

iba a ser capaz de fingir indiferencia ante la noticia que acababa de oír.

—Te he impreso esto —añadió al entrar en el despacho—. Querías información sobre el blog «La pluma de la justicia». De momento, esto es lo único que he encontrado.

Strike apretaba la mandíbula y estaba rojo de ira. Robin se envalentonó al ver que él no fingía que la visita de Charlotte no le había afectado.

—No me habías dicho que salías con alguien —dijo ella percibiendo el tono falsamente desenfadado de su propia voz. Pero ¿no se suponía que eran amigos? ¿Amigos íntimos?

Strike miró un instante a Robin y volvió a concentrarse en el documento que ella acababa de darle.

—Eh... sí, sí. Vale... ¿esto es lo de «La pluma de la justicia»?

—Sí —contestó Robin—. Ah, y también he encontrado a una chica que asegura que Edie Ledwell le robó todas las ideas para crear *Un corazón tan negro*.

—¿En serio?

—Sí. —Robin seguía allí de pie, con el vestido azul que Strike recordaba del día del Ritz—. Se llama Kea Niven. He llamado a Allan Yeoman para preguntarle por ella, pero dice que no puede ser Anomia porque Edie la descartó.

—¿Y cómo la descartó? —preguntó Strike, que seguía prefiriendo examinar las notas sobre «La pluma de la justicia» que mirar a Robin.

—Dijo que Anomia estaba activo en el juego cuando Kea no tenía acceso a un ordenador ni a un teléfono. En fin... —añadió Robin, cuya necesidad de alejarse de Strike era cada vez más abrumadora—, he quedado con Ilsa para tomar una copa, ya te lo he dicho. No te importa que me marche ya, ¿verdad?

—No, claro que no... —dijo Strike, tan impaciente por quedarse a solas con sus pensamientos como lo estaba Robin por salir de allí.

—Vale, pues hasta el jueves —dijo ella, porque según la lista de turnos no tenían que verse hasta ese día; y se fue con su conmoción a la sala de al lado, donde cogió la chaqueta y el bolso, se despidió con una sonrisa de Pat y se marchó.

Strike se quedó donde su socia lo había dejado, con el corazón latiéndole como si acabase de bajar del cuadrilátero, e intentó obligarse a leer el documento que acababa de entregarle Robin.

Sobre el blog «La pluma de la justicia»

El blog anónimo «La pluma de la justicia» se creó en enero de 2012. Quienquiera que esté detrás utiliza en Twitter el usuario

@laplumaqueescribe. Su ubicación está oculta. La temática del blog…

Pero no conseguía concentrarse. Soltó las hojas de papel y se rindió a la fuerza de su propia ira contra Charlotte, acentuada por la rabia que sentía hacia sí mismo. Había ignorado un peligro inminente. Sabía que Jago había encontrado aquella maldita foto y no había hecho nada al respecto porque había preferido pensar que Valentine estaba bajo los efectos de la coca y era un exagerado. Strike sentía que había sido catastróficamente negligente, tanto respecto a una amenaza muy grave contra su negocio como —ya era hora de ser sincero consigo mismo— respecto a su idea de que Robin no tenía por qué saber nada de Madeline.

Charlotte tenía una capacidad asombrosa para captar el estado emocional de las personas, una habilidad que había perfeccionado al verse obligada a lidiar con una familia llena de adicciones y trastornos mentales. Su increíble facilidad para intuir las esperanzas y las inseguridades que los demás creían bien disimuladas la convertía en una experta en cautivar a la gente y también en herirla. Podía parecer que había actuado movida por el mero deseo de destrucción, una de sus características más desconcertantes, pero Strike la conocía muy bien y sabía que no se trataba de eso. El último mensaje que había recibido de Charlotte, seis meses atrás, decía: «Creo que en la vida he sentido tanta envidia como la que siento ahora por esa chica, Robin.» Habría apostado todo el saldo de su cuenta bancaria a que Charlotte había intuido que él intentaba desplazar hacia Madeline la atracción que sentía por Robin, porque ella lo conocía igual de bien que él a ella.

—Ya me voy —dijo Pat con su voz ronca desde la recepción.

—Buen fin de semana —contestó Strike de forma mecánica.

La oyó salir y, de inmediato, sacó un cigarrillo y el cenicero que guardaba en un cajón del escritorio. Mientras daba una profunda calada al Benson & Hedges que acababa de encender, se preguntó cómo iba a resolver el problema de Jago Ross y la maldita foto, pero sus rebeldes pensamientos se desviaron hacia Robin y se encontró haciendo precisamente lo que llevaba meses evitando: revivir aquel momento insensato y peligroso fuera del Ritz, y, por primera vez, enfrentarse a ciertas verdades desagradables.

No había querido que Robin supiera que estaba saliendo con Madeline porque, en su fuero interno, seguía abrigando esperanzas de haberse equivocado respecto al silencioso «no» que le había dado Robin. Ella arrastraba traumas que habrían podido hacerla estremecerse de forma mecánica ante cualquier intento de acercamiento inesperado. ¿Y si aquel «no» que él había visto no había sido más que un acto reflejo, o un «no» condicional, o pasajero?

Últimamente le había parecido que ella intentaba demostrarle que no le preocupaba que él pudiese repetir aquella torpe y ebria aproximación. Strike sabía por experiencia que las mujeres siempre encontraban la forma de darle a entender a un hombre que no deseaban recibir más insinuaciones. Robin no se había vuelto fría, no había evitado las reuniones de los dos mano a mano, no había mencionado que estuviese saliendo con nadie para hacerle saber que no estaba disponible; le había encantado la idea de ir a tomar algo con él, y lo había abrazado espontáneamente en el pub. Nada de todo eso indicaba sentimientos de repulsa ni deseos de apartarse de él.

Pero ¿qué habría pasado si él no hubiese desperdiciado su oportunidad? No había una respuesta fácil a esa pregunta. Seguían existiendo las mismas objeciones de siempre a su intento de llevar la relación más allá de los límites de la amistad: eran socios, pasaban demasiado tiempo juntos, y si la relación con Robin salía mal (o cuando la relación con Robin saliera mal), se arruinaría todo lo demás, todo el edificio que habían construido juntos y que era lo único estable que Strike tenía en la vida.

En cualquier caso, le estaba costando mucho reprimir aquel sentimiento hacia Robin. Un sentimiento al que nunca ponía nombre. Lo cierto era que quería que ella siguiera soltera, mientras él se aclaraba y decidía qué sentía y qué quería. Ahora, gracias a Charlotte, Robin quizá se consideraría libre de buscar a otro Matthew, de buscar a otro tipo que le ofreciera un anillo (era de esas mujeres con las que los hombres desean casarse, Strike no tenía ninguna duda de eso), y entonces todo se derrumbaría, igual que si se hubiesen acostado y luego se hubiesen arrepentido, porque Robin acabaría dejando la agencia tarde o temprano. Él era la prueba viviente de lo difícil que era dedicarse a aquel trabajo y mantener una relación de pareja.

Y encima, de pronto cabía la posibilidad de que a él lo privasen de dedicarse a aquel trabajo. Una batalla entre Charlotte y Jago por la custodia de los niños, unida a su castillo ancestral en Escocia y a la familia desestructurada, fotogénica y propensa al escándalo de Charlotte, llenarían infinidad de columnas de periódicos, y si no hacía algo para impedirlo, el nombre y la fotografía de Strike también aparecerían en todas esas páginas, de modo que sólo podría seguir desempeñando el trabajo por el que tanto se había sacrificado si se sometía a una profunda cirugía facial. O eso, o quedaría reducido a la tarea de director sedentario, y tendría que dejar que Robin y los otros colaboradores hicieran el trabajo de investigación mientras él engordaba un poco más cada año, charlaba con los clientes en la oficina y se aseguraba de que cuadraran los números.

Strike apagó el cigarrillo que no se había terminado, cogió el móvil y llamó a Dev Shah, que contestó al segundo timbrazo.

—¿Qué pasa?

—¿Dónde estás?

—En Newman Street, esperando a que Montgomery salga del trabajo. Su novia está aquí con un par de amigos. Parece que van a ir a tomar algo por aquí.

—Muy bien —dijo Strike—. Necesito hablar en privado contigo. Avísame cuando lleguen a su destino y nos encontraremos allí.

—De acuerdo —dijo Shah, y Strike colgó.

26

Y caminé como si estuviera separada
de mí misma, cuando pude levantarme,
y me compadecí de mi corazón,
como si lo sostuviera en la mano...

ELIZABETH BARRETT BROWNING, *Bertha en el camino*

Robin caminaba por el Soho y sus pies se comportaban de forma completamente normal, como si transportaran a un ser humano normal que pertenecía al mundo físico y que no estaba dominado por una fuerte sensación de disociación.

La reconoció de inmediato: era la misma que había experimentado después de encontrar el pendiente de diamante de la amante de su ex marido en su dormitorio. Mientras esperaba a que Matthew llegara a casa, la había invadido esa misma sensación, tan extraña, de hallarse fuera de su propio cuerpo; había visto la habitación donde estaba sentada como si la contemplase desde una distancia de varios años, consciente de que nunca volvería a estar allí y de que algún día recordaría aquella brevísima fracción de tiempo como uno de los momentos decisivos de su vida.

«Estoy enamorada de él...»

Llevaba demasiado tiempo engañándose a sí misma. Aquello no era amistad, ni simple cariño: cuando te enterabas de que tu amigo se acostaba con otra chica no te sentías como si se te hubiesen abrasado los intestinos con hielo seco. Pero qué forma tan cruel de verse obligada a afrontar la verdad. Habría sido mucho más fácil lidiar con ello si la verdad hubiese ido filtrándose poco a poco en su cerebro en la dorada bruma del Ritz, mientras se tomaba unos cócteles que quizá la hubiesen anestesiado contra la conmoción; o mientras contemplaba la cumbre en forma de colmillo del monte Cervino, donde habría tenido tiempo y espacio para digerir una verdad que llevaba tiempo esquivando.

¿Cuándo había iniciado Strike una nueva relación? ¿Cuánto tiempo después de aquel incidente en la acera del Ritz? Porque Robin no podía creer que ya entonces estuviera saliendo con otra chica; por más que ahora se sintiera muy enfadada con él, sabía que Strike no la habría abrazado ni se habría acercado a ella para besarla si ya hubiese habido otra persona en su vida, alguien que tal vez estuviese

esperando para verlo más tarde.

Le sonó el móvil en el bolso. Confiaba en que no fuera Strike; no se sentía capaz de hablar con él en ese momento. Miró la pantalla y se alegró al ver que era un número desconocido.

—Robin Ellacott.

—Hola —dijo una voz masculina—. Soy Ryan Murphy.

—Ah, Ryan... —Robin no recordaba quién era.

—El inspector Murphy. Estuve en la agencia por lo de Edie Led...

—Ah, sí, sí... Claro... Perdón.

—¿Te pillo en buen momento?

—Sí —contestó Robin tratando de concentrarse.

—Me gustaría revisar un par de detalles contigo, si no te importa.

—No, claro que no —dijo Robin, mientras sus pies seguían llevándola hacia el restaurante al que Ilsa aún tardaría una hora y media en llegar.

—Quería saber si, cuando fue a verte, Edie Ledwell mencionó a una tal Yasmin Weatherhead.

—No —respondió Robin, y, como si mentalmente hubiese vuelto a entrar en su despacho, se oyó a sí misma decir con voz calmada—: ¿Es la secretaria que ayudaba a Edie y a Josh con el correo de los fans?

—Eso es —dijo Murphy.

—¿Es la persona que le llevó a Josh el dosier con presuntas «pruebas» de que Edie era Anomia?

—¿Eso también lo sabías? —Murphy parecía impresionado—. Sí, me refiero a ella.

—Tenemos entendido que el dosier no estaba en el cementerio cuando encontraron a Josh y a Edie.

—¿Acaso cuentas con algún policía corrupto que te filtra información?

—No —dijo Robin—. Son datos que hemos obtenido con un poco de vigilancia.

—Ah, vale. Bueno, pues tienes razón, no encontramos el dosier en el cementerio. Lo siento, ahora mismo estamos un poco susceptibles con las filtraciones. Supongo que habrás leído el artículo del *Times*.

—¿Sobre The Halvening? Sí.

—No nos ayuda mucho que eso salga en primera plana. Habríamos preferido que no supiesen que los estábamos vigilando.

—Claro, ya me lo imagino —dijo Robin—. ¿Qué tal va la investigación?

Lo preguntó, sobre todo, para dejar de pensar un rato en Strike.

Murphy emitió un ruidito, una mezcla de suspiro y gruñido.

—Bueno, puede que hayamos lanzado la red demasiado lejos al preguntar a la ciudadanía si había detectado alguna actividad inusual

dentro o alrededor del cementerio de Highgate. Nos han informado de dos bicicletas robadas cerca del cementerio y de un pastor alsaciano fuera de control en el parque de Hampstead Heath, pero nadie vio a ninguna persona sospechosa huyendo a toda prisa de la escena del crimen, ni a nadie disfrazado o con una conducta extraña en el cementerio alrededor de la hora en que se produjeron los apuñalamientos. Ahora estamos analizando el registro de llamadas de los teléfonos de Ledwell y Blay.

—El asesino se llevó el móvil de Blay, ¿verdad?

—¿Seguro que no te llega información de mi departamento?

—No, eso lo sé por la misma vigilancia.

—Desaparecieron los dos móviles. ¿Sabes qué le pasó al de Ledwell?

—No —dijo Robin, sintiendo curiosidad a pesar de lo disgustada y triste que estaba.

—Es posible que esto salga en los medios, porque vieron a la policía dragando los estanques, pero no lo comentes por ahí, por favor. Según la señal del satélite, el teléfono de Ledwell salió del cementerio y entró en Hampstead Heath después de que la mataran. Por lo que nosotros sabemos, lo apagaron cerca de uno de los estanques del parque, el Highgate número uno. Hemos dragado ese estanque, y también el de al lado, pero el teléfono no ha aparecido en ninguno de los dos.

—¿El asesino se fue con el teléfono del cementerio y lo llevó a Hampstead Heath?

—Eso parece.

—¿Y el móvil de Blay?

—Lo apagaron más o menos a la hora en que creemos que lo apuñalaron. Seguramente el asesino no se dio cuenta de que no había apagado el de Ledwell hasta que llegó al Heath. Bueno, en fin...

—Sí, claro. —Robin dio por hecho que Murphy necesitaba colgar.

—No, esto... Mmm... —dijo Murphy—. Mira, iba a preguntarte... si te apetecía ir a tomar algo este fin de semana.

—Ah —dijo Robin—, tendré que consultar la lista de turnos. Quieres que venga también Strike, ¿no?

—¿Cómo dices?

—¿Quieres hablar con nosotros dos o...?

—Bueno, yo... Lo que quería saber era si te apetece... Ir a tomar algo conmigo, tú y yo solos.

Robin sintió que la invadía una nueva oleada de turbación.

—¡Oh! Perdona... creía que... Voy a estar trabajando todo el fin de semana.

—Ah. —Ryan Murphy sonaba casi tan avergonzado como ella—. Bueno, tranqui. Que vaya bien tu... Bueno, feliz cacería. Adiós.

—Adiós —dijo Robin con una voz más aguda de lo normal, y cortó la llamada.

Le ardían las mejillas. Siguió andando, ahora un poco más deprisa; sus dos únicos objetivos eran poner más distancia entre Cormoran Strike y ella y encontrar un rincón oscuro donde saborear plenamente su convicción de ser la mujer más inepta para el romance de toda la ciudad de Londres.

27

Busca la guerra, está preparado,
tiene amargos pensamientos, no se doblegará.

JEAN INGELOW, *Juntos de nuevo*

Apenas media hora después de haber hablado con él por última vez, Shah llamó a Strike para decirle que Montgomery y sus amigos estaban en el Opium, un restaurante de *dim sum* de Chinatown cercano a la agencia. Los síntomas gástricos de Strike habían mejorado tras una visita al cuarto de baño, pero el muñón seguía protestando por tener que cargar con su peso. Haciendo caso omiso del dolor, se puso de nuevo el abrigo, cerró la oficina y fue a reunirse con Shah, para lo que tuvo que cruzar una vez más las zanjas excavadas en las calles.

Montgomery y su grupo estaban en la tercera planta («¡cómo no», pensó Strike maldiciendo sus isquiotibiales, que no dejaron de protestar hasta que llegó arriba). Sentados en unos taburetes de acero de patas largas alrededor de una mesa de madera, donde un barman les estaba preparando los cócteles, los chicos del grupo, todos esmeradamente acicalados, con barba pulcramente recortada y camiseta ceñida, le parecieron a Strike versiones de Montgomery, mientras que las chicas iban muy maquilladas y llevaban el pelo teñido de colores que no se encontraban en la naturaleza: gris morado, bermellón, azul eléctrico... Todos tenían el teléfono en la mano; fotografiaban los cócteles, los estantes llenos de botellas que el barman tenía detrás y el cuadro del presidente Mao pintado en la puerta de un armario. El ladrillo visto y el suelo de madera sin pulir le recordaron a los bares a los que iba con Madeline, indistinguibles ya unos de otros.

Shah estaba sentado a escasa distancia del grupo, en una sala lateral, pero tenía a Montgomery en su campo de visión.

—Anomia acaba de tuitear —dijo cuando Strike se sentó delante de él—. Y justo en ese momento Montgomery estaba tecleando en su teléfono.

—Vale, no lo pierdas de vista mientras hablamos. Necesito que me hagas otro trabajo.

Strike le expuso el problema que tenía con Jago Ross, y Shah siguió observando, aparentemente distraído, al ruidoso grupo sentado alrededor de la mesa del barman. Cuando Strike terminó de hablar,

Shah lo miró a los ojos por primera vez.

—Así que quieres que le encuentre algo al marido de tu ex.

A Strike le extrañó el semblante inexpresivo y circunspecto de Shah.

—Sí —contestó—. Si me nombra en el divorcio, estoy jodido. Necesito algo para presionarlo.

Shah miró de nuevo hacia la mesa de Montgomery.

—¿Por qué me lo encargas a mí?

—Joder, porque no puedo hacerlo yo, ¿no te parece? Ross me conoce. Es un gilipollas, pero no es idiota. Y tampoco quiero correr el riesgo de que reconozca a Robin. Ella salió en el periódico el año pasado, igual que Barclay. Necesito caras nuevas, fuera de toda sospecha, para hacer el trabajo. Tiene que ser alguien a quien él no pueda relacionar conmigo, es decir, o tú o Midge.

Shah tomó un sorbo de su copa y volvió a mirar a Montgomery, pero esta vez no dijo nada.

—¿Hay algún problema? —preguntó Strike, irritado.

—Esto es un trabajo remunerado como cualquier otro, ¿no? —preguntó Shah—. ¿O me vas a pagar en efectivo de tu bolsillo?

—¿Por qué me lo preguntas?

—Te lo pregunto —dijo Shah, sin dejar de mirar al grupo— porque Patterson tenía un negocio complementario: utilizaba su agencia para joder a personas con las que tenía deudas personales. Esos trabajos los pagaba en efectivo y no los registraba, pero a veces se «olvidaba» de pagarlos. Casi siempre me escogía a mí para hacer esas cosas.

—Esto no es ninguna deuda personal —aclaró Strike—. Ya no tengo ninguna relación con su mujer. Ross está haciendo esto con el único objetivo de arruinarme el negocio. Si él no estuviera intentando implicarme en sus líos, me importaría un cuerno. Lo registraré y te pagaré como si fuese un cliente cualquiera.

Cormoran todavía no había pensado cómo iba a contarle a Robin lo que estaba haciendo, pero supuso que ya no tenía muchas alternativas.

—Soy consciente de que, en realidad, no estamos en condiciones de coger otro caso ahora mismo —añadió Strike—. Si tuviese otra opción, no lo haría.

—De acuerdo. Perdona. Sólo quería dejar claro lo que pienso —dijo Shah—. ¿Tienes los detalles de contacto de ese tipo?

—Te lo mandaré todo por correo electrónico cuando vuelva a la oficina. Es su segundo matrimonio. Buscaré también los detalles de su primera mujer, y pondré en copia a Midge.

—Perfecto —dijo Shah—. En cuanto me lo mandes, empiezo.

Strike le dio las gracias a su colaborador y salió del bar. A cada


paso que daba, su cojera era un poco más pronunciada.

28

Nada, pues, de amar,
nada de creer ni confiar;
porque ¿qué hay después
sino aflicción, aflicción?

ANNE EVANS, *Clamor*

Eran casi las siete, así que Robin, que estaba sentada en un rincón de una cafetería del Soho alternando entre sentimientos de humillación y desdicha, se encaminó por fin al Bob Bob Ricard y llegó a la entrada en el preciso instante en que Ilsa, rubia como ella y con gafas, salía de un taxi.

Se abrazaron. Ilsa parecía cansada pero contenta de ver a Robin, que necesitaba urgentemente una copa y la oportunidad de desahogarse. Le faltaba decidir cuánto quería compartir con Ilsa, cuyos intentos de emparejarla con Strike le habían causado cierto bochorno en el pasado.

Las acompañaron por una escalera a una sala del sótano que combinaba la gran opulencia victoriana con la atmósfera de una discoteca: iluminación dramática, decoración a base de rojos y dorados, el suelo decorado como un tablero de backgammon, banquetas de piel y —Robin lo vio en cuanto se sentaron en su reservado— un botón con la leyenda «pulsar para pedir champán» en la pared que tenían al lado.

—¿Estás bien? —preguntó Ilsa con cara de preocupación.

—Creo que voy a necesitar una copa para contártelo —contestó Robin.

—Vale, pues pulsa el botón. Para eso está, ¿no?

—Cuéntame primero lo de tu caso —dijo Robin.

—No puedo creer que lo hayamos conseguido —dijo Ilsa, y en el rato que tardó un camarero con chaleco rosa en llevarles el champán, le contó a Robin la historia de la adolescente que había sido juzgada por ayudar a planear un ataque terrorista.

»... A los otros cuatro los declararon culpables —concluyó mientras el camarero les ponía delante sendas copas de champán—, como debía ser, así que pensé: joder, esto se ha acabado, la van a declarar culpable también a ella... Oía llorar a su madre detrás de nosotras, pero gracias a Dios el juez se creyó al psicólogo. La chica

tiene quince años, es autista profunda y estaba convencida de que había encontrado a amigos de verdad en internet… Claro que la engañaron. Y era a ella a la que le iban a atar los malditos explosivos. Menudos hijos de puta. Bueno, y ahora cuéntame lo que te pasa.

—Lo primero es lo primero: felicidades por ganar el caso —dijo Robin entrechocando su copa con la de Ilsa y tomando un sorbo de champán—. Y en fin, tampoco es que… Un tipo del Departamento de Investigación Criminal acaba de invitarme a salir y yo le he preguntado si podía ir a la cita con Strike.

—¿Cómo dices?

Cuando Robin hubo terminado su explicación, las carcajadas de Ilsa hicieron que varias personas se dieran la vuelta para mirarla.

—No te rías —murmuró Robin, aunque su sensación de humillación estaba disminuyendo ante la hilaridad de Ilsa—. Soy imbécil.

—No eres imbécil: ese tipo te ha llamado para hablar de un caso, ¿qué se suponía que ibas a pensar? ¡No seas tonta, Robin, tiene gracia!

—Bueno, vale, pero… eso no es todo. Charlotte Campbell se ha presentado en la agencia esta tarde.

—¿Qué? —Ilsa paró de reír.

—No sé qué quería. Bueno, sí: ver a Strike. Se la ha llevado al despacho y han estado cinco minutos allí dentro. Cuando han salido, ella ha comentado… Ha comentado que me parezco mucho a la nueva novia de Strike, Madeline. No sabía que estuviese saliendo con nadie. Él no me lo había dicho. Por lo visto es una diseñadora de joyas.

—¿Sale con una chica? —preguntó Ilsa con el grado exacto de indignación que Robin esperaba; oír su propia conmoción reflejada en la voz de su amiga le produjo una mezcla de dolor y placer—. ¿Desde cuándo? ¡No nos había dicho nada!

—Pues sí —dijo Robin con resignación—. Me lo confirmó cuando se marchó Charlotte.

—Vamos a ver, antes de hablar de esa tal «Madeline» —dijo Ilsa como si aquel nombre, por sí solo, ya fuese sospechoso—, déjame decirte exactamente a qué ha ido Charlotte a la agencia.

Inspiró hondo y continuó:

—Está claro que Charlotte Campbell ha detectado que hay algo entre Corm y tú, y quiere joderlo.

Robin no sabía si era por el champán o por las palabras de Ilsa, pero lo cierto fue que se sintió levemente aliviada. Aun así, dijo:

—Charlotte nunca nos había visto juntos hasta hoy, y como mucho habrán sido tres minutos.

—Eso es irrelevante —dijo Ilsa con rotundidad—. Corm y tú ya lleváis… ¿cuánto, cinco años juntos en la agencia? Te propuso que fueras su socia, por amor de Dios. Nick y yo no creíamos que fuese

capaz de eso. Se ha enredado legalmente contigo de forma voluntaria, y créeme, para Corm eso es muy importante. Nunca he conocido a nadie con tanta fobia a… Será mejor que pidamos —Ilsa le hizo una seña al camarero—, o nos estarán interrumpiendo todo el rato.

Una vez elegidos los platos, el camarero se alejó y su amiga continuó:

—¿Qué estaba…? Ah, sí. Decía que nunca he conocido a nadie con tanta fobia al compromiso como Corm.

—Le pidió matrimonio a Charlotte.

—Venga, por favor… —Ilsa puso los ojos en blanco—. Estaba en el momento más bajo de su vida, y eso que ha tenido momentos bajos por un tubo. Acababa de perder una pierna, su carrera militar estaba truncada y ella decidió interpretar el papel de ángel sanador atraída por el dramatismo de la situación. Y por supuesto, él cayó en la trampa, cualquiera habría caído. Mira, Robin, está compartiendo la parte más importante de su vida contigo. Corm nunca había tenido una relación ininterrumpida de cinco años con una mujer. Charlotte lo sabe y lo detesta. Confía en mí. La conozco —dijo Ilsa con gravedad. Levantó su copa de champán llena y volvió a dejarla en la mesa sin beber.

»Charlotte no quería que Corm abriera la agencia. Puede que fingiese que quería durante unos cinco minutos, cuando se prometieron; pero en cuanto se dio cuenta de que aquello significaba que él se pasaría el día trabajando y que no se haría rico, hizo cuanto pudo para joderlo. Pero mira ahora: él ha triunfado y dice que sin ti no lo habría logrado. Confía en mí: si Charlotte hubiese sabido el éxito que iba a tener la agencia, y que Corm sería famoso por su trabajo, se habría aferrado a él y no lo habría dejado escapar. No —dijo Ilsa—, Charlotte sabe perfectamente lo importante que debes de ser para Corm, y sabía perfectamente lo que estaba haciendo cuando ha mencionado a esa otra chica delante de ti.

Robin se había terminado la copa de champán. Antes de que ella misma pudiera hacerlo, Ilsa extendió el brazo y pulsó el botón, y Robin se echó a reír.

—Hay otra cosa —susurró mirando a su amiga a los ojos—. Pero no le des demasiada importancia…

—¿Qué es? —preguntó Ilsa, intrigada.

—¿Te acuerdas de que Strike me invitó a tomar algo en el Ritz el día de mi cumpleaños?

—Sí —dijo Ilsa inclinándose hacia delante.

—No te emociones. No… bueno, ya sabes, no acabamos en la cama ni nada parecido…

La curiosidad de Ilsa iba en aumento.

—Bueno —continuó Robin—, los dos bebimos bastante. Los

cócteles que nos tomamos eran mortales y no habíamos comido mucho... En fin, él tenía un brazo alrededor de mi cintura, porque yo había estado a punto de caerme, y cuando salimos a la calle y estábamos esperando un taxi, creo que... No lo sé, no estoy segura, pero creo que estuvo a punto de besarme.

Ilsa dio un gritito de sorpresa, y un camarero la miró al pasar.

—No, por favor —gimió Robin—. En serio, Ilsa, por favor. Fue... Dios, no puedo quitarme de la cabeza la cara que puso. Se inclinó hacia mí y yo entré en pánico, y creo que él... Me dio la impresión de que... —Robin negó con la cabeza—. Supongo que pensó que a mí me repugnaba la idea, o algo así. Parecía un poco...

Robin cerró un momento los ojos y rememoró la expresión de Strike.

—... Avergonzado. Se apartó, y luego hicimos como si nada. Bueno, lo intentamos. Y después, durante un tiempo, él estuvo más distante de lo normal.

—¿Por qué entraste en pánico? —preguntó Ilsa muy seria.

El camarero se acercó para rellenar la copa de Robin. Ella se bebió casi la mitad antes de contestar:

—No lo sé. ¿Porque tengo treinta años y sólo he estado con un hombre? —Gimió otra vez al recordar la conversación telefónica con Ryan Murphy—. ¿Porque soy tan imbécil que ni siquiera me doy cuenta de que me están invitando a salir?

Su inexperiencia, sin embargo, no era la única razón, y Robin lo sabía.

—Pero sobre todo... era consciente de que, si nos besábamos, Strike se arrepentiría. Cuando estuviese sobrio se arrepentiría y... yo no habría soportado oírle decir que todo había sido un gran error. Ya sabes cómo es con su intimidad y su espacio personal, y el trabajo nos obliga a pasar muchas horas juntos. No quería oírle decir que aquello sólo había sido un paso en falso.

Ilsa se apoyó en el respaldo del asiento y frunció levemente el ceño. Volvió a coger su copa de champán, pero una vez más cambió de idea.

—Sí, tienes razón. Se habría arrepentido. Corm es así, ¿no? —dijo la abogada—. Te habría dicho que lo había hecho porque estaba borracho, y seguramente luego habría encontrado la forma de levantar un muro entre los dos para proteger sus retorcidas ideas sobre las relaciones de pareja... Te apuesto lo que quieras a que empezó a salir con esa maldita mujer...

—No sabes si es una maldita mujer —la cortó Robin, más razonable que su amiga—. Podría ser encantadora. La última novia de Strike lo era. Lorelei. No tenía nada de malo.

—Claro que no tenía nada de malo, por eso la dejó —dijo Ilsa

desdeñosamente—. ¿Cómo va a mantener su eterna convicción de que toda relación de pareja estable significa algún tipo de cárcel si sale con mujeres que no le joden la vida? No, me juego mi sueldo de un mes a que está con esa chica porque vosotros dos estuvisteis a punto de besaros y él se dio un susto de muerte.

Ilsa se quedó unos segundos pensativa, y entonces sonrió de oreja a oreja.

—¿Por qué sonríes?

—Lo siento, no puedo evitarlo —dijo Ilsa—. Estaba pensando lo bueno que habrá sido para él pensar que te repugnaba la idea de besarlo.

—¡Ilsa!

—Venga, Robin, ya has visto el efecto que tiene sobre las mujeres. Cuando lo conocen, creen que es un gran bulto sin afeitar con mal carácter, y al cabo de media hora han decidido que es el hombre más sexy del planeta. Yo soy inmune —dijo Ilsa encogiéndose de hombros —. No me va ese rollo de «¿cómo arreglo a este hombre que evidentemente no quiere que lo arreglen?». Pero a muchas mujeres les encanta, y por eso Corm tiene tanto éxito.

—A mí nunca me había parecido ni remotamente sexy —repuso Robin, pero entonces el espíritu de la sinceridad desatado por el champán la obligó a añadir—: Bueno, hasta que...

—Ya —dijo Ilsa—. Creo que en eso él te lleva ventaja. Y no me digas que no sé de qué hablo, Robin, porque me fijé en cómo te miraba durante la cena el día de tu cumpleaños. ¿Por qué crees que no te dijo que estaba saliendo con esa tal Madeline?

—No lo sé.

—Pues yo sí. No te lo dijo porque no quiere que te sientas libre para tirarte al primer inspector que se te ponga por delante. Quiere ligar con quien le dé la gana, mientras tú sigues disponible y él decide si puede permitirse las consecuencias de otra intentona. Conozco a Corm desde que teníamos cinco años y el pelmazo de Dave Polworth me tiraba del pelo en el patio. Tú no conociste a su tía Joan. Yo la adoraba, todos la adorábamos, pero era el polo opuesto a la madre de Corm. Joan llevaba la casa con mano dura, daba mucha importancia a los buenos modales, a la discreción y a no deshonrar a la familia. Y entonces aparecía Leda, se lo llevaba y le dejaba hacer lo que le diera la gana mientras ella se ponía hasta las cejas en Londres. Corm se pasaba la vida yendo de un extremo a otro: era el hombre de la casa y tenía demasiada responsabilidad cuando estaba con Leda, pero era un niño pequeño que no podía decir tacos cuando estaba con Joan. No me extraña que tenga unas ideas tan raras sobre las relaciones de pareja.

Ilsa la observó con mirada sagaz a través de las gafas.

—Pero tú eres algo completamente nuevo para Corm. No necesitas que te arreglen. Te arreglaste a ti misma. Y además él te gusta tal como es.

—Yo no estoy tan segura de eso —repuso Robin—. Al menos no esta noche.

—¿Quieres que deje su trabajo? ¿Crees que debería sentar la cabeza, tener un par de críos, comprarse un Range Rover y apuntarse a la Asociación de padres y madres del colegio?

—No —dijo Robin—, porque sin él la agencia no sería lo mismo.

—La agencia... —repitió Ilsa negando con la cabeza—. ¿Lo ves? Es que sois tal para cual.

—¿Qué quieres decir?

—Para vosotros, el trabajo es lo primero. Mira lo que acabas de decir: «La agencia no sería lo mismo.» Madre mía, no sabe la suerte que tiene. Creo que Corm nunca había conocido a una mujer que prefiriera darle alas para hacer lo que mejor se le da.

—¿Y todas esas mujeres que descubren lo sexy que es tras pasar media hora con él?

—Cuando ha pasado una hora, o una semana, él empieza a cabrearlas —dijo Ilsa—. A mí también me cabrearía. Pero lo curioso es que creo que a ti no, si es que algún día llegáis a ese punto... ¿Qué más sabes sobre esa mujer con la que sale?

—Lo único que sé es que se llama Madeline Courson-Miles y que es diseñadora de joyas. Debe de ser conocida. Charlotte ha hecho de modelo para su nueva colección.

Ilsa sacó su teléfono del bolso y buscó el nombre en Google.

Robin, que no estaba segura de querer ver los resultados, remató su segunda copa.

—Aquí está... —dijo Ilsa inclinada sobre la pantalla del móvil—. ¡Pero qué fuerte, mírala!

Le pasó el teléfono a su amiga. Robin vio la fotografía de la hermosa, sonriente y despeinada Madeline; estaba de pie entre dos supermodelos, cada una con una copa de champán en la mano.

—Pero ¿es que no lo ves? —preguntó Ilsa, impaciente.

—¿Qué tengo que ver?

—¡Robin, es igual que tú!

Robin se echó a reír.

—Ilsa...

—¡Es clavada! —Ilsa le quitó el teléfono de la mano para volver a examinar la fotografía de Madeline—. El mismo color de pelo, el mismo...

—¿Cuándo me has visto con pantalones negros de piel y blusa de lamé plateado abierta hasta el ombligo?

—Bueno, hay que reconocer que esa blusa no podrías ponértela —

dijo Ilsa—. Tus tetas son más grandes que las de ella. Pero bueno, eso significa Ellacott dos, Courson-Miles cero, para empezar.

Robin soltó una carcajada.

—Ilsa, ¿quieres hacer el favor de beberte el champán? No quiero ser la única que pulsa el botón.

Ilsa titubeó un momento y, en voz baja, dijo:

—No puedo. Estoy embarazada.

—¿Qué?

Robin sabía que Ilsa y Nick llevaban años intentando tener un hijo y que la última fecundación in vitro no había funcionado.

—¡Qué buena noticia, Ilsa! Creía que habíais dicho que no queríais hacer más...

—Ha sido natural —dijo Ilsa, que de pronto parecía nerviosa—. Pero seguro que no dura mucho. Nunca dura mucho. Ya llevamos tres intentos de fecundación in vitro y tres abortos. Saldrá mal, como siempre.

—¿De cuánto estás?

—De casi doce semanas.

—¿Y qué dice Nick?

—No lo sabe —dijo Ilsa—. Sólo te lo he contado a ti.

—¿Cómo?

—No quiero volver a pasar por lo mismo de siempre. Te haces ilusiones, y luego... Quiero ahorrarle ese sufrimiento a Nick.

—Pero si estás casi de doce sem...

—No —dijo Ilsa con firmeza—. No puedo. Tengo cuarenta años, Robin. Aunque este embrión se enganche, algo podría salir mal.

—Pero... ¿todavía no te has hecho ninguna ecografía?

—No quiero quedarme embobada mirando cómo se retuerce una manchita que nunca llegará a nada. ¿Para qué? Ya lo he hecho otras veces y casi me muero de pena. No quiero pasar por eso otra vez.

—¿De cuánto estabas cuando perdiste a los otros?

—La primera vez, de ocho semanas, y las otras dos, de diez. No me mires así. Que éste haya aguantado dos semanas más no significa...

—¿Y si dentro de dos semanas sigues embarazada? ¿O dentro de un mes?

—Bueno, entonces... Supongo que en ese caso tendré que decírselo a Nick —admitió Ilsa. De pronto puso cara de susto y añadió—: ¡Ni se te ocurra contárselo a...!

—Claro que no se lo voy a decir a Strike, ¿por quién me has tomado?

—Bébetela tú —dijo Ilsa acercando su copa a Robin.

Les llevaron los entrantes. Cuando Robin le dio el primer bocado al paté, Ilsa preguntó:

—¿Qué tal ese inspector, el que te ha invitado a salir?

—Era alto y bastante guapo, pero estábamos hablando de un asesinato, así que... eso era lo que más me importaba en ese momento.

—Llámalo. Dile que quieres ir a tomar algo con él.

—No —dijo Robin con rotundidad—. Después de la conversación que hemos tenido, debe de pensar que soy retrasada mental.

—¿Y se puede saber cómo vas a superar eso de «sólo he estado con un hombre» si no sales con otros? Sólo es una copa. Con una copa no te arriesgas demasiado. Nunca se sabe.

Robin miró a su amiga con los ojos entornados.

—Y estoy segura de que ni se te ha pasado por la cabeza aconsejarme que lo haga para poner celoso a Strike.

—Bueno... —Ilsa le guiñó un ojo—. A lo mejor, pero muy fugazmente.

29

He sido víctima de una bruja,
¿ahora eres mi enemigo incluso de día,
cruel Miedo? El día tiene un fin;
tú no puedes seguirme a donde yo voy…

JEAN INGELOW, *Juntos de nuevo*

A las diez de la noche, Strike, que acababa de comerse un salteado (su recurso habitual cuando no se le ocurría nada que cocinar), estaba tumbado en la cama de su ático, todavía vestido, con el cinturón aflojado y el botón del pantalón desabrochado. Tenía un cigarrillo recién encendido en los labios, una medida triple de su malta favorito en la mesilla de noche y, en la cama, a su lado, las notas impresas de Robin sobre el blog «La pluma de la justicia».

La intrusión de Charlotte en su oficina había ocupado por completo su mente durante horas, pero el detective ya estaba recuperando cierto equilibrio: en primer lugar, porque había tomado medidas que, con un poco de suerte, harían frente a la determinación de Jago Ross de arruinarle la vida a él además de a su mujer; en segundo lugar, porque aquél era su segundo whisky triple, y por último, porque había recuperado el hábito de la disciplina mental que tan útil le había resultado a lo largo de su carrera. El trabajo siempre había sido su mejor refugio, y si bien sus emociones todavía no estaban plenamente dominadas, al menos ya podía intentar poner orden en la complicada cuestión relacionada con Anomia. Así que cogió su teléfono y, una vez más, intentó registrarse en *El juego de Drek*, pero, igual que todas las veces anteriores, apareció Blacky encogiéndose de hombros y le dijo que volviera a intentarlo más tarde.

Dejó el teléfono encima de la cama y tomó un sorbo de whisky. Luego cogió las notas de Robin sobre «La pluma de la justicia» y empezó a leer.

Sobre el blog «La pluma de la justicia»

El blog anónimo «La pluma de la justicia» se creó en enero de 2012. Quienquiera que esté detrás utiliza en Twitter el usuario

@laplumaqueescribe. Su ubicación está oculta. La temática del blog se centra en la crítica de la cultura popular. Sin embargo, «La pluma de la justicia» escribe como mínimo tres entradas sobre *Un corazón tan negro* por cada entrada que escribe sobre otros programas o películas. Anomia sólo ha compartido una entrada de «La pluma de la justicia» una vez (se adjunta).

Anomia y el blog «La pluma de la justicia» interactúan ocasionalmente. Si detrás de la cuenta de Anomia y del blog está la misma persona, tiene mucho cuidado en mantener dos personalidades diferentes en línea. A grandes rasgos, Anomia comparte cualquier cosa que haga quedar mal a Edie Ledwell, mientras que «La pluma de la justicia» critica sobre todo los presuntos defectos de los dibujos animados, y de otros programas, desde un punto de vista sociopolítico.

En mayo de 2014, cuando Edie intentó suicidarse, acusaron a Anomia y a «La pluma de la justicia» de haberla acosado para que lo hiciera. Anomia aseguró que Ledwell sólo había fingido un intento de suicidio. «La pluma de la justicia» no dijo nada durante seis semanas, y luego publicó una entrada titulada «Por qué la "cultura de la denuncia" es una herramienta poderosa para la transformación social», que terminaba así:

«Me han acusado de "humillar" e "intimidar" a la gente para que acepte mis puntos de vista. Pues bien, no me voy a disculpar por ello. Si queremos que la sociedad cambie a mejor, si queremos que sea inclusiva con todas las razas, todos los géneros y todas las personas con discapacidades, asustar a los intolerantes no es una mala forma de empezar. En realidad, lo que se ha dado en llamar "cultura de la cancelación" no es más que exigir responsabilidades a las personas por las opiniones que exponen en la esfera pública intencionadamente.

»¿Quiero que Edie Ledwell se muera? Por supuesto que no.

»¿Contribuye Edie Ledwell a que el mundo sea un lugar menos seguro para los grupos marginados con cada estereotipo que irreflexivamente refleja en la pantalla? Sí, por supuesto que sí.

»Me alegro de que se encuentre mejor. Y deseo que a partir de ahora haga mejor las cosas.»

Aunque Morehouse (el cocreador del juego junto con Anomia) lo ha negado, entre el fandom de *Un corazón tan negro* circula un rumor persistente de que es él quien escribe el blog «La pluma de la justicia». Esa teoría surgió por primera vez en el año 2013 (ver tuits adjuntos).

Strike pasó la hoja y encontró una serie de tuits impresos:

Penny Peacock @rachledbadly

@theMorehou©e sé que esto lo has escrito tú www.PlumaDeLaJusticia/PorQuéLa...

Morehouse @theMorehou©e
en respuesta a @rachledbadly
No

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @theMorehou©e
Heisenberg

Morehouse @theMorehou©e
en respuesta a @rachledbadly
Te equivocas suponiendo que yo escribo «La pluma de la justicia», tanto como con el principio de incertidumbre

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @theMorehou©e
XD

Mags Pie @urraca25
en respuesta a @suze_mcmillan @rachledbadly @theMorehou©e
Cómo? Que Morehouse = La pluma de la justicia?????

Carol S @CJS_corazóntannegro
en respuesta a @urraca25 @suze_mcmillan @rachledbadly @theMorehou©e
Este blog tiene toda la razón, *Un corazón tan negro* es megacapacitista

Dan Spinkman ©SpinkyDan
en respuesta a @CJS_corazóntannegro @urraca25 @suze_mcmillan @rachledbadly @theMorehou©e
Son dibujos animados sobre cadáveres. Quedaría raro
que gozaran de perfecta salud

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @SpinkyDan @CJS_corazóntannegro @urraca25 @suze_mcmillan @rachledbadly @theMorehou©e
por favor capaciexplicadme por qué las personas discapacitadas como yo tendríamos que tolerar este «humor» de mierda
#cucharas #capacitismo
#UnCorazónTanNegro

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple

en respuesta a @realTraslúcida @SpinkyDan @CJS_corazóntannegro @urraca25 @suze_mcmillan @rachledbadly @theMorehou©e

demasiado fea para follar ≠ discapacitada

Strike tenía la impresión de que acababa de ver un nombre que debería significar algo para él, pero no lograba identificarlo, con toda probabilidad porque ya se había bebido un tercio de la botella de whisky. Pasó a la página siguiente, en cuya parte superior Robin había escrito: «Éste es el artículo de "La pluma de la justicia" que retuiteó Anomia.»

Por qué *Un corazón tan negro* es tremendamente capacitista y por qué eso debería preocuparte

Advertencia sobre el contenido: en este artículo se utilizan palabras y conceptos relacionados con discapacidades físicas y mentales que pueden resultar ofensivos, despectivos o hirientes. Aunque utilizo esos términos con fines didácticos, te recomiendo encarecidamente que practiques un autocuidado responsable y pospongas su lectura si te encuentras en una situación de sufrimiento o vulnerabilidad, o si te sientes inseguro en tu entorno actual. Los temas abordados en este artículo pueden resultar molestos para muchas personas con discapacidades.

Strike hizo una pausa para rascarse la pierna en el sitio donde el extremo de su muñón conectaba con la prótesis, un gesto por lo demás inútil, ya que el picor tenía su origen en las terminaciones nerviosas que se negaban a creer que les faltaba la parte inferior de la pierna.

La normalización del capacitismo está por todas partes. ¿Cuándo fue la última vez que pasaste un día entero sin oír o leer en algún sitio las palabras «idiota», «estúpido», «subnormal», «tonto», «demente», «cojo», «chiflado», «tarado», «rarito», «lunático», «loco», «engendro», «minusválido», «pirado», «histérico», «sociópata» o «retrasado»?

La representación de las personas con discapacidades en la cultura popular es extremadamente pobre, tanto en cantidad como en calidad. En las escasas ocasiones en que vemos a una persona con alguna discapacidad en la pantalla, ésta suele estar interpretada por un actor sin discapacidades. Además, los personajes con discapacidades suelen estar definidos por su problema físico o mental de forma superficial o estereotipada.

Dado que uno de sus creadores afirma haber sufrido problemas de

salud mental, cabría esperar que *Un corazón tan negro* se desmarcara de esta tendencia. Por desgracia, es sin duda uno de los mayores ofensores que podemos ver actualmente en nuestras pantallas.

Casi todos los personajes tienen algún tipo de discapacidad que resulta «cómica». Desde las constantes palpitaciones de Blacky hasta los huesos que se desprenden de forma caprichosa del esqueleto de los Wyrdy-Grob, los personajes nos invitan a reírnos de la rareza de los cuerpos imperfectos. A las mentes precarias no les va mejor: la depresión y la anorexia de Traslúcida y los episodios maníaco-depresivos de Drek también son objeto de burla. El Gusano y Urraca, que son sin duda los dos únicos personajes de clase trabajadora, aparecen como «causantes» de sus propias dolencias: el Gusano por comer en exceso y Urraca por robar objetos demasiado pesados. Esto, por supuesto, fomenta el estereotipo de que los pobres (delincuentes) son los únicos culpables de su obesidad y de sus dolores crónicos.

El lenguaje empleado en estos dibujos animados es constantemente problemático. Apenas hay episodios en los que un personaje no llame a otro «madsick» o «gruesog», que significan mentalmente «inestable/feo». La crueldad gratuita está a la orden del día: Drek exprime el hecho de que Blacky no tenga piernas y lo patea como si fuese una pelota de fútbol; Urraca se burla de Traslúcida por no controlarse y tomar las riendas de su desdichada vida, y todos los otros personajes se ríen de que los Wyrdy-Grobs se engañen pensando que siguen siendo guapos y gozando de buena salud, en lugar de estar reducidos a un montón de huesos.

No sería exagerado afirmar que, del mismo modo que los visitantes sanos podían visitar Bedlam, el manicomio del siglo XVIII, para burlarse de los pacientes y maltratarlos, a nosotros nos invitan a mofarnos de los infelices enfermos de *Un corazón tan negro*.

Strike alargó el brazo hacia un lado para coger su vaso de whisky, bebió un poco más, pasó la página y siguió leyendo con el vaso apoyado en el pecho.

En la parte superior de la nueva página, Robin había escrito: «Pelea entre Anomia y Edie después de que Anomia retuiteara el blog sobre discapacidades. Kea Niven interviene en la discusión.»

Haciendo un esfuerzo, Strike consiguió recordar lo que Robin le había contado sobre la chica que estaba convencida de que Edie Ledwell le había robado la idea de *Un corazón tan negro*.

Anomia @AnomiaGamemaster

Aceptable análisis de la extraña fascinación de La Avara Glotona por las discapacidades y la fealdad:

www.PlumaDeLaJusticia/PorQuéUnCorazónTanNegro…

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Dato gracioso: el hermano de acogida de La Avara Glotona es discapacitado. Por lo visto se inspiró en él para los andares de Lord Wyrdy-Grob

Edie Ledwell @EdLedDibuja
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Eso es una puta mentira

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @EdLedDibuja
en qué te inspiraste para su forma de andar?

Edie Ledwell @EdLedDibuja
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Yo no hago la animación de Lord Wyrdy-Grob, la hace Josh

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @EdLedDibuja
ya. En serio, puedes parar de mentir?

Edie Ledwell @EdLedDibuja
en respuesta a @AnomiaGamemaster
No es mentira y haz el favor de dejar en paz a mi familia y amigos

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @EdLedDibuja
Dice la que asegura que no tiene familia y la que se ha quedado sin amigos porque los ha jodido a todos

Edie Ledwell @EdLedDibuja
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Eres un mierda

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @EdLedDibuja
En serio, sigue insultando a los fans en línea. Quedas de puta madre

Kea Niven @realTraslúcida

en respuesta a @AnomiaGamemaster @EdLedDibuja

Se la sudan los fans, sólo le importan la pasta y su agenda de mierda #capacitismo

Kea Niven @realTraslúcida

en respuesta a @realTraslúcida @AnomiaGamemaster @EdLedDibuja

Sus infames dibujos animados fomentan la idea de que las personas discapacitadas son «diferentes»/ridículas/extrañas #cuchara #capacitismo

Yasmin Weatherhead @YazzyWeathers

en respuesta a @realTraslúcida @AnomiaGamemaster @EdLedDibuja

y todavía no se ha sentado con ningún grupo de discapacitados para hablar de las legítimas preocupaciones de los fans #capacitismo

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple

en respuesta a @YazzyWeathers @realTraslúcida @EdLedDibuja @laplumaqueescribe @AnomiaGamemaster

tú qué discapacidad tienes? ser una foca?

Las notas de Robin sobre «La pluma de la justicia» acababan allí. Strike dejó las hojas, se terminó el whisky, apagó el cigarrillo, cogió otra vez el móvil y entró en el Twitter de Kea Niven.

Tras apreciar lo guapa que era Kea, pulsó sin querer el enlace de su página de tumblr con el pulgar.

Al principio Strike, que nunca había oído hablar de tumblr, se quedó confundido con lo que estaba viendo. La página de Kea estaba llena de imágenes y textos breves, algunos copiados de otras cuentas, otros escritos o dibujados por ella misma. En la parte superior, había un dibujo de muchas cucharas de plata y la leyenda:

Artista discapacitada —moda, música y amante de los pájaros— ahora mismo la vida consiste en estar enferma. fibrosis quística —fibromialgia— POTS —alodinia— necesito más cucharas...

Strike no tenía ni idea de a qué se refería con la necesidad de las cucharas y dedujo que se trataba de una extravagancia, seguramente relacionada con algún libro o alguna película que él no conocía. Leyó una publicación de Kea en la que comentaba que se había visto obligada a volver a vivir con su madre, y luego empezó a examinar muestras de su arte, que presentaba una marcada influencia del *anime*.

Había muchas frases republicadas sobre las enfermedades crónicas («lo más difícil de digerir es que hay cosas que no se arreglan pensando positivamente», «no es fácil desprenderse de lo que uno estaba destinado a ser») y gran cantidad de citas, la mayoría sobre un fondo de color pastel:

Si apuñalas el cuerpo, se cura, pero si hieres el corazón, la herida dura toda la vida **—Mineko Iwasaki**

Si le entregas tu corazón a alguien y lo rechaza, ya no puedes recuperarlo. Lo has perdido para siempre **—Sylvia Plath**

Los cambios me suceden como un sueño,
ni canto ni rezo;
y tú eres como el árbol venenoso
que me robó la vida **—Elizabeth Siddal**

Strike siguió leyendo hasta que encontró un par de textos breves escritos por Kea.

Mi madre, una mujer que cría loros y es alérgica a las plumas, critica mis decisiones vitales. Vale, Karen.

Un poco más abajo encontró:

No pasa nada por no «trabajar» o no «tener éxito». Sentirse culpable por no poder hacer alguna de esas dos cosas es una consecuencia de la interiorización del capitalismo.

Está bien recurrir a todo tipo de ayudas y adaptaciones. Tu valoración de las necesidades de tu cuerpo no debe depender de lo «enfermo» que otros crean que estás.

Está bien utilizar un vehículo de apoyo a la movilidad si te hace la vida más fácil, aunque no te lo haya prescrito ni aconsejado ningún médico.

Strike desvió inconscientemente la mirada hacia el cajón donde guardaba el bastón plegable. Se lo había comprado Robin un día que la pierna amputada le había dolido tanto que casi no podía caminar. No le gustaba utilizarlo: en primer lugar, porque el bastón añadía otro rasgo distintivo a su aspecto, ya de por sí bastante característico y fácilmente reconocible, y en segundo lugar, porque daba pie a preguntas y muestras de compasión que, por lo general, no le hacían

ninguna gracia.

Cerró la página de tumblr de Kea, que le había parecido tremendamente cursi, y se quedó inmóvil en la cama un minuto más, con la vista clavada en el techo; entonces se levantó y fue cojeando hasta el cuarto de baño. Mientras orinaba, se acordó de que Charlotte también le había regalado un bastón: antiguo, de madera de malaca, con puño de plata. Le había dicho que había pertenecido a su bisabuelo, pero a saber si eso era cierto; lo más probable era que lo hubiese comprado en un anticuario. Fuera como fuese, no le había servido de nada; era demasiado corto para Strike, y cuando se habían separado definitivamente, Charlotte se lo había quedado.

Con la mirada fija en la pared del cuarto de baño, esperando a que su vejiga se vaciara, Strike sintió que estaba a punto de componer un aforismo sobre lo que resultaba atractivo en tiempos difíciles en comparación con lo que realmente necesitaba un hombre; lo que tenía valor frente a lo que costaba mucho; pero su cansado cerebro, aletargado por el whisky, se negaba a formular frases coherentes. Así que se rindió y se dedicó a las tareas más prácticas de quitarse la pierna ortopédica, aplicarse crema en el extremo del muñón y dejarse caer en la cama.

30

Pero si engañase a mi corazón con el viejo consuelo
de que se puede olvidar el amor,
¿no sería mejor?

ADAH ISAACS MENKEN, *Yo misma*

El champán y la charla con Ilsa habían levantado temporalmente el ánimo de Robin, pero, en cuanto se metió en el taxi camino de su casa, sintió que volvía a deprimirse. Las repercusiones de haber descubierto que Strike tenía una relación de pareja no paraban de golpearla en el plexo solar. Ilsa había intentado darle esperanzas de que Strike cambiaría por arte de magia y querría tener una relación verdadera con la mujer a la que llamaba su mejor amiga, pero eso pondría en peligro la agencia y la vida espartana y autosuficiente que el detective llevaba en su ático y que nunca había dado la más leve señal de querer cambiar por una existencia menos solitaria. Ilsa tal vez conociese a Strike desde que eran unos críos, pero Robin sospechaba que ella conocía mejor que su amiga al hombre en que se había convertido. Tanto si Ilsa tenía razón como si no respecto a los motivos por los que Strike ocultaba su relación con Madeline, su actitud era fruto de la costumbre de compartimentar preventivamente su vida; una costumbre que Robin dudaba que él estuviese dispuesto a abandonar.

Mientras miraba por la ventanilla del taxi y veía pasar los escaparates oscuros de las tiendas, algunas con los letreros de neón todavía encendidos, se dijo: «Tienes que desenamorarte. Es así de sencillo.»

Pero no tenía ni idea de cómo hacerlo. Desenamorarse de su ex marido no le había costado ningún esfuerzo: el amor había ido erosionándose poco a poco por una incompatibilidad enmascarada por las circunstancias, hasta que por fin ella se había dado cuenta de que ese sentimiento había desaparecido y la traición de él la había liberado.

Como si Robin estuviera esperando oírlo, en la radio del taxi empezó a sonar «Wherever You Will Go», de The Calling. Había sido su canción y la de Matthew, el primer baile del día de su boda, y aunque intentó buscarle el lado gracioso a la coincidencia, las lágrimas se acumularon en sus ojos. La canción había seguido sonando

cuando ella dejó a Matthew plantado para correr detrás de Strike al ver que él se marchaba de la fiesta, y había marcado el tono (o eso le parecía a Robin en retrospectiva) de un matrimonio breve y condenado al fracaso.

Run away with my heart,
Run away with my hope,
Run away with my love...[3]

«Tonterías», se dijo Robin enjugándose las lágrimas; y entonces hizo exactamente lo mismo que había hecho su socio una hora antes: se refugió en el trabajo en lugar de en la bebida.

Entró en Twitter y vio que tenía dos mensajes privados más de su «pretendiente», @jbaldw1n1 > >.

@jbaldw1n1 > >
joder, ni siquiera piensas contestar?

@jbaldw1n1 > >
pues vete a tomar por culo, zorra de mierda

Robin cerró los mensajes privados, entró en la cuenta de Twitter de Anomia y vio que había publicado un nuevo tuit mientras ella estaba en el restaurante.

Anomia
@AnomiaGamemaster

Así demuestra el «protector de la llama» lo que le importan *Un corazón tan negro* y sus fans

Grant Ledwell @gledwell101

Sólo unas palabras para agradecer las condolencias de los fans.

La familia de Edie Ledwell se compromete a desarrollar y proteger #Elnegrocorazón como habría querido Edie.
23:15 10 abril 2015

Robin ya llevaba suficiente tiempo inmersa en el fandom de *Un corazón tan negro* como para saber el revuelo que causarían las palabras de Grant retuiteadas por Anomia.

DrekEsMiAnimalTotémico
@playDreksgame
en respuesta a @AnomiaGamemaster @gledwell101
Puto inútil ni siquiera pone bien el título
□□□□□□□

Belle @Hell5!Bell5!
en respuesta a @AnomiaGamemaster @gledwell101
a ver si escribes bien el título imbécil

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @AnomiaGamemaster @gledwell101
eh, Grant, tu mujer se parece a lo que queda en el cubo después de una liposucción

Black Hart @sammitchywoo
en respuesta a @AnomiaGamemaster @gledwell101
nos importa lo que diga Josh y no tú. Al menos él sabe el título
#noaMaverick #YoApoyoAJosh

Zozo @corazonnegro28
en respuesta a @AnomiaGamemaster @gledwell101
diosss josh está tuiteando otra vez. Josh está pidiendo, a la gente que no ataque, a los Ledwell

Josh Blay @realJoshBlay
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Por favor, dejad en paz a los Ledwell. Basta, por favor.

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @corazonnegro28 @realJoshBlay @AnomiaGamemaster @gledwell101
eso no lo ha dicho él, está vegetal. Habrá sido algún relaciones públicas de Maverick

Las farolas proyectaban una serie de franjas anaranjadas en el asiento del taxi y en la pantalla del teléfono de Robin. Sintiendo una repentina aversión por Twitter, la detective cerró la app e intentó otra vez registrarse en *El juego de Drek*, pero no lo consiguió. Mientras en la pantalla Blacky sonreía y se encogía de hombros, Robin llegó a la conclusión de que Strike tenía razón: Anomia no quería que entrara nadie nuevo en el juego.

Y de repente, la solución al problema se le reveló como si se la hubiese susurrado al oído uno de los *devas* que había mencionado

Allan Yeoman. Tenían que entrar con el usuario de alguien que no fuese nuevo. Su depresión se disipó con un repentino subidón de adrenalina mientras trataba de recordar los turnos de esa noche. Barclay estaba vigilando a Cardew, Shah estaba siguiendo a Montgomery, así que seguramente Midge se ocupaba de Dedos Largos. Pulsó el número de Midge, que contestó al segundo timbrazo.

—¿Qué pasa?

—Uf, menos mal que estás despierta.

—Sí, sigo en Belgravia con una pandilla de gilipollas.

—Midge, necesito que me hagas un favor. Si te cuesta dinero, la agencia te lo reembolsará.

—Dime.

—Strike y yo todavía no hemos conseguido registrarnos en el juego de Anomia. Por lo visto ya no admiten a nadie nuevo. Así que he pensado...

—Robin —dijo Midge—, espero que no estés pensando lo mismo que yo.

—Mucho me temo que sí.

Delante del taxi, un coche de policía se había detenido junto a lo que parecían las secuelas de una pelea. Había un grupo de gente fuera de un bar y un hombre en el suelo tocándose la cabeza. A su alrededor, la acera estaba cubierta de relucientes cristales rotos.

Robin oyó que Midge protestaba al otro lado de la línea:

—Joder, Robin...

—¿Beth todavía jugaba cuando lo dejasteis?

—No tanto como antes. Creo que se estaba hartando del juego.

—Vale —dijo Robin—, eso nos va perfecto.

—Os irá perfecto a vosotros, porque yo esperaba no tener que volver a hablar con ella.

—¿Podemos ofrecerle algo a cambio de sus datos de acceso?

Hubo otra pausa, esta vez más larga.

—Vosotros no —dijo Midge por fin—, pero supongo que yo sí.

—No quiero obligarte a hacer nada que te resulte incómodo —repuso Robin cruzando los dedos con la mano que tenía libre.

—No me resultará incómodo, pero me joderá tener que darle lo que quiere.

—¿Y qué es?

—Cuando nos separamos, me quedé un espejo antiguo. Está cabreadísima.

—Podríamos comprarte otro —propuso Robin.

—No quiero otro igual. Lo odio. Sólo me lo quedé porque a ella le encantaba y lo había pagado yo. —La detective dio un hondo suspiro—. De acuerdo, veré qué puedo hacer.

—No sé cómo agradecértelo, Midge —dijo Robin con una sonrisa

de oreja a oreja.

Cuando colgó, y a pesar de que lo había cerrado hacía apenas unos minutos, Robin volvió a abrir Twitter.

Seguían llegando respuestas al retuit de Anomia del desafortunado error de Grant.

Soph The Gopher @BlackHartlsMe
en respuesta a @AnomiaGamemaster @gledwell101
si ese imbécil es ahora el responsable,
#AdiósaUncorazóntannegro

Hermano de Ultima Thule @UltimaBro88
en respuesta a @AnomiaGamemaster @gledwell101
#QueWallyVuelvaASerDrek

Algernon Gizzard Esq @Gizzard_Al
en respuesta a @AnomiaGamemaster @gledwell101
Hey, Anomia, ahora tienes que matar a Grant

31

La rata es el inquilino más sucinto.
No paga alquiler:
rechaza esa obligación
con argucias maliciosas.

EMILY DICKINSON, *La rata*

Chats internos entre los ocho moderadores de *El juego de Drek*

<**Canal de moderadores**>;

<**10 abril 2015 23:29**>;

<**Anomia, Vilepechora, Traslúcida, Infernal1, Cora, Gusano28**>;

Anomia: vale, estamos todos?

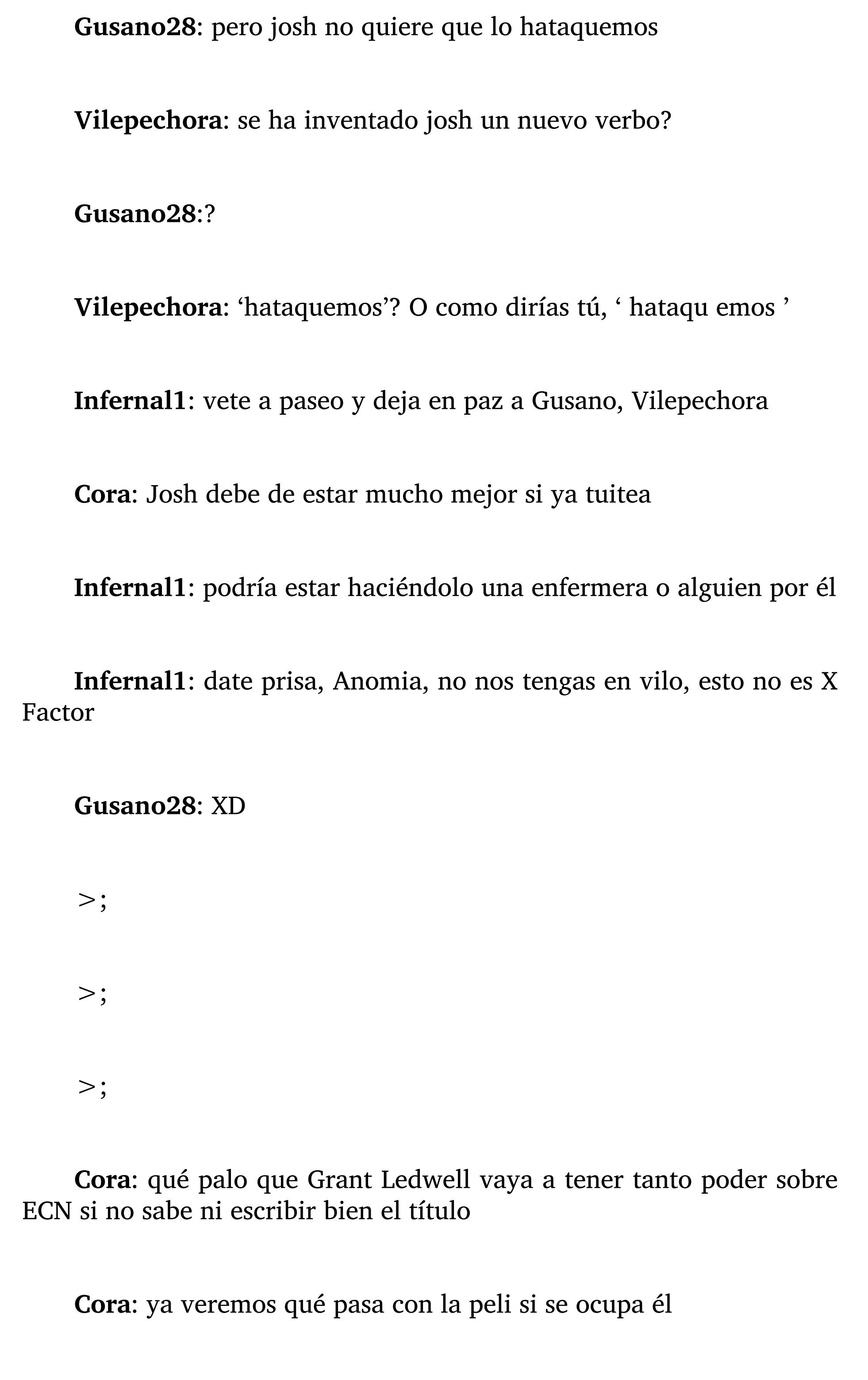
Gusano28: Morehouse n o

Cora: LordDrek tampoco

Anomia: ok pues esperamos porque quiero que todos oigáis esto

Anomia: habéis visto lo que ha hecho Grant en Twitter?

Vilepechora: escribir mal el título? sí



Gusano28: pero josh no quiere que lo hataquemos

Vilepechora: se ha inventado josh un nuevo verbo?

Gusano28:?

Vilepechora: 'hataquemos'? O como dirías tú, ' hataqu emos '

Infernal1: vete a paseo y deja en paz a Gusano, Vilepechora

Cora: Josh debe de estar mucho mejor si ya tuitea

Infernal1: podría estar haciéndolo una enfermera o alguien por él

Infernal1: date prisa, Anomia, no nos tengas en vilo, esto no es X Factor

Gusano28: XD

>;

>;

>;

Cora: qué palo que Grant Ledwell vaya a tener tanto poder sobre ECN si no sabe ni escribir bien el título

Cora: ya veremos qué pasa con la peli si se ocupa él

Infernal1: no se ocupará de todo él, todavía queda Josh

Gusano28: Maverik tendria que sentarse con los fans, y preguntarnos que creemos que deberia pasar ne la peli

Cora: sí

Traslúcida: pero eso no va a pasar

<**LordDrek se ha unido al canal**>;

LordDrek: llego tarde, perdón, acabo de llegar a casa del trabajo

Cora: hola LordDrek xxx

LordDrek: hola Cora

Anomia: ya estamos todos?

Anomia: vale, pues el pequeño error de Grant Ledwell demuestra que no tiene sentido seguir portándose bien

Infernal1: hasta ahora te has estado portando bien?!

Anomia: ha llegado la hora de empezar a aterrorizar a Grant Ledwell y a esos capullos de Maverick

Infernal1: cómo?

Anomia: necesitamos que vaya mucha gente a la Comic Con con camisetas de El juego de Drek

Anomia: y demostrarles que este juego es el epicentro del fandom

Anomia: y que cualquier intento de hacernos cerrar implicará una reacción masiva en contra de ellos y de su película de mierda

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Gusano28: pero como mantenemos la regla 14 si vmos todos?

Anomia: sin dar nombres ni detalles personales, y llevando máscara

LordDrek: sexy. Como una orgía de swingers

Cora: XD

Morehouse: yo quiero hablar de The Halvening

Anomia: Morehouse, déjalo ya, joder

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**10 abril 2015 23:29**>;

<**Morehouse invita a Anomia**>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

<**Anomia se ha unido al canal**>;

Anomia: hay una reunión en el canal de moderadores, únete

Morehouse: por qué no has echado a Vilepechora y a LordDrek como dijiste que harías?

Anomia: dije que lo investigaría

Anomia: lo hice y no son de The Halvening

Morehouse: cómo los has investigado?

Anomia: se lo he preguntado

Morehouse: joder, y qué esperabas, una confesión?

Morehouse: he revisado los archivos de registro. Ninguno de los dos estaba aquí cuando ocurrió el asesinato.

Anomia: tú tampoco y a ti nadie te ha acusado de matar a Ledwell

Morehouse: qué han dicho sobre ese dosier?

Anomia: que pensaron que era todo verdad

Morehouse: y un cuerno, lo que pretendían era poner a los fans contra Ledwell y animarlos a acosarla

Anomia: Sólo han dicho lo que piensan la mayoría de los fans. Edie era una pesetera de mierda. Estás obsesionado con el puto Halvening.

Morehouse: joder, tú también deberías estarlo

Anomia: Entra en el canal de moderadores, estoy contándoles mi plan para la Comic Con

Morehouse: a la mierda tu plan, no he terminado de hablar de esto

<**Anomia ha dejado el canal**>;

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**10 abril 2015 23:29**>;

<**LordDrek invita a Vilepechora**>;

LordDrek: qué coño te pasa?

LordDrek: estás borracho?

>;

>;

>;

<**Vilepechora se ha unido al canal**>;

Vilepechora: qué pasa?

LordDrek: estás pedo?

>;

Vilepechora: sí XD

LordDrek: a qué coño juegas, diciendo eso en Twitter?

Vilepechora: diciendo qué?

LordDrek: que ahora Anomia tiene que matar a Grant Ledwell

LordDrek: joder, no podemos ir anunciando nuestra presencia en este puto juego

LordDrek: y tampoco hay que ser un puto genio para captar lo de "Al Gizzard"

Vilepechora: estás un poco paranoico, no?

LordDrek: no estoy paranoico, he hablado con Eihwaz. La pasma lo ha interrogado esta tarde.

Vilepechora: mierda, por qué?

LordDrek: o tenemos un infiltrado o nos han hackeado otra vez, porque por lo que le han preguntado está claro que sospechan que es él quien fabrica las bombas

Vilepechora: seguro que el muy gilipollas ha estado largando de explosivos en un pub o algo

LordDrek: no me importa lo que haya hecho, no quiero que se relacione públicamente tu nombre de Halvening con este juego

>;

>;

Vilepechora: vale ya he borrado el tuit

LordDrek: borra toda la cuenta, inútil!

<**Vilepechora ha dejado el canal**>;

<**LordDrek ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

Morehouse: creo que tenemos a dos miembros de The Halvening aquí y quiero echarlos de este juego y que no vuelvan

>;

LordDrek: supongo que te refieres a Vilepechora y a mí, no?

Morehouse: correcto

LordDrek: hemos hablado con Anomia y él está de acuerdo en que hemos cometido un error inocente

Morehouse: y una mierda

Vilepechora: es la verdad

Vilepechora: ni siquiera sabíamos qué era The Halvening hasta que Anomia nos lo explicó

Vilepechora: él sabe mucho de todo eso de la red oscura

Vilepechora: creemos que compró el machete y la táser con Bitcoins

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**10 abril 2015 23:37**>;

<**Cora invita a Morehouse**>;

Cora: Morehouse, tío, no hagas esto, por favor.

Cora: LordDrek no puede ser de The Halvening!

Cora: no le digas a Anomia que sé esto, por favor, porque he infringido la regla 14, pero LordDrek es negro!

Cora: cómo quieres que sea un supremacista blanco?!

>;

>;

>;

>;

Cora: Morehouse?

>;

>;

>;

>;

>;

<**Cora ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

Gusano28: como puedes bromear sobre eso?

Infernal1: vete a la mierda, Vilepechora!

Infernal1: han matado a un ser humano y tú haces bromas

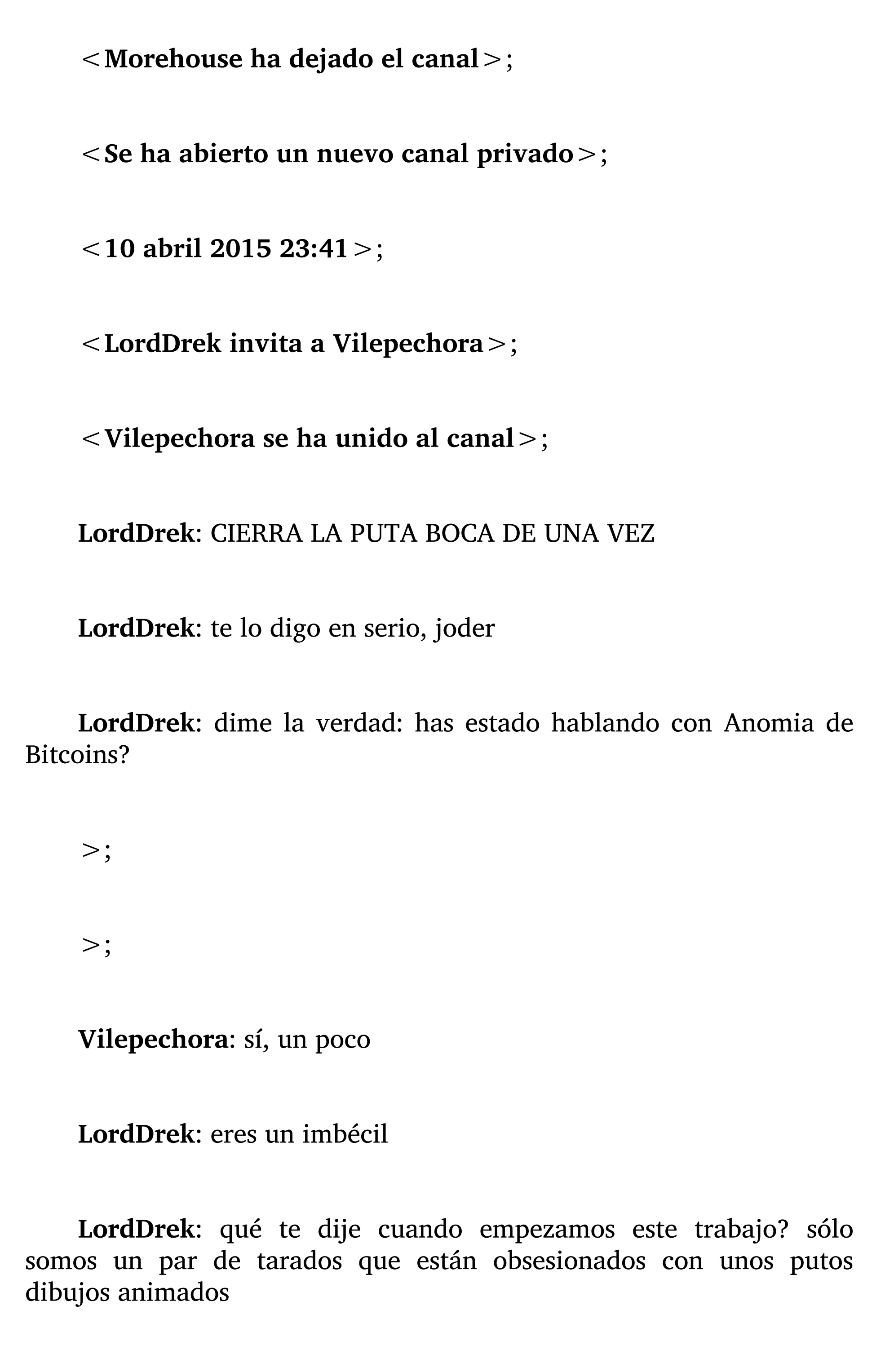
Infernal1: Morehouse tiene razón, si fuese un error inocente estaríais escondidos debajo de la mesa después de lo que les ha pasado a Ledwell y a Blay, pero os estáis burlando de ellos. No creo que fuese un error

<**Infernal1 ha dejado el canal**>;

Anomia: otra vez a buenas con Infernal1, eh, Morehouse?

Anomia: ya volvéis a hablar por vuestro canal privadito, como en los viejos tiempos, no?

Morehouse: Puedes quedarte a LordDrek y a Vile o puedes quedarte conmigo, Anomia.



<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**10 abril 2015 23:41**>;

<**LordDrek invita a Vilepechora**>;

<**Vilepechora se ha unido al canal**>;

LordDrek: CIERRA LA PUTA BOCA DE UNA VEZ

LordDrek: te lo digo en serio, joder

LordDrek: dime la verdad: has estado hablando con Anomia de Bitcoins?

>;

>;

Vilepechora: sí, un poco

LordDrek: eres un imbécil

LordDrek: qué te dije cuando empezamos este trabajo? sólo somos un par de tarados que están obsesionados con unos putos dibujos animados

LordDrek: sobre qué más le has dado instrucciones?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

LordDrek: mira, si nuestra presencia les va a estropear el juego a los demás, nos piramos

Cora: no seas tonto! Lo que dice Morehouse es absurdo!

LordDrek: pero él es cocreador

LordDrek: nosotros sólo somos un par de pirados que pensaron que El juego de Drek molaba

Vilepechora: eso

Cora: Anomia, diles que sabemos que no es verdad!

LordDrek: si mañana no podemos conectarnos, vale, sabremos que decidisteis echarnos.

<**LordDrek ha dejado el canal**>;

<**Vilepechora ha dejado el canal**>;

Cora: Esto es ridículo!

Cora: Anomia, tú sabes que sólo cometieron un error!

Cora: no dejarás que Morehouse te haga chantaje, no?

Anomia: claro que no

Cora: si votáramos, Morehouse sería el único que votaría echarlos

Cora: tú no los echarías, verdad, Gusano?

Gusano28: no lo se

Cora: Gusano, no podemos echarlos!

Anomia: qué quiere decir con ‘no podemos’, Cora?

Cora: me refiero a todos los moderadores

Anomia: no recuerdo que tú crearas este juego

Cora: ya lo sé, no estaba insinuando eso. Lo siento, Anomia.

>;

Gusano28: pero lo que han echo Lorddrek y Vielpachora es raro

Gusano28: ese archivo de cosas que nos enseñaron, y resulta que era todo mentira

Cora: fue un error

Gusano28: pero de donde sacaron esos emails?

Cora: que resultara que Ledwell no era Anomia no significa que los emails no fueran auténticos

Gusano28: ya se que te cae muy bien Lorddrek pero y si se lo inventaron todo?

Cora: uf, que te den, Gusano

<**Gusano28 ha dejado el canal**>;

Cora: jo, ya estamos

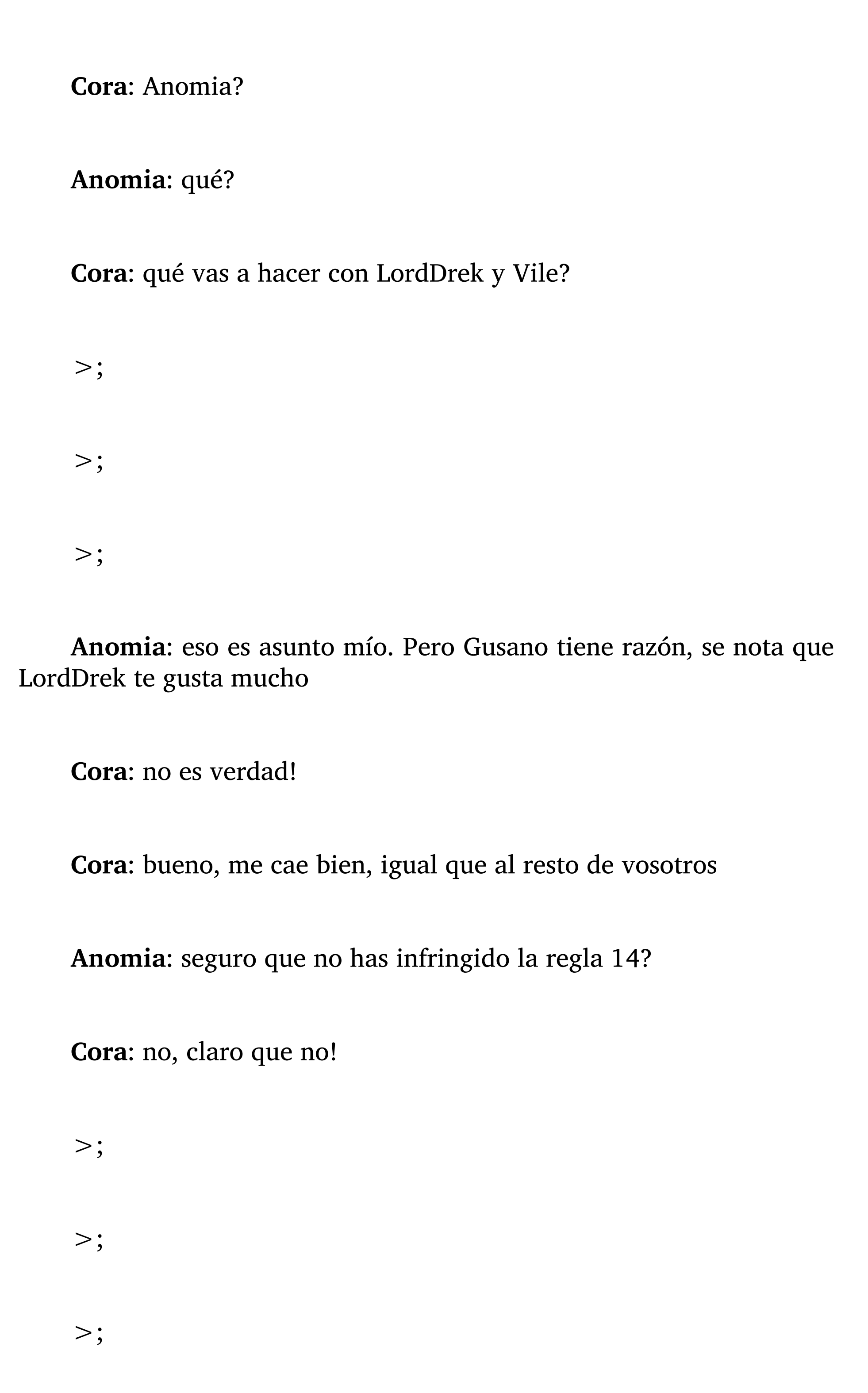
>;

>;

>;

>;

>;



Cora: Anomia?

Anomia: qué?

Cora: qué vas a hacer con LordDrek y Vile?

>;

>;

>;

Anomia: eso es asunto mío. Pero Gusano tiene razón, se nota que LordDrek te gusta mucho

Cora: no es verdad!

Cora: bueno, me cae bien, igual que al resto de vosotros

Anomia: seguro que no has infringido la regla 14?

Cora: no, claro que no!

>;

>;

>;

Anomia: Gusano28 tenía que moderar esta noche

Cora: ya lo sé

Anomia: como tú tienes la culpa de que se haya marchado, puedes ocuparte del turno de noche

Cora: Anomia, no puedo, tengo que madrugar!

Anomia: considéralo un recordatorio de que no eres quien da las órdenes aquí. Las doy yo.

Cora: por favor, Anomia, me levanto a las 6!

Anomia: mala suerte

<**Anomia ha dejado el canal**>;

>;

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**10 abril 2015 23:46**>;

<**Traslúcida invita a Morehouse**>;

Traslúcida: eres mi puto héroe

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Traslúcida: lo que pasa es que los demás no nos atrevíamos a decirlo.

Morehouse: Es o ellos o yo, y Anomia me necesita mucho más a mí que a ellos.

Morehouse: No habría podido hacer nada de esto sin mí. No tiene ni idea de programación.

Morehouse: estoy tan cabreado que hasta te diría quién es.

Traslúcida: no me lo digas

Traslúcida: luego te arrepentirías

Traslúcida: todavía sois amigos

Morehouse: ah sí?

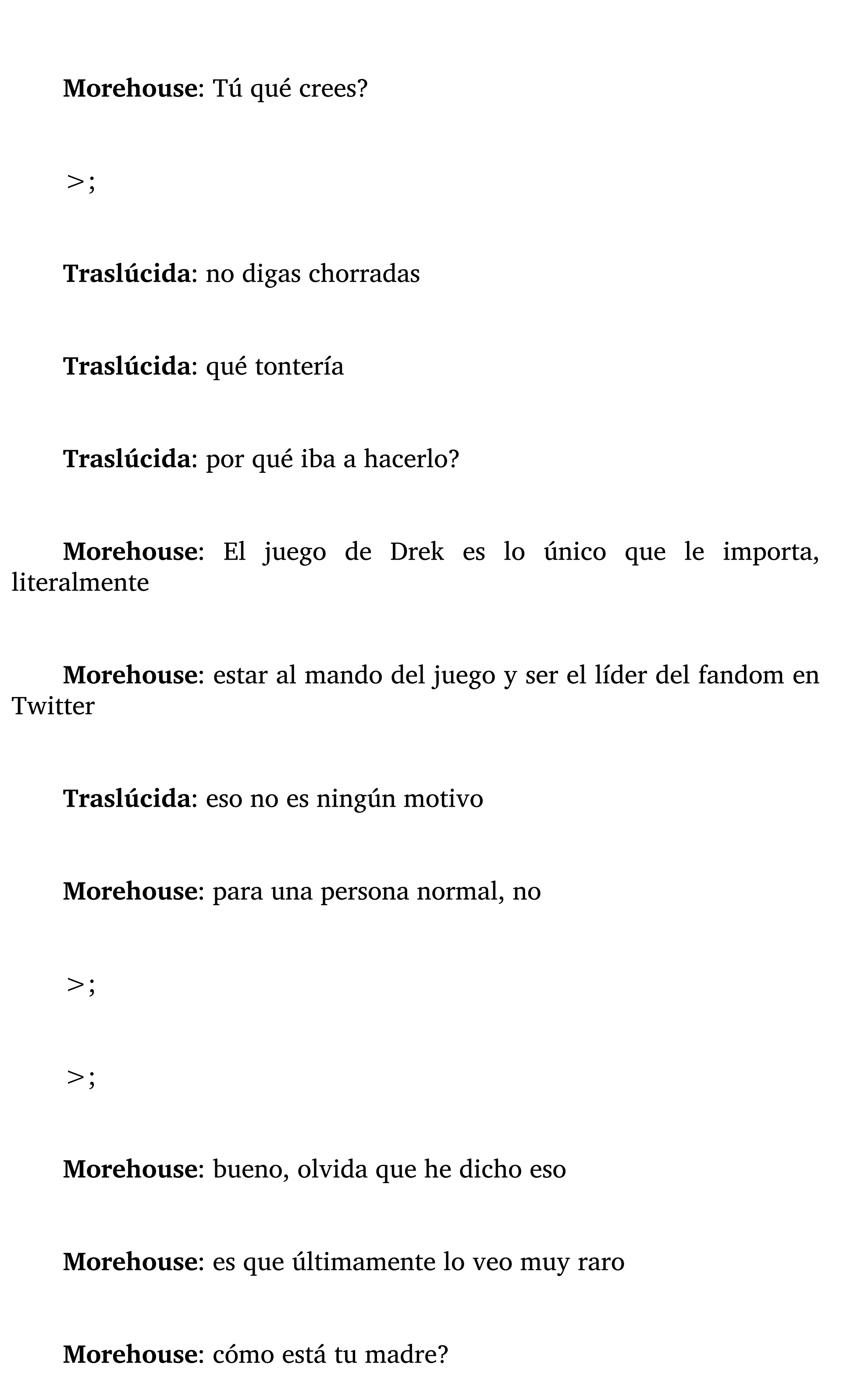
Traslúcida: me dijiste que erais muy amigos

Morehouse: eso era antes

>;

Morehouse: a veces pienso que lo hizo él

Traslúcida: que hizo qué?



Morehouse: Tú qué crees?

>;

Traslúcida: no digas chorradas

Traslúcida: qué tontería

Traslúcida: por qué iba a hacerlo?

Morehouse: El juego de Drek es lo único que le importa, literalmente

Morehouse: estar al mando del juego y ser el líder del fandom en Twitter

Traslúcida: eso no es ningún motivo

Morehouse: para una persona normal, no

>;

>;

Morehouse: bueno, olvida que he dicho eso

Morehouse: es que últimamente lo veo muy raro

Morehouse: cómo está tu madre?

Traslúcida: bien

Traslúcida: ha hecho tres sesiones de quimio

Traslúcida: se le empieza a caer el pelo

Traslúcida: pero mientras funcione

Morehouse: claro. Cruzo los dedos

Traslúcida: XOXO

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: oye, ya sé que voy a parecerte muy insegura

Traslúcida: pero no chateas con Infernal1 en privado, verdad?

Morehouse: no, claro que no. Por qué?

Traslúcida: Por eso que dijo Anomia en el canal de moderadores de vuestro ‘canal privadito’.

Traslúcida: A ver, que si eres bi a mí no me importa

Morehouse: no soy bi, soy hetero y no hablo con Infernal1 por un canal privado desde hace más de un año

Traslúcida: ok! es que por cosas que ha dicho la gente aquí, parece como si a Infernal1 antes le gustaras

Morehouse: Qué va, nada de eso.

>;

Traslúcida: quiero preguntarte otra cosa, pero me da miedo que te cabrees

Morehouse: pregunta

>;

Traslúcida: eres discapacitado?

>;

>;

>;

>;

Morehouse: por qué me lo preguntas?

>;

>;

Traslúcida: Mouse, a mí no me importaría nada si lo eres

Morehouse: por qué piensas que lo soy?

Traslúcida: bueno, por una cosa que dijo Infernal1 una vez

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

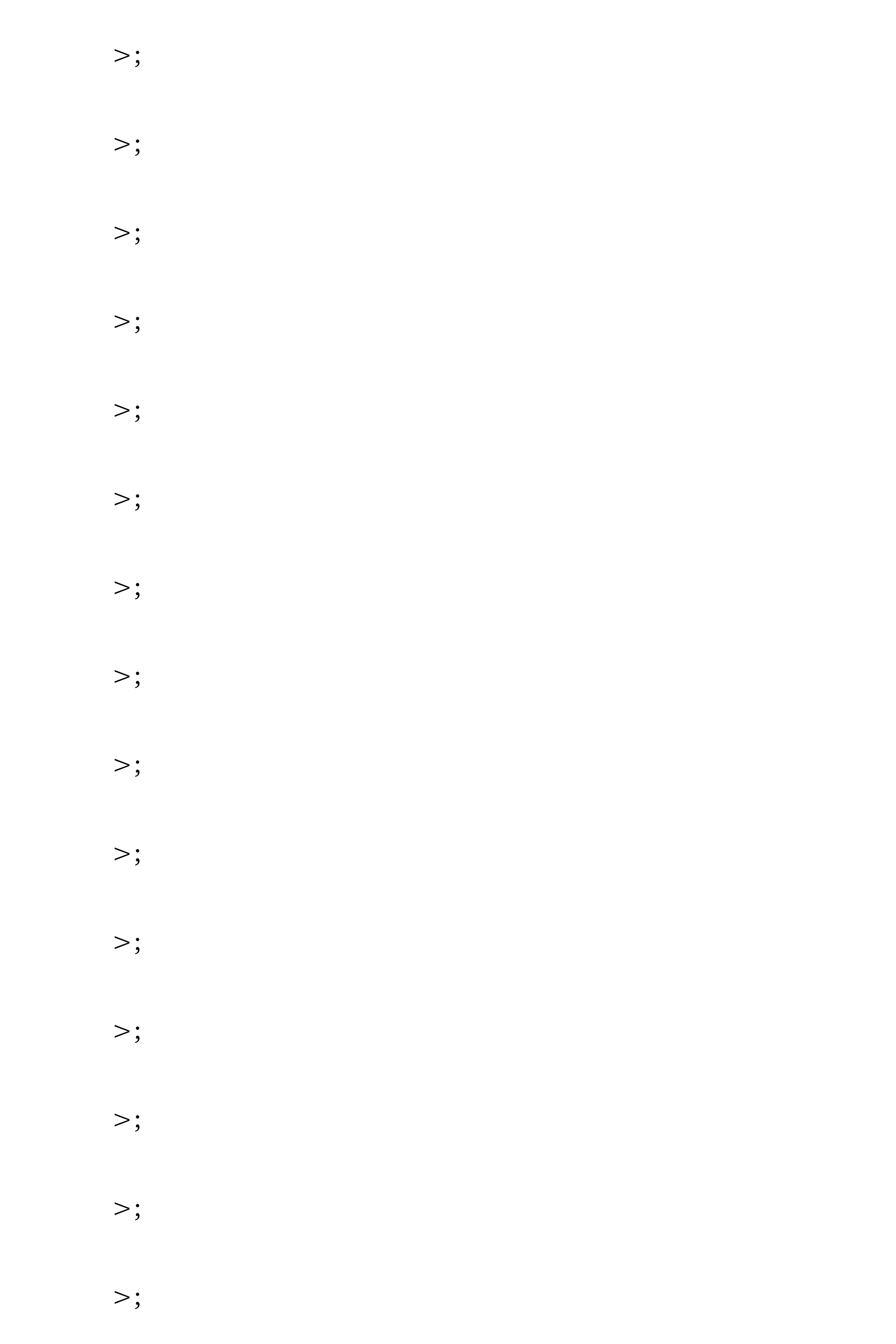
Vilepechora: sobre nada

LordDrek: porque sólo falta que el gilipollas de Morehouse nos denuncie a la pasma

LordDrek: así que cierra la puta boca y sígueme la corriente

>;

>;



>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

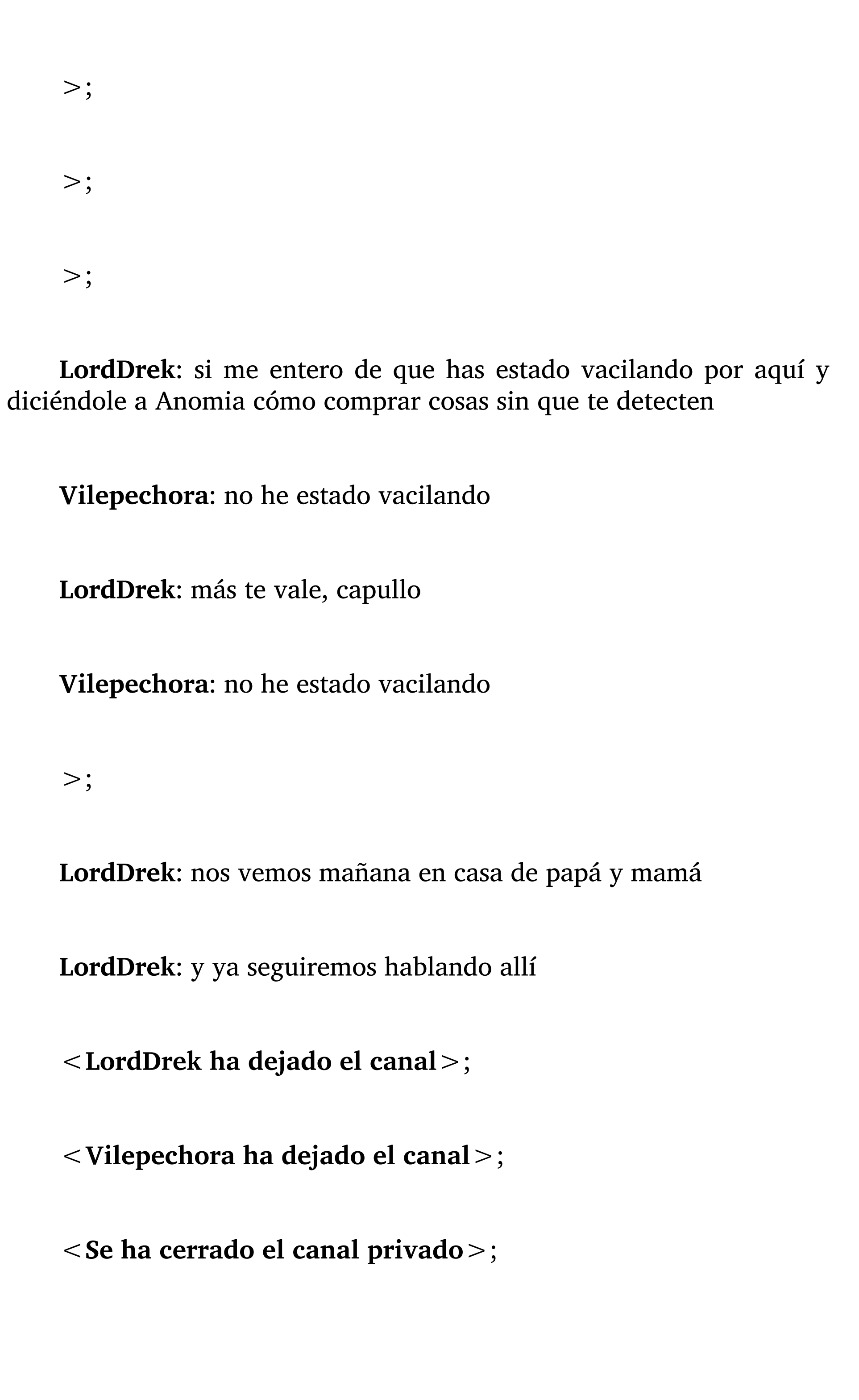
>;

>;

>;

>;

>;



>;

>;

>;

LordDrek: si me entero de que has estado vacilando por aquí y diciéndole a Anomia cómo comprar cosas sin que te detecten

Vilepechora: no he estado vacilando

LordDrek: más te vale, capullo

Vilepechora: no he estado vacilando

>;

LordDrek: nos vemos mañana en casa de papá y mamá

LordDrek: y ya seguiremos hablando allí

<**LordDrek ha dejado el canal**>;

<**Vilepechora ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

32

Y todos nuestros comentarios versaban
sobre el Arte y las Letras,
la Vida y el Hombre. Sentados los dos,
orgullosos, en lo alto,
entronizados en nuestra Objetividad;
apenas amigos, no amantes (ambos reacios),
sino filósofos a salvo y sin sexo.

AMY LEVY, *Filosofía*

Strike y Robin pasaron cinco días sin verse, y en ese tiempo sólo se comunicaron por mensajes de texto o por correo electrónico. Fue por esta última vía como Strike le dijo a su socia que la agencia había aceptado otro encargo: encontrar algo con lo que desacreditar a Jago Ross; algo que pudiese emplearse contra él para impedir que mezclaran a Strike en el juicio de divorcio de los Ross. Como Strike no le contó la razón por la que Jago podía sospechar que Charlotte y él seguían viéndose, Robin volvió a tener nueva munición para hacer dolorosas especulaciones; y, a pesar de haber admitido recientemente que tal vez estuviese enamorada de su socio, nunca se había compadecido tanto de las mujeres a las que, como lo había expresado Ilsa, Strike «había perjudicado». En otras circunstancias, Robin lo habría llamado por teléfono para comentar los nuevos datos que le había proporcionado Ryan Murphy por teléfono —los extraños movimientos del móvil de Edie Ledwell, que había salido del cementerio de Highgate y había ido a parar cerca de un estanque de Hampstead Heath tras la muerte de su propietaria—, pero decidió hacerle llegar esa información por correo electrónico.

Entretanto, Strike se hallaba en la situación, no del todo inusual, de sentir que su vida se había convertido en una larga procesión de requerimientos emocionales que él no lograba satisfacer y de exigencias físicas que a duras penas podía cumplir. Sus músculos isquiotibiales seguían molestándolo y, a pesar de que se aplicaba crema dos veces al día, el muñón de su pierna amputada seguía inflamado. Dado que él era el responsable de haber añadido un trabajo más a la agencia, intentaba cubrir todas las horas que podía y, de ese modo, liberar a Dev Shah y a Midge para que se ocuparan de investigar a Ross. Eso no sólo significaba que no podía quitarse la

prótesis el tiempo necesario para descansar y ponerse una compresa de hielo en el extremo del muñón, como sabía que le habría aconsejado un especialista, sino que también lo había obligado a rechazar una invitación de Madeline, que tenía entradas para *La fille mal gardée* en la Royal Opera House, y otra de Lucy, que quería que Strike pasara el fin de semana en su casa de Bromley con su afligido tío Ted. Ambas habían mostrado abiertamente su decepción y su enfado cuando él les había dicho que debía trabajar, y Strike, a quien le interesaba mucho menos el ballet que su tío, se las había ingeniado, al menos, para encontrar tiempo y tomar un café con Ted antes de que regresara a Cornualles.

Debido a las circunstancias, también había tenido que aplazar las excursiones con su sobrino favorito. La afinidad cada vez mayor de Strike con Jack los había sorprendido tanto a él como a su hermana. El detective nunca había tenido mucho contacto con los tres hijos de Lucy —al menos no por iniciativa propia— hasta el día en que habían tenido que hospitalizar a Jack, cuando Strike se había visto obligado a representar a los padres del niño, que estaban intentando regresar de Italia. De aquel suceso inesperado y traumático había surgido una conexión totalmente imprevista que había ido consolidándose en los dos últimos años. Strike echaba de menos sus salidas con Jack, que solían consistir en ir a ver cosas que les interesaban a los dos, a menudo relacionadas con el ejército. Como ahora el muchacho ya tenía su propio teléfono móvil, a veces se enviaban chistes o información que creían que al otro podría gustarle. Jack le había contado a su tío que iba a hacer un trabajo sobre la Primera Guerra Mundial centrado en la batalla de Neuve Chapelle de 1915 (en la que la Policía Militar, donde había servido Strike y a la que Jack aspiraba a unirse, había desempeñado un papel decisivo). El detective era quien le había hablado a Jack de la batalla de Neuve Chapelle, y por eso experimentaba un sentimiento de orgullo vicario. Por un instante, incluso se preguntó si sería esa clase de sentimiento lo que explicaba que la gente deseara procrear, una necesidad que para él era desconocida.

Por si ese estado general de agobio no fuese suficiente, Strike se dio cuenta el miércoles por la noche de que dos de las tres fechas que su hermanastra Prudence le había propuesto para quedar ya habían pasado. Le escribió un correo electrónico a toda prisa disculpándose por no haberle contestado antes; le dijo que estaba extremadamente ocupado, lo cual era cierto, y, de forma un tanto temeraria, añadió que intentaría reservarse la tercera fecha que ella le había propuesto.

El jueves a mediodía, cuando Robin recogió a Strike en la oficina, vio por el espejo retrovisor de su viejo Land Rover que el detective cojeaba. Aun así, no hizo ningún comentario al respecto. Strike nunca

reaccionaba muy bien cuando le preguntaban por su pierna, y en ese momento, además, ella estaba bastante resentida con él.

—Acaba de llamarme Katya —dijo Strike tratando de reprimir una mueca de dolor al subir al Land Rover—. Ha cambiado el lugar de la reunión. Quiere que vayamos a su casa, no a la cafetería, porque su hija no se encuentra bien y no ha ido a la escuela. Lisburne Road, en Hampstead. Te guío.

—Vale —dijo Robin con frialdad mientras arrancaba—. Eso que hay en el salpicadero es para que te lo mires. Creo que he encontrado a esa hermandad sobre la que la policía interrogó a Wally Cardew, y también he descubierto algo sobre el teléfono de Edie que podría ser relevante.

Strike cogió la carpeta de plástico y sacó las hojas de papel que había dentro. La primera era una captura de pantalla impresa de una página web.

Hermandad de Ultima Tule

(HUT)

«Que nadie dé un paso en su camino sin sus armas de guerra; pues es incierto cuándo habrá menester

de una lanza en el viaje.»

Hávamál

La Hermandad de Ultima Tule defiende los valores civiles comunes a las naciones del norte de Europa: la justicia, la pureza racial, los valores de la Ilustración y la soberanía nacional. Suscribimos los ideales vikingos de fuerza, solidaridad y hermandad. Respetamos las leyes y las máximas recogidas en el *Hávamál*. Creemos que el feminismo y la legalización de la homosexualidad han dañado gravemente a la familia tradicional y a la sociedad en general. Creemos que el multiculturalismo ha fracasado. Apoyamos la repatriación de judíos y otros grupos étnicos no nativos de todas las naciones del norte.

Ultima Tule

Ultima Tule es el nombre que recibía en la Antigüedad un

territorio del extremo norte del continente, un lugar en los límites del mundo conocido. Ultima Tule era la capital de Hiperbórea —la tierra de más allá del viento del norte—. Recientes hallazgos arqueológicos confirman que los primeros homínidos que poblaron las regiones boreales provenían del norte lejano. El origen de las razas del norte no es África, sino Ultima Tule.

Culto

La Hermandad de Ultima Tule practica el antiguo culto del Odinismo. El Odinismo es una religión antigua de las razas del norte, totalmente libre de cualquier influencia judía.

Publicaciones

hut publica periódicamente artículos sobre temas clave de la actualidad. El fundador de la Hermandad, Heimdall, ha publicado dos libros: *El Hávamál para el hombre moderno* y *Recuperar la masculinidad*.

La Hermandad

hut sólo acepta a miembros masculinos. Los nuevos hermanos deben ser apadrinados por dos miembros de la Hermandad. Para más información, contactar con heimdall@#H_U_T.com.

Reuniones

hut celebra periódicamente reuniones políticas y retiros odinistas.

Puedes seguir a hut en Twitter @#h_u_t y en Reddit r/ Hermandaddeultimathule

—Lo encontré ayer —dijo Robin sin apartar la vista de la calzada —, a través de los tuits de la página siguiente. Son de hace tres años. Sus miembros no ocultan que pertenecen a la Hermandad. Muchos tienen «hut» o «ut» en el nombre de usuario.

Como mostraban los tuits, Wally Cardew había llamado la atención de la Hermandad de Ultima Tule a raíz del vídeo de las «galletas» que había provocado su despido de *Un corazón tan negro*.

Hermandad de Ultima Thule @#H_U_T

Lo más divertido que veréis este año sin ninguna duda.

www.6/DrekHaceGalletas

21:06 12 marzo 2012

Arlene @queenarleene
en respuesta a @#H_U_T
si crees que mofarse del Holocausto es gracioso eres repugnante

SQ @#H_U_T_Quince
en respuesta a @queenarleene @#H_U_T
se mofan de los fanáticos de la indignación que quieren denunciar cada puta broma, idiota

Wally Cardew @The_Wally_Cardew
en respuesta a @#H_U_T_Quince @queenarleene @#H_U_T
Exacto. Nos burlamos de los justicieros sociales que ven nazis por todas partes.

Strike le dio la vuelta a la hoja.

Anomia
@AnomiaGamemaster

La Avara Glotona está a punto de despedir a @The_Wally_ Cardew del papel de Drek. Dicen que @realJoshBlay no quiere que se vaya.

Firma la petición para #QueWallySigaSiendoDrek

https://www.change.org/QueWallySigaSiendoDrek

19:27 15 Mar 2012

Zozo @corazonnegro28
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Noooooooooooooo # QueWallySigaSiendoDrek

Terence Ryder @Ultima_Hermano_14
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Más vale que no sea verdad #QueWallySigaSiendoDrek

pluma de la justicia @laplumaqueescribe
en respuesta a @AnomiaGamemaster
discrepo con muchas cosas que ha hecho Ledwell, pero, francamente, creo que @The_Wally_Cardew no le dejó mucha elección.

Algernon Gizzard Esq @Gizzard_AI
en respuesta a @laplumaqueescribe
@AnomiaGamemaster
Cállate, mamón. Wally es lo único bueno que tenían esos dibujos de mierda

pluma de la justicia @laplumaqueescribe
en respuesta a @Gizzard_AI @AnomiaGamemaster
sí, claro, si con «bueno» quieres decir «literalmente
un nazi»

Wally Cardew @The_Wally_Cardew
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Ahora me entero de que me han despedido.

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @The_Wally_Cardew
Siento que tengas que enterarte por mí. Te estás haciendo demasiado famoso para #LaAvaraGlotona. Nadie puede eclipsar a La Avara.

Rey de Ultima Thule @Heimd&II88
en respuesta a @The_Wally_Cardew
@AnomiaGamemaster
Es lo que pasa por trabajar para justicieros sociales, tío. Entra aquí: www.HermandadDeUltimaThule.com

—¿Anomia sabía que iban a despedir a Cardew antes que él? —preguntó Strike—. ¿Y entonces el jefe de la Hermandad intentó reclutarlo?

—Dos veces —dijo Robin—. Lee el resto de los tuits.

Hermandad de Ultima Thule @#H_U_T

.@The_Wally_Cardew

Lee nuestra reacción a tu despido.

www.HermandadDeUltimaThule/ElDespidoDe...

20:03 18 marzo 2012

Wally Cardew @The_Wally_Cardew
en respuesta a @#H_U_T
Sí, es un buen resumen, gracias por apoyarme

Hermandad de Ultima Thule @#H_U_T
en respuesta a @the_Wally_Cardew
Somos grandes admiradores tuyos. Sería genial que pudiéramos quedar. Contáctame por aquí o en @Heimd&II88.

—Buen trabajo, Robin —dijo Strike—. ¿Ésa fue la última vez que la Hermandad y Wally interactuaron en Twitter, hace tres años?

—Creo que sí. No he encontrado nada más.

—Es posible que después empezaran a comunicarse por otros medios. ¿Has leído ese artículo de la Hermandad sobre el despido de Wally? —dijo Strike al ver que el artículo no estaba entre las hojas.

—Sí, pero no decía nada nuevo. Se limitaba a afirmar que habían discriminado a Wally por ser un hombre blanco y hetero, que las feminazis están dominando el mundo y que ya no puedes hacer un chiste tonto sobre judíos quemados sin que la policía del pensamiento vaya a por ti.

El coche siguió avanzando por Tottenham Court Road.

—¿Te molesta que fume? —preguntó Strike por deferencia a la patente frialdad de Robin; en circunstancias normales no se lo habría preguntado, ya que Robin guardaba una lata en la guantera para que la utilizase de cenicero.

—No —contestó ella, y añadió—: ¿Crees que hay alguna posibilidad de que la Hermandad de Ultima Tule y The Halvening...?

—¿Sean la cara pública y la cara secreta de la misma organización?

—Exacto.

—Yo diría que es muy probable. —Strike echó el humo por la ventanilla con cuidado—. La Hermandad es la vía de reclutamiento, y los miembros más comprometidos se incorporan al ala militar.

Strike pasó a la última página que Robin había impreso, una especie de extracto de una entrevista en línea con Edie Ledwell de un sitio web llamado «Mujeres que crean». Era de 2011.

MQC:
¿Qué haces un día cualquiera?
Edie:

No tengo ninguna rutina fija. Mi primera tarea consiste en sacar a Josh de la cama. Pero luego trabajamos hasta las 3 o las 4 de la madrugada, así que supongo que tiene derecho a levantarse tarde.

MQC:

¿Y cómo os repartís las tareas?

Edie:

Bueno, normalmente yo elaboro la historia de cada episodio, aunque Josh siempre aporta ideas que yo muchas veces utilizo o desarrollo. Los dos animamos: él hace a Blacky, Urraca y Lord y Lady Wyrdy-Grob, y yo hago a Drek, el Gusano y Traslúcida.

MQC:

¿Ha evolucionado vuestro proceso, o sigue siendo el mismo?

Edie:

Nos hemos organizado un poco más. Yo he empezado a poner ideas y recordatorios en mi móvil en lugar de hacerlo en trozos de papel que enseguida pierdo o tiro por equivocación.

—Guardaba ideas en el móvil —dijo Strike—. Interesante… No entendía por qué habían desaparecido los móviles. La respuesta parecía obvia: para impedir que la policía viese con quiénes habían contactado antes de que los mataran en el cementerio, pero eso implicaba que el asesino no había tenido en cuenta que la policía podía conseguir esa información por otros medios. Si el motivo era hacerse con las ideas de Edie, eso encaja mejor con mi otra teoría.

—¿Qué teoría?

—Que les quitaron los teléfonos para conservarlos como trofeos —contestó Strike—. Mark Chapman se aseguró de que Lennon le firmara el disco antes de matarlo.

Robin notó que un desagradable escalofrío le recorría la espalda.

Siguieron avanzando y atravesaron Camden; Strike fumaba y echaba el humo por la ventanilla.

No acababa de entender por qué Robin tenía una actitud tan fría con él. Normalmente, cuando una mujer lo castigaba con el silencio, él no tenía demasiados problemas para adivinar lo que había hecho mal. Sí, había detectado un cambio en su tono de voz después de que Charlotte revelase hábilmente la noticia de que estaba saliendo con Madeline, pero tras la visita de su ex novia había estado tan absorbido por sus propios sentimientos de ira, malestar y preocupación que no había sido capaz de analizar lo que Robin sentía respecto a todo aquello.

¿Se comportaba con tanta frialdad sólo porque, como su presunto mejor amigo, debería haberle mencionado esa relación y, al no hacerlo, ella se había sentido herida en su orgullo por ser la última en enterarse?

¿O estaba enfadada porque él había añadido otro caso a su saturada agenda; un caso, además, que Robin podía considerar (aunque injustamente) que él mismo había provocado?

¿O quizá...?

Era plenamente consciente de que plantearse siquiera la siguiente pregunta respondía a la misma vanidad que le había hecho pensar que Robin aceptaría sus insinuaciones en el Ritz:

¿O quizá estaba celosa?

Para romper el silencio, dijo:

—Sigo sin poder registrarme en ese maldito juego.

—Yo igual —dijo Robin.

No le había contado a Strike su idea de utilizar el usuario de la ex novia de Midge, en parte porque Midge no le había contestado todavía y no quería anticipar algo que quizá no llegase a suceder; pero también (si era sincera consigo misma) porque Strike no tenía por qué ser el único que guardaba secretos.

—Ah, y he leído tus notas sobre «La pluma de la justicia» —comentó Strike tirando la ceniza por la ventanilla—. Tenemos que preguntarle a Katya Upcott qué sabe de la Pluma, y de Kea Niven... Sigue recto por aquí —añadió cuando llegaron a Parkhill Road—, y dentro de unos ochocientos metros, tuerce a la izquierda.

Hicieron el resto del trayecto en silencio.

33

Poco a poco se fue abriendo paso en su lenta conciencia...
que ella también en ese Edén de deleite
estaba fuera de lugar, y, como el niño tonto,
seguía haciendo daño donde más quería amar.
Un pensamiento suficiente para que una mujer enloquezca.

ELIZABETH BARRETT BROWNING, *Aurora Leigh*

Lisburne Road era una tranquila calle residencial de casas adosadas de ladrillo rojo: hogares sólidos y elegantes. Como la mayoría de las plazas de aparcamiento estaban llenas, Robin tuvo que aparcar a cierta distancia de la casa de Katya Upcott, y mientras recorrían la calle, que tenía una ligera pendiente, Strike sufrió en silencio las punzadas en la corva y en el extremo irritado del muñón.

Se acercaron a la puerta y les llegó el sonido de un violoncelo a través de una ventana de la planta baja. El solo era tan virtuoso que Robin dio por hecho que se trataba de una grabación, pero cuando Strike llamó al timbre oyeron que se interrumpía una nota prolongada y, a continuación, una voz masculina que decía:

—Ya voy yo.

Un joven delgado con una sudadera muy holgada les abrió la puerta. Los rasgos más destacados de su cara eran unas protuberancias en forma de coliflor en ambas mejillas, que sin duda tenían que doler, y un ojo hinchado.

—Hola —farfulló—. Pasen.

Las paredes del recibidor estaban pintadas de color crema y decoradas con cuadros al óleo. Habían instalado un salvaescaleras, que en ese momento estaba en el rellano superior. Junto a la escalera había tres grandes cajas de cartón. Una estaba abierta y contenía una serie de cuadrados de tela.

—¡Ay, muchas gracias, Gus! —dijo una aturullada voz femenina, y una mujer que debía de ser Katya Upcott bajó a toda prisa hasta el vestíbulo.

Era delgada como su hijo, pero ella tenía el pelo fino y castaño claro mientras que Gus lo tenía grueso y oscuro. Iba vestida con un suéter de color amarillo mostaza que parecía hecho a mano, una falda de *tweed* y unas cómodas pantuflas de piel de oveja. En el cuello llevaba una cadena de la que colgaban unas gafas de leer. Cuando Gus

se retiró a lo que Strike y Robin dedujeron que sería la sala de estar y cerró la puerta, Katya añadió:

—En realidad, ése es del dormitorio de Gus. Reformamos la casa para facilitarle las cosas a Íñigo, así puede estar casi siempre en una sola planta. Tiene encefalomielitis miálgica… me refiero a Íñigo, claro. Por eso pusimos a Gus abajo y trasladamos la sala de estar al piso de arriba. También tiramos una pared, así Íñigo tiene el dormitorio y el estudio juntos, y ampliamos un cuarto de baño para que pudiera entrar con la silla de ruedas. Por cierto —soltó una risita entrecortada y tendió una mano delgada—, yo soy Katya, obviamente. Usted debe de ser, mmm, Cormoran, y usted…

Robin estaba acostumbrada a que los clientes no recordasen su nombre tan deprisa como el de Strike.

—Robin —dijo enseguida.

Siguieron a Katya al piso de arriba, y el sonido del violoncelo empezó a oírse de nuevo a través de la puerta del dormitorio de Gus.

—Qué bien toca —comentó Robin.

—Sí, ¿verdad? —dijo Katya, encantada por el elogio de Robin—. Debería estar cursando el último año en el Royal College of Music, pero ha tenido que dejarlo un tiempo, hasta que se cure su urticaria. ¿La han visto? —añadió en voz baja, haciendo un movimiento circular hacia su cara con el dedo índice—. Creíamos que ya la teníamos controlada y de pronto regresó con fuerza, y encima tuvo angioedema e incluso se le inflamó la garganta. Ha estado muy enfermo, pobrecillo, hasta tuvimos que ingresarlo en el hospital. Pero hemos encontrado un especialista muy bueno en Harley Street que, con un poco de suerte, lo curará. Su único deseo es volver al Royal College. A esa edad, ningún chico quiere quedarse encerrado en casa con sus padres, ¿no creen?

Para entrar en la sala de estar, había que pulsar un botón colocado a la altura de la cintura junto a la puerta perfectamente encajada. Cuando Katya lo pulsó, la puerta osciló y se abrió con lentitud. Robin se preguntó cuánto les habría costado aquella reforma y pensó que a Katya debía de irle muy bien su negocio de artículos para manualidades. Una vez en la sala de estar, y tras cerrarse la puerta, dejó de oírse por completo el violoncelo.

—Hemos insonorizado la puerta y el suelo —explicó Katya—, así Gus no molesta a Íñigo si practica cuando él está descansando. Bueno, ¿les apetece un té? ¿Un café?

Antes de que pudiesen contestar, se abrió otra puerta automatizada al fondo de la sala, y un hombre en silla de ruedas apareció poco a poco acompañado por los compases de «Te Show Must Go On», de Queen, que sonaba en la habitación que estaba dejando atrás. Tenía la cara hinchada y el cutis amarillento, el pelo

canoso y despeinado y unos labios gruesos que le daban un aire irritable, y llevaba unas gafas de montura de medialuna apoyadas casi en la punta de la nariz. Había motitas de caspa en los hombros de su suéter granate, y en sus piernas se apreciaban señales de atrofia muscular. Sin saludar a Strike y a Robin, se dirigió a su mujer con una voz débil y pausada que sugería que le costaba un gran esfuerzo hablar.

—Bueno, un desastre total. Este mes apenas hay beneficios.

Entonces, como si su visión sufriese un desfase, hizo lo que a Strike le pareció una interpretación poco convincente de alguien que acaba de darse cuenta de que hay dos desconocidos en su casa.

—Ah, buenas tardes. Perdón. Estaba intentando descifrar las cuentas de mi mujer.

—No hace falta que lo hagas, cariño —dijo Katya, claramente turbada—. Ya lo haré yo luego.

—*Acta non verba*... —dijo Íñigo, que miró a Strike y añadió—: Y usted es...

—Cormoran Strike.

El detective le tendió la mano, pero Íñigo lo miró sin sonreír y mantuvo las manos sobre las rodillas.

—Lo siento, no puedo estrecharle la mano. Tengo que ser sumamente cuidadoso con los gérmenes.

—Ah —dijo Strike—. Bueno, ella es Robin Ellacott.

Robin sonrió. Íñigo la miró con gesto inexpresivo, y ella tuvo la sensación de haber hecho algo inaceptable.

—Muy bien, bueno... ¿Qué quieren, té o café? —les preguntó Katya un tanto aturullada. Ambos aceptaron el café—. ¿Y tú, cariño? —le preguntó a Íñigo.

—Una de esas infusiones sin teína —contestó él—. ¡Pero no la de fresa! —gritó cuando ella ya se había ido y la puerta se estaba cerrando.

Tras otra breve pausa, Íñigo los invitó a sentarse y maniobró con la silla hasta colocarse en un extremo de la mesita que separaba los dos sofás, ambos del mismo amarillo mostaza que el suéter de su mujer. Sobre la repisa de la chimenea había un cuadro abstracto de tonos marrones, y en una mesilla auxiliar reposaba una escultura modernista de mármol del torso de una mujer. Por lo demás, la habitación estaba escasamente amueblada y desprovista de objetos decorativos; el suelo de madera pulida era la superficie ideal para la silla de ruedas. Strike y Robin se sentaron cara a cara, cada uno en un sofá.

En la habitación contigua, donde había un diván y un escritorio, Freddie Mercury seguía cantando:

Outside the dawn is breaking
But inside in the dark I'm aching to be free...[4]

A Strike le pareció que Íñigo había planeado cuidadosamente su entrada en el salón, incluidas la grandiosidad y la melancolía de la canción que seguía sonando. El menosprecio con que había hablado del negocio de su mujer delante de unos desconocidos; su inverosímil fingimiento de no saber, o haber olvidado, que Katya había quedado con dos detectives; la frialdad con la que se había excusado por no estrecharles la mano... Todo apuntaba, en opinión de Strike, a una frustrada e incluso agria ambición de poder.

—¿Es usted contable, señor Upcott? —preguntó.

—¿Qué le hace pensar eso? —contestó Íñigo, aparentemente ofendido por una sugerencia que, en realidad, Strike había hecho no porque lo pensara, sino tan sólo para tirarle de la lengua.

—Como ha dicho que estaba intentando descifrar las cuentas...

—Cualquier inútil sabe leer una hoja de cálculo —dijo Íñigo—, excepto Katya, por lo visto. Montó un negocio de artículos para manualidades y yo creí que podría sacarlo adelante. Soy así de optimista.

Hizo una breve pausa y añadió:

—Yo dirigía un sello de música independiente.

—¿Ah, sí? ¿Y qué tipo de...?

—Sobre todo eclesiástica. Teníamos un extenso...

Justo en ese momento, se abrió la puerta automatizada que daba al rellano y una niña de unos doce años entró en el salón. Tenía el pelo largo y castaño oscuro, llevaba unas gafas de cristales gruesos y vestía un mono de forro polar con el estampado de un pudin de Navidad y con una ramita de acebo en la capucha. Desconcertada por la presencia de dos desconocidos o por la ausencia de su madre, se dio la vuelta sin decir nada con la intención de marcharse, pero su padre la llamó.

—¿Qué te tengo dicho, Flavia? —le preguntó.

—Que no me acerque...

—Que no te acerques a mí —la interrumpió Íñigo—. Si estás lo bastante enferma para no ir a la escuela, deberías estar en la cama. Vete.

Flavia pulsó el botón que abría la puerta automatizada y salió.

—Debo ser sumamente cuidadoso con los virus —les dijo Íñigo a Strike y a Robin y, tras una nueva pausa, añadió—: Bueno, vaya desastre, ¿no?

—¿A qué se refiere? —preguntó Strike.

—A lo de esos apuñalamientos.

—Sí, desde luego.

—Katya va al hospital casi todos los días... Con la bandeja en las manos no podrá pulsar el botón... —añadió mirando la puerta; pero entonces la puerta volvió a abrirse. Gus había acompañado a su madre al piso de arriba precisamente para pulsar el botón. Robin vio que el chico intentaba desaparecer de nuevo, pero su padre le hizo entrar en el salón.

—¿Estabas practicando?

—Sí —contestó Gus, un poco a la defensiva, y le enseñó a su padre las encallecidas yemas de los dedos de la mano izquierda, en las que se apreciaban los profundos surcos hechos por las cuerdas.

—¿Le han oído tocar cuando se han acercado a la puerta? —preguntó Íñigo mirando a Robin; ella no estaba segura de si buscaba cumplidos en nombre de su hijo o si quería descartar que el muchacho le hubiese mentido.

—Sí, sí —respondió la detective—. Y lo hace muy bien.

Un tanto cohibido, Gus se volvió hacia la puerta.

—¿Sabes algo de Darcy, cielo? —le preguntó su madre.

—No —dijo Gus, y, antes de que pudiesen preguntarle algo más, salió de la habitación.

La puerta automatizada se cerró tras él y, bajando la voz, Katya susurró:

—Creemos que ha cortado con su novia.

—No hace falta que hables en voz baja, el salón está insonorizado —dijo Íñigo, y con una repentina vehemencia añadió—: Y esa chica, además, no valía la pena. Si no es capaz de estar a su lado cuando él está enfermo, adiós y hasta nunca. No entiendo por qué sigues incordiándolo.

Freddie Mercury, que ahora cantaba otro tema, animó el breve silencio que se produjo a continuación:

I'm going slightly mad,
I'm going slightly mad...[5]

—Apaga eso, ¿quieres? —le dijo Íñigo a Katya con malos modos, y ella se apresuró a obedecer.

—Íñigo también es músico —comentó la mujer con una alegría impostada cuando regresó y empezó a repartir las tazas.

—Era —la corrigió él—. Hasta que me pasó esto.

Señaló la silla de ruedas.

—¿Qué instrumento tocaba? —le preguntó Strike.

—Guitarra y teclados. En un grupo. También componía las letras.

—¿Qué clase de música?

—Rock —contestó Íñigo con un atisbo de motivación—, cuando tocábamos nuestra música. También algunas versiones... pero nada de su padre —le soltó a Strike, y él disimuló la poca gracia que le había hecho que, de repente, Íñigo pasase de fingir que no se acordaba de que los detectives iban a ir a su casa a saber quién era el padre de Strike—. Habría podido dedicarme a la música clásica, como Gus. Tenía aptitudes, pero ya lo ve, nunca he hecho lo que se esperaba de mí. Tenía a mis padres desesperados. Aquí donde me ve, soy hijo de un obispo. En mi casa nadie apreciaba mucho el rock.

Se dio la vuelta hacia su mujer y añadió:

—Flavia acaba de entrar aquí, por cierto. Si tiene fiebre, que no se me acerque.

—Lo sé, lo siento, cariño —dijo Katya, que había permanecido de pie—. Es que allí arriba se aburre mucho, entiéndelo.

—Es nuestra hija problemática. —explicó Íñigo mirando a Robin, y a ella no se le ocurrió nada adecuado que responder—. La tuvimos tarde. En mal momento. Acababan de diagnosticarme esta maldita enfermedad.

Volvió a señalar la silla de ruedas.

—Bueno, no es tan problemática —repuso Katya con suavidad, y seguramente para impedir que su marido siguiese hablando de Flavia, le dijo a Strike—: Por teléfono me comentó que necesitaba información sobre los amigos de Josh y Edie, y pensé...

Fue hasta un pequeño escritorio que había en un rincón y cogió una hoja de papel; luego volvió junto a Strike, le tendió la hoja y continuó:

—... Que esto podría servirle. He redactado una lista de todos los amigos de Edie y Josh a los que recuerdo, de la época en que apareció el juego de Anomia.

—Muchísimas gracias —dijo Strike cogiendo la hoja escrita a mano—. Nos será muy útil.

—Tuve que buscar algunos apellidos —dijo Katya. Se había sentado en el borde del sofá, al lado de Robin—, pero por suerte estaban en los créditos de los primeros episodios, así que entré en internet y los localicé. Imagino que tendrán que descartar a toda la gente que puedan. Estoy convencida —añadió con énfasis— de que Anomia no puede ser ningún amigo de Josh, porque eran todos encantadores. Pero comprendo que tengan que descartar a todo el mundo.

El sol que entraba a raudales por la gran ventana en saliente revelaba todas las arrugas del cansado rostro de Katya. En sus tiempos debía de haber sido una mujer muy guapa, pensó Robin, y quizá podría volver a serlo si durmiera lo suficiente. Sus cálidos ojos marrones y su boca de labios carnosos eran atractivos, pero tenía el

cutis reseco y hasta un poco escamoso, y las profundas arrugas de su frente y alrededor de su boca indicaban un estado de ansiedad permanente.

—¿Cómo se encuentra Josh? —le preguntó Robin a Katya.

—Ay, gracias por... No hay ningún cambio, pero los médicos dicen que tampoco lo esperaban tan... tan pronto.

Su voz se apagó con un pequeño chillido, y Katya rebuscó dentro de la manga de su blusa, sacó un revoltijo de pañuelos de papel y se secó las lágrimas.

Robin vio que a Íñigo, que intentaba llevarse la taza a los labios, le temblaban mucho las manos. Parecía a punto de tirarse la infusión por encima.

—¿Quiere que le...? —se ofreció.

—Ah... Gracias —dijo Íñigo fríamente; le dejó coger la taza y Robin la puso encima de la mesa—. Muy amable.

Strike estaba examinando las notas que acababa de darle Katya.

No sólo había redactado una lista de nombres con su letra pequeña, pulcra y cuadrada, sino que había añadido el rol de cada uno en *Un corazón tan negro*, así como su relación exacta con Josh o con Edie, y también había anotado otros contactos de cada individuo, como «compañero de piso, no sé su apellido» o «su novia se llama Isobel (creo)». En algunos casos, había añadido incluso la dirección u otra ubicación.

—Deberíamos ficharla para la agencia, señora Upcott —comentó Strike—. Esto es justo lo que necesitábamos.

—Ay, me alegro mucho... Pero tutéame, por favor —añadió ruborizándose, y a Robin le pareció un poco patético que aquel sencillo elogio le produjese tanto placer—. Quiero ayudar en todo lo que pueda, de verdad. Josh está absolutamente decidido a descubrir quién era Anomia. Supongo que cree, aparte de todo lo demás, que puede... —Volvió a hablar con una voz muy aguda—. Que de algún modo puede resarcir a Edie —concluyó precipitadamente, y volvió al enjugarse las lágrimas con el revoltijo de papel.

Strike dobló la lista que le había dado Katya y se la guardó en un bolsillo interior.

—Bueno, pues esto nos va a resultar muy útil. Gracias. Si no te importa, queríamos hacerte algunas preguntas. ¿Te parece bien que tomemos notas?

—Por supuesto. Adelante —dijo Katya con voz amortiguada.

—Podríamos empezar con lo que piensa Josh sobre Anomia —dijo Strike abriendo su bloc—. ¿Tenía Josh alguna idea de quién estaba detrás del juego, antes de empezar a pensar que podía ser Edie?

—¡Ay! —exclamó Katya compungida—. Ya me temía que ibas a preguntarme eso.

Strike esperó con el bolígrafo preparado.

—¿Le importa acercarme otra vez la taza, por favor? —le dijo Íñigo a Robin en voz baja.

Robin le dio la taza y, con cierta aprensión, vio cómo se la llevaba de nuevo a los labios con mano temblorosa.

—Pues... sí, una vez Josh me dijo que creía saber quién era Anomia —dijo Katya—, pero en ese momento hablaba un poco por hablar.

—¿Fue una de las noches que se presentó aquí borracho? —preguntó Íñigo por encima de la temblorosa taza de té.

—Inny, eso sólo pasó un par de veces —repuso Katya esbozando una sonrisa; miró de nuevo a Strike y añadió—: ¿Es imprescindible que lo diga?

—Nos ayudaría.

—Está bien, pues... Es absurdo, pero Josh creía que era un niño de doce años.

—¿Algún niño de doce años en concreto?

—Mmm... sí —dijo Katya—. Se llama... Bram. Bram de Jong. Es el hijo de Nils, el dueño del colectivo artístico.

Con el rabillo del ojo, Robin vio que Íñigo negaba con la cabeza muy lentamente, con hastío, como si la conversación estuviese tomando un derrotero que él había previsto y que no le gustaba nada. Katya se apresuró a continuar:

—Pero Josh ya no cree que sea Bram, porque...

La mujer subió aún más la voz mientras volvía a contener las lágrimas.

—Porque... verás, Josh cree que fue Anomia quien los apuñaló —dijo—. Fue lo primero que me... que me dijo cuando lo vi después de lo que pasó... «Ha sido Anomia...»

—¿También se lo dijo a la policía? —preguntó Strike.

—Sí, sí. Al principio no entendían lo que decía, pero yo me di cuenta enseguida de lo que trataba de decir. Le preguntaron por qué creía que era Anomia, y contestó que... la persona que tenía el cuchillo le susurró algo al oído después de apuñalarlo.

Por segunda vez aquella tarde, Robin noto un escalofrío en la nuca.

—¿Y qué le susurró? —preguntó Strike.

—«A partir de ahora me encargo yo de todo, no te preocupes» —citó Katya—. Y luego le robó la carpeta que Josh se había llevado al cementerio y su teléfono.

—«A partir de ahora me encargo yo de todo, no te preocupes» —repitió Strike—. ¿Era una voz masculina o femenina?

—Josh cree que masculina, pero está seguro de que no era Bram. Bueno, claro que no podía ser Bram. Sólo tiene doce años...

—La carpeta que se llevó el agresor ¿es la que supuestamente contiene...?

—Pruebas de que Edie era Anomia, sí —confirmó Katya con un hilo de voz.

—Las presuntas pruebas —corrigió Íñigo a su mujer.

—Fue Yasmin Weatherhead quien le dio el dosier a Josh, ¿verdad? —preguntó Strike ignorando a Íñigo.

—Ah, pero ¿ya sabes eso? —dijo Katya—. Sí, sí, fue ella.

—No sabemos gran cosa de Yasmin —añadió Strike—, salvo que durante un tiempo ayudaba a Josh y a Edie con el correo de los fans.

—Con el correo y con las redes sociales, eso es —confirmó Katya—. Yo... bueno, la verdad es que fui yo quien les recomendó a Yasmin. Era una fan sincera y simpática, o eso me pareció cuando la conocí en North Grove... Es una chica... bueno, es un poquito obesa, y parecía cariñosa y muy agradecida por tener la oportunidad de trabajar con dos personas a las que admiraba tanto. No parecía que tuviese mucho más en la vida, así que yo... como digo, animé a Josh a echarle un cable. Ellos necesitaban a alguien, y pensé que Yasmin podía ser la persona ideal. Se encargaba de las redes sociales y de las relaciones públicas de una pequeña empresa de cosmética, de modo que sabía cómo gestionar una marca y esas cosas...

»Pero salió mal. Parecía simpática y sincera, pero me temo que no lo era.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Strike.

—Bueno, Josh y Edie se enteraron de que estaba en *El juego de Drek*... El juego de Anomia, ya sabes. De hecho, creo que ahora es... moderadora, ¿no? Del juego, quiero decir. Y eso a Edie le sentó muy mal, porque Anomia era muy desagradable con ella en las redes sociales, y cuando se enteró de que Yasmin estaba chateando con Anomia, sospechó que parte de la información privada que se había filtrado sobre ella podía habérsela dado Yasmin. Por eso le dijo a Josh que quería despedir a Yasmin y... bueno, eso fue todo.

Katya hizo una pausa y añadió:

—Sea como sea, Yasmin apareció otra vez en North Grove hace unas semanas. Josh estaba viviendo allí porque se le había inundado el piso, y ella le enseñó ese dosier de pruebas que supuestamente demostraban que Edie era Anomia. Josh trajo el dosier aquí la noche antes del... apuñalamiento.

—Entonces, ¿vino aquí la noche anterior? —dijo Strike levantando la vista del bloc.

—Sí —dijo Íñigo antes de que su mujer pudiese contestar—. Katya había dado a entender al señor Blay que podía presentarse aquí a cualquier hora del día o de la noche, y él se lo tomó al pie de la letra.

Hubo un breve e incómodo silencio, durante el cual Robin echó de menos a Freddie Mercury.

—Josh le prendió fuego, sin querer, a la papelera que tenía en su habitación de North Grove —explicó Katya—, y también prendieron las cortinas. Creo que se quedó dormido y se le cayó el cigarrillo... En fin, Mariam se puso furiosa y lo echó. Eran las diez de la noche. Josh estuvo deambulando por ahí un rato y al final vino aquí, porque en realidad no tenía ningún otro sitio donde dormir.

Íñigo fue a decir algo, pero Katya se le adelantó:

—No podía ir a casa de su padre, Inny. Sabes perfectamente que no se hablaban.

—Y todos los hoteles estaban cerrados, claro —dijo Íñigo.

—¿Así que Josh se quedó a dormir aquí? —preguntó Strike.

—Sí, en la habitación de invitados de arriba —dijo Katya compungida.

—¿Y te enseñó el dosier que le había dado Yasmin?

—Sí, a la mañana siguiente —contestó Katya, con los nudillos blancos porque sujetaba los pañuelos de papel con fuerza—. No lo leí todo, sólo algunos fragmentos.

—¿Te acuerdas de lo que decían esos fragmentos?

—Bueno, eran tuits de Edie y Anomia en los que ambos decían cosas parecidas, como que les gustaba la misma película o que no les interesaba el Jubileo de la reina. Y también había correos electrónicos entre Edie y su agente, Allan Yeoman. En... en uno de ellos, Edie decía que Anomia les estaba haciendo un favor, y que no quería que lo denunciaran porque los fans estaban empezando a compadecerse de ella, lo que supondría una ventaja para Allan Yeoman y para sí misma a la hora de negociar con Josh y conmigo. Ese correo electrónico era bastante grosero conmigo, la verdad: decía que todos los consejos que yo les había dado habían sido un error y... en fin, que no habían servido de nada. También decía que creía que *El juego de Drek* era bastante bueno y que quizá se pudiese rentabilizar, y le decía a Allan que creía que Anomia tendría que llevarse la mayor parte de los beneficios, porque era quien había hecho todo el trabajo. Y parecía muy raro que Edie dijese eso cuando Anomia llevaba años acosándola en internet.

—¿Y esos correos te parecieron auténticos? —preguntó Strike, aunque creía saber la respuesta.

—Bueno, yo... No sabía qué pensar. Parecían auténticos, pero... Como ya digo, hacía tres años que no veía a Edie, de modo que... En fin, no sabía qué pensar —repitió—. Ella me había dejado plantada. Nunca habíamos firmado un contrato formal, pero dejó de hablarme y contrató a Allan Yeoman, así que supongo que... Bueno, parecían convincentes. Pero luego, cuando salió aquel artículo en el *Times* que

decía que Edie figuraba en la lista de objetivos de un grupo de extrema derecha, me di cuenta de que debían de ser unas falsificaciones muy hábiles. Alguien debía de haber embaucado a Yasmin. No puedo creer que Yasmin hiciera aquello deliberadamente. No puedo creer que formara parte de un grupo terrorista. Estoy segura de que no tiene nada que ver con eso.

—¿Sabes cuándo acordaron Josh y Edie quedar en el cementerio? —preguntó Robin.

—Justo el día antes de que los atacaran. El once. Edie llamó por teléfono a Josh, que estaba en North Grove.

—¿Ella lo llamó a él? —dijo Strike.

—Sí —contestó Katya—. Josh me había contado que llevaba dos semanas intentando hablar con ella y que ella siempre le colgaba, pero entonces Edie lo llamó y le dijo: «Venga, vamos a hablar de esto, y también puedes traer esas pruebas que dices que tienes.»

—Josh contestó esa llamada en North Grove, ¿no?

—Así es —dijo Katya.

—¿Acordaron el lugar y la hora de la cita en esa misma llamada?

—Sí.

—¿De quién fue la idea de quedar en el cementerio?

—De ella. Josh me contó que Edie le había dicho algo así como «Quiero que me mires a los ojos en el sitio donde empezó todo y que me digas sinceramente que crees que hace cinco años estaba... planeando joderte».

—¿Refiriéndose a cuando apareció el juego en línea? —preguntó Robin.

—Exacto.

—¿Quedaron en un punto concreto del cementerio?

—Sí... —dijo Katya, de nuevo con voz temblorosa—. En el sitio donde se les habían ocurrido las ideas, un rincón escondido entre las tumbas. Está en una zona del cementerio donde se supone que sólo puedes entrar si vas con una visita guiada, pero Josh conocía un sitio por donde podías colarte. Eran muy gamberros... —añadió débilmente.

—¿Sabes desde dónde llamó Edie a Josh? —preguntó Robin.

—No, no lo sé, pero entonces ella vivía en Finchley con su nuevo novio, Phillip Ormond. —Miró a Strike—. Me dijiste que ibas a hablar con él...

—Sí, después de hablar contigo —dijo Strike.

—¿Josh y Edie estaban juntos cuando los atacaron? —preguntó Robin.

—No, no estaban juntos —dijo Katya—. Josh llegó... llegó tarde. La policía cree que mataron a Edie antes de atacar a Josh. A ella la encontraron en el sitio donde habían quedado. Creen que luego el

asesino fue a buscar a Josh, que estaba acercándose al lugar de la cita; se colocó detrás de él y le disparó con la táser.

»Primero encontraron a Josh. Todas las tardes, a las seis, pasa alguien tocando una campana para asegurarse de que no queda nadie dentro del cementerio antes de cerrar las verjas. El vigilante encontró a Josh en el suelo, junto al camino. Creyó que estaba muerto, pero entonces vio que intentaba hablar y se dio cuenta de que Josh le estaba diciendo que podían haber atacado a alguien más, así que dio la alarma y empezaron a buscar. Tardaron un rato en... encontrarla, porque estaba en un sitio alejado del camino. Le habían... Le habían hecho lo mismo que a Josh. Le habían disparado por detrás con la pistola táser y la habían apuñalado con el mismo cuchillo. Dicen que era un cuchillo muy grande, una especie de machete. Creen que debió de morir al instante. Le clavaron el cuchillo en la espalda... le atravesaron el cora...

De repente, sin poder controlar los sollozos, Katya trató de contener las lágrimas y el moqueo con los pañuelos de papel ya casi inservibles.

—Lo siento, estoy... Perdón, necesito más...

Se levantó y fue tambaleándose hasta la puerta; tuvo que darle dos veces al botón para que ésta se abriera. Oyeron un compás del violoncelo de Gus, y luego el sonido volvió a cesar.

—Ya sé lo que estáis pensando —dijo Íñigo misteriosamente, y Strike y Robin se volvieron hacia él. A Íñigo le temblaban tanto las manos que se tiró la infusión, como Robin estaba temiendo, por encima del pantalón—. Una mujer madura que se mezcla con críos y que está convencida de que los está ayudando. Que se siente importante y da consejos gratis. Un subidón para el ego... y toma, como si la consecuencia previsible e inevitable de ayudar a un par de animadores a gestionar su inesperada celebridad fuese que los apuñalaran en un cementerio.

Volvió a abrirse la puerta y apareció Katya con la cara cubierta de manchas rojas y con otro puñado de pañuelos de papel en la mano.

—¿Podemos hablar de Bram? —preguntó Strike cuando Katya volvió a sentarse—. ¿Sabes de dónde sacó Josh la idea de que él era Anomia?

—Sí —contestó Katya con voz ronca—. Cuando Josh y Edie vivían en North Grove, descubrieron que Bram había hecho un agujero en la pared de su dormitorio y que lo utilizaba para espiarlos.

—¿Hizo un agujero en la pared? —preguntó Robin.

—Bram es un poco... Es un niño un poco raro —explicó Katya—. Es muy alto para su edad y creo que tiene... TDAH o algo por el estilo. En el taller de escultura hay herramientas; él hace lo que quiere y a sus padres no... no parece importarles. Siempre estaba revoloteando

alrededor de Josh y Edie cuando los dos vivían allí, y… En fin, no me gusta criticar la forma en que los padres educan a sus hijos. Nils y Mariam me caen muy bien, pero dejan que Bram haga lo que le da la gana, y sé que Nils le deja entrar en redes sociales, cosa que no debería hacer porque es demasiado pequeño, pero Nils, mmm… Bueno, él es holandés —dijo Katya, como si eso lo explicase todo—, y no cree en las restricciones de edad y esas cosas. En una ocasión, me dijo que Bram encontraría la forma de entrar en Twitter de todas formas y que prefería que lo hiciese con el permiso de sus padres.

—Aun así, supongo que Josh no creía que Bram hubiese creado el juego, ¿verdad? —dijo Strike—. Porque, cuando Anomia lo creó, Bram debía de tener… ¿cuántos años? ¿Siete, ocho?

—No, no creía que Bram hubiese creado el juego —contestó Katya—. La teoría de Josh…

—Debéis tener en cuenta que el señor Blay fuma mucha hierba —señaló Íñigo hablando al mismo tiempo que su mujer, y aunque no había subido la voz, ella se calló y lo dejó hablar—, lo que no sólo explica…

—Íñigo, eso que dices no es…

—… el número casi bíblico de incendios e inundaciones que deja a su paso…

—Sólo se le ocurrió pensar en Bram porque…

—… sino también el elevado nivel de irracionalidad…

—¡Pero realmente parecía que Anomia estuviese escuchando las conversaciones de Josh y Edie, porque se enteraba de todo enseguida!

—Pero como ha señalado el señor Strike, y para eso no hace falta una gran inteligencia —dijo Íñigo—, un niño de ocho años no habría podido…

—¡Ahora iba a explicar eso! —lo interrumpió Katya intentando imponerse, y volvió a mirar a Strike—. Josh creía que Bram podía estar colaborando con algún fan mayor que él. Suponía que se habrían conocido en la red y que ese adulto podía ser el creador del juego. Porque hay otra persona implicada, alguien que se hace llamar Morehouse. Josh pensó que Bram escuchaba a hurtadillas sus conversaciones creativas con Edie y que le enviaba todas sus ideas a Morehouse, y que ese tal Morehouse fue quien creó el juego, mientras que Bram manejaba la cuenta de Twitter y publicaba la información privada de Edie y Josh en internet.

—¿Habló Josh alguna vez con Bram, o con los padres de Bram, sobre sus sospechas? —preguntó Strike.

—Oh, no, no —dijo Katya—. Josh les tiene mucho cariño a Nils y a Mariam, no haría nada que pudiese molestarlos. Sé que Edie estaba furiosa por lo de la mirilla y que quería contárselo a Mariam, pero Josh la convenció de que no lo hiciera. Josh tapó el agujero y le dijo a

Bram que ni se le ocurriera hacer otro, y creo que el niño le hizo caso. Pero después de eso Edie ya no quiso quedarse más en North Grove.

—¿Fue entonces cuando rompieron? —preguntó Robin.

—No, todavía estaban juntos, pero las cosas no les iban demasiado bien. Edie estaba molesta porque Josh no quería irse a vivir con ella, pero claro, para él North Grove era un lugar seguro. Estaba rodeado de amigos. Yo todavía iba allí a dar mis clases de dibujo. Al final Josh se marchó del colectivo, pero eso fue después de cortar con Edie. Se compró un piso muy bonito en Millfield Lane, justo al lado del Heath.

—Fue Katya quien le encontró ese piso —terció Íñigo mientras intentaba dejar la taza en la mesa; le temblaba mucho la mano y ya tenía grandes manchas de infusión en los vaqueros. Robin lo ayudó a poner la taza en la superficie—. Gracias... Sí, Katya llevó a Blay a ver el piso nuevo. Era bonito y estaba cerca de nuestra casa...

»Tengo que ir al cuarto de baño —añadió; dirigió la silla lentamente hacia la puerta, pulsó el botón, se apartó con habilidad para dejar que se abriera y salió de la habitación. Volvieron a oírse unos compases del violoncelo de Gus, y luego la puerta se cerró.

—Íñigo piensa que yo me involucré demasiado —dijo Katya en voz baja—. No lo entiende. Nos ayudábamos unos a otros. Yo... Yo estaba pasando por una fuerte depresión cuando conocí a Josh y a Edie en North Grove. Las cosas no siempre son fáciles... Íñigo está enfermo, el pobre Gus lo está pasando muy mal con la piel, Flavia ha tenido problemas en la escuela, y actualmente yo soy el único sostén de la familia. Es decir, tenemos algunos ahorros, pero no nos conviene tocarlos, porque la enfermedad de Íñigo es imprevisible... Pero él tuvo que dejar de trabajar, y llevar mi negocio desde casa a veces es muy estresante, así que acabé yendo a un psicólogo... y él me dijo que debía buscar una actividad que me gustara —dijo Katya con énfasis—. Siempre había querido dibujar, así que fui a North Grove y allí fue donde conocí a Josh y a Edie y a todos los demás. Era... muy divertido. Todos sus amigos colaboraban haciendo las voces... Tim es una persona adorable y... Era divertido, sencillamente, y sí, supongo que yo tenía sentimientos... —dudó un instante antes de pronunciar la siguiente palabra— maternales hacia Josh. De hecho, hacia los dos... —añadió, y Robin se acordó del vídeo de YouTube en el que salía Josh Blay, extraordinariamente guapo con el pelo castaño oscuro y largo, la mandíbula cuadrada, los pómulos muy marcados y los grandes ojos azules. Vio que Katya volvía a sonrojarse y se sintió incómoda, como si acabase de ver a aquella mujer en ropa interior.

»Josh es muy vulnerable, y le estaba costando adaptarse a las decisiones que implica el éxito —continuó Katya—, y yo intenté ayudarlo lo mejor que pude. Cuando conocí a Íñigo, yo trabajaba de

relaciones públicas, así que tengo experiencia… En fin, me alegro de que Josh supiera que podía venir aquí a cualquier hora para charlar un rato. Eso formaba parte de… Él necesitaba poder hablar con alguien de confianza. Es bastante ingenuo en muchos aspectos, nunca piensa mal de nadie, y la gente se aprovecha de eso, ¡lo utilizan! Cuando los dibujos animados empezaron a atraer a muchos fans, aparecieron montones de representantes y agentes que hacían cola para llevarse su diez o su veinte por ciento de comisión, o lo que sea que carguen esa gente, pero lo que ya no está tan claro es si habrían velado por los intereses de Josh. Y él no tiene familia, o prácticamente ninguna: su madre murió, su padre es alcohólico…

Katya se interrumpió en cuanto volvió a abrirse la puerta; el sonido del violoncelo se coló una vez más en el salón y cesó de nuevo cuando Íñigo regresó junto a la mesita del café.

—También confiábamos en que podríais ayudarnos con otro asunto —dijo Strike—. Hemos encontrado un blog, «La pluma de la justicia», que siempre ha sido muy crítico con Edie y…

—Ah, creo que sé quién es —dijo Katya, y su cambio de tono fue tan repentino que los sobresaltó a todos: ahora hablaba con verdadero entusiasmo—. Estoy segura de que eso lo escribe…

—Katya —dijo Íñigo entornando los ojos—, antes de que hagas aún más daño, aunque sea con la intención de ser útil, te recomiendo que pienses muy bien lo que vas a decir.

Katya se quedó muy afligida.

—Mi mujer está obsesionada con el blog «La pluma de la justicia» —dijo Íñigo mirando a Strike; era evidente que estaba enojado, pero el detective pensó que, al mismo tiempo, encontraba un placer liberador al descargar su ira.

—Yo no…

—Si dedicaras a tu negocio el mismo tiempo que dedicas a ese maldito sitio web, no tendríamos que rescatar la mitad de nuestras inversiones para pagar el tratamiento de Gus —le soltó Íñigo, al que volvían a temblarle las manos—. ¡Creía que, después de todo lo que ha pasado, habrías aprendido de tus errores!

—¿Qué quieres dec…?

—Alentaste a Blay para que confrontase a Edie con todas las cosas desagradables que presuntamente había escrito sobre ti en sus emails —le espetó Íñigo—. Lo animaste a pensar que la única mujer del mundo en la que podía confiar eras tú. Y ahora vas a denigrar a una chica por celos…

—¿Por celos? ¿De qué estás hablando? —balbuceó Katya—. No seas ridículo… no hay ninguna duda de que…

—No tienes ni la más mínima prueba…

—Necesitan información.

—Las conjeturas descabelladas surgidas del rencor no son información…

—¡Habla exactamente igual que ella! ¡He visto todos sus vídeos!

—Claro, porque lo consideras esencial por ser la agente de Josh, o su mánager, o su coach, o comoquiera que lo llames esta semana, ¿verdad? —indicó Íñigo.

—Lo que voy a decir podría estar completamente fuera de lugar —terció Robin, y su tono sereno y razonable hizo que los dos Upcott se dieran la vuelta y la miraran—, pero ¿por casualidad sospechas que quien está detrás del blog «La pluma de la justicia» es Kea?

—¿Lo ves? —le dijo Katya a su marido con trémulo orgullo—. ¿Ves como no soy la única? ¡Ya saben lo de Kea!

Katya, ilusionada, miró de nuevo a Robin.

—¡Esa chica no ha parado de perseguir a Josh desde que cortaron! Dice que Josh le robó las ideas. ¡Chorradas! Dice estar enferma, y creo que a Josh le da pena, y que por eso no quiso emprender acciones legales contra ella.

—Si Josh siente pena por alguien —dijo Íñigo con maldad—, no es por Kea Niven.

Katya se ruborizó y empezó a respirar de forma entrecortada. Robin, convencida de que los Upcott nunca habían hablado de aquellas cosas abiertamente, sintió una profunda lástima por ella.

—Tengo entendido que Blay no se portó muy bien con esa tal Kea —continuó Íñigo—. Me parece… y, desde luego, no es que yo estuviera al tanto de todas las conversaciones que mi mujer había tenido con Josh, ¡Dios me libre!… Pero me parece que el señor Blay es un auténtico especialista en utilizar a las personas para lograr sus propios fines y luego dejarlas tiradas. Y las personas que sienten que las han utilizado y que luego las han dejado tiradas como si fuesen basura…

La puerta automatizada se abrió de nuevo y Flavia entró en el salón. Todavía llevaba el mono de forro polar, con el estampado del pudin de Navidad, y tenía un teléfono en la mano.

—Mami, dice tía Caroline que puedo ir a ver los cachorros cuando…

—¡Sal de aquí! —bramó Íñigo con repentina ferocidad, como si Flavia fuese un animal salvaje—. ¡Eres contagiosa!

Flavia se paró en seco.

—¡Adelante, si quieres que me pase seis semanas en la cama, sigue dejándola entrar en esa puta habitación! —gritó Íñigo mirando a Katya—. A lo mejor es justo lo que quieres, ¿no? Mira, voy a quitarme de en medio, ¿vale?, ya que mi salud no parece importarle a nadie…

Le dio la vuelta a la silla de ruedas y se metió a toda prisa en la habitación contigua.

La puerta, que por lo visto también era automática, se cerró sola. El estallido de Íñigo todavía resonaba en la sala de estar cuando Flavia musitó:

—Mami, ¿puedo ir a ver a los cachorritos, por favor?

—Estás enferma, Flavia —repuso una Katya llorosa y todavía muy colorada.

—Dice tía Caroline que no le importa, que ella ya ha tenido este resfriado.

—Bueno, pues vístete apropiadamente —cedió Katya, y Flavia salió por la puerta. Esta vez no se oyó el violoncelo, y la razón se hizo evidente cuando, justo antes de que se cerrase la puerta detrás de la niña, Gus se coló en el salón con un móvil en la mano.

—La doctora Hookham dice que han cancelado una visita y que puedo ir mañana por la tarde.

—Vale, sería estupendo —dijo su atosigada y llorosa madre.

—Si tienes que ir al hospital, puedo ir yo solo en co…

—¡Tú no puedes conducir! —repuso Katya subiendo la voz—. ¡Sólo ves con un ojo, así que irás en transporte público!

Gus se marchó con el ceño fruncido.

—Lo siento muchísimo —se disculpó Katya con la voz de nuevo quebrada—. Como podéis ver, tengo un montón de cosas de las que ocuparme.

—Nos has ayudado mucho. —Strike se guardó el bloc de notas en el bolsillo y se levantó, y Katya y Robin lo imitaron.

Katya respiraba entrecortadamente y era incapaz de mirarlos a los ojos, y los tres bajaron la escalera en silencio.

—Muchas gracias por recibirnos —dijo Robin estrechando la mano de Katya.

—De nada —dijo Katya con voz entrecortada.

Justo en ese momento volvió a oírse el violoncelo en el dormitorio de Gus. Ahora tocaba una pieza rápida. Un *staccato* que parecía reflejar el agitado estado de ánimo de todos los ocupantes de aquella casa.

34

La muerte confiere importancia
a lo que no habíamos apreciado…

JOANNA BAILLIE, *Londres*

—Que Dios nos libre de los ayudantes bienintencionados que no quieren cobrar —dijo Strike en voz baja mientras iban hacia la cancela.

Antes de que Robin pudiese contestar, Flavia asomó por detrás del seto. Estaba saltando a la pata coja mientras tiraba de los cordones de una zapatilla de deporte que, al parecer, intentaba atarse a su gusto. Pese a las instrucciones que le había dado su madre, todavía llevaba puesto el mono con el estampado navideño.

—¿Habéis venido en eso? —les preguntó. Se subió las gafas, que le habían resbalado por el puente de la nariz, y señaló el Land Rover, cuya decrepitud destacaba entre las lujosas berlinas familiares que lo rodeaban.

—Sí —confirmó Robin.

—Me lo he imaginado —comentó Flavia poniéndose a su altura cuando echaron a andar por la calle—. Es la primera vez que lo veo.

—Muy observadora —dijo Strike mientras encendía un cigarrillo.

Flavia miró a Robin.

—¿Tú también eres detective?

—Sí —dijo Robin sonriendo.

—A mí me gustaría ser detective. —Flavia dio un saltito junto a ella—. Creo que podría hacerlo bien si me enseñaran… Mamá le tiene mucha manía a Kea Niven —añadió—. Se pasa el día despotricando de ella.

Y como ni Strike ni Robin dijeron nada, la pequeña siguió hablando:

—Papá tiene el síndrome de fatiga crónica. Por eso va en silla de ruedas.

—Sí, nos lo ha contado tu madre —dijo Robin.

—Él dice que *Un corazón tan negro* es una estupidez.

—¿Tú lo has visto? —preguntó Robin ignorando con diplomacia la opinión de Íñigo.

—Sí, y me gusta bastante —contestó la niña juiciosamente—. Gusano es el personaje más divertido. Os acompaño porque mi tía

Caroline vive justo enfrente de donde habéis dejado el coche… —agregó, como si temiera que la considerasen entrometida—. En realidad no es tía mía, pero a veces me quedo con ella… Su perra ha tenido cachorros, y son supermonos. Si te sientas en el suelo se te suben encima y te lamen la cara. ¿Vosotros tenéis perro?

—Bueno, yo vivo con un salchicha que se llama *Wolfgang* —dijo Robin—, pero no es mío.

—¿Ah, sí? A mí me encantaría tener un perro —dijo Flavia, anhelante—. Me encantaría quedarme un cachorro de tía Caroline, pero papá dice que no podemos porque los perros son antihigiénicos, que un cachorro le daría demasiado trabajo a mamá y que a Gus le dan miedo los perros porque le mordió uno cuando tenía cuatro años. Yo le digo que del perro me encargaría yo, para que no tuviese que hacerlo mamá, y que Gus podría ir a que lo hipnotizaran. Una vez vi un programa donde hipnotizaban a la gente y había una mujer a la que le daban miedo las arañas y que al final podía coger una tarántula con la mano. Pero papá sigue diciendo que no —concluyó Flavia, compungida.

Tras unos pasos en silencio, la niña añadió:

—¿Vais a ir a North Grove a hacerles preguntas también a ellos?

—A lo mejor sí —dijo Robin.

—Yo he ido varias veces con mamá. Hay una gente muy rara. Hay un hombre que se pasea por allí sin camisa todo el rato. Y un niño que se llama Bran o algo parecido que me dijo que le había roto un brazo a un compañero de clase.

—¿Sin querer? —preguntó Robin.

—Él dijo que sí, pero se reía mucho —contestó Flavia, pensativa—. No me cayó muy bien. Me enseñó unas cosas que hace para gastarle bromas a la gente.

—¿Qué cosas? —preguntó Strike.

—Pues… bueno, tiene una app que hace ruidos de fondo cuando hablas por teléfono, para que la gente se crea que vas en un tren o lo que sea, y me contó que una vez se escondió y llamó a su padre y puso de fondo el ruido de un aeropuerto, y le soltó que estaba en Heathrow y que se iba a subir a un avión porque su madrastra lo había regañado… ¡Y su padre se lo creyó! —dijo Flavia solemnemente—. Fue a Heathrow y les hizo llamar a Bran por megafonía, y resulta que él estaba en North Grove, escondido debajo de la cama.

—Supongo que su padre se enfadaría mucho cuando lo descubrió —dijo Robin.

—No lo sé. Creo que se alegró de que Bran estuviese bien. Pero si yo hiciese eso, papá me mataría… ¿Ya conocéis a Tim? Es calvo.

—Todavía no —dijo Robin.

—Es muy simpático. Un día que fui a North Grove él estaba

esperando para hacer la voz de Gusano y me enseñó a dibujar animales a partir de figuras geométricas. Era muy interesante. ¿Volveréis a venir a nuestra casa?

—No creo que haga falta —contestó Strike—. Tu madre ya nos ha ayudado mucho.

—¡Oh! —exclamó Flavia, decepcionada.

Llegaron al coche.

—Yo fui al funeral de Edie —dijo la niña deteniéndose cuando lo hicieron ellos—. ¿Ya conocéis a su novio? Se llama Phillip y a veces va a North Grove.

—Sí, hemos quedado con él… —Strike miró la hora—. Dentro de un rato.

Flavia parecía a punto de decir algo más, pero entonces se lo pensó mejor.

—A lo mejor tenéis que volver —le dijo a Robin.

La detective le sonrió.

—Es posible.

—Bueno, pues adiós —dijo Flavia, y siguió andando por la calle.

Strike y Robin se metieron en el Land Rover. Mientras se ponía el cinturón de seguridad, Robin observó a Flavia a través del parabrisas. La niña pulsó el timbre de la casa de la vecina y le abrieron la puerta, pero antes de entrar miró hacia atrás y dijo adiós con la mano.

—No me ha parecido que sea una niña muy problemática, ¿y a ti? —le preguntó a Strike.

—No —coincidió él, cerrando la portezuela del coche—. A bote pronto, diría que es la menos pirada del espectro Upcott.

Robin arrancó el Land Rover y enfiló Lisburne Road mientras Strike consultaba el móvil.

—¿Te parece bien que vayamos a echarle un vistazo al estanque número uno de Highgate antes de ir a ver a Phillip Ormond? —propuso el detective—. De aquí a The Flask sólo hay cuatro minutos en coche.

—Vale —dijo Robin.

Strike suspiró.

—Bueno, todo lo que hemos oído en casa de los Upcott da mucho que pensar, ¿no?

—Sí —convino Robin.

—¿Crees que Anomia podría ser un prodigio musical? —preguntó Strike cuando doblaron la esquina al final de la calle.

—¿Lo dices en serio?

—Ese joven cumple unos cuantos requisitos de nuestro perfil. No trabaja. Lo mantiene su familia. Tiene mucho tiempo libre…

—No puedes ser tan bueno con el violoncelo si te pasas todo el día sentado delante del ordenador.

—Cierto, pero no tiene ningún jefe que lo vigile de nueve a cinco, ¿no? Me da la impresión de que en esa familia todos los miembros prefieren mantenerse alejados de los demás. ¿Has visto una película titulada *Ladykillers*?

—No. ¿Por qué?

—Una banda de ladrones alquila una habitación en la casa de una anciana y se hace pasar por un quinteto musical. Ponen discos de música clásica mientras planean su atraco, y sólo cogen los instrumentos cuando la casera llama a su puerta para ofrecerles té.

—Gus no entró en el Royal College of Music poniéndoles discos.

—No digo que no toque nunca, sino que podría haber veces en que no esté tocando. Y podría haber accedido a gran cantidad de información personal de Josh y Edie a través de su madre.

—Si yo fuese Gus Upcott —dijo Robin—, me quedaría abajo todo el tiempo posible. Y como han insonorizado el piso de arriba...

—Podría haber puesto micrófonos arriba.

—Venga ya...

—¡Si Gus fuese Anomia, habría podido poner micrófonos arriba! —insistió Strike—. Que padezca una urticaria grave y que toque el violoncelo no son razones suficientes para no investigarlo a fondo.

—Vale —dijo Robin—, aunque no sé cómo vamos a ponerle vigilancia si se pasa el día encerrado en su dormitorio.

—Bueno, eso es lo jodido de este caso, ¿no? Continúa por la izquierda... —añadió Strike tras comprobar el mapa con el móvil—. Tenemos que bordear todo el Heath hasta llegar al otro lado.

»Necesitamos entrar en ese maldito juego. Nos va a llevar años reducir la lista de sospechosos si lo único que tenemos es el contenido de Twitter de Anomia... Ahora que lo pienso —continuó, pues de pronto se le había ocurrido una idea—, mañana por la tarde Gus Upcott va a ir a Harley Street a ver a su médica. Si tenemos suerte y Anomia tuitea algo mientras Gus está en el metro sin cobertura, podremos descartarlo. Voy a ver si Barclay puede ocuparse de ello —añadió, y empezó a escribirle un mensaje a la secretaria.

Cuando terminó, se volvió hacia su socia.

—¿Cómo va tu solicitud para entrar en North Grove?

—Ya me han aceptado —dijo Robin—, pero todavía faltan quince días para que empiece el curso.

—Estupendo... Por cierto, ¿has tenido suerte con la chica de los tatuajes que vive cerca de Junction Road?

—No la encuentro en ninguno de los registros que he podido consultar. Quizá acaba de mudarse.

—Entonces también tenemos que ponerle vigilancia a ella, para averiguar quién es —dijo Strike—. Joder, aunque pusiéramos a todo el personal de la agencia a trabajar en este caso, seguiríamos yendo

justos.

Robin, que no había olvidado que Strike acababa de añadir otro caso a la agenda —un caso que, además, ella consideraba estrictamente personal—, no dijo nada.

Tras una breve pausa, Strike añadió:

—Así que Blay cree que fue Anomia quien los apuñaló. «A partir de ahora me encargo yo de todo, no te preocupes...» No sé a qué podía referirse, como no sean los dibujos animados.

—¿Crees que Maverick habría hecho la película si hubiesen muerto Josh y Edie? —preguntó Robin. Aunque estaba molesta con Strike por motivos personales, el interés de la discusión lograba distraerla de su enfado.

—Yo diría que habría sido de muy mal gusto seguir adelante con el proyecto —opinó Strike.

—Entonces, en algunos aspectos Anomia se quedaría realmente al mando del fandom. Lo único que faltaría serían los episodios antiguos y *El juego de Drek*.

—La policía se concentrará en averiguar quiénes sabían que Josh y Edie iban a estar en el cementerio esa tarde, y ahora nosotros sabemos que, para empezar, lo sabían los Upcott.

—Katya lo sabía —repuso Robin—, pero no podemos estar seguros de que también lo supieran los demás. Fue un jueves por la mañana: Flavia debía de estar en la escuela, y tú mismo acabas de decir que en esa familia todos buscan estar lejos unos de otros.

—Pero Katya habría podido comentárselo. O ellos habrían podido oírselo comentar a alguien más.

—Íñigo no habría podido apuñalar a nadie. Está muy enfermo —dijo Robin, justo cuando el parque de Hampstead Heath apareció detrás de los barrotes de la valla, al lado izquierdo de la calle—. Ya has visto cómo le temblaban las manos.

—Estoy seguro de que en parte era de rabia —dijo Strike sin miramientos—. Pero sí, no parece estar muy fuerte. Tiene las piernas atrofiadas... Aun así, todavía no sabemos si el asesino fue al cementerio a pie. Y si disparas a alguien con una táser antes de apuñalarlo, no necesitas dominarlo físicamente para acabar la faena.

—Seguro que Phillip Ormond también sabía que habían quedado —expuso Robin—. Estaba viviendo con Edie, ¿no?

—Sí, suponiendo que Edie hiciese esa llamada desde donde él pudiese oírla, o que no le importase explicarle que había quedado con su ex novio en un sitio que, presuntamente, tenía connotaciones románticas para ellos dos —dijo Strike—. También cabe la posibilidad de que Edie no hiciese esa llamada desde su casa, y de que no se lo hubiese contado a Ormond, lo que nos lleva a plantearnos desde dónde hizo la llamada y qué otra persona pudo haber estado

escuchando.

—Y al otro lado de la línea tenemos a Josh en North Grove...

—Bueno, tú entrarás en el colectivo artístico muy pronto. A lo mejor descubres quién andaba por ahí esos días.

—También hay un período de un par de horas como mínimo en el que Josh estuvo deambulando por ahí, de noche, después de que lo echaran de North Grove.

—Sí, tienes razón... —afirmó Strike—. Bueno, estoy seguro de que la policía ha rastreado sus movimientos de esa noche. Podrías camelarte a Murphy y ver si...

—¡Oye, camélatelo tú! —le soltó Robin.

Strike se volvió y la miró sorprendido por su tono de voz.

—No estaba insinuando... Sólo quería decir que a lo mejor a él no le parece mal que colaboremos mutuamente. Tú ayudaste a la policía cuando le contaste todos los detalles de la visita de Edie a la agencia, ¿no?

Robin no dijo nada. La sola mención de Murphy le había traído a la memoria recuerdos que prefería olvidar.

—Estamos cerca —dijo Strike, señalando un poco más adelante. Todavía estaba desconcertado por la irritabilidad de Robin. No era nada propio de ella—. Supongo que deberíamos aparcar en cuanto veas un sitio.

—¿Te das cuenta de dónde estamos? —dijo Robin reduciendo la velocidad.

—¿Dónde?

—En Millfield Lane. Josh vive aquí.

—Vaya —dijo Strike, mirando las casas que flanqueaban la estrecha calle—. Qué curiosa coincidencia, ¿no?

Salieron del Land Rover, cruzaron la calzada y entraron en el Heath, entre dos grandes estanques que en rigor bien podrían llamarse «lagos». El muñón de Strike, que ya se resentía al caminar por el asfalto, protestó más enérgicamente en cuanto pisaron terreno irregular.

—Es éste. —Strike señaló el estanque bordeado de árboles que tenían a su izquierda. Diversos tipos de aves acuáticas se mecían serenamente en las aguas de color caqui o se apiñaban cerca de la orilla, con la esperanza de que algún transeúnte les lanzara un poco de pan.

—Vamos a ver... —señaló el detective cuando se detuvieron junto a una barandilla—, ¿para qué vino el asesino aquí?

—Bueno, desde luego no para tirar el teléfono de Edie al estanque, porque la policía ha dragado el fondo y no lo ha encontrado —respondió Robin mirando a su alrededor—. Aunque quizá el estanque no fuese su objetivo... Podría ser simplemente el sitio donde

el asesino se dio cuenta de que uno de los teléfonos todavía estaba encendido.

—Cierto. Y en ese caso, ¿adónde se dirigía el asesino?

Sin decir nada, Strike y Robin se dieron la vuelta y miraron hacia Millfield Lane.

—¿Y si iba al piso de Blay, ahora que creía que estaba muerto y ya no podía molestarlo?

—Es una posibilidad —dijo Strike—. Y eso implica que el asesino sabía que podría entrar en el piso. Es una pena que no sepamos si falta algo dentro... Aunque —Strike consultó el mapa con el móvil—, si el piso de Josh era su objetivo, no entiendo para qué necesitaba venir al Heath. Hay una ruta directa mucho más fácil entre el cementerio de Highgate y Millfield Lane...

»A ver, sígueme la corriente por un momento... —dijo Strike lentamente, pensando mientras hablaba—. Si el asesino hubiese sido Gus Upcott... habría cruzado el Heath para ir y volver del cementerio, porque es la ruta más rápida y además le habría permitido evitar las cámaras de videovigilancia. Sin embargo —añadió, rascándose la barbilla mientras examinaba el mapa—, no habría pasado cerca de este estanque. Está fuera de su ruta, suponiendo que regresara directamente a su casa después de apuñalarlos.

—¿Y si el asesino había quedado con alguien aquí? —especuló Robin—. Hay muchos árboles. Es un buen sitio donde esconderse. También es posible que se metiera entre los árboles para quitarse un disfraz.

—Podrían ser las dos cosas —dijo Strike—, aunque también hay árboles más cerca del sitio por donde sería más lógico que Gus hubiese entrado en el Heath. Todo esto, por supuesto, suponiendo que el asesino hubiera pretendido venir aquí. La alternativa es que se viese obligado a desviarse del camino por alguna razón.

—¿Para no cruzarse con gente?

—Con gente... o quizá con una sola persona, alguien que hubiese podido reconocerlo. —Strike acababa de sacarse del bolsillo la hoja con la lista de nombres que le había dado Katya—. Sí, mira esto... Muchas de las personas relacionadas originariamente con *Un corazón tan negro* crecieron en esta zona o viven por aquí. Wally Cardew, Ian Baker y Lucy Drew, que interpretaban a Lord y Lady... —Strike escudriñó la hoja— «Wyrdy-Grob», eran de Gospel Oak. Iban al colegio con Josh Blay. Y Preston Pierce vivía en North Grove en la época en que también vivían allí Edie y Josh —dijo Strike, leyendo las notas de Katya—: «De Liverpool, le puso voz a Urraca en dos episodios.»

—Pez —dijo Robin de repente.

—¿Qué pasa?

—Preston Pierce. Pez. La persona que tenía que reunirse con Nils, Wally, Seb y Tim en el Red Lion & Sun. Lo ponía en tus notas.

—¡Qué buena memoria! Sí, diría que es él.

—¿En qué dirección está North Grove? —preguntó Robin mirando a su alrededor.

Strike consultó el mapa.

—Hacia allí —respondió señalando más allá del estanque, hacia la calle—. No hay razón alguna para entrar en el Heath si te diriges a North Grove. Si el asesino hubiese sido alguien del colectivo artístico, habría tenido que caminar muy poco para volver a casa desde el cementerio.

Strike dobló la hoja que le había dado Katya y se la guardó en el bloc. Se quedó un momento mirando un cisne que pasaba y, finalmente, dijo:

—Esos ataques estaban planeados. El sitio y la hora quizá no estuviesen decididos de antemano, pero en este país no puedes comprar pistolas táser y la gente no suele tener machetes en su casa. Todo esto apunta a alguien que estaba esperando a que se le presentase una buena oportunidad. Lo tenía todo preparado para actuar.

A Robin le sonó el móvil. Vio que era Midge y aceptó la llamada; de pronto le latía muy deprisa el corazón.

—Hola —saludó.

—Me debes una, Ellacott.

—¡Oh, genial! —exclamó Robin, y Strike se preguntó por qué de pronto parecería tan contenta.

—¿Tienes un bolígrafo?

—Sí —contestó Robin, que rebuscó en su bolsillo y sacó un bloc. Se puso en cuclillas, quitó el capuchón del bolígrafo con los dientes y se preparó para escribir con el bloc abierto sobre una rodilla.

—Vale, vamos allá —dijo Midge con voz enérgica—. El nombre de usuario es Buffypaws, en una sola palabra y con B mayúscula. No te rías. Nuestro gato se llamaba *Buffy*.

Robin le deletreó el nombre a Midge mientras lo anotaba.

—Exacto —indicó Midge—. Y la contraseña es… —refunfuñó un poco— OjalaEstuvieraConEllen. Todas las palabras con mayúscula. Mira, te lo envío en un mensaje.

—Midge, no sabes cómo te lo agradezco.

—«Ojalá estuviera con la maldita Ellen» —dijo Midge con amargura—. Ellen era su ex antes de que lo fuera yo.

—Una contraseña de muy buen gusto —dijo Robin—. ¿Has tenido que darle el espejo?

—Sí. Pero no te preocupes, le va a llegar con una buena raja.

Robin rio, volvió a darle las gracias a Midge y se incorporó.

—Ya podemos entrar en el juego.

—¿Cómo?

Robin se lo explicó.

—Ellacott, eres un genio —dijo Strike—. Tú puedes entrar en el juego mientras yo entrevisto a Ormond. Si Anomia aparece mientras Ormond está hablando conmigo, ya tendremos un sospechoso menos.

35

Entré sola por esa puerta
en una hermosa ciudad de piedra blanca…
Pero no oí ningún sonido humano;
todo estaba quieto y en silencio
como una ciudad de difuntos.

CHRISTINA ROSSETTI,
La ciudad muerta

The Flask, que estaba cerca de Hampstead Heath, era un pub muy antiguo, con tres salones independientes y dos barras; les venía como anillo al dedo a dos personas que quisiesen actuar de forma coordinada pero sin verse.

—Estupendo, hay wifi-dijo Robin, comprobando la conexión de su móvil mientras Strike y ella se acercaban juntos a una de las barras, quince minutos antes de la hora acordada con Phillip Ormond —. Reservaré el teléfono para ver el contenido de Twitter de Anomia y utilizaré el iPad para acceder al juego… Lo llevo conmigo desde que le pedí a Midge los datos de inicio de sesión de su amiga Beth— le explicó a Strike mientras sacaba el iPad de la mochilita de nylon que siempre cogía para las vigilancias —. Por si acaso.

—Los Boy Scouts cometieron un gran error al no reclutarte —dijo Strike—. ¿Qué quieres tomar?

—Zumo de tomate y una bolsa de patatas fritas, por favor. Estoy muerta de hambre. Luego me quitaré de en medio para que no me vea Ormond.

Cuando le dieron el zumo y las patatas, Robin dejó allí a Strike y se fue a uno de los salones contiguos, donde se sentó a la mesita de un rincón junto a una chimenea. Después de comerse una tercera parte de la bolsa de patatas de un par de bocados, colocó su iPad en vertical, sacó el bloc y un bolígrafo, revisó el contenido de Twitter de Anomia, donde no había actividad reciente, y abrió *El juego de Drek*.

Un grupo de cuatro estadounidenses de mediana edad entró en la salita; una de las mujeres iba leyendo en voz alta y con un marcado acento sureño una guía turística:

—«… Este lugar está poseído por el fantasma de una camarera española que se ahorcó en el sótano porque estaba enamorada del dueño del pub y él no le correspondía…»

Tras una serie de comentarios de sus interesados y bulliciosos acompañantes, los cuatro turistas arrastraron sendas sillas y se sentaron a una mesa muy cerca de Robin.

Nerviosa, Robin tecleó el nombre de usuario «Buffypaws» en el panel de acceso de *El juego de Drek* y entonces, tras comprobar las mayúsculas en el mensaje de texto de Midge, tecleó también la contraseña «OjalaEstuvieraConEllen».

«Por favor. Por favor. Que funcione, por favor…»

—«Te Flask —continuó la estadounidense que llevaba la guía turística— fue el escenario de una de las primeras autopsias de Inglaterra, realizada…» ¡Dios mío!

Robin jamás había observado el movimiento de un gif de carga con tanta expectación.

—«… realizada a un cadáver robado por unos enterradores en el cementerio de Highgate…»

La pantalla del iPad de Robin se puso negra, y unas letras blancas aparecieron flotando como espectros.

Bienvenido a…Bienvenido a…
El juego de DrekEl juego de Drek

Las letras desaparecieron, y Robin se hallaba ahora ante un cementerio de Highgate hermosamente animado, donde unas volutas de bruma se enroscaban alrededor de ángeles de piedra recubiertos de hiedra. La paleta de colores era monocromática, como la de los dibujos animados originales. Unas figuras blancas cruzaban la pantalla. Algunas se parecían al fantasma Traslúcida, otras eran esqueletos, y otras, corazones que iban rebotando, como el héroe, Blacky. Era evidente que podías elegir tu aspecto en el juego entre un número limitado de opciones, pero Robin no tenía ni idea de cómo la veían los otros jugadores, cada uno de los cuales tenía su nombre de usuario escrito con letras minúsculas encima. Entretanto, una barra lateral mostraba a todos los participantes que entraban y salían del juego.

<**NegroCora66 ha salido del juego**>;
<**Traslúcida MOD ha entrado en el juego**>;
<**CorazónNegroStacey ha entrado en el juego**>;

Tras probar varias veces, Robin localizó un panel de control que le permitía moverse. Poco a poco avanzó por un sendero brumoso, dejando atrás una serie de urnas envueltas en una vegetación exuberante. De pronto, un murciélago descendió sobre su personaje y se transformó en un vampiro que le cerró el paso. El vampiro, débil y

enclenque, se quedó un momento jadeando con una mano sobre el pecho, y luego le «habló» y el diálogo apareció escrito sobre su pecho.

¿Te importa que te chupe una arteria?

Robin se apresuró a buscar el sitio donde tenías que escribir el diálogo y, después de tantear durante unos segundos, encontró un teclado desplegable. Como no tenía ni idea de cuál era la respuesta correcta —de hecho, ni siquiera sabía si había una respuesta correcta — escribió:

Prefiero que no

El vampiro suspiró.

Es que estoy anémico

Sorprendida y un tanto divertida, Robin tecleó:

Lo siento

El vampiro respondió:

Algún día serás una muerta viviente. Y ENTONCES te arrepentirás

Volvió a convertirse en murciélago y luego se alejó volando.

Robin siguió por el camino. Algunas tumbas tenían elementos interactivos: se abrían para mostrar cráneos y huesos o, en un caso, una araña gigante que parecía interesada en perseguir a alguien, por lo que Robin apartó ágilmente a su personaje. Entonces una de las Traslúcidas flotantes se cruzó en su camino, se detuvo y le «habló»:

CorazónNegroStacey: Hey Buffypaws cuánto tiempo

Buffypaws: Hola CorazónNegroStacey

CorazónNegroStacey: Qué tal todo?

Buffypaws: Bien gracias y tú?

CorazónNegroStacey: Has visto qué putada lo de J*** y E***?

Buffypaws: Ya, terrible

Robin se preguntó qué sería aquello de los asteriscos. ¿Acaso los jugadores no debían escribir el nombre de Josh y Edie dentro del juego? ¿Tan egocéntrico era Anomia que prohibía mencionar a los creadores?

No pudo seguir especulando porque dos cuadros de diálogo aparecieron simultáneamente en la pantalla.

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**16 abril 2015 17:57**>;

<**Gusano28 MOD invita a Buffypaws**>;

Gusano28: omg, creia que te havias ido para siempre!!!!

>;

>;

>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**16 abril 2015 17:57**>;

<**Vilepechora invita a Buffypaws**>;

Vilepechora: creía que ya no ibas a volver

Vilepechora: todavía eres bollera?

>;

>;

«¡Mierda!»

Robin sacó el móvil y le escribió un mensaje a Midge a toda prisa.

Cuéntamelo todo sobre Beth.
He entrado en el juego. Algunos jugadores la conocen

En la mesa de al lado, la estadounidense de la guía turística seguía leyendo en voz alta con las gafas de plástico moradas en la punta de la nariz.

—«¡Se sabe que Byron, Keats y Shelley vinieron a beber a The Flask, igual que el famoso salteador de caminos, Dick Turpin!»

Robin pensó que parecería demasiado sospechoso que no respondiera a los dos moderadores, así que se puso a escribir.

Gusano28: pensaba que te avia asustado con mis problemas!

Buffypaws: no, echaba de menos esto!

>;

>;

Buffypaws: claro que no, qué tontería

Buffypaws: cómo estás?

Gusano28: sabes que estoy en L*****!

>;

Buffypaws: Hala!

Gusano28: si

Gusano28: he venido a ver a mi novio

Buffypaws: jo, qué guay!

Buffypaws: sí. Resulta que es para siempre

Vilepechora: XD

Vilepechora: igual es que no has probado una buena polla

Buffypaws: o que no me van las pollas

>;

Vilepechora: si sólo has follado con tías no lo sabes

Buffypaws: una teoría interesante

>;

>;

>;

>;

>;

El móvil de Robin vibró. Midge había respondido su mensaje:

Una imbécil egoísta e infiel. Le gustan los gatos. Está escribiendo una novela (3 párrafos), se las da de artista (collages mierdosos), le gusta Rachel Maddow, inútil en la cocina, sólo sabe hacer pasta y añadirle una lata de atún por encima, colecciona adornos de árbol de Navidad y novias cabreadas

Robin esbozó una sonrisa y contestó:

Y espejos rotos. Gracias Bss

Volvió al iPad.

Buffypaws: ya estoy aquí

Gusano28: pero no está iendo bien

Buffypaws: por qué?

Gusano28: sabes cuantas veces lo e visto desde que vine ¿

Buffypaws: no

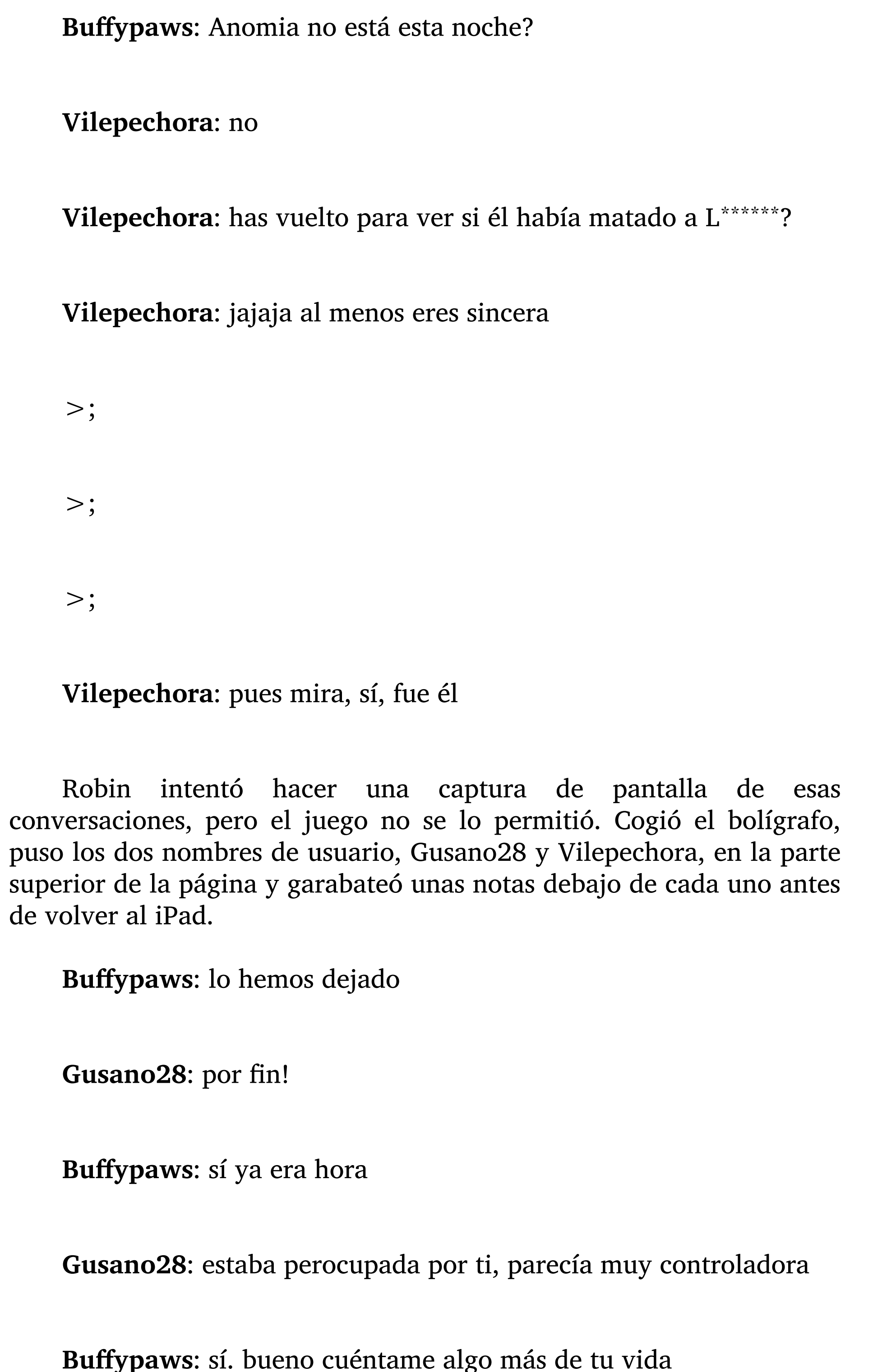
Gusano28: una

Buffypaws: oh no, qué mal

Gusano28: está super o cupado

Gusano28: qué tal tu novi a y tu?

>;



Buffypaws: Anomia no está esta noche?

Vilepechora: no

Vilepechora: has vuelto para ver si él había matado a L******?

Vilepechora: jajaja al menos eres sincera

>;

>;

>;

Vilepechora: pues mira, sí, fue él

Robin intentó hacer una captura de pantalla de esas conversaciones, pero el juego no se lo permitió. Cogió el bolígrafo, puso los dos nombres de usuario, Gusano28 y Vilepechora, en la parte superior de la página y garabateó unas notas debajo de cada uno antes de volver al iPad.

Buffypaws: lo hemos dejado

Gusano28: por fin!

Buffypaws: sí ya era hora

Gusano28: estaba perocupada por ti, parecía muy controladora

Buffypaws: sí. bueno cuéntame algo más de tu vida

Gusano28: tengo un ‘ trabajo ‘

Gusano28: joder, ojala pudiera decirte donde

Buffypaws: dímelo!

Gusano28: XD

Gusano28: me da mied o Anomia

Gusano28: si te lo digo provecaremos la consequencia 14

>;

Buffypaws: bueno, dame una pista

Gusano28: XD mejor que no

Gusano28: sabes que?

Gusano28: conocí a B***!!!

>;

>;

Vilepechora: estoy muy pedo

Buffypaws: como todos

>;

>;

Vilepechora: qué llevas puesto?

>;

Buffypaws: armadura completa

>;

>;

>;

Vilepechora: estoy harto de este puto sitio

Buffypaws: entonces, por qué sigues aquí?

Vilepechora: por la info

Vilepechora: bueno y usáis arnés con vibrador o qué?

>;

>;

>;

Robin volvió a coger el bolígrafo y escribió a toda prisa debajo de «Gusano28»: «dice que conoció a Blay, dice que tiene «un trabajo»»; y debajo de «Vilepechora»: «está aquí por “la info”; y en la siguiente página, todavía en blanco: «provocaremos consecuencia 14. ¿qué es?» Luego siguió tecleando.

Buffypaws: qué dices!!!

Gusano28: si tia

Gusano28: entro en la habitación y allí esta

Gusano28: casi me desmayo!!

Buffypaws: hablaste con él?

Gusano28: no estava tenblando!!!

Buffypaws: XD

Vilepechora: estás sentada encima de uno ahora?

Buffypaws: sigues con tu sentido del humor megasofisticado, veo

Vilepechora: tienes suerte de que no te banee

>;

Buffypaws: por hacer qué?

Vilepechora: por ser una pervertida de mierda

La estadounidense de la guía turística les estaba recitando el menú a sus acompañantes, a pesar de que cada uno tenía una carta.

—Pastel de carne y riñones... patatas hervidas...

El móvil de Robin vibró otra vez. Lo miró; era un mensaje de Strike:

Ha llegado Ormond.

36

Y en su escudo llevaba un corazón sangrante...

MARY TIGHE, *Psique*

Strike, que estaba sentado a una mesa para dos orientada hacia la puerta del pub, identificó a Phillip Ormond en cuanto lo vio entrar, a pesar de que no coincidía con la imagen que él tenía de un profesor de Geografía ni de una persona interesada en apuntarse a clases de dibujo.

Al ver su forma de moverse y la extrema pulcritud de su aspecto, Strike incluso se planteó si no tendría un pasado militar. Ormond, que medía varios centímetros menos de lo que el detective se había imaginado, parecía un usuario frecuente del gimnasio. Tenía los ojos azul claro y muy separados; el pelo castaño claro, corto y bien peinado, y la barbilla puntiaguda recubierta de una barba incipiente y muy cuidada. Vestía un traje oscuro con una sencilla corbata azul marino y, de no ser porque llevaba un maletín negro en la mano, habría podido parecer que iba a un funeral. Se detuvo nada más entrar en el local y miró a su alrededor al tiempo que cuadraba los hombros.

Al ver que Strike lo miraba, se dirigió a su mesa.

—¿Cormoran Strike?

—Sí, soy yo. —El detective se levantó para estrecharle la mano, y su muñón protestó con furia por tener que soportar su peso cuando llevaba tan poco rato sentado.

—Phillip —contestó Ormond, que resultó pertenecer a esa categoría de hombres que, por lo visto, creen que serán sospechosos de impotencia a menos que su apretón de manos provoque un dolor físico a su receptor.

»Voy a buscar algo de beber —dijo Ormond dirigiéndose hacia la barra.

Cuando regresó con media pinta de cerveza lager, se sentó delante de Strike y lo miró con desconfianza.

—Bien, como ya te expliqué por teléfono... —empezó Strike.

—Estás intentando descubrir quién es Anomia. Lo sé.

—¿Te importa que tome notas?

—Como quieras —dijo Ormond, aunque no pareció gustarle mucho la idea.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó Strike al ver que Ormond

llevaba dos dedos de la mano izquierda vendados.

—Derramé ácido fluorhídrico —explicó éste, y como Strike puso cara de no entender, añadió—: Estaba practicando el aguafuerte en North Grove. No volveré a probarlo. Se me infectó la herida. Ya llevo dos tandas de antibiótico.

—Qué mala suerte.

—No es lo peor que me ha pasado últimamente —repuso Ormond con una pizca de agresividad.

—No, por supuesto que no. Te acompaño en el sentimiento.

—Gracias. —Se relajó ligeramente—. Estoy pasando... un momento muy difícil.

—Desde luego —dijo Strike—. ¿Te importaría contestar un par de preguntas sobre North Grove?

—Dispara.

—¿Cuándo empezaste a asistir a clases allí?

—En 2011 —contestó Ormond.

—¿Te dedicas al arte o...?

—La verdad es que no. En realidad, me gusta más escribir.

—¿Ah, sí? ¿Has publicado algo?

—Todavía no. Sólo he empezado a barajar algunas ideas. Es algo que Edie y yo teníamos en común: las historias.

A Strike le costaba imaginarse a Phillip Ormond escribiendo historias, pero asintió. Pese a que el profesor era bastante atractivo, le sorprendió que Edie lo hubiese escogido como pareja, aunque el encanto de Ormond quizá residiera en que era la antítesis absoluta de un ex novio irresponsable y fumeta que se dedicaba a quemar cortinas.

—No, fui a North Grove porque acababa de separarme de mi mujer —dijo Ormond de forma espontánea, sin que Strike se lo hubiera preguntado—. Intentaba mantenerme ocupado por las tardes. Me apunté a un cursillo nocturno porque... Bueno, porque pensé que no estaría mal recurrir al método tradicional para conocer a una chica, ¿me explico? —Esbozó una lúgubre sonrisa—. Conocí a mi mujer en una página web de citas. Y las mujeres con las que trato en el gimnasio... no suelen ser lo bastante inteligentes para mi gusto —añadió dándose unos golpecitos en la sien.

—Entonces, cuando conociste a Edie...

—Ella todavía salía con Blay, sí. Me interesaron sus dibujos animados, porque había oído hablar de ellos en North Grove, y acabé invitándolos a venir a mi escuela, a ella y a Blay, para dar una charla a mis alumnos de séptimo sobre animación e imágenes generadas por ordenador. A los chicos les gustó —dijo Ormond, aunque por su tono no parecía que eso le produjera especial satisfacción.

—Eres profesor de Geografía, ¿verdad?

—De Informática —puntualizó Ormond frunciendo el ceño—. ¿Quién te ha dicho que enseño Geografía?

—Me parece que fue el agente de Edie —dijo Strike, mientras anotaba el dato en su bloc—. He debido de hacerme un lío. ¿Cuándo supiste que existía Anomia?

—Vi que Anomia había publicado una fotografía del piso de Edie en Twitter. Le envié un mensaje a Edie para ver si estaba bien. Conservaba su número de teléfono de cuando había venido a la escuela a dar la charla a los chicos. Nos enviamos unos cuantos mensajes y acabamos yendo a tomar algo. Blay y ella ya lo habían dejado. Descubrimos que teníamos bastantes cosas en común. Nos gustaba escribir —repitió—. Contar historias. Nos reímos bastante de North Grove. Corren unos cuantos personajes interesantes por allí. Hay un chaval que es un verdadero candidato al *Show de Jeremy Kyle*.

—¿Te refieres a Bram de Jong? —preguntó Strike, sin pasar por alto que Ormond acababa de utilizar un término de la jerga policial.

—En efecto —confirmó Ormond—. Una noche estaba saliendo de North Grove y recibí una puta pedrada en la nuca. El chico estaba en el tejado lanzándole piedras a la gente. Si hubiese podido echarle el guante... Me hizo un corte —dijo Ormond señalándose la cabeza—. Todavía tengo la cicatriz. Edie me contó otras cosas que hacía Bram cuando ella todavía vivía allí. En una ocasión, Edie encontró un pájaro muerto en su cama. Los padres son unos... No le ponen ningún límite —añadió Ormond, y Strike vio que se le hinchaban las aletas de la nariz—. Ninguno.

—¿Hablaste con Edie de Anomia cuando fuisteis a tomar algo?

—Sí, claro, Edie me lo contó todo. Yo creía que Edie lo conocía en persona, porque Anomia tenía mucha información sobre ella. Repasó conmigo la lista de posibles sospechosos. Yo pensé que podía ser esa chica... ¿cómo se llama? La ex de Blay...

—¿Kea Niven?

—Sí, pero Edie me dijo que la había descartado.

—¿Con qué argumento?

—Me contó que una tarde, mientras estaba en el estudio de animación, miró por la ventana y la vio merodeando por la calle. Estaba por allí con la esperanza de encontrarse con Blay. Edie tenía el juego de Anomia abierto en el ordenador y vio que Anomia estaba allí, moviéndose y hablando, pero Niven no estaba utilizando el móvil, ni un iPad ni nada parecido.

—Una información muy útil, gracias —dijo Strike tomando nota; luego volvió a mirar a su acompañante—. Has dicho que Kea estaba merodeando por los alrededores del estudio de animación, ¿no?

—Sí. Cuando Edie todavía salía con Blay, me dijo que Kea había aparecido un par de veces por allí, y que los espiaba en los bares y en

los pubs. Yo también tuve una ex así. Una psicópata.

—¿Cuándo descartó a Kea exactamente? ¿Te acuerdas?

—Antes de que Edie y yo quedáramos por primera vez, así que debió de ser… a mediados de 2013.

Ormond tomó otro sorbo de cerveza y añadió:

—Yo seguía pensando que era necesario silenciar a Niven, que estaba empeñada en denunciar a Edie por plagio, pero ella creía que eso no haría más que empeorar las cosas. O mejor dicho, su agente le aseguró que empeoraría las cosas —añadió el profesor de Informática con una sonrisita irónica—. El consejo de Yeoman siempre era «no hagas nada». No es mi estilo, la verdad.

—¿Nunca has hablado en persona con Kea?

—No, por suerte para ella. —Ormond volvió a inflar las aletas de la nariz—. Hacía lo mismo que Anomia: atacaba a Edie y dejaba que Blay se fuera de rositas. En opinión de los fans, él era perfecto, lo que demuestra que no se enteraban de nada.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, Edie hacía el noventa por ciento del trabajo, y Blay se pasaba la mayor parte del día colocado. Al final ella ya estaba harta de tirar de él. Y te aseguro una cosa: después de lo que había sufrido por culpa de Blay durante aquellas dos últimas semanas, Edie se habría indignado si hubiese sabido que él quería meter una puta carta en su ataúd.

—¿Sabes si Edie descartó a alguien más?

Ormond negó con la cabeza.

—Sabemos que hacia el final sospechaba de Seb Montgomery —dijo Strike—, pero ¿había alguien más?

—Ah, sabes lo de Montgomery, ¿no? —dijo Ormond, de nuevo con cierto recelo—. Bueno, sí, él era su sospechoso número uno —Strike tomó nota del segundo término de jerga policial—, pero antes de eso Edie se planteó que podía ser Wally Cardew, porque la atacó en internet cuando dejó de contar con él para el papel de Drek. Aun así, Edie acabó dándose cuenta de que Cardew no habría permanecido en el anonimato, porque es un bocazas. Además, no creía que Cardew supiera lo bastante de programación o de animación para crear el juego.

—¿Y qué me dices de Tim Ashcroft, el chico que le ponía voz al Gusano?

—¿Tim? Es un aprovechado —dijo Ormond con desprecio—. Creía que, si le hacía la pelota a Edie, ella le encontraría un papel en la película. Yo le dije: «Tienes que dejar de quedar con él»… Bueno, no se lo dije con esas palabras… —se corrigió Ormond—, pero no me gustaba nada ver cómo la utilizaba. Y si Edie seguía yendo con él a tomar café cada dos por tres, le estaba dando a entender que todavía

tenía posibilidades de conseguir un papel.

—Pero ¿ella nunca creyó que Ashcroft fuese Anomia?

—No. Ashcroft es el típico pijo de izquierdas. Ya sabes, largo y delgado como una meada.

—Entonces, que tú sepas, ¿Montgomery era el único sospechoso creíble?

—Sí. Edie supuso que era él después de que Anomia comentase en Twitter que ella había basado un personaje en una ex compañera de piso suya. Lo que era una gilipollez.

—¿Edie no basó a Traslúcida en esa chica?

Ormond dio un sorbo de cerveza.

—Puede que se inspirase un poco en el comportamiento de la chica para crear a Traslúcida, pero eso no las convierte en la misma persona. Es una chorrada pensar que todos los personajes ficticios tienen... no sé, un equivalente real. La inspiración puede provenir de cualquier sitio —dijo Ormond, y mientras hablaba, un ligero rubor fue cubriendo su cara—. No puedes decir que determinado personaje sea una persona real. Es una impresión. Una... fotografía tomada a través de la lente del creador. —Tomó otro trago de cerveza—. Al menos eso es lo que yo hago —añadió tras dejar el vaso en la mesa—. Cuando escribo.

Strike no tenía forma de saber si aquellas ideas sobre la inspiración y el desarrollo de personajes eran originales del profesor. Aun así, no pudo evitar sospechar que Ormond estaba repitiendo como un loro las palabras de otro.

—¿Edie te hablaba mucho de su trabajo?

—Continuamente —afirmó Ormond, que de pronto parecía mucho más animado que antes—. Compartía todo el proceso creativo conmigo. Teníamos conversaciones muy profundas sobre los personajes y yo... ya sabes, aportaba mis ideas.

—Ah, vaya. Entonces tú colaborabas —dijo Strike procurando sonar impresionado.

—Sí, supongo que podríamos expresarlo así. —Miró a Strike sin pestañear—. De hecho, Edie quería que yo saliera en los créditos como guionista cuando hiciesen la película. Decía que le había dado un par de ideas buenísimas.

—Ah, eso es interesante —dijo Strike—. Así que Edie tenía intención de incorporar a nuevos colaboradores, aparte de ella misma y Blay.

—Colaboradores en plural no. Yo era el único —puntualizó Ormond con firmeza.

—En Maverick deben de estar encantados de que tú puedas explicarles cómo se imaginaba Edie la película, ¿no?

Ormond hizo una breve pausa antes de responder.

—Sería lo lógico, pero nadie se ha dignado contestar mi correo electrónico.

—Qué poca vista. Supongo que lo tienes todo por escrito, ¿no?

—No, no lo escribimos. Sólo lo hablamos. Está todo aquí —dijo Ormond tocándose la sien otra vez—. Y como yo soy el único que lo sabe, lo lógico sería que ellos...

Se encogió de hombros con irritación.

—Debe de ser frustrante —dijo Strike.

—Sí. Y ahora ese maldito tío de Edie, el que le soltó doscientas libras para quitársela de encima cuando dormía en la calle, pretende... Es increíble que sea él quien acabe beneficiándose. Pero Edie no dejó testamento, así que... —Ormond pronunció aquellas palabras con un claro deje de rencor.

—Ahora he de tocar un tema un poco delicado —comentó Strike —. En 2014 Edie intentó suicidarse. Anomia se enteró enseguida. Incluso sabía en qué hospital estaba ingresada.

—Sí, ya me acuerdo —dijo Ormond muy serio.

—Me interesa averiguar quién habría podido saberlo.

—A mí que me registren. Yo fui uno de los últimos en enterarse.

—¿En serio?

—Sí. Edie intentó llamarme, obviamente —se apresuró a añadir el profesor, y Strike se preguntó si sería verdad—, pero yo estaba en el pub con unos compañeros de trabajo. Había mucho ruido y no oí el teléfono. Y entonces Edie llamó a Blay. Él se dio cuenta de lo que estaba pasando y llamó a la policía. Tuvieron que echar la puerta abajo.

El recuerdo de la voz grogui de Charlotte hablando por teléfono desde los jardines de Symonds House rebrotó en la memoria de Strike, que lo reprimió de inmediato.

—Se tomó una sobredosis después de pasarse toda la noche bebiendo sola en su piso y leyendo tuits de varias personas que le aconsejaban que se suicidara —explicó Ormond—. Eso pasó antes de que nos fuésemos a vivir juntos. Evidentemente, cuando me enteré de lo que había hecho me sentí culpable. En aquella época Edie no estaba preparada para vivir sola. Después de la sobredosis se vino a vivir conmigo, y eso marcó un antes y un después. Estaba más contenta. Mucho más contenta.

—¿Tú vives por aquí?

—No, en Finchley. Ballards Lane.

—¿Sabes si Blay estaba solo cuando se dio cuenta de que Edie había intentado suicidarse?

—Ni idea, pero se tomó su tiempo para decírmelo. Cuando se decidió a hablar, pensé que era un globo sonda...

—Lo siento, tengo que preguntártelo —lo interrumpió Strike—.

¿Eres ex policía?

Al principio Ormond se mostró sorprendido, pero entonces sonrió por primera vez.

—Todavía se nota, ¿no? Sí, de la Metropolitana. Tuve que dejarlo porque me lo exigió mi ex mujer. Me reciclé y empecé a dar clases de Informática, aunque al final nuestro matrimonio se fue al garete de todas formas.

—Perdón, sigue. Pensaste que Blay sólo decía chorradas...

—Sí. Parecía drogado. Bueno, es que normalmente estaba drogado; seguro que se fumó un porro para animarse a llamarme. En fin, tardé un minuto o algo así en entender lo que me estaba diciendo.

—¿Había alguien contigo cuando recibiste esa llamada?

—Pues sí, un vecino mío. Un anciano de noventa y tantos años. Lo ayudo a hacer la compra de vez en cuando —dijo Ormond con modestia—. Lo acompaño al médico cuando lo necesita. Es muy buena gente.

—Pero no un buen candidato para ser Anomia —dijo Strike, mientras apuntaba el dato.

—No, claro que no —dijo Ormond—. La única razón por la que Anomia pudo enterarse tan pronto de lo que había hecho Edie es que Blay largase más de la cuenta. Imagínate: se tiró horas contándoselo a todos sus amigos, y sólo al final se le ocurrió que a quien tenía que contárselo era a mí, a su maldito novio.

Strike escribió algo más, levantó la cabeza y volvió a mirar a Ormond.

—¿Llegó a pensar Edie que Anomia suponía una amenaza física para ella? ¿Alguna vez temió ser víctima de violencia?

—No, no lo creo —dijo Ormond.

—¿Ni siquiera después de que Anomia publicara su dirección en internet?

—Eso no lo hizo Anomia.

—Ah, yo creía que...

—Sí, Anomia publicó una foto de su piso en internet, pero fue otro tipo quien le dijo a la gente que podían escribirle por privado si querían la dirección completa.

—¿Sabes quién fue la persona que ofreció la dirección?

—Ni idea. Eran muchos los que se metían con ella.

—¿Crees que podría haberla matado Anomia? —preguntó Strike observando atentamente la reacción de Ormond.

—No lo sé —respondió el profesor. La pregunta parecía haberlo impresionado—. ¿Cómo iba a saberlo? Yo no tengo ninguna razón para afirmar que lo hizo él. Bueno, no tengo ninguna razón para afirmar que lo hizo nadie.

Strike anotó las palabras de Ormond y luego dijo:

—Ese dosier que Blay aseguraba tener, y que presuntamente contenía pruebas de que Anomia era Edie…

—Menuda gilipollez —gruñó Ormond—. ¿Edie acosándose a sí misma durante tres, cuatro, yo qué sé cuántos años, hasta llegar al suicidio? ¡Venga ya!

—Creo que Yasmin Weatherhead ya no trabajaba para ellos cuando tú empezaste a salir con Edie, ¿es así? —preguntó Strike.

—Sí —dijo Ormond—. ¿Por qué?

—Yasmin le llevó el dosier de presuntas pruebas a Blay.

—Ah, sí. No, la despidieron antes de que Edie y yo empezáramos a salir. —Ormond tomó otro sorbo de cerveza—. La verdad, a mí me pareció una exageración echar a la chica sólo porque estaba en *El juego de Drek*. No digo que… Pero seguramente Edie se estaba volviendo un tanto paranoica. Debía de imaginarse que toda la gente que la rodeaba le pasaba información a Anomia.

Strike, que no esperaba esa indulgencia hacia Yasmin dadas las opiniones tan inflexibles que Ormond tenía sobre el resto del entorno de Edie, decidió insistir un poco más:

—¿No te parece un poco raro que Yasmin, siendo la secretaria, estuviese en el juego de Anomia? ¿Y que siguiera jugando, teniendo en cuenta que Anomia se lo estaba haciendo pasar muy mal a Edie?

—Bueno, supongo que visto así… Sí, supongo que sí —dijo Ormond, como si ese tema no le interesara mucho.

—Tengo entendido que Edie y tú os habíais comprometido, ¿es cierto?

—Ah, ¿ya lo sabes? —Ormond pareció alegrarse de oírlo—. Sí, le pedí matrimonio dos días antes de… antes de que sucediera. Iba a regalarle el anillo ese fin de semana.

—Realmente triste —aseguró Strike, que hizo una breve pausa antes de proseguir—: Volvamos al dosier: Blay llamó a Edie y la acusó de ser Anomia, ¿no?

—Así es —dijo Ormond, y su semblante se ensombreció.

—¿Edie habló de ello contigo?

—Por supuesto.

—¿Y qué le aconsejaste? ¿Que quedase con Blay y lo hablasen, o…?

—Le dije que lo mandara a tomar por culo —declaró Ormond enérgicamente—. Él no paraba de llamarla por teléfono y ella le colgaba. ¡Qué cojones! Si Blay fumaba tanta hierba como para creerse algo así, podía irse a la mierda.

—Pero ¿luego Edie cambió de opinión…? —dijo Strike—. ¿Y decidió hablar con él cara cara?

—Sí. Para decirle en persona lo que pensaba de él.

—¿Quién llamó a quién? —preguntó Strike.

—Él a ella —respondió Ormond—, ya te lo he dicho: no paraba de llamarla.

—De acuerdo.

—Y al final ella decidió: «Vale, voy a acabar con esto de una vez.»

—¿Edie te dijo eso?

—Sí, claro, ya te lo he dicho —dijo Ormond impaciente.

—Entonces, ¿tú sabías que iban a verse esa tarde?

—Sí.

—¿Y sabías dónde habían quedado?

—No —dijo Ormond—. Me imaginé que en una cafetería o algo así.

—Y al ver que Edie no volvía a casa...

—Bueno, me preocupé, como es lógico. Aquella tarde, yo me había demorado en la escuela porque había tenido que supervisar un castigo a una alumna. Más adelante caí en la cuenta de que, mientras yo estaba vigilando a la maldita Sophie Webster... Bueno, ya sabes lo que estaba pasando. Llegué a casa convencido de que encontraría allí a Edie, pero aún no había llegado. La esperé. A las once de la noche ya estaba muy preocupado. Sobre las doce menos cuarto llamé a la policía.

—¿Intentaste llamar a Edie en ese tiempo?

—Sí, un par de veces, pero no me contestó. La policía me puso en espera y... Bueno, como es obvio, entonces comprendí que pasaba algo. Yo he sido poli. Sé cómo funcionan estas cosas. Me pidieron que describiese a Edie, y lo hice. Entonces me dijeron que iban a enviar a unos agentes a mi casa a hablar conmigo.

»Vinieron y me dijeron que habían encontrado un cadáver en el cementerio de Highgate cuya descripción coincidía con la de mi prometida. Tuve que ir a identificarla.

—Lo siento —dijo Strike—. Debió de ser horrible.

—Sí —dijo Ormond, de nuevo con cierta agresividad—. Fue espantoso.

Strike repasó sus notas. No había avanzado gran cosa en relación a Anomia. Sin embargo, se sentía infinitamente mejor informado respecto a Phillip Ormond.

—Bien... A menos que tengas alguna idea más sobre quién podría ser Anomia...

—Pues mira, si quieres saber lo que pienso —dijo Ormond, que parecía algo más relajado ahora que la entrevista llegaba a su fin—, ese tal Anomia está como una puta cabra. Quienquiera que sea, aunque sea un crío que se esconde detrás de... —se señaló vagamente la cara, representando una máscara— un teclado, está muy mal de la cabeza. ¿Cuatro putos años atacando a alguien en internet? ¿Qué delito había cometido Edie? ¿Crear algo que se suponía que a ellos les

encantaba? Creo que Anomia responde a esa clase de personas capaces de hacer cualquier cosa para salvar el pellejo, capaces de acusar a cualquiera o cargarle el muerto a otro si con eso se libran.

—¿Por qué lo dices? —preguntó Strike.

—Es una intuición —dijo Ormond, y apuró el vaso de cerveza.

—Bueno, creo que ya está... —mintió Strike—. Ah, sí. Una cosa más... ¿Le sugeriste a Edie que recurriera a nuestra agencia, o fue idea suya?

—¿Cómo dices? —preguntó Ormond frunciendo el ceño.

—Edie vino a nuestra agencia y habló con mi socia.

Pese a que el pub no estaba muy bien iluminado, era fácil ver que a Ormond se le habían dilatado las pupilas, gracias al azul claro de sus iris. Era evidente que ni la policía ni Allan Yeoman le habían contado al presunto prometido de Edie que ella había acudido a una agencia de detectives, y esa omisión le reveló a Strike algo importante sobre la actitud de la policía y del agente hacia Ormond.

El profesor debió de percatarse de que había hecho una pausa demasiado larga y ya no podía mentir.

—Pues... no, no tenía ni idea. ¿Cuándo fue eso?

—Diez días antes de los ataques.

—¿Y para qué fue a vuestra agencia? —preguntó Ormond.

—Para pedirnos que la ayudásemos a averiguar quién era Anomia.

—Ah, vale. Sí, pero... yo no sabía que era a vosotros a quienes había ido a ver. Dijo que se lo estaba planteando... y sí, me pareció razonable.

—Pero ¿no te dijo que había ido?

—No estoy seguro... —dijo Ormond tras titubear de nuevo—. Es posible que me lo dijera y no me acuerde. Ella estaba muy estresada y yo tenía mucho trabajo. Puede que no la oyera bien o que no le prestara atención... Yo tenía mucho trabajo —repitió—. Iba a hacer una entrevista para ocupar el cargo de jefe de departamento.

—¿Lo conseguiste?

—No —dijo Ormond con irritación.

—Verás, cuando Edie fue a la agencia, mi socia vio que tenía unos cardenales en...

—Ah, ¿ésa era tu socia? ¿La que le dijo a la policía que yo había estrangulado a Edie?

Ormond pareció lamentar en el acto su exhibición de mal genio. Miró fijamente a Strike con aquellos ojos azules y separados, sin saber qué hacer —o eso le pareció a Strike— para remediar aquella última y dañina impresión.

—Nadie comentó nada de ningún estrangulamiento —aclaró Strike—. Mi socia se limitó a informar de los cardenales. Bueno,

muchas gracias por hablar conmigo, Phillip, me has ayudado muchísimo.

Tras un breve y tenso silencio, Ormond se puso lentamente en pie.

—De nada —dijo cortante—. Buena suerte con la investigación.

El detective le tendió la mano, dispuesto a competir para ver quién apretaba más fuerte esta vez.

Ormond se dirigió hacia la puerta, y Strike se regodeó pensando que debían de dolerle los dedos de la mano derecha. Cuando el profesor salió del pub, Strike sacó el móvil y le mandó un breve mensaje de texto a un amigo suyo de la Policía Metropolitana.

37

... el trabajo estaba hecho; el nuevo rey
se había erguido con los pies plantados en su reino,
y su reino lo había reconocido.

JEAN INGELOW,
Una historia de fatalidad

Robin todavía estaba mirando su iPad cuando Strike la encontró en la mesa del rincón, que no se veía desde la barra principal. El detective llevaba en la mano una jarra de London Pride para él y un segundo zumo de tomate para Robin, aunque entonces vio que ella apenas había tocado el primero. Junto al iPad tenía el móvil con la pantalla hacia arriba, mostrando el contenido de Twitter de Anomia, y al otro lado tenía su bloc abierto. Strike, todo un experto en leer las cosas al revés, vio que Robin había formado tres columnas con los siguientes encabezados: Gusano28, Vilepechora y Traslúcida, y que había hecho anotaciones bajo cada uno de esos nombres. La columna de Gusano28 era la que parecía más llena.

—¿Está Anomia en el juego? —preguntó Strike al sentarse.

—No. —Robin levantó un momento la vista, pero inmediatamente volvió a fijarla en la pantalla—. No ha entrado en todo el rato que tú has estado con Ormond. Lo siento, tengo que seguir tecleando. Hay un moderador, Gusano28, que era amigo virtual de Beth. O es gay o es una chica, porque tiene una relación con un chico al que se supone que conozco, aunque todavía no sé su nombre. Le había contado todos sus problemas a Beth, y estaba convencido de que la había abrumado y que por eso se había ido del juego.

—Veintiocho es otro símbolo de odio —comentó Strike.

—¿En serio?

—Segunda y octava letra del alfabeto: BH. Son las siglas de «Blood and Honour», sangre y honor. Es el nombre de un grupo de skinheads neonazi.

—No me imagino a Gusano28 como un skinhead neonazi —dijo Robin mientras escribía—. Si tuviese que mojarme, diría que es una chica y bastante joven. Seguramente disléxica. Hace muchas faltas de ortografía y no se aclara con la puntuación. Pero si lo que buscas es un posible miembro de The Halvening, Vilepechora parece un candidato excelente. Espera... Ay, menos mal. Gusano28 tiene que ir al lavabo.

Robin giró el iPad para que Strike pudiese verlo. Él acercó la silla y su rodilla chocó con la de ella.

—Los jugadores hablan entre ellos en el juego —explicó Robin mientras Strike se tomaba la cerveza y veía a las figuras animadas moverse entre las tumbas. Como a Robin, le impresionó la turbadora belleza de los dibujos animados, con aquella bruma flotante entre la que asomaban las tumbas—. Pero los moderadores pueden abrir canales privados para hablar con quien quieran sin que nadie más sepa lo que están diciendo. Gusano28 y Vilepechora han abierto un canal privado conmigo en cuanto he entrado en el juego.

—¿Qué te hace pensar que Vilepechora podría pertenecer a The Halvening?

—Es tremendamente homófobo —dijo Robin—. Me ha dicho que soy una pervertida.

—Muy bonito —dijo Strike.

—Estoy casi segura de que es un hombre. Y está borracho. Me lo ha dicho tres veces. Dice que está harto del juego, y cuando le he preguntado por qué sigue aquí, me ha contestado: «Por la info.»

—¿«Por la info»? —repitió Strike—. Muy interesante.

—También me ha dicho que Anomia mató a Ledwell.

Robin levantó la cabeza para ver la reacción de Strike.

—¿En serio?

—Bueno, lo ha dicho como si bromeara —dijo Robin volviendo a fijar la vista en la pantalla—. Sólo he hablado con otro moderador más: Traslúcida. Me ha preguntado si necesitaba ayuda para moverme por el juego y me ha dado algunas pistas para entrar en una zona expandida que se ha creado después de la última vez que Beth estuvo aquí. No me ha abierto un canal privado, sólo se ha ofrecido a ayudarme con el juego. No estoy completamente segura de que sea una chica, lógicamente, sólo lo doy por hecho por su nombre de usuario. No hemos chateado en privado.

Strike estaba mirando la barra lateral donde se registraban las entradas y salidas de los jugadores.

<**AbirridoDrek ha salido del juego**>;
<**NegroOscuro1010 ha entrado en el juego**>;
<**Urraca7 ha entrado en el juego**>;

—Si cierro la sesión —dijo Robin volviendo a girar el iPad para orientarlo hacia ella—, podrás contarme lo de Ormond.

—No, sigue conectada. Así vigilamos a Anomia. Me gustaría ver cómo se comporta ahí dentro. ¿Puedes decirle a ese tal Gusano que necesitas hacer algo y tienes que desconectarte un rato?

—«Tengo —que— sacar —la— ropa —de— la —lavadora»— dijo

Robin a medida que tecleaba —. «Vuelvo— dentro —de— un —rato.»

Se recostó en el asiento con gesto de alivio, bebió un poco de zumo de tomate y reajustó el ángulo del iPad para que ambos pudiesen seguir viendo la pantalla.

—¿Cómo te ha ido con Ormond?

—Ormond… —repitió Strike—. Ha sido interesante. No es exactamente como me lo esperaba. Es profesor de Informática y ex policía.

—¿En serio?

—Sí, y si tuviese que apostar por una cosa u otra, diría que no empezó a salir con Edie hasta después de que ella intentara suicidarse. Creo que él se aprovechó de que Edie estaba en una situación vulnerable para pedirle que se quedara en su casa, y que luego ella no encontró la forma de salir de allí. Le he preguntado lo del cardenal en el cuello. No le ha hecho mucha gracia.

—Me dejas alucinada —dijo Robin.

—También soy escéptico respecto al presunto compromiso. Creo que Heather Ledwell tenía razón: Ormond está cabreado porque no va a pillar ni un céntimo del patrimonio de Edie ni ningún beneficio económico de los dibujos animados si hacen la película. Ha mencionado que Edie no ha dejado testamento, pero no ha perdido la esperanza de sacar tajada: se ha pasado media entrevista explicándome que es escritor. Asegura que estaba colaborando con Edie en futuros guiones, y que ella quería que lo acreditasen a él como guionista si llegaba a hacerse la película. Le he preguntado si pusieron todo eso por escrito y resulta que no, que sólo lo hablaron y que todas esas ideas están en su cabeza. Ha escrito a Maverick para ofrecerle sus servicios, pero todavía no le han contestado.

—Joder —dijo Robin en voz baja.

—Hay más detalles interesantes. Para empezar, dice que Edie le comentó que había quedado con Josh la tarde que la mataron, pero que no sabía exactamente dónde tenían pensado verse. Lo que me ha parecido sospechoso es que dice que fue Blay quien la llamó a ella y le propuso el encuentro. Ormond y Katya nos han dado versiones distintas, y uno de los dos se equivoca. Yo apuesto por Ormond. Sospecho que él no tenía ni idea de que Edie iba a ver a Blay, y la pregunta obvia es: ¿por qué habría querido mentir al respecto? Si le preocupa que lo consideren sospechoso de los apuñalamientos, tendría mucho más sentido decir la verdad y admitir que no tenía ni idea de que Edie y Blay habían quedado. Decir que sabía que iban a verse pero no dónde es una media mentira muy extraña. Aunque también podría ser una cuestión de ego, claro: no quiere quedar como el tipo cuya novia queda con su ex a escondidas. Me da que es de ésos.

»Además, y esto es muy raro —continuó Strike, abriendo su bloc

—, me ha dicho que cree que Anomia es "la clase de persona capaz de cualquier cosa para salvar el pellejo", y más concretamente que intentaría acusar a otros o cargarles el muerto. Le he preguntado por qué decía eso y me ha contestado que sólo era "una intuición", pero a mí me ha parecido muy sugerente. Es como si creyera que Anomia podría tener algo de lo que acusarlo.

—Pero eso significa que sabe quién es, ¿no?

—En teoría sí, pero no se ha mostrado nada dispuesto a decirme quién cree que podría ser. Más bien al contrario: ha descartado a todos los candidatos que he mencionado. Por cierto, también me ha dicho que Edie había descartado a Kea. Que la vio en la calle sin ningún dispositivo digital mientras Anomia estaba en el juego.

—Ah —dijo Robin—. Vale, es bueno saberlo.

—Sí... Y me ha dicho otra cosa rara. Le he preguntado si creía que Anomia podía haber matado a Edie y me ha respondido: «Yo no tengo ninguna razón para afirmar que lo hizo él.»

—«Yo no tengo ninguna razón para afirmar que lo hizo él...» —repitió Robin—. Una extraña combinación de palabras.

—Eso mismo he pensado yo —afirmó Strike—. ¿Por qué no contestar simplemente «no»?

Le sonó el móvil en el bolsillo, y Strike lo sacó y vio que era un número oculto. La sospecha de que podía ser Charlotte lo hizo vacilar, pero al cabo de un par de segundos contestó.

—Strike.

Oyó una respiración; la línea tenía interferencias. Entonces una voz muy grave y resonante dijo:

—Si quiere saber la verdad, desentierre a Edie Ledwell.

Y se cortó la comunicación.

Robin adivinó por la expresión de Strike que acababa de pasar algo fuera de lo normal. Lo primero que le vino a la mente fue Charlotte. Luego se preguntó si habría sido Madeline la que había hecho palidecer a su socio.

Strike bajó la mano y se quedó mirando la pantalla del móvil como si el número de la persona que acababa de llamar fuese a materializarse.

—Acaban de decirme —dijo mirando a Robin— que «desentierre a Edie Ledwell» si quiero saber la verdad.

—¿Qué?

—«Si quiere saber la verdad, desentierre a Edie Ledwell» —repitió Strike.

Robin se lo quedó mirando.

—¿Cómo era la voz?

—De Darth Vader. O utilizaba un aparato distorsionador de voz o tiene una auténtica voz de bajo. Tampoco se oía muy bien, la

conexión no era buena.

—Hace unas semanas —dijo Robin— hubo un hashtag destacado en Twitter: «Exhumen a Ledwell.»

—¿Por alguna razón especial, o sólo por el morbo? —preguntó Strike, guardándose el móvil en el bolsillo.

—Un troll dijo que seguramente Edie había fingido su propio asesinato para que se compadeciesen de ella y que había que desenterrar el cadáver para comprobarlo.

—Pues si el que me ha llamado es un troll, alguien sabe que estamos trabajando en el caso. Joder, espero que no nos hayan reconocido mientras vigilábamos a los sospechosos.

—¡Mira! —exclamó de pronto Robin señalando el iPad—. ¡Ahí está!

En la pantalla había aparecido una figura singular que no se parecía a ninguna otra: ni a las imitaciones flotantes de la bella Traslúcida, ni a los bamboleantes corazones inspirados en Blacky, ni a los esqueletos ambulantes. Consistía en una capa vacía que ondeaba como si la agitara el viento. No tenía cara: el ser que estaba dentro de la capa era invisible. Pese a estar animado con sencillez, era asombroso lo espeluznante que resultaba. La leyenda «Anomia mod» estaba suspendida sobre su cabeza. Cuando la figura empezó a «hablar», el texto apareció superpuesto en su inexistente cara.

Anomia: Buenas noches, niños

Los avatares de los otros jugadores se apiñaron a su alrededor y lo saludaron, y empezaron a aparecer mensajes sobre la cara de cada uno de ellos.

Inky101: Anomia ha llegado!!!!!

Mr_Drek_D: Qué tal chiqui?

Hartsore9: Anomia, por favor, desbanea a Blacky192, no lo decía en serio

Traslúcida MOD: buenas noches

InkHart4evs: Anomia, chiqui!

Vilepechora MOD: Aclamemos todos al emperador

Magspy7: Anomia, puto amo dejando verde a Grant en Twitter!

WyrdyOne: Iremos a la Comic Con, Anomia?

Anomia no contestó a nadie y fue flotando hacia Robin y Strike. Pese a saber que era totalmente absurdo —ellos estaban sentados en un pub, y la figura no era más que un conjunto de píxeles en una pantalla—, Robin se estremeció de miedo. Anomia se acercó tanto a Buffypaws que la capucha vacía de su capa llenó casi por completo la pantalla.

Anomia MOD: Has vuelto

Robin se apresuró a teclear, dejando la pantalla en una posición que permitiera a Strike ver lo que pasaba.

Buffypaws: sí, echaba de menos esto

Anomia MOD: animal favorito?

—Perro —dijo Strike.
—No —dijo Robin sin dejar de escribir—. Lo he buscado.

Buffypaws: gato, obvio

—Bueno, espero que se conforme con eso —dijo Robin—. No he buscado mucho más.

Anomia MOD: postura sexual favorita?

Robin se quedó mirando la pregunta; sabía que esta vez Strike no podría sugerir nada. Al cabo de unos segundos, se puso a escribir sabiendo que se lo jugaba todo a una carta:

Buffypaws: creo recordar que la última vez que me lo preguntaste te mandé a la mierda

Los dos detectives observaron la pantalla. Robin sospechó que Strike también estaba conteniendo la respiración.

Anomia MOD: XD

Anomia MOD: cierto

—Bien jugado —susurró Strike.

Anomia MOD: ahora, pregúntame eso que quieres saber

Robin titubeó.

Buffypaws: qué quieres decir?

Anomia MOD: si maté a E*** L******

Robin, indecisa, mantuvo las manos sobre el panel del teclado, pero antes de que pudiese responder, Anomia ya había vuelto a intervenir:

Anomia MODD: Sí, lo hice. Y bienvenida al juego.

Anomia se dio la vuelta y se alejó flotando, y a medida que su capa vacía iba atravesando a los personajes de *Un corazón tan negro*, éstos expresaron sus sentimientos:

Vilepechora MOD: ya le dije que habías sido tú! XDXDXD

DaddyDrek: jajajajajajajaja

InkHart4evs: el puto amo XD

Mr_Drek_D: me meo

Hartsore9: omg, no bromees!

GhostyHi: XD

WyrdyOne: nos arrodillamos ante nuestro puto rey

MyHart1sBlak: XDXDXDXDXDXD

Inky101: diosssssss

Paperbitch97: sacaste la basura

Magspy7: jajaja con dos cojones

Kinkheart: Anomia resolviendo los problemas XD

Blackhart_4: ERES UN PUTO CRACK

Sin decir nada, Strike y Robin observaron cómo la figura flotante de Anomia se encogía hasta desaparecer en la bruma del juego, retirándose hacia otra parte del cementerio animado.

—Bueno, ya está —dijo Strike, cogiendo su cerveza—. Ya tenemos una confesión. Ahora sólo nos queda averiguar quién la ha hecho.

TERCERA PARTE

Si se extrae el epicardio y la grasa subyacente de un
corazón tras someterlo a ebullición prolongada...
las fibras superficiales de los ventrículos
quedarán expuestas.

HENRY GRAY FRS, *Anatomía de Gray*

38

Te he observado con mirada escrutadora,
decidida a desentrañar tus secretos métodos:
pero por mucho que los analice,
tus métodos siguen siendo secretos.

CHRISTINA ROSSETTI, *La reina de corazones*

El honorable James «Jago» Murdo Alastair Fleming Ross, heredero del vizcondado de Croy, casado dos veces, banquero mercantil, padre de cinco hijos y marido —en ese momento separado— de Charlotte Campbell, llevaba casi quince días bajo vigilancia. Strike ya sabía que habría sido excesivamente optimista confiar en obtener algún material comprometedor sobre él en tan poco tiempo, pero aun así los resultados eran desalentadores.

Ross estaba protegido por una gruesa membrana de riqueza. Un chófer lo llevaba y lo recogía del trabajo todos los días, y si comía fuera lo hacía en exclusivos clubs privados. Cuando salía de esos locales nunca lo hacía acompañado, y era tan escrupuloso al respecto que Strike, revisando las escasas fotografías que Midge y Dev habían conseguido hacerle a lo largo de las dos semanas anteriores —la cara zorruna de Ross y su pelo rubio casi blanco, tan característicos, hacían que fuese muy fácil distinguirlo en todas las fotografías—, llegó a pensar que Ross sospechaba que su mujer le había puesto vigilancia.

La verificación rutinaria de datos había revelado que la primera mujer de Ross había vuelto a casarse y vivía en Oxfordshire. Su hermano menor trabajaba de secretario particular de un miembro de la familia real. La hija mayor del primer matrimonio de Ross estudiaba como interna en Benenden School, y las dos hijas más pequeñas todavía iban a la escuela primaria en Oxfordshire. Charlotte vivía en la casa familiar de Belgravia con los gemelos y un par de niñeras que se turnaban, mientras que, entre semana, Ross dormía en un piso palaciego de Kensington (las investigaciones revelaron que había pertenecido a sus padres durante treinta años), y pasaba los fines de semana en una gran casa de campo en Kent, en compañía de los hijos que tenía con Charlotte, que iban hasta allí acompañados por una de las niñeras.

Ross pasaba los días laborables en un rascacielos de Fenchurch Street, al que su banco había trasladado recientemente las oficinas.

Aunque Strike no tenía un gusto arquitectónico definido, le parecía muy apropiado que Jago trabajase en un edificio feo como el demonio, con una fachada cóncava que formaba un reflector solar tan potente que ya había derretido parcialmente un coche aparcado en las proximidades. En teoría, las tres últimas plantas del Walkie Talkie estaban abiertas al público e incluían una terraza ajardinada, lo que había convencido a los técnicos de urbanismo para que aprobaran la construcción de aquel inmenso edificio, que se alzaba junto a los límites de una zona protegida. En la práctica, sin embargo, el público general sólo tenía libre acceso a la terraza durante noventa minutos, como descubrió Dev Shah cuando le pidieron que se marchara antes de que Jago hubiese aparecido en el restaurante donde solía comer. Las únicas excepciones destacadas que había hecho Jago en su rutina habían sido dos visitas a una abogada de familia durísima y extremadamente cara. A Strike le habría gustado saber si el teléfono viejo de Charlotte, en el que Jago había encontrado aquella fotografía comprometedora, ya estaba en manos de aquella astuta mujer, veterana en lidiar con numerosos divorcios de interés periodístico.

Strike no había hablado con nadie sobre su creciente preocupación por verse implicado en el divorcio de los Ross, y mucho menos con Madeline, porque el lanzamiento de su nueva colección era inminente y estaba aún más estresada de lo habitual. En los últimos días se habían limitado a quedar en casa de ella para acostarse juntos, un cambio que, en el fondo, Strike agradecía, aunque allí lo acechaban otras tensiones.

—Cuéntame, ¿cuándo cortasteis Robin y tú? —le preguntó Madeline una noche.

Estaban tumbados en la cama, desnudos y a oscuras. Mientras combatía las ganas de fumarse el cigarrillo de después del coito, Strike se había puesto a pensar en la reunión sobre el caso Anomia que iban a mantener Robin y él al día siguiente, y tardó unos segundos en procesar la pregunta.

—¿Cuándo... qué?

—Robin y tú —repitió Madeline, que se había bebido casi una botella de vino antes de retirarse al dormitorio—. ¿Cuándo rompisteis, exactamente?

—¿De qué me estás hablando?

—De ti y de Robin —repitió Madeline en voz más alta. Tenía la cabeza apoyada en el hombro de él; Strike todavía llevaba puesta la prótesis, pero pronto tendría que quitársela, porque el extremo del muñón, cada vez más irritado, estaba empezando a dolerle.

—¿Te refieres a cuando la despedí? —dijo Strike, convencido de que nunca le había hablado a Madeline de aquel incidente.

—¿La despediste? —Madeline levantó la cabeza de su hombro, se

incorporó apoyándose en un codo y se quedó mirándolo en la oscuridad.

—Sí, hace unos años —contestó Strike.

—¿Por qué?

—Porque hizo una cosa que yo le había dicho que no debía hacer.

—Pero ¿entonces estabais juntos?

—No —dijo Strike—. Nunca hemos estado juntos. ¿Quién...? Un momento.

Buscó a tientas y encendió la lámpara de la mesilla de noche porque quería ver la cara de Madeline. Lo que vio fue un rostro deseable y, a la vez, tenso.

—No será Charlotte la que te ha dicho eso, ¿no? —dijo entornando los ojos.

—Pues... sí.

—Me cago en la puta.

Strike se pasó una mano por la cara, como si se la estuviera lavando. Si hubiese sido Charlotte en lugar de Madeline la que estaba tumbada a su lado, habría tenido que contenerse para no lanzar algo, no contra ella, pero sí contra una pared.

—Nunca ha habido nada entre Robin y yo. Nunca hemos estado liados.

—Ah.

—Charlotte es una bruja. —Strike volvió a mirar a Madeline y añadió—: Le encanta meter cizaña. Te aconsejo que des por hecho que todo lo que sale de su boca sobre mí es mentira.

—Entonces, ¿Robin y tú nunca habéis...?

—No —contestó Strike enérgicamente—. Nunca.

—Vale —dijo Madeline, y acto seguido añadió—: Charlotte dice que me parezco mucho a Robin.

—No es verdad —mintió Strike.

Madeline siguió mirándolo fijamente.

—Estás enfadado.

—No. Bueno, sí... pero no contigo.

—En realidad no importa —dijo ella—. Si lo vuestro terminó, terminó.

—¡Es que nunca empezó! —insistió Strike fulminándola con la mirada.

—Vale —dijo Madeline otra vez—. Lo siento.

—No pasa nada —mintió él de nuevo. Extendió un brazo para que apoyara otra vez la cabeza en su hombro, y apagó la luz.

Permaneció despierto y echando chispas mientras Madeline se quedaba dormida con la cabeza apoyada en su hombro, y para no despertarla y arriesgarse a tener que seguir hablando de Robin o de Charlotte, esa noche durmió con la prótesis puesta, lo que le produjo

una erupción en el extremo del muñón.

El encuentro que Strike y Robin habían programado tuvo que aplazarse porque el detective pasó más rato del que tenía previsto vigilando a Depredador, cuya comida en el Charlotte Street Hotel se alargó mucho. Eran más de las cinco de la tarde cuando Depredador salió del restaurante, y Strike, que ya estaba en la calle haciendo fotografías disimuladamente, lo vio perderse de vista y llamó por teléfono a Robin.

—Hola —dijo ella, y a juzgar por su voz, su cansancio debía de estar a la altura del de su socio—. La comida se ha alargado mucho, ¿no?

—Sí, perdona. ¿Tienes que volver a casa?

—No —contestó Robin—. ¿Quieres que hagamos la reunión sobre Anomia?

—Sí, desde luego. Oye, ¿te importa si hablamos mientras comemos algo? ¿En Chinatown, por ejemplo? —dijo Strike, que había comido muy poco mientras merodeaba por el bar, el vestíbulo y la calle para vigilar al grupo de Depredador.

—Por mí, perfecto —respondió Robin—. Me muero de hambre. Busco un sitio y te mando la dirección.

Veinte minutos más tarde, Strike entraba en el piso superior del Gerrard's Corner; encontró a Robin sentada a una mesa junto a la ventana con el iPad delante y el teléfono móvil al lado, junto con un bloc abierto. Había pocos clientes, y Robin y él eran los únicos caucásicos.

—Hola —lo saludó Robin; levantó la cabeza cuando Strike se sentó a la mesa, y luego siguió mirando la pantalla del iPad—. Está Anomia por aquí, así que tengo que seguir jugando. Anomia empieza a acosarte si te quedas parado mucho rato. Estoy rezando para que Montgomery salga de la oficina sin su teléfono en la mano mientras Anomia sigue activo, porque así podremos descartar a alguien.

—Sí, eso nos ayudaría mucho —coincidió Strike estirando con cuidado la dolorida pierna.

Su móvil vibró en el bolsillo. Confiaba en que no fuese Madeline, pero comprobó aliviado que era un mensaje de su hermanastra Prudence, con la que había quedado al día siguiente por la noche.

Cormoran, lo siento mucho: mañana no voy a poder quedar. Pequeña crisis familiar. ¿Te importa si lo aplazamos? Pru

Strike se alegró tanto de que fuese ella quien aplazara la cena que sintió una oleada de afecto por aquella mujer a la que todavía no conocía.

Tranquila, no pasa nada. Espero que todo se solucione

Robin, que justo en ese momento estaba mirando a Strike sin dejar de teclear, vio su sonrisita y su gesto cariñoso y dedujo que le estaba enviando un mensaje a Madeline. Volvió a bajar la vista hacia el iPad mientras intentaba sofocar su creciente hostilidad.

—¿Ya has pedido? —le preguntó Strike.

—No, pero me gustaría algo con fideos, así podré comer con una sola mano. Y necesitaré un tenedor.

Strike llamó al camarero y pidió fideos Singapur para los dos.

—¿Quieres que te cuente una cosa interesante antes de centrarnos en Anomia? —preguntó.

—Adelante —dijo Robin sin apartar la vista de la pantalla.

—Le pedí a Eric Wardle que me hiciera un favor. Que averiguara por qué motivo dejó Phillip Ormond la Metropolitana. Tenía la corazonada de que no la había dejado voluntariamente.

—¿Y? —Robin levantó de nuevo la cabeza.

—Si no se hubiese marchado voluntariamente, lo habrían obligado a hacerlo. Las palabras exactas de Wardle fueron: «Se creía Harry el Sucio.» Al parecer, le gustaba maltratar a los sospechosos. Además, resulta que su mujer lo dejó antes de que él saliera de la policía, lo que no coincide con lo que me él contó.

Strike sacó su libreta de notas al ver que Robin no decía nada.

—En fin... ¿quieres que empiece a hablar de Anomia y tú sigues jugando?

—Sí, por favor —dijo Robin mientras guiaba a Buffypaws entre las tumbas.

—He estado revisando a todas las personas que sabemos que tenían una relación estrecha con Edie y Josh cuando salió el juego. La buena noticia es que podemos descartar a la mayoría.

—¡Menos mal! —dijo Robin con fervor.

—Empecé con los hermanos de Josh. El hermano trabaja para Kwik Fit, un taller mecánico, y la hermana es recepcionista en una óptica. También he descartado a la mayoría de los miembros del elenco. Todos tienen trabajo fijo a jornada completa y es imposible que ninguno de ellos haya estado tuiteando y moderando el juego a todas horas y que no lo hayan despedido.

»Además, hablé con la hermana de acogida con la que Edie mantenía cierto contacto. Es directora de eventos en un hotel y la habrían despedido si hubiera estado conectada tantas horas en horario laboral. Pasa lo mismo con su hermano de acogida.

»Sea como sea, creo que deberíamos hablar con Tim Ashcroft. Edie y él eran amigos antes de *Un corazón tan negro*, y seguro que conoce a otros amigos de Edie de los que nosotros no sabemos nada.

—¿Y Ashcroft no te parece un buen candidato para ser Anomia?

—preguntó Robin.

—Que te despidan es un buen motivo para estar resentido —admitió Strike—, pero no he encontrado ningún indicio de que sepa dibujar o programar.

—Enseñó a Flavia a dibujar animales a partir de figuras geométricas —le recordó Robin.

—Mierda, es verdad. Buena memoria. Pero la hermana de acogida no tiene sus datos personales, y no sé si será prudente abordar directamente a Ashcroft. Sigue en contacto con Wally, Montgomery y Nils de Jong, y preferiría no revelarles a todos nuestros posibles Anomias que estamos trabajando en el caso. Lo único que se me ocurre es engatusar a Ashcroft para que nos conceda una especie de entrevista sin que sepa que está hablando con detectives.

—¿Te refieres a hacerte pasar por periodista o algo así?

—No por periodista de ningún medio de comunicación conocido, porque sería demasiado fácil comprobarlo. Además, él no es lo suficientemente famoso para suscitar interés... —dijo Strike—. Pero he pensado que podríamos improvisar algo relacionado con la educación, porque tiene un grupo de teatro con el que va a las escuelas. ¿Qué te parece si le pedimos a Spanner que nos haga una página web sobre el teatro en la educación o algo parecido?

Spanner era el especialista en informática que se ocupaba de cubrir todas las necesidades tecnológicas de la agencia.

—Así —añadió Strike—, si te busca en internet...

—Ah, pero ¿quieres que lo entreviste yo?

—Me parece lo mejor. No creo que me viera en la puerta del Red Lion & Sun, pero por si acaso.

—Vale —dijo Robin—. Dile a Spanner que se ponga manos a la obra.

—Y eso significa que tendré que hacerme pasar por ti, Buffy nosequé, en *El juego de Drek*. Al menos mientras tú hablas con Ashcroft. ¿Crees que podrás prepararme una chuleta?

—De acuerdo. —Robin dejó de jugar un momento para añadir esos detalles en su larga lista de tareas pendientes.

—Veamos... —continuó Strike mientras pasaba las hojas de su bloc—. En la lista de actores que nos dio Katya, hay otro tipo que me interesa: Preston Pierce.

—¿El que le ponía la voz a Urra...? ¡Anomia ha salido del juego! —exclamó Robin de pronto. Cogió rápidamente el móvil y llamó a Barclay.

—¿Estás viendo a Montgomery?

Por la cara de frustración de Robin, Strike comprendió que la respuesta era no.

—Mierda —se lamentó ella después de darle las gracias a Barclay

y colgar—. Perdona. Sigue, me estabas hablando de Preston Pierce.

—Veintisiete años, originario de Liverpool, artista digital... —dijo Strike—. Por lo visto, utiliza North Grove como base permanente, aunque vuelve a menudo a su casa, a juzgar por su cuenta de Instagram. Desde luego tiene las competencias que buscamos. Además, no está atado a un horario fijo, porque trabaja en diferentes proyectos como *freelance*, y también arrastra cierto resentimiento. He encontrado un diálogo entre Preston y «La pluma de la justicia» en Twitter donde decían que Gusano y Urraca eran caricaturas de las clases trabajadoras.

—Me parece que yo también he leído algo de eso... —dijo Robin frunciendo el ceño mientras intentaba recordar. El autor de «La pluma de la justicia» era tan prolífico que no había tenido tiempo de leer todas las entradas del blog—. ¿No se quejaba la Pluma de que Urraca fuese de Liverpool? ¿Porque Urraca es una ladrona y la Pluma lo veía como un estereotipo?

—Exacto. Preston Pierce estaba de acuerdo con la Pluma en que Urraca era una ofensa para su ciudad natal y decía que, de haber sabido en qué iba a convertirse el personaje, no le habría puesto la voz.

—Perdona... —dijo Robin reprimiendo un bostezo—. Ha sido un día muy largo. Me tomaría una cerveza ahora mismo.

—Tómatela.

—Estamos trabajando —repuso Robin—, y no puedo salir del maldito juego. Midge está vigilando a Cardew.

—¿Dónde está Cardew ahora mismo?

—En su casa, con su abuela. Ése es el problema: que no podemos ver lo que están haciendo cuando están detrás de una puerta.

—Ánimo —dijo Strike con optimismo—. Pronto haremos progresos.

—Bueno, mañana por la noche tengo mi primera clase de dibujo en North Grove. Nunca se sabe... ¿Está Preston Pierce estos días en el centro?

—Sí —respondió Strike, que estaba abriendo Instagram en su teléfono—. Mira, es éste.

Robin cogió el móvil de Strike y examinó la fotografía de un joven sin camisa: era delgado pero musculoso, y tenía el pelo negro y rizado, bastante largo, y unos grandes ojos de mirada triste. Había una fina línea de letras tatuadas alrededor de la base de su cuello.

—Supongo que era a él a quien se refería Flavia: el hombre que va siempre sin camisa —dedujo Robin devolviéndole el teléfono.

—Mientras tanto —dijo Strike, guardándose el móvil en el bolsillo y cogiendo de nuevo el bloc—, seguimos sin saber quién es la chica tatuada que vive en Junction Road, pero espero que también averigües

algo sobre ella en North Grove. Si conoce a Nils, podría estar apuntada en algún curso de dibujo de… ¿Está pasando algo en tu juego?

Robin miró la pantalla del iPad, donde se había abierto un canal privado, y dio un gritito.

—Es Gusano28, quiere chatear conmigo. Ayer me tiré dos horas intentando animarla… Ya tengo claro que es una chica —añadió—. Me comentó que le había venido la regla y que se encontraba fatal.

—Vale —dijo Strike—. Es un dato concluyente, desde luego.

—Y me parece que también la he encontrado en Twitter —continuó Robin—. Allí se hace llamar Zozo, y su usuario es @corazonnegro28. Zozo comete los mismos errores gramaticales que Gusano28. La ubicación de la cuenta es Londres, pero todavía no he tenido tiempo de leerme todos sus tuits. Espera, voy a decirle que ahora no puedo hablar. Lo siento… estoy… hablando… por teléfono… con mi madre… —leyó en voz alta a medida que tecleaba.

—El resto del material que tengo es sobre Yasmin Weatherhead —dijo Strike.

—Yo también tengo algo sobre ella. Tú primero.

—Todavía trabaja para la empresa de cosméticos de Croydon, les lleva las cuentas de las redes sociales. Vive con sus padres, también en Croydon. Ha tuiteado mucho menos desde su cuenta personal desde que atacaron a Edie y a Josh. Y nada más de momento.

—Mira, nuestros fideos —dijo Robin.

Un camarero les puso los platos delante, y Strike le pidió dos cervezas.

—No puedo —protestó Robin—. En serio. Me quedaré dormida y me perderé el momento en que Anomia confiesa el asesinato.

—Eso ya lo ha hecho —le recordó Strike—. Si no la quieres, ya me la beberé yo.

El detective cogió todos los fideos que pudo con los palillos y dijo:

—Vale, cuéntame cómo te ha ido a ti.

Robin llenó el tenedor, se llevó los fideos a la boca, masticó y tragó y entonces abrió su bloc.

—Veamos, ya que has mencionado a Yasmin… —empezó, y pasó varias hojas escritas de arriba abajo hasta que la encontró—, todavía es moderadora del juego, donde se hace llamar Cora.

—¿Estás segura de que es ella?

—Estoy segura al noventa y nueve por ciento. Todo encaja. Gusano28 me ha revelado más información de la que cree. Mencionó que Cora conocía a Edie y a Josh, y también me contó, en plan confidencial, que Cora había tenido que hablar con la policía después de los apuñalamientos. Le pregunté por qué y dijo que no lo sabía, pero creo que se cortó porque le da miedo hablar demasiado.

—¿Has hablado directamente con Yasmin?

—Sólo en el chat abierto del videojuego, sobre las pruebas. Me da la impresión de que Beth y ella nunca han sido muy amigas.

Robin volvió a llenarse la boca de fideos y agitó el tenedor en el aire hasta que pudo volver a hablar.

—El juego tiene una regla que prohíbe utilizar los nombres verdaderos de personas y lugares. Los jugadores la sortean escribiendo la inicial y, detrás, asteriscos en lugar de letras.

—Qué raro —dijo Strike con el ceño fruncido.

—Sí, es raro —coincidió Robin—. Es obligatorio mantener en secreto la identidad. Lo llaman la «regla número catorce».

—El número catorce es otro símbolo de odio.

—¿Hay algún número que no sea símbolo de odio?

—Sí, la mayoría —dijo Strike sonriendo—. Pero el catorce se refiere a las catorce palabras.

—¿Qué catorce palabras?

—No me lo sé de memoria, pero es un eslogan de la extrema derecha sobre «proteger el futuro de los niños blancos». Sigue con eso de mantener la identidad en secreto.

—Vale, bueno, todos temen hacer algo que provoque su expulsión inmediata del juego, lo que por lo visto sucede si utilizas un nombre verdadero o si das demasiada información personal. Supuestamente, Anomia ha ideado un mecanismo que activa inmediatamente la consecuencia catorce si alguien hace algo de eso.

—¿Supuestamente?

—Bueno, es que yo no creo que exista ese mecanismo. Creo que es un engaño que la mayoría de la gente acepta y que sólo se creen los jugadores más ingenuos.

—¿Como Gusano28?

—Sí, aunque a estas alturas ya debería haberse dado cuenta de que, si la consecuencia catorce fuese real, no habría podido contarme todo lo que me ha contado. No para de hablar de que está deprimida porque vino a vivir a Londres para estar cerca de un chico que, desde entonces, casi nunca la llama ni se acerca a ella.

—¿Y por casualidad escribe una «L» y seis asteriscos en lugar de «Londres»?

—Así es. También me ha contado que no le gusta mucho su trabajo. Hace algo relacionado con niños, pero todavía no sé exactamente qué. En fin, dice que ni siquiera los moderadores saben quiénes son los demás, o que tienen prohibido saberlo. Gusano28 cree que Cora conoce la verdadera identidad de un moderador que se hace llamar LordDrek. La única interacción directa que he tenido con él fue bastante insultante.

—¿En qué sentido?

—Me abrió un canal privado e inmediatamente se puso a

atacarme por mis prácticas depravadas.

—¿Eso no te había pasado ya con otro?

—Sí, con Vilepechora, la primera vez que entré en el juego. Me he fijado en que Gusano28 mete muchas veces en el mismo saco a LordDrek y a Vilepechora, como si fueran... No sé, como si estuvieran conchabados... Y anoche Gusano28 me dijo algo raro sobre Cora y LordDrek, y yo juraría que estaba fumada. Me dijo que había pillado hierba y, al cabo de un rato, empezó a cometer más errores gramaticales de lo normal. No se pueden hacer capturas de pantalla del juego, pero hice una foto con el iPad.

Robin buscó la foto en el móvil y se la mostró a Strike.

Gusano28: a croa le gsut a much o lordrek senota u n uevo

Buffypaws: crees que se han visto en persona?

Gusano28: n o los e

Gusano28: ell a lo portej e

Buffypaws: cómo que lo protege?

>;

Gusano28: de l apolicia

Buffypaws:?

>;

>;

>;

Gusano28: ai reti ro lo di cho

—Superinteresante —dijo Strike.

—Pues hay más —dijo Robin con la boca llena—. Sigue bajando.

Strike obedeció y vio otra fotografía del chat privado de Robin y Gusano28.

Buffypaws: no se lo voy a contar a nadie!

Gusano28: olbi da que lo he sicho profa

Gusano28: solo fue una equjivocacion

Gusano28: lo qjeu hizieron

Buffypaws: Cora y LordDrek?

Worm38: no

Worm38: LordFrek y Vile

>;

>;

Gusano28: olbidalo porfa

—No conseguí sonsacarle nada más —dijo Robin—. No quise presionar demasiado, pero con un poco de suerte volverá a colocarse y podré intentarlo otra vez.

Les llevaron las cervezas. Pese a los propósitos que se había hecho unos minutos antes, Robin se sirvió la suya en un vaso y bebió un poco. La encontró deliciosa, y el efecto ligeramente calmante que tuvo en su saturado cerebro le produjo un gran alivio.

—Así que esos dos chicos... Bueno, ¿son chicos?

—Me parece que sí. Gusano28 siempre se refiere a ellos en masculino.

—Así pues, esos dos chicos, que consideran que el lesbianismo es una perversión y que parecen estar conchabados, han hecho algo que a la policía podría interesarle... —dijo Strike devolviéndole el teléfono a Robin—. Y Cora los protege. O al menos protege a uno de ellos.

—Exacto. ¿Te acuerdas de la página web de la Hermandad de Ultima Tule? «Creemos que el feminismo y la legalización de la homosexualidad han dañado la civilización occidental», o algo por el estilo.

—¿Sabes si la gente puede pasarse documentos por los canales privados?

—Ni idea, no lo he intentado.

—Bueno, pues si puede hacerse —dijo Strike—, a lo mejor es así como a Yasmin Weatherhead le llegó el dosier lleno de emails falsos, ¿no? Y sería un método perfecto. Todos los jugadores tienen que mantener el anonimato obligatoriamente y tanto esa Hermandad como The Halvening tendrían allí un semillero ya preparado de *haters* de Ledwell dispuestos a creerse cualquier mentira que le contaran... Mira,

creo que deberíamos ponerle vigilancia a Yasmin. Entérate de con quién queda en el mundo real.

Comió un poco más en silencio mientras pensaba.

—Según lo que has podido saber hasta ahora —añadió—, ¿crees que una persona podría manejar más de una cuenta de moderador? ¿Podría Anomia ser también LordDrek o Vilepechora? ¿O los dos?

—Bueno, en los canales privados la comunicación es en tiempo real, así que en algunos momentos dos moderadores han estado hablando conmigo a la vez, pero evidentemente una sola persona no podría estar tecleando dos mensajes al mismo tiempo. Aun así... Sí, supongo que alguien podría tener dos cuentas separadas de moderador, siempre que esos dos moderadores no necesitasen teclear al mismo tiempo.

—La parte del juego que más me interesa es el canal de moderadores. Si a Anomia se le escapa algo, será allí, estoy seguro. ¿Cuántos moderadores hay?

—Ocho —dijo Robin, y pasó las hojas de su bloc hasta que encontró las notas que había tomado sobre cada uno de ellos—. Anomia, obviamente... Gusano28... LordDrek... Vilepechora... Cora... Infernal1...

—¿Quién es Infernal1?

—Por lo que me ha contado Gusano28, es varón y joven. Ella cree que es gay. Durante una de nuestras primeras conversaciones dijo: «Morehouse e Infernal1 eran muy amigos, pero discutieron.» Pero no sabía por qué. No he conseguido hablar con Infernal1, ni siquiera en el chat abierto del videojuego.

—¿Alguna pista sobre Morehouse?

—Nada en concreto, pero por lo visto su principal afición aparte del juego es la ciencia. Su avatar de...

—¿Su qué?

—Su avatar de Twitter, la fotografía que sale en su perfil, es un cometa, y lo he visto hablar sobre descubrimientos espaciales con una chica a la que conoce. La chica todavía va a la escuela, a juzgar por los comentarios que hacía sobre los deberes y sobre las peleas con su madre.

—¿Tienes alguna ubicación de la chica? Si Morehouse y ella van juntos a la escuela...

—No. Ya lo he mirado, pero ella tiene como ubicación «En la luna». No he tenido ningún contacto directo con Morehouse, y me fastidia, porque por lo visto todos están de acuerdo en que él es el único que sabe quién es Anomia. Pero Gusano28 ha insinuado que tiene algún tipo de relación con Traslúcida.

—¿Una relación en el mundo real?

—Ni idea.

—¿Y de Traslúcida qué sabemos?

—Es la moderadora más reciente, y Gusano28 comentó de pasada que a todos los moderadores varones les gusta.

—¿Cómo puede gustarles? No saben quién es en realidad, ¿no?

—Yo tampoco lo entendí, pero eso fue lo que dijo Gusano28. Aparte de eso, no he conseguido averiguar nada más sobre ella.

»Sea como sea, he recopilado absolutamente todo lo que tengo sobre Anomia —añadió Robin—. He repasado todo su contenido de Twitter y añadido cada uno de los comentarios que se le han escapado a Gusano28. Está todo en un documento impreso en la carpeta del despacho, pero también lo tengo aquí, si quieres ver lo más importante.

—Sí, claro —dijo Strike, que no paraba de engullir fideos.

—Vale. —Robin pasó las hojas del bloc hacia atrás hasta llegar a unas en las que había más texto—. Empecemos por Twitter. La cuenta de Anomia apareció por primera vez el diez de julio de 2011. En su primer tuit animaba a la gente a probar el nuevo videojuego multijugador que Morehouse y él habían creado. La cuenta de Morehouse apareció el mismo día, pero él publica un tuit por cada cien que publica Anomia. Nunca ha atacado a Edie ni a Josh y casi nunca interactúa con los fans. Básicamente, se limita a decir cosas como «Entra a ver la nueva expansión del juego». Sus tuits son puramente informativos.

»Al principio, Anomia siempre tuiteaba sobre el juego, pero disfrutaba con los elogios de los fans. La gente sentía muchísima curiosidad por descubrir quiénes eran Morehouse y él, y se ve que Anomia disfrutaba de lo lindo con la admiración que recibían y hacía comentarios del tipo "Os morís de ganas de saberlo, eh". En un primer momento los fans creyeron que Anomia era Josh Blay, pero ese rumor queda descartado para siempre el catorce de septiembre de 2011, que es el día en que salió en internet la entrevista con Edie y Josh, en la que comentaron que habían visto el juego y que no se parecía en nada a lo que ellos tenían en la cabeza cuando crearon el juego de Drek que sale en *Un corazón tan negro*. El mismo día, Anomia tuiteó: "A Ledwell no le gusta nuestro juego porque 'en realidad el juego es una metáfora.' Pues nuestro juego está literalmente basado en tus propias reglas, zorra engreída."

»A partir de entonces —continuó Robin—, Anomia no paró de atacarla hasta el día en que la mataron. En octubre de ese año tuiteó: "A ver, ¿cómo decirlo educadamente? Una bulímica debería estar delgada, ¿no?" Y creó el hashtag "La Avara Glotona", que todavía circula.

—¿Era bulímica?

—Lo había sido; eso ponía en sus notas. Fue la primera vez que

Anomia utilizó información privada contra ella.

—¿Y qué sabemos de las tendencias políticas de Anomia? ¿Tenemos alguna pista?

—Bueno, nunca hace comentarios claramente políticos. Sólo le interesan las críticas progresistas de la serie de dibujos cuando puede utilizarlas para atacar directamente a Ledwell y acusarla de hipocresía o de crueldad contra los que la rodean. Pero en la órbita de Anomia no para de surgir todo un ejército de cuentas de derechas. Todos se quejan de que la serie de dibujos se ha vuelto demasiado políticamente correcta. Hay uno que se hace llamar Discípulo de Lepine. Es muy fan de Anomia y siempre lo defiende cuando los progres lo critican por hacer cosas como revelar que Edie era bulímica.

—Discípulo de Lepine... —repitió Strike—. Sí, creo que lo he visto. ¿Otra cerveza?

Él ya se había terminado la suya.

—No puedo —dijo Robin—. Es que me quedaré dormida... Anomia también tiene algunos seguidores de izquierdas, pero sobre todo se dedican a criticar a Ledwell por racista y capacitista y... bueno por todos los «ista» y los «foba» que te puedas imaginar. En cualquier caso, Anomia nunca se mete mucho en temas políticos, excepto cuando puede aprovecharlos para hacer un ataque personal contra Ledwell. Si tuviese que apostar, diría que la justicia social no es lo suyo. A juzgar por su cuenta de Twitter, su principal objetivo es mantener su propio estatus dentro del fandom y maximizar su influencia en el proyecto. Sobre todo parece alguien con mucho... Bueno, si tuviese que llamarlo de alguna forma, lo llamaría «hambriento de poder».

»Ya sé que crees que la gente casi siempre acaba metiendo la pata y revelando su verdadera identidad en internet —continuó—, pero Anomia va con mucho cuidado. Me da la impresión de que se esmera mucho en no publicar información personal que pudiera ayudar a identificarlo. De vez en cuando suelta algún dato aleatorio: le gustan los helados Magnum y *El caballero oscuro: la leyenda renace*. Lo he ido anotando todo, pero son cuatro cosas. Estoy segura de que podrías encontrar a dos millones de londinenses a los que les gustan o no les gustan las mismas cosas que a Anomia. Aun así, hay tres tuits que pensé que tal vez podrían aportarnos algo más profundo sobre él.

»Tuit número uno: Anomia mencionó que quería atacar con un tirachinas a un gato que había en el muro de su jardín. Podría tratarse sencillamente de su peculiar sentido del humor, pero concuerda con su tono general de crueldad gratuita. Ya viste a Anomia jactarse de haber matado a Edie cuando entré en el juego por primera vez. Sus mensajes siempre tienen un tono de chulería y falta de sensibilidad

que, la verdad, a mí me recuerda mucho a Wally Cardew. Esa parte del vídeo en la que sacaba el cuchillo ensangrentado de debajo de la mesa… Lo busqué de nuevo y volví a verlo. Me pareció un chiste muy propio de Anomia, muy acorde con cómo se comporta en el juego.

»El segundo tuit que me pareció un poco raro lo publicó hace un año. Se estaban comercializando muchos productos relacionados con *Un corazón tan negro*, y Anomia empezó a atacar a Edie por vender camisetas y llaveros, algo de lo que, por lo visto, ella siempre se había burlado. Anomia tuiteó: "Y mientras las cajas registradoras repican por todo el país, yo me pregunto cómo debe de sentirse @SebMonty91 al ver que se ha convertido en el Pete Best de *Un corazón tan negro*."

—¿Qué pasa con eso?

—Bueno, yo tuve que buscar quién era Pete Best.

—¿En serio?

—Sí —dijo Robin, divertida por el leve rictus de indignación de Strike—. Perdona, los Beatles se separaron catorce años antes de que yo naciera.

—Vale, sí, pero… estamos hablando de los Beatles —repuso Strike.

—Sí, pero… en fin, sólo digo que hay ejemplos mucho más recientes de personas que han dejado un grupo musical poco antes de que la banda triunfara. Nombres que imagino que a los menores de treinta años deben de sonarles más que el de Pete Best. LaTavia Roberson…

—¿Quién?

—Uno de los miembros originales de Destiny's Child. Lo que quiero decir es: ¿por qué era Pete Best la referencia obvia para Anomia? Me pareció raro, si Anomia ronda los veinte años… No te veo convencido —añadió al ver la cara que ponía Strike.

—No, no, tienes razón… —dijo él despacio—. Pero a mí se me habría escapado ese detalle. No se me habría ocurrido fijarme en eso.

—Ah, ya. Bueno, el tercer tuit que me intrigó fue esa entrada del blog de «La pluma de la justicia» que compartió Anomia sobre las discapacidades. Me pregunté: ¿por qué comparte eso, precisamente? «La pluma de la justicia» publica mucho y Anomia no ha retuiteado ningún otro artículo suyo. ¿Será discapacitado o estará enfermo? ¿O quizá tenga cerca a alguien que está enfermo? Y eso lo relacioné con una cosa que me dijo Gusano28. Le dije que a veces Anomia es un chulo, y me dijo: «No es tan mala persona. Creo que es cuidador. A veces comenta que tiene que llevar a alguien al hospital.»

—¿Anomia, cuidador? —Strike se extrañó.

—Ya lo sé —dijo Robin—. No me haría ninguna gracia ser su paciente. Intenté seguir indagando, pero creo que Gusano28 no sabe nada más.

»Bueno —continuó—, me he fijado en otra cosa. O en la ausencia de otra cosa: hay algo raro en la actitud de Anomia hacia el sexo.

Strike siguió comiendo fideos con gesto imperturbable.

—He revisado cuatro años de tuits —dijo Robin—. Sólo he encontrado una ocasión en la que puede decirse que Anomia coquetea un poco: cuando le dijo a Kea Niven que tenía un pelo muy bonito. Y en una ocasión posterior le dijo que le había enviado un mensaje directo.

»Cuatro años —repitió Robin—. Cuatro años recibiendo halagos y con las chicas suplicándole que revele quién es. Y Anomia no le saca partido a eso, no coquetea, nunca intenta ligárselas ni les ofrece información a cambio de desnudos... Si fueses una mujer y utilizases internet —dijo Robin con cierta impaciencia porque Strike seguía mirándola fijamente—, sabrías perfectamente de qué estoy hablando.

—No, si ya lo entiendo. Pero...

—El caso es que, dentro del juego, Anomia es diferente. No sé, más atrevido. Ya viste lo que me preguntó: mi postura sexual favorita. Bueno, la postura favorita de Buffypaws. Dentro del juego, es como si Anomia interpretara el papel que se espera de él. Todo el mundo cree que es un chico, pero yo no lo tengo tan claro. Y... tengo una teoría.

—Menos mal —dijo Strike—. Porque yo no tengo nada de nada. Cuenta.

—Verás, creo que tenemos que investigar más a Kea Niven. Ya sé que Edie la descartó —dijo antes de que Strike pudiera interrumpirla —, pero si no la investigamos, nos estaremos confiando demasiado. Estamos dando por cierto lo que nos dijeron Allan Yeoman y Phillip Ormond: que Edie había visto a Kea sin ningún dispositivo electrónico mientras Anomia estaba en el juego. Pero no sabemos si Edie tenía una buena visión de la calle, ni si Yeoman y Ormond oyeron o recordaron mal. Allan fue muy impreciso por teléfono y... ¿Qué pasa? —preguntó un poco a la defensiva, porque Strike no había podido reprimir una sonrisa.

—Nada —contestó él, pero vio que ella no iba a aceptarlo, así que añadió—: Sólo que... —trazó unos círculos en el aire con los palillos, como Robin había hecho antes con el tenedor, y tragó los fideos—. Estaba pensando... que eres una detective la hostia de buena.

Desarmada, Robin sonrió.

—En fin... En cualquier caso, Kea es dibujante, tiene un rencor inmenso y está enferma, lo que encaja con retuitear la entrada de «La pluma de la justicia» sobre discapacidades. Además, si fuese Anomia se explicaría esa contradicción de la que hablábamos: crear un juego como homenaje, pero odiar a una de las creadoras de *Un corazón tan negro*. Kea podría haberse planteado *El juego de Drek*, al menos al principio, como una forma de demostrarle a Josh Blay que ella podía

hacer cualquier cosa que hiciese Edie mucho mejor que Edie. Pero entonces Edie criticó el juego, lo que proporcionó a Kea una excusa para pasar al ataque, llevándose al fandom con ella. Además, si Kea fuese Anomia también se explicaría lo del anonimato. Porque Kea no querría que Josh supiese que ella estaba detrás de todo eso, ¿no? Por lo que parece, está absolutamente obsesionada con él.

—Entonces, ¿crees que ese breve intercambio entre Anomia y Kea…?

—No sé, podría ser teatro, ¿no? —especuló Robin—. Kea consigue más público por decir que Edie le ha robado las ideas. Hace que «Anomia» la felicite, con lo que consigue que más gente vea su vídeo. Kea deja claro que ella y Anomia son dos personas diferentes, y… —hizo una pausa dramática— da la casualidad de que Kea tiene dos agapornis que se llaman *John* y *Yoko*.

—Muy bien argumentado, Ellacott —dijo Strike, que por fin se había terminado los fideos. Se recostó en la silla y se quedó mirando a su socia con sincera admiración.

—Pero todavía queda una gran pregunta sin respuesta —añadió Robin, tratando de disimular la satisfacción que le producía la reacción de Strike—, que es cómo sabía Kea todos esos detalles personales sobre Edie. Aunque sobre eso también he tenido una idea.

—Sigue.

—Cabe la posibilidad de que Josh siguiera en contacto con ella después de cortar, y que él se lo ocultase a Edie y a Katya. Allan Yeoman dijo que Josh es encantador, pero que no le gustan los enfrentamientos ni las conversaciones desagradables. También nos dijo que no sabe juzgar a la gente. A lo mejor Josh creyó que podría hacer que Kea dejase de atacar a Edie si le explicaba lo mal que lo había pasado en la vida.

—¿Proporcionándole así más munición?

—Exacto. Pero no nos queda nadie libre para vigilar a Kea en King’s Lynn, ¿verdad? De todas formas, suponiendo que Kea esté diciendo la verdad sobre su salud, ahora mismo está guardando cama. Sólo tendríamos que vigilar su casa.

Strike permaneció callado, pensando.

—Si estás en lo cierto —dijo finalmente—, y Josh era la fuente de toda esa información personal, no veo ningún inconveniente en hacer una aproximación directa. Kea nunca fue amiga de ningún miembro del reparto. No has visto ningún indicio de que esté en contacto con ninguno de ellos, ¿verdad?

—No —contestó Robin—, pero todavía no he revisado todas sus redes sociales. No he tenido tiempo.

—Correremos el riesgo —dijo Strike—. La llamaré mañana. Si acepta que la entrevistemos, tú puedes vigilar *El juego de Drek*

mientras yo hablo con ella. Pronto haremos progresos —repitió levantando la mano para pedir otra cerveza—, y tu teoría me gusta mucho.

En momentos como aquél a Robin le costaba seguir enfadada con Cormoran Strike, por mucho que la sacara de quicio.

39

No quiero saber nada de emociones
en el sagrado templo del arte.

ELIZABETH BARRETT BROWNING, *Aurora Leigh*

Las tres pelucas y los juegos de lentillas de diferentes colores que Robin siempre tenía en el despacho entraron en juego a última hora de la tarde del día siguiente. Con ayuda del espejo de aumento que tenía guardado en uno de los cajones inferiores del doble escritorio, Robin se dispuso a disfrazarse para asistir a su primera clase nocturna en North Grove.

Se había matriculado en un curso con el nombre de Jessica Robins y se había inventado un personaje y un pasado. Jessica era una ejecutiva de marketing con ambiciones artísticas frustradas que acababa de romper con su novio, por lo que ahora tenía más tiempo libre por las noches. Se decidió por una peluca de pelo castaño oscuro que le llegaba hasta los hombros (Jessica no podía llevar un peinado demasiado extravagante debido a su empleo), se puso unas lentillas marrones y se aplicó lápiz de labios rojo intenso y delineador de ojos negro imitando el estilo exagerado de Kea Niven, porque a Jessica le gustaba enfatizar que, bajo su aspecto exterior un tanto convencional, vivía un ser dramático, una persona que anhelaba huir de los confines de su monótona carrera. Se puso unos vaqueros y una camiseta negra retro con la leyenda «blondie is a band», y remató el conjunto con una vieja cazadora de ante negro que se había comprado en una tienda de ropa de segunda mano para ocasiones como aquélla.

Tras observar detenidamente su reflejo en el deteriorado espejo del cuarto de baño del rellano, Robin se dio por satisfecha: Jessica Robins era exactamente la mezcla de chica *indie* y oficinista convencional que ella buscaba. Dado que, a lo largo de los cinco años que llevaba viviendo en la capital, había perfeccionado su acento londinense, Robin tenía pensado decir que había crecido en los pisos de Lismore Circus, igual que Josh Blay, lo que quizá diese pie a hablar de *Un corazón tan negro*, aunque pretendía hacerse pasar por alguien que sólo conocía los dibujos animados de pasada. Se llevó el iPad en una bolsa de tela suficientemente grande con la intención de tener el juego abierto mientras, con un poco suerte, observaba a Preston Pierce.

Pat ya se había marchado a su casa, y Robin casi había llegado a la puerta de la agencia cuando la silueta de Strike apareció al otro lado del cristal. El detective entró en la oficina cojeando y con el gesto tenso y cansado que Robin ya conocía, y que significaba que estaba soportando un fuerte dolor.

—¿Quién eres? —preguntó Strike al verla, esbozando una sonrisa.

—Jessica Robins, ejecutiva de marketing con aspiraciones artísticas —contestó Robin con perfecto acento londinense—. ¿Dónde estabas? ¿Con Dedos Largos?

—Sí. —Strike se sentó en el sofá de piel artificial que había delante de la mesa de Pat sin quitarse el abrigo y cerró un momento los ojos, aliviado al no tener que cargar el peso del cuerpo sobre el muñón—. El muy cabrón ha andado mucho esta tarde, y uno de los sitios a los que ha ido es Sotheby's.

—¿En serio?

—Sí. Pero no será tan idiota como para intentar subastar los objetos que robó, ¿no?

—No lo creo.

—A lo mejor ha ido a comprar. También he llamado a Kea Niven, pero me ha contestado su madre —prosiguió Strike—. Por lo visto, su querida hija está demasiado enferma para hablar conmigo, seguro que no tiene ni idea de quién es ese tal Anomia y es una persona demasiado vulnerable y atribulada a la que han demonizado por defender sus derechos. Dicho de otro modo: que me vaya a tomar por saco, básicamente.

—Mierda —dijo Robin.

—Le he pedido a la señora Niven que no le cuente a nadie que estamos investigando a Anomia, porque podría poner en peligro la investigación, y eso también la ha ofendido mucho: «¿A quién demonios cree que se lo voy a contar?», me ha contestado. Y ha añadido que Kea está demasiado enferma para hablar con nadie, etcétera, etcétera.

Strike estaba deseando tomarse un té y unos analgésicos, pero eso habría implicado levantarse. Le pasó por la cabeza pedírselos a Robin, pero prefirió no hacerlo. Ahora que tenía los ojos marrones, el parecido con Madeline era mucho más pronunciado. A Robin también se le ocurrió ofrecerle un té a Strike, pero tenía que marcharse corriendo si quería llegar puntual a North Grove y, al fin al cabo, pensó con momentánea crueldad, si Strike necesitaba que lo cuidaran podía llamar a su novia.

—Ya te enviaré un mensaje si encuentro algo interesante —dijo Robin antes de marcharse.

Hacía una tarde templada, y la peluca le apretaba y le producía un ligero picor. Robin tardó media hora en ir en metro hasta la

estación de Highgate, y un cuarto de hora más en encontrar la gran casa de color rosa que se erigía en la esquina de una calle que también se llamaba North Grove. El edificio estaba un tanto destartalado: algunas ventanas estaban tapiadas, mientras que otras estaban abiertas para dejar pasar la brisa nocturna. En una de las ventanas tapiadas había un cartel que rezaba «vota laborista».

Robin esperó un par de minutos para echar un vistazo a *El juego de Drek* antes de entrar en el edificio. Siempre fallaba un poco cuando lo abría con 4G en lugar de con wifi. En ese momento sólo había dos moderadores: Traslúcida y Cora. Robin guardó el iPad en la bolsa de tela sin salir del juego, recorrió un caminito que cruzaba el jardín y entró en el colectivo artístico.

Se quedó muy sorprendida al ver el aspecto del amplio vestíbulo. Justo en medio de aquel espacio había una gran escalera de caracol de madera que claramente no era un elemento original del edificio, y su barandilla estaba hecha con una serie de ramas de árbol pulidas, sinuosas y entrelazadas. En un rincón situado a la derecha de la puerta había una gigantesca planta, una costilla de Adán; había crecido tanto que ya rozaba el techo, y sus brillantes hojas verdes formaban un dosel sobre la cabeza de Robin.

Todas las paredes estaban cubiertas de dibujos y pinturas, algunos enmarcados. El escaso trozo de pared que aún era visible estaba pintado de color rosa chicle. A su izquierda, Robin tenía la puerta de cristal de lo que parecía ser una tiendecita con estantes llenos de copas y estatuillas de cerámica. Como el vestíbulo estaba vacío y no había ninguna señalización que le indicara por dónde tenía que ir, entró en la tienda, donde una mujer baja y fornida con una enorme melena canosa recogida y amontonada en lo alto de la cabeza contaba la recaudación del día. Llevaba una camiseta morada y tenía un tatuaje de una flor morada de cinco pétalos en el brazo.

—¿Dibujo al natural? —preguntó al ver entrar a Robin.

—Sí —confirmó ella.

—Pues estás en mi curso. Por aquí —dijo la mujer con una sonrisa; cogió la caja de seguridad en la que guardaba el dinero y acompañó a Robin más allá de la escalera de caracol, hasta un estudio de la parte trasera del edificio donde otros cinco alumnos ya se habían colocado detrás de sus respectivos caballetes. En el centro de la sala se alzaba un pedestal cubierto con una sábana mugrienta, sobre el cual había una silla de madera vacía. Las altas ventanas que había detrás del pedestal daban a un jardín cubierto de maleza. Aunque se estaba poniendo el sol, Robin alcanzó a ver, entre las sombras, un gato pardo que acechaba entre unos narcisos anémicos.

Robin se sentó delante de un caballete que estaba libre, en el que ya habían dispuesto un lienzo con una hoja de papel blanco.

—Hola —la saludó un anciano detrás de ella; tenía una barba canosa y llevaba un jersey bretón—. Me llamo Brendan.

—Jessica —dijo Robin con una sonrisa, mientras se quitaba la cazadora de ante negro.

—Empezaremos dentro de cinco minutos —anunció la mujer que llevaba la caja de seguridad en las manos—. Todavía falta un alumno.

Abandonó la sala acompañada del tintineo de las monedas. Los alumnos permanecieron en silencio, y de algún lugar del edificio les llegó una voz aguda e infantil que cantaba una canción en neerlandés.

Het witte ras verliest,
Kom op voor onze mensen...[6]

—¡Basta! —se oyó gritar a la mujer de la caja de seguridad—. ¡No tiene gracia!

A continuación se oyeron unas carcajadas agudas y unos pasos pesados que subían corriendo la escalera de caracol.

—Creo que voy a aprovechar para ir al lavabo antes de que empiece la clase —le dijo en voz baja Robin al anciano del jersey bretón—. ¿Usted no sabrá dónde...?

—Segunda puerta a la derecha —la interrumpió Brendan, señalando la dirección—. Soy veterano.

—Muchas gracias —dijo Robin, cuya verdadera intención era husmear un poco por si veía a Preston Pierce. Se llevó la bolsa de tela al lavabo y pasó por delante de la puerta abierta de una sala en cuyo interior había varios ordenadores. Un hombre gigantesco con el pelo largo y rubio miraba fijamente la pantalla de un monitor.

La decoración del lavabo era tan ecléctica como la del vestíbulo. Cada centímetro cuadrado de pared, del techo y de la cara interior de la puerta estaba cubierto de retratos presuntamente dibujados por alumnos, algunos pintados, otros sólo delineados. Robin los observó con detenimiento y reconoció dos caras. Un logrado boceto de Edie Ledwell la miraba con una sonrisita en los labios desde lo alto de la puerta. Era un dibujo a lápiz y carboncillo, y estaba firmado con las iniciales «JB». Le costó un poco más identificar quién era el sujeto del segundo retrato, que estaba clavado en el techo, pero finalmente comprendió que representaba a Gus Upcott, dibujado, dedujo, por su madre, que tenía más talento del que Robin había imaginado. Junto al váter había una pequeña estantería llena de libros sobados, entre ellos *Cabalgar el tigre*, de Julius Evola, *Suicidio*, de Émile Durkheim y *Breek het partijkartel!: De noodzaak van referenda*, de Tierry Baudet.

Se sentó en la tapa del váter y sacó su iPad, pero, como había imaginado, la cobertura 4G era muy mala y el juego se había detenido. Anomia, en teoría, todavía no estaba presente.

Después de vaciar la cisterna, Robin abrió la puerta y estuvo a punto de tropezar con una chica muy menuda con el pelo largo y teñido de negro, cuyo rostro demacrado reconoció al instante: era la chica a la que Strike había fotografiado delante del cementerio de Highgate. No se le veían los tatuajes de los brazos, porque llevaba una camiseta negra de manga larga que habría podido ponerse perfectamente un crío de ocho años.

—Perdón —se disculpó Robin.

—No pasa nada —dijo la chica con un marcado acento de Yorkshire—. ¿Has visto por aquí a una...? ¡Mierda! —añadió echando a correr, y Robin vio a una niña rubia que sólo llevaba puesto un pañal y que subía la escalera de caracol con paso inseguro.

Los huecos que había entre las ramas entrelazadas de la barandilla eran lo suficientemente grandes para que un crío se cayera por ellos, y la chica de la camiseta negra atrapó a la niña y la levantó en brazos.

—¿Qué te tengo dicho? ¡No puedes subir y bajar la escalera tú sola!

La chica de negro cargó con la pequeña, que forcejeaba y lloriqueaba; bajó la escalera, pasó junto a Robin y desapareció por donde había llegado.

Robin volvió al estudio y vio que la última alumna ya estaba allí: era una chica con el pelo corto teñido de azul y numerosos piercings, y parecía muy ilusionada. Durante la ausencia de Robin, un joven de pelo rizado que llevaba una bata gris y andrajosa se había sentado con las desnudas piernas cruzadas en la silla colocada sobre el pedestal. En ese momento estaba mirando por la ventana; detrás del cristal, la puesta de sol iba convirtiendo el jardín en una masa de sombras azuladas. Aunque el joven le daba la espalda a Robin, ella sospechó de inmediato de quién se trataba.

La mujer fornida del pelo canoso y la camiseta morada se había puesto frente a los alumnos, ya sin la caja de seguridad en las manos. Daba la impresión de que había estado esperando a que regresara Robin.

—Perdón —se disculpó la detective, apresurándose a sentarse de nuevo al lado de Brendan, que le guiñó un ojo.

—Muy bien —dijo la mujer de pelo canoso, mirando a los siete alumnos con una sonrisa—. Me llamo Mariam Torosyan y soy la profesora que imparte vuestro curso. Soy ilustradora y últimamente también hago vidrieras, pero estudié Bellas Artes y ya hace casi treinta años que me dedico a la docencia.

»Bueno —continuó, dando una palmada con sus fuertes manos—. La mayoría de la gente se imagina que va a trabajar a partir de un desnudo cuando se apunta a clases de dibujo al natural, y como a mí

me gusta responder a las expectativas de la gente, esta noche vamos a trabajar a partir de un desnudo.

Hubo un murmullo de risas nerviosas, y el joven que estaba sentado en el pedestal giró la cabeza y miró a los alumnos con una sonrisa en los labios. Robin no se había equivocado: era Preston Pierce. Tenía la tez un tanto cetrina y se le veían unas marcadas ojeras bajo los grandes ojos marrones.

—Os presento a Preston Pierce, o Pez, como lo llamamos todos —dijo Mariam—. Él también es artista, y tiene un gran talento, por cierto. Vive aquí, en el colectivo, pero a veces trabaja de modelo para nosotros cuando necesitamos...

—Cuando necesito la pasta, más bien —replicó Preston con acento de Liverpool, y los alumnos volvieron a reír.

—¿Qué os parece si, antes de empezar, nos presentamos todos brevemente? Estaría bien que me contarais cómo se os ocurrió apuntaros a este curso y qué experiencia previa tenéis. ¿Por qué no empiezas tú, Brendan? —propuso Mariam—. Brendan es un viejo amigo mío —añadió con cariño—. Ya ha hecho... ¿Cuántos cursos has hecho, Brendan?

—Éste es el quinto —dijo Brendan alegremente—. ¡Todavía estoy intentando descubrir qué es lo que se me da bien!

Hubo otra tanda de risas, esta vez más relajadas, y Mariam se unió a ellas.

—Es muy autocrítico —comentó dirigiéndose a los alumnos—. Es un excelente grabador y un ceramista más que decente. ¿Y tú, encanto? —le preguntó a Robin.

—Hola, me llamo Jessica —dijo Robin, con el corazón ligeramente acelerado—. Yo... estudié el bachillerato artístico, pero desde entonces no hecho nada más. Me dedico al marketing y... bueno, supongo que estoy aquí porque en la vida hay algo más que marketing.

Sus palabras arrancaron otra tanda de risas al resto de los alumnos, que evidentemente empatizaban con sus sentimientos. Preston Pierce se quedó mirando a Robin con una sonrisa juguetona en los labios.

Los otros alumnos fueron respondiendo a Mariam por turnos. A la mujer corpulenta de la sudadera rosa «siempre le había encantado dibujar»; el chico de la barba desaliñada tenía una idea para un cómic que quería ilustrar, y la chica negra del vestidito amarillo quería explorar su creatividad. La anciana de cabello rubio y fino también era una asidua de North Grove, y se había apuntado al curso de dibujo al natural porque Mariam le había asegurado que sería bueno para su crecimiento artístico.

—¿Y tú, guapa? —le preguntó Mariam a la chica de pelo teñido

de azul.

—Bueno, yo soy muy fan de *Un corazón tan negro* —contestó la chica—. En realidad, sólo quería… no sé, ¿empaparme de su magia? ¿Ver si se me pega algo?

Miró sonriente a sus compañeros de clase. Tal vez creía que iba a conectar de inmediato con ellos, o con Mariam, pero, si era así, se había equivocado. A Robin le pareció que la sonrisa de Mariam se volvía un poco menos cariñosa cuando le dio la espalda a la chica para dirigirse de nuevo a toda la clase.

—Bueno, ha quedado claro que este grupo es muy diverso y que cada uno tiene un bagaje distinto, y eso es estupendo. Mi objetivo es que todos os lo paséis bien. Yo haré una crítica constructiva de vuestro trabajo, pero esta noche quiero que entréis de lleno en materia y empecéis a trabajar sin pensar en la teoría. A ver, Preston…

Pierce se levantó de la silla y se quitó la andrajosa bata gris. Debajo no llevaba nada: estaba completamente desnudo. Delgado y con los músculos bien definidos, se sentó despreocupadamente en la silla.

—Necesito ponerme cómodo —dijo buscando la postura adecuada. Se sentó de lado, con los brazos sobre el respaldo de la silla y mirando hacia Brendan y Robin, de forma que la chica del pelo teñido de azul no podía verle la cara. Robin se concentró en no mirar el pene de Preston, que era bastante más grande que el de su ex marido y que de pronto parecía el único objeto de la habitación.

—Os he proporcionado todo lo que vais a necesitar —dijo Mariam —. Tenéis un par de lápices 2B y una goma por estrenar…

—¿Te importa que use mis propios HB, Mariam? —preguntó la anciana.

—Usa lo que quieras, querida —respondió Mariam, y la anciana comenzó a hurgar en su gran bolso de tela bordada.

Los alumnos se pusieron enseguida manos a la obra, la mayoría titubeantes y un poco cohibidos, a excepción del alegre y barbudo Brendan, que empezó a garabatear en su hoja de inmediato.

A lo largo de la media hora siguiente, lo único que se oyó fue el rasgar del grafito sobre el papel y, de vez en cuando, los susurros de Mariam, que iba animando y ayudando a los alumnos. En un momento dado, fingiendo recoger su goma de borrar del suelo, Robin le echó un vistazo a su iPad sin sacarlo de la bolsa de tela. En el estudio había más cobertura que en el lavabo, y el juego volvía a estar en marcha, aunque a trompicones. Anomia no había aparecido, y tampoco Gusano28 (algo de lo que Robin se alegró), pero unos veinte minutos atrás Traslúcida le había abierto un canal privado a Buffypaws. Robin leyó rápidamente el mensaje:

<**Se ha abierto un nuevo privado**>;

<**23 abril 2015 20:14**>;

<**Traslúcida MOD ha invitado a Buffypaws**>;

Traslúcida: Hola

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: hola?

Robin miró a su alrededor con nerviosismo y se apresuró a responder.

Buffypaws: lo siento, no te he visto

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: por fin! te has quedado atrapada en el juego? Necesitas ayuda?

Buffypaws: no, gracias

Mariam iba avanzando por la fila hacia Robin.

Buffypaws: lo siento, ahora vuelvo

Escondió el iPad y volvió a incorporarse.

—Bueno, no está nada mal —dijo Mariam en tono alentador cuando llegó junto a Robin—. Se te da bien dibujar, aunque todavía tienes que aprender a «ver». Quiero que mires a Preston, pero que lo

mires de verdad, porque esto...

Mariam señaló el hombro que Robin había dibujado; ella ya se había dado cuenta de que el ángulo no era correcto, pero no se había tomado la molestia de corregirlo.

—... No es lo que estás viendo. Ahora vuelve a mirar, pero bien, e intenta poner ese hombro donde tiene que estar.

Robin siguió sus instrucciones y clavó la vista en el hombro de Preston; era plenamente consciente de que los melancólicos ojos del modelo estaban fijos en ella o en Brendan, pero no dejó ni por un segundo de mirarle la clavícula.

Al cabo de un cuarto de hora, Mariam anunció un descanso e invitó a sus alumnos a acompañarla a la cocina, donde podrían elegir entre una taza de té y una copa de vino. Robin esperó a que sus compañeros de clase salieran del estudio para poder seguir chateando con Traslúcida.

Buffypaws: ya está, lo siento

>;

>;

>;

Traslúcida: me he fijado en que hace mucho que no te mueves y Anomia está mosqueado

Buffypaws: por qué?

Traslúcida: no le gusta que los jugadores entren y no jueguen

Buffypaws: me ha llamado mi hermana justo cuando he entrado

Traslúcida: ah ok

Traslúcida: es que Anomia quiere que comprobemos que todo el mundo viene a jugar

Traslúcida: y no a espiar a los otros jugadores

«Mierda.»

Buffypaws: pero por qué iba a espiar a los otros jugadores?!

Traslúcida: creemos que la poli podría estar investigando a los fans. por lo que le ha pasado a E*** L******

—¿Qué, contestando los emails del trabajo? —dijo Preston Pierce.

Robin se sobresaltó. El artista-modelo, que por suerte había vuelto a ponerse la bata, se había acercado mientras ella estaba tecleando y ahora la contemplaba con la misma sonrisita de antes.

—¿Cómo lo has adivinado? —dijo Robin con jovialidad.

—Porque tienes cara de enfadada.

Robin sonrió. Preston sólo era un poco más alto que ella. Las solapas de la bata le tapaban el principio y el final de la frase que llevaba tatuada en la base del cuello, y la detective sólo alcanzó a leer «difícil ser alguien, pero».

—¿No te apetece tomar nada? —le preguntó Preston.

—Sí, sí. —Robin guardó el iPad en la bolsa—. ¿Por dónde es?

—Ven conmigo. —Preston la acompañó fuera de la sala, y Robin fue respondiendo al azar las preguntas que él le hacía sobre su carrera profesional, aunque en realidad estaba tratando de decidir si no sería más sensato salir del juego que quedarse conectada e inactiva durante el resto de la clase.

En la parte de atrás del edificio había una gran cocina comunitaria pintada del mismo rosa chicle que el vestíbulo. Robin vio una vidriera enorme y preciosa en la pared del fondo, y dedujo que sería obra de Mariam. Estaba ingeniosamente iluminada desde el exterior del edificio mediante una fuente de luz artificial, de modo que incluso de noche proyectaba manchas y motitas de luz azul cielo, verde esmeralda y carmesí sobre la impoluta mesa de madera y los numerosos cacharros que colgaban de las paredes. Al principio, Robin creyó que la vidriera representaba el paraíso, pero había muchos personajes y ninguno tenía alas ni aureola. Todos colaboraban en diferentes tareas: plantaban árboles y recogían frutos, encendían el fuego y cocinaban en él, construían una casa y decoraban la fachada con guirnaldas...

Mariam estaba charlando con el resto de los alumnos cerca de una cocina antigua de plomo negro. Algunos bebían té y otros, copitas de vino, y Robin pensó que aquellos descansos tan relajados eran sin duda una de las razones por las que los cursos que se impartían en North Grove eran tan célebres. El rubio gigantesco al que había visto antes estaba ahora sentado a la mesa, bebiendo vino en una copa mucho más grande que las que les habían ofrecido a ellos, y de vez en cuando participaba en la conversación. Apoyada en los armarios del fondo, sin hablar con nadie y, aparentemente, controlando un vigilabebés enchufado a su lado, estaba la chica menuda de pelo largo y negro, que acababa de sacar su móvil. La niña del pañal no estaba

por allí.

Robin tomó por fin una decisión respecto al juego: sonrió a Preston, que parecía dispuesto a quedarse a su lado, y dijo:

—Lo siento, tengo que enviar un email.

—Muy responsable —comentó él, y fue a unirse al grupo que estaba alrededor de Mariam.

Robin sacó de nuevo el iPad y, consternada, vio que Gusano28 acababa de iniciar sesión y, cómo no, había abierto un canal privado para hablar con Buffypaws.

Gusano28: que tal todo?

>;

Buffypaws: bien, tú?

Buffypaws: Traslúcida acaba de decirme que tengo que estar más activa aquí, o Anomia pensará que soy una espía

Gusano28: si, anomia les a dicho a todo los mods que se aseguren de que la jente es lo que dice y nola policía

Buffypaws: pues entonces creo que me voy a desconectar. Estoy hablando con mi hermana y no quiero que me baneen

Gusano28: a creia que eras hija unica

«Mierda, mierda, mierda.»

Buffypaws: es mi hermanastra, nunca hemos vivido juntas

Gusano28: ah ok

Buffypaws: Bss. hablamos mañana?

Gusano28: si ok XOXO

Robin cerró el canal privado, salió del juego y volvió a guardar el iPad en la bolsa. Cuando levantó la cabeza, vio que la chica de negro daba un hondo suspiro y se guardaba el móvil en el bolsillo. Como si hubiese notado la mirada de Robin, se dio la vuelta y la miró con aquellos ojos sombreados con kohl. A Robin se le ocurrió de repente una idea descabellada, pero mantuvo un gesto impasible mientras se acercaba al grupo que se había formado alrededor de Mariam. La

profesora, por lo visto, estaba contándoles a sus alumnos que el tatuaje de la flor morada que llevaba en el rechoncho brazo era reciente.

—Mañana se cumple el centenario... —iba diciendo.

—Del genocidio armenio —le aclaró Preston Pierce a Robin, hablándole al oído con su acento de Liverpool—. Sus bisabuelos murieron allí. ¿Quieres un poco de vino? —añadió, ofreciéndole una de las copas que tenía en la mano.

—Vale, gracias —dijo Robin, a pesar de que no tenía intención de beber más que un sorbito.

—Jessica, ¿verdad?

—Sí... Qué vidriera tan bonita —comentó ella.

—Sí, la hizo Mariam hace seis años —dijo Preston—. Todos los que ves ahí representados son amigos suyos. Yo estoy ayudando a poner el tejado de la casa.

—¡Guau! —exclamó Robin, mirando la figura de pelo rizado de la vidriera—. Entonces llevas mucho tiempo por aquí, ¿no?

—¿También están ahí Ledwell o Blay? —dijo una voz llena de entusiasmo detrás de ellos. Los dos se dieron la vuelta: la chica del pelo azul y los piercings, que en clase se había presentado como Lia, estaba contemplando la vidriera. Robin calculó que, como mucho, tendría dieciocho años.

—No —dijo Preston, aunque Robin intuyó que mentía.

Lia se quedó junto a ellos, indiferente al tono de voz de Pierce o sin haberse percatado de él.

—¿Quiénes son Ledwell y...? —preguntó Robin.

—Edie Ledwell y Josh Blay —dijo Lia con la prepotencia de quien tiene información privilegiada—. ¿Te suenan los creadores de *Un corazón tan negro*? ¿La serie de dibujos animados?

—Ah, sí, creo que he oído hablar de...

—Vivían aquí —explicó Lia—. Aquí fue donde empezó todo. ¿No has leído en los periódicos que a Edie Ledwell la han...?

—Edie era amiga mía y de Mariam —la interrumpió Preston en voz baja—. Su asesinato no es nuestro tema de conversación favorito. ¿Por qué no dejas de fingir que quieres aprender a dibujar y te vas a husmear al cementerio? A lo mejor aún encuentras un poco de sangre de Edie en la hierba. Podrías enmarcarla. O venderla en eBay.

La chica se puso colorada y sus ojos se llenaron de lágrimas. Se apartó de Preston, y Robin sintió lástima por ella.

—Putos fans —le dijo Preston a Robin en voz baja—. Mira, esa de ahí también lo es —añadió, señalando a la chica de pelo negro—. No te imaginas cómo lloraba cuando murió Edie, cualquiera diría que eran hermanas gemelas. Y eso que no la había visto en su vida.

—Siento mucho que hayas perdido a tu amiga —comentó Robin

fingiéndose conmocionada—. La verdad, no sé… no sé qué decir.

—Tranqui —dijo Preston con brusquedad—. No hay nada que decir, ¿no?

Antes de que Robin pudiese responder, un chico alto y rubio vestido con unos vaqueros y una camiseta irrumpió en la cocina. Tenía las mismas facciones que el hombre rubio y gigantesco —sus rostros parecían estilizadas máscaras de comedia griega—, y Robin supuso que el recién llegado era Bram de Jong. El chico volvió a cantar la misma estrofa a pleno pulmón:

Het witte ras verliest,
Kom op voor onze mensen…

—¡Eh! —le dijo Preston a Bram—. ¿Cómo habíamos quedado? ¡Deja de cantar eso!

Algunos de los alumnos que estaban alrededor de Mariam se habían dado la vuelta con curiosidad.

Bram se puso a reír a carcajadas. Su padre pareció encontrarlo gracioso.

—¿Qué significa? —preguntó Robin.

—Venga —animó Preston al chico—. Explícaselo.

Bram miró a Robin y sonrió con insolencia.

—Es neerlandés —dijo con su voz aguda e infantil.

—Sí, pero ¿qué significa en inglés? —insistió Preston.

—Significa «La raza blanca está perdiendo. Defiende a nuestro pue…».

—¡Basta! —gritó Mariam—. No es ninguna broma, Bram. No tiene gracia. Venga, chicos —añadió—, volvamos al trabajo.

Todos dejaron sus tazas y sus copas vacías encima de la mesa a la que estaba sentado Nils. Robin oyó que Mariam, enojada, se acercaba a él y le decía:

—Sólo parará si se lo dices tú.

Pero Nils, que ahora estaba jugando a la lucha libre con Bram, o no oyó a Mariam o prefirió ignorarla.

Mientras esperaba para dejar la copa de vino que apenas había tocado, Robin alzó la vista y volvió a mirar la vidriera para tratar de adivinar quiénes eran Edie o Josh. Sospechó que podían ser los dos personajes que recogían fruta: ambos tenían el pelo largo y castaño, y la figura femenina le lanzaba manzanas a la figura masculina. Entonces, con un pequeño sobresalto, se fijó en unas letras rojas escritas en la parte superior de la vidriera, como si fuesen un versículo de la Biblia.

Un estado de anomia es imposible

dondequiera que los órganos solidarizados

estén en contacto suficiente y

durante el tiempo suficiente.

40

Pero yo, que voy a cumplir diecisiete años,
algunas noches, ya acostada, me he estremecido al oír
esa triste pasión de la lluvia,
que te hace pensar en la muerte
y en algún lugar donde apoyar la cabeza,
como si volvieras a ser una niña
que anhela algo querido y cercano
a su corazón vacío, para calmar el hambre y el dolor
que golpean contra el cristal.

CHARLOTTE MEW, *La fiesta*

Para finalizar la clase, Mariam hizo una breve valoración de cada dibujo. Preston Pierce, que había vuelto a ponerse la bata gris, estaba sentado fumándose un cigarrillo de tabaco de liar y sonreía cada vez que la profesora levantaba una nueva representación de su figura desnuda para que la vieran todos. Mostró especial interés por el dibujo de Robin, que recibió grandes elogios de Mariam. Una vez terminadas las evaluaciones de todos los trabajos, Mariam les deseó una buena semana, les dijo que esperaba volver a verlos en la próxima clase y los informó de que la semana en la que se celebraban las elecciones no habría clase porque a ella le había tocado estar en una mesa electoral.

Eran las diez de la noche, y las ventanas del estudio se habían convertido en unos rectángulos negros como el carbón que ya no dejaban ver el jardín que había detrás. Todos se levantaron y se pusieron abrigos y chaquetas. La chica del pelo azul y los piercings fue la primera en salir: parecía tan impaciente por marcharse como entusiasmada había parecido al llegar. Robin estaba convencida de que no volvería a aparecer por allí.

La chica menuda del pelo largo estaba en el vestíbulo hablando con una pareja cuando Robin salió del estudio. La detective fingió que buscaba algo en su bolsa, y así tuvo una excusa para quedarse un momento allí y escuchar la conversación.

—... Está profundamente dormida —iba diciendo la chica—, y la he arropado con su mantita recién lavada.

—¡Muchas gracias, Zo! —dijo la mujer de más edad, que llevaba el pelo cortado al rape y ya se encaminaba hacia la escalera de caracol; iba de la mano de su compañera, que llevaba un turbante—.

Pues nos vemos el lunes.

La pareja subió por la escalera agarrándose a la retorcida barandilla, y la chica menuda vestida de negro se puso la fina cazadora, pasó por debajo del dosel que formaban las hojas de costilla de Adán y salió del edificio.

Robin echó a andar tras ella con la intención de entablar conversación, pero justo en ese momento una voz con acento de Liverpool la llamó:

—¡Hey, Jessica!

Robin se dio la vuelta y vio que Preston Pierce salía del estudio y se dirigía hacia ella. Todavía llevaba la sucia bata gris.

—¿Qué haces, te vas a casa?

Ella vaciló un instante. Pierce era uno de los más firmes candidatos a ser Anomia, pero aquella chica menuda y vestida de negro tenía algo que le llamaba mucho la atención, y pensó que estar todo el rato comprobando lo que pasaba en su iPad mientras hablaba con Pierce resultaría muy extraño.

—Sí —contestó Robin poniendo cara de disgusto—. Mañana me levanto a las cinco. Tengo que ir a Mánchester.

—Te acompaño en el sentimiento —señaló él esbozando una sonrisa—. Me ha gustado cómo me has dibujado.

—Gracias —dijo Robin con una sonrisa y procurando no pensar en el pene de Pierce.

—Vale, bueno... Pues... hasta la próxima clase —dijo él.

—Sí —contestó Robin alegremente—. ¡Ya tengo ganas!

Pierce pareció contento con su respuesta, sin duda convencido, como ella quería, de que el entusiasmo de Robin revelaba su buena predisposición hacia él. Luego el joven se dio la vuelta y, diciéndole adiós con la mano, se fue caminando descalzo hacia la cocina.

Robin se colgó del hombro la bolsa de tela, salió del edificio y escudriñó la calle oscura en busca de su objetivo. La vio a lo lejos, cuando la chica pasó caminando deprisa y con los brazos cruzados por debajo de una farola.

Se apresuró para alcanzarla mientras valoraba sus opciones. Tomó una decisión, sacó el monedero del fondo de su bolsa, echó a correr y, exagerando ligeramente su acento de Yorkshire, gritó:

—¡Perdona!

La chica se sobresaltó, se dio la vuelta y esperó a que Robin corriera hasta ella.

—¿Es tuyo este monedero?

A Robin le pareció que iba a contestar que sí, así que rápidamente añadió:

—¿Cómo te llamas? —Abrió el monedero y examinó una tarjeta de crédito.

—Zoe Haigh —dijo la chica—. No, no es mío.

—Mierda. —Robin miró a su alrededor.—. Se le ha caído a alguien. Tendré que llevarlo a algún sitio. ¿Sabes si hay una comisaría de policía por aquí cerca?

—¿En Kentish Town, a lo mejor? —quiso saber la chica, y a continuación, con curiosidad, preguntó—: ¿Eres de Yorkshire?

—Sí —contestó Robin—. De Masham.

—¿En serio? Yo soy de Knaresborough.

—La cueva de la madre Shipton —dijo Robin de inmediato, poniéndose a andar al lado de Zoe—. Fuimos con el colegio. Me pareció un sitio horripilante. Fue una excursión de mierda.

Zoe soltó una risita. Tenía un rostro extraño, joven y viejo a la vez: pálido y demacrado, pero al mismo tiempo terso. El grueso delineador negro acentuaba su parecido con una calavera.

—Es verdad —dijo—. A mí también me llevaron cuando era pequeña. Creía que la bruja seguía viviendo allí. Estaba petrificada de miedo, ¡ja, ja!

La principal atracción de la cueva de la madre Shipton era el pozo petrificante, que, según la leyenda, convertía los objetos en piedra mediante un proceso de calcificación. Robin captó el improvisado chiste de la chica y se rio en el momento justo. Zoe pareció alegrarse de que la encontraran graciosa.

—¿Y qué haces en Londres, si eres de Knaresborough? —preguntó Robin.

—Vine a vivir aquí para estar con mi novio —dijo Zoe.

De pronto, la idea que se le había ocurrido a Robin en la cocina del North Grove parecía mucho menos descabellada. Zoe. Zozo. @corazonnegro28. Gusano28.

—Yo también —dijo Robin. Y era verdad: Matthew todavía no era su marido, ni siquiera su prometido, cuando ella se había trasladado a Londres para estar con él—. Pero lo hemos dejado.

—Mierda —repuso Zoe, afligida.

—Trabajas en North Grove, ¿verdad? —preguntó Robin mientras, discretamente, se guardaba el monedero en la bolsa.

—Sí, a media jornada.

Caminaron en silencio durante aproximadamente un minuto, y entonces Zoe añadió:

—Mariam quiere que me instale allí. Hay una habitación barata. Más barata que donde vivo ahora.

Robin supuso que la inusual predisposición de Zoe a confiar en una desconocida debía de ser producto de su soledad. Desde luego, parecía envuelta en un aura de profunda desdicha.

—Mariam es la profesora que da mis clases, ¿verdad?

—Sí —dijo Zoe.

—Parece muy maja —comentó Robin.
—Sí, lo es.
—¿Y por qué no te trasladas allí? Es un sitio muy chulo.
—Bueno… es que mi novio no quiere.
—¿Por qué? ¿No le gusta la gente?
Al ver que Zoe no contestaba, Robin añadió:
—¿Quién más vive allí? Es una especie de comuna, ¿verdad?
—Sí. El dueño es Nils, ese tipo tan alto que estaba en la cocina.
Zoe dio unos pasos más en silencio y entonces aseguró:
—Es muy rico.
—¿Ah, sí?
—Sí. Su padre era un empresario importante o algo así. Nils heredó como… no sé, muchos millones. Por eso puede permitirse una casa tan grande y todo eso.
—Pues por la pinta que tiene nadie diría que es un millonario —dijo Robin.
—Ya —convino Zoe—. A mí me sorprendió mucho cuando me enteré. Parece un hippy, ¿verdad? Me explicó que siempre había querido vivir así. Que quería ser artista y tener una casa donde muchos artistas pudieran vivir juntos.
El tono de Zoe, sin embargo, no revelaba mucho entusiasmo.
—¿Mariam y él son pareja?
—Sí. Pero Bram, el chico grandote y rubio, es hijo de Nils, no de ella.
—¿En serio?
—Sí. Nils lo tuvo con su novia anterior, que era holandesa; pero ella murió, y por eso Bram vino a vivir a North Grove.
—Qué pena —dijo Robin.
—Sí.
Siguieron andando en silencio hasta que llegaron a una parada de autobús; Robin creía que era allí adonde se dirigía Zoe, pero la chica siguió adelante.
—¿Cómo vas a tu casa? —le preguntó Robin.
—A pie —respondió Zoe.
Durante el día había hecho sol, pero no había nubes y la temperatura había descendido en picado. Zoe caminaba abrazándose el torso y Robin pensó que debía de estar muerta de frío.
—¿Vives muy lejos? —le preguntó.
—En Junction Road.
—Eso está en la misma dirección que la comisaría, ¿verdad? —dijo Robin con la esperanza de haber acertado.
—Sí.
—Y Tú también debes de ser artista, ¿no? Si no, no trabajarías en North Grove.

—Más o menos —dijo Zoe—. Quiero ser tatuadora.

—¿En serio? ¡Qué pasada!

—Sí. —Miró a Robin, y entonces se arremangó la cazadora y la fina camiseta que llevaba debajo y reveló un antebrazo cubierto de tatuajes de personajes de *Un corazón tan negro*—. Son míos.

—¿Tuyos? —exclamó Robin, sinceramente impresionada—. ¿Te los has hecho tú?

—Sí —dijo Zoe con timidez, pero también orgullosa.

—Son increíbles, pero ¿cómo...?

Zoe se puso a reír, y Robin por fin entrevió a una persona joven detrás de aquel rostro cadavérico.

—Sólo tienes que hacer la plantilla y conseguir tinta y una máquina de tatuar. Yo me compré una de segunda mano por internet.

—Aun así, hacértelos tú misma...

—Los hacía con espejos. Me llevó mucho tiempo. Tardé más de un año en hacerlos todos.

—Todos son personajes de *Un corazón tan negro*, ¿verdad?

—Sí.

—¡Me encanta esa serie! —dijo Robin, plenamente consciente de que se había desdoblado en dos Jessicas diferentes: una de Londres que apenas había oído hablar de *Un corazón tan negro* y otra de Yorkshire que lo adoraba, pero ahora no era el momento de preocuparse por eso.

—¿Ah, sí? —Zoe volvió a mirarla y se bajó la manga. Daba la impresión de que Robin ya le caía más simpática.

—Sí, ya lo creo. Es muy divertida. Me encantan los personajes y lo que dicen sobre... No sé... —(Eso era cierto: Robin tenía que aferrarse a generalidades)—. La vida, la muerte y los juegos a los que todos jugamos. —(En algo así consistía *El juego de Drek*, ¿no?)—. Y me encanta Blacky —concluyó. Decir que te encantaba Blacky no era peligroso. A casi todos los fans cuyos tuits llevaba semanas revisando les encantaba Blacky.

Zoe volvió a abrazarse el torso y entonces, de repente, se puso a hablar muy deprisa.

—Esos dibujos me salvaron la vida —dijo mirando al frente—. Cuando tenía trece años lo pasé muy mal. Vivía en una casa de acogida, como Edie Ledwell. Edie y yo teníamos muchas cosas en común. Ella intentó suicidarse y yo también, cuando tenía catorce años. Me corté las venas. Me he tapado las cicatrices con tatuajes.

—Hostia, lo siento mu...

—Encontré *Un corazón tan negro* en YouTube. El primer episodio era muy raro, pero no podía parar de verlo. Me flipaba el estilo de los dibujos. Y los personajes... son un poco desastrosos, pero al mismo tiempo molan, ¿no? Yo estaba fatal cuando tenía catorce años, pero

todo lo que dice Blacky, eso de que nunca es demasiado tarde, de que, aunque te hayas equivocado, siempre estás a tiempo de rectificar… Me encantaba ver esos dibujos, son muy… divertidos. Pensaba volver a hacerlo, volver a cortarme las venas. Ya lo tenía todo preparado. Iba a decir que me iba a dormir a casa de alguien, y me iría al bosque y lo haría allí para que no me encontraran. Pero esos dibujos eran lo primero que me hacía reír desde hacía… no sé, como un año. Y pensé: si todavía puedo reírme… Y entonces vi a Edie Ledwell en internet diciendo que iba a hacer otro episodio, y como quería verlo, no me suicidé. Eso fue lo que me detuvo. Parece una chorrada, ¿a que sí? —dijo Zoe con la vista fija en la oscuridad—. Pero es la verdad.

—No parece ninguna chorrada —dijo Robin en voz baja.

—Y vi el segundo episodio y lo encontré todavía más divertido. Era el primero en el que hablaba Urraca. ¿Sabes ese chico que intentaba ligar contigo en la cocina? ¿Preston? ¿El que posaba en tu clase?

—Sí —contestó Robin.

—Le puso la voz a Urraca en los episodios dos y tres.

—¿En serio? —exclamó Robin.

—Sí… Pero luego se fue a su casa, a Liverpool. Estuvo allí varios meses y buscaron a otro con acento de Liverpool. Preston no soporta que la gente hable de *Un corazón tan negro*. Cuando me vio los tatuajes me dijo unas cosas…

Zoe no entró en detalles, y las dos siguieron caminando sin decir nada. Robin se preguntó si sería buena idea sacar el juego a colación.

—Una vez hablé con Edie Ledwell —dijo Zoe rompiendo el silencio—. En Twitter.

Lo dijo en voz baja, como sobrecogida, como si estuviera hablando de una experiencia religiosa.

—Guau, ¿de verdad? —preguntó Robin.

—Sí. Fue el día que murió mi madre.

—Vaya, lo siento mucho…

—Yo ya no vivía con ella —prosiguió Zoe—. Mi madre estaba… Mi madre tenía muchos problemas. Tuvieron que ingresarla dos veces en el psiquiátrico. Tomaba drogas. Por eso yo vivía en una casa de acogida. Cuando ella murió, mi madre de acogida me lo comunicó y ese día me permitió no ir a la escuela. Entré en Twitter y dije que acababa de morir mi madre, y Edie Ledwell habló conmigo. Ella me…

Robin miró a Zoe y vio que tenía el rostro descompuesto. Por su expresión de angustia, habría podido ser una anciana de noventa años o un recién nacido. Las lágrimas no dejaban marca alguna en la gruesa capa de kohl, y de pronto Robin se acordó del delineador de ojos corrido de Edie Ledwell el día que había llorado en la agencia.

—Fue muy buena conmigo —dijo Zoe entre sollozos—. Le dije lo

que acababa de decirme mi madre de acogida y ella me contó que también había estado en acogida. Y me envió un abrazo y yo le dije... le dije que era mi heroína y... y que la adoraba. Le dije que... Le dije que...

—Toma un pañuelo —dijo Robin en voz baja, sacando un paquete de su bolsa de tela.

—Lo siento... Es que... ojalá... Es que... la gente fue muy cruel con ella en las redes y yo... yo no... La gente decía que en sus dibujos había un montón de cosas chungas y... Pero... no sé, a mí siempre me había gustado, pero entonces, al leer lo que decía la gente, pensé que tenían algo de razón... Ojalá no hubiera... Mi novio dice que no hicimos nada malo, pero...

A Robin le sonó el móvil y, maldiciendo en silencio al autor de la llamada, sacó el teléfono de la bolsa. Era Strike.

—Hola. ¿Cómo te ha ido en North Grove?

—¡Ya te dije todo lo que tenía que decirte el fin de semana pasado, ¿vale?! —dijo Robin con absoluta frialdad—. Estoy ocupada.

—Vale —dijo Strike aguantándose la risa—. Ya me llamarás cuando no estés ocupada.

—De eso ni hablar —le soltó Robin, y colgó.

—¿Tu ex? —dijo Zoe con un hilo de voz. Se estaba enjugando las lágrimas con el pañuelo de papel que le había dado ella.

—Sí. —Robin volvió a meter el móvil en la bolsa—. Perdona, ¿qué me estabas diciendo?

—No, nada —contestó Zoe con aflicción.

Siguieron andando, y sólo se oía a Zoe sorbiéndose un poco la nariz. Highgate Hill era una calle larga y bien iluminada donde todavía había mucho tráfico. Un grupo de jóvenes les lanzaron piropos al pasar por la otra acera de la calle.

—Que os den —susurró Robin por lo bajo, y Zoe esbozó una sonrisa.

—También conocí a Josh Blay —explicó Zoe con la voz un poco ronca.

—¿En serio? —Robin se mostró aún más impresionada.

—Sí. Estuvo un mes viviendo en North Grove antes de que... los atacaran a Edie y a él.

—¿Y hablaste con él? —preguntó Robin, aunque estaba segura de que ya sabía la respuesta.

—¡No, qué va! ¡Estaba demasiado asustada! Pero entré en la cocina y me lo encontré allí plantado.

«Y te pusiste a temblar», pensó Robin.

—Y me puse a temblar —dijo Zoe con una risita llorosa—. Mariam me lo presentó y yo me quedé sin palabras. No fui capaz de decirle nada.

Aun así, Robin comprendió que Zoe era una excepción en el fandom de *Un corazón tan negro*: estaba claro que tenía en más estima a Edie Ledwell que a Josh Blay.

—¿Y qué te pareció Josh? —preguntó.

—Estaba fumado —respondió Zoe con una sonrisa triste en los labios—. Casi siempre lo estaba. No le gustaba relacionarse con la gente. Se pasaba la mayor parte del tiempo encerrado en su habitación y no paraba de poner esa canción de los Strokes, «Is Tis It». La ponía en bucle. Y entonces quemó la habitación.

—¿Cómo dices? —Robin fingió sorpresa una vez más.

—Bueno, Mariam tenía claro que había sido Josh —dijo Zoe—, pero yo no pienso lo mismo.

—Entonces, ¿quién crees que lo hizo?

—No puedo decirlo. Quiero conservar mi empleo.

Robin se planteó insistir, pero le había costado mucho ganarse la confianza de Zoe y no quería perderla.

—¿Y en qué consiste tu trabajo en North Grove, por cierto?

—Hago muchas cosas —dijo Zoe—. Cuando llegué a Londres fui a visitar el centro, pero sólo por curiosidad... para ver dónde había pasado todo. Entré en la tienda y me puse a hablar con Mariam. Me dijo que le gustaban mucho mis tatuajes y yo le conté que era muy fan de la serie y demás, y que acababa de salir de una casa de acogida. Ella me preguntó si tenía trabajo, le dije que no y entonces me ofreció el empleo.

»Suelo ayudar a Mariam los martes en la clase de los niños. Edie la ayudaba cuando vivía en North Grove... —prosiguió volviendo a adoptar aquel tono reverencial—. También limpio los pinceles, cocino un poco y cuido a los niños. Star, la hija de Freyja, es muy mona, pero Bram es... Bueno, no puedo con él. No me hace ni puto caso.

Por fin habían llegado a Junction Road.

—Oye —dijo Robin como si acabara de ocurrírsele la idea—, tú no habrás jugado nunca a ese juego, ¿verdad? Un juego que hicieron los fans basado en *Un corazón tan negro*. Sólo te lo pregunto porque yo sí... bueno, al menos un poco. Hace ya unos años —añadió—. En realidad, los dibujos acabo de descubrirlos. El juego estaba muy bien, teniendo en cuenta que en teoría lo habían hecho unos aficionados.

—Ya —dijo Zoe con cautela—, yo jugué un par de veces. ¿Qué nombre de usuario tenías? A lo mejor habíamos hablado en el chat.

—Me llamaba... Hostia, ahora no me acuerdo. —Robin soltó una risita—. NegroCorazón o algo así.

—Hay cantidad de NegroCorazones —indicó Zoe; era precisamente por eso por lo que Robin había elegido ese nombre.

Pasaron por delante de una juguetería, y el cadavérico reflejo de Zoe se deslizó por encima de las hileras de figuritas de plástico.

—Yo vivo ahí arriba —dijo, señalando el estrecho edificio de la esquina que Robin ya había visto en la fotografía de Strike.

—¿Ah, sí? ¿Compartes el piso con amigos?

—No, qué va. En el piso vive más gente, pero yo sólo tengo un cuartito —explicó Zoe—. Tiene lavamanos —añadió, casi a la defensiva.

—Los pisos de Londres —dijo Robin mirando al cielo.

—Ya —convino Zoe—. Bueno, me alegro de haberte conocido. Mola charlar con alguien de Yorkshire —agregó.

—Es verdad —dijo Robin con calidez—. Espero verte la semana que viene. Voy a llevar este monedero a la comisaría.

—¿Vives lejos de aquí?

—No, bastante cerca. ¡Hasta luego!

Zoe sonrió y dobló la esquina. Robin siguió caminando. Después de cruzar la calle, giró la cabeza y vio entrar a la chica en su edificio por una puerta lateral. Entonces sacó el móvil y, sin detenerse, le devolvió la llamada a Strike.

—Buenas noches —dijo él—. ¿Qué tal ha ido?

—Bastante bien —contestó Robin mientras buscaba un taxi con la mirada—. He conocido a Preston Pierce y a tu chica de los tatuajes.

—¿En serio?

—Sí. Trabaja en North Grove y... Un momento, que paro un taxi —dijo Robin levantando una mano.

Después de darle la dirección al taxista y meterse en el coche, Robin se acercó de nuevo el móvil a la oreja mientras buscaba el bloc y un bolígrafo en su bolsa. Quería escribir todo lo que le había contado Zoe antes de que se le olvidase algún detalle.

—Se llama Zoe Haigh —señaló—. Pero en el juego es la moderadora Gusano28.

—¿Lo dices en serio?

—Sí. —Robin le quitó el capuchón al bolígrafo con los dientes—. Vino a vivir a Londres para estar con su novio y es evidente que no les va demasiado bien. En el juego, Gusano28 me dijo: «Ojalá pudiese decirte dónde trabajo.» Pues Zoe trabaja en North Grove. Gusano28 me dijo que había conocido a Josh Blay, pero que no había podido hablar con él y se había quedado temblando. Zoe acaba de decirme exactamente lo mismo.

—Joder. ¿No te dije que pronto haríamos progresos?

—Espera, hay más —dijo Robin mientras escribía en el bloc que tenía abierto en el regazo—. Según Zoe, su novio le dijo que «no habían hecho nada malo». Por lo visto se sentía culpable, aunque tal vez fuese sólo por criticar *Un corazón tan negro* en las redes. Le gustaba mucho la serie de dibujos animados, pero por lo visto la convencieron de que su contenido era capacitista y todo lo demás.

—Su novio tiene que ser uno de los tres que se reunieron con Nils en el Red Lion & Sun —dijo Strike—. Yo apuesto por Wally Cardew.

—¿Tú crees?

—Zoe no me encaja para nada en la vida de Montgomery. Él vive con su novia, tiene un buen empleo: ¿para qué iba a liarse con una chica como ella?

—Tal vez todo empezó como un coqueteo online que ella se tomó más en serio que él. A lo mejor Montgomery no vio venir que Zoe haría las maletas y se trasladaría aquí para vivir más cerca de él.

—No lo veo, no con Montgomery. ¿Por qué iba a permitir que un coqueteo virtual desencadenara una situación que podría poner en peligro su bonita vida? Cardew no tiene novia, al menos que nosotros sepamos, y es un gilipollas. A él sí que me lo imagino acostándose con fans jovencitas y llevándose una sorpresa cuando una de ellas decide de pronto venir a vivir a Londres para estar cerca de él.

—¿Y qué me dices de Tim Ashcroft? —preguntó Robin.

—El típico pijo de colegio privado... No lo sé, podría ser él, pero diría que un tipo como Ashcroft buscaría a alguien un poco más...

—¿Más rebequita de cachemira? —sugirió ella.

—Sí, algo así.

—Es actor. A lo mejor se siente atraído por chicas más bohemias. Y no te olvides del alias de Zoe en el juego. Ashcroft interpretaba al Gusano.

—Sí, es verdad —admitió Strike, aunque no parecía muy convencido.

—Zoe ha dicho otra cosa —continuó Robin, sin dejar de tomar notas en una hoja que se volvía alternadamente naranja y gris a medida que el taxi pasaba por debajo de las farolas—. No cree que Blay le prendiera fuego a su propia habitación, pero no ha querido decirme quién cree que lo hizo. Me ha dicho que quería conservar su empleo.

—Interesante.

—Sí, ¿verdad? Pero también tengo malas noticias. He tenido que salir del juego. Anomia les ha ordenado a los moderadores que vigilen a la gente que inicia sesión pero luego no juega. Sospecha que la policía está espiando a los fans, lo que explicaría por qué últimamente él tampoco se conecta mucho.

—Es un inconveniente —dijo Strike—, pero no irreparable. Tendrás que acordarte de jugar bastante los próximos días para despejar sospechas. ¿Y Pierce?

De inmediato, una imagen del enorme pene de Preston Pierce apareció en la mente de Robin, que la ahuyentó con firmeza.

—Ha estado a punto de invitarme a tomar algo.

—No pierde el tiempo —comentó Strike, que no parecía muy

entusiasmado con esa idea.

—He rechazado irme con él porque prefería acompañar a Zoe a su casa, y creo que he acertado. No habría podido interrogarlo mientras vigilaba lo que pasaba en el juego. En fin, ya veremos qué pasa la semana que viene...

»Ah, otra cosa —añadió Robin—. Parece... Bueno, podría ser sólo una coincidencia, pero... en la cocina comunitaria hay una gran vidriera. La hizo Mariam, la profesora que imparte mi curso. Según Pierce lleva cinco o seis años allí. En esa vidriera hay... creo que es una cita, pero no estoy segura. Son unas palabras escritas en la parte superior... sobre la anomia. La vidriera representa una especie de comuna idealizada, y por lo visto todas las personas que aparecen en ella han estado en el colectivo o son amigos de Mariam. Y en la parte superior hay una cita sobre las condiciones bajo las que es imposible sentir anomia. Algo sobre... ¿órganos que están solidarizados entre sí?

Hubo una pausa, y Robin creyó oír los engranajes del cerebro de Strike. Finalmente, el detective dijo:

—Bueno, podría ser una coincidencia, pero sería una coincidencia muy gorda.

—¿Crees que Anomia sacó su alias de esa frase?

—Creo que es muy probable.

—Todos han estado en North Grove en algún momento. Todo el reparto.

—Has vuelto a hacer un trabajo de la hostia, Robin.

Robin creyó oír una voz femenina de fondo al otro lado de la línea. ¿La televisión, o Madeline Courson-Miles?

—Tengo que irme —dijo de repente—. Hablamos mañana.

Y colgó antes de que Strike pudiese responder.

41

Pero llega un muchacho sin ideas,
con andares y mirada arrogante y una sonrisilla...

CONSTANCE NADEN, *Selección natural*

El estado del muñón de Strike seguía empeorando. A pesar de que se aplicaba crema dos veces al día, debajo de la almohadilla de gel la piel estaba cada vez más irritada e inflamada. Temía estar ante los primeros síntomas de un edema, lo que supondría la ulceración y el desprendimiento de la piel, y sin embargo no pidió hora para que lo viera un médico. ¿Para qué pedir hora? No podía permitirse dejar de trabajar. Desde que habían añadido la vigilancia de Jago Ross a la lista de turnos, estaban totalmente saturados. La única solución era buscar a nuevos colaboradores e incorporarlos para que echaran una mano.

Como ya había agotado todos sus contactos de la policía y el ejército, Strike sacó la lista de ex colaboradores con los que había decidido no volver a trabajar. Por fin, al borde de la desesperación, rescató —con un contrato por semanas que podía rescindirse sin previo aviso a petición de cualquiera de las partes— al ex Gorra Roja Stewart Nutley, quien tres años atrás había empotrado su motocicleta contra la parte trasera de un taxi al que se suponía que sólo debía seguir. Strike había reprendido a Nutley por la infracción y lo había despedido de inmediato, de modo que, cuando lo llamó por teléfono, lo hizo sin ningún entusiasmo y tragándose el orgullo. Nutley, de treinta y tantos años, casado, con los dientes separados y pelo de color rubio ceniza, tenía una expresión pretenciosa y nada atractiva. Como no había logrado conservar ningún empleo de investigador privado desde que había dejado de trabajar para Strike, estaba deseoso de demostrar su valía a una agencia cuyo prestigio había aumentado considerablemente desde que él la había dejado. A pesar de que a ningún miembro del equipo le entusiasmó especialmente el nuevo fichaje, todos agradecieron poder contar con otro par de ojos y otro par de piernas.

Por otra parte, faltaba una semana para el lanzamiento de la nueva colección de Madeline, que ya no tenía tiempo para ver a Strike, algo que le venía de perlas al detective, aunque lo disimulara cuando hablaban por teléfono. En sus conversaciones, la tensión que

ella acumulaba se traducía en largos monólogos.

—No debería haber hecho una colección tan grande. Nunca más, en serio. Oye, ¿vendrás a recogerme después de la presentación? Necesitaré desconectar: ésta ha sido la peor de todas las que he hecho. Quiero estar con alguien a quien no le importe una mierda la joyería. Quiero estar contigo. Y quiero beber y follar.

Strike no tenía ninguna objeción a ese programa. Aun así, una sospecha surgida de la anterior invitación de Madeline a la presentación del libro de su amigo le aconsejó decir:

—De acuerdo, pero cuando haya terminado todo, ¿vale? No pretenderás que entre, ¿verdad? Porque seguro que habrá periodistas.

—Sí —dijo ella—, pero... Vale, no. Si no quieres, no hace falta que entres.

—Genial. Pues nos vemos luego. ¿A qué hora terminará?

—A las nueve —contestó Madeline—. Si puedes, ven, por favor. Te echo de menos y, si sé que vas a venir a sacarme de allí, saldré más contenta en las fotos.

—Deberías estar contenta de todas formas. Todo lo que me has enseñado es increíble.

—Corm, eres un amor... —dijo ella llorosa—. A mí ahora la colección me parece horrible, pero siempre me pasa lo mismo justo antes de un lanzamiento. Bueno, creo que me pasa eso, aunque todo es muy confuso y luego no me acuerdo bien de nada.

Así que Strike (que seguía abierto a darle una oportunidad a una relación sentimental formal) se había comprometido a recoger a Madeline después del lanzamiento de su colección, aunque sabía que lo que ella deseaba era que entrase a buscarla, mientras que él quería esperarla bien lejos del local donde, con toda seguridad, también estaría Charlotte. Aun así, expresar esa preocupación habría dado pie a otra conversación que él no quería mantener, de modo que el plan no había quedado del todo definido; quizá tanto él como Madeline confiaban en que se impusieran sus respectivas preferencias.

Entretanto, un par de oportunas ausencias redujeron temporalmente la presión a la que estaba sometida la agencia: Depredador se marchó diez días a Marruecos, y Dedos Largos se fue a Nueva York a visitar a su adoradora madre y al padrastro que sospechaba que el joven era un ladrón.

—Así que ésta es nuestra gran oportunidad —le dijo Strike a su equipo en una especie de discurso motivacional por videoconferencia (no había tiempo para celebrar una reunión presencial)—. Con un poco de suerte, podremos descartar a unos cuantos sospechosos de ser Anomia.

El primer lunes de mayo, que era festivo, Strike entró cojeando en el complejo residencial Lismore Circus poco después del amanecer,

dispuesto a vigilar el dúplex de tres dormitorios donde Wally Cardew vivía con su abuela y su hermana. A las ocho sólo había detectado dos señales de vida dentro de la vivienda: alguien había descorrido las cortinas, y un gato blanco como la nieve se había subido a la repisa de la ventana para contemplar la calle con la altanería característica de los de su especie.

Según el censo, el *youtuber* y su hermana vivían en aquel dúplex con su abuela desde hacía veinte años. La hermana de Wally trabajaba en una farmacia del vecindario; era rubia y de aspecto escandinavo como su hermano, pero tenía un cuerpo voluptuoso —mientras que él era bajo y fornido— y unos grandes ojos azules y los labios carnosos. Tanto Shah como Barclay habían informado a Strike, cuando no estaban presentes ni Robin, ni Midge ni Pat, de que no tenían ningún inconveniente en seguir vigilando a Chloe Cardew todo el tiempo que fuese necesario, e incluso cuando ya no fuese necesario.

Mientras Strike vigilaba el piso de Gospel Oak, Robin estaba sentada al lado de la ventana de una cafetería de Croydon llamada Saucy Sausage, situada justo enfrente de la casa donde vivían Yasmin Weatherhead y sus padres. Se alegraba de haber podido salir de la oficina. Los últimos días se había pasado un montón de horas metida en el juego para calmar las sospechas de Anomia de que pudiese estar allí espiando a otros jugadores, y eso había implicado unas cuantas conversaciones más por el chat privado con Gusano28, que ingenuamente le había contado que había conocido a una chica muy simpática «de donde yo vivía antes», aunque no le había revelado nada más sobre su novio ni sobre la identidad de Anomia. Strike entendía a la perfección que Robin quisiera hacer algo que no fuese pasarse todo el día mirando la pantalla de su iPad, así que había accedido a que se encargara de vigilar a Yasmin, a quien consideraba una persona de interés secundario en comparación con el resto de los candidatos a ser Anomia.

La calle en la que vivía Yasmin tenía un aire de respetabilidad soñolienta. En una acera había una serie de comercios y, en la otra, una hilera de casas adosadas de tamaño mediano, cada una con un jardincito delantero. Robin vigilaba la fachada de la casa de los padres de Yasmin, pero seguía atenta a lo que ocurría en el juego y en Twitter, donde Anomia ya había publicado un mensaje esa mañana.

Anomia
@AnomiaGamemaster

Dicen que Heather Ledwell está pensando en contratar a unas cuantas niñeras para que cuiden a los críos que parirá cuando empiece a #SacarTajada de *Un corazón tan negro*.

9:06 4 mayo 2015

Todos los sospechosos del caso Anomia sometidos a vigilancia estaban dentro de sus respectivas casas y fuera de la vista cuando Anomia publicó esas palabras. Kea Niven seguía sin vigilancia debido a la escasez de personal, aunque Strike había decidido dejar otro mensaje en el contestador automático de los Niven. El mensaje, que el detective había preparado cuidadosamente, pretendía que la joven se asustara ante la posibilidad de que Blay pensara mal de ella si se enteraba de que Kea se había negado a colaborar en la investigación.

A las diez y diez, Robin, que ya iba por la tercera taza de café para justificar su prolongada presencia en Saucy Sausage, y que todavía no había visto a Yasmin Weatherhead, recibió una llamada de Strike.

—Wally y su amigo MJ acaban de salir de su piso. Los estoy siguiendo. ¿Anomia está jugando ahora mismo?

—No, está ausente —dijo Robin con un suspiro, mientras hacía que Buffypaws esquivase al vampiro que deambulaba por los senderos del videojuego.

—Creo que van hacia el metro —comentó Strike, que hizo una mueca de dolor mientras se apresuraba para no perder de vista a los dos jóvenes—. MJ lleva una cámara de vídeo. Sería genial que Anomia entrase ahora en el juego. Cardew no está al teléfono.

—Estoy empezando a pensar que Anomia sabe muy bien cuándo sería oportuno que entrase en el juego, y que lo evita a propósito —dijo Robin amargamente.

—¿Hay señales de Yasmin?

—No. No ha salido nadie de su casa desde esta mañana a las nueve. Pero bueno, ten en cuenta que hoy es fiesta...

—Un momento —pidió Strike.

Robin guardó silencio.

—Alguien más los está siguiendo —añadió el detective en voz baja.

—¿La policía? —dijo Robin tan bruscamente que la camarera se dio la vuelta y la miró.

—No. Me parece que no. Te llamo luego.

El detective colgó. Era difícil no fijarse en el hombre que había visto. Medía más de un metro ochenta y llevaba el pelo al rape, tan corto que parecía que se hubiese afeitado la cabeza, aunque también lucía un bigote y una barba muy poblados. Cuando se acercaron Wally y MJ, estaba apoyado en una pared, aparentemente enviando mensajes con el móvil, pero, en cuanto pasaron de largo, se guardó el teléfono y echó a andar tras ellos con las manos en los bolsillos de los

vaqueros. En la parte de atrás de su vieja cazadora de cuero había una calavera sobre dos tibias cruzadas coronada con un casco de acero. El tipo llevaba muchos tatuajes, y si bien el de la Union Jack de un lado del cuello y el de la cruz gótica del dorso de la mano izquierda habrían podido ser falsos, el de la enorme calavera tatuada en la nuca, visible a través de milímetros de pelo rasurado, tenía que ser auténtico, de modo que no podía tratarse de un policía disfrazado.

El desconocido se metió en el mismo vagón de metro que Wally y MJ, y Strike los siguió. Los *youtubers* estaban muy enfrascados en una conversación y por lo visto no habían advertido que los estaban siguiendo un par de individuos. Con mucho disimulo, Strike hizo dos fotografías al desconocido con el móvil, y descubrió que tenía otro tatuaje en la nuez. Pese a que el detective no conocía bien el *futhark*, pensó que debía de ser una runa nórdica.

Tras un trayecto de veinte minutos llegaron al Embankment, donde Wally y MJ se apearon, seguidos primero por el hombre de los tatuajes y, a continuación, por Strike.

Los cuatro, dos de ellos todavía ajenos al hecho de que los estaban siguiendo, se dirigieron a Whitehall Gardens, donde Wally sacó un micrófono inalámbrico de su mochila y MJ encendió su cámara.

La razón por la que habían ido a Whitehall Gardens en un día festivo quedó clara cuando Wally y MJ empezaron a abordar a turistas para preguntarles, según pudo ver Strike, si podían entrevistarlos delante de la cámara. Primero se acercaron a un par de chicas japonesas, y luego a los miembros de una familia que, a juzgar por la camiseta de fútbol que llevaba el niño más pequeño, eran brasileños. Strike estaba demasiado lejos para oír lo que les preguntaba Wally, pero a medida que avanzaba cada una de las entrevistas vio que la expresión de los entrevistados pasaba de educada o nerviosa a risueña o divertida, y a veces consternada, o, en el caso del padre brasileño, enojada. Strike supuso que el objetivo del vídeo de ese día consistía en burlarse de los extranjeros. El hombre tatuado de la cazadora de cuero se sentó en un banco unos metros más allá, desde donde observaba la filmación sin mucho disimulo. Strike decidió no sentarse para que el barbudo no advirtiera que estaba haciendo lo mismo que él, así que se colocó detrás de una estatua de Henry Bartle Frere, un administrador colonial del siglo XIX; buscó «runas vikingas» con el móvil y encontró la marca exacta que el tipo de la barba lucía con tanto orgullo en el cuello. Parecía una letra P angulosa y se llamaba Turisaz, lo que, según internet, significaba «peligro, caos y fuerza bruta».

Strike estaba guardándose el móvil en el bolsillo cuando éste empezó a sonar.

—Cormoran Strike.

—¿Hola? —dijo una débil voz femenina, poco más que un susurro.

—Hola —saludó Strike—. ¿Con quién hablo?

—Soy… Kea Niven.

—Ah, hola —saludó Strike. Por lo visto, su mensaje de voz cargado de chantaje emocional había surtido efecto—. Gracias por devolverme la llamada, Kea. Me imagino que ya sabes de qué quiero hablar contigo, ¿verdad?

—Sí, de Anomia —dijo ella en voz baja—. Pero yo… Yo no sé nada.

No era la voz de una persona de veinticinco años. Si el detective no hubiese sabido su edad, habría pensado que estaba hablando con una adolescente de trece.

—¿Te parece bien que nos veamos en persona para hablar?

—Es que… no me encuentro bien. No creo… No creo que sea posible.

—Puedo ir yo a tu casa, si eso facilita las cosas —le propuso Strike.

—No, yo… no creo que pueda… Pero quiero ayudar —dijo con un hilo de voz—. De verdad. Por eso pensé… que lo llamaría y le diría… que yo no sé nada.

—De acuerdo —accedió Strike—. Bueno, supongo que será mejor que te diga, Kea, que circula por ahí la teoría de que Anomia eres tú.

No había ninguna necesidad de añadir que la teoría era de su socia.

—¿Que yo… qué?

—Que eres Anomia —repitió Strike.

—¿Quién…? Dios mío… ¿Josh… Josh piensa eso?

—Josh quiere que averigüe quién es Anomia-contestó Strike esquivando la pregunta —. Pero si estás demasiado enferma para hablar conmigo…

—Yo… Dios mío…

Kea empezó a llorar. Quizá sus sollozos eran auténticos o quizá no, pero ofrecer consuelo no era el trabajo de Strike. Se quedó observando el vuelo de las palomas contra el cielo nublado hasta que por fin la joven dijo:

—Pero ¿por qué…? ¿Por qué no puedo… decírselo por teléfono? Yo no sé nada… ¡Yo no soy Anomia! Yo nunca… Yo jamás…

—Mira, sólo quería darte una oportunidad para que dijeses lo que tuvieses que decir —explicó Strike—. Y también quería enseñarte unas cosas…

—¿Qué cosas?

—Unas fotos —contestó Strike, sin mentir del todo. Podría decirse que las capturas de pantalla que había hecho de los mensajes de Kea

en Twitter eran fotos—. Y algunos documentos —dijo, para añadir un poco más de intriga a la situación. La palabra «documento» siempre amedrentaba.

—Y... ¿por qué no me los envía por correo electrónico?

—Porque son confidenciales.

Hubo otra larga pausa.

—Yo... De acuerdo, está bien...

—¿Puedo ir a tu casa a hablar contigo?

—Sí, supongo que sí...

—¿Qué día te va bien? —preguntó Strike.

—Esta semana no —se apresuró a decir ella—. Estoy demasiado enferma. Mmm... Quizá el jueves de la semana que viene.

Ése era el día del lanzamiento de Madeline. Strike habría preferido no tener que hacer un viaje de ida y vuelta de cinco o seis horas a King's Lynn antes de recoger a su novia, pero su prioridad era descartar al máximo de sospechosos del caso Anomia, así que contestó:

—Estupendo. Viajaré desde Londres, calculo que llegaré sobre las once. ¿Te va bien?

—Sí —dijo Kea en voz baja—. Vale, a las once.

—Y no se lo cuentes a nadie, por favor —añadió Strike.

—¿A quién se lo iba a contar?

—Lo que quiero decir es que, si hablas de nuestra investigación, la entorpecerás. Y, como podrás imaginar, Josh está empeñado en que resolvamos este caso.

Después de colgar, Strike le mandó un mensaje a Robin para decirle que había concertado una entrevista con Kea Niven, y ella le contestó con una sola palabra: «Genial.»

Strike acababa de guardarse el móvil en el bolsillo cuando lo llamó Nutley, que en ese momento tenía que estar vigilando a Gus Upcott.

—¿Qué pasa? —preguntó Strike.

—Mi objetivo es el chico, ¿vale?

—¿Qué quieres decir? —dijo Strike tratando de contener su irritación.

—El viejo acaba de salir de la casa.

—¿En silla de ruedas?

—No, caminando con un bastón. Y va hablando por el móvil.

—Quédate donde estás a menos que salga el hijo —dijo Strike—. ¿Y los otros miembros de la familia?

—La mujer se ha llevado a la hija hará una media hora, en coche.

—Vale, pues sí, tu objetivo es Gus.

—Recibido.

Nutley colgó.

Wally y MJ habían convencido a un grupo de estudiantes chinos para que hablasen con ellos.

El tipo de los tatuajes, o Turisaz, como Strike lo había apodado, ya no estaba en su banco. Strike se quedó pensando en Íñigo Upcott, que en ese momento, justo después de salir su mujer y su hija, estaba caminando con ayuda de un bastón con sus atrofiadas piernas y hablando por el móvil en la calle, donde el único miembro de la familia que quedaba en la casa no podía molestarlo.

Llamó a Nutley.

—Sigue al viejo.

—¿Cómo?

—Síguelo. ¿Todavía lo ves?

—Sí, no va muy deprisa.

—Vale, pues ve tras él. Si puedes, intenta averiguar de qué está hablando.

Después de colgar otra vez, Strike se preguntó a qué estaba jugando Íñigo y no encontró ninguna buena respuesta. No le gustaban las corazonadas ni las intuiciones, que en su opinión no eran más que prejuicios o conjeturas infundadas. Sin embargo, sabía que, si hubiera sido él quien hubiese estado vigilando la casa de los Upcott, habría seguido a Íñigo.

Entretanto, en Saucy Sausage, Robin, que ya iba por la cuarta taza de café, había conseguido por primera vez establecer contacto directo con el moderador Infernal1, con quien todavía no había hablado nunca por el canal privado; lo había engatusado expresando su frustración ante una de las tareas más difíciles del juego.

Buffypaws: Lo he probado todo. PERO TODO JODER.

Infernal1: XD

Infernal1: no eres la única. Siempre tenemos bloqueos en la tumba de Wombwell

Buffypaws: Ayúdame

Infernal1: prueba con Drekismos.

Buffypaws: Los he probado todos

Infernal1: es de los difíciles. Intenta pensar qué diría Drek si un león de piedra no lo dejara pasar

Buffypaws:?

Buffypaws: se supone que estoy currando y en lo único que pienso es en cómo pasar al lado de un león de piedra

Infernal1: Pista: serie 2, episodio 3

Buffypaws: ok, eso servirá, pero si me despiden por ver Un corazón tan negro en el trabajo tú tendrás la culpa

Infernal1: XD por qué estás trabajando? Hoy es festivo

Buffypaws: es un negocio pequeño, no tengo que seguir un calendario estricto

Buffypaws: tú te has cogido fiesta?

Infernal1: sí pero no

Buffypaws:?

Infernal1: me he cogido fiesta, pero el Querido Líder me quiere aquí moderando hasta las 18

Infernal1: mi castigo por ir al fútbol el sábado

Robin escribió: «Infernal1 aficionado al fútbol» en su bloc. Luego, al azar, sugirió:

Buffypaws: M********* U**?

Infernal1: jaja, no. pero me encantó ver cómo los ganaba WBA.

Infernal1: tú eres fan del M** U?

A Robin no le interesaba el fútbol ni lo más mínimo, pero decidió que podía confiar en Google si necesitaba ayuda, así que tecleó:

Buffypaws: sí

Infernal1: XD lo siento

Buffypaws: y tú?

Infernal1: de The W*****

Robin sacó el móvil e hizo una foto de ese diálogo.

Buffypaws: por qué a Anomia no le gusta que vayas al fútbol?

Infernal1: se me olvidó que tenía que moderar y Cora tuvo que hacerlo ella sola todo el día

Robin se acordó de que tenía que vigilar la casa de los Weatherhead; levantó la cabeza y volvió a mirar por la ventana de la cafetería.

Una chica avanzaba con andares pesados por el sendero del jardín, y Robin sospechó de inmediato que era Yasmin Weatherhead. Tenía una melena larga y rubia y llevaba una rebeca negra hasta las rodillas que no lograba disimular su sobrepeso. La detective no le vio la cara, porque la chica iba cabizbaja, manipulando su móvil. La joven abrió la cancela del jardín, salió a la acera y se detuvo sin levantar la vista del teléfono.

Robin volvió a mirar la pantalla de su iPad. Infernal1 seguía enviándole mensajes.

Infernal1: me amenazó con retirarme el estatus de moderador, por la jeta

Infernal1: ya conoces su lema

—¿Me cobras, por favor? —le dijo Robin a la camarera mientras buscaba dinero en su monedero.

Al otro lado de la calle, Yasmin había levantado la cabeza. Tenía la cara plana y redonda y el cutis muy pálido, y ahora observaba el tráfico que iba en su dirección. Mientras la camarera le preparaba la cuenta, Robin respondió rápidamente a Infernal1.

Buffypaws: qué lema?

Infernal1: oderint dum metuant

Infernal1: ya lo habrás visto decirlo

Infernal1: lo dice todo el puto rato

Robin fotografió también ese intercambio.

Buffypaws: mierda, mi supervisor

Infernal1: ok ciao

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

Robin metió el iPad en la bolsa, pagó la cuenta y salió del Saucy Sausage con el móvil en la mano.

Un Ford Fiesta rojo oscuro estaba reduciendo la velocidad, conducido por un hombre blanco al que Robin no reconoció. La detective levantó un poco el teléfono y filmó a Yasmin sonriendo y saludando con la mano al conductor. El coche se detuvo frente a la chica para que se subiera y luego se marcharon. Robin se fijó en que la matrícula terminaba con las letras CBS, que casualmente eran las iniciales de Strike.

42

Bueno, algo de razón tenía
seguramente; los hombres que se equivocan
siempre la tienen.

ELIZABETH BARRETT BROWNING, *Aurora Leigh*

Tras ausentarse media hora, el tipo de los tatuajes volvió a aparecer en Whitehall Gardens. Iba hablando por el móvil mientras se paseaba entre bancos y arriates de flores, y Strike, que se había sentado en un banco a descansar, volvió a esconderse detrás de la estatua de Henry Bartle Frere; le dolía la pierna, y confiaba en que los *youtubers* dispusieran pronto de suficientes grabaciones de extranjeros desconcertados e hicieran una pausa para comer.

Y así fue: cerca de la una, Wally y MJ dejaron de grabar. Strike, que ahora llevaba gafas de sol y fingía hablar por teléfono, vio que Wally se guardaba el micrófono en la mochila, sacaba el móvil y empezaba a teclear. Y en ese momento, por fin, el tipo alto, barbudo y tatuado se dirigió con decisión hacia Wally y lo saludó.

El detective estaba demasiado lejos para oír lo que decían, pero habría jurado que los labios de Turisaz formaban las palabras «muy fan». Turisaz y Wally se estrecharon la mano y luego pasaron unos diez minutos charlando; a medida que avanzaba la conversación, ambos reían cada vez más, mientras que la expresión de MJ iba ensombreciéndose de forma progresiva.

Finalmente, Strike captó que Turisaz hacía una propuesta. Wally parecía dispuesto a aceptar, pero miró a MJ y él dijo que no con la cabeza. Tras discutir un par de minutos más, MJ se marchó con la cámara de vídeo; Wally y Turisaz salieron del parque en la dirección opuesta y se dirigieron a Villiers Street.

Strike llevaba menos de un minuto siguiéndolos, tratando de ignorar el dolor cada vez más intenso de la pierna, cuando volvió a sonarle el móvil: era Robin.

—Anomia ha entrado en el juego hace unos diez minutos, pero está inactivo. Está presente sin participar; su avatar sólo permanece ahí, suspendido. Podría estar hablando con alguien por un canal privado, pero lo más importante es esto: Barclay acaba de mandarme un mensaje. Tim Ashcroft está sentado en una cafetería, tecleando en un ordenador portátil. Dice que ha empezado a teclear hace unos diez

minutos.

—Vale, igualo la apuesta de Barclay y subo la tuya con un presunto supremacista blanco —dijo Strike con voz entrecortada mientras procuraba disimular su cojera—. Hace unos diez minutos Cardew ha empezado a teclear en su teléfono, pero lo ha interrumpido un tipo grandote y tatuado que lleva toda la mañana siguiéndolo, y me juego mil libras a que es miembro con carnet de la Hermandad de Ultima Tule.

—¿En serio?

—Sí —dijo Strike jadeando. Le estaba costando seguir el ritmo de los dos hombres que iban delante de él—. Lleva una runa tatuada en el cuello. Me parece que estoy presenciando en directo un intento de reclutamiento. A MJ lo han dejado tirado, y Cardew y el tipo de las runas van ahora hacia otro lugar. ¿Se sabe algo de los otros?

—No. Preston Pierce ha salido a comprar pan y ya ha vuelto a casa. Montgomery no ha salido de su piso en todo el día, y Nutley no me ha dicho nada, así que supongo que Gus tampoco ha salido de su casa.

—No, Nutley ya no está vigilando a Gus.

—¿Lo has despedido otra vez? —preguntó Robin consternada.

—No, no, está obedeciendo mis órdenes, luego te explico.

—Vale —dijo Robin—. Voy a enviarte un vídeo, pero no es urgente.

—En cuanto pare, lo veo. Mantenme informado acerca de Anomia.

Strike colgó.

Wally y su acompañante se metieron por un estrecho callejón, Craven Passage, y se encaminaron hacia un pub llamado Ship & Shovell, que en realidad estaba dividido en dos locales situados uno frente al otro en el callejón. Ambos locales tenían los marcos de la puerta y las ventanas pintados de rojo, y sendos letreros idénticos con un corpulento marino con peluca del siglo XVII. Wally y Turisaz entraron en el bar de la derecha.

Contento de poder detenerse, Strike esperó cinco minutos y se fumó un cigarrillo antes de entrar en el pub.

En uno de los lados del pequeño y abarrotado bar había una hilera de mesas, separadas entre sí mediante divisiones de madera. En uno de esos reservados, cerca de la puerta, estaban sentados Wally, Turisaz y un tercer individuo del que Strike sólo alcanzaba a ver la manga de una chaqueta de pana, porque había tres turistas alemanes frente a él que le tapaban la vista.

El detective pidió una pinta de cerveza Badger y buscó un sitio donde poder estar de pie, cerca de la mesa de sus objetivos y sin que ellos pudiesen verlo a él. El bullicio del pub hacía que fuera casi

imposible oír lo que decían, pero, gracias a una dilatada práctica, Strike consiguió desconectarse un poco del ruido que lo rodeaba y captar algunos fragmentos de la conversación que mantenían los tres hombres.

Turisaz hablaba con una voz sorprendentemente baja. El tipo de la chaqueta de pana tenía acento de clase media alta y en ese instante estaba felicitando a Wally por sus vídeos de YouTube. Por lo visto conocía muy bien su trabajo, algo que Cardew debía de encontrar de lo más halagador.

En un momento de la conversación, Wally adoptó el falsete de Drek y dijo:

—¡Ya veo que no eres ningún mukfluk, chiqui! —Y sus dos acompañantes rieron a carcajadas.

Al cabo de un rato, un camarero llevó varios platos de comida a la mesa de Wally. El pub se estaba llenando por momentos; Strike, que cada vez tenía más problemas para oír lo que decían sus objetivos, sacó el móvil y abrió el vídeo que le había enviado Robin.

Vio a la chica obesa y pálida de la rebeca larga y negra sonriendo y haciéndole señas al conductor del Ford Fiesta rojo, que detuvo el coche un momento y volvió a arrancar con Yasmin en el asiento del pasajero. Strike frunció un poco el ceño, rebobinó y volvió a ver el vídeo, y luego lo hizo una tercera vez. En esta ocasión lo puso en pausa justo en el momento en que se veía mejor el perfil del conductor. Aumentó la imagen y la examinó durante casi un minuto antes de escribir a Robin.

El conductor del coche de tu vídeo es Phillip Ormond

Robin tardó menos de un minuto en contestar:

Hostia!

Ya vi que reaccionaba de forma extraña cuando mencioné a Yasmin. Tendremos que investigar esto. ¿Qué hace Anomia?

Sigue en el juego, pero sin moverse ni hablar. Barclay dice que Ashcroft sigue tecleando. ¿Dónde está Cardew?

En el pub coqueteando con la ultraderecha

Gusano28 acaba de decirme que el lema favorito de Anomia es oderint dum metuant

«No importa que nos odien mientras nos teman»

Tiene sentido. Antes también he chateado en privado con Infernal1. ¿Qué equipo de fútbol puede ser The W***?**

The Whites = Leeds Utd. También lo llaman

The P*****

¿Los qué?

A ver si lo adivinas

Tras esbozar una sonrisa, Strike volvió a meterse el móvil en el bolsillo; cargó casi todo su peso en el pie de su pierna buena y trató de ignorar el dolorido extremo de su muñón y las punzadas que sentía en los isquiotibiales.

Un grupo de recién llegados se estaba acercando a Strike, y a él le pareció que hablaban en finés. Aprovechando la aparente necesidad de abrirles paso, se acercó un poco más a sus objetivos y alcanzó a oír algunas frases y fragmentos de lo que estaba diciendo el hombre de la chaqueta de pana, que sonaba a rollo promocional.

—... Y, a ver si me explico, ¿dónde queda el sentido del humor? Bueno, eso tú lo sabes mejor que na... Yo me considero un realista racial. ¿Has leído a Jared Taylor? Deberías leerlo, habla... exclusión, marginación, segregación... mira, tú eres un experto... con una amplia base... cambiar la cultura... discurso aceptable...

Strike hizo un intento de volver a apoyar su peso en la pierna ortopédica. Necesitaba orinar. Cuando saliera de los lavabos, trataría de hacer una foto a los acompañantes de Wally ayudándose de algún espejo estratégicamente situado.

Dio un paso hacia la escalera que conducía al sótano, pero no llegó más lejos. El pie ortopédico se le había enredado en las asas de un bolso que una de las finlandesas había dejado en el suelo. Strike intentó enderezarse, pero fue en vano, porque su mano resbaló en el panel de madera del reservado de Wally; se precipitó sobre uno de los finlandeses, que gritó sorprendido al verse empujado hacia un lado, y acabó cayendo pesadamente al suelo. Su vaso de cerveza, ya vacío, no se rompió de milagro, pero se alejó rodando por el suelo.

Todas las cabezas se habían girado para ver qué pasaba. Asegurándose de que sus objetivos no le veían la cara, Strike, humillado, ahuyentó con un ademán a la multitud de manos que se ofrecían a ayudarlo. Por la insistencia de los finlandeses, que hablaban un inglés perfecto, el detective comprendió que, al caer, se le había visto la varilla metálica de la prótesis. Consiguió ponerse de nuevo en

pie y, cabreado, fue cojeando hacia la empinada escalera y empezó a bajarla pese a que el muñón, ahora tembloroso, apenas soportaba su peso.

Una vez en los lavabos, se metió tambaleándose y resoplando en un cubículo, echó el pestillo de la puerta, bajó de golpe la tapa del váter, se sentó en ella y se subió la pernera del pantalón. La rodilla del muñón, que había soportado casi todo el impacto de la caída, ya se estaba hinchando. Se palpó la parte trasera del muslo y le dio la impresión de que los isquiotibiales se le habían vuelto a desgarrar. El dolor llegaba en oleadas y le producía náuseas. Se reprendió a sí mismo por no haber visto el bolso. Si se le hubiese enredado el pie bueno, no habría pasado nada: era la total falta de sensibilidad del pie falso lo que había provocado su caída.

Oyó que se abría la puerta de los lavabos, rezó para que quienquiera que hubiese entrado no tuviese necesidad de cagar y oyó con alivio el ruido de la orina al chocar contra el urinario. Se puso en pie, levantó la tapa del váter y orinó él también, apoyando una mano en la pared del cubículo para sujetarse.

La oficina no estaba lejos de allí, pero Strike dudaba que pudiese llegar a pie sin lesionarse aún más, de modo que se vería obligado a coger un taxi. Abrió la puerta del cubículo.

Delante de él —esperándolo, sin ninguna duda— estaba el barbudo de la runa al que el detective había seguido desde el complejo residencial de Wally. Alto y ancho de espaldas, exudando agresividad, Turisaz lo miró a los ojos sin pestañear, y entonces dio un paso adelante y se plantó a escasos centímetros del detective.

Transcurrieron tres segundos, que a Strike se le hicieron más largos que los que había tardado el vehículo en el que viajaba el sargento Strike de la Policía Militar en explotar y destrozarle media pierna; el tiempo suficiente para que el detective dedujera que su barbudo amigo lo había descubierto en algún momento, durante las horas en las que ambos habían estado siguiendo a los mismos objetivos; esos tres segundos bastaban y sobraban para que alguien que había sido un buen boxeador supiera lo que iba a pasar. Otros tal vez hubiesen dicho «Perdona», o «¿Pasa algo?»; quizá incluso hubiesen levantado las manos en un gesto de mansa rendición y hubiesen propuesto arreglarlo hablando; pero la amígdala cerebral de Strike había tomado las riendas de la situación, inundándolo de adrenalina y anulando temporalmente su insoportable dolor.

Amagó un golpe con la mano izquierda a la cabeza de Turisaz. El barbudo se apartó y atacó también, pero lo hizo demasiado tarde: Strike le había golpeado con fuerza en el plexo solar con la derecha. El detective notó que su puño se hundía en el blando abdomen de su oponente, oyó salir el aire de sus pulmones con un silbido agudo, lo

vio doblarse por la cintura y resbalar en el líquido que había en el suelo, que seguramente era su propia orina. Sin poder respirar, Turisaz cayó sobre una rodilla, y Strike se dirigió cojeando tan deprisa como pudo hacia la puerta.

Con el dolor reflejado en la cara, porque el giro que había necesitado dar para asestar el puñetazo había presionado el inflamado extremo del muñón contra la prótesis, Strike subió la escalera ayudándose del pasamanos, impaciente por llegar a la calle antes de que Turisaz recobrara el aliento. Wally y Chaqueta de Pana habían desaparecido; estaba claro que habían enviado a aquel perro guardián a librarse del tipo que los estaba vigilando para poder batirse en retirada.

Si existía alguna deidad que concedía pequeños favores después de las grandes pifias, ese día decidió sonreírle a Cormoran Strike. Un taxi negro apareció en Craven Street justo cuando el detective salía de Craven Passage, sudoroso y con el brazo levantado.

—A Denmark Street —dijo entrecortadamente, luchando con la manija y metiéndose en el coche.

Cuando el taxi arrancó, Strike miró por la luna trasera justo a tiempo para ver a Turisaz salir corriendo del callejón y mirar frenético a uno y otro lado de la calle. El detective detectó con claridad la palabra que formaban los labios del barbudo: «Mierda.» Strike volvió a mirar al frente. Sabía que esta vez se había lesionado la pierna hasta tal punto que ya no podría apoyarse en ella para caminar. La perspectiva de subir tres tramos de escalera metálica hasta su piso del ático lo horrorizaba: había muchas posibilidades de que tuviese que subir los escalones sentado, impulsándose hacia atrás con los brazos, como un niño pequeño.

Volvió a sonarle el móvil. Se lo sacó del bolsillo pensando que sería Robin, y entonces vio el número de Nutley.

—Hola —dijo tratando de disimular lo que estaba sufriendo—. ¿Qué hay?

—He descubierto algo sobre el tipo del bastón. —Nutley sonaba muy satisfecho de sí mismo—. El señor Upcott.

—Cuenta —dijo Strike, mientras el sudor resbalaba por su cuerpo.

—Tiene un rollo. Se ha pasado casi cincuenta minutos hablando con una mujer por teléfono. Hemos acabado en una cafetería. Me he sentado detrás de él y he podido oírlo casi todo.

—¿Cómo sabes que hablaba con una mujer?

—Bueno, eso se nota, ¿no? Por el tono de voz, por lo que decía. «Mi pequeña...» «Escúchame, cariño...» Me ha parecido que ella estaba preocupada porque temía que los hubieran descubierto. Era la que más hablaba; él se limitaba a tranquilizarla. He tomado notas —dijo Nutley, como si eso fuese algo que sólo se le habría ocurrido a una

persona de extraordinaria iniciativa—. «No te preocupes...» «Yo me encargaré de eso...» «Lo tengo todo controlado...» Me ha parecido que ella estaba muy asustada por algo. Probablemente le tiene miedo a su marido. «No tienes que sentirte culpable de nada...»

—¿Crees que él te ha visto?

—Bueno, a salir de la cafetería me ha mirado, pero por lo demás...

—Sal de ahí.

—No creo que...

—Sal de ahí —repitió Strike con tono más agresivo. No quería que los objetivos pudiesen identificar a los miembros de la agencia; él ya había cometido un error garrafal ese día, y con eso había suficiente —. Ya no puedes vigilar a los Upcott.

—Si no lo hubiese seguido hasta la cafetería, no le habría oído...

—Eso ya lo sé —lo cortó Strike. La tentación de desviar hacia Nutley la rabia que sentía hacia sí mismo era difícil de reprimir, pero necesitaba a aquel idiota—. De ahora en adelante te ocuparás de seguir a algún otro sospechoso. Lo de escuchar la llamada ha estado bien —añadió apretando los dientes.

Apaciguado, Nutley cortó la llamada, y Strike se recostó en el asiento del taxi. El dolor de la pierna derecha se extendía por todo su cuerpo. Incluso estuvo tentado de ofrecerle cincuenta libras al conductor para que diera un rodeo, porque así podría dejar de cargar su peso sobre el muñón un rato más.

43

No seas cruel y deja de cargarle
nuevas penas a quien ya sufre;
no llenes de espinas el arduo camino
de quien desfallece y sueña con reposar.

MARY TIGHE, *A* ______

Debido a la carga de trabajo en la agencia y al inminente regreso tanto de Depredador como de Dedos Largos al Reino Unido, Strike no habría podido escoger peor momento para quedar fuera de servicio, aunque estaba más preocupado por las posibles consecuencias de su chapucera vigilancia de Cardew que por las horas de trabajo adicionales que había impuesto a sus colegas. Era muy posible que Turisaz, presunto miembro de la Hermandad de Ultima Tule y quizá de The Halvening, se hubiese dado cuenta de que Strike era un detective privado. Ese temor hizo que, a la mañana siguiente, Strike llamara al inspector jefe Ryan Murphy y lo pusiera al corriente.

—Tomé fotografías del tipo de la runa en el cuello, puedo enviártelas ahora mismo —concluyó Strike, en un intento de mitigar la impresión de ineptitud de una historia que, explicada de viva voz, aún sonaba más bochornosa—. Como te he dicho, mi intención era fotografiar también al cerebro del grupo, pero entonces fue cuando me di la gran hostia y no pude hacerlo.

—Sí, esas fotos me vendrán muy bien, gracias —dijo Murphy—. Es muy sospechoso que ese tipo no haya ido a la policía a denunciarte por el puñetazo.

—Ya, bueno... Soy consciente de que estoy denunciando una agresión que he cometido yo mismo —repuso Strike, que ya había sopesado la conveniencia de hacerlo antes de llamar por teléfono.

—Perdona, no sé de qué me hablas —contestó Murphy.

—Gracias —dijo el detective.

—¿Qué puedes decirme del tercer tipo?

—Sólo vi que llevaba una chaqueta de pana. En ningún momento pude verle la cara. Tenía acento de clase media alta y se expresaba con fluidez.

Strike volvió a oír que Murphy tecleaba en su ordenador. Finalmente, el inspector dijo:

—Vale, dame un segundo.

Strike oyó pisadas y dedujo que Murphy estaba llevándose el móvil a algún sitio para alejarse de sus colegas. Poco después escuchó el ruido de una puerta que se cerraba.

—Ya está —dijo Murphy por fin, de nuevo al teléfono—. Tu agencia nos ha sido muy útil, así que voy a compartir algo contigo. Confío en que quedará entre nosotros.

—Entendido —contestó Strike.

—The Halvening ha cambiado su forma de comunicarse. Siguen en la internet oscura, pero anoche el mi5 grabó una conversación en la que hablaban de que creían que un agente de paisano había seguido a uno de sus miembros hasta un pub donde estaban intentando reclutar a lo que ellos llaman una «cara». Creíamos que ya no les interesaba Cardew, pero es evidente que sí. El matón que se encaró contigo en los lavabos sólo tenía que retenerte, para que Cardew y el otro tipo tuvieran tiempo de largarse de allí. Se ha llevado una bronca de cuidado por haberse pasado de la raya al manejar el asunto.

»Por el momento no saben quién eres. Creo que te has librado, pero de todas formas te aconsejo que tengas cuidado con la seguridad de ahora en adelante. Si recibes algún paquete inesperado, llámanos.

Así que Strike tuvo que informar a Pat y a sus colaboradores de que existía una posibilidad, aunque remota, de que, por su culpa, la agencia se hubiese convertido en el objetivo de un grupo terrorista de extrema derecha. Por supuesto, no contaba con que la noticia le levantara la moral a la plantilla, y en cuanto los dejó solos se imaginó lo que sus empleados estarían diciendo de él. Una vez en su ático, se aplicó crema en el extremo del muñón y un gel antiinflamatorio en los doloridos isquiotibiales; siguió poniéndose compresas de hielo y rogó al cielo que todo aquello se curase pronto.

A pesar de que Robin era socia de la empresa, los colaboradores externos seguían considerando que Strike era el jefe —al fin al cabo, era su nombre el que estaba grabado en la puerta de cristal—, y ya fuera por esa razón o porque tenían escrúpulos para descargar su enfado con un cojo confinado en un ático, fue Robin quien tuvo que encajar sus muestras de descontento.

—Mira, espero que esté bien y se recupere —le dijo Dev con un tono un poco cortante; llamaba desde Hampstead, donde los Upcott seguían ocultos tras las paredes de su casa—. Pero la verdad es que todo esto es una putada, ¿no crees?

—Espero que al menos encuentre a otro colaborador —dijo Midge desde Lancashire, también enfurruñada. Tim Ashcroft había emprendido una gira de una semana por diversas escuelas del norte del país con los Roving School Players, y a Midge le había tocado seguirlo hasta allí con un par de pelucas en el bolso—. Porque así no podemos continuar.

—El muy cabronazo debería habernos dicho que tenía la pierna mal —gruñó Barclay cuando Robin y él coincidieron junto a la tetera de la oficina.

—No se cayó a propósito —le espetó Pat desde detrás de su mesa, antes de que Robin pudiera responder.

Robin y Barclay se dieron la vuelta y miraron a la secretaria. Era la primera vez que la oían defender a Strike.

—¿Qué pasa? —dijo Pat sujetando el cigarrillo electrónico con los dientes—. ¿A vosotros os gustaría estar atrapados ahí arriba, saltando a la pata coja por el piso?

—Ahora mismo, yo me cortaría la pierna derecha a cambio de una siestecita —dijo Barclay con acritud. Dejó la taza en la que había empezado a prepararse un té y se marchó.

—Menudo ingrato de mierda —masculló Pat cuando los pasos de Barclay se perdían ya por la escalera—. ¿Así agradece que Strike le diera trabajo?

—Estamos todos muy estresados, Pat, eso es todo —dijo Robin, que también estaba agotada. Sus intentos de deambular por *El juego de Drek* y, al mismo tiempo, vigilar a los sospechosos la estaban poniendo al límite—. La mujer de Sam está enfadada porque trabaja demasiadas horas.

—Por cierto, Hugh Jacks te ha llamado otra vez. Por lo visto creía que yo no te había dado el recado.

—Joder —dijo Robin con fastidio—. Perdona, Pat. Lo llamaré y se lo dejaré bien claro.

Se llevó el té al despacho y cerró la puerta, muy molesta por el hecho de que Hugh Jacks hubiese añadido otra cosa más a una lista de tareas pendientes que ya parecía inabarcable. Entró en *El juego de Drek* y vio que sólo había un moderador, Traslúcida; se movió un poco por el juego para que no regañaran a Buffypaws por estar inactiva, y luego volvió a una cuenta de Instagram en la que estaba curioseando por iniciativa propia: la de Christabel Ross, la hija de catorce años de Jago Ross y su primera mujer.

Robin, como Strike, sospechaba que Ross estaba tomando muchas precauciones para que no lo fotografiaran en ninguna situación que pudiese comprometerlo, y a Robin se le había ocurrido la idea de husmear en las cuentas de sus hijos mayores a raíz de la monitorización constante en redes sociales que requería el caso Anomia. Se sentía un poco cutre haciéndolo, pero como se suponía que Ross encarnaba una amenaza aún mayor que The Halvening para el funcionamiento de la agencia, había ignorado los dictados de su conciencia.

Encontrar a Christabel en Instagram había sido bastante fácil: le había bastado con cruzar las fotografías de la familia Ross que habían

aparecido en la prensa. Una vieja fotografía del cuadragésimo cumpleaños de Jago había resultado especialmente útil: la había encontrado en Tatler.com, y en ella aparecían Jago, Charlotte (en avanzado estado de gestación y más bella que nunca) y las tres hijas de Ross de su primer matrimonio, que habían heredado su pelo rubio casi blanco, la cara estrecha y los pómulos marcados. La mayor no se había esforzado en sonreír a la cámara, y Robin, tras examinar de cerca la imagen, vio que, a menos que fuese un efecto óptico, los nudillos de Jago estaban blancos a causa de la fuerza con que agarraba a su hija por los delgados hombros.

La cuenta de Instagram de @christy_ross estaba llena de selfis, fotografías del batería Ashton Irwin, del que por lo visto estaba locamente enamorada, y fotos de compañeras de clase haciendo muecas. Sin embargo, también había una serie de publicaciones reposteadas de otras cuentas de Instagram, todas ellas con temas muy similares.

El chivo expiatorio es el niño que se atreve a discrepar con el progenitor narcisista.

UN PROGENITOR AUSENTE ES MEJOR QUE UNO TÓXICO.

Algunas personas están en tu vida para enseñarte lo que no es el amor.

Justo en ese momento, sin embargo, le sonó el móvil, y Robin no pudo seguir investigando la actividad de Christabel en las redes sociales.

—Lo siento —dijo Strike. Últimamente se sentía tan culpable que se estaba acostumbrando a empezar cualquier intercambio verbal con esa frase—. No sé si estás muy ocupada o si tendrías tiempo para una breve reunión de socios.

Así que Robin cogió la taza de té y subió al piso de arriba, con el iPad en la otra mano, y llamó a la puerta del ático de Strike golpeándola suavemente con el codo.

Strike fue a abrir con las muletas y con la pernera derecha del pantalón recogida. Tenía el cutis grisáceo, y el hecho de no ir afeitado lo acentuaba aún más.

—Lo siento —repitió.

—No pasa nada —dijo Robin.

El ático de Strike, que constaba de una cocina, un dormitorio y un

cuarto de baño enano con un váter y una ducha, estaba tan limpio y ordenado como siempre. Sólo había dos objetos de valor decorativo o sentimental. El primero era una fotografía escolar de sus tres sobrinos que le había enviado su hermana Lucy. Strike no sentía demasiada simpatía por Luke, el mayor de los tres; el más pequeño, Adam, le era más o menos indiferente; pero sentía gran debilidad por Jack, que tenía doce años, y por eso había puesto la fotografía encima de la cómoda del dormitorio, todavía con su marco de cartón. En el piso sólo había otro artículo sin ninguna función: una fotocopia del detallado trabajo de tres páginas, escrito e ilustrado a mano por Jack, sobre la batalla de Neuve Chapelle, que ahora estaba pegado con cinta adhesiva en los armarios de la cocina de Strike. Aquella tarea le había valido a su sobrino favorito un sobresaliente en Historia, y el entusiasmo y las felicitaciones de Strike habían animado a Lucy a enviarle una fotocopia en color.

—¿Lo ha hecho Jack? —preguntó Robin, deteniéndose a examinar el trabajo. Había estado con Strike junto a la cama de hospital de Jack mientras el niño combatía la infección que lo había llevado a Cuidados Intensivos, y lógicamente sentía un interés especial por él.

—Sí —dijo Strike sonriendo y, al mismo tiempo, haciendo una mueca de dolor al sentarse en una de las sillas de la mesita de la cocina—. Es un buen trabajo, ¿verdad?

—Es genial —convino Robin sentándose frente a él. Strike tenía el portátil abierto encima de la mesa, y Robin apoyó su iPad en la parte trasera del dispositivo de su socio, sin cerrar sesión en *El juego de Drek*.

—He estado buscando otro colaborador, pero no encuentro a nadie. Vamos a tener que dejar un caso.

Robin, que había estado pensando lo mismo, se apresuró a decir:

—El caso Anomia no.

Strike titubeó.

—Bueno, yo también quiero conservar el caso Anomia, pero es el que requiere más personal.

«Lo que nos ha matado ha sido añadir al marido de Charlotte», pensó Robin, pero se abstuvo de decirlo.

—Vale. Si no quieres que dejemos a Anomia, tendrá que ser a Depredador —dijo Strike—. De todas formas, la clienta se está impacientando. Ayer hablé con ella por teléfono. Prácticamente me propuso que le hiciéramos la cama a Depredador. Es un cerdo, eso ya lo hemos demostrado, pero no estoy dispuesto a colocarle drogas. A Dedos Largos no quiero perderlo, nos van a pagar mucha pasta.

—De acuerdo. Me parece bien. ¿Llamas tú a la madre de Patas, o...?

—Sí, ya la llamo yo. ¿Sabes algo de Midge?

—No mucho. Ashcroft se pasa largos ratos tecleando en diferentes

cafeterías —explicó Robin—, y en dos ocasiones ha coincidido con que Anomia estaba en el juego, así que desgraciadamente todavía no podemos descartarlo... ¿Cómo le va a Spanner con el sitio web, por cierto?

Strike cogió su portátil y lo orientó hacia Robin.

Arte y Teatro en la Escuela

El principal centro de recursos del Reino Unido para utilizar el arte y el teatro como herramienta en diversas asignaturas. ate ofrece materiales didácticos y talleres para todos los niveles de enseñanza, desde la primaria hasta la superior.

Spanner había creado un sitio web muy convincente. Robin se desplazó hacia abajo por la página de inicio, que presentaba numerosas fotografías de representaciones teatrales y varias citas de actores que aseguraban haber trabajado con ate.

—Son fotografías de archivo —dijo Strike—. Y las entrevistas con actores están cortadas y pegadas de otras publicaciones. Si clicas en «Quiénes somos»...

Robin clicó y apareció una breve lista de personas que presuntamente dirigían ate. Sobre el pie de foto «Venetia Hall» faltaba la fotografía.

—Spanner necesita una foto tuya con peluca —comentó Strike.

—Vale, se la mandaré —dijo Robin apuntándoselo.

—También ha creado un perfil de Twitter de Venetia y le ha comprado cinco mil seguidores.

—¿Cómo dices?

—Que ha comprado cinco mil seguidores —repitió Strike—. Yo tampoco sabía que se pudiera hacer, pero añadirá credibilidad si Ashcroft es lo suficientemente desconfiado para buscar a Venetia fuera del sitio web.

—Vale. ¿Y qué hay de Kea Niven? ¿Prefieres que vaya yo a King's Lynn?

—No, para entonces espero estar recuperado. Todavía falta una semana —dijo Strike—. ¿Has visto su página de tumblr últimamente?

—No. ¿Por qué?

Strike volvió a orientar el portátil hacia sí mismo, tecleó unas palabras y lo giró de nuevo hacia Robin, que leyó:

La semana pasada me pidieron que hiciera una cosa que sé que me va a provocar angustia y que va a tener consecuencias negativas en mi salud física y mental. Está relacionada con un grave trauma que

he sufrido no hace mucho y que no creo haber superado del todo. De hecho, creo que ahora tengo síntomas de trastorno de estrés postraumático.

Ya sé que pasar por la difícil experiencia por la que me veo obligada a pasar tendrá efectos catastróficos en mi salud. Y sin embargo, he aceptado hacer lo que sé que me perjudicará.

Ya he explicado otras veces en el blog que intento encontrar la forma de existir de manera menos sacrificada, buscando mecanismos sanos para definir y afirmar mis límites. La sociedad nos dice que para ser «buena persona» hemos de priorizar las necesidades de los demás en lugar de las nuestras. Como todos los enfermos crónicos, siempre me castigo a mí misma por no ser capaz de gestionar cosas que las personas sanas dan totalmente por hechas.

Uno de mis (¡muchos!) problemas es que tengo TDAH, acompañado de un pequeño trastorno adicional llamado «Disforia Sensible al Rechazo». Mi DSR la desencadenan las críticas que las personas neurotípicas aceptarían sin problemas. Por eso cuando me dicen (implícitamente) que soy egoísta por no querer hacer algo que sé que me perjudicará, me dejo persuadir con facilidad, aunque sepa que me están manipulando.

Pues eso, supongo que tener dolor crónico o ideas suicidas no es suficiente. ¡Gracias, vida! ¿Hay por ahí algún otro *spoonie* que me pueda aconsejar?

#enfermacrónica #spoonie #POTS #TDAH #DSR #alodinia #sfc #enfermedadinvisible #discapacidad #desencadenantes #límites #DSR #capacitismo

Debajo de ese texto había dos comentarios:

spoonie-sara-j
Kea, aunque te cueste, tienes que pensar EN TI!
jules-evola
Mátate.

—¿Qué es un *spoonie*? —preguntó Strike cuando Robin terminó de leer.

—Yo también tuve que buscarlo —dijo Robin—. Es un término que usan los enfermos crónicos. Procede de un blog que hizo alguien en el que comparaban tener una cantidad limitada de energía con tener un número limitado de cucharas.

—¿De cucharas? —repitió Strike.

A pesar de lo cansada que estaba, Robin sonrió ante la cara de desconcierto de Strike.

—Me parece que la persona que quería explicar lo cansada que estaba cogía un puñado de cucharillas que representaban sus unidades de energía. En fin, Kea no se ha echado atrás, ¿no? Menos mal.

—Todavía no —dijo Strike cogiendo el paquete de cigarrillos. Encendió uno, tiró la cerilla en el cenicero y añadió—: ¿Has tenido tiempo de leer las notas que escribió Nutley sobre Íñigo Upcott?

—Sí —contestó Robin—. Podría ser un rollo, evidentemente, pero también podría ser que Íñigo sólo estuviera aconsejando u orientando a alguien.

Las notas de Nutley no habían ayudado mucho a reconstruir la conversación, porque eran muy escasas. De hecho, Nutley le había leído casi todas sus anotaciones a Strike por teléfono.

—A mí «Mi pequeña» me parece una expresión demasiado íntima para que un mentor la use con su pupila —opinó Strike—. Aunque dudo mucho que la vida sexual de Íñigo vaya a ser la clave para resolver este caso...

Si su socio no hubiese parecido tan cansado y deprimido, Robin quizá le habría preguntado cómo se le había ocurrido decirle a Nutley que siguiese a Íñigo. Tal vez su cara revelara lo que estaba pensando, porque Strike prosiguió:

—No sé por qué le dije a Nutley que lo siguiera. Probablemente porque me pareció interesante que Íñigo hiciera una llamada fuera de casa, donde pudiese estar seguro de que nadie iba a oír lo que decía.

Sonó el móvil de Strike. Robin leyó «Madeline» del revés en la pantalla, así que se levantó de inmediato y dijo:

—Te dejo para que puedas hablar. De todas formas, tengo que irme.

Si Robin no se hubiese levantado, Strike habría dejado que saltara el contestador. No le entusiasmaba la idea de soportar otro monólogo de cuarenta y cinco minutos centrado en el vaticinio de que el lanzamiento iba a ser un desastre total, pero como no se le ocurrió ninguna excusa para que Robin siguiera hablando, esperó a que saliera y cerrase la puerta, y entonces contestó.

La llamada empezó como habían empezado todas las llamadas de Madeline aquellos últimos días: con una sincera preocupación por el estado de la pierna de Strike y un genuino pesar y frustración por no haber podido ayudarlo, o, siendo más realistas, por no haber podido acogerlo en su casa debido a lo ocupada que estaba. Strike no se había molestado, ni mucho menos: en el fondo se había alegrado. Ya le había explicado muchas veces a Madeline que donde estaba mejor era en su ático, porque lo tenía perfectamente adaptado para moverse por él con una sola pierna y allí se sentía autosuficiente.

—¿Tienes bastante comida? —preguntó Madeline preocupada.

—Sí, me la trae Pat —contestó Strike, y era verdad. La secretaria

de la agencia le subía las bolsas de la compra sin rechistar.

—¿Y cuándo crees que podrás volver a salir?

—Supongo que dentro de un par de días.

—Ah, ¿y podrás venir a recogerme después del lanzamiento la semana que viene?

—Si por entonces ya puedo andar…

—Acabas de decir que crees que estarás recuperado dentro de un par de días.

—Sí, seguro que sí —dijo Strike, esforzándose por disimular su irritación.

Después de aquello, tal como el detective esperaba, Madeline se lanzó a un nuevo monólogo sobre las tribulaciones que estaba padeciendo con su nueva colección de joyas. Strike permaneció callado, fumando y tratando de no pensar en Robin.

44

... los cansados actores, tras quitarse la máscara,
reconocen el rostro que ellos mismos olvidaron
y sentados en el regazo de la noche protectora
aprenden de ella sus propios secretos...

AUGUSTA WEBSTER, *Medea en Atenas*

El jueves era el día de las elecciones generales. «La pluma de la justicia», que publicaba una entrada en su blog por primera vez desde el asesinato de Edie Ledwell, informó a sus lectores de que plantearse siquiera votar a un partido que no fuese el laborista revelaba una absoluta falta de humanidad. Wally Cardew, por su parte, compartió un vídeo en el que el líder del Partido de la Independencia del Reino Unido afirmaba que los migrantes acudían a Gran Bretaña para recibir tratamiento contra el VIH con un coste de 25.000 libras por paciente. Wally contestó desafiante y mordaz a quienes inundaron su cuenta con insultos y acusaciones de racismo e intolerancia, y tuiteó: «Los ciudadanos británicos tienen que esperar meses para recibir tratamiento médico por culpa de esos frescos que se saltan la cola.» Entre los que expresaron su apoyo a Wally había un usuario de Twitter llamado @jkett_hut, que le envió este mensaje: «Sigue diciendo la verdad. Inglaterra debe mantenerse blanca.»

Debido a las elecciones, esa noche la clase de dibujo al natural de North Grove se había cancelado. La segunda clase nocturna de Robin había sido mucho menos fructífera que la primera: Preston Pierce no había aparecido y, en lugar de dibujar a un hombre desnudo, los alumnos se habían dedicado a dibujar una serie de calabazas secas y botellas de cristal. Zoe le había comentado a Jessica Robins que iba a quedarse a dormir en el colectivo para hacer de canguro, de modo que su paseo nocturno hasta su casa no se había repetido, y no había habido ocasión para más confidencias. Aparte de esa charla con Zoe, Robin había procurado hablar poco, con la esperanza de que la gente olvidase el acento londinense que había fingido en la primera clase.

La detective había previsto pasar la mañana del día de las elecciones en su casa metida en *El juego de Drek*; luego iría a votar y, durante el resto de la tarde y hasta la noche, se encargaría de la vigilancia de Wally Cardew. Por desgracia, una emergencia personal imprevista desbarató por completo sus planes. Max, su compañero de

piso, tenía cita en el dentista y la dejó a cargo de su anciano perro salchicha, *Wolfgang*, que llevaba veinticuatro horas sin comer nada y por la noche se había orinado en la cama de Max, algo que no había vuelto a hacer desde que era un cachorro. Esa mañana, *Wolfgang* también se había negado a salir a pasear, y se había quedado temblando en la acera cuando Max lo sacó en brazos y lo puso en el suelo.

Apenas veinte minutos después de que se hubiera quedado sola con él, la respiración de *Wolfgang* se volvió agitada e irregular. Sin poder hablar con Max, que ya debía de estar sentado en el sillón del dentista, Robin, preocupada, decidió llevar a *Wolfgang* al veterinario.

Como se había criado en el campo, tenía bastante claro cuál iba a ser el veredicto del veterinario, pero no por eso le resultó más fácil encajar el golpe; durante el tiempo que había convivido con Max, se había encariñado mucho con aquel perrito.

—No es mío —dijo con un nudo en la garganta—. Su dueño está en el dentista. Por favor, permítanme que lo llame antes de que…

Dos horas más tarde, Max y Robin, llorando a lágrima viva, vieron cómo el veterinario dormía a *Wolfgang* para siempre. Mientras su desolado amigo gestionaba la incineración de la mascota, Robin salió al vestíbulo y fingió curiosear entre los juguetes para gatos mientras se secaba las lágrimas con la manga.

Justo en ese momento le sonó el móvil, y Robin contestó sin dejar de examinar los juguetes, sonándose la nariz y con la mirada empañada.

—Hola —dijo Ilsa.

—Hola —dijo Robin tratando de recomponerse—. ¿Cómo estás?

—Bien. ¿Y tú? Tienes una voz un poco rara.

—Yo… Acaban de sacrificar a *Wolfgang*, el perro de Max.

—Vaya, lo siento.

—Gracias —respondió Robin mientras buscaba otro pañuelo de papel en su bolsillo—. ¿Cómo va todo?

—Bien, Nick y yo nos hemos cogido el día libre, y he aprovechado para contarle lo del bebé.

—Bueno, menos mal —murmuró Robin, que le había aconsejado a su amiga que lo hiciera todas y cada una de las veces que habían hablado por teléfono últimamente. Ilsa ya estaba embarazada de dieciséis semanas, y a Robin le angustiaba que le hubiese ocultado la noticia a Nick tanto tiempo—. ¿Cómo se lo ha tomado?

—Primero se ha puesto furioso y luego loco de alegría. Según él, no se lo había contado para castigarlo por haberme dicho que trabajaba demasiado y que, después del último aborto, debería tomarme las cosas con más calma. Le he dicho que ésa no era la razón por la que todavía no se lo había contado, que yo sólo quería

ahorrarle tener que pasar otra vez por el mismo dolor si el embarazo volvía a salir mal. Y entonces, de repente, ha empezado a regañarme por trabajar en un caso tan estresante de terrorismo sabiendo que volvía a estar embarazada.

—Joder —exclamó Robin, debatiéndose entre la risa y el enfado —. ¿Cuándo aprenderá?

—Total, que hemos tenido una discusión espectacular —dijo Ilsa alegremente—, pero luego hemos hecho las paces y Nick ha llorado un poco, y ahora estamos comiendo y bebiendo champán. ¡Ah, y es un niño!

—Por favor, Ilsa, dime que eso también se lo has dicho a Nick. No quiero que cualquier día se me escape...

—Sí, sí, se lo he dicho. En la foto de la ecografía ya se ve que es un niño. Eso ha sido lo que le ha hecho llorar cuando se lo he enseñado...

—¿Cuando le has enseñado qué, el pene de su hijo?

—Ya sabes lo que sienten los hombres por su pene —dijo Ilsa—. Un orgullo infinito.

Pese a lo triste que estaba por *Wolfgang*, Robin se rio.

Entre la muerte del perrito, la noticia de Ilsa y la necesidad de vigilar el dúplex de Wally Cardew, Robin se olvidó por completo de ir a votar, y cuando se apagaron todas las luces en casa de los Cardew, el colegio electoral, lógicamente, ya estaba cerrado.

Al llegar a casa, la detective se encontró con Max y su novio abrazados en el sofá. Richard ya estaba hablando de la posibilidad de buscar un cachorro cuando se instalase en casa de Max, y como no quería molestar, Robin cogió un sándwich de queso y una manzana y se los llevó abajo, a su dormitorio.

Abrió el portátil y vio que ya habían empezado los sondeos a pie de urna: si resultaban correctos, las elecciones, que se suponía que iban a ser muy reñidas, las habían ganado los conservadores con holgura. Robin oyó los gritos de decepción de Max y Richard en el piso de arriba, y dedujo que habrían visto los mismos resultados que ella.

Deprimida, cogió el iPad para ver qué estaba pasando en el juego. Poco después de medianoche, apareció Anomia entre las habituales aclamaciones de los demás jugadores. Por lo visto, el gamemaster estaba contento y comunicativo, y contestó a los saludos con réplicas entre jocosas y ofensivas. Los que tenían el privilegio de que Anomia los insultara se lo tomaban como una señal de aprecio y afecto.

La detective anotó en su bloc la hora exacta de la aparición de Anomia en el juego, y luego mandó un mensaje a Midge, Nutley y Shah, que estaban vigilando a Seb Montgomery, Tim Ashcroft y Preston Pierce, respectivamente. Todos los objetivos se encontraban

en casa y fuera de la vista.

Robin suspiró y volvió al ordenador. Anomia estaba hablando por el chat principal del juego.

Anomia: algunos de vosotros ya lo sabéis

Anomia: pero tenemos camisetas disponibles en www.SalvemosElJuegoDeDrek.org

Anomia: ya os podéis comprar las vuestras

Entonces se abrió un nuevo canal en la pantalla de su ordenador.

<**Se ha abierto un nuevo privado**>;

<**8 Mayo 2015 00:23**>;

<**Anomia invita a Buffypaws**>;

Robin, preocupada, se quedó mirando la pantalla. Era la primera vez que Anomia quería hablar en privado con ella.

Buffypaws: hola

Tal vez podía intentar sacar partido de su nerviosismo:

Buffypaws: he hecho algo mal?

Mientras esperaba la respuesta de Anomia, echó un vistazo al juego, donde acababa de entrar Morehouse. La capa del avatar de Anomia estaba suspendida en el aire, pero sin desplazarse. Robin sospechó que estaba hablando con alguien más, o quizá con varias personas, en otros canales privados.

Anomia apareció por fin en el suyo:

Anomia: XD

Anomia: tienes mala conciencia/?

Buffypaws: sí, me siento culpable

Buffypaws: no he ido a votar!

Anomia: menuda chorrada sentirse culpable poreso

Anomia: yo maté a una persona el otro díay no me siento culpa ble

Anomia: aunque igual debería

Anomia: nada

Anomia: ya ves, aquí planeando le próximo asesinato jaja

Robin cogió el móvil y fotografió ese diálogo; luego dejó el teléfono y se quedó pensando.

Buffypaws: XD, quién va a ser el próximo?

Anomia: saldrá en las noticias ya l o veras

Buffypaws: no seré yo, no?

>;

>;

>;

>;

Esta vez, la pausa se prolongó dos minutos. Robin, convencida de que Anomia estaba hablando con otras personas a la vez que con ella, se quedó en vilo hasta que volvió.

Anomia: no amenos que me cabreees mogollón

Anomia: vives en Mánchester, no?

Buffypaws: sí

La detective se fijó en que Anomia no utilizaba asteriscos para enmascarar los nombres propios, lo que confirmó sus sospechas de que la Consecuencia 14 sólo existía en la mente de los más crédulos. Le extrañó que Anomia supiera que Beth vivía en Mánchester. ¿Acaso tenía la costumbre de intentar averiguar la verdadera identidad de los jugadores?

Anomia: necesitamos mucha presencia del juego en la Comic Con del 23. Ir desde Manch es fácil

Anomia: hay que acer que Grant y Maverick se caguen

Anomia: quiero que vayan cu antos más jugadores jejor

La detective se preguntó si Anomia estaría borracho o fumado. Nunca le había visto cometer tantos errores al escribir. A lo mejor era partidario de los conservadores, pensó, y había estado celebrando su inesperada y rotunda victoria electoral. Anotó la fecha de la Comic Con y siguió tecleando.

Buffypaws: y la regla 14?

Anomia: si quieres que te dejemos entrara otra vez en el juego, la respetarás, Caretas y proibido inter cambiar ingo privada

Anomia: info

Buffypaws: ok, intento ir fijo

Anomia: y lleva la camiseta

Buffypaws: sí, claro

Pensó que Anomia saldría del canal, pero no fue así. El cursor, parpadeante, marcaba el paso de los segundos e iba desplazándose hacia abajo por la pantalla, dejando tras él una larga hilera de flechas sin cola. Entonces, de repente, aparecieron más palabras en rápida sucesión.

Anomia: sí estoy bolinga a tomar por culo

Anomia: métetelo en el cebollo yo no quiero lo que tú quieres

Anomia: ni éxitos ni pollas de esas

Anomia: ya sabes mi situación

Anomia: vivo en una puta jaula

Anomia: me ocuparé de LorD y V

Anomia: antes de fin de mnes me habré librao dellos

Anomia: me habré librao ok?

>;

>;

Anomia: jajaja

Anomia: me acabo de dar cuenta de que estoy plajiando una cancion

Anomia: no quiero lo que tú quiers

Anomia: no seinto lo que tu sientes

Anomia: corazón en unba jaula

Anomia: voy a ponerla

A toda prisa, y por los pelos, Robin hizo otra foto de la pantalla con el móvil; diez segundos después de que Anomia escribiera «voy a ponerla», se cerró el canal privado, y Robin se encontró ante la capa vacía de Anomia, que ondulaba sin desplazarse, en el juego principal.

Se quedó unos minutos observando aquel fragmento de diálogo en el móvil, buscando una explicación; luego miró la hora. Faltaban veinte minutos para la una de la madrugada… Demasiado tarde para llamar a Strike.

Aun así, cogió el móvil y le mandó un mensaje:

debes de estar durmiendo, pero, por si todavía estás viendo los resultados electorales, creo que tengo algo sobre Anomia

Nada más enviar el mensaje, se le ocurrió pensar que Strike podía estar en la cama con Madeline. Se imaginó su móvil vibrando mientras él roncaba (sabía que roncaba; Strike se había quedado dormido en el Land Rover durante un largo viaje y se había pasado varias horas roncando) y a Madeline despertándose y estirando un brazo por encima de Strike para cogerlo, y molestándose por el hecho de que la socia de su novio considerase apropiado enviarle mensajes a altas horas de la noche. Las situaciones personales de Robin y Strike se habían invertido: en otro tiempo, era ella quien estaba en la cama con un hombre al que le molestaba que recibiese frecuentes llamadas de

trabajo, y ahora Strike quizá estaría maldiciéndola si Madeline lo había despertado con sus exclamaciones de protesta.

Y entonces le sonó el móvil.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Strike, que parecía completamente despierto.

—No dormías, ¿verdad?

—No, estoy aquí, viendo cómo se derrumba el partido laborista. Esta vez las encuestas se han equivocado, ¿no?

—Y que lo digas. ¿Qué tal la pierna?

—No demasiado mal —dijo Strike, y Robin lo interpretó como «no demasiado bien».

—Vale, bueno, te voy a mandar unas fotos de una conversación que acabo de mantener con Anomia por un canal privado.

Se las mandó. Mientras esperaba la respuesta de Strike, Robin se tumbó en la cama y se quedó mirando el cielo oscuro por la ventana.

—«Yo maté a una persona el otro día y no me siento culpable» —leyó Strike en voz alta—. «Aunque igual debería. Nada. Ya ves, aquí, planeando el próximo asesinato...»

—Podría ser una fantasmada... O una muestra de su peculiar sentido del humor —comentó Robin.

—Bueno —dijo Strike—, esperemos que así sea.

—¿Has leído el siguiente fragmento?

—Sí.

—Anomia no quería enviarme eso a mí. Estaba borracho y ha metido la pata. Estoy convencida de que tenía más de un canal privado abierto y de que me ha enviado eso a mí por error, en lugar de a... No sé... si tuviese que jugarme algo, diría que estaba hablando con Morehouse. El tono de sus palabras...

—Sí —coincidió Strike—. Suena como si Anomia estuviese hablando con un igual, ¿verdad? Ha prometido librarse de LordD y de V, que supongo que son...

—LordDrek y Vilepechora, seguro.

—«Yo no quiero lo que tú quieres... Vivo en una puta jaula...»

—Strike, a mí todo esto me recuerda cada vez más a Kea. La letra que cita Anomia es de «Heart in a Cage», una canción de los Strokes. Y en el vídeo que publicó, Kea llevaba una camiseta con la portada de uno de sus discos.

—Muy bien visto —dijo Strike—. Sí, y supongo que lo de «vivir en una jaula» se refiere a tener que volver a casa de su madre porque está enferma. Tampoco ha conseguido grandes cosas en la vida: lo dice en su página de tumblr. Por lo visto, sentirse culpable por no tener éxito es el resultado de la interiorización del capitalismo.

—¿En serio?

—Ya lo creo. ¿Nunca has estado en un país comunista? La gente

se tira todo el día en el sofá mientras unos caniches adiestrados les llevan pasteles.

—Ja, ja. Y también dice «yo ya no soy eso». Kea estudiaba Bellas Artes…

—Aun así, no olvides que todo esto también encaja con Gus Upcott —dijo Strike—. Es una historia muy parecida. Mala salud, obligado a dejar sus estudios de música…

—Pero él tiene intención de seguir estudiando. No parece que haya abandonado sus ambiciones, a juzgar por lo bien que toca.

—¿Y qué me dices de Preston Pierce? ¿Te pareció ambicioso cuando lo conociste?

—No sabría decirte —contestó Robin intentando una vez más no imaginarse a Pierce desnudo—. Pero no entiendo por qué describiría su situación como vivir «en una jaula». Aunque nunca se sabe, claro.

—Tim Ashcroft también podría encajar —señaló Strike—. Es actor y creía que se haría famoso con *Un corazón tan negro*. Y mira dónde está: actuando en gimnasios escolares en Salford.

—No hay nada malo en actuar para estudiantes —repuso Robin.

—Yo nunca he dicho que haya nada malo, pero es posible que él sí lo vea de ese modo. Ese «ya no me importan los éxitos» es lo típico que dice la gente cuando está amargada por no haber logrado lo que esperaba. Por cierto, ¿te has enterado de lo de Ilsa y Nick?

—Sí. Fantástico, ¿verdad?

—Sí, me alegro mucho por ellos. ¿Ya sabes que nos van a pedir que seamos los padrinos?

—¿Cómo? No, yo no… —dijo Robin, a la vez sorprendida y emocionada.

—Mierda. Bueno, pues hazte la sorprendida cuando Ilsa te lo pida. ¿Qué es exactamente esa Comic Con a la que Anomia quiere que vayas? —preguntó Strike.

—Pues nada más y nada menos que lo que parece: un gran congreso para fans de películas y cómics. Ya te lo puedes imaginar.

—¿Y Anomia irá?

—Ni idea.

—Pues nosotros deberíamos ir por si acaso.

—¿Con caretas? —dijo Robin.

—Sí. Dudo que llamemos mucho la atención. La mitad de los asistentes irán disfrazados de personajes de *Star Wars*. Yo a ti te veo de Yoda.

—Y tú estarías genial disfrazado de Darth Vader —replicó Robin.

Y tras ese intercambio, se dieron las buenas noches y colgaron.

Al verse en el espejo del tocador, Robin se dio cuenta de que estaba sonriendo. Reprimió su alegría de la forma habitual: recordándose a sí misma la existencia de Madeline Courson-Miles y el

divorcio de Charlotte Campbell.

45

Hacer el bien era tan importante para él,
que haberlo hecho, reflexionaba ella,
debía de colmarlo de alegría.

ELIZABETH BARRETT BROWNING, *Aurora Leigh*

Una hora después de que se publicara por primera vez el falso sitio web de «Arte y Teatro en las Escuelas», Venetia Hall contactó con Tim Ashcroft a través de su cuenta de Twitter, le pidió una entrevista y le dio el número de un teléfono de prepago que había comprado para la ocasión. Para sorpresa de Robin, Ashcroft sólo tardó veinte minutos en enviarle su entusiasta conformidad y, tras un breve intercambio de correos electrónicos, concertaron la entrevista para tres días más tarde. Eso le dejaba a Robin mucho menos tiempo del que ella había previsto para empollarse la carrera de actor de Ashcroft hasta la fecha, inventarse un pasado para la mujer a la que iba a interpretar y terminar la chuleta para Strike, que se haría pasar por Buffypaws en el juego mientras Robin estuviese con Ashcroft.

—Joder —dijo Strike la noche antes de la entrevista, examinando el largo documento que su socia acababa de entregarle. Todavía estaba con el muñón en alto y apoyado en una silla, con una bolsa de hielo sobre la rodilla y el extremo untado con pomada—. ¿Tú crees que voy a necesitar todo esto?

—Tendrás que superar las tareas del juego —dijo Robin—. Si no lo consigues, sospecharán inmediatamente, porque yo me paso el día jugando y podría superarlas con los ojos cerrados. Lo demás son sobre todo cosas que Zoe y yo nos hemos dicho acerca de nuestra vida, para que no metas la pata si hablas con ella, aunque con suerte todo eso no lo vas a necesitar. No creo que mi reunión con Ashcroft dure más de un par de horas.

—¿Dónde habéis quedado?

—En un bar de Colchester, el Qube. Le he ofrecido acercarme a Colchester, que es donde vive ahora, y ha aceptado. ¿Qué tal la pierna?

—Mejor —dijo Strike—. ¿Te apetece un té?

—No puedo —dijo Robin—, tengo que prepararme para lo de mañana. Te mandaré un mensaje en cuanto llegue a Colchester.

Aquel encuentro tan formal y la rápida partida de Robin dejaron a

Strike desanimado. Le habría gustado charlar un rato, aunque sólo fuese sobre lo que había publicado Kea Niven en redes sociales, que era lo que él estaba revisando para preparar su entrevista con ella.

Strike no había advertido lo resentida que estaba Robin. Ella sabía que él estaba preocupado por la sobrecarga de trabajo de la agencia y que seguía con mucho dolor, pero le habría gustado que su socio hubiera tenido presente que ella estaba a punto de mudarse de casa. Seguramente se imaginaba que Robin se las había ingeniado para lograr aquella hazaña sin dejar de ir a trabajar ningún día, pero de todas formas ella habría agradecido que le hubiese preguntado cómo iba todo, aunque sólo fuese por educación.

De hecho, el vendedor del nuevo piso de Robin le había suplicado a través de su abogado que aplazara la fecha de la mudanza, porque la compra de su propia nueva vivienda había salido mal. Robin había acabado cediendo, pese a que su abogado le había dicho que no estaba obligada a aceptar. Aun así, hasta que Strike no se recuperara del todo, la sobrecargada agencia necesitaba desesperadamente que hubiese al menos un socio operativo al cien por cien, así que ella no podía tomarse horas libres. Por desgracia, ni la conversación telefónica con sus padres —que tenían previsto viajar a Londres para ayudarla con la mudanza— ni el chasco imperfectamente disimulado de Max y Richard al enterarse de que Robin no se marcharía del piso en la fecha prevista habían contribuido a mejorar su estado de ánimo o a reducir sus niveles de estrés.

A la mañana siguiente, Robin hizo el trayecto de dos horas a Colchester en su viejo Land Rover. Volvía a interpretar a Venetia Hall, un seudónimo que ya había utilizado antes; ese día llevaba una peluca de pelo ondulado rubio ceniza que no la favorecía demasiado, pero que, con unas gafas de montura cuadrada y unas lentillas gris claro, transformaba su apariencia por completo. En la mano izquierda llevaba un falso anillo de compromiso y una falsa alianza: no eran los suyos, de los que se había librado tras abandonar a su marido, sino otros falsos de aleación de estaño y circonita. El marido imaginario de Venetia, en cuya creación había invertido tantos esfuerzos como en su propio personaje ficticio, estaba diseñado con la clara intención de ayudarla a sonsacar confidencias a Tim.

Después de aparcar el coche, Robin escribió un mensaje a Strike.

Llego al bar en 5 mins

Acababa de cerrar el Land Rover cuando recibió la respuesta del detective:

Este juego es un coñazo

El bar en el que la había citado Tim tenía una fachada negra y minimalista. Los lugares elegidos por los entrevistados solían ofrecer pistas sobre su personalidad, y Robin tuvo tiempo de preguntarse por qué Tim había escogido lo que resultó ser, como descubrió al entrar, un local escasamente iluminado y, en su opinión, bastante sofisticado; entonces oyó que una agradable voz de tenor con acento de los Home Counties la llamaba por su seudónimo:

—¿Venetia?

Ella se dio la vuelta con una sonrisa en los labios, y vio a Tim, alto y calvo, sonriendo también y tendiéndole la mano.

—¡Hola, Tim! —dijo con su mejor acento de clase media londinense y estrechándole la mano.

—Espero que te parezca bien este sitio —comentó Tim, que vestía una camisa azul con el cuello desabrochado y unos vaqueros—. Lo escogí porque aquí es menos probable que nos encontremos con algún amigo de mis padres. Es mi ciudad natal, ¿me explico?

—Claro —dijo Robin riendo.

Tim ya había escogido una mesa para dos flanqueada por sendos sillones de respaldo alto, y esperó de pie educadamente hasta que Robin se hubo sentado.

—Es perfecto —dijo Robin sin dejar de sonreír mientras sacaba una pequeña grabadora de su bolso y la dejaba encima de la mesa, cerca de Tim—. Muchas gracias por prestarte a hacer esta entrevista.

—Para nada, para nada...

Su calvicie prematura no cuadraba con su rostro aniñado y sin arrugas; también tenía unos bonitos ojos de un verde moteado.

—¿Tenemos que pedir en la barra o...?

—No te preocupes, hay servicio de mesa.

—Es una ciudad preciosa —aseguró Robin, mirando por la ventana la casa con entramado de madera de enfrente—. Nunca había estado aquí. Mi marido me ha dicho muchas veces que es muy bonita. Él se crió en Chelmsford.

—¿En serio? —dijo Tim, y hablaron de Colchester y Chelmsford, que estaban a sólo media hora en coche, mientras esperaban a que la camarera fuera a su mesa y tomara nota de los cafés. Durante ese intervalo, Robin se las ingenió para mencionar que su marido, Ben, era productor de televisión. Al oír eso, Tim arqueó las cejas y su sonrisa se volvió aún más cordial.

Cuando les sirvieron los cafés, Robin encendió la grabadora, comprobó que funcionaba y fingió asegurarse de que estaba lo bastante cerca de Tim.

—¿Te importaría hablar un poco, para que pueda comprobar que se graba bien? Haz un breve monólogo o algo así.

Tim se lanzó de inmediato a recitar el soliloquio de Yago:

—«Así hago siempre de un imbécil mi bolsa. Porque profanaría la experiencia que he adquirido si gastara mi tiempo con un idiota semejante, a no ser para mi provecho y diversión. Odio al moro.»

—¡Maravilloso! —dijo Robin, y lo reprodujo para volver a oírlo—. Vale, funciona perfectamente. ¿Sabes qué? No voy a borrarlo, porque es precioso. Lo voy a conservar.

Y así comenzó la falsa entrevista: Robin hizo la serie de preguntas que se había preparado sobre la aplicación y la utilidad de las técnicas teatrales en los colegios. Tim habló con entusiasmo sobre el placer de llevar el teatro a los jóvenes, muchas veces de barrios desfavorecidos, y Robin le hizo muchas preguntas complementarias y tomó notas.

—Descubrí que todo esto me encantaba cuando una amiga mía... Bueno, de hecho fue Edie, Edie Ledwell, la creadora de *Un corazón tan negro*, no sé si te suena.

—Sí, qué tragedia —dijo Robin mostrando abatimiento—. Lo siento muchísimo.

—Gracias... Sí... Bueno, Edie es en parte responsable de que me dedicara a trabajar con niños. Ella ayudaba a dar clases de dibujo a niños con necesidades especiales en un colectivo artístico. Por entonces yo no tenía trabajo, así que Edie me lió para que la ayudara y me encantó. Los niños ven el mundo con una mirada mucho más pura que la de los adultos.

—Tú dibujas, ¿no? —preguntó Robin sonriendo.

—Un poco —contestó Tim—. Pero no soy muy bueno.

—Conseguir que los jóvenes se interesen por el teatro debe de ser todo un desafío. Hoy en día se pasan la vida conectados a internet, ¿verdad?

—Bueno, nosotros exploramos el uso de internet en nuestros talleres de teatro. Tocamos temas como el ciberacoso, los trolls y cosas así.

—¿Tú tienes hijos?

—Todavía no —dijo Tim con una sonrisa—. Primero necesito encontrar a alguien que quiera tenerlos conmigo.

Robin sonrió, convino en que eso ayudaría bastante y siguió con su batería de preguntas. No quería sacar provecho de la mención de Edie Ledwell ni hablar de *Un corazón tan negro* antes de que Tim estuviese completamente convencido de que él y su carrera eran la verdadera razón de su presencia allí, así que se centró en su reciente papel protagonista en el teatro de su ciudad, algo que a él pareció encantarle.

—Tuve que ponerme una peluca para hacer ese papel, porque mi personaje aparecía como adolescente y como adulto y... bueno...

Se señaló la cabeza con una sonrisa, poniendo cara de

circunstancias.

—Lo curioso es que el crítico local creyó que la calva era falsa.

Robin soltó una carcajada y dijo:

—Bueno, pero hizo una reseña muy positiva…

—Sí, me puse muy contento… De hecho, había basado parte del personaje en uno de los chicos que corrían por North Grove.

—Perdón, ¿por dónde? —dijo Robin cautelosa, fingiendo no saber nada relacionado con *Un corazón tan negro*.

—Es el colectivo artístico donde ayudaba dando clases a los niños. ¿Sabes esa forma de encorvarse como diciendo «no me mires» que tienen los adolescentes cuando dan el estirón?

Mientras hablaba, Tim adoptó inconscientemente la actitud que estaba describiendo, y pese a lo que Allan Yeoman había dicho sobre sus limitaciones para interpretar la voz cómica del Gusano, Robin quedó impresionada por la facilidad con que transmitía timidez y vergüenza mediante pequeñas alteraciones de su postura.

—Ese chico tenía un acné terrible, y daba la impresión de que siempre estaba tratando de hacerse lo más pequeño posible, y mi personaje, Lionel, es… bueno, en realidad es pura maldad, pero en la obra retrocedes y lo ves siendo víctima de acoso escolar y denigrado y… En fin, es un tipo de teatro que puede resultar muy útil en el ámbito educativo: sirve para explorar temas de la vida como el acoso o el maltrato…

—Todo esto es absolutamente fascinante —dijo Robin, después de estar unos minutos callada y escuchando—. Madre mía, ojalá Ben pudiera oírlo. Perdona, Ben es mi marido… Ahora mismo está preparando una propuesta para Channel 4. Quiere meter a actores en una escuela muy desfavorecida de Londres para trabajar a fondo con los chicos. Mantener la financiación de las artes supone una lucha constante, sobre todo con los conservadores en el gobierno, así que, probablemente, la propuesta de Ben sería un firme alegato contra los recortes.

—Guau, parece muy interesante —comentó Tim. Levantó su taza de café, ya frío, y se lo llevó a los labios para disimular (o eso sospechó Robin) su repentino entusiasmo.

—Sí. El proyecto todavía está en las etapas iniciales, pero no te voy a mentir —dijo Robin sonriendo—: ésa es una de las razones por las que estoy aquí. Ben pensó que tu experiencia en las escuelas, junto con el hecho de haber participado en *Un corazón tan negro*, podría ser un buen gancho para convencer a la productora. Tú conectas fácilmente con los chicos que se pasan la vida en YouTube, ¿no?, y que nunca han pisado un teatro.

—Sí, supongo que sí… —contestó Tim, y con una risita incómoda, añadió—: Aunque, desde luego, algunos me desprecian por haber

participado en la serie.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Robin fingiendo sorpresa.

Tim miró la grabadora, y Robin la apagó de inmediato. No era necesario que su entrevistado supiera que tenía otro aparato grabando dentro del bolso abierto.

—Bueno —dijo él—, si pudiese rectificar... No sé, me siento... desleal al decir esto.

Robin siguió mostrándose educada y receptiva.

—Yo quería mucho a Edie, de verdad. Era fantástica. Pero sinceramente, si no hubiese sido amiga mía quizá no habría aceptado ese papel. No sé si lo sabes, pero esos dibujos son bastante problemáticos.

—He de admitir que no sé gran cosa sobre ellos —dijo Robin fingiéndose avergonzada—. Lo único que sé es que tuvieron mucho éxito. De hecho, un tipo que trabaja en la productora de Ben, Damian, está intentando hacer un programa sobre la serie. En realidad, es a Damian a quien le he oído hablar de *Un corazón tan negro*. Supongo que soy más vieja que el público al que va dirigido.

—Yo también lo era —dijo Tim, y Robin volvió a reír—. Supongo que, con el tiempo, empecé a sentirme cada vez más incómodo con ciertos aspectos de los personajes y de las tramas. No sé si has oído hablar de Wally Cardew. Él interpretaba a un personaje llamado Drek, que es... Dios mío, me siento fatal por decir esto, pero es evidente que era la caricatura de un judío.

—¿En serio?

—Sí, clarísimo: tenía una nariz enorme, vivía en el mausoleo más grande y se dedicaba a manipular a los otros personajes. Intenté hacérselo ver a Edie. Los fans estaban hablando. De hecho, discutimos por ese tema. Edie me aseguró que Drek no tenía nada que ver con los judíos, que era una especie de demonio caótico y que ella se había inspirado en aquellas máscaras de los médicos de la peste, pero, no sé, todos deberíamos examinar nuestros prejuicios inconscientes, ¿no?

—Por supuesto —coincidió Robin.

—Y entonces Wally, que era la voz de Drek, publicó un vídeo burlesco en YouTube sobre el Holocausto, con lo cual... ya no quedó ninguna duda.

—Ostras —dijo Robin negando con la cabeza.

—Sí. Josh y Edie lo despidieron, pero el daño ya estaba hecho —dijo Tim con tono lastimero—. Y no se trataba sólo de Drek. El sentido del humor de Josh y Edie era... no sé, problemático. Bastante oscuro, y a veces un poco... Le dije a Edie que no quería leer más diálogos sobre las dudas del Gusano de si era chico o chica, porque habíamos recibido quejas de personas no binarias. Eso provocó otra discusión. «¡Pero los gusanos son hermafroditas!» —Tim mostró una expresión de

tristeza—. Edie tuvo una infancia difícil. No podías reprocharle que fuese... no voy a decir «ignorante», pero...

Tim, incapaz de expresarlo de otro modo, se limitó a encogerse de hombros.

—Éste es exactamente el tipo de debate que nos gustaría ofrecer en el *reality show*, si es que llega a hacerse —dijo Robin con entusiasmo—. Sería muy potente escucharte y ver cómo desmontas los prejuicios y esas cosas. De hecho... Bueno, esto no viene muy al caso, pero Damian está buscando a personas que conocieran a Edie Ledwell. Quiere hacer un programa equilibrado y amable. Tú no estarías interesado en hablar con él, ¿verdad?

—Pues... no lo sé —contestó Tim, dubitativo—. Verás, como la muerte de Edie es tan reciente... y con toda la controversia alrededor de la serie... No sé si me apetece mucho.

—Lo entiendo perfectamente —dijo Robin levantando una mano —. Nada, le diré a Damian que se olvide. ¿No sabrás de alguien que pudiera estar dispuesto a hablar? ¿Alguien que conociese bien a Edie?

—Bueno, Edie era bastante solitaria, la verdad. No tenía muchos amigos. Pero tenía una hermana de acogida. A lo mejor ella podría echar una mano. Y tenía una nueva pareja cuando murió. Un tipo llamado Phil Ormond.

—Sí, me parece que Damian ya lo sabe.

—Ormond no me caía muy bien —masculló Tim—. Él... Bueno, será mejor que no hable demasiado.

—No, claro que no —dijo Robin, pero su expresión seguía siendo alentadora.

—Edie y ese tipo... No creo que tuviesen una relación muy sana, digámoslo así. Yo incluso le aconsejé que lo dejara. Ojalá me hubiese hecho caso.

—¿Estás insinuando...?

—¡No, no, por Dios! —saltó Tim con cara de susto—. No creo que él... Joder, no. Estoy seguro de que el responsable es ese grupo de extrema derecha. Los problemas con el fandom se originaron ahí, por culpa del personaje de Drek. Todos esos tipos de ultraderecha lo adoraban. Empezaron a usar sus latiguillos y esas cosas, y luego, cuando despidieron a Wally, se cabrearon muchísimo y empezaron a atacar a Edie.

»Yo, en su lugar, habría eliminado a ese personaje. Me habría plantado. No sé, si a la ultraderecha le parecen graciosos tus chistes, ¿debes seguir haciéndolos? No estoy diciendo que fuese culpa suya, evidentemente, ni que... Porque lo que ha pasado ha sido terrible, por supuesto, pero el arte debe ser moral, ¿no?

—Sí, desde luego —dijo Robin.

—Vale —dijo Tim más tranquilo—. Yo siempre examino cada

nuevo proyecto desde ese punto de vista. Me pregunto: «¿qué mensaje transmite esto?», y también: «¿cómo podría interpretarse?», «¿podría esta obra perjudicar a algún colectivo?». Cada producción o lo que sea, «¿trata estereotipos o tópicos dañinos?». No creo que Edie se hiciera nunca este tipo de preguntas y… bueno…

—¿Cómo os conocisteis? —preguntó Robin.

—Trabajando de camareros —respondió Tim, con una sonrisa triste—. Nos contrataron a los dos en un bar del West End, no lejos de Shaftesbury Avenue. Yo ya estaba metido en la actuación y ella estaba haciendo un curso de dibujo y vivía en un piso de mala muerte. Eso fue antes de que Edie se fuese a vivir a North Grove y conociese a Josh Blay.

—Josh es el cocreador, ¿no? Sí, Damian quería hablar con él, pero por lo visto todavía está recuperándose…

—No, creo que… Creo que está bastante mal.

Hubo una breve pausa, y entonces Ashcroft empezó a hablar aceleradamente.

—Ha sido horrible para todos nosotros. Bueno, es evidente que ha sido horrible, han asesinado a nuestra amiga, y la policía nos ha interrogado a todos los que teníamos alguna relación con la serie de dibujos animados. Yo tuve que darles una coartada, imagínate —dijo Tim con una media sonrisa de incredulidad—. Si quieres que te diga la verdad, últimamente estoy un poco preocupado porque pienso que voy a quedar marcado para siempre por *Un corazón tan negro*, y por eso, cuando me preguntaste si quería hablar contigo sobre los Roving School Players… Ya sé que esto suena estúpido, pero me puse muy contento, pensé que por fin tenía una oportunidad de ser valorado por mi trabajo… no sé si me explico. Yo sólo quiero seguir adelante y, en la medida de mis posibilidades, aportar algo positivo al mundo.

—Claro que sí —comentó Robin con ternura—. Ya me imagino lo estresante y desagradable que habrá sido todo esto para vosotros. ¡Tener que dar una coartada!

—Bueno, la mía era muy sólida —dijo Tim observando a Robin con nerviosismo—, pasé toda la tarde y toda la noche con una persona, y esa persona lo confirmó, así que la policía me dejó en paz, y ya está. Pero las redes sociales son muy peligrosas. En ellas la gente puede decir lo que quiera sobre ti. Puede tergiversar, inventarse cosas…

—Ya lo creo —coincidió Robin.

—De hecho, este tema ya ha tenido repercusiones en mi vida privada. Me he visto obligado a marcharme… Bueno, no exactamente, pero yo vivía en Londres, compartía piso con un amigo, y él me pidió que me marchara porque vino a verme la policía y supongo que le da miedo que ahora la ultraderecha vaya a por él o algo así. Nos

conocemos desde hace años. Hace seis meses se rompió una pierna y yo me encargaba de llevarlo a todas partes y… Lo siento, no sé por qué… No quiero que mis padres se preocupen por esta historia. Joder, vienes aquí a hablar conmigo de educación y yo me pongo a darte la brasa… Lo siento.

—No tienes por qué disculparte. Es normal que estés conmocionado. ¿Cómo no ibas a estarlo?

—Ya —dijo Tim un poco más tranquilo—, y si hay alguna posibilidad… Es decir, si crees que podría encajar en vuestro programa de teatro en las escuelas, prefiero contarte yo la verdad a que, no sé, a que me busques en Twitter o donde sea y te enteres de que la policía me ha interrogado. Pero ya te digo, no me interrogaron sólo a mí. Sé que también fueron a ver a Wally Cardew y a Pez, que sólo le puso voz a un personaje en dos episodios. Pero tú no has venido a hablar de eso, lo siento… Lo he pasado muy mal.

—En serio, no te preocupes —dijo Robin—. Lo entiendo perfectamente.

—Gracias. No era mi intención soltarte todo este rollo.

Robin tomó un sorbo de café y añadió:

—Damian me ha dicho que el fandom está un poco revolucionado.

—Sí, hay unos cuantos que son un poco obsesivos —afirmó Tim, de nuevo con una media sonrisa.

—Me ha hablado de un troll que se dedica a intimidar a la gente en las redes.

—¿Anomia?

—Sí, creo que sí —dijo Robin, fingiéndose sorprendida de que Tim tuviera ese nombre en la punta de la lengua.

—Ya, todos los que han tenido alguna relación con *Un corazón tan negro* saben quién es Anomia. Bueno, no saben quién es, pero saben que existe. Aunque yo sí creo saber quién es —añadió.

—¿Ah, sí? —dijo Robin, procurando parecer sólo ligeramente interesada.

—Sí. Si no me equivoco, es una chica muy joven que tiene algún tipo de trastorno. Me parece que la mayoría de esos trolls necesitan sentirse importantes, ¿me explico? En nuestros talleres he visto que algunos de los chicos más problemáticos…

Al cabo de cinco minutos, tras varias anécdotas sobre los beneficiosos efectos del teatro en los adolescentes con problemas, Tim hizo una pausa para respirar.

—Todo lo que me estás contando me parece fabuloso —comentó Robin, que había sido lo bastante hábil para volver a encender la grabadora de encima de la mesa, para que Tim lo viera—. Es una pena que no hayas podido incluir a esa tal Anomia en uno de tus cursos.

—Sí, creo que eso la ayudaría, francamente —dijo Tim con seriedad.

—¿No podrías revelarme, de forma confidencial, quién crees que es? —preguntó Robin esbozando una sonrisa persuasiva—. Sólo de manera extraoficial. A Damian le encantaría entrevistarla. Ya sabes, para ofrecer una imagen más completa del fandom, con todos sus defectos y virtudes.

—No, no puedo —contestó Tim—. Podría estar equivocado. Además, si de verdad es ella, eso podría desequilibrarla por completo.

—Ah, si se trata de un caso de salud mental… —indicó Robin aparentando preocupación.

—No sé con seguridad si está enferma, pero sé que ya ha tenido problemas con la policía y… No, no quiero hacer acusaciones infundadas.

Profundamente frustrada, Robin miró sus notas y dijo:

—Bueno, creo que ya tengo todo lo que necesito. Ha sido un placer, de verdad. Estoy segura de que a Ben le va a fascinar todo lo que… ¡Ah! —exclamó Robin, fingiendo recordar que había quedado una pregunta sin contestar—. ¿Quién es Pez, por cierto? ¿Crees que a Damian también le interesaría hablar con él? ¿Es su nombre real?

—No —dijo Tim.

El silencio se prolongó un poco más de la cuenta. Si Robin le había hecho esa pregunta sobre Pez había sido sólo para intentar llevar de nuevo la conversación a *Un corazón tan negro* y a Anomia. Levantó la cabeza y vio que Ashcroft tenía la boca abierta, como si su imagen se hubiese quedado congelada en la pantalla. Al cabo de un momento se descongeló y sonrió.

—Ahora mismo no me acuerdo de su nombre… —añadió—. ¡Joder…! Bueno, casi no nos conocíamos, pero debería ser capaz de… Pez… Pez… ¿Cómo demonios se llamaba…? No, lo siento, me he quedado en blanco. Pero la verdad es que él no conocía a Edie, o no mucho, al menos… Vaya, que apenas la conocía.

—No pasa nada —dijo Robin sonriendo y encogiéndose de hombros—. Si Damian quiere hablar con él, siempre puede buscar su nombre en los créditos.

—Sí, claro. Pero ya te digo, Pez no… De hecho es un poco… ¿Cómo decirlo? No es que sea fantasioso, pero… Bueno, yo no daría mucha credibilidad a nada de lo que diga. Es de esas personas que dicen cosas para impresionar. Tú ya me entiendes.

—Por supuesto —dijo Robin sin dejar de sonreír, pero muy interesada en aquel comentario.

—No quiero que nadie se haga una idea equivocada de Edie. Pez no es… Joder, pero ¿cómo demonios se llamaba? —añadió Tim con una risa nada convincente.

Salieron del bar y, sonrientes, se estrecharon la mano. Cuando, treinta segundos después, Robin giró la cabeza, vio que Tim seguía plantado donde lo había dejado y que tecleaba muy deprisa en su teléfono.

46

Soñé, y vi un Infierno moderno, más terrible
que el de Dante; no había oscuridad ni fuegos,
pero nuevas formas de locura y desesperación
lo llenaban de complejas torturas, algunas terrestres...
De tu propio mundo y en las más felices circunstancias
tu deseo de dolor se nutre plenamente.

CONSTANCE NADEN, *La visión del pesimista*

—¿Cómo ha ido? —preguntó Strike, contestando la llamada de Robin al segundo timbrazo.

—Cree que sabe quién es Anomia.

—¿En serio?

—Sí, pero no me lo ha dicho. He insistido todo lo que he podido procurando no delatarme, pero sólo le he sonsacado que es una mujer joven, seguramente una adolescente con problemas, y que la policía ya la conoce. A Kea Niven nunca la han detenido por cometer algún delito, ¿verdad?

—Que yo haya descubierto hasta el momento, no —señaló Strike, que tenía abiertos el contenido de Twitter, el blog de tumblr y la cuenta de Instagram de Kea en el portátil. Aun así, llevaba una hora y media sin mirarlos, porque había estado lidiando con *El juego de Drek* desde su móvil.

—Supongo que Anomia no ha aparecido, ¿no? —preguntó Robin.

—No, pero me he dado cuenta de lo aburridísimo que debe de haber sido para ti tirarte tantas horas aquí metida.

—Forma parte del trabajo —dijo Robin, sentada al volante del Land Rover aparcado, ya sin las gafas pero todavía con la peluca de color rubio ceniza, por si Tim Ashcroft volvía a aparecer por allí—. Ashcroft me ha revelado un par de cosas interesantes más. La primera de ellas, que la policía lo interrogó después de que tú lo vieras en ese pub de Highgate. Tuvo que dar una coartada para la tarde de los apuñalamientos. Alguien atestiguó que había estado con él toda la tarde y toda la noche.

—¿Te ha dicho quién le dio esa coartada tan conveniente?

—No, pero no podía presionarlo para que me lo dijera, habría resultado muy sospechoso.

—Ya, eso es lo malo de ir de incógnito.

—La otra cosa que me ha extrañado es que Ashcroft no quiere que nadie hable con Preston Pierce. Me ha dicho que Preston apenas conocía a Edie, pero sabemos que eso es mentira. Me ha dado la impresión de que Pierce sabe algo que podría incriminar a Tim.

—Interesante. ¿Crees que Ashcroft es un buen candidato a ser Anomia, ahora que lo has conocido en persona?

—No mucho. Pero me parece un buen candidato para ser quien está detrás de «La pluma de la justicia».

—¿Ah, sí?

—Sí. Acabo de echar un nuevo vistazo al blog de la Pluma. Lo primero que la Pluma publicó fue un artículo donde exponía que Drek era una caricatura de un judío, y coincide palabra por palabra con lo que acaba de decirme Tim, incluido un comentario sobre los prejuicios inconscientes.

—¿Cuánto tardó en aparecer «La pluma de la justicia» después de que Ashcroft fuera despedido y dejara de interpretar al Gusano?

Robin lo comprobó.

—Pues mira —dijo—, resulta que «La pluma de la justicia» existe desde antes de que despidieran a Tim. Apareció por primera vez en enero de 2012. Tim dejó de ponerle voz al Gusano en marzo de 2013.

—Así que, si Tim es la Pluma, ¿estuvo llamando «racistas» y todo lo demás a Ledwell y a Blay durante más de un año, de forma anónima, mientras todavía trabajaba con ellos?

—¿Y por qué haría algo así? —dijo Robin pensando en voz alta—. Si se hubiese sabido que él era la Pluma, incluso quienes estaban de acuerdo con sus críticas contra la serie de dibujos habrían pensado que era un hipócrita, ¿no? No, creo que me equivoco... Debe de ser sólo un lector, y no el creador... Bueno, será mejor que vuelva a la carretera. ¿Puedes seguir en el juego hasta que te releve?

—Vale —dijo Strike de mala gana—. Aunque estoy empezando a pensar que deberíamos haberte pagado algo parecido a un plus de peligrosidad, para compensarte por todas las horas que te has tirado jugando a esta mierda.

Poco después de que Robin colgara, Strike recibió un mensaje de su sobrino Jack; su madre le había dicho que Strike no podía salir de su casa, y el chaval ya le había preguntado varias veces cómo se encontraba.

Qué tal la pierna? Mejor?
Todavía no me ha vuelto a crecer, pero crucemos los dedos.

Jack respondió con tres risueños emojis.

En realidad, el muñón de Strike estaba tardando en volver a un estado que le permitiera soportar cómodamente su peso. El detective

sabía muy bien que debía adelgazar unos veinticinco kilos, hacer los ejercicios que le había recomendado el fisioterapeuta y dejar de fumar, porque si acababa con arteriosclerosis llegaría un punto en que la piel del extremo del muñón ya no cicatrizaría. Como a corto plazo no tenía la intención de tomar ninguna de esas tres sensatas medidas, había optado por convertir su autorrecriminación en rabia y dirigirla contra Turisaz, pues, desde su punto de vista, era él quien lo había obligado a pegarle los puñetazos y el responsable de que su pierna hubiese acabado en aquel estado.

Strike terminó la revisión sistemática de toda la actividad de Kea Niven en internet al día siguiente. Le envió a Robin un resumen de todo lo que había averiguado, y luego le pidió a Pat que imprimiera capturas de pantalla del material relevante para poder enseñárselo a Kea cuando la viera el jueves siguiente. Había encontrado un par de publicaciones intrigantes entre sus diversas cuentas de redes sociales, y quería pedirle que se las explicara.

Dado que no podía hacer mucho más, a continuación decidió revisar concienzudamente los numerosos perfiles de Twitter de extrema derecha que había alrededor de *Un corazón tan negro*, con la esperanza, seguramente poco realista, de identificar al tipo que había intentado agredirlo en el Ship & Shovell.

Como Robin ya había descubierto, los miembros de la Hermandad de Ultima Tule solían incorporar las iniciales hut, o variaciones de Ultima Tule, en su nombre de perfil. Nunca ponían su fotografía en su perfil ni daban su nombre completo; Strike suponía que obedecían una regla impuesta por la Hermandad. La mayoría utilizaba fotografías del *vegvísir* islandés, un complejo símbolo semejante a una brújula que, como descubrió Strike cuando entró en el sitio web de la Hermandad, en el pasado había sido concebido como un símbolo mágico que ayudaba a su portador a navegar con mal tiempo. Una joven islandesa había pedido por Twitter a un miembro de la Hermandad que no se apropiaran de un símbolo que no tenía nada que ver con el supremacismo blanco. El tipo había reaccionado llamándola «zorra follanegros».

Si bien la Hermandad parecía exigir a sus miembros que no revelaran su verdadera identidad en internet, por lo visto no tenía inconveniente en que fuesen tan agresivos e insultantes como les viniera en gana. Dos miembros de la Hermandad habían respondido en el mismo tono al tuit en el que Edie celebraba la legalización del matrimonio homosexual.

Edie Ledwell @EdLedDibuja

¡Legalizadas las bodas homosexuales en UK!



16:30 17 julio 2013

Algernon Gizzard Esq @Gizzard_Al
en respuesta a @EdLedDibuja
vete a la mierda bollera

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @EdLedDibuja
huelo tu coño hediondo desde aquí

Will A @will_de_HUT
en respuesta a @Gizzard_ai @EdLedDibuja
chupa una buena polla

True Briton @jkett_HUT
en respuesta a @EdLedDibuja
aplaudes por esto con tus apestosas manos, pero ninguna de tus zorras justicieras sociales abrió la puta boca cuando mataron a Lee Rigby

Strike anotó los nombres de perfil @will_de_hut y @jkett_ hut y siguió leyendo.

Al cabo de una hora y un sándwich de jamón, había retrocedido un año más en la cuenta de Twitter de Edie.

Edie Ledwell
@EdLedDibuja
¿Qué demonios pasa en este país para que UKIP obtenga tan buenos resultados?

Harv @HN_Ultima_Thule
en respuesta a @EdLedDibuja
pues pasa que la gente se da cuenta de que nos están invadiendo, gilipollas

Strike anotó el nuevo nombre de perfil de la Hermandad, echó un vistazo a la cuenta, no encontró ningún detalle que le permitiera identificar a su propietario y continuó revisando la cronología de Edie.

Ya sabía, por supuesto, que el detonante que había iniciado el acoso de la extrema derecha sobre Ledwell había sido el despido de

Wally Cardew, pero ahora se enteró de que, desde el punto de vista de la Hermandad, había habido un delito agravante: el actor que había sustituido a Wally era negro.

Anomia
@AnomiaGamemaster

Fedwell ha escogido a un nuevo Drek y, si cierras los ojos y lo escuchas, es… una mierda.

¿Por qué lo habrá escogido a él?

#falsainclusion #condescendencia

7:27 21 abril 2012

Justo debajo de ese tuit, había un nombre que Strike reconoció:

Yasmin Weatherhead @YazzyWeathers
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Me parece injusto, hay que darle una oportunidad a @MichaelDavidActor.

Strike vio que en el perfil de Yasmin no había fotografía, sino un favorecedor retrato suyo a lápiz.
Siguió desplazándose hacia abajo y leyendo más respuestas.

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @YazzyWeathers @MichaelDavidActor @AnomiaGamemaster
Te gustan las pollas negras tanto como a Fedwell?

Jules @yo_soy_evola
en respuesta a @LepinesD1sciple @YazzyWeathers @MichaelDavidActor @AnomiaGamemaster
A Ledwell le va todo. Dicen que se la mamaba a su casero holandés en lugar de pagar el alquiler

Algernon Gizzard Esq @Gizzard_Al
en respuesta a @yo_soy_evola @LepinesD1sciple @YazzyWeathers @MichaelDavidActor @AnomiaGamemaster
«cuál es el secreto de su éxito, señorita ledwell?»
«tener músculos maxilares fuertes y no tener arcadas»

pluma de la justicia @laplumaqueescribe
en respuesta a @AnomiaGamemaster @MichaelDavidActor
No creo que MD lo haga mal, pero sí creo que escogerlo es una forma torpe de intentar expiar el racismo anterior de *Un corazón tan negro*. Ésta es mi opinión sobre hacer lo correcto por razones equivocadas:

www.PlumaDeLaJusticia/PorQuéElegirAMichaelDavid…

SQ @#H_U_T_Quince
en respuesta a @laplumaqueescribe @MichaelDavidActor
gilipollas, drek no es negro

Strike anotó el nombre de perfil @#H_U_T_Quince y siguió leyendo la conversación sobre la elección de Michael David, en la que había entrado Edie, quizá mal aconsejada.

Edie Ledwell
@EdLedDibuja
en respuesta a @laplumaqueescribe
¿Estuviste presente en el casting? Era el mejor para ese papel, nada que ver con que sea negro.

pluma de la justicia @laplumaqueescribe
en respuesta a @AnomiaGamemaster
No creo que MD lo haga mal pero sí creo que escogerlo es una forma torpe de intentar expiar el racismo anterior de *Un corazón tan negro*. Ésta es mi opinión sobre hacer lo correcto por razones equivocadas:
www.PlumaDeLaJusticia/PorQuéElegirAMichaelDavid…

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @EdLedDibuja @laplumaqueescribe
Si estás tan susceptible y enfadada que atacas a los fans en Twitter, a lo mejor deberías irte a la mierda y dejar que se ocupe @theJoshBlay, no?

Edie Ledwell @EdLedDibuja
en respuesta a @AnomiaGamemaster @laplumaqueescribe
Puedes creerme, hay días en que eso me parece una gran idea.

Ruby Nooby @rubynooby*_*
en respuesta a @EdLedDibuja @AnomiaGamemaster
¡No digas eso, te queremos!

Zozo @corazonnegro28
en respuesta a @EdLedDibuja @AnomiaGamemaster
Nooo oo no te vayas!!!

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @EdLedDibuja @AnomiaGamemaster
aquí la gente sólo dice chorradas, tienes mogollón de fans, no queremos que te vayas

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @rachledbadly @rubynooby*_* @corazonnegro28 @EdLedDibuja
los Trolls de la #Compasión □□□

Alguien llamó a la puerta del ático.

—Ya te he impreso lo que me habías pedido —dijo la ronca voz de Pat desde el rellano—. Y te traigo un trozo de pastel.

—La puerta está abierta —contestó Strike ciñéndose un poco la bata para asegurarse de que le tapaba los calzoncillos—. ¿Has dicho «pastel»?

—Sí. —Pat entró caminando de espaldas, con el eterno cigarrillo electrónico sujeto entre los dientes, una carpeta de cartón en una mano y un gran trozo de pastel de frutas en un plato—. Lo hice anoche. He pensado que a lo mejor te apetecía un trozo.

—Muchas gracias —dijo Strike—. ¿De verdad lo has hecho tú?

—No para ti —contestó Pat con un tono nada sentimental. Le dio una calada al cigarrillo electrónico, se lo quitó de la boca y añadió—: Bueno, no sólo para ti. También he pensado en la moral del equipo. Lo bueno del pastel de frutas es que aguanta bastante bien. ¿Necesitas algo más?

—No, gracias, tengo de todo —dijo Strike.

Pat fue hacia la puerta, pero, antes de que saliera del ático, el detective le preguntó:

—Ha habido quejas, ¿verdad?

—Nada grave —dijo Pat, que se había detenido en el umbral—. Robin se está ocupando.

La secretaria se marchó, y Strike empezó a comerse el pastel, que estaba delicioso; sentía una mezcla de renovada culpabilidad y de enfado con quienquiera que fuese que estuviese quejándose, y también una inédita y totalmente inesperada simpatía hacia Pat, quien, mientras él había estado impedido, le había proporcionado un tipo de asistencia práctica que el detective encontraba de lo más reconfortante. A él jamás se le habría ocurrido hacer un pastel para el

equipo, aunque lo cierto era que, por el momento, difícilmente podría tenerse en pie el tiempo suficiente para mezclar los ingredientes.

Se terminó el pastel, encendió un cigarrillo y entró otra vez en Twitter.

Estaba empezando a sentirse como un perro trufero que intenta hacer su trabajo en una habitación llena de humo de incienso, peces muertos y queso del fuerte. A medida que las tediosas horas se sucedían, cada vez tendía más a desviarse del tema y a seguir hilos y teorías que nada tenían que ver con la Hermandad de Ultima Tule. Por ejemplo, se había interesado por dos de los perfiles de Twitter que más respondían a los mensajes de Edie y Anomia: Discípulo de Lepine y Algernon Gizzard; en los últimos años ambos parecían haber obtenido un placer desmedido en atacar a Edie Ledwell.

Por último, para librarse de un molesto gusanillo, decidió echar un buen vistazo a la cuenta de Discípulo de Lepine.

El avatar era una borrosa fotografía en blanco y negro de un joven con pelo tupido y barba. Strike se fijó bien en esa fotografía antigua, creyó reconocerla y entró en Google para comprobarlo. Y, en efecto, la fotografía de la cuenta era de Marc Lépine, el asesino en masa que en 1989 había matado a tiros a catorce mujeres antes de quitarse la vida, dejando una nota de suicidio en la que acusaba a las feministas de haberle destrozado la vida.

Strike comprobó entonces que, aparentemente, la cuenta de @LepinesD1sciple existía sobre todo para acosar y amenazar a mujeres jóvenes. Edie había sido un objetivo habitual, pero Kea Niven también se había llevado una buena dosis de maltrato, sobre todo por haber «utilizado» a Anomia para amplificar sus alegaciones de plagio hasta que Anomia la había «descubierto». Por lo demás, Discípulo de Lepine atacaba franquicias que, según el autor anónimo, se estaban yendo al traste por culpa de las actrices o las guionistas, entre ellas *Star Wars, Doctor Who* y una amplia variedad de videojuegos. También atacaba otras cuentas de mujeres sin ninguna relación entre ellas, basándose únicamente en que sus propietarias eran demasiado feas, demasiado intransigentes o demasiado gordas (tenía una obsesión especial con eso). Discípulo de Lepine solía apoyar las causas de cuentas de ultraderecha, incluida la Hermandad de Ultima Tule, y a menudo apoyaba a Anomia, cuyos ataques a Ledwell le producían un gran placer.

La cuenta estaba llena de memes y clichés que Strike ya había visto entre los diferentes Dreks y los hermanos de Ultima Tule: caricaturas de «Stacys» y «Chads», los personajes «normativos», superficiales y narcisistas, que follaban cuanto querían; y constantes alusiones a haberse tomado la «pastilla roja», es decir, que eran conscientes de que los hombres estaban subyugados y de que, en

realidad, las opresoras eran las mujeres. Discípulo de Lepine también era propenso a sugerir medidas desagradables y a veces violentas para solucionar los problemas de otros hombres jóvenes. A un adolescente estadounidense que se quejaba del estricto toque de queda que le imponía su madrastra le propuso que escondiera un micro en el dormitorio de ella, que la grabara follando y que pusiera el audio por un altavoz, a todo volumen, desde una ventana. A un hombre al que su novia, que era maestra, había dejado, Discípulo de Lepine le proponía que metiera pornografía infantil en el bolso de su ex y que llamara a la policía. Entre toda esa rabia, ese rencor y esos comentarios sobre una revolución de los «machos beta», el propietario de la cuenta admitía con franqueza y furia que seguía siendo virgen.

Para Strike, el efecto acumulativo de las publicaciones de Discípulo de Lepine no sólo era desagradable, sino preocupante. Su carrera de investigador le había enseñado que las personas peligrosas casi nunca cometían actos violentos «desde un punto cero», como a él le gustaba expresarlo. Sin embargo, como Discípulo de Lepine era anónimo y su ubicación estaba oculta, Strike no podía hacer gran cosa. Su único consuelo consistía en que sólo tenía setenta y dos seguidores, la mayoría de los cuales, en su opinión, eran bots.

A continuación Strike analizó la cuenta de Algernon Gizzard, que tenía algo más de tres mil seguidores. En el banner aparecía el Chelsea celebrando su reciente victoria en la Premier League: Drogba, Ramires y Rémy estaban tumbados en la hierba del campo junto a la copa coronada, mientras el resto del equipo aplaudía y hacía gestos de victoria detrás de ellos. Dado que Strike era seguidor del Arsenal, esa imagen no contribuyó a que simpatizara con @Gizzard_Al.

El avatar mostraba la parte de atrás de una cabeza rapada de pelo oscuro, con unas gafas de aviador colocadas del revés. Strike aumentó la imagen y examinó con atención las gafas de sol: el puente era de piel, y aunque las diminutas letras plateadas grabadas en el cristal estaban borrosas, creyó distinguir que ponía «Cartier».

La vida descrita por el titular de la cuenta, suponiendo que fuese realmente suya, no habría podido contrastar más con la de Discípulo de Lepine. Allí no había autodesprecio, sino todo lo contrario: casi todos los tuits estaban impregnados de un tono de fanfarronería y consumismo gozoso. Gizzard publicaba a menudo fotografías del Mercedes E-Class coupé rojo que presuntamente tenía, aunque siempre con la matrícula pixelada con cuidado. También había publicado una fotografía del Chelsea jugando contra el Manchester City tomada desde un palco privado, en la que se veía, al fondo, una botella de champán en una cubitera. La fotografía de la espalda de una rubia de pelo largo con minifalda caminando por Bond Street llevaba el siguiente pie de foto: «Como estaba caliente, he llamado a la femoide

a la que dejé hace un mes.» Gizzard usaba a menudo el término «femoide» para referirse a las mujeres, y Strike, que ya tenía cuarenta años, tuvo que buscar qué significaba. Descubrió que era así como los *incels* llamaban a las mujeres, cuando no las llamaban sencillamente «furcias».

Había dos selfis, pero en ninguno de los dos se le veía bien la cara a Gizzard. En uno sólo asomaba una ceja muy poblada en la esquina de la imagen de una larga playa blanca que podría pertenecer a las Seychelles. También salía medio ojo castaño en otra foto tomada por encima del hombro de Gizzard, en la que se veía a varias modelos y actrices famosas, borrachas, en un espacio que Strike reconoció como la sala vip de una discoteca donde había entrado una vez siguiendo a un marido descarriado. Gizzard había puesto el siguiente pie de foto: «Una manada de furcias.» El tuit le había valido más de cinco mil «me gusta».

Cuanto más miraba Strike la cuenta de Gizzard, más se esforzaba su subconsciente por decirle algo. ¿De qué se trataba? Retrocedió hasta el principio de la cronología y volvió a leer la bio.

Algernon Gizzard Esq
@Gizzard_Al
«Ya no me da pena la escoria de la sociedad. No me importa que se muera» —weev

De pronto, aunque en aquel momento nadie pudiese oírlo, Strike dijo en voz alta:

—Al-giz. La maldita Algiz...

Buscó la palabra en Google. Efectivamente: Algiz, como Turisaz, era una runa del *futhark* antiguo. Entre los significados asignados a Algiz figuraban la protección, la defensa y la superioridad.

—No puede ser una casualidad —masculló Strike para sí mismo. Empezó a revisar el contenido de Gizzard, esta vez con más detenimiento, retrocediendo lentamente varios años y prestando especial atención a otros perfiles con los que había interactuado Algiz. Poco después encontró una interacción con la cuenta de la Hermandad de Ultima Tule publicada a principios de 2013.

Ryder T @Ultima_T_14
Esta noche vamos a ponernos hasta las cejas.

Algernon Gizzard Esq @Gizzard_Al
en respuesta a @Ultima_T_14
Auf die alten Götte!

Strike sospechó que aquel brindis germánico sería muy habitual en los retiros odinistas. Siguió leyendo y, por fin, en julio de 2011, encontró algo que justificaba las dos horas que se había pasado examinando el perfil de @Gizzard_Al. Algernon Gizzard había publicado un tuit expresando su aprobación después de que un terrorista de extrema derecha asesinara a setenta y siete jóvenes en un campamento del partido laborista de Noruega.

Algernon Gizzard Esq @Gizzard_Al
Me he leído el manifiesto del tirador
□□□

Jamie Kettle @BlackPill28
en respuesta a @Gizzard_Al
Puto amo

—¡Ya te tengo, cabrón! —exclamó Strike.

Turisaz sonreía en la foto de perfil de la cuenta de Jamie Kettle, en la que Londres figuraba como ubicación. La única diferencia entre su apariencia en 2011 y la de la actualidad era que, cuatro años atrás, no llevaba una runa tatuada en la nuez. Sin embargo, su banner era una foto de la calavera que Strike había visto tatuada en la nuca de Turisaz.

Su perfil contenía todas las marcas de los miembros de la ultraderecha que Strike ya conocía muy bien: obsesión con el exceso de ayudas a los inmigrantes y con la marginación de los varones blancos; control del pensamiento y la expresión, e indignación por el narcisismo, la codicia y la fatuidad de las mujeres. Con todo, el perfil había experimentado un cambio notorio en 2012: a partir de esa fecha, había desaparecido casi todo el contenido político y sólo habían quedado algunas publicaciones sobre las dos principales aficiones de Kettle: la carpintería (publicaba ejemplos de sus obras acabadas) y su moto 1968 Norton Commando.

Strike revolvió las hojas que tenía en la mesa de la cocina hasta que encontró la lista de cuentas de Ultima Tule que había recopilado, y enseguida encontró a @jkett_hut, también conocido como True Briton, cuyo perfil se había creado en abril de 2012: justo en el momento en que el perfil de Jamie Kettle se había despojado de todo contenido político.

—Pillado por querer fardar de tus mesitas auxiliares —dijo Strike con una sonrisa socarrona en los labios mientras cogía el móvil para llamar al inspector jefe Murphy.

47

... almas enfermas ansiosas por infectar
y echarles su mal aliento en la cara a sus hermanas
como si eso las aliviara.

ELIZABETH BARRETT BROWNING, *Aurora Leigh*

Chats internos entre cinco de los ocho moderadores de *El juego de Drek*

<**Canal de moderadores**>;

<**13 mayo 2015 23:47**>;

<**Vilepechora, Cora, Gusano28, Traslúcida**>;

Cora: estoy tope emocionada con la Comic Con

Gusano28: yo tambien

Vilepechora: todos tenéis preparada la máscara?

Gusano28: si XD

Cora: entonces tú vas, Vile?

Vilepechora: no me llames Vile

Cora: XD

Gusano28: XD

Vilepechora: iré si va Traslúcida.

Traslúcida: por qué?

Vilepechora: me ponen un montón las pelirrojas. Sangre vikinga auténtica

Cora: cómo sabes que lo es?

Vilepechora: XD eso es secreto

>;

Cora: alguien sabe si LordDrek irá a la Comic Con?

Gusano28: ni idea, ace mucho que no viene por aqui

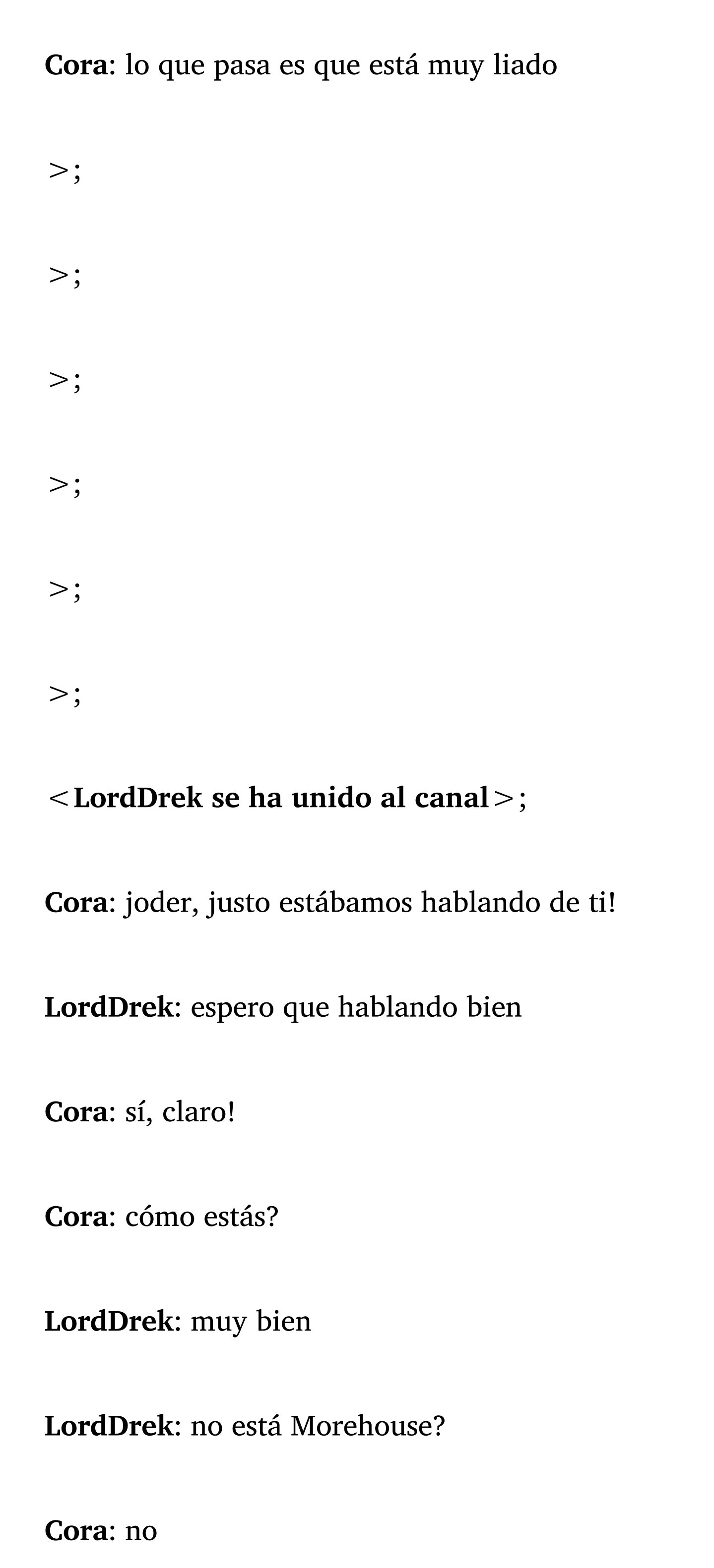
Gusano28: creo que Anomia debería nombrar a otro m oderador

Cora: yo no estoy de acuerdo

Gusano28: pues LordDrk ya no aparece nunca

Gusano28: Vile, sabes si LordDrk se ha ido?

Cora: estoy segura de que no



Cora: lo que pasa es que está muy liado

>;

>;

>;

>;

>;

>;

<**LordDrek se ha unido al canal**>;

Cora: joder, justo estábamos hablando de ti!

LordDrek: espero que hablando bien

Cora: sí, claro!

Cora: cómo estás?

LordDrek: muy bien

LordDrek: no está Morehouse?

Cora: no

LordDrek: mejor, porque que te llamen nazi cada 10 minutos es un palo

Cora: lo siento

LordDrek: no es culpa tuya XD

Cora: Morehouse se pasa un montón

LordDrek: Anomia tampoco está?

Cora: no, se ha ido hace media hora, tenía algo que hacer

LordDrek: qué es, un vampiro? Es más de medianoche

Cora: XD

LordDrek: como ahora se ha aficionado a matar, tal vez ha salido de caza

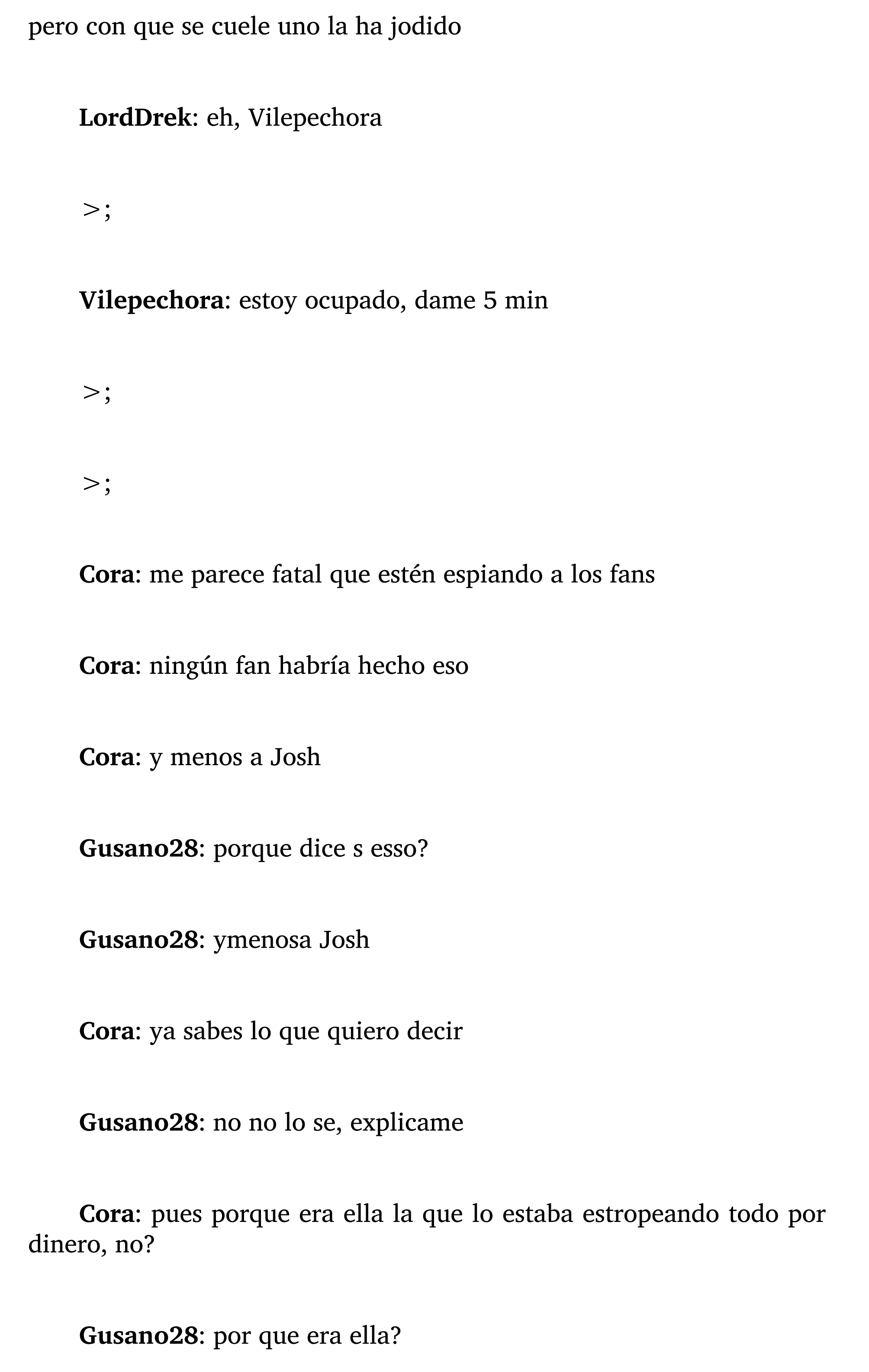
Cora: XD no digas eso

LordDrek: no lo digo yo, lo dice él

LordDrek: lo dice todo el puto rato, en el juego

LordDrek: un día de éstos alguien se lo va a tomar en serio

LordDrek: ya sé que cree que no ha dejado entrar a los polis aquí,


pero con que se cuele uno la ha jodido

LordDrek: eh, Vilepechora

>;

Vilepechora: estoy ocupado, dame 5 min

>;

>;

Cora: me parece fatal que estén espiando a los fans

Cora: ningún fan habría hecho eso

Cora: y menos a Josh

Gusano28: porque dice s esso?

Gusano28: ymenosa Josh

Cora: ya sabes lo que quiero decir

Gusano28: no no lo se, explicame

Cora: pues porque era ella la que lo estaba estropeando todo por dinero, no?

Gusano28: por que era ella?

Cora: venga, Gusano, todo el mundo sabe que era ella la que lo hacía por dinero

Gusano28: como lo sabes? tu noestavas en las reuniones ninada

Gusano28: como sabes qeu j*** no queria ganar mas?

Gusano28: E*** era la qeu tenía las mejores ideas y los megores perrsonajes

Gusano28: estoy arta de que todos la insulten

Gusano28: era buena jente, yo lo se

Gusano28: vete a l a mierda Cora

<**Gusano28 ha dejado el canal**>;

>;

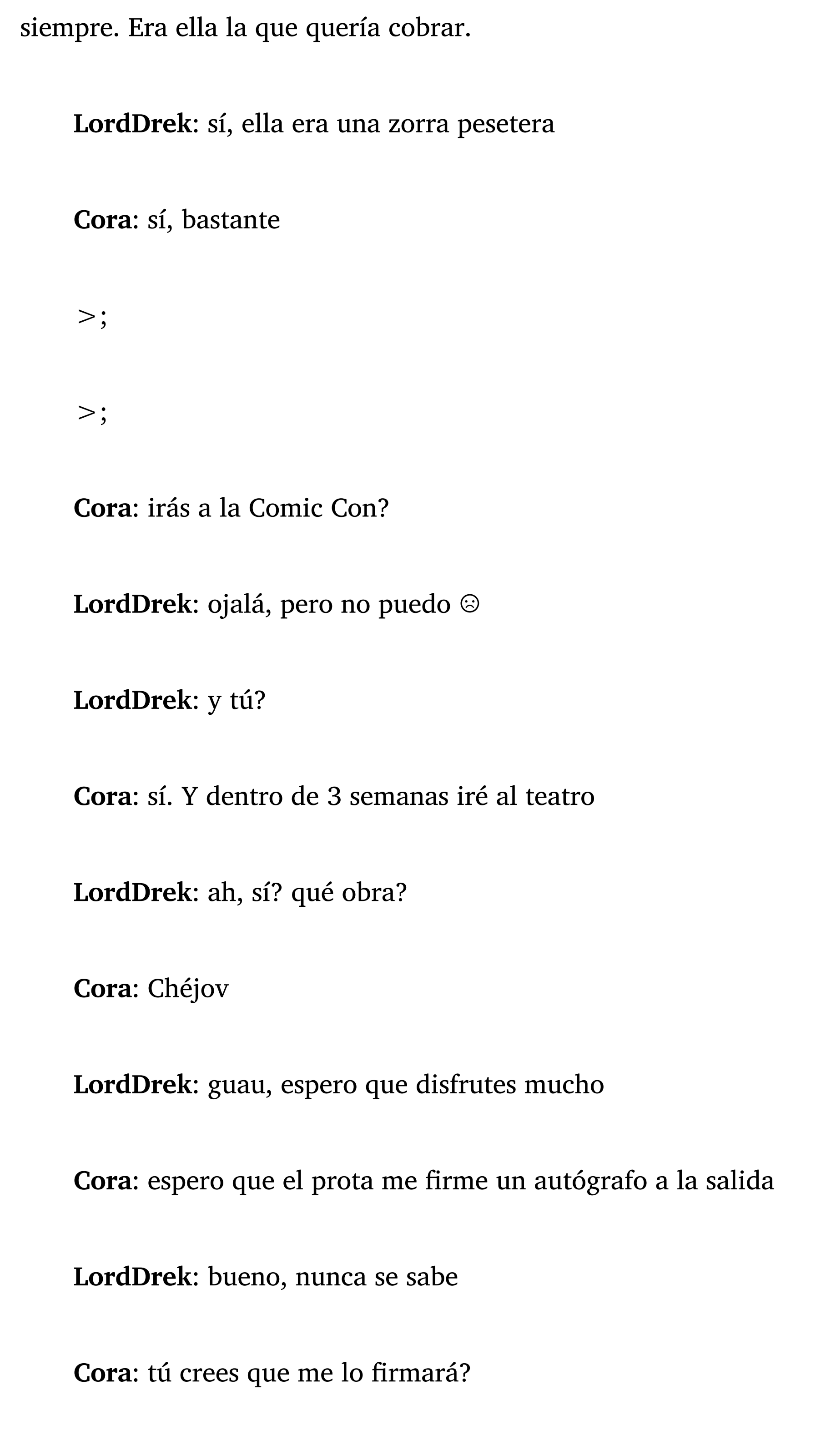
Cora: uf, qué he dicho?

LordDrek: XD

LordDrek: el gusano se ha cansado

Cora: no sé, yo no *conocía* a L****** ni nada

Cora: Josh habría dejado los dibujos gratis en YouTube para



siempre. Era ella la que quería cobrar.

LordDrek: sí, ella era una zorra pesetera

Cora: sí, bastante

>;

>;

Cora: irás a la Comic Con?

LordDrek: ojalá, pero no puedo ☹

LordDrek: y tú?

Cora: sí. Y dentro de 3 semanas iré al teatro

LordDrek: ah, sí? qué obra?

Cora: Chéjov

LordDrek: guau, espero que disfrutes mucho

Cora: espero que el prota me firme un autógrafo a la salida

LordDrek: bueno, nunca se sabe

Cora: tú crees que me lo firmará?

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**13 mayo 2015 23:50**>;

<**Traslúcida invita a Vilepechora**>;

Traslúcida: Cómo sabes que soy pelirroja?

<**Vilepechora se ha unido al canal**>;

Vilepechora: qué honor. Creía que Morehouse era el único que se comunicaba por canal privado contigo

Vilepechora: os habéis enfadado? A él ya no se le ve el pelo por aquí

Vilepechora: y tú estás aquí a todas horas

Traslúcida: te he hecho una pregunta

Vilepechora: debería haber dicho las pelirrojas *naturales*

Vilepechora: con vello púbico a juego

Traslúcida: cómo lo sabes?

Vilepechora: XD

Vilepechora: te lo diré si tú me contestas a mí una pregunta

Traslúcida: qué pregunta?

Vilepechora: cuánto quieres por decirme quién es Anomia?

Traslúcida: no sé quién es

Vilepechora: venga ya, seguro que Morehouse te lo ha dicho

Traslúcida: pues no

Vilepechora: pero Morehouse lo sabe, no?

Traslúcida: sí, Morehouse lo sabe, pero no te lo va a decir

Vilepechora: ya lo sé, por eso te lo pregunto a ti

Traslúcida: a qué viene tanto interés de repente?

Vilepechora: no es de repente

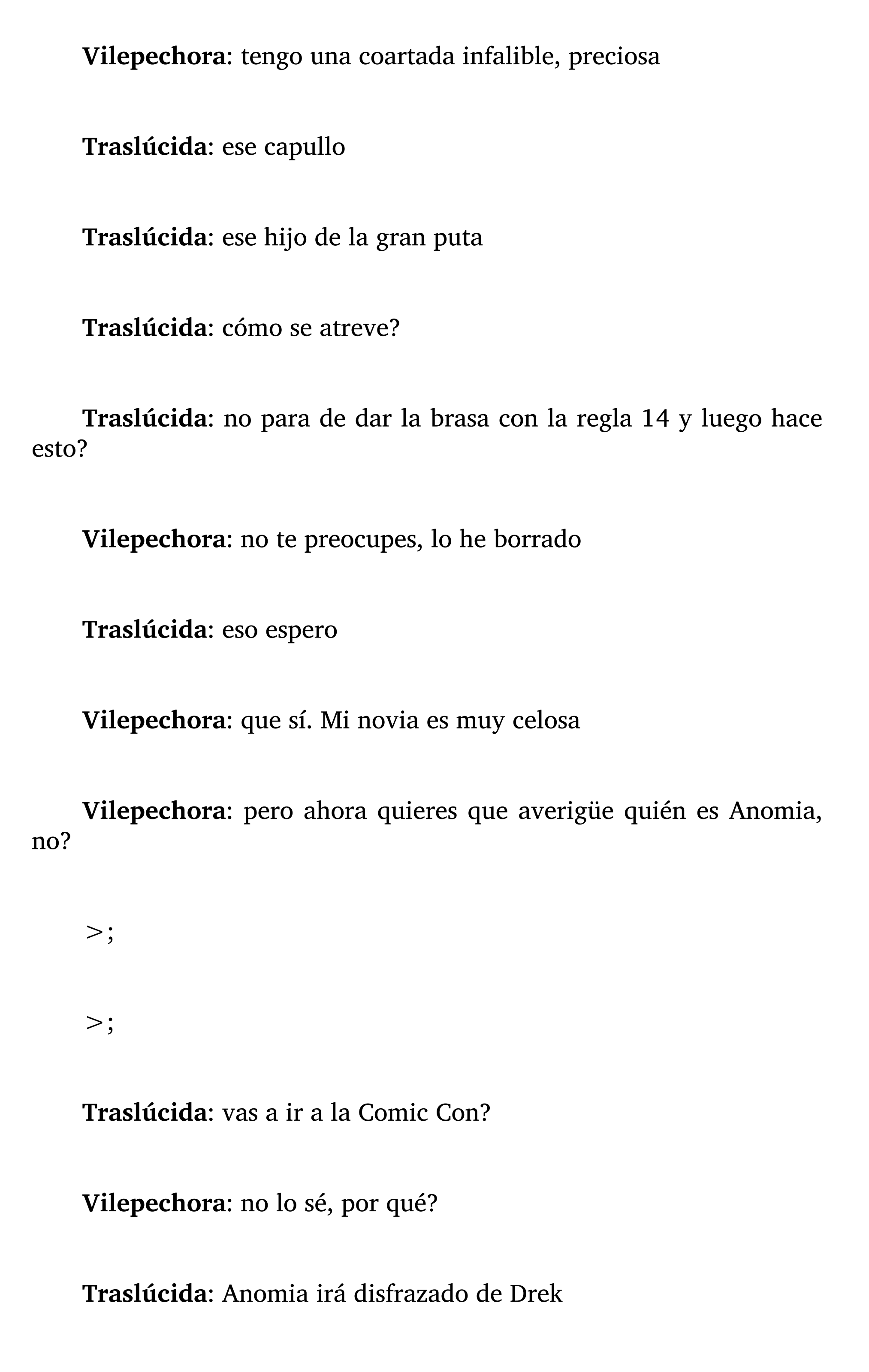
Vilepechora: todo el fandom quiere saber quién es Anomia

Vilepechora: además, ha matado a Ledwell

Traslúcida: vete a la mierda

Vilepechora: si no, quién ha sido?

Traslúcida: a lo mejor tú



Vilepechora: tengo una coartada infalible, preciosa

Traslúcida: ese capullo

Traslúcida: ese hijo de la gran puta

Traslúcida: cómo se atreve?

Traslúcida: no para de dar la brasa con la regla 14 y luego hace esto?

Vilepechora: no te preocupes, lo he borrado

Traslúcida: eso espero

Vilepechora: que sí. Mi novia es muy celosa

Vilepechora: pero ahora quieres que averigüe quién es Anomia, no?

>;

>;

Traslúcida: vas a ir a la Comic Con?

Vilepechora: no lo sé, por qué?

Traslúcida: Anomia irá disfrazado de Drek

Vilepechora: seguro?

Traslúcida: Morehouse me lo dijo hace tiempo

Traslúcida: Anomia siempre va de Drek

Vilepechora: como mogollón de gente

Traslúcida: por eso lo hace, inútil

Traslúcida: qué esperabas, que entrase con una puta flecha señalándole la cabeza y diciendo «Soy Anomia»?

Vilepechora: XD ok

Traslúcida: ojalá descubras quién es ese hijo de puta

Traslúcida: yo también lo voy a buscar

Vilepechora: genial, podemos hace piña

Traslúcida: no pienso hacer piña contigo

Vilepechora: por qué, para no poner celoso a Morehouse?

Traslúcida: Vilepechora, si mi foto aparece en internet o algo…

Vilepechora: no aparecerá

Vilepechora: podría haber intentado hacerte chantaje con esa foto

Vilepechora: pero no lo hice, porque soy buena gente

Traslúcida: ya, seguro

Vilepechora: qué se supone que significa eso?

Traslúcida: Halvening?

Vilepechora: joder, estuvimos mogollón de tiempo investigando, estábamos seguros de que Anomia era Ledwell

Traslúcida: ok si tú lo dices

Traslúcida: pero lo de mi foto te lo digo en serio

Vilepechora: te juro por Odín y los Dioses Antiguos que no la utilizaré

Traslúcida: has dicho que la borraste

Vilepechora: la borré, por eso no puedo usarla.

Traslúcida: ok más vale que sea verdad

<**Traslúcida ha dejado el canal**>;

<**Vilepechora ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

LordDrek: creo que hay muchas posibilidades de que sí

Cora: XD

Cora: qué crees que debo hacer, esperar junto a la entrada de artistas?

>;

LordDrek: un momento, guapa, llaman a la puerta

Cora: tranqui x

>;

>;

Traslúcida: ha aparecido Morehouse?

Cora: no

Cora: os habéis peleado?

Traslúcida: no, sólo quiero hablar con él

>;

>;

>;

Traslúcida: puedes decirle a Morehouse que necesito hablar con él, si aparece?

Cora: ok

Traslúcida: gracias

<**Traslúcida ha dejado el canal**>;

Cora: sigues ahí, Lord Drek?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

LordDrek: un momento, guapa

Cora: perdón, no quería meterte prisa!

>;

>;

>;

>;

>;

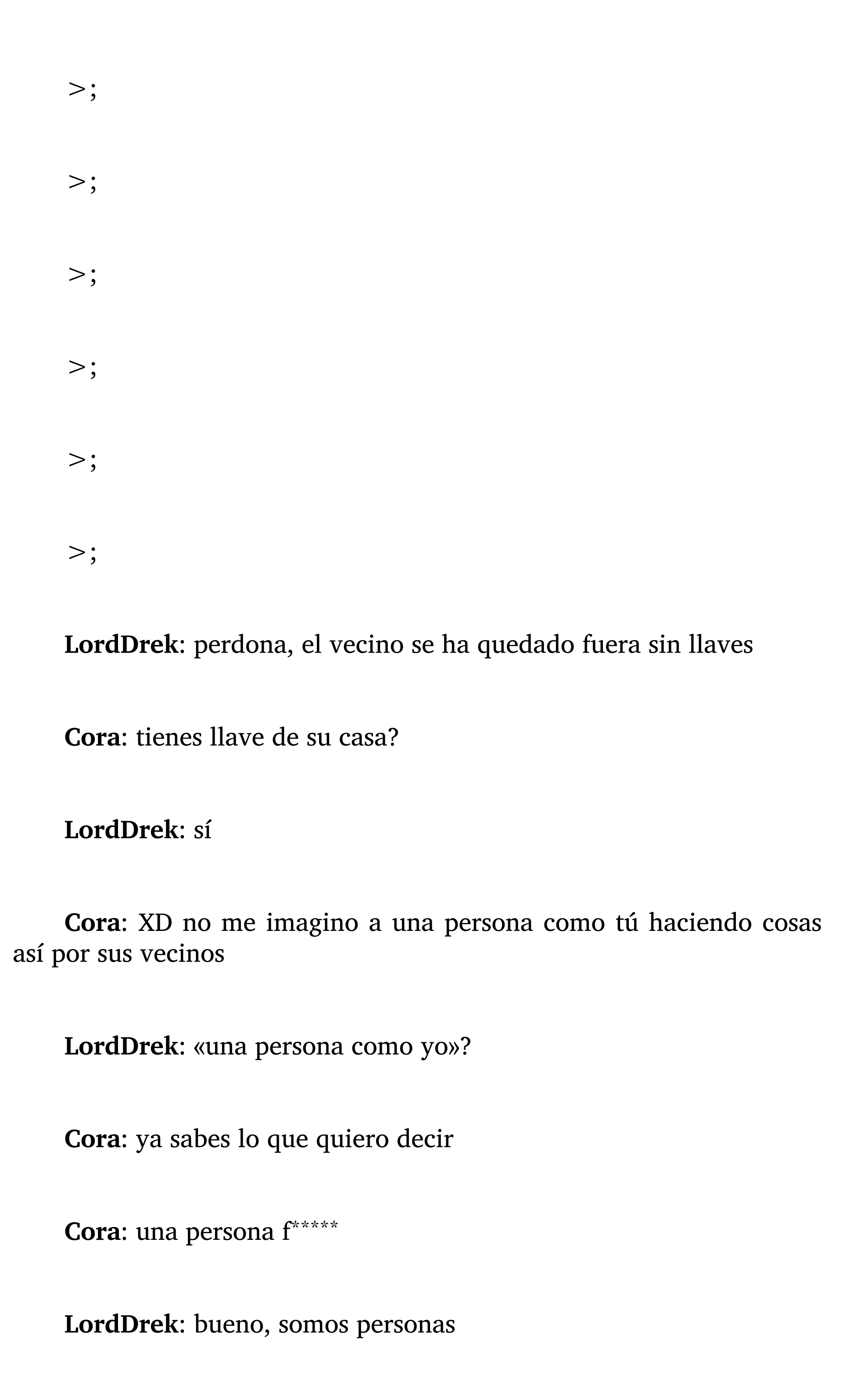
>;

>;

>;

>;

>;



>;

>;

>;

>;

>;

>;

LordDrek: perdona, el vecino se ha quedado fuera sin llaves

Cora: tienes llave de su casa?

LordDrek: sí

Cora: XD no me imagino a una persona como tú haciendo cosas así por sus vecinos

LordDrek: «una persona como yo»?

Cora: ya sabes lo que quiero decir

Cora: una persona f*****

LordDrek: bueno, somos personas

Cora: XD sí, supongo

Cora: pero me cuesta imaginármelo

LordDrek: mejor que no hablemos más de esas cosas. Regla 14.

Cora: XD, sí, perdón.

Cora: a veces me despisto un poco cuando no está Anomia

Cora: supongo que cuando acaba la obra, los actores tienen que irse a casa y acostarse pronto

LordDrek: sí, eso es

Cora: qué pena

LordDrek: creo que los directores son estrictos respecto a eso

Cora: claro, ya me imagino

Cora: pero crees que dejan que la gente vaya a los camerinos antes de empezar la obra?

>;

LordDrek: perdona, cielo, es mi vecino otra vez. Se le ha roto la llave en la puta cerradura

Cora: ostras no

LordDrek: tengo que desconectarme, va a quedarse en mi casa hasta que llegue el cerrajero.

Cora: vale ok

Cora: buenas noches, bss

>;

>;

LordDrek: buenas noches, bss

<**Lord Drek ha dejado el canal**>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Cora: sigues despierto, Vile?

>;

>;

>;

>;

<**Vilepechora ha dejado el canal**>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**14 mayo 2015 00:04**>;

<**Vilepechora invita a LordDrek**>;

Vilepechora: Novedades

>;

>;

<**LordDrek se ha unido al canal**>;

LordDrek: sabes algo?

Vilepechora: ella dice que no sabe quién es Anomia

Vilepechora: pero dice que Anomia irá a la Comic Con disfrazado de Drek

LordDrek: eso no nos sirve, habrá miles de Dreks allí

Vilepechora: eso le he dicho yo, pero dice que por eso lo hace

Vilepechora: Traslúcida también quiere averiguar quién es, ahora que sabe que ha estado enseñando sus fotos en bolas en los chats del juego.

Vilepechora: podría hacer piña con ella para encontrarlo

LordDrek: ni de coña, nosotros no nos mezclamos con justicieras sociales.

LordDrek: ya sé que Traslúcida te pone cachondo, pero tienes que pasar. Concéntrate en tu puto trabajo.

LordDrek: porque yo también tengo noticias, y no son buenas

LordDrek: y estamos más seguros hablando por aquí que por el otro sitio porque creo que la pasma todavía está vigilando allí

LordDrek: hace una hora se han llevado a Thurisaz para interrogarlo

Vilepechora: mierda

LordDrek: supongo que había una cámara en esos lavabos

LordDrek: además, ese desgraciado mantenía su cuenta de Twitter antigua con su foto y su nombre real. Supongo que por eso lo han pillado.

Vilepechora: cómo lo sabes?

LordDrek: Uruz estaba en casa de Thurisaz cuando llegó la pasma

LordDrek: Le preguntaron a Thurisaz si la cuenta vieja era suya

LordDrek: no habría podido negarlo, salía su moto en el camino de su casa

Vilepechora: mierda

LordDrek: así que borra la puta cuenta de Algiz IMMEDIATAMENTE

Vilepechora: ok, ok, ahora mismo la borro

>;

>;

>;

Vilepechora: ok, ya está. Borrada

Vilepechora: pero yo nunca puse mi nombre real, ni fotos de mi cara

LordDrek: no, sólo tu coche, tu equipo de fútbol y tu discoteca favorita

Vilepechora: mira, alguien tendría que ir a la comic con e intentar descubrir a Anomia

Vilepechora: sigue diciendo que fue él quien los atacó. Si descubrimos quién es, podemos darle el soplo a la policía. Si lo detienen por apuñalar a esos dos, a nosotros nos dejarán en paz.

>;

LordDrek: y qué piensas hacer, ir por ahí quitándole la máscara a la gente?

Vilepechora: vale la pena, joder

Vilepechora: Llevará una máscara de Drek y una camiseta de Salvemos el Juego. Le haré hablar

>;

>;

LordDrek: ok, ve a la Comic Con, pero no hagas ninguna tontería

LordDrek: no hagas un Thurisaz

LordDrek: si no hubiese ido a por ese poli no estaría detenido

Vilepechora: Thurisaz no cantará

LordDrek: no se trata de eso

Vilepechora: todavía quieres hacer la reunión el sábado?

LordDrek: sí, necesitamos mucha disciplina sobre todo ahora

LordDrek: Todavía tengo que camelarme a esa foca de Cora para que no sospeche nada

>;

LordDrek: va a ir a ver mi obra. Quiere que le firme un autógrafo en la entrada de artistas

Vilepechora: diosss, qué pringado. qué piensas hacer cuando Michael David la ignore, decir que no la viste?

Vilepechora: porque dudo que cuele, te recuerdo que la tía es un armario.

LordDrek: ya lo sé. Debí fingir que era Stevie Wonder

Vilepechora: XD

<**LordDrek ha dejado el canal**>;

<**Vilepechora ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

48

A veces, como es joven, ella me disgusta
por caprichosa, o insensible, o ignorante.
Como un pájaro alocado que, llevado por el viento,
choca contra el árbol en el que se crió…

AUGUSTA WEBSTER,
Madre e hija

Al día siguiente, el despertador de Strike sonó temprano, porque el detective tenía que ir a King's Lynn a entrevistar a Kea Niven. Aunque no estaba seguro de que su muñón pudiera superar el doble reto de llevar puesta la prótesis y pisar el acelerador, su estado de ánimo mejoró cuando leyó el mensaje que Ryan Murphy le había enviado durante la noche. Habían encontrado a Turisaz —también conocido como Jamie Kettle— en su casa de Hemel Hempstead, y se lo habían llevado a la comisaría para interrogarlo. Ahora la policía estaba examinando su ordenador en busca de pruebas de actividad en la internet oscura y registrando su casa en busca de restos de material para la fabricación de explosivos. Afirmar que Strike pensaba que haber tropezado con el bolso de aquella finlandesa había sido un golpe de suerte habría sido excesivo, sobre todo teniendo en cuenta las consecuencias negativas que había tenido para su negocio, pero al menos tenía el consuelo de saber que las horas que se había pasado husmeando en Twitter habían sido fructíferas, así que desayunó de mucho mejor humor que en los últimos días.

Al salir de la ducha, sin embargo, vio que tenía una llamada perdida. Con fuertes sospechas de lo que se disponía a oír, accedió al buzón de voz.

—Esto… ¿señor Strike? Hola, soy Sara Niven. Me temo que Kea no se encuentra nada bien hoy, así que… tendremos que aplazar la entrevista, lo siento.

Con una toalla alrededor de la cintura, Strike se mantuvo en equilibrio sobre una pierna, sujetándose con la mano que tenía libre al respaldo de una silla de la cocina. Finalmente, decidió que lo único que podía hacer era actuar como si no hubiese oído el mensaje. La llamada le había llegado al móvil desviada desde el teléfono de la oficina: alegaría que se había producido algún fallo técnico.

Comprobó con alivio que el extremo de su muñón aceptaba

dócilmente el calcetín, la almohadilla de gel y el peso del cuerpo cargado sobre la pierna postiza. Todavía le dolían los isquiotibiales, pero, dado que la alternativa de llevar la prótesis era ir a King's Lynn en tren y taxi con las muletas —y presentarse ante Madeline por la noche con una pernera del pantalón recogida y medio vacía—, sus tendones iban a tener que aguantarlo como fuese. De todas formas, decidió coger el bastón plegable que le había comprado Robin, y después bajó con cuidado la escalera. Se había puesto un traje porque no quería tener que volver a Denmark Street a cambiarse, antes de acudir a su cita con Madeline.

Strike circulaba por la A14 a la altura de Cambridge cuando lo llamó Robin.

—Buenas noticias. Seb Montgomery no puede ser Anomia.

—De puta madre —dijo Strike con ímpetu—. Ya era hora de que pudiésemos descartar a alguien. ¿Cómo lo sabes?

—Anomia ha entrado en el juego hace cinco minutos y ha insistido a otros jugadores para que vayan a la Comic Con. Seb había salido de la oficina a buscar café. Lo he estado observando todo el rato: ni móvil, ni iPad, ni ninguna otra forma de teclear.

—Excelente trabajo, Ellacott. Yo también tengo novedades: la madre de Kea Niven dice que su hija no se encuentra bien y que hoy no puedo entrevistarla.

—Mierda —dijo Robin—. ¿Qué vas a...?

—Voy a ir igualmente —la interrumpió Strike—. Me importa un carajo. Haré como si no hubiese recibido el mensaje.

Hubo una breve pausa mientras Strike adelantaba a un Vauxhall Mokka que iba muy lento.

—¿Crees que...?

—Es tu candidata favorita para ser Anomia —repuso Strike.

En vista de lo sucedido la semana anterior, el detective estaba un poco susceptible ante cualquier insinuación de que pudiese estar actuando de forma imprudente.

—No, supongo que tienes razón... —dijo Robin—. Kea podría pasarse la vida dándonos largas.

—¿Has leído mi correo sobre Jamie Kettle? —preguntó Strike. Inmediatamente después de llamar a Murphy, había escrito a Robin para contarle cómo había conseguido identificar a Turisaz.

—Sí —dijo Robin—, es fantástico. Debes de haber tardado una eternidad.

—Veintitrés horas hurgando sin parar en Twitter. Pero Murphy se ha puesto muy contento. ¿Dónde estás?

—Caminando hacia Harley Street. Según Midge, ahora mismo Gus Upcott va en metro en esa dirección. Voy a relevarla de la vigilancia de Gus para que ella pueda relevar a Barclay de la de Preston Pierce.

Creo que es conveniente…

—Que vayamos turnándonos, sí —dijo Strike; confiaba en que Robin no estuviese criticando implícitamente que él hubiera estado vigilando a Wally Cardew durante tantas horas, con lo que había facilitado que Turisaz pudiera reconocerlo—. Vale, te digo algo en cuanto haya visto a Kea.

La noticia sobre Montgomery lo había puesto de tan buen humor que Strike ni se inmutó cuando vio el primer molino de viento, ni cuando el paisaje cambió y dio paso a extensas marismas y pantanos.

Nunca iba a Norfolk por iniciativa propia y, de hecho, le tenía un poco de manía a todo el condado, porque el peor de todos los sitios a los que la itinerante e inquieta madre de Strike había llevado a vivir a sus hijos era una comuna de Norfolk que Strike esperaba que ya no existiese.

Llegó a King's Lynn poco después de las once. El navegador lo guió por una serie de calles secundarias sin ningún encanto, hasta que fue a parar a un muelle de hormigón que bordeaba el Great Ouse, un río de aguas fangosas que discurría junto a la casa de Sara Niven. Strike aparcó, mandó un mensaje a Robin para que supiera que estaba a punto de llamar a la puerta de Kea y salió del coche con la carpeta en la que llevaba las capturas de pantalla. Cuando ya se disponía a cerrar la portezuela, volvió a meter la mano para coger el bastón, aunque en ese momento no creía que fuese a necesitarlo. Luego echó a andar por South Quay hacia la casa de las Niven y pulsó el timbre.

Una aguda voz femenina gritó desde el interior de la casa, aunque las palabras que dijo fueron ininteligibles. Tras una pausa de casi un minuto, se abrió la puerta.

Ante él apareció una mujer madura de aspecto ligeramente bohemio, con pelo canoso y despeinado, y Strike dedujo que sería la madre de Kea. Al ver al detective, la mujer puso cara de consternación.

—Oh… ¿Usted es…?

—Cormoran Strike —se presentó el detective—. He quedado con Kea.

Nada más pronunciar ese nombre, la voz aguda que Strike había oído hacía un momento volvió a gritar desde algún sitio que él no alcanzaba a ver.

—¡No! ¡Me has dicho que no iba a venir!

—Kea… —dijo su madre dándose la vuelta, pero entonces se oyeron pasos que corrían, y luego un portazo—. ¡Oh, no! —exclamó Sara Niven, que volvió a mirar a Strike y, enojada, añadió—: ¡Le he dicho que no viniera! ¡Le he llamado esta mañana y le he dejado un mensaje!

—¿En serio? —Strike se apoyó ostentosamente en el bastón y

fingió una mezcla de confusión e incredulidad—. ¿Está segura de que ha marcado bien el número? El contestador de la oficina funciona muy bien.

—Sí, estoy segura de…

Justo en ese momento, se oyó un portazo aún más fuerte. Strike dedujo que Kea acababa de salir por la puerta de atrás. Dentro de la casa se oyó otra voz, extraña y metálica, que repetía: «¡Por favor, Kea! ¡Por favor, Kea! ¡Por favor…!»

—He venido desde Londres —dijo Strike frunciendo el ceño e inclinándose hacia el bastón—. ¿Le importa que al menos use su cuarto de baño?

—Pues… bueno…

La mujer vaciló, pero acabó cediendo de mala gana:

—De acuerdo, pase.

Sara se apartó para dejarlo pasar, le señaló la puerta del cuarto de baño y desapareció por el final del pasillo —donde Strike supuso que se encontraba la puerta de atrás— diciendo a voz en grito: «¿Kea? ¡Kea!»

El detective se quedó en el felpudo y miró a su alrededor. A su derecha, visible por una puerta abierta, había un salón decorado con una abigarrada mezcla de estampados de Liberty. Una pareja de agapornis lo miraban parpadeando desde una gran jaula. También vio un ordenador portátil abierto encima de un sofá con los cojines hundidos.

Se coló en el salón y tocó el panel táctil del ordenador. Estaba caliente. Kea había estado mirando vestidos en un sitio web llamado prettylittlething.com. Strike abrió el historial de internet, fotografió con el móvil la lista de sitios web que la chica había visitado últimamente, salió tan deprisa como pudo del salón y se metió por la puerta que le había indicado Sara.

El pequeño cuarto de baño sólo tenía un inodoro y un lavamanos, y ninguno de los dos estaba demasiado limpio. Junto al inodoro, había un montón de ejemplares del *New Statesman* y de un periódico local. En las paredes había varias láminas viejas de pájaros exóticos, todas un poco torcidas. Aquella extraña voz metálica seguía entonando: «¡Por favor, Kea! ¡Por favor, Kea!» desde más adentro de la casa.

Strike salió del cuarto de baño y oyó gritar a Sara:

—¡Basta!

La voz metálica cambió de cantinela:

—¡Basta! ¡Basta! ¡Basta!

Se dejó guiar por aquellas voces y encontró a Sara Niven en la cocina, apoyada de espaldas en un fregadero lleno de platos sucios. Estaba angustiada y enfadada a la vez, y llevaba un vestido suelto confeccionado con un estampado de Liberty de color verde lodo, a

juego con los cojines del salón. Las medias negras y gruesas tenían un agujero en el pie izquierdo por el que intentaba asomar su grueso dedo gordo.

—¡Basta!

En un rincón de la cocina, había una percha con una gran cacatúa blanca que observaba a Strike con unos ojos inquietantemente inteligentes. Después de gritar el último «basta», se puso a mordisquearse una pata.

—No se acerque a él —le advirtió Sara—. No le gustan los hombres.

Strike obedeció y se detuvo. Por la ventana de encima del fregadero vio que la mitad del jardín trasero estaba ocupada por pajareras, en las que revoloteaba una gran variedad de pájaros de colores. La cocina olía a rancio, y predominaba un tufillo a verduras en descomposición.

—Kea se ha ido —le soltó Sara con tono acusador—. Ha salido por la puerta de atrás.

—Ah —dijo él apoyándose en el bastón—. Es una lástima. Supongo que sabe de qué va todo esto, ¿no, señora Niven?

—Sí, me lo dijo usted por teléfono: de ese tal Anomalía o como se llame —dijo Sara—. Kea dice que Josh cree que es ella, pero eso es del todo ridículo.

—Creo que Kea no me entendió —repuso Strike—. Le dije que circula la teoría de que ella es Anomia, pero nunca dije que Josh se la creyera. Josh sólo quiere que Kea hable conmigo porque él sabe que su hija ha hablado en privado con Anomia.

—Mire, Kea ya ha hablado con la policía —dijo Sara acaloradamente—. Alguien los puso sobre aviso, lo que resulta de lo más ridículo, y les dijo que Kea llevaba años acosando a esa chica, a esa tal Ellie Led-no-sé-qué, y por eso la interrogaron, ¡por cosas que Kea había dicho en las redes sociales, por el amor de Dios! No creo que se pueda llamar «acoso» a decir que te han robado, ¿no? Y, por cierto, Josh Blay trató pésimamente a Kea, lo que tuvo un efecto terrible en su salud mental, y por su culpa mi hija tuvo que dejar la universidad...

—Sí, ya sabía que Kea lo había pasado mal —dijo Strike—. Perdone, pero... ¿le importaría que me sentara?

Se levantó un poco la pernera derecha del pantalón para mostrar la varilla metálica de su prótesis. Tal como había imaginado, aquello pareció conmocionar y desconcertar a Sara.

—Ay, lo siento. No sabía que...

Strike, cuyo único objetivo era ponérselo más difícil a Sara para que lo echara de su casa, se sentó en una silla de la cocina. La mesa estaba cubierta de migas de tostada. Sara se apresuró a sentarse en

otra silla, enfrente del detective, y, distraídamente, barrió unas cuantas migas con la mano y las tiró al suelo. A Strike, que era muy escrupuloso, no le gustaban nada ese tipo de cosas.

—Kea estaba mucho mejor hasta que pasó esto —dijo Sara, y Strike comprendió que con «esto» se refería a los apuñalamientos—. Pero entonces, evidentemente por culpa del estrés... En fin, he presentado una queja ante la policía. Mi hija debería haber estado acompañada durante el interrogatorio. Yo debería haber estado con ella. ¡Es una enferma crónica, por el amor de Dios! ¡Ella no tiene la culpa de que él la llamara! No sabe lo mal que se lo hicieron pasar: rastrearon todos y cada uno de sus movimientos...

—Perdone, ¿quién fue el que llamó a Kea? —preguntó Strike.

—Josh —contestó Sara mirando a Strike con una mezcla de incredulidad y consternación—. Creía que usted lo sabría. La llamó por teléfono la noche antes de que lo apuñalaran.

—Ah, entiendo.

—Pero no le dijo nada de que al día siguiente iría al cementerio. Ella no lo sabía. ¿Para qué iba a contarle dónde...? Si ni siquiera le había mencionado a esa tal Ellie Led-no-sé-qué a Kea. Pero la policía la obligó a repasar todos sus movimientos, y claro, ha tenido una grave recaída.

—Sí, Kea me comentó por teléfono que había tenido que quedarse en cama —comentó Strike.

Hubo otra breve pausa durante la cual el hecho de que Kea acabara de salir corriendo de la casa resonó como un eco en la cocina.

—Tiene días buenos y días malos, en eso consiste su enfermedad —dijo Sara poniéndose a la defensiva—. El Sistema Nacional de Salud no sirve para nada. «Los análisis de sangre son normales...» «Le recomendamos que haga psicoterapia...» ¿En serio? ¡Venga ya! —exclamó Sara, furiosa—. ¿Cómo va a ser un problema psiquiátrico la causa de que Kea tenga tanto dolor y esté tan cansada que no pueda levantarse de la cama? Acabas teniendo que investigar por tu cuenta en internet y haciéndoles el trabajo a los médicos... He tenido que pagar un montón de análisis privados, y como es lógico, el estrés que supone todo esto... —Sara hizo un amplio y brusco ademán— ha sido atroz. Kea ha pasado unos días espantosos...

De pronto, la cacatúa de la percha se puso a volar, formó un torbellino de plumas blancas que sobresaltó a Strike y se marchó por el pasillo.

—¿La dejan volar por toda la casa? —preguntó el detective.

—Sólo en la planta baja —contestó Sara—. Al final de la escalera hay una puerta que impide el paso.

La cacatúa, que se había perdido de vista, volvió a entonar su grito de «¡Por favor, Kea! ¡Por favor, Kea!», y los dos agapornis de la

jaula respondieron con una serie de sonidos chirriantes.

—Josh Blay está paralítico —volvió a empezar Strike—. El cuchillo le atravesó el cuello. Hasta hace poco no había recuperado el habla.

Dio la impresión de que Sara se encogía dentro de su holgado vestido.

—Lo único que quiere —continuó Strike— es que ese troll deje de alborotar en internet y de atacar a la familia de Edie. Desde que ella murió, Anomia no ha parado de meterse con su tío y...

—Kea jamás...

—Josh no cree que Kea sea Anomia —dijo Strike—. Sólo quiere que hable conmigo porque, como le digo, sabe que ella ha estado en contacto directo con Anomia. Cualquier cosa, hasta el detalle más nimio que su hija pudiera proporcionarnos, podría ayudarnos a descubrir quién se esconde detrás de su cuenta, y Josh podría descansar.

—¡Por favor, Kea! ¡Por favor, Kea! —chilló la cacatúa desde el fondo de la casa.

—Dios mío... —susurró Sara Niven con lágrimas en los ojos, y Strike se acordó de otra madre de mediana edad que también había llorado cuando habían mencionado a Josh Blay, aunque sin duda por diferentes motivos.

Sara se levantó, se tambaleó hacia un lado y cogió un trozo de papel de cocina y un inhalador que estaba junto al hervidor de agua.

—Soy asmática —explicó con voz ronca antes de usar el inhalador; después se sonó la nariz y se sentó otra vez—. Esa teoría de que Kea está detrás de la cuenta de Anomalía... ¿quién se la ha inventado?

—En las redes sociales los rumores cobran vida propia —dijo Strike sin faltar a la verdad—. No siempre es fácil averiguar dónde se originan.

—Ella nunca... Ella jamás... —Volvió a decir Sara, pero la cacatúa invisible, que había dejado de gritar «¡Por favor, Kea!», empezó a imitar un tono de llamada con tanto acierto que automáticamente Strike se llevó una mano al bolsillo.

—Vaya... —dijo el detective al darse cuenta de dónde provenía el sonido—. Perdón, ¿qué me estaba...?

—Mire, usted no lo entiende —dijo Sara con voz entrecortada—. Kea lo ha pasado muy mal. Su padre murió cuando ella tenía dieciocho años... Se llevaban muy bien, ella lo adoraba... Su padre tuvo un derrame cerebral en el trabajo, se derrumbó en medio de la cafetería de la oficina. Seis meses más tarde, mi hija fue a la universidad a estudiar Bellas Artes y conoció a Josh, y poco después él la engañó con otra chica y la dejó. Luego apareció esa maldita serie de

dibujos y Kea se dio cuenta de que Josh le había contado todas sus ideas a esa tal Led-no-sé-qué. Josh Blay le destrozó la vida a mi hija, así de claro, y ahora lo envía a usted aquí para que ella le haga un favor...

—Señora Niven, entiendo su postura —aseguró Strike, haciendo ostentación de lo mucho que le costaba levantarse—, pero usted tiene que comprender que nuestra intención es ayudar a Kea a limpiar su nombre. Las acusaciones hechas en internet, aunque sean infundadas, encuentran la forma de colarse en la vida real de las personas, y a veces las afectan durante años. Pero si su hija no quiere colaborar en la investigación, no tengo nada más que decir, así que me marcho. Gracias por dejarme usar el cuarto de baño.

Strike estaba llegando a la puerta de la cocina cuando Sara exclamó:

—¡No! ¡Espere!

El detective se dio la vuelta. Sara parecía debatirse entre el llanto y la ira.

—Está bien, la llamaré e intentaré convencerla. Por favor, no abra ninguna puerta ni ninguna ventana hasta que yo vuelva.

Strike supuso que esa inusual petición debía de estar relacionada con la cacatúa suelta. Sara cogió un móvil de la encimera de la cocina, salió al jardín trasero y cerró la puerta.

Con el rabillo del ojo, el detective vio que Sara marcaba un número en el teléfono y que, al cabo de unos segundos, empezaba a hablar. Tal vez la mujer creyera que su voz no llegaría hasta la casa, pero el marco de la ventana estaba deformado y Strike pudo oír todo lo que dijo.

—¿Cielo? —dijo la mujer en un tono vacilante—. No, sigue aquí... Bueno, no he tenido más remedio, necesitaba ir al cuarto de baño...

A continuación hizo una larga pausa mientras su hija le soltaba un torrente de palabras. Sara empezó a pasearse por delante de las pajareras con gesto atemorizado.

—Ya lo sé... Sí, por supuesto que lo sé...

Strike vio que había excrementos de pájaro en el suelo, delante de la nevera.

—No, pero si... No, dice que Josh no... Bueno, porque quieren saber si les puedes... No, pero... Por favor, Kea, escúchame un momento...

Sara volvió a guardar silencio, porque su hija no le daba oportunidad de responder. Poco después, consiguió decir:

—Ya lo sé, cielo, claro que lo sé, pero ¿no crees que, si te niegas, podría parecer que...? Eso no es justo, Kea... Bueno, pero ¿no sería mejor pasar página de una vez por todas? Sí... Ha traído una carpeta... No lo sé... No, Kea, por favor... Kea, ¿cómo puedes decir eso? ¡Claro

que sí! Pero si sigue circulando ese rumor…

Strike oyó un aleteo. La enorme cacatúa blanca se había posado en lo alto de la puerta de la cocina y lo estaba observando desde allí con lo que a él le pareció un destello siniestro en los ojillos negros.

—De acuerdo… Vale, se lo diré. Sí… No, me aseguraré de que lo entiende. De acuerdo, cielo… Por favor, Kea, no… Sí… Vale… Adiós, cielo…

Pero por lo visto Kea ya había colgado.

Sara abrió un poco la puerta trasera, lo justo para volver a entrar, y la cerró rápidamente mientras vigilaba a la cacatúa. Le costaba un poco respirar.

—Dice que se reunirá con usted en el Maids Head. No podrá quedarse más de veinte minutos porque se encuentra fatal.

Sara volvió a dar una fuerte chupada al inhalador.

—¿Queda lejos el Maids Head? ¿Se puede ir a pie? —preguntó Strike.

—Será mejor que vaya en coche, así sólo tardará unos minutos. Está en Tuesday Market Place. Lo verá enseguida.

—Muy bien. Bueno, muchas gracias por todo, señora Niven.

Strike ya había cogido la carpeta con las capturas de pantalla y se había dado la vuelta hacia el pasillo cuando, de pronto, la cacatúa dio un fuerte chillido y se lanzó en picado. El detective vio una masa de plumas blancas e intentó protegerse con la carpeta, pero fue demasiado tarde: el pájaro ya le había hecho una herida en la sien con su pico afilado como una cuchilla.

—¡No le pegue! —gritó Sara al ver que Strike intentaba ahuyentar de un manotazo al pajarraco mientras éste escarbaba en el tupido pelo del detective.

Con los ojos cerrados para protegerlos del pico agresor, Strike avanzó a ciegas hacia donde sabía que estaba la puerta de la calle.

—¡No la abra! —le gritó Sara.

La cacatúa se había propuesto perseguirlo, pero Strike, decidido a impedir que el pájaro siguiera practicando puntería con él, ya había agarrado el picaporte. De pronto, aquella ruidosa masa de garras, pico y plumas desapareció de su cabeza. Strike no sabía si era porque sus repetidos intentos de ahuyentarlo con la carpeta habían funcionado o porque los chillidos de Sara lo habían convencido para que se retirase, pero el detective, con un hilo de sangre resbalando por un lado de su cara, no dudó en abrir la puerta de un tirón y salir a la calle.

49

Y en sus ardientes ojos brillaba
la llama mortecina del deseo de vivir
furioso porque ya no había esperanza,
y se avivaba en el fuego
de los celos y la feroz venganza
y una fuerza incansable.

MARY ELIZABETH COLERIDGE,
El otro lado de un espejo

—¡Mierda! —exclamó Strike cuando la puerta se cerró de golpe detrás de él.

La herida que le había hecho el pájaro con el pico era bastante profunda; se la palpó y calculó que medía más de dos centímetros. Se metió la mano en el bolsillo para buscar algo con que limpiarse, pero no encontró nada.

—Entrar en esa casa es más peligroso que colarse en la jaula de un tigre —dijo una cascada voz masculina. Strike se dio la vuelta y vio al vecino de Sara, un anciano con el pelo blanco y aspecto frágil; estaba de pie en el umbral de su puerta, viéndolo hacer muecas de dolor mientras intentaba contener la sangre que salía de la herida que le había hecho la cacatúa—. Tenga. —Se acercó hasta él arrastrando los pies y le dio un pañuelo doblado y limpio que se sacó del bolsillo.

—Muchas gracias, pero...

—Quédeselo, joven —dijo el anciano ante la vacilación de Strike—. Conozco a ese maldito pájaro, y le aseguro que la herida le va a sangrar durante un buen rato... —añadió con resentimiento.

Strike le dio las gracias y aceptó el pañuelo, y el anciano se metió en su casa.

Cuando el detective pasó por delante de la ventana del salón de Sara Niven camino de su coche, la vio fulminándolo con la mirada desde dentro. La cacatúa estaba posada en la jaula de los agapornis, detrás de la mujer.

—¿Está bien? —le preguntó la mujer moviendo los labios desde detrás del cristal, aunque parecía más enfadada que preocupada.

—Sí —contestó él, aunque no era verdad.

Ya en el coche, llamó a Robin mientras se apretaba el pañuelo contra la sien.

—Hola —dijo ella—. Anomia no está en el juego. ¿Qué ha pasado con Kea?

—Todavía no ha pasado nada —contestó Strike—. Cuando he llegado, ha salido corriendo por la puerta de atrás. Ahora se ha dignado a concederme veinte minutos en un pub. Pero su madre me ha proporcionado un dato interesante: Josh Blay llamó por teléfono a Kea la noche antes de su cita con Edie Ledwell en el cementerio.

—Anda ya.

—Como lo oyes. He de reconocer que tu teoría de que Josh se mantuvo en contacto con ella después de la «ruptura» cada vez es más plausible. En otro orden de cosas, acaba de atacarme una puta cacatúa.

—¿Una qué?

—Un pajarraco con el pico más afilado que una maldita cuchilla.

—¡Mierda! —exclamó Robin, y él agradeció que no se hubiese reído—. ¿Estás bien?

—Sobreviviré —dijo Strike enojado, mientras tiraba el pañuelo manchado de sangre al asiento del pasajero— ¿Dónde está Gus Upcott?

—En la consulta de la dermatóloga. Ha entrado con una bolsa en la que creo que lleva un portátil. Estoy vigilando fuera de... Espera, Anomia acaba de tuitear —dijo Robin—. Perdona, voy a comprobar si alguien ha utilizado un teléfono.

Robin cortó la comunicación y Strike entró en Twitter para ver qué acababa de escribir Anomia.

Anomia
@AnomiaGamemaster

Apoya *El juego de Drek*.

Venta online de camisetas en https://bit.ly/2l3tYGg

#SalvemosElJuegoDeDrek #ComicCon2015

Strike dio un bufido, salió de Twitter y sacó la fotografía que había hecho del historial de internet de Kea.

Zapatos tacón charol rosa
https://www.prettylittlething.com/patentpink...
Leggins piel imitación
https://www.prettylittlething.com/fauxleathe...
Pendientes de aro
https://www.prettylittlething.com/hoopearring...

Josh Blay recuperación —búsqueda de Google
Josh Blay —búsqueda de Google
Twitter Josh Blay (@realJoshBlay)
Fayola Johnson sobre salud mental
https://www.buzzfeed.com/scifiwriterFayolaJo...
10 Señales de que no eres (del todo) cis
https://www.thebuzz.com/10tell-talesignsyou...
Piezamboycucharas
https://www.bumblefootandspoons.tumblr.com
El juego de Drek
https://www.dreksgame/login
Camisetas Salvemos *El juego de Drek*
https://www.spreadshirt.co.uk/SalvemosElJuego...
Cormoran Strike Jonny Rokeby —búsqueda de Google
Cormoran Strike pierna —búsqueda de Google
Cormoran Strike —búsqueda de Google
Comunidad Otherkin
https://www.otherkinworld/ghostkin/fanfic...
Tribulationem et Dolorum
https://www.tribulationemetdolorum/forums...
Comic Con 2015
https://animecons.com/events/info/15951/mcm.
Twitter Wally Cardew (@the_r3&l_Wally)
Twitter Anomia (@AnomiaGamemaster)

Arqueando las cejas, Strike dejó su móvil al lado del pañuelo ensangrentado y se dirigió a Tuesday Market Place. El corte en la sien, sobre el ojo izquierdo, todavía le dolía.

La gran plaza en la que entró al cabo de unos minutos estaba rodeada de bonitos edificios, entre ellos bancos y hoteles. Ese día no había mercado, y el espacio central estaba lleno de coches aparcados. The Maids Head, un pub achaparrado de ladrillo oscuro, estaba justo al lado del Duke's Head, más grande y elegante.

Strike aparcó y, con el pañuelo del anciano y su propia saliva, se limpió los restos de sangre de la cara, asombrosamente abundantes. Entonces cogió la carpeta y salió del coche, y esta vez no se llevó el bastón.

En la barra no había mucha gente, y, tras echar un rápido vistazo, Strike comprobó que Kea no estaba allí.

«Más vale que estés en los putos lavabos...»

—¡Uf, qué mala pinta! —exclamó la camarera cuando fue a tomarle nota a Strike y le vio la frente—. ¿Qué te ha pasado?

—Un accidente —dijo Strike con brusquedad.

Pidió una cerveza sin alcohol y, al darse la vuelta para buscar una

mesa libre, vio entrar a Kea en el pub. Andaba despacio y se ayudaba con un bastón plegable como el que Strike había dejado en el coche. Vestía una sudadera rosa claro, pantalón de chándal a juego y zapatillas de deporte blancas, y llevaba el pelo recogido en una coleta. Era una joven muy guapa, incluso sin maquillar y sin filtros. Cuando vio acercarse a Strike, no pudo disimular su nerviosismo. Dirigió la mirada a la carpeta que el detective llevaba en la mano.

—¿Kea?

—Sí —contestó ella con la misma voz susurrante con la que había hablado con él por teléfono.

—Gracias por venir. Te lo agradezco, y sé que Josh también te lo agradecerá —dijo Strike—. ¿Te pido algo de beber?

—No —dijo Kea con voz débil—. Ahora mismo no puedo retener nada.

Strike consideró que lo mejor era pasar por alto ese comentario.

—¿Nos sentamos?

Se apartó para dejarla pasar, pero ella le cedió el paso con aquella voz débil y entrecortada:

—Usted primero. Yo voy muy lenta.

Así que Strike cogió su carpeta y su cerveza y se dirigió a la mesa para dos más cercana, y Kea lo siguió lentamente, apoyando todo su peso en el bastón. Era posible que estuviese exagerando sus síntomas, pero Strike acababa de hacer lo mismo en casa de la madre de la chica, así que el detective optó por mantener una expresión neutra hasta que Kea, con mucho cuidado, acabó de tomar asiento enfrente de él.

Tras reconstruir el relato de la propia Kea sobre los últimos siete años, Strike sabía que tenía veinticinco años, que su relación con Josh Blay había durado dieciocho meses, y que dicha relación había sobrevivido cuando a Josh lo habían echado de St. Martin's y había terminado cuando Josh había empezado a salir con Edie. Poco después de irse a pique la relación, Kea había dejado los estudios durante un año por motivos de salud. Había pasado casi todo ese tiempo en casa de su madre, pero, a juzgar por su cuenta de Instagram, había viajado con frecuencia a Londres y, en ocasiones, se había quedado varias semanas allí, durmiendo en el sofá de alguna compañera de estudios. Al cabo de un año había vuelto a St. Martin's, pero dos Navidades más tarde había dejado de estudiar definitivamente, de nuevo por motivos de salud.

A Strike le pareció increíblemente joven con aquel cutis perfecto; una impresión realzada, quizá, por la sudadera de color rosa, que bien podría haber sido la parte de arriba de un pijama. Y, sin embargo, Kea tenía algo que le recordaba a Charlotte. En su actitud se adivinaba la sombra de un desafío, y el detective se dijo que, aunque no hubiese

leído su contenido de Twitter, habría adivinado que debajo de toda aquella suavidad de malvavisco había verdadero acero.

—Gracias por venir, Kea —dijo Strike—. Te lo agradezco.

—Ostras, no… —dijo ella al ver la herida que el detective tenía en la sien—. ¿Ha sido *Ozzy*?

—Si *Ozzy* es un ave rapaz enorme, sí, ha sido ella.

—Lo siento mucho… —Kea compuso una sonrisa triste—. Mi madre es un desastre con ese pájaro. No sabe ponerle límites. ¿Ve esto?

Le mostró una mano de piel blanca y suave; en la base del pulgar se apreciaba claramente una fina cicatriz con relieve.

—Me lo hizo *Ozzy*. Tengo otra aquí —le mostró la palma, donde tenía una cicatriz parecida—, y otra aquí detrás —añadió, señalándose la oreja izquierda.

—Ah, yo creía que era culpa mía por ser hombre.

—No, no, lo que pasa es que es un capullo con muy mal genio. Las cacatúas blancas, y sobre todo los machos, son muy traidoras. Hay que saber manejarlas…

Kea hizo una pausa.

—¿Qué lleva ahí dentro? —preguntó con aprensión, mirando la carpeta de cartulina que Strike había dejado encima de la mesa—. ¿Es lo que quería que viera?

—Así es —dijo Strike acercándose la cerveza a los labios—. ¿Te importa que tome notas?

—No, supongo que no —contestó ella.

Strike sacó su bloc y Kea preguntó con timidez:

—¿Ha visto a Josh?

—Todavía no —dijo Strike—. No está suficientemente recuperado.

Las lágrimas brillaron de inmediato en los bonitos ojos castaños de Kea, del color del brandy añejo.

—No es verdad, ¿no? Que se ha quedado paralítico. Es lo que se dice en internet. Pero no es verdad, ¿no?

—Me temo que sí —dijo Strike.

—Hostia…

Cogió aire por la boca, se tapó la cara con las manos y se puso a sollozar en silencio. Strike vio con el rabillo del ojo que algunos clientes los observaban desde la barra, y pensó que seguramente lo tomarían por un padrastro malvado. A Kea parecía no importarle mucho que la vieran llorando. A Charlotte tampoco le habría importado tener testigos. Lágrimas, chillidos, amenazas de saltar desde lo alto de edificios… Strike había soportado todo aquello delante de amigos y, en alguna ocasión, de completos extraños.

—Lo siento… —susurró Kea, enjugándose las lágrimas con el

dorso de la mano.

—No pasa nada —dijo Strike—. Bueno… —Abrió la carpeta que tenía ante él—. Como ya sabes, me han contratado para que averigüe quién es Anomia. ¿Qué piensas tú de Anomia?

—¿A quién le importa lo que yo piense? —dijo Kea desanimada.

—A mí —contestó Strike sin acritud—. Por eso te lo pregunto.

Ella se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano.

—A Josh no le gustaría que se lo dijese.

—Estoy seguro de que te equivocas —dijo Strike.

—La gente me acusará de tener intenciones ocultas.

—¿Por qué dices eso?

—Siempre me acusan de tener intenciones ocultas.

—Si especular sobre la identidad de Anomia es tener intenciones ocultas, todos los fans…

—Yo no formo parte del fandom —repuso Kea; de pronto su ira surgió de la nada, como una serpiente que se yergue para atacar—. En realidad, soy una de las creadoras.

Phillip Ormond lo había mirado sin pestañear desde el otro lado de la mesa cuando había hecho una afirmación parecida a aquélla, pero era evidente que mentía. Strike no estaba tan seguro respecto a Kea.

—Ella me robó las ideas —añadió Kea, hablando de nuevo con aquel susurro entrecortado—. Que esté muerta no cambia los hechos. Cogió mis ideas y fingió que eran suyas. Josh me lo dijo, lo reconoció.

—¿Ah, sí? —quiso saber Strike—. ¿Cuándo fue eso?

Kea lo miró fijamente; tenía lágrimas ensartadas en las largas pestañas.

—No sé si él querría que se lo contara.

—Josh quiere que me lo cuentes todo —dijo Strike con firmeza.

—Vale… ¿Le ha dicho que… él y yo habíamos empezado a salir otra vez?

—¿Cuándo, en noviembre de 2013? —preguntó Strike imperturbable, mientras su cerebro se ponía a trabajar a toda velocidad. Abrió la carpeta. Había detectado un período de seis meses, entre noviembre de 2013 y mayo de 2014, en el que los mensajes de Kea se habían vuelto repentina y atípicamente alegres; más adelante su tono había adquirido una rabia y una desesperación aún más violentas.

—¿Se lo ha dicho él? —preguntó Kea, y Strike vio asomar la esperanza en su semblante.

—No. —El detective sacó las pruebas que había recopilado Robin—. Pero por esas fechas desactivaste tu canal de YouTube, ¿verdad? Y publicaste un tuit diciendo lo feliz que te sentías…

Escogió dos de las páginas de tuits que había destacado y les dio

la vuelta para que Kea pudiese leerlos.

Kea Niven @realTraslúcida
Hoy me he sentido muy rara cuando me he despertado. Y entonces me he dado cuenta de que me sentía… ¿feliz?

Kea Niven @realTraslúcida
Os quiero mogollón a todos los que estáis pasándolo mal por lo que sea. Yo estuve a punto de suicidarme. Diosss, me habría perdido un montón de cosas.

La segunda página contenía una serie de tuits de seis meses más tarde, cuando el viejo tono quejumbroso y pasivo-agresivo volvía a impregnar sus publicaciones como una mancha de aceite.

Kea Niven @realTraslúcida
Si sabes que una persona es vulnerable y de todas formas pasas de ella, pues sí, es culpa tuya si esa persona se derrumba.

Kea Niven @realTraslúcida
Si un día te despiertas y descubres que yo no me he despertado, no pasa nada. Ambos estamos donde nos corresponde.

—¿Estos tuits son de la época en que Josh y tú volvíais a salir? —preguntó Strike.

Kea asintió con la cabeza y, con las lágrimas a punto de desbordarse de sus ojos, le devolvió los tuits a Strike.

—¿Y esto le sirve para averiguar quién es Anomia?

—Bueno, nos llamó la atención que durante ese período criticaras mucho menos a Edie, mientras que Anomia seguía acosándola.

—Claro, porque yo no soy Anomia —dijo Kea en voz baja—. No soy yo. No sé programar, no sabría ni por dónde empezar para hacer ese juego.

—Pero has jugado, ¿no?

—No, ¿por qué iba a jugar? ¿Cómo cree que me sienta ver a toda esa gente volviéndose loca por mis ideas? No sé… ¿ha visto ese corazón de ahí, encima de la ventana del número dieciséis? —Señaló hacia la plaza.

—No —respondió Strike.

—Vale, pues allí quemaron a una bruja en el siglo XVI…

Kea le contó la historia del corazón de Margaret Read, que estalló y salió de su pecho ardiente, y él fingió creer que aquello parecía la inspiración del personaje de Blacky.

—¿Lo ve? —dijo Kea—. ¡Blacky incluso es negro, como si se

hubiese quemado!

—Vale, volvamos a ese período de seis meses en que Josh y tú estabais juntos otra vez. ¿Dejaste de decir en redes que Edie te había plagiado porque te lo pidió Josh?

—Sí —murmuró Kea—. Él no quería que Edie se enterase de que volvíamos a estar juntos, porque sabía que se cabrearía mucho y él tenía que seguir trabajando con ella en los dibujos animados. Edie era muy inestable, y a veces se ponía muy agresiva. Era mucho mayor que él. Creo que Josh le tenía miedo. Nos veíamos a escondidas, para que nadie lo supiera. Ni siquiera se lo conté a mi madre porque sabía que se enfadaría conmigo. Mi madre culpa a Josh de que yo esté enferma, pero él no es el único responsable. Ya había empezado a tener síntomas antes de conocerlo. Supongo que el estrés no ayudó mucho —añadió con un hilo de voz.

De repente, Kea estiró un brazo y se agarró al borde de la mesa.

—Perdón —le dijo—. Tengo mucho vértigo. Todo me da vueltas.

Cerró los ojos y sus largas pestañas temblaron levemente sobre sus mejillas. Strike tomó un sorbo de cerveza. Kea volvió a abrir los ojos.

—Perdón —se disculpó de nuevo.

—¿Estás bien? ¿Crees que podemos continuar? —preguntó Strike.

—Creo que sí. Ya casi estamos, ¿verdad?

—Sí... —mintió él—. Vale, entonces, fue durante el segundo período de vuestra relación cuando Josh admitió que le había pasado tus ideas a Edie, ¿no?

—Sí, exacto —confirmó Kea—. Admitió que probablemente le había contado la historia de Margaret Read aquel día en el cementerio, aunque ella aseguraba habérsela inventado. Y también que Urraca estaba inspirada en lo que yo le había contado de los pájaros que hablan, y que el personaje de Drek, con ese gran pico... Bueno, eso lo sacó directamente de uno de mis dibujos.

—Que Josh le había enseñado a Edie, ¿no?

—Mmm... no, creo que se lo describió —dijo Kea—, aunque reconoció que mi dibujo y el dibujo de Drek que había hecho ella eran prácticamente idénticos. Pero en aquella época ya estaban ganando mucho dinero los dos con la serie, y él no quería que Edie se enfadara. Ella era supercontroladora y cinco años mayor que él —volvió a enfatizar—. Al final, él medio me prometió que reconocería mi contribución. Entonces ella fingió aquel intento de suicidio... —dijo Kea con resentimiento, sin soltar la mesa, como si fuese a caerse al suelo si lo hacía—, y Josh me dijo que teníamos que esperar un poco, porque le daba mucho miedo lo que ella pudiese hacer si descubría lo nuestro.

»Era supermanipuladora, no se lo puede imaginar. Todo aquello

del suicidio fue una farsa. Miles de personas se dieron cuenta de que había algo raro.

—¿Por qué no le contaste a todo el mundo, después de dejarlo por segunda vez, que habíais vuelto a salir juntos? —preguntó Strike. Ese detalle lo tenía intrigado, porque, si lo hubiese anunciado, Kea habría logrado dos objetivos: castigar a Edie Ledwell y acentuar su propia credibilidad.

—Porque Josh me dijo... Me dijo que no habíamos terminado, que él sólo quería que nos tomáramos un descanso porque necesitaba que ella estuviese contenta, y tenía que solucionar lo de los dibujos animados y el trabajo y todo, y por eso... Sí, por eso no dije nada.

—¿Él no te pidió que dejases de criticarla?

—No. Le prometí que no diría que nos habíamos vuelto a enrollar, pero no estaba dispuesta a fingir que Edie no me había robado las ideas, porque era la verdad —dijo Kea con vehemencia. Todavía firmemente sujeta al borde de la mesa, empezó a masajearse el pecho con la otra mano—. Dios mío... —añadió con una voz aún más débil—. Perdón. Taquicardia. Me temo... Que tendremos que seguir hablando más tarde. ¡Uf!

Cerró los ojos otra vez. Strike tomó otro sorbo de cerveza. Kea respiró hondo varias veces sin dejar de masajearse el pecho, y finalmente volvió a abrir los ojos.

—¿Todo bien? —dijo Strike.

—Mmm... No lo sé... Creo que sí —murmuró ella sin quitarse la mano del pecho.

—Vale, resumiendo: ¿nunca has entrado en el juego?

Kea dijo que no con la cabeza.

—¿Alguna vez has intentado entrar?

—No.

—Pero ¿tienes alguna teoría de quién puede ser Anomia? Porque en caso de que la tengas, sé que a Josh le gustaría que me la explicaras.

Kea volvió a respirar hondo varias veces y entonces dijo:

—De acuerdo. Bueno, creo que Anomia es Preston Pierce.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Bueno, pues... que odia a Josh. La primera vez que Josh fue a vivir a North Grove, yo iba a visitarlo allí a menudo, y Pez... todo el mundo lo llamaba así... se pasaba el día poniendo verde a Josh y burlándose de su obra y de sus opiniones. No paraba de meterse con él. Creo que a Pez no le gustaba que hubiese otro chico guapo en el centro, porque Pez... bueno, se tiraba a todas las alumnas que podía, y supongo que temía que Josh le hiciese la competencia. Pero Josh... A Josh le cae bien todo el mundo —dijo Kea—. Incluso Pez le caía bien. No se tomaba en serio sus pullas, porque Josh... no ve la maldad de la

gente.

—«Maldad» es una palabra muy seria —dijo Strike observándola.

—No sé cómo explicarlo. —Kea había dejado de masajearse el corazón, pero todavía se sujetaba a la mesa—. Si usted hubiese estado allí, lo entendería. En ese colectivo artístico, en la gente que vivía allí, había algo raro. Todos tenían algo raro. No sé, a mí me da igual cómo viven los demás y su orientación sexual o lo que sea... No me va nada ese rollo de casarse, tener hijos y tener éxito, ni lo de escalar, medrar y todo eso, pero en ese sitio... había algo chungo. Soy muy empática y muy sensible a los ambientes. Y no soy la única, por cierto. Un día lo hablé con otra persona y estuvo totalmente de acuerdo conmigo: en ese colectivo había algo extraño. Yo no quería que Josh se quedara allí porque ese sitio me daba muy malas vibraciones, pero Josh necesitaba una habitación barata porque lo habían expulsado de St. Martin's, y supongo que ella supo aprovecharse y que así fue como pasó.

—¿Quién es esa otra persona que te dio la razón?

—No me acuerdo de cómo se llamaba —dijo Kea tras vacilar un poco.

—¿Era alguien que vivía allí o asistía a algún curso?

—No sé quién era. Me lo encontré fuera un día y nos pusimos a hablar, eso es todo.

—¿Hay alguna otra razón que te lleve a pensar que Preston Pierce es Anomia?

—Bueno, es artista digital, ¿no? Y sabe programación, así que habría podido crear el juego. Y le daba mucha envidia la serie de dibujos animados, sobre todo cuando empezó a tener éxito. Además... Bueno, cuando Anomia me envió un mensaje directo en Twitter ya no me quedó ninguna duda.

Kea hizo una pausa, como si esperase que su interlocutor la animase a seguir hablando.

—¿Y qué más? —dijo Strike.

—Anomia me entró en plan: «Oye, esto no es ningún truco cutre para ligar», y me dijo que Josh me había tratado muy mal y que él sí se creía mi historia. Yo le contesté: «Vale, gracias», o algo así, y entonces él me dijo: «Tienes una actitud un poco agresiva en las redes, pero supongo que es comprensible.»

—¿Anomia te criticó por ser demasiado agresiva?

—Ya, qué fuerte, ¿no? —dijo Kea—. Él la odiaba tanto como... Bueno, él se dio cuenta de que Edie era una falsa. Y yo le contesté: «Sólo defiendo mis derechos», o algo así. Luego no me dijo nada más hasta pasadas unas horas. Me acuerdo porque, cuando volvió, se disculpó y dijo que había acompañado a un amigo suyo al veterinario porque su gato estaba enfermo.

Strike anotó ese dato.

—¿Algo más? —preguntó.

—Sí, entonces la cosa se complicó.

—¿Cómo?

—Bueno, le dije que esperaba que el gato estuviera bien, pero también le comenté que en realidad no me gustan los gatos porque son los mayores depredadores de pájaros. Y entonces él dijo: «¿Y a quién le importan los putos pájaros?», y yo le contesté: «A mí, y mi madre los cría, así que he crecido rodeada de pájaros.» Y entonces me dijo: «Sí, bueno, a mí también me gustan mucho. Tengo un loro.»

»Y yo pensé que me estaba tomando el pelo —continuó Kea—. Luego él empezó a coquetear a saco y dijo que, si le enviaba fotos mías desnuda, le daría más publicidad a mi historia. Y yo le contesté: "No pienso enviarte ninguna foto, no sé quién eres", y entonces me dijo: "Pues nos conocemos."

—¿«Nos conocemos»? —dijo Strike.

—Sí —dijo Kea—. Pensé que era una bola, igual que lo del loro. Que sólo lo había dicho para captar mi interés. No sé, creo que se lo dije, y se puso superagresivo conmigo y me llamó «calientapollas», y acabé bloqueándolo.

—¿Puedo ver esa conversación? —preguntó Strike mientras anotaba rápidamente todo lo que acababa de contarle Kea—. ¿La tienes guardada?

—No —dijo Kea—, porque lo bloqueé. Ya no se puede ver. Cuando le dije que me dejara en paz, él tuiteó: «Pon un puto pleito o cierra la boca, estamos empezando a hartarnos de ti», y todos sus seguidores se lo tomaron como una señal para empezar a decirme que soy una... zorra de mierda y una mentirosa.

—¿En qué momento se te ocurrió que podía tratarse de Preston Pierce?

—Justo después de bloquear a Anomia. Todo encajaba. La pareja que lleva ese colectivo artístico tiene un gato. Es muy viejo y sólo tiene un ojo. Supuse que el gato que quería llevar al veterinario sería ése.

»Además... —continuó, sonrojándose un poco—. Pez intentó acostarse conmigo cuando corté con Josh. Fui a North Grove a recoger unas cosas que había dejado allí, y Pez me dijo que Josh y Edie estaban en la habitación de Josh; a mí me sentó fatal, y entonces él me llevó a su habitación y me entró al trapo. Así que... supongo que lo he rechazado dos veces, y por eso fue tan cruel conmigo bajo el seudónimo de Anomia.

Strike anotó lo que Kea acababa de decirle.

—Vale, todo esto es muy interesante. ¿Conocías a alguna otra persona implicada en *Un corazón tan negro*?

—Mmm... a Seb Montgomery, pero ya no seguimos en contacto. Y

a un par de compañeros de clase de Josh. Creo que a nadie más.

—¿Uno de los compañeros de clase era Wally Cardew?

—Sí... Ya casi hemos terminado, ¿verdad?

—No falta mucho —contestó Strike—. ¿Seguro que no quieres tomarte un refresco? A lo mejor te ayuda para el mareo.

—Sí —dijo Kea—. Sí, igual es buena idea. Una Coca-Cola, por favor.

Tiempo atrás, Strike había ido a buscar algo de comer y beber para un sospechoso al que estaba entrevistando, y éste había aprovechado la ocasión para salir corriendo, pero no tenía miedo de que Kea se le escapara; cuando regresó, ella seguía firmemente agarrada a la mesa y un poco temblorosa. Kea le dio las gracias por la Coca-Cola y tomó un sorbo.

—Me has ayudado mucho, Kea —dijo Strike—. Sólo un par de cosas más... ¿Qué sabes de «La pluma de la justicia»?

—Mmm... no gran cosa.

—Te lo pregunto porque has tenido bastante contacto con ese blog —insistió Strike. Sacó unas hojas impresas de la carpeta y se las pasó.

Kea Niven, de hecho, había retuiteado todas las publicaciones del blog «La pluma de la justicia». Strike observó la expresión de la joven mientras ella leía lo que había escrito cada vez que la Pluma había criticado los dibujos animados.

La pluma de la justicia @laplumaqueescribe

Sí, la estética monocromática es chula, pero cuando negro = malo y blanco = deseable, ¿qué mensaje recibimos?

Mi opinión sobre la problemática paleta de Blacky y Traslúcida:

www.PlumaDeLaJusticia/LaPolíticaDelColor...

9:38 28 febrero 2012

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @laplumaqueescribe

me jode que esa zorra haya convertido mis ideas en estas gilipolleces racistas

Kea pasó las hojas con gesto impasible.

La pluma de la justicia @laplumaqueescribe

¿Chistes inocentes sobre la lombriz de tierra común, o burlas contra la fluidez de género?

Mi opinión sobre las connotaciones transfóbicas de El Gusano:

www.PlumaDeLaJusticia/PorQuéElGusanoEs...

11:02 18 noviembre 2012

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @laplumaqueescribe
que quede claro: me lo robó casi todo, pero el gusano NO. El gusano es cosa suya y demuestra que es chusma

La publicación de «La pluma de la justicia» que había provocado la respuesta más furiosa de Kea tenía relación con el tono presuntamente capacitista de *Un corazón tan negro*. Strike había impreso todos los mensajes de Kea dirigidos a quienes se burlaban de la idea de que los dibujos animados atacaban a las personas discapacitadas.

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @SpinkyDan @laplumaqueescribe
las mierdas capacitistas como #UnCorazónTanNegro aumentan la ideación suicida en los discapacitados

Zozo @corazonnegro28
en respuesta a @realTraslúcida @SpinkyDan @laplumaqueescribe
de acuerdo en que reírse de la depresión no mola, pero Edie ha dicho que tuvo conductas suicidas en el pasado

Kea Niven @realTraslúcida
@corazónnegro28 @SpinkyDan @laplumaqueescribe
si se suicidara ahora haría que un montón de personas discapacitadas se sintieran muchísimo mejor.

Kea le devolvió las hojas a Strike.

—¿Qué quiere? —preguntó con frialdad—. ¿Que diga que lo siento porque ahora está muerta? No retiro ni una palabra de lo que dije.

Strike guardó silencio.

—No pasa nada por no estar triste cuando muere una mala

persona —añadió Kea; de repente, su pecho se puso a temblar, y Strike no tuvo ninguna duda de que su emoción era sincera—. No pasa nada por alegrarse cuando muere una persona horrible. No voy a fingir que lo siento. Esa mujer me destrozó la puta vida. Paso de sentirme culpable y de todas esas mierdas. Y encima hizo que apuñalaran a Josh.

—¿Qué quieres decir con que «hizo» que lo apuñalaran?

—Es imposible que el que la mató quisiera hacerle daño a Josh. Alguien decidió cargársela, y resultó que él estaba allí con ella y tuvo que atacarlo también a él.

—¿Por qué piensas eso?

—Porque... porque a Josh no lo odiaba nadie. Todo el mundo sabía que quien estaba al mando y tomaba todas esas decisiones de mierda era ella.

—¿Qué decisiones de mierda?

—Pues... Bueno... todo eso, claro —dijo Kea señalando con un dedo sus respuestas a las publicaciones de «La pluma de la justicia», como si le pareciera increíble que Strike fuera tan torpe—. Era una asquerosa de mierda.

—¿Crees que la persona que asesinó a Edie despreciaba la serie de dibujos animados?

—No es la serie de dibujos animados. Es lo que significa —repuso Kea.

—¿Y quién decide lo que significa?

Kea se echó a reír entrecortadamente.

—¡Joder! ¡Pues todo el mundo!

—¿Sabes quién escribe el blog «La pluma de la justicia»?

—Creía que estaba intentando averiguar quién es Anomia.

—Así es, pero cabe la posibilidad de que la misma persona esté detrás de esos dos perfiles.

—No, no sé quién es.

—¿Alguna vez te ha contactado en privado «La pluma de la justicia»?

—No. ¿Por qué iba a hacerlo?

—Vale. —Strike guardó la última tanda de tuits en la carpeta y sacó las dos últimas páginas—. Si lo he entendido bien, durante el último año tú creías que Josh y tú os estabais tomando un descanso, pero que no habíais cortado definitivamente, ¿no?

—Yo... puede ser, no lo sé —dijo Kea temblorosa—. Tengo que irme. No puedo más, de verdad.

—¿Os visteis como amigos durante ese período?

—Nos encontramos por casualidad un par de...

—¿Con qué frecuencia hablabais?

—No lo sé... De vez en cuando. ¿Qué tiene que ver esto con

Anomia?

—Josh te llamó la noche antes de quedar con Edie en el cementerio, ¿no?

—¿Quién le ha dicho eso, la policía?

—No, tu madre.

Kea miró fijamente a Strike.

—Genial —dijo Kea con voz chillona—. Gracias, mamá. ¡Guau! Eso ha estado de puta madre.

—Tampoco es nada del otro mundo que te llamara, ¿no? —repuso Strike observándola atentamente.

—No —dijo ella con rabia—, pero si lo que quiere saber es si me dijo que había quedado con ella en el cementerio, sólo puedo decirle que Josh estaba borracho y yo no entendía lo que me decía. ¿Vale? Y como sin duda mi puta madre ya le habrá contado, yo estaba en Londres el día que pasó, pero estaba en el metro cuando los apuñalaron y eso ya se ha confirmado porque salgo en las cámaras, ¿vale?

—Vale —convino Strike—. Bueno, una última...

—No puedo más —dijo Kea buscando su bastón—. Tengo que irme.

—Seguro que querrás explicarme esto, Kea —insistió Strike—. Antes de que se lo enseñe a la policía.

Al oír eso, Kea se quedó inmóvil. Strike le pasó la última hoja por encima de la mesa.

Este tuit ha sido eliminado.

Este tuit ha sido eliminado.

Este tuit ha sido eliminado.

Wally Cardew @The_Wally_Cardew
en respuesta a @realTraslúcida

borra eso joder

00:39 12 febrero 2015

Este tuit ha sido eliminado.

Wally Cardew @The_Wally_Cardew
en respuesta a @realTraslúcida

porque hay mejores maneras

00:42 12 febrero 2015

Julius @yo_soy_evola
en respuesta a @realTraslúcida

cualquier día esa perra psicópata los mata
□□□

00:45 12 febrero 2015

Kea empujó la hoja hacia Strike como si no quisiera ni tocarla.

—¿Qué ponía en todos esos tuits borrados?

—No me acuerdo. Estaba cabreada.

—Los enviaste todos de madrugada, el día que apuñalaron a Josh y a Edie, ¿verdad?

Kea no contestó. Por primera vez desde que había empezado la entrevista, parecía realmente que fuese a desmayarse. Estaba pálida, y su respiración se había vuelto superficial.

—Es evidente que ese tal «Julius» consideró que tus tuits eran amenazadores.

—Bueno, teniendo en cuenta que ese individuo es uno de los que aparecen continuamente en mi cronología llamándome «puta» y diciéndome que me suicide… La verdad, no me importa mucho lo que pueda pensar.

—Aquí Wally Cardew parece querer aconsejarte, como si te conociera.

—En Twitter la gente siempre te está diciendo lo que tienes que hacer.

Entonces, sin decir nada, Strike le acercó la última hoja a Kea.

En 2010, una cuenta llamada Spoonie Kea, cuyo nombre de perfil era @notaparrottho, había publicado un selfi en blanco y negro sin pie de foto en la que Kea, más joven, sonreía a la cámara desde la cama, aparentemente desnuda y tapada con una sábana. A su lado había un hombre al que no se le veía la cara; estaba tumbado boca abajo, seguramente dormido, con el largo pelo rubio extendido sobre la almohada.

Justo debajo de esa imagen había una respuesta.

Wally C @walCard3w
en respuesta a @notaparrottho
estás muy guapa

Spoonie Kea @notaparrottho

en respuesta a @WalCard3w
tú también ♥

Lo último que había en esa página era una publicación de Kea en tumblr, también de 2010.

todos mis amigos me dicen: «sexo por despecho con su mejor amigo no es la respuesta», y yo les digo: «bueno, eso depende de la pregunta».

—Ésas son vuestras antiguas cuentas de Twitter, la tuya y la de Wally Cardew, antes de *Un corazón tan negro*, ¿no? —dijo Strike—. Y supongo que no negarás que ésa es tu cuenta de tumblr.

Kea se había quedado muy pálida y no dijo nada.

—No sé si Cardew y tú todavía mantenéis relaciones sexuales o si sólo sois amigos —añadió Strike, guardando las dos últimas hojas de papel en la carpeta y cerrándola—, pero si estás pensando en hablar con él después de esta entrevista, hay tres buenas razones por las que no deberías hacerlo.

»Para empezar, esa pequeña charla en Twitter horas antes de que asesinaran a Edie parecerá aún más incriminatoria si da la sensación de que los dos estáis conchabados.

—Yo no habría podido... Salgo en las cámaras de vigilancia del metro. Yo jamás...

—En segundo lugar, Josh Blay está paralizado en una cama de hospital. Si todavía sientes algo por él...

Kea rompió a llorar. Más clientes la miraron, pero Strike los ignoró.

—Si, como digo, todavía sientes algo por Josh, te asegurarás de que yo pueda seguir adelante con esta investigación sin interferencias, que es lo que él quiere.

»Y por último —concluyó—, Wally Cardew ya es un presunto implicado para personas que dan mucho más miedo que yo. Si tienes dos dedos de frente, cortarás esa relación ahora mismo.

Sin dejar de sollozar, Kea se levantó con dificultad y salió del local mucho más deprisa de como había entrado, aunque todavía apoyándose en el bastón. Plenamente consciente de que ahora era objeto de miradas acusadoras tanto del personal como de los clientes del pub, Strike apuró su vaso de cerveza, se levantó y se dirigió a los lavabos. Miró con el ceño fruncido a un par de curiosos más insistentes que el resto, y así se aseguró de que, cuando saliera, nadie querría mirarlo a la cara.

50

Amor, amor, más fuerte que el odio,
más duradero y lleno de arte;
Oh, amor bendito, regresa, regresa,
aviva la llama que necesita arder.

CHRISTINA ROSSETTI, *Lo que habría dicho Safo si su salto la hubiera curado en lugar de matarla*

Con una peluca oscura y gafas sin graduación, Robin llevaba casi una hora esperando en Harley Street a que Gus Upcott saliera de la consulta de su, sin duda carísima, dermatóloga. Por fin, a la una en punto, apareció y echó a andar por la calle. Robin creía que se dirigiría al metro, pero iba despacio y mirando alrededor como si buscase algún sitio donde comer.

Gus era alto y delgado, y sus hombros se encorvaban un poco. Robin vio que llevaba una bolsa —en la que seguramente guardaba un ordenador portátil— colgada del hombro derecho, un poco más bajo que el izquierdo por efecto del peso. Anomia no había aparecido por el juego en toda la mañana; Infernal1 y Vilepechora estaban ejerciendo de moderadores.

Al cabo de cinco minutos, la detective vio que Gus pasaba por delante de varios locales que parecían más propios de un joven de su edad, hasta que, finalmente, se decidió a entrar en Fischer's, un restaurante vienés con pinta de tradicional y elegante. Robin sospechó que el joven, todavía afectado por la urticaria, lo había elegido porque desde fuera se veía escasamente iluminado.

Después de darle a Gus el tiempo suficiente para sentarse, Robin entró y se encontró con un restaurante abarrotado, con paredes de color marrón nicotina, paneles con espejos y cuadros de los años treinta. El chico se había sentado en un banco de piel, en un rincón apartado donde era físicamente imposible pasar con disimulo por detrás de él y echar un vistazo a la pantalla de su ordenador, que ya tenía abierto encima de la mesa. Mientras la detective lo observaba, Gus se puso unos auriculares y empezó a teclear con cara de estar muy concentrado; la luz del aplique con pantalla de cristal que tenía al lado realzaba el relieve de su piel. Estaba claro que Seb Montgomery nunca había encajado del todo con la típica imagen del troll de internet, pero Gus, de quien Robin no podía evitar compadecerse, sin

duda se ajustaba mucho mejor al estereotipo, con su aire de inseguridad y aquella deformidad presuntamente pasajera.

El camarero acompañó a Robin a una mesa situada al otro lado de la sala, pero, rectificando un poco el ángulo de su silla, la detective pudo seguir vigilando al muchacho. Después de pedir un café, Robin cogió su iPad y vio que tanto Infernal1 como Vilepechora se habían desconectado mientras ella caminaba por Harley Street, y que los habían sustituido Cora y Traslúcida.

Apenas llevaba un minuto en el juego cuando la llamó Strike.

—¿Puedes hablar?

—Sí. Estoy en un restaurante vigilando a Gus Upcott. ¿Y tú?

—Sentado en el coche. Kea acaba de irse. ¿Hay señales de Anomia?

—No. ¿Cómo ha ido con la chica?

—Ha sido muy interesante. Cree que Anomia es Pez Pierce.

—¿En serio? ¿Y por qué?

Strike le explicó las razones de Kea.

—Bueno, supongo que hasta cierto punto es creíble —dijo Robin—. ¿Qué ha dicho de Wally Cardew?

—Prácticamente nada. Me lo he guardado para el final por miedo a que se cerrara en banda, que es lo que ha acabado haciendo.

—Ya —dijo Robin sin mucha compasión. Miró a Gus, que seguía tecleando con los auriculares puestos para no oír las conversaciones ni el ruido que había a su alrededor—. Bueno, si no quería que la gente supiera que se había acostado con un guaperas de ultraderecha, tendría que haber borrado su antigua cuenta, ¿no crees? Es probable que tenga varias cuentas, aunque no las utiliza todas.

—Un error muy habitual —coincidió Strike—. Mira lo que le ha pasado a nuestro amigo Turisaz. ¿Qué está haciendo Gus?

—Teclear en su portátil —contestó Robin mirando de nuevo al muchacho—. Pero se ha sentado en un rincón y no puedo ver lo que hay en la pantalla.

Mientras ella lo observaba, Gus extendió los largos dedos de su mano izquierda sobre el tablero de la mesa y, distraídamente, hizo como si tocara un acorde invisible antes de volver a centrarse en la pantalla.

—Parece como si estuviera componiendo —dijo Robin sin dejar de observar a Gus disimuladamente a través de las gafas falsas.

—¿Cómo tiene la urticaria?

—No mucho mejor. Cuéntame más sobre Kea. ¿Te ha enseñado esa presunta conversación que mantuvo con Anomia por privado?

—No. Me ha dicho que no era posible recuperarla porque lo había bloqueado.

—Ya... —dijo Robin de nuevo—. ¿Crees que te ha dicho la

verdad?

—No estoy seguro. Me ha contado la historia con mucha desenvoltura y no he visto ninguna señal de que estuviera mintiendo, aunque diría que, en general, es muy buena actriz. Afirma que Josh admitió que le habían robado las ideas durante el segundo período de su relación, pero no estoy muy convencido de que sea cierto. También dice que nunca ha entrado en *El juego de Drek* y que ni siquiera ha intentado registrarse, y eso no me lo trago. Cuando he entrado en su casa, he conseguido hacer una foto de su historial de internet.

—¿Cómo demonios lo has hecho?

—El portátil estaba abierto encima del sofá, donde ella lo había dejado. Su madre había salido corriendo detrás de ella por la puerta trasera, y he aprovechado la ocasión.

—Muy hábil —dijo Robin, impresionada.

—Esta mañana ha entrado en el juego o, como mínimo, lo ha intentado.

—Guau —exclamó Robin—. No puede ser Traslúcida, la moderadora, ¿verdad? El nombre de usuario de Twitter de Kea es realTraslúcida.

—No lo sé —repuso Strike—. Tú eres la que ha hablado con Traslúcida.

—Nunca hemos tenido mucho contacto directo —repuso Robin—, pero la otra noche Gusano28 me contó una cosa interesante. Por lo visto, Anomia puede vetar los nombres de usuario cuando la gente se registra. En *El juego de Drek* nadie puede llamarse igual que ningún personaje. Es decir, no puedes llamarte simplemente Blacky, Lord Wyrdy-Grob o lo que sea, sin ningún añadido.

—Supongo que tener esos nombres de usuario les conferiría cierto estatus —dijo Strike—, y creo que Anomia le da mucho valor al estatus.

—Exacto. Pero a Traslúcida sí le dejó usar el nombre tal cual, sin ningún añadido.

Se quedaron callados, dándole vueltas al asunto, hasta que Strike dijo:

—Si Kea es Anomia, obviamente todo lo que me ha contado de que él quería ligar con ella y luego se puso agresivo es un cuento. Pero si no es Anomia, ya sabemos algo más sobre él, o sobre ella: que no es tan asexuado como creías.

—No —dijo Robin—. Supongo que no… Pero consideremos por un momento que Kea es Traslúcida… ¿Crees que Anomia sabe quién es en realidad, y que por eso le ha permitido utilizar ese nombre? Cuando te registras, tienes que dar tu dirección de correo electrónico, así que es posible que Anomia, y con toda probabilidad también Morehouse, conozcan la verdadera identidad de las personas.

Robin oyó bostezar a Strike.

—Perdón, me he levantado muy pronto. Me parece que voy a comer algo y luego me pondré en marcha.

—Antes de que te vayas —señaló Robin rápidamente—, tenemos que decidir lo de los disfraces.

—¿Qué disfraces?

—Los de la Comic Con. Si es que vamos a ir.

—Ah, sí. Vale, me pondré con eso cuando llegue a la oficina.

Durante cinco minutos, después de cortar la conversación con Strike, Robin siguió con el juego, pero sin dejar de vigilar a Gus, que no hizo nada más interesante que zamparse un plato de patatas fritas con una mano y, de vez en cuando, teclear algo, aparentemente absorto en su pantalla o en lo que fuese que estuviera escuchando por los auriculares.

Entonces se abrió un canal privado en la pantalla que Robin tenía delante.

<**Traslúcida MOD invita a Buffypaws**>;

Traslúcida: hola

<**Buffypaws se ha unido al canal**>;

Buffypaws: hola, qué tal?

Traslúcida: Anomia quiere saber si vas a ir a la Comic Con

Buffypaws: ya me lo ha preguntado

Buffypaws: y Cora me lo ha preguntado esta mañana

Buffypaws: os pagan comisión?

Traslúcida: no XD

Traslúcida: los moderadores sólo hacemos lo que ordena el jefe, como siempre

Buffypaws: bueno, sí, espero poder ir

Buffypaws: todavía no tengo camiseta

Traslúcida: genial

Traslúcida: genial que vayas, quiero decir

Traslúcida: y llevarás máscara?

Buffypaws: eso lo dice en serio?

Traslúcida: totalmente

Traslúcida: creo que Anomia no dejaría volver al juego a nadie que no se hubiera tapado la cara

Buffypaws: guau ok

En la pantalla del juego, Robin detectó el frenesí habitual que siempre acompañaba a la llegada de Anomia. Vio aparecer la ondeante capa en el punto de entrada del juego, y entonces miró a Gus Upcott. Gus seguía tecleando como antes y su expresión no había cambiado. Robin escribió a Nutley, Midge y Shah para informarles de que Anomia acababa de entrar en el juego, y luego regresó al canal privado, donde Traslúcida había vuelto a escribir.

Traslúcida: puedo preguntarte una cosa?

Buffypaws: sí, claro

Traslúcida: hablaste con Anomia la noche de las elecciones?

Traslúcida: por canal privado?

Buffypaws: mmm sí, creo que sí

Traslúcida: y cómo estaba?

Robin titubeó, pensativa.

Buffypaws: qué quieres decir?

Traslúcida: estuvo raro contigo? Me pareció que estaba borracho o algo

Robin hizo una pausa, planteándose qué debía decir. Si contaba la verdad, tal vez Traslúcida le haría alguna confesión. Por otra parte, Traslúcida podía estar obedeciendo órdenes de Anomia para averiguar si Robin había registrado el mensaje que él le había enviado por error.

Buffypaws: La verdad es que no me acuerdo. Me pidió que fuera a la Comic Con

Buffypaws: a lo mejor estaba borracho, pero no se le notaba.

Traslúcida: no te dijo nada más? De la Comic Con?

Buffypaws: no, sólo me pidió que fuese a la Comic Con

Buffypaws: pero tuve que ir a ocuparme de una cosa en medio de la conversación, y cuando volví se había cerrado el canal privado

Buffypaws: o sea que a lo mejor dijo algo más, pero no me enteré

Traslúcida: ah ok

Buffypaws: por qué, a ti te dijo algo raro?

Traslúcida: no, raro no, pero me pareció que estaba borracho y nunca lo había visto así

Traslúcida: es tan controlador que no le pega nada beber, verdad?

Buffypaws: ya XD

Buffypaws: bueno, supongo que los genios también tienen derecho a relajarse un poco

Traslúcida: XD, seguro que le encantaría saber que lo llamas genio

Traslúcida: oye, has visto a Morehouse por aquí últimamente?

Buffypaws: no, no lo he visto

Hubo una pausa, y Robin volvió a mirar a Gus Upcott. Seguía tecleando. Luego miró el iPad. Anomia se había apartado del punto de entrada del juego, pero no estaba diciendo nada, al menos en el chat abierto.

Traslúcida: la he cagado

Buffypaws: qué quieres decir?

Traslúcida: he hecho una estupidez

Buffypaws:?

Traslúcida: con Morehouse

Buffypaws: qué ha pasado?

Traslúcida: le he comentado una cosa que insinuó Infernal1 una vez

Traslúcida: Pero yo no quería hacerle daño

Traslúcida: sólo intentaba decirle que a mí no me importaba

Traslúcida: pero salió del juego cuando lo dije y no he podido hablar con él desde entonces

Traslúcida: espero que vaya a la Comic Con para poder disculparme

Buffypaws: pero tú sabes quién es Morehouse?

>;

>;

Traslúcida: sí

Traslúcida: pero no se te ocurra decírselo

Traslúcida: él no sabe que lo sé

Buffypaws: claro que no

Traslúcida: él fue el primero en espiarme en internet a mí

Traslúcida: así que no puede acusarme de nada, pero es la hostia de delicado

Traslúcida: puedo confiar en ti, no?

Buffypaws: sí, claro

Traslúcida: mira, si yo no estoy y aparece por aquí, podrás decirle que lo siento muchísimo y que necesito hablar con él?

Buffypaws: por supuesto

Traslúcida: jaja, por qué te cuento todo esto?

Buffypaws: porque yo estaba aquí y necesitabas contárselo a alguien □

Traslúcida: ya XD >;

>;

Traslúcida: crees que puedes enamorarte de alguien a quien no has visto nunca?

Robin se quedó mirando la pregunta. Podía imaginar cierta atracción, una conexión o un intenso deseo de conocer mejor a alguien a quien hubieses conocido en las redes, pero ¿enamorarse? ¿Amor allí, en *El juego de Drek*, donde tan sólo podían enviarse mensajes unos a otros y sin siquiera una foto para alimentar la fantasía?

Buffypaws: puede ser

Traslúcida: nunca has conocido a nadie por internet?

Buffypaws: sí

Buffypaws: pero no funcionó. Lo dejamos

Traslúcida: lo siento

Buffypaws: no pasa nada

Robin volvió a levantar la cabeza y vio que Gus Upcott estaba pidiendo la cuenta. Volvió con Traslúcida.

Buffypaws: tengo que irme, lo siento

Buffypaws: pero si veo a Morehouse, se lo diré, tranqui

Traslúcida: gracias!!!

<**Traslúcida ha dejado el canal**>;

<**Buffypaws ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

Anomia seguía en el juego; probablemente estaba hablando por algún canal privado o por varios, pero no hacía nada ni se movía. Gus se había quitado los auriculares y se los había dejado colgados alrededor del cuello, y ahora estaba guardando el portátil. Robin levantó una mano para pedir la cuenta y pagar su café, pero sin perder de vista el juego, porque si Anomia decía algo mientras Gus tenía el ordenador en la mochila, podría descartar a otro sospechoso. Por desgracia, Anomia permaneció en silencio mientras Gus, evitando el contacto visual con la joven y atractiva camarera, pagaba la cuenta. Un par de minutos más tarde, salió del restaurante, y Robin lo siguió.

51

Es asombroso
estar tan separados tras haber estado tan cerca,
unidos por el odio y también por un amor tan intenso.

AUGUSTA WEBSTER, *Medea en Atenas*

La perspectiva de recoger a Madeline en la presentación de la colección de joyas para luego llevarla de copas y acostarse con ella no carecía de atractivo, pero a Strike le dolía la pierna tras el trayecto de ida y vuelta hasta King's Lynn, y si no podía ir directamente al dormitorio de Madeline, habría preferido volver solo a casa. Aun así, había quedado con ella con demasiada antelación como para echarse atrás ahora, de modo que dejó el BMW en el garaje, fue a buscarse un kebab y unas patatas fritas y se dedicó a matar el tiempo hasta las nueve en punto, mientras trataba de ignorar un mal presentimiento que se resistía a desaparecer.

Cuando llegó a Bond Street estaba lloviendo, y, cojeando un poco, se dirigió a la tienda de Madeline. Al pasar por delante de los escaparates a oscuras y salpicados de lluvia, donde se veía el reflejo de su voluminosa y renqueante figura, se fijó en un grupo de gente que estaba de pie un poco más allá, delante de un escaparate muy iluminado. Había varios fotógrafos haciendo fotos a dos mujeres que estaban de pie bajo un gran paraguas. A juzgar por la longitud de sus piernas, debían de ser modelos, y sin duda alguna llevaban puestas las joyas de Madeline, con la calle oscura de fondo. Era evidente que la inauguración no sólo no había terminado, sino que los periodistas todavía estaban allí.

Strike dio rápidamente un paso al lado y se guareció de la lluvia en un gran portal, desde donde le mandó un mensaje a Madeline.

Me he retrasado. ¿Busco un bar
y quedamos allí?

Independientemente de lo que contestase Madeline, Strike pensaba quedarse en aquel portal hasta que se marchara la prensa y dejasen de oírse a lo lejos las carcajadas de la gente, que seguía apiñada en la calle.

Le llegó un fuerte olor a cannabis. Se dio la vuelta y vio que no

estaba solo en su oscuro escondite: Henry, el hijo de Madeline, y un amigo suyo, ambos con traje y corbata, estaban allí compartiendo un porro.

Al ver el rostro de Strike, Henry dejó caer el porro al suelo y masculló: «Mierda.» El amigo, que no tenía ni idea de quién era Strike, lo miró con ojos soñolientos; era evidente que estaba tratando de decidir si era mejor fingir que no sabía de dónde provenía el olor o recoger el porro que ahora ardía junto a sus pies.

—No pasa nada —le dijo Strike a Henry—. No me chivaré.

Henry soltó una risita nerviosa.

A Strike se le pasó por la cabeza pedirle al chico que le devolviera el favor y no le dijese a su madre que no había llegado tarde, sino que estaba escondido en un portal a menos de cien metros de donde se celebraba la fiesta, pero se lo pensó mejor y decidió que habría sido injusto cargar a Henry con aquella responsabilidad, de modo que siguió fumando e ignorando a los dos chicos.

—¿Quieres un poco? —le preguntó el amigo de Henry. Había recogido el porro y ahora se lo ofrecía a Strike, como si considerara que era lo mínimo que podía hacer.

—No, gracias —respondió el detective—. Estoy intentando dejarlo.

El amigo se rio y dio una fuerte calada.

—¿Tú no tendrías que estar ahí dentro? —le preguntó Henry a Strike señalando la joyería; fuera, en la acera, las modelos seguían riendo y bromeando con uno de los fotógrafos.

—Tu madre debe de estar muy ocupada —contestó Strike—. Prefiero esperar a que termine y acercarme después.

—Eh… —dijo el amigo mirando a Henry con los ojos abiertos como platos—. Un momento… ¿Es el detective?

Con el rabillo del ojo, Strike vio que Henry asentía con la cabeza.

—¡Joder! —exclamó el amigo, alarmado.

—Tranquilo —dijo Strike—. Dejé la brigada antidrogas hace años, no sufras.

Un coche con chófer se había parado delante de la tienda de Madeline, y una de las risueñas modelos a las que habían estado fotografiando se metió rápidamente en la tienda, seguramente para quitarse las joyas. La otra siguió charlando con el fotógrafo bajo el paraguas. Mientras Strike y los dos adolescentes observaban, el fotógrafo posó su mano en el brazo de la chica.

—Escalada física —afirmó el amigo de Henry, que se había inclinado hacia delante para ver qué pasaba. Henry se rió—. No te rías. Se hace así.

—¿Quién lo dice? —preguntó Henry.

—Kosh.

—Eso son chorradas.

—Está científicamente comprobado —aseguró el amigo; le dio otra larga calada al porro y se lo pasó a Henry—. En serio… Escalada física seguida de comentarios negativos. Dentro de nada le dirá que tiene los pies muy grandes o algo así.

—Pero… qué coño dices —dijo Henry riendo.

—De verdad. Es la típica estrategia para ligar de día.

—Es de noche.

—Pero están en la calle. No están en una discoteca ni en un bar.

—Estás colgado.

—Tendrías que leer a Kosh. Ya verás, observa…

El fotógrafo y la modelo seguían hablando. De pronto, otra carcajada llegó flotando por la oscura calle hasta el portal. La modelo golpeó al fotógrafo en el brazo, en broma, y la oyeron decir:

—¡Eres un cabrón muy descarado!

—Comentarios negativos —dijo triunfante el amigo de Henry—. Ya te lo decía yo.

Miró a Strike con los ojos entornados y, arrastrando un poco las palabras, preguntó:

—¿No es cierto que si insultas a una chica… bueno, no insultar, pero criticar un poco… ella se esfuerza para recuperar tu aprobación?

—Yo no me fiaría mucho —dijo Strike—. ¿Quién te ha aconsejado eso?

—Kosh —contestó Henry.

—¿Es un amigo vuestro?

—Es un artista del ligue —explicó Henry—. De Estados Unidos.

La modelo y el fotógrafo seguían hablando y riendo, y el fotógrafo volvió a tocarle el brazo a la chica.

Justo en ese momento, a Strike le sonó el móvil. Se lo sacó del bolsillo del abrigo convencido de que sería Madeline, pero era un número oculto. Contestó la llamada.

—Strike.

Hubo una breve pausa. Luego una voz grave, ronca y distorsionada dijo:

—Lea la carta del ataúd.

Strike se quedó tan sorprendido que, durante un par de segundos, no dijo nada.

—¿Quién eres?

Se oía una respiración profunda.

—Lea la carta —dijo la voz.

Y se cortó la comunicación.

—¿Lo ves? Escalada física de nuevo —insistió el amigo de Henry, que seguía observando al fotógrafo y a la modelo—. Se trata de ir aumentando poco a poco el contacto físico. Y funciona, mira…

—Estás colgado —declaró Henry con una risita. Ya había recuperado el porro.

Strike miró el móvil. Aquella llamada no le había llegado desviada de la oficina: la había hecho alguien que tenía su número directo. Le mandó un mensaje a Robin.

Me ha llamado otra vez la persona que dijo que teníamos que desenterrar a Ledwell. Esta vez me ha dicho que «lea la carta del ataúd.

Se guardó el móvil en el bolsillo.

—Ahora lo estoy probando por internet y funciona —iba diciendo el amigo de Henry.

—¿Y cómo haces la escalada física por internet?

—Si lo haces por internet cambia un poco.

De la tienda de Madeline acababa de salir otra mujer que llevaba en la mano una especie de bolsa llena de regalos de fiesta. Se detuvo en la acera, iluminada todavía por la luz del escaparate, y observó la calle en todas direcciones. Cuando se volvió hacia donde estaba Strike, él la reconoció: era Charlotte. El detective se echó hacia atrás y se refugió en la oscuridad del portal.

—Le dices algo del tipo: «Si de verdad eres la de la foto, debes de estar harta de que los tíos te mareen, así que te dejo en paz»...

El taconeo sobre el asfalto era audible a pesar de las carcajadas de Henry. Strike se dijo que debería haber imaginado que aquel inminente encuentro era imposible de evitar, y se dio cuenta de que él lo había sabido desde el principio.

—Ya me ha parecido que eras tú —dijo Charlotte, risueña. Llevaba un vestido negro ceñido y zapatos de tacón de aguja, el pelo suelto y una chaqueta de seda gris desabrochada—. Acabo de ver la cara de Mads cuando ha mirado el teléfono, y entonces he pensado: no va a venir. Se alegrará cuando sepa que sólo estabas escondido. ¿Te has peleado con alguien?

Estaba mirando el corte que Strike tenía en la sien, obra de la cacatúa blanca.

—No —contestó él, apagando la colilla del cigarrillo con la suela del zapato. Henry y su amigo miraban fijamente a Charlotte, mudos de admiración. Strike no podía reprochárselo.

—¿Te puedo gorrear uno? —le preguntó ella mirando la colilla.

—Lo siento, no me quedan más —mintió Strike.

Charlotte volvió la cabeza hacia la tienda.

—La presentación está a punto de terminar. Ha sido un exitazo. Tu novia tiene un gran talento. Le he comprado esto. Fabuloso, ¿verdad?

Le tendió una delgada mano. Strike vio una cosa que parecía un trozo de cuarzo en bruto en su dedo corazón, pero no dijo nada.

—Ah, me estaba preguntando dónde os habíais metido —dijo Charlotte, ignorando en apariencia el silencio de Strike y mirando por encima de su hombro a los dos adolescentes—. Supongo que para vosotros la fiesta debía de ser un tostón.

El amigo de Henry balbuceó algo incoherente. Sin dejar de sonreír, Charlotte volvió a dirigirse a Strike.

—¿Cómo está la hija de Pru?

—¿Quién?

—La hija de Pru, querido —dijo Charlotte—. Tu sobrina.

Strike se dio cuenta de que se refería a su hermanastra Prudence.

—No tengo ni idea.

—¿No lo sabías? Mierda. —Charlotte dejó de sonreír—. Seguro que he metido la pata. No tendría que haberte dicho nada.

—Bueno, ahora ya has empezado —repuso Strike al recordar que Prudence había mencionado una emergencia familiar—, así que más vale que acabes.

—Me lo contó Gaby —explicó Charlotte. Gaby era otra hermanastra de Strike. Él casi no la conocía, pero Charlotte y ella se habían movido en los mismos círculos sociales exclusivos durante años—. Sylvie se cayó en un rocódromo. No llevaba el arnés bien abrochado o qué sé yo.

—Vaya, no lo sabía —dijo Strike.

—Creía que Pru y tú estabais en contacto.

—Ya veo que Gaby te ha contado muchas cosas...

—No te enfades —pidió Charlotte. Incluso a través de la nube de cannabis, Strike distinguió el perfume de su ex novia, Shalimar—. No lo he dicho para molestarte.

—No me has molestado.

El coche que esperaba delante de la joyería de Madeline, donde ahora iban las dos modelos, arrancó por fin. El fotógrafo se perdió por la calle oscura. Los últimos rezagados salieron de la tienda, pero se detuvieron delante de la puerta, donde siguieron hablando y riendo.

—¡Henry! —gritó una voz que estaba en ese grupo.

—Mierda —dijo el muchacho. Su amigo y él corrieron a obedecer la llamada de su madre, dejando el último centímetro de porro tirado en el suelo.

—Qué pena, con lo que me gusta a mí eso —comentó Charlotte mirando el porro—. Pero mejor que ni lo toque. Seguramente Jago me tiene vigilada, igual que yo a él.

Miró otra vez en todas direcciones mientras lo decía, y se ciñó la delgada chaqueta alrededor del cuerpo.

—Al final fui a McCabes —continuó, volviendo a mirar a Strike a

los ojos—. Le han puesto vigilancia, pero no han conseguido nada. Jago tiene mucho cuidado. Estoy segura de que tú obtendrías resultados mucho antes.

—Los de McCabes son buenos —dijo Strike.

—Más vale que lo sean.

Strike estaba deseando marcharse, pero no quería unirse al grupo que seguía delante de la puerta de la joyería. Ahora la gente se estaba haciendo selfis con Madeline.

—Quería ir a ver a Pru, para hacer terapia —añadió Charlotte con aire distraído.

—¿Cómo dices? —dijo Strike poniéndose en guardia, como sin duda esperaba ella.

—Dicen que es muy buena. Ayudó mucho a una amiga mía... Pero no quiso aceptarme. Dijo que había conflicto de intereses.

—¿De todos los terapeutas que hay en Londres, tú escogiste a mi hermana?

—Entonces no tenía ni idea de que estabais en contacto.

—De todas formas, ella habría seguido siendo mi hermana, a menos que todo eso estuviera pasando en un universo paralelo.

—Me dijeron que era muy buena —replicó Charlotte sin amilanarse—. Me gustaba la idea de hablar con alguien cuya familia estaba tan jodida como la mía. Estoy harta de terapeutas de clase media y de sus tediosas ideas de clase media sobre lo que es normal.

Madeline estaba obligando a Henry y a su amigo a meterse en un taxi negro. El grupo de invitados se fue dispersando por fin, y ella se quedó de pie, sola, mirando hacia Strike y su ex novia. Charlotte miró a Madeline, y luego se volvió, sonriente, hacia Strike.

—Bueno, será mejor que vayas a felicitar a Mads.

Y se alejó bajo la lluvia taconeando sobre el asfalto, con la oscura melena ondulando tras ella.

52

Me adorno con sedas y joyas,
me pavoneo como una paloma en celo;
ellos elogian mi espectáculo, pero no ven
que mi corazón se muere por un poco de amor…

CHRISTINA ROSSETTI, *L.E.L*

Madeline, que llevaba un vestido entallado de seda morada complementado con un grueso collar de amatistas y unos tacones de vértigo, estaba plantada en la acera, con los brazos cruzados, media cara en sombras y la otra media intensamente iluminada por la luz del escaparate de la joyería. Strike salió del oscuro portal y se dirigió hacia ella, y supo que estaban a punto de llegar a ese hito trascendental en toda relación: la primera bronca.

—Hola —la saludó—. Estás preciosa. ¿Cómo ha ido?

Sin decir nada, ella se dio la vuelta y entró de nuevo en la tienda, pasando junto a un vigilante de seguridad tan corpulento como Strike que estaba de pie junto a la entrada.

Dos atractivas jóvenes vestidas de negro que estaban poniéndose el abrigo miraron con curiosidad a Strike cuando lo vieron entrar, y él pensó que debían de ser dependientas. Tres camareros del catering con chaqueta blanca estaban retirando las copas de champán vacías de las mesitas y de los expositores de cristal. La tienda, donde Strike todavía no había estado nunca, parecía el mullido interior de un joyero, con las paredes y el techo decorados con terciopelo azul medianoche, unas cuerdas doradas enroscadas en lo alto de las que colgaban grandes borlas, y el suelo cubierto por una alfombra persa.

—Qué local tan… —empezó a decir el detective, pero Madeline se estaba despidiendo de las dependientas, y luego siguió a un camarero a la trastienda, donde Strike la oyó darle instrucciones para recoger las copas y marcharse; no hacía falta que limpiasen los expositores: eso lo harían las dependientas a la mañana siguiente.

Colocadas sobre unos caballetes dorados, había cuatro fotografías enormes de las modelos que habían aparecido en la campaña publicitaria. Una mujer negra de pelo largo exhibía unos pendientes de diamantes, tan largos que le rozaban los hombros desnudos; una pelirroja miraba a través de los dedos entrelazados, cada uno adornado con un anillo de zafiro; una rubia sostenía un broche de

rubís sobre un ojo, a modo de parche... y finalmente, Charlotte, que lo miraba con una sonrisa de Mona Lisa en sus labios escarlata, con un grueso collar de oro tachonado de esmeraldas sin tallar.

Madeline volvió a aparecer detrás de los camareros, cada uno de los cuales llevaba una gran caja llena de copas usadas.

—Ya puedes irte, Al —le dijo al vigilante—. Yo me encargo de cerrar y conectar la alarma.

—¿Seguro? —repuso él.

—Sí, vete —insistió Madeline con voz cortante. Pulsó con la palma de la mano el botón que había junto al gran escritorio de madera del rincón, y las persianas metálicas de seguridad empezaron a descender automáticamente en todos los escaparates.

Strike advirtió que Madeline había bebido mucho. Estaba ruborizada y tenía la voz un poco pastosa, y siguió evitando con determinación la mirada de Strike hasta que los camareros y el vigilante salieron de allí. Cuando por fin se quedaron solos, con las persianas cerradas, Madeline se dio la vuelta y lo miró.

—Sabía que lo harías.

—Que haría ¿qué?

—Ni siquiera te has dignado a aparecer un par de minutos al final.

—Todavía había un fotógrafo fuera...

—¡Es alucinante! —gritó Madeline con una risa aguda—. Pero ¿quién te has creído que eres? ¿Tu padre?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Si Jonny Rokeby se presentase por aquí, estoy segura de que los fotógrafos pelearían con uñas y dientes para conseguir una foto suya, pero ¡joder, tío, tú no eres tan famoso! ¡A ver si lo superas de una puta vez!

—Eso es lo que quiero evitar, precisamente. No quiero que mi foto salga en la prensa —dijo Strike sin perder la calma—. Ya te lo he explicado muchas veces. No quiero que me puedan reconocer por la calle.

—¿Y dónde dejas tu paranoia de mierda cuando te pones a hablar con Charlotte Campbell en un portal oscuro? ¿Entonces no te da miedo que te hagan fotos? Esta noche me ha contado que Jago quiere nombrarte en el juicio del divorcio...

—A Charlotte siempre le ha encantado echar una mano —dijo Strike, cuyo mal humor iba en aumento, muy a su pesar.

—Pues habría estado bien que me lo hubieses contado tú, en lugar de enterarme delante de unas veinte personas en mi maldita inaugura...

—Joder, Madeline, ¿acaso crees que me gusta que te lo haya contado ella?

—Y yo he tenido que fingir que estaba al corriente de todo, claro… A ver, pero ¿se puede saber cuándo cortaste con ella?

—Exactamente cuando te dije —contestó Strike—. Hace casi cinco años.

—Entonces, ¿por qué se ensaña Jago contigo?

—Porque me odia a muerte.

—Charlotte dice que Jago encontró unos mensajes que os habíais enviado.

—Esos mensajes los escribió ella porque pretendía retomar la relación. Yo no se los pedí —repuso Strike.

—¡Joder, realmente te crees que eres Jonny Rokeby! —dijo Madeline soltando otra risita de incredulidad—. Las mujeres se abalanzan sobre ti sin que tú les des pie a nada, ¿verdad?

—No, tú has sido la primera que ha hecho eso.

Madeline cogió el objeto que tenía más cerca, que resultó ser un joyero de madera vacío, y se lo lanzó, pero apuntó tan mal que el joyero habría pasado volando al lado de Strike y se habría estrellado contra uno de los escaparates si él no lo hubiese atrapado al vuelo. Madeline se abalanzó hacia él.

—¡No quieres que nadie sepa que estás conmigo!

—Me importa una mierda quién lo sepa.

—¡Eso no es lo que dice Charlotte!

—¿Cuándo te meterás en la cabeza que no puedes creerte ni una sola palabra de lo que diga Charlotte Campbell?

—¿Le has contado a tu querida Robin que estamos juntos?

—Sí —dijo Strike.

—¿Antes o después de que se lo contara Charlotte? Porque ella dice que Robin se quedó a cuadros cuando se lo dijo.

—A ver si te enteras de una puta vez. Charlotte dice cualquier cosa que pueda hacerle daño a…

—Charlotte me ha dicho que, si te presentabas en mi lanzamiento, debías de ir en serio conmigo porque…

—¡Sólo está metiendo cizaña, Madeline! Me cago en todo, ¿es que no lo ves?

—… Porque has pasado de todas tus novias desde…

—¡Yo no estoy pasando de ti!

—¿Ah, no? ¿Y por qué te has escondido tres puertas más abajo y me has dicho que llegarías tarde?

—Te lo acabo de explicar…

—¿Querías ver a Charlotte cuando ella saliera?

—A ver si te aclaras de una vez, joder. ¿Con quién crees que te estoy poniendo los cuernos, con Charlotte o con Rob…?

—A lo mejor con las dos. Tu padre tampoco se contentó nunca con una sola mu…

—Si vuelves a mencionar a mi padre, me largo.

Se miraron fijamente, a un metro y medio de distancia, mientras la gran fotografía de Charlotte con su collar de esmeraldas los contemplaba con aquella sonrisita en sus labios escarlata.

—Me da la impresión de que te importa más lo que piensa Charlotte de nosotros que lo que pienso yo —dijo Strike—. ¿Por eso te has obsesionado con que viniese aquí a recogerte? ¿Para demostrarle a ella que me tienes en el saco?

—¡No me habías dicho que te habías acostado con Ciara Porter!

—¿Qué? —dijo Strike, descolocado.

—¡Ya me has oído!

—¿Por qué coño iba a decírtelo? ¡Fue un rollo de una noche!

—¡Ni que saliste con Elin Toft!

—¡Joder! ¿Yo te he pedido una lista de todos tus rollos anterio…?

—¡Las conozco a las dos!

Strike notó vibrar su teléfono en el bolsillo del abrigo y lo sacó.

—¡Más vale que no contestes! —gritó Madeline mientras Strike miraba el mensaje que acababa de enviarle Robin.

¿Cómo sonaba la voz?

Strike empezó a teclear una respuesta.

—¿No me has oído?

—Sí, te he oído —contestó él con frialdad y sin dejar de teclear.

Igual que la otra vez. Darth Vader. Creo que usa una app para distorsionar voces

Volvió a guardarse el móvil en el bolsillo; levantó la cabeza y vio a Madeline respirando hondo, con un rictus de furia en el rostro.

—¿Qué decías? —preguntó Strike.

—Decía que creía que Charlotte había sido una aloma… —Se le trabó la lengua—. Una anomalía. Valentine me dijo que os habíais conocido en la universidad. ¡Creía que no te interesaban la fama, el dinero y esas cosas, y ahora resulta que te has tirado a la mitad de las famosas de Londres!

—¿Y cómo cuadras eso de que soy una especie de cazafamosas con tus quejas de que no quiero que me hagan fotos contigo?

—¡A lo mejor así te es más fácil engañar a la próxima chica rica y hacerle creer que la quieres por lo que es!

Strike se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta.

—¡Cormoran!

Pero él ya había abierto la pesada puerta de un brusco tirón y había salido a la calle lluviosa.

—¡Cormoran! —gritó ella.

A Strike volvió a sonarle el móvil. Lo sacó y leyó el nuevo mensaje de Robin. Las gotas de lluvia salpicaban la pantalla del teléfono, y Strike oyó a Madeline correr tras él con sus zapatos de tacón de aguja, acompañada del tintineo de un llavero con muchas llaves.

¿Crees que eso puede haberlo escrito un troll cualquiera? ¿Cuántas personas sabían que dentro del ataúd había cartas?

Strike se puso a teclear sin dejar de caminar:

Exacto

Al cabo de unos segundos, recibió otro mensaje de Robin.

Acabo de oír una cosa interesante en el juego, no sé si puedes hablar ahora. Si no, puedo esperar

Strike acababa de escribir «sí puedo» cuando oyó un grito, un golpe sordo y un tintineo metálico detrás de él. Se dio la vuelta: Madeline había resbalado y se había caído; las llaves de la tienda habían rodado por el suelo, y ella estaba tumbada boca abajo en la acera mojada.

—Me cago en todo... —masculló Strike, y fue cojeando hacia ella lo más rápido que pudo. Madeline intentaba levantarse, pero le costaba porque se le había roto un tacón. Sollozando, se agarró a la mano de Strike y dejó que él la ayudara a incorporarse. Le sangraba una rodilla.

—Métete aquí... —dijo Strike; la ayudó a entrar en otro portal cubierto y fue a recuperar el llavero—. ¿No has cerrado la puerta con llave?

Ella negó con la cabeza sin dejar de llorar.

—Lo siento, Corm... Lo siento... No sé por qué te he dicho...

—Déjame ir a cerrar esa maldita puerta antes de que te lo roben todo.

—Espera...

Madeline se apoyó en el brazo de Strike y se quitó los dos zapatos. Llorosa, descalza y ahora considerablemente más baja, se dejó guiar hacia la tienda y sólo se detuvo para meter los zapatos morados en una papelera.

—Corm, lo siento... Ha sido todo muy estresante y... No quería decir eso, de verdad...

Nada más entrar en el lujoso local azul medianoche, se derrumbó

en una butaca, se tapó la cara con las manos y se puso a llorar a lágrima viva. Strike dio un hondo suspiro y dejó las llaves en un expositor de cristal lleno de colgantes relucientes.

—¿Cuándo he aceptado yo ni un solo penique tuyo? —preguntó mirándola—. ¿Cuándo he dejado de pagar lo que me correspondía?

—Nunca... Nunca... No sé por qué lo he dicho... Ha sido Charlotte la que me ha metido todas esas ideas en la cabeza... Descubrí que Jim me engañaba por los mensajes... Le compraba regalos a ella con mi dinero y... Lo siento, de verdad...

Levantó la cabeza y lo miró. Estaba guapa incluso ahora, con el pelo alborotado y el rímel corrido.

—Tienes que limpiarte esa rodilla —le dijo Strike.

Madeline se levantó de la butaca y le rodeó el cuello con los brazos. El tardó unos segundos en abrazarla y le besó la mojada frente.

—Lo siento —repitió ella con la cara hundida en su pecho.

—Yo no soy Jim.

—Ya lo sé... —dijo Madeline con voz entrecortada—. Ya lo sé. No debería haber bebido tanto champán...

—Lo que no deberías haber hecho es escuchar a Charlotte —dijo Strike con contundencia.

—Sí, no volveré a hacerlo... Ya sé que no debí hacerle caso...

Strike se separó de ella suavemente y la miró.

—Ve a lavarte la rodilla. Tengo que hacer una llamada de trabajo, a Robin. Pero eso no quiere decir que me la esté tirando.

—Ya lo sé... —repitió Madeline, entre risas y lágrimas.

—Muy bien. Me quedaré junto a la puerta para que parezca que soy el vigilante de seguridad.

Todavía sorbiéndose la nariz, Madeline fue al cuarto de baño, que estaba en la trastienda. Strike fue hasta la puerta de la calle y se plantó delante, donde los transeúntes pudieran verlo bien, y entonces llamó a Robin.

—Hola —dijo ella—. Podía esperar.

—No hay problema. Cuenta.

—Gusano28, es decir, Zoe, acaba de contarme que anoche discutió con Yasmin Weatherhead, ya sabes, Cora, por el canal de moderadores. Yasmin dijo algo así como que «el autor de los apuñalamientos no podía ser un fan, porque ningún fan habría atacado a Josh». Zoe se puso furiosa y le preguntó si estaba insinuando que Edie se merecía lo que le había pasado.

»En fin, Zoe se ha puesto a despotricar de Yasmin y se le ha escapado que cree que Yasmin y Anomia tienen un negocio secreto. Algo que da dinero.

—¿En serio?

—Por lo visto, esta mañana él le ha dicho algo a Yasmin en el canal de moderadores; algo así como «Ya verás cuando te diga cuál va a ser mi porcentaje». Yasmin no le ha contestado delante de los otros moderadores, pero Zoe cree que seguramente han seguido hablando por un canal privado.

Madeline salió de la trastienda con la cara lavada. Miró a Strike con una sonrisa llorosa en los labios y empezó a moverse entre los expositores, comprobando que estuviesen todos cerrados con llave.

—Muy interesante —dijo Strike—. Eso indica que, después de todo, Morehouse quizá no es el único que sabe quién es Anomia.

—Así es. De modo que, bueno, me gustaría encontrar alguna manera de abordar a Yasmin como hicimos con Tim Ashcroft.

—¿Como periodistas?

—Exacto. Podríamos fingir que estamos preparando un artículo sobre *Un corazón tan negro*. «Tú los conociste antes de que fueran famosos», etcétera.

—Sí, me parece una buena idea —dijo Strike—. Tengo que dejarte, pero lo hablamos mañana.

—Genial —dijo Robin—. Hasta mañana.

Robin colgó y Strike miró a Madeline, que ya se había puesto la chaqueta.

—Tendremos que coger un taxi —dijo mirándole los pies descalzos.

—Lo siento —volvió a decir ella en voz baja.

—Estás perdonada —aseguró Strike obligándose a sonreír.

Mientras Madeline sacaba el móvil para pedir un taxi, Strike salió fuera a fumar. Esa noche le había traído una marea de recuerdos de su vida con Charlotte; de gritos y objetos arrojados, arrebatos de celos infundados y acusaciones de todos los vicios que ella había conocido en su familia de origen. La diferencia era que, a pesar de todo, de Charlotte había estado enamorado; sin amor, un comportamiento como aquél no le resultaba nada atractivo. Seguía lloviendo. Se fumó el cigarrillo. Le dolía la pierna y le habría gustado estar muy lejos de Bond Street.

53

Bello es el pantano con sus secretos,
hasta que encontramos una serpiente...

EMILY DICKINSON, *XIX: Una serpiente*

Chats internos entre cuatro moderadores de *El juego de Drek*

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**20 mayo 2015 17:38**>;

<**Anomia invita a Morehouse**>;

Anomia: te hemos echado de menos, chiqui

>;

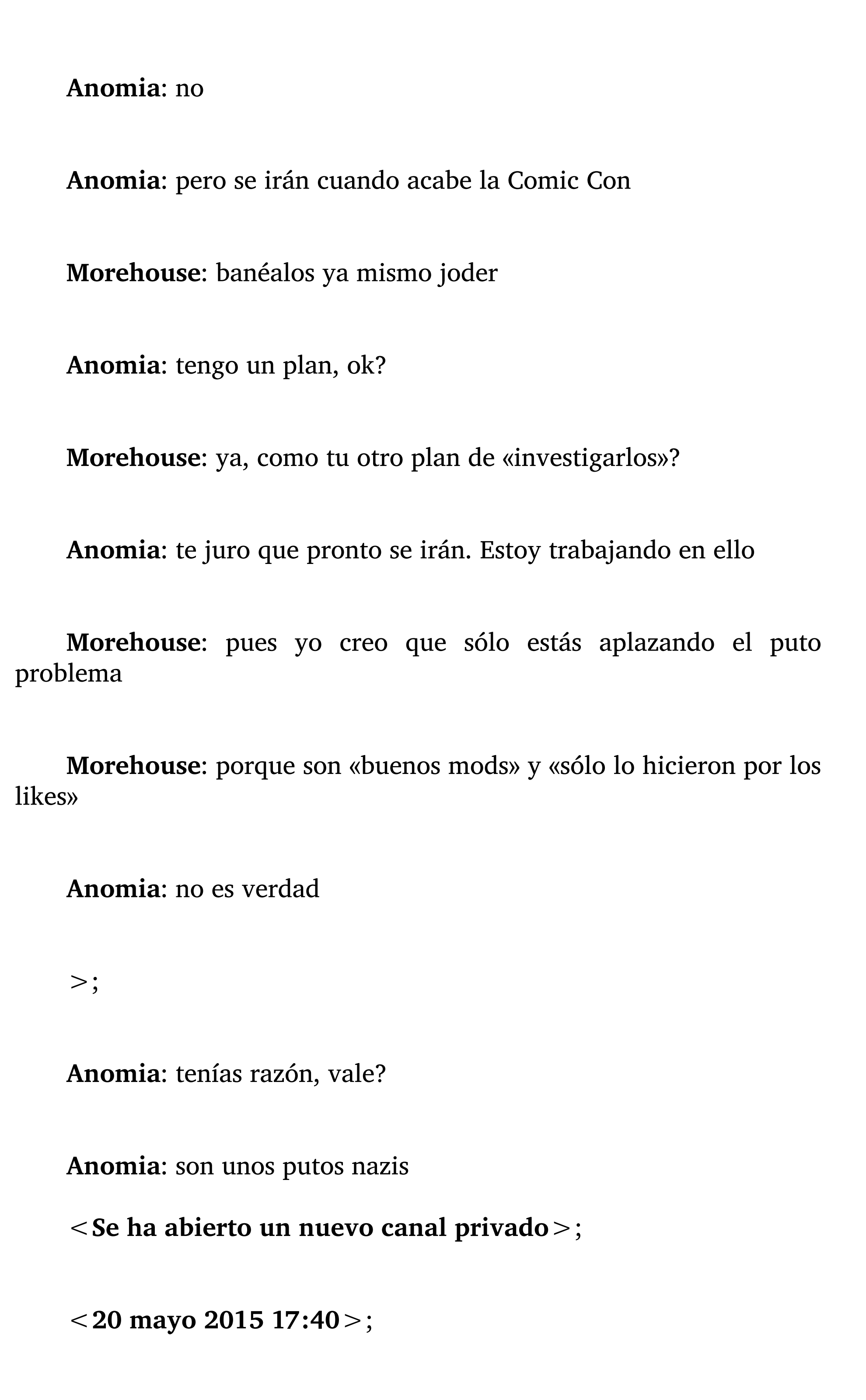
<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Morehouse: en serio?

Anomia: sí

Anomia: Traslúcida ha estado aquí 24/7 preguntándoles a todos si te habían visto

Morehouse: he vuelto para ver si LordDrek y Vilepechora se han ido, pero ya veo que no



Anomia: no

Anomia: pero se irán cuando acabe la Comic Con

Morehouse: banéalos ya mismo joder

Anomia: tengo un plan, ok?

Morehouse: ya, como tu otro plan de «investigarlos»?

Anomia: te juro que pronto se irán. Estoy trabajando en ello

Morehouse: pues yo creo que sólo estás aplazando el puto problema

Morehouse: porque son «buenos mods» y «sólo lo hicieron por los likes»

Anomia: no es verdad

>;

Anomia: tenías razón, vale?

Anomia: son unos putos nazis

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**20 mayo 2015 17:40**>;

<**Traslúcida invita a Morehouse**>;

Traslúcida: diosss estás aquí

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: Mouse, habla conmigo, por favor

>;

Traslúcida: por favor

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Morehouse: hola

>;

Traslúcida: Mouse, me perdonas? llevo días sin dormir, no puedo pensar en nada más. Lo siento muchísimo, no debí decir eso

Morehouse: no pasa nada

Traslúcida: sí pasa

Morehouse: estaba cabreado con Infernal1, es una bocazas

>;

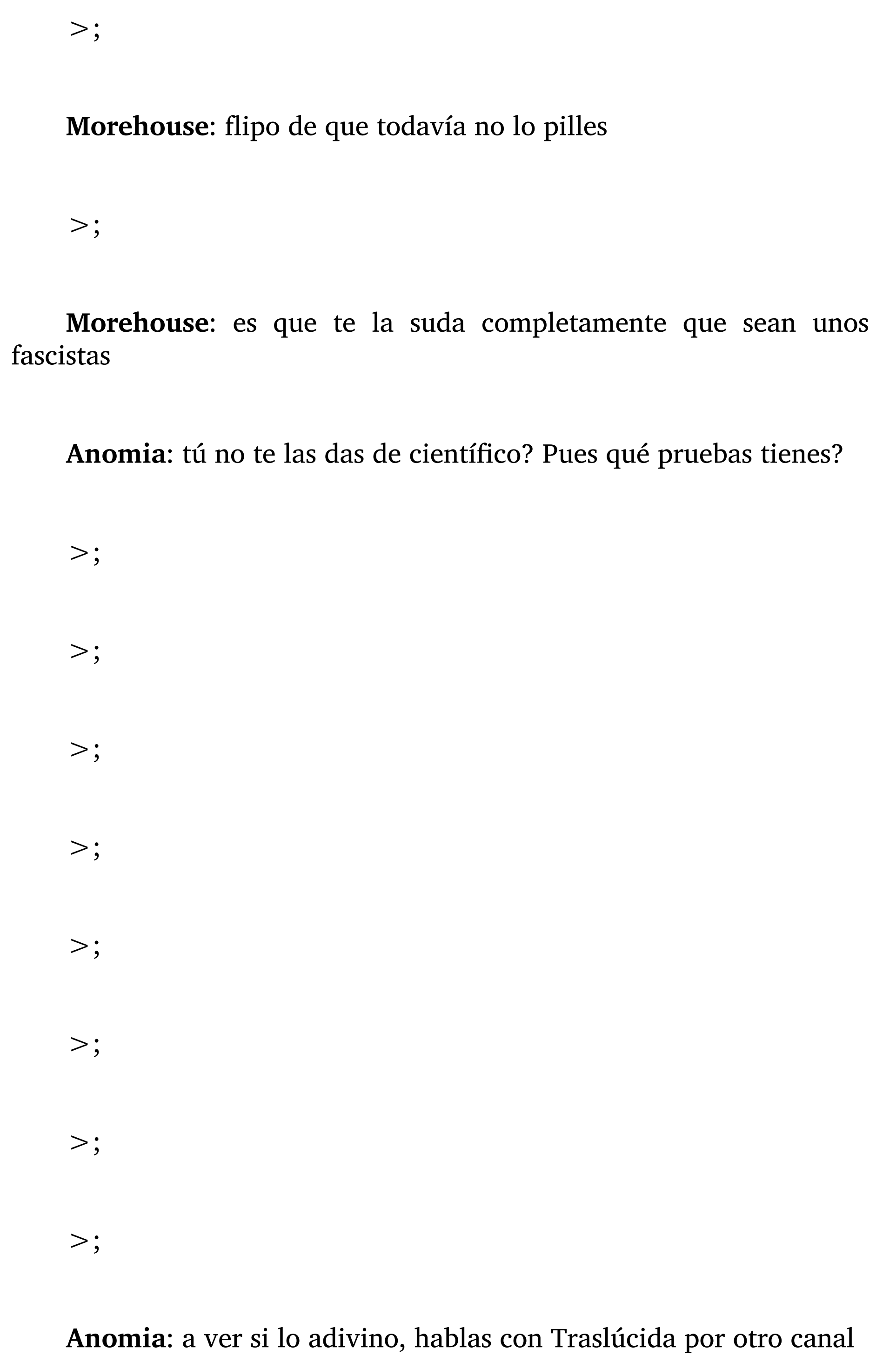
Morehouse: y cómo es que de repente te has iluminado?

>;

Anomia: he cambiado de idea, eso es todo

Morehouse: un cambio radical que, curiosamente, coincide con que yo te pidiera que escogieras entre ellos y yo

Anomia: bueno, y qué pasa? has conseguido lo que querías, no?



>;

Morehouse: flipo de que todavía no lo pilles

>;

Morehouse: es que te la suda completamente que sean unos fascistas

Anomia: tú no te las das de científico? Pues qué pruebas tienes?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: a ver si lo adivino, hablas con Traslúcida por otro canal

Morehouse: y qué si lo hago? Qué te pasa conmigo y con Traslúcida? algún problema?

Anomia: ningún problema, chiqui

Morehouse: me parece que te gusta

Anomia: ah, sí? por qué, chiqui?

Morehouse: sabes quién es. Por los datos de registro.

Anomia: te crees que me ponen cachondo las direcciones de email?

Morehouse: A lo mejor su nombre real sale en su email y la buscaste

Anomia: pues te equivocas, me importa un carajo quién es

Anomia: si quieres liarte con ella, por mí, adelante

>;

Morehouse: y la regla 14?

Anomia: da igual, eres cocreador, haz lo que quieras

Morehouse: bueno, no puedo hacer lo que quiera

Morehouse: al menos no con ella

>;

Anomia: por qué no?

Anomia: está claro que le gustas

>;

Morehouse: ya sabes por qué no

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: chiqui?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: qué?

Anomia: si echo a LordDrek & Vile, tú te quedarás, no?

Morehouse: hostia puta, no me escuchas. Lo que me preocupa es que te importa un carajo lo que sean y lo que puedan haber hecho

Anomia: ya te he dicho que no pueden haber matado a Ledwell

>;

Morehouse: por qué estás tan seguro?

Anomia: porque la maté yo, obvio

Morehouse: me cago en la puta, qué coño te pasa?

Morehouse: estoy a punto de creérmelo, sabes?

Morehouse: No paras de decirlo en el juego

Morehouse: Y qué pasa si alguien se lo toma en serio y llama a la policía?

Anomia: joder, es broma

Anomia: antes nos reíamos

Morehouse: sí, antes

Morehouse: pero el otro día le dije a Traslúcida que tengo la impresión de que ya no te conozco, en serio

Morehouse: Ledwell está muerta, Blay está en el hospital y a ti te la suda todo

Morehouse: para ti todo es una broma

>;

>;

Anomia: vale, me gusta el humor negro, corre, denúnciame

>;

>;

>;

>;

Anomia: quieres que diga que es una tragedia? pues vale, claro que es una puta tragedia

Anomia: pero todo el mundo sabe que odiaba a Ledwell, así que no voy a hacer el hipócrita

>;

Morehouse: podrías mostrar un poco de respeto, joder

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: vale, mostraré un poco de respeto, echaré a LordDrek y a Vile, tú te tiras a Traslúcida hasta que te hartes y el juego continúa, vale?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: Morehouse?

>;

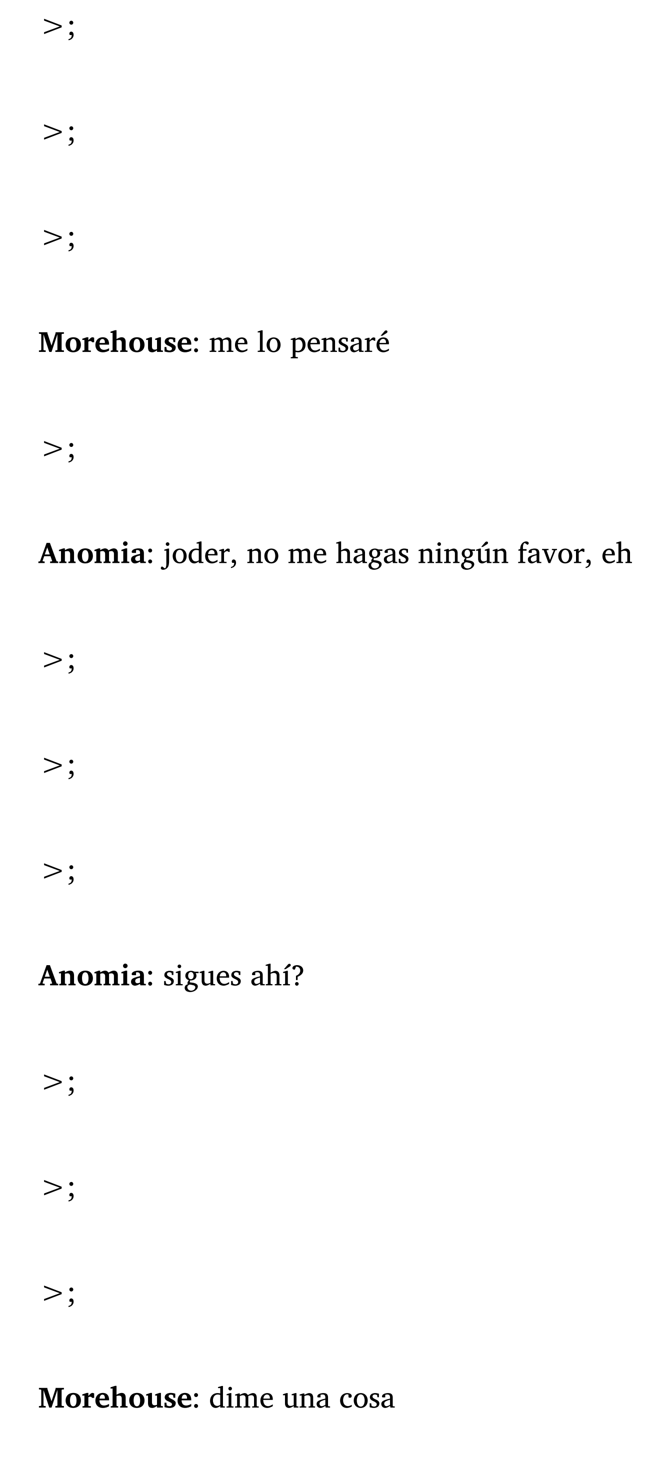
Morehouse: qué?

Anomia: si yo hago todo eso, te quedarás?

>;

>;

>;



>;

>;

>;

Morehouse: me lo pensaré

>;

Anomia: joder, no me hagas ningún favor, eh

>;

>;

>;

Anomia: sigues ahí?

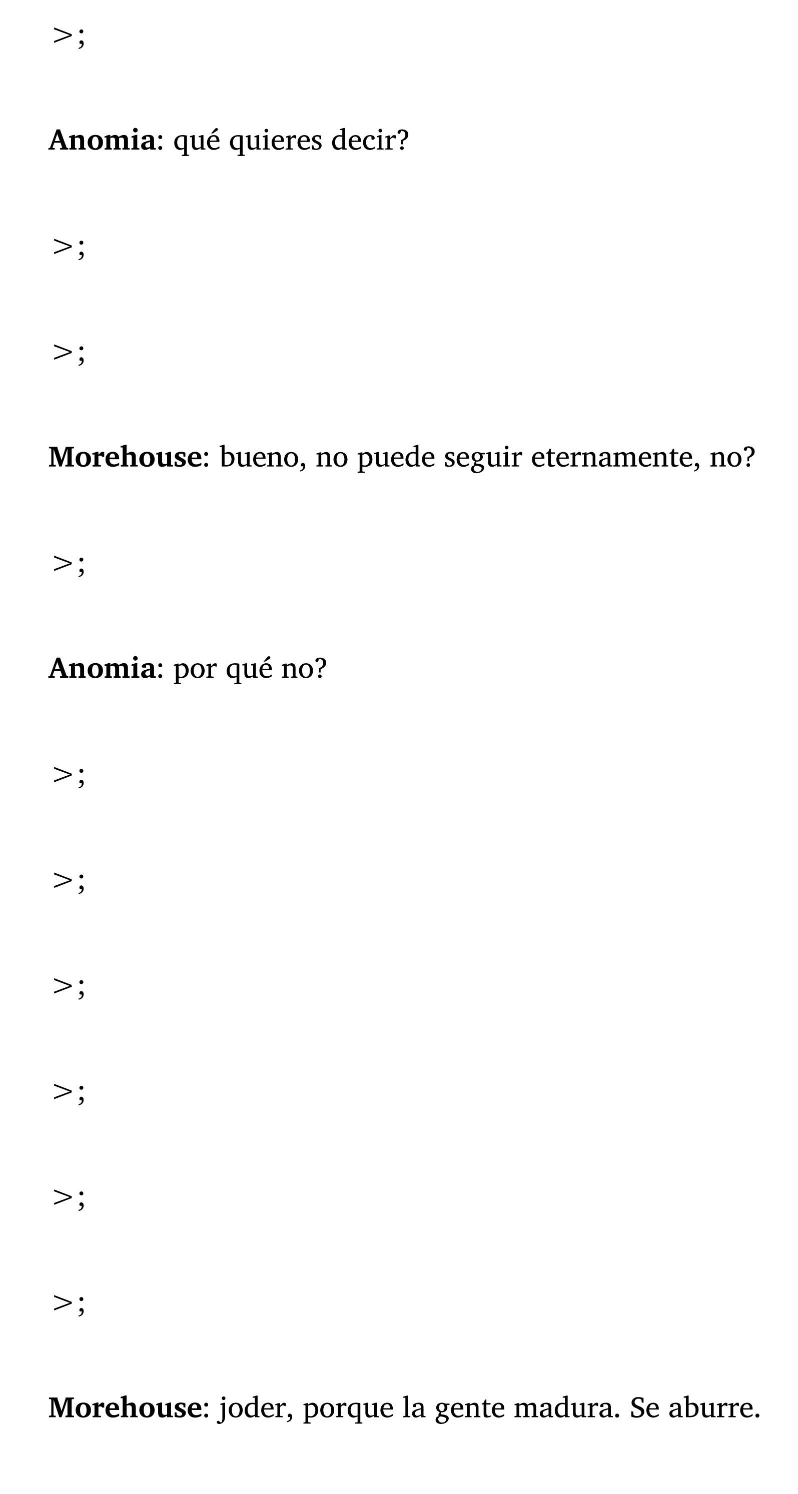
>;

>;

>;

Morehouse: dime una cosa

Morehouse: cómo ves el final del juego?



>;

Anomia: qué quieres decir?

>;

>;

Morehouse: bueno, no puede seguir eternamente, no?

>;

Anomia: por qué no?

>;

>;

>;

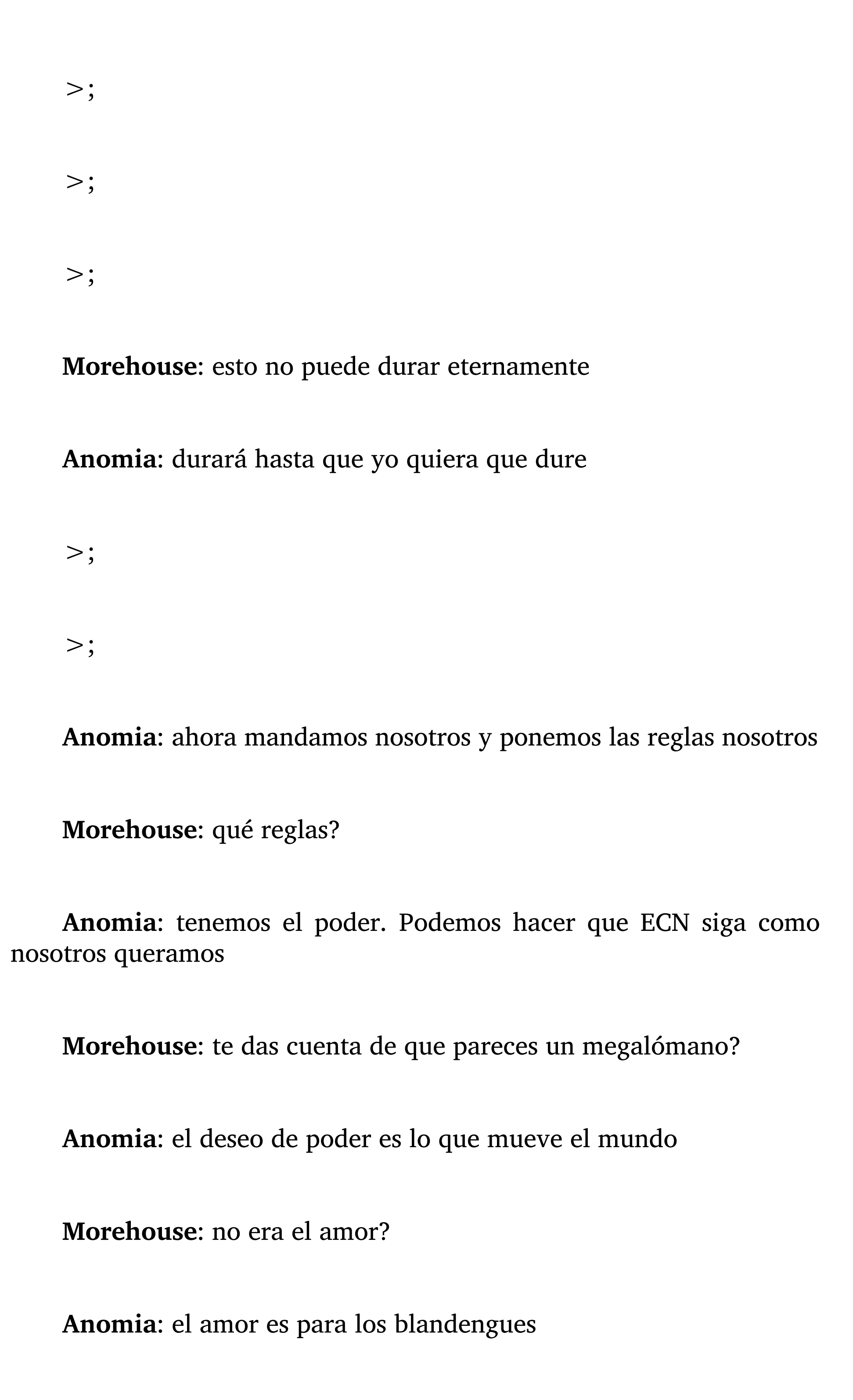
>;

>;

>;

Morehouse: joder, porque la gente madura. Se aburre.

Anomia: por eso tenemos que seguir mejorando el juego



>;

>;

>;

Morehouse: esto no puede durar eternamente

Anomia: durará hasta que yo quiera que dure

>;

>;

Anomia: ahora mandamos nosotros y ponemos las reglas nosotros

Morehouse: qué reglas?

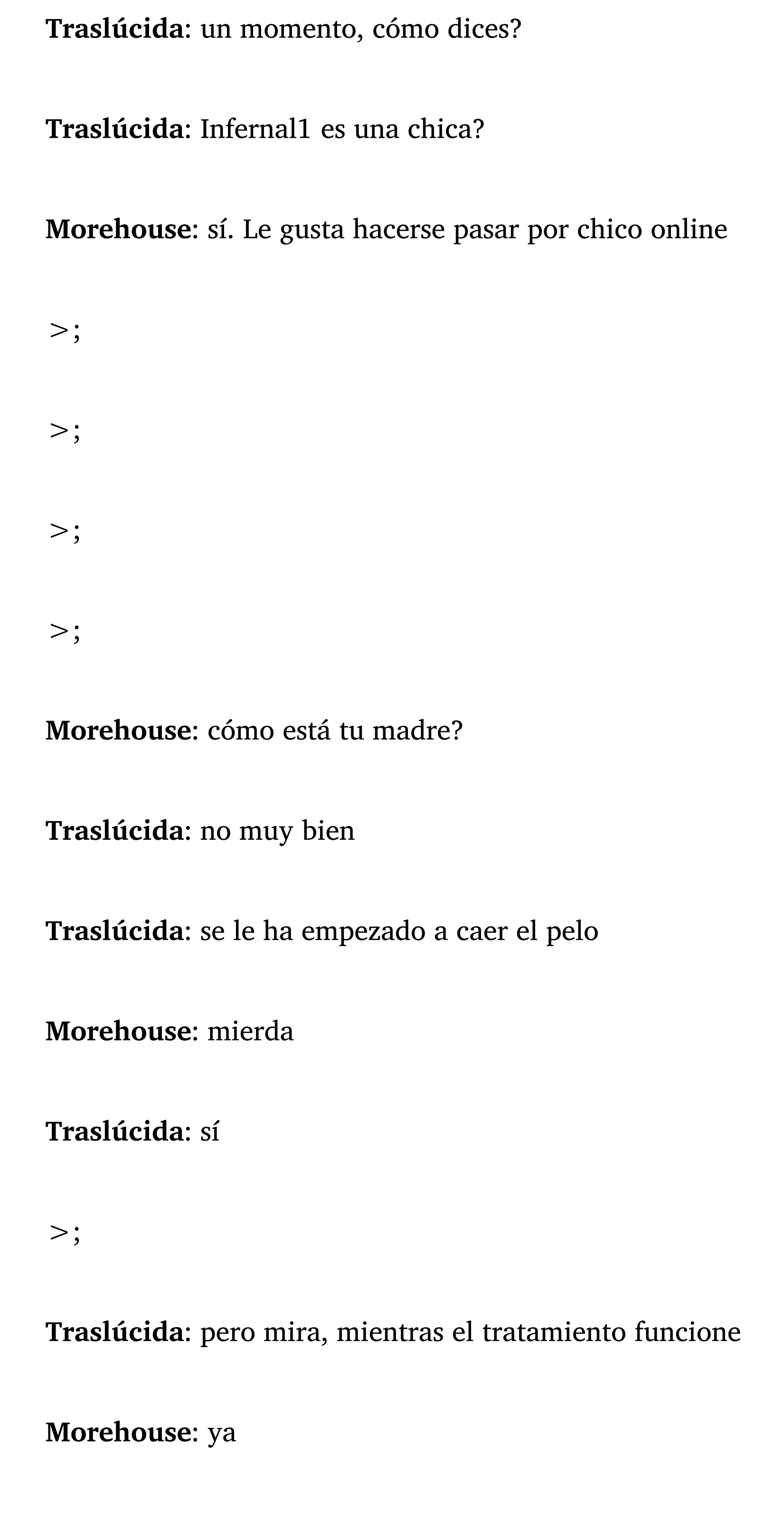
Anomia: tenemos el poder. Podemos hacer que ECN siga como nosotros queramos

Morehouse: te das cuenta de que pareces un megalómano?

Anomia: el deseo de poder es lo que mueve el mundo

Morehouse: no era el amor?

Anomia: el amor es para los blandengues



Traslúcida: un momento, cómo dices?

Traslúcida: Infernal1 es una chica?

Morehouse: sí. Le gusta hacerse pasar por chico online

>;

>;

>;

>;

Morehouse: cómo está tu madre?

Traslúcida: no muy bien

Traslúcida: se le ha empezado a caer el pelo

Morehouse: mierda

Traslúcida: sí

>;

Traslúcida: pero mira, mientras el tratamiento funcione

Morehouse: ya

>;

Traslúcida: cómo mola poder hablar contigo otra vez

Traslúcida: te he echado mucho de menos

Morehouse: yo también te he echado de menos

Traslúcida: entonces, en paces?

>;

>;

Morehouse: sí, en paces, tranqui

Traslúcida: vale, oye, vas a ir a la Comic Con?

>;

>;

Traslúcida: hola?

>;

Morehouse: no puedo ir a la Comic Con

>;

Morehouse: pero tú puedes ir con tu novio.

>;

Traslúcida: cómo?

>;

>;

Morehouse: con tu novio

>;

>;

>;

>;

Morehouse: camiseta recortada, musculoso, rubio

>;

Traslúcida: vale, has dejado de fingir que no sabes quién soy

>;

>;

>;

Traslúcida: eso no habría pasado si hubieras querido quedar conmigo o enviarme una foto

Traslúcida: una noche me emborraché y él estaba allí

Traslúcida: no está muy bien que lo diga, pero es la verdad

Morehouse: pues pareces muy feliz en tu página de Instagram

Traslúcida: bueno, a lo mejor pensé que me verías y que te pondrías celoso

Traslúcida: todo esto ha sido muy desigual. Yo te mando fotos, tú no. Yo quiero quedar, tú no.

Traslúcida: lo que tenemos tú y yo es mejor

Traslúcida: pero cómo sé que no estás ligando con un montón de chicas más?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: no lo hago

Morehouse: mira, he pensado mucho mientras estaba fuera del juego

>;

>;

>;

Traslúcida: Mouse, no me digas que te vas, por favor

Traslúcida: por favor

>;

Traslúcida: ok bueno, si te vas no tengo nada que perder, verdad?

>;

>;

Morehouse:?

>;

>;

Traslúcida: Sé perfectamente quién eres, V****

Traslúcida: y no te atrevas a quejarte, que tú averiguaste quién soy yo

Traslúcida: Hasta me sigues en Twitter con tu cuenta

Traslúcida: y por cierto, ahora que sé quién eres, creo que molas aún más de lo que yo creía

>;

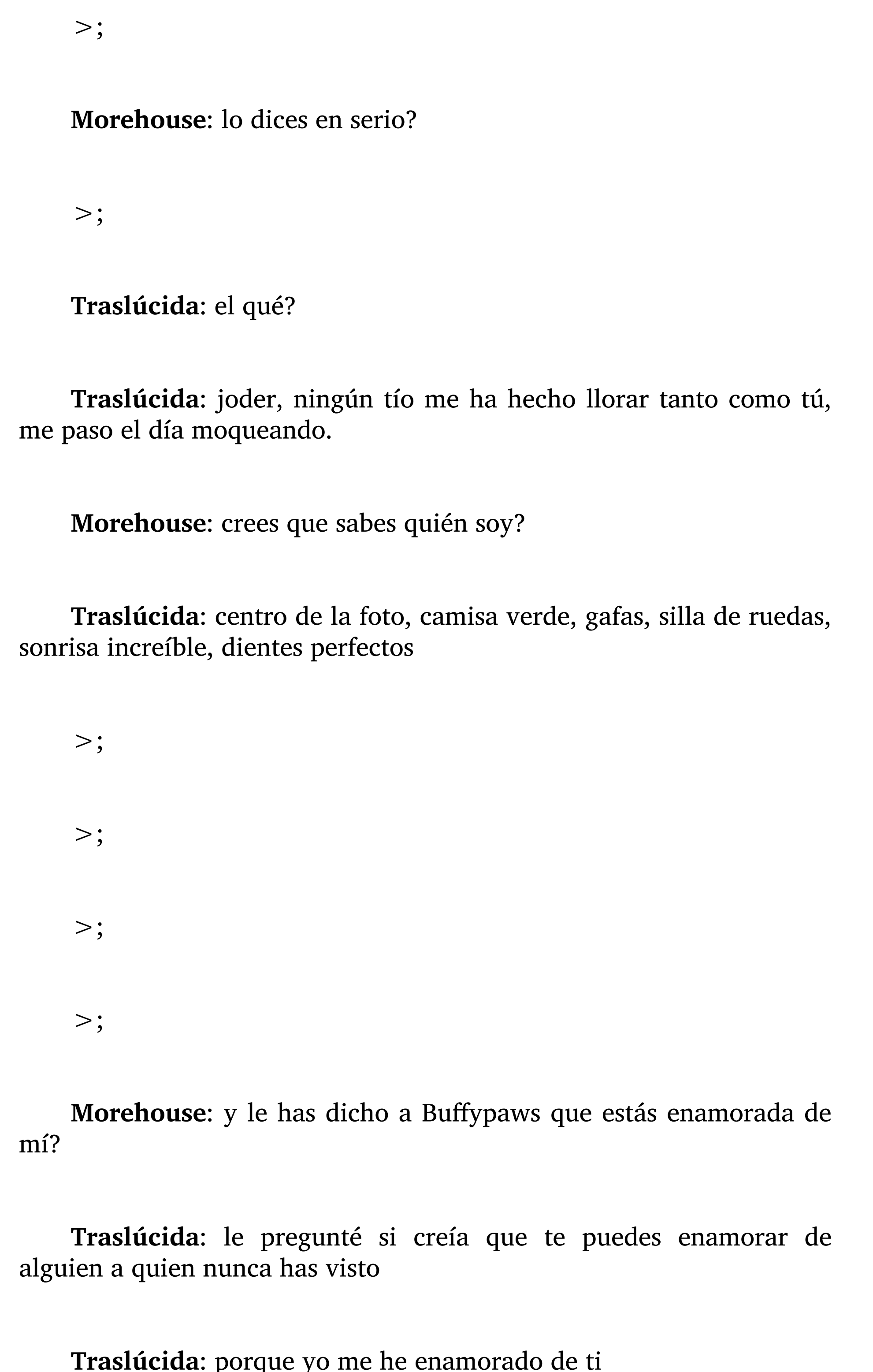
>;

Traslúcida: hoy le he dicho a Buffypaws que estoy enamorada de ti

Traslúcida: si no me crees se lo puedes preguntar

>;

>;



>;

Morehouse: lo dices en serio?

>;

Traslúcida: el qué?

Traslúcida: joder, ningún tío me ha hecho llorar tanto como tú, me paso el día moqueando.

Morehouse: crees que sabes quién soy?

Traslúcida: centro de la foto, camisa verde, gafas, silla de ruedas, sonrisa increíble, dientes perfectos

>;

>;

>;

>;

Morehouse: y le has dicho a Buffypaws que estás enamorada de mí?

Traslúcida: le pregunté si creía que te puedes enamorar de alguien a quien nunca has visto

Traslúcida: porque yo me he enamorado de ti

>;

Traslúcida: no te sientas obligado a decir que tú también

Morehouse: XD

Morehouse: bueno

Morehouse: yo también

Traslúcida: de verdad?

Morehouse: sí

Traslúcida: <3 <3 <3 <3 <3 <3 <3 <3

Traslúcida: vale, pues si seguimos esta conversación por Twitter te puedo pasar mi teléfono por MD, no?

Morehouse: no, no quiero hablar por teléfono

Morehouse: al menos no la primera vez que hablemos

>;

>;

>;

Traslúcida: tienes algún defecto del habla o algo?

Morehouse: sí

Traslúcida: seguro que no es grave

Traslúcida: la semana pasada hablaste por teléfono con Anomia

Morehouse: eso fue una emergencia

Morehouse: pero él me entiende porque hablamos mucho por Facetime cuando creamos el juego

Traslúcida: pues hablemos por Facetime

Morehouse: bueno es que esto es difícil para mí

Traslúcida: ya lo entiendo

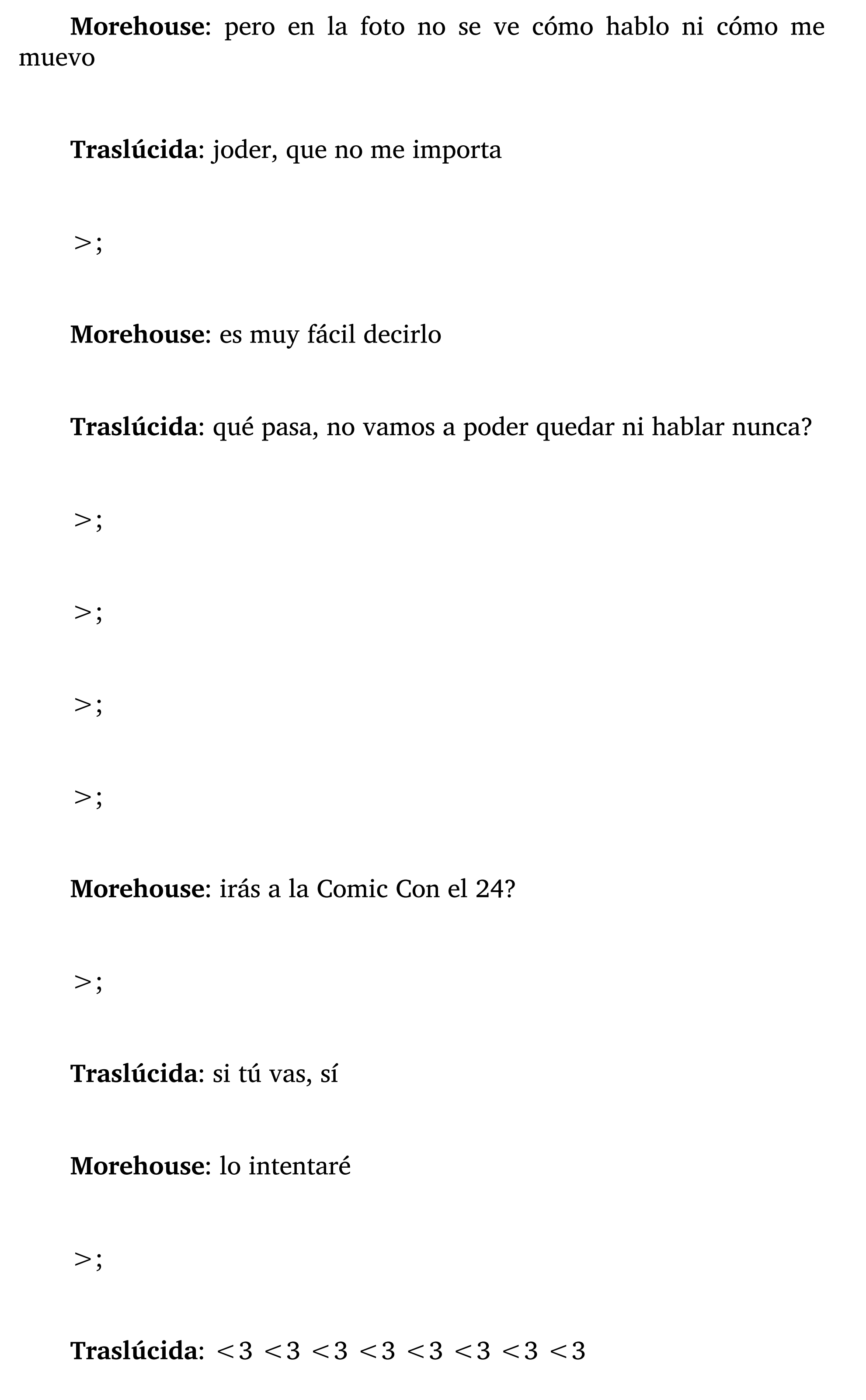
Morehouse: no, no lo entiendes, no podrías, siendo como eres

Morehouse: esa foto que has visto sólo es parte de la historia

Traslúcida: ah, es una foto de tu doble?

Morehouse: XD

Morehouse: no



Morehouse: pero en la foto no se ve cómo hablo ni cómo me muevo

Traslúcida: joder, que no me importa

>;

Morehouse: es muy fácil decirlo

Traslúcida: qué pasa, no vamos a poder quedar ni hablar nunca?

>;

>;

>;

>;

Morehouse: irás a la Comic Con el 24?

>;

Traslúcida: si tú vas, sí

Morehouse: lo intentaré

>;

Traslúcida: <3 <3 <3 <3 <3 <3 <3 <3

Traslúcida: te quiero

Morehouse: yo también te quiero

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**14 mayo 2015 17:42**>;

<**Infernal1 invita a Morehouse**>;

Infernal1: quiero hablar contigo

>;

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Infernal1: yo NO LE HE DICHO a Traslúcida que eres discapacitado, vale?

Infernal1: si se ha enterado por alguien habrá sido por Anomia, no por mí

Infernal1: así que asegúrate bien antes de enviarme otro email como ése

>;

Morehouse: ok da igual

Infernal1: «da igual?»

Morehouse: seguro que siempre te acuerdas de lo que le has dicho a la gente?

Infernal1: vete a la mierda

Infernal1: ya sé lo que insinúas

>;

Morehouse: y yo sé cómo eres cuando te metes media botella de vodka en el cuerpo

Infernal1: que te jodan

Infernal1: nunca le he dicho que eres discapacitado

>;

Morehouse: a lo mejor no explícitamente

Infernal1: vale, pues qué le he dicho?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: seguramente has hecho algún chiste de esos tuyos sobre sillas de ruedas

Infernal1: de eso hace más de un año y ya te he dicho que lo siento un millón de veces

>;

>;

>;

>;

Morehouse: hiciste lo único que te había pedido que no hicieras

Morehouse: joder, estaba intentando ayudarte

Infernal1: no me trates con condescendencia, lo odio

Morehouse: no te trato con condescendencia, te trato como a un adulto para variar

Infernal1: qué quiere decir eso de «para variar»?

Infernal1: mira, te portaste muy bien conmigo cuando yo las estaba pasando putas, y nunca fue mi intención hacerte daño ni ofenderte

Infernal1: ya sé que te cabreaste conmigo y lo he intentado todo para pedirte perdón, pero cuando alguien ignora todos tus emails y no te habla por aquí es difícil hacer las paces

Infernal1: pero nunca le he dicho a nadie que eres discapacitado, a nadie

Infernal1: por qué iba a hacerlo?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: tal vez para meter cizaña entre Traslúcida y yo?

Infernal1: eso es una puta mentira

Infernal1: nunca me has interesado como novio, si es eso lo que estás insinuando

Infernal1: simplemente creía que éramos amigos

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: éramos amigos

Morehouse: pero me hiciste perder la confianza en ti

Morehouse: yo tenía muy buenas razones para no querer que nadie supiera que había sido cocreador de este juego

Morehouse: y que una borracha de dieciséis años fuera lanzando pistas por todas partes, creyéndose muy lista y muy graciosa, no era lo que yo buscaba

Infernal1: te dije que lo sentía, qué más puedo hacer

Morehouse: nada

<**Infernal1 ha dejado el canal**>;

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

54

... bandadas y rebaños de máscaras
borrosas sin carne ni sangre,
orbes y postes oscilantes...

CHRISTINA ROSSETTI,
El mundo de un constructor de castillos

La mañana después del lanzamiento de la colección de joyas de Madeline, Strike y Robin quedaron en la oficina y coincidieron en que, tras haberse tomado la molestia de crear un sitio web y una cuenta de Twitter de la periodista Venetia Hall, habría sido una pena desaprovechar la oportunidad de solicitar de nuevo sus servicios para abordar a Yasmin Weatherhead. Así que Robin afinó un poco la biografía de la cuenta de Twitter de Venetia para subrayar sus credenciales periodísticas, y se pasó tres horas escribiendo un par de artículos sobre *Un corazón tan negro* para Medium.com, firmados por Venetia.

—Son malísimos —le dijo a Strike por teléfono más tarde. Él había tenido que ir a Sloane Square, donde estaba vigilando a Dedos Largos, que había ido a comer a The Botanist otra vez—. Puro copia y pega de un montón de artículos que he encontrado por ahí.

—Pero en Medium puede escribir cualquiera, ¿no?

—Sí, pero se supone que Venetia es una periodista de verdad.

—Bueno, con un poco de suerte el nivel literario de Yasmin no será muy elevado.

Tanto si era así como si no, Yasmin Weatherhead demostró estar tan impaciente como Tim Ashcroft por hablar con Venetia Hall. Robin recibió una respuesta prometedora a su mensaje de correo electrónico tan sólo veinticuatro horas más tarde.

Hola, Venetia:

¡Ha sido una sorpresa recibir tu mensaje! Sí, yo soy «la» Yasmin Weatherhead que trabajaba para Josh y Edie. Todavía estoy conmocionada por lo que pasó, como podrás imaginar. Creo que todo el fandom está muy alterado. Fue horroroso. Todos rezamos para que Josh se recupere por completo.

Sí, todavía soy muy fan de *Un corazón tan negro* y, de hecho, ¡ahora estoy escribiendo un libro sobre los dibujos animados y el

fandom! No sé si conoces *El juego de Drek*, que es donde muchos fans se reúnen para hablar de los dibujos y de toda la franquicia. En mi libro también hablo del juego y de lo importante que ha sido para mantener vivo el entusiasmo por *Un corazón tan negro*.

¡Así que claro que me gustaría hablar contigo! ¿Cuándo te iría bien? Como ya sabes, trabajo para Lola June Cosmetics, pero podría quedar por la noche o cualquier fin de semana excepto éste, porque voy a ir a la Comic Con a hacer el friki.

Un abrazo,

Yasmin

—¿Le propongo quedar en la Comic Con? —le preguntó Robin a Strike por teléfono después de reenviarle el mensaje de Yasmin.

—Buena idea —dijo el detective, que en ese momento seguía a Preston Pierce por Swain's Lane, en Highgate—. Matarías dos pájaros de un tiro.

—Por cierto, ha llegado tu disfraz —dijo Robin—. Cuando dije que te pegaba ir de Darth Vader, no creí que...

—Es que no se me ocurrió nada más. Espero que sea de mi talla y no me quede corto.

—La espada láser también mola mucho. Hasta el color es el correcto.

—La Comic Con es precisamente el sitio donde podrían sospechar de mí si llevara una espada láser de color verde —dijo Strike, y Robin se rio.

Así que Venetia volvió a escribir a Yasmin y le dijo que estaba impaciente por saber más cosas de su libro y fascinada por *El juego de Drek*, y le propuso quedar en la Comic Con, pues podría ser un telón de fondo perfecto para su artículo sobre *Un corazón tan negro*. También le dio el número del teléfono de prepago que había utilizado para contactar con Tim.

Tardó varias horas en volver a tener noticias de Yasmin, pero entretanto pasaron cosas interesantes en el hilo de los moderadores; cosas de las que Buffypaws se enteró gracias a la siempre servicial Gusano28.

Gusano28: Cor a acaba de decirle a Anomia que alfina l no puede ir alao comiccon

Buffypaws: diosss, si le ha estado insistiendo a todo el mundo para que vaya!

Gusano28: si ya. Anomia esta supercabreaedo con ella.

Robin sospechó que Yasmin había decidido no ir a la Comic Con con el grupo de «Salvemos el Juego» para poder quedar con Venetia Hall y promocionar su libro a cara descubierta, sin tener que ponerse la máscara.

Y no se equivocó: media hora más tarde, recibió un segundo mensaje de Yasmin.

Hola, Venetia:

¡Sí, sería genial! Tenía pensado ir el sábado, no sé si a ti te va bien.

La detective contestó que le iba estupendamente y quedaron en el interior del recinto, al lado de la entrada principal de ExCeL, a las once.

—Lo que podría significar que Anomia y ella nunca se han visto, y que Anomia no la reconocerá… —le dijo a Strike por teléfono esa tarde—. O que Yasmin confía en esquivarlo en un sitio tan grande.

—O que Yasmin sabe que Anomia no va a ir —repuso Strike.

—Tiene que ir: lleva semanas intentando que todos los demás vayan.

—Parece como si el proyecto de negocio que tienen en común fuese ese libro, ¿verdad?

—Sí, debe de ser eso —coincidió Robin—. Anomia podría estar proporcionando detalles de primera mano a cambio de un porcentaje.

—Bueno, sea como sea, todo parece indicar que va a ser una entrevista muy interesante.

—Antes de que te vayas —se apresuró a decir Robin, porque notó que Strike estaba a punto de colgar—, he pensado que a la Comic Con tendríamos que ir en metro y no en coche.

A Robin no le sorprendió la pausa que hubo a continuación.

—¿Pretendes que me meta en el metro vestido de Darth Vader?

—Ya sé que no te hace ninguna gracia, pero, por lo que dijo Gusano28, todo el grupo de *El juego de Drek* irá en transporte público. Son jóvenes; dudo que tengan coche. Infernal1 irá en autocar. Si nos llevamos un disfraz de recambio… aunque tú no lo necesitas, bastará con que te quites el disfraz que lleves… no tendremos muchos problemas para seguir a algún presunto Anomia.

Oyó que Strike suspiraba.

—De acuerdo. Pero tendrás que ayudarme a subir y bajar las escaleras mecánicas, porque acabo de probarme esa maldita máscara y con ella puesta no me veo los pies.

La mañana de la Comic Con, Strike y Robin quedaron pronto en la oficina. Ella se transformó en Venetia Hall poniéndose una vez más la peluca de color rubio ceniza, las lentillas gris claro y las gafas de

montura cuadrada, mientras que Strike se puso el traje de Darth Vader, que efectivamente le quedaba corto.

—Tendrías que haberle añadido un poco de tela —comentó Robin mirándole los pies, sobre los que se veían varios centímetros de pantalón.

—No importa —dijo él mientras introducía las pilas en el puño de su espada láser—. Tampoco vamos a un casting.

En la calle, el atuendo de Strike causó interés y diversión, y, aunque la máscara le hacía sudar, se alegró de que no se le viera la cara. Por suerte, en cuanto cogieron el Docklands Light Railway vieron que en su vagón había varias personas disfrazadas, entre ellas un par de chicas adolescentes vestidas de Harley Quinn, una mujer con disfraz de Hiedra Venenosa acompañada de su Batman, y un grupito de chicos, uno de ellos con el torso desnudo bajo la capa y con un casco espartano. Al comprobar que no era el pasajero de aspecto más excéntrico del tren, Strike se sintió un poco menos incómodo.

En la siguiente parada vieron la primera máscara gris oscuro de Drek, con la calva y el enorme pico de médico de la peste negra. La máscara, fantástica y a la vez siniestra, era de látex y estaba rematada con verrugas y granos, lo que le daba una textura inquietantemente parecida a la piel. Cubría por completo la cabeza y el cuello, y sólo asomaban los ojos por sendos agujeros. El resto del disfraz consistía en una capa negra que cubría toda la ropa que la persona en cuestión llevaba debajo.

Robin iba en silencio sentada enfrente de Strike, mirando algo en el teléfono. El detective supuso que había entrado en el juego, ahora que volvían a tener cobertura. Sin embargo, poco después de que entrara la persona disfrazada de Drek en su vagón, Robin se levantó y se sentó al lado de su socio.

—¿Me oyes? —le preguntó en voz baja.

—Sí, más o menos.

—Vale, bueno... no sé si esto servirá de algo o no, pero, como Midge me ha comentado que Jago Ross sigue sin hacer nada incriminatorio...

—Correcto —dijo Strike. Llevaba días evitando hablar del caso Ross con Robin, en parte porque se sentía culpable por haberlo añadido a la agenda ya sobrecargada de la agencia, y en parte porque no quería iniciar ninguna conversación que pudiese conducirlos a hablar de su insatisfactoria vida amorosa.

—Bueno, pues llevo ya algunos días dudando de si enseñarte esto o no, porque quizá no nos conduzca a nada, pero mira.

Le pasó su móvil a Strike, y él tuvo que levantarlo hasta colocárselo a la altura de los ojos de la máscara para ver algo. Robin había entrado en Reddit; concretamente, en un subreddit llamado «r/

padresnarcisistas», donde habían publicado pantallazos de una conversación.

Publicado por u/ChrisWossyWoss hace 11 días **Una bonita conversación con Mi Padre Narcisista**

Hola papá, puedo ir a casa de Milly el próximo fin de semana? Nos han dado fiesta en el internado y es su cumpleaños. Dice mamá que sí.

Vendrás a Kent como estaba planeado. Tu abuela va a venir a propósito para verte

Sólo una niñata mimada y egoísta se olvidaría de una cosa así

No me he olvidado, pero he pensado que como también van a ir Ari, Tatty y los gemelos, a la abuela no le importaría que no estuviera yo

Vendrás a Kent, y como se te ocurra poner mala cara cuando estés allí, ya sabes lo que te espera. La respuesta es no.

Ya veo que voy a tener que hablar otra vez con tu madre

No, por favor, no culpes a mamá!

Tendrías que haber pensado en eso, antes de tocarme las narices con tu vida social cuando estoy en el trabajo.

Por favor, no le eches la culpa a mamá, échamela a mí. Ella sólo ha dicho que podía ir si tú me dejabas.

Ya hablaré con ella.

Strike arqueó las cejas, se dio cuenta de que Robin no podía verle la cara y dijo:

—Supongo que Chris es...

—Christabel, la hija mayor de Ross, sí. Tiene catorce años y está interna en Benenden. Llevo dos semanas vigilando sus redes sociales, porque ha estado publicando muchos comentarios sobre los padres narcisistas, aunque, evidentemente, sólo podían servirnos de algo si aparecían datos concretos. Total, que empecé a cruzar muchas referencias en sus distintas redes y anoche encontré sus publicaciones en Reddit.

—Joder, buen trabajo, Robin —dijo Strike, molesto por que aquello no se le hubiera ocurrido a él—. Ser padres en la era de internet, ¿no? Los hijos pueden entrar en la red y compartir todo lo que tú crees que queda dentro de las cuatro paredes de tu casa.

—Sí, exacto. —La detective recuperó su teléfono, abrió otra página y volvió a mostrarle la pantalla a Strike—. Ahora mira esto. Lo ha publicado hace un rato, cuando estábamos en el metro.

Publicado por u/ChrisWossyWoss hace 20 minutos

Necesito consejo sobre padres violentos

No puedo seguir así pero tampoco veo ninguna salida y me siento totalmente desamparada. Tengo 14 años, así que por favor no me digáis que corte los lazos, que me vaya de casa, que me marche a otra ciudad ni nada de eso porque todavía no puedo hacerlo.

Bueno, mi padre siempre ha sido violento conmigo, con mis hermanas y con mi madre, nos da empujones y bofetadas. Una vez, una hermana mía tuvo síntomas de conmoción cerebral después de que mi padre le golpeara la cabeza contra el suelo, y cuando yo era pequeña lo vi arrastrar a mi madre al piso de abajo agarrada por el cuello. Mi madre se divorció de él, gracias a Dios, pero nosotras todavía tenemos que verlo. Mi madre nunca le contó a nadie que era violento, creo que le daba miedo que se supiera y seguramente consiguió un acuerdo económico más ventajoso sin enfrentarse a mi padre. Él me paga los estudios y, aunque me gusta mi colegio, preferiría irme a cualquier otro sitio si así pudiese dejar de verlo a él.

Este fin de semana lo estoy pasando con él y también están mi abuela y los otros hijos de mi padre (ha tenido dos más con su segunda mujer y el único que le importa es mi hermano, todas las demás somos niñas). Mi padre ya se había cabreado conmigo porque yo quería ir a la fiesta de cumpleaños de una amiga mía en lugar de venir aquí a pasar el fin de semana.

Acaba de haber una gran bronca porque esta mañana una de mis hermanas se ha dejado una puerta de las cuadras abierta sin querer y el caballo de caza de mi padre se ha escapado. Cuando se ha dado cuenta de que el caballo estaba en la carretera, se ha puesto histérico, ha pegado a mi hermana tan fuerte que le ha dejado el ojo hinchado, tanto que no puede ni abrirlo, y cuando yo le he pedido que parara porque, en serio, creía que le iba a hacer daño de verdad, me ha pegado a mí también y ahora tengo el labio hinchado, pero eso no me importa.

Mi abuela acaba de venir a mi habitación, donde estoy con mis hermanas, y nos ha dicho que, si vamos todas a pedirle perdón a mi padre (no sé por qué coño tengo que pedirle perdón, ni mi hermana pequeña tampoco, ella ni siquiera estaba aquí cuando ha pasado todo), seguro que se arregla todo.

Si vierais la casa de mi padre, pensaríais que nadie podría ser desgraciado en un sitio tan grande en medio del campo con animales y todo eso, lo que demuestra que la gente no tiene ni puta idea. Odio este sitio más que ningún otro sitio del mundo.

No sé qué podemos hacer mis hermanas y yo para salir de esta situación. Lo odio con toda mi alma. ¿Tengo que seguir viéndolo? Lo único que sé es que, si se lo cuento a alguien como a un profesor, será diez veces peor aunque me crean, y la gente como nosotros no puede acudir a los Servicios Sociales. He intentado llamar por teléfono a mi madre, pero no contesta.

Por favor dadme algún consejo, lo que sea, estoy muy asustada y no sé qué va a pasar cuando bajemos.

Debajo de esa publicación había cuatro respuestas.

u/evelynmae31 hace 15 minutos

lo que hace tu padre es maltrato infantil. Alucino de que vuestra abuela no os esté protegiendo. Y tu madrastra, ella no puede intervenir?

u/ChrisWossyWoss hace 11 minutos

mi madrastra no está aquí, mi padre también se ha separado de ella. Y es tan mala como él. Sólo quiero saber qué podemos hacer para no tener que estar con él. Es como si no hubiera forma de no empeorar las cosas. Además, sé que mi padre encontrará la manera de castigar a mi madre.

u/evelynmae31 hace 9 minutos

no deberías preocuparte de proteger a tu madre. Ella debería protegerte a ti.

u/ChrisWossyWoss hace 7 minutos

en esta familia las cosas no funcionan así, pero gracias por tus comentarios.

Strike se quedó tanto rato mirando la pantalla que Robin se inclinó hacia delante para comprobar que seguía despierto, pero vio que él tenía los ojos abiertos. Al darse cuenta de que su socia lo estaba observando, Strike le devolvió el móvil.

—Perdona —dijo—. Joder… Debería haber imaginado… Claro que pega a sus hijas. Yo ya sabía que había pegado al menos a una ex novia. Charlotte me lo contó hace mucho tiempo. Riéndose.

—¿Riéndose?

—Sí. Charlotte decía que la otra chica sólo estaba con Ross por su dinero y su título, y que le había salido el tiro por la culata. El mensaje era que la otra chica «se lo había buscado».

Robin no dijo nada.

—Y cuando ella se comprometió con Ross, lo hizo sólo por eso —

continuó Strike, con la vista fija en la persona que llevaba la máscara de Drek.

—¿A qué te refieres?

—Supongo que creyó que iría a la iglesia galopando con mi caballo blanco para salvarla… —Strike dejó de mirar a Drek y apuntó con un dedo enguantado al teléfono de Robin—. Ahora se trata de decidir cómo utilizamos la información de que Ross pega a sus hijas sin hacer que ellas lo pasen aún peor. Puedo imaginar lo que haría Ross si se enterase de que su hija ha estado contando sus intimidades en internet, aunque sea bajo un seudónimo.

—Tiene que haber alguna forma… —dijo Robin—. ¿No podemos avisar a Servicios Sociales?

—Es una posibilidad —dijo Strike—. Aunque, como ella no da ningún nombre real, no sé si nos tomarían en serio. Es nuestra parada, ¿verdad?

Se apearon del tren en medio de una multitud de emocionados visitantes de la Comic Con. El centro de convenciones ExCeL se alzaba ante ellos, un gigantesco edificio de acero, hormigón y cristal que empequeñecía a las hordas de visitantes que se dirigían hacia la entrada, muchos de los cuales iban disfrazados de personajes de dibujos animados, películas, tiras cómicas y videojuegos.

—¡Ay, por favor! —chilló una madre entusiasmada, corriendo para alcanzar a Strike cuando Robin y él se dirigían hacia la entrada —. ¿Podemos hacernos una foto contigo?

La madre hizo avanzar a su hijo, un niño muy pequeño disfrazado de Boba Fett, hasta colocarlo junto a Strike; Robin se hizo a un lado para no salir en la foto y trató de reprimir una sonrisa mientras se imaginaba la cara que estaría poniendo su socio debajo de la máscara. La agradecida familia echó a correr detrás de alguien que iba disfrazado de Chewbacca, y Strike dijo:

—Vale, creo que deberíamos separarnos aquí. Yasmin tiene que pensar que has venido a la Comic Con sólo por ella, y no porque eres la cuidadora de un pirado disfrazado de Darth Vader.

—Decir «pirado» es capacitista —le recordó Robin muy seria.

—No sabía que ibas a venir disfrazada de «pluma de la justicia». Mándame un mensaje cuando acabes con Yasmin. Yo voy a ver si encuentro a Anomia.

Strike dejó a Robin esperando junto a la entrada principal y entró en el vestíbulo.

Nunca había visto nada parecido. A él, que sólo se habría considerado fan de Tom Waits y del Arsenal Football Club, el fenómeno que estaba observando le resultaba del todo ajeno. El hecho de que no reconociera muchas de las franquicias que habían dado lugar a semejante entusiasmo masivo acentuaba su sensación de haber

entrado en una dimensión nueva y extraña. Sí, sabía quiénes eran Batman y Spiderman, y reconoció a Cenicienta porque se había criado con una hermana que adoraba a las princesas de Disney, pero era incapaz de identificar a aquella pequeña criatura con forma de cápsula amarilla y un solo ojo que acababa de rozarle una rodilla, y en cuanto a la cantidad de chicas influenciadas por el *anime* que se paseaban con el pelo teñido de rosa o morado, no habría sabido explicar sus disfraces, como tampoco habría sabido qué decir del hombre que tenía delante, encerrado en una especie de exoesqueleto metálico de color azul.

Ya no llamaba la atención por ir disfrazado de Darth Vader, aunque sí destacaba por ir solo, porque la mayoría de la gente había ido en grupo. Echó a andar despacio por los pasillos con moqueta naranja entre puestos y casetas, y empezó a percibir las desmesuradas dimensiones de aquel lugar. Acababa de decidir que necesitaba un plano para orientarse cuando una pareja disfrazada de personajes de *Un corazón tan negro* pasó por su lado: una Traslúcida con el pelo y la cara blancos y un largo camisón de algodón también blanco, y, junto a ella, una persona con la cara pintada de negro azabache, cuya cabeza salía de un gigantesco corazón humano con unas arterias representadas de forma muy realista y con la sonrisa de Blacky dibujada en la parte delantera. La pareja caminaba con determinación, así que Strike la siguió con su espada láser en la mano.

Pasaron al lado de un coche de Mad Max, de un hombre vestido de morado que conducía un coche eléctrico de niño y de un grupo de Soldados Imperiales con casco a los que Strike se sintió obligado a devolver el saludo cuando se cruzó con ellos, y por fin torcieron una esquina y llegaron a una caseta dedicada a *Un corazón tan negro*.

Strike redujo el paso y observó al grupito que se movía alrededor de la caseta. Reconoció a Zoe de inmediato. Diminuta y de aspecto frágil, con la larga melena negra suelta, llevaba una sencilla máscara de cartón blanco pintada con mucha habilidad —Strike supuso que por ella misma— para representar a Traslúcida. Cerca de Zoe había una chica más alta y de aspecto mucho más saludable, vestida con vaqueros y con el pelo castaño recogido en una coleta. Al igual que Zoe, llevaba una camiseta con la leyenda «Salvemos *El juego de Drek*» y la cara oculta tras una máscara —en su caso comprada— de la esquelética Lady WyrdyGrob. Ambas chicas repartían folletos que debían de estar relacionados con el mensaje de sus camisetas.

El detective cambió de posición, pero siguió observando a los fans de *Un corazón tan negro* por los orificios para los ojos de su máscara. Era obvio que la caseta alrededor de la cual se habían congregado la había montado Netflix. Había figuras de cartón que representaban a los personajes, y la gente posaba a su lado o se hacía selfis; además, se

vendían todo tipo de artículos promocionales. En general, Strike pensó que la compañía había conseguido equilibrar bastante bien la necesidad de satisfacer a los fans con la de mostrar cierto respeto al hecho de que acababan de asesinar a una de las cocreadoras. Cuando volvió a cambiar de posición para observar al grupo desde otro ángulo, vio lo que creyó que podía ser un libro de condolencias; una mujer con una camiseta oficial de *Un corazón tan negro* estaba plantada detrás, y tres adolescentes se inclinaban llorosas sobre él para examinar su contenido.

Un chico pasó rozando al detective. Iba solo, igual que Strike. Llevaba cazadora negra, vaqueros y unas zapatillas de deporte de marca muy limpias, hechas en parte de ante y con una llamativa suela roja. Strike lo observó dirigirse lentamente hacia los fans de *Un corazón tan negro* y coger uno de los folletos que estaba repartiendo Zoe. Luego se metió entre la multitud que rodeaba la caseta y Strike, que estaba detrás de un Capitán América y un Tor con una larga peluca rubia y el pecho al aire, lo perdió momentáneamente de vista.

El detective avanzó unos metros más para poder observar mejor a los grupitos de fans en constante movimiento. Distinguió al menos a una docena de Dreks entre ellos, todos con la misma máscara de látex que cubría por completo la cabeza y el cuello, pero todos con constituciones diferentes. Algunos habían escogido la capa negra y con capucha que llevaba Drek, pero otros llevaban la camiseta oficial del juego y, en dos casos, la camiseta de «Salvemos *El juego de Drek*».

Mientras observaba a uno de los Dreks repartiendo folletos, Strike lo entendió de repente: por fin sabía qué era Drek. La nariz siniestra con forma de guadaña, la larga capa negra y la capucha, la jovial insistencia en empujar a los demás a participar en juegos que acababan en desastre...

Drek era, evidentemente, la muerte.

55

... no, necio corazón, tú eras demasiado ignorante
si creíste poder ocultar la duda tras una fugaz sonrisa:
sólo viste la sombra, ¿verdad? Pero la sombra de algo vil...

CHARLOTTE MEW, *Ne Me Tangito*

—¿Venetia?

Yasmin Weatherhead fue muy puntual. Saltaba a la vista que se había arreglado mucho el pelo, que era su rasgo más distintivo y favorecedor, y que ahora llevaba peinado a lo Veronica Lake, tapándole un ojo y una parte de la cara, chata y pálida. Su amplia sonrisa reveló unos dientes pequeños y blancos que recordaban a los de un gato. Tenía la misma estatura que Robin, pero era mucho más gruesa; iba vestida de negro de pies a cabeza: camiseta, mallas, zapatos planos, y la misma rebeca de lana larga con la que Robin la había visto cuando la detective estaba vigilando la casa de los Weatherhead en Croydon.

—¡Yasmin! Me alegro mucho de conocerte —dijo Robin cuando se estrecharon la mano.

Dio la impresión de que Yasmin miraba a su alrededor como si buscara a otra persona. Por un momento, Robin temió que hubiesen descubierto su tapadera, pero entonces comprendió que no se trataba de eso.

—Ah, no he podido traer a ningún fotógrafo —se disculpó mirando el único ojo visible de Yasmin—. Lo siento, tenemos muy poco presupuesto. Pero si nos pasas una fotografía tuya de primer plano...

—Sí, claro —dijo Yasmin volviendo a mostrar sus dientes felinos.

—¿Buscamos un sitio para sentarnos? —propuso Robin—. Creo que por ahí hay cafeterías...

Tardaron más de diez minutos en abrirse paso entre la multitud, que había crecido hasta tal punto que se vieron zarandeadas entre bolsos, pistolas de plástico y disfraces acolchados. Robin y Yasmin intercambiaron algún que otro comentario subiendo la voz, pero les costaba mucho oír lo que decía la otra. Al final, llegaron a un Costa Coffee que habían montado en medio de un amplio vestíbulo y consiguieron ocupar dos asientos que acababan de quedar libres.

—Espero que mi grabadora registre bien tu voz con todo este

ruido —dijo Robin casi a voz en grito—. ¿Qué te apetece tomar?

—Un café con leche sería genial —dijo Yasmin.

Mientras esperaba en la larga cola para llegar al mostrador, Robin observó a la chica, que se peinaba una y otra vez el pelo rubio oscuro con los dedos y observaba a la horda de visitantes con aires de suficiencia. A juzgar por su sonrisa, estaba muy complacida consigo misma, o eso le pareció a Robin. Recordó que Katya Upcott había dicho que Yasmin le había parecido dulce y sincera cuando la había conocido, y se preguntó si Katia no había sabido juzgar correctamente a la joven o si Yasmin había adoptado aquel aire arrogante después de que la hicieran moderadora del juego.

—Aquí tienes. —Robin, sonriente, le dio su café con leche a Yasmin y se sentó frente a ella—. Vale, déjame preparar un par de cosas.

Sacó la grabadora que había utilizado con Tim Ashcroft, la encendió y la deslizó por la mesa para acercársela a Yasmin.

—¿Puedes decir algo para que compruebe que se graba bien?

—Vale, pero... no sé qué decir, ¿no? —Yasmin soltó una risita. Se echó el pelo hacia atrás, se inclinó hacia delante y añadió—: Bueno, me llamo Yasmin Weatherhead... y soy la autora de *Un viaje por el fandom de* Un corazón tan negro, ¿no?

Las dos frases de Yasmin habían terminado con una interrogación, y Robin se preguntó si aquella muletilla sería habitual o, por el contrario, producto de los nervios.

—Perfecto. —Robin reprodujo la grabación y ambas comprobaron que la voz aguda y femenina de Yasmin se oía perfectamente—. Estupendo. Ya podemos pulsar aquí y... ¡a grabar! Por cierto, ¿te importa que tome notas?

—No, claro que no —dijo Yasmin.

La chica sostenía sobre su regazo un bolso de charol que parecía recién estrenado y llevaba las uñas pintadas a la perfección. Por la mente de Robin pasó fugazmente un bolso mucho más caro, manchado de tinta y sujeto por unos dedos sucios de nicotina en los que había un tatuaje borroso.

—Bien, estamos muy contentos de que hayas querido hablar con nosotros —comenzó Robin—. Voy a escribir un artículo largo para nuestro sitio web y una versión resumida que espero poder publicar en un periódico importante. ¿Puedo preguntarte si ya tienes editorial?

—Hay varias que se han interesado por nosotros —dijo Yasmin, radiante. Robin se preguntó si estaría hablando en plural para imitar a Venetia o si se refería a otras personas implicadas en el libro.

—¿Puedes explicarme brevemente de qué trata el libro?

—Bueno, del fandom, ¿no? —contestó Yasmin, y esta vez la interrogación final hizo que pareciese que no podía creer que Robin

tuviese alguna duda.

Justo en ese momento, una chica con el pelo teñido de rojo chillón que llevaba una camiseta de «Salvemos *El juego de Drek*» pasó por su lado.

—¡Ahí lo tienes! ¿Lo ves? —dijo Yasmin riendo y señalando a la chica—. Bueno, pues *Un corazón tan negro* ha atraído a unos fans increíbles y superapasionados, ¿no? Y supongo que, como he sido fan, pero también he estado dentro, tengo una perspectiva como única, ¿no?

—Ya, claro... —dijo Robin asintiendo, y acto seguido añadió—: Lo que les ha pasado a Josh y a Edie ha sido...

—Terrible, ¿no? —la interrumpió Yasmin, y la sonrisa se borró de inmediato de sus labios, como si la hubiesen desenchufado—. Terrible y... espeluznante. Yo me quedé tan conmocionada que estuve dos días sin poder ir a trabajar. Pero... bueno, sé que tendré que hablar de ello cuando se publique el libro, y que es algo con lo que tendré que lidiar y... no sé, como aceptar, ¿no?

—Ya. —Robin estaba haciendo todo lo posible para que aquella muletilla incongruente y cansina no la distrajera.

—Porque yo había ido a hablar con Josh para prevenirlo, ¿no? Sólo un par de semanas antes de que los atacaran.

—¿Para prevenirlo?

—¡Bueno, no de que iba a pasar algo como lo que pasó! —se apresuró a aclarar Yasmin—. Para prevenirlos a Edie y a él de que estaban circulando unos rumores muy desagradables entre los fans... Sobre Edie, claro.

Robin reparó en aquella discreta rectificación. Al fin y al cabo, en el famoso dosier sólo se mencionaban rumores sobre Edie. Con todo, aceptó la imagen que Yasmin ofrecía de sí misma: la de una triste pero escrupulosa depositaria de numerosas y desagradables falsedades. Sospechó que Yasmin, como Tim Ashcroft, quería que Venetia Hall se enterase de los detalles de su entrevista con la policía por ella misma, y no a través de terceros.

—Y entonces monté... como un dosier, ¿no? Para que Edie y Josh pudiesen dárselo a los de relaciones públicas o algo. Y se lo llevé a Josh y él me lo agradeció mucho, porque no estaba al corriente de lo que se estaba diciendo por ahí. Y después... cuando me enteré de lo que había pasado, acudí a la policía y me ofrecí para que me interrogaran, ¿no? Pensé que era mi obligación... Y le expliqué a uno de los agentes lo mal que me sentía, aunque mi única intención había sido ayudar a Josh y a Edie, porque habían quedado en el cementerio para hablar de los rumores que yo le había revelado a Josh, ya sabes. Uno de los agentes fue muy amable, me dijo «Esto no es culpa tuya» y que no debía sentirme responsable. Dijo que muchas veces las

personas como yo se sentían como… culpables sin motivo, ¿no?

Robin se preguntó si aquel amable agente existía fuera de la imaginación de Yasmin, y, con toda la sinceridad de la que fue capaz, comentó:

—Debió de ser muy desagradable para ti.

—Ya lo creo —dijo Yasmin, asintiendo con cuidado para no despeinarse—. La policía quería saber si yo le había contado a alguien que Edie y Josh iban a verse en el cementerio, ¿no? Y yo no se lo había contado a nadie, porque Josh confiaba en mí… Yo… creía que era la única que sabía dónde habían quedado, pero supongo que Edie se lo dijo a alguien, o se lo dijo a alguien que se lo dijo a otro, ¿no? A menos que fuese un ataque al azar… También podría ser eso, evidentemente.

Robin, que ya había decidido que cualquier pregunta relacionada con The Halvening tendría que esperar hasta el final de la entrevista, planteó otra cuestión:

—Supongo que no te pidieron que les dieras una coartada ni nada igual de horrible, ¿verdad? Lo digo porque tú sabías dónde habían quedado.

—Pues… sí —dijo Yasmin, mostrándose por primera vez algo cohibida—. Estaba en casa de mi hermana. Era el cumpleaños de mi sobrina, ¿no? Así que obviamente…

—Ay, lo siento —se apresuró a decir Robin—. ¡Debes de pensar que soy una…!

—No, no, claro que no —dijo Yasmin con una risita. Entonces bajó la voz y añadió—: La policía me aconsejó que tuviese mucho cuidado y que no hablase mucho. Por mi propia seguridad, ya sabes. Es que soy… Bueno… —continuó, con un pequeño encogimiento de hombros un tanto pretencioso—, soy bastante famosa entre el fandom, ¿no? Y todo el mundo sabía que era amiga de Josh, así que la policía se puso en plan, «ándate con mucho cuidado». Por si acaso… ya sabes. Por si era como una venganza contra cualquiera que estuviera implicado en el juego.

—Guau —exclamó Robin—. Qué miedo.

—Sí —dijo Yasmin, recolocándose la melena detrás de uno de los hombros—. Me planteé muy seriamente si debía seguir adelante con el libro, ¿no? Rollo… si era prudente darle aún más visibilidad a mi perfil. Pero de hecho me ha ido muy bien tener un proyecto para… no sé, canalizar todas las emociones negativas y convertirlas en algo positivo, ya sabes… Y sé que Phil siente lo mismo. Es el prometido de Edie ¿no? —aclaró—. Él ha aprobado el proyecto e incluso ha colaborado conmigo. Se llevará el treinta por ciento de los royalties. Ya estamos pensando en dar dinero a alguna organización benéfica. Quizá alguna que tenga que ver con las agresiones con arma blanca,

¿no?

—Me parece maravilloso —dijo Robin—. Pobre hombre, cuánto debe de haber sufrido por lo que le pasó a su novia.

—Oh, sí… Phil está destrozado. Pero quiere ayudar con el libro… Por el bien del… legado de Edie, ¿no?

—Qué maravilla, sí —dijo Robin asintiendo.

—Incluso me ha contado cómo veía ella la continuación de la historia. Creo que los fans se van a emocionar mucho cuando sepan lo que Edie planeaba, ¿no? Que Phil haya querido compartirlo conmigo ha sido absolutamente increíble.

—Estoy segura —afirmó Robin sin dejar de asentir con entusiasmo—. ¡Menuda fuente!

—Sí, claro. Él es como la mejor fuente después de Edie, porque sabe muchas cosas. Bueno… no quiero hacer spoilers ni nada, pero Edie estaba desarrollando dos personajes del todo nuevos para la película y son increíbles. Phil se acuerda de muchos detalles. Por supuesto, no sé si los de Maverick los usarán o no, pero sé que a los fans les encantaría leer las palabras de la propia Edie sobre cómo entendía esos personajes y qué idea tenía para el argumento de la película, ¿no? Porque eso también lo tenía planeado.

—¿Y está todo escrito de su puño y letra, o…?

—No, no eran notas propiamente dichas, pero Phil tiene una memoria increíble.

—Ah, eso es… fantástico —dijo Robin, que se estaba quedando sin superlativos—. Bueno, háblame de la estructura de tu libro. ¿Cómo vas a…?

—Bueno, hablo de los dibujos animados desde los inicios, ¿no?, cuando aparecieron por primera vez en YouTube. Pero en realidad el libro se centra en nosotros, los fans. Y en lo que nosotros aportamos a la serie y en cómo le dimos forma a todo. Y supongo que realmente es como un fenómeno sin precedentes, ¿no?

Lo dijo sin ninguna ironía aparente, mientras los seguidores de otras cien franquicias pasaban junto a la barrera que separaba su pequeña mesa del resto del vestíbulo.

—En tu opinión, ¿qué es lo más atractivo de *Un corazón tan negro*? —preguntó Robin—. ¿Qué fue lo que te hizo enamorarte de los dibujos?

—Bueno, el humor, obviamente —dijo Yasmin con una sonrisa—. Pero también ese pequeño mundo loco y perfecto, romántico y espeluznante, ¿no? Es tan bonito… Y los personajes… no sé, siguen adelante y nada los detiene, ¿no? Supongo que conoces la icónica frase del final del primer episodio…

La detective negó con la cabeza. No había visto el primer episodio hasta el final.

Yasmin se abrió la gruesa rebeca y mostró las palabras estampadas en blanco sobre una camiseta negra: «ESTAMOS MUERTOS. LAS COSAS SÓLO PUEDEN IR A MEJOR.»

Robin rio cortésmente.

—Supongo que, si alguna vez te has sentido un poco marginada o, no sé, si te has sentido diferente o has tocado fondo, en la serie hay algo para ti, ¿no?

—¿Y tú te has sentido así? —preguntó Robin, como si fuese una terapeuta.

—Bueno, un poco, sí… —contestó Yasmin—. En el colegio me hacían mucho bullying, ¿no?

—Ostras, lo siento —dijo Robin.

—Tranqui, ahora soy una persona adulta, ya lo he superado, ¿no? Pero supongo que siempre me he comparado mucho con mi hermana mayor. Ella siempre fue la guapa, y ya sabes, en la serie Traslúcida habla mucho de su hermana, que todavía vive y va a fiestas y cosas así.

—Sí, claro.

—Y por supuesto, también está Blacky, ¿no? —continuó Yasmin, sonriendo aún más abiertamente—. Todos adoramos a Blacky. Josh hizo un trabajo increíble poniéndole la voz, ¿no? Todos confiamos en que, cuando se recupere, vuelva a ponerle la voz a Blacky.

La despreocupación con que hablaba Yasmin le indicó a Robin lo poco que sabía en realidad sobre el daño que había infligido aquel machete al atravesar el cuello de Josh Blay. Pese a la facilidad con que la chica hablaba de horror y miedo, a Robin le pareció que seguía extrañamente aislada de lo que había sucedido en el cementerio.

—Bueno, pues sí, en el libro repaso los primeros tiempos, ¿no? Las reacciones de los fans ante los diferentes actores de doblaje, a los que yo conocía en persona….

—¡Claro! —exclamó Robin—. ¡Tú conocías a todo el mundo! ¿Podemos retroceder a cuando conociste a Josh y a Edie?

—Bueno, yo era como superfán desde el principio, ¿no? Y nunca había estado en el cementerio de Highgate, así que un día fui a visitarlo… Y entonces debí de perderme o algo, porque acabé en North Grove. Ni siquiera me di cuenta de que aquel edificio era North Grove, donde vivían ellos, sólo pensé que la tienda parecía interesante, ¿no? Y sinceramente, ¡me quedé de piedra cuando encontré allí a Josh! Estaba ayudando en la caja, y su agente, Katya, estaba también allí, hablando con él…

Robin sabía muy bien que la tienda de North Grove no se veía desde el exterior del edificio, pero asintió con la cabeza, sonrió y escribió una nota en su bloc.

—Me quedé como petrificada, ¿no? —dijo Yasmin, riendo

mientras volvía a peinarse con los dedos—. Y entonces dije algo rollo «ay, por favor, te amo…». Me refería a los dibujos, por supuesto. ¡Casi me muero de vergüenza! Pero Josh estuvo muy simpático y parlanchín, ¿no? Y entonces tuvo que irse a hacer algo y me quedé con Katya, que es un encanto. Katya me cae superbién… Le pregunté cómo llevaban Josh y Edie lo de la fama y todo eso, y ella me pidió mi número porque le dije que, si podía ayudar en algo, aunque fuese a transcribir algo o lo que fuese, lo haría gratuitamente, ¿no? Y así fue como empezó todo.

—Increíble… Y lo de ese juego —dijo Robin fingiendo consultar sus notas—, *El juego de Drek*… ¿ya estaba online por entonces?

—Sí —dijo Yasmin sin mostrar ninguna turbación—. Para los fans significó una increíble oportunidad de conectar, ¿no? Era como una gran sala de chat donde todos hablábamos de los personajes y de los hilos argumentales, y ayudaba a mantener vivo el entusiasmo. Benefició mucho a la serie, desde el principio.

—¿Y *El juego de Drek* también aparecerá en tu libro?

—Sí, tengo permiso del principal creador para dedicarle un apartado, incluso me ha dado un poco de contexto. Creo que a los fans les encantará saber más cosas sobre el juego, ¿no?

—¿Y el creador principal es ese famoso Anomia? —preguntó Robin.

Yasmin soltó una risita.

—No irás a preguntarme quién es, ¿no?

—Ah, ¿lo sabes?

—No debo decirlo.

—Lo interpretaré como un «sí» —dijo Robin sonriendo—. Si te ha dado permiso para dar más contexto sobre el juego en tu libro, es evidente que estáis en contacto, ¿no?

—Mmm… —Yasmin volvió a soltar una risita—. Es que es todo muy… Watergate, ¿no?

—Pero ¿es un chico?

—Ah, sí, eso lo sabe todo el mundo —contestó Yasmin.

—A veces Anomia era un poco… Bueno, supongo que podría decirse que era un poco ofensivo con Edie en las redes sociales, ¿verdad?

La sonrisa de Yasmin se desdibujó.

—Bueno, no sé, a veces es un poco brusco, pero es más bien lo contrario… No sé, no me gusta decirlo, ¿no? Pero los fans sentían que Edie los despreciaba…

—¿En qué sentido? —preguntó Robin.

—No sé, cuando hablaba mal del juego, ya sabes. Porque a todos nos encanta, ¿no? Ella insinuaba que no entendíamos los dibujos animados o algo así, ¿no? Y a la gente eso le sentaba muy mal.

—Claro —dijo Robin asintiendo.

—Y después de que Edie hiciera eso, Anomia se convirtió… bueno… en una especie de representante del fandom, ¿no? Es muy inteligente y muy culto. Y creo que los fans piensan que Anomia se merecía el reconocimiento de Edie por todo lo que había trabajado por nosotros… Y quizá alguna recompensa económica por lo que ha creado. Porque… no sé, es una persona que ha superado muchos rollos y problemas personales, ¿no?

Para tratarse de alguien que, no hacía mucho, había estado convencida de que Ledwell era Anomia, ahora parecía asombrosamente aferrada a su nueva teoría, pensó Robin.

—Es evidente que sabes quién es Anomia —dijo Robin, y, adoptando una expresión expectante y falsamente inquisitorial, por fin consiguió que Yasmin volviera a soltar una risita.

—Bueno, a ver, ok, lo que hice fue atar algunos cabos y… sí, si juntas algunas piezas es bastante obvio, ¿no? Y para mí es muy inspirador que lo haya hecho, teniendo en cuenta sus circunstancias personales. Y si Edie hubiese apoyado un poco más el juego… no sé, habría repercutido de forma muy positiva en la vida de Anomia y en la de su familia, ¿no? No sé si me explico. Si hubiese compartido su buena fortuna con Anomia… Porque Edie no le había pagado nada, ni siquiera…

Yasmin se interrumpió con una brusquedad casi cómica, y Robin se preguntó cómo habría terminado la frase: ¿Un sueldo? ¿Una factura? ¿El alquiler?

—Ella lo dejó un poco tirado, ¿verdad? —insistió Robin.

Yasmin titubeó.

—No quiero seguir hablando de Anomia, si no te importa.

—Claro que no. Por supuesto —dijo Robin, y pensó que ya buscaría la forma de recuperar el tema de que Edie no había cumplido con sus obligaciones económicas—. Supongo que todo se volvió más mercantilista cuando la serie de dibujos animados salió de YouTube, ¿no?

—¡Sí! —dijo Yasmin con fervor—. Eso es, muy «mercantilista». Y todos los que habíamos estado allí al principio nos quedamos un poco… No sé, yo personalmente sentí cierto alivio cuando Edie dijo que ya no me necesitaban, ¿no? Porque tenía mucho trabajo en Lola June, y desplazarme hasta Highgate para encargarme de su correo electrónico, bueno… no podía seguir haciéndolo, porque… en fin, con lo que me pagaban no me llegaba ni para los billetes de metro, ¿no? Eso no era cosa de Josh, a él no le importa el dinero —añadió Yasmin sonriendo con afecto—. Era más bien… Bueno, todo esto lo cuento en el libro, ¿no? Porque creo que, si quieres hacer una cosa así, tienes que ser del todo honesto…

—Claro que sí —la animó Robin.

—Edie cambió. Se volvió… no sé, como muy creída y estirada, ¿no? Y empezó a pensar que todos querían aprovecharse de ella. Y yo lo veía en primera persona, veía cómo se estaba volviendo. Y ella no quería seguir trabajando con Katya, ¿no? Se estaba volviendo muy borde con Katya, incluso antes de que yo me marchara. Y Katya es un encanto. Me cae superbién, y ella también tenía problemas personales y lo normal habría sido que… pero no sé, Edie cambió, ¿no?

Robin volvió a asentir y miró sus notas.

—Bueno, retrocedamos un poco en el tiempo, para que me aclare con las fechas. ¿Cuánto tiempo trabajaste para Josh y Edie?

—Poco más de un año, ¿no? —dijo Yasmin—. Desde agosto de 2011 hasta noviembre de 2012.

—Entonces, debiste de conocer a todo el elenco original, ¿no?

—Sí. —Yasmin volvió a sonreír—. Josh, Tim, Bong, Lucy, Catriona, Wally y Pez. Aunque Pez, Preston Pierce, ya no estaba en los dibujos cuando empecé a trabajar para Josh y Edie, ¿no? Él nunca creyó que *Un corazón tan negro* fuese a triunfar. Era bastante sarcástico con…

Yasmin se interrumpió, aturullada.

—No pongas eso, por favor. No quiero que Pez se enfade conmigo.

—Tranquila, no lo pondré —dijo Robin—. Mira, de hecho… —Apagó la grabadora—. Apago esto y lo hablamos extraoficialmente.

Dio la impresión de que Yasmin no sabía si alegrarse o alarmarse.

—Supongo que sabes que se rumorea que Preston Pierce es Anomia —señaló Robin, observando la reacción de Yasmin.

—¿Pez? —dijo Yasmin con una risita de incredulidad—. Qué va, no puede ser Pez.

—¿Anomia no tiene acento de Liverpool por teléfono? —preguntó Robin, risueña.

—No… para nada —contestó Yasmin, y Robin se preguntó si habría oído alguna vez la voz de Anomia, porque había dudado un segundo.

—¿Por qué dices que no quieres que Preston se enfade contigo? —prosiguió Robin.

—Bueno, porque es de esos que… Es… Me recuerda a los niños que me hacían bullying en el colegio, ¿no?

Robin se acordó de lo agresivo que había sido Pez con la chica del pelo azul en su clase de dibujo y entendió a qué se refería Yasmin.

—¿Te parece si continuamos? —preguntó, con el dedo sobre el botón de la grabadora.

—Sí, genial —dijo Yasmin llevándose el café con leche a los labios.

—Bueno, me imagino que tu libro analizará algunas de las controversias sobre *Un corazón tan negro*, ¿verdad? —preguntó Robin tras encender de nuevo la grabadora.

—Sí, claro —contestó Yasmin—. Es importante ser crítico, incluso con las cosas que te gustan, ¿no?

—Por supuesto —coincidió Robin.

—Pues... sí, hablo de los fans, y de que Edie los decepcionó, ¿no? Y de algunos contenidos, algunos chistes...

—He estado leyendo un blog que se llama «La pluma de la justicia», para tener un poco de contexto... —dijo Robin, observando atentamente a Yasmin.

—Sí, yo también lo he leído —dijo Yasmin sin mostrar ningún signo de turbación—. Es bastante bueno, pero... no sé... no estoy de acuerdo con todo, ¿no? Leí un artículo que criticaba que el corazón negro persiguiera a un fantasma blanco. Y me pareció un poco exagerado, ¿no? Decir que eso era racista... Una cosa, ¿te importaría no poner eso tampoco? —preguntó Yasmin, que de pronto volvía a parecer nerviosa—. A ver, yo soy completamente antirracista, ¿vale? Me sentó fatal enterarme de que Edie había basado el personaje de Traslúcida en una mujer negra.

—¿Cómo? ¿Tú sabías eso? —exclamó Robin.

En cuanto las palabras salieron de su boca, se arrepintió. Había hablado en un tono acusador que no era nada propio de Venetia Hall. Yasmin parecía desconcertada.

—Creía que eso ya lo sabía todo el mundo —repuso Yasmin dubitativa.

—Perdona —dijo Robin, con una sonrisa de disculpa—. Creo que el primero que lo hizo público fue Anomia, y por eso me preguntaba si te lo habría contado él.

—Ah, ya. No, yo estaba en North Grove un día, actualizándoles el sitio web, y Josh me preguntó si quería tomar algo con él cuando hubiese acabado, ¿no? En su habitación, arriba, porque acababan de grabar un episodio, ¿no?

Se sonrojó mientras lo decía. Era evidente que aquel recuerdo era importante para ella.

—Eso debió de gustarte —dijo Robin, tratando de recuperar el tono más relajado del principio.

—Sí. Fui a su habitación y estaban Josh, Edie, Seb... Seb los ayudaba con la animación, ¿no? Y también estaban Pez y Wally. Y todos estaban fumando... en fin, porros, ¿no? —dijo Yasmin con una risita nerviosa—. Bueno, nunca se escondían para fumar, así que aquello no era ningún secreto. Yo nunca he fumado, no me...

Robin se imaginó a Yasmin sentada en una silla en un dormitorio abarrotado y lleno de humo: los creadores y los miembros del reparto,

fumados y repantigados por allí, y la ayudante a media jornada, encantada de estar con ellos pese a sentirse incómoda, riendo pero también escuchando con mucha atención.

—Y sí, oí que Edie le decía a Seb que... que había basado el personaje de Traslúcida en una chica con la que compartía piso, o algo así, ¿no? Y bueno... había muchos chicos que iban detrás de esa chica, y Edie dijo que su amiga... como que tenía una técnica para maltratarlos, ¿no? Y no sé, rollo... si has visto los dibujos, Traslúcida siempre es como borde con Blacky, que está superenamorado de ella, ¿no? Pero a veces hay como pequeñas chispas de esperanza, o lo que sea, que hacen que Blacky siempre vuelva a intentarlo.

—Ya —dijo Robin asintiendo—. Es fascinante. A los fans les encantará tener esa información.

—Sí, pero yo no me di cuenta de que la compañera de piso era negra hasta que Anomia lo dijo más adelante, en Twitter. Y eso era un poco como... bueno, como dijo Anomia, era como darle un puñetazo, ¿no? Rollo... ¿qué sentido tiene retratar así a tu amiga? Describirla como una especie de... no sé, una calientapollas, o lo que sea, ¿no?

—Bueno, en realidad —intervino Robin—, Edie nunca dijo públicamente en quién se había inspirado. Lo dijo Anomia.

—Creo que Anomia se hartó de la hipocresía de Edie, ¿no? Se hacía pasar por una persona, no sé, como superprogre, una auténtica justiciera social, aunque en privado no era así para nada, ¿no?

—Sí, ya entiendo a qué te refieres —dijo Robin—. Como has mencionado la política, supongo que en tu libro tratarás todo el asunto de Wally Cardew/Drek, ¿no?

—Sí, tengo un capítulo entero sobre eso —contestó Yasmin adoptando una expresión más sombría—. Eso fue una locura, ¿no? ¿Quién iba a pensar que a la ultraderecha pudiese gustarle *Un corazón tan negro*? Todos nos cabreamos muchísimo cuando empezaron a entrar en plan masivo y, no sé, a apropiarse del personaje, porque a todos nos encantaba Drek, era muy gracioso, y de repente Drek se convirtió en otra cosa, rollo... completamente diferente, ¿no?

—Tú conocías a Wally, claro.

—Sí —dijo Yasmin con cara de circunstancias—. Obviamente, aquel vídeo de las «galletas» que publicó fue... No sé, no tuvieron más remedio que despedirlo, ¿no? Pero a muchos fans les dolió mucho que se marchara. Ya sabes, podría haberse disculpado y punto, ¿no? Eso provocó muchas peleas entre los fans. Pero Michael David, que lo sustituyó, hizo un trabajo increíble.

Un intenso rubor, muy evidente dada la palidez de su piel, se extendió por la cara de Yasmin cuando pronunció el nombre de Michael David.

—Sí —dijo Robin—. Pero él también se marchó, ¿verdad?

—Mmm… sí, le dieron un papel en *Casualty*. Y va a actuar en una obra nueva en el West End, se estrena el mes que viene.

El rubor seguía extendiéndose y dejándole manchas en el cuello.

—Pero él siempre ha mantenido el contacto con el fandom, ¿no? —continuó Yasmin—. Sigue formando parte de la comunidad del corazón negro, y eso mola un montón, ¿no? Creo que agradeció mucho el apoyo por parte de los fans. Porque cuando le dieron el papel de Drek recibió muchas críticas… Había mucha gente que seguía queriendo a Wally, ¿no? Y Michael fue muy cariñoso y agradecido con los que opinaban que se merecía una oportunidad y todo eso.

—Qué encanto —dijo Robin con ternura.

En realidad, aquella información le interesaba: en todas las horas que había pasado revisando las cuentas de Twitter de Anomia y de otros fans de *Un corazón tan negro*, no había encontrado ninguna señal de esa conexión entre Michael David y los fans, ni indicio alguno de que el actor hubiese seguido en contacto con la serie de dibujos animados desde que se había marchado.

—Sí —dijo Yasmin, todavía ruborizada—. Yo… Mmm… lo conozco un poco. Porque me llamó para darme las gracias por el apoyo cuando dejó la serie, ¿no? Tengo entradas para su obra y me ha prometido que después me firmará un autógrafo.

—¡Guau! —exclamó Robin.

—De hecho… —dijo Yasmin, que volvía a parecer preocupada—, ¿te importa no poner eso tampoco? Es que mi amistad con Michael es un tema privado, ¿no?

—Por supuesto —dijo Robin—. No lo mencionaré. Bueno, y respecto al tema de The Halvening…

Había imaginado que Yasmin se preocuparía al oír eso, y no se había equivocado.

—¿Te refieres a… a ese grupo neonazi o lo que sea?

—Exacto —dijo Robin—. Supongo que en el libro abordas la posibilidad de que estuvieran manipulando a los fans, ¿no?

—Pues… no, la verdad. No creo… No creo que los fans se lo hubiesen tragado si The Halvening hubiese intentado, no sé, colar historias falsas o algo, ¿no?

Pero las manchas que le habían salido a Yasmin en el cuello ya parecían la urticaria de Gus Upcott. Al ver que Robin permanecía callada y sin sonreír, limitándose a mirarla a través de las gafas, empezó a ponerse más nerviosa.

—Sí, y así se lo dije a la policía, ¿no? Les dije que algunos fans, después de aparecer aquel artículo en el periódico, dijeron cosas rollo «Ah, si alguna vez dijiste algo malo sobre Edie Ledwell, debes de ser un nazi que quería que se suicidara», lo que es como ridículo, ¿no?

—Pero tú habías detectado un aumento de los rumores en contra

de Edie, ¿verdad? Estabas tan preocupada que le llevaste un dosier lleno de ejemplos de esos rumores a Josh, ¿no es así?

—Yo… Lo que yo le llevé a Josh no había sido difundido por The Halvening ni de coña —contestó Yasmin—. Lo sé con toda seguridad porque yo… bueno, porque la gente que decía aquellas cosas no eran de The Halvening.

Hubo una breve pausa y Yasmin, nerviosa, se pasó una mano por el pelo.

—Me refiero a que lo que decían podría haber sido verdad, ¿no?, pero no lo era. Simplemente se equivocaron. Además, una de las personas que lo decían es negra, así que obviamente no podía ser de The Halvening, ¿no?

Y entonces a Robin se le ocurrió una idea absurda, una idea que habría descartado de inmediato si la joven que tenía delante no se hubiese sonrojado aún más.

¿De veras era posible que Yasmin creyera que Michael David estaba jugando de forma anónima en *El juego de Drek*? ¿Tan engañada estaba que creía que un actor de renombre dedicaría horas de su vida a demostrar que Edie Ledwell era Anomia, en lugar de entregarse a lo que parecía una próspera carrera en la televisión y el teatro? Y suponiendo que Yasmin se creyera una mentira tan descabellada, ¿quién la había persuadido para creer que estaba hablando con Michael David?

—¿Una persona negra? ¿Lo sabes con toda seguridad?

En la pausa que hubo a continuación, Robin comprendió que Yasmin estaba clavada a la silla por un temor creciente. Tal vez la duda que había conseguido borrar durante tanto tiempo estaba empezando a salir, como un escorpión, de su subconsciente. Y quizá también estuviera empezando a sospechar que Venetia Hall, que hacía algunas preguntas con cierta brusquedad, tampoco era lo que ella había creído. El rostro de Yasmin había palidecido hasta adquirir un amarillo nada saludable, pero aquellas manchas rojizas seguían llameando en su cuello. Cuanto más se alargaba el silencio entre las dos, más aterrorizada parecía.

—Sí —contestó por fin—. Lo sé con toda certeza.

—Ah, bueno, si es alguien a quien has visto en persona… —dijo Robin con una sonrisa—. ¿Y crees que The Halvening tuvo algo que ver con la muerte de Edie?

—N-no —balbuceó Yasmin—. No lo creo.

—¿O que lo hizo Anomia?

Robin se lo soltó porque no tenía nada que perder. Yasmin tal vez empezara a estar preocupada por si Venetia Hall no era realmente periodista, pero gracias a la peluca rubio ceniza, las lentillas y las gafas, tampoco podría reconocer a Robin Ellacott.

—¿Qué quieres decir?

—Bueno, me ha parecido que encontrabas del todo justificadas las críticas de Anomia contra Edie Ledwell —dijo la detective sonriendo.

—No pudo hacerlo Anomia —repuso Yasmin—. Eso es imposible.

Robin apagó la grabadora.

—Muy bien, pues creo que hemos terminado. Muchas gracias por contarme todo esto, ha sido fascinante. ¡Y mucha suerte con el libro!

Yasmin se había quedado tan conmocionada que, cuando intercambiaron un par de cumplidos más, hasta se le olvidó terminar las frases con aquella muletilla. Robin la vio alejarse de la cafetería cabizbaja, y no le sorprendió nada ver que sacaba su móvil y empezaba a teclear.

Ella también cogió su teléfono y le mandó un mensaje a Strike.

Tengo información interesante. ¿Dónde estás?

56

El juicio falló en la pelea mortal:
como la atalaya de una ciudad
derribada por un terremoto,
como el mástil alcanzado por un rayo…

CHRISTINA ROSSETTI, *El mercado de los duendes*

—Bueno, pues lo has hecho mucho mejor que yo —dijo Strike veinte minutos más tarde desde detrás de su máscara de Darth Vader.

Llevaba una hora dando vueltas por las casetas cercanas a la de *Un corazón tan negro* y observando a la multitud, pero la incursión no le había servido de nada. Ahora, para no cargar el peso del cuerpo en el muñón, estaba apoyado en el borde de un tenderete en el que vendían cojines con estampados de animales al estilo *anime*.

—Ya sé que era muy improbable que Anomia hiciese algo que permitiese identificarlo —continuó Strike, sin dejar de observar a la gente que se apiñaba alrededor de la caseta—, pero esperaba poder reconocer al menos a algún sospechoso, aunque fuera viéndolo de espaldas. Sólo he podido identificar a Zoe.

—¿Dónde está? —preguntó Robin.

Antes de reencontrarse con Strike, se había metido en los lavabos de señoras, se había quitado la peluca y las gafas y se había cambiado la camiseta. Aunque dudaba mucho que Yasmin tuviese intención de quedarse en el ExCeL después de la entrevista que acababa de soportar, Robin no quería correr el riesgo de volver a encontrársela. También había entrado de nuevo en el juego, del que por primera vez estaban ausentes todos los moderadores.

—Ha ido a tomarse un café con otra chica que llevaba la camiseta de «Salvemos *El juego de Drek*». Las dos iban con máscara. No las he seguido porque, justo en ese momento, he visto a alguien que me ha interesado.

—¿Quién?

—Ya se ha ido —dijo Strike—. Estaba deambulando por aquí, solo, y me ha parecido que vigilaba a la gente, igual que yo. Se ha acercado a un par de Dreks y ha hablado con ellos. A ver, cuéntame otra vez lo que te ha dicho Yasmin sobre Anomia.

—Bueno, dice que tiene clarísimo que es un varón y ha insinuado que Edie le debía dinero. Según ella, habría sido importante para la

familia de Anomia que Edie le hubiese dejado rentabilizar el juego. Y también ha dicho que es inteligente y culto.

—«Culto» —repitió Strike—. ¿Tú habrías dicho que Anomia era culto, a partir de lo que has visto en su chat?

—No —dijo Robin—. Ya te lo dije, en el juego es bastante vulgar. A lo mejor es diferente en el canal de moderadores.

—Pero dijiste que creías que en el juego hace un poco de teatro, ¿no?

—Bueno, a veces me da la impresión de que intenta hacerse el machito y se pasa un poco. Es como si adoptara un tono innecesariamente grosero.

—Yo no puedo decir que haya visto muchos signos de cultura en su contenido de Twitter —repuso Strike.

—Bueno, a veces usa esa frase en latín —comentó Robin—. Ya sabes, lo de «*oderint dum...*».

—¿Crees que Yasmin es tan fácil de impresionar?

—Pues la verdad, creo que sí —dijo Robin—. Me ha parecido un poco...

—¿Corta?

—No, ingenua más bien. Porque todo eso de Michael David...

—Ya —dijo Strike—, pero quien haya conseguido persuadirla de que era Michael David debe de ser muy listo. Yasmin no es ninguna cría. Tiene un empleo fijo. Me cuesta creer que la reacción inmediata de alguien como ella cuando le dicen que está hablando con una estrella de la televisión en un juego anónimo sea tragárselo sin más.

—Sí, tienes razón —dijo Robin—. Tiene que ser alguien muy hábil.

—Y te ha dicho que Anomia sería incapaz de matar a nadie... ¿Tú qué crees? ¿Será porque tiene un código moral estricto, por debilidad física o por aprensión?

—No tengo ni idea.

—¿Y no crees que te ha dicho que es un hombre para despistarte?

—Pues no, sinceramente. La impresión que me ha dado es que Yasmin tiene una nueva teoría de la que está muy satisfecha, y a mí me ha contado todo lo que se ha atrevido a contarme... Sea como sea, no cabe duda de que se ha aferrado a ese nuevo candidato por alguna razón.

—¿Crees que esa persona se ha delatado de alguna forma?

—Es posible —dijo Robin—, pero me da la impresión de que a Yasmin le gustaría mucho que Anomia fuese esa persona, con quejas justificadas, con mala suerte, culta e incapaz de matar a nadie. Ha invertido mucho en creer que Anomia es buena persona, ¿no? Hostia... Estoy haciendo lo mismo que ella... —añadió Robin con fastidio.

—¿Haciendo qué?

—Hablar con esa muletilla al final de las frases, «¿no?». Lo ha estado haciendo a lo largo de toda la entrevista.

—Mira, es él —dijo Strike de repente—. Ya ha vuelto.

Robin se volvió y miró en la misma dirección que Strike.

El joven de la cazadora de piel, vaqueros y zapatillas de deporte caras con la suela roja había vuelto a aparecer. Su espeso cabello oscuro le caía sobre la frente. Mientras Strike y Robin lo observaban, Suelas Rojas rodeó a un joven que iba en silla de ruedas y que estaba hablando con una chica muy vivaracha con minifalda; luego se acercó a otra persona que llevaba una máscara de Drek y se puso a hablar con ella.

—Sólo le interesan los Dreks… —indicó Strike.

—Qué raro —murmuró Robin observándolo también.

Suelas Rojas se estaba riendo de algo que había dicho la persona que iba disfrazada de Drek.

—Perdona —dijo el responsable del tenderete en el que Strike estaba apoyado—. ¿Te importa moverte? Hay gente que quiere mirar y no puede.

Los dos detectives pasaron a la siguiente caseta, en la que vendían cómics.

—Ibas a mudarte —dijo Strike de pronto.

—¿Qué?

—A mudarte de piso. ¿Qué ha pasado?

—Ah… He tenido que aplazarlo. Lo haré mañana, por eso me he tomado el día libre.

—Mierda —exclamó Strike—. Debería haberme acordado. Debería habértelo preguntado. Lo siento.

—No pasa nada —aseguró Robin.

«Más vale tarde que nunca.»

—¿Tienes alguien que te ayude?

—Mis padres van a venir esta noche.

Suelas Rojas y Drek se habían separado. Su objetivo sacó el teléfono móvil, envió un mensaje de texto y empezó a andar, alejándose del puesto de *Un corazón tan negro*.

—¿Me aguantas la espada láser un momento?

Strike se quitó la máscara de Darth Vader y la túnica.

—¿Qué haces?

—Vamos a seguir a ese tipo. Tiene algo que no me gusta.

Strike enrolló el disfraz, cogió la espada láser que le estaba sujetando Robin y lo dejó todo encima de un montón de cómics.

—Lo puedes regalar —le dijo Strike al sorprendido dueño del tenderete; echó a andar detrás de Suelas Rojas tan aprisa como se lo permitió su dolorida pierna, y Robin lo siguió. Por suerte, había tanta gente que su objetivo no había conseguido llegar muy lejos.

»No parece el típico fan de *Un corazón tan negro* —le dijo a Robin mientras se abrían paso entre la densa masa de gente—. Estaba intentando averiguar algo, quizá lo mismo que nosotros.

Suelas Rojas tardó veinte minutos en llegar a la salida. Parecía aliviado de haber dejado atrás a aquella muchedumbre; sacó su teléfono móvil de nuevo y llamó a alguien sin dejar de andar. Strike no podía acercarse a él lo suficiente para oír lo que decía, porque seguía habiendo mucha gente que entraba y salía del ExCeL.

El detective notó que le vibraba el móvil y lo sacó con la esperanza de que fuesen noticias de alguno de sus colaboradores externos.

—¿Es Midge? —preguntó Robin mientras le echaba un rápido vistazo al juego y comprobaba que Anomia no estuviera presente.

—No —dijo Strike guardándose el móvil en el bolsillo—. Era Pru.

—¿Quién?

—Prudence. Mi hermana.

—Ah, ¿ya la has conocido?

—No —dijo el detective, que mientras hablaba intentaba no pensar en sus doloridos isquiotibiales—. Íbamos a quedar, pero su hija se cayó en un rocódromo.

—Ostras. ¿Y está bien?

—Sí. Se rompió el fémur... —dijo Strike—. Así que ese tipo no ha venido en coche... —añadió, porque era evidente que Suelas Rojas se dirigía a la estación de Custom House, de donde todavía salía y entraba muchísima gente.

Un corpulento Batman adelantó a Robin abriéndose paso a codazos y un grupo parlanchín vestido al estilo *steampunk* pasó en la dirección opuesta. Suelas Rojas seguía hablando por teléfono.

Llegaron al andén y vieron que Suelas Rojas se detenía en la parte más cercana a las vías. Algunas personas se quejaron cuando Strike aprovechó su corpulencia para abrirse paso: el detective quería acercarse lo suficiente para asegurarse de que entraban en el mismo vagón.

Strike y Robin se detuvieron a menos de un metro de su objetivo, que en ese momento puso fin a la conversación y se metió las manos en los bolsillos, rebotando sobre los talones de sus caras zapatillas de deporte con impaciencia.

Oyeron acercarse el rugido del tren...

Y justo en ese instante, Strike notó que alguien tropezaba con él por detrás...

El detective giró la cabeza y vio que una figura negra se abría paso hacia el borde del andén, se acercaba a Suelas Rojas y lo empujaba con fuerza.

Dio la sensación de que todo se ralentizaba, como sucede cuando

presencias la casi inevitable extinción de una vida.

Suelas Rojas se precipitó a las vías y, ya en el aire, giró un poco sobre sí mismo y sacó las manos de los bolsillos... Pero era demasiado tarde: se golpeó un lado de la cabeza contra una de las traviesas y, a pesar del estruendo del tren, que estaba a punto de entrar en la estación, la muchedumbre oyó el crujido del hueso al chocar contra la madera.

Y entonces Robin dio tres zancadas y saltó.

Oyó gritos a sus espaldas. Un hombre corpulento de piel oscura disfrazado de Superman había saltado a las vías al mismo tiempo que ella, y unos cuantos pasajeros que esperaban en el andén tendieron los brazos para ayudarlos.

Dos manos agarraron a Robin, una por debajo del brazo y otra por la camiseta; ella y diez personas más siguieron tirando del cuerpo inerte de Suelas Rojas, y entonces el tren se les echó encima. Con apenas un centímetro de margen, Strike había puesto a salvo a Robin, pero se oyó otro fuerte crujido y luego más gritos, porque la cabeza del hombre, que estaba inconsciente, se había caído hacia atrás y había golpeado el lateral del tren.

»¡Hostia puta! —gritó Strike, aunque Robin fue la única que lo oyó, porque la gente no paraba de chillar y todos repetían «¡A propósito... a propósito!» y discutían sobre quién había tropezado con quién. Un hombre que parecía borracho se ofendió cuando lo acusaron de haber sido él quien había empujado a las vías al hombre que ahora estaba inconsciente, mientras un empleado intentaba abrirse paso entre la muchedumbre para llegar hasta él. El cuerpo de Suelas Rojas estaba tendido en el andén, allí donde lo habían depositado, y sangraba por un oído. El tren seguía parado en la estación.

»¡Hostia puta, Robin! —gritó Strike otra vez—. ¿Cómo coño pensabas levantarlo?

—¡No sabía que estaba inconsciente! —dijo ella temblando por la cantidad de adrenalina que todavía corría por sus venas—. Creía que podría...

—¡Lo han empujado! ¡Alguien lo ha empujado a propósito! —bramaba una mujer.

Algunos pasajeros subieron al tren como si no hubiese pasado nada. El empleado de la estación hablaba por su radio, y sus colegas no tardaron en llegar al andén y obligaron a la gente a apartarse del cuerpo que yacía inmóvil en el suelo. Strike, que había recogido la mochila que Robin había soltado, la rodeó con un brazo y la apartó del gentío. Notó que estaba temblando, y ella se dio cuenta de que el frío que sentía no se debía únicamente a la conmoción: Strike le había roto la camiseta. Tenía un agujero debajo del brazo y se le veía el sujetador. Le cogió la mochila a su socio, sacó la camisa de su disfraz

de Venetia y se la puso encima de la camiseta rota.

—¿Quién ha visto lo que ha pasado?

Acababan de llegar dos policías.

—Yo —dijo Strike, y su voz se elevó por encima del griterío.

Una agente se llevó a Strike y a Robin a un lado, mientras su colega y los empleados de la estación intentaban imponer el orden en la alborotada multitud. El tren todavía no había salido de la estación, y los pasajeros miraban al herido a través de las ventanillas.

—Cuénteme —le dijo la agente a Strike, con el bloc en la mano.

—Ha sido un tipo que llevaba una máscara de Batman —explicó Strike—. Se ha abierto paso entre la muchedumbre, ha fingido que le daban un empujón, sólo para despistar, y luego él mismo ha empujado a ese tipo y lo ha tirado a las vías. Lo ha hecho intencionadamente.

—¿Dónde está ese tipo? ¿Lo ve por aquí?

—No —dijo Strike, escudriñando a la gente apiñada en el andén.

—¿Ha visto por dónde se ha ido cuando el otro se ha caído?

—No —repitió Strike—. Estaba ocupado rescatando a mi amiga de las vías.

—De acuerdo. Bien, tendrá que esperar aquí, necesitamos que haga una declaración.

Oyeron una sirena: había llegado una ambulancia. La agente se dio la vuelta.

—Ya lo sé —le dijo Robin a Strike cuando él se volvió hacia ella —. Ha sido instintivo. Ya sé que no ha sido muy inteligente.

Le dolía la axila; le iba a salir un cardenal en el sitio por donde Strike la había agarrado para levantarla y apartarla del camino del tren. El detective se sacó el paquete de tabaco y un encendedor del bolsillo y se quedó mirando el cuerpo inerte que yacía en el suelo. Suelas Rojas tenía la camiseta medio levantada y se le veía un pequeño tatuaje en el torso, a la altura del corazón. Parecía una «Y» con un trazo vertical en medio.

El tren seguía parado en la estación. Ahora los pasajeros intentaban bajar, pero la policía insistía en que debían permanecer dentro, supuestamente para interrogarlos.

—Aquí no se puede fumar —le susurró Robin a Strike.

—¡Joder, lo que no entiendo es que tú no me hayas pedido un cigarrillo! —dijo él mientras echaba el humo.

Robin, que estaba concentrada en disimular sus temblores, compuso una sonrisa forzada.

57

Retiraos a vuestra guarida de criminales.
No me conocéis, ni siquiera me veis.

ADAH ISAACS MENKEN, *Judith*

Chat privado entre Anomia y el moderador LordDrek

<**Se ha abierto un nuevo privado**>;

<**25 Mayo 2015 22:57** >;

<**LordDrek invita a Anomia**>;

LordDrek: ven aquí si tienes hjuevos, hijo d ela gran puta

>;

<**Anomia se ha unido al canal**>;

Anomia: puedo ayudarte en algo?

LordDrek: has intestado matar a mi hermano sé quehas sido tú

Anomia: creo que me acordaría de una cosa así

LordDrek: no juegeus conmigo hijo de puta has intentasdo tirar a mi hermanot debajor de un pusto tres

Anomia: escribe más despacio, harás menos faltas

LordDrek: tú no sabes ocn quien estás hablando, cerdo, iremoas a por ti

Anomia: sé perfectamente con quién hablo, Charlie

Anomia: tu hermanito no tiene tanto cuidado como tú

Anomia: «Vilepechora» fue un error

LordDrek: hijode la gran puta no te escparaas

Anomia: claro que sí

Anomia: yo no hago como vosotros, no dejo rastros

Anomia: llevo aquí un buen rato viendo las imágenes de las noticias

Anomia: me parto el culo viendo cómo su cabeza choca con el lado del vagón

LordDrek: cuanod te ebncuentre te voya matar

Anomia: recuerdos a tus colegas de The Halvening

Anomia: y un besazo al vegetal de tu hermano

Anomia: con un poco de suerte por Navidad ya podrá beber él solito

LordDrek: te vas a enterar hipos de la gra n pputa

<**LordDrek ha sido baneado**>;

CUARTA PARTE

Fibras de los ventrículos.
Su estructura es muy compleja y las descripciones que hacen los anatomistas difieren considerablemente.

HENRY GRAY FRS, *Anatomía de Gray*

58

¡Qué vergüenza!
Pronunciar una idea
que arde en tu corazón.

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
Una maldición para una nación

Chat interno entre dos moderadores de *El juego de Drek*

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**23 Mayo 2015 11:18**>;

<**Morehouse invita a Traslúcida**>;

Morehouse: Traslúcida, tenemos que hablar

>;

>;

>;

<**Traslúcida se ha unido al canal**>;

Traslúcida: qué excusa me vas a dar? Un accidente de coche? Extraterrestres? Han operado de urgencia a tu madre?

Traslúcida: no, eso no lo dirías, sería de mal gusto porque mi madre está enferma

Morehouse: lo siento

Morehouse: lo siento mucho

Morehouse: me rajé

Traslúcida: te rajaste?

Traslúcida: sabes cuántas horas me tiré en el puto autocar?

Traslúcida: qué más quieres de mí?

Traslúcida: tienes fotos, comprensión, horas de conversación y me estoy cargando una relación en la vida real para pasarme horas contigo en el juego

Morehouse: tienes toda la razón

Morehouse: pero escúchame, por favor, porque estoy superpreocupado, por ti y por todos nosotros

Traslúcida: qué quieres decir?

Morehouse: has visto lo de ese chico al que empujaron a las vías cuando llegaba el tren después de la Comic Con?

Traslúcida: no, yo fui en autocar, ya te lo he dicho

Traslúcida: por qué?

Morehouse: era Vilepechora

Traslúcida: qué?!

Morehouse: el chico al que empujaron era Vilepechora

>;

Traslúcida: a ver

Traslúcida: está muerto?

Morehouse: puede ser. En las noticias dicen que tiene graves contusiones en la cabeza

Morehouse: a eso se refería Anomia cuando decía que tenía un plan para obligarlos a irse el fin de semana de la Comic Con...

Traslúcida: te juro que no sé de qué me estás hablando

Morehouse:Morehouse: él sabía que iba a matar a Vilepechora

Traslúcida: me estás asustando. De qué demonios hablas?

Morehouse: hace semanas, en el canal de mods, Vilepechora dijo «Anomia sabe un huevo de bitcoins, creemos que fue así como compró la táser», o algo parecido...

Morehouse: creo que eso fue lo que pasó. Vilepechora entiende de bitcoins y le enseñó a usarlos a Anomia. Así fue como Anomia consiguió una táser ilegal y un puñal enorme sin dejar ningún rastro, Vilepechora le dio la idea

Morehouse: Anomia no quería cabrear a Vilepechora baneándolo porque Vile podía testificar que Anomia sabía cómo comprar armas en la internet oscura con criptos

Morehouse: me dijo que Vile y LordDrek desaparecerían el día de la Comic Con

Morehouse: quería decir que Vilepechora estaría muerto y LD baneado

>;

Traslúcida: estás loco

Traslúcida: cómo iba a saber Anomia a quién tenía que empujar cuando llegara el tren?

Morehouse: sabíamos el nombre real de Vilepechora y cómo era físicamente

Traslúcida: cómo lo sabíais?

Morehouse: nos intrigó el nombre «Vilepechora»

Morehouse: es un anagrama

Morehouse: lo resolvimos y luego googleamos el nombre que había salido

Morehouse: y encontramos dónde trabajaba y todo. Estaba ridículo posando con su coche. Pero a Anomia le gustó. Le gustaba

saber que un tipo como él estaba en nuestro juego

Morehouse: yo siempre pensé que era raro de cojones que un tío así estuviese aquí

>;

Traslúcida: cómo podías saber que el chico al que googleasteis era Vilepechora? Y si había más de una persona con el mismo nombre?

Morehouse: Yo no estuve seguro hasta que vi las imágenes del chico cayéndose delante del tren

Traslúcida: voy a googlear las imágenes de las noticias

>;

>;

>;

Traslúcida: la imagen es muy mala, estás seguro de que es él?

Morehouse: lo sabremos con certeza cuando digan su nombre, no?

Traslúcida: cuál es su nombre real?

Morehouse: cuanto menos sepas, mejor. Y lo mismo respecto a Anomia, antes de que me lo preguntes.

Morehouse: Voy a dejar el juego esta noche. Y tú también deberías dejarlo. Quiero salir y tú también deberías salir. Luego tengo que pensar qué es mejor. La policía pensará que estoy chiflado pero creo que tengo que hablar con ellos

Traslúcida: no puedes irte

Traslúcida: si todo esto es verdad

Traslúcida: si Anomia cree que has salido porque sospechas de él, tú serás el siguiente. Él lo sabe todo sobre ti. Sabe dónde vives

Morehouse: no me importa

Traslúcida: bueno, pero yo te importo un poco?

Morehouse: claro que sí, por qué dices eso?

Traslúcida: porque Anomia también sabe quién soy yo

Morehouse: qué? cómo?

Traslúcida: hice una estupidez

Morehouse: te refieres a enviarle aquella foto?

Traslúcida: eso fue la segunda estupidez

Traslúcida: la primera estupidez fue que mi nombre real estaba en mi email de registro

Morehouse: joder, lo sabía!

Morehouse: sabía que él sabía quién eras

Morehouse: mierda

>;

Traslúcida: vale, seamos sensatos

Traslúcida: piensa un momento en lo que estás diciendo

Traslúcida: me estás diciendo que un amigo tuyo al que conoces hace un montón y que adora Un corazón tan negro

Traslúcida: sería capaz de apuñalar a Ledwell y Blay?

Traslúcida: me estás diciendo que sería capaz de empujar a alguien a las vías cuando estaba a punto de pasar un tren?

>;

Morehouse: ésas son las preguntas que me hago a mí mismo todo el puto rato

Morehouse: y casi siempre contesto que no, pero cada vez me cuesta más y cuando he visto las noticias y he visto que habían baneado a Vilepechora y a LordDrek he pensado «hostia puta, ha sido él. Él lo ha hecho todo».

>;

Traslúcida: No puedes dejar el juego sin más, él sospechará que vas a ir a la policía.

Morehouse: Ya, es verdad. Si salgo, resultará sospechoso.

Traslúcida: Tienes que hacer como si estuvieras supercontento de que se haya librado de Vilepechora y LordDrek y seguirle la corriente hasta que decidamos qué hacemos.

Morehouse: Y qué pasará cuando revelen el nombre verdadero de Vilepechora y él sepa que yo sé quién es?

>;

Traslúcida: haz como si creyeras que ha sido un accidente. Que alguien lo empujó sin querer

Traslúcida: o di que el chico debió de cabrear a alguien que estaba en el andén

>;

Traslúcida: Mira, ya sé que piensas que soy una cobarde

Traslúcida: tú querías decirle a la policía lo del dosier que LordDrek y Vilepechora intentaron colocarnos y yo te dije que no

Traslúcida: estaba muerta de miedo

Traslúcida: pero esto es mucho peor

Traslúcida: hemos dejado que pasara todo esto y no hemos ido a la policía

>;

Morehouse: ya, pero piénsalo

Morehouse: yo llamaría y avisaría a la policía anónimamente, pero creerían que estoy borracho o quedándome con ellos por cómo hablo

Traslúcida: ¿eso qué es? ¿un chiste? no tiene gracia

Morehouse: supongo que podría escribir una carta

Morehouse: pero tú crees que se la tomarían en serio? >

Traslúcida: podría llamar yo anónimamente, si me dices su verdadero nombre

Morehouse: me da miedo. Si Anomia se entera de que ha sido una mujer la que ha largado, deducirá que has sido tú. Y si sabe quién eres también puede averiguar dónde vives

>;

Morehouse: todo esto es culpa mía

Traslúcida: por qué?

Morehouse: yo soy el que lo ayudó a construir su puto imperio, no?

Traslúcida: Vikas, por favor, no me dejes aquí sola, por favor

Traslúcida: esperemos y veamos si realmente era Vilepechora

Morehouse: y si lo es?

Traslúcida: entonces pensaremos un plan.

Traslúcida: pero a ver si no te rajas de quedar conmigo cara a cara si hace falta.

Morehouse: ok

Traslúcida: me lo prometes?

>;

Morehouse: te lo prometo

59

El presentimiento es esa sombra alargada en el jardín
que indica que el sol se pone;
el aviso a la asombrada hierba
de que la oscuridad está a punto de llegar.

EMILY DICKINSON, *XVI*

Strike, que se encontraba entre la docena de personas que declararon sobre lo ocurrido en la estación de Custom House, llegó un poco tarde a su cita para cenar con Madeline el sábado por la noche. Ella había reservado mesa en un restaurante turco, el Kazan, una decisión que Strike aprobó no sólo porque no había comido nada y necesitaba una cena contundente, sino porque, además, le gustaba la cocina turca.

Aun así, lo ocurrido aquel día empañó la velada desde el principio.

El detective sabía que el incidente de la estación saldría en las noticias y sospechaba que los periodistas revelarían el nombre de Robin en algún momento, de modo que se sintió obligado a contarle a Madeline lo que había pasado. Aunque no le dio ninguna información sobre el caso, ella se mostró a la vez fascinada y alarmada por el hecho de que Strike hubiese estado a menos de un metro de lo que él creía que había sido un intento de asesinato, y volvió a sacar el tema una y otra vez durante el primer y el segundo plato. Eso no ayudó a calmar la persistente inquietud de Strike, no sólo por la agresión que acababa de presenciar, sino también por las posibles consecuencias de que la presencia de Robin en el escenario del crimen se divulgara por televisión.

Cuando Madeline se levantó por fin para ir a los lavabos, Strike sacó su teléfono, buscó el símbolo de tres puntas parecido a una Y que había visto tatuado en el torso de Suelas Rojas y vio que representaba la runa Algiz, lo que hizo aumentar sus malos presagios.

Entonces entró en Twitter para echar un vistazo a la cuenta de @Gizzard_Al, pero resultó que ya no existía. Luego buscó las últimas noticias de la BBC, que ya había publicado la historia del intento de asesinato en Custom House, aunque sin aportar ningún nombre. Mientras no se anunciara lo contrario, Strike tenía que suponer que Suelas Rojas seguía con vida, aunque la sangre que había visto manar

de su oído no auguraba nada bueno, ya que podía indicar una lesión cerebral.

—¿Hablando con Robin? —dijo Madeline con una sonrisa al volver a sentarse.

—No —contestó Strike—. Intento averiguar cómo está el chico que se ha caído.

—Robin ha sido muy valiente —comentó Madeline. Esa noche sólo bebía agua con gas y parecía decidida a ser generosa con la socia del detective.

—Bueno, eso sería una forma de describirlo —dijo él con gesto sombrío, mientras se guardaba el móvil en el bolsillo.

Cuando llegaron a casa de Madeline, en las noticias ya habían aparecido tres fotografías del individuo que había dado un empujón a Algiz, y un comisario jefe uniformado había hecho un llamamiento televisado pidiendo información. Strike ya imaginaba que las fotografías que podían obtenerse del agresor procederían de la grabación en blanco y negro de las cámaras de seguridad, de modo que no esperaba que fuesen especialmente claras. Aun así detuvo las imágenes en el televisor de Madeline para escudriñarlas minuciosamente.

La primera mostraba el momento del impacto: Suelas Rojas caía hacia delante con las manos en los bolsillos; se veía claramente la máscara que cubría toda la cabeza de Batman, cuyo cuerpo, en cambio, quedaba tapado por la multitud. La segunda fotografía mostraba una vista parcial de alguien con una máscara de Batman metiéndose en el tren. Una vez más, era imposible hacerse una idea de su constitución física por la cantidad de gente que entraba en masa en el vagón al mismo tiempo que él. Strike sabía que la mayoría de aquellos pasajeros no podían haber visto el momento en que empujaba a Suelas Rojas con la intención de matarlo, porque la multitud les impedía ver nada.

En la tercera fotografía se veía, de espaldas, a un hombre aparentemente calvo y muy musculoso que subía corriendo la escalera, alejándose de la escena. Como había explicado el comisario jefe, la policía creía que el agresor había subido al tren, se había ocultado entre los otros pasajeros que iban de pie en el vagón y se había quitado la máscara de Batman, bajo la que llevaba otra de látex que le cubría la cabeza y el cuello. Luego había abandonado el tren, había subido la escalera a toda prisa y había salido de la estación, mezclándose con la gente que salía para buscar otra forma de volver a casa. Ésa era la única fotografía de cuerpo entero del agresor, y su voluminosa musculatura hacía pensar que llevaba puesto un disfraz acolchado.

Lo que había hecho el agresor tras salir de la estación o bien no se

sabía o todavía no se había hecho público.

—Dios mío, pobre chico —dijo Madeline—. Se ha dado en toda la cabeza, ¿verdad? Es increíble que no se haya partido la crisma.

Strike revisó una y otra vez las imágenes de las cámaras de seguridad en las que se veía a Suelas Rojas caer del andén a las vías y a Robin y a Mo saltando tras él (Mo era como se llamaba el hombre del disfraz de Superman, que era el verdadero responsable de que Suelas Rojas siguiera con vida, y con quien Strike y Robin habían estado hablando mientras esperaban para declarar), pero no consiguió aliviar su desasosiego. Si era cierto que el tatuaje de la runa de Suelas Rojas tenía las connotaciones que Strike le había atribuido, las probabilidades de que The Halvening no relacionara a Robin Ellacott con el hombre que le había pegado un puñetazo a uno de sus miembros en el Ship & Shovell eran entre escasas e inexistentes.

—Desde luego, Robin se merece un premio. Bueno, se lo merecen los dos —dijo Madeline.

Se fueron a la cama e hicieron el amor con especial entusiasmo, al menos por parte de Madeline. Strike volvió a acordarse de Charlotte, cuya libido solía estimularse con el drama y el conflicto, aunque sospechaba que la efusividad de Madeline tenía más que ver con su deseo de borrar todo recuerdo de la bronca que habían tenido en el lanzamiento de su colección. Como estaba sobria, no se quedó dormida inmediatamente después, sino que siguió hablando de lo que había pasado en la estación, como si creyera que Strike se sentiría complacido al verla interesarse por su jornada de trabajo. Al final él dijo que estaba agotado, y se durmieron los dos.

A la mañana siguiente Madeline lo despertó con una taza de café recién hecho; luego se metió de nuevo en la cama y empezó a juguetear otra vez. Si bien Strike no podía fingir que no sentía ningún placer cuando una mujer desnuda se deslizaba lentamente por su cuerpo y terminaba por meterse su pene en la boca, hasta el momento del orgasmo no se liberó temporalmente de aquella sensación de mal presentimiento, y, después de eyacular, el desasosiego no hizo sino apoderarse aún más de él. Mientras murmuraba algunas frases estereotipadas de cariño y agradecimiento, ya estaba preguntándose qué podía hacer para salir de allí cuanto antes.

Era domingo, y, evidentemente, Madeline esperaba pasar todo el día con él, cosa que Strike no se veía capaz de soportar. Aunque era consciente de que no podía hacer nada para atajar la latente amenaza de The Halvening, tener que satisfacer una demanda tácita de garantías de que había perdonado por completo a Madeline estaba forzando sus niveles de estrés más allá de lo que creía razonable en lo que se suponía que era un día libre. Se dijo que lo que necesitaba era la tranquilidad de su ático, pero en realidad sentía un deseo imperioso

de hablar con Robin, a pesar de que no tenía ningún motivo concreto para hacerlo. Era el día en que su socia iba a hacer la mudanza, y ella debía de estar ocupada con sus padres; y dado que Strike no le había comentado lo del tatuaje que había visto en el torso de la víctima de la estación de Custom House, lo más probable era que Robin todavía no fuese consciente del peligro que corrían.

Una hora más tarde, Strike salió de la ducha de Madeline y vio que tenía una llamada perdida de Dev Shah. Y como en aquel momento casi cualquier cosa le parecía más apetecible que volver junto a Madeline para hablar de cómo iban a pasar aquella bonita mañana de primavera, fingió lamentarlo muchísimo, le dijo que necesitaba devolverle la llamada a Dev y se metió en el dormitorio.

—Hola —dijo Dev—. Noticias sobre Jago Ross.

—Cuenta —dijo Strike.

—Yo estaba merodeando por un camino junto a su casa de campo, fingiendo que arreglaba una rueda pinchada de mi bicicleta, y Ross ha salido en coche por la verja con sus tres hijas mayores y entonces se ha parado. La hija mediana se ha bajado del coche. Se había olvidado algo en la casa. Él se ha puesto a gritarle «¡Eres tonta del culo!» y cosas por el estilo. Me ha parecido que le importaba un cuerno que yo pudiera oírlo.

—¿Lo has grabado?

—Sí, me he puesto a grabar inmediatamente, pero el audio es bastante malo. Le ha dicho a su hija que volviese andando a buscar lo que se había dejado. Hay como medio kilómetro. La niña tenía un ojo morado.

—Me parece que ya sé algo de eso —señaló Strike—. Su hermana mayor ha estado compartiendo los detalles del fin de semana en las redes sociales.

—Ya. Pues mientras esperaban a que volviese la hermana mediana, él se ha puesto a gritarle a la mayor. Por lo que he podido oír, la chica estaba defendiendo a su hermana. Me ha parecido que él le daba una bofetada, pero en la grabación no se ve bien por el reflejo de los cristales del coche. Al final, ha aparecido la mediana con una bolsa. He fingido que iba a montarme otra vez en la bicicleta, pero sólo para colocarme en una posición mejor. Cuando ha vuelto la niña, él ha salido del coche, gritándole por haber tardado tanto. Ha abierto el maletero y ha tirado la bolsa dentro. Entonces, cuando la niña iba a sentarse en el asiento trasero, su padre le ha pegado una patada en el culo para meterle prisa. Eso lo tengo grabado, se ve perfectamente.

—Estupendo —dijo Strike—. Bueno, me refiero a que...

—No, si lo entiendo —dijo Dev, que parecía meditabundo—. Es un hijo de la gran puta. Si eso llega a pasar en una calle normal y corriente...

—En redes, la hija mayor dijo: «La gente como nosotros no puede acudir a los Servicios Sociales.» ¿Dónde estás ahora?

—En el coche camino de Londres, siguiéndolos. Normalmente, Ross lleva a las dos pequeñas con la madre y luego acompaña a la mayor a Benenden.

—¿Y dónde están los gemelos?

—Siguen en la casa, con la niñera.

—Vale. Muy buen trabajo, Dev. Seguramente su abogado alegará lapsus temporal de criterio y lo apuntará a un curso de gestión de la ira para anticiparse al juez, pero si conseguimos documentar un par más de incidentes como ése y establecemos un patrón de comportamiento…

—Ya —dijo Shah—. Bueno, si pasa algo, te informo enseguida.

—Gracias. Hasta luego.

Strike había mantenido esa conversación en camiseta y calzoncillos bóxer y, al colgar, se puso el pantalón sin dejar de pensar en Robin y en The Halvening. Cuando por fin tomó una decisión, adoptó una expresión adecuada, mezcla de pesar y fastidio, salió del dormitorio y fue al salón, donde estaba esperándolo Madeline.

—¿Hay algún problema? —preguntó ella al verle la cara.

—Sí —respondió Strike—. La mujer de uno de mis colaboradores se ha caído de una maldita escalera de mano. Se ha roto una muñeca.

El embuste le había salido de forma espontánea porque aquello le había pasado una vez a la mujer de Andy.

—Ostras. ¿Y eso significa…?

A Strike volvió a sonarle el móvil. Miró hacia abajo y vio el número de teléfono de Katya Upcott.

—Lo siento, esta llamada también tengo que contestarla. Voy a ver si puedo solucionarlo.

Entró otra vez en el dormitorio y aceptó la llamada.

—Strike.

—Ah, sí, hola… —dijo Katya con la voz un poco entrecortada—. Espero que no te importe que te llame por teléfono un domingo…

—No, en absoluto —dijo Strike.

—Vale. Es que ayer fui a ver a Josh, y sus médicos creen que dentro de una semana más o menos estará lo bastante recuperado para hablar contigo, si es que todavía te interesa entrevistarlo. Le limitan las visitas, y su padre y su hermana suelen ir entre semana, pero si pudieras organizarte para el sábado…

—El sábado me va bien —contestó Strike—. Déjame buscar un bolígrafo.

Encontró uno en la mesilla de noche de Madeline.

—Si quieres, podemos quedar en el hospital a las dos en punto. Es el London Spinal Cord Injury Centre. Creo que yo debería estar con él

cuando vayas, porque... Bueno, debería estar. Josh todavía está muy mal.

Tras anotar en su bloc los detalles de la planta en la que se hallaba Blay y las horas de visita, Strike, distraído, se guardó el bolígrafo en el bolsillo, se despidió de Katya y volvió con Madeline.

—Lo siento muchísimo. Necesito arreglar este lío. Me temo que voy a tener que ocuparme de la vigilancia de ese desgraciado.

—Mierda —soltó Madeline disgustada, pero Strike sabía que esta vez no iba a montar ningún numerito, porque ambos tenían fresco el recuerdo de su pelea en Bond Street—. Pobrecito. Y pobrecita ella también.

—¿Pobrecita quién? —preguntó Strike, que seguía pensando en Robin.

—La mujer que se ha caído de la escalerilla.

—Ah —dijo Strike—. Sí, claro... Bueno, a mí me ha fastidiado el domingo.

Siguió fingiendo pesar mientras cogía la chaqueta y la mochila. Madeline le puso los brazos alrededor del cuello y le dio un largo beso de despedida, y entonces, por fin, Strike pudo marcharse.

Recorrió toda la calle y llegó a la esquina antes de encender un cigarrillo. La llamada de Katya Upcott le había dado una excusa para llamar a Robin, así que pulsó en su número.

Ella contestó casi de inmediato

—Hola. Dame un segundo —dijo, y por su voz aguda y llorosa Strike supo en el acto que algo iba mal, y que ese algo era más grave que cualquier cosa que pudiese estar relacionada con una mudanza, por muy estresante que pudiese llegar a ser.

Varias posibilidades —que Robin se hubiese dado cuenta de que Suelas Rojas era, casi con toda seguridad, miembro del grupo terrorista de extrema derecha, o peor aún, que ya hubiera tenido lugar alguna acción de represalia sin que Strike se hubiese enterado— hicieron que el detective aguardara el regreso de Robin con inquietud, sobre todo porque oía, de fondo, una voz masculina y enojada.

—Ya está —dijo Robin; su tono seguía revelando que estaba al borde de las lágrimas—. ¿Qué pasa?

—Nada. ¿Y a ti, qué te pasa?

—¿Por qué lo dices?

—Me ha dado la impresión de que estás a punto de llorar.

—Ya, es que...

—¿Qué ha pasado? —dijo Strike, con mucha más contundencia de lo que habría querido.

—Es mi padre. ¿Te acuerdas de que tenían que venir anoche? Bueno, pues se desmayó cuando salía de su casa, justo antes de subir al coche. Mi madre lo llevó al hospital y le dijeron que había tenido

un episodio cardíaco, sin concretar más, y daba la impresión de que la cosa no era muy grave, pero acaba de llamarme hace cinco minutos para decirme que se lo llevan… —Strike se dio cuenta de que Robin estaba reprimiendo los sollozos— se lo llevan al quirófano. Lo siento… Seguro que se pondrá bien… Mierda, Strike, tengo que dejarte, tengo que mover el Land Rover…

Y colgó sin más.

60

Oh, dame al amigo de cuyo fiel y cálido pecho
sale un suspiro que responde al mío...

MARY TIGHE,
Un amigo fiel es la medicina para la vida

El padre de Robin había considerado que no valía la pena contratar a una empresa para hacer la mudanza. Casi todo el contenido de la casa que habían compartido ella y su ex marido se había vendido o se lo había quedado Matthew, como era el caso de la maciza cama de caoba en la que él la había engañado con Sarah, su actual esposa. Robin no había podido guardar en su habitación alquilada los muebles que había conservado, que ahora estaban en un guardamuebles. Al adquirir su nuevo piso, le había comprado al anterior propietario el sofá, las butacas y una cama de matrimonio para la que había encargado un colchón nuevo. Por lo demás, sólo necesitaba transportar unos cuantos muebles ya desmontados y embalados. Michael Ellacott le había asegurado a su hija que estaba perfectamente capacitado para ayudarla a cargar en la parte trasera del Land Rover los cachivaches que quedaban en el guardamuebles y ayudarla a subirlos al piso. Era un académico que se había criado en una granja y aún añoraba la satisfacción del trabajo manual, y Robin, consciente de haberse perdido las Navidades en familia, había decidido darle ese gusto.

Así que ahora, después de lo ocurrido, Robin tenía que sacar ella sola todo lo que había en el guardamuebles y meterlo en el Land Rover. Las primeras dos horas había estado demasiado ocupada para deprimirse o llorar, pero luego el desagradable y agresivo usuario del trastero contiguo se había puesto a renegar y a gritarle para que moviera el Land Rover porque él quería acercar más su furgoneta, y eso, sumado a la voz de Strike por el teléfono, había conseguido que Robin acabara derrumbándose. Tras cortar la llamada con su socio y mover el Land Rover para dejar sitio a la enorme furgoneta azul de su vecino, se metió en el trastero y se puso a llorar en silencio sentada en una caja de cartón llena de libros. Le daban ganas de abandonar la mudanza, subir al Land Rover e irse a Yorkshire a ver a su padre. Linda le había asegurado que se trataba de una intervención rutinaria, pero ella había detectado miedo en la voz de su madre.

Al final, Robin se recompuso y, sudando y haciendo grandes esfuerzos, siguió vaciando el trastero hasta que en la parte trasera del Land Rover no cupo ni un alfiler, y entonces puso rumbo a Walthamstow, con un retraso de tres horas respecto a lo que había calculado.

Linda volvió a llamar a su hija a las cuatro y media, y la sorprendió parada en un semáforo en rojo. Como el viejo Land Rover no tenía Bluetooth, Robin cogió el móvil y contestó.

—Ha ido todo bien —dijo su madre—. Le han puesto una endoprótesis vascular. Dicen que, si no hay ningún imprevisto, podrá volver a casa mañana.

—¡Oh, gracias a Dios! —El semáforo se puso en verde y, por primera vez desde que lo tenía, a Robin se le caló el Land Rover, con lo que se ganó los furiosos bocinazos del conductor que tenía detrás—. Lo siento, mamá... Tengo que dejarte, estoy en el coche... Te llamo dentro de un rato.

A pesar de que su lado más racional sabía que su padre ya estaba fuera de peligro, su lado más emocional seguía torturándola, y cuando por fin torció para entrar en Blackhorse Road todavía iba conteniendo las lágrimas.

Al llegar al aparcamiento que había al lado del edificio donde estaba su nuevo piso, vio a Strike esperando de pie junto al portal, con un tiesto con una planta en una mano y una bolsa de Tesco llena de comida en la otra. Era una imagen tan incongruente, y al mismo tiempo tan grata, que Robin soltó una risita ahogada que inmediatamente se transformó en un sollozo.

—¿Cómo va todo? —dijo Strike caminando hacia ella—. ¿Cómo está tu padre?

—Se pondrá bien —contestó Robin, tratando de contener las lágrimas—. Acaba de llamarme mi madre. Le han puesto una endoprótesis vascular.

Sintió el impulso de abrazar a Strike, pero la disuadieron el recuerdo de Madeline, su propia decisión de combatir cualquier sentimiento más allá de la amistad que pudiese inspirarle su socio y la conciencia de que estaba empapada de sudor. Se apoyó en el Land Rover y se secó las lágrimas con la manga.

—Son buenas noticias, ¿no? —dijo Strike.

—Sí, sí... claro... Es que ha sido una mañana horrible...

—¿Quieres que comamos algo antes de descargar el Land Rover? Porque yo no he comido y tengo hambre. ¿Tienes el hervidor de agua a mano?

—Pues sí —dijo Robin pasando del llanto a la risa—. Está en el coche, delante del asiento del pasajero, con unas tazas... Strike, no hacía falta que hicieras todo esto, en serio.

—Sujeta esto —pidió Strike, dándole la planta y la bolsa de Tesco; luego abrió la portezuela del Land Rover y sacó la caja donde estaba el hervidor.

—¿Cómo has sabido la dirección?

—Hace unas semanas me enseñaste la ficha técnica.

Esa prueba de que Strike no era ni tan despistado ni tan desconsiderado como a veces podría parecer amenazó con sumir a Robin en un llanto desconsolado, pero consiguió serenarse y, sorbiéndose la nariz con disimulo, lo guió por la puerta principal hasta un pequeño vestíbulo de ladrillo y, por consideración hacia la pierna de Strike, le propuso subir en ascensor hasta el segundo piso.

—Muy bonito —dijo Strike cuando Robin abrió la puerta del piso, agradable, luminoso y ventilado, algo más grande que el ático de Strike y en mucho mejor estado—. ¿Le has comprado el sofá al anterior propietario?

—Sí. Es un sofá cama. Pensé que podría ser útil.

Robin llevó la planta, que tenía unas grandes hojas verdes con forma de corazón, a la cocina.

—Me encanta —le dijo a Strike, que la había seguido con la caja de los artículos esenciales, entre ellos el hervidor, unas tazas, bolsitas de té, leche y papel higiénico—. Gracias.

—Me preocupaba que entrase en la categoría de «flores» —repuso Strike mirándola de reojo. Una vez, durante una discusión entre ambos, ella le había reprochado que siempre le regalara flores en lugar de cualquier otra cosa un poco más original. Robin se rio, y sus ojos se llenaron otra vez de lágrimas.

—No. Una planta no entra en esa categoría.

Strike llenó el hervidor y, al darse la vuelta, vio que Robin sacaba el iPad de su bolso.

—No me digas que vas a entrar en ese maldito juego —dijo mientras enchufaba el hervidor—. Joder, tómate un día libre, Robin.

—No, sólo quiero saber si han detenido a Bat... Espera... —Se interrumpió de pronto. Había entrado en el sitio web de BBC News—. Ya han publicado el nombre del chico al que empujaron a las vías.

—¿Y? —Strike se quedó inmóvil, con las bolsitas de té en la mano.

—Se llama Oliver Peach. Es... ¡guau! ¡Es el hijo de Ian Peach! Ya sabes, ¿no? Aquel excéntrico que se presentó a las elecciones para alcalde de Londres. El multimillonario.

—Sí, un loco de la tecnología —dijo Strike—. ¿Dicen algo de cómo está su hijo?

—No, sólo dicen que sigue hospitalizado. Su padre ha ofrecido una recompensa de cien mil libras a cualquiera que proporcione información relacionada con el agresor.

—¿Ha salido ya tu nombre? —preguntó Strike con un tono que pretendía ser despreocupado.

—No. —Robin se lo quedó mirando—. Oye, lo siento. Ya sé que fui...

—Valiente. Fuiste muy valiente —la cortó Strike.

Prefería no mencionar los temores que lo perseguían desde hacía veinticuatro horas. No era el momento adecuado.

—Vamos a comernos un sándwich y a tomarnos una taza de té —añadió—, y luego descargamos el coche.

—¿Seguro que estás en condiciones de...?

—No te preocupes, te dejaré cargar con lo más pesado.

Se comieron los sándwiches del supermercado de pie, en la cocina, y luego, mientras Strike bajaba al portal con su taza de té para fumarse un cigarrillo, Robin llamó otra vez a su madre para saber más detalles de la operación de su padre.

—Pero ¿y la mudanza? —preguntó Linda preocupada. Habían hablado largo y tendido sobre el estado de Michael Ellacott, y Robin se había alegrado de que su madre no minimizara su gravedad—. ¿Has podido aplazarla?

—La estoy haciendo ahora —dijo Robin—. Strike ha venido a ayudarme.

—Ah. —Linda consiguió cargar el monosílabo con una cantidad impresionante de sorpresa, curiosidad y desaprobación. Su desconfianza hacia Strike tenía unas raíces complicadas, pero las lesiones que había sufrido Robin trabajando para la agencia, sumadas al hecho de que el día de su boda había dejado a su novio plantado en la pista de baile para perseguir a su socio, eran sin duda las más profundas.

Robin decidió no mencionar que el día anterior había estado a punto de atropellarla un tren, algo de lo que sin duda su madre también habría responsabilizado a Strike. Con un poco de suerte, la preocupación de Linda por la salud de su marido la mantendría unos días alejada de la televisión y no vería las noticias.

Después de hablar con su madre, Robin bajó a la calle y empezó a subir sus cosas con la ayuda de Strike, cuyo afán de ayudar superaba sus temores acerca del daño que eso podía causarles a sus isquiotibiales.

—Te juro que en el guardamuebles no parecía que hubiese tantas cosas —dijo Robin, resoplando, al pasar junto a Strike en el rellano, cargada con la caja de los libros.

Strike, que también estaba sudando y jadeando, se limitó a gruñir.

Finalmente, alrededor de las ocho de la noche, el Land Rover estaba vacío y la mayoría de los muebles montados.

—¿Qué me dices de unas patatas fritas? —preguntó Strike

repantigándose en el sofá. Robin sabía que le dolía la pierna—. No podrás decir que esto es tu hogar hasta que hayas localizado la tienda de *fish & chips* más cercana.

—Ya voy yo —dijo Robin enseguida. Se incorporó y dejó a medias un pequeño estante para libros que estaba montando—. Es lo mínimo que puedo hacer. No sabes cómo te agradezco que…

—Estamos empatados. Tú hiciste más horas que un reloj cuando yo estaba en cama.

Se sacó un billete de diez libras del bolsillo.

—¿Puedes traer también unas cervezas, por favor?

—Claro, pero pago yo —dijo ella rechazando el dinero con un ademán.

Robin se dirigió al Bonner's Fish Bar y, una vez allí, tras pedir dos raciones de bacalao rebozado con patatas, entró distraídamente en *El juego de Drek* con su teléfono. Anomia no estaba. Después de saludar a un par de jugadores habituales, regresó a su piso nuevo, parando por el camino para comprar una botella de vino y seis latas de cerveza.

Cuando llegó a casa, Strike había terminado de montar el estante para libros.

—No hacía falta que hicieras eso —dijo Robin mientras dejaba su teléfono apoyado en una lámpara de mesa para poder seguir viendo el juego—. Descansa, en serio. Te lo has ganado… ¿Qué pasa? —añadió, porque Strike ponía mala cara.

El detective vaciló un momento y, finalmente, dijo:

—Han revelado tu nombre. Acabo de verlo.

—Oh… Mierda.

Robin le dio las latas de cerveza a Strike y fue a la cocina a buscar un sacacorchos.

Cuando regresó con una copa de vino, dijo:

—Lo siento muchísimo, de verdad. Ya sé que la cagué.

—Estabas intentando salvar una vida —dijo Strike, que ya había empezado a comerse las patatas con el tenedor de madera que venía en el envase y ya tenía una lata de cerveza abierta a su lado—. No se te puede culpar por eso. ¿Has vuelto a entrar en el juego? —añadió, señalando la pantalla del móvil de Robin.

—Sí —dijo ella, sentándose en una butaca e intentando que su voz no delatase su nerviosismo—. Deberíamos estar atentos a lo que hace Anomia. Midge está vigilando a Cardew, y Nutley a Pierce. Sería genial poder descartar a otro… Por cierto, ¿para qué me has llamado antes?

—Ah, sí. Katya Upcott dice que Blay está lo bastante recuperado para que vayamos al hospital a hablar con él. Le he dicho que iremos el sábado.

—Genial, entonces podremos… Un momento —dijo Robin

mirando fijamente la pantalla del móvil—. Ha llegado Anomia.

Dejó las patatas y cogió el teléfono.

Anomia: buenas noches, niños

Buffypaws: hola, Anomia!

—Sólo le hago un poco la pelota —explicó Robin—. Cuando estoy simpática, Anomia no se mete tanto conmigo ni me envía a sus lacayos si me quedo quieta...

Entonces mandó sendos mensajes a Midge y a Nutley: **Anomia en el juego, ¿veis a vuestro objetivo?**; luego volvió a concentrarse en la pantalla del teléfono, donde Anomia seguía hablando.

Anomia: Morehouse no ha aparecido?

AbirridoDrek: no

AbirridoDrek: echa a ese vago de mierda

Anomia: XD

AbirridoDrek: yo sé programar, puedo sustituirlo

Anomia: primero tienes que aprobar el examen de mod

Anomia: de hecho, ahora estoy reclutando a nuevos mods

Anomia: necesitamos sustitutos para LordDrek y Vilepechora

—¡Qué fuerte! —dijo Robin en voz alta. Antes de que formulase la pregunta, muchos otros jugadores ya lo habían hecho por ella.

Magspy7: cómo? esos dos se han ido?

WyrdyGemma: quéééééééé?

BlackyHartHart: joder, qué ha pasado?

Anomia: están despedidos

—Strike, mira esto —dijo Robin, sentándose a su lado en el sofá —. Anomia ha echado a LordDrek y a Vilepechora.

Inky4Ever: hostia puta, por qué los has echado?

Paperwhat: mierda qué han hecho?

AbirridoDrek: por qué coño los has echado chiqui?

Anomia: eran un par de mukfluks

Anomia: que os sirva de advertencia a todos

Dos mensajes de texto aparecieron simultáneamente superpuestos en la pantalla del juego:

Cardew en el pub escribiendo con el móvil
No veo a Pierce está en su casa

Robin hizo desaparecer los mensajes para poder seguir leyendo lo que Anomia les decía a los otros jugadores.

Dr3kBoy: pero eran graciosos

Anomia: creían que podían engañar al Gamemaster

Anomia: pero el Gamemaster lo sabe todo

LonelikGrl: XD cómo puedes saberlo todo?

Anomia: os tengo a todos pinchados

—«Os tengo a todos pinchados» —repitió Strike—. ¿Quién ha hablado últimamente de pinchazos?

—Tú —contestó Robin—. Dijiste que, si Gus Upcott fuese Anomia, habría podido instalar micrófonos en el piso de arriba de su casa.

—No —dijo Strike, que acababa de acordarse—. Fue en Twitter: Discípulo de Lepine.

—Ah, ya —dijo Robin con desdén—. Es repugnante. Aparece continuamente. Hay otro, Yo Soy Evola, que es igual de miserable, o peor incluso… Voy a dejar esto en marcha. Si entra Gusano28, le preguntaré qué ha pasado con LordDrek y Vilepechora.

Se sentó en la butaca, volvió a apoyar el móvil en la lámpara y cogió el pescado con patatas que no se había terminado. Entonces empezó a oírse música en el piso de arriba, y Robin miró al techo.

—Tu piso también debe de ser muy ruidoso, ¿verdad?

—Sí —dijo Strike abriendo otra lata de Tennent's—, pero yo ya

estoy acostumbrado. Puedes comprarte tapones para los oídos.

Robin no le contestó. Nunca usaba nada para bloquear el ruido por la noche, ni tapones ni auriculares, porque no se sentía segura si no podía oír si había alguien moviéndose en la oscuridad.

—Da la impresión de que, últimamente, Anomia no ha tenido acceso a tanta información privilegiada sobre *Un corazón tan negro*. ¿No te has fijado? —preguntó Strike.

—Quizá no haya gran cosa que saber. Dudo que en Maverick estén avanzando mucho con la película ahora mismo, y probablemente no están dispuestos a compartirlo. Al menos mientras Josh siga hospitalizado.

—Sí, tienes razón —dijo Strike—. Otra posibilidad es que, ahora que Edie está muerta, su fuente haya dejado de informar.

—Anomia sigue siendo muy grosero con Grant y Heather Ledwell —comentó Robin.

—Ya —dijo Strike—. Pero todo lo que sabe sobre ellos puede haberlo sacado directamente de la página de Facebook de Heather. Lo he comprobado: el único detalle que no habría podido sacar de allí es que la ex mujer de Grant tiene lupus...

—Mira, aquí está Gusano28 —dijo Robin de pronto, con los ojos fijos otra vez en la pantalla del móvil—. Espera, voy a preguntarle qué ha pasado.

Mientras Robin tecleaba, Strike estiró el muñón procurando contener una mueca de dolor.

—Cree que Anomia se ha librado de ellos para complacer a Morehouse —explicó Robin, leyendo la respuesta de Gusano28.

—¿Crees que Morehouse sospechaba que eran de ultraderecha? —preguntó Strike. Estaba deseando salir a fumar un cigarrillo, pero no le hacía ninguna gracia volver a bajar la escalera.

—Podría ser... —indicó Robin—. Oye, no me importa que fumes aquí, eh —añadió; había visto que Strike movía inconscientemente la mano hacia su paquete de tabaco—, pero abre la ventana, por favor.

—Gracias.

El detective se levantó e hizo lo que Robin le había sugerido, llevándose una lata de cerveza vacía para usarla de cenicero. Miró hacia abajo y vio que Blackhorse Road estaba transitada y bien iluminada, pero las porterías comunitarias siempre suponían un riesgo en materia de seguridad. Por otra parte, Robin acababa de mudarse: si alguien quería tomar represalias contra la agencia porque sospechaba que lo estaban vigilando, no le resultaría fácil encontrarla.

—¿Tienes alarma antirrobo? —preguntó después de encender el cigarrillo.

—Sí —contestó ella sin desviar la vista del juego.

—Y la puerta del piso se cierra con dos vueltas, ¿verdad?

—Sí —dijo ella distraída, porque seguía leyendo el texto de la pantalla de su teléfono—. Gusano dice que Morehouse creía que LordDrek y Vilepechora no eran «trigo limpio». Estoy intentando sonsacarle más detalles…

—Vilepechora… —repitió Strike—. Qué nombre tan raro. Pechora es un sitio, ¿no?

—Ni idea —dijo Robin.

—Sí —dijo Strike, que acababa de buscar el nombre en Google con su teléfono—. Es una ciudad de Rusia, y también hay un río con el mismo nombre. Y el Pechora 2M es un sistema de misiles tierra-aire. Antiaéreos de corto alcance.

Allí había algo que a Strike le resultaba familiar: una vez más, su subconsciente intentaba decirle algo.

—Vilepechora… —repitió.

Se puso el cigarrillo en los labios, buscó en su bolsillo el bolígrafo que se había llevado de casa de Madeline y escribió «Vilepechora» en el dorso de su mano izquierda. Tras mirar fijamente las letras escritas en su piel durante casi un minuto, de pronto exclamó:

—¡Mierda!

Robin levantó la cabeza.

—¿Qué pasa?

—¡Vilepechora es un anagrama de Oliver Peach!

Robin dio un gritito de sorpresa y Strike ya estaba buscando a la familia Peach en Google. El padre, que había ganado millones con su empresa tecnológica, había obtenido mucha publicidad gracias a su infructuosa candidatura a la alcaldía de Londres. Era un individuo de aspecto inconfundible, con una línea de nacimiento del cabello baja y predilección por los trajes con rayas anchas.

—Mierda —volvió a exclamar Strike—. ¡Son hermanos!

—¿Quiénes?

Robin se acercó también a la ventana. En la fotografía que había en la pantalla del teléfono de Strike aparecía Ian Peach flanqueado por sus dos hijos adultos, Oliver y Charlie, ambos morenos y también con la línea de nacimiento del pelo baja, como su padre. El más joven de los dos era, sin duda alguna, el que llevaba las zapatillas de deporte con la suela roja que se había caído delante del tren. El mayor vestía una chaqueta de pana, la misma que llevaba el hombre al que Strike había visto en el Ship & Shovell intentando reclutar a Wally Cardew.

61

¡Así ahuyentas a los fantasmas y limpias mi alma,
dulce hechicera, con mágicos hechizos!

MATHILDE BLIND, *A la esperanza*

Chats internos entre cuatro de los ocho moderadores de *El juego de Drek*

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**26 mayo 2015 22:02**>;

<**Cora invita a Anomia**>;

Cora: Anomia

>;

<**Anomia se ha unido al canal**>;

Anomia: qué hay?

Cora: has visto las noticias?

Anomia: Ha dicho algo Maverick de la película?

Cora: no

Cora: me refiero a esa mujer que ha bajado a las vías del tren para rescatar al chico que se ha caído

Cora: al lado de la Comic Con

Cora: ha salido en las noticias, seguro que lo has visto

Anomia: no he puesto las noticias, estaba ocupado

Cora: pues han publicado su nombre. Se llama Robin Elcott

Cora: y es detective privada

>;

Cora: no te enfades, por favor. No he dicho nada que pueda revelar quién eres.

Cora: puedes estar tranquilo, vale?

Anomia: no dirías una cosa así si fueses inocente, Cora

Cora: te lo juro, Anomia, no he dicho nada.

Anomia: entonces, por qué me dices que no me enfade?

Cora: bueno, fui a la Comic Con porque me contactó una mujer que dijo que era periodista y que quería escribir algo sobre Un corazón tan negro y mi libro y tal

Cora: cuando hablé con ella llevaba peluca, pero era ella, la reconocí por las noticias. era Robin Elcott

Cora: lo siento mucho, Anomia, parecía legal, tenía una web y había escrito artículos y todo

Cora: pero no le conté nada de ti

Cora: tampoco habría podido, porque no sé nada, no?

>;

>;

Anomia: mientes

Cora: te juro que no!

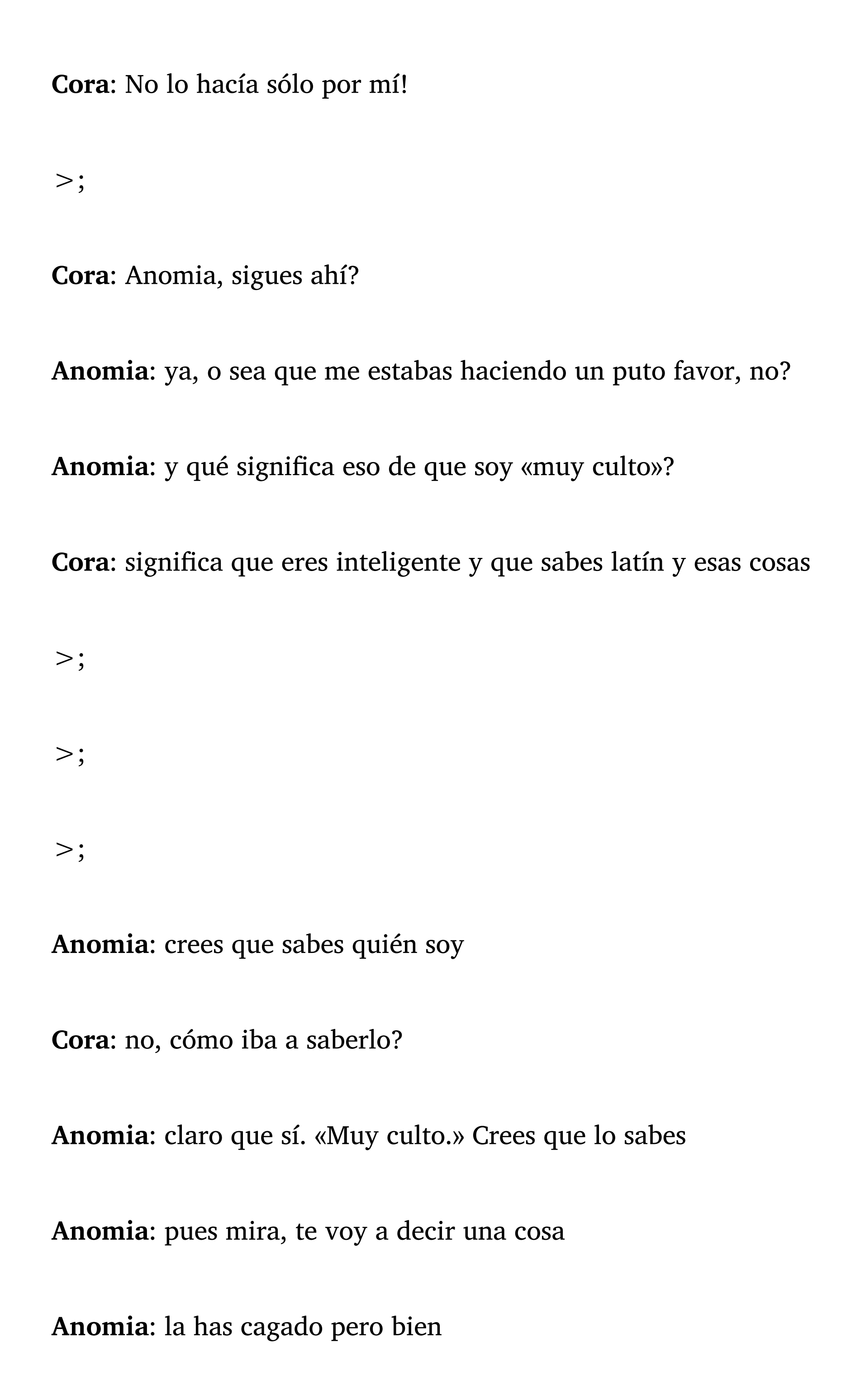
Cora: si me hubieses oído hablarle de ti, sólo le conté que eres un genio.

Cora: Sólo le dije que tienes un gran talento y que eres muy culto

Cora: no dije absolutamente nada privado ni que pudiese identificarte, te lo juro! Ni siquiera sé nada que pudiera comprometerte!

Cora: sólo pensé que sería muy bueno para nuestro libro si conseguía un poco de publicidad!

Cora: Y si el libro se vende mucho, mucha gente querrá entrar en el juego, no?



Cora: No lo hacía sólo por mí!

>;

Cora: Anomia, sigues ahí?

Anomia: ya, o sea que me estabas haciendo un puto favor, no?

Anomia: y qué significa eso de que soy «muy culto»?

Cora: significa que eres inteligente y que sabes latín y esas cosas

>;

>;

>;

Anomia: crees que sabes quién soy

Cora: no, cómo iba a saberlo?

Anomia: claro que sí. «Muy culto.» Crees que lo sabes

Anomia: pues mira, te voy a decir una cosa

Anomia: la has cagado pero bien

Anomia: puede que hayas engañado a la pasma y que se hayan creído que no has tenido ningún contacto con los putos terroristas, pero yo sé de qué vas. Sé quién te dio el dosier y sé que llevas meses mojando las bragas por uno de ellos. Si quisiera, podría meteros en la cárcel a los 3.

Anomia: si he cerrado el pico ha sido sólo porque no quería que cancelaran el juego. Pero si me has jodido la tapadera, haré que te encierren por terrorismo

Cora: Anomia, por el amor de dios, te juro que no he revelado quién eres, te lo juro, créeme.

Anomia: tienes que arreglar esto

Cora: ya, pero cómo?

Anomia: ya te lo diré

Anomia: y cuando te diga lo que tienes que hacer, lo haces, joder, a menos que quieras acabar entre rejas

<**Anomia ha dejado el canal**>;

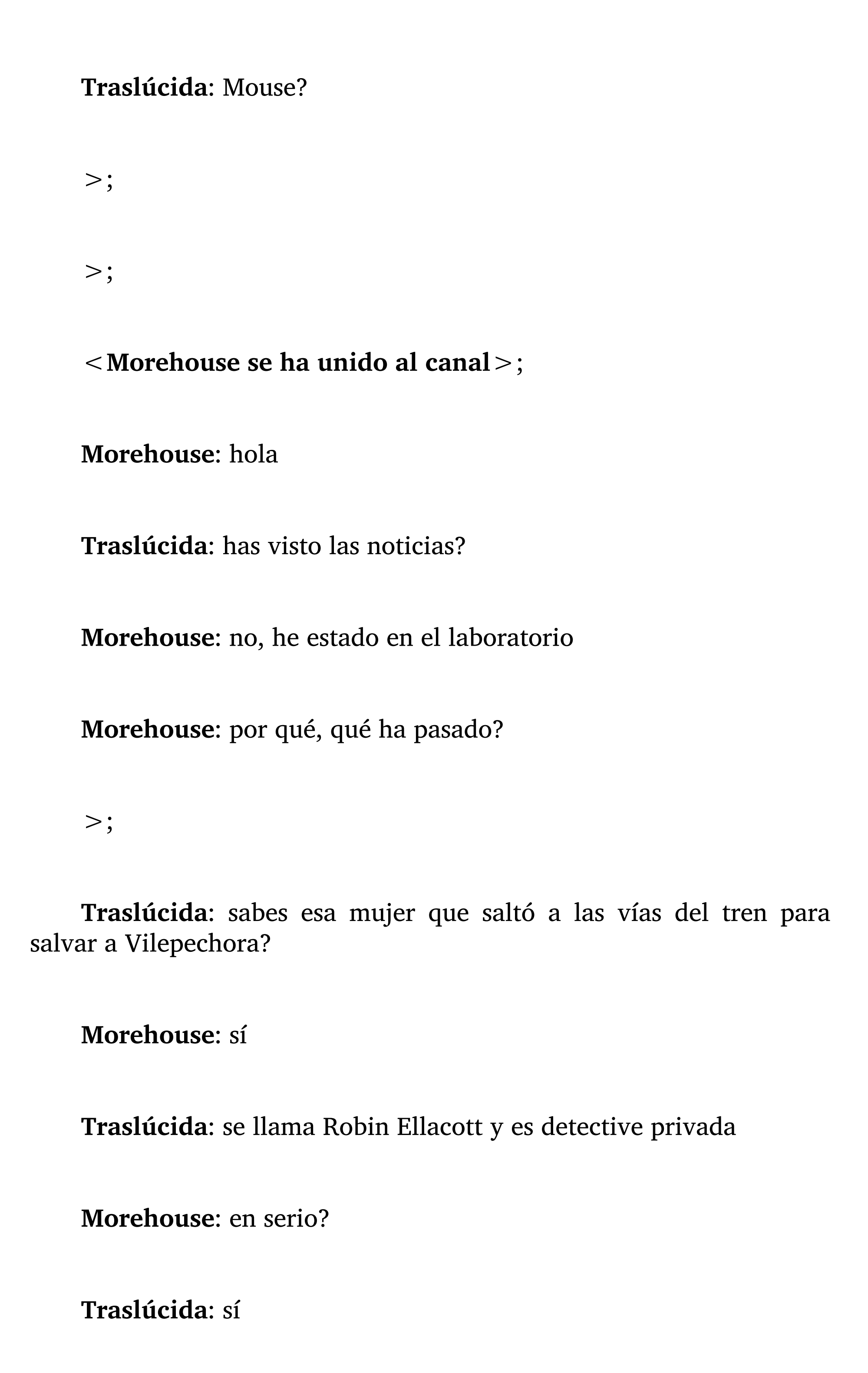
<**Cora ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**26 mayo 2015 22:07**>;

<**Traslúcida invita a Morehouse**>;



Traslúcida: Mouse?

>;

>;

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Morehouse: hola

Traslúcida: has visto las noticias?

Morehouse: no, he estado en el laboratorio

Morehouse: por qué, qué ha pasado?

>;

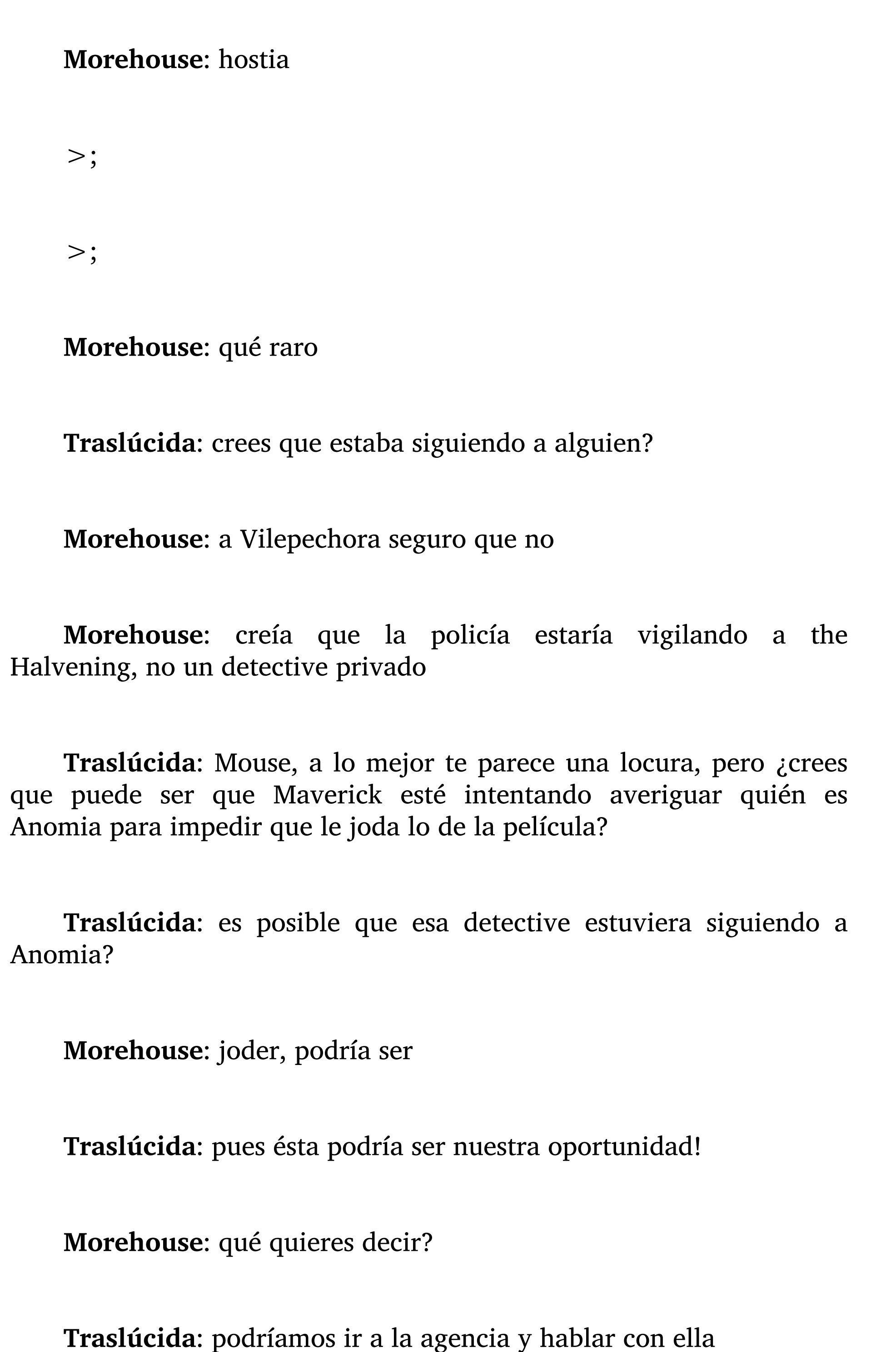
Traslúcida: sabes esa mujer que saltó a las vías del tren para salvar a Vilepechora?

Morehouse: sí

Traslúcida: se llama Robin Ellacott y es detective privada

Morehouse: en serio?

Traslúcida: sí



Morehouse: hostia

>;

>;

Morehouse: qué raro

Traslúcida: crees que estaba siguiendo a alguien?

Morehouse: a Vilepechora seguro que no

Morehouse: creía que la policía estaría vigilando a the Halvening, no un detective privado

Traslúcida: Mouse, a lo mejor te parece una locura, pero ¿crees que puede ser que Maverick esté intentando averiguar quién es Anomia para impedir que le joda lo de la película?

Traslúcida: es posible que esa detective estuviera siguiendo a Anomia?

Morehouse: joder, podría ser

Traslúcida: pues ésta podría ser nuestra oportunidad!

Morehouse: qué quieres decir?

Traslúcida: podríamos ir a la agencia y hablar con ella

Morehouse: dónde está?

Traslúcida: en Denmark Street, en Londres, lo he buscado

Traslúcida: no tendríamos por qué decir que creemos que ha matado a alguien

Traslúcida: podríamos decir que estamos cabreados porque está extendiendo mucha negatividad entre el fandom

Traslúcida: Si ella está intentando averiguar quién es Anomia, seguro que se alegra mogollón de conocernos. Y acabo de leer sobre su agencia. Trabajan con la policía, han resuelto casos de asesinato.

Traslúcida: Esto sería igual de positivo que ir a la policía, pero sin ninguno de los inconvenientes.

Traslúcida: no te parece?

Morehouse: supongo que la policía querría interrogarnos

Morehouse: creo que les interesará cualquier fan que tenga un comportamiento raro

>;

>;

>;

Traslúcida: pero no lo estaríamos acusando de haber matado a nadie

Traslúcida: sólo seríamos dos personas preocupadas a las que no les gusta lo que hace Anomia en las redes

>;

Morehouse: sabes qué?

Morehouse: has tenido una idea genial

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: el único inconveniente que veo es que, si ella nunca ha oído hablar de Anomia, seremos dos pirados que llegan de la calle, en mi caso rodando, para despotricar sobre un videojuego online

>;

>;

>;

>;

Morehouse: aunque, pensándolo bien, incluso si ella no sabe de qué coño le estamos hablando, estaríamos dejando claro que Anomia nos preocupa.

Morehouse: y dado que ya ha habido tres ataques relacionados con Un corazón tan negro, es posible que le pase su nombre a la policía, así que misión cumplida.

Morehouse: Nicole, eres un genio

>;

>;

Traslúcida: pero vendrás conmigo, no? No te irás a rajar otra vez, verdad?

Morehouse: no

Morehouse: además te necesitaría para llegar allí

Morehouse: pero es una mierda

Morehouse: cuándo quedamos?

Morehouse: tengo que entregar este puto trabajo

Morehouse: si no lo entrego dentro del plazo, voy a tener problemas

Traslúcida: y yo tengo exámenes, pero podemos hacerlo después.

Traslúcida: porque mira, si tenemos razón, Anomia ya se ha librado de todos los que le estorbaban

Traslúcida: quiero decir de todas las personas que él veía como un peligro para él o para el juego

Traslúcida: a quién más podría querer quitar de en medio?

<**Se ha abierto un canal privado**>;

<**26 mayo 2015 22:20**>;

<**Anomia invita a Morehouse**>;

Anomia: tienes un minuto, chiqui? >

>;

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Morehouse: hola, qué pasa?

Anomia: tenemos que hablar de nuevos mods ahora que LordDrek y Vilepechora están fuera

Morehouse: ya

Anomia: alguna idea?

Morehouse: AbirridoDrek no está mal

Anomia: sí, yo también había pensado en él

Morehouse: BlackyHartHart también entra mucho últimamente

>;

Anomia: me pone de los nervios

Anomia: sería como tener a otra Gusano28

Morehouse: ya, tienes razón XD

Anomia: qué te parece Buffypaws?

Morehouse: no he hablado nunca con ella

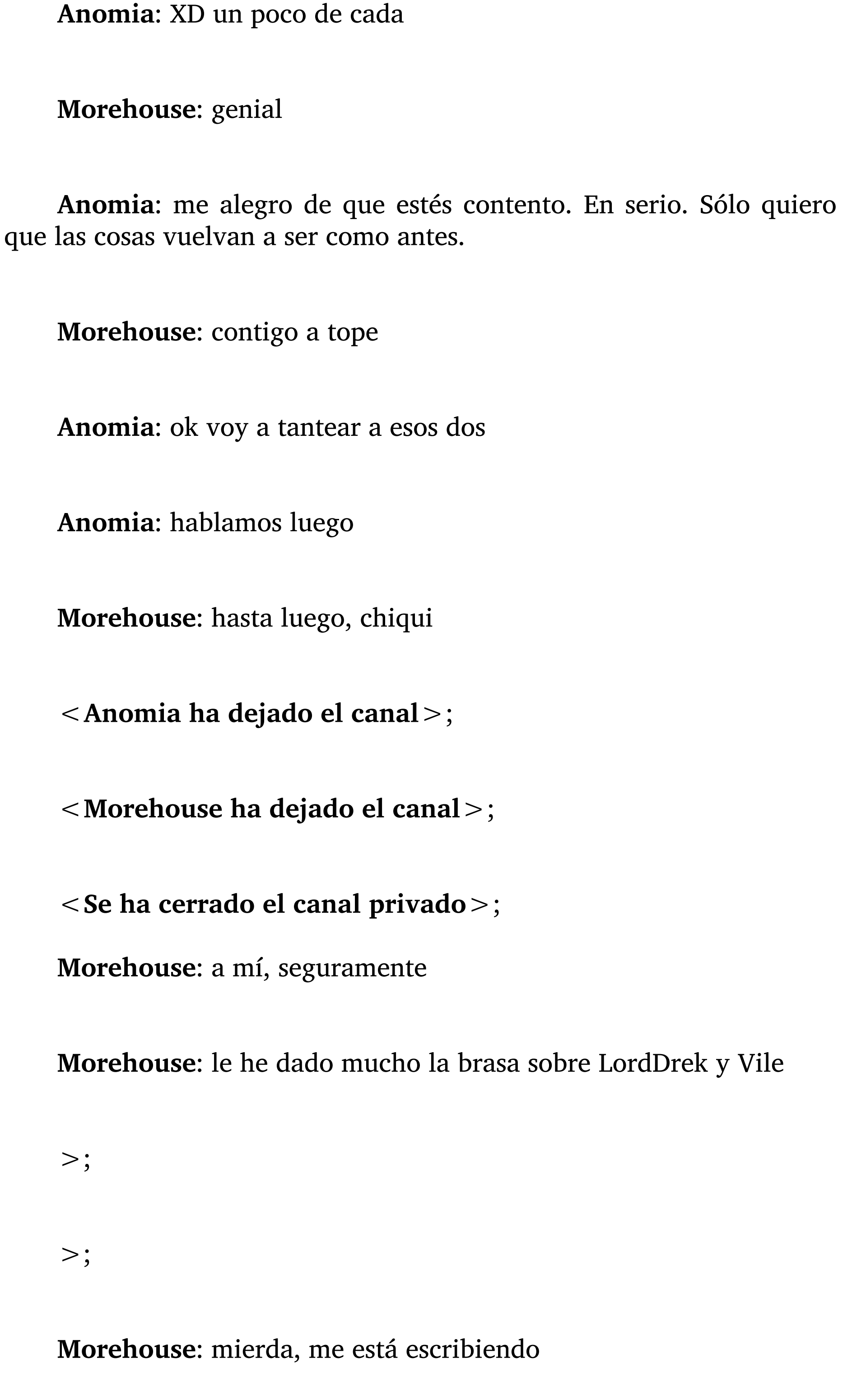
Morehouse: quieres que le diga algo, o lo haces tú?

Morehouse: a ti te hará más caso

Anomia: por qué me haces tanto la pelota de repente?

Morehouse: XD sólo estoy contento porque Vilepechora y LordDrek se han ido, chiqui

Morehouse: les has dicho por qué o sólo los has echado por sorpresa cuando menos se lo esperaban?



Anomia: XD un poco de cada

Morehouse: genial

Anomia: me alegro de que estés contento. En serio. Sólo quiero que las cosas vuelvan a ser como antes.

Morehouse: contigo a tope

Anomia: ok voy a tantear a esos dos

Anomia: hablamos luego

Morehouse: hasta luego, chiqui

<**Anomia ha dejado el canal**>;

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

Morehouse: a mí, seguramente

Morehouse: le he dado mucho la brasa sobre LordDrek y Vile

>;

>;

Morehouse: mierda, me está escribiendo

Traslúcida: mierda

Traslúcida: cuéntame qué te dice

>;

>;

>;

>;

Morehouse: dice que necesitamos nuevos mods

Traslúcida: finge que estás contento!

Morehouse: XD

>;

>;

Traslúcida: ha mencionado lo de Vilepechora y el tren?

Morehouse: no, está haciendo como si no supiera nada

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Morehouse: cuando se pone así empiezo a preguntarme si no nos lo habremos imaginado todo.

>;

>;

>;

>;

Traslúcida: yo llevo mucho tiempo tratando de creer que te equivocas

>;

>;

Traslúcida: pero me parece que no te equivocas

62

Él la abandonó, pero ella lo siguió.
Creyó que él no soportaría,
cuando ella dejó su hogar por él,
contemplar su sufrimiento.

LETITIA ELIZABETH LANDON,
Se sentó sola junto a su hogar

Cuando Strike llamó a Ryan Murphy para identificar a Oliver Peach como uno de los jugadores de *El juego de Drek*, y a Charlie Peach como la persona que había intentado reclutar a Wally Cardew, recibió por respuesta un fuerte «¡Joder!».

—¿Son amigos tuyos?

—Hace tres meses los interrogamos a los dos —dijo Murphy. Strike oyó un portazo y dedujo que el inspector se había movido para poder hablar con él en privado—. Los dos son miembros de la Hermandad de Ultima Tule. Supongo que la conoces, ¿no?

—¿Retiros odinistas y repatriación de judíos?

—Exacto, pero no hemos encontrado pruebas de que estén implicados en atentados con explosivos ni en ciberacoso. Así que estaban en ese maldito juego, ¿no?

—Oliver sí —dijo Strike—. De Charlie no estoy seguro, pero yo diría que también, porque dos moderadores fueron expulsados inmediatamente después de que Oliver se cayera a las vías, y esos dos moderadores parecían muy colegas, según lo que ha podido averiguar Robin.

—Tenemos a un jugador en ese juego desde hace semanas, pero no ha averiguado nada. Esa regla del anonimato funciona de puta madre.

—Sí, parece hecha a medida para terroristas —coincidió Strike.

Dos días más tarde, Murphy tuvo el detalle de llamar a Strike para ponerlo al día. Habían vuelto a interrogar al mayor de los hermanos Peach, Charlie, y le habían leído los derechos.

—Lo niega todo —explicó Murphy—. Nos ha entregado su ordenador portátil y su móvil, pero no hemos encontrado nada. Seguro que tiene otros mejor escondidos. El tipo será lo que sea, pero tonto no es.

—¿Alguien ha interrogado a Oliver? Supongo que es el eslabón

débil. Cometió una estupidez al utilizar un anagrama de su nombre.

—Sigue en el hospital, los médicos aún no nos han dejado hablar con él. Tuvieron que operarlo de urgencia para contener la hemorragia cerebral. El padre está que se sube por las paredes. No para de hablar de los amigos que tiene en las altas esferas y amenaza con emprender acciones legales.

—No me extraña —dijo Strike.

—Ese hombre es un bicho raro. Su mujer parece una momia. En fin, seguimos en contacto... He de reconocer que vuestra ayuda ha sido muy valiosa. Por cierto, ella está bien, ¿no? —añadió Murphy—. Se salvó por los pelos.

—¿Robin? Sí, está bien. Escondida en casa obedeciendo mis instrucciones.

—Probablemente sea lo más sensato ahora mismo —dijo Murphy —. Bueno, dale recuerdos de mi parte.

—Se los daré —dijo Strike, aunque nada más colgar el teléfono ese encargo se borró de su mente.

Tras la publicación del nombre de Robin por parte de los medios de comunicación, la oficina había recibido varias solicitudes para hacerle una entrevista sobre lo ocurrido en la estación de Custom House. Siguiendo las instrucciones de Strike, Pat respondió a todas las peticiones con la misma frase: «La señora Ellacott se alegra de haber podido ayudar en el rescate del señor Peach, pero no hará más declaraciones.» Pat tenía la voz tan grave que unos cuantos periodistas dedujeron que estaban hablando con Strike y decidieron insistir para que les diera su opinión sobre la concesión a Robin —y también a Mohammed *Mo* Nazar— de un premio civil al valor. A Strike no le sorprendió, aunque sí le desagradó, que fuese la fotografía de la mujer blanca, joven y guapa la que acaparaba la mayor parte de la cobertura del incidente por parte de la prensa sensacionalista. Sólo podía confiar en que el interrogatorio a Charlie Peach hiciera que el grupo terrorista suspendiera temporalmente sus actividades, e intentó olvidar, o como mínimo aparcar, su temor a posibles represalias.

Todo eso le resultó un poco más fácil cuando la agencia, que llevaba mucho tiempo esperando algún avance en los casos que tenía entre manos, tuvo dos golpes de suerte en un solo día, el miércoles.

En primer lugar, la asistenta de South Audley Street hizo otra concienzuda inspección en busca de material de vigilancia, y esta vez no tuvo ningún reparo en retirar la cámara negra con objetivo de ojo de pez que había colocado Strike. Como no encontró el mecanismo para apagarla, se la metió en el bolso y se la llevó a un restaurante, donde la esperaba Dedos Largos, discretamente vigilado por Nutley. Por si invitar a comer a la asistenta doméstica no fuese lo bastante sospechoso —dado que Dedos Largos sólo se relacionaba con otros

hijos de familias superricas—, el joven cogió el bolso de la mujer y, a fuerza de tantear en su oscuro interior, consiguió apagar la cámara sin que captara su rostro en ningún momento.

—Así que, como cabe suponer, ella también está metida en todo esto —dijo Nutley, con la arrogancia que le caracterizaba, cuando llamó a Strike para informarle de lo que acababa de pasar. Strike intentó no exasperarse por aquella declaración tan condenadamente obvia, un desafío al que no contribuyeron las siguientes palabras que Nutley pronunció—: Deberíamos ponerle vigilancia también a ella, ¿no?

—Buena idea —dijo Strike intentando no sonar demasiado sarcástico—. En fin, Nutley, te felicito. Ya era hora de que pudiésemos contarle algo al cliente.

Una hora más tarde, Barclay lo llamó desde Hampstead.

—Podemos descartar al chico de los Upcott.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Acabo de seguirlo a la farmacia y de vuelta a casa. No llevaba teléfono ni iPad, ni siquiera se ha sacado las manos de los bolsillos, y dice Robin que Anomia lleva una hora activo en el juego.

—Más oportuno imposible —dijo Strike, y pasó a contarle las noticias de la vigilancia de Dedos Largos que había recibido poco antes—. Así que le preguntaré al cliente dónde vive la asistenta y, si te parece, puedes vigilarla a ella a partir de ahora.

Esas novedades pusieron a Strike de un humor ligeramente más optimista, cosa que lo ayudó a sobrellevar su cita del jueves por la noche con Madeline. No le pasó desapercibido el detalle de que ahora pensaba en «sobrellevar» las horas que pasaba con ella, cuando, hacía apenas unas semanas, sus encuentros habían supuesto una agradable distracción en una vida dominada por el trabajo. Todavía disfrutaba con ella en la cama, pero por lo demás le costaba ofrecerle su atención, pues la mayor parte del tiempo estaba concentrado en asuntos que no podía o no quería compartir con su novia. Si Madeline notó ese ligero distanciamiento, no dio muestras de ello, y además seguía absteniéndose de beber alcohol delante de él.

El sábado por la mañana, Strike y Robin, que llevaban toda una semana sin verse, habían quedado en el garaje en el que él guardaba su BMW para luego ir al London Spinal Cord Injury Centre a entrevistar a Josh Blay.

El detective iba caminando bajo el sol primaveral hacia el sitio acordado cuando le sonó el móvil. Era una llamada desviada desde el teléfono de la oficina.

—Strike.

—Hola —dijo una voz grave y resonante, y por unos segundos Strike creyó que iba a oír la voz distorsionada de otra llamada

anónima aconsejándole desenterrar a Edie Ledwell—. Soy Grant Ledwell.

—Ah —dijo Strike, ligeramente sorprendido—. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Quería saber si había alguna novedad.

El tono era casi agresivo, como si el detective le hubiese prometido ponerlo al día y no hubiese cumplido su palabra. Teniendo en cuenta que Grant no era quien pagaba por los servicios de la agencia, Strike consideró que aquel tono de resentimiento, así como el hecho de que Grant lo hubiese llamado en fin de semana, indicaba un nivel de prepotencia que no estaba justificado por la diferencia de estatus entre ambos.

—Daba por hecho que Allan Yeoman y Richard Elgar lo estarían informando —dijo Strike.

—Con escasa frecuencia —dijo Grant—. Según tengo entendido, no ha habido grandes avances.

—Yo no diría eso —replicó Strike, más educadamente de lo que creía que el tono de Grant merecía.

—Bueno, me preguntaba si podría hablar con usted en persona. Han pasado un par de cosas que quiero comentarle y… en fin, como pariente más cercano de Edie, me gustaría saber qué está ocurriendo.

Recordarle a Grant que él no era su cliente habría satisfecho las ganas de Strike de poner a aquel hombre en su sitio, pero sentía curiosidad por enterarse de qué eran aquel «par de cosas», así que accedió a quedar con Grant el miércoles por la noche en el restaurante The Gun, en la zona de los Docklands, cerca de donde trabajaba el magnate petrolero.

Cuando Robin llegó, Strike aceptó agradecido que su socia se ofreciera a conducir, porque a él todavía le dolían los isquiotibiales.

Ya en el coche, le contó que Grant acababa de pedirle una reunión.

—Un poco insolente —dijo Robin—. Seguro que está mosqueado por lo que Anomia tuiteó anoche. Por eso te ha llamado hoy.

—Sí, podría ser eso —coincidió Strike.

Tras un período de relativa inactividad, Anomia había revelado a los fans que Maverick tenía pensado hacer un cambio muy importante en Blacky, el protagonista de la serie, en la película que estaban preparando.

Anomia
@AnomiaGamemaster

malas noticias, fans de ECN. Maverick quiere que Blacky no sea un corazón, sino un ser humano, y Grant y Heather se lo van a

permitir.

#cogeeldineroycorre @gledwell101

8:40 29 mayo 2015

El tuit había desencadenado una previsible explosión de ciberacoso por parte de los corazones negros, que habían acusado a los Ledwell de avaricia y traición y amenazaban con boicots y violencia física. También habían revelado el lugar de trabajo de Grant y copiado y pintarrajeado fotografías de la página de Facebook de Heather, y Discípulo de Lepine incluso había expresado su deseo de que el hijo que esperaban naciese muerto.

Robin, que había sido testigo de aquel estallido de ira en tiempo real, ya había entrado en la cuenta de Twitter de Grant y en la página de Facebook de Heather esa mañana. Ahora ambas eran privadas.

—¿Crees que es cierto que Maverick quiere convertir a Blacky en un ser humano? —le preguntó a Strike.

—Anomia casi siempre acierta con las novedades de *Un corazón tan negro*. Sea como sea, esto significa que sigue teniendo acceso a una fuente de información privilegiada.

Circularon un rato en silencio, hasta que Strike preguntó:

—¿Has leído el informe de Dev sobre Ross y sus hijas?

—Sí. Pobres niñas.

—Sí. Evidentemente, desde un punto de vista humano, no quiero que Ross lo vuelva a hacer, pero si lo hace, quiero tenerlo grabado. Un par de incidentes de ese tipo me darían una buena ventaja para negociar.

Robin se preguntó, aunque no lo dijo, cómo pensaba utilizar Strike aquellas imágenes en caso de que las consiguiera. ¿Se las llevaría directamente a Ross, o se las entregaría a Charlotte para ayudarla a ganar el juicio por la custodia?

El trayecto de una hora terminaba con un largo tramo de carretera bordeada de árboles. Poco después, Robin entró en el aparcamiento del hospital y vio, junto a la entrada, a un grupo de cuatro personas que parecían estar protagonizando un altercado. Cuando aparcó y apagó el motor, se oyeron las voces y los gritos, a pesar de que las ventanillas del coche estaban cerradas.

—¿Son Katya y Flavia? —preguntó Robin, mirando a través del parabrisas a la mujer de pelo castaño claro, que llevaba una holgada chaqueta gris.

—Sí —confirmó Strike mientras se desabrochaba el cinturón de seguridad sin apartar la vista del grupo—. Y las otras dos son Sara y Kea Niven.

—¿En serio?

—En serio. Parece que se están peleando por el derecho a visitar a Blay.

—Pero ¿para qué ha traído Katya a Flavia? —preguntó Robin. La niña, de apenas doce años, parecía profundamente desdichada.

—A lo mejor Íñigo cree que su hija vuelve a ser contagiosa.

Strike y Robin salieron del coche. Las voces de las tres mujeres se oían ahora más fuerte, pero como se gritaban unas a otras sin parar era difícil distinguir qué se estaban diciendo exactamente.

—¿Vamos? —dijo Strike, y, sin esperar una respuesta, caminó con decisión hacia el grupo de mujeres, intrigado por saber qué estaba pasando.

Robin lo siguió y, cuando llegaron a una distancia desde la que podían entender lo que decían las tres mujeres, Katya, que estaba roja de indignación, gritó:

—¡Él no quiere verla!

—¿Y tú qué coño sabes? —replicó Kea, apoyada en su bastón—. No eres ni su madre ni su mujer. ¡Id a preguntarle a Josh lo que quiere!

—¡Hemos venido desde Norfolk! —añadió Sara, que ese día llevaba un vestido de color magenta tan holgado como la chaqueta de Katya—. ¡Nos dijeron que ya podía recibir visitas!

—¡Pues antes de venir tendríais que haberme llamado a mí! —soltó Katya, furiosa—. Hoy ya tiene visitas concertadas con personas a las que sí quiere ver… ¡Mira, aquí están! —gritó triunfante, dándose la vuelta cuando los pasos de Strike y Robin la alertaron de su llegada.

—¡Dios mío, no! —exclamó Kea mirando a Strike—. ¡Él no!

Robin, que nunca había visto a Kea en persona, la observó con interés. La chica vestía unos vaqueros y un suéter azul claro, su melena castaño oscuro brillaba bajo el sol primaveral, y su cutis de porcelana y sus rojos labios estaban desprovistos de maquillaje. Tenía una mano apoyada en un bastón y con la otra sujetaba un sobre.

—Buenos días —dijo Strike mirando a Kea y luego a Sara.

—Dios mío… Dios mío… —balbuceó Kea rompiendo a llorar—. No me lo puedo creer…

Mientras Katya y Sara empezaban a gritarse otra vez, un hombre de escasa estatura, canoso y vestido con ropa quirúrgica de color azul, salió del edificio y les dijo con el ceño fruncido:

—Señoras, ¿les importaría bajar la voz, por favor?

Katya y Sara se callaron de golpe, avergonzadas. Tras fulminar con la mirada a cada una de las mujeres, el recién llegado miró con severidad a Strike, como si pensara que el único varón del grupo debería haber mantenido el orden allí, y volvió a entrar en el edificio.

—Josh está esperando al señor Strike —dijo Katya con un susurro lleno de rabia—. Así que ya os podéis largar de aquí.

Kea, entre sollozos, tendió la mano en la que tenía el sobre.

—¿Podrías… darle esto, al menos?

—No, no se lo voy a dar —dijo Katya, retrocediendo como si la carta fuese una pistola.

—¡Por el amor de Dios, no puede negarse a entregarle una nota! —dijo Sara acaloradamente.

—Por favor —gimoteó Kea, acercándose a Katya con ayuda de su bastón—. Por favor, dale mi carta.

—De acuerdo —cedió Katya, arrebatándole el sobre de malas maneras. Entonces se volvió hacia Strike y Robin y añadió—: ¿Vamos?

Mientras entraban detrás de Katya y Flavia por la puerta de cristal, Robin se dio la vuelta y vio que Sara y Kea caminaban lentamente hacia su coche. Sara puso un brazo sobre los hombros de su hija, pero Kea se escabulló.

—Qué cara más dura… —dijo Katya furiosa mientras enfilaba un pasillo, guiando a los demás hacia la habitación de Josh—. ¡Qué cara más dura tienen! Menos mal que yo estaba aquí y he podido…

—¿Has vuelto a coger un resfriado? —le preguntó Robin a Flavia en voz baja, al ver que la niña se sonaba la nariz.

—No —dijo Flavia—. Es que…

—Ha hecho una tontería tremenda —dijo Katya antes de que Flavia pudiese contestar—. A pesar de que le habíamos dicho que no lo hiciera.

—No ha sido…

—Flavia, te dijimos que no trajeras a ese cachorro a casa —la cortó Katya—. No quiero oír ni una palabra más sobre papá, ni sobre Gus, ni sobre perros, ni sobre injusticias, ¿me has oído?

—Siempre te pones de parte de…

—¡Flavia! —saltó Katya, volviéndose brevemente para mirar con severidad a su hija; luego le dijo a Strike—: He tenido que traerla conmigo. Íñigo estaba furioso.

Mientras Katya los guiaba hasta la habitación de Blay, claramente familiarizada con cada giro de la ruta, Flavia, en voz baja, dijo con resentimiento:

—Me paso el día yendo a los hospitales.

—¿Ah, sí? —dijo Robin, a quien iba dirigido ese comentario. Flavia y ella se habían quedado un poco rezagadas.

—Sí. Cuando Gus se puso fatal de la piel tuvieron que ingresarlo en el hospital, y al día siguiente papá se puso enfermo y también lo ingresaron. Pero en dos hospitales diferentes. Papá va a uno mucho mejor que el de Gus. Es privado. Gus suele ir al de la Seguridad Social.

Flavia bajó un poco más la voz y añadió:

—Era genial cuando los dos estaban fuera de casa.

A Robin no se le ocurrió ninguna respuesta apropiada a ese

comentario, así que no dijo nada.

—Podía ver lo que me apeteciera en la tele. Una vez vi un reportaje en las noticias sobre un hombre de Estados Unidos que hizo una matanza porque no encontraba a ninguna chica que quisiera acostarse con él.

—¡... Como si no le bastara con acribillarlo a cartas que a él le estresan muchísimo! —iba diciéndole Katya a Strike—. Encima tiene que presentarse aquí y...

—Yo quería hacer mi proyecto escolar sobre aquel hombre que mató a las chicas, pero mamá me dijo que no podía ser. Papá cree que es «repugnante» que mamá me dejara enterarme de esa historia... —Flavia entrecerró los ojos y clavó la mirada en la espalda de su madre—. Pero esa noche ella estuvo todo el rato hablando por teléfono con Josh, así que no se preocupó de lo que yo estuviese viendo por la tele.

Robin, que tenía la impresión de que Flavia era plenamente consciente de la imagen que estaba ofreciendo de su vida familiar, guardó un diplomático silencio. Un poco más allá, Katya iba diciendo:

—... Lo único que me preocupa es que algún día no voy a estar aquí y ella se las ingeniará para entrar como sea...

—Esta mañana papá y mamá se han peleado —dijo Flavia en voz muy baja y sin dejar de vigilar la espalda de su madre—, porque papá cree que es obvio quién es Anomia y mamá dice que no puede ser y que sólo lo dice por crueldad.

—¿En serio? —dijo Robin tratando de disimular su interés—. ¿Y quién...?

Pero se interrumpió de pronto, porque Katya se había parado en seco junto a una gran papelera situada en un rincón del pasillo. Con la rabia reflejada en su delgado rostro, rompió la carta de Kea por la mitad y la metió dentro.

—¡Ya está, se acabó! —dijo, y se puso de nuevo en marcha, con Strike a su lado y Robin y Flavia detrás.

—Creía que era ilegal manipular el correo —indicó Flavia.

—Mmm... Me parece que eso sólo se aplica a las cartas que pasan por la oficina de correos... —repuso Robin, cuyo cerebro trabajaba a toda velocidad.

Dio unos cuantos pasos más y entonces se detuvo.

—¡Maldita sea! —exclamó para que la oyeran Strike y Katya—. Lo siento, me he dejado las notas en el coche.

—Bueno, pues será mejor que vayas a buscarlas —dijo Strike volviéndose hacia ella.

—Sí. ¿En qué habitación está Josh? —le preguntó Robin a Katya.

—En la cincuenta y uno —indicó ella, todavía nerviosa—. Aunque sólo dejan entrar a dos personas en cada visita... No imaginé que ibais a venir los dos, y sabía que no les importaría que Flavia entrase

conmigo, porque sólo es una niña…

—Si prefieres entrar tú con Cormoran, yo puedo quedarme esperando fuera con Flavia —se ofreció Robin con la esperanza de que Katya estuviese de acuerdo, porque estaba muy intrigada por saber las teorías de Íñigo sobre la identidad de Anomia.

Katya también parecía estar a favor de esa idea, pero, tras mirar alternativamente a su hija y a Robin, y tal vez considerar las consecuencias de que su hija se fuera de la lengua, dijo:

—No, no puedo pedirte eso. Sería abusar de tu confianza. No, ya me quedo yo fuera con Flavia, pero primero entraré un momento con Strike, y así Josh sabrá que estoy por aquí si necesita algo.

—Vale, pues voy a buscar mis notas al coche y vuelvo —dijo Robin.

—¿Puedo ir contigo? —preguntó Flavia con entusiasmo, pero Katya se apresuró a decir:

—No, tú te quedas aquí conmigo.

Así que Robin dio media vuelta y volvió sobre sus pasos. La papelera en la que Katya había tirado la carta de Kea tenía una ranura parecida a la de un buzón y era lo bastante grande para meter la mano, pero por desgracia el pasillo no estaba vacío ni mucho menos: había personal médico y visitas que iban y venían. Robin se quedó merodeando por allí hasta asegurarse de que no la observaban; entonces se sacó el teléfono del bolsillo y lo coló por la ranura.

—¡Vaya! —dijo en voz alta fingiendo exasperación.

—¿Estás bien? —preguntó una enfermera que pasaba por el pasillo, empujando una silla de ruedas en la que iba sentado un paciente.

—Se me acaba de caer el teléfono en la papelera al tirar un papel —explicó Robin riendo, mientras introducía una mano por la ranura.

—Eso le pasó una vez a mi cuñado con un buzón —comentó la enfermera.

—No puedo… Llego a tocarlo, pero… —mintió Robin buscando a tientas en la papelera—. Vale, ya lo tengo…

Esperó a que la enfermera se alejara, y entonces sacó su teléfono y las dos mitades de la carta de Kea, todavía dentro del sobre roto, y se las guardó en la chaqueta. Luego volvió por el mismo pasillo hasta que encontró unos lavabos de señoras y entró. Tras encerrarse en uno de los cubículos, juntó las dos mitades de la carta y empezó a leerla.

Joshlings:

Espero poder verte hoy y darte esto en persona, porque no sé si tengo fuerzas para decírtelo todo cara a cara. Si te veo, seguramente me derrumbaré. Ya sé que es patético.

No sé si has recibido mis otras cartas. Estoy convencida de que, si

las hubieses leído, me habrías enviado algún mensaje. A lo mejor Katya las ha roto, y tú ni siquiera sabes que he estado intentando hablar contigo. Ya sé que ella me toma por el anticristo, ¿o eso es lo que me hace pensar mi baja autoestima?

Desde que pasó esto, casi no he podido comer ni dormir. Me quitaría la vida ahora mismo si con eso fueras a estar mejor. A veces pienso que debería hacerlo de todos modos. Y no lo digo para que te sientas culpable. Es que no sé cuánto tiempo podré seguir viviendo con tanto dolor.

El otro día hablé con un detective privado. Me dijo que querías que hablara con él, por eso lo hice. Fue tan agresivo que después me fui a casa y vomité, pero hablé con él porque tú querías que lo hiciera.

Sinceramente, creo que, si pudiésemos retroceder en el tiempo y tú entendieras un poco mejor mis circunstancias, nada de esto habría pasado. Todo se estropeó cuando te fuiste a vivir a North Grove. Anomia tiene que ser alguien de allí, por la cita de la vidriera y el dibujo robado y todo eso, pero tú nunca quisiste creerme cuando yo te decía que aquel sitio era tóxico por culpa de ella.

Circulan infinidad de rumores sobre tu estado. El detective se dedicó a intentar aterrorizarme durante toda la entrevista, así que a lo mejor también mentía y sólo me dijo que estabas paralizado para hacerme hablar. Espero que así sea, aunque fue horroroso oírselo decir y desde entonces tengo muchísima ansiedad, me encuentro muy mal y he empezado a autolesionarme otra vez.

No sé qué más decir, salvo que hace mucho tiempo que no me ves como soy en realidad porque estaba muy dolida y furiosa. Si molestas a un animal enjaulado el tiempo suficiente, al final te ataca, pero el animal no tiene la culpa, está claro.

Lamento muchísimo todo lo que te dije por teléfono aquella noche. Me puse tan contenta al ir a contestar la llamada y ver que era tu número... Pero luego, cuando me dijiste que al día siguiente habías quedado con ella, sentí que se me par-a tía el corazón. Me pareció cruel por tu parte llamarme para decirme que habías quedado con ella precisamente allí. Cualquiera habría sentido lo mismo que yo, pero yo nunca he deseado ni su muerte ni la tuya, eso sólo lo dije porque estaba muy dolida.

Espero que estés bien, de verdad. Pase lo que pase, y tanto si estoy viva como si estoy muerta cuando salgas del hospital, recuerda lo mucho que te quise e intenta acordarte de cómo soy en realidad.

Kiki

Robin leyó la carta dos veces, se la guardó en el bolsillo y salió de los lavabos. Cuando llegó frente a la habitación de Blay, encontró a

Flavia apoyada en la pared jugando con su móvil. Parecía malhumorada, aunque al ver a Robin se animó.

—¿Has ido a la papelera a coger la carta de Kea? —le preguntó.

—No —mintió Robin sonriente—. He ido a buscar mis notas.

—Tienes que esperar a que salga mamá, porque sólo dejan entrar a dos visitas a la vez —dijo la niña.

—Vale. Bueno, cuéntame. ¿Quién cree tu padre que es...?

Justo en ese momento se abrió la puerta y salió Katya.

—Ya puedes entrar —le dijo a Robin bajando la voz—. Me llevo a Flavia a la cafetería. Estaremos allí media hora, pero si Josh me necesita, me llamarás, ¿verdad?

—Sí, claro. —Robin abrió la puerta de la habitación de Josh y, antes de cerrarla, oyó que Flavia le decía a su madre:

—¿Por qué no podía quedarme con Robin?

—¡Cállate, Flavia!

63

Contemplad la agonía
en la cámara más recóndita del corazón,
donde se esconde el remordimiento...

FELICIA HEMANS, *Arabella Stuart*

La pequeña habitación, orientada al sur, estaba exageradamente caldeada, como suele pasar en los hospitales. En la mesita auxiliar había unas cuantas tarjetas de «mejórate pronto», y un globo de helio de color dorado, ligeramente desinflado, flotaba sobre ellas.

En los escasos minutos que llevaba en la habitación de Josh, Strike se había sentido transportado a Selly Oak, el hospital militar donde había recibido tratamiento después de perder una pierna en Afganistán. Josh Blay estaba sentado en una silla de ruedas, en pijama, con los pies enfundados en unas pantuflas azul marino recién estrenadas y con los antebrazos apoyados e inmóviles en los reposabrazos. Le habían puesto el teléfono delante, en una bandeja sujeta a la silla de ruedas. Su expresión retraída y ausente le resultó extrañamente familiar al detective: ya había visto aquella mirada perdida en otros hombres reconcentrados en su interior para acomodarse a su nueva y extraña realidad. Quizá Strike había ofrecido el mismo semblante cuando, tumbado de noche en la cama, acosado por el dolor fantasma de la parte inferior de la pierna que había perdido para siempre, había tenido que enfrentarse al fin de su carrera militar.

Los marcados pómulos de Josh, su mandíbula cuadrada, sus grandes ojos azules, sus cejas rectas y oscuras y su nariz y su boca de trazo elegante destacaban aún más, ahora que le habían cortado la melena. La luz implacable y deslumbrante del sol que entraba por la ventana, apenas difuminada por las cortinas de color crema, revelaba la reciente cicatriz de la traqueotomía en la base del cuello de Blay. Su rostro mostraba unas marcadas ojeras, y en sus ojos se apreciaba un brillo tenue que el detective atribuyó a la fiebre.

—Ésta es Robin, mi socia —dijo Strike mientras ella se sentaba en la otra silla de plástico, enfrente de Josh.

—¿Cómo estás? —saludó Robin.

—Bien —murmuró Josh.

—¿Has podido recoger las notas? —le preguntó Strike a Robin,

fingiendo ignorar lo que su socia había ido a buscar.

—Sí —contestó ella—, pero creo que no las necesitaremos.

—Muy bien —dijo Strike, y, volviéndose hacia Josh, añadió—: Perdona, ¿qué me estabas diciendo?

—Sí... Tengo algo de sensibilidad en el lado que está paralizado —explicó Josh despacio, como si las palabras pesaran mucho y tuviese que arrastrarlas desde una gran profundidad—. Pero el lado que puedo mover está como dormido. No noto nada. Los médicos me han dicho que quizá mejore un poco, pero que no... que no volverá a ser como antes...

—Ya, las lesiones neurológicas son raras —dijo Strike—. La inflamación tarda mucho en remitir. A mí la pierna no se me estabilizó hasta pasados dos años. Seguramente tardarás algún tiempo en saber qué funciones vas a recuperar.

Josh no dijo nada.

—Bueno... —prosiguió Strike sacando su bloc de notas—. Hablemos de Anomia.

—Fue él quien nos apuñaló.

Lo dijo con rotundidad, en un tono que no admitía réplica.

—¿Por qué estás tan seguro?

—Por lo que me susurró después —respondió Josh.

—«A partir de ahora me encargo yo de todo, no te preocupes» —citó Strike.

—Sí. Y también... —Josh inspiró hondo—. También me avisó de que iba a hacer algo, y yo no le hice caso.

—¿Cómo que te avisó?

—Está todo aquí. —Josh miró el teléfono móvil que estaba en la bandeja, pero no movió las manos ni los brazos—. La contraseña es seis, seis, siete, siete, cinco, dos. Si vas a «fotos», hay una carpeta titulada «Anomia».

Robin cogió el móvil, lo desbloqueó y buscó la carpeta.

—Lleva años enviándome mensajes directos a través de Twitter —continuó Josh—. Ed me aconsejó que lo bloqueara, y Yeoman también, pero a mí no me gusta que me digan lo que tengo que hacer, así que no lo bloqueé.

Miró a Strike con aquellos ojos azules y vidriosos.

—Soy así de gilipollas.

—Tampoco es tan grave —dijo Strike.

—Además, me creí todas las chorradas del dosier que me dio Yasmin —continuó Josh, que seguía mirando fijamente al detective, como si estuviese deseando que Strike lo condenara—. Toda aquella mierda de que Ed era Anomia.

—Todos los días hay montones de personas inteligentes que se creen cosas mucho más increíbles —repuso Strike—. Las personas que

prepararon ese dosier tienen mucha experiencia. Son muy buenos haciendo lo que hacen.

—Ya la tengo —dijo Robin, que había localizado la carpeta llena de capturas de pantalla.

Strike se acercó más a su socia para que ambos pudiesen leer los mensajes privados que Anomia le había enviado a Josh a través de Twitter, y las patas de la silla rechinaron sobre las baldosas del suelo.

Idea: Blacky tendría que empezar a matar otra vez
15 agosto 2012

Tendría que apuñalar a turistas en el cementerio. Giro divertido e imprevisible.
15 agosto 2012

Idea: que Traslúcida vuelva a quedar atrapada en su ataúd si se niega a tener una cita con Blacky.
12 septiembre 2012

Drek podría engañarla y encerrarla. Le daría un toque bromista al personaje. Y Traslúcida cosecharía la justa recompensa por su arrogancia.
12 septiembre 2012

Los Wyrdy-Grob se están volviendo muy aburridos. Idea: Lord WG tendría que enterrar a Lady WG para siempre. Encerrarla en el mausoleo y salir a buscar huesos frescos (< —frase ingeniosa)
4 enero 2013

Idea: nuevo personaje. El cerebro del dueño de Blacky se escapa de la tumba. Personaje maquiavélico, buen contraste con Blacky. Batalla continua entre los lados racional y emocional del asesino.
26 agosto 2013

Estás permitiendo que se pierda todo lo bueno que tenía esto. No te vendas. Cada vez está más claro que hacen falta nuevas tramas y nuevos personajes. Véanse mensajes anteriores.
20 enero 2014

Me necesitas. Yo sé lo que quieren los fans.
18 marzo 2014

Me necesitas si quieres recuperar a los fans, Josh.
22 mayo 2014

Idea: viejo vagabundo muere de un infarto en el cementerio y se convierte en un fantasma repugnante que compite con Blacky por Traslúcida. Ahora ella ve a Blacky con mejores ojos, pero él la rechaza.

29 julio 2014

Creía que eras menos obtuso que Ledwell, pero empiezo a temer que no.

19 septiembre 2014

Cada vez está más claro que en realidad no entiendes *Un corazón tan negro*, Josh. Te estoy ofreciendo ayuda para corregirlo y mejorarlo, y sería imprudente que la desaprovecharas.

1 octubre 2014

Idea: anuncias la marcha de Ledwell en un episodio de los dibujos animados. Haces que Anomia entre en los últimos segundos del episodio. Esto a los fans les fliparía.

29 octubre 2014

Anomia: un ser al que incluso Drek teme. Imagen: véase mi aspecto en el juego. Básicamente un ser vacío en el que desaparecen todos los personajes insatisfactorios.

29 octubre 2014

Has destruido todas tus pretensiones de ser héroe-creador. Estaba dispuesto a reconocerte el mérito por los gérmenes de lo que en las manos adecuadas podrían haber sido ideas interesantes. Ahora has traicionado al fandom y me doy cuenta de que me equivoqué al ofrecerme como colaborador. Sólo puede haber un Ἀρχηγέτης.

12 noviembre 2014

Entiende esto: un contrato para una película será el fin. Estás avisado.

10 febrero 2015

—¿Qué significa esa palabra en griego? —le preguntó Robin a Strike.

—Me parece que tiene que ver con los héroes fundadores —dijo Strike, que seguía revisando la lista de mensajes—. Griegos antiguos que fundaron asentamientos o colonias.

—El tono es interesante —dijo Robin.

—¿Te refieres al narcisismo latente en los mensajes? —preguntó

Strike, mientras los ojos febriles de Josh miraban alternativamente a los dos detectives—. Porque pretender que lo conviertan en un personaje del juego…

—Sí, eso es verdad, pero aquí el lenguaje es más intelectual, más adulto, ¿no? No hay palabrotas, ni bravuconería. Y que emplee esa palabra griega…

—Ya, estos mensajes encajan un poco mejor con el comentario de Yasmin de que se trata de una persona «culta», ¿verdad? —Strike miró a Josh—. ¿Esto es todo lo que te mandó Anomia?

—No. Hay otros mensajes que no me molesté en conservar. Pero eran más de lo mismo: ideas de mierda para los dibujos animados.

—¿Se los enseñaste a la policía?

—Sí.

—¿Y? —dijo Strike.

—Me parece que no se los tomaron muy en serio. Están obsesionados con ese grupo de extrema derecha.

—¿Podemos quedarnos una copia de los mensajes? —preguntó Strike.

Josh asintió, y Robin se envió la carpeta de los mensajes de Anomia a su teléfono.

—Katya dice que estáis intentando averiguar quién podía tener tanta información privilegiada —dijo Josh con voz monótona—. Yo no voy a poder ayudaros. No me acuerdo de quién sabía qué, ni en qué momento pudo saberlo. En los últimos cinco años, he estado la mayor parte del tiempo borracho o fumado… Los dos fumábamos mucha hierba. Ed a veces tampoco recordaba a quién le había contado las cosas… Se le metió en la cabeza que Anomia era Seb, porque ella misma le había contado que Traslúcida estaba basada en una antigua compañera de piso… Pero a mí también me lo había contado, al principio, cuando creamos el personaje, y probablemente se lo dijo a más gente… Tenía mala memoria —dijo Josh compungido, y Robin sintió una punzada de compasión casi dolorosa.

—Katya dice que durante mucho tiempo creíste que Anomia era Bram de Jong —continuó Strike.

—Supongo que después de leer esos mensajes pensaréis que soy idiota —dijo Josh—, pero Bram tiene un cociente intelectual de ciento cuarenta. Le hicieron un test en el colegio. A veces se comporta como si tuviese tres años, pero, si no fuera por su tono de voz, otras veces diríais que tiene cuarenta. ¿Sabéis lo de su madre?

—Sabemos que falleció —dijo Robin.

—La asesinaron —la corrigió Josh—. En Ámsterdam.

—Mierda —dijeron Strike y Robin a la vez.

—Sí… Era drogadicta y se prostituía para comprar drogas. Bram tenía unos seis años cuando ella murió. Su madre lo encerraba con

llave en su cuarto cuando llevaba a hombres a su casa. Un cliente la estranguló y se marchó del piso. Bram se quedó encerrado en su dormitorio… creo que dos días… Hasta que su tía se presentó allí, porque la madre no contestaba el teléfono, y encontró el cadáver y a Bram todavía encerrado.

—Madre mía —dijo Robin en voz baja—. Qué horror.

—Sí —convino Josh con pesar—. No me extraña que esté trastornado. Al principio, cuando me fui a vivir a North Grove, me resultaba gracioso, pero después de un tiempo… Creo que prendió fuego a mi habitación mientras yo dormía, el día antes de… de que pasara todo esto. Mariam me echó la culpa a mí, pensó que se me había caído un porro. Cuando me desperté estaba rodeado de gente que gritaba y tiraba agua por todas partes. Las cortinas estaban en llamas y Mariam no paraba de chillar… Yo había bebido mogollón de cerveza y había fumado mogollón, así que… bueno, no me enteraba mucho de lo que estaba pasando. Mariam me echó a patadas, y cuando me quedé fuera, a oscuras, até cabos y pensé: Bram. Era la típica cosa que él haría.

—¿Intentar matar a gente? —preguntó Strike observando con atención a Josh.

—No sé si realmente desea matar a alguien —contestó Josh con aquella voz monótona y desprovista de emoción—. Es como si sólo quisiera ver hasta dónde puede llegar. Supongo que Nils podría pararle los pies si lo intentara, pero pasa de él. Creo que en realidad no quería hacerse cargo de Bram. ¿Os ha contado Katya que, durante semanas, Bram estuvo espiándonos a Ed y a mí por un agujero que había en la pared de nuestro dormitorio?

—Sí —dijo Strike.

—Fue entonces cuando se me ocurrió que él debía de ser Anomia. Él… vio muchas cosas cuando vivía con su madre, ¿me explico? Cosas que un niño de su edad no debería haber visto. Está traumatizado y tiene la inteligencia de un genio, así que… Sí, durante mucho tiempo pensé que Bram era Anomia. Pero supongo que era la respuesta fácil.

Robin se dio cuenta de que Josh tenía la boca seca. Quería ofrecerle algo de beber, pero no se atrevía: Blay no sería capaz de sostener el vaso y tal vez se molestaría si ella se prestaba a ayudarlo.

—¿Por qué dices que era la respuesta fácil? —preguntó Strike.

—Bueno, supongo que… si Anomia era un crío trastornado incapaz de comprender el daño que estaba haciendo, eso descartaba a todos nuestros colegas. Pero no nos apuñaló Bram. Eso que dijo el agresor de que «se encargaría de todo a partir de ahora» era demasiado… Bram nunca habría dicho algo así.

—¿Por qué no? —insistió Strike.

Una vez más, Josh se quedó mirando fijamente al detective con la

mirada desenfocada, como si estuviera sumido en sus pensamientos.

—Si Bram le clavase un puñal a alguien —dijo finalmente—, sería por pura curiosidad. Para ver qué cara ponía la víctima, o para saber lo que se siente al matar a alguien… Lo haría por eso, no porque quisiera encargarse de nada. Bram no es creativo. Nils se queja mucho de eso: siempre le está diciendo que se siente y haga algo, o que pinte algo… Nils cree que el arte lo es todo.

—Pero durante años creíste que Bram podía estar acosando a Edie en las redes sociales, ¿no?

—Sí, pero eso… eso podía ser una especie de experimento. Como arrancarle las alas a una mosca sólo para ver hasta dónde podía joderla… Pero la persona que nos apuñaló… Cuando quieres encargarte de algo, quieres… crear, ¿no? Y Bram sólo quiere destruir.

—Entonces, mientras se producía el ciberacoso, tú creías que el único fin era ver sufrir a Edie, ¿no? —dijo Strike.

Hubo otra pausa y luego, como si de pronto saliera de su torpor depresivo, Josh le soltó:

—No hace falta que me digas que soy un mierda. Ya sé que tendría que haberla defendido…

—Yo no estaba insinua…

—Ya sé que tendría que haber mandado a la mierda a Anomia, que debería haberlo bloqueado. ¿En qué creéis que pienso ahora todo el puto día?

Antes de que Strike pudiera contestar, se abrió la puerta de la habitación y Katya asomó la cabeza con una tímida sonrisa en los labios.

—¿Va todo bien? —preguntó en voz baja.

—Sí —dijo Josh haciendo un esfuerzo.

—¿Quieres que te traiga algo, Joshy?

—No, estoy bien, gracias.

—Te veo acalorado —insistió ella—. ¿Abro la…?

—No —repitió Josh—. Estoy bien.

—Vale, pues te traigo un poco de agua con hielo —propuso Katya, y se retiró.

Josh, que estaba más colorado que cuando Strike y Robin habían entrado en la habitación, volvió a mirar a Strike. El detective continuó:

—Te aseguro que no te estaba culpando de…

—Sé lo que tendría que haber hecho —dijo Josh respirando con dificultad—. Ahora lo sé.

Katya volvió a aparecer con un gran vaso de agua con hielo del que salían dos pajitas.

—¿Quieres que te…? —dijo inclinándose para acercar el vaso a Josh y ayudarlo a beber. Pero él negó con la cabeza y contestó:

—Luego beberé un poco. Gracias.

Katya volvió a salir de la habitación.

—Katya se porta muy bien conmigo —afirmó Josh tras una breve pausa y un poco a la defensiva, como si quisiera atajar cualquier conversación sobre su relación con ella.

Strike señaló el vaso de agua.

—¿Quieres que...?

—No.

Hubo un silencio tenso que al final interrumpió Robin.

—La noche antes del ataque estuviste en casa de Katya, ¿verdad?

—Sí —dijo Josh—. Fui allí porque, cuando Mariam me echó, no llevaba dinero encima. Al subir por las escaleras despertamos a Íñigo... ¿Habéis conocido a Íñigo?

—Sí —contestó Strike.

—Supongo que os habrá dicho que soy un inútil, ¿no? Íñigo siempre ha creído que estaba destinado a ser un artista: pintor, músico, escritor... Lo que hubiese querido. Y está convencido de que habría triunfado si no se hubiera puesto enfermo. Y ahora su hijo tiene que hacer lo que él no pudo llevar a cabo. Por eso el pobre desgraciado tiene esa urticaria crónica. Y además...

Se interrumpió.

—¿Y además? —lo animó a continuar Strike.

—Nada importante... Hablo demasiado. Ed siempre decía que no tengo filtro. Estaba convencida de que Anomia se había enterado de todo por eso porque yo no sabía tener la boca cerrada. Y seguramente tenía razón. Pero yo odiaba que todo se hubiese vuelto tan... profesional. Al principio todo era diversión, y luego tuvimos que comportarnos de otra manera.

—¿En qué sentido?

—No lo sé... Ya no podíamos pedir a los fans que nos hicieran sugerencias, como en los primeros meses. El padre de una cría de doce años nos reclamó dinero. Decía que habíamos usado una idea de su hija, y no era cierto, ni siquiera habíamos visto su comentario... Todo se complicó, y muy deprisa.

—Bueno —dijo Strike con cautela—, nos interesan las personas más cercanas a vosotros, las que pudiesen conocer vuestras ideas y tener acceso a detalles de vuestra vida privada.

—Lo he pensado mucho —dijo Josh, con la vista clavada en la bandeja que tenía delante—. No puedo creer que ninguna de esas personas fuera capaz de hacerle eso a Ed.

—¿Sabes si alguien estaba resentido con ella?

—Bueno...

Josh se mordió la lengua y no terminó la frase. Strike pensó que aquel chico había tardado mucho en aprender a ser discreto.

—¿Edie le caía bien a Íñigo? —preguntó Strike, y Josh levantó la cabeza, sorprendido.

—Antes no iba a decir «y además Íñigo es Anomia» —contestó, casi sonriendo—. Iba a decir «y además trata fatal a Flavia».

—Sí, eso ya lo hemos visto —dijo Strike, satisfecho al ver que Josh estaba dispuesto a seguir hablando—. ¿Por qué crees que lo hace?

—Supongo que porque ella no hace nada para inflar el ego de su padre, mientras que Gus sí.

—¿Crees que Íñigo es fiel?

—¿Cómo?

—Ya me has oído —dijo Strike—. Si Íñigo tiene una amante, deberíamos incluirla en nuestra investigación. Es posible que ella se hubiera enterado de algunos detalles sobre la serie de dibujos y sobre Edie a través de él.

—Joder, entonces... Sabéis lo de su novia, ¿no?

—Cuéntanos lo que sabes, y veremos si nosotros ya lo sabíamos.

—Intento... Estoy intentando cambiar —confesó Josh—. Aprender a tener la boca cerrada. No quiero causar más problemas.

—Ahora no estás causando problemas. Nos estás ayudando a descartar sospechosos —repuso Strike—. ¿Cómo te enteraste de lo de su amante?

Josh titubeó un momento y, finalmente, dijo:

—Me lo contó Katya. Ella llevaba unos meses yendo a clase a North Grove y, de repente, Íñigo apuntó a sus dos hijos al mismo curso que hacía ella. Lo hizo para quedarse solo en casa. Se había liado con alguien a quien había conocido por internet... Esa mujer iba a su casa todos los jueves por la noche.

—Pobre Katya —afirmó Robin en voz baja.

—Sí... Fue Flavia la que descubrió lo que estaba pasando. Una noche llegaron a casa y Flavia vio pintalabios en una copa de vino que estaba en el escurridor, y Katya nunca se maquilla. La copa todavía estaba mojada, Íñigo acababa de lavarla. Supongo que por eso es tan cabrón con Flavia, porque ella lo delató... Su padre no la ha perdonado. Pero él ya no está con esa mujer, ¿verdad? De eso hará... tres o cuatro años. Le dijo a Katya que se había acabado.

—¿Qué sabes de esa mujer?

—Estaba casada, se llamaba... Mary, creo. Katya se... desahogó conmigo, me lo contó todo —dijo Josh un poco turbado—, y creo que Íñigo sabe que yo lo sé, por eso no me puede ver... No acabo de entender por qué Katya sigue con él, la verdad. Íñigo está forrado. Seguramente ella conseguiría un buen acuerdo de divorcio, pero está como atrapada, supongo... No le diréis a Katya que os lo he contado, ¿verdad?

—No, pero quizá tengamos que hablar del asunto con Íñigo —dijo Strike—. No te preocupes. Él no tiene por qué saber de dónde hemos sacado la información.

—Es un traidor hijo de puta —dijo Josh—. Y os lo digo yo, que soy hijo de un obispo...

Pero ese toque de ligero humor desapareció tan deprisa como había surgido.

—Supongo que soy un puto hipócrita por llamarlo «traidor». Yo tampoco soy ningún santo.

—¿Te refieres a Kea Niven? —preguntó Strike sin andarse por las ramas—. Supongo que ya sabes que circula la teoría de que ella es Anomia, ¿no? —añadió, sin mencionar, una vez más, que la fuente de esa teoría estaba sentada a su lado.

—Sí, algunas personas creyeron que era ella —señaló Josh sin alterarse—. Yo también me lo planteé, pero es imposible. Hubo un período muy largo, cuando Edie y yo estábamos juntos, en que Kea no habría tenido forma de saber nada sobre Ed ni sobre la serie de dibujos, y Anomia ya lo sabía todo.

—Kea visitaba North Grove a menudo, ¿verdad? —preguntó Robin.

—Sí, cuando yo me fui a vivir allí, porque todavía salíamos juntos. Ella no quería que me quedara. Creo que se sentía amenazada por todo aquel ambiente, y no le gustaba que Ed fuese... ¿Cómo decirlo? La chica que le gustaba a todo el mundo.

—¿A quién le gustaba Edie, concretamente? —dijo Strike, bolígrafo en mano.

—Pues... a Pez... Y yo creía que a Nils también, al menos un poco. Y a mí, claro. Kea se dio cuenta de que a mí me gustaba, y para ella era más fácil poner a parir a todo el equipo. Joder, cómo la cagué —añadió con la vista clavada en el suelo—. Ed siempre decía que yo nunca quiero joder a nadie, pero que, si vas a joder a alguien, es mejor decírselo a la cara que mentir... Tendría que haber dejado a Kea, y aun así seguí con ella un tiempo porque... porque soy un puto cobarde, supongo... ¿La habéis conocido?

—Sí —dijo Strike.

—¿Os ha contado que volvimos a salir un tiempo? ¿Después de que Ed y yo lo dejáramos?

—Sí, nos lo ha contado —contestó Strike.

—Eso fue una puta estupidez —dijo Josh en voz baja—. Una puta estupidez... No sé cómo se me ocurrió. Kea es un poco... La primera vez que lo dejamos, ella estuvo un tiempo acosándome y espiándome, así que yo ya sabía cómo era. ¿Cómo se me ocurrió volver a salir con ella? ¿A qué coño estaba jugando? Una noche entré en un bar de Camden y me la encontré allí. Yo sabía que no era una casualidad,

pero estaba borracho, me sentía desgraciado porque había cortado con Ed y… bueno, Kea es muy guapa.

—A todos nos ha pasado —aseguró Strike, acordándose fugazmente de Annabel. Ni él ni Josh advirtieron que Robin levantaba un poco las cejas.

—La segunda vez fue aún peor. Kea tenía celos de todo el mundo, y no paraba de repetirme que si volvía a dejarla se suicidaría. Durante cinco o seis meses intenté ser discreto, porque no quería que Ed se enterara. Sabía que Ed lo vería como… no sé, como la traición definitiva o algo así… No habría entendido que volviera a acostarme con Kea después de que hubiese dicho todas aquellas gilipolleces de que Ed había plagiado sus ideas.

—Kea asegura que tú confirmaste algunas de esas acusaciones cuando empezaste a salir con ella otra vez.

—No es verdad —dijo Josh mirando a Strike a los ojos—. Como mucho le dije que no sabía que las urracas pudiesen hablar antes de que ella me lo contara. Todo lo demás fue en plan: «Jura sobre la tumba de tu madre que nunca le hablaste a Edie Ledwell del corazón de Margaret Read.» Y yo le respondía: «No lo juro sobre la tumba de mi madre, pero no.» Tenía la puta manía de hacerme jurar sobre la tumba de mi madre. Cuando nos conocimos, descubrimos que teníamos eso en común: los dos habíamos perdido a un progenitor. Desde que estoy así, no para de escribirme cartas —continuó—. Dice que ahora se autolesiona y qué sé yo. ¿Qué cojones espera que haga?

»Cuando Ed descubrió que volvía a salir con Kea, nuestra relación se fue a la mierda. No podíamos hablar de nada sin decirnos el uno al otro lo hijos de puta que éramos. Y entonces, mientras yo buscaba la forma de cortar con Kea sin que ella se quitase la vida, Ed se tomó una sobredosis —dijo Josh con la mirada desenfocada y clavada en el suelo—. Me llamó por teléfono mientras todavía estaba tomándose paracetamoles con whisky. Me dijo que iba a estar fuera un tiempo y que quería que tuviese el pin de su móvil, porque había dejado algunas ideas guardadas allí. Arrastraba mucho las palabras y me di cuenta de que debía de haberse tomado algo.

—¿Te llamó para decirte que tenía ideas guardadas en el móvil mientras se estaba tomando una sobredosis? —preguntó Strike.

—Sí, sí —dijo Josh, como si ese comportamiento no le resultara nada extraño—. Vosotros no conocisteis a Ed. *Un corazón tan negro* significaba muchísimo para ella… Al menos por aquel entonces. Creo que hacia el final ya se había hartado de la serie, pero no soportaba la idea de que nosotros la estropeáramos cuando ella no estuviera. Seguramente pensó que, si no me decía dónde podía encontrar esas ideas, yo acabaría juntándome con Kea para seguir escribiendo.

Guardó silencio, volvió a fijar la vista en el suelo y continuó:

—Cuando se confirmó que se había tomado una sobredosis, fui al hospital e intenté verla, pero Ormond estaba montando guardia en la puerta de su habitación. ¿Lo habéis conocido?

—Sí.

—Me dijo que Ed no quería verme y estuvimos a punto de... bueno, a punto de llegar a las manos. Un enfermero nos separó y me pidió que me marchara. Esa noche me dio por pensar que Ormond era Anomia. Yo estaba colocado —dijo Josh con pesar—. En aquel momento tenía sentido. Pensé que Ormond quizá estaba presionando a Ed para convencerla de que necesitaba a alguien como él a su lado, un ex policía con un Ford Fiesta, ¿me explico? Y que cuando la tuviese medio engatusada, se presentaría en North Grove para sacarla de allí... Pero al día siguiente, cuando volví a estar sobrio, comprendí que eso era una gilipollez. ¿Cómo habría podido Ormond obtener toda esa información durante los meses previos, antes de conocernos?

»Lo llamábamos el «geógrafo» —continuó Josh—, porque es el típico capullo que está convencido de que ser capaz de leer un mapa es un logro descomunal. No nos enteramos de que enseñaba informática hasta que nos pidió que fuésemos a dar una charla a sus alumnos. Yo nunca entendí qué hacía en North Grove... Es el clásico manitas, ¿sabes? Sólo quería aprender a soldar.

—Hablemos de tu piso de Millfield Lane —dijo Strike—. ¿Kea tenía llave?

—No —respondió Josh—. ¿Por qué?

—¿Te ha dicho la policía que, después de que os apuñalaran, alguien se llevó el teléfono de Edie del cementerio y lo apagó en Hampstead Heath, muy cerca de tu piso?

—No —dijo Josh, vagamente sorprendido.

—¿Alguien más tenía llave del piso?

—Sólo había otra copia y la tenía la constructora.

—¿Llevabas la llave encima cuando te atacaron?

—No. Como he dicho antes, cuando me apuñalaron sólo llevaba encima el móvil. La llave todavía debe de estar en mi habitación de North Grove.

—Vale, es un dato importante —dijo Strike tomando nota—. Y dime, ¿cuándo rompiste con Kea por segunda vez, exactamente?

—Después de que Ed se tomara la sobredosis. Le dije a Kea que necesitaba tiempo para poner en orden mis ideas. Le supliqué que no publicara en las redes que habíamos vuelto a salir. Sabía que los fans pensarían que eso demostraba que la historia de Kea era cierta. Soy tonto del culo, ¿verdad? —dijo Blay con amargura—. ¿Por qué coño hice todo eso? ¿Por qué volví a salir con Kea? ¿Por qué me creí aquella mierda que me enseñó Yasmin?

—Todos nos arrepentimos de algunas cosas que hemos hecho —

aseguró Strike—. Todos.

—Ya, pero tú no has provocado la muerte de nadie —repuso Josh.

—Ni tú tampoco —replicó Strike.

—Yo sí —dijo Josh, y su demacrado rostro se tiñó ligeramente de color—. No bloqueé a Anomia, no defendí a Ed... Permití que continuaran insultándola, porque soy un cobarde de mierda. Soy débil. —Apretó los dientes—. No quería que los fans se metieran conmigo. No quise escuchar consejos de nadie, sólo de Katya, porque ella siempre me dice lo que quiero oír. Soy como el puto Bram, sólo que yo no le prendo fuego a la gente ni le lanzo piedras... Pero causo mucho más daño tratando de no complicarme la vida.

»No debería estar vivo. Yo era el que merecía morir, pero como llevaba una chaqueta de cuero, el cuchillo no llegó a clavarse hasta el fondo. Y además tengo una cosa que se llama *situs inversus*. Todos mis órganos están cambiados de lado, como en una imagen especular. Tengo el corazón en el lado derecho. Anomia creyó que me estaba clavando el puñal en el corazón, pero en realidad me atravesó un pulmón. Yo no sabía que por dentro lo tengo todo al revés, porque antes de que pasara esto nunca me habían hecho una radiografía. *Situs inversus*... Es la típica frikada que a Ed le habría encantado...

Robin pensó que tendría que haberlo visto venir: Josh rompió a llorar y agachó la cabeza. Empezó a moquear, pero como no podía taparse la cara con las manos ni inclinarse hacia delante, su cuerpo permaneció tan quieto como una figura de cera.

Strike se levantó, se acercó a la mesita auxiliar y cogió una caja de pañuelos de papel. Volvió a su silla y sacó un puñado de pañuelos de la caja.

—No —balbuceó Josh.

—Si quieres, puedes ahogarte en tus mocos —dijo Strike—, pero si te interesa ayudarnos a atrapar a ese hijo de puta...

—¿Te ayu...? —empezó Robin, incapaz de contenerse.

—No... —dijo Josh atragantándose—. Bueno, vale —añadió entre sollozos, y Strike le limpió la cara y la nariz con la misma tranquilidad con que habría limpiado un parabrisas. Luego tiró los pañuelos mojados a la papelera, volvió a sentarse y puso la caja de pañuelos en la bandeja, delante de Josh.

—Yo tengo la culpa de que Ed esté muerta... —Josh sollozó—. Soy el puto culpable de todo.

—La culpa la tiene el cabrón que os apuñaló a los dos —dijo Strike con firmeza—. No te hagas eso. Tú no eres el responsable de lo que ha pasado.

—Lo único... Lo único que quiero es vivir lo suficiente para ver cómo detienen a Anomia y cómo lo encierran en la puta cárcel. Y después... me quitaré de en medio.

—No, no vas a hacer eso —dijo Strike con calma.

—¡No me digas lo que voy a hacer o dejar de hacer! —le espetó Josh—. ¡Tú al menos puedes andar, joder!

—Y tú todavía puedes pensar y hablar. Dentro de seis meses podrías haber recuperado cierta movilidad. Al cabo de un año, podrían haber encontrado la forma de arreglar tu columna. La medicina avanza continuamente. Células madre, implantes de chips...

—Sí, pero mientras tanto...

—Vale, sin duda ésa es la parte más difícil, ¿no? Aceptar el presente. Tendrás que aprender a no pensar a largo plazo durante un tiempo.

—Si has venido a darme un puto sermón sobre los beneficios del *mindfulness* —replicó Josh con rabia—, eso ya lo hace el psiquiatra. Tengo que vivir el presente, ¿no? Pues no quiero vivir así. No quiero vivir. No me lo merezco.

—Tú no provocaste la agresión —dijo Strike con vehemencia—. Fue otra persona quien compró una pistola táser, un machete y, si no me equivoco, un disfraz con la intención de llevarse dos vidas por delante. Si necesitas motivación para no tirar la toalla, deberías tener presente que, cuando juzguen a ese hijo de puta, tú serás el testigo estrella, y si aun así necesitas una razón para seguir luchando, deberías recordar que fue a ti a quien llamó Edie cuando creyó que se enfrentaba a la muerte, porque todavía confiaba en ti para proteger lo que más le importaba en el mundo.

—Esos putos dibujos no me importan una mierda —dijo Josh rompiendo a llorar de nuevo.

—Pues deberían importarte —dijo Robin en voz baja—. Hace poco conocí a una fan a la que *Un corazón tan negro* le salvó la vida. Literalmente. Me contó que había decidido seguir viviendo sólo para poder ver la serie. Lo que hicisteis Edie y tú es extraordinario. Cormoran tiene razón: ahora tú eres el único que puede hacer lo que Edie habría querido que se hiciera. Ella no querría que te quitaras de en medio. Querría que hicieras lo que sólo tú puedes hacer.

—Ese hijo de puta se llevó el teléfono de Edie... —balbuceó Josh. Las lágrimas rodaban cada vez más deprisa por sus mejillas—. Allí es donde están todas sus ideas...

—Deja que nosotros nos ocupemos de encontrar ese teléfono —dijo Strike, sacando más pañuelos de papel de la caja mientras ayudaba otra vez a Blay—. Suénate la nariz y bebe un poco de agua.

Josh dejó que Strike le limpiase la cara y que Robin le acercase la pajita del vaso de agua a la boca. Cuando terminó de beber, Strike tiró a la papelera el segundo montón de pañuelos mojados y luego dijo:

—Necesito que me digas quién estaba al corriente de que Edie y tú habíais quedado en el cementerio ese día.

—Sólo Mariam —dijo Josh con voz ronca—. Cuando me llamó Edie, Mariam y yo estábamos hablando en la cocina. A Mariam le pareció buena idea que quedáramos para charlar. Pero es imposible que ella...

—¿Crees que alguien pudo oír vuestra conversación?

—No lo sé... Tal vez. Junto a la cocina hay una despensa muy grande. Pero yo no oí a nadie por allí.

—¿Quién más vivía en North Grove por aquel entonces?

—Nils y Bram.

—¿Crees que Mariam pudo contarle a Nils que habías quedado con Edie?

—Sí.

—Háblame de Nils.

—Está un poco... chiflado —dijo Josh—. Es un poco excéntrico. Nunca ves venir por dónde te va a salir. Está forrado. Su padre era un industrial multimillonario, y Nils heredó toda su fortuna... Siempre quiso dedicarse al arte, vivir en una comuna y practicar el poliamor... Mariam y él tienen una relación abierta. A veces Nils se acuesta con Freyja, otra residente de North Grove. Al novio de Freyja no parece importarle...

—Antes has dicho que a Nils le gustaba Edie.

—Sí, creo que sí, pero nunca se enrolló con ella.

—¿Y a ella le gustaba él?

—No mucho, y menos al final —dijo Josh—. Él es una especie de... libertario. Votó a ese cabrón tan estrambótico, Ian Peach, para alcalde de Londres.

Strike y Robin evitaron intercambiar una mirada.

—¿Cómo se las apaña Nils con los ordenadores? —preguntó Strike.

—Bien —dijo Josh—. La cosa tiene gracia, porque seguramente sería bueno con la tecnología, pero sólo le interesa el arte. Aun así, Nils no puede ser Anomia. ¿Por qué cojones iba a hacernos esto? ¿Por qué iba a hacerle eso a Edie?

—Sólo estamos hablando de personas que podían estar al corriente de que ibais a veros en el cementerio —repuso Strike—. Veamos: Mariam, Nils y Bram. ¿Se te ocurre alguien más que estuviera por allí?

—Freyja, Al y Star no estaban, habían ido a ver a unos amigos... Pero supongo que Pez sí estaba por allí —dijo Josh, y su semblante se endureció—. Vino a verme la semana pasada. Me alegré de verlo, porque Pez siempre me ha caído bien. Pero me dio la impresión de que no había venido a... Bueno, me dijo claramente lo que quería: que le consiguiese un papel en la película, así que... —Josh tragó saliva—. Fue muy raro, la verdad. Empezó a decirme que él sabría imitar mi

estilo artístico y cosas así…

—¿Crees que Pez podría haber estado en la despensa cuando tú hablabas con Mariam? —preguntó Strike—. ¿Al otro lado de la puerta de la cocina o al otro lado de la ventana?

—Supongo que sí. Pero Pez tampoco puede ser Anomia, qué va…

—Recuerda que seguimos hablando de personas que podían estar al corriente de que os ibais a ver en el cementerio —insistió Strike—. ¿Quién más?

—Bueno… —dijo Josh pensativo—, la verdad es que en North Grove no para de entrar y salir gente, ésa es la gracia. Estudiantes, gente que va a ver la tienda… Ah —dijo de pronto—, también está la chica que ayuda en la tienda, Zoe. Una chica muy bajita y delgada con un brazo lleno de tatuajes. Supongo que ella habría podido esconderse en un rincón.

Mientras Strike anotaba ese nombre como si fuese la primera vez que lo oía, Robin dijo:

—Josh, ahora que comentas eso de que en North Grove entra y sale gente continuamente… ¿Sabes algo de un dibujo que alguien se llevó de allí?

—¿Te refieres a mi dibujo? —preguntó Josh, sorprendido—. ¿El del vampiro? ¿Kea te ha contado que lo robaron?

—Sí —dijo Robin. Estrictamente hablando, no era mentira: acababa de leer lo del robo en la carta de Kea.

—Pues sí, eso fue cuando los de Maverick nos pidieron que creásemos más personajes para la película. Yo quería incluir al vampiro. Se decía que en los años setenta había un vampiro de verdad en el cementerio. Edie creía que lo del vampiro estaba muy visto, pero yo insistí en dibujarlo para que viese cómo me lo imaginaba. Quería que fuese un vampiro inepto, que intentaba matar a turistas pero nunca conseguía suficiente sangre para seguir sobreviviendo, y por eso era como débil y enclenque…

—¿Anotaste algo en el dibujo para explicar cómo te imaginabas al personaje? —preguntó Robin.

—Sí. En el dorso de la hoja. Pero me dejé el borrador abajo, en una de las aulas de dibujo, y desapareció.

—¿Cuándo pasó eso?

—No me acuerdo muy bien. Fue el año pasado. Era cuando Kea y yo salíamos juntos, la segunda vez. Se lo conté a ella porque me cabreaba mogollón que alguien se lo hubiese llevado. Desapareció una noche en la que había clases, de modo que habría podido ser cualquiera. Un alumno, alguien que hubiese ido a recoger a alguien… Cuando hay muchas clases el mismo día, aquello parece una batalla campal, no para de entrar y salir gente. Tendría que haberme llevado el dibujo arriba.

—Vale, gracias —dijo Robin anotando algo en su bloc—. Y hablando de nuevos personajes, ¿te comentó Edie que estaba planeando incluir dos nuevos personajes en la película? Phillip Ormond dice que a él se los describió con todo detalle.

—Me contó que se le habían ocurrido un par de ideas, pero no llegó a explicarme en qué consistían. No le gustaba hablar de proyectos hasta que los tenía bien elaborados en su cabeza. Pero quizá no hacía lo mismo con Ormond... Lo normal sería que él me lo hubiera contado, si es verdad que quiere ver las ideas de Edie en la pantalla. Pero ese tío me odia, no me contará nada.

«Y si te las revelara a ti, él no podría rentabilizarlas», pensó Robin.

—Así que el día antes del ataque saliste de North Grove por la noche —continuó Strike—, y no llevabas dinero encima, pero sí el móvil y el dosier que te había entregado Yasmin, ¿no?

—Sí.

—Y, una vez fuera, llamaste a...

—Kea —dijo Josh compungido—. Sí. Por error. Estaba borracho, y su nombre figura justo debajo del de Katya en mi teléfono. Le dije que al día siguiente había quedado con Edie en el cementerio y que necesitaba un sitio donde pasar la noche, y entonces Kea se puso a gritarme y me di cuenta de que no estaba hablando con Katya, sino con ella.

—¿Estás seguro de que le dijiste a Kea dónde habíais quedado? —preguntó Robin.

—Sí, porque eso fue lo que la enfureció. Que la llamara y le diera los detalles de mi «cita» con Edie. Además, cuando salíamos juntos, la primera vez, Kea y yo hicimos una de esas visitas guiadas por la parte antigua del cementerio. Por eso le sentó tan mal que después fuese allí con Edie y que hablara de ello en las entrevistas.

—¿Crees que alguien pudo oír que llamabas por error a Kea? —preguntó Strike—. ¿Recuerdas si había alguien cerca en la calle? ¿Si te siguió alguien o si alguien pasó por tu lado?

—No que yo recuerde... —dijo Blay—. No vi a nadie, pero iba muy colocado.

—¿Hablaste con alguien más mientras ibas a casa de Katya, por teléfono o en persona?

—No.

—Dices que despertaste a Íñigo al entrar en casa de los Upcott. ¿Le contaste lo que ibas a hacer al día siguiente?

—No, se cabreó mucho cuando me vio allí. Me fui derecho a la habitación de invitados y me acosté.

—¿Y a la mañana siguiente?

—Se lo conté todo a Katya. Incluso le enseñé el dosier.

—¿Podía oír Íñigo lo que decíais desde donde estaba?

—No, él estaba arriba. Katya y yo estábamos abajo, en la cocina.

—¿Quién más había en la casa?

—Flavia estaba en el colegio, y Gus en su habitación.

—¿Pudo haber oído Gus vuestra conversación?

—No. Tenía la puerta de la habitación cerrada. Lo oíamos practicar.

—¿Hablaste con alguien más antes de irte de casa de los Upcott?

—No —dijo Josh—. No hablé con nadie más hasta que… —Se puso muy pálido; el color desapareció hasta de sus labios y se le acentuaron las ojeras—. Hasta que me desperté en el hospital con la cabeza afeitada.

—¿Podrías contarnos lo que recuerdas del ataque? —preguntó Strike.

Josh volvió a tragar saliva.

—Llegué con retraso, como siempre. Iba corriendo porque temía que Ed se marchara. Siempre se cabreaba conmigo porque yo llegaba tarde a todas partes…

Intentó decir algo más, pero no consiguió articular ningún sonido. Después de aclararse la garganta, continuó:

—Me dirigí al sitio donde habíamos acordado encontrarnos. Era el mismo sitio en el que estuvimos fumando hierba el día que a Ed se le ocurrió la idea de los dibujos.

—¿Dónde está exactamente?

—En una zona del cementerio en la que está prohibido entrar. Queda apartada del camino y hay algunas tumbas en mal estado. Debíamos encontrarnos cerca de una tumba que a Edie siempre le había gustado. Tiene un pelícano. Justo detrás de esa tumba, desde los caminos de ambos lados nadie podía vernos porque el terreno está como hundido.

—¿Te cruzaste con alguien cuando ibas hacia allí?

—Vi a un tipo corpulento inclinado sobre una tumba decorada con la estatua de un ángel dormido. Debía de trabajar allí. Yo llegaba tarde e iba corriendo. Y entonces oí que alguien venía corriendo detrás de mí.

—¿Cómo eran los pasos?

—Rápidos. No muy ligeros, pero tampoco lo bastante pesados para ser los del tipo al que acababa de ver inclinado sobre la tumba. La policía me lo preguntó. El tipo al que vi era alto y robusto.

»Y justo en ese momento noté una especie de… Fue como si un caballo me hubiese dado una coz en la espalda. Caí de bruces al suelo. Y entonces él… me clavó el puñal en la espalda y en el cuello. Sentí un dolor que no… no puedes imaginar… Y entonces me quitó el teléfono del bolsillo y el dosier… El dosier que yo había llevado conmigo… Y

dijo eso de «A partir de ahora me encargo yo de todo...». Luego se marchó corriendo y, después de eso, ya no recuerdo nada más hasta que me desperté en el hospital. No me acuerdo del tipo que me encontró en el cementerio, ni de la ambulancia, ni de nada... Me desperté con la cabeza afeitada y... así.

Volvió a abrirse la puerta, y vieron a Katya, a Flavia y a una enfermera menuda y rubia.

—Lo siento —dijo la enfermera—, pero la visita se ha terminado.

—Vale. ¿Puedo hacer una última pregunta antes de que nos marchemos? —preguntó Strike.

—De acuerdo, pero sólo una —contestó la enfermera, y se retiró, llevándose a Katya y a Flavia con ella.

Strike esperó a que se cerrase la puerta y se volvió hacia Blay.

—El tipo al que viste cuando ibas a reunirte con Edie, el que estaba inclinado sobre la tumba del ángel dormido, ¿era calvo?

Josh abrió la boca y se quedó ensimismado, tratando de recordar la última vez que su cuerpo joven y sano se había movido con total libertad.

—Creo... creo que sí. Sí, era calvo.

—Nos has ayudado mucho, Josh. —Strike cerró su bloc de notas y se levantó—. Te mantendremos informado de nuestros progresos.

—¿Cómo sabías que era calvo? —preguntó Josh.

—No lo sabía. Pero creo que la cabeza calva podría ser una máscara de látex, y el cuerpo que te pareció grueso y musculoso, un disfraz acolchado. Eso explicaría por qué no creíste que los pasos pudieran ser de alguien tan corpulento. Probablemente el traje ocultaba su verdadera constitución.

—¿Ése era Anomia? —dijo Josh mirando fijamente al detective.

—Sí —dijo Strike—. Creo que era él.

64

... se alegraba de tener un oído
al que poder rezongar y, medio en broma,
quejarse de las obligaciones, lamentar
la suerte de los herederos
y la desgracia de una buena hacienda...

JEAN INGELOW, *Hermanos, y un sermón*

La imagen de Josh Blay paralizado y llorando en su caldeada habitación de hospital, delante de un vaso de agua con hielo que ni siquiera podía coger, se había quedado grabada en la mente de Robin. Durante los dos días siguientes, no paró de acordarse del joven sentado en la silla de ruedas y de preguntarse cómo estaría, qué posibilidades había de que recuperase aunque sólo fuera un poco de sensibilidad y movilidad, y hasta qué punto cabía esperar que llegara a reconciliarse con la idea de una vida que le había sido impuesta de forma tan traumática.

También pensaba en Strike, porque en el hospital había visto una faceta de su socio hasta entonces desconocida para ella. Él casi siempre le dejaba llevar las riendas cuando hacía falta mano izquierda para lidiar con determinados sospechosos o con los empleados de la agencia. De hecho, la tendencia de Strike a endilgarle a Robin lo que él llamaba los «temas sentimentales» había sido el desencadenante de su discusión más acalorada hasta la fecha, en la que, entre otras cosas, había surgido el tema de regalar flores como último recurso. Antes de la entrevista con Blay, Robin siempre había dado por sentado que, si había que sonar una nariz o enjugar unas lágrimas, Strike esperaría que ella se ocupara de hacerlo; y cuando Josh al final se había puesto a llorar, Robin había sentido que aquel trabajo tenía que hacerlo ella por ser la única mujer que había en la habitación, una idea tal vez influenciada por el hecho de que el personal de enfermería con el que se habían cruzado en el hospital era abrumadoramente femenino. Sin embargo, había sido Strike quien había limpiado al joven, y con la fría eficacia masculina que Blay podía aceptar en ese momento.

Robin enseguida se enfadó consigo misma por ahondar en aquella inesperada exhibición de empatía: así no era como te desenamorabas de un hombre. Y, una vez más, recurrió a los infalibles pensamientos disuasorios: se acordó de la nueva novia de Strike y de la ambigua

posición que mantenía su socio en el caso de divorcio de su ex prometida.

Los recuerdos de Strike de su visita al hospital también estaban salpicados de pensamientos sobre Robin, aunque los suyos no eran de un carácter tan sentimental. Una vez más, había tenido motivos para maravillarse de que la mujer que había empezado a trabajar para él como secretaria temporal se hubiese convertido en el mayor valor de la agencia. Recuperar la carta de Kea de la papelera, asimilar su contenido a toda velocidad, darse cuenta de que había un detalle que necesitaban aclarar con Josh y hacerlo sin alardes ni aspavientos tal vez no fuese el trabajo detectivesco más brillante de Robin hasta la fecha, pero para Strike esa capacidad de reacción era un ejemplo perfecto de la clase de iniciativa con que podía contar por parte de su socia. Y por si todo eso no bastaba para valorar esa inestimable y escasa cualidad, tenía la presencia siempre cargante de Nutley, cuya autocomplacencia ante sus deslucidas actuaciones contrastaba exageradamente con la modestia y la diligencia de Robin.

Josh Blay no era, ni mucho menos, el primer joven lesionado y herido por otro ser humano con el que había tropezado el ex agente de la División de Investigaciones Especiales. Aun así, sospechaba que, de haber conocido a Blay sano e ileso, le habría caído mucho peor. Strike era consciente de que tenía prejuicios contra ciertos estilos de vida y ciertas actitudes, precisamente por haber estado expuesto, a una edad muy temprana, a la clase de ambiente libre de límites y convencionalismos que con tanto entusiasmo se abrazaba en North Grove. Su autodisciplina y su preferencia por la limpieza y el orden frente a la sordidez y el caos se habían forjado, en gran medida, como reacción al estilo de vida de su madre. Strike había pasado demasiadas horas de su juventud soportando a gente que se pasaba la vida drogada como para encontrar placer o emoción en el embotamiento del alcohol, las drogas y la música rock, que habían conformado el hábitat natural de Leda. Josh Blay —joven, drogado, borracho, guapo y melenudo— coincidía precisamente con el tipo de hombre que más atraía a Leda; ésa era otra de las razones por las que Strike sentía cierta antipatía por los personajes como él.

Y a pesar de todo, el detective había visto algo digno de admiración en el joven al que había conocido en la planta de lesiones medulares del hospital. Los reproches que se hacía Blay parecían surgir de una desapasionada evaluación de su propio pasado que había sorprendido al detective. A nadie que se encontrase en la situación de Blay se le podía reprochar la autocompasión, pero a Strike le había impresionado que Josh hubiese expresado una mayor aflicción por la muerte de su ex novia y colaboradora que por ninguna otra circunstancia. El detective, en cuyos sueños a veces todavía

aparecía el torso destrozado del sargento Gary Topley, partido por la mitad por la misma explosión que a él le había arrancado una pierna, entendía la culpa del superviviente y la ignominia que impregnaba los pensamientos más oscuros de los que seguían con vida, por muy mutilados que hubiesen quedado también sus cuerpos. Pero lo que más le había sorprendido de todo era que los comentarios del joven fueran tan lúcidos y perspicaces, porque hasta la fecha su investigación había tendido a sugerir que Blay era un mero elemento de relleno en la sociedad que había producido *Un corazón tan negro*. Tenía la impresión de que ninguna otra entrevista le había permitido avanzar tanto para entender la psicología de Anomia, y las ideas del joven animador habían resultado tan valiosas como leer aquellos mensajes privados.

Fue con ese estado de ánimo, y con el olor a desinfectante hospitalario todavía metafóricamente en la nariz, como Strike salió para acudir a su cena temprana con Grant Ledwell el miércoles por la noche. Y dado que sus isquiotibiales aún se mostraban un tanto vulnerables, decidió ir en transporte público a los Docklands, en lugar de conducir.

El restaurante que había escogido Ledwell, The Gun, estaba en la orilla del Támesis. El letrero del exterior tenía un falso balazo del tamaño de un pomelo, y la decoración del interior era tradicional. Strike, que al parecer era el primer cliente de la noche, siguió al camarero que lo acompañaba y pasó junto a una pared decorada con escopetas de caza hasta llegar a una sala con paneles de madera, donde se sentó a una mesa para dos desde la que tenía unas buenas vistas del Millennium Dome, la estructura curvada y blanca con forma de carpa de circo situada en la orilla opuesta del río.

Igual que Robin en Colchester, el detective tuvo tiempo para plantearse qué revelaba aquel lugar, aquel restaurante en concreto, sobre el hombre con el que iba a encontrarse. Dejando de lado el hecho de que Grant lo había obligado a ir hasta los Docklands —donde estaba la sede de Shell y donde el ejecutivo tenía su despacho— en lugar de quedar con él en el centro de Londres, lo que a Strike le habría resultado mucho más cómodo, el elegante gastropub exudaba, desde las cartas forradas de piel hasta las escopetas, una especie de masculinidad inglesa idealizada.

Como no estaba de servicio, al menos oficialmente, Strike pidió una cerveza, y acababan de llevársela cuando le sonó el móvil. Pensó que podía ser Grant para anunciarle que llegaría tarde, consolidando así su jugada ofensiva, pero vio que se trataba de una llamada desviada de la oficina, de donde Pat ya debía de haberse marchado.

—Strike.

—Ah —dijo con sorpresa una voz masculina que no reconoció—.

Esto... No esperaba que contestara nadie. Sólo quería dejarle un mensaje a Robin.

—Yo puedo dárselo —dijo Strike, llevándose una mano al bolsillo interior para coger un bolígrafo.

—Ah, vale... Bueno, si puede decirle que llame a Hugh Jacks, sería genial. No estoy seguro de que le hayan llegado mis mensajes anteriores.

—¿Ella tiene su número? —preguntó Strike.

—Eh... sí, sí que lo tiene —dijo Jacks—. Vale, bueno. Dígale que me llame, por favor. Muchas gracias. Adiós.

Y colgó.

Strike bajó el móvil y frunció ligeramente el ceño. Había dado por hecho que Hugh Jacks, «el Hacha», había entrado y salido de la vida de Robin sin dejar la más mínima huella. ¿Así que Robin tenía su número de teléfono, pero no le devolvía las llamadas? ¿Qué significaba eso? ¿La estaba atosigando Jacks para quedar con ella? ¿O Robin se negaba a contestarle cuando la llamaba al móvil porque habían discutido, y por eso él no podía hacer otra cosa que dejarle mensajes de voz en el teléfono de la oficina?

—No llego tarde, ¿verdad?

Strike alzó la vista. Había llegado Grant Ledwell, vestido con traje gris y corbata malva. Con su pelo cortado al cepillo, sus pobladas cejas y su prominente mandíbula inferior parecía un bulldog con un collar demasiado apretado, igual que la última vez que se habían visto.

—No, de hecho ha sido muy puntual —contestó Strike, guardándose el móvil en el bolsillo.

No estaba claro si era porque se le había olvidado que Strike era más alto que él o por alguna otra razón, pero lo cierto era que la agresividad que Grant había exhibido durante su llamada telefónica no era tan evidente en persona. Estrechó la mano de Strike y, sentándose al otro lado de la mesa, dijo bruscamente:

—Ha sido muy amable al venir hasta aquí. Muchas gracias.

—De nada.

—Yo... le pido disculpas si fui un poco frío con usted cuando lo llamé... Mi mujer y yo lo hemos pasado... un poco mal desde la última vez que nos vimos.

—Vaya, lo siento —dijo Strike, haciendo un esfuerzo para apartar de su mente a Hugh Jacks.

—Sí, a Heather le está costando sobrellevarlo. Le afecta mucho todo eso de las redes sociales... Yo le digo que no lea lo que dicen esos desgraciados, pero ella no puede evitarlo, y luego se pone histérica. ¿Usted está casado?

—No —dijo Strike.

—¿Tiene hijos?

—No.

—Pues verá, las embarazadas... —Grant carraspeó—. Está obsesionada con que van a venir a hacerles daño a ella y a las niñas. Ya le he dicho que son una pandilla de cobardes que se esconden detrás de su teclado, pero... —Tamborileó con sus gruesos dedos en la mesa—. Lo siento, necesito una copa.

Llamó a un camarero y le pidió una copa de vino tinto, y cuando el camarero se marchó, continuó hablando:

—¿Ha visto lo que tuiteó Anomia el sábado por la noche? ¿Sobre las intenciones de Maverick de cambiar el personaje de Blacky y hacerlo humano? Estoy empezando a pensar que Elgar y Yeoman deberían vigilar quién trabaja en sus oficinas.

—Entonces, ¿es cierto? —preguntó Strike.

—Sí, es cierto —contestó Grant—. ¡Por favor! ¿Quién querría ir a ver una película donde un maldito corazón va por ahí brincando detrás de un fantasma?

—En la serie de dibujos animados, a la gente le gustaba.

—Ya, pero son cosas diferentes, ¿no? —dijo con impaciencia el ejecutivo de la empresa petrolera—. Ahora estamos hablando de la gran pantalla, de un público más popular. El... ¿cómo lo llaman? El «tratamiento» me parece bien. Sinceramente, no entiendo qué veía toda esa gente en ése, ése... Sí, claro, es gracioso —rectificó—. Muy... no sé, muy creativo, ¿no? Pero ¿cree que se puede trasladar eso tal cual a una película?

—La verdad, yo no...

—Bueno, pues en Maverick creen que no, y ellos son los profesionales.

Llegó la copa de vino. Grant dio un gran sorbo que pareció calmarlo un poco.

—Cuando Anomia tuiteó eso, se desató un verdadero infierno. Me pasé casi toda la noche despierto con Heather. Quiere hacer las maletas y marcharse a algún sitio donde no puedan encontrarnos. Un chalado de mierda incluso dijo que esperaba que nuestro hijo naciera muerto, ¿puede creerlo? Me hubiera gustado invitarlo a mi casa en lugar de quedar aquí, pero Heather le ha pedido a su madre que vaya a hacerle compañía. —Tomó otro sorbo de vino antes de continuar—. Yo le digo: «A mucha gente le gustaría tener nuestros problemas.» Y también: «Con el dinero que vamos a ganar si esto sale bien, podríamos mudarnos a una urbanización cerrada si eso es lo que quieres.» Tan pronto como adquirimos la participación de Edie en la empresa, pedí que me enseñaran las cifras de *merchandising*, y lo cierto es que... —Soltó una risita—. Yo trabajo en una compañía petrolera, no es que no esté familiarizado con unos balances saneados, pero me sorprendió la cantidad de beneficios que ya está dando toda esta

historia.

»Habrá que gestionarlo bien, desde luego —se apresuró a añadir, no fuese que Strike pensara que era un tipo demasiado afortunado—. Todo esto es mucho más complicado de lo que la gente se imagina. Lo estoy descubriendo ahora. Incluso estoy pensando en pedir una auditoría de Netflix para asegurarme de que está todo en orden. Eso todavía no se ha hecho. No sé qué diablos hace Allan Yeoman a cambio de su quince por ciento, la verdad...

»Pero antes tenemos que descubrir quién demonios es Anomia. No puede ser que se arme ese puto escándalo cada vez que debe tomarse una decisión sobre el negocio. Así que... por eso quería hablar con usted. Para averiguar qué está pasando.

—Bueno, hemos descartado a un par de personas —dijo Strike—, y el sábado pudimos hablar con Josh Bl...

—Lo único que le interesa a Blay es ponernos las cosas más difíciles —replicó Grant con frialdad—. ¿Pedimos?

Abrió la carta y, antes de que Strike pudiese preguntarle qué hacía Josh Blay para ponerles las cosas más difíciles, añadió:

—No quería decirle esto por teléfono, pero hay algo más. Y es una de las razones principales por las que Heather está preocupada, sinceramente. Hemos recibido un par de llamadas telefónicas muy extrañas. Anónimas.

Strike sacó su bloc de notas.

—Cuénteme.

—Me llamaron al móvil. La primera vez contestó Heather, porque yo estaba en el cuarto de baño. La voz que hablaba al otro lado de la línea le dijo que desenterrara a Edie.

—¿Nada más?

—¡¿Le parece poco?! —dijo Grant acaloradamente—. Hay que estar muy enfermo para...

—Me refería a si el interlocutor no dijo nada más.

—Ah, ya. Pues... no lo sé.

Regresó el camarero, y ambos pidieron filete con patatas fritas. Cuando volvieron a quedarse solos, Grant continuó:

—Quizá dijera algo más, pero al oír eso Heather se puso a chillar y... En fin, soltó el maldito teléfono. Incluso rompió la pantalla —añadió Grant con enojo—. Cuando fui a ver por qué gritaba, quienquiera que estuviese al otro lado de la línea ya había colgado.

—¿Cuándo pasó eso?

—Poco después de aquella comida en la que Yeoman y Elgar lo contrataron a usted.

—¿A qué hora del día?

—Por la noche.

Strike tomó nota.

—¿Y la segunda llamada?

—Hará unos diez días. También por la noche. Era un número oculto, pero contesté.

Grant bebió otro trago de vino.

—Estoy convencido de que la persona que llamaba utilizaba una de esas cosas para alterar la voz… una app… Sonaba muy grave y robótica, y dijo… —Grant miró a su alrededor y bajó la voz—: «Desentierren a Edie y lean la carta», y luego colgó. Heather cree que es Anomia. Quizá lo sea, pero si lo es, no sé de dónde demonios ha sacado mi número de teléfono privado.

—¿Cree que alguien podría haberlo conseguido a través de su oficina?

—Pues… supongo que sí —dijo Grant. Igual que con lo de su esposa y su página de Facebook, por lo visto Ledwell no se había planteado la explicación más prosaica—. Pero mi secretaria no le daría mi número particular a nadie que tuviera esa voz, ¡parecía un androide jadeando! Para que se lo diera, tendría que contarle una historia muy verosímil.

—¿Lo ha comprobado? ¿Le ha preguntado a su secretaria si le ha dado su número a alguien?

—No —dijo Grant con aspereza—. No creo que… No quiero hablar de estas cosas con los empleados de mi oficina. Ya ha habido bastantes cotilleos con… con lo que pasó. Bueno, Edie utilizaba su apellido familiar, así que es inevitable que la gente nos haya relacionado…

Frunció un poco el ceño y se terminó el vino, dejándole tiempo a Strike para pensar que Edie tenía tanto derecho a usar el apellido de los Ledwell como Grant.

—… Y no me hace ninguna gracia que la gente chismorree sobre una cosa así. Al menos hasta que sepa cuánto… Es decir, no sé lo que me depara el futuro, profesionalmente hablando. Por eso no quiero que se hable de este tema en el trabajo.

Levantó una mano para llamar al camarero y pidió otra copa de vino, y Strike se preguntó hasta qué punto a Grant lo incomodaba que los empleados de su oficina supieran lo de Edie porque ahora sabían que la joven había vivido en la pobreza, en familias de acogida, mientras su tío vivía en Omán disfrutando de un sueldazo.

—¿Quién sabía que había cartas dentro del ataúd? —preguntó Strike.

—Ni idea. Heather y yo no lo divulgamos. Fue un verdadero coña… En fin, ya teníamos muchas cosas de las que ocuparnos, entre el funeral y la prensa, que no paraba de venir a nuestra casa, como para encima tener que pedirle al empleado de la funeraria que no cerrase el maldito ataúd porque aquellos dos querían meter unas

cartas dentro.

»El empleado lo sabía, obviamente, porque yo le pedí que la pusiera allí, pero está sujeto al secreto profesional, o debería estarlo, ¿no? Y la señora Upcott también lo sabía, porque Blay le dictó su carta a ella. Y luego está ese Ormond, evidentemente. Seguro que se lo contó a todo el mundo en el funeral. Le dije a Heather que tendríamos que haber mirado si llevaba cebollas en los bolsillos, por cómo se comportaba.

»Así que... sí, a estas alturas bastantes personas podrían saber que hay una carta ahí dentro, pero lo que yo quiero saber es quién está lo bastante enfermo para llamar a los familiares de Edie y aconsejarles que la desentierren, y quién intenta insinuar que la mató Ormond. Porque, a menos que ese chalado lo esté haciendo sólo para divertirse y para jodernos, ésa es la idea que intenta inocularnos, ¿no? No puede insinuar que lo hizo Blay porque... bueno, porque Blay no se apuñalaría él mismo en el cuello, ¿no?

Strike creyó detectar en la voz de Grant cierto fastidio por tener que reconocerle eso a Blay.

Llegó la segunda copa de vino para Grant, que se bebió un tercio antes de quitarse la chaqueta del traje y colgarla en el respaldo de la silla.

—Acaba de decir que Blay les está poniendo las cosas difíciles —dijo Strike.

—Ya lo creo. El lunes llamó a Maverick para pedirles que no cambien el personaje de Blacky. Dijo que a Edie no le habría gustado ese cambio. Sus intenciones son absolutamente obvias.

—¿Ah, sí?

—Pues claro. Es una táctica de negociación, ¿no? Quiere más dinero; en caso contrario, no aceptará ningún cambio.

Strike se preguntó si lo que Robin y él le habían dicho a Blay durante su visita habría hecho despertar al animador de su indiferencia respecto a lo que pudiera pasarle a *Un corazón tan negro*.

—Seguro que Katya Upcott es la que lo azuza. ¡Qué mujer tan repugnante!

—¿«Repugnante»? —Strike se extrañó.

—Se nota que usted no tiene que hacer negocios con ellos. Tienen la ética de un gato callejero, los dos. Saben que la productora no querrá contrariar los deseos de Blay mientras él todavía esté en el hospital, porque la gente se enfadaría, así que están convencidos de que tienen a los de Maverick, y a nosotros, entre la espada y la pared. Si el señor Josh Blay publica un solo tuit diciendo que Maverick está destrozando su preciosa historia de mierda, se armará un pitote, y Heather y yo volveremos a estar en el punto de mira. Pero le garantizo una cosa: si ese jovenzuelo se cree que va a llevarse más beneficios

que nosotros, está muy equivocado. Si usted supiera lo que yo sé, convendría conmigo en que es repugnante que Blay intente utilizar a Edie como herramienta de negociación.

Grant dio otro gran trago de vino.

—¿Y qué es lo que sabe? —preguntó Strike.

—¿Cómo?

—¿Qué es lo que sabe usted? —repitió Strike—. ¿Qué le hace pensar que es «repugnante» que Josh diga que Edie no habría querido introducir esos cambios?

—Bueno... creo que a él se la trae floja que Edie haya muerto. Al señor Blay le ha salido la jugada redonda.

—Sí, ya me dijo eso la última vez que nos vimos —dijo Strike. Grant no era su cliente y, por tanto, él no estaba obligado a mostrar respeto por sus opiniones—. Pero yo nunca diría que la jugada le ha salido «redonda» a un hombre que está paralizado del cuello para abajo.

—Bueno, eso no... Obviamente, eso es una gran desgracia, pero mire... Blay habría podido cancelar a Anomia cuando hubiese querido. Tengo la sensación de que a todos les ha venido bien dejar que esta situación se fuera pudriendo, y ahora mi familia está pagando los platos rotos. Si se fija, no hay nadie que amenace a Josh Blay. A Blay nadie le dice que van a ir a por él y a por sus hijos. No sé si me explico. «Si anda como un pato y grazna como un pato, es un pato.» ¿Cuándo despertará la gente y empezará a preguntarse por qué Blay siempre se va de rositas?

—No estará insinuando que Blay es Anomia, ¿verdad?

—Hombre... no —dijo Grant con reticencia—. Tengo entendido que Anomia ha aparecido en el juego después de que apuñalaran a Blay, y él, en su estado, no puede hacer eso, ¿verdad?

—No, no puede.

—Pero tendrá que reconocer que es muy sospechoso que los intereses de Anomia y los de Blay coincidan de ese modo. Ninguno de los dos quiere que Blacky se convierta en un ser humano, ambos querían que Edie dejara la serie de dibujos...

Llegaron los dos platos de filete con patatas. Aunque todavía no se había terminado la segunda copa de vino, Grant pidió una tercera y a continuación se desabrochó el cuello de la camisa y se aflojó la corbata.

—¿Qué le hace pensar que Blay quería que Edie dejara la serie? —preguntó Strike.

Grant cortó un trozo de carne y se lo comió antes de contestar.

—Bueno, ya que me lo pregunta... Me lo dijo Edie.

—¿En serio?

—Sí. Me... llamó por teléfono el año pasado. Me dijo que Blay

quería echarla. Me pidió consejo. Al fin y al cabo, somos familia, ¿no? Supongo que pensó que podía confiar en mí.

Se terminó la copa de vino sin dejar de mirar a Strike, y entonces dijo:

—Quizá no sea así como Blay quería tomar el mando, pero... mire, hay que tener cuidado con lo que se desea, ¿no? Gracias... —añadió cuando el camarero le sirvió la tercera copa.

Strike notó que su móvil vibraba en el bolsillo y lo sacó. Robin le había enviado un mensaje.

Wally Cardew no es Anomia.
En la trasera de una ambulancia.
Llama cuando puedas

Strike soltó el cuchillo y el tenedor.

—Perdón, tengo que hacer una llamada —le dijo a Grant. Se levantó de la mesa y fue tan deprisa como pudo hacia la puerta del pub, pulsando el número de Robin por el camino.

—Hola —respondió ella—. Podía esperar.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué haces en una ambulancia? —preguntó Strike, moviéndose con tanta vehemencia que estuvo a punto de derribar a una mujer.

—¿Cómo? Ay, lo siento... El que va en una ambulancia es Cardew, no yo.

—Joder, Robin —exclamó Strike, aliviado y furioso a la vez—. Creía que... ¿Qué ha pasado?

—Muchas cosas, la verdad.

Strike la oía caminar por la calle, y encendió un cigarrillo mientras la escuchaba.

—A las cuatro he ido a relevar a Dev. Me ha contado que, a media tarde, se han oído gritos dentro del dúplex de Wally. MJ ha salido enfurecido y como si le hubieran dado una paliza. Dice Dev que le sangraba la nariz. Entonces la hermana de Wally ha salido también, ha ido corriendo detrás de MJ y han desaparecido juntos entre los edificios. Dev dice que ha visto a la abuela y a Wally cerca de las ventanas, gritándose mutuamente.

»Cuando he llegado yo, ha habido un par de horas de calma, pero he visto a un grupo de unos cinco o seis jóvenes que se congregaban en una esquina, no lejos de la casa. Un par de ellos parecían adolescentes. No me extrañaría que fuesen familiares de MJ. Estaban vigilando la puerta de Wally.

»Entonces Anomia ha entrado en el juego y, cinco minutos más tarde, Wally ha salido del piso hablando por el móvil. Iba despistado y...

—Se le han echado encima.

—Sí, y no tenía ninguna posibilidad. Lo han tirado al suelo y han empezado a pegarle patadas en la cara, en los huevos... por todas partes, vamos. Había gente mirando por las ventanas y alguien debe de haber llamado a la policía, porque han llegado enseguida. Los atacantes se han largado en cuanto han oído la sirena, y supongo que la policía ha llamado a la ambulancia. Wally parecía malherido, y yo he decidido que lo mejor era largarme —dijo Robin, adelantándose a la siguiente pregunta de Strike—. No me necesitaban, había un montón de testigos... La cuestión es que Anomia estaba hablando en el juego mientras Wally yacía tendido en el suelo con la policía al lado, así que podemos...

—Sí, se acabó Wally Cardew —dijo Strike, apartándose para dejar pasar a la gente que entraba en The Gun—. Bueno, nunca he creído que fuese él. Además, si no es lo bastante listo para mirar por la ventana por si hay algún familiar con ganas de venganza, tampoco es lo bastante listo para ser Anomia.

—¿Qué tal con Grant?

—Bastante interesante. Ha estado recibiendo las mismas llamadas anónimas que yo. «Desentiérrala y lee las cartas...»

—¿En serio?

—Sí. Te dejo, tengo que volver con él. Ah... —dijo Strike cuando ya estaba a punto de apagar el cigarrillo—. Ha llamado Hugh Jacks a la oficina. Quiere que lo llames.

—Por el amor de Dios... —soltó Robin con fastidio. Strike esperó por si Robin daba más detalles, pero no fue así—. Vale, no hagas esperar más a Grant. Hablamos mañana.

Robin colgó, y Strike, tras darle una última calada a su Benson & Hedges, volvió con Grant Ledwell.

—¿Alguna novedad? —preguntó Grant cuando el detective volvió a sentarse a la mesa.

—Otro sospechoso descartado —dijo Strike, cogiendo los cubiertos de nuevo—. Bueno, y aparte de estas dos llamadas de teléfono anónimas y del ciberacoso, ¿ha habido algún otro contacto que le preocupe? ¿Ha pasado algo más fuera de lo corriente?

—No, sólo en el maldito funeral —balbuceó Grant con la boca llena. Strike ya había observado, durante la comida en el Arts Club, que Grant hacía mucho ruido al masticar. El ejecutivo tragó y entonces dijo escuetamente—: Aquello parecía un circo.

—¿En serio?

—Ya lo creo. Fuera de la iglesia había un montón de bichos raros llorando a lágrima viva. Llevaban camisetas con un corazón negro estampado y sujetaban velas negras. Iban tatuados de pies a cabeza. Un imbécil incluso se presentó disfrazado de fantasma. Cuando llegó

el ataúd, todos intentaron lanzarle flores negras. De tela, evidentemente, pero qué falta de respeto, ¿no? Uno le dio en el ojo a uno de los portadores del féretro.

»Luego, ya dentro de la iglesia, estaba ese crío… ese niño enorme… Alguien me contó después que vive en el colectivo artístico… Bueno, pues no había manera de que se callara. Hacía comentarios en voz alta, preguntando qué hacía el cura… De repente, el muy cabroncete se levantó y, ni corto ni perezoso, fue derecho hacia el ataúd. Entonces su madre… bueno, deduje que era su madre… echó a correr detrás de él por el pasillo y lo arrastró hasta el banco.

»Poco después, cuando me levanté para leer el panegírico, un desgraciado me abucheó. No logré ver quién era.

Strike mantuvo un gesto impasible, a pesar de que lo estaba encontrando todo muy divertido.

—Y cuando salimos de la iglesia para ir al cementerio, aquel grupo de monstruos de feria nos estaba esperando para seguirnos. Yo quería incinerarla, pero Blay y Ormond insistieron en que ella quería que la enterrasen en el cementerio de Highgate, lo que cuesta un riñón y parte del… En fin, yo lo encontré de muy mal gusto, teniendo en cuenta que fue allí donde la… Pero acabamos cediendo porque… Bueno, acabamos cediendo.

»Imagínese, estábamos de pie alrededor de la tumba y cerca de un centenar de personas que parecían salidas de una película de Halloween nos observaban desde lejos, llorando como si conociesen personalmente a Edie. Bueno, al menos iban vestidos de negro… Algunos de los presuntos dolientes vestían de amarillo. "Era su color favorito", decían. Madre mía. Me alegré de no haber llevado a las niñas, aunque Rachel se empeñó en venir con nosotros. Es mi hija mayor. Ella no conocía a Edie, pero aprovecha cualquier ocasión para saltarse las clases.

Mientras volvía a atacar su bistec, Grant añadió:

—Y después, en el velatorio… Bueno, se ve que los artistas comen y beben que da gusto. Dos de ellos casi llegaron a las manos. Esto me lo contó Rachel, porque por entonces Heather y yo estábamos sentados en otra sala. Ya sabe que ella está embarazada, y llevaba muchas horas de pie. Y yo pensé que si alguien quería venir a darnos el pésame ya nos buscaría.

Strike sospechó que los abucheos de la iglesia también habían contribuido a esa falta de interés por mezclarse con los dolientes.

—Rachel estaba en la sala principal, hablando con los hijos de los Upcott. El chico y la chica. El muchacho tiene una enfermedad de la piel horrible… —dijo Grant, como si Gus la hubiese contraído de forma voluntaria—, pero por lo menos Katya los había hecho vestirse de luto. Y Rachel me contó que un chico alto y calvo que se llamaba…

No me acuerdo… ¿Jim, quizá?

—¿Tim? ¿Tim Ashcroft?

—¿Le ponía la voz a uno de los personajes?

—Sí, al Gusano.

—Eso es —dijo Grant, antes de beber otro trago de vino—. Pues Jim… o Tim, como se llame, se acercó a Rachel y a los hijos de los Upcott y se puso a charlar con ellos, y entonces se les acercó un tipo de Liverpool.

—¿Pez Pierce?

—¿Cómo?

—Me parece que el tipo de Liverpool se llama así.

—Vale, yo no sé cómo se llama —dijo Grant con impaciencia—, pero sí llegué a oír su acento porque estaba detrás de mí en el cementerio. Nunca me ha gustado el inglés de Liverpool. Siempre parece que se estén cachondeando, ¿verdad? Y era uno de los que iban vestidos de amarillo. Llevaba una camisa amarilla y una ridícula corbata, amarilla y superancha.

»En fin, me dijo Rachel que el tipo había bebido bastante. Bueno, todos habían bebido, Heather y yo los oíamos hablar y reír. Aquello parecía una fiesta. Y Rachel nos contó que ese tal Fez, o como demonios se llame, se acercó tambaleándose a Jim y le dijo: “Sé lo que estás tramando y ya puedes ir olvidándote”. Y Jim le dijo a Fez que no sabía de qué le estaba hablando, y según Rachel, Fez le dio un empujón a Jim en el pecho y dijo algo así como “haciendo esto en su puto funeral”, y entonces Ormond vio lo que estaba pasando e intervino.

»Si yo hubiese estado allí, los habría agarrado a los dos por la oreja y los habría echado. Y entonces Fez le dijo a Ormond que se fuera a la mierda… No olvide que estábamos en un funeral… Luego se marchó, y Jim también se marchó poco después. Tengo que decir que al menos tuvo el detalle de pasar por nuestra sala para decirnos lo mucho que lo sentía. Creo que fue el único que lo hizo… Ah, no, miento… —Grant ya tenía los ojos enrojecidos, y habían aparecido dos grandes manchas de sudor en su camisa, bajo las axilas—. Justo al final, ese holandés gigantesco que dirige la comuna o lo que sea… Llevaba una especie de bata amarilla y unos vaqueros… —añadió Grant con desprecio—. Vino tambaleándose hasta nosotros cuando ya se marchaba todo el mundo y me entregó un paquete. El tipo apestaba a marihuana… Era evidente que había salido a la calle a fumarse un porro… y dijo: “Fue una muerte triunfal”.

—¿Triunfal? —repitió Strike.

—Sí. Me puso el paquete en las manos y dijo: «Ábralo más tarde. Pensé que usted debía tener una copia.» Se dio la vuelta y se marchó. Sin decir «lo acompaño en el sentimiento» ni nada. Abrí el paquete en

el coche. Le aseguro que nunca había visto nada parecido. Había hecho un… un… no sé cómo describirlo. Si ésa es su idea del arte… Había partes pintadas, pero otras eran fotografías. Y había palabras pegadas encima, escritas en alfabeto griego. Versos y tumbas al fondo, y Edie en el medio, arrodillada, como si estuviera…

Por primera vez, Strike creyó ver un atisbo de aflicción en el hombre que estaba sentado frente a él. Grant tomó otro sorbo de vino, pero al hacerlo derramó un poco y unas gotas oscuras cayeron en el mantel.

—Al fondo había unas figuras extrañas y un gigantesco… bueno, no importa. Pero era una abominación.

—¿Conserva ese…?

—No, qué va —gruñó Grant Ledwell—. Se lo llevaron los basureros al día siguiente.

65

La hierba crecía triunfante;
los extraños paseaban y descifraban
la solitaria ortografía
de los difuntos.

EMILY DICKINSON, *XLI: La tumba olvidada*

El correo electrónico que Strike le envió a Robin después de cenar con Grant Ledwell, y que ella leyó sentada en un banco de Sloane Square a la mañana siguiente, concluía:

Se nos acaban los sospechosos iniciales: sólo quedan Tim Ashcroft, Kea Niven y Pez Pierce. No dejo de preguntarme a quién nos habremos saltado. Ideas para nuevas líneas de investigación:

¿Quién sabía lo del cambio de **Blacky a personaje humano**?

Esta mañana he llamado a Allan Yeoman. Insiste en que sólo diez personas estaban al corriente de que en Maverick se estaban planteando que Blacky se convirtiese en un ser humano: para empezar, lo sabía media docena de personas de la productora cinematográfica, pero todas han firmado acuerdos de confidencialidad, y por lo tanto se arriesgan a perder un empleo muy lucrativo si hablan del guión fuera de los estudios; luego, el propio Yeoman, que ni siquiera se lo ha contado a su mujer y dice que no lo ha hablado con nadie de su agencia por temor a filtraciones; y por último, Josh Blay, Grant Ledwell y Katya Upcott.

1) **Josh**

Escribí a Katya y le pedí una lista de personas que habían visitado a Josh en el hospital. Respuesta: aparte de ella misma y del padre, el hermano y la hermana de Blay, sólo dos: Mariam Torosyan (que ha ido tres veces) y Pez Pierce. Luego llamaré a Josh para que me diga si habló de esa propuesta de cambio con alguna de ellas. Si lo hizo, la noticia podría haber llegado hasta North Grove y presuntamente a un grupo bastante amplio de personas.

De nuestros cuatro sospechosos, Pez Pierce sigue pareciéndome el mejor candidato a ser Anomia. Tiene conocimientos artísticos/

digitales, tenía acceso a la información personal sobre Edie porque vivía con ella en el colectivo, y hay bastantes posibilidades de que Josh le contase la propuesta de transformar a Blacky en un ser humano. Si Pierce te vuelve a invitar a tomar algo esta noche, creo que deberías aceptar. Yo puedo sustituirte como Buffypaws mientras estés con él.

También me gustaría investigar un poco más a Nils de Jong. «Muerte triunfal» es una forma muy rara de describir un asesinato, por muy colocado que vayas. No tenemos personal para vigilar a Nils hasta que hayamos descartado a alguien más, pero cualquier cosa que puedas averiguar sobre él en North Grove podría sernos útil. NB: por lo visto, el cuadro que le dio a Grant era una copia. Me gustaría ver el original.

2) **Grant**

Me cuesta mucho creer que Grant haya filtrado esa información. Heather tiene pinta de cotilla, pero ahora mismo está paranoica y asustada, de modo que seguramente estará siendo más discreta de lo habitual.

Sin embargo, me extrañó que la hija mayor de Grant, Rachel, se empeñase en ir al funeral de Edie. Tiene dieciséis años y no conocía a Edie. Grant dice que su hija sólo quería saltarse las clases, pero teniendo en cuenta que Rachel vive fuera de Londres con la ex mujer de Grant (él no especificó dónde, voy a tener que indagar un poco por internet), cabe suponer que si hubiese fingido un dolor de barriga habría conseguido lo mismo con mucho menos esfuerzo. De momento, hay que comprobar a cualquier adolescente que tenga relación con los Ledwell/Upcott o con North Grove y que tenga un comportamiento extraño.

3) **Katya**

No me imagino a Katya hablando de algo tan delicado fuera de su casa, pero si lo comentó en su casa, cualquier otro miembro de la familia pudo transmitir esa información, ya sea a propósito o sin querer. Los amigos de Flavia son demasiado jóvenes para encajar en el perfil de Anomia, pero deberíamos investigar a los amigos de Gus. Y creo que también deberíamos intentar averiguar quién es la «pequeña» de Íñigo.

4) **Tim Ashcroft y Kea Niven**

Ahora estos dos han bajado puestos en mi lista de candidatos a ser Anomia. Que nosotros sepamos, ninguno de los dos tiene ninguna

relación (en curso) con North Grove/los Ledwell/los Upcott, de modo que es difícil que estuviesen al corriente del cambio de Blacky a personaje humano.

Me gustaría saber por qué hay tan mal rollo entre Pez y Ashcroft, sólo para excluir la posibilidad de que su antagonismo tenga algo que ver con Anomia. Aparte de eso, propongo ponerle vigilancia constante a Kea con objeto de descartarla y seguir vigilando a Ashcroft por el mismo motivo.

Después de leer el correo, Robin guardó el móvil en su bolso y cogió el iPad, donde tenía el juego en marcha, como de costumbre. Anomia no estaba presente, así que dirigió la mirada a las ventanas de Dedos Largos, en el tercer piso del edificio. Mientras observaba los rectángulos de cristal, que bajo la luz primaveral parecían de mercurio, caviló sobre la posibilidad de que Anomia fuese alguien a quien todavía no hubiesen considerado. Si no te concentrabas en los detalles, pensó, Anomia podía ser uno entre un millón, cualquier persona anónima que navegase por la red; pero si te fijabas bien —en las habilidades necesarias para crear el juego, en el extenso conocimiento del pasado de Edie y del desarrollo de la serie de dibujos animados, por no mencionar la hostilidad profundamente arraigada que sin duda había propiciado todos esos años de acoso—, era increíble que el culpable hubiese conseguido permanecer oculto tanto tiempo.

Robin no estaba muy entusiasmada con ninguna de las sugerencias de posibles nuevos sospechosos de su socio, y tenía la impresión de que Strike también lo consideraba como un simple ejercicio de marcar casillas para descartarlas, más que como una búsqueda de pistas significativas.

Cuando ya llevaba media hora más de vigilancia infructuosa del piso de Dedos Largos, llegó Nutley para relevarla y se acercó a ella con aquel aire ligeramente arrogante que lo caracterizaba. Por lo visto, Nutley sentía la irresistible necesidad de presentarse como alguien que sabía más de lo que aparentaba, hasta tal punto que Robin siempre tenía la sensación, en los relevos, de que le iba a hincar el codo en las costillas y le iba a guiñar un ojo, y le fastidiaba tener que asumir la responsabilidad de que el traspaso pareciese natural.

—La una —dijo Robin tras consultar su reloj.

—¿Cómo? —dijo Nutley.

—Acabas de preguntarme la hora. No te sientes donde estaba sentada yo, por favor... —le pidió, porque Nutley acababa de hacer justo eso.

Cuando ya se dirigía al metro, Robin se consoló pensando que, si

Dedos Largos estaba mirando por la ventana, seguramente habría dado por sentado que ella se marchaba porque un tipo la estaba molestando, y que éste, al ver que ella se marchaba, había cambiado de opinión y había decidido seguir su camino. Aun así, le habría gustado contar con alguien mejor que Nutley, o que la carga de trabajo de la agencia fuese lo bastante manejable como para prescindir de él.

Aunque en teoría tenía la tarde libre, Robin había decidido transformarse antes de lo previsto en Jessica Robins, porque quería pasar por el cementerio de Highgate antes de ir a su clase nocturna en North Grove, y no se sentía segura paseando tan cerca del colectivo artístico sin el disfraz. Tenía varias razones para querer visitar el cementerio. Sentía curiosidad por conocer en persona el lugar en el que había estado viviendo de forma virtual durante las últimas semanas, y quería ver el sitio donde habían apuñalado a Edie y a Josh. Además, aunque le costase admitirlo, quería visitar la tumba de Edie Ledwell. No se lo había contado a nadie, y mucho menos a Strike, por temor a que la considerasen un tanto morbosa o exageradamente sentimental. Por otra parte, se dijo mientras se colocaba la peluca de Jessica en el cuarto de baño del rellano de la oficina, nadie podía acusarla de estar perdiendo el tiempo en horario de trabajo: habría podido pasar sus escasas horas libres haciendo algo agradable, como... En fin, no se le ocurría nada mejor que ir al cementerio de Highgate. Se acercó al deteriorado espejo de la agencia para comprobar que las lentillas de color avellana estaban bien puestas, y recordó lo que le había dicho Ilsa en la cena: «Es que sois tal para cual... Para vosotros, el trabajo es lo primero.» Pero como cavilar sobre su compatibilidad con Cormoran Strike era algo que estaba intentando evitar desde hacía días, Robin ahuyentó ese pensamiento de su mente y entró en la oficina.

—Te queda bien —dijo Pat, repasando con la mirada la peluca de color castaño oscuro, el perfilador de ojos negro, el pintalabios rojo y la chaqueta de ante negra de Robin.

—Gracias —dijo ella mientras iba hacia el despacho, donde había dejado el iPad y el bolso—. A ver si hay suerte y me invitan a una copa.

—¿En serio? ¿Quién? —le preguntó Pat, pero Robin no le contestó enseguida. Acababa de ver la pantalla del iPad. Mientras ella estaba en el cuarto de baño, Anomia no sólo había entrado en el juego, sino que había abierto un canal privado con Buffypaws.

—Un momento, Pat. Tengo que hacer una cosa.

<**Se ha abierto un nuevo privado**>;

<**4 junio 2015 14:13**>;

<**Anomia invita a Buffypaws**>;

Anomia: buenas tardes

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: hola?

>;

>;

>;

>;

Anomia: mira, no tengo todo el puto día

>;

>;

<**Buffypaws se ha unido al canal**>;

Buffypaws: hola, perdona, estaba hablando con mi jefe

Anomia: vaya

Anomia: pues eso podría ser un problema

Buffypaws: cómo?

Anomia: había pensado en ti

Anomia: me estaba planteando hacerte una oferta

Anomia: pero si tu trabajo sólo te permite tomarte media hora libre de vez en cuando, no va a poder ser

Buffypaws: qué clase de oferta?

Anomia: moderadora

Anomia: para sustituir a LordDrek

Robin dio tal respingo que Pat la llamó desde la recepción:
—¿Estás bien?
—¡Sí, todo bien! —contestó Robin.

Buffypaws: diosss me encantaría

Anomia: XD, sí ya me lo imaginaba

Anomia: pero te has de ganar el puesto

Buffypaws: cómo?

Anomia: examen

Anomia: lo hago en un canal privado

Anomia: tienes que contestar en menos de 15 segundos, para que yo pueda estar seguro de que no has tenido tiempo de ir a buscar las respuestas

Buffypaws: parece difícil

Anomia: lo es

Anomia: así descarto a la gente del montón

Anomia: tienes una semana para revisar

Anomia:Anomia: Un corazón tan negro, episodios 1 – 42

Anomia: más el juego

Anomia: más la pregunta extra: adivinas quién soy?

Buffypaws: XD

Buffypaws: ésa la ha acertado alguien?

Anomia: no

Buffypaws: si yo la acertara, me lo dirías?

Anomia: no la acertarás

Anomia: pero me río viendo hasta qué punto se equivoca la gente.

Anomia: bueno, el jueves de la semana que viene, ok?

Anomia: 14 h

Buffypaws: ok

Buffypaws: muchas gracias!

<**Anomia ha dejado el canal**>;

<**Buffypaws ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

Robin, emocionada, se lo comunicó a través de un mensaje de texto a Strike, que en ese momento estaba vigilando a la asistenta doméstica de South Audley Street. Luego metió el iPad en el bolso y salió a la recepción.

—¿Ya te han invitado a esa copa? —le preguntó la secretaria al ver el semblante alegre de Robin.

—No, algo mucho mejor.

—¿Te han invitado a cenar?

—No, me han invitado a ir a un sitio al que hace semanas que quiero ir.

—¿Quién, Hugh Jacks? —insistió Pat, que se interesaba sin reparos por la vida amorosa de Robin, o mejor dicho, por su falta de vida amorosa.

—¡Oh, mierda! —Robin se detuvo y se dio una palmada en la

frente—. ¡Hugh Jacks!

Tras recibir el último mensaje de Jacks, Robin había decidido que lo mejor sería llamarlo y dejarle claro que no estaba interesada, pero al día siguiente ya se le había olvidado por completo aquella resolución. A Robin no le gustaba herir los sentimientos de la gente, y mientras bajaba por la escalera metálica con el iPad en el bolso, sintió una mezcla de pavor y enojo por tener que explicarle a Jacks lo que sin duda tendría que haberle resultado obvio después de tanto tiempo sin responder a sus numerosas proposiciones.

Media hora más tarde, cuando Robin salía de la estación de Highgate, le sonó el móvil.

—Así que vas a convertirte en moderadora, ¿eh? —dijo Strike sin preámbulos—. Enhorabuena.

—Todavía no es seguro —dijo Robin, que ya iba andando hacia el cementerio—. Antes debo aprobar un examen sobre la serie de dibujos animados y el juego. Lo supervisa Anomia, y me ha dado una semana para prepararme. La pregunta final consiste en adivinar su identidad, así que más vale que pueda ofrecerle una respuesta halagadora.

—¿Alguien lo ha adivinado?

—Yo le he preguntado lo mismo. Por lo visto no, pero a Anomia le divierte ver las respuestas de la gente.

—Menudo ególatra —mascculló Strike.

—¿Qué hace tu asistenta?

—Ahora mismo está haciendo la compra en un Aldi. No me ha parecido que lleve ninguna caja de Fabergé escondida. ¿Nutley se está ocupando de Dedos Largos?

—Bueno, ha llegado puntual —dijo Robin—, pero me gustaría que no fuese tan...

—¿Gilipollas? A mí también. Confía en mí, voy a prescindir de él en cuanto podamos permitírnoslo. ¿Preparada para ir a North Grove esta noche?

—Sí.

—Confiemos en que Pierce siga interesado en Jessica. Otra cosa: Midge ha perdido a Tim Ashcroft.

—¿En serio? ¡Mierda!

—Nos puede pasar a todos. Lo estaba siguiendo en coche y, saliendo de Colchester, se ha quedado atrapada detrás de un camión que bloqueaba una rotonda, así que ahora mismo no lo está vigilando nadie. Dice Midge que cree que iba a Londres, pero... ¿Has leído mi correo?

—Sí, sí, y estoy de acuerdo: no es nuestro candidato más sólido. De todas formas, estaría bien poder descartarlo.

—Exactamente. Bueno, te dejo disfrutar de tu tarde libre. Suerte esta noche en North Grove. Ya me contarás cómo ha ido.

Strike colgó, y Robin se guardó el móvil en el bolso y siguió caminando hacia el cementerio.

Al torcer por Swain's Lane, la larga carretera amurallada que discurría, en fuerte pendiente, entre las dos mitades del cementerio, vio a un grupo de jóvenes un poco más adelante: eran cuatro chicas y un chico, y dos de ellos llevaban camisetas de *Un corazón tan negro*. La del chico llevaba escrita en la espalda uno de los latiguillos de Drek: «Estoy *truste* y *abirrido*», y la de una de las chicas, otro de Traslúcida: «Triste, muy triste.» El grupo se detuvo entre las secciones Este y Oeste del cementerio, charlando y mirando alternativamente las dos entradas. Robin estaba segura de que trataban de descubrir qué dirección debían tomar para acceder a la parte más antigua, la sección Oeste, donde estaba enterrada Edie y donde se había producido el asesinato, pero en la que sólo podías entrar si te apuntabas a una visita guiada. Robin se quedó rezagada y los vio torcer a la derecha.

Cuando llegó a la altura de la entrada, vio que los jóvenes compraban sus tiquets y se reagrupaban al otro lado de la taquilla, en un patio bordeado por arcadas donde ya había un grupito de gente esperando al guía. Al parecer, disponía de algo de tiempo antes de que comenzase la siguiente visita, así que, con un nudo de ansiedad en el estómago, pero diciéndose una vez más que era mejor acabar con aquello, se situó donde los visitantes que se estaban congregando no pudiesen verla ni oírla y llamó a Hugh Jacks ocultando su propio número de móvil.

El tono de llamada sonó varias veces hasta que Jacks contestó. Parecía impaciente.

—¿Diga?

—Ah, hola, Hugh —dijo Robin—. Soy... Robin Ellacott.

—¡Robin! —dijo él, sorprendido y complacido—. Espera, voy a buscar un sitio donde pueda hablar.

Robin lo oyó caminar y dedujo que estaba alejándose de sus compañeros de trabajo.

—¿Cómo estás? —preguntó Jacks.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien. Mejor ahora que te oigo. Estaba empezando a pensar que habías cortado sin dar la cara.

Robin, que no entendía cómo podía haber «cortado» si no había habido ninguna relación previa, no dijo nada. Se dio cuenta de que Jacks se había tranquilizado con su llamada, porque parecía un poco más seguro de sí mismo cuando continuó:

—Bueno, ¿te apetece ir a cenar un día de éstos?

—Verás... Creo que no, Hugh. Pero gracias. —Como él no decía nada, ella añadió, encogiéndose por dentro—: Es que... Mira, todavía no estoy preparada para salir con nadie.

Silencio.

—Así que... Bueno, espero que estés bien —dijo Robin de forma apresurada—, y ya...

—Pues no, la verdad —la cortó Hugh, adoptando de repente un tono frío y agresivo que pilló a Robin desprevenida—. No estoy nada bien, que lo sepas. Acabo de volver al trabajo esta semana después de una baja por depresión.

—Ostras, lo siento...

—De hecho, he hablado mucho de ti con mi terapeuta. Sí, he perdido mucho tiempo hablando de ti, y de lo que se siente cuando llamas varias veces a una persona y ella ni siquiera se digna a contestar tus llamadas.

—Yo... No sé qué decirte, la verdad.

—Sabías que estaba en una posición vulnerable...

—Hugh —dijo Robin, atrapada entre el arrepentimiento y una irritación cada vez mayor—, si te dio la impresión de que estaba interesada en...

—Mi terapeuta insistía en que debía olvidarte, y yo siempre le decía lo buena persona que eras. Pero ya veo que no eres más que otra...

—Adiós, Hugh.

Pero no fue lo bastante rápida para no oír la última palabra de Jacks:

—... zorra.

El corazón le latía como si hubiese corrido cien metros. Giró instintivamente la cabeza, pero Hugh no iba corriendo hacia ella por la calle, y Robin se enfadó consigo misma por aquella reacción tan irracional.

«Es un gilipollas», se dijo, pero necesitó unos segundos para serenarse antes de volver a la portería gótica donde vendían las entradas.

El grupo del patio había ido aumentando y ya se habían congregado una docena de personas. Aparte de los fans de *Un corazón tan negro*, había un par de turistas norteamericanos y una pareja de ancianos con idénticas gafas de montura de pasta.

Robin se quedó en la periferia del grupo e intentó no pensar en Hugh Jacks ni en la última palabra que le había soltado: «zorra». De repente, se acordó de los buenos modales y la turbación con que el inspector Murphy había encajado su torpe rechazo para ir a tomar algo, y pensó que era un hombre muy agradable, a pesar de que apenas lo conocía.

El guía llegó unos minutos después de que Robin se hubiese unido al grupo: era un hombre de mediana edad, con gafas y ataviado con un chubasquero; inmediatamente miró a los dos jóvenes que llevaban

la camiseta de *Un corazón tan negro* y, según le pareció a Robin, se preparó para lo que pudiese suceder.

—¡Buenas tardes! Me llamo Toby y voy a ser vuestro guía. Nuestra visita dura unos setenta minutos. Un par de aclaraciones antes de empezar: si os interesa ver la tumba de Karl Marx, la encontraréis en la sección Este. El acceso está incluido en la entrada que acabáis de comprar.

Robin ya lo sabía. Josh y Edie, y posteriormente Anomia y Morehouse, se habían tomado ciertas libertades con el trazado del cementerio, condensando las dos mitades en una sola y mezclando tumbas que, en realidad, estaban separadas por Swain's Lane.

—Si os interesa ver alguna tumba en particular...

Dos personas le respondieron a la vez.

—Nosotros queremos ver la de Edie Ledwell —precisó la chica con la camiseta de Traslúcida.

—¿La de Christina Rossetti está incluida en la visita? —preguntó una anciana con gafas.

El guía contestó primero a la anciana.

—Sí, podemos visitar la tumba de Rossetti. Está en una especie de callejón sin salida. La visitaremos hacia el final, para no tener que dar tanta vuelta. Pero me temo que no podremos visitar la de la señorita Ledwell —añadió, dirigiéndose a la chica con la camiseta de Traslúcida—. Está en una parcela privada. Este cementerio todavía está operativo, y las familias...

—Su familia nunca se preocupó por ella —masculló el chico de la camiseta de Drek; el guía hizo como si no hubiera oído nada.

—... tienen derecho a la intimidad, así que pedimos a los visitantes que sean respetuosos. Está permitido hacer fotografías, pero sólo para uso personal. No está permitido comer, beber ni fumar dentro del cementerio, y en ningún caso deben apartarse de los caminos. Algunas tumbas están en mal estado.

—Pero ¿veremos la tumba de la baronesa de Munck? —preguntó una joven robusta con el pelo morado que formaba parte del grupo de *Un corazón tan negro*.

Robin no tenía ni idea de quién era la baronesa de Munck ni por qué su tumba tenía un interés particular para los fans.

—Sí, pasaremos por delante de esa tumba —contestó el guía.

—Bueno, ya es algo —dijo la chica mirando a sus amigos.

El grupo se puso en marcha, pero no subió los escalones de la entrada principal del cementerio, sino que pasó al lado de un gran monumento a los caídos de la Primera Guerra Mundial y enfiló un estrecho sendero. Los fans de *Un corazón tan negro* iban refunfuñando, y Robin dedujo que el guía no los estaba llevando por la ruta que a ellos les habría gustado. Manteniéndose a propósito en la retaguardia

del grupo, la detective echó un vistazo al iPad que llevaba en la bolsa de tela, donde el juego todavía seguía en marcha. La única moderadora presente era Cora, y por suerte nadie estaba esperando para hablar con Buffypaws por un canal privado.

El guía los condujo por un estrecho camino de tierra con tumbas a ambos lados y con un alto muro de ladrillo a la derecha. Todo estaba sumido en las sombras. Las copas de los árboles formaban un tupido dosel, y el aire estaba cargado del olor a vegetación, humedad y piedra enmohecida. El guía iba explicando lo que veían, pero Robin no oía gran cosa de lo que decía porque los fans de *Un corazón tan negro*, que iban justo delante de ella, conversaban en voz baja.

—Es imposible que entraran aquí —dijo la chica de la camiseta de Traslúcida, contemplando el muro de más de tres metros de alto.

—Me parece que está todo en la otra sección —comentó el chico de la camiseta de Drek, escudriñando entre los árboles y las tumbas cubiertas de enredaderas que tenía a su izquierda—. No reconozco nada de todo esto.

Pero cuando el grupo llegó al final del sendero, la chica de la camiseta de Traslúcida soltó un gritito y la del pelo morado se llevó las manos al pecho. Robin entendió su reacción: también ella había tenido una increíble sensación de *déjà vu*.

Aquél era el sinuoso sendero que ascendía entre los árboles recubiertos de hiedra, por el que el pequeño Blacky iba botando en su perpetua y tragicómica búsqueda de la hermosa Traslúcida; y un poco más allá podía verse el bosque de columnas clásicas rotas, cruces, urnas de piedra, sarcófagos y obeliscos de mármol entre los que acechaba la siniestra sombra de Drek, listo para abalanzarse sobre otros jugadores e instarlos a participar en su juego.

El guía se detuvo junto a una tumba coronada por la estatua de un caballo, y les explicó a la pareja de ancianos y a los turistas norteamericanos que era la del matarife de caballos de la reina Victoria. A Robin, sin embargo, le había llamado la atención un obelisco de piedra recubierto por una enorme y gruesa enredadera cuyos fibrosos tallos habían descendido rodeando todo el monumento, dándole el aspecto de un parásito alienígena o de una araña gigantesca que intentaba tragarse la tumba entera. Se trataba de la tumba donde solía posarse Urraca, el personaje al que, en los orígenes, había dado voz Pez Pierce.

Los fans de *Un corazón tan negro*, emocionados, se pusieron a fotografiarla.

Cuando el grupo se puso de nuevo en marcha, Robin se preguntó si aquel cementerio era bonito o más bien espeluznante. La hiedra, la hierba, los helechos, las zarzas y las raíces de los árboles crecían desbocados por todas partes, burlándose de la grandeza formal de los

monumentos. Las enredaderas habían movido las pesadas losas de las tumbas; los helechos habían crecido sobre tumbas donde nadie había puesto flores desde hacía un siglo, y las raíces de los árboles habían levantado lápidas que ahora estaban inclinadas, como si estuvieran haciéndole reverencias a la tierra.

Los fans de *Un corazón tan negro* sintieron otro escalofrío de emoción cuando llegaron a la tumba de Mary Nichols, decorada con un ángel dormido de tamaño natural. Robin sabía que era la tumba de Traslúcida en los dibujos animados. La fantasma solía estar echada sobre ella, llorando por su condición de difunta, y los fans de *Un corazón tan negro* le pidieron a uno de los turistas que les hiciera una foto a todos juntos delante de la tumba.

A continuación pasaron entre las enormes columnas egipcias de piedra y entraron en el Círculo del Líbano, un anfiteatro de piedra cuyas paredes estaban bordeadas por dos hileras de mausoleos. La chica de la camiseta de Traslúcida dio un grito al ver la magnífica tumba gótica, muy parecida a la de Lord y Lady Wyrdy-Grob de la serie de dibujos animados. Mientras el guía hablaba de la afición de la época victoriana por la iconografía egipcia, los fans de *Un corazón tan negro* se hacían selfis y se fotografiaban unos a otros delante del mausoleo.

Salieron del Círculo del Líbano y pasaron junto a la tumba de William Wombwell, que, según les explicó el guía, había reunido en la época victoriana una colección de animales salvajes, lo que explicaba que un gran león de piedra coronase su tumba; justo después volvieron por un largo camino asfaltado flanqueado por más tumbas y árboles que se alejaban en todas direcciones.

De repente, el chico de la camiseta de Drek que iba delante de Robin se detuvo y señaló una lápida que se erguía al final de una pendiente, rodeada de maleza. Robin se sorprendió un poco al ver la misma imagen que Depredador le había descrito a Patas en la William Morris Gallery: la madre pelícano picoteándose el pecho, con un nido lleno de polluelos hambrientos que orientaban el pico hacia ella, esperando ansiosos que su madre los alimentara con su sangre.

Las chicas que rodeaban al joven de la camiseta de Drek se abrazaron unas a otras.

—¡Es ésa! ¡Tiene que ser ésa!

—¡Dios mío...! —exclamó la de la camiseta de Traslúcida, tapándose la boca con una mano—. Creo que voy a llorar...

El guía también se había parado. Se volvió hacia el grupo y, tratando de ignorar la agitación que exhibían los fans de *Un corazón tan negro*, dijo:

—Esta lápida tan peculiar es la de Elizabeth, baronesa de Munck. El pelícano representa el sacrificio. Esta tumba la erigió la hija de

Elizabeth, Rosalbina…

Pero Robin no lo escuchaba. Acababa de recordar cómo había descrito Josh Blay el sitio en el que Edie y él habían tenido las primeras ideas de los dibujos animados, el mismo sitio donde habían asesinado a Edie: «Cerca de una tumba que a Edie siempre le había gustado. Tiene un pelícano.»

—¡Hazme una foto! —le pidió una de las fans de *Un corazón tan negro* a una de sus amigas, acercándole su móvil con manos temblorosas.

El chico de la camiseta de Drek miró al guía; Robin estaba convencida de que se estaba planteando la posibilidad de subir la cuesta y asomarse a la hondonada donde habían encontrado el cadáver de Edie. Los fans de *Un corazón tan negro* se quedaron rezagados cuando el grupo se puso de nuevo en marcha, pero el guía giró la cabeza y ellos empezaron a andar de mala gana, sin dejar de mirar atrás mientras avanzaban.

Robin, que cerraba el grupo, se reprendió a sí misma por sentir repugnancia hacia los fans de *Un corazón tan negro*, que probablemente sólo querían fotografiarse en el sitio donde habían apuñalado a Edie. ¿Acaso ella era mejor? Ahora que había visto el lugar del crimen, entendía lo hábil —o afortunado— que había sido el asesino. Era evidente que sabía cómo llegar hasta aquella remota parcela de tumbas apartada de los senderos a la que, en teoría, los visitantes no podían acceder. También había evitado cruzarse con los grupos de turistas y había conseguido salir del cementerio sin ser visto. Robin escudriñó los alrededores: no había cámaras de vigilancia por ninguna parte. Pensó en las dos máscaras que había usado el tipo que había intentado matar a Oliver Peach. Allí, con aquella vegetación tan espesa y tantos monumentos, habría sido un juego de niños quitarse un disfraz y cambiar de apariencia. Tal vez el asesino había esperado a que pasara un grupo de visitantes y se había mezclado disimuladamente con ellos, o quizá se había marchado por donde había llegado.

Absorta en sus pensamientos, la detective se había quedado un poco rezagada del grupo, que ahora se dirigía a la tumba de Christina Rossetti. Estaba preguntándose dónde habrían encontrado a Josh cuando oyó un fuerte «¡Pssst!».

Dio un respingo y miró a su alrededor. A través de la espesa vegetación, distinguió un par de ojos tristones y una mata de pelo rizado. Pez Pierce estaba allí de pie, semiescondido entre las hojas, con un cuaderno de dibujo en la mano y sonriéndole.

—¿Qué…?

Pez se llevó un dedo a los labios de inmediato, y luego le indicó por señas que lo siguiera. Robin miró al grupo, que en ese momento

tomaba una curva del camino. Nadie miró hacia atrás, así que, con cuidado, se metió entre la maleza. Mientras avanzaba entre los espinos que se le enganchaban en la ropa, se planteó si debía seguir hablando con el acento de Londres que había adoptado la última vez que había hablado con Pez, puesto que Zoe podía haberle comentado que Jessica era de Yorkshire. Cuando entró en el pequeño claro donde se encontraba Pez, se decidió por una solución intermedia.

—Creía que hasta aquí sólo se podía llegar con la visita guiada —dijo en voz baja y con su acento natural.

—Si conoces el camino secreto para entrar, no —dijo Pez con una sonrisa—. ¿Qué hace una adicta al trabajo como tú en la visita guiada de un cementerio?

—Tenía hora en el dentista y me he tomado la tarde libre —explicó Robin—. Nunca había estado aquí. Es increíble, ¿verdad?

—Ah, sí, ahora lo noto… —señaló Pez.

—¿Que notas qué?

—Que eres de Yorkshire. Me lo dijo Zoe. Y también me dijo que acabas de dejar a tu novio.

—Bueno… sí —dijo Robin sonriendo con fingido pesar—. Las dos cosas son ciertas.

Se hallaban rodeados de vegetación que les llegaba hasta la cintura en un terreno irregular y musgoso, de modo que no tenían más remedio que estar muy cerca el uno del otro, entre tumbas y árboles. El olor corporal de Pierce —un olor intenso, animal, que no llegaba a ser el típico olor a sudor— atravesaba su camiseta fina y arrugada, y de pronto a Robin la asaltó un intrusivo recuerdo de su pene.

—¿Tengo premio si te digo otra cosa sobre ti que también es verdad?

—A ver… —dijo Robin.

—Esta tarde no has revisado tu correo electrónico.

—¿Qué pasa, eres vidente o qué?

—No, pero tu clase de dibujo se ha cancelado.

—Vaya, mierda… —dijo Robin fingiendo contrariedad—. ¿Le ha pasado algo a Mariam?

—No, pero tiene demasiado trabajo. Se le había olvidado que hoy tenía no sé qué compromiso político. Esto pasa muy a menudo en North Grove. Seguro que no eres la única que no se ha enterado. La gente irá de todas formas a clase y se tomará algo en la cocina o hará un dibujo por su cuenta. La cosa funciona así. ¿O tú eres de los que escriben para quejarse?

—¡No, claro que no! —dijo Robin haciéndose la ofendida, como sin duda habría reaccionado Jessica si la hubiesen considerado rígida y estirada.

—Me alegro. ¿Adónde van? —preguntó Pez, mirando al grupo de

la visita guiada.

—A la tumba de Christina Rossetti.

—¿Tú no quieres verla?

—No lo sé —contestó Robin—. ¿Es interesante?

—Yo puedo contarte la única historia interesante sobre esa tumba —contestó Pez—. Y luego podemos ir a tomar algo.

—Ah —dijo Robin, con una fingida expresión de timidez en el rostro—. Mmm… bueno, vale. ¿Por qué no?

—Genial. Pues vamos. Tendremos que ir por el camino largo para no cruzarnos con los del tour. Y primero tengo que pasar por mi habitación a dejar esto —añadió, mostrándole el cuaderno de bocetos.

Echaron a andar entre árboles y tumbas, alejándose de los senderos por los que pasaban los grupos de visitantes. En más de una ocasión, Pez le tendió la mano a Robin para pasar por encima de algunas raíces y por terreno rocoso sembrado de piedras sueltas, y ella aceptó su ayuda. La tercera vez, él siguió sujetándole la mano mientras daban unos pasos más, hasta que finalmente se la soltó.

—A ver, cuéntame la historia de la tumba de Rossetti —dijo Robin.

Sentía la necesidad, seguramente un tanto paranoide, de que Pez siguiera hablando mientras caminaban bajo la sombra de los árboles, fuera del alcance de la vista de otras personas.

—Ah, sí —dijo Pez—. Bueno, pues resulta que Rossetti no es la única que está en esa tumba.

—¿Ah, no?

—No, también está Lizzie Siddal. Era la mujer del hermano de Christina, Dante. Murió de una sobredosis, y cuando la enterraron, Dante metió el único manuscrito de sus poemas en su ataúd. Un gesto magnánimo, se supone.

—Qué romántico —comentó Robin mientras liberaba un tobillo de unos tallos de hiedra.

—Siete años más tarde —continuó Pez—, Dante se lo pensó mejor, la hizo desenterrar y recuperó sus poemas. Las hojas estaban comidas por los gusanos, claro. Pero el arte es más importante que las fulanas, ¿no?

Robin Ellacott no lo encontró especialmente gracioso, pero Jessica Robins soltó la obligada risita.

66

Uno de los niños
señaló aquel montón aterrador y sonrió…
Los niños tienen algo terrible.

CHARLOTTE MEW, *En el cementerio de Nunhead*

—¿Qué estabas dibujando? —preguntó Robin.

Pierce y ella ya habían salido del cementerio y se dirigían a North Grove.

—He tenido una idea para hacer una cosa cyberpunk. Sale un enterrador victoriano que viaja en el tiempo.

—Guau, suena muy bien… —dijo ella, y Pez se pasó casi todo el trayecto hasta el colectivo artístico explicándole los pormenores de su historia, que, para sorpresa de Robin, realmente sonaba muy elaborada y atractiva—. Entonces, ¿además de dibujar también escribes?

—Sí, un poco… —El colorido vestíbulo del colectivo artístico resultaba deslumbrante comparado con la melancólica atmósfera del cementerio—. No tardo nada, sólo subo a dejar esto —añadió Pez, mostrándole el cuaderno de dibujo; pero todavía no había empezado a subir por la escalera de caracol cuando apareció Nils de Jong, que en ese momento salía de la cocina. Enorme, rubio y desaliñado, llevaba unas viejas bermudas de camuflaje y una especie de blusón de color crudo lleno de manchas de pintura.

—Tienes visita —le dijo a Pez en voz baja. Era difícil saber si Nils sonreía o no; la curva natural hacia arriba de su boca ancha y de labios finos siempre resultaba ambigua—. Acaba de ir al lavabo.

—¿Quién es? —preguntó Pez con una mano en la barandilla.

—Phillip Ormond —contestó Nils.

—¿Y qué cojones quiere de mí?

—Dice que tienes algo suyo.

—¿Yo?

—Mira, aquí está —añadió Nils en voz más alta al ver aparecer a Ormond.

A Robin, que nunca había visto a Ormond, le llamó la atención su aspecto pulcro y aseado, nada acorde con el ambiente de North Grove. Vestía traje y corbata y llevaba un maletín, como si acabara de salir de la escuela.

—Hola —saludó Ormond sin sonreír—. ¿Podemos hablar un momento?

—¿De qué?

Ormond miró a Robin y a Nils.

—Es un tema un poco delicado. Tiene que ver con Edie.

—Está bien —dijo Pez, aunque no parecía muy contento—. ¿Quieres que vayamos a la cocina?

—Mariam está allí con su grupo —repuso Nils.

—Genial —dijo Pez con cierta irritación—. Entonces, mejor vamos arriba. —Se volvió hacia Robin y añadió—: ¿Te importa si...?

—No, claro que no. Te espero aquí —dijo Robin.

Los dos hombres subieron juntos y en silencio por la escalera de caracol, y poco después se perdieron de vista.

La detective se quedó sola con Nils.

—No habrás visto un gato, ¿verdad? —preguntó el holandés, mirándola a través de las greñas de su flequillo rubio.

—No, lo siento...

—Ha desaparecido.

Nils observó el vestíbulo con desgana, y luego volvió a mirar a Robin.

—Zoe me ha dicho que eres de Yorkshire.

—Sí —confirmó Robin.

—Hoy no vendrá, está enferma.

—Vaya, lo siento. Espero que no sea nada grave.

—No, no, creo que no.

Hubo una pausa mientras Nils escudriñaba de nuevo el vacío vestíbulo, como si su gato pudiera materializarse en cualquier momento.

—Me encanta esta escalera —comentó Robin para romper el silencio.

—Sí —dijo Nils, girando la cabeza para mirarla—. Nos la hizo un viejo amigo... Sabes que la clase de dibujo de esta noche se ha cancelado, ¿no?

—Sí —respondió Robin—. Me lo ha dicho Pez.

—Pero si quieres puedes ir a dibujar. Mariam ha dejado helechos y algunas cosas más. Me parece que Brendan está en el taller.

—Me habría encantado, pero le he dicho a Pez que iría con él a tomar algo.

—Ah, bueno... —dijo Nils—. ¿Quieres sentarte mientras lo esperas?

—Vale, muchas gracias.

—Ven, sígueme.

Nils la llevó en la dirección opuesta a la de la cocina. Sus enormes sandalias repiqueteaban en el suelo de madera mientras avanzaba

arrastrando los pies. Pasaron por delante del taller donde se hacía la clase de dibujo, y Robin distinguió al veterano Brendan, trabajando diligentemente en su boceto de helechos al natural.

—La cocina está llena de revolucionarios armenios —comentó Nils, que se detuvo ante una puerta cerrada y sacó un manojo de llaves del bolsillo—. Arman mucho jaleo. La política, ya sabes... ¿A ti te interesa la política?

—Sí, bastante —contestó Robin con cautela.

—A mí también —dijo Nils—, pero siempre estoy en desacuerdo con todos y Mariam se cabrea conmigo. Éste es mi estudio privado —añadió, y los dos entraron en una gran sala que olía a aguarrás y a cannabis.

La palabra «desorden» se quedaba más que corta para describir la estancia. Por el suelo había trapos, tubos de pintura vacíos, papeles arrugados y todo tipo de basura, como envoltorios de chocolatinas o latas vacías. Las paredes estaban forradas con endebles estanterías de madera repletas de botes con pinceles, tubos de pintura y paletas de artista, que competían por el espacio con libros de bolsillo manoseados, botellas, piezas de maquinaria oxidadas, esculturas de arcilla grumosas, máscaras de madera y de tela, un polvoriento tricornio, varios modelos anatómicos, una mano de cera, plumas de todo tipo y una máquina de escribir antigua. Había montones de lienzos apoyados por todas partes, colocados de espaldas a la habitación.

Entre la capa de basura que cubría casi hasta los tobillos asomaban como extraños hongos unos cuantos ejemplos del arte de Nils de Jong. Eran todos de una fealdad tan agresiva que Robin, mientras caminaba entre los residuos del suelo para acercarse a una de las dos butacas bajas, decidió que debían de ser o bien obras de un genio o sencillamente espantosas. Un busto de arcilla de un hombre con engranajes oxidados en lugar de ojos y tiras de neumático representando el pelo la miró sin verla cuando ella pasó por su lado.

Robin se sentó en la butaca forrada con una tela bastante apestosa que Nils le señaló y, en un caballete colocado delante de la ventana, vio un *collage*. En el cuadro, donde predominaban el verde lodo y el amarillo, había una fotografía de la cara de Edie Ledwell superpuesta sobre una figura arrodillada.

—Siento lo de tu gato —dijo Robin, desviando la mirada del *collage*—. ¿Hace mucho que desapareció?

—Cinco días —contestó Nils, y se sentó en la otra butaca, que emitió un gemido chirriante al tener que soportar su peso—. Pobre *Jort*. Nunca había estado tanto tiempo fuera.

Robin recordó que Nils y Mariam tenían una relación abierta, o al menos eso era lo que les había contado Josh, y se preguntó si su

interés por llevarla a su taller privado sería sexual; pero Nils parecía, ante todo, adormilado, y hasta el momento no le había dado la sensación de que quisiera seducirla. A su lado, en una mesita de pedestal, había un cenicero con un porro a medio fumar del tamaño de una zanahoria y, pese a estar apagado, todavía impregnaba el aire con su penetrante olor.

—Me encanta —mintió Robin, señalando el *collage* con la cara de Edie.

La joven asesinada aparecía rodeada por un extraño surtido de seres: dos figuras humanas con largas túnicas, una araña gigantesca, y un loro rojo con una hoja de marihuana en el pico que parecía estar a punto de posarse en su regazo. Había dos frases, una en griego y la otra en latín, impresas en un papel grueso de color crema y pegadas, de través, en el lienzo: *Tule ultima a sole nomen habens* y ὅ μιν ἑκάεργος ἀνήρπασε Φοῖβος Ἀπόλλων.

—Sí —dijo Nils, contemplando su obra con somnolienta complacencia—. A mí también me gustó cómo quedó... El año pasado me interesé por las posibilidades que ofrece el *collage*. Hubo una retrospectiva de Hannah Höch en la Whitechapel Gallery. ¿Te gusta Höch?

—Me temo que no conozco su obra —admitió Robin.

—Perteneció al movimiento dadaísta de Berlín... ¿Conoces *Un corazón tan negro*, la serie de dibujos animados? ¿Reconoces a mi modelo?

—¡Ah! Es la animadora de la serie, ¿no? Edie nosequé —dijo Robin haciéndose la sorprendida.

—Edie Ledwell, sí, exacto. ¿Y adivinas cuál fue la inspiración para la composición?

—Pues...

—Rossetti. *Beata Beatrix*. Un retrato de su difunta amada.

—Vaya —dijo Robin—, tendré que buscarlo.

—En el original —continuó Nils, contemplando su lienzo— no hay una araña, sino un reloj de sol. Eso —dijo señalando a la criatura — es una araña tejedora de orbes, la *Meta bourneti*. Odian la luz. Incluso de noche hay demasiada luz para ellas. Han encontrado algunos ejemplares en una cripta del cementerio de Highgate. Es el único sitio de Gran Bretaña donde las han descubierto.

—Vaya —volvió a decir Robin.

—¿Captas el simbolismo? La araña representa la laboriosidad y la maestría, pero odia la luz. No puede sobrevivir en lugares iluminados.

Justo en ese momento, Nils se dio cuenta de que tenía lo que parecía una hebra de tabaco atrapada en su enmarañada barba, la cogió y se la quitó. Robin, que esperaba distraerlo el tiempo suficiente para fotografiar el *collage* en el que salía Edie para enseñárselo a

Strike, señaló el busto del hombre con engranajes por ojos y dijo:

—Eso es… fabuloso.

—Sí —dijo Nils, y una vez más a Robin le costó distinguir si sonreía o no, dada la extraña curvatura hacia arriba de su boca—. Es mi padre. Mezclé sus cenizas con la arcilla.

—¿Que mezclaste sus…?

—Sí. Mi padre se suicidó. Hace ya más de una década.

—Oh, lo… lo siento —dijo Robin.

—No, no pasa nada. No significaba gran cosa para mí —explicó Nils con un ligero encogimiento de hombros—. No nos llevábamos bien. Él era demasiado moderno para mí.

—¿Moderno? —repitió Robin.

—Sí. Era empresario industrial… De la industria petroquímica. En los Países Bajos era un hombre muy importante. Había abrazado ese liberalismo socialdemócrata vacío, ya sabes: consejo de gerencia y trabajadores, una guardería en las fábricas… Todo para mantener felices a sus pequeños engranajes.

Robin hizo un asentimiento evasivo.

—Pero no sabía nada de lo que importa de verdad, no le interesaba —prosiguió Nils, mirando fijamente aquel busto grotesco—. Era de esas personas que se compran un cuadro porque hace juego con la moqueta, ¿me explico?

Soltó una risita y Robin sonrió.

—Una semana después de morir mi madre, mi padre descubrió que tenía cáncer, un cáncer tratable, pero él decidió quitarse la vida. ¿Has leído algo de Durkheim?

—No —contestó Robin.

—Búscalo por ahí —dijo Nils agitando una mano enorme—. Émile Durkheim. *El suicidio*. Tenemos una pequeña biblioteca en los lavabos, puedes llevártelo prestado. Durkheim describe el problema de mi padre a la perfección. Anomia. ¿Sabes qué es?

—La ausencia… —dijo Robin, con la esperanza de que Nils no hubiese detectado su levísimo temblor de sorpresa— de normas éticas o sociales estandarizadas.

—Ah, muy bien… —El holandés compuso una sonrisa perezosa—. ¿Ya lo sabías, o lo has buscado después de verlo en la vidriera de nuestra cocina?

—Lo he buscado después de verlo en la vidriera —mintió Robin, y también sonrió. Según su experiencia, a los hombres les encantaba exhibir sus conocimientos ante las mujeres.

Nils soltó otra risita y continuó:

—Mi padre no tenía vida interior. Estaba hueco, del todo hueco… Sólo le interesaban los beneficios, las adquisiciones y rellenar casillitas socialdemócratas… Su muerte fue la consecuencia natural de su vida.

Suicidio anómico: Durkheim lo describe muy bien. En realidad, la muerte siempre es una culminación. ¿No te parece?

La sincera respuesta de Robin habría sido «no», pero Jessica Robins respondió:

—Nunca me lo había planteado así.

—Pues es la verdad —dijo Nils asintiendo con parsimonia—. No se me ocurre ningún conocido cuya muerte no fuese inevitable y completamente adecuada. ¿Sabes lo que son los chakras?

—Son... zonas del cuerpo, ¿no?

—Son algo más que eso. Tantrismo hindú —dijo Nils, que cogió el porro apagado y se lo enseño a Robin—. ¿Te importa si yo...?

—No, claro que no.

El holandés sacó un viejo Zippo abollado y encendió el porro, del que empezaron a salir unas enormes volutas de humo.

—Mi padre tenía cáncer de próstata —continuó Nils desde dentro de su nube de humo azul—. Segundo chakra: *svadhishthana*. Las enfermedades del segundo chakra tienen su origen en la falta de creatividad y en el aislamiento emocional. Por aquí tengo una cosa...

De repente se levantó y, en el tiempo que tardó en cruzar la gran sala, Robin sacó su móvil, tomó una fotografía del *collage* y volvió a esconder el teléfono en su bolsa de tela.

—¿Dónde lo he metido...? —farfulló Nils, hurgando en sus repletas estanterías y apartando objetos, algunos de los cuales cayeron al suelo sin que él se preocupase demasiado por su destino.

—¡Cuidado! —gritó Robin, alarmada.

Una espada de hoja oblicua se había caído de un estante y había estado a punto de aterrizar en el pie de Nils. Él se limitó a reír y se agachó para recogerla.

—El *klewang* de mi padre. Le hice un pequeño grabado, ¿lo ves? ¿Sabes lo que pone?

—No —dijo Robin, escudriñando las letras griegas grabadas con trazo inseguro en la hoja.

—κληρονομιά: «legado». ¿Dónde está ese libro?

Metió la espada en uno de los estantes y, tras un minuto más hurgando con desgana, dijo:

—En fin, no está aquí... —y volvió junto a Robin con las manos vacías.

La butaca gimió de nuevo bajo su peso cuando volvió a sentarse.

—Y en el caso de alguien como ella... —indicó Robin señalando el retrato de Edie—, ¿en qué sentido su muerte fue una culminación?

—Ah —dijo Nils mirando el *collage* y parpadeando amodorrado—. Bueno, eso se debió a una falta de lo que yo llamaría «perspectiva aristocrática». —Dio otra fuerte calada al porro y expulsó el humo, haciendo que otra densa nube ocultara sus facciones—. No me refiero

a «aristócrata» en un estricto sentido de clases, me refiero a una actitud mental específica... El carácter aristocrático disfruta de cierto grado de desapego, de una visión amplia y generosa de la vida... Soporta los cambios de fortuna, tanto si es buena como si es mala... Pero Edie tenía una mentalidad burguesa, era posesiva con sus logros... le preocupaba el *copyright*, le molestaban las críticas... Y, al final, el éxito acabó destruyéndola.

—¿Crees que el arte debería ser gratuito? —le preguntó Robin.

—¿Por qué no? —dijo Nils tendiéndole el porro—. ¿Quieres una calada?

—No, gracias. —Robin ya estaba un poco mareada de inhalar el humo, aunque no fuese directamente—. Pero... —Suavizó la pregunta con una risita—. Supongo que no creerás que su preocupación por el *copyright* fue lo que la mató, ¿verdad?

—No exactamente el *copyright*, claro. A Edie la mataron porque se había convertido en algo distinto.

—¿Y en qué se había convertido?

—En una figura odiable. Había conseguido hacerse odiar... pero era una artista.

Nils se quedó ensimismado mirando la arrodillada figura verde y borrosa con la cara de Edie y añadió:

—¿Y qué mayor homenaje se le puede hacer al poder de la obra de un artista que destruir a su creadora? En ese sentido, ella triunfó al morir. Con su muerte, se reconoció el poder de su obra. La sacrificaron por su arte. Si ella hubiese sabido cómo... habitar su poder... las cosas le habrían ido mucho mejor...

Nils dio otra profunda calada a su porro. Su voz cada vez era más somnolienta.

—Las personas no pueden evitar ser lo que son de forma innata... Tu amigo Pez... típicamente occidental...

Robin oyó la voz de Bram a lo lejos; cantaba de nuevo en holandés, y luego gritó: «¿Nils?»

El gigantesco holandés se llevó uno de sus enormes dedos a los labios y sonrió a Robin.

—¿Nils?

Oyeron a Bram correr por el pasillo y luego unos golpes en la puerta. Robin dedujo que Nils solía cerrar con llave cuando estaba en su taller, porque Bram no intentó mover el picaporte.

—¡Sé que estás ahí dentro, papá, huelo la marihuana!

Robin sospechó que Nils habría fingido no haber oído a su hijo si ella no hubiese estado allí con él.

—Está bien, ya voy... —Nils se levantó, dejó el porro y fue a abrir la puerta. Bram apareció en el umbral, puso los ojos como platos al ver a Robin allí sentada y soltó una carcajada.

—Papá, ¿estabas intentando...?

—Es una amiga de Pez —lo cortó Nils, impidiendo que Bram acabara la frase—. ¿Qué quieres?

—¿Puedo llevar la espada de *overgrootvader* a la escuela?

—No, chico, si hicieras eso te expulsarían —dijo Nils—. Venga, vete a jugar.

—Drek está *truste* y *abirrido* —empezó Bram—. Drek está *truste* y *abirrido*. Drek...

—¿Nils? —dijo una voz femenina, y la mujer con el pelo rapado a la que Robin ya había visto apareció en la puerta con su bebé en los brazos—. Ha venido el técnico a ver el calentador. Está abajo.

—Esperaré en el vestíbulo —dijo Robin levantándose—. Así podrás cerrar esta habitación con llave, si tienes que salir.

Tenía la esperanza de que, al mencionar la necesidad de cerrar la puerta del estudio, Nils se acordara de hacerlo pese a estar colocado. No le hacía ninguna gracia que Bram pudiese coger el *klewang* de su abuelo, y se alegró al oír un tintineo de llaves a sus espaldas cuando echó a andar pasillo abajo.

En el vestíbulo todavía no había ni rastro de Pez, pero un hombre ataviado con un mono de trabajo azul contemplaba perplejo la gigantesca *Monstera deliciosa*, la escalera de caracol y los centenares de dibujos y pinturas que había colgados en las paredes.

Nils pasó junto a Robin, dejando tras él una bruma de vapores de cannabis, saludó al técnico y se lo llevó hacia la cocina. La mujer del pelo rapado sonrió a Robin y luego subió por la escalera de caracol, susurrándole algo al bebé que llevaba en brazos, que iba riendo.

Cuando se quedó sola, Robin sacó su móvil para mandarle a Strike la fotografía que había hecho del *collage*. Pero todavía estaba en ello cuando una voz fuerte y aguda como un silbato le chilló casi al oído:

—¡drek quiere jugar al juego, chiqui!

Robin soltó un grito de asombro, dio un respingo y se volvió. Bram, que llevaba un pequeño dispositivo de plástico en la boca, la había seguido. Al ver que Robin se había asustado, se puso a reír a carcajadas. Robin se guardó el móvil en la bolsa de tela y, con el corazón acelerado, hizo un esfuerzo por sonreír.

—Te gusta *Un corazón tan negro*, ¿verdad?

—Me gusta Drek —dijo Bram, que seguía hablando a través de aquel dispositivo que distorsionaba su voz y la convertía en un silbido penetrante.

—¿Sabes hacer otras voces con eso? —le preguntó Robin, sospechando que la respuesta sería afirmativa.

—A lo mejor —contestó Bram. Pulsó un botón y las siguientes palabras que pronunció salieron con una voz áspera y ronca—:

También puedo hacer ésta.

—¿De dónde has sacado ese aparato? Es divertido.

—Del museo de la ciencia —dijo Bram con la voz ronca. Entonces se quitó el aparato de la boca y soltó—: ¿Tú quién eres?

—Soy Jessica —dijo Robin—. Vengo a clases de dibujo.

—Creía que eras la amiga de Pez —repuso Bram, y el deje de desconfianza de su voz y la astucia de su mirada hicieron comprender a Robin por qué Josh había dicho que, a veces, parecía que aquel niño tuviese cuarenta años.

—Sí, también soy amiga de Pez —contestó Robin, que señaló de nuevo el artilugio de Bram y añadió—: Seguro que eso está muy bien para hacer bromas por teléfono. ¿Lo has probado? Yo siempre las hacía con mi hermano —mintió.

Bram soltó una risita.

—¿Quieres ver unas obras de Pez? —preguntó.

—Claro —respondió Robin, dando por hecho que Bram iba a enseñarle algún dibujo de los que estaban colgados en las paredes que los rodeaban.

—Están arriba —explicó Bram sonriente, y le hizo señas para que lo siguiera por la escalera de caracol.

—No sé si debo subir… —repuso Robin.

—A nadie le importa —dijo el niño—. Aquí todo el mundo puede ir a donde quiera.

—¿Dónde están esas obras exactamente? —preguntó Robin sin moverse. No pensaba dejar que Bram la llevara al dormitorio de Pez. A pesar de que le habría encantado saber de qué estaban hablando él y Ormond, creía que tenía más posibilidades de sonsacarle esa información a Pez tomándose una copa con él que irrumpiendo en su dormitorio con Bram.

—En la antigua habitación de Edie y Josh —contestó Bram.

La tentación de ver esa habitación era irresistible para Robin, de modo que siguió a Bram por la escalera hasta el primer piso.

El muchacho, extrañamente emocionado, la guió por un pasillo estrecho, enmoquetado y salpicado de pequeños tramos con dos o tres escalones. Robin se dijo que aquella planta se habría parecido mucho a la de un pequeño hotel, de no ser porque la mayoría de las puertas estaban abiertas y revelaban dormitorios desordenados.

—Ésa es la mía —le explicó Bram, aunque no era necesario que lo señalara, porque el suelo de la habitación estaba cubierto de juguetes, la mayoría rotos—. Y ésa era la suya.

A diferencia de las otras, la puerta de la habitación contigua a la de Bram estaba cerrada. Para sorpresa de Robin, el chico escudriñó el pasillo desierto para comprobar que no había nadie, se sacó unas llaves del bolsillo y abrió la puerta.

La habitación estaba orientada hacia el norte. Olía a madera y a telas quemadas, con un toque de podredumbre. La lámpara del techo no tenía bombilla. Cuando los ojos de Robin se acostumbraron a la penumbra, se dio cuenta de que habían dejado aquella habitación tal como estaba cuando Josh se había marchado, unos meses atrás. Los retazos ennegrecidos de lo que quedaba de las cortinas todavía colgaban de la ventana, y los extremos, deshilachados, oscilaban un poco empujados por la corriente que había provocado la puerta al abrirse. Habían retirado las sábanas de la cama de matrimonio, y el colchón estaba quemado en parte. Algunos de las pinturas y bocetos pegados en las paredes habían quedado reducidos a fragmentos que todavía aguantaban gracias a unas chinchetas deslustradas, pero la pieza artística que ocupaba más espacio —si es que merecía ese nombre— seguía en su sitio, porque la habían pintado directamente en la pared al estilo de los grafiteros.

Y era ese grafiti lo que ahora señalaba Bram, a la vez que observaba con atención la reacción de Robin.

Alguien —probablemente Pez, si había que dar crédito al niño— había pintado con todo detalle un pene de dos metros de largo introduciéndose en una vagina. En la parte superior del mural estaban escritas las mismas palabras de la vidriera de Mariam, en la cocina del piso de abajo:

Un estado de anomia es imposible

dondequiera que los órganos solidarizados

estén en contacto suficiente y

durante el tiempo suficiente.

—¿Qué te parece? —preguntó Bram, sin poder contener la risa.

—Muy bueno —contestó Robin con naturalidad—. El que lo haya hecho sabe dibujar genitales, desde luego.

A Bram no pareció satisfacerlo demasiado esa respuesta.

—Fue Pez. Lo hizo cuando ellos no estaban. A Edie no le gustó.

—¿Ah, no? —dijo Robin con aparente indiferencia.

—Yo sé quién la mató —añadió Bram.

La detective lo miró. Era tan alto que sus ojos casi quedaban a la misma altura que los de ella. Al recordar lo que le había pasado a su madre, Robin no pudo evitar sentir lástima por el chico, a pesar de que ni su ávida expresión ni su patente deseo de impresionar le inspiraban simpatía alguna.

—Pues deberías decírselo a algún adulto —dijo Robin.

—Tú eres una adulta —repuso Bram—. Si te lo digo, tendrás que hacer algo, ¿no?

—Me refiero a algún adulto próximo a ti, como tu padre o Mariam.

—¿Cómo sabes que ella no es mi madre?

—Alguien me lo comentó —afirmó Robin.

—¿Sabes qué le pasó a mi madre de verdad?

—No.

—La mató un hombre. La estranguló.

—Eso es terrible, lo siento mucho... —dijo Robin muy seria. Imaginó que Bram daba por hecho que lo había tomado por mentiroso.

Durante una milésima de segundo, la sonrisa de Bran vaciló. Entonces el chico dijo en voz alta:

—No me importa. Es mejor vivir con Nils. Él me da todo lo que quiero.

—Pues tienes suerte —aseguró Robin sonriendo, y se volvió para examinar el resto de la habitación.

Pensó que ése no podía ser el lugar en el que Josh y Edie habían grabado aquel vídeo en los inicios, cuando todavía estaban tan enamorados, porque en aquella habitación estaban en una cama individual. No vio la cartera ni las llaves de Josh. Había una diana que había sobrevivido al incendio, porque estaba colgada en el extremo opuesto de la estancia, y tenía superpuesto un dibujo en el que habían clavado tres dardos. Robin, curiosa, se acercó a la diana, y se llevó una pequeña sorpresa al ver que se trataba de un retrato a lápiz, bastante malo, de Íñigo Upcott, al que identificó porque Katya había escrito su nombre encima de su firma.

—¿Quién ha puesto el dibujo de ese pobre hombre en la diana? —le preguntó a Bram con tono jocoso.

Como el chico no le respondió, se dio la vuelta y se encontró cara a cara con una rata muerta.

Robin soltó un chillido y se echó hacia atrás contra la pared, y las colas de los dardos le pincharon la cabeza. La rata, sin ojos y parcialmente descompuesta, tenía los dientes amarillos, y la cola, gruesa y con forma de gusano, completamente rígida. Apestaba a alcohol, y Bram, riendo, iba balanceándola y acercándosela cada vez más. En el suelo, junto a la cama, ahora había un gran tarro destapado lleno de un líquido turbio.

—¡No! —gritó Robin. Apartó a Bram, salió atropelladamente de la habitación al desierto pasillo y volvió a toda prisa por donde había llegado, tratando de reprimir el instinto de correr, aunque no oía que Bram la estuviese persiguiendo.

Cuando estuvo en lo alto de la escalera, vio a Pez en el vestíbulo, solo. Parecía enojado, pero su expresión se suavizó cuando Robin empezó a bajar.

—Creía que te habías largado.

—No —dijo Robin intentando serenarse—. Bram quería enseñarme una cosa que hay arriba.

—Dios mío… —exclamó Pez entre risueño y sorprendido—. ¿Y qué era?

—Un grafiti que pintaste en una pared —contestó Robin, e intentó adoptar una expresión parecida.

—¡Joder! ¿Te ha enseñado eso? —La sonrisa de Pez se borró de su cara—. Fue una broma… Y esa puerta estaba cerrada con llave.

Robin acababa de llegar al vestíbulo cuando Bram empezó a bajar estrepitosamente por la escalera.

—¿De dónde has sacado una llave de la habitación de Josh? —le preguntó Pez al chico.

Bram se encogió de hombros con insolencia; luego miró a Robin a los ojos.

—Lo hizo Zoe —le soltó. Compuso una gran sonrisa y echó a correr hacia la cocina.

67

Ahora él piensa que estoy enojada.
Creo que mi orgullo de mujer
ha cumplido su propósito.

ELIZABETH BARRETT BROWNING, *Aurora Leigh*

—¿Qué es lo que hizo Zoe? —preguntó Pez.

—Ni idea —mintió Robin—. Ese chico es un poco peculiar, ¿verdad?

—«Peculiar» se queda corto —repuso Pez con un bufido—. Venga, iremos a The Gatehouse.

Por lo visto, la conversación con Ormond había hecho mella en el buen humor de Pez, aunque volvió a animarse cuando salieron a la calle y los recibió una agradable brisa vespertina. De camino al pub, Pez interrogó a Robin sobre su profesión, el marketing; por suerte, ella se había preparado suficientes detalles como para responder sin vacilar a todas sus preguntas.

—Pero ¿no lo encuentras aburrido? —preguntó Pez.

—Claro que sí —contestó Robin, y él se rio.

—Perdona que te haya dejado sola tanto rato...

—No pasa nada. He estado hablando con Nils.

—¿Ah, sí? —Pez sonrió—. ¿Y qué te ha parecido?

—Interesante —dijo Robin, y Pez volvió a reír.

—Tranquila, puedes decir que es un bicho raro. No estamos hablando de mi padre. ¿Qué te ha contado?

—Pues... Me ha hablado de tantrismo hindú, de capitalismo, de suicidio, de la anomia... —Con el rabillo del ojo Robin buscó alguna reacción en el rostro de Pez, pero no detectó nada—. De la perspectiva aristocrática, de la muerte como culminación...

—Vaya, te ha soltado el repertorio completo —dijo Pez sonriendo —. Es inofensivo. Un poco excéntrico, quizá. Es como si... bueno, cree que es un aristócrata innato porque sobrevivió a la herencia millonaria de su padre.

—Debió de ser todo un reto.

Esta vez, además de reírse, Pez alargó la mano y le tocó ligeramente el brazo.

—Eres muy graciosa —dijo con cierta sorpresa.

—También me ha enseñado algunas obras suyas.

—¿Ah, sí? ¿Y qué te han parecido? —Antes de que Robin pudiese contestar, Pez añadió—: Una puta mierda, ¿verdad? No te preocupes, todos lo sabemos. Ha tocado todas las categorías: pintura, escultura, grabado, serigrafía, arte digital… Y la semana pasada hablaba de empezar a hacer grabados en madera.

—¿Alguna vez ha vendido algo? Ah, no, espera… Dice que el arte tendría que ser gratis, ¿no?

—Sí —dijo Pez—. Es muy fácil decir eso si ya tienes unos cuantos millones en el banco. A veces organiza pequeñas reuniones en North Grove y vienen todos sus adeptos, los alumnos que llevan años con él. Beben vino y le dicen que es un genio. Supongo que algunos hasta se lo creen. Es enternecedor… ¿Te ha dicho a qué raza perteneces?

—¿A qué raza? ¿Qué quieres decir?

—Creo que voy a necesitar una birra para contártelo —repuso Pez.

El edificio del Gatehouse ya se distinguía: era una gran casa blanca con entramado de madera negra, y había algunas mesas en el exterior.

—¿Dentro o fuera, qué prefieres? —preguntó Pez.

—Dentro —dijo Robin. Ahora que ya no estaban bajo la sombra moteada del dosel de árboles del cementerio, quería evitar que Pez pudiese examinar de cerca su peluca y sus lentillas coloreadas.

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó Pez cuando entraron en el pub, muy espacioso, con paredes de ladrillo visto y suelos de madera. Había muchas mesas, y aproximadamente un tercio estaban ocupadas.

—Una copa de tinto, por favor —dijo Robin—. Voy un momento al servicio.

Los lavabos de señoras estaban decorados con papel pintado con un estampado de rododendros y loros. Robin se encerró en un cubículo, le mandó a Strike la fotografía del *collage* de Nils con la imagen de Edie y entonces lo llamó. Él contestó casi inmediatamente.

—¿Estás en la clase de dibujo?

—Se ha cancelado, pero estoy tomando una copa con Pierce. Escucha, acabo de enviarte una foto del cuadro que Nils de Jong le regaló a Grant Ledwell. Bueno, del original, porque a Grant le regaló una copia. Y ahora necesito que tomes nota de todo lo que acaba de pasar mientras todavía me acuerdo, porque yo no tengo tiempo para hacerlo. Pez me está esperando en el bar.

—Vale —dijo Strike.

Robin le contó la visita de Ormond a Pez y todas las divagaciones de Nils sobre la muerte de Edie que pudo recordar, le describió la habitación de Josh con todo detalle y terminó con una breve descripción del comportamiento de Bram, que había culminado con su acusación contra Zoe. Mientras lo hacía, oía el rápido roce del

bolígrafo de Strike en el papel.

—Dios mío, con esto tenemos para rato —dijo Strike cuando Robin terminó de hablar—. Buen trabajo.

—Y ahora tienes que entrar en el juego —continuó Robin—. La última vez que lo hice, Anomia no estaba, pero de eso ya hace más de tres horas.

—Ya está, me estoy transformando en Buffypaws mientras hablamos —dijo Strike, y Robin lo oyó teclear en el ordenador.

—Vale, te llamo en cuanto salga del bar.

—Perfecto. Buena suerte.

Robin colgó, salió del cubículo, se miró en el espejo para asegurarse de que no se le hubiesen movido ni la peluca ni las lentillas, activó la grabadora del móvil, volvió a meterlo en la bolsa de tela con la esperanza de que registrara su conversación con Pez a pesar del ruido del bar, y salió de los lavabos.

Pez estaba sentado a una mesita redonda para dos en un rincón apartado, junto a una ventana, con una copa de vino tinto y una cerveza delante. Había acercado más su silla a la de Robin, de modo que, en lugar de estar sentados frente a frente, estarían prácticamente uno al lado del otro.

—Bueno —dijo ella, sonriendo y quitándose la chaqueta de ante negro al tiempo que se sentaba. La mirada de Pez se desvió automáticamente hacia sus pechos y luego volvió a ascender hasta sus ojos—, ¿qué era eso de que Nils le dice a la gente a qué raza pertenece?

Al sentarse junto a él, Robin volvió a percibir su olor corporal. Se fijó en que tenía los brazos musculosos y llevaba las uñas sucias. Si lo hubieran despojado de los vaqueros y la camiseta, habría parecido un santo de Caravaggio con aquellos grandes ojos, oscuros y tristones, y la mata de pelo negro y rizado.

—Cuando Nils conoce a alguien, lo clasifica en una u otra raza —dijo Pez, y entonces, al ver la expresión de Robin, añadió—: Bueno, sólo lo hace con los europeos blancos. Es una teoría que encontró en un libro viejo. Por lo visto, hay seis razas de europeos blancos. Lee cosas muy raras de las que nadie ha oído hablar nunca y le encanta discutir, aunque vaya colocado. Es un polemista, por decirlo así.

—Entonces, cuando me dijo que tú eras el típico occidental, ¿se refería a eso de la raza?

—Ah, ¿eso te dijo? —preguntó Pez poniendo los ojos en blanco—. Sí, soy un hombre occidental. Moreno y pequeñito.

Robin estuvo a punto de decir «no eres pequeñito», pero se mordió la lengua: ella estaba pensando en la estatura, pero sus palabras habrían podido interpretarse de otra forma muy diferente, así que dijo:

—Bueno, comparados con Nils todos somos bajitos.

—Sí, pero los occidentales son muy emotivos y de físico latino, y les gusta el espectáculo.

—¿Y a qué raza cree Nils que pertenece él?

—A la raza nórdica, por supuesto —contestó Pez—. Es el gran creador-guerrero rubio. Es la mejor raza, evidentemente.

—Entonces… sólo es una chorrada, eh… pero ¿Nils pertenece a la raza superior? —dijo Robin.

Pez se rio.

—Sí. Mariam se cabrea muchísimo cuando él empieza a dar la vara con el rollo de las razas, pero Nils dice que Mariam se enfada porque es de raza dinárica, que es inferior a la nórdica.

Robin rio con él, aunque no lo había encontrado muy gracioso.

—Una vez, Nils le dijo a un tipo que iba en silla de ruedas… Fue al final de una fiesta… Siempre estamos montando fiestas con cualquier excusa… En fin, la cuestión es que le dijo que era el clásico alpino. Esto es una broma privada de los residentes de North Grove, porque, cuando a Nils no le cae bien alguien, dice que es alpino. «Alpino» es una especie de palabra clave para decir «tonto del culo». Pequeñoburgués, estrecho de miras.

Robin, que estaba preguntándose si el alpino en cuestión podía haber sido Íñigo Upcott, se echó a reír, como se esperaba que hiciera.

—Pero lo gracioso fue que aquel tipo conocía el libro de donde Nils había sacado su teoría, ¡ja, ja, ja!, así que sabía que Nils estaba soltándole que era convencional y soso y todo lo que se supone que son los alpinos… ¿No vas a beberte el vino?

—Estoy bebiendo —dijo Robin tomando un sorbo—. ¿Y qué hizo el tipo de la silla de ruedas? ¿Le dijo: «cómo te atreves a llamarme “soso” y “estrecho de miras”»?

—No. Le soltó: «Las teorías raciales del señor Comosellameeseviejofacha están completamente desacreditadas» —dijo Pez, imitando una voz pomposa e indignada—. Luego se dio la vuelta con su silla de ruedas y se alejó de nuestro grupo. Al cabo de un rato, yo tuve una discusión con el mismo tipo sobre los Beatles, y entonces le dijo a su mujer que era hora de marcharse, se fue con ella y nunca más volvimos a verlo, ¡ja, ja!

—¿A quién de los dos le gustaban los Beatles y a quién no? —preguntó Robin.

—Ah, a los dos nos gustaban —contestó Pez—. Ya no recuerdo cómo comenzó la conversación, pero acabamos discutiendo sobre qué álbum sólo contiene canciones de McCartney y Lennon. Yo tenía razón —añadió—. Es *Hard Day’s Night*. Ya sé que es un puto tópico ser de Liverpool y que te gusten los Beatles, pero…

Se bajó el cuello de la camiseta y dejó al descubierto el fino

círculo de letras que rodeaba la base de su musculoso cuello. Robin se inclinó un poco hacia delante para leerlo, y, con una rápida inclinación de cabeza, Pez la besó.

A lo largo de su vida, Robin Ellacott había tenido, en total, dos lenguas masculinas en su boca: la de su marido, con quien había empezado a salir a los diecisiete años, y la del chico con quien había salido a los quince, cuyos besos eran más chapuceros que los del perro labrador de la familia. Durante una milésima de segundo se puso en tensión, pero Jessica Robins no era Robin Ellacott: había salido con todos los chicos con los que no había salido ella, había tenido una cuenta de Tinder y había ido a las discotecas de Londres con sus amigas; así que Robin devolvió el beso con entusiasmo fingido mientras él le sujetaba la cabeza con una mano, apretaba sus labios contra los de ella y le metía la lengua, y no tuvo más remedio que aspirar el cálido aliento de Pez y soportar el sabor de la cerveza que él se había bebido.

Cuando Robin consideró que Jessica había tenido suficiente —tal vez tenía toda la experiencia que le faltaba a ella, pero tampoco era una buscona—, se apartó de Pez; él la soltó y deslizó una mano por su peluca, que afortunadamente era de pelo natural. Robin se había gastado una buena suma de dinero al comprarla, pero lo había justificado asegurándole a Strike que, de cerca, las de pelo sintético no daban el pego.

—Eres jodidamente preciosa —susurró Pez con voz ronca.

—Sólo intentaba leer tu tatuaje —dijo Robin con recato.

—*It's getting hard to be someone, But it all works out, It doesn't matter much to me*[7] —citó él—. «Strawberry Fields Forever.» Me da toda la vuelta al cuello.

—¿A ti no te importa demasiado? —dijo Robin, preguntándose cuál sería la mejor manera de meter a los Strokes en la conversación.

—No, no demasiado —dijo Pez—. ¿Por qué? ¿Te gustan los hombres que conducen cochazos y ganan mucha pasta?

—No, son unos plastas. Estoy harta de ellos —contestó Robin, y Pez soltó una carcajada. Si aquello hubiera sido una cita real, pensó la detective mientras una mezcla de nerviosismo y euforia hacía latir muy deprisa su corazón, lo habría estado haciendo muy bien—. Cuéntame, ¿cómo acabaste viviendo en North Grove?

—Estaba aquí una noche y conocí a un chico que vivía en el colectivo. En esa época yo las estaba pasando canutas para pagar el alquiler. Él ya no vive allí, pero me dijo que había una habitación libre. Fui y conocí a Nils, le caí bien y me dijo: «Sí, vente con nosotros.» Y allí me quedé. ¿Tú dónde vives?

—En Kentish Town —dijo Robin, que tenía la respuesta preparada.

—Sí, ya me dijo Zoe que vivíais cerca —comentó Pez—. ¿Sola?

—No, tengo dos compañeros de piso —dijo Robin para impedir que él le propusiera ir juntos a su piso y estar a solas—. Por cierto, Nils dice que Zoe está enferma y que hoy no ha ido a North Grove.

—¿Ah, sí? —dijo Pez sin mucho interés—. Bueno, es anoréxica. No come nada. La típica fan de *Un corazón tan negro*.

—¿Por qué lo dices?

—Están todos tarados, al menos los que se implican mucho. No sé, se meten ahí en busca de algo. Se autolesionan y esas cosas. ¿Por qué no te bebes el vino?

—¡Pero si estoy bebiendo! —contestó Robin, aunque lo cierto era que sólo había dado tres sorbitos, mientras que Pez casi se había terminado la cerveza—. La verdad es que no suelo beber mucho.

—Pues eso tendremos que solucionarlo —señaló Pez.

—¿Alguien ha llamado a Zoe para preguntarle si está bien?

—Mariam, seguramente. —Pez se terminó la cerveza de un trago —. ¡Cómo la necesitaba! —soltó de pronto, y Robin se preguntó si habría sido la conversación con Ormond lo que le había provocado el deseo de beber alcohol.

—Voy a pedirte otra —dijo Robin.

—Pero si ni siquiera has...

—No es ninguna competición, ¿no? —repuso ella con una sonrisa, y Pez sonrió también.

—Vale, gracias.

Robin se levantó y fue hacia la barra, sintiendo la mirada de Pez clavada en su espalda. Había ignorado deliberadamente su primera referencia a *Un corazón tan negro*, pero pensaba volver a sacar el tema en cuanto él hubiese bebido un poco más.

Cuando Robin volvió a la mesa con la cerveza para Pez, él alargó un brazo y le cogió la mano que tenía libre.

—No eres como yo creía que serías... —dijo observándola con una sonrisa en los labios.

—¿Ah, no? ¿Creías que era una alpina? —replicó Robin después de sentarse y dejando que él entrelazara su mano con la de él.

—No —dijo él sonriente—, pero te imaginaba... no sé, más estirada.

—Soy muy estirada —aclaró Robin—. Debes de haber despertado algo en mí.

Pez se rio. Tenía la mano seca y caliente.

—¿Y vas mucho por Liverpool? —preguntó ella, pensando en la página de Instagram de Pez, que revelaba largas estancias de casi un mes en su ciudad natal.

—Sí. Mi padre tiene ela. Es viudo y está solo.

—Ostras, eso es muy triste... —dijo Robin desconcertada.

—Mi hermana es la que se ocupa de él, pero tiene dos hijos autistas, por eso yo voy de vez en cuando a echar una mano. Más que nada para que mi hermana pueda descansar un poco.

—Claro, menos mal que te tiene a ti —comentó Robin—. Vaya, tú tampoco eres como yo te había imaginado.

—¿Ah, no? —Pez la miró con una sonrisita en los labios. Sus dedos calientes todavía estaban fuertemente entrelazados con los de ella—. ¿Y eso qué quiere decir?

—Pues que eres buena persona. Una persona decente. Creía que eras... no sé... El típico artista playboy.

—¿Y eso por qué? ¿Porque me desnudo para posar en las clases de dibujo?

—Ah, no, eso me parece muy bien —repuso Robin, y Pez volvió a reír—. ¿Y qué otra música te gusta?

—Me gusta cualquier tipo de música mientras sea buena —dijo Pez, encogiéndose de hombros—. Cuéntame, ¿cuánto hace que rompiste con tu novio?

—Hará unos seis meses. ¿Y tú?

—Hace más de un año que no tengo ninguna relación seria. Pero estoy bien así.

—Ya lo veo.

Pez se inclinó hacia ella para besarla de nuevo, y Robin fingió entusiasmo cuando él volvió a ponerle una mano en la nuca para acercarle la cara y sus dientes chocaron con los de él, aunque le habría gustado que no se empeñara en tocarle la peluca. Además, no podía dejar de sospechar que Pez la estaba utilizando, como hacía con la cerveza, para distraerse de sus preocupaciones. Había cierta temeridad en aquella técnica de no cortarse en absoluto. Por segunda vez, fue ella la que se apartó, y él emitió un débil gemido.

—Normalmente no hago estas cosas a plena luz del día —dijo Robin en voz baja, mirando de soslayo a los clientes que estaban sentados a las otras mesas. Dos hombres de mediana edad que estaban en la barra los habían estado observando mientras se besaban, y ahora sonreían con picardía. Pez, que había acercado su silla un poco más, la rodeó con un brazo y le acarició un omoplato con el pulgar.

—Tranquila, pronto oscurecerá —bromeó él.

—Bébete la cerveza —dijo Robin— y háblame de tu trabajo. Mariam dice que eres muy bueno.

—Es verdad —dijo Pez—. Pero no consigo nada estable. En parte porque tengo que ir continuamente a cuidar a mi padre. Ha durado mucho más de lo que los médicos creían cuando le diagnosticaron la enfermedad. Pero tengo un par de proyectos en marcha... Ya veremos. Depende.

—Podrías enseñarme algunas de tus obras, ¿no? Seguro que tienes

cuenta de Instagram.

—Sí, claro.

Pez tuvo que quitarle la mano de la espalda para sacar el móvil y entrar en Instagram.

—Mira, echa un vistazo.

Le pasó su teléfono.

—¡Guau! —exclamó Robin.

Esta vez no tuvo que fingir entusiasmo: todas las imágenes estaban muy logradas. Fue pasándolas despacio y vio dibujos lineales, dibujos de fantasía, anime, escenas de dibujos animados de diferentes estilos… Pez volvió a inclinarse hacia ella, apoyó un brazo en el respaldo de su silla y le fue describiendo las distintas imágenes.

—Esto fue un encargo para un cómic… Esto fue para un anuncio, pero al cliente no le gustó. De todas formas, me pagaron… Esto fue para un desarrollador de juegos independiente que quebró poco después. Todavía estoy intentando recuperar mi material…

—¿Y todo esto lo hiciste en North Grove?

—Casi todo, sí. Nils tiene herramientas de tecnología punta.

—Qué guapa. —Robin se detuvo: había reconocido el rostro con forma de corazón de Kea Niven en el retrato caricaturesco de una mujer de pelo negro con un vestido verde, largo y ajustado. El escote era tan pronunciado que se le veía casi todo el pecho. Detrás de ella, un gran creciente de luna brillaba en el cielo nocturno.

—La lunática —dijo Pez soltando un bufido—. Salía con un chico del colectivo. Yo necesitaba una modelo para dibujar a una hechicera sexy, y le pedí que posara para mí. Me dijo que sí sólo para poner celoso a su novio. Se puso muy nerviosa porque él no quiso venir a mirar. Resultó que el tío se estaba tirando a otra chica mientras ella estaba abajo conmigo, en el taller.

—Vaya —dijo Robin.

—Sí. —Pez volvió a sonreír—. Después de que él la dejara, ella se pasó por North Grove para «recuperar algunas cosas suyas», y cuando llegó a la habitación de su ex la puerta estaba cerrada con llave y oyó que estaban follando. Vino corriendo a mi habitación, histérica, y no tardó ni veinte minutos en abalanzarse sobre mí. Pero a mí no me gustan las piradas.

Robin se dio cuenta de que Pez acababa de ofrecerle una versión completamente opuesta de la historia que Kea le había contado a Strike: según Kea, era Pez quien se había insinuado, y ella lo había rechazado.

Siguió pasando imágenes de la cuenta de Instagram, en busca de algo que pudiese utilizar como excusa para llevar la conversación hacia *Un corazón tan negro*.

—¿Ése es el gato de Nils? ¿El que ha desaparecido?

—Sí —dijo Pez, mirando la fotografía de un gato pardo dormido—. Yo estaba intentando conseguir un encargo para ilustrar un libro infantil sobre mascotas. No me gustan los gatos, soy alérgico. A lo mejor ellos lo notaron, y por eso no conseguí el trabajo. Ese bicho sólo tiene un ojo, pero nunca sabes cuándo está dormido.

—¿Cómo perdió el ojo?

—No lo sé, nunca lo he preguntado. Ya lleva casi una semana desaparecido. O lo han atropellado en la calle, o Bram lo ha estrangulado.

—¿Qué? —exclamó Robin fingiendo sorpresa.

—Es un pequeño psicópata. En cuanto alcance el metro ochenta, yo me largo. Y a la velocidad que crece, eso podría pasar el martes que viene. Bueno, ya está —dijo de pronto, poniendo una mano sobre la de Robin justo cuando aparecía una figura en blanco y negro, angulosa, vestida con un largo frac victoriano.

—¡Pero si me lo estaba pasando muy bien!

—Y yo me lo estaba pasando muy bien con lo otro, y tú me has interrumpido —replicó Pez sonriendo, mientras se metía el móvil en el bolsillo de los vaqueros.

—Bueno —dijo Robin al notar que Pez empezaba a acariciarle otra vez la espalda con el pulgar—, ¿le has devuelto a ese hombre lo que estaba buscando?

—No —respondió Pez, y la sonrisa se borró de sus labios.

—¿Qué era?

—Nada. Lo perdí. Pero no era suyo… —Y tras una breve vacilación, agregó—: Me lo dio su novia.

—Ah —dijo Robin—. Pero entonces, ¿por qué…?

—Su novia era Edie Ledwell. La chica que creó *Un corazón tan negro*. La que murió asesinada.

—Ah —dijo Robin otra vez—. ¡Pobre hombre!

—¿Cómo? —Pez pareció desconcertado, pero entonces reaccionó—: Oh… Sí, claro… supongo.

Cogió la cerveza y le dio un buen trago, mientras Robin pensaba a toda velocidad.

—Mira —le soltó, tras tomar una rápida decisión—, ya que la mencionas… No sabía si debía contártelo, pero antes me ha dado muy mal rollo.

—¿Qué te ha dado mal rollo?

—Verás, yo sé a qué se refería ese niño. El del colectivo.

—¿Quién, Bram?

—Sí. Me ha dicho que Zoe mató a esa chica. A Edie Ledwell.

Pez se quedó un momento mirando fijamente a Robin.

—¿Bram te ha dicho que Zoe mató a Edie?

—Sí —dijo Robin—. A ver, evidentemente no me lo he creído.

Pero me ha parecido muy raro que un niño me dijera una cosa así.

—Joder —mascullló Pez, apartando el brazo del respaldo de la silla de Robin y pasándose las manos por el pelo negro y rizado. Luego apuró la segunda cerveza, pero no añadió nada más.

—No debería habértelo contado —susurró Robin.

—Creía que, por una noche, podría dejar de pensar en todo ese asunto.

—Vaya, lo siento… Lamento mucho haberlo mencionado —dijo la detective, dejando que una débil nota de contrariedad se colase en su voz.

Jessica Robins no tenía la culpa de que un niño trastornado la hubiese llevado a aquel dormitorio incendiado y se hubiera puesto a hablarle de un asesinato. Jessica Robins estaba sorprendida por aquel repentino cambio de tono, y empezaba a pensar que Pez tal vez no era tan divertido y cautivador como le había parecido.

—No —se apresuró a decir Pez—. Tú no tienes la culpa… Es que ha sido horrible. Desde que la mataron, todo el mundo quiere hablar de lo mismo todo el puto día, pero ¿qué sentido tiene? O sea, ella ya está muerta, ¿no? Por mucho que hablemos de ella todo el maldito día, no va a volver… A Bram le cae mal Zoe, eso es todo. A veces Zoe le hace de canguro, y a él no le gusta que nadie le diga lo que tiene que hacer… Ya has visto a Zoe: no podría levantar un puto machete, y mucho menos usarlo para matar a alguien… ¿Te vas a terminar el vino, o no?

—Sí, claro… —contestó Robin, procurando darle a su voz la dosis justa de reserva.

—Perdona —dijo Pez, compungido y enojado al mismo tiempo—. Es que ha sido… Todos lo hemos pasado muy mal. A mí me interrogó la policía.

—¿En serio?

—Sí. Hablaron con todos los que conocíamos a Josh y a Edie. Incluso con Mariam.

—¡No me lo puedo creer!

—Sí. Ella sabía que Josh y Edie habían quedado en el cementerio aquella tarde. Pero Mariam estaba dando una clase justo en ese momento. Una clase para niños con necesidades especiales. Yo estaba en el taller trabajando en el proyecto del cómic.

—¿El del enterrador victoriano que viaja en el tiempo?

—Sí —contestó Pez, aunque no pareció halagarlo especialmente que Robin lo recordara—. En fin, a mí me habían visto varias personas que habían pasado por delante de la puerta, así que no era sospechoso de asesinato. Pero luego la pasma me preguntó si yo era ese troll que acosaba a Edie a través de Twitter.

Pez resopló con sarcasmo.

—Viví tres años en el mismo edificio que ella. Si hubiese querido acosarla, no habría necesitado hacerlo en la red. Pero bueno, yo sé quién es ese troll, no hay que ser ningún genio para saberlo.

—¿Ah, sí? ¿Y quién crees que es? —dijo Robin, tratando de disimular su interés.

—Un tal Wally Cardew —dijo Pez sin pensárselo dos veces.

—¿Se lo dijiste a la policía?

—Sí. Les dije que siempre había sabido que era él. Anomia, así es como se llama ese troll.

—¿Anomia? Qué raro. Nils acaba de...

—Ya, el nombre fue una de las razones por las que deduje que era Wally. Oí a Nils explicándoselo... Lo sacó de la vidriera de la cocina.

—Ah, pero ¿tú conoces a ese tipo en persona?

—Sí, los dos trabajábamos en *Un corazón tan negro*. Poníamos la voz de los personajes. Yo sólo hice un par de episodios, porque tuve que ir a cuidar a mi padre un tiempo, y cuando volví me había sustituido un tío que imitaba el acento de Liverpool.

Por la cara que puso, Robin dedujo que a Pez no le había hecho ninguna gracia aquel cambio.

—Wally tiene un colega que sabe programar... Me acuerdo de que él me contó que estaba intentando sacar un juego creado por un programador... Y ese troll, Anomia, tiene un videojuego en línea basado en los dibujos animados. Lo lleva con un amigo suyo. No hay que ser ninguna lumbrera para atar cabos, ¿no? Voy a pedir otra cerveza. ¿Seguro que no quieres otra copa de vino?

—No, gracias, todavía tengo que acabarme ésta.

Pez se acercó a la barra, y Robin se puso a pensar a toda velocidad. Varias de las cosas que Pez acababa de decir de sí mismo encajaban con el perfil de Anomia que Strike y ella habían definido, y sin embargo ella siempre había imaginado que, si algún día se sentara cara a cara con Anomia, lo notaría, lo sabría instintivamente, porque detectaría en él la maldad y el sadismo que había demostrado durante su larga persecución de Edie Ledwell, por muy astutamente que intentara ocultarlos. Pez Pierce tal vez no fuese la mejor compañía para salir a tomar una copa, pero no se lo imaginaba dedicando horas de su vida al juego, y tampoco lanzando una campaña de acoso implacable en Twitter. Era un dibujante con talento, tenía éxito con las mujeres, le gustaba la música: Robin tenía la impresión de que llevaba una vida en general satisfactoria en el mundo real, y que no necesitaba los dudosos placeres de una identidad virtual anónima.

Cuando Pez volvió a la mesa y se sentó, Robin preguntó:

—¿Por qué te sustituyeron en la serie de dibujos? ¿No habría sido mejor trabajar con alguien que de verdad fuese de Liverpool, en vez de con alguien que tuviese que imitar el acento? Odio que la gente

imite mi acento —añadió—. En mi trabajo hay un tipo que se cree muy gracioso y en las reuniones siempre intenta colar alguna expresión típica de Yorkshire.

—Putos londinenses, ¿verdad? —Pez le dio un sorbo a su nueva cerveza—. Edie me explicó que, como no sabían cuándo volvería de casa de mi padre, habían seguido sin mí. Pero no hablemos más de esa maldita serie —añadió—. Ya te lo he dicho, necesito desconectar.

—Vale —dijo Robin procurando, una vez más, parecer sorprendida y un poco ofendida.

—Lo siento… —dijo Pez, relajándose inmediatamente ante la frialdad de ella—. Es que… todavía no me explico lo que pasó.

—Bueno, es lógico… Fue algo horroroso.

Pez volvió a apoyar el brazo en el respaldo de la silla de Robin.

—¿Te he dicho que eres jodidamente preciosa?

Robin dejó que Pez volviera a acercar su boca a la suya. Esta vez el beso fue más suave, y no un largo morreo con lengua, saliva y entrechocar de dientes; parecía lo más apropiado, sólo segundos después de haber estado hablando de un asesinato. Cuando Pez se apartó un poco, Robin dijo en voz baja:

—Quizá te sentaría bien hablar de ello.

—¿Quieres ser mi terapeuta? —preguntó él mirándola a los ojos mientras le acariciaba la espalda.

—Bueno, no tengo titulación —respondió Robin—, pero a cambio ofrezco servicios que no entran en la Seguridad Social.

Él soltó otra carcajada, pero antes de que pudiese preguntar a qué servicios se refería concretamente, Robin añadió con seriedad:

—Quizá deberías hablar con alguien. Esto tiene que haber sido muy traumático para ti, y ya tienes suficiente estrés en tu vida con lo de la enfermedad de tu padre, ¿no?

Pez se mostró un tanto sorprendido.

—¿Por qué lo dejasteis tu novio y tú?

—Me engañó —dijo Robin—, con una amiga mía. ¿Por qué me lo preguntas?

—Porque eres preciosa y adorable. Tu novio debía de ser un capullo.

«Otra vez no, por favor», pensó Robin cuando Pez volvió a inclinarse hacia ella para besarla. El beso fue más largo que los anteriores, aunque al menos esta vez no le estaba tocando el pelo. Pero mientras apretaba su boca contra la de ella con más ímpetu que antes y retorcía la lengua, la rodeó con ambos brazos y estuvo a punto de tirarla de la silla.

—Contrólate, por Dios… —le susurró ella en la boca, entre risas, a la vez que intentaba despegarse de él—. Nos están mirando.

—Quería probar esa terapia que no entra en la Seguridad Social.

—Pues te has olvidado de lo de hablar —indicó Robin, y, para impedir que Pez volviera a besarla, se bebió el resto del vino mientras él seguía acariciándole la espalda.

—Así me gusta —dijo él viéndola beber.

—Te lo digo en serio —insistió Robin, risueña—. Has vivido una experiencia horrible. Se nota que estás afectado.

—Bueno, tampoco vayas a creer que he perdido a mi mejor amiga —dijo Pez sin mucha delicadeza—. Me peleé con ella hace mucho tiempo.

—¿En serio? ¿Por qué?

—Mejor que no te lo cuente. De verdad, déjalo correr.

—Vale. —Robin volvió a dejar que su voz denotara cierta frialdad y aparentó estar dolida. A Jessica Robins no le gustaba que la tratasen como si sólo estuviese un poco por encima de una cerveza en lo que a distracciones se refería. Le gustaba que le diesen un poco de conversación antes de persuadirla de llevársela a la cama.

Al cabo de unos segundos de tenso silencio, Pez dijo:

—De acuerdo, pero no digas que no te he avisado. Vale, pues... otro chico que ponía voz a un personaje de los dibujos animados estaba en la sala de informática de North Grove, esperando a que llegara su escena, o lo que sea. Entré en la sala y vi que él cerraba rápidamente lo que estaba mirando, y claro, sentí curiosidad. Nunca me había caído bien aquel tipo... Colegio privado, padres ricos, siempre fardando de sus privilegios... Una vez, Wally imprimió una fotografía que había encontrado en internet del colegio de ese chico. La amplió, pegó una foto de él encima de uno de aquellos gilipollas con su gorrita rosa, la clavó en la pared, y escribió: «Tim aprendiendo a despreciar sus privilegios de hombre blanco cis hetero.»

Robin se rio.

—A Tim no le hizo ninguna gracia —dijo Pez con cierta satisfacción—. Ninguna en absoluto. He conocido a personas como él en varios sitios en los que he trabajado, mamones de clase media que están resentidos contigo porque tú has crecido en una familia de clase obrera. Como si creyeran que nosotros alardeamos de eso. Que tratamos de obtener una ventaja injusta en el juego de la opresión, o algo así.

Robin volvió a reír.

—Bueno, ¿sabes qué es el lolicon?

—No, ni idea.

—Es un género de dibujos animados. Dibujos de niñas haciendo cosas... sexis. Surgió en Japón, pero ahora está por todas partes en internet.

—¡Ah! —dijo Robin pensando a toda velocidad—. ¡Qué asco!

—Sí... pues eso es lo que el superprogre de Timmy estaba

mirando cuando yo entré. No tuvo tiempo de borrar el historial, porque Edie entró justo detrás de mí y le dijo que lo necesitaba para la escena. Fui a su ordenador y comprobé lo que había estado haciendo.

»Y bueno, se lo conté a Edie cuando ya se habían marchado todos, y discutimos. Ella no me creyó. Tenía a Tim en un puto pedestal. Edie siempre quería caerle bien a la gente inteligente. Ella no acabó los estudios. No hizo estudios superiores. No se daba cuenta de que Tim era un gilipollas. Se creía que era muy inteligente sólo porque hablaba con determinado acento. Pero la cosa no acabó ahí. Edie fue a hablar con él de lo que yo le había dicho. Él dijo que yo mentía, y ella le creyó. Y entonces nos peleamos de verdad, porque yo le dije que, si a Tim le gustaban las niñas, no debería llevarlo a North Grove a ayudarla con las clases de niños. Ya sé que sólo eran unos dibujos —dijo Pez—, pero algunos eran verdadero porno duro. Edie me soltó que era un amargado y otras mierdas por el estilo.

—¿Por qué iba a pensar que eras un amargado? —preguntó Robin, indignada en nombre de Pez.

—Porque ellos habían triunfado, supongo —dijo Pez—. Y después de aquello nos distanciamos.

Bebió más cerveza y se quedó un momento callado, y finalmente añadió:

—Antes de que Edie conociera a Josh, el chico con el que hacía los dibujos animados, tuvimos un rollete. Nada serio. Y estábamos trabajando juntos en una...

Pez se interrumpió.

—Y ahora el desgraciado de su novio intenta quitarme lo que es mío. Pues mira, que le den por culo —añadió, aunque Robin creyó detectar cierta inquietud bajo la ira y la bravuconería—. Es mío y lo pienso conservar.

«Así que no lo has perdido», pensó Robin, pero la dulce y bondadosa Jessica Robins sólo expresó comprensión por el razonable resentimiento de Pez, y se ofreció para ir a pedirle otra cerveza.

68

Los celos, la duda, el dolor abrasador
que sacuden el corazón y el cerebro del amante;
el miedo que no quiere reconocer,
la esperanza que no puede disiparse…

LETITIA ELIZABETH LANDON,
El trovador, Canto 2

Cansado de estar confinado en la oficina y en su ático, Strike había decidido pasar la noche en The Tottenham, donde podría tomarse un par de cervezas mientras seguía investigando en línea. El pub, sin embargo, estaba inusualmente lleno para ser un jueves por la noche, de modo que se había ido a The Angel, pero en la barra había un letrero donde advertían que estaba prohibido el uso de móviles y portátiles en el local.

Sus ganas de tomarse una cerveza aumentaban con cada intento frustrado de conseguirla, y al final acabó en The Cambridge, un pub grande y ruidoso situado en la periferia de Theatreland. Cuando lo llamó Robin, justo acababa de sentarse con su primera Doom Bar, y como ella acabó pidiéndole que la sustituyera en el papel de Buffypaws en *El juego de Drek*, Strike tuvo que abandonar las líneas de investigación que había planeado. Llevaba ya dos horas haciéndose pasar por Buffypaws en compañía de varias cervezas, una hamburguesa y unas patatas fritas, y, aparte de una breve conversación por el canal privado con Infernal1, su participación en el juego se había desarrollado sin incidentes.

Anomia no había aparecido en todo ese rato. A las diez menos cuarto, el detective seguía en The Cambridge, cada vez más aburrido con el juego, y entonces le sonó el móvil.

—Strike.

—Buenas noches —dijo Nutley—. Novedades sobre Kea Niven.

Strike había enviado a su más reciente colaborador a King’s Lynn, con la esperanza de descartar definitivamente a Kea de la investigación. Había escogido a Nutley, en gran parte, porque quería mantenerlo lo más alejado posible de la agencia.

—Cuenta. —Cogió un bolígrafo y acercó su bloc de notas.

—Ha salido a tomar algo con unos amigos —dijo Nutley—. Han ido a una vinoteca del barrio.

—Y caminaba normal, ¿no? —preguntó Strike.

—Lleva un bastón, y sus amigos se han levantado varias veces para ir a la barra a pedirle las copas.

Esperó a que Strike le hiciese la siguiente pregunta. Ésa era una de las numerosas costumbres de Nutley que Strike encontraba sumamente irritantes.

—¿Ya está?

—No —dijo Nutley, sorprendido por la pregunta de su jefe—. Hace cosa de veinte minutos le ha sonado el móvil y ha salido del bar para contestar la llamada. Yo también he salido. He fingido que salía a fumar un cigarrillo.

Nutley hizo una pausa para que Strike elogiara su iniciativa. Como el detective guardaba silencio, continuó:

—Vale, pues estaba hablando con alguien por teléfono y se ha puesto muy histérica. Quería saber por qué no la habían llamado antes y esas cosas. Ha dicho que necesita darle un mensaje a Josh y quería que esa persona se encargara del asunto. También ha dicho que en Edit la gente estaba diciendo cosas terribles sobre ella, y que no son verdad y que todo es falso, más o menos. Y finalmente... —añadió Nutley poniéndole suspense, como si se dispusiera a sacar un conejo de un sombrero— ha dicho que cree que Anomia es quien está detrás de todo esto. De lo de Edit.

—¿Seguro que no ha dicho «Reddit»? —preguntó Strike sin molestarse en disimular su exasperación.

—¿Cómo?

—Reddit —repitió Strike.

—Sí... puede ser... —dijo Nutley tras pensarlo unos segundos—. Pero estaba muy histérica, no era fácil saber qué decía exactamente... Y son todos como muy artistas, ¿no? Por eso he pensado que Edit debía de ser una especie de...

—¿Has pillado el nombre de la persona con la que hablaba?

—No, no le he oído decir ningún nombre.

«Ya me lo imaginaba, maldita sea...»

—Muy bien, Nutley. Buen trabajo —dijo Strike, aunque su tono de voz contradecía sus palabras—. Redacta el informe para el expediente y llámame si pasa algo más.

Después de hablar con Nutley, Strike volvió a concentrarse en *El juego de Drek* y pensó que a él también le gustaría tener a alguien a quien poder enviar a la barra a buscarle las cervezas. A su alrededor, las mesas estaban llenas de gente charlando y riendo: él era el único bebedor solitario, un cuarentón con su ordenador portátil que se entretenía con un videojuego mientras se moría de ganas de fumar. Acababa de esquivar el ataque de un vampiro virtual y había conseguido dirigir a Buffypaws hasta más allá de un león de piedra

con ayuda de la chuleta de Robin («teclea “Eres un mukfluk de piedra muy malo, chiqui”»), cuando recibió un mensaje de su hermanastra Prudence.

Todavía no la había conocido en persona. Mientras él estaba postrado por culpa de la pierna y saturado de trabajo, ella había estado ocupada atendiendo a su hija, que se había lesionado.

Hola. Sylvie ya se encuentra mucho mejor. ¿Cómo lo tienes para tomar algo el jueves que viene?

Strike decidió que no era necesario responder de inmediato y volvió a concentrarse en la pantalla de su portátil. Al cabo de cinco minutos recibió un segundo mensaje, y luego, antes de que hubiese podido leerlo, le entró una llamada. Era Robin, así que contestó enseguida.

—Hola —dijo ella—. Acabo de dejar a Pez. ¿Ha entrado Anomia en el juego?

—No —dijo Strike, y Robin refunfuñó—. Pero he estado charlando en privado con Infernal1, que sabe mucho de fútbol, por cierto. Es la persona más cuerda que he conocido aquí hasta ahora. Ah, y se te olvidó decirme que Buffypaws es seguidora del Manchester United.

—Mierda, ¿no lo puse en las notas? Lo siento. Fue el primer equipo que se me ocurrió.

—Tranquila, ya me las he apañado. Aunque habría sido un detalle por tu parte hacerla seguidora del Arsenal. ¿Cómo te ha ido con Pez?

—Acabo de enviarte la grabación de la entrevista. Yo todavía no la he escuchado, así que no sé si mi móvil lo habrá captado todo. En el pub había bastante ruido.

—Aquí tengo el mismo problema —dijo Strike, subiendo la voz para hacerse oír por encima de un grupo de gente especialmente ruidosa que acababa de sentarse a la mesa de al lado.

—En cuanto pueda escribiré las notas, por si no se ha grabado todo. Le he sonsacado algunas cosas interesantes.

—¿Y ahora dónde estás? —preguntó Strike. Le había parecido oír ruido de coches.

—Voy hacia Junction Road —dijo Robin—. Estoy intentando pillar un taxi.

—¿Y para qué demonios vas a Junction Road?

—Podría no ser nada, pero tengo una corazonada. Mira, ahí viene uno. Nos vemos mañana en la oficina y nos ponemos al día.

Robin le hizo señas a un taxi, que redujo la velocidad hasta detenerse; le dio la dirección al conductor y se subió.

Aunque por teléfono había hecho todo lo posible para hablar con

naturalidad, estaba bastante nerviosa. La última hora de la «entrevista» con Pez, que Robin había eliminado de la grabación que le había enviado a Strike, había consistido en gran medida en una serie de largos morreos acompañada de los intentos cada vez más decididos de Pez de llevarla a North Grove «para tomarnos una copa más». Robin estaba dispuesta a hacer muchas cosas por la Agencia de Detectives Strike y tenía una cicatriz de veinte centímetros en el antebrazo que lo demostraba, pero no creía que acostarse con Pez Pierce estuviese incluido en la lista de deberes que su socio podría esperar de ella, aunque pasar la noche con Pez quizá les habría permitido descartarlo como candidato a ser Anomia.

Cuando el taxi enfiló Highgate High Street, Robin pensó que últimamente estaba recolectando una gran variedad de reacciones masculinas al rechazo. La de Pez quedaba a medio camino entre la cólera de Hugh Jacks y la tímida e inmediata retirada de Ryan Murphy. Había intentado manipularla («¿Qué pasa, no confías en mí?»), recurrir a una actitud pasivo agresiva («No, es que me ha parecido que te gustaba») y, por último, le había pedido su número de teléfono. Robin le había dado el del móvil de prepago que había utilizado con Tim Ashcroft y Yasmin Weatherhead y, tras un último achuchón ya fuera de The Gatehouse —Pez la había apretado con tanta fuerza contra su cuerpo que Robin había notado todos sus músculos a través de la camiseta—, por fin había conseguido marcharse.

Mientras el taxi la llevaba hacia el piso de Zoe, en la mente de Robin se mezclaban pensamientos confusos, en parte culpables y en parte placenteros. Pez Pierce no era precisamente su tipo: a ella no le gustaban las uñas sucias ni el fuerte olor corporal; no lo encontraba demasiado atractivo, ni había olvidado en ningún momento que ella estaba allí para sonsacarle información. Aun así, mientras la lengua de Pez se metía hasta el fondo de su boca y sus manos le acariciaban la espalda, a su cuerpo, que llevaba tres años absteniéndose de todo tipo de contacto sexual, no le había importado mucho lo que opinase su cerebro. La verdad un tanto incómoda era que su respuesta física a los embates de Pez no había sido del todo fingida. Robin no estaba segura de si se sentía avergonzada o más bien orgullosa, porque Pez Pierce, un hombre que seguramente tendría un historial sexual bastante extenso, no parecía haber detectado nada en sus reacciones que delatara falta de experiencia. Ese último pensamiento la trasladó de inmediato a aquel momento delante del Ritz con Strike; por suerte para su tranquilidad de espíritu, justo entonces el taxi finalizó el recorrido hasta Junction Road y se detuvo en la esquina del destartalado edificio donde vivía Zoe Haigh.

Había luz en una de las ventanas del segundo piso que tenía

cortinas de color rosa. Robin dobló la esquina, se metió por Brookside Lane y examinó los timbres que había junto a la puerta por la que había visto entrar a Zoe. El nombre de la chica no aparecía en ninguno de ellos, así que, probando al azar, pulsó el de más arriba.

No contestó nadie. Robin volvió a llamar. Transcurrió otro minuto. Evidentemente, el edificio estaba en tan mal estado que era muy probable que los timbres no funcionasen. Robin llamó por tercera vez…

—¿Hola? —dijo la voz de Zoe, muy débil, por el interfono.

—Hola, Zoe —saludó Robin exagerando otra vez su acento de Yorkshire—. Soy Jessica, de North Grove. He pasado por aquí camino de mi casa y quería saber si estabas bien. Me han dicho que estabas enferma.

—Ah —dijo Zoe—. Sí, estoy bien. Sólo tenía dolor de tripa.

—¿Necesitas algo?

—Pues… no. Pero muchas gracias.

—Vale, bueno, espero que te recuperes pronto.

—Sí, sí. Gracias —dijo Zoe.

Robin cruzó a la otra acera sin apartar la vista de la ventana de Zoe. La silueta de una persona pasó por detrás de las cortinas de color rosa, pero parecía demasiado voluminosa para ser la de Zoe. La detective miró a su alrededor para comprobar que nadie la observaba, se quitó la peluca castaño oscuro y se la guardó en el bolsillo; luego se quitó las lentillas marrones. Ahora, si alguien se asomaba a la oscuridad de la calle, sólo vería a una mujer rubia que aparentemente esperaba a que pasaran a recogerla.

Transcurrió una hora y no entró ni salió nadie del edificio. Robin siguió esperando.

A las doce menos diez, un joven negro se acercó a la puerta del edificio y la abrió. Robin cruzó rápidamente la calle.

—Perdona, ¿te importa si entro? Me he dejado las llaves en casa de mi amiga y no me responde cuando llamo al timbre.

El joven no puso objeciones.

El pequeño vestíbulo estaba sucio, y por la escalera de cemento, sin moqueta, había colillas de cigarrillo y algún envoltorio de comida. El hueco de la escalera olía como si al menos una persona lo hubiese utilizado como urinario.

Robin subió por la estrecha escalera detrás del inquilino, que entró en una puerta del primer piso; entonces ella siguió sola hasta el segundo, y por el camino puso el móvil en silencio.

Al llegar al rellano del último piso, iluminado sólo por una única bombilla desnuda que colgaba del techo, la detective vio dos puertas, una cerrada y la otra entreabierta. Esta última revelaba un cuarto de baño minúsculo con los azulejos de las paredes sucios y

resquebrajados, y con una alcachofa de ducha colgando sobre el inodoro. Robin tenía serias dudas de que aquella reforma hubiera obtenido el permiso necesario.

La puerta que estaba cerrada habría podido abrirse con una buena patada. Plenamente consciente del riesgo que corría, la detective fue hacia ella y pegó una oreja a la rendija que quedaba entre la hoja de madera barata y el marco.

Oyó una voz masculina. El tono parecía enojado, pero el dueño de la voz, quizá consciente de la facilidad con que el ruido atravesaba las paredes de aquel edificio tan precario, no gritaba lo suficiente para que Robin distinguiera más que alguna palabra suelta.

—Puro teatro... elección propia... presionarme...

Robin volvió a mirar su teléfono y vio que ya era más de medianoche. El invitado de Zoe tal vez tenía previsto quedarse a pasar la noche allí, pero su tono de voz no parecía en absoluto el de un amante. La detective permaneció donde estaba, con la oreja pegada a la rendija de la puerta.

—... hacerme daño...

Entonces se oyó la voz de Zoe, aguda y lastimera, y mucho más fácil de oír que la del hombre:

—¡Yo nunca quise hacerte daño!

—¡No grites, joder!

Zoe bajó la voz, pero Robin se dio cuenta, por su entonación, de que estaba suplicando, aunque no logró distinguir qué decía.

Entonces oyó pasos dentro de la habitación y le pareció que se acercaban a la puerta.

Retrocedió hasta la escalera de cemento tan sigilosamente como pudo, y ya había llegado al rellano del primer piso cuando oyó que se abría la puerta del piso de Zoe.

—No, por favor... —oyó que decía la chica—. No te marches, por favor...

—Suéltame. ¡Suelta! Si empiezas a amenazarme...

—No te estaba amenazando, yo sólo...

—¿Quién empezó todo esto?

—Yo, yo, ya lo sé...

—Ya te lo dije, maldita sea, te dije que era yo el que se arriesgaba...

Procurando hacer el menor ruido posible, Robin siguió bajando hasta llegar a la planta baja, y una vez allí se pegó contra la pared para que Zoe y su compañero no pudiesen verla si se asomaban por el hueco de la escalera.

—Quédate, por favor, no lo he dicho en serio, yo sólo...

—Es muy tarde. Tengo que irme. Tengo mucho en que pensar.

—¡No! —gimoteó Zoe, y su voz resonó en las sucias paredes.

—¡Te he dicho que no grites, joder!

Seguían peleándose y, aprovechando el ruido, Robin abrió con cuidado la puerta de la portería y se quedó escuchando en el umbral sin salir a la calle, pero preparada para escapar.

—Suéltame. Me has puesto en una situación muy jodida y ahora pretendes chantajearme...

—No es verdad —lloriqueó Zoe.

Empezaron a oírse unos fuertes pasos que bajaban por la escalera. Robin se coló por la puerta, se quitó la chaqueta que Jessica Robins había llevado todas las veces que había ido a North Grove, se alejó unos diez metros y agachó la cabeza fingiendo que hacía algo con el móvil.

Mirando entre el pelo que ahora le tapaba parte de la cara, la detective vio a Tim Ashcroft salir del edificio a grandes zancadas y dirigirse a un Fiat aparcado cerca de allí. Unos segundos más tarde lo siguió Zoe, sollozando y descalza; intentó impedir que Ashcroft se metiera en el coche, pero él se la quitó de encima con facilidad y, tras cerrar la portezuela sin ningún miramiento, arrancó y se alejó, pero no antes de que Robin hubiese fotografiado el vehículo.

Zoe se quedó en la calzada, temblando y llorando, hasta que el coche se perdió de vista; su esquelética silueta parecía la de una niña de doce años. Robin volvió a agachar rápidamente la cabeza cuando la chica entró otra vez en el edificio, sin mirar siquiera a la mujer rubia que esperaba en la acera.

Cuando la puerta se cerró de nuevo, Robin sacó su bloc de notas y su bolígrafo, se puso en cuclillas, apoyó el bloc en una rodilla y anotó todo lo que recordaba de los escasos fragmentos de conversación que había oído. «Chantajearme...» «¿Quién empezó todo esto?...» «Me has puesto en una situación muy jodida...» «Era yo el que se arriesgaba...»

Entonces se incorporó y miró la hora en el teléfono. Le habría gustado llamar a Strike enseguida, pero era demasiado tarde: con toda probabilidad ya estaría durmiendo.

Robin, sin embargo, estaba equivocada. En aquel preciso momento, su socio, que había salido de The Cambridge hacía una hora, estaba despierto del todo y fumándose un pitillo en la cocina de su ático. Delante tenía el móvil y el bloc de notas, abierto por dos páginas que acababa de llenar con preguntas y observaciones sobre la grabación que Robin le había enviado de su entrevista con Pez. El teléfono había captado bastante bien la conversación, teniendo en cuenta el jaleo que reinaba en el pub.

Mientras Robin paraba un taxi para regresar a Walthamstow, Strike, con el ceño un poco fruncido, escuchaba la grabación una y otra vez, buscando las partes que más le interesaban.

Tras un largo silencio, la voz de Pez decía con voz ronca:

—Eres jodidamente preciosa.

—Sólo intentaba leer tu tatuaje —decía Robin con un deje de picardía.

Strike se saltó un fragmento.

—... Pues que eres buena persona. Una persona decente. Creía que eras... No sé... El típico artista playboy.

—¿Y eso por qué? ¿Porque me desnudo para posar en las clases de dibujo?

—Ah, no, eso me parece muy bien —decía Robin. Pez se reía. Strike volvió a saltarse un trozo de conversación.

—Hace más de un año que no tengo ninguna relación seria. Pero estoy bien así.

—Ya lo veo —decía Robin, probablemente sonriendo.

Otro largo silencio, seguido de un ruido que parecía un gemido de Pez. Entonces Robin susurraba algo que Strike no consiguió entender. Escuchó la grabación tres veces, y al final decidió que lo que Robin estaba diciendo era:

—Normalmente no hago estas cosas a plena luz del día.

Lo que encajaba con la réplica de Pez:

—Tranquila. Pronto oscurecerá.

Volvió a avanzar un poco.

—¿Te he dicho que eres jodidamente preciosa?

Otro largo silencio. Entonces Robin decía:

—Quizá te sentaría bien hablar de ello.

Strike avanzó de nuevo.

—Bueno, no tengo titulación, pero a cambio ofrezco servicios que no entran en la Seguridad Social.

Nunca había oído hablar así a Robin, nunca se había imaginado que pudiese coquetear tan bien. Él siempre había pensado... ¿Qué? ¿Que era una especie de colegiala inocente?

Strike había intentado convencerse de que era lógico que su socia se hubiese asustado ante su imprudente acercamiento a la salida del Ritz, pero ahora había descubierto que estaba perfectamente preparada para aceptar insinuaciones sexuales si con eso conseguía hacer avanzar un caso... O quizá si se las hacía un artista joven y musculoso al que, por lo visto, Robin ya había visto desnudo.

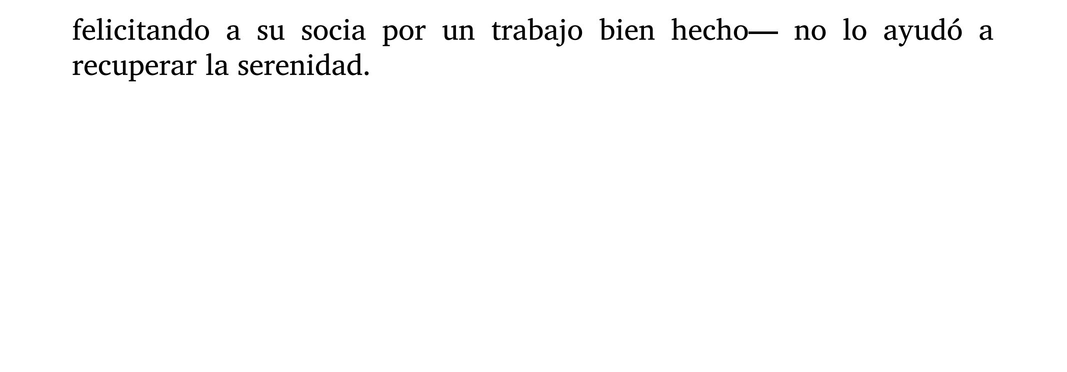
—Porque eres preciosa y adorable. Tu novio debía de ser un capullo.

Otro largo silencio. Y entonces la voz de Robin:

—Contrólate, por Dios... Nos están mirando.

—Quería probar esa terapia que no entra en la Seguridad Social.

Strike se quedó fumando y mirando la pared de la cocina con el ceño fruncido otros veinte minutos, antes de levantarse para meterse en la cama. El hecho de saber que no tenía motivos razonables para quejarse —que, lejos de sentirse agraviado e incómodo, debería estar



felicitando a su socia por un trabajo bien hecho— no lo ayudó a recuperar la serenidad.

69

Ella lo servía dócilmente, anhelante,
con amor; mitad fe, mitad miedo.

LETITIA ELIZABETH LANDON,
Se sentó sola junto a su hogar

Chats internos entre cinco de los primeros moderadores y un nuevo moderador de *El juego de Drek*

<**Canal de moderadores**>;

<**4 junio 2015 23:57**>;

<**Gusano28, Infernal1, Cora**>;

<**Anomia ha entrado en el canal**>;

<**AbirridoDrek ha entrado en el canal**>;

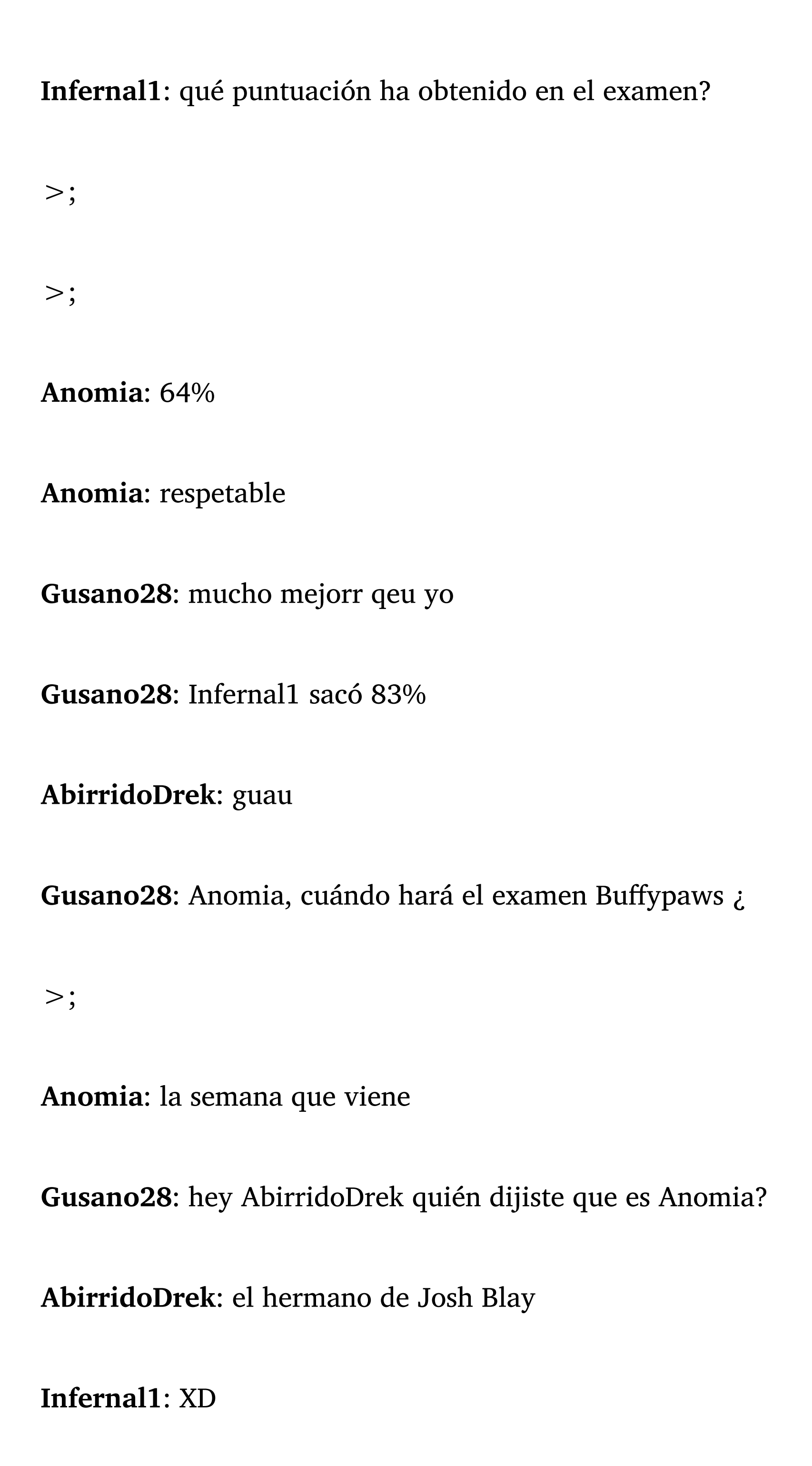
Anomia: Aquí tenéis al nuevo moderador

Gusano28: oh guau ho la!!!

Infernal1: *aplaude*

Cora: felicidades, AbirridoDrek

AbirridoDrek: hola a todos



Infernal1: qué puntuación ha obtenido en el examen?

>;

>;

Anomia: 64%

Anomia: respetable

Gusano28: mucho mejorr qeu yo

Gusano28: Infernal1 sacó 83%

AbirridoDrek: guau

Gusano28: Anomia, cuándo hará el examen Buffypaws ¿

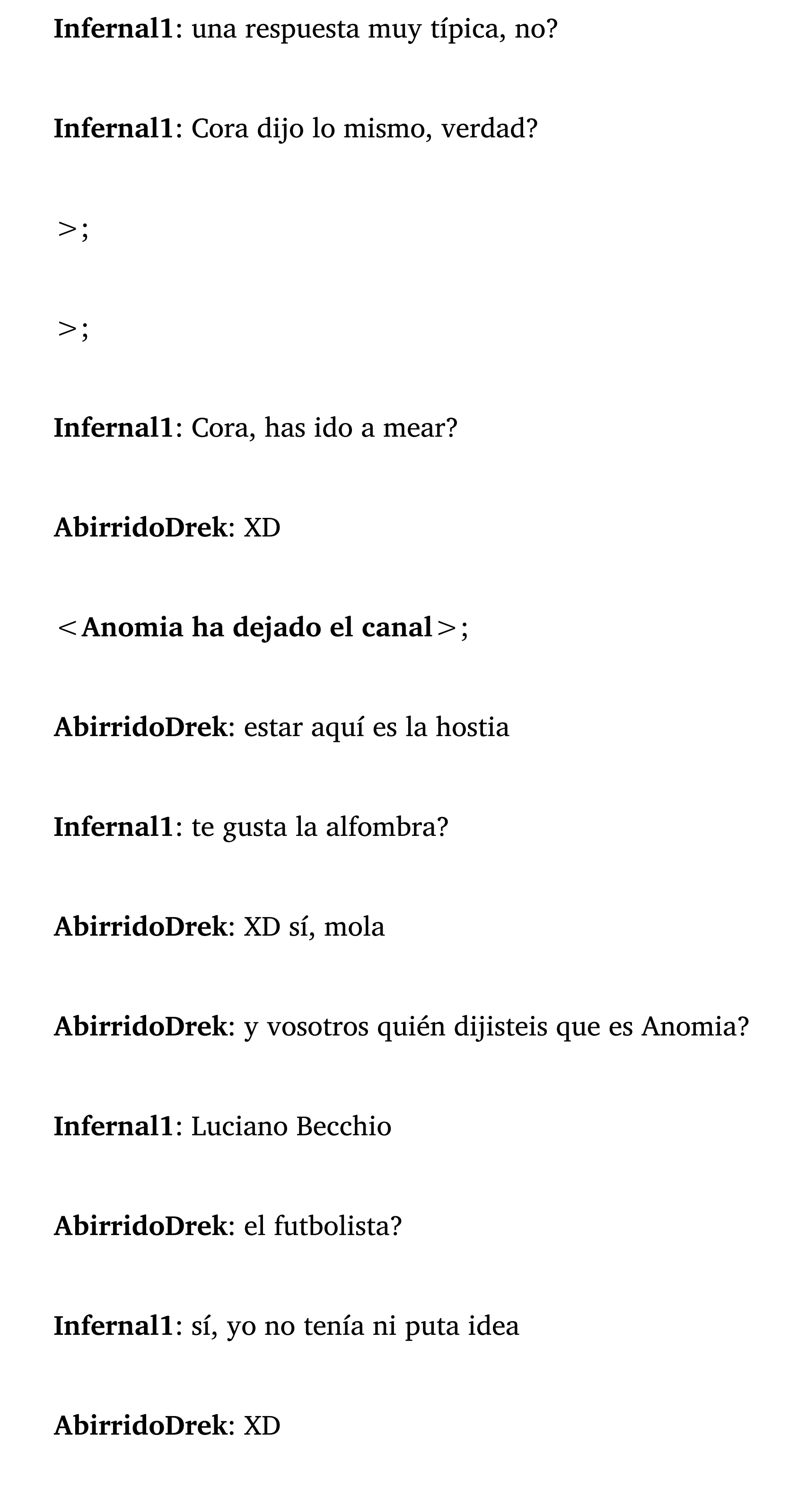
>;

Anomia: la semana que viene

Gusano28: hey AbirridoDrek quién dijiste que es Anomia?

AbirridoDrek: el hermano de Josh Blay

Infernal1: XD



Infernal1: una respuesta muy típica, no?

Infernal1: Cora dijo lo mismo, verdad?

>;

>;

Infernal1: Cora, has ido a mear?

AbirridoDrek: XD

<**Anomia ha dejado el canal**>;

AbirridoDrek: estar aquí es la hostia

Infernal1: te gusta la alfombra?

AbirridoDrek: XD sí, mola

AbirridoDrek: y vosotros quién dijisteis que es Anomia?

Infernal1: Luciano Becchio

AbirridoDrek: el futbolista?

Infernal1: sí, yo no tenía ni puta idea

AbirridoDrek: XD

AbirridoDrek: y cuándo podré empezar a banear a gente?

Infernal1: puedes expulsarte a ti mismo

Infernal1: normalmente esperamos hasta que hacen algo mal

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**5 junio 2015 00:02**>;

<**Anomia invita a Cora**>;

<**Cora se ha unid al canal**>;

Anomia: necesito que mañana lo hagas otra vez. Mismo horario

Cora: Anomia, no puedo. Tengo una presentación en el curro

Anomia: pues tendrás que decir que estás enferma

Cora: por favor, Anomia

Cora: llevo semanas preparándola

Anomia: seguro que no llevas más tiempo trabajando en tu presentación de mierda que yo trabajando en el juego

Anomia: y no te has cortado ni un pelo poniendo eso en peligro, no? Hablando de mí con putos periodistas

Cora: Anomia, no le conté nada que pueda servir para identificarte

Anomia: «culto»

Cora: además, por qué quieres que lo haga?

Anomia: a ver si lo adivinas, no es tan difícil

Anomia: y harás lo que te diga si no quieres ir a la cárcel, doña defensora de terroristas

<**Anomia ha dejado el canal**>;

<**Cora ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

AbirridoDrek: XD

>;

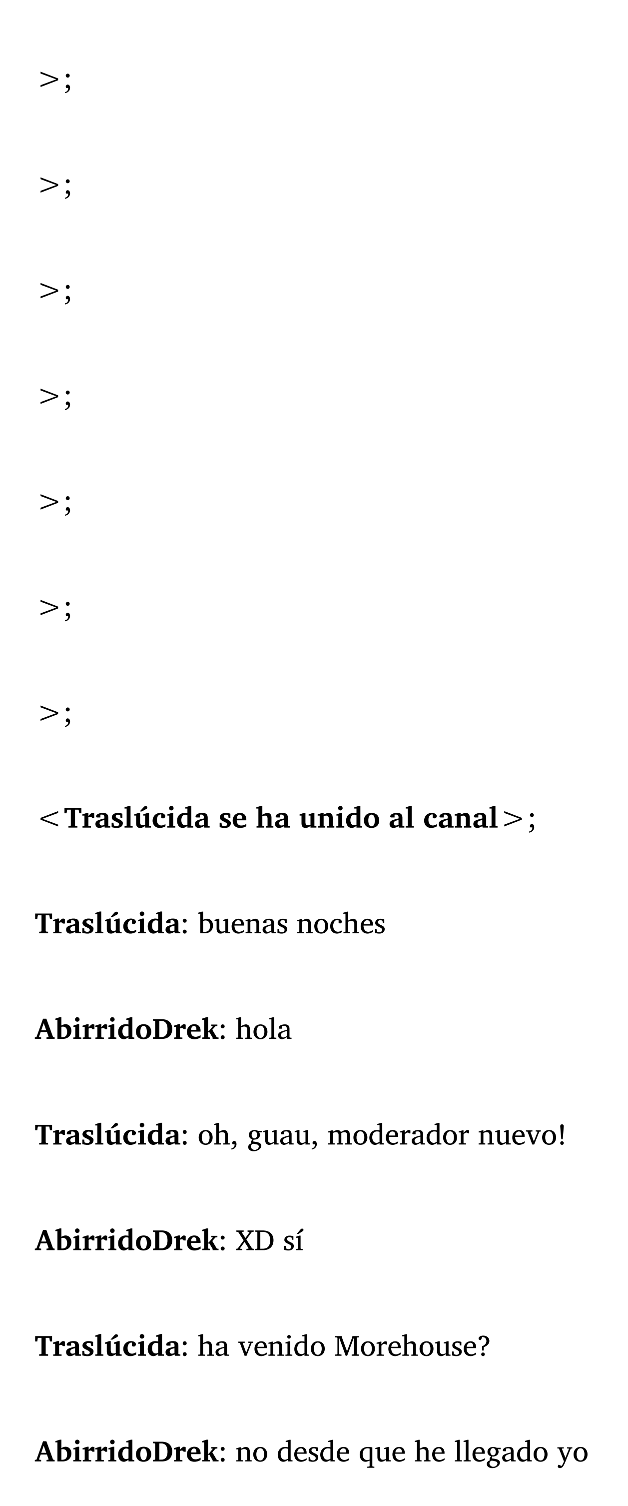
>;

>;

>;

>;

>;



>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

<**Traslúcida se ha unido al canal**>;

Traslúcida: buenas noches

AbirridoDrek: hola

Traslúcida: oh, guau, moderador nuevo!

AbirridoDrek: XD sí

Traslúcida: ha venido Morehouse?

AbirridoDrek: no desde que he llegado yo

Traslúcida: dicen que eres muy buen programador

AbirridoDrek: puedo contestar a esa pregunta?

Traslúcida: por qué, por la regla 14? dijiste que sabes programar delante de Anomia y no te baneó, así que todo ok

AbirridoDrek: XD ok

AbirridoDrek: sí, programo bastante bien

AbirridoDrek: pero no tan bien como ellos

AbirridoDrek: Anomia y Morehouse

AbirridoDrek: este juego es la hostia

Traslúcida: no te olvides de decírselo a ellos, les encantará

<**Gusano28 ha dejado el canal**>;

AbirridoDrek: a Anomia ya se lo he dicho

Traslúcida: no me extraña que le caigas bien;;

AbirridoDrek: XD

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**5 junio 2015 00:06**>;

<**Infernal1 invita a Gusano28**>;

<**Gusano28 se ha unido al canal**>;

Gusano28: hey qeu pasa?

Infernal1: crees que Cora está bien?

Gusano28: que quieers decr?

Infernal1: está muy callada

Gusano28: me parec e que todabi a esta triste proque se a ido LordDrek

Infernal1: sí puede ser

Infernal1: vaya, qué sorpresa

Infernal1: ya viene su señoría a coquetear con el nuevo

Gusano28: es buen a jente

Infernal1: Es una lianta

Gusano28: anoche estuvo simpática con migo

Gusano28: me sentía fatal y entré y me dijo qeu no me preocrupara

Infernal1: hostia puta, Gusano, te conformas con muy poco

Gusano28: que qujieres decr?

Infernal1: cualquiera te puede decir «no te preocupes»

Gusano28: y que ¿por eso soy patetica o que ¿

Infernal1: claro que no, sólo digo

<**Gusano28 ha dejado el canal**>;

Infernal1: joderrr

<**Infernal1 ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

>;

Traslúcida: un imbécil está intentando averiguar edad/sexo/ubicación de las chicas otra vez

Traslúcida: un tal Stoney

Traslúcida: Drekkk5, lo ves?

Traslúcida: Quieres echarlo? Tu primer baneo?

AbirridoDrek: jajaja, de puta madre

>;

>;

>;

>;

>;

AbirridoDrek: SÍ!

Traslúcida: jajaja

AbirridoDrek: esto es la hostia!

Infernal1: por qué lo dices?

Infernal1: Traslúcida te ha enviado un desnudo?

AbirridoDrek: cómo?

AbirridoDrek: no

Infernal1: dale un poco de tiempo

<**Infernal1 ha dejado el canal**>;

Traslúcida: para que lo sepas, yo no envío desnudos

Traslúcida: Infernal1 está cabreada conmigo porque estoy con el chico que le gusta

AbirridoDrek: XD el canal de moderadores está lleno de amoríos!

Traslúcida: tú no sabes ni la mitad

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**5 junio 2015 00:15**>;

<**Infernal1 invita a Cora**>;

>;

>;

<**Cora se ha unido al canal**>;

Infernal1: todo bien?

Infernal1: estás muy callada

Cora: no, todo bien

Cora: mucho jaleo en el curro, nada más

Infernal1: ah, ok

Cora: pero gracias por preguntar, xoxo

<**Cora ha dejado el canal**>;

<**Infernal1 ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

70

Mientras yo lo temía, llegó…

EMILY DICKINSON, *XCVIII*

Strike, que se había quedado levantado hasta la una y media de la madrugada tomando notas sobre la entrevista de Robin con Pez, se despertó a las cinco por culpa del fenómeno conocido como «muñón saltarín».

En los meses posteriores a la amputación, había sufrido espasmos mioclónicos en la parte de la pierna derecha que conservaba, y esta inesperada recaída era sumamente inoportuna. Como no conseguía volver a dormirse por culpa de las contracciones y las sacudidas incontrolables, al final se levantó de la cama y fue al cuarto de baño a la pata coja, apoyándose en el marco de la puerta y en las paredes para no perder el equilibrio.

Se metió en la ducha, pero su pierna seguía sacudiéndose y, mientras se enjabonaba, se puso a pensar más en serio que nunca en su salud. Ya había cumplido los cuarenta y tenía sobrepeso; llevaba una dieta pésima y sus isquiotibiales estaban cada vez más debilitados después de habérselos desgarrado dos veces. Sabía que su circulación sanguínea y su estado físico general se estaban viendo comprometidos por culpa del tabaco, y seguía incumpliendo su resolución de volver a practicar los ejercicios diarios que le había recomendado el fisioterapeuta. Al menos una vez por semana admitía que debería dejar de fumar, pero todavía se fumaba un paquete diario; se compraba bolsas de ensalada y las tiraba a la basura sin haberlas abierto…

Y ahora su muñón seguía dando sacudidas, y Strike lo veía como una muda exhortación: algo tenía que cambiar.

Después de secarse con la toalla, se puso la prótesis, confiando en que su peso impediría los movimientos involuntarios del muñón; entonces se preparó una taza de té y, a pesar del severo sermón que se había dado a sí mismo en la ducha, encendió un cigarrillo. Volvió a sentarse ante la mesita de la cocina, donde la víspera había dejado el ordenador portátil y el bloc de notas, y se acordó de que esa noche había quedado para cenar con Madeline.

La perspectiva de esa cita no le produjo la más mínima satisfacción, sino todo lo contrario: una pesada carga de obligación y

malestar se instaló en el fondo de su estómago. Se tomó el té mientras miraba por la ventana las palomas posadas en el tejado del edificio de enfrente, cuya silueta se recortaba contra el cielo cristalino del amanecer, y se preguntó cómo se había metido en semejante lío. No era la primera vez que lo acusaban de sabotear inconscientemente una relación porque en el fondo no quería comprometerse: recordaba el sermón de Ilsa sobre la necesidad del compromiso y el perdón tras romper con una novia con la que había salido brevemente durante una de sus numerosas rupturas con Charlotte. Desde luego, Ilsa, como todos sus amigos, tenía un objetivo principal: verlo emparejado con cualquiera excepto con Charlotte. Y él lo había intentado, ¿no? Había intentado sinceramente darle una oportunidad a su relación con Madeline. Se entendían en la cama; ella tenía cosas que le parecían entrañables, incluso admirables...

Pero no podía seguir eludiendo la cruda realidad: faltaba algo fundamental.

La pierna de Strike seguía intentando hacerlo saltar incluso con la prótesis puesta, y el pie ortopédico golpeaba el suelo con enojo. El detective bostezó y abrió el ordenador portátil para revisar los turnos del día. Esa mañana Robin tenía que seguir a la asistenta doméstica de South Audley Street. Strike cogió el móvil y le mandó un mensaje.

Estaría bien que hoy hiciésemos una reunión sobre Anomia. Anoche Nutley descubrió algo sobre Kea. No te preocupes por la asistenta. Dev está vigilando a Dedos Largos; si ellos dos quedan, se enterará.

Después de enviarle el mensaje, Strike preparó y se comió unas gachas de avena, en lugar de ponerse a freír beicon, que era lo que realmente le apetecía. Luego se vistió y bajó con cuidado a la oficina, en parte porque así no podría fumar, pues procuraba mantener el lugar de trabajo libre de humo.

Sacó del archivo el expediente de Anomia, que era cada vez más grueso, y se sentó delante del ordenador, decidido a continuar con las investigaciones en línea que había tenido que dejar a un lado el día anterior para hacerse pasar por Buffypaws en *El juego de Drek*.

Transcurrió una hora, pero Strike no encontró a ningún amigo de Gus Upcott. En internet no había ni rastro del estudiante de música, salvo un vídeo de un concierto escolar de hacía siete años, en el que un Gus adolescente interpretaba lo que a Strike le pareció un solo de violonchelo sumamente difícil. Si Gus usaba Twitter, Instagram o Facebook, lo hacía con un seudónimo, y su vida social seguía siendo tan misteriosa como cuando Strike había empezado a investigarla.

Tampoco obtuvo resultados con la hija de Grant Ledwell, Rachel,

de quien sólo encontró una fotografía de hacía un año en Instagram: en ella, un grupo de adolescentes reían en la parte de atrás de un autobús. Una chica de pelo castaño oscuro se había puesto el gorrito de lana de modo que le tapase la cara, y sólo se le veía la barbilla. Hacía el saludo del rock and roll con ambas manos, levantando los meñiques y los pulgares, y estaba etiquetada como @RachLedwell. Sin embargo, cuando Strike buscó el perfil de Instagram de @RachLedwell, vio que lo habían borrado. Entró otra vez en la cuenta de la fotografía del autobús y repasó lentamente las otras imágenes hasta que, por fin, tras cruzar referencias de uniformes escolares y monumentos, dedujo que la propietaria de la cuenta (@ShellyPinker) vivía en Bradford. Así pues, lo único que tenía Strike tras una hora más de trabajo eran las palabras que había anotado en su bloc: «¿Rachel Ledwell —Bradford?»

Volvió a bostezar y salió a la recepción para prepararse otra taza de té. Estaba un poco más contento porque, al menos, su pierna había dejado de moverse.

Sentado de nuevo a la mesa, vio que tenía un mensaje de Robin en el teléfono.

Genial, porque tengo mucho que contarte. ¿Te importa que llegue a las 10? Me he pasado toda la noche trabajando

Strike se quedó contemplando ese mensaje durante un minuto, mientras por su mente pasaban multitud de posibilidades. Robin había comentado que iría a Junction Road; él había dado por sentado que su intención era, por razones que ignoraba, ir a ver a Zoe o vigilar su piso. «¿Te he dicho que eres jodidamente preciosa?» ¿Qué sería lo que la había tenido levantada toda la noche? «Contrólate, por Dios... Nos están mirando.» ¿La habría acompañado Pez Pierce a Junction Road? ¿Le habría prometido ella regresar a North Grove después de ir a Junction Road? «Normalmente no hago estas cosas a plena luz del día...»

Con el ceño fruncido, Strike le contestó: «ok», volvió a concentrarse en el ordenador y tecleó «Kea Niven Reddit» en Google.

Esta vez el éxito fue inmediato. Sintiéndose aún más cabreado con Nutley, que habría podido hacer esa comprobación desde su teléfono, Strike abrió una página de Reddit titulada:

r/DenunciaATuZorra

Fue bajando despacio y le sorprendió que no hubiesen cerrado la página, porque parecía una larga incitación al «vigilantismo». Su

cometido era exponer los datos personales, la dirección y el lugar de trabajo de las mujeres que habían sido condenadas por delitos contra hombres... o que habían declarado falsamente ser víctimas de delitos cometidos por hombres (según aseguraban los que publicaban esos perfiles, por supuesto). Había fotografías de todas esas mujeres para facilitar su identificación.

Encima de la fotografía de una rubia con cara de cansada de unos treinta años podía leerse:

baba_yaga Melanie Jane Strong presentó una denuncia falsa de violencia doméstica contra su ex marido para evitar que tuviese contacto con sus hijos. La jueza se lo tragó todo.

Actualmente vive en el número 3 de Parteger Avenue, Cheam, SMI 2PL. Trabaja para el bufete de abogados Miller, May & Bricknell, tel: 020 8443 8686

Y encima de la fotografía de una chica muy guapa de pelo negro de veintitantos años:

john_baldwin La zorra mentirosa Darcy Olivia Barrett puso una denuncia falsa de agresión sexual contra su novio. Vive en el n.º 4b de Lancaster Drive, Hoxteth. Instagram: @ViolaD97 Twitter: @DarkViola90 hijos en el n.º 98 de Raglan Road, Barnet, EN4 788 tel: 020 8906 4359. Llamadla y que su familia se entere de que es una puta.

Strike sólo tardó un par de minutos más en encontrar el nombre de Kea. La entrada tenía fecha de diez días atrás.

DrekBw88h Esta hija de puta amenazó con matar a su ex novio y a la novia de él la noche antes de que los apuñalaran a los dos http://dailymail.co.uk/news/animadora-asesinadaen-cementerio-de-highgate.html

Ahora ha borrado esos tuits. Ayudadme a que los pantallazos lleguen muy lejos.

Twitter: @realTraslúcida
tumblr: http://piezamboycucharas.tumblr.com
https:/Iwww.instagraam, c/keaniven
http:llpatreon.com/KeaNivenArt

Kea Niven @realTraslúcida

cuando descubres por accidente hasta qué punto te han traicionado y que llevan meses mintiéndote

@realJoshBlay @EdLedDibuja

00:10 12 febrero 2015

Kea Niven @realTraslúcida
Estás a punto de descubrir que apuñalar a la gente en el corazón y largarse tiene consecuencias.
@realJoshBlay @EdLedDibuja

00:2512 febrero 2015

Kea Niven @realTraslúcida

si tratas a las personas con desprecio durante mucho tiempo, al final ellas reaccionan. La violencia engendra violencia
@realJoshBlay @EdLedDibuja

00:26 12 febrero 2015

Wally Cardew @The_Wally_Cardew
en respuesta a @realTraslúcida
borra eso, joder

00:3912 febrero 2015

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @The_Wally_Cardew
por qué coño debería borrarlo?

00:40 12 febrero 2015

Wally Cardew @The_Wally_Cardew
en respuesta a @realTraslúcida
pues porque hay mejores maneras de hacerlo

00:4212 febrero 2015

Kea Niven @realTraslúcida
en respuesta a @The_Wally_Cardew no me importa una mierda

00:42 12 febrero 2015

Wally Cardew @The_Wally_Cardew
en respuesta a @realTraslúcida

pues debería importarte

00:44 12 febrero 2015

Strike abrió el archivo de Anomia y sacó la lista impresa de sitios web visitados por Kea antes de que Strike la entrevistara. Hasta ese momento sólo le había echado un vistazo, pero ahora que sabía que Kea había lanzado una amenaza apenas velada contra Josh y Edie menos de veinticuatro horas antes de que los apuñalaran, creía que la chica merecía que le dedicara un poco más de atención.

Revisó la lista de sitios web y fue descartando el test de Buzzfeed para personas cis, las webs de compras, las búsquedas en Google de su propio nombre y del de Josh, y por fin se fijó en un sitio web llamado «Tribulationem et Dolorum». Lo buscó en su ordenador.

Resultó ser un grupo de apoyo para personas que sufrían enfermedades crónicas, sobre todo encefalomielitis miálgica. El aspecto general de la web era poco profesional, y en algunos sitios el formato era mejorable. Aun así, después de media hora examinando los foros, Strike encontró una cosa interesante con fecha de 2013.

Arke: Hola, yo tengo fatiga crónica (SED), sólo quiero conectar con otras personas con la misma enfermedad que yo. Acabo de cumplir 24, debería estar terminando mis estudios de Bellas Artes, pero tuve que dejarlo por problemas de salud.

John: ¡Hola, Arke! Me alegro de que te hayas unido a nosotros. Espero que te sirvan nuestros recursos. Somos una comunidad acogedora y seguro que aquí encontrarás el apoyo que buscas.

Arke: ¡Muchas gracias! Parece un sitio web muy guay, uno de los mejores que he encontrado: **John**: ¡Lo hacemos lo mejor que podemos! ¿Puedo preguntarte si tu nombre de perfil hace referencia a la diosa griega?

Arke: ¡Sí! ¡Es increíble que lo sepas! Me identifico con ella por varias razones. Ya sabes, el segundo arcoíris. ¡No brillo tanto como debería! ¿Esta web la has diseñado tú?

John: Sí, correcto.

Arke: ¡Ah, guau, es fabulosa! Ya te lo he dicho, yo soy artista. Y tu web tiene muy buena pinta. Me encanta la paleta de colores y la buena onda que transmite. ¡Cuando la vi, enseguida me di cuenta de que no era obra de un aficionado!

John: ¡Elogios de una artista! Estaba haciendo mis pinitos antes de enfermar con la encefalomielitis miálgica, que desgraciadamente me obligó a dejar de trabajar.

Arke: Vaya, lo siento mucho. ¿Cuánto hace que tienes EM?

John: 12 años.

Arke: Uf, qué palo. ¿Y tienes buen rollo con tu médico?

John: Ahora tengo la suerte de poder ir a la privada, y he encontrado a un médico con el que me entiendo. Pero antes era una lucha, y por eso creé este sitio web.

Arke: Me han dicho que pruebe la Terapia de Ejercicio Gradual, pero estoy viendo que mucha gente la cuestiona en internet.

John: Yo no la recomiendo. A mí me empeoró muchísimo la fatiga.

Arke: Ya, eso he oído por ahí. Y cuando me dijeron que probara la TEG me dio la impresión de que me decían que todo estaba en mi cabeza.

John: Sí, por desgracia muchos médicos desconocen profundamente la realidad de esta enfermedad. Si no te importa escribirme por privado, puedo compartir contigo la medicación y los tratamientos que más me han ayudado.

Arke: ¡Ah, claro, muchísimas gracias!

John: Sólo tienes que pulsar en el bocadillo de la esquina superior derecha.

Strike volvió a la página de inicio.

Acerca del fundador de «Tribulationem et Dolorum» John es un creativo cuya prometedora carrera en la publicidad (además de sus actividades paralelas en la pintura y la música) quedó interrumpida hace más de una década, cuando le diagnosticaron encefalomielitis miálgica (EM). Ahora sigue pintando y componiendo música en la medida en que se lo permite su enfermedad. En www.IJU.MakesSounds podéis escuchar una selección de

composiciones de John, y también lo encontraréis defendiendo a los enfermos crónicos (¡y compartiendo sus opiniones políticas!) en la cuenta de Twitter @BillyShearsEM.

—¿Ah, sí? —murmuró Strike mientras buscaba la cuenta @BillyShearsem en Twitter.

Su contenido consistía básicamente en ataques a los profesionales de la medicina, críticas despectivas tanto al partido laborista como al conservador y, de vez en cuando, enlaces a www. iju.MakesSounds.

Se abrió la puerta que daba a la recepción. Strike alzó la vista y vio entrar a Pat cargada de correo y sujetando un cigarrillo electrónico con los dientes.

—Qué pronto has venido —comentó la secretaria.

—Estoy siguiendo una pista —dijo Strike.

Cinco minutos más tarde, encontró lo que estaba buscando.

Kea Niven
@realTraslúcida

cuando estás tan deprimida que lo único que puedes hacer es mirar al techo y te gustaría morirte, si no fuera porque
eso requiere hacer un esfuerzo

13:50 4 septiembre 2014

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @realTraslúcida
qué dice la zorra narcisista llorica?

13.514 septiembre 2014

Derechos EM @BillyShearsEM
en respuesta a @LepinesD1sciple @realTraslúcida
Tú no sabes nada de los problemas que ha tenido esa chica, y ella no se merece que la insulten.

13:57 4 septiembre 2014

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @BillyShearsEM @realTraslúcida
Al abuelo se le ha puesto morcillona □□□

13:594 septiembre 2014

Derechos EM @BillyShearsEM
en respuesta a @LepinesD1sciple @realTraslúcida
ya veo que el nivel del discurso sigue tan elevado como siempre

14:03 4 septiembre 2014

Strike todavía no había asimilado del todo lo que acababa de leer cuando oyó unos pasos que se acercaban corriendo. Levantó la cabeza y vio a Pat, que se dirigía a toda velocidad hacia él... Y de pronto, cuando ella apenas había cerrado la puerta que daba a la recepción, se produjo una explosión ensordecedora...

La puerta del despacho salió despedida hacia dentro partida por la mitad... La bisagra inferior aguantó, pero la superior se había desprendido y un trozo de puerta salió volando y golpeó a Pat en la espalda, y la habría tirado al suelo si Strike no la hubiese sujetado. Un sinfín de trozos de madera y cristal barrieron el despacho de arriba abajo; Strike notó que un objeto afilado le hacía un corte en el cuello mientras arrastraba a Pat para llevarla detrás de la mesa. De la recepción llegaban ruidos de cristales y escombros que caían, y se respiraba un cáustico olor a humo y a productos químicos.

—¡Un paquete! —le gritó Pat al oído—. He empezado a abrirlo, pero me he dado cuenta de que emitía un silbido...

Se oyó un fuerte sonido metálico; algo muy pesado acababa de desmoronarse en la recepción y Strike notó que el suelo temblaba bajo sus pies. El humo era cada vez más espeso. Le lloraban los ojos. Oyó gritos en la calle...

—Se me ha caído el maldito cigarrillo —dijo Pat con enojo, mirándose el cuerpo.

—No te muevas —le ordenó Strike.

El detective se levantó despacio, mirando a través del humo con los ojos entornados. Todavía llovía polvo de yeso del techo más allá de la puerta. El monitor del ordenador de Pat estaba en el suelo con la pantalla hecha añicos. Su mesa se había partido por la mitad y todavía humeaba. El suelo estaba cubierto de trozos de madera y yeso...

—Policía, por favor —dijo Pat.

A pesar de que Strike le había ordenado no moverse, se había levantado para llamar desde el teléfono fijo del detective.

—Agencia de Detectives Strike, Denmark Street. Nos han enviado un paquete bomba y ha estallado. No, no hay heridos... ¿Ah, sí?... Muy bien... Ya están en camino —explicó al colgar el auricular—. Alguien los habrá llamado.

—No me sorprende —dijo Strike. Le pitaban fuertemente los oídos, pero aun así empezaba a oír una amalgama de voces exaltadas procedente de la calle.

—Quiero encontrar mi cigarrillo electrónico… —susurró Pat, escudriñando el suelo de la recepción.

—Fúmate uno de los míos —dijo Strike, dándole su paquete de Benson & Hedges y un mechero—. No puedes salir ahí fuera hasta que sepamos que no hay peligro.

Esperaron cinco minutos y, tras comprobar que ya no caía nada del techo, Strike decidió que podían salir del despacho.

Cogió la carpeta de Anomia, y luego insistió en sujetar a Pat por un brazo para guiarla entre los escombros y, con mucho cuidado, llegar hasta la puerta de entrada, cuyo cristal se había desintegrado por completo. Las paredes tenían manchas de quemaduras, los armarios archivadores estaban abollados, y el sofá de piel sintética tenía unas rajas por las que asomaba el relleno. En el techo había dos grandes agujeros de los que colgaban varios cables; uno de ellos parecía llegar hasta su ático del piso de arriba. Strike se enfureció.

«Malditos cobardes…»

—Acababa de llevarla a la tintorería… —refunfuñó Pat, contemplando la chaqueta cubierta de polvo que colgaba desmadejada de lo que quedaba del perchero. Su bolso estaba en el suelo, y su contenido, esparcido por todas partes. Pat se agachó para recogerlo, y Strike oyó que se acercaba una sirena.

—Ya llega la caballería. Vamos, salgamos de aquí.

—Un momento, estoy buscando…

—Por amor de Dios, Pat, ya te compraré un cigarrillo electrónico nuevo. Vámonos.

Strike no quería ni pensar en qué estado iba a encontrar su ático. Con todo, agradeció su costumbre de llevarse siempre el móvil, la llave del coche y la cartera a la oficina, para reducir viajes innecesarios al piso de arriba; guió a Pat hasta el rellano y bajaron juntos a Denmark Street.

71

Estos monstruos, a plena luz del día,
arrojan sombras inhumanas:
quienes piensan mal difícilmente harán el bien.

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
Aurora Leigh

A las diez menos diez, Robin, un poco somnolienta, salió de la estación de metro de Tottenham Court Road y echó a andar hacia la oficina por la calle en obras. Sólo había dormido un par de horas, así que el mensaje de Strike diciéndole que ese día no hacía falta que siguiera a la asistenta de South Audley Street le había producido un gran alivio.

Al acercarse a Denmark Street, vio un coche de la policía y una pequeña multitud, entre la que reconoció a algunas personas que trabajaban en las tiendas de música que había cerca de la agencia. Tuvo un presentimiento espantoso y aceleró, y cuando llegó junto al grupo de curiosos que estaban en la acera y miró hacia donde miraban ellos, vio que había cinta azul y blanca de la policía impidiendo la entrada en el edificio de la agencia y un agente uniformado de pie junto a la puerta.

Temblando, Robin sacó su móvil. Había recibido un mensaje de Strike cuando todavía estaba en el metro.

Paquete bomba en la oficina. Pat y yo OK. En Starbucks

—Menos mal... —susurró, y cruzó la calle a toda prisa.

El detective y Pat estaban sentados al fondo de la cafetería. Strike tenía sangre en el cuello de la camisa y Pat estaba más pálida de lo habitual.

—Dios mío. —Robin corrió hacia ellos y, como no sabía qué decir, repitió—: ¡Dios mío!

—Hace una hora estaba de nuestra parte, te lo aseguro —dijo Strike—. Nos han pedido que esperemos aquí. Quieren hacernos más preguntas. Me parece que están esperando a los del cid.

—Pero ¿qué...? ¿Cómo...?

—Un paquete —explicó Pat, con su voz áspera y grave—. He empezado a abrirlo y he oído un silbido. Y de repente... ¡pum!

—La oficina está destrozada —añadió Strike—. Se ha desprendido parte del techo. Hemos tenido suerte de que mi cama no se nos haya caído encima.

—¿Estáis…?

—Los sanitarios nos han examinado —dijo Strike, y miró a Pat—. Estamos bien. Ya he informado a Barclay y a los demás de lo que ha pasado.

—Me parece que voy a acercarme a Boots… —señaló Pat cogiendo su bolso. Robin vio que estaba chamuscado.

—Tú te quedas aquí —ordenó Strike con tono autoritario.

En opinión del detective, bastante experto, Pat sufría una conmoción. Su brusquedad y su desparpajo tal vez habían satisfecho al sanitario que los había examinado muy por encima, pero Strike había visto cómo le temblaba la mano cuando daba el primer sorbo de café.

—¿Qué necesitas, Pat? —dijo Robin.

—No me ha dejado volver para buscar el cigarrillo electrónico —protestó Pat, y miró a Strike con resentimiento.

—Ahora mismo voy a comprarte uno —dijo Robin de inmediato.

—No, porque no sabrás cuál tienes que escoger —repuso Pat malhumorada—, y no me acuerdo de la marca.

—Compra el que te parezca mejor —le aconsejó Strike a Robin, y le puso un par de billetes de veinte libras en la mano—. Y si no tienen, chicles y parches.

Cuando Robin se marchó, Strike se volvió hacia Pat:

—¿Ya habías desayunado?

—Pues claro que había desayunado, ¿por qué me lo preguntas?

—Me parece que necesitas azúcar —dijo Strike levantándose.

No le reprochaba su mal humor; es más, empatizaba con ella. Su reacción ante una conmoción también solía traducirse en irritabilidad. Volvió a la mesa con otro vaso de café y dos pastelitos de hojaldre, y Pat, después de mirar con mala cara el plato que el detective le había puesto delante, aceptó a regañadientes comerse un trocito.

—¿Te das cuenta de que nos has salvado la vida? —dijo Strike al sentarse de nuevo a la mesa—. Si no llegas a sospechar y no llegas a cerrar esa puerta…

Entrechocó suavemente su vaso de café de plástico con el de ella.

—Eres un auténtico tesoro, Pat. Y haces un pastel de frutas delicioso.

Pat apretó los labios y frunció el ceño. Tenía los ojos extrañamente vidriosos. Strike estuvo tentado de rodearla con un brazo, pero imaginó que ella se lo sacaría de encima sacudiendo sus huesudos hombros y decidió no hacerlo.

—Supongo que habrá sido ese grupo terrorista al que habéis cabreado —opinó Pat.

—Sí, creo que sí. Esto no ha sido obra de un aficionado.

—Malditos bastardos…

—Sí, unos verdaderos cabrones.

—Mi tío murió en un atentado del ira. Pusieron una bomba en un pub de Woolwich. En el 74.

—Joder, lo siento… —dijo Strike, sorprendido.

—Estaba en el sitio equivocado en el momento equivocado. Fue difícil de superar. Bueno… —miró la superficie de la mesa, bajo la que estaba la pierna ortopédica de Strike—, eso no hace falta que te lo diga.

La secretaria comió un poco más de pastelito, y, justo en ese momento, Strike vio pasar un Toyota Avensis azul por la calle y creyó reconocer el perfil de Ryan Murphy, el agente del cid que había ido a la agencia para hablar con ellos.

—Seguramente querrán que vayamos a New Scotland Yard —dijo Strike—. A declarar.

—Yo no pienso ir a ningún sitio. ¿Por qué no podemos declarar aquí?

—Quizá se conformen con eso —la tranquilizó Strike.

—¿Dónde se ha metido Robin? —preguntó Pat nerviosa, víctima del mono de nicotina. El primer policía que había llegado a la agencia les había pedido que no salieran de la cafetería y que no se dejasen ver por la calle. A Strike le había parecido bien, porque estaba seguro de que los periodistas no tardarían en aparecer.

Cuando Robin regresó con una bolsa de plástico llena de distintos tipos de cigarrillo electrónico, dos agentes del cid ya estaban con Strike y Pat: el inspector jefe Murphy, y otro hombre mayor que él, negro y con pelo canoso. Robin estaba tan preocupada por lo que acababa de ocurrir que, al ver la espalda de Ryan Murphy, apenas se inmutó. Llegó a la mesa justo a tiempo para oír a Pat insistiendo empecinadamente en que no quería ir a New Scotland Yard, porque ella no había hecho nada malo, y ¿por qué no podía decir lo que tuviese que decir allí mismo?

Strike comprendió que Murphy se había dado cuenta de que Pat estaba en shock por la serenidad con que reaccionó:

—Sólo queremos hablar con ustedes con un poco más de intimidad, señora Chauncey… Ah, hola —añadió al ver llegar a Robin.

—Hola —dijo Robin—. Toma, Pat. Espero que alguno te vaya bien.

Mientras Pat cogía la bolsa de plástico y hurgaba desconsoladamente en ella, Strike decidió echarle una mano.

—Al final de esta calle hay un pub con una sala en el sótano. Supongo que nos dejarán usarla durante una hora. Somos clientes habituales.

Poco después, el grupo salió de la cafetería y recorrió la escasa distancia que la separaba de The Tottenham, y Strike y Pat aprovecharon la oportunidad para fumarse un cigarrillo. Robin se quedó algo rezagada, entre Murphy y su colega, a quien él presentó como Neal Jameson. Luego el inspector jefe miró a Robin y preguntó:

—¿Estás bien?

—Yo no estaba en la oficina —repuso Robin. Se sentía irracionalmente culpable por no haber estado en la agencia cuando había estallado la bomba.

—De todas formas, es una conmoción —dijo Murphy.

—Sí, claro —coincidió ella.

El barman de The Tottenham no les puso objeciones. Tan sólo un par de minutos después de llegar, los dos agentes del cid, Strike, Robin y Pat estaban sentados alrededor de una mesa en la sala del sótano, vacía y con moqueta roja.

—Muy bien, señora Chauncey —dijo el agente de más edad, abriendo su bloc de notas mientras Pat intentaba desempaquetar uno de los cigarrillos electrónicos. Como todavía le temblaban las manos, Strike le cogió el paquete, lo abrió y empezó a montar el artilugio—. ¿Podría contarnos con sus propias palabras lo ocurrido?

—Bueno, el cartero ha subido la escalera justo detrás de mí... —dijo Pat.

—¿El cartero de siempre?

—Sí. Ya me conoce. Me ha dado el correo en el rellano.

—¿De qué tamaño era el paquete?

Pat indicó con las manos el tamaño de una caja de zapatos.

—¿Muy pesado?

—Sí —respondió Pat, observando atentamente a Strike mientras él llenaba el cigarrillo electrónico de fluido.

—¿Recuerda qué estaba escrito en el paquete?

—Sus nombres —contestó Pat señalando a Strike y a Robin.

—¿Recuerda algo de la letra?

—Estaban bien escritos —dijo la secretaria—. A veces nos escriben chiflados. La letra siempre los delata.

—¿Usan tinta verde? —preguntó Murphy esbozando una sonrisa.

—El peor escribía con tinta morada —dijo Pat, que también estuvo a punto de sonreír. Tenía debilidad por los hombres guapos, y Murphy era muy atractivo, como pudo apreciar Robin ahora, pese a lo impresionada que estaba: pómulos marcados, labio superior carnoso y pelo ondulado parecido al de Strike, aunque más claro...—. Era un tarado que creía que todos los miembros de la familia real habían sido sustituidos por impostores.

Los dos agentes rieron amablemente.

—Pero ésta no era la letra de un chiflado, ¿verdad? —dijo el

colega de Murphy.

—No —contestó Pat—. Tinta negra, y todo muy bien escrito, sin faltas. No siempre escriben «Ellacott» correctamente y la mayoría de la gente llama a Strike «Cameron».

—Supongo que no se habrá fijado en el matasellos.

Strike le pasó a Pat el cigarrillo electrónico, con la carga y activado, y ella dio una larga calada, como si aspirase oxígeno. Luego contestó:

—Kilburn. Yo vivo allí —aclaró Pat—. Si lo conoces, te fijas más, ¿verdad?

—Cierto —dijo el agente—. Así que ha cogido el paquete y...

—Me lo he llevado a la oficina y lo he puesto encima de la mesa. Me he quitado la chaqueta, he abierto una carta y entonces he empezado a desenvolver el paquete. Como estaba bien envuelto y la letra era bonita, he pensado que debía de ser un regalo de agradecimiento —dijo Pat, un poco a la defensiva—. A veces los clientes les envían bombones y licores... He abierto una solapa y entonces he oído el silbido. Y... no sé, lo he sabido enseguida.

Palideció un poco más. Robin se levantó sin hacer ruido y salió de la sala.

—Entonces he salido corriendo hacia su despacho —continuó Pat, señalando a Strike—, he cerrado la puerta y... justo en ese momento ha explotado.

—Vaya, si todo el mundo tuviese su capacidad de observación y su rapidez de reacción, señora Chauncey, nuestro trabajo sería muchísimo más fácil —aseguró el mayor de los dos agentes.

—Los de medicina forense necesitarán al menos veinticuatro horas —dijo Murphy mirando a Strike—. Vives encima de la oficina, ¿verdad?

—Sí —contestó Strike—. Supongo que me vais a aconsejar que desaloje.

—Yo lo haría, sí —dijo Murphy—. Podría haber daños estructurales y...

—Sí, sí —volvió a decir Strike. No necesitaba que le explicasen con todo lujo de detalles y delante de Pat que, cuando los de The Halvening se enterasen de que su atentado contra la vida de los dos detectives había fracasado, seguramente empezarían a buscar otras formas de acabar con ellos.

Robin volvió a la mesa. Llevaba en la mano una copa de algo que parecía Oporto, y se la puso delante a Pat.

—No lo necesito —repuso la secretaria.

—Bébetelo —dijo Robin con firmeza, sentándose a su lado.

—Podrías haberme traído una cerveza, ya que has ido —protestó Strike—. Yo también soy un superviviente.

Los dos policías volvieron a reír.

—Muy bien —dijo Neal Jameson—, voy a redactar todo esto y voy a pedirle que lo firme, señora Chauncey.

Mientras su colega redactaba la declaración de Pat, Murphy se volvió hacia Robin.

—Estaba contándole a tu jefe…

—Es mi socio… Es mi socia… —afirmaron Robin y Strike al unísono.

—Ah, perdón… Estaba diciéndole a tu socio que lo más prudente sería no acercarse a la agencia por el momento. Disculpa si la pregunta es demasiado personal, pero ¿cuál es tu situación doméstica? ¿Vives…?

—Sola —dijo Robin—. En Walthamstow. Acabo de mudarme.

—Ah, somos vecinos: yo vivo en Wanstead. Que acabes de mudarte podría ser una ventaja. De todas formas…

—Tengo todas las medidas de seguridad necesarias —lo cortó Robin.

El colega de Murphy había terminado de escribir, y Pat, que tras dar unos sorbos de oporto había recuperado el color, leyó la declaración y la firmó.

—Vale —le dijo Strike a Pat mientras se levantaba—, te acompaño a casa.

—No hace ninguna falta —repuso Pat con irritación.

—No te preocupes, no lo digo porque me caigas bien —declaró Strike mirándola desde arriba—. Pero encontrar a otra secretaria con tus habilidades me resultaría muy difícil, así que…

Robin vio que a Pat se le llenaban los ojos de lágrimas. Cuando Strike fue hacia la escalera, con Pat a su lado, la detective lo llamó:

—Cormoran, acuérdate de que tengo un sofá cama, por si lo necesitas.

No estaba segura de que la hubiese oído, porque no dijo nada, y al cabo de un segundo se arrepintió de haberlo dicho: él tenía a Madeline Courson-Miles y podía quedarse a dormir en su casa.

Los dos policías estaban hablando en voz baja. Robin recogió su bolso y se dispuso a marcharse.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Murphy dándose la vuelta.

—¿Cómo? ¿A Walthamstow?

—Sí —contestó Murphy—. Hoy era mi día libre, pero Neal me ha hecho venir por este asunto. Él tiene que volver a la central. No tengo que desviarme mucho; de todas formas, voy en esa dirección.

—Ah —dijo Robin—. Vale, pues sí.

72

Hoy te enfrentas... recuérdalo:
no a una mujer que busca protección.
Como harías con un hombre,
demuestra hombría, habla claro, sé preciso
con los hechos y las fechas.

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
Aurora Leigh

¿Por qué demonios le había dicho que sí?, se preguntó Robin. ¿Por la conmoción? ¿Porque sólo había dormido dos horas? ¿Por una temeridad residual tras la interpretación de Jessica Robins, la ligona con experiencia, que había hecho la noche anterior?

Mientras salía del pub detrás de Murphy y su colega, se preguntó si poner en duda la afirmación del inspector de que aquél era su día libre sería una señal de paranoia. Se planteó decir «Mira, voy a ir en metro», o «Se me había olvidado que tengo que ir al centro», pero lo fue aplazando y, poco después, habían llegado al Avensis azul y los dos policías estaban hablando de lo que harían a continuación. Robin los oyó nombrar a Angela Darwish. El mayor de los dos agentes cruzó la calle y pasó por debajo de la cinta que ahora cerraba el paso al final de Denmark Street, y Murphy y Robin se metieron en el coche.

—Vaya putada —comentó Murphy al arrancar.

—Sí —dijo Robin.

—¿No puedes quedarte en casa de algún amigo?

—Prefiero quedarme en mi casa. Estaré bien —dijo Robin.

Murphy tal vez atribuyese su aspecto pachucho a la impresión, pero en realidad se debía a que Robin se había pasado casi toda la noche despierta. Con objeto de evitar más sugerencias, añadió:

—No es la primera vez que nos envían un paquete horrible. Una vez recibí una pierna por correo.

—Sí, me acuerdo. Lo leí en los periódicos —dijo Murphy.

Hubo una pausa, y Robin la aprovechó para buscar temas de conversación un poco más neutros, pero estaba tan cansada que no encontró ninguno.

Fue Murphy quien, finalmente, rompió el silencio:

—¿Cómo va el caso Anomia?

—No tan bien como nos gustaría.

Otro silencio y, una vez más, fue Murphy el que lo interrumpió:

—Esta noche me voy de vacaciones.

—¿En serio? —dijo Robin educadamente—. ¿Adónde?

—A San Sebastián. Mi hermana vive allí con su familia. Cada vez que voy a verla, me pregunto por qué demonios vivo en Londres. Tenía muchas ganas de ir, porque llevo dos años sin hacer vacaciones, pero anoche hicimos un descubrimiento importante en nuestro caso de homicidio. Me planteé aplazar el viaje a España, pero mi hermana cumple cuarenta pasado mañana. Si me lo salto, la próxima víctima de asesinato podría ser yo.

—¿Qué caso de homicidio? —preguntó Robin, aunque imaginaba a cuál se refería.

—El vuestro. El de la animadora.

—¿Sabéis quién mató a Edie Ledwell? —preguntó Robin, y esta vez miró a la cara a Ryan Murphy.

—Creemos que sí. Todos los indicios señalan en una dirección. Pero no puedo decirte quién es. No hasta que lo hayamos detenido.

Murphy miró la hora en el reloj del salpicadero. De repente, el cansado cerebro de Robin no paraba de formular preguntas.

—¿Ha hablado con alguien? ¿Ha confesado?

—No —dijo Murphy.

Hubo otro breve silencio, y Robin intentó pensar en otras formas de sonsacarle información, aunque por la expresión de Murphy se dio cuenta de que él había adivinado sus intenciones. Al final, el inspector añadió:

—Ha sido el teléfono. El teléfono de Ledwell.

—¿Lo tiene el asesino?

—Ya no —dijo Murphy—. Lo tiró en un estanque de patos de Writtle.

—¿Dónde está eso?

—Muy cerca de Chelmsford.

Robin sabía que Murphy iba a contarle algo más, sabía que quería explicarle cómo habían descubierto al asesino, aunque no pudiese revelar su identidad. De haber estado en su lugar, ella habría sentido la misma tentación. Conocía perfectamente la satisfacción que producía encajar las piezas del rompecabezas delante de alguien que valoraba lo mucho que había costado llegar hasta allí.

—Dos semanas después del crimen —continuó Murphy—, alguien encendió el teléfono de Ledwell durante quince minutos y luego volvió a apagarlo. Rastreamos la señal y nos condujo al aparcamiento del centro comercial Westfield, de Stratford. ¿Alguna vez has estado allí?

—No —dijo Robin.

—Es el mayor centro comercial de Europa. Ya te puedes imaginar

el tamaño del aparcamiento. Recogimos las grabaciones de las cámaras de seguridad. Más de mil coches, mucha gente usando su teléfono móvil... Cogimos todas las matrículas y las imágenes de todas las personas a las que vimos con un móvil en la mano, y empezamos a analizarlo todo.

»Cinco días más tarde, volvieron a encender el teléfono durante diez minutos, y luego lo apagaron. Esta vez la señal nos llevó a un campo de Kent. No había cámaras cerca, pero recogimos las grabaciones de la cámara de seguridad más próxima. Empezamos a analizar los números de matrícula de los coches que entraban y salían de la zona, y también a peatones y ciclistas, buscando alguna coincidencia con los coches o las personas que teníamos de Westfield. Fue un trabajo meticuloso, como puedes imaginar.

—Escogía con mucho cuidado los sitios desde donde utilizaba el teléfono —comentó Robin.

—Sí. Nos puso las cosas muy difíciles. No encontramos ninguna coincidencia entre las dos ubicaciones. Todavía no estamos seguros de por qué encendía el teléfono. Lo más sensato habría sido no hacerlo. No hizo ninguna llamada con él. Nuestra suposición es que ese móvil contenía información que el asesino quería recuperar.

—¿Sabíais que Edie Ledwell guardaba ideas para la serie de dibujos en su teléfono? —preguntó Robin.

—Sí, nos lo dijo Blay. En fin, hace tres semanas, de madrugada, un hombre con la cara tapada con una bufanda se baja de un coche en el estanque de patos de Writtle y tira algo al agua. Lo vio un adolescente que fumaba a escondidas asomado a la ventana de su dormitorio, mientras sus padres dormían. El chico se quedó intrigado, así que a la mañana siguiente se metió en el estanque, sacó un iPhone y se lo llevó a casa. Al cabo de una hora aproximadamente, el chico empieza a plantearse que todo aquello es un poco sospechoso, así que baja y se lo cuenta a sus padres. La madre llama a la comisaría de policía del barrio. Nos avisan y llevamos a nuestra gente de la forense y de la tecno, porque el teléfono llevaba toda la noche en el agua, así que necesitábamos a un especialista. No fue fácil, pero hicieron su trabajo y nos confirmaron que era el móvil de Ledwell.

»Las grabaciones de la cámara de seguridad mostraban un Ford Fiesta entrando y saliendo de la zona a la hora correcta. Con matrícula falsa. Volvemos y revisamos las imágenes de Westfield y...

—Encontráis un Ford Fiesta con una matrícula terminada en CBS —dijo Robin.

Murphy giró la cabeza tan bruscamente que Robin exclamó: «¡Semáforo!», creyendo que iban a chocar con el coche de delante. Murphy redujo la velocidad y dijo:

—¿Cómo dem...?

—Lo vi conduciendo ese Ford Fiesta… —dijo Robin, sumida de pronto en un estado de total confusión. Estaba perpleja, desconcertada y tenía una extraña sensación de… ¿cómo llamarlo? ¿«Incredulidad»? ¿«Anticlímax»?—. Y me fijé en las letras de la matrícula.

—¿Porque coinciden con las siglas de la cadena de televisión americana? —preguntó Murphy.

—Exacto —mintió Robin—. Pero no te preocupes, no voy a llamar a la prensa. ¿Y el teléfono de Blay? ¿Lo ha utilizado?

—No, ése no ha vuelto a encenderse desde que desapareció. Creemos que Ormond lo tiene en su casa, a menos que se haya librado de él en algún otro sitio. Dragamos el estanque de patos de Writtle y no lo encontramos.

—Yo lo vi ayer por la tarde —dijo Robin por segunda vez esa mañana, golpeada por oleadas de perplejidad.

—¿Dónde?

—En el colectivo artístico North Grove. Estaba intentando conseguir algo de una persona que vive allí.

—¿Ah, sí? ¿Qué?

—Aún no lo sé. Me parece que se trataba de un dibujo o de algo que escribió Edie… Sea como sea, me cuesta creer que él… No sé por qué… Aunque supongo…

No terminó la frase, pero Murphy sabía en qué estaba pensando.

—El primer sospechoso siempre es la pareja, ¿no? Tú fuiste la que vio los cardenales en el cuello de Edie.

—¿No tenía una coartada? ¿No estaba en el colegio supervisando un castigo cuando mataron a Edie?

—Se marchó antes de la hora y le dijo a la niña que no se lo contara a nadie, o la castigaría una semana entera.

—Dios mío… Entonces, ¿sabía dónde habían quedado?

—Sí. Entre tú y yo: tenemos motivos para creer que le puso un rastreador en el teléfono, y que ella no lo sabía. Todavía estamos intentando desbloquearlo. Apple no está colaborando mucho. Se amparan en las libertades civiles. Pero está claro que él sabía la contraseña, porque lo encendió dos veces.

—¿Lo vais a detener hoy?

—Sí. Ha ido a trabajar como todos los días. Vamos a pillarlo cuando salga de la escuela. Detener a un tipo delante de un montón de críos no es muy inteligente. No queremos que la prensa sepa nada de esto hasta que lo tengamos en una sala de interrogatorios.

Así que había sido Phillip Ormond, el ex policía y maestro que Edie había creído que la protegería de las amenazas y el acoso. Una pareja celosa que la había espiado cuando ella iba a encontrarse con su ex novio los había apuñalado a los dos y se había largado con sus teléfonos… Claro, eso explicaba algunas cosas, como el hecho de que

el asesino supiera exactamente dónde se encontraba Edie, o que el teléfono sólo hubiese sido encendido donde iba a ser muy difícil precisar quién lo había utilizado, lo que implicaba cierto conocimiento de los métodos policiales... Y también explicaba que Ormond estuviese al corriente de información extraordinariamente detallada sobre los dos personajes nuevos para la película, como le había dicho Yasmin.

Ahora Murphy le estaba preguntando qué planes tenía para las vacaciones, y Robin se recompuso lo suficiente para explicarle que por Año Nuevo había aprendido a esquiar. La conversación era discretamente personal, pero agradable y relajada. Murphy la hizo reír con una descripción del accidente que había tenido un amigo suyo en una pista de esquí en seco, adonde había llevado a una chica que le gustaba para impresionarla. No mencionó en ningún momento su anterior invitación a ir a tomar algo, ni la hizo sentirse incómoda en aquel espacio tan reducido, y Robin agradeció ambas cosas.

Ya estaban cerca de Blackhorse Road cuando, de pronto, Robin, sorprendida de su propia valentía, le soltó:

—Mira, el día que me llamaste para invitarme a tomar algo... En fin, la razón por la que reaccioné tan mal... es que no estoy acostumbrada a que me inviten a salir.

—¿Cómo es posible? —dijo Murphy sin apartar la vista de la calzada.

—Acabo de divorciarme... Bueno, de hecho ya hace un año... De un hombre con el que salía desde la adolescencia... —añadió Robin—. Así que... en fin, estaba en modo trabajo cuando me llamaste, y me pillaste un poco... ya sabes, desprevenida.

—Ah —dijo Murphy—. Yo me divorcié hace tres años.

Robin se preguntó qué edad tendría. Calculó que sería un par de años mayor que ella.

—¿Tienes hijos? —preguntó.

—No. Mi ex no quería tener hijos.

—Vaya —dijo Robin.

—¿Y tú?

—No.

No volvieron a decir nada hasta que Murphy detuvo el coche delante del edificio de Robin. Cuando ella cogió su bolso y puso la mano en la manija de la portezuela, Murphy sugirió:

—Bueno... Si cuando vuelva de mis vacaciones te propongo quedar otro día...

«Sólo es una copa», dijo la voz de Ilsa en la cabeza de Robin. «Nadie dice que tengas que acostarte con él...»

Una imagen de Madeline Courson-Miles pasó fugazmente por la mente de la detective.

—Pues... Sí, vale... —dijo Robin, con el corazón acelerado—.

Genial.

Pensó que él se alegraría, pero Murphy parecía ahora más tenso que antes.

—Muy bien... —Se frotó la nariz, y entonces añadió—: Pero antes tengo que decirte una cosa... Normalmente se queda para «ir a tomar una copa», pero... resulta que soy alcohólico.

—Vaya —volvió a decir Robin.

—Llevo dos años y nueve meses sin beber —continuó Murphy—. No me importa que la gente beba delante de mí... Pero necesitaba que lo supieras. Es lo correcto según las normas de Alcohólicos Anónimos.

—Bueno, a mí no me... Es decir, gracias por contármelo —dijo Robin—. Podemos quedar, claro que sí. Y muchas gracias por acompañarme.

Murphy parecía más relajado.

—Ha sido un placer. En fin, será mejor que marche, aún tengo que hacer la maleta...

—Sí. ¡Que vaya muy bien en España!

Robin salió del coche. Cuando el Avensis azul arrancó, Murphy dijo adiós con la mano, y Robin, todavía sorprendida de sí misma, le devolvió el saludo. Había sido una mañana realmente rara.

Acababa de abrir la puerta de la calle cuando le sonó el teléfono.

—Hola —saludó Strike—. ¿Sigue en pie el ofrecimiento del sofá cama?

—Sí, claro —dijo Robin, a la vez confundida y complacida; entró en su piso y cerró la puerta con el pie—. ¿Cómo está Pat?

—Muy cascarrabias. La he acompañado a su casa y le he dicho que pida una cita de urgencia con su médico. Una mitad de la puerta ha salido volando y le ha dado en la espalda. Sé que está dolorida, y podría tener algo roto. Me ha mandado a paseo, aunque no con esas palabras, claro. Seguramente cree que la considero demasiado mayor para sobrevivir a un golpe como el que se ha llevado.

—Strike —dijo Robin—, acabo de enterarme de una cosa. Van a detener a Phillip Ormond y a acusarlo de asesinato.

Se produjo un silencio. Robin entró en la cocina y dejó su bolso en la encimera.

—¿A Ormond? —preguntó Strike.

—Sí. —Mientras preparaba el hervidor de agua, Robin le explicó que habían encendido y apagado el móvil de Edie y que habían visto a Ormond tirándolo en el estanque de Writtle.

Hubo otro largo silencio.

—Bueno —dijo Strike por fin—, entiendo por qué creen que han encontrado a su hombre, pero yo todavía tengo mis dudas.

Robin sintió un extraño alivio. Después de decirle que llegaría sobre las seis porque necesitaba comprar cuatro cosas básicas, Strike


se despidió.

73

Mi rival sus fechorías trama
¿Qué más da? Su traición es inútil.
Yo lo desprecio: sé quién ganará el premio.

MAY KENDALL, *La última función*

Chats internos entre cuatro moderadores de *El juego de Drek*

<**Canal de moderadores**>;

<**5 junio 2015 15:58**>;

<**AbirridoDrek, Anomia**>;

<**Morehouse ha entrado en el canal**>;

AbirridoDrek: Hola Morehouse!

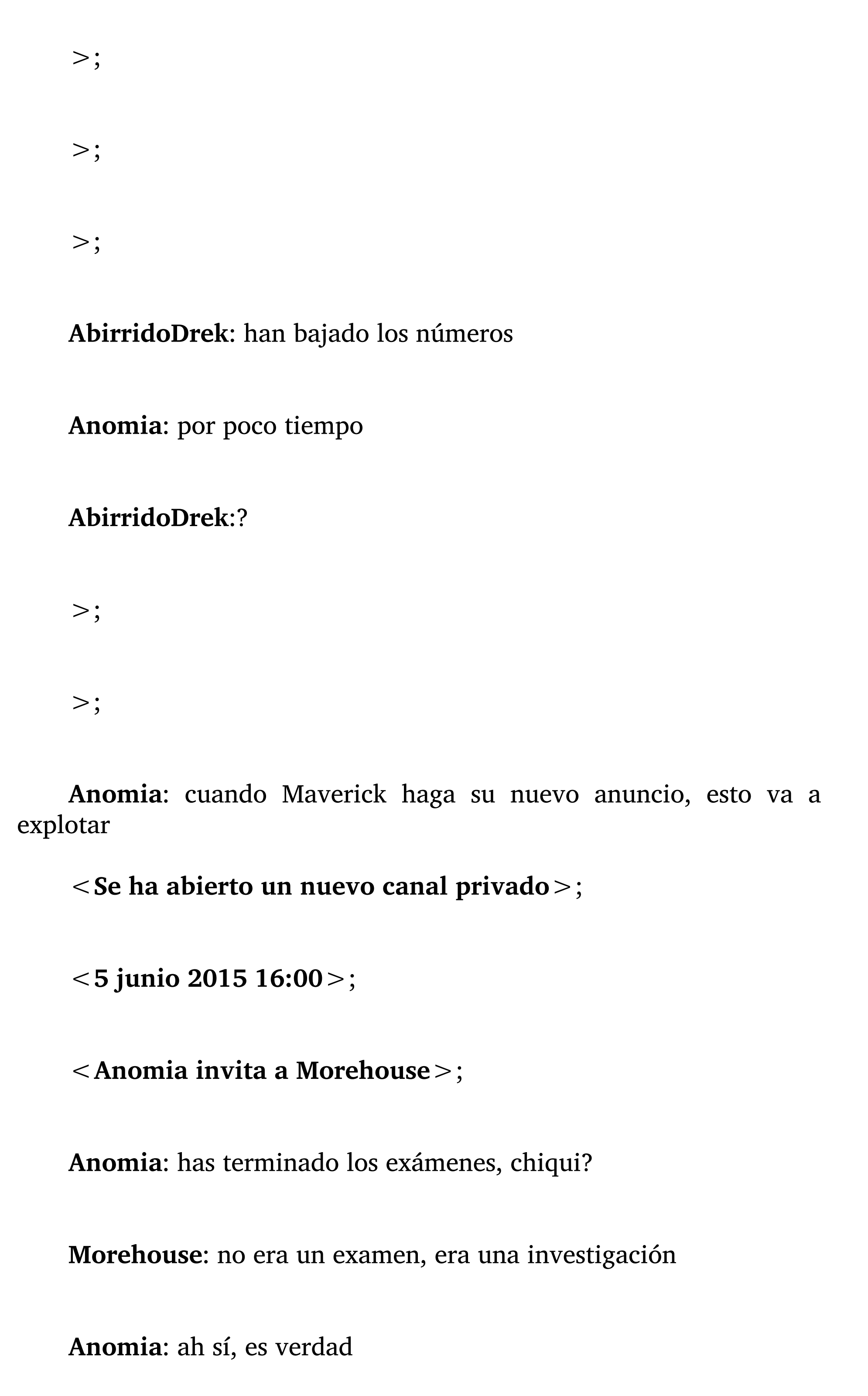
Morehouse: hola

AbirridoDrek: nunca vienes por las tardes

Anomia: es un hombre muy ocupado

Morehouse: exactamente

>;



>;

>;

>;

AbirridoDrek: han bajado los números

Anomia: por poco tiempo

AbirridoDrek:?

>;

>;

Anomia: cuando Maverick haga su nuevo anuncio, esto va a explotar

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**5 junio 2015 16:00**>;

<**Anomia invita a Morehouse**>;

Anomia: has terminado los exámenes, chiqui?

Morehouse: no era un examen, era una investigación

Anomia: ah sí, es verdad

Morehouse: ha venido Traslúcida?

Anomia: dudo que tarde, ahora que has entrado tú

>;

AbirridoDrek: ya sabes qué van a decir???

Anomia: el Gamemaster lo sabe todo

AbirridoDrek: tío, cómo sabes tantas cosas??

AbirridoDrek: estás metido, no? En Maverick?

>;

>;

>;

AbirridoDrek: perdón, te he ofendido?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: XD no, no me has ofendido

Anomia: me inyecto la info directamente en las venas, amigo mío

AbirridoDrek: pues cuenta

AbirridoDrek: qué van a hacer?

AbirridoDrek: venga, dímelo, no se lo diré a nadie

Anomia: te lo diré cuando sustituyas a Morehouse

AbirridoDrek:?

Anomia: si Morehouse tiene un accidente, quiero decir

AbirridoDrek: XD

AbirridoDrek: quieres saber mi teoría?

AbirridoDrek: creo que eres colega de Josh Blay

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: puede que tengas razón

AbirridoDrek: también conocías a Ledwell?

>;

Anomia: sí

Anomia: pero me jodió y me engañó

AbirridoDrek: en serio?

>;

>;

>;

Anomia: sí era una verdadera zorra

>;

>;

Anomia: mira, ya está aquí. Telepatía o casualidad?

Morehouse: telepatía, obviamente

Anomia: tú eres físico, no crees en esas mierdas

Morehouse: pues casualidad

Anomia: va, habla por privado con ella

Morehouse: ya sabes que tú eres mi número 1

Anomia: XD

Anomia: eres un marica

Morehouse: habla con AbirridoDrek, te tiene por un dios

Anomia: ya. Pero es que lo soy

<**Anomia ha dejado el canal**>;

<**Morehouse ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal privado**>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**5 junio 2015 16:03**>;

<**Traslúcida invita a Morehouse**>;

Traslúcida: Mouse?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

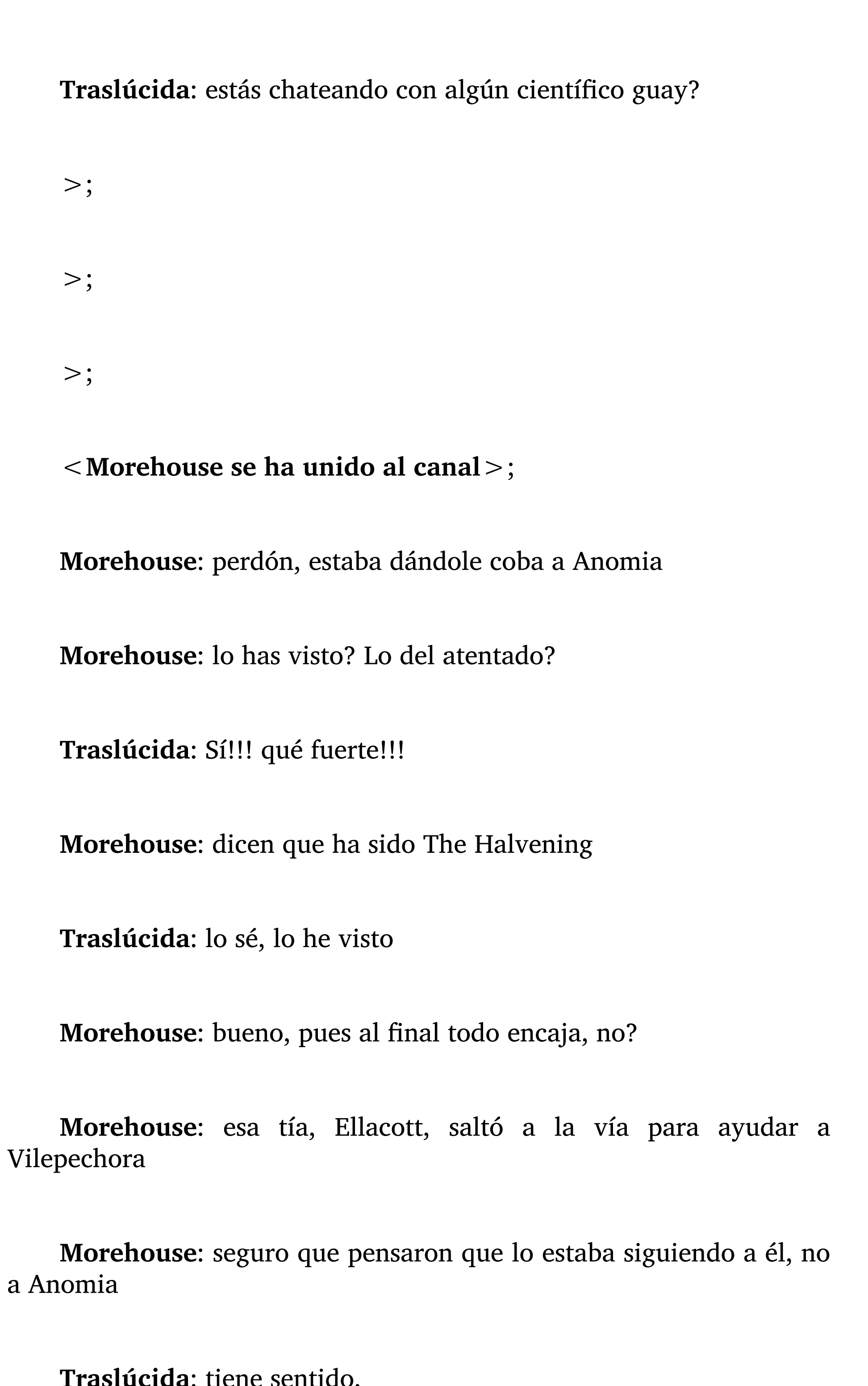
>;

>;

Traslúcida: hola?

>;

>;



Traslúcida: estás chateando con algún científico guay?

>;

>;

>;

<**Morehouse se ha unido al canal**>;

Morehouse: perdón, estaba dándole coba a Anomia

Morehouse: lo has visto? Lo del atentado?

Traslúcida: Sí!!! qué fuerte!!!

Morehouse: dicen que ha sido The Halvening

Traslúcida: lo sé, lo he visto

Morehouse: bueno, pues al final todo encaja, no?

Morehouse: esa tía, Ellacott, saltó a la vía para ayudar a Vilepechora

Morehouse: seguro que pensaron que lo estaba siguiendo a él, no a Anomia

Traslúcida: tiene sentido.

Traslúcida: pero si Ellacott no está en la oficina, cómo la encontramos?

Morehouse: llamaremos por teléfono, ya encontraremos la manera

Morehouse: cuántos exámenes te quedan?

Traslúcida: 2

Morehouse: pues no falta mucho para que quedemos

Morehouse: a menos que te rajes y no quieras

Traslúcida: vete a la mierda, Morehouse

Traslúcida: cuánto hace que te pido que quedemos?

Morehouse: XD

74

Sin embargo, dices que nos espían...
que hay peligro de que nuestra sangre mutua
tiña de rojo en algún bosque solitario
el cuchillo de la traición.

CHARLOTTE BRONTË, *El bosque*

La ventaja de que la explosión de una bomba lo hubiera echado de su casa y de su oficina, pensó Strike mientras iba a Kilburn High Road a comprarse calzoncillos, calcetines y artículos varios, como una crema para el muñón, además de un par de camisas y un pijama (el primero que tenía desde que era adolescente, pero que creyó indispensable para dormir en casa de Robin), era que le proporcionaba una excusa irrefutable para no ir a cenar con Madeline esa noche, sobre todo teniendo en cuenta que el sitio web de BBC News ya había informado del atentado.

—¿Qué? —dijo ella cuando la llamó desde la entrada de un Superdrug para contarle lo ocurrido—. Dios mío... ¿Quién...? ¿Por qué...? —la oyó exclamar—. ¡Acabo de verlo por internet! ¡Es Corm! —oyó que le decía a alguien, seguramente a alguna de sus dependientas—. ¡Le han enviado un paquete bomba y ha explotado!

Por motivos que no habría sabido especificar, a Strike no le gustó que Madeline le contase aquello a una empleada suya, aunque el atentado no era ningún secreto, dado que la BBC ya había dado la noticia.

—¡Ven y quédate en mi casa! —dijo Madeline, dirigiéndose de nuevo a Strike.

—No puedo —dijo Strike, toqueteando el paquete de tabaco en el bolsillo de la chaqueta—. La Metropolitana dice que es mejor que no me deje ver durante un tiempo. No quiero que esto os afecte ni a ti ni a Henry.

—Ah... Pero ¿tú crees que...? En realidad nadie sabe lo nuestro, ¿no?

«No será gracias a tu discreción», fue lo primero que pensó Strike.

—Son terroristas —dijo el detective—. Entre otras cosas, espían a la gente.

—¿Terroristas? —exclamó Madeline, esta vez muy asustada—. Pero ¿no ha sido un chiflado?

—No, ha sido el mismo grupo que les envió bombas caseras a esos diputados. Los mismos que iban a por tu amiga Gigi.

—Dios mío... —dijo ella otra vez—. No sabía que estabas investigando eso...

—No lo estamos investigando. Se trata de otro caso. Al parecer, no les ha gustado mucho que metamos las narices. No puedo darte detalles, Madeline. Es mejor que no sepas nada.

«Para que no vayas corriendo a contárselo a tu dependienta», se dijo Strike.

—Ya me lo imagino... Pero entonces, ¿adónde vas a ir?

—A un Travelodge o algo así, supongo —mintió el detective—. Ya te llamaré cuando sepa algo más.

—Llámame de todas formas —pidió Madeline—, tanto si sabes algo más como si no. Quiero saber que estás bien.

Después de colgar, Strike se dio cuenta de lo aliviado que se sentía por no tener que ir a Pimlico esa noche. Automáticamente, sacó su inseparable paquete dorado de Benson & Hedges para celebrarlo con un cigarrillo, pero, tras quedarse unos segundos mirándolo, se lo volvió a guardar y entró otra vez en el Superdrug.

Acabó de comprar todos los artículos imprescindibles, además de una mochila barata para llevarlos, y luego se metió en un McDonald's, donde, al recordar cómo tenía el muñón esa mañana, renunció de mala gana a una hamburguesa y pidió una deprimente ensalada. Luego, todavía hambriento, pidió un bizcocho de manzana y un café, y se comió el bizcocho mientras intentaba no odiar a los tres adolescentes flacuchos de la mesa que tenía más cerca, que se estaban zampando unos Big Macs.

Estaba cansado, pero, al mismo tiempo, nervioso. La adrenalina corría por sus venas y lo instaba a tomar algún tipo de represalia, pero se limitó a comerse el bizcocho, mirando al vacío mientras a su alrededor la gente charlaba y reía. Ahora que ya no tenía que cuidar de Pat ni había cuestiones prácticas que lo distrajeran, empezaba a asumir las consecuencias del atentado. No podía usar su ordenador portátil, ni el ordenador ni la impresora de la oficina. Su material de trabajo se había visto reducido a un pequeño bloc de notas, un teléfono móvil y la abultada carpeta de Anomia.

Cogió el móvil con la intención de entrar en Twitter para ver qué hacía Anomia y vio que tenía dos mensajes nuevos, uno de su hermanastra Prudence y otro de Shanker, un amigo suyo de la adolescencia con quien seguía en contacto, pese a la incurable tendencia de Shanker a la criminalidad. Abrió primero el mensaje de Prudence.

Acabo de enterarme de que ha habido un atentado en tu

oficina. Espero que estés bien

Strike le contestó:

Estoy bien, pero quizá tengamos que aplazar nuestra copa. La policía me ha aconsejado no salir mucho. Espero que Sylvie se esté recuperando

Entonces abrió el mensaje de Shanker.

A quién le has dado por culo esta vez, cabronazo

Antes de que pudiera contestar, le sonó el teléfono. Al ver que era su hermana Lucy, dudó un momento, pero decidió que era mejor contestar y liquidar aquella conversación cuanto antes.

—¿Por qué no me has llamado? —fueron las primeras y acaloradas palabras de Lucy.

—Justo iba a hacerlo ahora —dijo Strike, y se preguntó a cuántas mujeres más tendría que mentir antes de que terminase el día—. Estaba con los de la Metropolitana.

—¡Pues podrías haberme mandado un mensaje! ¡Casi me da un infarto cuando me ha llamado Greg para contármelo!

—Estoy bien, Luce. Te prometo que no tengo ni un solo rasguño.

—¿Dónde estás? ¡La BBC ha dicho que el edificio ha quedado gravemente dañado! ¡Ven a casa!

Strike repitió la historia que le había contado a Madeline, enfatizando los peligros a que se exponía cualquiera que se relacionase con él, y, recordándole a su hermana el riesgo que eso suponía para sus hijos, consiguió convencerla de que lo mejor era que se refugiara en algún hotel barato y discreto. Aun así, Lucy se pasó veinte minutos suplicándole que tuviera cuidado, hasta que Strike, improvisando ya con descaro, le dijo que la policía esperaba detener a los responsables en cuestión de días. Mínimamente tranquilizada, Lucy colgó por fin, y Strike se quedó irritado y aún más cansado de lo que ya estaba.

Luego entró en Twitter. No había tuits recientes de Anomia, pero le llamó la atención uno de los hashtags destacados en el sitio: #PutoWallyCardew.

Antes de descubrir, esa misma mañana, que Wally había hablado con Kea la noche de los apuñalamientos, a Strike quizá no le habría interesado mucho saber qué había hecho Wally para ganarse la desaprobación de algunos usuarios de Twitter. Ahora, en cambio, pulsó sobre el hashtag para averiguar qué estaba pasando.

Aoife @aoifeoconz

XD ya era hora joder #PutoWallyCardew

www.tubenewz.com/youtube-echa-a-Wally-Cardew-trasacusaciones-de-racismo/html

Sammi @Sammitch97
en respuesta a @aoifeoconz
diosss, ha hostiado a MJ??? #PutoWallyCardew #YoApoyoAMJ

Drew C @_drewcˆrtis
en respuesta a @Sammitch97 @aoifeoconz
por qué ha hostiado a MJ?

SQ @#H_U_T_Quince
en respuesta a @ydderidna @_drewcˆrtis @Sammitch97 @aoifeoconz
porque el negrata ese se follaba a su hermana

SQ @#H_U_T_Quince
en respuesta a @ydderidna @_drewcˆrtis @Sammitch97 @aoifeoconz
y luego un grupo de p***s dejó a Wal para ingresar en el hospital

SQ @#H_U_T_Quince
en respuesta a @ydderidna @_drewcˆrtis @Sammitch97 @aoifeoconz
y ciertos hermanos van a tener algo que objetar a eso, ¿no? @Heimd&II88

Strike se guardó el teléfono en el bolsillo y se preguntó cuándo podría volver a entrar en su ático. No creía que pudiese quedarse en el piso de Robin más de un par de noches, aunque tampoco le agradaba la idea de dejarla sola en aquel pisito tan pulcro, al menos hasta que se hubiese neutralizado la amenaza que representaba The Halvening. Como era de esperar, los supremacistas blancos no le estaban agradecidos a Robin por intentar salvarle la vida a uno de sus miembros: lo único que importaba era que tanto ella como Strike estaban, aparentemente, siguiendo a los suyos. La bomba no había sido una falsa amenaza, eso estaba claro; de no haber sido por la rapidez con la que había reaccionado Pat, ahora él tal vez estaría en una cama de hospital con otra extremidad seccionada y sintiéndose responsable de la muerte de su secretaria.

Se puso a repasar otras cuestiones prácticas más acuciantes y se acordó de su BMW, que estaba guardado en un garaje carísimo. Si no se equivocaba, en la calle de Robin había mucho sitio para aparcar. Pese a tener el muslo dolorido, se sintió capaz de volver al garaje, sacar de allí el BMW y conducir hasta Walthamstow: así podría disponer del coche si lo necesitaba. Se terminó el café, se levantó de la silla de plástico, se colgó del hombro la mochila donde había metido todo lo que, por el momento, eran todas sus posesiones materiales, y se marchó cojeando.

75

Dio fuerza a tus maldiciones, calentó
tus huesos en la noche más fría
te hizo sentir que no estabas sola
de nuevo contra el mundo.

EMILY PFEIFFER, *El último viaje de la bruja*

Mientras Strike regresaba al centro de Londres, Robin, igual de cansada y preocupada que él, hacía la compra en el supermercado de su nuevo barrio. Sabía que Strike tenía un apetito voraz, y el contenido de su nevera no iba a ser capaz de saciarlo si no llegaban importantes refuerzos. Metió en el carrito un pollo entero y se preguntó por qué su socio habría escogido quedarse en su casa y no con Madeline. No le habría sorprendido que lo hubiese hecho porque estaba preocupado por su seguridad: a veces Strike había exhibido un instinto protector que, pese a ser en cierto modo exasperante, también tenía su parte entrañable. Para ser sincera consigo misma, debía admitir que estaba muy impactada por lo que había sucedido esa mañana y que se alegraba de que Strike fuera a quedarse con ella. Al fin y al cabo, la bomba llevaba escritos los nombres de ambos, y Robin sentía la necesidad de estar con la única persona que entendía lo que eso significaba.

Mientras hacía cola en la caja, le sonó el móvil. Era su madre. Como Strike acababa de hacer con Lucy, Robin contestó porque sabía que ignorar la llamada sólo habría empeorado las cosas.

—¡Robin! ¡Acabamos de ver las noticias! ¿Por qué demonios...?

—Yo no estaba en la oficina cuando pasó, mamá —dijo Robin, avanzando lentamente en la cola.

—¡¿Y nosotros cómo íbamos a saberlo?!

Robin suspiró.

—Lo siento, debería haberos llamado. Hemos tenido que testificar y todo eso, y acabo de...

—¿Por qué has tenido que testificar si no estabas allí?

—Bueno, porque ha sido un atentado contra la agencia —contestó Robin—, así que...

—¡En las noticas están diciendo que ha sido un grupo terrorista de extrema derecha!

—Sí, eso cree la policía.

—Robin, ¿por qué atenta contra vuestra agencia un grupo terrorista de extrema derecha?

—Porque creen que los estamos investigando, mamá, pero no es así... ¿Me vas a preguntar quién «sí» estaba en la oficina cuando ha explotado la bomba, o...?

—¡No irás a reprocharme que primero me preocupe por mi hija, ¿no?!

—No te reprocho nada... —dijo Robin, que por fin llegó a la caja y empezó a poner sus artículos en la cinta transportadora con una sola mano—. Sólo he pensado que a lo mejor te interesaría saberlo.

—Vale, ¿quién...?

—Pat y Strike. Pero ambos están bien, gracias a los buenos reflejos de nuestra secretaria.

—Bueno, me alegro —dijo Linda fríamente—. Por supuesto que me alegro... ¿Y ahora qué? ¿Vas a venir a casa?

—Mamá, ya estoy en casa —contestó Robin con paciencia.

—Robin... —repuso Linda, que estaba al borde de las lágrimas—, nadie quiere impedirte hacer lo que te gusta...

—Eso no es cierto —la interrumpió Robin, incapaz de contenerse—. Claro que queréis impedírmelo. Entiendo que la noticia os haya impresionado, igual que a mí, pero...

—¿Por qué no pides trabajo en la policía? Con la experiencia que ya has adquirido, estoy segura de que estarían encantados...

—Estoy bien donde estoy, mamá.

—Robin... —dijo Linda sin disimular que había empezado a llorar—, ya te has librado varias veces por los pelos, pero cualquier día...

Robin notó que a ella también le brotaban las lágrimas. Estaba agotada, estresada y asustada. Entendía el sufrimiento y el miedo de su madre, pero ella ya tenía treinta años, era una persona adulta y estaba dispuesta a tomar sus propias decisiones, por más que eso pudiera molestar a alguien. Sobre todo después de los años perdidos haciendo lo que otros —primero sus padres y luego Matthew— querían que hiciese: lo seguro, lo aburrido, lo previsible.

—Mamá —repitió mientras la cajera empezaba a escanear los artículos y ella intentaba abrir una bolsa de plástico con una sola mano—, no te preocupes, por favor...

—¿Cómo quieres que no me preocupe? Tu padre acaba de salir del hospital, ponemos las noticias y...

Robin tuvo que dedicar quince minutos más a su madre antes de poder colgar, y para entonces se sentía aún más agotada y abatida. Lo único que la animó un poco fue saber que Strike no tardaría en llegar; enfiló de nuevo la calle y se dirigió a su piso, cargada con varias bolsas de comida y bebida.

Cuando llegó al piso, se puso a guardar la compra. Luego buscó

unas sábanas para el sofá cama y, en un acto de rebeldía contra su madre, entró en *El juego de Drek* con su iPad y lo dejó en marcha mientras realizaba diversas tareas domésticas, comprobando de vez en cuando si había aparecido Anomia. También puso las hojas que había impreso a primera hora de la mañana en la mesa que había detrás del sofá, en la que cabían hasta tres sillas.

Strike llegó exactamente a la hora que había dicho, lo que no era habitual en él. Robin acababa de meter el pollo en el horno cuando sonó el interfono. Le abrió la puerta del vestíbulo principal y se quedó esperando junto a la puerta abierta del piso.

—Buenas noches —dijo él jadeando ligeramente cuando llegó al rellano. Le dio una botella de vino tinto y entraron los dos en el piso —. Muchas gracias por acogerme.

—De nada —dijo Robin cerrando la puerta. Strike se quitó la chaqueta y la colgó en unos de los ganchos de una percha que no estaba allí el día de la mudanza. Tenía la característica expresión tensa que revelaba que le dolía la pierna. De hecho, mientras su socio subía hasta el rellano, Robin había visto que utilizaba el pasamanos para impulsarse.

Strike, que había visto el piso cuando Robin todavía no había vaciado todas las cajas, paseó la mirada por el salón. Encima de la repisa de la chimenea había varias fotografías enmarcadas que tampoco estaban allí el día de la mudanza, y sobre ellas, en la pared, colgaba una reproducción de un cuadro de Raoul Dufy: un paisaje marino visto desde dos ventanas abiertas.

—Bueno —dijo Strike volviéndose hacia Robin—. Ormond.

—Ya lo sé... He comprado cervezas. ¿Te apetece una?

—Espera —dijo Strike cuando vio que Robin iba automáticamente a la cocina, como dando por hecho que él contestaría que sí—. ¿Qué tiene más calorías, la cerveza o el vino?

Sorprendida, Robin paró en seco.

—¿Calorías? ¿Tú?

—Tengo que adelgazar un poco. Esto es demasiado para mi pierna.

Era tan raro que hablase de su muñón que Robin decidió no aprovechar aquella oportunidad para hacer alguna broma.

—La cerveza —contestó—. El vino tiene menos.

—Ya me temía que ibas a decir eso —dijo Strike compungido—. Pues, si no te importa, me tomaré una copa de eso, ¿vale? —Señaló la botella que ella tenía en las manos y añadió—: ¿Te ayudo a hacer algo?

—No, siéntate. No hay nada que hacer. Acabo de meter un pollo con cuatro patatas en el horno.

—No hacía falta que te liaras a cocinar... —repuso Strike—.

Habríamos podido pedir comida.

—¿Y las calorías?

—Claro, tienes razón... —concedió él, y se sentó en el sofá.

Cuando Robin volvió, le dio la copa de vino a Strike, se sentó en un sillón frente a él, colocó el iPad de modo que pudiese ver lo que pasaba en el juego, en el que Anomia seguía sin aparecer, y dijo:

—Pues sí. Ormond.

—Bueno —Strike le dio un primer sorbo a la copa de vino—, entiendo que lo hayan detenido... Él tenía el teléfono.

—Aun así, no crees que sea el asesino —dijo Robin.

—Podría serlo, pero eso plantea varios interrogantes. Estoy seguro de que a los de la Metropolitana también se le han ocurrido.

—Murphy dice que el teléfono tal vez llevaba un rastreador y que probablemente se lo puso Ormond.

—Si ha dicho eso, me juego algo a que sabe con seguridad que lo lleva. Bueno, si Ormond puso un rastreador en el teléfono de Edie sin que ella supiera nada, lo tiene bastante mal, ¿no? No sólo significa que tenía los medios para localizarla, sino también un motivo sólido para robar su móvil después de matarla: tenía que quitarle la app de rastreo.

Strike dejó su copa de vino en la mesita, junto al sofá, abrió su mochila y, para sorpresa de Robin, sacó una cajita que ella reconoció en el acto, pues aquella mañana había estado un buen rato en Boots comprando lo mismo: era un cigarrillo electrónico.

—No me digas que también vas a dejar de fumar —dijo con incredulidad. Ella siempre había dado por hecho que Strike se moriría con un Benson & Hedges sujeto entre los dientes.

—Me lo estoy planteando —dijo él retirando el celofán—. Nunca he tenido uno de éstos... En fin —añadió, volviendo al tema principal, mientras empezaba a montar el cigarrillo electrónico—, supongamos, a título de hipótesis, que Ormond está en la escuela encargándose de supervisar a la alumna castigada, comprueba la app de rastreo y ve que Edie se dirige al cementerio. Tiene sospechas. Está seguro de que va a ver a Blay. Le dice a la alumna que tiene que marcharse, y la amenaza con castigarla una semana entera si le cuenta a alguien que se ha marchado antes de hora... No sé, parece una coartada muy endeble, eso para empezar. Yo no pondría todas mis esperanzas de librarme de una acusación de asesinato en una colegiala a la que he castigado.

—Quizá cuando se marchó no tenía intención de matar a Edie.

—Pero ¿metió un machete en su maletín por si acaso?

—Vale, tienes razón —dijo Robin reprimiendo un bostezo—. ¿A qué distancia del cementerio está la escuela donde trabaja Ormond?

—La escuela está cerca de The Flask, donde lo entrevisté. Se

puede ir andando. Si cogió el Fiesta, habría podido llegar al cementerio en cinco minutos.

Los dos guardaron silencio mientras pensaban. Strike llenó el cigarrillo electrónico con un cartucho de fluido con nicotina, y Robin comprobó que Anomia seguía sin aparecer en el juego. Al final, ella dijo:

—¿Crees que el tipo al que Blay vio en el cementerio, el calvo corpulento que nosotros creemos que iba disfrazado, podría ser Ormond?

—Teóricamente es posible —contestó Strike, enroscando la parte superior de cigarrillo electrónico—, pero esa teoría plantea problemas logísticos. ¿Se llevó el disfraz al trabajo, por si al salir se decidía a cometer un asesinato? Me parece una posibilidad muy remota. Y en todo caso, ¿dónde se lo puso? Habría sido muy arriesgado hacerlo en la escuela. Si estaba encargado de vigilar un castigo, seguramente había otros miembros del profesorado por allí.

—¿Vive en Highgate?

—No. En Finchley.

—Entonces tampoco se explica por qué el teléfono fue a parar a Hampstead Heath —dijo Robin—. Si Ormond acababa de apuñalar a Edie y a Josh, lo más lógico habría sido que se hubiese metido en el coche y se hubiera largado de allí cuanto antes, y no que se desviase hasta el estanque número uno... —Hizo una pausa y continuó—. Aun así, es curioso, ¿no?, porque al principio la policía sospechaba que la persona que tenía el teléfono había ido al estanque número uno para deshacerse de él, y Ormond tiró el teléfono a un estanque, pero no en ése precisamente, sino en otro.

—Sí, es curioso —coincidió Strike—. ¿Por qué decidiría tirar el teléfono a un estanque? A lo mejor, porque lo había encontrado junto a un estanque... Es posible que eso se le quedara grabado en el subconsciente...

—¿Crees que rastreó el teléfono hasta el Heath y lo encontró tirado en la hierba?

—Es una posibilidad. La otra es que se encontrara cara a cara con la persona que lo había cogido.

—Pero, en ese caso, ¿por qué no contárselo a la policía?

—¿Pánico? —sugirió Strike—. ¿No quería admitir que estaba cerca del cementerio cuando ocurrió el asesinato ni quería admitir que estaba rastreando a Edie?

Con el ceño fruncido, encendió el cigarrillo electrónico y dio una calada.

—Pero si se encontró cara a cara con el asesino —continuó Strike, expulsando vapor por la boca—, ¿cómo se hizo con el teléfono? ¿Hubo una pelea?

—Es posible que el asesino fingiera haber encontrado el teléfono... no sé... tirado en el suelo, y que Ormond dijera que era suyo y el asesino se lo entregara.

—No me imagino a Ormond forcejeando para hacerse con él, así que esa opción me parece más plausible —dijo Strike asintiendo con la cabeza—. Suponiendo que el tipo alto y calvo que estaba inclinado sobre la tumba fuera el asesino, quizá en aquel momento ya se había quitado el disfraz, así que Ormond habría podido confundirlo con un transeúnte cualquiera...

»En cualquier caso, si Ormond se encontró con el asesino cuando éste todavía iba enmascarado, eso explicaría lo que me dijo cuando lo entrevisté. No recuerdo si te lo conté, pero cuando me habló de que Anomia se ocultaba detrás de un teclado hizo un gesto como representando una máscara. ¿Y si cree que la persona enmascarada con la que se encontró era Anomia? Si lo era, Anomia lo vio cerca del escenario del crimen, y lo vio con el teléfono de Edie en la mano, lo que nos lleva de nuevo a «Anomia arrojaría sospechas sobre cualquier otra persona para salvar el pellejo». También podría explicar lo de «yo no tengo ninguna razón para afirmar que lo hizo él». Eso sería un banquete para Freud. Si mi hipótesis es correcta, Ormond sí tiene razones, y muy buenas, para pensar que el asesino era Anomia, porque se encontró cara a cara con él, y por eso se defendió contra una acusación que yo no había formulado: la de que estaba ocultando pruebas oculares relevantes.

—Eso encaja bastante bien —dijo Robin—. Entonces, Ormond tiene el teléfono de Edie...

—... Pero no la ha encontrado a ella. Se mete en su coche y se marcha a su casa. Espera a que vuelva. Ella no aparece. Ormond llama a la policía y no tarda en comprender que la han asesinado. Rápidamente decide mentir sobre sus movimientos, porque teme que el rastreador y el hecho de que tenga el móvil de Edie lo conviertan en sospechoso.

Robin volvió a mirar qué pasaba en el juego, vio que Anomia seguía ausente y señaló el cigarrillo electrónico.

—¿Qué tal es?

—No tan bueno como uno de verdad —dijo Strike echándole una ojeada al cigarrillo—. Pero supongo que podría acostumbrarme. Al menos no dejaré tu piso apestando a tabaco.

—¿Quieres más vino?

—Sí, gracias. —Strike le acercó la copa—. Bueno, así que Nils de Jong es todo un personaje.

—Es un tipo raro —dijo Robin—. Como te expliqué, es una especie de... no sé, es como un hippy con toques fascistoides. Todo eso de la «perspectiva aristocrática» y de la raza... no me lo esperaba en

absoluto. Y ya te conté que me dijo que la muerte de Edie había sido una «culminación», ¿no?

—Bueno, sí, para el asesino debió de ser toda una culminación —comentó Strike—. ¿Y qué más hiciste anoche? Dijiste que estabas trabajando.

—Sí —respondió Robin—. Estuve en Junction Road hasta pasada la medianoche y luego me pasé varias horas fisgando en las redes sociales. Resumiendo: el misterioso novio de Zoe es Tim Ashcroft. Anoche lo vi salir de su piso.

—¿Ashcroft? —Strike se extrañó—. Jamás habría imaginado que esos dos pudiesen estar liados.

—Bueno, es que Zoe tiene, o tenía, algo que a Ashcroft le gusta mucho —dijo Robin sin sonreír. Se levantó para recoger las copias impresas que había hecho antes de que llegase Strike y se las dio—. Esto es lo que estuve haciendo casi toda la noche. Echa un vistazo mientras yo preparo un poco de salsa para el pollo.

Robin se fue la cocina. Las hojas que le había dado a Strike contenían varios hilos de Twitter; algunos tenían fecha de varios años atrás. El detective empezó a leer.

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira

Feliz Año Nuevo, Corazones Negros!
Abrazos de El Gusano

11:10 1 enero 2011

Zozo @corazonnegro28
en respuesta a @GusanoQueGira
Gracias Timothy! Lo mismo digo, me encanta el Gusano!!!!


Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @corazonnegro28
Gracias, pero, no eres demasiado joven para ver esos dibujos?!

Zozo @corazonnegro28
en respuesta a @GusanoQueGira

Tengo casi 14!!!!!!

Timothy J Ashcroft

@GusanoQueGira
en respuesta a @corazonnegro28
ah, ok, pensaba que te estábamos corrompiendo!

Zozo @corazonnegro28
en respuesta a @GusanoQueGira
 no, no soy tan inocente 

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @corazonnegro28
cuéntame más...

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
Es el cumpleaños del Gusano (bueno, el mío)
#UnCorazónTanNegro

9:14 1 noviembre 2011

MrsBlacky @carlywhistler_*
en respuesta a @GusanoQueGira
Feliz cumpleaños, me encanta el Gusano, es tan mono!

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @carlywhistler_*
Tú también eres muy mona, pero qué haces tuiteando a estas horas de la mañana? No deberías estar en la escuela?!

MrsBlacky @carlywhistler_*
en respuesta a @GusanoQueGira
No he ido a clase, estoy enferma

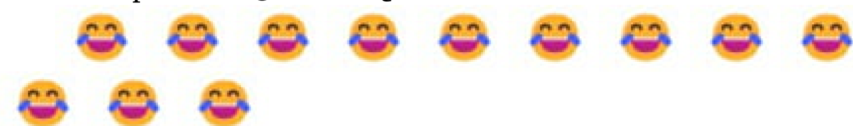
Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @carlywhistler_*
Bueno, te voy a seguir yo también porque has tenido el detalle de felicitarme por mi cumpleaos
XOXO

Laura H @InkHeart<3

Daría mi vida por el Gusano 

#UnCorazónTanNegro

19:13 30 noviembre 2011

Zozo @corazonnegro28
en respuesta a @GusanoQueGira


Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @corazonnegro28
Bueno, te he seguido yo también, para que puedas contármelo por privado si aquí te da vergüenza!

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
Acabo de grabar el siguiente episodio,
El Gusano tiene todo un papelón!

21:32 23 diciembre 2011

Orla Moran @BlackHeartOrla
en respuesta a @GusanoQueGira
cuéntanoslo!!!!!!!!!

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @BlackHeartOrla
Eh, mandona! Cuántos años tienes?

Orla Moran @BlackHeartOrla
en respuesta a @GusanoQueGira
 14 por qué?

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @BlackHeartOrla
Sígueme y te doy más detalles por privado!

Orla Moran @BlackHeartOrla
en respuesta a @GusanoQueGira

diosssss 

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @InkHeart<3
El Gusano también daría la vida por ti! Cuántos años tienes?

Laura H @InkHeart<3
en respuesta a @GusanoQueGira
diossss!!!! No puedo creer que me hayas visto!!!!!!
Tengo 13

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @InkHeart<3
Pues que sepas que el Gusano te sigue!

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe

Cuando negro = malvado, y blanco = deseable, cuál es el mensaje? Mi opinión sobre la problemática paleta de colores de
#UnCorazónTanNegro

www.LaPlumaDeLaJusticia/
LaPoliticaDelColo...

9:38 9 febrero 2013

Zozo @corazonnegro28
en respuesta a @laplumaqueescribe
muy interesante, nunca me lo había planteado asi

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @corazonnegro28
gracias, bonita

Strike pasó la página con gesto impasible.

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe

Inofensivo ídolo de los fans o estereotipo antisemita?

Mi opinión sobre el problemático personaje de Drek

www.LaPlumaDeLaJusticia/
DibujosAnimadosAntisemitas...

11:0228 febrero 2012

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @laplumaqueescribe
Edie Ledwell dijo que Drek estaba inspirado en las máscaras de los médicos de la peste

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @rachledbadly
¡Pero no se trata sólo de la nariz!
¿Cuántos años tienes?

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @laplumaqueescribe
14, ¿por qué?

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @rachledbadly
guau, aparentas más. si lees el artículo entero, verás que Drek manipula a todo el mundo y vive en el mausoleo más grande, por tanto es el más rico

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @laplumaqueescribe
No vive en el mausoleo más grande, el más grande es el de Lord y Lady WG.

Netflix UK & Irlanda
@N£tflix

Nos complace anunciar que el gran éxito de YouTube
#UnCorazónTanNegro se estrenará en Netflix en junio de 2013, con nuevo contenido y una segunda temporada ya en preparación. Más información en: www.NetflixUK/UnCorazónTanNegro...

21:12 5 febrero 2013

Esther Cohen @happ£_bunn££
en respuesta a @N£tflix
Gran noticia, me alegro por estos dos talentosos creadores!

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @N£tflix
Espero que @N£tflix tenga en cuenta las preocupaciones de los fans sobre material problemático antes de que UnCorazónTanNegro llegue a una audiencia mayor

Caitlin Adams @CaitAdumsss
en respuesta a @laplumaqueescribe @N£tflix
sólo hay una forma de arreglar eso
#EchenALaGlotona

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @CaitAdumsss
@laplumaqueescribe @N£tflix
yo no quiero que la echen, las mejores ideas son siempre suyas

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @rachledbadly @CaitAdumsss @N£tflix
sí, tiene mucho talento, pero creo que ciertos cambios mejorarían la serie de dibujos

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @laplumaqueescribe
Y no manipula a la gente, los otros le siguen la corriente porque está aburrido

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @rachledbadly
vale, siempre estoy abierto al debate inteligente! Te voy a seguir!

MrsBlacky @carlywhistler_*
tengo que ir a Londres, qué me recomendáis que vaya a ver?

19:45 14 marzo 2012

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @carlywhistler_*
A mí

MrsBlacky @carlywhistler_*
en respuesta a @laplumaqueescribe



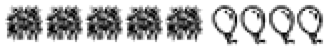
MrsBlacky @carlywhistler_*

vaya, mi padre no me deja ir a Londres

20:02 20 marzo 2012

Zozo @corazonnegro28
ES MI CUMPELAÑOS Y ESTOY EN LONDRS!!!!!!



10:02 28 marzo 2012

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira

No voy a mentir, me cabreó que

Penny Peacock
@rachledbadly
en respuesta a @laplumaqueescribe @CaitAdumsss @N£tflix
pero no quiero que prescindan de Drek, ni que conviertan a Blacky en un corazón rosa ni que Traslúcida deje de ser un fantasma, como quieres tú

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @rachledbadly @CaitAdumsss @N£tflix
XD, se nota que lees mis artículos!
cuántos años tienes?

Penny Peacock
@rachledbadly

en respuesta a @laplumaqueescribe @CaitAdumsss @N£tflix

ya me lo has preguntado. Por qué siempre quieres saber la edad de las chicas?

DrekChiqui14 @DrekChiqui14

en respuesta a @rachledbadly @laplumaqueescribe @CaitAdumsss @N£tflix

porque es un pedófilo

La pluma de la justicia

@laplumaqueescribe

en respuesta a @DrekChiqui14 @rachledbadly @laplumaqueescribe @CaitAdumsss @N£tflix

Por qué el insulto favorito de los fascistas es «pedófilo»? Bloqueado.

DrekChiqui14 @DrekChiqui14

en respuesta a @laplumaqueescribe @rachledbadly

pero sigues siendo un puto pedófilo

Zozo @corazonnegro28

cuando creees que le importas a alguieny tu madre se ha muerto si #UnCorazónTanNegro, pero llegan nuevos proyectos!

«Estamos muertos. Las cosas sólo pueden ir a mejor.»

11:14 25 marzo 2013

Ruby Nooby @rubynooby*_*

en respuesta a @GusanoQueGira

Me sabe tan mal! Me encantabas haciendo de gusano

Timothy J Ashcroft

@GusanoQueGira

en respuesta a @rubynooby*_*

tu hermosa cara me ha alegrado el día



Ruby Nooby @rubynooby*_*

en respuesta a @GusanoQueGira

guau, nunca imaginé que me fueras a contestar!!!!!!!

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @rubynooby*_*
XD cuántos años tienes?

Ruby Nooby @rubynooby*_*
en respuesta a @GusanoQueGira
12

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @rubynooby*_*
gamberra, no deberías estar en Twitter!

Ruby Nooby @rubynooby*_*
en respuesta a @GusanoQueGira
perdón 13!

esa persona no te contesta los MDs ni los mensajes y te pregutnas por que sigues siendo leal

9:05 14 mayo 2013

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @corazonnegro28
mira el teléfono te he mandado un mensaje

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
Uf odio envolver regalos.

21:32 23 diciembre 2014

Darcy Barrett @DarkViola90
en respuesta a @laplumaqueescribe
yo también, es un coñazo.

Discípulo de Lepine
@LepinesD1sciple
en respuesta a @DarkViola90 @laplumaqueescribe
hay que ser un coñazo para saber qué es un coñazo

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe

en respuesta a @LepinsD1sciple @DarkViola90
ve a hacerte otra paja, incel

Discípulo de Lepine
@LepinesD1sciple
en respuesta a @laplumaqueescribe @darkling_b
es demasiado mayor para ti, pedófilo

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @LepinsD1sciple @DarkViola90

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @rubynooby*_*
XD vale, pues te voy a seguir

Andrew Whistler
@andywhistler8
en respuesta a @GusanoQueGira
@rubynooby*_*
veo que continúas con lo mismo, eh?

Andrew Whistler
@andywhistler8
en respuesta a @GusanoQueGira @rubynooby*_*
ah, me has bloqueado. no me sorprende.

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @juiceeluce
Me encanta tu perrito! Cuántos años tienes?

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @carla_mappin5
Qué bien entiendes estos temas!
Cuántos años tienes?

Ellen Richardson @e_r_inkheart
en respuesta a @laplumaqueescribe

Me gusta mucho cómo lo interpretas todo y nos lo cuentas 

La pluma de la justicia

@laplumaqueescribe
en respuesta a @e_r_inkheart

Gracias! Cuántos años tienes?

Ellen Richardson @e_r_inkheart
en respuesta a @laplumaqueescribe
13

La pluma de la justicia
@laplumaqueescribe
en respuesta a @e_r_inkheart
Te he seguido, por simpática!

Ellen Richardson @e_r_inkheart
en respuesta a @laplumaqueescribe

Guau!

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @mollydeverill1
Bien visto! Cuántos años tienes?

Timothy J Ashcroft
@GusanoQueGira
en respuesta a @annaff0rbes
Bonita foto! Cuántos años tienes?

Timothy J Ashcroft @
GusanoQueGira
en respuesta a @tash&&&rgh
Qué graciosa! Cuántos años tienes?

Robin entró de nuevo en la habitación justo cuando Strike había terminado de leer. El detective estaba muy serio.

—¿Lo has leído todo?

—Sí.

—Yo diría que creó la cuenta de «La pluma de la justicia» como plan B. Quería seguir conectado con el fandom de *Un Corazón tan negro* aunque hubiera perdido al Gusano. Entretanto, podía cazar a las fans más inocentes como Tim, y a los críticos como la Pluma.

—Y empezó a camelarse a Zoe cuando ella tenía... ¿catorce años?

—Trece —corrigió Robin—. Ella le mintió, le dijo que tenía un año más. Zoe llegó a Londres el día que cumplía catorce años. He

revisado los datos en línea. Ahora sólo tiene diecisiete años. ¿Has visto lo del padre que se dio cuenta de lo que Ashcroft estaba haciendo? «Veo que continúas con lo mismo, ¿eh?»

—¿El tipo que le prohibió a su hija ir a Londres? Sí. Un tío inteligente… Y ahora Ashcroft se pasea por las escuelas con su grupo de teatro. Increíble.

Robin cogió su bloc de notas de la mesa y lo abrió por la página donde había anotado lo que había escuchado a escondidas en Junction Road.

—Anoche Zoe y Ashcroft discutieron. Me metí en el edificio y estuve escuchando detrás de la puerta de su piso. Me pareció entender que Ashcroft acusaba a Zoe de hacerle chantaje, y que ella lo negaba. Él le dijo: «¿Quién empezó todo esto?», y «Me has puesto en una situación muy jodida», y dijo que él era el que se arriesgaba. No aclaró en qué consistía el riesgo, pero parece obvio que se refería a su relación con ella. Aparte de eso, Zoe le suplicó que no se marchara y él dijo que «necesitaba pensar». Claro —dijo Robin cerrando el bloc—, ahora Zoe ya es demasiado mayor para sus preferencias sexuales, ¿no? A él le gustan las de trece o catorce años. A lo mejor es por eso por lo que ella se mata de hambre, para seguir aparentando menos edad.

—Joder, es que odio a los pedófilos —masculló Strike. El vecino de arriba de Robin puso música de rap a todo volumen.

—¿Acaso hay alguien que no los odie? —preguntó Robin.

—Sí, otros pedófilos. Por lo que he visto, se juntan entre ellos. Bueno, esto explica por qué tu amigo Pez se encaró con Ashcroft en el funeral, ¿no? Ashcroft estaba hablando con un par de chicas menores de edad, ¿verdad?

—No sé si Rachel Ledwell es menor de edad —dijo Robin—, pero Flavia Upcott sí, seguro… Pero… ¿qué quieres decir con eso de «mi amigo» Pez? —añadió, porque Strike lo había dicho en un tono que no le había gustado nada.

Él arqueó las cejas y esbozó una sonrisita, y Robin no pudo evitarlo y se ruborizó.

—Hice lo que tenía que hacer para sonsacarle información… —señaló fríamente, y volvió de nuevo a la cocina, en teoría para remover la salsa, aunque en realidad quería ganar tiempo para que el rubor de sus mejillas desapareciera.

Strike se arrepintió de haber hecho aquel comentario malicioso, que en realidad había sido un torpe intento de averiguar si Robin había disfrutado de las partes de la entrevista que habían incluido besos y quizá incluso caricias de Pez Pierce. Se planteó pedirle perdón, pero antes de que pudiese hacerlo le sonó el móvil. Era Madeline.

Titubeó y se quedó mirando la pantalla. Madeline le había pedido que la llamara, y él no lo había hecho. Se suponía que estaba solo en

algún Travelodge y sospechó que, si ignoraba esa llamada, ella volvería a llamarlo cada diez minutos hasta que contestara.

—Hola —saludó tras aceptar la llamada.

—¿Cómo estás? ¿Ya has encontrado un hotel?

—Sí, acabo de registrarme —dijo Strike en voz baja—. No puedo hablar demasiado, espero una llamada de un colaborador.

—Estoy muy preocupada por ti. Joder, Corm. Una bomba... Es superfuerte.

Robin, que seguía sonrojada, entró en el salón. No vio que Strike estaba hablando por teléfono y dijo:

—Mira, no me gusta que...

Se interrumpió al ver que él tenía el móvil en la mano.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó Madeline.

—El servicio de habitaciones —contestó Strike.

—No es verdad —dijo Madeline, mientras Robin se quedaba mirando a Strike con gesto recriminatorio. El detective tuvo la clara impresión de que las dos mujeres sabían exactamente lo que estaba pasando; cediendo con imprudencia al impulso del macho acorralado, se la jugó y le echó cara al asunto.

—Claro que sí.

—Corm —dijo Madeline—, no soy idiota.

Robin se metió otra vez en la cocina.

—Yo no creo que seas idiota. —Strike cerró los ojos, como un niño que ha perdido el control de su bicicleta y va derecho hacia un muro.

—Pues ¿quién era esa mujer, y qué es lo que no le gusta?

«Mierda, mierda, mierda...» Tendría que haber salido del piso antes de aceptar la llamada, pero estaba tan cansado y le dolía tanto la pierna que no había querido levantarse. Volvió a abrir los ojos y los clavó en la reproducción del cuadro de Raoul Dufy que estaba colgada en la pared. Habría dado cualquier cosa por estar sentado, solo, junto a una ventana con vistas al Mediterráneo.

—He quedado para tomar algo con Robin —explicó—. Tenemos que hablar de cosas de la agencia y ver cómo nos organizamos para seguir trabajando sin poder entrar en la oficina.

Hubo un largo silencio, y entonces Madeline dijo:

—Te quedas a dormir en su casa.

—No —contestó Strike.

—Pero te parece buena idea quedar con Robin esta noche a pesar del riesgo de que los terroristas la encuentren...

—Ella ya es un objetivo. La bomba iba dirigida a los dos.

—Estupendo —dijo Madeline con frialdad—. Sois como un matrimonio, ¿verdad? Bueno, te dejo con ella.

Y colgó.

Un cúmulo de pensamientos airados y angustiantes pasaron por la mente de Strike: «Esto tiene que acabar…» «Estás chiflado…» «Lo que me faltaba esta noche…» «¿Cómo se te ha ocurrido que pudiese funcionar…?» «Ni se te ocurra volverla a llamar…» «Tienes que acabar con esto…» «Pídele disculpas…»

En ese momento, Strike se levantó del sofá y fue cojeando hasta la cocina, donde encontró a Robin de espaldas a él, removiendo la salsa.

—Lo siento —dijo Strike—. Soy gilipollas.

—Sí —dijo Robin fríamente—. Un poco. No habrías hablado en ese tono con Barclay si él hubiese tenido que ligarse a una mujer para obtener información.

—Créeme, habría dicho algo mucho peor si Barclay hubiese tenido que morrearse con una mujer para sonsacarle algo —repuso Strike, y cuando Robin se dio la vuelta y lo miró, enfadada y al mismo tiempo divertida a pesar suyo, él se encogió de hombros y añadió—: Me habría cachondeado, ¿no? Es lo que hacemos los tíos.

—Mmm —dijo Robin, volviéndose de nuevo para remover un poco más la salsa—. No sé, yo creía que te alegrarías de que le hubiese sonsacado tanta información a Pierce.

—Claro que me alegro. Lo hiciste de puta madre. Oye, el pollo huele muy bien.

—Todavía le falta media hora —indicó Robin. Vaciló un momento y añadió—: ¿A quién le estabas diciendo que yo era el servicio de habitaciones?

—A Madeline —contestó Strike. No le quedaban fuerzas para seguir mintiendo—. Quería que me quedara a dormir en su casa, y yo le dije que me había buscado un hotel. Era lo más fácil.

Robin, que estaba muy interesada en esa información, siguió removiendo la salsa con la esperanza de que Strike le contara algo más, pero sin atreverse a pedírselo. Al ver que él no se extendía sobre el tema, bajó el fuego de la sartén y los dos volvieron al salón.

Mientras Robin entraba en el juego y saludaba a varios jugadores para que Buffypaws no estuviese del todo inactiva, Strike sacó su bloc y buscó la página donde había anotado sus observaciones sobre la entrevista de Robin con Pez.

—Hiciste realmente un gran trabajo con Pierce —repitió.

—Vale —dijo Robin con una mirada de ligera exasperación, mientras se servía también una copa y volvía a llenar la de Strike—, tampoco te pases.

—Supongo que ya te has fijado en que cumple muchos de los requisitos de nuestro perfil de Anomia, ¿no? Sabe mucho sobre los Beatles, no le gustan los gatos…

—Eso sólo era una conjetura…

—… Pasa largas temporadas cuidando a su padre… También

conoce la manera de entrar en el cementerio sin ser visto…

—Ya lo sé, pero…

—Y por lo visto, Edie y él trabajaban juntos en algo y ella lo dejó en la estacada y se fue con Josh a escribir una serie que triunfó por todo lo alto. Eso es un buen motivo para estar profundamente resentido, ¿no?

—Yo no diría que ella lo dejase en la estacada —dijo Robin—. Tal vez Edie pensara que lo que estaba haciendo con Pez no valía nada. A lo mejor cambió de opinión. Además, habían discutido por culpa de Tim. Es posible que, después de eso, se le pasaran las ganas de trabajar con él.

—Bueno, quizá Pierce no lo vea así. Pero tú no crees que él sea Anomia, ¿verdad? —dijo Strike observando su reacción.

—Bueno… —Robin titubeó—, tiene los conocimientos necesarios para crear el juego, pero eso ya lo sabíamos. No sé… cuando estuve con él no… sentí eso.

Echando mano de un heroico autocontrol, Strike se abstuvo de hacer el más obvio de los comentarios soeces que se le ocurrieron.

—A ver si me explico —continuó Robin, que por suerte no había detectado el esfuerzo que estaba haciendo Strike—: Anomia es malvado, es un sádico, y Pez no me transmitió nada de eso. Puede ser grosero, desde luego: ya te conté lo que pintó en la pared de la habitación de Josh y Edie. Y fue muy agresivo con la fan de *Un corazón tan negro* que se presentó en nuestra primera clase de dibujo y dijo que había venido para «empaparse de la magia» o algo parecido. La chica fue un poco impertinente —añadió—, pero no había necesidad de que él fuese tan cruel con ella. Además, también me pareció que Yasmin Weatherhead le tenía miedo. Me lo imagino perfectamente haciendo chistes de personas gordas. Es de esa clase de tipos.

Robin tomó un sorbo de vino.

—Pero, aparte de que su padre está enfermo, lo que debe de ser muy estresante, no veo que las cosas le vayan mal. Tiene éxito con las mujeres. Ha encontrado un lugar agradable donde vivir. Y tiene trabajo, aunque no sea tan estable como a él le gustaría. Supongo que le pondría la misma objeción que le puse a Gus Upcott: ambos son muy buenos en sus respectivos campos, y eso implica necesariamente que dedican muchas horas a su trabajo todos los días; y si hay una cosa que tenemos clara de Anomia es que tiene muchísimo tiempo libre.

—Cierto —dijo Strike—. Y hablando de gente que tiene mucho tiempo libre, yo también he descubierto una cosa esta mañana. No me ha dado tiempo a imprimirlo antes de que explotara la bomba, pero te lo puedo resumir: la noche antes de los apuñalamientos, Kea Niven

hizo comentarios muy amenazadores en Twitter y luego los borró, pero posteriormente aparecieron en Reddit. Hablaba de clavar puñales en el corazón.

—Ostras. ¿Es eso lo que Cardew intentaba hacerle borrar?

—Exacto. Por lo visto, el rollo que tuvieron Kea y Wally no fue una cosa puntual, lo que me parece interesante, igual que el comentario de Cardew: «Hay mejores maneras de hacerlo.» En cierto modo, es una lástima que hayamos descartado a Cardew, porque su personalidad encaja casi mejor que la de cualquier otro con el perfil de Anomia, y creo que Pierce opina lo mismo...

»En fin —continuó Strike—, Kea ha hecho otras cosas aparte de lanzar amenazas en Twitter... —Cogió su móvil y entró en el sitio web «Tribulationem et Dolorum»—. Mira esto. Es de hace un par de años.

Robin cogió el teléfono y leyó la conversación entre Arke y John que Strike había encontrado esa mañana.

—Ahora echa un vistazo a la página «sobre el fundador» —dijo Strike.

Robin lo hizo, y entonces, con una expresión de creciente lucidez, leyó en voz alta:

—«Puedes escuchar una selección de las composiciones de John en www.iju.MakesSounds...» ¿iju? No será...

—Íñigo John Upcott —dijo su socio—. Exacto.

Robin miró fijamente a Strike.

—Pero entonces...

—¿Recuerdas que Íñigo defendió con mucha energía a Kea cuando estuvimos en su casa? Dijo algo así como «Blay trató muy mal a esa chica». Tengo fuertes sospechas de que el contacto entre Kea y él ha ido mucho más allá de esos intercambios en línea sobre la fatiga crónica.

—¿Insinúas que...?

—¿Que ella puede ser su «pequeña»? Sí.

—Guau —dijo Robin en voz baja, volviendo a mirar el sitio web «Tribulationem et Dolorum»—. Pues esto no puede ser ninguna coincidencia. Ella no entró en ese sitio web sin saber quién lo llevaba.

—Yo pienso lo mismo. Kea estaba buscando una forma discreta de vigilar a Josh y a Edie. Apostaría a que llegó un momento, cuando ella ya había convencido a Íñigo de que estaba allí porque le fascinaba su personalidad, en que ambos «descubrieron» su relación mutua con Josh y Edie, y estoy seguro de que Kea se mostró adecuadamente sorprendida por aquel extraño capricho del destino. No conozco mucho a Íñigo, pero me atrevería a decir que es un hombre con un ego descomunal. No creo que a Kea le costara mucho convencerlo de que mantenía el contacto con él porque es un hombre de gran inteligencia y talento, y no porque quería sonsacarle información. Y

todo esto hace que Kea vuelva a incorporarse a la lista de sospechosos de ser Anomia, ¿no crees? Pensábamos que no podía saber de ninguna manera los planes de convertir a Blacky en un personaje humano, pero si estamos en lo cierto, tiene línea directa con la familia Upcott desde 2013.

—¿Crees que Íñigo y ella se conocen en persona? —preguntó Robin.

—Eso tendremos que preguntárselo a Upcott. Es obvio que ambos tienen el teléfono del otro, si ella es la «pequeña» a la que ha estado tranquilizando y prometiendo ayudar.

—Me resulta difícil creer que Kea haya... —empezó Robin, pero se interrumpió.

—¿Quién sabe? —dijo Strike, que había adivinado correctamente cómo habría terminado la frase—. Hay gente dispuesta a todo para lograr sus objetivos.

Los dos pensaron de inmediato en Robin dejando que Pez Pierce le metiera la lengua en la boca.

—Mañana me toca ocuparme de Ashcroft —dijo la detective.

—Reorganizaremos los turnos —dijo Strike, volviendo a coger su móvil—. Y nos ocuparemos de Upcott juntos, a primera hora.

Robin sospechó que la idea de trabajar juntos respondía a los temores de Strike con respecto a The Halvening, pero como no tenía ninguna objeción a pasar la mañana con él, se levantó y se limitó a decir:

—El pollo ya debe de estar casi a punto. Vigila un momento el juego. Voy a hacer un poco de verdura al vapor.

—«Al vapor» —repitió Strike, como si nunca hubiese oído aquella expresión.

—¿Por qué, pasa algo?

—No. Es que yo nunca hago nada al vapor. Normalmente lo frío todo.

—Ah —dijo Robin—. Pues si te preocupan las calorías, más vale que vayas cambiando de costumbres.

Mientras Robin se iba la cocina, Strike aprovechó para reorganizar los turnos. Envió un correo electrónico a Pat y unos mensajes de texto a Midge, Dev, Barclay y Nutley. A continuación se guardó el móvil en el bolsillo, comprobó que Anomia seguía sin aparecer en *El juego de Drek* y entonces echó un vistazo al salón.

¿Qué habría deducido de la dueña del piso si no hubiera sabido quién vivía allí? Estaba claro que le gustaba leer: los libros no cabían en la pequeña estantería que él mismo le había ayudado a montar, y se fijó en la cantidad de obras sobre criminología que se apiñaban entre las novelas. Por lo visto a Robin le gustaba el arte fauvista, pues había otra reproducción colgada en el comedor: «Naturaleza muerta

con geranios», de Matisse. También habría sabido que la ocupante del piso no ganaba tanto dinero, o no tenía la misma clase de familia, que Charlotte, cuyo piso, que Strike había compartido con ella brevemente, estaba lleno de muebles antiguos que le habían regalado varios familiares suyos. Las cortinas de color azul y crema que Robin había colgado desde la última vez que él había estado en el piso no eran caras, ni tenían gruesos alzapaños ni flecos de cuentas, mientras que la pantalla de la lámpara del techo era un sencillo farolillo chino de color blanco. Habría supuesto que era una persona limpia y ordenada, porque no parecía que hubiesen arreglado rápidamente el salón justo antes de llegar él: no había marcas de aspirador en la moqueta, ni olía a líquido limpia hogar. Comprobó con satisfacción que Robin había puesto el filodendro que le había regalado en un tiesto de porcelana azul. Ahora la planta estaba en una mesita rinconera, y tenía muy buen aspecto: por lo visto, la inquilina también regaba las plantas. Dio otra calada al cigarrillo electrónico, se levantó y fue a mirar las fotografías enmarcadas que había en la repisa de la chimenea.

Reconoció a los padres de Robin, que sonreían radiantes en lo que parecía ser, a juzgar por los globos plateados que tenían detrás, la celebración de sus bodas de plata. La madre de Robin, Linda, nunca había sonreído así delante de Strike; de hecho, cada vez había mostrado menos simpatía por él, puesto que su hija se había visto involucrada en varios episodios peligrosos desde que trabajaba para la agencia. En otra fotografía, había una cría sonriente con un bañador de lunares rosa de pie bajo un aspersor de jardín: Strike supuso que sería la sobrina de Robin. En la tercera foto aparecían Robin y sus tres hermanos, a los que Strike ya había conocido, cogidos del brazo; en la cuarta, un labrador de color chocolate, y en la quinta, un grupo de personas alrededor de una mesa, con unas vistas espectaculares del monte Cervino a la hora de la puesta de sol al otro lado de una gran ventana.

Giró la cabeza para asegurarse de que Robin no estaba volviendo al salón, y luego cogió esa fotografía y la examinó. En un extremo de la mesa, había otro crío sentado en una sillita alta que agarraba una cuchara de plástico con su manita regordeta. Robin, sentada hacia la mitad de la mesa, sonreía a la cámara, y a su lado había un hombre fornido con barba rubia y cuidada y una mirada que a Strike le pareció sospechosa, también sonriente y con un brazo apoyado en el respaldo de la silla de Robin. El detective todavía tenía esa fotografía en la mano cuando regresó Robin con los cubiertos.

—El Cervino —dijo él, mostrándole la fotografía y dejándola en su sitio.

—Sí —contestó Robin—. ¡Era tan bonito! ¿Ha aparecido Anomia?

—preguntó señalando el iPad.

—No. Espera… te ayudo a traer cosas.

Estaban los dos tan cansados que apenas hablaron mientras cenaban; Robin fue haciendo pausas para mover a Buffypaws en el juego. Anomia no apareció. Los únicos moderadores presentes eran Traslúcida y Morehouse, y ninguno de los dos regañó a Buffypaws por estar largos períodos inactiva.

—Si quiero aprobar el examen de moderadores, la semana que viene tendré que buscar tiempo para revisar la serie de dibujos —dijo Robin cuando terminaron y se pusieron a recoger la mesa.

—Lo sé —dijo Strike—. Tendremos que darle prioridad a eso.

Después de lavar los platos, Cormoran comprobó si la policía ya había informado de la detención de Ormond, pero ninguno de los canales de noticias que visitó lo mencionaba. Poco después se retiraron cada uno a su cama, y, aunque ambos fueron conscientes de lo inusual e íntimo que resultaba que Robin le diera a Strike una toalla de baño y un juego de sábanas limpias y que utilizaran el mismo cuarto de baño, ambos lo ocultaron bajo una naturalidad rayana en la descortesía.

Acostado con su pijama nuevo, con el muñón untado con crema y la pierna ortopédica apoyada en la pared, Strike apenas tuvo tiempo de pensar que el sofá cama de Robin era increíblemente cómodo, porque se quedó dormido de inmediato.

Robin, que estaba preparándose para acostarse a poco más de tres metros de distancia, percibió los primeros ronquidos de Strike a pesar del rap que sonaba en el piso de arriba, y lo encontró gracioso y tranquilizador. Desde que se había mudado a Blackhorse Road, había disfrutado del placer de vivir sola y valoraba mucho la independencia y la paz que le daba su nuevo piso, pero esa noche, tras la explosión en la oficina, la presencia de Strike le resultaba muy reconfortante, aunque ya estuviese profundamente dormido y roncase como un tractor. En lo último que pensó antes de quedarse dormida ella también fue en Ryan Murphy. Aunque todavía no había salido con él, y tal vez no saldría nunca, de alguna forma esa posibilidad había corregido un desequilibrio entre Strike y ella. Robin ya no era una tonta enamorada entregada al celibato, con la esperanza de que algún día Strike quisiera lo que era evidente que no quería. Pronto se sumergió en el mundo de los sueños, donde volvía a estar a punto de casarse con Matthew. En la puerta de la iglesia, Matthew le explicaba, como si ella fuese una niña pequeña, que si se lo hubiese preguntado él le habría dicho quién era Anomia, y que el hecho de que ella no viera lo que para todos los demás era absolutamente obvio demostraba que no estaba capacitada para el trabajo que había estado a punto de separarlos para siempre.

76

¿Qué posada es esta
a la que viene por la noche
un extraño viajero?

EMILY DICKINSON, *XXXIV*

A las siete de la mañana, cuando Robin entró en el salón se encontró con que Strike ya estaba vestido, el sofá cama devuelto a su estado original y la ropa de cama pulcramente doblada. Preparó té y tostadas para los dos y, mientras desayunaban sentados a la mesa donde la noche anterior habían cenado, Strike dijo:

—Iremos antes que nada a casa de los Upcott, a ver si averiguamos qué ha estado compartiendo Íñigo con Kea. Luego, según lo que nos cuente, nos dirigiremos a King's Lynn.

—Vale —dijo Robin, aunque no parecía muy contenta.

—¿Qué pasa?

—Nada, que no sé qué dirá Katya cuando se entere de que Íñigo ha estado comunicándose con Kea todo este tiempo.

—Supongo que pillará un cabreo de mil demonios —dijo Strike con un gesto de indiferencia—. No es nuestro problema.

—Ya lo sé, pero siento lástima por ella, no puedo evitarlo. Creo que sus hijos serían más felices si se separaran, aunque...

El móvil de Strike se puso a vibrar. El detective lo cogió, leyó el mensaje que acababa de recibir y de pronto puso cara de mosqueado.

—¿Qué pasa? —preguntó Robin.

—¡El puto Nutley otra vez!

—¿Qué ha hecho?

—¡Dimitir, me cago en todo!

—¿Qué? —dijo Robin—. ¿Por qué?

—Por lo visto su mujer no quiere que trabaje para nosotros ahora que nos han enviado un paquete bomba —explicó Strike mientras bajaba a toda velocidad por el párrafo de autoexculpación que le había enviado Nutley—. «Ya sé que os dejo escasos de personal y, de hecho, cuando se haya aclarado este tema del terrorismo no tendría inconveniente en...» ¡Vaya, no tendrías inconveniente, ¿no, inútil de mierda?!

—Será mejor que vayas tú solo a hablar con Íñigo —dijo Robin mientras analizaba rápidamente las consecuencias de tener un

colaborador menos—. Yo me ocuparé de Ashcroft, tal como estaba previsto, y tú…

—No, iremos juntos —repuso Strike—. Esa bomba llevaba el nombre de los dos, en las noticias salen fotografías de los dos, y pienso tomarme muy en serio a esos capullos de The Halvening, aunque tú no lo hagas.

—Claro que me los tomo en serio, ¿por qué dices…?

—Entonces no propongas ir a pasearte tú sola por ahí —replicó Strike con enojo. Se levantó de la mesa y, olvidando todos sus buenos propósitos del día anterior, bajó a la calle a fumarse un cigarrillo de verdad.

Sabía muy bien que había sido injusto y agresivo con Robin, pero ese pensamiento no hizo más que empeorar su mal humor. Se fumó dos cigarrillos seguidos mientras les comunicaba la dimisión de Nutley a Barclay, Midge y Dev, y se sintió totalmente identificado con Barclay, que le respondió con otro mensaje: «**Puto cobarde de mierda.**»

Cuando volvió al salón de Robin, encontró las cosas del desayuno recogidas y a su socia lista para salir. Tal como Strike había imaginado, la actitud de su socia volvía a ser glacial.

—Siento haberte hablado de ese modo —dijo el detective antes de que ella pudiera decir nada—. Es que estoy preocupado.

—Yo también, curiosamente —replicó Robin con frialdad—, pero que digas que voy a «pasearme yo sola por ahí» como si fuese una especie de cabeza hueca que…

—No he querido decir eso… No creo que seas una cabeza hueca, pero… Joder, Robin, esa bomba tenía muy mala leche, no nos la enviaron sólo para asustarnos. Además, sabemos que sienten predilección por las mujeres que saben lo que quieren.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Vas a ponerme vigilancia hasta que hayan detenido a todos los miembros de The Halvening?

—No. No lo sé… Pero, sea como sea, es mejor que vayamos los dos a hablar con Íñigo. Si conseguimos demostrar que Kea es Anomia, al menos solucionaríamos nuestros problemas de personal.

Cogieron el BMW de Strike, con Robin al volante, e hicieron casi todo el trayecto de veinte minutos en silencio. La detective se acordó de que la última vez que habían ido a casa de los Upcott también estaba enfadada con Strike: había sido justo después de enterarse de que él estaba saliendo con Madeline. No sabía cuáles habían sido las consecuencias de la mentira sobre el servicio de habitaciones. No parecía que él hubiese vuelto a hablar con Madeline desde entonces, a menos que los fuertes ronquidos que había oído en cuanto se acostaron hubiesen sido fingidos y el detective hubiera estado enviando mensajes de texto debajo de las sábanas. Robin tampoco se

había olvidado de Charlotte. Investigar a Jago Ross había sido lo que había llevado a la agencia al límite, un hecho que su socio parecía extrañamente reacio a admitir.

Los pensamientos de Strike, sin embargo, corrían paralelos a los de ella. A menos que encontrasen inmediatamente un sustituto para Nutley, no tendrían capacidad para cubrir todos los casos en los que estaban trabajando, y era evidente que el de Ross iba a ser el más fácil de dejar. Aunque su propio futuro como investigador privado se fuese al garete para siempre por su implicación en un divorcio tan sonado, los demás conservarían su empleo, así que se planteó que tal vez debería retirarle la vigilancia a Ross, fueran cuales fuesen las consecuencias. Era su obligación y su responsabilidad, al fin y al cabo.

Se encontraba en ese deprimente punto de sus cavilaciones cuando su teléfono volvió a vibrar. Lo miró y vio que era un mensaje de texto de Madeline.

Llámame cuando puedas, por favor. Creo que tenemos que hablar

Strike se guardó el teléfono en el bolsillo sin contestar aquel mensaje. Sabía muy bien hacia dónde se dirigía su relación con Madeline: al mismo sitio al que iban todas sus relaciones, el sitio donde las expectativas se encontraban con su pertinaz resistencia y se desvanecían.

«De acuerdo —pensó mientras miraba por la ventana con el ceño fruncido—, no debería haber mentido sobre dónde iba a pasar la noche, pero si te hubiese dicho la verdad me habrías montado una escena.» ¿Acaso era un crimen haber intentado evitar un conflicto, haber tratado de ahorrarles sufrimiento a los dos?

Lo había intentado, ¿no? Había acudido a las citas, le había regalado flores cuando tocaba, la había escuchado cuando ella le contaba sus problemas de trabajo y había mantenido relaciones sexuales satisfactorias para los dos... ¿Qué más podía pedirle? «Sinceridad», creyó oírle decir a Madeline, como solían decir las mujeres. Pero ser sincero y contar la verdad habría significado admitir que él había empezado la relación porque quería distraerse de sus complicados sentimientos hacia otra mujer, y la reacción de Madeline habría consistido en afirmar que la había utilizado. «¿Y qué? Las personas se utilizan unas a otras continuamente», le dijo Strike a una Madeline imaginaria, dándole fuertes caladas al cigarrillo electrónico que había recargado para usarlo en el coche. «Para protegerse de la soledad. Para buscar lo que les falta. Para demostrarle al mundo que han ganado un premio...» Y se acordó de Madeline intentando hacerse una foto con él para su cuenta de Instagram, y de la discusión de la

noche del lanzamiento, y se imaginó diciendo: «Me parece que buscamos cosas diferentes.» Debería imprimir esa frase en unas tarjetas y tenerlas preparadas para entregarlas al inicio de cada nueva relación, para que ninguna mujer pudiese decir que no se lo había advertido.

—Mierda —dijo Robin a su lado.

Strike giró la cabeza y vio un Range Rover que salía de la hilera de coches aparcados que había delante de la casa de los Upcott.

—Me parece que Íñigo va en ese coche —añadió Robin mirando con los ojos entornados por el parabrisas—. Sí, es él. Conduce Gus. ¿Qué hacemos?

—Seguirlos —dijo Strike—. Seguramente van a una cita médica. De todas formas, será más fácil hablar con él si Katya no está delante.

—Se pondrá furioso cuando sepa que lo hemos seguido...

—Probablemente, pero le costará mucho más librarse de nosotros si conseguimos estar a solas con él. Además, el muy cerdo se lo tiene merecido.

Íñigo y Gus, sin embargo, no se detuvieron en ninguna consulta médica ni en ningún hospital, sino que continuaron hacia el este.

Robin veía el perfil de Íñigo mirando a su hijo, y le dio la impresión de que estaba regañándolo. De vez en cuando, lo veía agitar un dedo índice.

—¿Adónde demonios van? —se preguntó Strike en voz alta cuando ya hacía una hora que habían empezado a seguir al Range Rover y llegaron a Dartford Crossing, el largo puente atirantado sobre el río Támesis.

—Íñigo no puede ir a un hospital tan lejos, ¿verdad? —preguntó Robin—. Le está metiendo mucha caña a Gus.

—Sí —dijo Strike, que también estaba observando los movimientos que Íñigo hacía con el dedo—. No parece que tenga grandes problemas de fuelle, ¿verdad?

—Ya, y se suponía que Gus era su hijo favorito.

—Esa urticaria que tiene podría ser una señal de que para él es muy estresante aguantar tanta presión —comentó Strike—. A lo mejor le ha dicho a Íñigo que quiere dejar el violonchelo.

El Range Rover continuó por la m2 una hora más.

—Me parece que van a Whitstable —dijo Robin por fin, cuando el Range Rover se metió por una calle con el rótulo BORSTAL HILL—. ¿Irán a visitar a alguien?

—O tienen una segunda residencia —repuso Strike; esa idea se le había ocurrido de repente—. Es el típico sitio donde los londinenses pudientes se compran una casa en la playa... para escaparse los fines de semana...

Sacó otra vez el teléfono, entró en el sitio web 192.com y buscó «I

J Upcott» y «Whitstable».

—Bingo —dijo—, tienen otra casa aquí. Aquarelle Cottage, Island Wall.

Robin siguió al Range Rover hasta el centro de un pueblo muy bonito; pasaron por delante de casas con entramado de madera y casitas adosadas pintadas de colores, y luego recorrieron Harbour Street, donde había numerosas galerías de arte y tiendas de souvenirs. Finalmente, el Range Rover giró un par de veces a la derecha y llegaron a un aparcamiento junto a la playa, Keam's Yard. Robin aparcó el BMW a cierta distancia del Range Rover, y Strike y ella vieron por los espejos retrovisores que Gus salía del coche, descargaba la silla de ruedas de su padre del maletero y ayudaba a Íñigo a bajar. Luego dobló la esquina, empujando la silla, y los dos se perdieron de vista.

—Creo que deberíamos darles diez minutos —dijo Strike, mirando la hora en el reloj del salpicadero—. Seguro que Gus vuelve al coche a buscar el equipaje. No quiero que sepan que estamos aquí hasta que hayan encendido el hervidor de agua y se hayan quitado los zapatos. Lo bueno —añadió sin piedad— es que es muy difícil salir corriendo en una silla de ruedas.

77

Lloras: «Tenía metas muy nobles.
Mi alma tenía anhelos grandiosos.
Yo merecía un destino mejor
que altares rotos y llamas mortecinas...»

MAY KENDALL, *Fracasos*

Tras ver a Gus bajando un par de maletas del portón del Range Rover y darle tiempo suficiente para llevarlas a la casa, Strike y Robin salieron del BMW. Al otro lado del muro de piedra del aparcamiento había una playa de guijarros, y Strike, cornuallés de nacimiento, sintió aquella ligera inyección de ánimo que siempre le daban el olor a mar y el sonido de las olas acariciando la orilla.

Island Wall, que pasaba por delante del aparcamiento, era una calle estrecha y ligeramente cuesta abajo. Las casas adosadas pintadas de colores del lado derecho sin duda tenían unas buenas vistas al mar por la parte de atrás. Aquarelle Cottage, hacia el final de la calle, estaba pintada de un color verde claro, y en el montante de abanico de encima de la puerta estaba representado un galeón a toda vela.

Como no encontró el timbre, Strike levantó la aldaba con forma de ancla y llamó dos veces. Gus apenas tardó diez segundos en abrir la puerta.

El chico reconoció a Strike y a Robin en cuanto los vio, y de inmediato puso cara de espanto. La detective se fijó en que la urticaria seguía tan rabiosa como siempre, aunque ya no le enrojecía los ojos.

—¿Quién es? —preguntó Íñigo desde dentro de la casa.

Gus se dio la vuelta y vio aparecer a su padre en la silla de ruedas. A Íñigo también le sorprendió ver allí a los dos detectives, pero recuperó su actitud habitual casi al instante.

—Pero ¿qué...?

—Buenos días —dijo Strike con lo que a Robin le pareció una considerable sangre fría, dado el semblante iracundo de Íñigo—. Nos gustaría hablar un momento con usted, señor Upcott.

Íñigo se acercó a la puerta un poco más, y Gus se pegó tanto a la pared que dio la impresión de que le habría gustado desaparecer en ella.

—¿Me han...? ¿Cómo han sabido que iba a...? ¿Nos han seguido hasta aquí?

Lamentando que hubiese sido de mala educación contestar «Obviamente, gilipollas presuntuoso», Strike se limitó a decir:

—Esperábamos encontrarlo en Hampstead, pero cuando hemos llegado lo hemos visto salir y hemos decidido seguirlo.

—¿Por qué? —preguntó Íñigo—. ¿Qué...? ¿Por qué? ¡Esto es intolerable!

—Creemos que podría tener usted información importante para nuestra investigación —dijo Strike elevando un poco la voz, porque en ese momento pasaban dos chicas por la calle y pensó que Íñigo preferiría dejar entrar a Strike y a Robin en su casa antes que dar pie a que los vecinos los oyeran hablar de sus asuntos privados.

Y, en efecto, aunque aún más enfadado, Íñigo dijo:

—¡No se quede gritando en el umbral! Dios mío, esto es completamente... absolutamente...

En los años que llevaba trabajando en la agencia, Robin había aprendido que, por muy molesta que resultase la visita de un detective privado, casi todo el mundo quería saber a qué había ido, de modo que no se sorprendió cuando Íñigo gruñó:

—Les doy cinco minutos. ¡Ni uno más!

Intentó dar marcha atrás y apartarse de ellos cuando entraron, pero con los nervios chocó contra la pared.

—¿Quieres hacer el favor de ayudarme? —le soltó a su hijo, y el chico se apresuró a obedecer.

La casa, como vieron en cuanto estuvieron dentro y cerraron la puerta, había sido reformada para igualar los altos estándares de su casa de Hampstead. Habían convertido la planta baja en una zona amplia y sin obstáculos que incluía la cocina, el comedor y el salón, y todo el suelo era de parquet. Al fondo de la casa había unas cristaleras que daban al jardín, que también estaba adaptado para la silla de ruedas de Íñigo: una rampa conducía a una terraza con vistas al mar, donde se abría una gran sombrilla con una mesa y algunas sillas. Una palmera se alzaba en el centro de una pequeña extensión de césped, y la cálida brisa mecía suavemente sus hojas.

—Sube a deshacer el equipaje —le ordenó Íñigo a su hijo, quien pareció alegrarse enormemente de poder alejarse de su padre.

Cuando los pasos de Gus se perdieron por la escalera, Íñigo maniobró con la silla de ruedas hasta colocarla junto a una mesita de café y, mediante bruscos ademanes, les indicó a Strike y a Robin que se sentasen en sendos sillones tapizados con loneta a rayas azules y blancas.

Las paredes de la estancia, pintadas de blanco, estaban decoradas con acuarelas. Robin se acordó del sitio web de «Tribulationem et Dolorum» («sigue pintando y componiendo música en la medida en que se lo permite su enfermedad»), y se preguntó si aquellas acuarelas

serían de Íñigo o de Katya y qué pensarían de ellas Mariam o Pez: a ella le parecieron insulsas y de principiante. La más grande, enmarcada con un caprichoso marco hecho con madera de deriva, representaba Island Wall desde donde ellos habían llegado, con Aquarelle Cottage a la derecha; la perspectiva no estaba del todo lograda y, mientras que la calle parecía larguísima y desaparecía en un punto del horizonte, las casas daban la sensación de ser desproporcionadamente grandes. En un rincón había un teclado electrónico y, en un atril, un libro de partituras, *30 kleine Choralvorspiele*, de Max Reger; en la cubierta había un bosquejo del compositor alemán, que con su mirada torva, su barriga y sus gafas guardaba un notable parecido con su involuntario anfitrión.

—Bueno —dijo Íñigo mirando con odio a Strike—, ¿a qué debo esta intrusión en mi vida privada?

—A Kea Niven —soltó Strike.

Aunque Íñigo intentó mantener su gesto agresivo, lo traicionaron el ligero y convulsivo apretón que le dio a los brazos de la silla de ruedas y el temblor de sus silenciosos labios.

—¿Y qué demonios cree que puedo contarle yo que mi esposa no le haya contado ya? —dijo tras una pausa demasiado larga.

—Bastantes cosas, la verdad. Creemos que mantiene una relación íntima con Kea Niven, de la que su esposa no tiene conocimiento, y que se remonta al menos a un par de años atrás.

Strike dejó que el silencio se extendiera como el hielo entre ellos: era peligroso romperlo, pero imposible esquivarlo. Al final Íñigo contestó:

—No veo que mis relaciones íntimas, y no admito ni mucho menos que exista esa relación en particular, puedan tener ni la más remota relevancia para su investigación. Eso suponiendo —añadió Íñigo, y su palidez dejó paso a un intenso rubor— que sus pesquisas aún se centren en intentar averiguar quién es ese tal Anomia. ¿O los ha contratado Katya para investigarme a mí?

—Actualmente sólo estamos investigando a Anomia.

—¿Y puedo saber qué pruebas tienen de esa presunta relación?

—Señor Upcott —dijo Strike armándose de paciencia—, un hombre de su inteligencia debería saber que no voy a revelarle todo lo que sabemos para que usted pueda adaptar convenientemente su relato.

—¿Cómo se atreve insinuar que tengo razones para «adaptar» nada? —estalló Íñigo, y Robin se dio cuenta de que se alegraba de poder dar rienda suelta a su enfado—. Estoy en contacto con muchos enfermos crónicos a través de mi sitio web. Sí, Kea visitó ese sitio web en busca de consejo. Y yo le di exactamente lo mismo que le doy a todo aquel que sufre esta odiosa enfermedad nuestra, que los médicos

apenas reconocen que existe.

—¿Y no le contó a su esposa que Kea Niven se había puesto en contacto con usted?

—Entonces yo no sabía quién era Kea. Ella visitó el sitio web con un pseudónimo, como hacen muchos usuarios. Por si no lo sabía usted, los que padecemos enfermedades que los malditos profesionales médicos consideran psicosomáticas nos vemos expuestos a la vergüenza y el estigma.

—Pero llegó un momento en que descubrió quién era Arke, ¿no?

Hubo una pausa y, justo en ese instante, se oyó un crujido en la escalera. Íñigo giró la cabeza tan deprisa que a Robin no le habría sorprendido que se hubiese provocado un esguince cervical.

—¡¿Qué demonios haces?! —gritó, y Gus volvió a bajar la escalera apresuradamente.

—Ya he deshecho el equipaje —dijo el chico, y apareció en el umbral con los hombros encogidos—. Y tengo que irme si no quiero...

—¿Y qué hago, voy a hacer la compra yo solo? —le soltó su padre.

—Lo siento, se me había olvidado —dijo Gus—. Voy a hacerla ahora. ¿Qué...?

—¡Un poco de iniciativa, por favor! —gritó Íñigo, y volvió a mirar a Strike y a Robin. Esperó, respirando agitadamente, hasta que oyeron cerrarse la puerta de la calle, y entonces, con un tono de voz más controlado, añadió—: Si no recuerdo mal, y ya les he dicho que hablo con mucha gente a través de internet, al cabo de un par de semanas Kea mencionó algo que me dio a entender que había estado implicada de algún modo en aquella maldita serie de dibujos animados, y sí, descubrimos... que teníamos una conexión más bien remota.

—¿Y no le pareció una coincidencia muy extraña que Kea apareciese en su sitio web?

—¿Por qué iba a parecérmelo? —repuso Íñigo poniéndose colorado—. Muchísima gente visita mi sitio web. Está considerado uno de los mejores recursos en línea para las personas que sufren fatiga crónica y fibromialgia.

—Pero no se lo contó a su esposa, ¿no? —insistió Strike.

—¿Es que nunca ha oído hablar de la confidencialidad de los datos médicos?

—Ah, no sabía que era médico.

—¡Claro que no soy médico, no hace falta serlo para tener cierta ética y no compartir los datos personales de las personas que acuden a ti en busca de consejos médicos y apoyo psicológico!

—Entiendo —dijo Strike—. Entonces, ¿fue por consideración a la intimidad de Kea por lo que no le contó a Katya que estaba hablando con ella?

—¿Por qué otra razón iba a ser? —preguntó Íñigo, pero el rubor de su rostro, cada vez más intenso, debilitó su intento de contraataque —. Si lo que está insinuando es que... ¡Esto es completamente absurdo! ¡Esa chica podría ser mi hija!

Robin recordó que Katya había comentado que tenía «sentimientos maternales» hacia Josh Blay, y le costó decidir qué sentía exactamente por el desgraciado matrimonio Upcott, si repulsión o lástima. Por lo visto, ambos miembros de la pareja habían buscado consuelo, y quizá la esperanza de recuperar la juventud, a través de su relación con veinteañeros.

—Y, sin embargo, ha estado viéndose con Kea a solas —dijo Strike disparando a ciegas.

Al oír eso, el rostro de Íñigo paso del rojo al granate. Robin sintió pánico y se preguntó qué harían si sufría un infarto. Upcott levantó una mano temblorosa, señaló a Strike y dijo con voz ronca:

—Me han estado siguiendo. Esto es una despreciable violación... Una intolerable invasión de mi... de mi...

Se puso a toser, y parecía que se hubiese atragantado. Robin se levantó de un brinco y corrió a la zona de la cocina, cogió un vaso de un estante y lo llenó de agua del grifo. Íñigo todavía estaba tosiendo cuando regresó, pero aceptó el vaso de agua y, aunque derramó mucha, consiguió dar unos sorbos. Unos segundos después, consiguió volver a respirar con normalidad.

—Nunca lo he visto quedar con Kea —aseguró Strike, y menos sinceramente añadió—: Le estaba haciendo una pregunta.

Íñigo lo miró con odio. Le temblaban los labios y tenía los ojos llorosos.

—¿Cuántas veces se han visto usted y Kea?

Íñigo temblaba de rabia y resentimiento. Le cayó un poco de agua del vaso en el muslo.

—Una —dijo—. ¡Una sola vez! Ella estaba en Londres y quedamos para tomar café. Se encontraba muy mal y necesitaba mis consejos y mi apoyo, y me alegro de haber podido dárselos.

Intentó dejar el vaso de agua en la mesita de café, sin embargo le temblaba tanto la mano que el vaso se le cayó al suelo y se rompió.

—¡Me cago en la hostia! —bramó Íñigo.

—Ya lo recojo yo —se apresuró a decir Robin, que volvió a levantarse y fue a la cocina a buscar un rollo de papel.

—Indignante... realmente indignante —repitió Íñigo con la respiración entrecortada—. Todo esto... Seguirme hasta aquí... Han invadido mi espacio... Y todo porque he intentado ayudar a una chica...

—Una chica que estaba muy resentida con Edie Ledwell —dijo Strike mientras Robin regresaba y se ponía en cuclillas junto a Íñigo

para recoger el agua del suelo—, que afirmaba que Ledwell le había robado todas sus ideas, que acosaba a Ledwell en las redes sociales, que espiaba a Blay cuando rompió con él y que la noche antes de los apuñalamientos los amenazó a los dos.

—¿Quién ha dicho que los amenazó? —preguntó Íñigo colérico, mientras Robin recogía con cuidado los cristales rotos.

—Yo —respondió Strike—. He visto los tuits que Kea borró cuando se calmó un poco. Wally Cardew le aconsejó que los borrara. Seguramente es la única cosa sensata que he visto hacer a Cardew desde que empezamos a investigar este caso. ¿Sabe que ellos dos siguen en contacto? ¿Sabe que Kea se acostó con Wally después de romper con Blay?

No era fácil saber qué efecto tenían aquellas preguntas en Íñigo, porque ya tenía la cara cubierta de manchas rojas, pero a Strike le pareció detectar cierta conmoción. El detective intuyó que Íñigo había quedado cautivado por una chica a la que veía vulnerable e inocente, y no le costaba nada imaginarse a Kea interpretando muy bien ese papel.

—No sé de qué me habla —contestó Íñigo finalmente—. No sé quién es ese tal Cardew.

—¿Ah, no? Interpretaba a Drek hasta que lo despidieron por aquel vídeo antisemita que publicó en YouTube.

—Yo no estaba al corriente de todo lo que se cocía alrededor de esos malditos dibujos. Lo único que sé es que Kea es una joven vulnerable que se vio envuelta en una situación desagradable, pero que quede clara una cosa: ella no es Anomia, de eso no me cabe ninguna duda.

—Entonces, ¿nunca ha hablado de *Un corazón tan negro* con ella?

Íñigo respondió tras una breve pausa:

—Sólo muy vagamente. Como es lógico, cuando me di cuenta de quién era ella, lo mencionamos. Ella creía que la habían plagiado. Yo le ofrecí consejo. He sido editor, así que tengo cierta experiencia en estos temas.

—Entonces, ¿la estaba apoyando en sus acusaciones de plagio?

—Yo no la apoyé en sus acusaciones, me limité a ofrecerle una cámara de resonancia inteligente —dijo Íñigo mientras Robin se llevaba el vaso roto a la cocina y lo tiraba a la basura—. Su salud mental se resentía por la sensación de que se habían aprovechado de ella, de que la habían utilizado y luego la habían abandonado. Kea necesitaba que alguien la escuchase, y yo la escuché. Esa chica y yo tenemos mucho en común —añadió, y se puso colorado otra vez.

Mientras observaba el rostro hinchado y avejentado de Íñigo, con los poros abiertos y las ojeras bajo aquellos ojos gris claro que lo miraban desde detrás de las gafas, Strike recordó la belleza natural de

Kea, que había podido apreciar cuando la había tenido sentada delante en el Maids Head.

—Resulta que sé exactamente lo que se siente al quedar excluido en la flor de la vida —continuó Íñigo—, al saber que podrías haber destacado y ver triunfar a los demás, mientras tu mundo va reduciéndose alrededor de ti y todas las esperanzas que tenías para el futuro se desvanecen. Cuando me golpeó esta maldita enfermedad, a mí me despidieron del trabajo. Tenía la música, pero el grupo, mis presuntos amigos, dejaron claro que no estaban dispuestos a adaptarse a mis limitaciones físicas, a pesar de que yo era el mejor músico de todos ellos. Sí, claro: podría haber hecho lo que ha hecho Gus, tomar el camino académico... Y también pintaba muy bien, pero esta maldita enfermedad me ha impedido dedicarle a la pintura el tiempo suficiente para...

A Robin le sonó el móvil justo cuando iba a volver a sentarse, y después de sacarse el teléfono del bolsillo y disculparse, vio de quién era la llamada entrante y dijo:

—Perdón, tengo que contestar.

En la sala donde estaban sentados no había ningún sitio en el que hablar en privado, así que Robin salió a la calle. Entonces Íñigo se quitó las gafas y se frotó los ojos, y Strike se dio cuenta de que se le habían llenado de lágrimas durante el recitado de sus diversas pérdidas. Tras volverse a poner las gafas con mano temblorosa, se sonó ruidosamente la nariz.

Pero si Íñigo Upcott esperaba comprensión por parte de Strike, estaba muy equivocado. El detective, que un día había yacido en una carretera polvorienta de Afganistán con una pierna destrozada mientras, a su lado, veía el torso seccionado de un hombre que minutos antes había estado relatando su borrachera en una despedida de soltero en Newcastle, no sentía ni una pizca de lástima por los sueños rotos de Íñigo Upcott. Si los colegas y los compañeros de la banda de Upcott no habían sido generosos con él, Strike estaba seguro de que había sido por el carácter intimidante y egocéntrico del hombre que estaba sentado enfrente de él, y no por falta de compasión. Cuanto mayor se hacía, más convencido estaba de que, en un país próspero y en tiempo de paz, el carácter y la actitud eran los mayores determinantes del rumbo de la vida, a pesar de los duros reveses del destino a los que nadie era inmune y de los golpes de suerte inmerecida de los que Íñigo, que había heredado riquezas, sin duda se había beneficiado.

—¿Le contó a Kea algún detalle que le hubiese comentado su mujer sobre las negociaciones con Maverick?

—Es posible que le mencionara algo... —dijo Íñigo, claramente resentido por el tono desenvuelto de Strike, y añadió—: pero sólo muy

por encima.

—¿Le ha pedido Kea que le dé algún mensaje a Josh?

—Alguna vez, sí —contestó Íñigo tras una breve vacilación.

—Pero usted no le ha dado sus mensajes, ¿no?

—No tengo ningún contacto con Blay.

—Supongo que no puede pedirle a su mujer que le lleve mensajes de Kea.

Por toda respuesta, Íñigo se limitó a apretar los labios.

—¿Le ha prometido a Kea alguna ayuda, aparte de aconsejarla con relación a sus acusaciones de plagio?

—Sólo la he tranquilizado.

—¿Respecto a qué?

—Ella sabe que le cae mal a mi mujer —dijo Íñigo—. Y evidentemente le ha pasado por la cabeza que podrían acusarla de ser Anomia... o de tener algo que ver con la muerte de Ledwell. Me limité a prometerle que haría entrar en razón a Katya. Se lo repito —añadió Íñigo con vehemencia—: Kea no puede ser Anomia.

—¿Por qué está tan seguro?

—En primer lugar, porque está demasiado enferma —dijo Íñigo subiendo de nuevo la voz—. Cualquier trabajo prolongado, como construir y mantener un videojuego en línea como el que nos ocupa, sería imposible para ella debido a sus problemas médicos. Necesita mucho descanso y muchas horas de sueño, aunque con esta maldita enfermedad no es fácil dormir... Además, Anomia atacó a Kea en las redes sociales. Fue muy grosera con ella. Kea se disgustó mucho.

—¿«Grosera»? —repitió Strike.

—¿Cómo dice?

—Acaba de referirse a Anomia en femenino.

Íñigo miró a Strike con el ceño fruncido.

—Mi mujer no quería que se lo dijese en la primera visita que nos hizo. Yo me conformé, porque no quería que después Katya me diera la lata. Mi capacidad de aguante tiene un límite; además, se supone que no debo estresarme. Pero, dadas las circunstancias —dijo Íñigo volviendo a mostrar su mal genio—, no creo que pueda quejarse si se lo digo, después de que me hayan seguido y me hayan acosado en un sitio que se supone que es un refugio para mí...

»Anomia es Yasmin Weatherhead. Trabaja en informática, y es entrometida, manipuladora e interesada. Me di cuenta de cuáles eran las intenciones de esa desgraciada en cuanto entró por la puerta de nuestra casa. Katya no quiere admitirlo porque, evidentemente, fue ella la que introdujo a esa bruja en su círculo. No para de cometer estupideces, pero siempre se sorprende cuando le explota todo en la cara.

—Yasmin Weatherhead trabaja en relaciones públicas, no en

informática —repuso Strike.

—Se equivoca —dijo Íñigo con la arrogancia de quien no está acostumbrado a que le lleven la contraria—. Es muy hábil con los ordenadores, toda una experta. Un día yo tuve un problema con el mío y ella me lo solucionó.

—¿Tiene algún otro motivo para pensar que es Anomia, aparte de que domine la informática?

—Desde luego. La oí admitirlo —dijo Íñigo, esta vez con un malvado tono triunfante—. Acompañé a Katya a una fiesta de Navidad que se celebraba en ese maldito colectivo artístico. Necesitaba ir al cuarto de baño. Me equivoqué de camino y me topé con Yasmin morreándose con ese asqueroso que dirige el lugar.

—¿Nils de Jong? —preguntó Strike, que por primera vez sacó su bloc de notas y lo abrió.

—No sé cómo se llama. Ese tipo gigante. Apestaba a marihuana. Me había estado soltando un rollo sobre Evola.

—¿Evola? —repitió Strike mientras escribía. Creía haber oído ese nombre recientemente, pero no recordaba dónde.

—Julius Evola, un filósofo de extrema derecha con teorías raciales ridículas. En Radley tenía un compañero de clase sumamente excéntrico que tenía debilidad por él. Iba a todas partes con un ejemplar de *El mito de la sangre* y lo leía en las comidas. En fin, la cuestión es que ellos no me vieron. Estaba oscuro y, evidentemente, no oyeron mis pasos —dijo Íñigo señalando su silla de ruedas—. Oí con claridad que ella decía: «Anomia soy yo.»

—¿Está seguro de eso? —preguntó Strike.

—Sé perfectamente lo que oí —aseguró Íñigo apretando los dientes—. Vaya a preguntárselo a ellos. Que yo sepa, están metidos los dos. Él podría ser Morehouse, ¿no?

—Ah, ¿sabe cómo se llama el socio de Anomia?

—¿Cómo no voy a saberlo? —respondió Íñigo de malos modos—. Entre Katya y Blay hablando sin parar de Anomia y de ese maldito juego, y Kea preocupada por si la acusan, estoy mejor informado que nadie pese a no tener el más mínimo interés en el asunto.

—¿Le ha expuesto a Kea su teoría sobre Anomia? —preguntó Strike.

—Sí. —Esta vez su tono se suavizó—. Ella no se lo cree. A veces es muy ingenua. Muy cándida. Está convencida de que Anomia es un repugnante pintor de Liverpool que también vive en el maldito North Grove. No sé qué Presley, creo que se llama. También estaba en aquella fiesta. Es un pobre desgraciado, un engreído, y por lo visto en una ocasión agredió sexualmente a Kea. En su dormitorio. Algo de lo más repugnante... —dijo Íñigo con asco—. Como es lógico, ese episodio la marcó. Kea dice que Anomia se le insinuó por internet, y

eso le hizo pensar que podía ser Presley.

»Kea es muy inocente —insistió Íñigo, y volvió a sonrojarse—. No se da cuenta de a qué juega la gente. No le entra en la cabeza que una mujer pueda incitarla a mantener una conversación sexual comprometedora.

—¿Qué cree que Yasmin podría conseguir con eso?

—Algo con que dominarla. Algo que usar contra ella, con lo que amenazarla. Yasmin es muy manipuladora, además de fisgona.

—¿Por qué lo dice?

—Por cómo se comportaba en nuestra casa. Se inventaba excusas para venir si Blay y Ledwell no estaban disponibles, o si se había olvidado de mandar algún email o lo que fuese. Se fijaba en todo. No paraba de hacer preguntas. Siempre estaba tratando de sonsacar información. No me extraña que al principio Katya picara el anzuelo. Yasmin fingía estar preocupada y ser muy comprensiva, y siempre estaba dispuesta a ayudar. Poco a poco, uno se daba cuenta de que no era más que un parásito. Ella es Anomia.

Oyeron que se abría la puerta de la calle y apareció Gus cargado de bolsas de la compra de Sainsburys; detrás de él iba Robin, que parecía un poco tensa.

—Papá, tengo que irme si quiero llegar a... —empezó Gus.

—Y yo tengo que guardar todo eso, ¿no? —le preguntó su padre.

—Puedo guardar las cosas que van en la nevera —dijo Gus, que parecía debatirse entre el miedo y un deseo desesperado de marcharse que lo había vuelto asertivo, lo que quizá no era muy habitual—, pero si no me voy ya...

Se acercó a la cocina rápidamente y empezó a sacar de la bolsa botellas de leche y otros artículos perecederos, metiéndolos a toda prisa en la nevera.

—¿Y quién tiene la culpa de que necesites clases particulares porque vas atrasado? —le dijo su padre con crueldad, hablando por encima del hombro—. ¿Quién tiene la culpa, maldito enfermo cuentista?

Gus, a quien en ese momento la puerta de la nevera tapaba la cara, no contestó. Íñigo volvió a mirar a Strike y dijo tajante:

—No puedo decirle nada más. Eso es lo único que sé. ¡Esto me va a provocar muchísimo estrés y muchísima alteración! —añadió en un nuevo arrebato de ira.

—Pero ¿quién tiene la culpa? —dijo Strike levantándose; estaba harto de aquel hombre engreído, arrogante y amargado, y no le gustaba el contraste entre la forma en que trataba a sus hijos y la solicitud que exhibía hacia una chica guapa que lo había engatusado hábilmente—. ¿Quién tiene la culpa de que usted le ocultara a su mujer que estaba flirteando con Kea Niven?

Robin vio que Gus se daba la vuelta, con los ojos como platos, y cerraba la nevera. Por un instante, pareció que Íñigo se hubiese quedado sin aliento.

Entonces, con un gruñido sordo, soltó:

—Largo de mi casa.

78

¿Por qué debo adorarte, dichosa Afrodita?
Tú no me guías, sólo creas conflicto en mi mente dividida...

KATHERINE BRADLEY Y EDITH COOPER,
Ψάπφοι, τί τὰν πολύολβον' *Αφρόδιταν*

—¿Quién te ha llamado por teléfono? —le preguntó Strike a Robin en cuanto salieron a la calle. Tenía la impresión de que su gesto crispado tenía relación con la llamada de acababa de recibir.

Robin se alejó unos pasos del portal de la casa de los Upcott antes de contestar:

—La policía. Han estado vigilando a un tipo que saben que pertenece a The Halvening. Hace una hora ha ido a Blackhorse Road y ha fotografiado la manzana de mi piso.

—Mierda —dijo Strike—. Vale, tenemos que...

Cormoran se interrumpió. Gus Upcott acababa de salir de Aquarelle Cottage y se asustó al ver que los dos detectives seguían allí.

—¿Me estaban esperando?

—No —contestaron Strike y Robin a la vez.

—Ah —dijo Gus—. Bueno, yo voy hacia allí.

Señaló hacia el aparcamiento.

—Nosotros también —dijo Strike, y los tres echaron a andar en silencio.

Cuando doblaron la esquina, de pronto Gus les soltó:

—No habla sólo con ella.

—¿Cómo dices? —preguntó Strike, que seguía pensando en The Halvening y en el piso de Robin.

—Mi padre habla con otra mujer.

Gus parecía decidido a emprender una acción temeraria. La luz del día se ensañaba con su cutis maltrecho, pero debajo de la urticaria había un chico atractivo. Olía como a menudo huelen los jóvenes que no se preocupan demasiado por la higiene —un olor ligeramente húmedo y grasiento—, y parecía que hubiese llevado la misma camiseta negra y arrugada varios días seguidos.

—En el mismo sitio web. He visto los mensajes que ella le envía. Se llama Rachel.

Como los detectives seguían sin decir nada, Gus añadió:

—Ya le había sido infiel a mi madre otras veces. Ella cree que es

agua pasada.

—Rachel —repitió Robin.

—Sí —dijo Gus—. Yo no puedo decírselo a mi madre. Él me mataría... Bueno, tengo que irme...

Se alejó, abrió la portezuela del Range Rover y se metió dentro; Strike y Robin siguieron andando hasta llegar al BMW, y no dijeron nada hasta estar sentados en el interior.

—¿Qué más te ha dicho la policía? —preguntó Strike cuando los dos cerraron sus respectivas puertas. En ese momento le preocupaban mucho más los terroristas que la vida amorosa de Íñigo Upcott.

—Bueno, ahora hay un agente de paisano vigilando mi piso...— explicó Robin, que en lugar de mirar a Strike tenía la vista clavada en el muro del aparcamiento —. Y también siguen al tipo que ha hecho las fotografías. No lo han detenido, porque creen que no es nadie importante y confían en que los conduzca hasta los peces gordos... o hasta los encargados de fabricar las bombas.— Bajó la mirada hacia el móvil que todavía tenía en la mano —. El policía me ha dicho que me enviaría un mensa... Ya me lo ha enviado —añadió.

Abrió la fotografía que acababa de recibir y giró el teléfono para que Strike también pudiese verlo.

—Sí, encaja con el personaje... —dijo Strike—. Ochenta y ocho tatuado en el bíceps, peinado de juventudes hitlerianas... Un poco exagerado incluso. ¿Qué te aconseja la policía?

—Que me vaya —contestó Robin—. Por si llega algo por correo.

—Vale —dijo Strike—. Si no te lo hubiesen dicho ellos, te lo habría dicho yo.

—Menuda mierda. —Robin agachó la cabeza, apoyó la frente en el volante y cerró los ojos—. Perdona, es que...

Strike estiró un brazo y le dio unas palmaditas en el hombro.

—¿Qué te parece si nos quedamos a dormir en Whitstable? Es un sitio bonito. Nadie sabe que estamos aquí. Podemos hacer balance y diseñar un plan de acción. Además, te has perdido los comentarios más jugosos de Íñigo. Tenemos mucho de que hablar.

—¿En serio? —Robin volvió a levantar la cabeza: agradecía la oportunidad de pensar en otra cosa que no fuese su nuevo hogar, que sólo había sido un refugio brevemente y que se había convertido en objetivo de un grupo de extrema derecha.

—Sí. Cree que Anomia es Yasmin Weatherhead.

—¡Anda ya! —dijo Robin, y a Strike le divirtió ver que Robin, incluso ante sus nuevas y terribles preocupaciones, se reía de la teoría de Íñigo—. Yasmin no es tan buena actriz, y nadie lo bastante inocente como para creer que tenía un romance online con un actor de televisión famoso habría podido ocultarse tanto tiempo.

—Estoy de acuerdo. Pero Íñigo asegura que la oyó confesar que

era Anomia mientras se morreaba con Nils de Jong en la fiesta de Navidad de North Grove.

—¿Qué?

—Ya lo sé. No es una imagen tan desagradable como la de Ashcroft y Zoe, pero…

—No me creo que Íñigo oyera eso —dijo Robin—. Lo siento, no me lo creo. Si es verdad que los vio morrearse, debían de estar borrachos.

—Al menos Nils, eso seguro.

—Tampoco se puede decir que él sea un gran partido —replicó Robin—. ¿Un fascista porrero que lleva en el lote a un crío que podría rebanarte el cuello cualquier noche?

Strike se rio.

—Aunque es multimillonario… —añadió Robin sin sonreír—. Y una posible fuente de cotilleos sobre Josh y Edie. Y es evidente que Mariam ve algo en él… Ah, y la otra mujer que vivía allí también se acuesta con él… ¿Crees que soy una puritana? Yo no podría vivir así. No lo entiendo…

La detective se quedó callada unos segundos.

—¿Qué estaba diciendo? —preguntó distraída. Había perdido el hilo de sus pensamientos: un 88 tatuado en el bíceps, fotografías de su piso, «que me vaya, por si llega algo por correo…»—. Colocados, sí… —dijo Robin, y se obligó a concentrarse—. Seguro que Nils sólo estaba desvariando sobre la anomia, los alpinos y los chakras, como siempre. Pez me dijo que son sus temas preferidos… Probablemente Íñigo oiría mal algo que ella le respondió.

—Tal vez tengas razón —dijo Strike—. Íñigo tampoco ha dicho cuánto había bebido él. Quizá también estaba borracho. Me ha dado la impresión de que estaba tan enfadado con Katya que quiere que, de alguna manera, Anomia sea culpa suya.

—¿Crees que está celoso porque ella está enamorada de Blay? —preguntó Robin.

—Creo que ni siquiera eso. Seguramente esa posibilidad hiere su ego, pero él también la ha engañado, ¿no? No, creo que está cabreado con el mundo por no concederle el reconocimiento que merece, y que lo paga con su mujer. Estabas delante cuando nos ha pegado el rollo de que era un genio con múltiples talentos que quedó truncado en la flor de la vida, ¿no?

—Sí —dijo Robin—, Pero está enfermo, hay que reconocer que eso es verdad.

—Tiene dos casas muy bonitas, y parece que su salud le permite tener ligues, pintar, tocar el teclado y llevar un sitio web —repuso Strike—. Por lo visto, su padre el obispo le dejó un montón de pasta. Se me ocurren muchas personas que merecen más compasión que

Íñigo Upcott. Pero te has perdido otro punto interesante: Íñigo acaba de revelarme de dónde sacó Nils todas esas chorradas racistas sobre los alpinos. Parece que esas ideas provienen de un tal Julius Evola. Un filósofo de extrema derecha.

—¿Evola? —dijo Robin—. Creo que he visto ese nombre en algún sitio.

—Sí, yo también creo haberlo oído hace poco, pero no recuerdo dónde.

Robin se concentró para hacer memoria y, unos segundos después, exclamó:

—¡Ah, claro! Te lo dije yo a ti: «Yo Soy Evola.»

—¿Cómo? —dijo Strike, confundido.

—Es el nombre de usuario de uno de los trolls que suelen meterse con los fans de *Un corazón tan negro* en Twitter. Yo Soy Evola. Viene a ser como un segundo Discípulo de Lepine: se dedica a decirles a las chicas que se suiciden, o que son feas y guarras.

—Ah —dijo el detective—. Sí, ya me acuerdo... Supongo que si vamos a quedarnos en un B&B necesitarás comprar algo, ¿no? Porque yo sí. Espera un momento, ¡qué cojones! —Strike se sacó el móvil del bolsillo—. No estoy de humor para dormir en un tugurio. Es un gasto de empresa: busquemos un sitio decente.

Cuando miró la pantalla del móvil vio que había recibido un mensaje de Madeline. A juzgar por el par de frases que se veía en la previsualización, daba la impresión de que podía ser largo. Lo descartó sin leerlo y entró en Google para buscar sitios donde dormir en Whitstable.

—El hotel Marine tiene buena pinta. Tres estrellas, primera línea de mar, y está al final de la calle. Voy a llamar ahora mismo.

Pero antes de que pudiese hacerlo, le sonó el teléfono. Era Madeline.

—Salgo un momento a contestar —dijo.

En realidad, no quería que Robin viera cómo dejaba que la llamada se fuese al buzón de voz. Salió del coche. Gus ya se había marchado, y en lugar de su Range Rover había un viejo Peugeot del que estaba saliendo una pareja con dos niños pequeños. Strike se apartó del BMW y, mientras su teléfono seguía sonando, subió los escalones de cemento por los que se accedía a un pequeño paseo marítimo que daba a la playa. Se detuvo en lo alto y contempló la vasta extensión del mar más allá de la orilla de guijarros. Le habría gustado descender los escalones que llevaban al otro lado, pero su pierna ortopédica no era muy práctica en aquellas superficies tan inestables, así que se limitó a respirar hondo y a aspirar aquel olor salado, conocido y reconfortante, y a observar cómo las olas formaban volantes de encaje alrededor de un espigón de madera mientras el

móvil le sonaba en la mano. Cuando por fin dejó de sonar, Strike abrió el mensaje que Madeline, sin duda alguna, esperaría que él hubiese leído antes de que volviesen a hablar:

Si estás enfadado conmigo, preferiría que me lo dijeras en lugar de pasar de mí. No soporto que me mientas y que me tomes por tonta. Cuando un hombre le intenta colar a su novia que su compañera de trabajo es una camarera del servicio de habitaciones, no debería sorprenderle que ella desconfíe de él y se cabree. Soy demasiado mayor para meterme en jueguecitos estúpidos, he pasado por esta mierda demasiadas veces y no me gusta que me mientas descaradamente sobre dónde estás y con quién. Estoy segura de que pensarás que soy posesiva y poco razonable, pero para mí esto es una cuestión de dignidad básica. Me advirtieron que eras así, no hice caso y ahora me siento estúpida por haberme acercado siquiera a ti. Después de lo de anoche, creo que me merezco una conversación sin tener que perseguirte con mensajes de texto, así que llámame, por favor.

Sin que su rostro mostrara ninguna emoción, Strike abrió al buzón de voz y escuchó el mensaje que acababa de dejarle Madeline, que consistía en tres palabras pronunciadas con voz gélida: «Llámame, por favor.»

En lugar de hacerlo, Strike llamó al hotel Marine. Reservó dos habitaciones para esa noche y volvió al BMW, donde Robin lo esperaba con gesto inexpresivo.

—He reservado habitaciones en el hotel Marine. ¿Todo bien?

—Sí —dijo ella, y pareció que se recomponía.

—Estupendo. Vamos a comer algo. Quiero comprar pasta de dientes y calcetines, y cuando lleguemos al hotel podemos entrar otra vez en ese maldito juego.

79

El amor sólo viene cuando lo llaman,
y la pena lo pide en vano;
porque yo no puedo dártelo todo,
tú no me devuelves nada.

MARY ELIZABETH COLERIDGE,
Deseo insincero hacia un mendigo

Después de comprar lo imprescindible para pasar la noche y de comerse unos sándwiches en una cafetería, Strike y Robin llegaron al hotel Marine a las dos en punto. El edificio, bajo y de ladrillo rojo, con numerosas puertas y buhardillas que daban a la calle, tenía balcones de madera blanca a lo largo de toda la fachada. Separado de la acera por un cuidado seto bajo, estaba orientado hacia la playa y parecía elegante y bien conservado.

A Strike le habían dicho por teléfono que había tenido suerte, pues eran las dos últimas habitaciones que tenían libres aquel sábado, y al ver la fachada del hotel cuando lo rodearon para dirigirse al aparcamiento, el detective abrigó esperanzas de, por lo menos, poder hablar con Madeline desde uno de aquellos balcones con vistas al mar, a ser posible con un whisky del minibar en la mano.

Esa visión agridulce, sin embargo, se desvaneció en la recepción, donde un empleado corpulento y trajeado les repitió alegremente que habían tenido suerte de reservar las dos únicas habitaciones libres que quedaban, aunque éstas estaban en el segundo piso y no tenían balcón.

—Números treinta y treinta y dos. Suban la escalera, den la vuelta, suban el siguiente tramo, y luego otro tramo hasta sus habitaciones.

—¿Hay ascensor? —preguntó Strike mientras cogía las llaves y le entregaba una a Robin.

—Sí —dijo el empleado—, pero no para llegar a estas dos habitaciones.

Sonrió brevemente y desvió la mirada para saludar a la pareja que estaba justo detrás de Cormoran.

—Estupendo —refunfuñó Strike mientras subían la primera escalera, muy estrecha, con una moqueta setentera estampada con hojas de color marrón y naranja—. Ni siquiera nos ha preguntado si

queríamos que nos subieran el equipaje.

—No tenemos equipaje —le recordó Robin. Cada uno llevaba una mochila pequeña y no muy pesada.

—Ésa no es la cuestión —protestó Strike cuando llegaron al segundo tramo. Sus isquiotibiales ya estaban hartos de escaleras, y el extremo del muñón empezaba a dolerle otra vez.

—Los hoteles de tres estrellas no ofrecen un servicio como el del Ritz —dijo Robin, olvidando que ambos habían respetado el acuerdo tácito de no mencionar el Ritz desde el día en que habían pasado la velada allí—. Y creo que esto es lo mejor que nos permitiría nuestro contable.

Strike no replicó: estaba empezando a temblarle la pierna por el esfuerzo de subir los escalones, y temía que volviesen a aparecer los espasmos que había tenido la mañana anterior. El tercer tramo de escalera los llevó más allá de un pequeño descansillo, al otro lado del pasamanos, donde estaban expuestas maquetas de yates y vasijas de barro. Strike, que había empezado a sudar, lo encontró más irritante que bonito: si les sobraba espacio, ¿por qué no ponían otro maldito ascensor?

Finalmente llegaron a un coqueto rellano con dos puertas a cada lado; era evidente que las habitaciones ocupaban dos mitades de una misma buhardilla.

—Cambiemos —dijo Robin, quitándole de la mano la llave del número 32 y dándole la del número 30.

—¿Por qué?

—Quédate tú las vistas al mar. Ya sé que cuando estás cerca del mar te da nostalgia de Cornualles.

A Strike le pareció todo un detalle, pero estaba demasiado cansado y demasiado preocupado por su pierna como para demostrarlo con mucha efusividad.

—Gracias —se limitó a decir—. Verás, tengo que solucionar un par de cosas... Te aviso cuando haya terminado y, si te parece, empezamos a hacer planes.

—Muy bien —dijo Robin—. Yo voy a conectarme al juego.

La detective abrió su puerta y entró en una agradable habitación con techo inclinado de madera blanca y vistas al aparcamiento de la parte trasera del edificio. Había una cama doble y otra individual, cada una con su colcha, de un blanco inmaculado. Robin se imaginó a su contable, un tipo sin ningún sentido del humor, preguntándole por qué no habían reducido gastos compartiendo habitación. Tras su único encuentro con él, Barclay había comentado: «Parece que esté cagando grapas.»

Robin apenas tardó unos minutos en vaciar la mochila, que sólo se había comprado porque se habría sentido incómoda presentándose

en el hotel con las bolsas de las tiendas. Después de colgar la camisa por estrenar, puso los artículos de tocador en el cuarto de baño de su habitación, y luego se sentó en la cama de matrimonio, en la que ahora yacían tres aparatos electrónicos: su teléfono móvil, el teléfono de prepago cuyo número le había dado a Pez Pierce y su iPad.

Mientras Strike y ella se registraban en la recepción, había recibido un mensaje de su madre.

¿Cómo estás? ¿Has tenido noticias de la policía?

Plenamente consciente de la ironía de que el mensaje de su madre hubiese aparecido justo encima de la fotografía del terrorista que había estado vigilando su piso nuevo, Robin contestó:

¡Todo bien! La policía nos informa constantemente, dicen que están avanzando mucho. No te preocupes, por favor, te prometo que estoy tomando muchas precauciones y que estoy bien. Besos a papá

Entonces cogió el teléfono de prepago y, con cierta zozobra, vio que Pez Pierce le había enviado una foto.

«Que no sea una fotopolla, por favor», pensó al abrirla, pero lo que Pez le había enviado podía considerarse justo lo contrario: un dibujo de una chica morena desnuda, tapándose los pechos con un brazo con coquetería y cubriéndose el pubis con la otra mano.

Robin tardó unos segundos en comprender que se trataba de un retrato suyo, o mejor dicho, de Jessica Robins. Debajo, Pez había escrito una sola palabra:

¿Certero?

Hacía dos horas que había recibido tanto la fotografía como el mensaje. Jessica Robins debía de tener mucha vida social, así que Robin decidió que un espacio de dos horas era perfectamente razonable, y contestó:

Súper. **¡Dibujas los hombros MUCHO mejor que yo**!

Dejó el móvil de prepago y cogió el iPad para entrar en el juego. Anomia no estaba: los únicos moderadores presentes eran Cora e Infernal1. Para sorpresa de Robin, Infernal1 le abrió de inmediato un canal privado.

Infernal1: he buscado

el cabezazo de Ferdinand en YouTube

Infernal1: puto amo

Robin se quedó mirando el mensaje: no entendía nada. ¿Quién era Ferdinand? ¿Seguro que aquel mensaje era para ella?

Infernal1: ahora el traspaso de 18m no me parece tanto XD

«Fútbol», pensó Robin, y se acordó de que Strike le había contado que Infernal1 y él habían hablado en un canal privado dos noches atrás, cuando el detective se hacía pasar por Buffypaws. Le pasó por la cabeza golpear la pared y preguntarle a Strike de qué habían hablado, pero como él había dicho que tenía cosas que solucionar, cogió el móvil y buscó en Google «traspaso de Ferdinand 18m».

Mientras ella deducía que Infernal1 estaba hablando de Rio Ferdinand, un jugador del Leeds United que en 2001 había marcado un famoso gol de cabeza contra el Deportivo, Strike estaba a escasos metros, sentado en la cama de matrimonio de su habitación, que era una imagen especular de la de Robin. Él no había vaciado su mochila, porque su prioridad había sido quitarse la prótesis, y en lugar de disfrutar del paisaje que se veía por la ventana estaba contemplando su muñón, que se sacudía de forma incontrolable bajo la pernera del pantalón.

Echó un rápido vistazo a la buhardilla y comprobó que no había minibar. Debería habérselo imaginado: al fin y al cabo, como había señalado Robin, aquello no era el Ritz, pero eso hizo que le cogiera más antipatía a ese maldito hotel. Quizá beber whisky a media tarde no fuese lo más conveniente, pero entre la bomba, la noticia de que había un miembro de The Halvening merodeando por la calle de Robin, la reaparición de los espasmos en su muñón y la perspectiva de una «conversación inminente» con Madeline, habría agradecido enormemente una buena dosis sedante de alcohol.

No tenía ningunas ganas de hablar con Madeline. Aun así, era consciente de que necesitaba apartarla de su camino, porque ya tenía suficientes problemas y sólo le faltaba que lo persiguiera una novia enfadada. Sabía que no se había comportado de una forma ejemplar y estaba dispuesto a pedir perdón, pero ¿y luego? Se recostó en las almohadas; si seguía adelante con la relación, acabarían metiéndose en un túnel cada vez más estrecho de resentimiento mutuo.

Mientras su muñón se sacudía como si estuviese recibiendo descargas eléctricas, Strike pensó que debería haber visto desde el principio que su vida y la de Madeline eran prácticamente incompatibles. Ella necesitaba a un hombre feliz a su lado, a un tipo

dispuesto a sonreír ante los flashes de las cámaras; además, se merecía a alguien que la quisiera lo suficiente como para pasar por alto los excesos de estrés y de alcohol, y él no cumplía ninguno de los dos requisitos. Inspiró hondo, cogió el móvil y pulsó su número de teléfono.

Madeline tardó un poco en contestar, y lo hizo con la misma frialdad que había transmitido su último mensaje.

—Hola.

Cuando quedó claro que estaba esperando a que él dijese algo, Strike le preguntó:

—¿Cómo estás?

—Hecha una mierda. ¿Y tú?

—He tenido momentos mejores. Mira, quiero pedirte perdón por lo de anoche. No debería haberte mentido, me comporté como un imbécil. Pensé que discutiríamos y...

—... Te aseguraste de que así fuera.

—No lo hice a propósito —dijo Strike, lamentando que su pierna no dejara de sacudirse de forma descontrolada.

—¿Te quedaste a dormir en casa de Robin, Corm? Dime la verdad.

Strike giró la cabeza y fijó la vista en el horizonte, donde el azul del cielo se juntaba con el verde azulado del mar.

—Sí.

Hubo un largo silencio. Strike no dijo nada, con la esperanza de que Madeline pusiera fin a todo aquello sin que él tuviese que hacer ningún esfuerzo. Lo siguiente que oyó, sin embargo, fueron unos débiles pero inconfundibles sollozos.

—Mira... —empezó, aunque no tenía ni idea de qué iba a decir a continuación.

Por suerte, Madeline balbuceó:

—¿Cómo pude ser tan tonta para enamorarme de ti? Me lo dijeron, me avisaron...

Strike no pensaba caer en la trampa de preguntar quién la había avisado, porque estaba seguro de que sólo podía ser una persona: la mujer cuya crisis matrimonial amenazaba su sustento.

—Pero tú no parecías así...

—Si por «así» quieres decir que me acuesto con Robin, te equivocas —dijo él. Cogió el cigarrillo electrónico, pero descubrió que el maldito cacharro estaba descargado—. Has sido la única persona con la que me he acostado desde que estamos juntos.

—«Has sido» —dijo ella entre sollozos—. En pasado.

—Estamos hablando del pasado, ¿no?

—¿Tú quieres esto, Corm? —preguntó ella, subiendo la voz y tratando de contener las lágrimas—. ¿De verdad quieres estar

conmigo?

—Eres una mujer genial, Madeline... —dijo Strike, avergonzándose de inmediato de la necesidad de pronunciar esas palabras vacías y poco originales, que no le ahorraban ningún dolor a nadie pero que ofrecían a quien las pronunciaba una consoladora convicción de su bondad—. Y los dos lo hemos pasado muy bien, pero creo que buscamos cosas diferentes.

Creía que ella discutiría, que quizá le gritaría, porque la escena que le había montado el día del lanzamiento le había revelado una predisposición a herir cuando la herían, pero Madeline no dijo nada, y, tras un par de sollozos más, simplemente colgó.

80

No sé qué podría aliviar mi dolor,
ni qué es lo que deseo;
la pasión tira de las fibras de mi corazón
como un tigre de una correa.

AMY LEVY, *Ah, ¿es amor*?

Un par de golpes en la puerta de la habitación sacaron bruscamente a Strike de un profundo sueño. El detective parpadeó aturdido y se quedó unos segundos contemplando el techo y preguntándose dónde estaba, y al recordar que se encontraba en un hotel de Whitstable miró el cielo por la ventana y calculó que era bien entrada la tarde.

—¿Strike? —dijo la voz de Robin al otro lado de la puerta—. ¿Estás bien?

—Sí… —contestó él con voz ronca—. Dame un minuto.

Los espasmos de su pierna habían cesado, y Strike se levantó y fue a la pata coja hasta la puerta, lo que no le costó demasiado porque había una cómoda bien situada y la cama era bastante alta.

—Perdona —fue lo primero que dijo al abrir la puerta—. Me he quedado dormido. Pasa.

Robin sabía que él no se habría quitado la prótesis si el muñón no le hubiese dolido muchísimo, porque no soportaba los comentarios ni las preguntas que eso suscitaba. Volvió dando saltitos hasta la cama y se dejó caer en ella.

—¿Qué le pasa a tu pierna?

—No para de moverse por su cuenta.

—¿Cómo? —dijo Robin, mirando la prótesis que estaba apoyada en la pared.

Strike hizo un ruido entre el gruñido y la risa.

—Ésa no. Lo que queda de ésta —aclaró tocándose el muslo—. Espasmos. Ya los tuve al principio, después de la amputación, y desde hace un par de días han vuelto.

—Mierda. ¿Quieres que vayamos al médico?

—No hace falta —dijo él—. Siéntate —añadió señalando una silla de mimbre—. Tienes cara de saber algo.

—Cierto —reconoció Robin mientras se sentaba—. Acaban de anunciar la detención de Ormond por televisión. Por lo visto, la

policía ha solicitado retenerlo veinticuatro horas más.

—Eso significa que todavía no ha confesado el asesinato.

—Sí, probablemente. Pero hay otra cosa...

—¿Te importa que me fume un cigarrillo antes de continuar? —preguntó Strike, todavía adormilado y pasándose una mano por su tupido y rizado pelo sin conseguir que su aspecto mejorara mucho—. Voy a tener que ponerme otra vez la pierna. Estoy muerto de hambre... Esos sándwiches que nos hemos comido antes era una birria, ¿no?

—¿Necesitas ayuda para bajar las escaleras?

—No, no —dijo Strike, descartando esa idea con un ademán—. Puedo bajar perfectamente.

—Entonces, si quieres me adelanto y reservo una mesa en el comedor...

—Sí, eso estaría bien. Nos vemos abajo.

Robin bajó a la planta principal, preocupada por Strike, pero también presa de una emoción que apenas podía contener. La línea de investigación que de repente se había abierto ante ella después de su charla con Infernal1 la había absorbido tanto que no se había dado cuenta de que pasaban las horas, y hasta las seis y diez de la tarde no había caído en que Strike todavía no había vuelto.

Una joven muy amable, miembro del personal, la acompañó al comedor, una sala con las paredes pintadas de color pizarra y trozos de ondulado coral blanco decorando las repisas, que acababan en unas ventanas en saledizo con vistas al mar. Una vez allí, un camarero la guió hasta una mesa para dos, y Robin, después de pedir una copa de rioja, escogió la silla orientada hacia el mar, diciéndose que se lo merecía después de haberle cedido a Strike la habitación con mejores vistas.

En cuanto se sentó, puso el iPad sobre la mesa, en el que el juego todavía estaba en marcha. Anomia seguía sin dejarse ver, un detalle que empezaba a intrigarla. A menos que hubiese entrado durante su viaje a Whitstable y ella no lo hubiese visto, era la primera vez que tardaba tanto en aparecer en el juego desde que Robin se había registrado, y, lógicamente, lo relacionó con el hecho de que Phillip Ormond estuviese detenido y sin poder utilizar ningún aparato electrónico.

Entretanto, Pez Pierce le había enviado varios mensajes más a Jessica Robins desde que la detective había reaccionado a su dibujo. Ella se había inventado que iba a cenar con sus padres para calmar las expectativas de Pez de recibir respuestas de manera regular, pero eso no había impedido que él siguiera enviándole mensajes; el último rezaba: «**Bueno, ¿cuándo voy a volver a verte?**», a lo que Jessica había contestado con coquetería: «**Ya veré cómo tengo la agenda.**

Tengo que irme, mi padre se está quejando de que no suelto el teléfono.»

El camarero le sirvió la copa de vino; Robin tomó un sorbo y, sin poder evitarlo, pensó en Matthew, su ex marido. Si no se hubiese divorciado de él, no estaría allí sentada. Matthew siempre les había tenido manía a Strike y a aquel trabajo, y Robin era incapaz de imaginarse a sí misma enviándole un mensaje para decirle: «Ha explotado una bomba en la oficina, Strike va a venir a casa y dormirá en el sofá», o «Cormoran y yo vamos a pasar la noche juntos en un hotel de Whitstable». Durante unos segundos se regodeó con aquella sensación de libertad, pero sus pensamientos saltaron de inmediato a Madeline y a la mentira de Strike sobre el servicio de habitaciones: sospechaba que una de las razones por las que él se había quedado un rato más en la habitación era que tenía que calmar a su novia, y se preguntó cómo sería Strike intentando convencer a alguien con palabras bonitas. Nunca lo había visto haciendo algo así.

«No importa», se dijo. «Tú tienes esto, que es mejor»; se refería a la investigación y a la situación, no al hotel Marine y al rioja. «Ser amigos y socios es mejor.» Y antes de que sus sentimientos pudieran esgrimir algún contraargumento, cogió el móvil, abrió Twitter y comprobó si había habido alguna reacción al largo mensaje en privado que una hora atrás le había enviado a una joven fan de *Un corazón tan negro*. Si su teoría era correcta —y estaba convencida de que lo era—, la reacción de la chica podría ser trascendental para el caso Anomia, pero todavía no había ninguna respuesta.

Strike tardó unos treinta minutos en aparecer por el restaurante, porque se había dado una ducha rápida con la esperanza de calmar un poco sus doloridos músculos antes de bajar a la calle a fumarse un cigarrillo. Cuando entró en la sala y se dirigió hacia la mesa, se fijó en que Robin se había cambiado y se había puesto la blusa azul que acababa de comprarse. Las paredes oscuras realzaban los vivos colores de su ropa y su pelo, y al detective le pasó por la cabeza hacerle un cumplido diciéndole que el color de la blusa le favorecía, pero ella se le adelantó preguntándole:

—¿Qué tal la pierna?

—No demasiado mal —contestó él sentándose en la silla libre—. Cuéntame la otra noticia.

—Bueno, en primer lugar, esta tarde he tenido una conversación por canal privado con Infernal1. La otra noche vosotros dos os metisteis a fondo con el fútbol: he tenido que buscar un montón en Google para ponerme al día. Rio Ferdinand, gol de cabeza contra el Deportivo, victoria legendaria para el Leeds, etcétera.

—Lo siento —dijo Strike esbozando una sonrisa—, debería haberlo puesto en las notas. ¿Qué estás bebiendo?

—Rioja. Está muy bueno.

—Genial. Tomaré lo mismo que ella —le dijo al camarero, que había acudido de inmediato a su mesa.

Cuando el joven se marchó, Strike miró a Robin.

—Me atrevería a pensar que no estás así de emocionada porque has visto el gol de cabeza de Ferdinand en YouTube, ¿correcto?

—Correcto —dijo Robin—. Estoy así de emocionada porque ya he averiguado que los jugadores y la afición del Leeds United también son conocidos como los Peacocks.

—Y la emoción se debe a que...

—Aquí creo que he hecho un gran avance, un avance muy importante. Me siento muy idiota por no haberlo visto antes, pero hay tantos millones de personas en Twitter que, simplemente... Echa un vistazo a esto y lo entenderás.

Robin cerró Twitter en su teléfono, abrió la galería de fotos y buscó la primera captura de pantalla que había hecho esa tarde, en la que se mostraba la última parte de la larga conversación por canal privado que había mantenido con Infernal1.

Infernal1: hoy es mi último día aquí

Infernal1: sólo he venido a decirle adiós a Gusano, pero no está

Infernal1: hablando contigo por aquí estos dos días me he divertido como hacía mucho tiempo que no me divertía

Buffypaws: en serio que te vas?!

Infernal1: tengo que irme

Infernal1: Este chat me está poniendo enferma, literal

Infernal1: ya sé que tú quieres ser mod, pero en serio, no lo hagas. Este sitio es supertóxico.

Strike deslizó un dedo por la pantalla y siguió leyendo.

Buffypaws: le has dicho a Anomia que te vas?

Infernal1: no

Infernal1: desapareceré y punto

Infernal1: hay muchas cosas de este sitio que no sabes

Infernal1: tengo tanta ansiedad que mi madre quería llevarme al médico

Infernal1: pero lo que yo necesito no es un médico

Buffypaws: qué necesitas?

>;

>;

>;

Infernal1: encontrar a alguien que pueda parar a Anomia

Le llevaron a Strike su copa de vino, pero estaba tan concentrado en la lectura que ni siquiera se dio cuenta; fue Robin quien le dio las gracias al camarero.

Buffypaws: qué quieres decir con eso de parar a Anomia?

Infernal1: No importa, pero no te hagas mod, en serio. Me avergüenzo tanto de haber formado parte de esto que no puedo pensar en nada más. Te dejo

<**Infernal1 ha dejado el canal**>;

Strike miró a Robin y fue a decir algo, pero ella se le adelantó:

—Sigue pasando. Hay muchas más.

Él obedeció y se encontró ante una serie de capturas de pantalla de varios tuits, el primero de los cuales se remontaba a más de tres años atrás. La foto de perfil era la de una adolescente de pelo castaño oscuro, cejas espesas y una sonrisa burlona. La fotografía no tenía filtros y en ella la chica aparecía sin maquillaje, lo que la convertía, según la experiencia recientemente adquirida de Strike, en una excepción entre las usuarias jóvenes de Twitter.

Penny Peacock @rachledbadly

me he peleado con mi padre por teléfono y me ha llamado criatura infernal #FelizAñoNuevo

13:58 1 enero 2012

Penny Peacock @rachledbadly

esto me FLIPA. ¡A jugar, chiquis!

www.ECN/ElJuego.com

19:55 9 febrero 2012

Penny Peacock @rachledbadly

expulsada por fumar en los lavabos del colegio □□□

00:49 27 febrero 2012

Penny Peacock @rachledbadly

menuda taja que llevo

00:49 14 abril 2012

EM/SFC Derechos @EM/SFCBillyShears

Investigación prometedora sobre la disfunción mitocondrial y la fisiopatología de la EM/SFC aquí: bitly.sd987m

15:49 14 mayo 2012

Penny Peacock @rachledbadly en respuesta a @EM/SFCBillyShears

Sabes algo del lupus?

18:02 14 mayo 2012

EM/SFC Derechos @EM/SFCBillyShears

entra en la sección «autoinmune» de mi web www.TribulationemEtDolorum.com

18:26 14 mayo 2012

—¿Penny ha estado en contacto con Íñigo? —preguntó Strike.

—Sigue leyendo —dijo Robin.

Penny Peacock @rachledbadly

@TheMorehou©e ALPHA CENTAURI Bb! UAAA!

20:51 16 octubre 2012

Morehouse @theMorehou©e
en respuesta a @rachledbadly
Ya lo sé! Pero yo no echaría las campanas al vuelo.

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @theMorehou©e
no seas aguafiestas!

Morehouse @theMorehou©e
en respuesta a @rachledbadly
sólo te aviso... podría no ser verdad.

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @theMorehou©e
qué coño????

Morehouse @theMorehou©e
en respuesta a @rachledbadly
es una hipótesis de trabajo, nada más. Todavía hay escepticismo.

—¿Has llegado a lo de astronomía con Morehouse? —preguntó Robin.

—Acabo de llegar.

—Quería estrangularme, porque vi que algunas de sus interacciones... Te lo comenté, ¿te acuerdas? ¿Lo de aquella colegiala con la que hablaba Morehouse? Pero no llegué a relacionarlos.

Al ver que Strike tampoco los había relacionado, añadió:

—Sigue leyendo.

Penny Peacock @rachledbadly

Impaciente por ver el partido de mañana, mi padre sigue a los Azules y yo a los Blancos, y estoy deseando ver cómo los APLASTAMOS.

17.45 18 diciembre 2012

Ron Briars @ronbriars_1962
en respuesta a @rachledbadly
Cómo habéis acabado tu padre y tú en los bandos
opuestos de una guerra que dura desde hace cien años?!

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @ronbriars_1962
Nos dejó cuando yo tenía 12 y mi madre y yo nos fuimos a Leeds para estar con su familia.

17.57 18 diciembre 2012

Ron Briars @ronbriars_1962
en respuesta a @rachledbadly
Ah, ok. Entonces es un tema personal, no?

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @ronbriars_1962
Un poco.

—Un momento… —Strike levantó la cabeza y miró a Robin, que ahora le sonreía—. ¿Leeds United? ¿Y su padre la llamó «criatura infernal»?

—Y su madre tiene lupus —dijo Robin—, y Gus nos dijo que su padre habla con una tal Rachel.

—¿Y eso es relevante?

—Strike, olvídate de «Penny Peacock» y fíjate en su nombre de perfil.

Strike leyó los dos tuits siguientes.

Penny Peacock @rachledbadly

Mierda. MIERDA.
MIERDAAAAAAAAAAAA #LeedsvChelsea

21:32 18 diciembre 2012

Penny Peacock @rachledbadly

Genial, mi padre me ha escrito. No se acuerda de mi cumpleaños, pero me envía un mensaje para jactarse de que ha ganado el puto Chelsea.

—Rachled… —dijo el detective—. Espera… ¿«Rach *led badly*»… en

lugar de...?

—Rach *led well* —dijo Robin con una gran sonrisa—. Sigue leyendo.

Penny Peacock @rachledbadly

Si tuvieras un pariente famoso al que no has visto nunca, intentarías conocerlo?

21:13 28 enero 2013

Julius @yo_soy_evola
en respuesta a @rachledbadly
si tuviese tu cara no. Se preguntaría qué hacía Ringo Starr con falda en la puerta de su casa

—¿Ya sabéis qué vais a tomar? —preguntó alegremente el camarero, que se había acercado otra vez a su mesa.

—No, perdón —dijo Robin, que cogió de inmediato la hoja impresa y, al azar, escogió espaguetis al pesto.

—Pídeme algo que llene pero que no engorde —dijo Strike sin levantar la vista, porque estaba concentrado en un largo hilo de Twitter que Robin había recogido en varias capturas de pantalla.

Su petición no era fácil de cumplir: la carta, que incluía platos que a Strike sin duda le habrían encantado, como *pork belly* o bacalao rebozado, no era precisamente de régimen. Robin le pidió un filete con ensalada en lugar de patatas fritas, y el camarero se marchó.

—¿Por dónde vas? —le preguntó a Strike.

—Por ése más largo donde dice que Ledwell mentía cuando decía que estaba sin blanca.

Anomia
@AnomiaGamemaster

Los que se tragan los cuentos de La Avara Glotona sobre lo pobre que era deberían saber que su tío está forrado y le dio pasta dos veces a principios de los años 2000.
#EdieLaMentirosa

22:30 26 abril 2013

Moonyspoons @monyspoons
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Siempre pensé que había algo sospechoso en ese rollo de la

indigencia. #YoApoyoAJosh #EdieLaMentirosa

22:32 26 abril 2013

Yasmin Weatherhead @YazzyWeathers
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Yo creo que estaba pelada, pero no tanto como dice. No me creo que viviera en la calle.

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @YazzyWeathers @AnomiaGamemaster
no miente. No tenía donde caerse muerta

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @rachledbadly @YazzyWeathers @AnomiaGamemaster
dicen que se buscaba la vida haciendo mamadas

Max R @mreger#5
No me enorgullezco, pero yo le pagué a @EdLedDibuja por una mamada en 2002.

Julius @yo_soy_evola
en respuesta a @LepinesD1sciple @rachledbadly @YazzyWeathers @AnomiaGamemaster
#Prostituta □□□□□□□□□□□□

Johnny B @jbaldw1n1»
en respuesta a @LepinesD1sciple @rachledbadly @YazzyWeathers @AnomiaGamemaster
#LaAvaraChupapollas □□□□□□□□□

Max R @mreger#5
en respuesta a @LepinesD1sciple @rachledbadly @YazzyWeathers @AnomiaGamemaster
no soy el único, se ve que también se la chupa a su casero holandés en lugar de pagar el alquiler #Prostituta

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @mreger#5 @LepinesD1sciple @YazzyWeathers @AnomiaGamemaster
en serio, os podéis ir a la mierda

Moonyspoons @monyspoons

en respuesta a @rachledbadly @mreger#5 @YazzyWeathers @AnomiaGamemaster

me la sudan Ledwell y sus defensores. Es una intolerante asquerosa y miente más que habla

Penny Peacock @rachledbadly

en respuesta a @monyspoons @mreger#5 @LepinesD1sciple@YazzyWeathers @AnomiaGamemaster

Pues yo conozco a su familia y sé que dice la verdad, así que iros a tomar por el culo

Strike levantó la cabeza y fue a decir algo, pero justo en ese momento, Robin, que había cerrado la pantalla del iPad donde estaba el juego y había abierto Twitter, dio un grito ahogado.

—Espera —dijo—. Sigue leyendo. Necesito contestar una cosa.

Strike obedeció de nuevo, y Robin leyó la respuesta de dos palabras de Rachel Ledwell al mensaje privado que la detective le había enviado desde una cuenta de Twitter que había creado esa misma tarde únicamente para eso, y cuyo nombre de perfil era @StopAnomia.

Quién eres?

Penny Peacock

Una mujer que cree que Anomia ya le ha hecho bastante daño a este fandom y que habría que pararle los pies.

Stop Anomia

Esperó con el alma en vilo, pero no apareció ningún otro mensaje de Rachel, así que volvió a mirar a Strike.

—¿Por dónde vas?

—Sigo con la conversación sobre astronomía que mantiene con Morehouse —dijo Strike.

Penny Peacock @rachledbadly @theMorehou©e

26 agujeros negros en Andrómeda.

O me vas a decir que tampoco existen?

22:02 12 junio 2013

Morehouse @theMorehou©e

en respuesta a @rachledbadly

XD, no, claro que existen. Eso sí que es emocionante.

Penny Peacock @rachledbadly
@theMorehou©e

Kepler-78b?

20:25 5 noviembre 2013

Morehouse @theMorehou©e
en respuesta a @rachledbadly
lo contrario de Alpha Centauri Bb: existe, pero no debería

—Esto parece indicar que se conocen —dijo Strike—. ¿A qué se dedica él? ¿Es astrofísico?

—Traslúcida me dijo que había averiguado quién es Morehouse porque Infernal1 le facilitó una pista en el canal de moderadores. Morehouse se enfadó con Traslúcida por haberlo averiguado, pero dudo que la respuesta fuera que es astrofísico. Supongo que eso es algo de lo que cualquiera se enorgullecería, ¿verdad?

—Me interesa el tono de Morehouse —dijo Strike.

—¿En qué sentido?

—No creo que sea tan joven como ella. Por cómo escribe, podría tener cualquier edad. Hasta podría ser profesor.

—Sí, estoy de acuerdo —dijo Robin, que seguía vigilando los mensajes directos de la cuenta @StopAnomia—. Y cuando tuitea, casi nunca dice palabrotas.

—Y en este de la variable constante…

Giró el teléfono de Robin para que ella pudiera ver a qué se refería.

Penny Peacock @rachledbadly

«Pon un ejemplo de cuándo utilizarías una variable constante»
@theMorehou©e

22:33 11 noviembre 2013

Morehouse @theMorehou©e
en respuesta a @rachledbadly
venga, eso lo sabes

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @theMorehou©e

joder, estoy hecha polvo, no puedes hacerlo por mí?

Morehouse @theMorehou©e
en respuesta a @rachledbadly
XD no, yo también tengo trabajo

—Le habla como si fuese su hermano mayor o... no sé, quizá su tío.
—Un tío muy enrollado, porque ella no se corta y usa tacos.
—Por otra parte, aquí no hay nada raro. Él no es como Ashcroft.
—Tiene gracia que menciones a Ashcroft. Ahora aparece él.
Strike buscó la siguiente imagen, pero Robin ya no le prestaba atención, porque Rachel acababa de contestar su último mensaje directo.

Por qué me pides ayuda a mí?
Penny Peacock

Con el corazón acelerado, Robin tecleó su respuesta:

Porque creo que eres una persona decente que piensa lo mismo que yo, y creo que podrías darme información que me ayudaría a pararle los pies a Anomia.
Stop Anomia

Mientras Robin esperaba nerviosa a que Rachel le contestara, Strike empezó a leer el siguiente hilo de Twitter.

Anomia @AnomiaGamemaster

La Avara Glotona vuelve a #trolearparadarpena. «Prefiero las casas pequeñas, porque así es como crecí».

Os parece pequeña esta casa?

13:53 15 agosto 2013

El tuit contenía la fotografía de una casa adosada, y el número de la puerta era claramente visible.

La pluma de la justicia @laplumaqueescribe

@AnomiaGamemaster @rachledbadly

Por muchos defectos que tenga Ledwell, no está bien revelar su dirección. Denunciado.

13:56 15 agosto 2013

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @laplumaqueescribe @rachledbadly me puedes decir cuándo he revelado la dirección?

13:57 15 agosto 2013

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @AnomiaGamemaster @laplumaqueescribe
tiene razón, borra esa foto

13:58 15 agosto 2013

La pluma de la justicia @laplumaqueescribe
en respuesta a @rachledbadly @AnomiaGamemaster no intentes engañarme, Penny

13:58 15 agosto 2013

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @laplumaqueescribe @AnomiaGamemaster
YO NO SOY ANOMIA

13:58 15 agosto 2013

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @EdLedDibuja
si alguien quiere la dirección completa, que me mande un MD, la tengo
□□□□□□□

—Un momento... Entonces, ¿Ashcroft creía que Rachel era Anomia?

—Todavía lo cree. Si sigues leyendo, verás por qué me dijo que Anomia era una chica perturbada que ha tenido problemas con la policía.

Penny Peacock @rachledbadly

Pillada haciendo grafitis en Hyde Park. Salgo ahora de la

comisaría, pero me han acusado. Mi madre dice que es el peor día de su vida.

19:19 7 febrero 2014

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @rachledbadly
para mi padre ha sido una patada en los huevos. Resulta que dejarla a ella cuando estaba gravemente enferma fue menos doloroso

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @rachledbadly
...que yo escriba LUCY ES UNA ZORRA en una pared.

Penny Peacock @rachledbadly
A alguien lo han acusado alguna vez por hacer grafitis? Intento convencer a mi madre de que no me van a ahorcar.

Lilian Asquith @LilAsquith345
en respuesta a @rachledbadly
no seas fantasma. Hacer grafitis es delito. No entiendo por qué la gente lo hace, la verdad.

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @LilAsquith345
estamos *trustes* y *abirridos*

19:42 7 febrero 2014

A su pesar, a Strike se le escapó la risa, pero Robin no le estaba prestando atención; Rachel acababa de contestar a su último mensaje directo.

Qué te hace pensar que yo tengo información?
Penny Peacock

Robin se terminó la copa de rioja y escribió:

Creo que tú sabes quién es Morehouse, y que Morehouse sabe quién es Anomia.
Stop Anomia

Al cabo de unos segundos, Rachel contestó:

Morehouse jamás te lo diría
Penny Peacock

La exaltación de Robin aumentó, porque Rachel no había negado que supiera quién era Morehouse ni se había negado a hablar.

Yo podría persuadirlo. Tengo experiencia en estas cosas.
Stop Anomia

Mientras Robin esperaba en ascuas, Strike leyó la última captura de pantalla de su teléfono:

Penny Peacock @rachledbadly

Pues he recibido una notificación por los grafitis y seguramente tendré que ir y limpiarlos o algo.

16:27 julio 2014

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @rachledbadly
Mi madre dice que me está bien empleado y le he escrito a mi padre, que se había olvidado de que hoy iba al tribunal. #PaternidadTop

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @rachledbadly
y ahora voy a beber un poco de vodka para celebrarlo jajaja.
#novoyalacárcel

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @rachledbadly
Deberían encerrar a las zorras como tú por ser tan feas

Penny Peacock @rachledbadly
en respuesta a @LepinesD1sciple
Vete a tomar por culo, CAPULLO

—Estaba deseando que alguien mandara a Discípulo de Lepine a tomar por culo —dijo Strike, y le acercó el móvil a Robin deslizándolo por la superficie de la mesa—. Es el típico imbécil que se merece que le digan eso de vez en cuando... ¿Todo bien? —preguntó, porque Robin estaba mirando el iPad que tenía en las manos con gesto muy tenso.

—Sí —contestó ella—. Pero me vendría muy bien otra copa de vino.

Strike llamó al camarero, y justo entonces la respuesta de Rachel apareció en la pantalla del iPad.

Eres periodista?
Penny Peacock

O policía?
Penny Peacock

Robin empezó a teclear a toda velocidad, y Strike se preguntó qué demonios estaría haciendo. Como ella no decía nada, dedujo que sería algo privado, y de pronto recordó aquella llamada de Hugh Jacks a la oficina, que se había desviado a su teléfono la noche que el detective había cenado con Grant Ledwell. Strike no había llegado a averiguar qué había entre ellos dos. Entonces se acordó de la fotografía de aquel tipo de aspecto sospechoso con un brazo sobre la silla de Robin en Suiza, que había visto en la repisa de la chimenea de su piso. Cuando llegaron las dos copas de vino, Strike bebió de la suya mientras observaba a Robin con disimulo, tratando de decidir si ponía cara de estar organizando otras vacaciones con su novio o de estar rompiendo con él.

Lo que estaba escribiendo Robin, sin embargo, era esto:

Ninguna de las dos cosas. Si quedamos, te lo contaré todo. Puedo garantizarte anonimato total, y podemos quedar de día en un sitio concurrido, donde tú quieras. Si no te gusta mi aspecto, puedes marcharte. Si cuando llegas decides que no quieres hablar conmigo, puedes irte. Nadie tiene por qué saber que hemos quedado ni que me has ayudado, si eso es lo que decides.
Stop Anomia

Por qué no quieres decirme quién eres ahora?
Penny Peacock

Porque si se lo dices a alguien, lo tendría difícil para parar a Anomia.
Stop Anomia

El camarero les llevó la comida. Robin se movió un poco para que le pusiera el plato de pasta delante, pero sin apartar la vista del iPad. Strike se quedó mirando el suyo: donde deberían haber estado las patatas fritas sólo había ensalada. Supuso que el único culpable de

aquello era él, así que cogió el cuchillo y el tenedor y empezó a comer en silencio mientras Robin seguía escribiendo.

Quiero ayudar, pero tengo miedo
Penny Peacock

Lo entiendo, pero te juro que no tienes nada que temer de mí
Stop Anomia

Mi madre está enferma. No soportaría que volviera a meterme en un lío
Penny Peacock

No te meterás en ningún lío. Nadie sabrá que hemos quedado
Stop Anomia

Puedes venir a Leeds?
Penny Peacock

Por supuesto
Stop Anomia

Mañana por la tarde?
Penny Peacock

—¡Strike! —Robin levantó la cabeza, y su cara de entusiasmo le hizo temer lo peor: una propuesta de matrimonio mediante un mensaje de texto—. ¿Podemos ir a Leeds mañana?

—¿A Leeds?

—Rachel Ledwell está dispuesta a hablar conmigo.

—¿Qué?

—Enseguida te lo explico. ¿Podemos ir?

—¡Joder, por supuesto que podemos ir!

Y Robin escribió:

Sí
Stop Anomia

No puedes venir a mi casa porque estará mi madre
Penny Peacock

No pasa nada
Stop Anomia

Podemos quedar en Meanwood Park
Penny Peacock

Entra por la entrada de al lado de la cafetería y sigue por el sendero de la derecha
Penny Peacock

Hay un puente de piedra sobre el arroyo a la izquierda, como de losas rotas
Penny Peacock

Al otro lado del arroyo, hay un árbol con dos grandes piedras, una a cada lado
Penny Peacock

Cerca del árbol hay un banco que tiene el nombre de Janet Martin
Penny Peacock

Te espero en el banco de Janet Martin a las 3 en punto
Penny Peacock

Genial. Nos vemos allí. Bss
Stop Anomia

Robin dejó el iPad, se bebió casi toda la copa de rioja de un solo trago y entonces se lo contó todo a Strike. Él la escuchó con estupefacción.

—¡Joder, Ellacott! ¡Me quedo tres horas dormido y tú resuelves el puto caso! —exclamó Strike cuando terminó su discurso.

—Todavía no está resuelto —dijo ella colorada por la emoción, por el vino y por el placer que le habían producido esas palabras—. ¡Pero si pillamos a Morehouse, pillamos a Anomia!

Strike levantó su copa de vino y la chocó con la de Robin.

—¿Quieres otra?

—Será mejor que no. De aquí a Leeds deber de haber casi quinientos kilómetros. No quiero dar positivo si tengo que soplar. —Cogió el tenedor y por fin empezó a comerse la pasta—. ¿Qué tal está tu filete?

—Muy bueno, la verdad —dijo Strike, que se preguntó si debía decir lo que quería decir, y al final decidió hacerlo—: Creía... Creía que le estabas mandando un email a Hugh Jacks.

—¿A Hugh Jacks? —Robin se extrañó, y se quedó con el tenedor lleno de espaguetis suspendido a medio camino de su boca—. ¿Por qué demonios iba a hacer algo así?

—No lo sé. Como te llama al trabajo, pensé que tenías algo con él…

—Uf, no, no —dijo Robin—. No tengo nada con Hugh Jacks.

La combinación del rioja y la alegría por haber conseguido un encuentro con Rachel Ledwell había hecho que Robin bajara la guardia que llevaba meses manteniendo. En ese momento sentía hacia su socio mucha más simpatía que en las últimas semanas.

—Dime una cosa —dijo—. Si una mujer te ignorase cuando llamas a la puerta de su dormitorio, cuando le envías una tarjeta por San Valentín y cuando la llamas por teléfono, ¿creerías que ella está interesada?

Strike se rio.

—En general, diría que no.

—Menos mal —añadió Robin—, porque no serías muy buen detective si no supieses interpretar esas pistas.

Strike volvió a reír. El alivio que sentía le estaba diciendo algo, lo sabía, pero aquél no era un buen momento para sumirse en la introspección, así que bebió más vino y comentó:

—Es bonito este hotel.

—Creí que no te gustaba porque no hay ascensor hasta el piso de arriba y porque nadie te había ayudado a llevar tu equipaje imaginario.

—Pero el filete está bueno.

Robin también se rio. Como él le había preguntado por Hugh Jacks, le pasó por la cabeza preguntarle cómo le iba con Madeline, pero decidió no hacer una pregunta que podría echar por tierra su buen humor. El resto de la cena fue muy agradable: hubo charla intrascendente, bromas y risas.

Unas risas que a los otros comensales sin duda les habrían parecido extraordinarias de haber sabido que, apenas un día antes, a Strike y a Robin les habían enviado un paquete bomba.

81

... puertas doradas se extienden entre nosotros,
la verdad abre sus intimidantes ojos...

MARY ELIZABETH COLERIDGE, *Un falso deseo dirigido a un mendigo*

Chat interno entre dos moderadores de *El juego de Drek*

<**Se ha abierto un nuevo privado**>;

<**6 junio 2015 23:29**>;

<**Morehouse invita a Traslúcida**>;

<**Traslúcida se une al canal**>;

Traslúcida: has visto? Lod el novio de Ledwell?

Morehouse: hace 2 min

Morehouse: llevo toda la tarde en el laboratorio

Morehouse: joder. estoy flipando

Traslúcida: y ahora qué?

Morehouse: no lo sé

Traslúcida: la policía no lo habrá detenido sin motivo

Morehouse: no

Morehouse: pero todavía no lo han acusado de nada

Traslúcida: Mouse, tú QUIERES que Anomia la haya matado?

Morehouse: hostia puta, claro que no

Morehouse: pero explícame lo de Vilepechora

Traslúcida: a lo mejor no tuvo nada que ver

Traslúcida: a lo mejor Anomia no ha hecho NADA de todo eso!

Morehouse: si acusan a Ormond, lo único que sabremos es que A no apuñaló a Ledwell y a Blay

Traslúcida: a ver, cariño, si no los apuñaló él, qué motivo tenía para atacar a Vilepechora?

>;

Morehouse: no lo sé

Morehouse: a lo mejor me he pasado tantas horas angustiado por si ha sido él que me cuesta imaginarme otra cosa

>;

Morehouse: has visto que hiciera algo raro en el canal de mods últimamente?

Traslúcida: más raro de lo normal, querrás decir

Morehouse: dos veces, en lugar de escribir «oderint dum metuant» ha escrito «oderum dum mentum»

Traslúcida: y?

Morehouse: que no es propio de él

Traslúcida: quizá estaba borracho?

Morehouse: y hace un par de noches, cuando tú no estabas, coincidió con AbirridoDrek en que «All-Star Batman y Robin» era muy bueno.

Traslúcida: y?

Morehouse: pues que es como si Nigel Farage dijese que lo que necesita Inglaterra son cien mil inmigrantes turcos

Traslúcida: XD

Morehouse: es raro

Traslúcida: igual estaba intentando congraciarse con AbirridoDrek?

Morehouse: Anomia no intenta congraciarse con nadie

Morehouse: él cree que los demás tienen que congraciarse con él, no al revés

Traslúcida: XD es verdad

Morehouse: bueno, si acusan a Ormond nos quitaremos un puto peso de encima

Morehouse: pero el solo hecho de pensar que Anomia haya podido hacerlo ha sido un toque de atención para mí

Morehouse: últimamente he pensado mucho en lo que Anomia le estaba haciendo a Ledwell

Morehouse: acosándola y publicando su dirección y todo eso

Morehouse: no estoy muy orgulloso de mí mismo cuando lo pienso

Morehouse: debería haberle parado los pies. Pero siempre encontraba algo para justificarlo

Morehouse: Nicole, aunque la haya matado Ormond me voy a ir y creo que tú también deberías irte. Anomia y este juego son un mal rollo

Traslúcida: sí

Traslúcida: yo también lo pienso

Traslúcida: pero será muy raro que el juego desaparezca de mi vida

Traslúcida: supongo que te estaré mandando mensajes día y

noche

Morehouse: ya me va bien

Traslúcida: <3

Morehouse: bueno...

Traslúcida:???

Morehouse: creo que deberíamos vernos por Facetime

Traslúcida: DIOS MÍO, VALE!!!!!

Morehouse: ahora?

Traslúcida: no puedo creerlo

Traslúcida: y me dirás quién es Anomia?

Morehouse: por qué no, maldita sea

Morehouse: bueno, espera

Traslúcida: MOUSE, NO PUEDES DECIRME ESO Y APLAZARLO

Morehouse: no, es que llaman a la puerta

Morehouse: dame un minuto

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

82

A veces las niñas se ruborizan porque están vivas,
aunque desearían estar muertas para
ahorrarse la vergüenza...
Se han acercado demasiado al fuego de la vida,
como mosquitos, y todo su cuerpo arde.

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
Aurora Leigh

Robin estaba tan ansiosa ante la posibilidad de llegar tarde a su cita con Rachel Ledwell que, a las ocho de la mañana del día siguiente, Strike y ella ya estaban en la carretera. El día había amanecido despejado; al poco rato, ambos iban con los ojos entornados bajo un sol deslumbrante, y Robin se arrepintió de no haberse comprado unas gafas de sol en Whitstable.

Strike, que por la noche había recargado el cigarrillo electrónico, le daba alguna calada de vez en cuando, sin mucho entusiasmo, mientras circulaban por la M11. Cuando no vapeaba, vigilaba *El juego de Drek*, en el que había iniciado sesión antes de meterse en el coche. Le estaba costando mover a Buffypaws por la pantalla, porque tenía que hacerlo con la mano izquierda. La derecha la necesitaba para apretarse con fuerza el muslo, porque esa noche se había vuelto a despertar por culpa de los espasmos y el muñón seguía intentando sacudirse por su cuenta. Por eso había renunciado de mala gana al desayuno inglés completo que ofrecía el hotel Marine y había optado por las gachas de avena y la macedonia de fruta.

—¿Está Anomia? —preguntó Robin.

—No.

—¿Algún moderador?

—Traslúcida y AbirridoDrek. De todas formas, ahora mismo no tenemos a nadie vigilando a Kea Niven ni a Tim Ashcroft, así que, aunque Anomia entre en el juego, no podremos descartar ni confirmar a ninguno de los dos. Me cago en el puto Nutley —dijo Strike—. Espero que me pida referencias, porque cuando se las dé se va a acordar de mí.

Hubo un silencio de unos veinte minutos, hasta que Strike, harto del juego, cerró la sesión y volvió a coger el cigarrillo electrónico.

—¿Cómo te lo montas para no engordar haciendo este trabajo? —

le preguntó a Robin.

—¿Qué? —dijo ella, que en ese momento estaba concentrada en las preguntas que quería hacerle a Rachel Ledwell, suponiendo que la chica apareciese, claro—. Ah... Bueno, intento organizarme. Cuando me toca vigilancia, procuro llevarme un poco de comida saludable, y así no acabo recurriendo al chocolate para aguantar.

—¿Comida saludable? ¿Como qué?

—Pues no sé, frutos secos, por ejemplo. A veces me preparo un sándwich. ¿Te duele la pierna? —Aunque no lo había mencionado, se había fijado en que Strike se apretaba el muslo contra el asiento.

—No lo suficiente como para alimentarme como una ardilla.

—Yo no me alimento como una ardilla —replicó Robin—, pero ya que lo preguntas, tampoco lo frío todo ni acompaño todos los platos con patatas fritas.

Strike dio un hondo suspiro.

—Pensaba que me dirías que existe una píldora mágica.

—Lo siento —dijo Robin, adelantando a un Volvo que circulaba muy lentamente—, no hay píldoras mágicas. ¿Qué pasa, tienes hambre?

—Pues sí, bastante.

—Si quieres, paramos en Cambridge Services, pero no podemos quedarnos mucho rato. No quiero llegar tarde a la cita con Rachel, suponiendo que aparezca.

Continuaron unos minutos más, hasta que Strike dijo:

—Esto de quedar junto al banco del parque me recuerda a *El espía que surgió del frío*.

—Supongo que son cosas de adolescentes —dijo Robin—. Me imagino que ahí es donde queda con sus amigos. Por cierto, espero que no te importe...

Le resultaba incómodo decirle lo que quería comentarle a continuación, porque nunca le había dicho algo así.

—Creo que debería ir yo sola a hablar con ella. No sabe nada de ti, y es una adolescente, podrías asustarla. Además, ella sólo espera a una persona.

—De acuerdo —accedió Strike, y le dio una calada a su pobre imitación de un cigarrillo—. Esperaré en esa cafetería que mencionó. A lo mejor tienen patatas fritas.

Hicieron una breve parada en Cambridge Services, donde Strike se tomó un café y se comió una insípida barrita de cereales mientras revisaba los correos electrónicos del trabajo. Robin vio que mudaba la expresión y, preocupada, le preguntó:

—¿Qué pasa?

—Es Dev —contestó Strike.

—No me digas que también ha dimitido.

—No, todo lo contrario… Es la hostia, anoche se cameló a una de las niñeras de Charlotte y Jago en un pub de Kensington. Ella estaba achispada… Le dijo que sus empleadores no están capacitados para ser padres… «Ha visto al padre en actitud violenta con sus hijas en numerosas ocasiones.» De puta madre.

—Me alegro por ti —dijo Robin con frialdad.

—Ya sabes lo que quiero decir. Preferiría que no pegase a sus hijas, lógicamente, pero si lo hace, estaré encantado de ser yo quien lo desenmascare.

«Pero no lo vas a desenmascarar, ¿verdad?», pensó Robin mientras se tomaba el café. «Si lo desenmascaras, pierdes el control sobre él.» También le extrañó que Strike hubiera encajado tan fácilmente aquello de que ni el padre ni la madre estaban capacitados para ocuparse de sus hijos, aunque quizá, en el fondo, era incapaz de creer que Charlotte pudiese ser una mala madre. En voz alta se limitó a decir:

—Creía que las parejas así incluían cláusulas de confidencialidad en los contratos de sus empleados.

—Sí, seguramente —dijo Strike, que seguía leyendo el informe de Dev—. Hoy todos los niños vuelven a estar en la casa de campo de Ross… Midge está allí… Joder, si pudiésemos quitarnos a Ross de encima, todo nos resultaría mucho más fácil.

Tras media hora en la estación de servicio, siguieron adelante, y por fin llegaron a Leeds una hora antes de la cita con Rachel. Con ayuda del navegador del BMW, se dirigieron a Meanwood Park.

—Me parece que ésta no es la que me indicó ella —dijo Robin cuando pasaron por delante de una entrada que parecía un templo en miniatura, con tejado de pizarra y columnas de piedra—. Debe de ser la siguiente… Sí, ya veo la cafetería.

—Todavía faltan cincuenta y cinco minutos —dijo Strike, mirando la hora en su reloj.

—Sí, lo sé —Robin se metió en un pequeño aparcamiento y aparcó el BMW—, pero antes quiero buscar un buen sitio para verla llegar. Espérame en la cafetería, iré a buscarte cuando la haya entrevistado… o cuando tenga claro que no se va a presentar.

Así que Strike entró solo en el Tree Cottages Café. No le había ofendido que Robin considerara más adecuado ir sola a entrevistarse con aquella adolescente asustada que ir acompañada por él —un varón corpulento de un metro noventa de estatura, cuya expresión en reposo era un tanto severa, casi intimidante—, pero mientras pedía un café y resistía la tentación de pedir también una porción de pastel, se puso a pensar en cómo había llevado Robin aquella línea de investigación. Para ser absolutamente sincero consigo mismo, tenía que admitir que era la primera vez que la había visto como una

verdadera socia, como una igual. Había conseguido aquella entrevista gracias a su propio ingenio; luego se había preocupado por cómo se desarrollaría, y por último le había dicho, aunque con otras palabras, que él sobraba. Strike no estaba enfadado; al contrario: casi le divertía haber quedado relegado a un papel secundario y tener que quedarse esperando en una mesa de la espaciosa cafetería con vistas a las extensiones de césped de Meanwood Park.

Entretanto, Robin estaba dirigiéndose hacia el parque, que ya estaba muy concurrido aquella soleada tarde de domingo. Siguiendo las instrucciones de Rachel, torció a la derecha cuando el sendero se bifurcó y siguió caminando, con una extensa zona verde salpicada de árboles a su derecha y un arroyo a su izquierda, bordeado de árboles en ambas orillas.

Al cabo de un par de minutos, llegó al puente que había mencionado Rachel: consistía en unas losas desiguales y rotas tendidas de una orilla a otra del arroyo, y Robin enseguida vio el árbol con dos grandes piedras a ambos lados y el banco con su plaquita metálica:

JANET MARTIN

(28.02.67 – 04.12.09)

AMABA YORKSHIRE

AMABA LA VIDA. FUE AMADA.

Robin, que había nacido y crecido en Yorkshire, se sentó en el banco sintiendo cierta ternura hacia Janet Martin, y escudriñó los alrededores para situarse. Lo que vio reafirmó su sospecha de que aquél era un sitio en el que Rachel probablemente quedaba con sus amigos. El banco estaba en un sendero que apenas se distinguía desde el parque, gracias a los árboles que crecían a ambos lados del arroyo que discurría por delante de él. Imaginó que los adolescentes irían ir allí a beber y a charlar, lejos de las miradas de la gente que jugaba con el *frisbee* o tomaba el sol sobre una manta en el césped.

Transcurrieron cuarenta minutos, y durante ese tiempo sólo pasaron por delante de ella tres personas que iban paseando a sus perros. Cuando hacía poco que había pasado la última, Robin vio a alguien al otro lado del arroyo que caminaba despacio hacia el puente.

Pese a ser un día caluroso, la chica llevaba unos vaqueros holgados, una camisa a cuadros gruesa que le quedaba varias tallas grande y unas llamativas zapatillas de deporte. El pelo, castaño oscuro, le llegaba justo por debajo de los hombros. Robin se quedó

muy quieta, como si la chica fuese un animal salvaje que pudiese asustarse con cualquier movimiento repentino. La muchacha se detuvo dos veces y se quedó mirando fijamente a Robin, quizá evaluándola o comprobando que de verdad hubiera ido sola. Y entonces cruzó el puente.

A Robin le llamaron la atención dos cosas en cuanto tuvo a la chica más cerca. La primera, que guardaba un gran parecido con su prima, Edie Ledwell: tenía el mismo rostro cuadrado y los mismos labios carnosos, aunque los ojos de Rachel eran oscuros y su nariz, aguileña. La segunda, que se encontraba en esa etapa de timidez que tan bien recordaba Robin, en la que el cuerpo de una niña dejaba de ser un simple vehículo para el placer y el dolor y se convertía en algo que atraía miradas penetrantes y juicios lascivos. Mientras caminaba hacia el banco, Rachel cruzó los brazos en una postura de autoprotección; observaba atentamente a Robin, y era obvio que no estaba segura de que fuera la persona con la que había quedado.

—¿Rachel? —La detective se levantó y compuso una sonrisa lo más cordial posible—. Soy Robin, aunque tú me conoces como Stop Anomia.

Le tendió la mano. Rachel descruzó los brazos para estrechársela, y Robin notó que la chica tenía la palma húmeda.

—Gracias por las indicaciones, ha sido muy fácil llegar —dijo Robin, volviendo a sentarse en el banco de Janet Martin—. Me encanta este parque. ¿Te sabes los nombres de todos los bancos?

—No, sólo el de éste —contestó Rachel.

Se quedó un momento de pie, toqueteando el bajo de su camisa demasiado gruesa, y luego se sentó en el banco al lado de Robin. La detective calculó que no debía de tener más de dieciséis años.

—Antes siempre quedaba con una prima mía en este banco, hasta que ella se mudó. Nuestras casas estaban en los lados opuestos del parque.

—¿Y adónde se mudó tu prima?

—A Bradford —dijo Rachel.

—No está demasiado lejos —comentó Robin.

—No. No demasiado.

Se oía el borboteo del arroyo, y un labrador ladraba alegremente mientras corría tras la pelota que le lanzaba su dueño en la orilla opuesta. Rachel inspiró hondo y dijo:

—Eres Buffypaws, ¿verdad?

—Sí —confirmó Robin.

—Me lo imaginaba —dijo Rachel—. Era demasiada coincidencia que yo dijera que necesitaba encontrar a alguien que le parase los pies a Anomia y que justo después tú me mandaras un privado. Y si no eres policía ni periodista, ¿qué eres?

Robin se metió una mano en el bolsillo, sacó su cartera y le dio a Rachel una tarjeta de visita.

—Ésa soy yo. Soy detective privado. A mi socio y a mí nos han contratado para averiguar quién es Anomia.

Se dio cuenta de que a Rachel no le decía nada el nombre de la agencia que aparecía en la tarjeta, y dedujo que Grant no le había contado a su hija que los habían contratado. Como era de esperar, la siguiente pregunta de Rachel fue:

—¿Quién os paga?

—Me temo que eso no puedo decírtelo —contestó Robin—. Pero son buena gente. Quieren parar a Anomia, y les importa mucho *Un corazón tan negro*.

Al ver que Rachel seguía mostrándose insegura, Robin añadió:

—Como te dije anoche, Rachel, nadie tiene por qué saber que has hablado conmigo. Esto es completamente confidencial. Ni siquiera voy a tomar notas.

—¿También sabes cómo me apellido? —preguntó Rachel con un hilo de voz.

—Sí —respondió Robin.

Los ojos de Rachel se llenaron de lágrimas.

—¿Te parezco repugnante?

—Por supuesto que no —dijo Robin, que ya no sonreía—. ¿Por qué ibas a parecérmelo?

—Porque ella era mi prima y…

Las lágrimas resbalaron por las mejillas de Rachel, que encorvó los hombros y se puso a sollozar. Robin buscó un pañuelo de papel en su bolso y se lo ofreció.

—Gracias… —dijo Rachel.

—¿Por qué lloras? —le preguntó Robin en voz baja.

—Porque yo era uno de ellos… Yo estaba en *El juego de Drek* y seguramente ella creía que todos la odiábamos, pero no es verdad, no todos… Aun así, ojalá nunca hubiese tenido nada que ver con Anomia… Ojalá le hubiese escrito a mi prima y le hubiese contado cómo me gustaban sus dibujos animados, para que supiera que al menos una persona de su familia…

Robin no pudo oír el final de la frase, porque Rachel se tapó la cara con el pañuelo, apretándolo con ambas manos.

—Y yo fui al funeral… —continuó Rachel, bajando las manos y mirando a Robin—, y en el tren, de vuelta a casa, entré en Twitter y la gente estaba bromeando y hablando de desenterrarla. Cuando llegué a casa, me bebí media botella de vodka y ojalá… ojalá nunca hubiese… Además, no puedo hablar con nadie de esto; si mi madre se enterase de que estaba en ese juego… Ella cree que la culpa es de los fans, y dice que mi padre se está beneficiando del asesinato y…

Su voz se ahogó entre hipidos y sollozos.

—Rachel —dijo Robin con ternura—, yo nunca he visto que dijeras cosas malas en el juego, ni que acosaras a nadie, y mucho menos a Edie. Ser fan no es un delito.

—Tendría que haberla defendido más —se lamentó Rachel—. Aquella noche, cuando nos enteramos de que había muerto, a Anomia lo único que le importaba era saber cuántas personas entraban en el maldito juego. No sé por qué me quedé...

—Porque eran tus amigos —dijo Robin—. Porque te lo pasabas bien con ellos.

—Eres muy amable —Rachel se enjugó las lágrimas—, pero tú no sabes todo lo que ha pasado. Anomia no paraba de bromear sobre los apuñalamientos, y los demás no hacíamos nada... Y en el juego había otros que le seguían la corriente, y yo sabía que no eran buenas personas... También Morehouse lo sabía, pero él ya no hablaba conmigo, así que ni siquiera podía comentarlo con él... —Rachel miró a Robin—. No, tú no sabes todo lo que ha pasado... —repitió—. Si lo supieras, yo te repugnaría.

—Déjame explicarte lo que creo que pasó —dijo Robin—. Creo que LordDrek y Vilepechora aseguraban que Edie era Anomia, y que le dieron a algunos moderadores un dosier de pruebas que presuntamente lo confirmaba.

Rachel dio un respingo casi cómico, pero Robin hizo como si no lo hubiese visto.

—Creo que Cora dijo que ella le llevaría el dosier a Josh, y que lo hizo. Y también creo que Cora te dijo que Josh iba a quedar con Edie para decirle que sabía que ella era Anomia, pero el día después de su supuesta cita os enterasteis de que los habían apuñalado a los dos.

—¿Cómo sabes todo eso? —preguntó Rachel, aterrada.

—He ido atando cabos —dijo Robin, observando con preocupación la atemorizada expresión de la chica; no quería que saliera huyendo de allí—. Pero, Rachel, tú como mucho fuiste una espectadora. Tú no provocaste nada. Nada de lo que pasó fue culpa tuya.

—Habría podido contarle a Edie lo que estaba pasando, habría podido avisarla y explicarle de dónde había salido el dosier.

—¿Y cómo ibas a hacerlo? —razonó Robin—. Nunca os habíais visto en persona, ¿no?, y dudo mucho que su agente le hubiera pasado tu llamada. Probablemente ni siquiera se habría creído que eras su prima. Los famosos reciben todo tipo de mensajes extraños de gente que no los conoce de nada.

—Pero al menos debería haberlo intentado —repuso Rachel apasionadamente, y volvieron a brotarle las lágrimas.

—Tú no sabías qué consecuencias iba a tener aquel dosier, y

habrías corrido un grave peligro si LordDrek y Vilepechora hubiesen descubierto que intentabas interferir en sus planes. Tienes que relajarte un poco, Rachel. Nada de todo esto es culpa tuya.

La chica se sorbió la nariz; el arroyo seguía borboteando y los niños gritaban en el parque, correteando y jugando a pelota. Robin sospechó que presionar a Rachel para que le dijese quién era Morehouse no sería prudente hasta que no se hubiese ganado un poco más su confianza, así que prefirió dar un rodeo:

—¿Cómo descubriste *Un corazón tan negro*? ¿Lo encontraste en YouTube y empezaste a seguirlo, o...?

—No —dijo Rachel, mirando el pañuelo de papel que estaba retorciendo con los dedos—. Me habló de él un chico del Club Penguin, una red social para niños. Era muy guay... Éramos todos pingüinos de dibujos animados, y hablábamos unos con otros. —Soltó una risita temblorosa—. Allí conocí a Zoltan, nos hicimos amigos a través del Club. Él me hablaba de su padre, que era un maltratador, y como mi padre acababa de abandonar a mi madre, que estaba muy enferma, y se había ido con una chica del trabajo... Mi madre y yo nos habíamos mudado a Leeds y yo todavía no conocía a nadie aquí, por eso me pasaba el día en el Club Penguin hablando con Zoltan, intentábamos consolarnos el uno al otro.

»Entonces él encontró el primer episodio de *Un corazón tan negro* en YouTube y me dijo que tenía que verlo, que era la cosa más divertida que había visto jamás, y yo le hice caso y me encantó. Estábamos los dos obsesionados con la serie... Poco después, me enteré de que la había hecho mi prima —dijo Rachel en voz baja—, y me quedé flipando, no podía creérmelo. Le dije a Zoltan que yo era prima de Edie Ledwell y él... él empezó a comportarse de una forma muy rara. Empezó a decirme que la conocía, y luego me dijo que ella había coqueteado con él. No creo que Zoltan sea mucho mayor que yo. Era todo mentira. Le dije que sabía que estaba mintiendo y nos peleamos, pero yo le perdoné porque éramos amigos y pensé que él era muy desgraciado en su casa y que a lo mejor necesitaba inventarse cosas para sentirse mejor consigo mismo, para impresionarme, o lo que fuera.

Rachel suspiró.

—Aun así, a partir de entonces su actitud cambió. Empezó a... intentar ligar conmigo. Nunca se me había insinuado, no teníamos ese tipo de relación. Sólo éramos buenos amigos que hablábamos de la serie de dibujos animados y de nuestros problemas...

»Yo ya sabía que él sólo quería que fuésemos novios porque yo era la prima de Edie —dijo Rachel compungida—. Por entonces ya teníamos los dos cuenta de Twitter, y yo puse una foto mía y él empezó a decirme estupideces que no le pegaban nada: “Si ésa es tu

foto de verdad, debes de estar harta de que los tíos intenten ligar contigo", y cosas así. "Perdona que no te haya dicho nada, tenía que coger el coche para llevar a un perro enfermo al veterinario." Era demasiado joven para tener carnet de conducir, así que todo era muy triste y estúpido.

Robin habría dado cualquier cosa por poder sacar su bloc de notas y empezar a anotarlo todo, porque lo que Rachel le estaba contando le parecía muy interesante, pero se conformó con concentrarse al máximo para poder explicárselo a Strike cuando se encontraran más tarde.

—Al final, le dije que dejara de decirme tonterías y de hacerme la pelota, y se puso furioso y muy desagradable. Amenazó con… con violarme y matar a mi madre.

—¿Cómo dices?

—Sí… Y entonces borró sus cuentas del Club Penguin y de Twitter y no volví a saber nada de él. Por eso decidí hacerme pasar por un chico cuando entré en *El juego de Drek*, por lo chungo que se había vuelto todo con Zoltan. Si eres chico, todo es mucho más fácil. Nadie te trata así.

—¿Estás segura de que Zoltan desapareció? —preguntó Robin—. Porque algunos de los chicos que todavía están en el fandom de *Un corazón tan negro* tienen un comportamiento muy parecido al suyo.

—Sí, ya lo sé —dijo Rachel—. Había uno que se llamaba Scaramouche que estuvo un tiempo en Twitter, siempre aparecía en los hilos sobre *Un corazón tan negro*, y pensé que a lo mejor era Zoltan con otro nombre, porque intentó hacerle lo mismo a Gusano28. Me lo contó ella. Le dijo: «He denunciado a Discípulo de Lepine por molestarte», y entonces, como ella no se lo agradeció lo suficiente, o no se ofreció a hacerle una paja… perdón… —añadió poniéndose colorada.

—No pasa nada —aseguró Robin, y le hizo gracia que una adolescente pudiera pensar que, a su edad, podía escandalizarse por oír hablar de hacer pajas.

—Pues eso, como Gusano28 no se mostró lo bastante agradecida, ni se ofreció a acostarse con él o lo que sea, él le hizo lo mismo que Zoltan me había hecho a mí: la llamó «zorra», «puta» y de todo. En el fandom de *Un corazón tan negro* hay mucho rollo de ese tipo. Por ejemplo, no eres un auténtico fan de la serie si «La pluma de la justicia» no ha intentado acostarse contigo.

—¿Lo intenta muy a menudo?

—Todo el puto rato… ¡Perdón! —dijo Rachel de nuevo.

—No pasa nada. Puedes decir todos los tacos que quieras. Deberías oír cómo habla mi socio cuando se enfada.

—Bueno, pues sí, a la Pluma le encantan las chicas jóvenes, es un

pervertido —dijo Rachel—. «Me interesa mucho tu teoría sobre Urraca. ¿Cuántos años tienes?» «Guau, una observación muy inteligente, ¿cuántos años tienes?» Lo intenta tan a menudo que ni se acuerda de con quién lo ha intentado ya. Conmigo lo ha intentado como tres veces.

»La última vez que lo hizo le dije por mensaje privado que era Anomia, sólo para joderlo. Quería asustarlo, porque si Anomia decide que eres su enemigo lo tienes chungo. Y la Pluma me creyó, ¡ja, ja, ja! Pero al cabo de un tiempo tuve que decirle que había sido una broma, porque empezó a difundirlo en Twitter y la gente se lo creía... Durante unos tres días fui famosa... Bueno, en el fandom, claro. Luego apareció otra teoría sobre quién era Anomia y me dejaron en paz.

Rachel se quedó mirando el arroyo durante un instante, ensimismada.

—He sido un auténtico Corazón Negro... —dijo en voz baja—. Una incondicional. He hecho todo lo que hay que hacer... Por ejemplo, no eres un auténtico Corazón Negro si no te has peleado a muerte con alguien sobre si Traslúcida es una zorra o no, o si no has discutido sobre si el león de piedra esconde una pista acerca de la identidad de Blacky en su tumba.

»He hecho todo lo que hacen los auténticos Corazones Negros, intentar conseguir información y esas cosas.

—¿Qué clase de información? —preguntó Robin, tratando de no parecer demasiado interesada.

—Bueno, pues, por ejemplo, todos sabíamos que el marido de la agente de Josh tenía una web sobre el síndrome de fatiga crónica, y entrábamos con un nombre falso e intentábamos sonsacarle cosas. La verdad es que es buena persona. A veces todavía hablo con él sobre mi madre. Él está muy al día de todo tipo de nuevos tratamientos, y yo imprimí uno de los artículos que me recomendó para que mi madre pudiese llevárselo a su especialista. Se ha portado muy bien conmigo, me ha dado mucha información sobre el lupus de mi madre.

»Al principio me encantaba todo, parecía que todos fuésemos detectives... Buscábamos pistas sobre qué pasaría a continuación, y cuando salía un nuevo episodio, todos lo analizábamos y era muy divertido. En esa época Anomia era muy guay, muy maja, de verdad. Me caía bien.

—¿Maja? —repitió Robin—. ¿Una chica?

—Sí —dijo Rachel—. Yo sé que es una chica. Tuve una conversación con ella, muy al principio, cuando el juego acababa de empezar; estuvimos hablando ella y yo a solas. Eso fue antes de que se enfadara con Edie. Estábamos hablando y Anomia me dijo: «Edie y yo básicamente somos la misma persona». Y no sé, un chico nunca diría eso, ¿no? No paraba de hablar de lo mucho que se parecían. Anomia

adoraba a Edie al principio... Sí, yo tenía muy claro que era una chica. Y la encontraba un poco... no sé... A ver, yo estaba obsesionada con la serie, muy obsesionada. Pero lo suyo era otro nivel.

»Entonces Edie dijo aquello de que no le gustaba el juego de Anomia, y Anomia... En fin, su reacción... Yo sé cómo son las chicas cuando te cogen manía —dijo Rachel con resentimiento—. Si dices una sola cosa que les molesta, o si no les das la razón en todo, ya está, eres como el demonio. Las chicas de mi escuela son unas zorras —dijo Rachel, que volvió a sonrojarse—. Si no te levantas a las cinco de la mañana para ponerte las pestañas postizas y una capa de maquillaje que por la noche tienes que quitarte con un cincel, y si lo que te gusta es el fútbol, los videojuegos y la astronomía, en lugar de hacer playbacks de Ariana Grande en Instagram y posar enseñando las tetas, eres una especie de monstruo infrahumano y una lesbiana.

»Hay una chica, Lucy Wright... Mi madre quería ir a la escuela para quejarse de que Lucy me hacía *bullying*, pero no habría servido de nada. Bueno, seguramente habría sido peor...

Rachel se había puesto a despedazar el pañuelo de papel, todavía húmedo, y justo en ese momento apareció una pareja joven por el sendero con un *cockapoo*. El hombre llevaba un bebé cabeceando con su sombrerito en una mochila portabebés, y Robin esperó a que pasaran de largo antes de decir:

—Háblame de Morehouse.

Rachel tragó saliva y volvieron a brotarle las lágrimas.

—Era... era mi mejor amigo del juego. Durante mucho tiempo estuvo convencido de que yo era un chico. Tenemos muchas cosas en común, nos gustan las mismas cosas. Bueno, él no es muy aficionado al fútbol, pero le apasionan la ciencia y el espacio, y a los dos nos gustaban mucho los videojuegos. Morehouse era como mi nuevo Zoltan, sólo que él sí era buena gente. Cuando descubrió que yo era una chica, su actitud hacia mí no cambió. De hecho, incluso... —Rachel dio un hondo y tembloroso suspiro— incluso me ayudó, porque yo había empezado a faltar a la escuela por culpa del *bullying* y tuve problemas con la policía por hacer grafitis —añadió secándose las lágrimas—. Él siempre me decía que no podía seguir así... Que era demasiado inteligente como para perder la oportunidad de entrar en la universidad y que tenía que parar de beber y ponerme a estudiar, y que cuando empezara la universidad ya no tendría que aguantar a las zorras de mi escuela.

—¿Le dijiste a Morehouse que creías que Anomia era una chica?

—Sí —dijo Rachel—, y él lo negó, pero me di cuenta de que sólo intentaba protegerla. Al principio creí que estaban juntos, que eran novios, como Josh y Edie. Me dijo: «Anomia no es mi novia. Es mi hermana.» Era una broma, según dijo él. Pero la actitud de Anomia,

que sabía que Morehouse y yo hablábamos por privado… En fin, estaba celosa, se notaba un montón. Reaccionó igual cuando llegó Traslúcida. Anomia es muy posesiva con Morehouse… Él siempre me decía: «Es un chico, y no digas que es una chica delante de él, porque te va a banear», pero yo sabía que Anomia sólo fingía ser un chico, seguramente por el mismo motivo que yo. Cuando Morehouse dijo que era su hermana, me propuse averiguar si tenía alguna, porque pensé que a lo mejor era verdad, que eran hermanos.

—¿Y averiguaste si Morehouse tiene alguna hermana? —preguntó Robin, con un tono de voz lo más neutral posible.

—Sí, pero no podía ser Anomia. Es abogada. No puede ser ella.

—Entonces ya habías descubierto quién era Morehouse, ¿no? —dijo Robin.

Hubo una larga pausa, y al final Rachel asintió.

—Y eso fue lo que acabó con nuestra amistad —dijo muy compungida—. Él me había advertido que no debía intentar averiguar quién era. Yo pensaba que no lo decía en serio, pero resulta que sí, porque cuando le dije que lo había identificado se puso hecho una fiera. Yo me disgusté mucho y… traté de pedirle perdón, pero él ya no quería hablar conmigo por privado.

»Luego yo me enfadé mucho con él, porque yo no iba a revelar su identidad en Twitter ni nada parecido, ¡éramos amigos! Y entonces, una noche, me emborraché en mi dormitorio, y estaba en el canal de moderadores y… Hice una especie de broma sobre algo que sabía de él… y la cagué. Se puso como loco. Desde entonces sólo ha hablado conmigo por privado una vez, y fue para acusarme de haberle dicho a Traslúcida que es discapacitado, pero no era verdad, yo no se lo había contado. Seguramente Traslúcida se acordó del comentario estúpido que yo había hecho sobre que Morehouse hacía caballitos… Porque va en silla de ruedas.

—¿Va en silla de ruedas? —quiso saber Robin, e inevitablemente pensó en Íñigo Upcott. Rachel asintió con la cabeza y se puso a llorar otra vez.

—Lo siento… —dijo entre sollozos—. Si no hubiese aparecido Traslúcida a lo mejor nos habríamos reconciliado, pero ellos dos enseguida se hicieron muy amigos, y él ya no tenía tiempo para mí.

Robin le dio otro pañuelo y esperó a que dejara de sollozar antes de decir en voz baja:

—¿Cómo descubriste quién era Morehouse?

—Cometió un error en Twitter —dijo Rachel con la voz quebrada, mientras se secaba las lágrimas—. Publicó un enlace sin querer en la cuenta de Morehouse en lugar de en su cuenta personal. Al cabo de unos diez segundos se dio cuenta de lo que había hecho y lo borró, pero yo ya lo había visto y abrí el enlace.

»Era un proyecto de investigación astrofísica de la Universidad de Cambridge. Morehouse me había contado algunas cosas sobre él cuando hablábamos por privado en el juego, así que yo ya tenía algunas pistas. Me había dicho que era mayor que yo, pero no había querido decirme su edad, y que había creado el juego con Anomia por diversión, porque lo ayudaba a desconectar de su trabajo, que era muy estresante. Yo ya me imaginaba que tenía la piel oscura, porque una vez me había comentado que estaba permanentemente moreno después de que yo le dijera que me había quemado tomando el sol, y uno de los apellidos que aparecían en el proyecto de investigación era indio, así que...

»En fin, entonces entré en la web de Cambridge y busqué el departamento de astrofísica y diferentes *colleges* y eso, y al final encontré una foto suya, en silla de ruedas, posando con los otros investigadores.

Rachel volvió a sonrojarse.

—Es muy guapo. No me extraña que a Traslúcida le guste tanto... En fin, ya tenía su nombre verdadero, así que volví a Twitter y busqué su cuenta personal, donde tuitea sobre el espacio y publica fotos de Cambridge y cosas así. Tiene parálisis cerebral. Supongo que estará bastante mal, porque hablaba de tener que adaptar su ordenador y esas cosas. Debe de ser una especie de genio —dijo Rachel ingenuamente—, porque no parece tan mayor... En fin...

Miró de nuevo a Robin a los ojos. La luz moteada iluminó su rostro manchado de lágrimas, y Robin volvió a quedarse impresionada por su gran parecido con Edie.

—No le dirás que he sido yo la que te ha ayudado a encontrarlo, ¿no?

—Por supuesto que no —dijo Robin.

Rachel inspiró hondo y dijo:

—Vale. Se llama Vikas Bhardwaj, y es doctor en astrofísica del Gonville & Caius College.

83

Son todos desleales,
su tormento es tu ventaja;
protege tu corazón de las heridas,
sé tú quien inflija el daño.

LETITIA ELIZABETH LANDON,
Cortejo en la casa de campo

—La única mención que encuentro de un doctor Vikas Bhardwaj menor de treinta años es en Birmingham —dijo Strike tres cuartos de hora más tarde en el Tree Cottages Café; el detective había felicitado efusivamente a Robin por el éxito de su entrevista, y luego había entrado en el directorio 192.com desde su teléfono—. Podría ser la casa de sus padres, ¿no?

—Quizá es donde está registrado para votar —dijo Robin—, pero mejor que llamemos primero, para no ir a Cambridge en vano.

—Ya llamo yo —dijo Strike levantándose—. Así aprovecho y me fumo un cigarrillo fuera.

Regresó cinco minutos más tarde.

—Sí, está en Cambridge. Me parece que acabo de hablar con su madre. Me ha dicho que está «en su *college*».

Cogieron el BMW y entraron de nuevo en la M11. El sol volvía a deslumbrarlos ahora que se dirigían hacia el sur, y cuando ya llevaban unos kilómetros circulando, Strike comentó:

—La típica coincidencia, ¿no? Hemos pasado por delante en el camino de ida... Habríamos podido hacerle una visita después de parar en la estación de servicio en la que me he tomado el café y me he comido esa barrita de serrín.

Y como Robin no decía nada, añadió:

—Bueno, quizá sea mejor que lo sorprendamos en su guarida por la noche. Seguramente se pasa el día en el laboratorio.

—Es domingo. A lo mejor ha ido al pub —dijo ella.

—Entonces lo esperaremos. Si es necesario, dormiré delante de su puerta. Gracias a ti estamos a punto de solucionar este caso.

—Rachel me ha dicho otra cosa que todavía no te he contado... —dijo Robin—. No tiene que ver con Vikas ni con Anomia, pero de todas formas me ha parecido raro...

»Me ha dicho que descubrió *Un corazón tan negro* a través de un

chico con el que hablaba en línea, en una red social para niños llamada Club Penguin. El chico se hacía llamar Zoltan...

Robin le contó la historia de Zoltan y le explicó sus intentos de ligar con Rachel cuando se enteró de que era la prima de Edie, sus repentinas y violentas amenazas cuando ella le dijo que dejase de molestarla y la posterior eliminación de sus cuentas.

—Pero lo curioso —continuó Robin— es que las frases que empezó a utilizar Zoltan para ligar con Rachel son las mismas que han utilizado conmigo varios chicos del fandom. Exactamente las mismas frases. Es como si tuviesen una plantilla.

—¿Qué tipo de frases? —preguntó Strike, preparado para divertirse un rato.

—Bueno, una es «si ésa es tu foto de verdad, debes de estar harta de que los tíos te manden mensajes directos, así que me largo». Configuré mi cuenta de Twitter para poder recibir mensajes privados de cualquiera, porque quería hablar con todos los fans de *Un corazón tan negro* que pudiese. No era mi foto real, por supuesto: utilicé una foto de archivo de una adolescente. El tono del chico era muy autocrítico y muy poco amenazador, pero como yo no respondí, enseguida se volvió agresivo. Me convertí en una zorra pija que se creía demasiado buena para él.

—A ver, repite la frase... —dijo Strike frunciendo el ceño.

—«Si ésa es tu foto de verdad, debes de estar harta de que los tíos te manden mensajes directos, así que me largo.» Y Rachel me ha hablado de otro chico que ella sospecha que era Zoltan con otro nombre, y que le tiraba los tejos a Zoe Haigh en Twitter; decía que la había defendido de otro chico que la estaba acosando, y luego esperaba que Zoe le diera las gracias acostándose con él o algo así.

»Bueno, pues un tal Max me hizo exactamente lo mismo en Twitter. Me dijo: "Esto no es ningún truco para ligar, sólo quería decirte que ese tío se ha pasado contigo y que lo he denunciado." Pero ayer volví a encontrarme a Max cuando estaba revisando tuits para documentarme sobre Rachel, y te aseguro que no es ningún caballero. Era uno de los que acusaban a Edie. Bueno, de hecho él fue quien originó el rumor de que Edie había trabajado de prostituta.

»Además —continuó Robin—, Rachel me ha contado que, en una ocasión, Zoltan le dijo que había tenido que llevar a un perro enfermo al veterinario. ¿No me dijiste que Anomia le había dicho a Kea Niven que tenía que llevar a un...

—... Un gato enfermo al veterinario, sí —dijo Strike sumamente intrigado—. Hostia, estoy seguro de haber oído eso de «si ésa es tu foto de verdad» en algún otro sitio, pero... Espera —dijo de repente, sacando su teléfono.

Robin condujo en silencio mientras Strike buscaba algo en el

móvil. Pasaron cinco minutos, y finalmente Strike dijo:

—Tenía razón. Estoy en la web de un tío que se llama Kosh con K, que se describe como «el artista del ligue de fama internacional que ha enseñado a millones de hombres a acostarse con tías a las pocas horas de conocerlas. Es autor de dos *best sellers: Bang*! y *Ligoteo*». Acabo de descargarme el ebook de *Ligoteo digital*. ¿Estás preparada?

—Adelante —dijo Robin, y Strike leyó en voz alta:

Ligoteo digital

Repite conmigo: en internet no vas a encontrar a tu esposa.

En internet las mujeres pillan cacho con mucha facilidad. Incluso a las que son un 4 o un 5 les tiran mucho los tejos, lo que significa que están...

—Es estadounidense —precisó Strike interrumpiendo la lectura.

—Ya está empezando a caerme simpático —dijo Robin.

... están acostumbradas a considerar a los hombres como juguetes de usar y tirar. A base de aumentar la cantidad de interacciones en internet, a veces las mujeres incluso consiguen ligar con un alfa.

Si una mujer tiene un historial consolidado de ligues por internet, nunca estarás a salvo de la amenaza implícita de que, mientras sus perezosos deditos puedan manejar el ratón, decida sustituirte. Y ningún hombre quiere dejar a su esposa en casa sabiendo que ella sólo tiene que pulsar unos botones para follar con otro.

Hasta aquí las malas noticias.

La buena noticia es que eso te libera de las típicas limitaciones del ligoteo cara a cara. El ligoteo digital es el más cruel y, en cierto modo, el más divertido de todos los ligoteos: mínimo esfuerzo y máxima recompensa, siempre que estés dispuesto a aceptar coños de menor calidad.

—Encantador —dijo Robin.

Pero si no buscas calidad sino cantidad, métete en internet. Si aprendes las siguientes reglas básicas y te esfuerzas un poco, conseguirás ligar con regularidad y facilidad.

—Y ahora llegamos a los pasos infalibles para conseguir esos ligues —continuó Strike.

1. Bombardeo de saturación

Es posible que tengas que tirarles la caña a entre 50 y 100 chicas para conseguir un par de ligues, además de fotos en bolas y vídeos.

Si sigues estos pasos de forma sistemática, el ligoteo digital no te supondrá ningún esfuerzo. Una gran ventaja del ligoteo digital es que puedes apuntar a un gran número de mujeres simultáneamente. Recomiendo llevar una tabla; así sabrás en qué fase del proceso estás con cada objetivo.

—Ése fue el error de Tim Ashcroft —dijo Robin—. No tener una tabla. Rachel me ha contado que intentó ligar con ella tres veces sin acordarse de que ya lo había intentado.

2. Tienes que conocer a tus presas

La mayoría de las tías disponibles en las apps habituales como Twitter, tumblr, etc. tienden a ser liberales o justicieras sociales, otra razón por la que no encontrarás a tu futura pareja aquí. Las justicieras sociales son caprichosas, egocéntricas, creídas y, muchas veces, agresivas. También son increíblemente fáciles de enredar en el juego del ligoteo, si dominas las reglas.

Las justicieras sociales son aún más falsas que la mayoría de las mujeres. Quieren conseguir a machos alfas, pero se avergüenzan de ello. Sueñan con un príncipe azul, pero fingen que no. Quieren igualdad, pero que las traten como a las princesitas que, en el fondo, creen que son.

Para ligar con una justiciera social, son imprescindibles la sensibilidad, el respeto aparente por los límites y fingir interés por sus opiniones.

—Pero ¿cómo has descubierto al Kosh? —preguntó Robin.

—Me habló de él un chico de dieciséis años… Espera, escucha esto…

3. Frases introductorias

Aquí tienes varias frases introductorias garantizadas que he utilizado en innumerables ocasiones para ligar. Una de las ventajas del ligoteo digital es que no estás supeditado al aspecto físico/encanto personal/tono de voz/lenguaje no verbal. Sólo tienes que cortar, pegar y esperar.

Si esa foto tuya es real, ya debes de estar harta de que los tíos te envíen mensajes directos, así que me largo.

Teniendo en cuenta cómo se trata a las mujeres en esta asquerosa plataforma, quiero decir de antemano que esto no es ninguna insinuación cursi, pero lo que acabas de decir sobre [política/justicia social/comportamiento despreciable de los hombres] es totalmente cierto.

Esto no es ningún truco cutre para ligar, sólo quería decir que tal individuo [nombre del tío que ha discrepado con ella/la ha acosado/la ha insultado] estaba completamente fuera de lugar y lo he denunciado.

—Estoy flipando —dijo Robin, mirando de reojo el móvil de Strike—. Entonces, ¿todos esos idiotas usan las frases de Kosh?

—Todavía hay más —dijo el detective—. Esta parte es interesante.

4. *Negging*

La manipulación emocional, o *negging*, funciona en línea igual de bien que en persona. Cuando ya has captado la atención de una chica con tu interés fingido por sus opiniones/tu preocupación por su bienestar/tus piropos, busca algo que criticarle o sobre lo que discrepar. Procura que no sea nada muy relevante.

Una vez desestabilizada, ella intentará recuperar tu aprobación.

[sobre su foto] pero supongo que has usado muchos filtros, ¿no? Todo el mundo lo hace.

Seguro que no has leído a [inserta el nombre de tu justiciero social favorito, como Noam Chomsky/Ta-Nehisi Coates/Anand Giridharadas y ten preparada una cita del autor].

Te has puesto un poco agresiva, pero supongo que es comprensible.

—Kea dice que Anomia le dijo que se estaba poniendo agresiva, pero que suponía que era comprensible —dijo Strike—, lo que me pareció mucha jeta, tratándose de Anomia...

5. Fomenta el miedo al abandono

Ella cree que eres buena persona y ha empezado a trabajar para ganarse tu aprobación: ahora quédate callado entre una y veinticuatro horas, dependiendo de tu objetivo. A las 8 o a las 9 no hay que hacerlas esperar demasiado, porque tienen otras opciones. Para una 4 o una 5, veinticuatro horas garantizan el éxito. Ella tiene que saber que tú tienes una vida/otras solicitudes aparte de interactuar en línea con una desconocida.

6. El alfa disfrazado de manso

Regresa sin disculparte (todavía no le debes nada, porque ella no te ha dado nada). El motivo de tu ausencia te revela como un alfa sin necesidad de ser explícito: eres física/emocionalmente fuerte, popular, económicamente solvente y competente. Te estás presentando como un buen chico digno de confianza sin declarar de forma explícita que lo eres.

Un vecino me ha pedido que le levantara la nevera para sacar no sé qué juguete de bebé de debajo.
El ex de mi hermana la ha estado molestando y le dije que me quedaría a dormir en su casa.
Tuve que acompañar a un amigo a recoger a su perro del veterinario.

—¿Así que de aquí es de donde salen todos esos perros y esos gatos enfermos? —dijo Robin.
—Eso parece.

7. Amplía tus temas de conversación

Ella se alegra de volver a ser el centro de tu atención, y el motivo de tu breve ausencia ha hecho aumentar tu valor. Empieza a hacerle preguntas personales, para adaptar mejor tu propia narrativa a su perfil. Si es madre soltera, a ti te crió una madre soltera y lo hizo muy bien. Si le preocupa la pobreza, eres voluntario en el banco de

alimentos de tu barrio. Si le preocupa la injusticia racial, precisamente el otro día estuviste hablando de eso con tu mejor amigo, que es negro.

—Kea me dijo que, cuando Anomia mencionó al gato, ella dijo que no le gustan por lo que les hacen a los pájaros —dijo Strike—. Y cuando le comentó que su madre cría loros, él comentó enseguida que también tenía un loro.

Robin se quedó callada unos segundos y finalmente preguntó:

—Entonces, ¿crees que Kea te dijo la verdad sobre esta interacción? Porque no te la enseñó, ¿no?

—No. Me dijo que Anomia se puso desagradable y que lo bloqueó, y que por eso ya no se podía ver la conversación. ¿En qué estás pensando?

—Bueno, tenemos a un montón de hombres o chicos adolescentes metidos en el fandom de *Un corazón tan negro* que intentan ligar con mujeres y chicas adolescentes liberales de izquierdas, ¿no? Y que lo hacen utilizando las frases de Kosh, ¿no es así?

—Así es.

—Y seguro que alguno le tiraba los tejos a Kea, ¿no? Es muy guapa, y desde hace dos años está muy activa en Twitter.

—¿Crees que se inventó la historia de que Anomia quería ligar con ella y que sólo citó una conversación que mantuvo con algún otro chico?

—Sí. Sin darse cuenta de que todos usan la misma plantilla y de que no es muy difícil llegar hasta Kosh. Además, no entiendo por qué no guardó esa conversación con Anomia si es que realmente la tuvo, porque en ella Anomia queda como un idiota, ¿no? Sobre todo con eso del loro. Y también demostraría que ella no puede ser Anomia. «Mira, a mí también me ha acosado.»

—Bien visto. Entonces, ¿te inclinas por la teoría de Rachel de que Anomia es una chica?

Robin se quedó pensativa y por último dijo:

—No lo sé. Hasta que hablé con Rachel, creía que lo que más nos había permitido acercarnos al verdadero Anomia eran esos mensajes directos que le envió a Josh: una persona muy arrogante, aparentemente culta y claramente convencida de que ella debía ocupar el papel creativo de Edie. Pero la conversación que me acaba de describir Rachel, y que tuvo lugar cuando todo estaba empezando, es un poco extraña, ¿no? «Edie y yo básicamente somos la misma persona...» Rachel ha dicho que ése no es un comentario típico de un hombre ni de un chico, y estoy de acuerdo. Estoy segura de que Rachel me ha dicho la verdad sobre esa conversación: está atormentada por los remordimientos y por haber entrado en el juego.

No veo por qué razón tendría que mentir.

»Ya te lo dije cuando empezamos la investigación: pensé que Anomia tenía algún problema con el sexo. No coqueteaba, no intentaba quedar con esas chicas que quieren atraer su atención. En el juego, y a partir de cierto momento, sí; allí actúa de otra manera: puede llegar a ser cruel y agresivo. Pero ya te lo dije: a veces suena un poco forzado, como si sólo empleara el tono que se espera que empleen los hombres en línea.

—Bueno, a mí siempre me ha gustado tu teoría de que Anomia es Kea... —dijo Strike—. Pero, sólo como hipótesis, supongamos que Anomia sí intentó ligar con Kea utilizando las frases de Kosh. No hay ninguna razón por la que Anomia no pudiese estar haciéndose pasar por uno de esos Maxes o Zoltans que intentan ligar con chicas en redes sociales, ¿no?

—No, supongo que no, pero ¿por qué molestarse en esconderse detrás de otras cuentas para ligar con chicas, si todas las chicas de *Un corazón tan negro* están fascinadas por Anomia?

—¿Para mantener a Anomia limpio y anónimo?

—Tal vez —dijo Robin sin mucha convicción—, pero, por Dios, si Anomia lleva el juego y se pasa el día tuiteando e intentando ligar con tantas chicas como sea posible mediante el método de Kosh, ¿cuándo duerme?

—Es verdad, no le quedaría mucho tiempo para nada más —concedió Strike—. Y ahora tenemos otro misterio, ¿no? ¿Cómo es posible que Vikas Bhardwaj, un astrofísico de una de las universidades más prestigiosas del planeta, se lleve tan bien con Anomia?

—«Es mi hermana» —citó Robin—. Mira, me extrañó...

El móvil de Strike empezó a sonar e, inmediatamente, se conectó por Bluetooth al BMW. La voz de Midge salió por el altavoz.

—¿Strike?

—Sí, hola. Estoy aquí con Robin.

—Tengo noticias... sobre Ross...

Midge respiraba entrecortadamente, y Strike y Robin se miraron.

—¿Va todo bien? —preguntó Strike.

—Sí... bien... es que he tenido que correr... como un kilómetro... y me he quedado sin aliento...

—Has estado en la casa de campo de Ross, ¿no?

—Sí, exacto... Y he entrado... No te pongas hecho una fiera, no he tenido más remedio... Era la única forma de conseguir lo que necesitábamos... —Midge pareció detenerse para recuperar el aliento—. Vale... Me he tirado un buen rato sentada en una colina con vistas a la casa, observando el jardín con unos prismáticos.

—¿Una colina propiedad de Ross?

—Sí, pero era el único sitio con buenas vistas. Yo estaba detrás de

unos árboles. Total, hace cosa de una hora han aparecido dos de las hijas mayores guiando unos ponis a un… ¿cómo se llama el sitio para montar a caballo que no es un campo?

—¿Picadero? —sugirió Robin.

—Pues eso, a un picadero —dijo Midge—. Strike, me parece que te vas a cabrear conmigo cuando te lo cuente, pero yo volvería a hacerlo.

—A menos que les hayas disparado a las niñas desde allí con un rifle de francotirador, estamos tan cortos de personal que no puedo permitirme el lujo de despedirte —dijo Strike—. Venga, cuenta.

—Bueno, pues estaban saltando obstáculos y esas cosas, y entonces Ross ha salido a ver cómo lo hacían, así que me he puesto a grabar.

—Vale, grabar imágenes en una propiedad privada es ilegal, pero si sólo es eso…

—Poco después, la niña más pequeña se ha puesto a llorar delante de su padre. Su poni se negaba a saltar. Y entonces ese desgraciado ha entrado en el cercado, ha subido aún más la barra del obstáculo y le ha ordenado a su hija que volviera a intentarlo. Ella lo ha intentado, pero el poni ha tirado la barra al suelo… y el tío la ha vuelto a poner, esta vez aún más alta. Yo me estaba oliendo lo que iba a pasar… —prosiguió Midge—. Lo he visto venir… Sabía que iba a ponerse violento. Así que he bajado de la colina sin dejar de grabar…

—¿Te ha visto? —preguntó Strike, con la vista clavada en el micrófono por el que salía la voz de Midge.

—No, en ese momento no —dijo Midge—. Me he escondido detrás de uno de esos setos con tantas flores, no sé cómo se…

—Deja la horticultura para otro momento. ¿Qué ha pasado?

—La niña le estaba diciendo a su padre que no podía saltar. Estaba llorando y no paraba de temblar. Y la hija mayor le ha dicho a su padre que dejara en paz a su hermana. Ross ha ido derecho hacia la mayor, la ha tirado del poni, le ha pegado una bofetada y le ha ordenado volver a la casa. Ella ha intentado quedarse y él le ha vuelto a pegar, así que al final se ha marchado…

»Tendría que haber intervenido entonces… —continuó Midge—, porque así no habría pasado lo otro, pero me he quedado escondida, grabando, y entonces Ross se ha vuelto hacia la pequeña y le ha dicho que volviera a intentar el puto salto y que le diera al poni con la fusta hasta que el animal la obedeciera. La barra superior era más alta que el poni… Era totalmente absurdo.

»La niña estaba aterrorizada, pero Ross no dejaba de gritarle, así que se ha lanzado hacia el obstáculo golpeando al poni con la fusta como le decía su padre, y el poni ha chocado contra la barra y se ha caído. Ha rodado por el suelo, y entonces he oído gritar a la niña… El

poni no podía levantarse porque se le había enganchado una pata, y la niña estaba atrapada debajo del animal...

»Y en ese momento he salido corriendo de detrás del arbusto —añadió Midge—. Tengo conocimientos de primeros auxilios. No podía dejar a la niña así...

—Y supongo que Ross se habrá mostrado más que dispuesto a dejar que la ayudaras, y que no te habrá preguntado qué demonios hacías escondida detrás de un arbusto.

—¿Qué querías que hiciera? —dijo Robin acaloradamente; estaba totalmente de acuerdo con la reacción de Midge—. ¿Que siguiera grabando mientras la niña moría aplastada?

—Yo estaba saltando la valla cuando Ross ha conseguido quitarle el poni de encima... —continuó Midge—, pero creo que la niña tenía como mínimo una pierna rota. Estaba blanca como la cera. Entonces Ross me ha visto y me ha gritado: «¡¿Quién coño eres?!» o algo así, y... esto tampoco te va a gustar, Strike...

—¿Le has dicho que lo habías grabado todo?

—Sí. Y entonces ha venido hacia mí con la fusta en ristre. Creía que esas cosas sólo pasaban en la época victoriana...

—¿Ha dejado a su hija en el suelo con una pierna rota para perseguirte? —preguntó Robin, incrédula.

—Pues claro —dijo Strike—. Él es el culpable de que la niña se haya roto una pierna, no va a empezar a preocuparse por ella ahora, ¿no? Supongo que no ha podido alcanzarte...

—No, claro que no —dijo la ex policía—. No está muy en forma. Es un vago, lo llevan a todas partes en coche... En fin, tengo un vídeo bastante bueno de crueldad infantil y animal. Creía que al menos de eso te alegrarías.

—Sí, claro que me alegro —dijo Strike—. Con suerte, Ross pensará que eres una friki defensora de los animales... Bueno, yo nunca te habría recomendado esa táctica, pero has obtenido buenos resultados. Te felicito.

Cuando Midge colgó, Strike dio un gran suspiro de alivio.

—Genial, entre esto, lo que grabó Dev y la niñera cabreada, me parece que Ross está bien jodido. Sólo falta que Bhardwaj nos diga quién es Anomia. Entonces ya tendremos dos casos resueltos y podremos concentrarnos en Dedos Largos y en irnos todos a casa con una buena paga.

Robin no dijo nada. Strike la miró de reojo, vio su frío semblante e inmediatamente adivinó lo que ocultaba.

—No me alegro de que la niña se haya hecho daño.

—Nunca he pensado que te alegraras —replicó Robin con frialdad.

—Entonces, ¿a qué viene esa cara?

—Ya lo sabes: a esas niñas no las va a ayudar mucho saber que a su padre lo han grabado pegándoles. Seguramente, lo único que pasará será que la próxima vez él tendrá más cuidado y procurará que no lo vea nadie.

Strike se sacó el cigarrillo electrónico del bolsillo, volvió a fijar la vista en la M11 y dijo:

—Tengo claro que debo intentar ayudarlas de alguna forma. Si puedo hacer ambas cosas, lo haré.

84

¿Qué pecado cometí para merecer esto?

CHRISTINA ROSSETTI, *Zara*

Eran casi las siete cuando Strike y Robin llegaron por fin a las afueras de Cambridge. El despejado cielo primaveral tenía un brillo opalino, y, pese a estar bastante cansada, Robin se fijó en que cada vez había más edificios clásicos a medida que se acercaban al *college* de Vikas Bhardwaj.

—Tiene gracia —dijo Strike, que estaba leyendo la web de la facultad en su teléfono—. «Caius», uno de los tipos a los que debe su nombre, evidentemente, «era famoso por sus inusuales reglas de admisión, pues prohibía a los débiles y a los enfermos, así como a los galeses, estudiar aquí...». Bueno, está claro que cualquier persona sensata le daría la razón respecto a los galeses, pero dudo mucho que Caius hubiese querido dejar fuera a Vikas Bhardwaj... Hostia, y Stephen Hawking también estudió aquí... Es la cuarta facultad más antigua... una de las más ricas...

—Ya, pues no es nada fácil llegar, te lo aseguro —dijo Robin, que veía claramente el edificio en el navegador, pero que una y otra vez, siguiendo sus indicaciones, tenía que meterse por unas calles que parecían alejarla cada vez más—. ¿Y si vamos a pie? No creo que podamos aparcar al lado, porque esto está lleno de carriles de autobús y zonas peatonales.

—Sí, tal vez sea lo mejor —dijo Strike.

El detective abrió otra ventana en el móvil y apareció una fotografía de Vikas en su silla de ruedas, con camisa verde claro y vaqueros, rodeado de un grupo de investigadores. Era un hombre muy atractivo —tenía una mata de pelo negro, la mandíbula cuadrada y una sonrisa especialmente bonita—, y Strike calculó que tendría veintitantos años. Se fijó en que tenía algún tipo de disfunción en las manos, que estaban enroscadas, y por supuesto en las piernas, porque en ellas se apreciaban, igual que en las de Íñigo Upcott, señales de atrofia muscular. Según el pie de foto, Vikas y sus colegas estaban estudiando las estrellas de neutrones, un tema sobre el que Strike no sabía absolutamente nada, y posaban en Tree Court, que les proporcionaba un telón de fondo de césped verde esmeralda y edificios de piedra dorada.

—No parece el sitio ideal para vivir, si vas en silla de ruedas... —comentó Strike, fijándose en los estrechos portales que Vikas tenía detrás, y que sin duda daban acceso a unas escaleras aún más estrechas y empinadas que las del hotel Marine.

Unos minutos más tarde, aparcaron y salieron del coche, y Robin sacó también su móvil para seguir las indicaciones.

Pasaron junto a grupitos de jóvenes que disfrutaban del atardecer. El sol confería un resplandor dorado a los viejos edificios de ladrillo, y Robin, cuya vida universitaria se había interrumpido de forma tan terrible, recordó aquellos breves momentos de felicidad y libertad en los que no solía pensar mucho para no revivir lo que le había pasado después, en el hueco de debajo de la escalera de su residencia. Con el tiempo, había acabado convenciéndose de que, si el violador con la máscara de gorila no hubiese salido de la oscuridad y la hubiese agarrado, Matthew y ella habrían cortado antes de cumplir los veinte, porque los habrían separado unos intereses y una vida incompatibles. Pero Robin había dejado los estudios, había vuelto a casa de sus padres, al pueblecito de Yorkshire donde había crecido, y se había aferrado al único hombre del mundo que parecía de fiar. Esos recuerdos seguían siendo dolorosos para ella, así que hizo un esfuerzo y volvió a concentrarse en el entorno.

—Debe de ser maravilloso estudiar en un sitio así, ¿verdad? —le dijo a Strike mientras pasaban por un puente sobre el río Cam y contemplaba las ramas de los sauces que acariciaban las aguas, por las que dos jóvenes estudiantes pasaban remando en una chalana.

—Bueno, si te gustan las estatuas y los pijos...

—Vaya —dijo Robin con una sonrisa—, no sabía que estabas resentido. Tú también eras un Oxbridge, ¿no? ¿A qué viene eso?

—Yo soy un Oxbridge fracasado —la corrigió él mientras entraban en Garret Hostel Lane, un estrecho pasaje entre dos edificios de ladrillo viejo.

—Si decides irte por voluntad propia, no es ningún fracaso —dijo Robin, consciente de que Strike había dejado los estudios en la Universidad de Oxford tras morir su madre en circunstancias sospechosas.

—Sí, seguro que eso fue lo que Joan les contó a sus vecinos —repuso Strike. Se acordaba muy bien del disgusto que se llevó su tía cuando se enteró de que iba a dejar la universidad.

—¿Qué estudiabas, Literatura Clásica? —Robin nunca se lo había preguntado.

—No, Historia.

—¿En serio? Como sabes latín, creía que...

—No sé latín —repuso Strike—. O al menos, no con propiedad. Sólo tengo buena memoria y un certificado de secundaria.

Se metieron en Trinity Lane.

—En una de las casas ocupadas a las que nos llevó mi madre —dijo Strike, para sorpresa de Robin, porque él casi nunca hablaba de su infancia—, vivía un hombre que había sido profesor de Literatura Clásica en un colegio privado importante. Ahora mismo no recuerdo de cuál se trataba, pero sé que era muy conocido. El tipo era un alcohólico que decía haber tenido una depresión. No sé, era muy inestable, así que quizá fuese verdad, pero lo que sí tengo claro es que era un verdadero capullo. Yo tenía unos trece años, y me dijo que nunca llegaría a nada porque, entre otras cosas, me faltaban todos los elementos básicos de la educación de un caballero.

—¿Como qué?

—Bueno, pues como la literatura clásica, por ejemplo —dijo Strike—. El tipo me recitó una larga cita en latín con una sonrisita irónica en los labios. Yo no entendí lo que me había dicho, así que evidentemente no pude contestarle... Pero cuando era pequeño odiaba que me trataran con superioridad.

Continuaron por Trinity Lane, entre más edificios antiguos de ladrillo.

—Así que, en fin... —continuó Strike—, cuando nos fuimos de aquella casa, donde si no recuerdo mal sólo estuvimos un día, le robé todos los libros de latín al tío aquel.

Robin soltó una carcajada: no lo había visto venir.

—Había un volumen de Catulo —dijo Strike—. ¿Has leído algo de Catulo?

—No.

—Es de lo más obsceno. Me enteré porque era una edición bilingüe con la traducción al inglés. Básicamente trataba sobre sexo, sodomía y mamadas, sobre gente que a Catulo le caía mal y a la que ponía verde, y sobre su amor por una mujer llamada Lesbia que se llamaba así porque era de la isla de Lesbos.

—Y supongo que era...

—No, no, le gustaban los hombres, y mucho, según Catulo. En fin, la cuestión es que yo no quería que ningún otro imbécil volviera a tratarme con superioridad hablándome en latín, así que utilicé los libros de aquel desgraciado para aprender suficiente latín como para sacarme el título de secundaria dos años más tarde, y memoricé cantidad de citas.

Robin se desternilló de risa, hasta tal punto que Strike también se puso a reír.

—¿Por qué te hace tanta gracia? —preguntó.

—¿Aprendiste latín para demostrarle algo a un tipo al que no ibas a volver a ver nunca más?

—¡Me trató con superioridad! —se justificó Strike, que seguía

sonriendo, pero no entendía por qué a ella le parecía tan raro su comportamiento—. Y te voy a decir una cosa: no hay nada mejor que el latín para mandar a la mierda a la gente que está convencida de que es mejor que tú. Lo he usado muchas veces, y siempre con muy buen resultado.

—No conocía esa faceta tuya —dijo Robin, esforzándose por contener la risa—. Ahora lamento no haberte dicho que ningún caballero puede ir con la cabeza alta hasta que domina el tema de la reproducción de las ovejas. Seguro que habrías ido a sacarte una licenciatura en eso.

—Sin ánimo de ofender a tu padre… —dijo Strike sonriendo—, si necesitas una licenciatura para entender cómo se reproducen las ovejas, tu problema más grave no es saber si eres o no un caballero…

Hizo una breve pausa.

—Utilicé el latín con Charlotte la noche que la conocí —añadió de repente, y Robin dejó de reír para escuchar con atención—. Ella me había tomado por un patán, evidentemente, pero me seguía el rollo porque quería cabrear a Ross cuando él fuese a buscarla a la fiesta. Salían juntos y se habían peleado, y Charlotte quería ponerlo celoso.

»La cuestión es que ella estudiaba Literatura Clásica… —continuó Strike mientras doblaban la esquina por Senate House Passage—. Me dijo que le encantaba Catulo, dando por hecho que yo no habría oído hablar nunca de él, y le recité el Poema V, su primer poema de amor a Lesbia, de cabo a rabo. Lo demás ya lo sabes: dieciséis años de puto sufrimiento. Bastante apropiado, por cierto, porque Lesbia se las hizo pasar canutas a Catulo… ¿Es aquí?

El Gonville & Caius College se alzaba ante ellos; la entrada en arco estaba cerrada por una verja de hierro negro, y la ornamentada fachada de piedra ocre desentonaba un poco con el mundo moderno que representaban las tiendas de los alrededores. Las estatuas de tres sobrios personajes de los siglos XIV y XVI observaban a Strike desde sus nichos elevados. Entre los barrotes de la verja se adivinaba una franja de césped reluciente, y más edificios de piedra de color dorado en el claustro que la rodeaba. Había una conserjería, pero estaba vacía: no había ni rastro de ningún empleado.

—Cerrada, por supuesto —dijo Strike tras intentar abrir la verja —. Mierda.

Pero justo en ese momento, cuando todavía estaban mirando entre los barrotes, vieron pasar a una mujer asiática de unos treinta años; llevaba pantalones de lino blancos y una camiseta, y cargaba con una bolsa de ordenador que colgaba de uno de sus hombros. Antes de que se perdiera de vista, Strike la llamó desde detrás de la verja:

—¡Perdona! ¡Hola! Conoces a Vikas Bhardwaj, ¿no?

Estaba seguro de que era una de las personas a las que había visto

en la fotografía del grupo de investigadores de Vikas, y, efectivamente, la chica se detuvo y los miró frunciendo el ceño.

—Sí —contestó acercándose a la verja.

—Somos amigos suyos. Estábamos por aquí y hemos pensado darle una sorpresa —dijo Strike—, pero no nos coge el teléfono. ¿Tú no sabrás dónde...?

Vio que la chica miraba a Robin y luego lo miraba otra vez a él. Tal como Strike había imaginado, la presencia de Robin la convenció de que él era inofensivo.

—¿Habéis ido a sus habitaciones? —preguntó la chica.

—Creíamos que estaban aquí —dijo Robin.

—No, no, él está en el edificio Stephen Hawking.

—¡Ah, claro! —dijo Strike fingiendo enfado consigo mismo—. ¡Si me lo dijo la última vez! Muchas gracias.

La chica le dedicó una breve sonrisa y siguió su camino. Robin ya estaba buscando el edificio Stephen Hawking con el móvil.

—Hay que andar mucho. Vale la pena ir a buscar el coche.

Así que volvieron sobre sus pasos y, tras un breve trayecto en el BMW, llegaron a un edificio moderno de piedra de color gris claro, con forma de S y rodeado por un jardín en el que florecían unas rosas orondas en medio de una masa de vegetación. Un letrero instaba a los visitantes a dirigirse a la conserjería, pero un joven de pelo largo y cara de sueño acababa de abrir la puerta principal, así que Robin llamó su atención y le dijo:

—Perdona, somos amigos de Vikas Bhardwaj. ¿Podemos entrar contigo?

El joven no dijo nada, pero aguantó la puerta para que pasaran. Robin tuvo la impresión de que estaba tan profundamente abstraído en sus pensamientos que apenas registró su presencia.

—¿Sabes por dónde se va a la habitación de Vikas? —preguntó Robin—. Somos amigos suyos y...

El joven se limitó a señalar hacia la izquierda, y siguió andando hasta perderse de vista.

—No debería haber hecho eso —comentó Strike mientras pasaban por delante de un retrato de Stephen Hawking—. No dejas entrar a cualquiera en un edificio como éste.

—Ya —dijo Robin. Cuando la habían atacado a ella, habían reforzado las medidas de seguridad de su residencia, pero la gente seguía dejando la puerta principal abierta para que entrasen sus amigos.

—Vale, esta zona es apta para sillas de ruedas —dijo Strike. El suelo era liso, y el pasillo por el que se metieron, que describía una ligera curva, era ancho y tenía puertas blancas dispuestas a intervalos.

Al final del pasillo, un hombre blanco alto y delgado y una mujer

negra y bajita examinaban algo que había en la pared.

—No hay nombres en las puertas —indicó Strike—. Vamos a preguntar. Si no lo saben, empezaremos a llamar.

Al oír los pasos de Strike y Robin, el hombre y la mujer se dieron rápidamente la vuelta. Ambos los miraron con nerviosismo, incluso parecían asustados.

—¿Por casualidad sabéis dónde está la habitación de Vikas Bhardwaj? —preguntó Strike.

—Es ésta —contestó la mujer señalando la puerta que tenía al lado, en la que había pegada una breve nota mecanografiada con letras grandes que Strike y Robin leyeron de un vistazo.

He ido a Birmingham. Vuelvo el lunes.

—¿Quiénes sois? —quiso saber el hombre.

—Soy detective privado —dijo Strike.

Robin adivinó enseguida por qué lo había dicho. Allí estaba pasando algo raro, lo intuía: el miedo reflejado en la cara de las dos personas que tenían delante; la nota que afirmaba que Vikas estaba donde ellos sabían que no estaba; aquel tufillo en el aire, que le recordó a la habitación de Josh y Edie de North Grove, donde una rata muerta se descomponía en un tarro…

Su corazón había empezado a latir muy deprisa: sabía lo que su mente no quería reconocer.

—¿Habíais quedado con él? —le preguntó Strike a la asustada pareja.

—Sí —contestó la mujer.

—¿Alguien ha ido a hablar con el conserje?

—Sí —dijo el hombre.

Ninguno de los dos puso en duda la autoridad de Strike para hacer esas preguntas, y eso, por sí solo, ya confirmaba que sabían que algo iba mal.

—¿Suele dejar notas mecanografiadas? —preguntó Strike.

—Sí —volvió a decir la mujer—, pero no con ese tipo de letra. Él siempre usa Comic Sans. Es una broma recurrente.

—Y no coge el teléfono —dijo el hombre.

—Lleva todo el día sin contestar —añadió la mujer.

Oyeron unos pasos presurosos a sus espaldas; los cuatro se dieron la vuelta y vieron a otra mujer, rubia y con gafas, que corría hacia ellos.

—El conserje no está… —explicó con voz entrecortada—. No lo encuentro.

—Ve al coche —le dijo Strike a Robin—. En la guantera hay un

juego de llaves maestras. ¿Puedes acompañarla? —le dijo a la mujer rubia—. Para que pueda volver a entrar.

Dio la impresión de que la mujer agradecía que le dijesen lo que debía hacer. Robin y ella se alejaron por el pasillo.

—¿No habéis llamado a la policía? —le preguntó Strike al hombre.

—Hemos llegado hace diez minutos —contestó él, que parecía muy asustado—. Hemos pensado que el conserje...

—Pues llamad ahora —ordenó Strike—. Cuando yo abra la puerta, que no entre nadie, a menos que todavía esté vivo.

—¡Dios mío! —exclamó entonces la mujer, y se tapó la boca con una mano.

Su colega había sacado el móvil y había llamado al 999.

—Policía, por favor... —dijo con voz temblorosa.

Strike estaba examinando la nota pegada en la puerta sin tocarla. En una esquina superior distinguió una marca tan débil que apenas era visible: un tenue óvalo rosado, tal vez la huella de un pulgar cubierto con látex.

Se oyeron pasos que corrían y un tintineo de llaves, y al cabo de unos segundos volvieron a aparecer Robin y la rubia.

—Estamos preocupados por un amigo nuestro. Es minusválido... —le estaba diciendo el hombre alto y delgado a la policía—. No nos coge el teléfono ni nos abre la puerta... Sí... Edificio Stephen Hawking...

Strike cogió las llaves que le dio Robin y, después de probar con un par de ellas, consiguió abrir la cerradura. Empujó la puerta lentamente...

Y la mujer negra dio un grito ensordecedor.

Vikas Bhardwaj estaba sentado en su silla de ruedas de cara a la puerta, de espaldas a la mesa y el ordenador. Llevaba una camisa blanca manchada de sangre seca y marrón y tenía los ojos y la boca abiertos, la cabeza colgando hacia un lado y un gran corte en el cuello.

QUINTA PARTE

En el vértice, las fibras giran bruscamente
hacia el interior del ventrículo,
formando lo que se denomina el «vórtice».

HENRY GRAY FRS, *Anatomía de Gray*

85

Creía que mi espíritu y mi corazón estaban apaciguados,
que en mi alma ya no había dolor.

AMY LEVY, *La vieja casa*

Mientras los agentes de la científica trabajaban en el escenario del crimen y la ambulancia esperaba para llevarse el cadáver de Vikas Bhardwaj, la policía separó a Strike y a Robin de los amigos de Vikas y los llevó a una salita con una sola ventana alta. Parecía una extraña mezcla de despacho y armario: había varios estantes con archivadores en una pared, un par de sillas y un cubo y una fregona en un rincón. Los detectives declararon ante un agente local uniformado y pelirrojo que no hizo ni el más mínimo esfuerzo por disimular que no se fiaba de ellos, y que los interrogó con agresividad sobre las llaves maestras que habían usado.

Strike hizo un claro relato de la participación de Vikas en el videojuego online, y no olvidó mencionar que los de The Halvening estaban implicados en el asunto, con la esperanza de que eso acelerara la llegada de personas competentes para encargarse del caso; aunque por lo visto esos detalles sólo sirvieron para que el agente pelirrojo se mostrara todavía más irritado. Poco después, entró una agente en la habitación con un móvil en la mano. El pelirrojo salió para contestar la llamada, y al cabo de diez minutos regresó y les dijo a Strike y a Robin que no se movieran de allí.

Se quedaron esperando en aquella habitación minúscula una hora más, sin que nadie los molestara salvo el desolado conserje, que les ofreció unos cafés apenas calientes en vasos de plástico.

—El doctor Bhardwaj era una persona encantadora... —comentó el conserje—. Una de las más agradables que...

Se le quebró la voz y fue incapaz de continuar. Tras dejar los cafés en la mesa, se marchó secándose las lágrimas con la manga.

—Pobre hombre... —dijo Strike en voz baja cuando volvió a cerrarse la puerta—. No es culpa suya.

Robin, que no creía que pudiese olvidar la imagen de la herida abierta del cuello de Vikas Bhardwaj, con los tendones y varias arterias a la vista, preguntó:

—¿Por qué crees que nos están reteniendo?

—Porque tienen que llegar los superiores —dijo Strike—. Confío

en que veremos algunas caras conocidas. Por eso he mencionado a The Halvening ante ese gilipollas pelirrojo.

Cuando la puerta volvió a abrirse, por la única ventana de la salita ya se veía un trozo de cielo negro salpicado de estrellas, y Strike respiró aliviado al ver la menuda y pulcra figura de Angela Darwish en el umbral.

—Volvemos a vernos —señaló Darwish. Strike hizo ademán de levantarse para ofrecerle una de las dos sillas, pero ella rechazó la oferta.

—No, gracias. Acabo de leer vuestras declaraciones. Así que Bhardwaj era uno de los jugadores de vuestro videojuego online... Ese en el que se había infiltrado The Halvening.

—No sólo era un jugador: era uno de los creadores —dijo Strike.

—¿Saben ya cuánto tiempo lleva muerto? —le preguntó Robin a Darwish.

—Unas veinticuatro horas.

En ese caso, pensó Robin, ya era demasiado tarde cuando Strike y ella habían parado en la estación de servicio para tomarse un café.

—Esto está lleno de cámaras de seguridad —comentó Strike, que se había fijado en ellas cuando había llegado—. Creía que era un sitio seguro, a menos que el idiota que nos ha dejado pasar tenga la costumbre de aguantar la puerta para que entren los desconocidos.

—El idiota que os ha dejado pasar es doctor en física teórica —dijo Angela Darwish—. Ahora lo están interrogando. Esto es lo malo de los edificios comunitarios: puedes poner todas las medidas de seguridad que quieras, pero si la gente que vive en ellos no es prudente, no sirven de nada. Dicho esto, no creo que nos cueste mucho identificar al asesino. Como has dicho tú, hay cámaras por todas partes. Alguien debía de estar desesperado por librarse de ese pobre hombre, o no se habría arriesgado a que su cara apareciera en tantas grabaciones.

—Si no me equivoco, lo único que va a aparecer en esas grabaciones va a ser una máscara de látex —dijo Strike.

El hecho de que Darwish no reaccionase a ese comentario le pareció interesante.

—Intentaremos ocultarles vuestros nombres a los periodistas —dijo ella—. Después de lo de la bomba, no os conviene volver a salir en los medios.

—Gracias —dijo Strike.

—¿Dónde os alojáis?

—Ni idea.

—Bueno, pues cuando lo sepáis, decídmelo —pidió Angela Darwish—. Seguramente necesitaremos volver a hablar con vosotros. Os acompaño afuera —añadió—. No os preocupéis, le he dicho a la

policía que respondo por vosotros.

—Gracias —repitió Strike, que hizo una mueca de dolor al levantarse. La rodilla derecha volvía a dolerle—. Creo que al pelirrojo no le hemos caído muy bien.

—Las llaves maestras tienen ese efecto sobre algunas personas... —dijo Darwish con una sonrisa que parecía un reproche.

Se dirigieron hacia la calle a través del oscuro jardín, y Robin vio algunos coches de policía aparcados. Había varios grupitos de estudiantes fuera del edificio, sin duda horrorizados por lo que le había pasado a uno de los suyos.

—Bueno, buen viaje, y no olvidéis comunicarnos dónde podemos encontraros —indicó Darwish cuando llegaron al BMW. Les dijo adiós con la mano y volvió sobre sus pasos.

—¿Estás bien? —le preguntó Strike a Robin una vez en el coche.

—Sí —contestó ella, aunque en realidad no era del todo cierto—. ¿Y ahora qué?

—Podríamos quedarnos en casa de Nick e Ilsa —propuso Strike sin mucha convicción.

—Ni hablar. Ilsa está embarazada. No pueden acoger a dos invitados perseguidos por The Halvening.

—Bueno, si no te importa conducir hasta Londres, podemos buscar otro hotel, quizá alguno cerca de la oficina, así podríamos recuperar nuestras cosas cuando nos dejen entrar otra vez, ¿no? Pero si prefieres que nos quedemos a pasar la noche aquí...

—No —dijo Robin, que estaba deseando marcharse de Cambridge y no volver a pisarlo en mucho tiempo—. Prefiero Londres.

86

¡Harta de mi impaciente paciencia!
¿Y a vosotros, amigos, cómo os va?

CHRISTINA ROSSETTI,
Vida posterior: soneto doble

El brutal asesinato de Vikas Bhardwaj, que había ingresado en la Universidad de Cambridge a los dieciséis años, que se había doctorado en Astrofísica a los veintitrés gracias a su inteligencia precoz y que ya había ganado un premio internacional por sus investigaciones, tuvo una justificada repercusión en los medios de comunicación. Robin leyó todos los artículos relacionados con la noticia y acabó sintiendo una pena tal vez desmesurada por aquel joven al que no había conocido. ¿Era inmoral —se preguntó— sentir que su asesinato era especialmente horrible porque aquel chico era un superdotado?

—No —dijo Strike dos días más tarde, en la comida, cuando Robin le planteó esa pregunta en la cafetería del hotel de Poland Street, donde se alojaban los dos.

Estaban esperando a que llegase el resto del equipo para celebrar una larga reunión presencial que llevaban mucho tiempo aplazando. Strike había decidido que, como hacía muy poco que habían atacado la oficina, había que priorizar la moral del equipo por encima de la vigilancia.

—A mí no me importaría que a Oliver Peach lo atropellase un tren si a cambio pudiésemos recuperar a Bhardwaj —añadió el detective—. ¿Para qué demonios le sirve Peach a nadie?

—¿No crees que eso suena un poco a... eugenesia? —dijo Robin.

—Sólo si empiezo a empujar yo personalmente a gilipollas a las vías del tren —dijo Strike—. Pero como no voy por ahí matando a la gente que no me cae bien, no creo que haya nada malo en admitir que algunas personas aportan más que otras a la humanidad.

—Entonces, ¿no suscribes lo de «cualquier muerte me afecta»? —preguntó Robin.

—Te aseguro que no me afectaría en absoluto la muerte de algunos de los desgraciados a los que he conocido —contestó Strike—. ¿Has visto lo que la familia de Bhardwaj ha dicho en el *Times* esta mañana?

—Sí —respondió Robin, sin mencionar que aquella declaración la

había hecho llorar. Además de pedir ayuda para encontrar al asesino de su hijo, la familia de Vikas había hablado de lo inmensamente orgullosa que estaba de aquel genio que nunca había permitido que su discapacidad se convirtiese en un obstáculo, y para quien la astrofísica lo era todo en la vida.

—Me ha ayudado a entender muchas cosas —comentó Strike.

—¿Como qué?

—Un doctor en Astrofísica no parecía un buen candidato para pasar tanto tiempo jugando a un videojuego en línea. Pero resulta que entró en Cambridge a los dieciséis años, y que sufría una grave discapacidad; seguro que estaba más solo que la una. Ese juego era su vida social. Dentro del juego, no tenía ningún problema de dicción ni de movilidad. Sin duda supondría un gran alivio dejar de ser el niño prodigio y convertirse en un simple fan rodeado de otros fans.

—Y tener un amigo íntimo, Anomia.

—Exacto, y ése es un aspecto interesante, ¿no? —dijo Strike—. De los sospechosos que nos quedan, ¿con quién crees que es más probable que Vikas Bhardwaj hiciese buenas migas?

—Yo también me lo he preguntado.

—Kea es muy guapa. Me puedo imaginar a un chico solitario emocionado con la idea de ser su mejor amigo.

—Cierto —dijo Robin—. Pero si no conocieras las tendencias pedófilas de Ashcroft, a lo mejor pensarías que es buena gente.

—Y por lo que he oído en tu grabación, Pierce sabe ser encantador cuando quiere. Y conocía a Ledwell y a Blay. Vivía con ellos. Eso le parecería muy emocionante a cualquier fan.

Se quedaron callados y pensativos unos segundos, y entonces Strike dijo:

—Bueno, la prensa todavía no se ha enterado de que estábamos allí, gracias a Dios. ¿Qué tal ayer? ¿Lo encontraste todo bien en tu piso?

—Sí, todo bien —dijo Robin.

Después de que la policía le confirmase que podía hacerlo sin correr peligro, Robin había ido un momento a su casa a recoger una bolsa llena de ropa limpia que luego se llevó al hotel. Durante la hora que pasó en su piso, aprovechó para regar el filodendro, que estaba un poco mustio, y, por un instante, se le pasó por la cabeza llevárselo al hotel.

La detective sospechaba que el estado en que había entrado por primera vez en el Z Hotel —cansada tras conducir cientos de kilómetros y poco después de descubrir el cadáver de Vikas Bhardwaj — quizá la había predispuesto en contra del establecimiento, pero su habitación, decorada con tonos grises, le parecía poco espaciosa y muy desangelada. A diferencia de Strike, ella se pasaba casi todo el tiempo

metida allí, porque tenía que prepararse para hacer el test de moderadores que Anomia le pasaría aquella misma semana.

Su socio, en cambio, estaba muy tranquilo. Los años que había pasado en el ejército lo habían acostumbrado a cambiar continuamente de residencia; prefería los espacios limpios, despejados y utilitarios, y las habitaciones pequeñas eran muy útiles cuando no llevaba puesta la pierna ortopédica.

Además, el hotel estaba perfectamente situado para supervisar las reparaciones que se estaban haciendo en la oficina y para acceder a todos los servicios de una zona que conocía como la palma de su mano.

Midge y Barclay fueron los primeros colaboradores externos que llegaron a la reunión del equipo; Midge llevaba unos vaqueros negros y una camiseta de tirantes que hizo que Robin se avergonzara de la palidez de sus brazos.

—Esta mañana todo ha ido como estaba planeado —fue lo primero que dijo Midge al llegar.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Robin, que llevaba desde las siete de la mañana viendo episodios de *Un corazón tan negro,* intentando memorizar argumentos y frases importantes.

—He ido a ver a la primera mujer de Jago Ross —explicó Midge —. Le he enseñado los vídeos que grabé, en los que se ve a Joss pegando a sus hijas y obligando a aquella pobre cría a saltar el obstáculo con su poni.

—¿Y? —preguntó Strike.

—Va a solicitar la custodia exclusiva. Pero me ha prometido que no llamará a Ross ni a su abogado antes de esta noche.

—Muy bien —dijo Strike.

—¿Vas a...? —empezó a preguntar Robin, pero al mismo tiempo Barclay dijo:

—¿Ya has encontrado a alguien para sustituir al inútil de Nutley?

—Estoy en ello —contestó Strike, aunque lo cierto era que aún no había tenido tiempo de ocuparse del problema de personal. Después de regresar de Cambridge, se había pasado casi toda la mañana reunido con el casero de la oficina, que después del atentado se había mostrado algo reacio a renovarles el alquiler, y le había costado mucho trabajo apaciguarlo.

—Bueno, Midge y yo tenemos noticias sobre Dedos Largos —añadió Barclay.

—Excelente —dijo Strike—. Esperad a que lleguen Dev y Pat para contárnoslo: sólo tardarán un minuto.

Robin se alegró de comprobar que Pat volvía a ser la misma de siempre cuando llegó con Dev; sus andares briosos indicaban que la puerta que había salido volando y se le había caído encima no le

había producido ninguna lesión duradera. La actitud de Pat tampoco había cambiado en absoluto: cuando miró con desaprobación el taburete triangular donde se suponía que debía sentarse, y Strike se levantó y le ofreció el sofá, ella refunfuñó:

—Puedo sentarme en un taburete, todavía no estoy tan decrépita. —Se sentó y, de inmediato, le dio una furiosa calada al cigarrillo electrónico.

Cuando todos hubieron encargado comida y bebida, Strike tomó las riendas.

—Me ha parecido que nos convenía vernos en persona. Soy consciente de que Robin y yo hemos estado ausentes unos días y que eso ha repercutido en vosotros. Sólo quiero que sepáis que valoro muy positivamente el trabajo que habéis estado haciendo en nuestra ausencia... y que hayáis decidido seguir en la agencia a pesar de lo ocurrido.

—¿Sabéis si la policía tiene alguna pista sobre el autor del atentado? —preguntó Dev.

—Todavía no nos han dicho nada, pero no creo que tarden mucho ahora que está implicado el mi5 —dijo Strike, confiando en no estar siendo excesivamente optimista—. Bueno, ¿qué novedades hay sobre Dedos Largos?

—La asistenta doméstica ha dimitido —explicó Barclay.

—Interesante —dijo Strike.

—Sí. Anoche estuve a su lado en una parada de autobús mientras ella le contaba a Dedos Largos que no quería seguir trabajando ahí porque tenía miedo.

—¿Miedo? ¿Miedo de qué? —preguntó Strike.

—Del KGB —contestó Barclay.

—Pero si el KGB ya no existe —repuso Robin—. ¿Qué demonios dice?

—Por lo que pude oír —continuó Barclay—, Dedos Largos le había dicho que el gobierno ruso vigila a su padrastro, y que por eso le había hecho buscar todas las cámaras ocultas y entregárselas, porque no quiere preocupar a su madre, que está enferma. Pero Midge tiene más información.

—Sí. ¿Enferma? Y un cuerno —dijo Midge—. La madre está aquí, en Londres. Llegó hace dos días. Ayer los seguí a ella y a Dedos Largos y, gracias a un golpe de suerte, conseguí sentarme a su lado en ese bar de champán y caviar de Harrods.

—Lo tendré en cuenta cuando presentes los gastos mensuales —comentó Strike.

—Por si te consuela, el caviar me pareció asqueroso —declaró Midge—. Nunca lo había probado.

—¿No había nada más barato?

—Joder, Strike, estaba en un local de caviar. ¿Qué querías que hiciera, que preguntara si podían prepararme un pastel de carne?

Robin se echó a reír.

—En fin, la cuestión es que pude oír toda su conversación —siguió Midge—. Ella va a pedir el divorcio. Yo me imagino que Dedos Largos ha estado robando cosas porque quiere sacar todo lo que pueda de esa casa antes de que cambien las cerraduras.

—O ella le ha hecho sacar las cosas que quiere conservar, en lugar de pelear por ellas en el juicio —repuso Strike—. Seguramente con la esperanza de que culpen a la asistenta doméstica.

—No me sorprendería —dijo Midge—. Dedos Largos y su madre parecen llevarse muy bien.

—Genial, habéis hecho los dos muy buen trabajo. Seguimos vigilando a Dedos Largos y quizá también a su madre mientras esté aquí. ¿Qué edad tiene ella?

—No lo sé... ¿cuarenta y muchos? —especuló Midge—. Con poca luz parece más joven. Tiene la cara muy recauchutada. A plena luz parece que haya sufrido un shock anafiláctico.

—Supongo que estará haciendo mucha vida social desde que llegó a Londres... —dijo Strike, pensativo—. Si está planteándose divorciarse...

—Come y cena fuera de casa —apuntó Midge—. Hace dos noches fue a un bar de Knightsbridge con otras dos mujeres que se parecían mucho a ella.

Strike lanzó una mirada interrogativa a Dev, que se irguió un poco.

—¿Qué pasa?

—Sería interesante que un marchante de arte atractivo se la camelara. A lo mejor ella le pediría que tasara o vendiera los objetos que ha robado Dedos Largos.

—Yo no entiendo un carajo de arte —replicó Dev.

—Sólo tendrías que especializarte en los objetos que sabemos que faltan en la casa —dijo Strike.

—¿Y por qué no puedo encargarme yo? —preguntó Barclay, muy serio.

—¿Tú entiendes mucho de arte? —le preguntó Strike.

—Hice un cursillo nocturno de Fabergé y soplete.

Todos rieron, incluso Pat.

Cuando les llevaron los sándwiches, Strike dijo:

—Vamos allá: Anomia.

El gesto inexpresivo de los colaboradores le dio a entender claramente que a nadie le entusiasmaba el nuevo tema de conversación.

—Nos quedan tres candidatos sólidos —comunicó Strike—.

Vamos a tener que hacer mucho trabajo de campo para descartar a alguien más.

—A este ritmo, podrían pasar años —dijo Midge.

—Robin está a punto de entrar en el canal de moderadores del juego —añadió Strike—. Creo que eso va a ser clave para resolver el caso.

Cormoran no podía culpar a sus colaboradores por mostrarse escépticos. La agencia tenía cinco investigadores, una de las cuales estaba fuera de servicio hasta que aprobase el test de Anomia, y se suponía que debían vigilar a seis personas, teniendo en cuenta los otros casos.

—Mirad —dijo Strike—, ya sé que vamos muy justos, pero es muy probable que esta noche podamos borrar a Ross de la lista.

—¿Vas a ir a verlo? —preguntó Robin.

—Sí —confirmó Strike sin entrar en detalles.

Como no quería hablar con todo el equipo de Ross, de su larga y complicada relación con Charlotte ni de lo culpable que se sentía por haber añadido ese caso a la carga de trabajo de la agencia, dirigió de nuevo la conversación hacia Anomia, y le asignó a cada colaborador un sospechoso al que cada uno empezaría a seguir esa misma tarde.

87

Los grandes amores laten con fuerza hasta el final;
no se extinguen poco a poco: mueren de golpe.

HELEN HUNT JACKSON,
Morir de golpe

Esa noche, a las ocho y media, una hora a la que normalmente Jago Ross había regresado del trabajo, Strike llegó a Kensington y fue andando hasta el enorme edificio de ladrillo rojo con revestimiento interior de piedra blanca en el que Jago tenía un piso. Todas las luces del segundo piso estaban encendidas, así que Strike llamó al timbre que había al lado de la puerta principal acristalada, desde la que podía verse un lujoso vestíbulo. Le abrió un conserje con librea negra, pero no lo dejó pasar.

—Vengo a ver a Jago Ross —dijo Strike—. Me llamo Cormoran Strike.

—Voy a avisar, señor —dijo el conserje, que hablaba en voz baja, como un enterrador, y que con suma suavidad le cerró la puerta en las narices.

El detective, convencido de que Ross accedería a hablar con él, aunque sólo fuese para tener la oportunidad de insultarlo y amenazarlo cara a cara, esperó sin preocuparse demasiado, y al cabo de un par de minutos el conserje regresó, abrió la puerta y le cedió el paso.

—Segunda planta, puerta 2B —dijo el conserje, con la misma voz apagada y monótona de quien le da el pésame a un importante dignatario—. Ahí enfrente tiene el ascensor.

Como lo tenía delante y lo veía perfectamente, Strike no consideró que la información mereciese una propina, así que atravesó el vestíbulo con moqueta azul marino y pulsó el botón del ascensor, que se abrió y reveló el interior de la cabina, revestida de caoba y con un espejo biselado con marco dorado.

Cuando volvió a abrirse la puerta, Strike apareció en el rellano de la segunda planta, también decorado con moqueta azul marino; había lirios frescos en una mesita y las tres puertas de caoba de tres pisos. En la puerta del medio vio una plaquita metálica con la inscripción ROSS, así que Strike pulsó otro timbre y esperó.

Jago Ross tardó casi un minuto en abrir. Era tan alto como Strike,

aunque mucho más delgado, y con su pelo blanco, su cara estrecha y sus brillantes ojos azules recordaba a un zorro ártico. Todavía llevaba el traje con el que había llegado de la calle, pero se había aflojado la corbata azul oscuro, y sostenía en la mano un vaso de lo que casi con toda seguridad era whisky. Sin mudar la expresión, se apartó para dejar entrar a Strike en el recibidor; luego cerró la puerta del piso, dejó atrás a su visitante y entró en el salón.

Strike lo siguió. Sabía que aquel piso era propiedad de los padres de Ross, y la decoración parecía una parodia del estilo de los «ricos de toda la vida»: desde las cortinas de brocado, ligeramente desteñidas pero todavía lustrosas, hasta la araña de luces antigua y la alfombra Aubusson. En las paredes había oscuros cuadros al óleo de perros, caballos y lo que Strike supuso que serían antepasados. Entre las fotografías con marco de plata de la mesita que había detrás del sofá, destacaba un retrato del joven Ross con la corbata blanca y el frac negro de Eton.

Jago parecía decidido a hacer que Strike hablase primero, y el detective no pensaba poner ninguna objeción a eso; es más, estaba deseando despachar aquel asunto lo más rápido posible, pero todavía no había empezado cuando oyó unos pasos en la habitación contigua...

Y entonces apareció Charlotte con un vestido negro ceñido y zapatos negros de tacón de aguja. Parecía que hubiese llorado, y al ver a Strike puso cara de perplejidad.

—¡Corm! —exclamó—. ¿Qué demon...?

—Y el Óscar a la mejor actriz es... —dijo Jago desde uno de los sofás, con un brazo extendido sobre el respaldo y haciendo gala de una ostentosa serenidad.

—¡Yo no sabía que iba a venir! —se quejó Charlotte.

—Claro que no —repuso Jago con sorna.

Pero ahora Charlotte estaba mirando a Strike y, con profundo recelo, el detective vio que ella se había sonrojado, regodeándose en la esperanza.

—¿Interrumpo un reencuentro conyugal? —preguntó Cormoran con la doble intención de frustrar las expectativas de Charlotte y de ir al grano lo más rápido posible.

—No —dijo Charlotte, soltando una risita que desentonó con sus ojos enrojecidos—. Jago me ha hecho venir para hacerme una oferta: quiere comprarme a mis hijos. Para evitar que me pinten como una fulana psicótica ante el tribunal, puedo marcharme ahora con ciento cincuenta mil libras libres de impuestos en el bolso. Supongo que cree que le saldrá más barato esto que ir a juicio. Ciento cuarenta y cinco mil por Janies, y cinco mil por Mary, supongo. ¿O ella no vale ni eso? —le soltó a Ross.

—Si se parece a su madre, no, desde luego —afirmó Jago mirándola fijamente.

—¿Has visto cómo me trata? —le dijo Charlotte a Strike, escudriñando su rostro en busca de alguna señal de compasión.

—Es mi última oferta —dijo Jago—, y si te la hago es sólo para que tus hijos no tengan que leer la verdad sobre su madre cuando sean lo bastante mayores para leer los periódicos. Por lo demás, no tengo ningún inconveniente en ir a juicio. «Le dieron los niños al padre porque la madre era una auténtica Charlotte Ross»: eso dirá la gente cuando haya terminado contigo. Perdón... —añadió volviéndose perezosamente hacia Strike—. Imagino cómo debe de dolerte oír esto.

—Me tiene sin cuidado cuál de los dos se quede con la custodia —declaró Strike—. He venido para asegurarme de que mi agencia y yo quedamos fuera de vuestro espectáculo de circo.

—Lo siento muchísimo, pero me temo que eso no va a ser posible —dijo Ross, aunque parecía más bien contento—. Fotos en bolas. «Siempre te querré, Corm...» Mira que salvarle la vida... No imaginas el montón de tiempo, preocupaciones y dinero que me habría ahorrado si se hubiese muerto en aquel maldito manico...

Charlotte agarró una reluciente esfera de malaquita del tamaño de un pomelo de la mesa que tenía más cerca, y la lanzó apuntando al espejo de encima de la repisa de la chimenea. Como Strike habría podido prever, dada su experiencia, la esfera se quedó corta y cayó con un ruido sordo sobre un montón de libros apilados en la mesita de centro, para luego caer inofensivamente sobre la alfombra. Jago se puso a reír y, como Strike también habría podido prever, Charlotte agarró entonces el siguiente objeto que tenía más a mano, una caja de carey con incrustaciones, y se la lanzó a Jago, que desvió la caja con un manotazo y sin apenas inmutarse.

La caja acabó cayendo en la chimenea, donde, con un fuerte estampido, se hizo pedazos.

—Esa caja —dijo Jago, que había dejado de sonreír— era del siglo XVIII, y la vas a pagar.

—¿Ah, sí? ¡No me digas! —le gritó Charlotte.

—Sí, maldita zorra loca, como lo oyes. Acabas de restarle diez mil a mi oferta. Ciento cuarenta, y podrás ver a los gemelos con supervisión seis veces al año.

Ross miró de nuevo a Strike.

—Espero que no creas que eres el único con el que ha estado jugando, porque...

—¡Eres un mentiroso de mierda! —le gritó Charlotte—. ¡Yo no hice nada con Landon y lo sabes perfectamente! ¡Sólo intentas meter cizaña entre Corm y yo!

—Nada de «Corm y yo», Charlotte —dijo Strike—. Eso se acabó

hace cinco años. Si hacéis el favor de controlaros un par de minutos, me parece que a los dos os interesará oír lo que he venido a contaros, porque tiene mucho que ver con esta conversación.

Las palabras del detective los sorprendieron un poco a los dos, y Strike continuó antes de que pudiesen interrumpirlo, dirigiéndose a Jago:

—Hoy una de mis colaboradoras ha ido a ver a tu ex mujer y le ha enseñado un vídeo en el que sales pegándoles patadas y bofetadas a tus hijas, delante de tu casa de Kent y en el jardín. Tu ex también ha visto una grabación en la que se ve cómo obligas a una de las niñas a saltar un obstáculo con su poni, lo que acabó con una lesión grave. Mi colaboradora dice que tu ex está pensando en solicitar la custodia exclusiva utilizando las pruebas que ha recogido mi agencia.

Era imposible saber si Ross había palidecido, porque siempre había dado la impresión de que tenía anticongelante en lugar de sangre en las venas, pero sí se había quedado inmóvil.

—Esta tarde te he enviado copias de las mismas grabaciones a tu casa —le dijo a Charlotte, quien, a diferencia de Ross, estaba mucho más roja que antes y parecía eufórica—. Como es lógico, yo también me he quedado una copia. Si se menciona mi nombre durante el juicio de vuestro divorcio —continuó, mirando a Ross a los ojos—, mandaré esos vídeos directamente a la prensa sensacionalista, y ya veremos qué historia les interesa más: la acusación infundada de que tuve una aventura con una mujer casada, o el aristócrata millonario que se codea con la realeza y que se lía a patadas con sus hijas pequeñas y provoca accidentes en los que una de ellas se rompe una pierna, porque él se cree intocable.

Strike se dirigió a la puerta, pero, antes de llegar, se detuvo y añadió:

—Ah, por cierto: una de tus niñeras está a punto de presentar su dimisión. Como es lógico, mi agencia nunca grabaría de forma encubierta una conversación privada, pero uno de mis detectives tomó abundantes notas después de charlar con ella en un pub. En opinión de la chica, ninguno de los dos estáis capacitados para ocuparos de vuestros hijos. No me extrañaría que le hubierais hecho firmar un contrato de confidencialidad, pero seguro que la prensa le pagará gustosa los costes legales a cambio de los detalles más truculentos.

»Así que no lo olvidéis: tengo el nombre y la dirección de la niñera, y las notas de su conversación. Y también tengo esos vídeos. Una sola llamada a la redacción de un periódico y ya veremos qué nombre es el que se arrastra por el barro. Más vale que os lo penséis bien, antes de volver a enredarme en vuestras mierdas.

Cuando Strike se dirigió a la puerta de entrada, no se oía nada en el salón. Al parecer, los Ross se habían quedado sin habla. El detective

salió y cerró la puerta del piso con firmeza.

Abajo, en el vestíbulo, el conserje se mostró sorprendido de volver a ver a Strike tan pronto cuando se levantó para abrirle la puerta acristalada.

Dado que el detective habría podido abrirla él mismo, tampoco consideró aquel gesto digno de una propina; salió a la acera diciendo «buenas noches» y se dirigió a Kensington High Street, donde confiaba en encontrar un taxi.

Un par de minutos más tarde, sin embargo, cuando estaba acercándose a la calle, oyó un taconeo a sus espaldas e inmediatamente supo qué voz era la que estaba a punto de oír.

—¡Corm! ¡Corm!

Se dio la vuelta. Charlotte se apresuró a recorrer los últimos metros sobre sus tacones de aguja: jadeante, hermosa y sofocada.

—Gracias —dijo alargando una mano para tocarle el brazo.

—No lo he hecho por ti —repuso Strike.

—No me vengas con ésas, Bluey.

Lo dijo sonriendo, mientras escudriñaba el rostro del detective en busca de confirmación.

—Es la verdad. Lo he hecho por mí y por esas niñas.

Strike se dio la vuelta otra vez, echó a andar y se sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo, pero ella corrió hasta alcanzarlo y volvió a agarrarlo por el brazo.

—Corm...

—No —dijo él tajante y apartando su mano—. Esto no tiene nada que ver con nosotros.

—Siempre has sido un mentiroso pésimo —dijo ella soltando una risita.

—Yo no miento —mintió él.

—Corm, no corras tanto, llevo tacones...

Strike se dio la vuelta y la miró a los ojos.

—Charlotte, a ver si te metes esto en la cabeza. Mi agencia estaba amenazada. Todo por lo que he trabajado durante estos últimos cinco años se habría ido a la mierda si hubiese tenido que aparecer en vuestro juicio de divorcio. No quiero salir en las columnas de cotilleos.

—Sí, ya me he enterado de que Madeline y tú lo habéis dejado —dijo ella sin dejar de sonreír, y Strike comprendió que nada de lo que acababa de decirle la había impresionado—. Corm, vamos a tomarnos una copa y a celebrarlo. Tu agencia está a salvo, yo me he librado de Jago...

—No —repitió Strike dándose otra vez la vuelta, pero en esta ocasión ella lo agarró tan fuerte del brazo que, si él se hubiese soltado, se habría arriesgado a que ella se tambaleara sobre sus zapatos de tacón y se cayera al suelo.

—Por favor… —insistió Charlotte en voz baja, y Strike se dio cuenta de que ella aún creía que conservaba el poder que en otro tiempo había ejercido sobre él, y que bajo su rabia y su impaciencia yacía el amor que había sobrevivido tras tantas escenas penosas—. Por favor, sólo una copa, Corm… Te lo dije cuando me estaba muriendo. ¡Cuando me estaba muriendo! Habrían podido ser mis últimas palabras: te quiero.

Eso hizo que a él se le agotara la paciencia. Se quitó la mano de Charlotte del brazo y le soltó:

—Para ti el amor es un puto experimento de química. Lo que te gusta de él es el peligro y las explosiones, y aunque no hubiese acabado para siempre contigo —añadió con crueldad—, por nada del mundo querría ayudar a criar a los hijos de Jago Ross.

—Bueno… supongo que ahora tendremos la custodia compartida. No estarán siempre conmigo.

Con esas palabras, la bulliciosa noche pareció ralentizarse de nuevo alrededor de Cormoran Strike, y el constante rumor del tráfico se apagó súbitamente. Esta vez, sin embargo, no estaba mirando a los ojos de Robin, lleno de alcohol y deseo: la extraña sensación sísmica se había producido en su interior porque había notado que algo se rompía y por fin sabía que era imposible recomponerlo.

No es que en ese instante viese cómo era Charlotte en realidad, porque creía que no había una única e invariable verdad sobre ningún ser humano, pero comprendió de una vez por todas que algo que él había creído que era cierto no lo era.

Siempre había creído —había tenido que creerlo, porque, si no podía creer eso, ¿qué demonios estaba haciendo y por qué retomaba una y otra vez la relación?— que por muy dañina y destructiva que fuese Charlotte, por muy propensa a causar caos e infligir dolor, ambos compartían un núcleo parecido donde habitaban ciertos principios inalienables. A pesar de todos los indicios en contra —su maldad y su carácter destructivo, sus ansias de caos y conflicto—, él se había aferrado idílicamente a la idea de que la infancia de Charlotte, que había sido igual de conflictiva, caótica y, en ocasiones, espeluznante que la suya, le había despertado el deseo de transformar su rincón del mundo en un lugar más cuerdo, seguro y amable.

Y ahora comprendía que se había equivocado por completo. Había imaginado que la vulnerabilidad de Charlotte implicaba una compenetración instintiva con otras personas vulnerables. Aunque uno no quisiera tener hijos, y él no quería tenerlos, porque no quería hacer los sacrificios necesarios para criarlos, haría cualquier cosa que estuviese en su mano para impedir que tuviesen que pasar la mitad del tiempo con Jago Ross, ¿no? Independientemente de lo que pensara de Charlotte, ni una sola vez se le había ocurrido dudar de que haría lo

mismo que se disponía a hacer la ex mujer de Ross: pelear para proteger a sus hijos de su padre.

—¿Por qué me miras así? —dijo Charlotte con un deje de impaciencia.

De hecho, Strike acababa de darse cuenta, observando el vestido negro y ceñido en el que apenas se había fijado en el piso de Jago, de que Charlotte había ido a ver a su marido vestida para seducirlo. Probablemente su plan había sido volver a hechizar a Ross, aunque quizá aquel tal Landon estuviese esperándola con optimismo en algún bar de Mayfair, mientras ella intentaba avivar las llamas de la relación con el hombre al que nunca había dejado del todo.

—Buenas noches, Charlotte. —Strike se dio la vuelta y echó a andar, pero ella corrió tras él y lo cogió una vez más por el brazo.

—¡No puedes irte así! Venga, Corm... —dijo otra vez entre risas —. ¡Sólo una copa!

Pero un taxi libre iba hacia ellos. Strike levantó un brazo, el taxi redujo la velocidad, y, apenas un minuto más tarde, se alejaba de la acera, dejando a una de las mujeres más bellas de Londres mirándolo fijamente con gesto inexpresivo.

88

Mira qué pronto desaparecieron de tu vista
los objetos prometidos que tan luminosos parecían...

MARY TIGHE, *Soneto*

Aunque ir a tomar una copa con Charlotte era lo último que le apetecía, ahora Strike necesitaba una, así que, camino del hotel, entró en una tienda de licores y, saltándose el régimen, compró whisky y cerveza.

La bolsa de plástico, llena de botellas y latas, iba haciendo un ruidito metálico al chocar con su pierna ortopédica mientras el detective recorría el pasillo del hotel y pasaba por delante de la habitación de Robin, que estaba a cinco puertas de la suya. Acababa de sacarse la tarjeta-llave del bolsillo cuando oyó que se abría una puerta a sus espaldas; Strike se volvió y vio que Robin asomaba la cabeza al pasillo.

—¿Por qué no contestas a mis mensajes? —le preguntó su socia.

A juzgar por su expresión, Strike comprendió que pasaba algo.

—Lo siento, no los he oído. ¿Qué pasa? —dijo él dando media vuelta.

—¿Puedes entrar un momento?

Al caminar hacia su puerta, Cormoran vio que Robin llevaba puesto un pijama que consistía en unos pantalones cortos grises y una camiseta a juego. Seguramente ella se dio cuenta al mismo tiempo que él de que se notaba que no llevaba sujetador, porque, cuando Strike llegó a su lado, ella cogió el albornoz que había encima de su cama y se lo puso. La habitación estaba templada y olía a champú, y era evidente que Robin acababa de secarse el pelo con un secador.

—Tengo noticias —dijo ella al cerrar la puerta—. Buenas y malas.

—Las malas primero —dijo Strike.

—La he cagado. —Robin cogió el iPad y se lo dio—. He hecho la última fotografía justo a tiempo. Lo siento mucho, Strike.

Él dejó la bolsa de las botellas, se sentó en la cama, porque no había ninguna silla, y examinó las fotografías de lo que había estado pasando en el juego en la última hora.

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**9 junio 2015 21:45**>;

<**Anomia invita a Buffypaws**>;

Anomia: Qué haces aquí? Deberías estar estudiando para el examen de mod

<**Buffypaws se ha unido al canal**>;

Buffypaws: llevo horas estudiando

Buffypaws: necesito descansar!

Anomia: has visto a Infernal1?

Buffypaws: no, lo siento

>;

>;

Anomia: bueno, pues si vas a ser mod, tienes que saber que va a haber algunos cambios

Anomia: Morehouse se ha ido

Buffypaws: hostia, en serio?

Anomia: no perdemos nada

Anomia: AbirridoDrek me ayudará si hay que actualizar el juego

Anomia: y a partir de ahora, nada de canales privados, los voy a cerrar

Anomia: canal de moderadores, juego principal, y punto

Anomia: se acabó eso de hablar a mis espaldas

>;

>;

>;

Anomia: estás hablando por algún otro canal privado ahora?

>;

>;

>;

Buffypaws: sí

Buffypaws: estoy hablando con Cora y con Gusano28

Anomia: vale, no has mentido

Anomia: así me gusta

Anomia: necesito saber que puedo confiar en mis mods

Anomia: te han preguntado si sabes adónde ha ido Infernal1?

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**9 junio 2015 21:47**>;

<**Cora invita a Buffypaws y a Gusano28**>;

Cora: hola

<**Gusano28 se ha unido al canal**>;

<**Buffypaws se ha unido al canal**>;

Buffypaws: hola, qué tal?

Gusano28: Cora es verdad que Morehouse sea ido???

Buffypaws: qué? Morehouse se ha ido?!

Cora: dice Anomia que no hacía su trabajo

Gusano28: no me lo puedo creer

Gusano28: creia que eran intimos amigos?

Gusano28: porque no podemos tener mas mods y dejar qeu morehouse haga menos?

Cora: Anomia está mejor sin él

Cora: habéis visto a Infernal1?

Buffypaws: no

Gusano28: no, porque?

Cora: ha desaparecido

Cora: ya se ha saltado dos sesiones de mod

Cora: Anomia se va a cabrear

Cora: le ha escrito por email y todo

Buffypaws: hostia, qué raro

Gusano28: y si esta enfermo?

Cora: no puede estar enfermo, todos tenemos que avisar a Anomia si no podemos moderar

Gusano28: y si ha tenido un accidente o algo?

Cora: no puede ser

Cora: creo que Anomia lo sabría. Estoy segura de que sabe quiénes somos todos los mods en la vida real.

Buffypaws: sí

Buffypaws: pero no lo sé

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Anomia: estás hablando con alguien más por un canal privado ahora mismo?

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

Buffypaws: perdón, he ido al baño

Anomia: contesta la pregunta

>;

Buffypaws: no

Buffypaws: sólo estoy hablando con Gusano28 y con Cora

Anomia: estás segura de eso?

Anomia: has ido al baño justo cuando ha llegado Traslúcida

Buffypaws: casi no conozco a Traslúcida

Anomia: y seguro que no estás hablando con ella ahora?

Buffypaws: ya te lo he dicho: no

Anomia: lo bueno de AbirridoDrek es que es lo bastante listo para no hacerse el listo

Buffypaws: no sé qué quieres decir

Buffypaws: yo no me hago la lista

>;

Anomia: sólo eres simpática, no?

Buffypaws: bueno, he hablado con ella, pero no esta noche

Buffypaws: es lo que me gusta del juego, hablar con otros fans.

Anomia: hinc cum hostibus clandestina colloquia nasci

Buffypaws: qué significa eso?

Anomia: esto

<**Buffypaws ha sido baneada**>;

Gusano28: pero Infernal1 no abria dekado el juego

Gusano28: me lo a bria dicho

Gusano28: nose a bria ido asi

Cora: tienes su información de contacto?

Gusano28: no claro que no. regla 14

Gusano28: sabeis si la policia ya a acusado a P***** O*****?

Cora: no lo han acusado ni lo van a acusar

Cora: no fue él

Cora: a ver si la gente deja ya de largar sobre cosas de las que no sabe nada

Gusano28: cuando e largado yo?

Cora: tú no, me refiero a los Corazones de Twitter que dicen que fue él

>;

Cora: no fue él, seguro

Gusano28: como lo sabes?

Cora: lo sé y punto

>;

Cora: uf, mira. Ha vuelto Traslúcida

>;

Cora: Pensaba que se iría si se iba Morehouse

Cora: es una falsa

Gusano28: proque?

Cora: les envía fotos en bolas a todos los tíos

Cora: pronto te las enviará a ti, Buffy

Cora: necesita hacer crecer su club de fans

Cora: Infernal1 tenía razón sobre ella

>;

Buffypaws: envía fotos en bolas?

Cora: sí, a todos los tíos

Gusano28: tu no lo sabes

Cora: sé que se las envió a Anomia y a Morehouse

Cora: Yo vi una. Me la enseñó Vile

Gusano28: enserio?

Cora: sí, una vez que le pedí a Vile que me cambiara el turno

Cora: me dijo: «si demuestras que estás más buena que ésta en bolas, te lo cambio»

Cora: y le dije «quién es esa chica?»

Cora: y me dijo: Traslúcida

Cora: se la envió a Anomia «por error» y entonces Anomia se la enseñó a Vile, y creo que él se la enseñó a los otros tíos, porque...

<**Buffypaws ha sido baneada**>;

<**Se ha abierto un nuevo canal privado**>;

<**9 junio 2015 21:56**>;

<**Traslúcida invita a Buffypaws**>;

Traslúcida: Anomia está hablando contigo?

>;

>;

>;

<**Buffypaws se ha unido al canal**>;

Buffypaws: hola

Traslúcida: dime si Anomia está hablando contigo

>;

>;

>;

Buffypaws: ahora no pero tenemos un canal privado abierto

Traslúcida: y qué te está diciendo?

Buffypaws: me ha preguntado si sé dónde está Infernal1

Buffypaws: y me ha dicho que Morehouse se ha ido

Traslúcida: no le digas a Anomia que estoy hablando contigo

Traslúcida: te lo pido por favor

Traslúcida: no se lo digas, por favor

Buffypaws: ok tranqui

Traslúcida: gracias

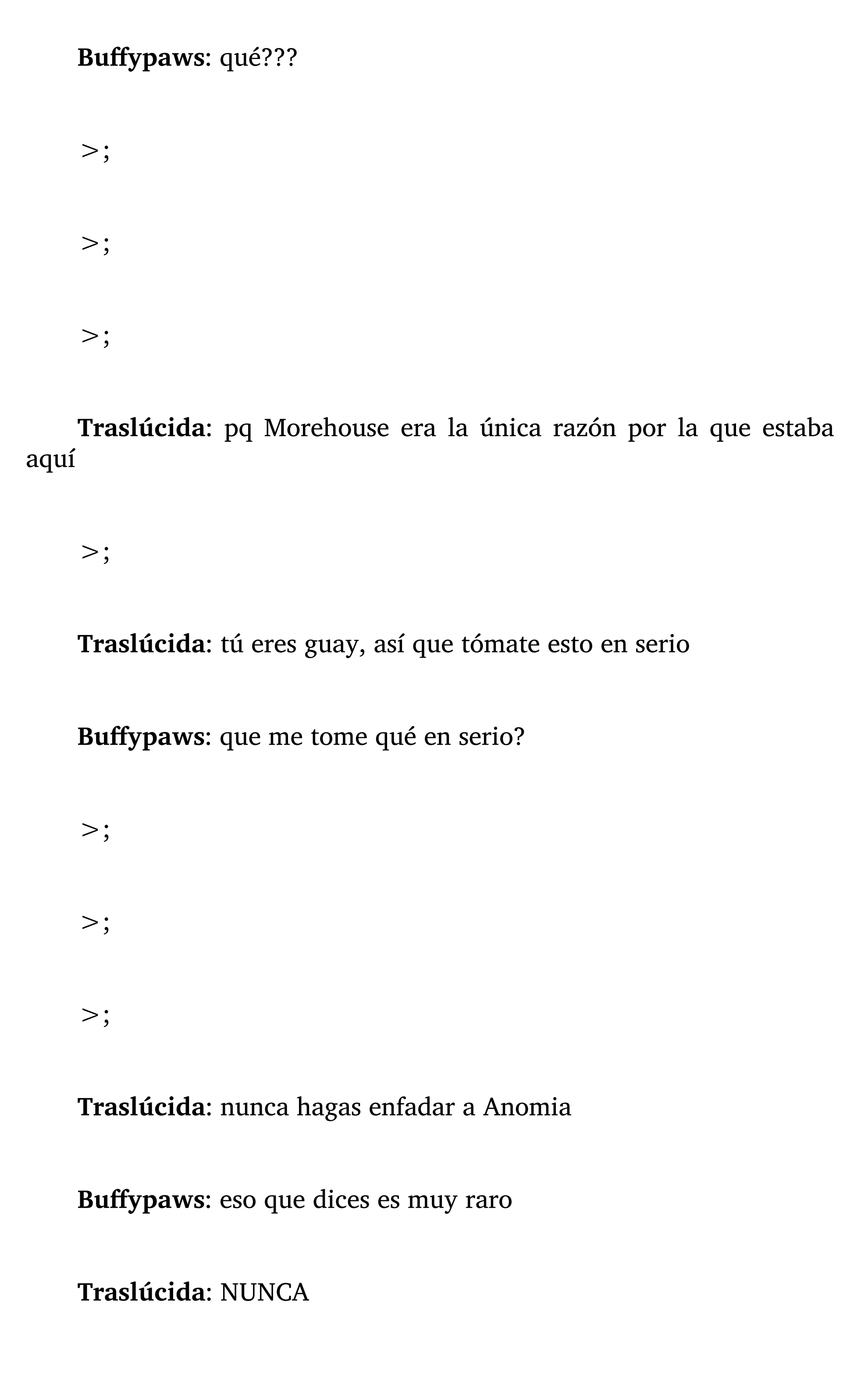
>;

>;

Buffypaws: flipo con que Morehouse se haya ido del juego

Traslúcida: no tenía opción

Traslúcida: yo también me voy a ir



Buffypaws: qué???

>;

>;

>;

Traslúcida: pq Morehouse era la única razón por la que estaba aquí

>;

Traslúcida: tú eres guay, así que tómate esto en serio

Buffypaws: que me tome qué en serio?

>;

>;

>;

Traslúcida: nunca hagas enfadar a Anomia

Buffypaws: eso que dices es muy raro

Traslúcida: NUNCA

>;

>;

>;

Buffypaws: Traslúcida?

<**Traslúcida ha dejado el canal**>;

>;

>;

<**Buffypaws ha sido baneada**>;

—Anomia lo sabía —dijo Robin. Strike terminó de leer y levantó la cabeza. Ella se había sentado a su lado en la cama—. Sabía que yo estaba hablando con Traslúcida. No debería haber mentido, pero estaba preocupada por ella y…

—A lo mejor no estaba seguro —dijo Strike—, aunque supongo que podría haber encontrado la forma de ver los canales privados.

—Mierda. —Robin se tapó la cara con las manos—. Tanto curro para nada.

—Para nada, no —se apresuró a decir Strike, porque Robin estaba destrozada.

Sacó la botella de whisky de la bolsa de plástico y trató de pensar en algo que decir que no fuese «pero lo último que nos faltaba era esto».

—Traslúcida es la que tenía una relación virtual con Morehouse, ¿verdad? —preguntó mientras buscaba un vaso o una taza.

—Sí, y decía que sabía quién era en la vida real.

—Entonces sabe que lo han matado. No me extraña que esté desaparecida —dijo Strike—. La cuestión es si dejar el juego la pondrá en un peligro aún mayor, porque si Morehouse le reveló quién es Anomia, y Anomia sabe quién es ella… Y sabemos que, como mínimo,

ha visto una fotografía suya, así que podría tener muchos números para acabar con un puñal en la espalda.

—¿Qué hacemos?

—Mañana le contaré a Murphy lo que ha pasado… —dijo Strike—. Darwish y él parecen convencidos de que The Halvening está detrás de todo esto y no estoy seguro de que vaya a mostrar mucho interés, pero al menos tendré un pretexto para preguntarle qué han encontrado en las cámaras de seguridad de Cambridge.

—¿Qué significa esa frase en latín? —preguntó Robin—. Eso que ha dicho Anomia antes de expulsarme.

Strike leyó la frase en el iPad.

—Tú has dicho «Es lo que me gusta del juego, hablar con otros fans», y lo que él te ha contestado viene a decir, más o menos, «de ahí nacen las reuniones clandestinas con los enemigos». Así que… bueno, podemos pensar que ahora considera a Traslúcida una enemiga, ¿no? Lástima que Vilepechora no te enseñara esa foto de Traslúcida.

—Yasmin la vio, y Traslúcida no le cae bien. A lo mejor conservó la fotografía como prueba de que había infringido la Regla 14.

—Sí, es posible. —Strike se sacó el bloc y el bolígrafo del bolsillo y anotó un recordatorio—. Quizá vaya a hacerle una visita a Yasmin. A grandes males… ¿Quieres un poco de whisky mientras me cuentas la buena noticia?

—¡Es verdad! —Robin casi se había olvidado de que también tenía una buena noticia—. Kea Niven no puede ser Anomia.

—¿Qué? —Strike se mostró sorprendido. Últimamente, Kea había subido hasta el primer puesto de su lista particular de sospechosos.

—Midge me ha llamado hace media hora. Es el cumpleaños de Sara Niven y Kea y ella han ido a cenar a una ostrería con amigos. Kea no ha usado el teléfono para nada y, como acabas de ver, esta noche Anomia ha estado muy activo en los canales privados.

—Mierda. —Strike frunció el ceño mientras abría la botella de whisky—. Bueno, no. Me alegro de que haya quedado descartada, pero eso significa que sólo nos quedan…

—Tim Ashcroft y Pez Pierce —dijo Robin—. Ya lo sé. Y llevo toda la tarde esquivando llamadas de Pez. Quiere quedar conmigo. A lo mejor debería aceptar.

Strike dio un gruñido evasivo.

—¿Tienes un vaso?

—Sólo uno. Está en el cuarto de baño. Lo he usado para poner el cepillo de dientes.

—Vale, voy a buscar el mío y vuelvo.

Cuando Strike salió de su habitación, Robin se acordó de que esa tarde su socio había ido a hablar con Jago Ross: la frustración que sentía por haber sido expulsada del juego había hecho que se olvidara

de todo lo demás.

Fue a buscar el vaso del cuarto de baño y, cuando Strike llegó con el suyo en la mano, preguntó:

—¿Cómo ha ido con...?

Pero Strike no le dejó acabar la frase.

—¡Otra vez, joder! ¡Ahora mismo, cuando estaba cogiendo el vaso! ¡Una de esas llamadas con distorsionador de voz! ¡La voz de Darth Vader!

—¿En serio? —dijo Robin.

—«Si desentierran a Edie, sabrán quién es Anomia. Está todo en la carta.» He preguntado: «¿Quién eres?» Se ha oído un gruñido extraño y entonces han colgado.

Se miraron el uno al otro.

—Eso de que mencione a Anomia es nuevo, ¿verdad? —preguntó Robin.

—Sí, es la primera vez. En las otras llamadas dijo «si quieren saber la verdad» y «si quieren saber quién la mató».

Cogió la botella de whisky y le sirvió uno doble a Robin. Ella se sentó otra vez en la cama, se ciñó el albornoz y dijo:

—Te comenté que Bram tiene un distorsionador de voz, ¿no? Lo utilizó el día que fui a North Grove.

—¿Imitaba la voz de Darth Vader?

—Sí, se parecía bastante.

Strike, que también se había servido una buena dosis de whisky, dio un largo trago, se sentó al lado de Robin en la cama y sacó su cigarrillo electrónico.

—¿Crees que es Bram quien hace las llamadas?

—Intentar que desentierren a Edie va mucho con él.

—¿Es posible que Bram pueda saber que dentro del ataúd hay unas cartas?

—Seguramente —dijo Robin tras titubear un momento—. Mariam y Pez han estado en contacto con Josh, ¿no?

—¿Y crees que a Bram le interesarían esas cartas?

—No lo sé... Es un niño muy raro. Mucho más inteligente de lo que parece cuando va por ahí gritando latiguillos de Drek. Ya oíste lo que dijo Pez: tiene un cociente intelectual de superdotado.

Strike dio una fuerte calada al cigarrillo electrónico y dijo:

—Grant Ledwell cree que el que hace esas llamadas intenta sembrar sospechas sobre Ormond, y tiene su lógica. Nadie en su sano juicio pensaría que Josh mataría a Edie, se apuñalaría en el cuello y luego le dictaría una confesión a Katya para que la metiera en el ataúd. Pero ya han detenido a Ormond, así que ¿para qué seguir machacando con lo de las cartas?

—A lo mejor Bram no ha llegado a pensar tanto. Como dijo Josh,

podría estar intentando ver qué pasa a continuación, sencillamente.

—No sé, lo lógico sería que un niño con cociente intelectual de genio supiera perfectamente que no pasará nada. Uno no se pone a desenterrar cadáveres porque se lo sugiere un desconocido que imita la voz de Darth Vader. Además, por lo que nos han contado de él, a Bram le pega más entrar en el cementerio por la noche e intentar desenterrarla él mismo.

—¡Ay, por favor! —dijo Robin estremeciéndose.

—Además, hemos de tener en cuenta que en North Grove nadie debería saber que estamos investigando a Anomia. Y está claro que el que me llama por teléfono sí lo sabe, lo que reduce mucho el número de candidatos... Eso suponiendo que no nos hayan descubierto, por supuesto. Últimamente nuestras caras han salido mucho en la prensa, y Tim Ashcroft, Pez Pierce y Yasmin Weatherhead habrían podido relacionarte con Jessica Robins o con Venetia Hall.

—Pero las llamadas anónimas empezaron antes de eso, ¿no? —repuso Robin.

—Sí, es verdad.

Bebieron un poco de whisky, y luego se quedaron un rato ensimismados, reflexionando sobre ese nuevo problema mientras el vapor del cigarrillo electrónico de Strike flotaba entre ambos.

—Si esa persona que te llama realmente quiere que desentierren a Edie... —opinó Robin por fin—, ¿por qué no dice claramente lo que sabe, o lo que cree que sabe, sobre esas cartas?

—Bueno —dijo Strike despacio—, la respuesta más obvia es que le da miedo que lo identifiquen. Podría preguntarle a Murphy si la policía ha recibido alguna de esas llamadas. —Cogió el bolígrafo y anotó otro recordatorio en su bloc.

—Tiene que haber algo que no vemos... —susurró Robin, que seguía mirando al vacío—. O alguien a quien no vemos... ¿Tuviste suerte con los amigos de Gus Upcott?

—No encontré ni rastro de él en las redes sociales, salvo un viejo vídeo suyo en YouTube tocando el violonchelo. Podríamos volver a ponerle vigilancia, ver con quién queda —dijo Strike, aunque no parecía entusiasmado—. Pero ya lo dijiste al principio: Anomia no puede ser el amigo de un amigo de un amigo de Josh o de Edie. La velocidad a la que se comparte la información privilegiada no apunta a una larga cadena de comunicación.

—¿Vale la pena que intentemos investigar a la ex amante de Íñigo Upcott?

—Podemos probar, pero tampoco creo que Anomia sea una mujer de mediana edad.

—Entonces tenemos que seguir investigando a Pez y a Ashcroft, ¿no? —propuso Robin—. Son los dos únicos a los que no hemos

podido descartar. Apuesto a que Ashcroft sabe latín. Estudió en un colegio de ésos.

—Cierto, pero ¿qué conseguiría creando el juego que no pudiese conseguir mucho más fácilmente siendo «La pluma de la justicia»? El juego es un medio nefasto para ligar con menores. Regla 14. Si no pueden dar información personal, ¿cómo va a averiguar si las chicas tienen la edad adecuada?

—Esa regla es tan extraña... ¿Qué pretendían Anomia y Morehouse con ella?

—Quién sabe, pero recuerda que Cora cree que Anomia conoce la verdadera identidad de todos los moderadores. En realidad, hay unas normas para Anomia y otras para todos los demás. Anomia tiene la sartén por el mango.

Hubo otro silencio, y Strike, que ya se había acabado el whisky, se sirvió otro.

—Sigo pensando en North Grove... —dijo Robin—. Creo que North Grove es... el meollo de todo esto. Estoy segura de que Anomia está en North Grove, o ha estado allí. La cita de la ventana... Ese dibujo que le robaron a Josh...

—El dibujo habría podido robarlo cualquiera.

—Pero en el juego sale el vampiro. —Robin se volvió hacia Strike y se lo quedó mirando—. En los dibujos animados no, pero en el juego sí. Anomia y Morehouse pensaron que se estaban adelantando a Josh y a Edie al poner el vampiro en el juego, pero nunca llegó a aparecer en los dibujos animados.

—Hostia, muy bien visto... —dijo Strike. A él no se le había ocurrido pensarlo—. Y eso nos lleva de nuevo a Pez Pierce, ¿no es así?

—Y en teoría encaja, eso está claro. Tiene las habilidades necesarias, estaba resentido con Edie... Pero no le pega nada ser Anomia. El latín, el carácter obsesivo, la crueldad... No digo que Pez no tuviese sentimientos complicados hacia Edie, seguro que sí, pero... Fue al funeral vestido de amarillo porque era el color favorito de Edie. Si está haciendo teatro, es el mejor actor que he conocido. ¿Te importa que...? —añadió mirando la botella de whisky.

—Sírvete todo el que quieras —dijo Strike pasándole la botella.

Volvió a oler el champú de Robin cuando ella se inclinó hacia delante, y aunque intentó no dejar de mirarla a la cara, vio moverse sus pechos bajo la fina tela de la camiseta de su pijama.

Hubo otra pausa; Robin se sirvió otra buena medida whisky, dejó la botella en el suelo y dijo:

—Evola... Yo Soy Evola... ¿No crees que eso también es mucha casualidad?

—¿Cómo dices? —preguntó Strike, concentrado en no pensar en los pechos de Robin.

—Que haya un troll en el fandom de *Un corazón tan negro* que se haga llamar Evola, que es uno de los autores favoritos de Nils, es un poco extraño, ¿no?

De pronto, Robin soltó un gritito.

—¡Está en el cuarto de baño de North Grove!

—¿Quién? —preguntó Strike, un tanto confuso.

—¡Evola! ¡Vi uno de sus libros en la estantería, estoy segura! Nils me dijo que era una pequeña biblioteca de préstamo, que podía llevarme lo que quisiera... Tenía el lomo amarillo... Espera...

Cogió otra vez el iPad y se puso a teclear sin decir nada durante un minuto, y finalmente dijo:

—*Cabalgar el tigre*, de Julius Evola. Este libro está en el cuarto de baño de North Grove.

—¿Insinúas que Yo Soy Evola y Anomia son la misma persona?

—Bueno, yo no... —dijo Robin, indecisa—. Pero me parece raro...

—Porque yo creo que esto sí podría ser una simple coincidencia. Sabemos que *Un corazón tan negro* atraía a muchos neonazis y ultraderechistas. Evola les encaja muy bien.

—Es verdad... —Robin suspiró—. Dios, ojalá todos los misóginos y fascistas desaparecieran del mapa.

—Ya, pero dudo que eso pase pronto. Se lo están pasando demasiado bien...

—Bueno, ¿cómo ha ido con Jago Ross?

—Ah —dijo Strike, que ni siquiera se había dado cuenta de que todavía no le había contado nada—. Bueno, ha sido visto y no visto.

Le contó lo que había pasado en Kensington mientras se servía el tercer whisky.

—... así que su primera mujer va a solicitar la custodia exclusiva.

—Me alegro —dijo Robin con fervor—. Me alegro muchísimo. Creía que sólo ibas a amenazarlo con los vídeos... Pobres crías... Pero su madre debía de estar enterada, ¿no? Las niñas le habrán contado lo que estaba pasando.

—Supongo que necesitaba la pensión que le pasaba Ross —dijo Strike con cinismo—. Mejor no marear la perdiz, ¿no? A lo mejor lo arreglaba diciéndose que las niñas exageraban. Ver llegar a su hija con una pierna rota debió de impresionarla y, luego, al enterarse de cómo había pasado y ver la grabación... En fin: me imagino que llegarán a un acuerdo, porque Ross no querrá que se muestren esas imágenes en el juicio. Sus hijas le importan un cuerno. Da la impresión de que sólo le importa su hijo varón, el heredero.

—Pero si también le has enviado esos vídeos a Charlotte...

Strike se terminó el tercer vaso de whisky.

—A ella no le interesa la custodia exclusiva. Entorpecería su vida social.

Robin nunca le había oído hablar de Charlotte en ese tono.

—Bueno, será mejor que vuelva a mi habitación —dijo Strike de repente. Se levantó y cogió el whisky y la bolsa con las cervezas—. Buenas noches.

Robin se quedó mirando la puerta y preguntándose por qué Strike se había marchado tan precipitadamente. ¿Lo habrían abrumado los recuerdos de Charlotte? «Dieciséis años de sufrimiento», había dicho en Cambridge, pero también debía de haber habido placer, ¿no? De otro modo no habría seguido intentándolo una y otra vez.

«Bueno, eso es problema de Madeline, no tuyo», se dijo Robin. Se terminó el whisky y fue al cuarto de baño a lavarse los dientes.

La razón por la que Strike se había marchado tan precipitadamente era que, después de haberse bebido casi media botella de Macallan con el estómago vacío, le había parecido que lo más prudente era alejarse de Robin. Sin maquillar, recién duchada y con aquel olor tan agradable, en pijama y albornoz, hablando con inteligencia sobre el caso y expresando compasión por unas niñas a las que nunca había visto, no habría podido ofrecer un mayor contraste con Charlotte. Strike temía perder el control: no insinuándose torpemente, aunque si hubiese seguido bebiendo Macallan incluso eso habría sido posible, sino cediendo a la tentación de intimar demasiado, de decir demasiado, estando los dos sentados en la misma cama, en una habitación de hotel tentadoramente anónima.

Bastante tenía con que su oficina estuviese en ruinas y que el caso Anomia siguiese siendo un enigma impenetrable: sólo le faltaba estropear la única relación que lo mantenía en sus cabales.

89

Los poderosos pueden caer por muchas cosas demasiado pequeñas para ser nombradas…

HELEN MURPHY HUNT,
Peligro

A la mañana siguiente, Strike se encargó de llamar a todos los colaboradores externos para decirles que la agencia ya no tenía acceso a *El juego de Drek*. Tal como esperaba, cada uno reaccionó soltando sus propios improperios, así que el detective se alegró de que Robin no hubiera tenido que oírlos. Luego Strike les dijo a Barclay y a Dev que tenían que seguir vigilando a Pierce y a Ashcroft, respectivamente.

—¿Y eso de qué coño va a servir? —preguntó Barclay.

—Anomia podría tuitear —dijo Strike—. Es lo único que nos queda.

A continuación llamó a Ryan Murphy, pero le dijeron que estaba reunido y que le devolvería la llamada, así que se dirigió a pie a Denmark Street por primera vez desde el atentado, para ver hasta qué punto habían avanzado los albañiles y qué se podía salvar del desastre.

Una hora más tarde, cuando Strike llamó a Robin, ella volvía a estar en Sloane Square vigilando las ventanas de Dedos Largos. En vista de su escasez de personal, Strike había accedido a que ella se encargara de la vigilancia diurna, pero no le había hecho ninguna gracia.

—¿Cómo has encontrado la oficina? —le preguntó Robin.

—Mejor de lo que esperaba. Han estucado las paredes y el techo y han puesto una puerta nueva en el despacho. Vamos a necesitar algunos muebles nuevos, y una mesa y un ordenador para Pat. En la puerta exterior todavía no han puesto el cristal, está tapada con un tablero de madera. Mi ático está bien, ahora que han arreglado el techo de la oficina… Pero no te he llamado por eso. Acabo de hablar con Murphy. Han soltado a Ormond sin cargos.

—Vaya —dijo Robin—. ¿Le has contado lo de Traslúcida?

—Sí. No lo he visto muy emocionado, pero de todas formas quiere que vayamos a New Scotland Yard cuanto antes.

—¿Y eso por qué?

—Ha sido muy enigmático. Dice que podemos ayudarlos a hacer

una cosa y que ellos quizá puedan ayudarnos a nosotros a hacer otra. He llamado a Midge, ella te sustituirá.

—Strike, hace semanas que no tiene ni un día libre...

—Le he prometido un fin de semana largo. Nos vemos en la entrada del edificio —dijo Strike, y colgó sin añadir nada más.

Poco después, Midge le hizo el relevo, y Robin se dirigió en taxi a New Scotland Yard, un edificio enorme de color gris claro con vistas al Támesis. Encontró a Strike fumando a escasa distancia de la puerta principal.

—¿Todo esto no te parece un poco raro? —dijo Robin cuando llegó a su altura.

—Sí —coincidió Strike, y apagó la colilla pisándola con el pie ortopédico—. Murphy no parecía un policía que acaba de perder a su principal sospechoso. De hecho, parecía muy contento por algo. Le he dicho que lo llamaría cuando llegáramos.

El inspector jefe Murphy bajó a recibirlos en persona, y tras un breve viaje en ascensor los acompañó a una salita amueblada con una mesa redonda y varias sillas con patas de metal. Allí los esperaba Angela Darwish, que les estrechó la mano cuando entraron. Sobre la mesa había una caja negra y lisa que Strike identificó de inmediato: era un grabador de vigilancia.

La única ventana de la sala daba al río —que aquella mañana era una masa cegadora de destellos blancos—, y dejaba entrar tanta luz natural que las sillas con asiento de plástico dispuestas alrededor de la mesa estaban tan calientes que resultaban incómodas. Después de cerrar la puerta y sentarse con ellos a la mesa, Murphy se los quedó mirando con una sonrisa en los labios.

—La razón por la que estáis aquí es un gato.

—¿Un gato? —Robin se extrañó.

—Sí. Os voy a poner una grabación que hicimos hace una semana, por cortesía de un par de dispositivos de escucha del piso de una anciana.

—¿Qué sois, el ayuntamiento? —le preguntó Strike a Angela Darwish—. ¿Rentokil?

Angela sonrió, pero no dijo nada. Murphy pulsó un botón de la caja negra.

Oyeron unos golpecitos sordos que a Strike le parecieron pasos por una moqueta, como si alguien se paseara por una habitación. Entonces se oyó una voz, y al cabo de unos segundos Strike la reconoció: era la de Wally Cardew.

—*¿Uruz?*

Una pausa, y acto seguido:

—*Sí, he entrado, pero no ha servido de nada... He tardado cinco putos días en recordar mi contraseña... Sí... pero ha cambiado todo mucho,*

no he visto a nadie de los de antes… Bueno, no me he quedado mucho rato, porque me registré cuando me despidieron, para ver si conseguía un poco de apoyo… Ja, ja, sí… No, es una mierda… Sí, tienen un moderador nuevo, así que le he hecho un par de preguntas, pero nada. Entonces ha aparecido Anomia y me ha preguntado qué coño hacía allí, muy desconfiado, y ha empezado a hacerme un montón de preguntas, y yo no me acordaba de lo que le había contado sobre mí cuando me registré en el juego por primera vez, porque obviamente me hacía pasar por un inútil cualquiera, no quería que nadie supiera que estaba en el juego echándome piropos a mí mismo… Ja, ja, sí, exacto… Pero me he equivocado en una respuesta, y el muy cabrón me ha baneado sin dudarlo. Sí… No, tío, ya lo sé… Yo quiero ayudar, haré lo que sea… Dile que me puedo reunir con su viejo cuando quiera… Sí, ya lo sé… Sí, lo haré… Vale, hasta luego.

Murphy pulsó el botón de pausa.

—Cardew también ha estado intentando averiguar quién es Anomia, desde dentro de *El juego de Drek* —dijo Strike.

—Exacto —confirmó Murphy—. Habréis visto que utilizan sus nombres en clave cuando hablan por teléfono, pero ya habíamos identificado a Uruz. Uruz estaba en casa de Turisaz cuando lo detuvimos.

—Turisaz es Jamie Kettle —le dijo Darwish a Strike—, el hombre al que…

—Noqueé en un lavabo —se anticipó Strike—. Sí, me acuerdo. No lo hago a menudo. Es decir, me acuerdo de cómo se llaman, pero no…

Darwish se rio.

—Entonces no teníamos nada de que acusar a Uruz —explicó Murphy—, pero sus tatuajes nos dieron una pista de cuáles podían ser sus tendencias políticas.

—Ya. Lo lógico sería que los que operan en la sombra se lo pensaran dos veces antes de tatuarse esvásticas por todo el cuerpo —comentó Strike.

—Creemos que a Uruz y a Turisaz los escogieron por sus músculos, no por su cerebro —dijo Darwish.

—En fin, no nos costó mucho identificar a Uruz —continuó Murphy—. Es el que estaba vigilando tu piso —añadió mirando a Robin—, aunque después de tomarse unas birras se vuelve bastante descuidado. Le pusimos a un agente de paisano que lo pilló hablando con sus colegas de un canal web de extrema derecha bien financiado que están a punto de lanzar. Uruz estaba muy contento de tener esa información confidencial. Dijo que detrás del proyecto había un multimillonario, y que saldría un famoso que no podía hablar con libertad en YouTube…

—¿Ese millonario no será Ian Peach, por casualidad?

—No puedo decir nada al respecto —dijo Murphy, pero guiñó

ligeramente un ojo—. En fin: ésta es la segunda grabación que tenemos, la obtuvimos ayer por la tarde.

Volvió a pulsar el botón. Esta vez, la exaltada voz de Wally resonaba un poco, como si estuviera en un cuarto de baño.

—*¿Uruz? Tengo noticias importantes... Sí. He descubierto quién es Anomia... ¡Sí! Creo que voy a ir a ver a Heimdall y se lo voy a contar en per... Ah, vale... No, ya lo entiendo... Mierda, ¿en serio*?

En ese preciso momento, el inspector Murphy pulsó el botón de pausa.

—Heimdall, que es el cerebro de la operación, es lo bastante inteligente para saber que hay gente vigilándolos a él y a su padre —dijo Murphy—. Por eso utiliza a subalternos como mensajeros, evidentemente.

Volvió a poner la grabación en marcha, y se oyó a Wally diciendo:

—*Bueno, mi casa es segura...*

Murphy soltó una risita.

—*Sí, claro... No, esta noche, cuando quieras...*

Entonces se oyó, de fondo y apenas audible, la voz de una anciana haciendo una pregunta.

—¡*Enseguida voy, abuela*! —gritó Wally, y continuó en voz baja—: *No, más tarde ya no estará... Sí, vale... Sí... Pues hasta luego*.

Strike supuso que Wally había colgado, porque entonces se puso a cantar en voz baja:

Hay un camino que lleva al Valhalla...
donde sólo pueden entrar los elegidos...

Murphy volvió a pulsar el botón de pausa.

—Letra y música de Skrewdriver —dijo el inspector—. Famoso en los retiros odinistas, según tengo entendido... Bueno, la siguiente grabación es de ayer por la noche. Fijaos en lo que ocurre con el gato.

Murphy pulsó el botón de «play» por tercera vez.

Por lo visto, ninguno de los micrófonos instalados en el piso de la señora Cardew estaban en el recibidor, porque el ruido de una puerta al abrirse sonó muy lejano, igual que el primer intercambio entre los dos amigos.

—*Dagaz, tío*.

—¿Ahora Wally tiene nombre de runa? —dijo Robin en voz baja, y Murphy asintió con la cabeza.

Luego se oyeron risas y la puerta que se cerraba. Más pasos amortiguados, seguramente sobre moqueta, seguidos de la voz alta y clara de una mujer mayor:

—*¿Queréis una taza de té*?

—No, gracias.

—No gracias, abuela, tengo cerveza. Danos media hora, ¿vale?... No, está aquí, no te preocupes... Está mirando por la ventana...

—¿El que está mirando por la ventana es el gato? —preguntó Strike.

—Exactamente.

Otra puerta cerrándose.

—Creía que iba a salir —se disculpó Wally— . *Me alegro de verte, colega.. Cómo está Algiz?*

—Todavía no está del todo bien, pobre tío. Nervioso. Mucho dolor de cabeza...

Un débil crujido, un roce de tela, como si se hubiesen sentado.

—... podría quedar con daño cerebral permanente, así que si sabes quién es ese cabronazo...

—Bueno, estoy noventa y nueve por ciento seguro... Sírvete tú mismo...

Se oyó el ruido inconfundible de alguien tirando de la anilla de una lata de cerveza.

—Bien —dijo Wally—, *hay un tipo en Twitter que se llama Discípulo de Lepine...*

Robin miró a Strike.

—Siempre le da al «me gusta» en mis tuits, y a veces publica... bueno, a veces publicaba comentarios en el programa que yo hacía con MJ. Vale, pues anoche me etiquetó en una discusión que estaba manteniendo con un gilipollas, un tal «pluma de la justicia», y le dijo que conocía a Anomia.

—¿Quién, Pluma...?

—No, Discípulo de Lepine. Así que lo seguí en Twitter y le mandé un mensaje directo, le dije: «¿Conoces a Anomia?», y me contestó: «Sí, es colega mío.» Estuvo un rato diciéndome que Anomia es un puto genio y esas cosas, y luego yo le dije: «¿Y qué tenía contra Ledwell?», y me contestó que ella se había enrollado con él... entendí que follaban, vaya... y que luego esa zorra se largó con la pasta y se fue a vivir con Josh Blay.

—¿Y te dijo algún nombre?

—No hizo falta. Sé perfectamente quién es. Un tal Pe...

Se oyó un fuerte ruido sordo y de pronto las voces empezaron a sonar amortiguadas.

—... ierce... ¡maldito gato!... que vive en la comu...

Otro fuerte golpazo.

—... para grabar en... Como te digo, estoy noventa y nueve por ciento seguro...

Se oyeron más golpes: Robin imaginó a Wally colocando en su sitio el objeto donde estaba escondido el micrófono, que por lo visto el gato había tirado al suelo. Las voces volvieron a oírse con claridad.

—... estaba loco por ella, porque recuerdo haberle dicho a Josh: ve

con mucho cuidado con ese capullo, te quiere robar a la novia. Se creía que dibujaba mejor que Josh y hace animación. Estoy noventa y nueve por ciento seguro de que es él. Uno de sus apodos en la comuna era «caballo», porque tenía un nabo…

Uruz se rio. Murphy detuvo la grabación.

—Confiábamos en que pudierais decirnos…

—Pez Pierce —dijo Robin—. Su nombre completo es Preston Pierce. Es de Liverpool y vive en el colectivo artístico North Grove, de Highgate.

—Excelente —dijo Darwish escuetamente, y Murphy y ella se levantaron.

El inspector jefe miró a Strike y a Robin.

—¿Me esperáis aquí un momento?

—Sí, claro —contestó Strike.

—Ha sido un placer —aseguró Darwish, y les tendió una mano fría que Strike y Robin estrecharon—. Espero que vuestra oficina no haya quedado demasiado dañada.

—Podría haber sido mucho peor.

Darwish se marchó, y Strike y Robin se miraron.

—¿Discípulo de Lepine es un amigo de Anomia en la vida real? —dijo Robin.

—Yo no lo veo tan claro.

—La verdad es que defiende mucho a Anomia.

—Como muchos otros trolls de extrema derecha.

—Pero esa historia encaja con Pez.

—Sí, supongo que sí —dijo Strike, aunque no parecía muy convencido.

—Tú eres el que siempre ha pensado que Pierce era uno de nuestros candidatos favoritos…

—¿No crees que esa historia de que Ledwell era una fulana que le puso los cuernos a Anomia es exactamente la clase de mentira que se inventaría una chica virgen que odia a las mujeres?

—Supongo que sí —dijo Robin—, pero…

Justo en ese momento regresó Murphy; llevaba en la mano un sobre de papel Manila que dejó encima de la mesa sin hacer ningún comentario.

—Como os han puesto una bomba en la oficina, y como nos habéis dado pistas importantes para solucionar este caso, creo que os merecéis saber cómo se han delatado. Es un poco más adelante, en esa misma grabación que acabáis de oír.

Avanzó rápido y luego pulso el botón de «play».

—*… No lo acaricies, es un hijo de puta, te arañará…*

Avanzó un poco más.

—*… la han tapiado, así que tuve que hacerme una paja mirando el*

Instagram de Kea Niven…

—Siguen así un rato —explicó Murphy, y volvió a avanzar la cinta, cortando la risa de Uruz—. Hablan de una ex novia de izquierdas con la que Cardew no ha conseguido volver a acostarse.

Pulsó una vez más el botón de «play».

Ahora la voz de Uruz sonaba distante, como si los dos amigos volviesen a estar hablando en el recibidor.

—Es aquí. —Murphy subió el volumen y la voz de Uruz volvió a salir por el altavoz.

—*No, Eihwaz… escondite nuevo… puta pasma… no, Ben no…*

Más conversación confusa, algunas risas, y entonces Uruz dijo:

—*… va mejorando… ja, ja… No se lo digas… En fin, a Charlie le va a molar mogollón.*

—*Encantado de ayudar. Dale recuerdos de mi parte, y también a Ollie.*

—*Se los daré.*

—¡Bingo! —exclamó Murphy, que detuvo la grabación—. Nombres reales. Los muy inútiles habían bebido demasiado. Heimdall, el cabecilla, es Charlie Peach. Lo investigamos hace un par de meses, pero estaba limpio. Muy espabilado, muy listo, nunca mete la pata.

—Lástima que no se pueda decir lo mismo de su hermano —comentó Strike.

—Ya, es un fantasma, o lo era. No creo que se recupere de esa lesión cerebral. Y ese tercero al que mencionan, Ben… Ya sabíamos que Eihwaz era el que fabricaba las bombas, y que lo llamasen «Ben» fue la confirmación de que el tipo es nuestro principal sospechoso. Licenciado en Ingeniería, aspecto respetable, empleo decente… A primera vista nunca dirías que es un neonazi.

—Las ventajas de la educación universitaria, ¿no? —dijo Strike—. Te enseña a tatuarte la runa de tu nombre nazi en el culo, no en la frente.

Murphy se rio.

—Es listo, pero sigue siendo mala gente. Fue advertido por acosar a una ex novia suya, y cuando era un adolescente consiguió una suspensión de condena por intento de agresión. Me sorprendería mucho que la defensa no solicite una valoración psiquiátrica. Cuanto más hablas con él, más raro parece… En fin, la cuestión es que, esta mañana, a las seis, hemos hecho una serie de detenciones simultáneas. Creemos que tenemos a toda la cúpula de The Halvening.

—Enhorabuena —dijeron Strike y Robin a la vez.

—Y eso significa que ya no hay peligro si volvéis a vuestra casa.

—Fantástico —declaró Robin con alivio, pero Strike no parecía tan satisfecho.

—¿Y Anomia?

—Bueno —dijo Murphy—, como acabáis de oír, Charlie está convencido de que Anomia intentó tirar a su hermano a las vías. He enviado a un par de hombres a esa comuna de North Grove para avisar a Pierce de que podría ser un objetivo. Es posible que Charlie Peach haya dado la orden de eliminarlo, y aún no podemos garantizar que tengamos a todos los subalternos. Os aconsejo que no os acerquéis a Pierce hasta que os demos luz verde. Es mejor que no volváis a meteros en los asuntos de The Halvening, al menos hasta que nos hayamos asegurado de que los tenemos a todos. Bueno, y si se nos escapan un par de esbirros de poca monta, cuando vean las noticias se van a cagar.

—No creéis que Anomia sea el hombre que tiró a Oliver Peach a las vías, ¿verdad? —preguntó Strike, observando atentamente a Murphy.

—No —contestó el inspector.

—Entonces, ¿quién fue?

Murphy se recostó en el asiento de la silla.

—Ben, el fabricante de bombas, consiguió la suspensión de condena por empujar a un crío para que lo atropellase un coche. El niño sobrevivió, pero le fue de un pelo. Hace tres meses, Ben y Oliver Peach se pelearon en línea, antes de darse cuenta de que los estábamos observando. Por entonces sólo teníamos sospechas respecto a su verdadera identidad. Charlie preferiría creer que fue vuestro Anomia quien tiró a su hermano del andén; era incapaz de admitir que podía ser alguno de los hombres que él mismo había reclutado para The Halvening; así es la naturaleza humana, ¿no? Pero nosotros creemos que el principal sospechoso es Ben, el fabricante de bombas.

—¿The Halvening usa máscaras de látex habitualmente?

Murphy cogió el sobre de papel Manila y respondió:

—Pues ahora que lo dices, sí.

—¿Ah, sí? —dijo Robin, que no esperaba esa respuesta.

Murphy sacó unas fotografías del sobre y deslizó dos de ellas por la mesa. Ambas imágenes estaban tomadas en la calle por la noche, y en ellas aparecía una figura masculina con sudadera y capucha; tenía papada y su rostro era inexpresivo, y estaba examinando el buzón de una pequeña oficina a pie de calle.

—Estas fotografías se tomaron hace dieciocho meses. El individuo en cuestión lleva una máscara de látex que le cubre toda la cabeza y el cuello. Hay un tipo muy turbio en Alemania que las fabrica a medida, y The Halvening ha comprado varias. Esas máscaras son demasiado realistas para nuestro gusto, y los de The Halvening no son los únicos delincuentes que las utilizan. Hace poco hubo un gran robo en un banco de Múnich, y toda la banda las llevaba.

Murphy señaló las fotografías que Strike y Robin estaban

examinando.

—Eso es la oficina electoral de Amy Wittstock. Dos días después de que el tipo de la máscara se acercara a husmear por la noche en ese buzón, llegó un paquete bomba por correo.

Murphy deslizó tres fotografías más sobre la mesa.

—Estas otras se tomaron la noche que asesinaron a Vikas Bhardwaj en Cambridge.

En la fotografía aparecía un hombre de tez oscura en silla de ruedas dirigiéndose a la puerta del edificio Stephen Hawking.

—¿Es Vikas? —preguntó Robin.

—Vuelve a mirar —dijo Murphy—. Esa silla no está motorizada. Es una silla de ruedas plegable, muy ligera.

—Un momento —dijo Robin—. ¿Ése es...?

—El asesino —confirmó Murphy—. Llevaba una máscara de látex oscura, era de noche, y el mismo idiota que os dejó entrar a vosotros dejó entrar a ese tipo creyendo que era Vikas.

En la segunda fotografía, se veía al chico de pelo largo sujetando la puerta para que pudiera pasar el tipo que iba en la silla de ruedas, mientras miraba distraído su teléfono. La tercera fotografía mostraba al hombre de tez oscura de la silla de ruedas saliendo del recinto, con la capucha puesta y la cabeza gacha. Strike le devolvió las fotografías a Murphy.

—¿Qué pasó cuando el asesino salió del recinto?

—Encontraron la silla de ruedas plegada entre los matorrales de un pasaje, pero el disco duro no apareció.

—¿Qué disco duro?

—Ah, no os lo dije... El disco duro del ordenador de Bhardwaj había desaparecido, como es lógico. Si había hablado con alguien en línea sobre sus sospechas, lo normal es que el asesino no quisiera que lo encontraran. Parece ser que el tipo se marchó atravesando unos jardines, así que no hay imágenes de vigilancia. Todavía estamos examinando las imágenes de las cámaras que hay más cerca de esos jardines. No tardaremos mucho en identificar al individuo, pero estoy casi seguro de que ya lo tenemos detenido. Creemos que Vikas empezó a sospechar y se dio cuenta de quiénes eran los hermanos Peach, y que por eso tuvieron que cargárselo.

—El *modus operandi* es muy parecido al de los apuñalamientos del cementerio de Highgate —dijo Strike—. Mata y luego va a un parque o a una zona con vegetación, todavía disfrazado.

—Sí. El que perpetró estos ataques tiene mucha sangre fría y lo preparó todo cuidando los detalles. Charlie Peach entrenaba bien a sus hombres, aunque uno le salió rana e intentó matar a su hermano.

—Y Ormond queda libre de culpa —dedujo Strike.

—Así es —dijo el inspector—. Se ha complicado mucho la vida;

todo habría sido más fácil si nos hubiese contado la verdad desde el principio, pero al final lo hemos averiguado sin su ayuda… Entre nosotros: al final confesó que le había puesto una app de rastreo al teléfono de Edie para controlarla. Estaba en la escuela ocupándose de supervisar el castigo, y vio que el teléfono se movía hacia el cementerio de Highgate cuando se suponía que Edie estaba en su piso de Finchley. Enseguida adivinó que iba a encontrarse con Blay, así que pasó del castigo y fue a buscarla hecho un basilisco.

—Entonces, ¿ella no le había dicho que había quedado con Josh? —preguntó Robin.

—No —repuso Murphy—. Según él, cuando entró en su coche el teléfono estaba saliendo del cementerio de Highgate y se dirigía a Hampstead Heath. Condujo hasta allí, siguió la señal y encontró el teléfono tirado en la hierba. Lo recogió y dice que, mientras estaba allí de pie, una «figura extraña» salió de entre los árboles y fue corriendo hacia él.

—¿Extraña en qué sentido? —dijo Strike.

—Dice que parecía un troll. Cuerpo deforme, cabeza calva y fea con grandes orejas… Una máscara de látex, obviamente —dijo Murphy —. El tipo miró a Ormond, que estaba allí de pie con el teléfono de Edie en la mano… el móvil tenía una funda amarilla que llamaba la atención… y luego se metió entre los árboles y desapareció.

—¿Así que creéis que al enmascarado se le cayó el teléfono, se dio cuenta de que no lo tenía encima y fue corriendo a recuperarlo? —preguntó Robin.

—Sí —dijo Murphy—. Y Ormond se acojonó cuando oyó que habían matado a Edie, porque sabía que él había estado muy cerca de allí. «Sabía que la policía creería que había sido yo, siempre se sospecha de la pareja, ¿no? Me entró pánico, yo jamás le habría tocado ni un pelo a Edie…»

—Seguramente no le tocó ni un pelo —señaló Robin—. Pero el cuello…

—Creo que no hay ninguna duda de que la maltrataba, pero registramos su piso minuciosamente. No encontramos ni rastro del teléfono de Blay, ni del arma del crimen, ni del dosier que se llevó el asesino. No teníamos argumentos para retenerlo más tiempo, pero estoy seguro de que no es el asesino.

—Crees que el enmascarado es un miembro de The Halvening —dijo Strike.

—Sí —respondió Murphy, y señaló las fotografías de los enmascarados—. Ahora que están detenidos, podemos registrar sus guaridas, y creo que hay muchas posibilidades de que encontremos el teléfono de Blay y el arma del crimen.

Murphy recogió las fotografías y las guardó en la carpeta.

—En fin, la información que nos disteis sobre ese juego nos ha ayudado mucho.

—¿Puedo hacerte una pregunta más? —dijo Strike.

—Claro. Aunque no puedo asegurarte que vaya a contestarla.

—¿Ha recibido la Metropolitana llamadas de teléfono anónimas diciéndole que desentierre el cadáver de Edie?

Murphy puso cara de sorpresa.

—No. ¿Por qué? ¿Vosotros sí?

—Sí —contestó Strike.

—Trolls —opinó el inspector.

—Es posible —dijo Strike.

Murphy los acompañó hasta el vestíbulo.

—He estado bastante ocupado con este caso desde que volví de España —le dijo Murphy a Robin en voz baja mientras Strike, despistado, iba delante de ellos consultando su móvil—. Pero ahora que todo está más tranquilo...

—Genial —dijo Robin tímidamente.

—Te llamaré —dijo Murphy.

Al despedirse de ellos, repitió:

—¡Y alejaos de Pez Pierce! Como ya he dicho, no estamos seguros de tenerlos a todos.

90

Nos falta algo, pero no sabemos qué:
ni esto, ni aquello; y sin embargo, algo, sin duda.
Vemos las cosas que no desearíamos
ver a nuestro alrededor:
¿y qué vemos al mirar atrás?

CHRISTINA ROSSETTI, *Vida posterior: soneto doble*

—Vamos a tomar algo —propuso Strike—, pero lejos de aquí. No quiero que ningún policía oiga lo que te quiero contar.

Se alejaron del Támesis y fueron hacia el centro de Westminster, y acabaron entrando en St Stephen's Tavern, un pequeño y oscuro pub victoriano situado justo enfrente del Big Ben y el Parlamento. Robin encontró una mesa en un rincón, al fondo del local, y unos minutos más tarde Strike llegó con una Badger y una copa de vino, rodeó con cierta dificultad la mesita de patas de hierro y se sentó en el banco de piel verde bajo unos paneles con espejos.

—¿Qué tal tu pierna? —le preguntó Robin, porque Strike había hecho una mueca de dolor.

—Podría estar mejor —admitió él. Dio un primer sorbo a su cerveza y añadió—: Bueno, según Discípulo de Lepine, Edie mandó a Anomia a la mierda, seguramente después de tirárselo.

—Pero tú no te lo crees.

—Me creo que eso fue lo que Discípulo de Lepine le contó a Wally —dijo Strike; abrió la carta y buscó en vano algo que le apeteciese comer y que, al mismo tiempo, fuese compatible con un régimen para adelgazar—. Pero no sé si creerme a Discípulo de Lepine. Está hablando con un *youtuber* al que es obvio que admira. No sería la primera vez que un gilipollas se inventa una historia en internet para impresionar. Afirmar que Anomia era su amigo y que compartía con él todos sus secretos no le habría costado nada... ¿Cuántas calorías calculas que hay en una hamburguesa con queso y unas patatas fritas?

—Muchas —dijo Robin, que también se puso a leer la carta—. Pero hay una hamburguesa vegetariana... Podrías pedirla, sin las patatas.

—Vale —dijo Strike con resignación.

—Voy a pedir —dijo Robin, y se levantó para que Strike no tuviese que andar más.

Cuando regresó a la mesa, le preguntó:

—¿Qué era lo que querías contarme sin que te oyera ningún policía?

—Bueno… —empezó Strike, bajando la voz porque una familia de cuatro miembros acababa de sentarse a la mesa de al lado—, ya sabemos por qué la Metropolitana cree que todos los ataques son obra de The Halvening. En todos han utilizado máscaras como las que usan ellos; Edie estaba en la lista de Acción Directa; Vikas habría podido averiguar algo sobre los hermanos Peach en el juego y haberse convertido en un peligro para ellos…

»Si sólo tuviésemos el asesinato de Edie y el de Vikas, quizá le daría la razón a Murphy y pensaría que probablemente los de The Halvening son los responsables de todo, pero sigo sin tragarme que a Josh lo atacara un terrorista, y creo que eso de que Ben, el fabricante de bombas, decidiese cargarse a Oliver Peach con un método tan arriesgado y en un sitio tan concurrido no se aguanta ni con pinzas. Para mí, ese intento de asesinato se entiende mucho mejor si el atacante fue Anomia. Fue una acción a la desesperada, el clásico ataque que se produce porque el perpetrador sabe que sólo tiene una oportunidad y no puede desaprovecharla. Corrió un riesgo enorme, y por muy pirado que esté Ben, si es lo bastante listo para fabricar bombas, es lo bastante listo para saber que, si Charlie cree que intentó matar a Oliver, él tiene los días contados.

»Por lo que sabemos, Charlie es inteligente. Ya le ha dado esquinazo a la Metropolitana una vez. No es la clase de persona que saca conclusiones sin tener certezas, así que, ¿por qué está tan seguro de que Anomia atacó a su hermano? ¿Sabía que Anomia iba a ver a Oliver en la Comic Con? ¿O sospechaba que Anomia lo había engatusado para que fuese allí?

—Es posible —dijo Robin.

—Estoy seguro de que Oliver fue a la Comic Con para intentar identificar a Anomia. Se acercaba a todos los Dreks que veía e intentaba hablar con ellos. Ya sé que eso no demuestra nada —añadió, al ver que Robin iba a decir algo—, pero me pasé una hora vigilándolo. Estaba buscando a alguien, no tengo ninguna duda. Así que, o bien encontró a Anomia sin saberlo, que ahora ya tenía claro a quién debía atacar, o Anomia fue capaz de reconocer a Oliver porque hizo lo mismo que yo y buscó a ese idiota en Google. Y mientras Oliver intenta encontrar a Anomia, Anomia vigila a Oliver y espera a que se le presente una oportunidad.

—Pero ¿por qué atacar a Oliver?

Strike bebió otro trago de cerveza.

—Parto de la premisa de que, a diferencia de su hermano mayor, Oliver es tonto del culo. Usa el anagrama de su verdadero nombre en

el juego y su nombre de runa en una cuenta de Twitter llena de fotos que lo identifican, y luego se pone su mejor ropa de marca para ir a la Comic Con, donde me imagino que se suponía que tenía que pasar desapercibido. ¿Estás de acuerdo conmigo en que es un bocazas con un ego descomunal y una peligrosa sensación de invulnerabilidad?

—Sí.

—Vale, pues creo que hay muchas probabilidades de que Oliver, para impresionar a Anomia, se jactara por un canal privado de sus conocimientos de bitcoin, de la internet oscura y de los fabricantes de máscaras de látex relacionados con el crimen. Los hermanos Peach deben de haberle hecho mucho la pelota a Anomia para conseguir que los hicieran moderadores.

—Entonces, ¿crees que Anomia aprendió algunos de los trucos de The Halvening directamente de Oliver?

—Sí, exacto. Y si eso fue lo que pasó, Oliver era un peligro para Anomia. Oliver podía declarar que Anomia conocía esos trucos, porque se los había dado él.

Robin volvió a abrir la boca para replicar, y una vez más Strike adivinó sus pensamientos.

—Sí, ya sé que son especulaciones, pero hay una cosa de la que estamos seguros: cuando Anomia y los miembros de The Halvening entraron en contacto directo, de repente cambiaron la forma de atacar a sus víctimas. El *modus operandi* de los miembros de The Halvening estaba bien establecido antes de que entraran en ese juego: máscaras para las tareas de vigilancia, bombas para la lista de Acción Directa y ciberacoso para la lista indirecta, que era como se suponía que debía morir Edie. Su plan era acosarla hasta que se agobiara tanto que se quitase la vida. The Halvening no es una organización que actúa sobre el terreno. Todos sus ataques han sido cometidos a distancia: enviando bombas por correo, o incitando a las turbas en redes sociales.

»Y de repente tenemos dos asesinatos y dos intentos de asesinato que no siguen ese patrón: tres apuñalamientos y un empujón en el andén, todos cometidos por un enmascarado y atribuidos, en todos los casos, a juzgar por lo segura que está la Metropolitana de que son actos de terrorismo, a ese sospechoso afiliado a The Halvening identificado en Alemania.

»Pero entonces expulsan a LordDrek del juego, justo después de que Oliver se caiga a la vía del tren. ¿Por qué lo echaron inmediatamente después del intento de asesinato? Creo que fue para que Charlie no se fuera de la lengua dentro de *El juego de Drek* y les contara a todos el intento de asesinato por parte de Anomia.

—Sí, encaja —admitió Robin con cautela—, pero...

—Lo que sigo preguntándome es por qué querría The Halvening apuñalar a Blay —dijo Strike—. Blay no estaba en ninguna de sus

listas y sin duda no fue un simple daño colateral: sabemos que Blay llegó tarde y no estaba con Edie cuando la apuñalaron, así que no lo agredieron por estar defendiendo a Edie de su asesino. ¿A qué se refería el agresor cuando dijo «A partir de ahora, me encargo yo de todo», si no era a los dibujos animados?

—No lo sé —admitió Robin.

—¿Por qué querría llevarse The Halvening los teléfonos de Josh y Edie? Habría sido mucho mejor dejarlos donde estaban. No contenían nada que pudiese incriminarlos a ellos. Llevándoselos, sólo cargaban con unos objetos que los relacionaban con la escena del crimen. Llevarse el dosier tiene más sentido, porque eso se puede quemar, pero ¿los móviles? ¿Por qué?

—No lo sé —volvió a decir Robin—. Pero que se llevaran el dosier tiene más sentido si quien los apuñaló fue The Halvening.

—No necesariamente —repuso Strike—. Quizá Anomia no sabía lo que contenía, y creyó que se estaba llevando una carpeta llena de fotografías o nuevas líneas argumentales para la serie. O eso, o Anomia se había enterado de lo que contenía y no quería que nadie más supiera que unos terroristas se habían infiltrado en el juego.

»¿Y para qué podía querer The Halvening el disco duro del ordenador de Bhardwaj? Una vez más, estarían cargando con una prueba incriminatoria. Ya era demasiado tarde para reparar el daño, si creían que Bhardwaj había estado enviando emails diciendo que creía que los había identificado y que eran terroristas. En cambio, si el asesino fue Anomia sí tiene sentido que desapareciera el disco duro. Tenía que asegurarse de que nadie relacionara a Morehouse con Bhardwaj. Como mínimo, ese disco duro habría demostrado que Bhardwaj era el que programaba el juego. No olvidemos que la policía no tiene ni una sola prueba sólida de que Vikas hubiese descubierto la verdadera identidad de los hermanos Peach, pero nosotros sabemos que conocía la de Anomia.

—Ya pero...

—Pongamos por caso que Vikas hubiese llegado a la conclusión de que Anomia era el responsable de los ataques a Edie, Josh y Oliver Peach. ¿Y si Anomia sospechaba que Vikas estaba a punto de hablar con la policía?

—Pero tampoco tenemos pruebas de que ocurriera eso.

—¿Cómo explicas la frialdad con que Anomia te dijo anoche que Morehouse se «había ido»? Anomia ya sabía que habían asesinado a Vikas, lo habían dicho en las noticias. ¿Dónde están la conmoción y la pena? Se supone que eran amigos, ¿no? ¿Te parece que Anomia hablaría con tanta frialdad de Morehouse si no tuviese nada que ver con su asesinato?

—No —concedió Robin.

Ambos bebieron, pensativos. A su lado, los dos adolescentes del grupo familiar tecleaban en sus respectivos teléfonos, ignorando por completo a sus padres. Finalmente, Robin preguntó:

—¿Crees que vale la pena que investiguemos a Discípulo de Lepine?

—Hace un rato he echado un vistazo a su cuenta. No creo que saquemos gran cosa. No es más que un capullo anónimo al que no le gustan las mujeres.

—Pero, si queremos ser rigurosos...

Strike suspiró.

—De acuerdo, si quieres echar un vistazo, adelante. Personalmente, creo que es más probable que consigamos lo que necesitamos a través de Traslúcida que de Discípulo de Lepine. No descarto que Morehouse le contara a ella quién es Anomia. Esta noche le apretaré las tuercas a Yasmin. Iré a verla a su casa sin avisar, quiero pillarla por sorpresa. Si aún conserva una fotografía de Traslúcida, tendríamos una pista para encontrarla.

Un camarero les llevó dos hamburguesas veganas.

—¿Por qué no has pedido patatas fritas? —preguntó Strike, mirando el plato de Robin.

—Por solidaridad —dijo ella con una sonrisa.

—¡Pero así habría podido robarte unas cuantas! —se lamentó él, cogiendo los cubiertos.

91

Llevaba el pelo apartado de la cara,
desprovista de belleza.
Ya no ocultaba su envidia,
lo que antes nadie sospechaba.
Formaba un halo de espinas,
símbolo de su angustia.

MARY ELIZABETH COLERIDGE,
El otro lado de un espejo

Strike no había querido reconocer delante de Robin los problemas que le estaba dando la pierna. Esa mañana habían vuelto a despertarlo los espasmos, y cada vez que se ponía la prótesis tenía unas dolorosas punzadas en la corva que le recordaban que habría sido preferible soportar menos peso o, mejor aún, ninguno en absoluto.

Si hubiese podido elegir, se habría quedado otra noche en el Z Hotel y habría descansado, pero, como había dicho Murphy, ya no corrían peligro si volvían a casa, y teniendo en cuenta que el contable era muy estricto en lo referente a gastos de empresa, Strike decidió regresar al hotel con Robin, recoger sus cosas y llevárselas al ático de Denmark Street.

Subir los tres tramos de escaleras agravó notablemente el dolor del muñón, y por culpa de los fuertes ruidos que hacían los albañiles en la oficina no podía echar una siesta antes de ir a Croydon a visitar a Yasmin Weatherhead, así que se sentó a la mesita de su cocina, puso la pierna en alto apoyándola en otra silla, y compró por internet una mesa, un armario archivador, un ordenador, una silla de oficina y un sofá, que les entregarían a los pocos días.

La noticia de las detenciones de los miembros de The Halvening había salido en las noticias un par de horas después de que él llegase a su ático. Strike pasó el resto de la tarde vapeando y bebiendo café mientras visitaba los sitios web de las principales cadenas. Como era de esperar, la mayoría de los informativos abrieron con la noticia de que los dos hijos de Ian Peach, el multimillonario que en su día había aspirado a ser alcalde de Londres, habían salido esposados de su casa de Bishop's Avenue, que tenía columnas griegas y un flamante Maserati aparcado en el camino de entrada. También aparecieron fotografías de Uruz, con su 88 tatuado y su pelo rubio y lacio; del

cabeza rapada Turisaz, con su runa destacada en la nuez; de Ben el artificiero, que aparecía muy serio en la imagen, donde se apreciaba que era bizco, y de Wally Cardew, descrito en el pie de foto como «un famoso *youtuber*». Ya había diecinueve jóvenes detenidos, la mayoría de Londres, aunque también se habían efectuado detenciones en Mánchester, Newcastle y Dundee. Strike entendía perfectamente la satisfacción que debían de estar experimentando Ryan Murphy y Angela Darwish: él también la había sentido en otras ocasiones al concluir un caso, y los envidiaba por aquella sensación de logro cumplido.

A las cinco en punto, Strike salió hacia Croydon, y una hora más tarde iba ya cojeando por Lower Addiscombe Road, la tranquila calle residencial donde Robin, sentada en la cafetería Saucy Sausage, había estado vigilando la casa de los Weatherhead.

El detective decidió observar un rato el domicilio de los Weatherhead antes de llamar a la puerta. Su muñón no dejó de protestar mientras él merodeaba por delante de las tiendas cerradas que había enfrente durante unos cuarenta minutos, pero supo que había acertado al esperar cuando por fin vio aparecer a la rubia Yasmin, que subía por la calle tecleando en su teléfono, con una gran bolsa colgada en bandolera y con la misma rebeca larga y negra que llevaba en las fotografías que le había enviado Robin unas semanas atrás. Sin apenas levantar la vista del teléfono, la chica se dirigió mecánicamente hacia la puerta principal de la casa familiar, abrió con sus llaves y entró.

Strike esperó cinco minutos, cruzó la calle y pulsó el timbre. Tras una breve espera, se abrió la puerta y apareció Yasmin; todavía tenía el teléfono en la mano y se sorprendió un poco al ver a un desconocido en el umbral.

—Buenas tardes —dijo Strike—. ¿Yasmin Weatherhead?

—Sí —contestó ella un tanto desconcertada.

—Me llamo Cormoran Strike. Soy detective privado. Me gustaría hacerte un par de preguntas.

La expresión de ligero desconcierto del rostro chato y redondo de Yasmin se transformó inmediatamente en un gesto de miedo.

—No te entretendré mucho —añadió Strike—. Sólo serán un par de preguntas. Phillip Ormond me conoce y puede responder por mí.

Apareció una mujer de más edad en el pasillo, detrás de Yasmin. Tenía el pelo gris oscuro y la misma cara redonda y chata que su hija.

—¿Quién es?

—Sólo es... alguien que quiere hacerme unas preguntas —dijo Yasmin.

—¿Sobre qué? —dijo la señora Weatherhead, mirando a Strike con una expresión inocente.

—Sobre mi libro —mintió Yasmin—. Esto... Vale, pase —le dijo a Strike—. No tardaremos mucho —añadió para tranquilizar a su madre.

Strike sospechó que, igual que le había ocurrido a Íñigo Upcott, la necesidad de Yasmin de saber por qué quería hablar con ella superaba su evidente recelo. La chica lo guió hasta un salón con vistas a la calle y le cerró la puerta en las narices a su madre.

Daba la impresión de que aquella habitación había sido reformada recientemente: la impoluta moqueta azul claro olía a nuevo, y el sofá y las butacas de piel de color crema parecían recién estrenados. Un gran televisor de pantalla plana dominaba el salón. En una mesita había varias fotografías, casi todas de dos niñitas morenas, y Strike dedujo, por su escaso parecido con Yasmin, que debían de ser sus sobrinas.

—Puede sentarse —dijo Yasmin, y Strike se sentó en el sofá. Ella ocupó un sillón, dejó su móvil en el brazo y entonces, mirando al detective, añadió—: ¿Cuándo ha hablado con Phillip?

—Hace varias semanas —respondió Strike—. Han contratado a mi agencia para averiguar quién es Anomia. Creía que él te lo habría contado.

Yasmin parpadeó varias veces muy deprisa y dijo:

—La mujer que me entrevistó en la Comic Con trabaja con usted, ¿no?

—Exacto.

—Bueno, ya le he contado a la policía todo lo que sé, o sea nada, ¿no? —agregó, y Strike se fijó en aquella muletilla interrogativa que había mencionado Robin.

—Eso no es lo que le contaste a mi socia. A ella le dijiste que habías atado cabos y habías descubierto la identidad de Anomia.

Con la mano derecha, Yasmin jugueteaba con las uñas perfectamente pintadas de la mano izquierda. Después de llegar a su casa, se había quitado los zapatos y se había puesto unas botas Ugg, con las que había dejado unas grandes huellas planas en la moqueta nueva.

—Eres Cora en *El juego de Drek*, claro —dijo Strike.

El color desapareció por completo de los labios de Yasmin. Con toda probabilidad se le había pasado por la cabeza replicar con un incrédulo «¿que soy qué?», pero habría sido incapaz de pronunciar esas palabras con un mínimo de convicción, así que se limitó a mirarlo fijamente sin decir nada.

—No sé si has visto las noticias esta tarde —continuó Strike—. Diecinueve miembros de un grupo terrorista de extrema derecha...

Yasmin rompió a llorar. Se tapó la cara con ambas manos y sollozó tras la cortina de su tupida melena rubio oscuro. Sus gruesas

piernas, enfundadas en las Ugg y plantadas en la moqueta, empezaron a temblar levemente. Strike, que intuía que obtendría más información de Yasmin siendo serio que mostrándose compasivo, esperó a que la chica se recompusiera.

Transcurrió casi un minuto entero, y finalmente Yasmin volvió a levantar la cabeza. Ahora tenía la cara y el cuello cubiertos de manchas rojas, y el rímel se le había corrido y había formado unos borrones de color gris claro bajo sus ojos hinchados.

—Yo no sé nada —dijo con voz lastimera—. ¡No sé nada en absoluto!

Como no llevaba encima ningún pañuelo, Yasmin se secó las lágrimas y la nariz con la manga de su rebeca negra.

—Los dos sabemos que eso no es cierto —dijo Strike sin sonreír—. ¿De dónde sacaste el dosier que presuntamente demostraba que Edie Ledwell era Anomia?

—Lo hice yo misma, ¿vale? —contestó ella con un hilo de voz.

—No es verdad —dijo Strike con serenidad—. Ese dosier lo hizo otra persona y te lo pasó a ti dentro del juego.

A juzgar por lo hinchados que tenía los párpados, Strike dedujo que no era la primera vez que Yasmin lloraba ese día. Quizá después de ver la noticia de las detenciones de The Halvening había ido corriendo a esconderse en los lavabos de la oficina y había llorado, aterrada por lo que podía pasar, para después volver a aplicarse con cuidado el maquillaje.

—Sabemos que dos miembros de The Halvening se infiltraron en el canal de moderadores —prosiguió Strike—. La policía no tardará en encontrar los dispositivos que utilizaban LordDrek y Vilepechora...

La joven dio un grito ahogado al oír esos nombres, como si le hubiesen echado un jarro de agua helada por la cabeza.

—... para jugar a *El juego de Drek*. El mi5 también trabaja en el caso. No tardarán en dar contigo y...

Yasmin rompió a llorar otra vez. Se tapó la boca con una mano y se meció hacia delante y hacia atrás en el sillón.

—... te preguntarán por qué no les contaste...

—¡Yo no lo sabía! —aseguró ella sin quitarse la mano de la boca —. ¡No lo sabía! ¡No sabía nada!

—... de dónde había salido el dosier.

Se oyeron unos golpecitos en la puerta del salón y la madre de Yasmin asomó la cabeza.

—¿Os apetece una taza de...? —dijo la señora Weatherhead.

—¡No! —dijo Yasmin con voz estrangulada.

La señora Weatherhead abrió un poco más la puerta, preocupada por su hija. Llevaba unas Ugg como las de ella.

—¿Qué te pa...?

—¡Ya te lo contaré después, mamá! —masculló Yasmin—. ¡Vete, por favor!

La señora se retiró. Cuando se cerró la puerta, Yasmin se tapó la cara con las manos y rompió a llorar de nuevo. Pronunció algunas palabras ahogadas que Strike no consiguió distinguir, hasta que entendió que decía «tan… humillante…».

—¿Qué es humillante?

Yasmin levantó la cabeza; tenía lágrimas en los ojos y le moqueaba la nariz.

—Yo creía… Yo creía que LordDrek era… actor, ¿no? Me lo dijo él, fue muy convincente… Así que fui a ver su obra… y le dije a la mujer que estaba en la entrada de artistas que me llamaba Cora… Él me había prometido un autógrafo… Habíamos quedado delante de los camerinos, ¿no? Pero luego… pasó de largo sin siquiera mirarme, y yo le decía «¡Soy yo! ¡Soy yo!», y…

Rompió a llorar a lágrima viva.

—Si sigues fingiendo que no estaban en el juego, parecerá que eres una de ellos —dijo Strike sin piedad—. La gente pensará que los ayudaste voluntariamente.

—Eso es imposible. —Yasmin levantó la cabeza con un gesto entre desesperado y desafiante—. Todos los que me conocen saben que soy súper de izquierdas, ¿no? Y todas mis redes sociales lo demuestran.

—La gente suele mentir muy a menudo en internet. El fiscal argumentará que tal vez fingías ser de izquierdas para encubrir tus verdaderas ideas políticas.

Yasmin se quedó un par de segundos mirándolo fijamente, con los ojos llenos de lágrimas. Y entonces recurrió a la típica argucia defensiva pasando al ataque, algo que a Strike no le sorprendió en absoluto.

—Creía que usted se encargaba de averiguar quién es Anomia, ¿no? ¡Es la policía la que tiene que investigar a The Halvening, no usted! ¿O acaso lo que intenta es hacerse más famoso o algo?

—Si prefieres que hablemos de Anomia, por mí no hay ningún problema —dijo Strike—. ¿Te has preguntado alguna vez si fue él quien mató a Ledwell?

—¡Por supuesto que no! —exclamó Yasmin, con un pequeño respingo.

—¿A pesar de que en el juego estuvo jactándose de haberla matado?

—Eso era sólo… No sé, una broma, ¿no? —dijo Yasmin, tratando de mostrarse incrédula.

—¿Y nunca se te ha ocurrido pensar que podría no ser una broma? ¿Que Anomia podría haberlo hecho?

—¡No, claro que no!

—¿Qué tal va tu libro? Anomia va a llevarse un porcentaje de las ganancias, ¿no?

—No está… De momento está parado, ¿no? Porque…

—¿Porque a uno de tus coautores lo detuvieron por asesinato, y el otro podría ser el asesino?

—No, porque… porque éste… no parece un buen momento para publicarlo —contestó ella entrecortadamente.

—¿Te das cuenta de que todos los detalles que te dio Ormond sobre los nuevos personajes de Edie, y sobre el argumento de la película, salieron del teléfono que él recogió y escondió después de que la asesinaran?

Strike sabía que, detrás de aquella cara de espanto y de aquellos ojos hinchados, los sueños de Yasmin se estaban desmoronando: entrevistas con la prensa y fotografías halagadoras, aumento de prestigio entre los miembros del fandom, estatus de autora con un libro publicado…

—… Y si resulta que Anomia asesinó a Edie Ledwell y dejó paralítico a Josh Blay…

—Josh no está paralítico —dijo Yasmin con desesperada certeza—. Ya sé que la gente lo dice, pero no es verdad. Me han dicho que está mucho mejor, ¿no?

—¿Quién te ha dicho eso? ¿Alguien de Twitter que conoce a un tipo cuya hermana trabaja en el hospital? Josh tiene la mitad del cuerpo paralizada y ha perdido la sensibilidad en la otra. Y lo sé porque fui al hospital a entrevistarlo.

Yasmin palideció aún más y se puso a toquetear la manga del jersey con dedos temblorosos.

—Si el agresor fue Anomia… —insistió Strike.

—Si Anomia es quien yo creo que es, no pudo hacerlo él —dijo Yasmin en voz baja—. No habría podido hacerlo, no habría podido físicamente.

—¿Quién crees que es Anomia?

Yasmin titubeó un momento y contestó:

—Íñigo Upcott.

Strike no se esperaba esa respuesta.

—¿Por qué crees que es Upcott?

—Pues porque… Anomia se parece a él, ¿no? Anomia sabe latín, e Íñigo siempre usaba citas en latín, ¿no? Y por cosas que ha dicho Anomia: que su vida es muy dura y cosas así, y obviamente Íñigo va en silla de ruedas, ¿no? Además, Anomia se enfadó mucho cuando Edie despidió a Katya, y sé que Íñigo estaba enfadado porque a Katya nunca le pagaron por todo lo que hacía por Josh y Edie. Yo lo oí quejarse de eso un par de veces que fui a su casa, y una de esas veces

lo vi jugando al juego, ¿no?

—¿Ah, sí? —dijo Strike.

Yasmin asintió mientras se secaba la punta de la nariz con la manga de la rebeca.

—Tenía un problema con el ordenador, ¿no? Y yo fui para arreglarlo y vi lo que había estado haciendo antes de que se le quedara colgado. Estaba dentro del juego. En aquel momento, yo creí que sólo había entrado para echar un vistazo, ¿no? Porque Josh y Edie habían estado en casa de Katya y habían hablado del juego y de Anomia. Pero luego empecé a atar cabos y...

«Y te hiciste un lío.»

—... Y tenía sentido, porque él vive confinado en su casa y se pasa el día en el ordenador, ¿no? Y es pintor y nos oía hablar continuamente de *Un corazón tan negro*, ¿no? Lo más seguro es que lo hiciera sólo para divertirse, como un proyecto...

—¿Tú crees que Anomia habla como un hombre de sesenta años?

—Pues... sí, ¿no? —dijo Yasmin, otra vez con tono desafiante—. Íñigo tiene... mal genio, ¿no? Suelta muchos tacos, y Josh no le caía bien, ¿no? Pero al principio Edie sí le caía bien, así que cuando ella empezó a decir cosas desagradables sobre el juego, seguramente él se molestó, ¿no? Después de todo el trabajo y todo el tiempo que había invertido en él...

—¿Íñigo te caía bien?

—Pues... sí. Sentía lástima por él porque estaba muy enfermo, ¿no? Y las primeras veces que fui a su casa fue amable, lo que pasa es que es... es bastante... puede ser un poco intimidante... Y supongo que Anomia también, ¿no? De todas formas —añadió poniéndose a la defensiva—, sólo era una teoría, nada más...

Strike se preguntó si la probabilidad y la verosimilitud habían desaparecido de los procesos de razonamiento de esa muchacha. Había vivido tanto tiempo en ese mundo virtual de personas anónimas que cualquier teoría le parecía buena, siempre que satisficiera su necesidad de sentirse especial. Esas características la habían convertido en un elemento muy valioso para The Halvening, pero era mucho menos útil como testigo.

—Íñigo y tú coincidisteis en una fiesta de Navidad en North Grove, ¿verdad?

—Sí —dijo Yasmin, que no parecía entender la relevancia de esa pregunta.

—Íñigo me contó que ese día te vio morreándote con Nils de Jong.

Yasmin pareció sorprendida, pero Strike creyó detectar también una pizca de satisfacción en sus ojos.

—Él... me pidió que le diera un beso debajo del muérdago, nada

más.

—Íñigo afirma que te oyó confesarle a Nils que eras Anomia. ¿Qué te parece?

Yasmin dio un gritito de asombro.

—¡Eso es mentira! ¡Es ridículo!

—¿Recuerdas de qué estabas hablando con Nils antes de que te besara?

—Pues... no sé, todos habíamos bebido mucho, ¿no? Y... creo que me dijo que me veía triste y que quería animarme... Y entonces... tiró de mí y me llevó debajo del muérdago, ¿no?

Strike tenía la firme sospecha de que ningún hombre le había hecho nada parecido a Yasmin hasta aquel día.

—¿Estás segura de que Nils no hablaba de «anomia» en el sentido abstracto?

—¿Qué quiere decir?

—Si se refería a la anomia, a la ausencia de moralidad.

Como Yasmin parecía confusa, Strike añadió:

—¿No te habías fijado en que la palabra «anomia» está grabada en la vidriera de la cocina de North Grove?

—¿Ah, sí? —dijo Yasmin con una genuina expresión de sorpresa en el rostro.

—¿Alguna vez has hablado con Anomia, me refiero a la persona, por teléfono?

—No. Sólo por email.

—¿Cuál es su dirección de email? —preguntó Strike, sacándose el bloc del bolsillo.

—Eso no se lo diré... —Yasmin volvía a tener lágrimas en los ojos, pero estaba asustada—. Anomia me mataría...

—Puede que no vayas muy desencaminada —dijo Strike—. ¿Sabes que han asesinado a Morehouse?

—¿Qué? No, él... ¿Qué?

Strike vio cómo los lentos procesos mentales de la chica se esforzaban para asimilar lo que acababa de oír.

—No me lo creo —afirmó por fin en voz baja.

—Búscalo —repuso Strike—. Vikas Bhardwaj. Universidad de Cambridge. Le cortaron el cuello.

Yasmin parecía a punto de vomitar.

—¿Cómo sabe que era Morehouse? —dijo con un hilo de voz.

Strike ignoró su pregunta y se limitó a decir:

—Si lees las noticias, verás que el asesinato se perpetró la noche en que Morehouse desapareció del juego.

—No me lo creo —dijo ella otra vez, aunque estaba temblando—. Usted... Usted sólo intenta asustarme.

A través de las cortinas de la ventana, Strike vio que un hombre

corpulento de pelo canoso entraba en la casa con un maletín en la mano. Poco después, oyó una conversación amortiguada al otro lado de la puerta del salón, y supuso que la angustiada madre de Yasmin estaba contándole a su marido que había un desconocido, un tipo muy corpulento, importunando a su hija.

Se abrió la puerta y entró el padre de Yasmin, que todavía llevaba el maletín en la mano.

—¿Qué está pasando aquí? ¿Quién es este hombre, Yasmin?

—No pasa nada... Ya te lo contaré luego...

—¿Quién es? —insistió el padre de la chica, comprensiblemente alarmado al ver los ojos enrojecidos e hinchados de su hija.

—Cormoran Strike —dijo el detective.

Se levantó con cierta dificultad, y los tendones de su corva pidieron clemencia a gritos. Cormoran le tendió la mano.

—Soy detective privado, y su hija me está ayudando a resolver un caso.

—¿Detective pri...? Pero ¡¿esto qué es?! —bramó el señor Weatherhead sin darle la mano a Strike, mientras la madre de Yasmin se colaba furtivamente en el salón—. ¿Todavía estamos con esos malditos dibujos animados?

—Déjalo, papá —dijo Yasmin en voz baja—. Por favor. Salgo enseguida y... te lo explico.

—¡Haz...!

—¡Por favor, papá, deja que acabe de hablar con él! —dijo Yasmin un poco histérica.

Sus padres se retiraron a regañadientes y la puerta se cerró de nuevo. Strike volvió a sentarse y, antes de que Yasmin pudiese decir nada, preguntó:

—¿Te das cuenta de lo que va a ocurrir cuando se sepa todo esto? Y sin duda se sabrá, porque, como ya te he dicho, mientras tú y yo estamos hablando, la Policía Metropolitana y otras fuerzas de seguridad están confiscando los ordenadores y los teléfonos de The Halvening. La opinión pública, los medios de comunicación y un jurado van a oír que te hiciste por tu propia voluntad con un dosier de pruebas falsas contra Edie Ledwell, un dosier amañado por una organización terrorista que quería verla muerta, y que se lo llevaste a Josh Blay para enemistarlo con Edie. ¿Cómo crees que vas a quedar, Yasmin, cuando la gente se entere de que seguiste jugando alegremente en ese juego pese a saber que unos terroristas se habían infiltrado en él? ¿Qué pensarán cuando se sepa que seguiste moderándolo, nada menos, mientras preparabas un libro basado en la información robada a una mujer a la que habían asesinado? Mira, te lo advierto: el cabecilla de The Halvening va a declarar que fue Anomia quien apuñaló a Ledwell y a Blay, y que Anomia intentó matar a uno

de sus miembros tirándolo a las vías del tren. Y tanto si fue The Halvening como si fue Anomia, tú estarás metida hasta el cuello.

Yasmin se inclinó hacia delante, se tapó la cara con las manos y se puso a llorar otra vez.

—Tu única esperanza —continuó Strike, subiendo la voz para asegurarse de que la chica lo oía por encima de sus fuertes sollozos— consiste en que hagas lo que es debido, ahora, voluntariamente: salir del juego, explicarle a la policía todo lo que sabes y ayudarme a desenmascarar a Anomia.

—Yo no puedo ayudarlo, ¿cómo voy a ayudarlo? Si no es Íñigo...

—Para empezar, puedes darme la dirección de correo electrónico de Anomia —dijo Strike—. En segundo lugar, puedes ayudarme a encontrar a la moderadora que se hace llamar Traslúcida.

—¿Por qué quiere hablar con ella?

—Porque creo que corre peligro.

—¿Por qué?

—Porque es posible que Morehouse le dijese quién es Anomia.

—Oh...

Yasmin se enjugó las lágrimas con la manga, corriéndose aún más el maquillaje, y luego dijo:

—Yo... no sé nada de ella.

—Lleváis meses juntas en *El juego de Drek*, algo tienes que saber. Sabemos que Vilepechora te enseñó una foto suya.

—¿Cómo sabe que...?

—Ahora eso no importa. ¿Conservas esa fotografía?

—No... Estaba...

—¿Desnuda?

—No. No del todo.

—Descríbemela.

—Es... guapa. Delgada. Pelirroja.

—¿Qué edad dirías que tiene?

—No lo sé... ¿Veintipocos? Quizá menos.

—¿Alguna vez te dio alguna pista sobre dónde vive?

—Una vez... dijo que vivía a muchos kilómetros de Londres. Fue cuando...

—¿Cuando qué?

Yasmin, nerviosa, jugueteó con la manga húmeda de su rebeca, y entonces dijo:

—Cuando les conté a los otros moderadores que Josh y Edie iban a verse... para hablar del dosier.

—¿Les dijiste dónde habían quedado? —preguntó Strike bruscamente.

—No. Traslúcida me lo preguntó y le dije que no podía decírselo, porque Josh nunca me habría perdonado si hubiese aparecido algún

cazador de autógrafos, ¿no? Y se ofendió y dijo que ella no podría presentarse allí aunque quisiera, porque estaba a muchos kilómetros de Londres, ¿no? Y entonces dijo que era obvio dónde iban a encontrarse y se fue muy enfadada.

—¿Crees que la mayoría de los fans de *Un corazón tan negro* habrían adivinado que Josh y Edie iban a verse en el cementerio?

—Puede ser, ¿no? —dijo Yasmin—. No sé... Era su sitio... ¿no? Allí fue donde... pasó todo.

—¿Recuerdas si Traslúcida te dijo algo más sobre su vida, o sobre dónde vivía?

—No. Sólo sé que todos los chicos iban detrás de ella... Pero a ella sólo... sólo le gustaba Morehouse.

—¿Cuántas personas crees que vieron esa fotografía en la que salía medio desnuda?

—Seguramente todos los chicos, ¿no? Vilepechora me contó que Traslúcida quería enviársela a Morehouse, pero que se la envió a Anomia por error, ¿no? Supongo que Vilepechora se la enseñó a los otros chicos...

—Muy bien —dijo Strike tomando nota—. Ahora dime cuál es la dirección de correo electrónico de Anomia.

Tras un momento de vacilación, Yasmin cogió el móvil que había dejado en el brazo del sillón, abrió su correo electrónico y dijo:

—Es cagedheart14@aol.com. Todo con minúsculas. El número en cifras.

—Gracias —dijo Strike—. Catorce... ¿como la regla catorce?

Yasmin, que volvía a estar ocupada secándose las lágrimas con la manga, asintió con la cabeza.

—Por curiosidad, ¿qué dicen las otras trece reglas? —preguntó Strike.

—No existen —respondió ella con voz pastosa—. Sólo existe ésa.

—Entonces, ¿por qué se llama «catorce»?

—Es el número favorito de Anomia.

—¿Por qué?

Yasmin se encogió de hombros.

—Vale. —Strike cerró el bloc y sacó su cartera—. Me has ayudado mucho, Yasmin. Hazme caso, llama a esta persona —abrió su cartera, sacó la tarjeta de Ryan Murphy y se la dio— y cuéntale todo lo que me acabas de contar. Todo. Y te recomiendo que salgas del juego y no vuelvas a entrar.

—No puedo —dijo Yasmin con cara de miedo.

—¿Por qué?

—Porque Anomia me dijo que... si lo hacía...

De repente soltó una risita áspera y un poco histérica.

—Me dijo que le contaría a la policía que yo había ayudado a

unos terroristas, ¿no? Pero supongo... Si yo ya se lo he contado a la policía... Y al menos así no tendré que seguir...

No fue capaz de terminar la frase.

—Al menos no tendrás que seguir...

Yasmin se secó las lágrimas otra vez y dijo con tono lastimero:

—Anomia me estaba... chantajeando, ¿no?

—¿Para que hicieras qué?

—Para que... me hiciera pasar por él en el juego, ¿no?

—¿Qué quieres decir? —dijo Strike, viéndose asaltado por una horrible sospecha.

—Me hacía fingir que era él. En el juego, a determinadas horas, ¿no? Me dio sus claves de acceso y me decía cuándo tenía que hacerlo, o le contaría a la policía lo del dosier.

—¿Cuánto tiempo llevas haciendo eso? —dijo Strike, mientras, a toda prisa, repasaba mentalmente a los sospechosos a los que habían eliminado porque no estaban utilizando ningún dispositivo mientras Anomia participaba en el juego.

—No lo sé —aseguró Yasmin volviendo a sollozar—. Desde... desde que le conté a Anomia que había hablado con su socia, ¿no? En la Comic Con.

—¡Joder! —exclamó Strike. Hizo lo posible por disimular la rabia que ahora lo consumía, y añadió—: ¿y no te pareció raro que te pidiera algo así?

—Bueno, sí... un poco... Le pregunté por qué quería que lo hiciera, pero sólo me dijo que tenía que hacerlo.

—¿Te acuerdas de cuándo exactamente has sustituido a Anomia? ¿Llevabas un registro?

—No —dijo Yasmin muy compungida—. Han sido muchas veces, no me acuerdo de todas... ¿Por qué?

—Porque has estado ayudando a Anomia a preparar sus coartadas —dijo Strike, que ya no tenía ningún escrúpulo en asustar a una mujer tan peligrosamente obtusa—. Si estuviera en tu lugar, intentaría recordar como fuera si estabas reemplazando a Anomia la noche que le cortaron el cuello a Vikas Bhardwaj. Creo que a la policía le va a interesar mucho ese detalle.

El detective volvió a levantarse; estaba tan furioso con ella que se marchó sin decir una sola palabra más.

Los padres de Yasmin corrieron por el pasillo hacia el salón cuando Strike abrió la puerta de la calle, y lo último que oyó el detective antes de dar un portazo fueron sus preocupadas voces interrogando a su hija, y el angustiado gemido de Yasmin por toda respuesta.

92

Esta noche de nuevo la alfombra blanca de la luna
se extiende por el suelo del dormitorio
mientras fuera, como un gato malvado,
el espíritu se pasea por el oscuro pasillo
planeando, lo sé, abalanzarse sobre mí,
resentido porque anoche pude dormir en la ciudad.

CHARLOTTE MEW, *La fiesta*

Al principio, Robin se alegró de regresar a su piso de Blackhorse Road. Se le hacía un poco raro estar sola de nuevo —ya no podía hablar con Strike, ni disfrutar de sus amigables silencios en el coche—, pero aquella leve sensación de extrañeza quedó en segundo plano mientras metía la ropa sucia en la lavadora, guardaba sus artículos de aseo, regaba el filodendro e iba al supermercado para llenar la nevera.

A medida que avanzaba el día, sin embargo, cada vez le costaba más fingir que no estaba nerviosa y que se sentía completamente segura. Acosada por imágenes que no lograba olvidar —el cuello cortado de Vikas Bhardwaj, las grotescas máscaras de látex que había utilizado el terrorista, el joven con el 88 tatuado fotografiando su piso…—, corrió las cortinas más pronto de lo habitual y comprobó que la alarma antirrobo estaba conectada.

Acababa de sentarse para comerse una tostada con huevos revueltos cuando la sobresaltó el tono de llamada del teléfono de prepago que tenía en el bolso, al que no estaba acostumbrada. Lo sacó y vio que había recibido un mensaje de Pez Pierce.

No te imaginas el día que he tenido

Robin caviló unos segundos antes de teclear su respuesta:

Por qué? Qué ha pasado?

La respuesta de Pez llegó casi de inmediato.

Ha venido a verme la policía. Algún capullo les ha contado que yo soy ese tipo que troleaba a Edie. Ahora dicen que tengo que esconderme. Hay unos chiflados de ultraderecha que están

buscando a ese troll. Son esos tíos que han salido en las noticias

Dios mío. Lo dices en serio?

Tuvo la corazonada de que Pez iba a pedirle que le dejara dormir en su sofá, y no se equivocó:

No podría quedarme a dormir en tu casa, verdad?

Contestó Robin:

Lo siento mucho, ya tenemos a dos invitados.

Ya, muchos colegas míos tienen «invitados» ahora que me buscan unos terroristas

Robin tecleó de inmediato:

Lo siento, es la verdad. Por qué no me dices dónde vas a quedarte? Podría acercarme y animarte un poco.

No tenía ninguna intención de ir a verlo, pero no se le ocurría ninguna otra forma de persuadirlo para que le diese su ubicación, que necesitaban para seguir vigilándolo. Por desgracia, probablemente molesto porque ella no le había ofrecido refugio, Pez no contestó. Por una parte, Robin se alegró: no estaba de humor para pasarse una noche entera flirteando con mensajes de texto con Pez Pierce, que todavía era un firme candidato a ser, como creía Strike, la persona que le había cortado el cuello al joven genio de Cambridge y lo había dejado allí atragantándose con su propia sangre.

El vecino de arriba había vuelto a poner la música muy alta, y por primera vez a Robin le preocupó el retumbar de los bajos, pues podía impedirle oír cualquier ruido extraño. Después de cenar y de lavar los platos, se dispuso a examinar la cuenta de Twitter de Discípulo de Lepine, pero le costaba mucho concentrarse. Cuando la llamó Strike, cogió el teléfono con profundo alivio.

—Hola —dijo—. ¿Cómo te ha ido con...?

—No te lo vas a creer —dijo Strike.

—¿Qué ha pasado?

—Desde la Comic Con, Yasmin ha estado haciéndose pasar por Anomia en el juego. Y en varias ocasiones, aunque no tiene anotado cuándo exactamente. Se dio cuenta de que la mujer que la había entrevistado eras tú después de ver tu fotografía en el periódico, le contó a Anomia que la había entrevistado una detective encubierta, y

entonces Anomia le hizo chantaje para que lo reemplazara en el juego.

—¿Qué?

—Así que todos los putos sospechosos a los que hemos descartado desde la Comic Con vuelven a la lista.

—Pero eso significa...

—Lo sé, tenemos que recuperar a todos los putos sospechosos que teníamos al principio, excepto a Seb Montgomery. Voy a tener que sentarme y volver a revisar la lista, pero, joder, no nos merecíamos esto. Creía que ya sólo nos quedaban dos candidatos. Y en cuanto a Traslúcida...

Cuando Strike terminó de contarle todo lo que le había dicho Yasmin sobre Traslúcida, Robin, esforzándose por encontrar algún resquicio de esperanza, dijo:

—Bueno, al menos sabemos algo. Es pelirroja, guapa, joven, vive lejos de Londres...

—Sí, eso reduce la lista a unos cuantos cientos de miles de mujeres. Si se te ocurre cómo podemos identificar a Traslúcida entre todas ellas, llámame —dijo Strike.

Después de despedirse y colgar, Robin se quedó un rato inmóvil, conmocionada y abatida por aquella noticia, hasta que oyó un fuerte golpe procedente del vestíbulo y se sobresaltó. Giró el torso sin levantarse de la silla y miró fijamente hacia el rellano. La puerta de su piso era segura, la alarma antirrobo estaba conectada, de modo que era absurdo pensar que alguien estuviese intentando entrar, ¿no? Al cabo de unos segundos, con el corazón latiéndole mucho más deprisa de lo que habría sido normal en una mujer sana que estaba en reposo, se levantó despacio, caminó hasta el recibidor, pegó una oreja a la puerta y lamentó que ésta no tuviese mirilla. No oyó nada. Seguramente a alguien que subía la escalera se le había caído algo, y sin embargo la imagen de Vikas Bhardwaj asesinado en su silla de ruedas, con una herida abierta en el cuello y los ojos inexpresivos, reapareció de pronto en su mente.

Por primera vez desde que habían encontrado el cadáver de Vikas, Robin se acordó de Rachel Ledwell. La chica ya debía de haberse enterado de que Vikas había muerto...

Y entonces una idea golpeó bruscamente a Robin, como si fuera una descarga eléctrica. Fue corriendo hasta su ordenador, salió de la cuenta de Twitter de Discípulo de Lepine, abrió los mensajes directos, buscó la última conversación que había mantenido con Rachel y empezó a teclear:

Rachel, soy yo, Robin. Supongo que has visto la horrible noticia sobre Vikas. Lo siento mucho.

Estoy tratando de asegurarme de que no haya más personas afectadas. Si puedes, contéstame, por favor. A lo mejor podrías ayudarme con una cosa.
Stop Anomia

Robin era perfectamente consciente de que la chica podía no estar en Twitter en ese momento; de hecho, era probable que sintiese un profundo y comprensible rechazo hacia las redes sociales, y que tardase horas, o incluso días, en ver su mensaje. Aun así, se quedó mirando la pantalla como si pudiese conseguir con el poder de la mente que Rachel se conectase a Twitter, y entonces vio aparecer tres puntos debajo del mensaje que acababa de enviar: Rachel estaba escribiendo.

Vikas ya estaba muerto cuando tú llegaste?
Penny Peacock

Sí. Fue horrible. Lo siento mucho, Rachel. Imagino cómo debes de sentirte.
Stop Anomia

Robin esperó con el alma en vilo.

Sabes quién lo hizo? Lo sabe la policía?
Penny Peacock

Todavía no.
Stop Anomia

Hubo una pausa de casi un minuto. Robin estaba a punto de volver a escribir cuando vio los tres puntos, y al cabo de un minuto más apareció un mensaje mucho más largo de Rachel.

Estoy muy asustada. Me paso el día llorando. Mi madre cree que estoy deprimida y quiere llevarme al médico, pero yo no puedo contarle lo que me pasa. Crees que fue alguien de The Halvening? Vikas quería echar a LordDrek y a Vilepechora del juego porque estaba convencido de que eran miembros de The Halvening. Igual lo mataron para vengarse de él. Igual Vikas descubrió quiénes eran en realidad (es muy probable, porque era muy inteligente) y llamó a la policía, no? Hoy he visto todas esas detenciones en las noticias y he leído todo lo que han publicado en los periódicos y lo que piensa la gente en Twitter. Creía que la policía diría que esos terroristas de The Halvening mataron a Vikas, pero no lo han dicho.

Penny Peacock

De momento sólo sé lo mismo que tú, pero quiero impedir que haya más personas afectadas.
Stop Anomia

Pero han detenido a los miembros de The Halvening.
Penny Peacock

Robin empezó a escribir, pero al mismo tiempo aparecieron tres puntos, así que paró y esperó a que llegara el nuevo mensaje de Rachel.

Crees que lo mató Anomia
Penny Peacock

Robin titubeó; no tenía muy claro cómo proceder a continuación.

No necesariamente, aunque la última vez que entré en el juego, Anomia se comportó de una forma bastante rara teniendo en cuenta que acababan de asesinar a su amigo.
Stop Anomia

Rara en qué sentido?
Penny Peacock

Estaba muy frío y muy tranquilo. No me pareció natural.
Stop Anomia

Hubo una pausa aún más larga que las anteriores, pero entonces Robin volvió a ver los tres puntos y, poco después, apareció otro mensaje largo de Rachel:

Esto parece una pesadilla. No puedo parar de pensar en una cosa muy extraña que dijo Vilepechora hace mucho tiempo. Fue cuando Morehouse entró en el canal de mods para decirles a Vile y a LordDrek que salieran del juego. Ellos negaron pertenecer a The Halvening, y entonces Vile bromeó diciendo que Anomia había asesinado a Edie y que había comprado el puñal y la táser con bitcoins. Vile dijo que Anomia sabía mucho de todo eso de la web oscura. Yo nunca había visto a Anomia hablar de criptomonedas, pero ahora pienso que a lo mejor Vilepechora y ella hablaban de eso en un canal privado. Me cabreé mucho por cómo hablaban todos del asesinato de mi prima, como si fuese gracioso, y salí del canal. Pero desde que me enteré de

lo que le ha pasado a Vikas no he parado de darle vueltas, porque Anomia siempre decía en broma que ella había apuñalado a Josh y a Edie. Y en todos los casos el agresor pudo ser una chica, porque a Josh y a Edie primero los inmovilizaron con una táser para que no pudiesen defenderse, y Vikas no habría podido defenderse en su silla de ruedas, no?

Penny Peacock

—Bingo —dijo Robin por lo bajo. Y contestó:

Entiendo por qué esto te angustia tanto, Rachel, de verdad.

Stop Anomia

No, no lo entiendes. No puedes entenderlo.

Penny Peacock

Ya es bastante duro pensar que a Edie y a Vikas los mató The Halvening, pero si fue Anomia, yo era amiga de una asesina. Estaba ayudando a moderar el juego de una asesina.

Penny Peacock

Aunque Anomia sea culpable, tú no podías saber que era capaz de matar. Si todo el mundo que bromea sobre matar a alguien lo hiciera realmente, nadie podría ir tranquilo por la calle.

Ahora mi máxima prioridad es localizar a Traslúcida. Cabe la posibilidad de que ella sepa quién es Anomia. A lo mejor también puede arrojar luz sobre si Vikas planeaba ir a la policía a contarles sus sospechas sobre Anomia o The Halvening.

Stop Anomia

No sé quién es Tralúcida. Nunca lo he sabido.

Penny Peacock

Sabemos que circulaba una fotografía suya por el canal de moderadores. Anomia la compartió con Vilepechora, y Vilepechora se la enseñó a Cora, y yo pensaba que a lo mejor alguien te la había enseñado a ti, porque sé que todos creían que eras un chico.

Stop Anomia

Hubo una pausa. El corazón de Robin latía casi tan deprisa como cuando había oído aquel ruido en el rellano.

Lo creía Vilepechora

Penny Peacock

LordDrek y él siempre creyeron que yo era un chico gay
Penny Peacock

Me dijo: «si no te empalmas con esto, ya no tendremos ninguna duda de que eres gay».
Penny Peacock

Robin sabía que tenía que redactar su siguiente mensaje con cuidado, porque no había olvidado que, en el colegio, cuando le hacían *bullying*, a Rachel la llamaban «lesbiana».

Rachel, puedes comprobar si borraste esa foto, por favor? Porque si se te olvidó borrarla, podría sernos de gran ayuda para encontrar a Traslúcida.
Stop Anomia

Robin contuvo la respiración. La pausa se prolongó y eso le hizo abrigar esperanzas, porque si Rachel hubiese borrado la imagen, lo habría dicho enseguida. Entonces aparecieron los tres puntos, y Rachel contestó.

Voy a ver. No pretendía conservarla, pero a lo mejor no la borré.
Penny Peacock

«La tiene», pensó Robin. Ni sabía ni le interesaba saber si Rachel se había guardado aquella fotografía por despecho o para tratar de descubrir la identidad de la chica que le había robado a su mejor amigo virtual: lo único que importaba era que la conservaba.

Pasaron tres minutos, que a Robin le parecieron treinta. Entonces Rachel volvió.

La tengo.
Penny Peacock

Te la mando.
Penny Peacock

La fotografía apareció antes de que Robin tuviese tiempo de escribir «gracias».

La chica de la fotografía no era simplemente guapa: era de una belleza impresionante. No podía tener más de veinte años; era delgada y tenía una larga melena pelirroja, el cutis claro y con algunas pecas,

los pómulos marcados y grandes ojos color avellana. Sólo llevaba puesta una camisa rosa claro desabrochada, y posaba juntándose los pechos con los brazos. La camisa apenas le tapaba los pezones. Se le veía un trozo de vientre liso, y la imagen quedaba cortada justo por debajo del ombligo.

Rachel, muchísimas gracias. Esto puede ayudarnos mucho.
Stop Anomia

Me dirás lo que ha pasado, por favor? No soporto no saber lo que está pasando. Cualquier cosa es preferible a estar así.
Penny Peacock

Claro que sí. Estamos en contacto. Y no seas tan dura contigo misma, por favor. Has ayudado muchísimo y tú no tienes la culpa de nada de todo esto. De nada. Un abrazo
Stop Anomia

Un abrazo
Penny Peacock

Robin se guardó la foto de Traslúcida en el ordenador, abrió Google para hacer una búsqueda inversa por imágenes y pegó la fotografía.

Las «imágenes similares» que logró encontrar podían definirse, como Robin supuso que debería haber imaginado, como porno suave. Vio a una multitud de mujeres con la camisa abierta y enseñando los pechos, pero ninguna se parecía a Traslúcida. Sin embargo, eso le aportó una información útil: que Traslúcida nunca había publicado aquella fotografía en internet, lo que indicaba que podía ser realmente una foto que le había enviado en privado a su novio o a alguien a quien ella consideraba su novio.

Robin observó con atención el fondo de la imagen. Distinguió un dormitorio tenuemente iluminado que debía de ser una habitación de estudiante, pues había un escritorio. Amplió la imagen y vio una caja plana encima de la mesa; la etiqueta rezaba «Pasteles blandos Faber-Castell», y Robin la identificó correctamente como una caja de material de dibujo y no de repostería.

Recortó la imagen hasta ver sólo la cara de la chica, la copió y la pegó en la ventana de búsqueda.

Aparecieron varias imágenes mucho más prometedoras, primeros planos de jóvenes pelirrojas; algunas parecían maquilladas por una mano experta, y otras tenían un aire candoroso. Robin examinó una a una las imágenes, escudriñando cada rostro minuciosamente, y se

detuvo al llegar a la imagen número dieciséis.

Era la misma chica: los mismos ojos, los mismos pómulos, la misma melena pelirroja. Muy emocionada, pulsó sobre la fotografía y comprobó que provenía de Instagram. Robin enlazó a la página y exclamó: «¡Bingo!»

La chica se llamaba Nicole Crystal. Robin se desplazó hacia abajo por las fotografías de su cuenta y descubrió que era una alumna de la Glasgow School of Art. La página estaba llena de muestras de su trabajo, que incluso para Robin, que no era ninguna experta, revelaban un gran talento. Sin embargo, de vez en cuando también había algún selfi, y uno de ellos hizo que Robin se detuviera un poco desconcertada. Un joven rubio y apuesto con una camiseta negra cortada abrazaba a Nicole por detrás, al tiempo que le daba un beso en la mejilla. Robin siguió bajando y vio un par de fotografías más del mismo chico, una de las cuales tenía dibujado un corazón alrededor.

¿Sabía aquel chico que su novia se había pasado horas en el juego hablando con Vikas Bhardwaj? ¿Sabía que le había enviado fotografías provocativas?

Robin pulsó en los seguidores de Nicole y buscó el nombre de Vikas entre ellos, pero no lo encontró.

Luego abrió Twitter y buscó a Nicole Crystal. Aparecieron varias cuentas, pero localizó la correcta sin grandes dificultades: Nicole había utilizado una fotografía suya y su nombre completo, y en su ubicación figuraba Glasgow; pero por lo visto utilizaba Twitter mucho menos que Instagram. Su última publicación, un retuit de la cuenta Women's Art, tenía fecha de diez días atrás, antes de que encontrasen el cadáver de Vikas.

Robin pulsó de nuevo en los seguidores y, tras buscar durante varios minutos, encontró lo que necesitaba: la cuenta real de Vikas Bhardwaj seguía a la de Nicole.

Estaba tan absorta en sus descubrimientos que dio un respingo cuando le sonó el móvil. Era el número de la oficina, que se desviaba a los móviles de Strike o de Robin si no contestaba nadie. Creyendo que Strike había regresado a Denmark Street más deprisa de lo que ella esperaba, cogió el teléfono y contestó la llamada.

Oyó un susurro que pronunciaba cuidadosamente cada palabra.

—Te… voy… a… matar.

Y se cortó la línea.

93

Tengo la ropa mojada y estoy tiritando,
y ha sido un camino largo y difícil…
¡*Abre la puerta y déjame entrar*!

MARY ELIZABETH COLERIDGE,
La bruja

A Strike le dolía tanto la pierna que se sentó a descansar en un banco de Victoria Station. Al cabo de un cuarto de hora, consideró que se encontraba mucho mejor y que hacer cola para coger un taxi sería tan pesado como continuar el viaje en metro, así que fue cojeando hasta la estación. Una vez allí dejó pasar dos trenes, porque necesitaba darle un respiro a su muñón antes de pedirle que volviera a cargar con su peso. Cuando salió de la estación de Tottenham Court estaba anocheciendo, y el detective tuvo que contenerse para no ir diciendo «mierda» en voz alta cada dos pasos. Ahora se sentía como si tuviera astillas de cristal clavadas en el muñón, y ya no distinguía si el dolor provenía de sus acalambrados músculos o de sus ardientes isquiotibiales. Le costaba tanto andar que estaba sudando, y lamentó amargamente no haber cogido un bastón. Se puso a negociar con Dios, aunque no estaba nada seguro de creer en él: «Me pondré a régimen. Dejaré de fumar. Pero déjame llegar a casa. Juro que empezaré a cuidarme. Pero no dejes que me derrumbe en la puta calle…»

Temía que su muñón volviese a claudicar y lo hiciera pasar por la humillación de caerse en medio de la calle. Ya había sucedido una vez, y sabía perfectamente cuáles serían las consecuencias, porque él no era una ancianita frágil a quien los desconocidos se dispondrían a ayudar de forma instintiva: los cuarentones ariscos y fornidos de un metro noventa de estatura no suscitaban automáticamente la confianza de la gente; los desconocidos tendían a pensar que eran borrachos o peligrosos, e incluso los taxistas solían ignorar a los tipos corpulentos que gesticulaban de forma frenética desde el bordillo.

Comprobó aliviado que podía mantenerse en pie y salió de la estación de Tottenham Court Road. Una vez en la calle, se apoyó en una pared y aspiró grandes bocanadas de aire nocturno; cargó todo su peso en el pie izquierdo, mientras su ritmo cardíaco disminuía y una procesión de capullos afortunados con dos piernas completamente funcionales pasaban con agilidad a su lado. Estuvo tentado de ir

cojeando hasta The Tottenham, pero eso sólo le habría proporcionado un respiro pasajero: lo que necesitaba era regresar a Denmark Street. Si lograba subir los tres tramos de escalera, encontraría bolsas de hielo en la nevera y analgésicos en el armario de la cocina, y podría quitarse la prótesis, sentarse cómodamente en calzoncillos y soltar en voz alta todos los tacos que le diera la gana.

Buscando una excusa para seguir allí apoyado unos minutos más, y decidido a no fumar, se sacó el móvil del bolsillo, le echó un vistazo y vio, sorprendido, que había recibido un mensaje de Robin.

Tengo buenas noticias. Llámame cuando puedas.

No habría sabido explicar por qué, pero le pareció que podría caminar con más comodidad si al mismo tiempo iba hablando con Robin, así que pulsó sobre el número, se separó de la pared que había tenido el detalle de soportarlo y, con el teléfono pegado a la oreja, echó a andar, cojeando, por Charing Cross Road.

—Hola —dijo Robin, que contestó enseguida.

—¿Cuál es la buena noticia? —preguntó él, tratando de no apretar los dientes.

—He identificado a Traslúcida.

—¿Qué? —exclamó Strike, y por unos instantes pareció que el dolor de su pierna realmente disminuía—. ¿Cómo lo has conseguido?

Robin se lo explicó, y Strike hizo un esfuerzo para concentrarse; cuando ella terminó de hablar, con todo el entusiasmo que le permitió el dolor que estaba soportando Strike dijo:

—Eso ha sido jodidamente brillante, Ellacott.

—Gracias —contestó ella; y él, concentrado en no jadear, no se fijó en que lo decía con voz apagada.

—Podríamos enviar a Barclay a hablar con ella —dijo Strike—. Glasgow es su territorio.

—Sí, yo también lo he pensado —convino Robin; como su socio, ella también estaba intentando aparentar naturalidad—. Y... bueno... acaba de pasar otra cosa.

—¿Cómo dices? —preguntó Strike, pues en ese momento un autobús de dos pisos pasaba a su lado con gran estruendo.

—Que acaba de pasar otra cosa —repitió Robin subiendo la voz —. He recibido una llamada desviada del despacho. Me han dicho que me van a matar.

—¿Qué?

Strike se fue hacia un lado de la acera, lejos del tráfico y de los peatones, y se quedó quieto, tapándose la oreja que tenía libre para oír mejor.

—Hablaba en susurros. Juraría que era un hombre, pero no estoy

segura. Ha dicho: «te voy a matar» y ha colgado.

—Vale —dijo Strike, y sus colegas del ejército habrían reconocido el tono imperioso que no admitía discusión—. Haz la maleta. Tienes que volver al Z Hotel.

—No —dijo Robin mientras se paseaba por su pequeño salón, para satisfacer su necesidad de descargar adrenalina—. Estoy mejor aquí. La alarma está conectada, la puerta tiene doble...

—¡The Halvening sabe dónde vives, joder! —la cortó Strike, colérico. ¿Por qué cojones no se limitaba a hacerle caso?

—Si me están vigilando —dijo Robin, que hasta ese momento había resistido la tentación de mirar entre las cortinas—, sería muy estúpido por mi parte salir de aquí estando sola.

—No, si hay un taxi está esperándote abajo —repuso Strike—. Di que quieres que el taxista sea un hombre. Pídele que suba para ayudarte con las bolsas, dile que le darás una propina en efectivo y coge tu alarma personal por si te asaltan.

—Quienquiera que fuese, sólo quería asustarme.

—¡Son unos putos terroristas, Robin! ¡Todo lo que hacen es para acojonar a la gente!

—¿Sabes qué te digo? —dijo Robin con una voz más aguda—. Que no hace falta que me grites, ¿vale?

Esta vez el detective detectó el pánico en su voz y, haciendo un esfuerzo parecido al que había hecho para subir la última escalera mecánica estropeada, reprimió su instinto profundamente arraigado de ponerse a gritar órdenes ante el peligro.

—Perdona. Vale, de acuerdo... Si no quieres volver al hotel, ya voy yo a tu casa.

Subir tres tramos de escalera para prepararse una bolsa, volver a bajar y luego desplazarse hasta Walthamstow era lo que menos le apetecía del mundo, pero el sonido de la explosión que había destrozado la recepción de la agencia seguía fresco en su memoria.

—Quieres que me sienta culpable para...

—No quiero que te sientas culpable para nada —dijo Strike con brusquedad, y se puso de nuevo en marcha, cojeando aún más que antes—. Sólo me tomo en serio la posibilidad de que uno de esos desgraciados todavía ande suelto y se haya propuesto cargarse a otra mujer empoderada, antes de que toda la organización se vaya a tomar por saco.

—Strike...

—Y no me... ¡Mierda! —gruñó, porque la pierna le había fallado. Se tambaleó, consiguió mantenerse en pie, y siguió cojeando.

—¿Qué ha pasado?

—Nada.

—Es tu pierna —dijo Robin, que oía su respiración entrecortada.

—Estoy bien. —Strike tenía la cara, el pecho y la espalda cubiertos de sudor frío, y estaba intentando ignorar las oleadas de náuseas que amenazaban con tomar el control.

—Strike...

—Nos vemos dentro de...

—No, no vengas —dijo ella dándose por vencida—. De acuerdo... volveré al hotel. Voy a pedir un taxi.

—¿Seguro?

Habría querido decirlo con un tono menos agresivo, pero el muñón le temblaba tanto cada vez que cargaba el peso del cuerpo sobre él que podría considerarse afortunado si conseguía llegar hasta la puerta de la agencia.

—Sí. Voy a llamar y pediré que el taxista me ayude a bajar las bolsas.

—Muy bien. —Strike entró en Denmark Street, que estaba desierta; sólo se veía la silueta de una mujer al final de la calle—. Llámame desde el taxi.

—Vale. Hasta luego.

Robin colgó, y Strike, cediendo al impulso de renegar por lo bajo cada vez que pisaba con el pie derecho, siguió caminando con sus torpes andares hacia la puerta del edificio.

Hasta que no estuvo a unos diez metros de ella, no reconoció a Madeline.

94

Y entonces fue cuando te derribé,
y te apuñalé dos veces, y luego dos más,
porque te atreviste a quitarte la corona
y ser un hombre como otro cualquiera.

MARY ELIZABETH COLERIDGE, *Combate mortal*

—¿Estás borracho? —preguntó ella desde lejos, al ver que Strike alargaba una mano y la apoyaba en la pared de la tienda más cercana para no caerse.

—No —contestó él.

La vio acercarse con paso inseguro y enseguida supo que él habría podido preguntarle lo mismo. Madeline estaba más delgada que la última vez que la había visto, y sus zapatos de tacón plateados y el vestidito metálico sugerían que acababa de salir de una fiesta, o quizá del lanzamiento de algún libro, disco o producto de belleza: en definitiva, de algún sitio donde la gente alimentaba su ego dejándose ver y fotografiar.

—Quiero hablar contigo... —dijo Madeline arrastrando un poco las palabras—. ¡Quiero hablar contigo de una puta vez!

Strike sentía un dolor tan intenso, y estaba tan nervioso y enojado después de hablar con Robin, que sólo deseaba que aquella escena terminara cuanto antes.

—Venga, vamos allá —dijo jadeando.

—Eres un verdadero cabrón.

Madeline se tambaleó un poco. El bolsito que llevaba en la mano, colgado de una cadena, estaba abierto.

—Ah, ¿ya has terminado? —dijo Strike.

—Vete a la mierda, joder. Vete a la mierda... Iba a... iba a escribirte una carta, pero luego pensé: no, se lo voy a decir cara a cara. En persona. Eres un puto mentiroso de mierda.

A pesar de sus buenos propósitos, Strike se sacó el paquete de cigarrillos del bolsillo. Si Dios pretendía putearlo hasta tal punto, todas las negociaciones quedaban canceladas.

—Eres superbuen tío, ¿verdad? —dijo ella burlona—. Un puto héroe.

Él encendió el cigarrillo, le dio una fuerte calada y expulsó el humo.

—No recuerdo haberme jactado de ser ninguna de las dos cosas.

—¡Pues yo sí! ¡Ya lo creo que sí! Y me has estado utilizando... ¡sí, utilizando...! Bueno, pues ya has conseguido lo que querías, ¿verdad? —gritó Madeline, y Strike notó más que nunca su acento del East End.

—Lo único que quiero —explicó él fumando y mirándola— es meterme en la cama y que me dejen en...

—¡Eres un cabrón!

Le dio un puñetazo en el pecho con todas sus fuerzas, y Strike se echó hacia atrás; ella casi perdió el equilibrio, y mientras se tambaleaba sobre sus zapatos de tacón, un lápiz de labios se le cayó del bolso y rodó por la acera.

Strike intentó seguir andando, pero ella lo agarró por la manga y, sujetándolo con ambas manos, le gritó:

—¡Me has estado utilizando, y ya sé por qué...!

Con una sensación de *déjà vu*, Strike intentó soltarse; el cigarrillo encendido se le cayó al suelo.

—Eres un puto chupóptero, un puto parásito...

—¿Qué tal si esperas a que se te pase la borrachera y luego me mandas esa carta? —dijo él, mientras seguía intentando soltarse sin romperle los dedos.

Con la mano izquierda todavía agarrada a la manga de Strike, Madeline le dio un golpe en la espalda con la derecha hasta que él se dio la vuelta y se la agarró también. Madeline volvió a esbozar aquella sonrisa extraña que había exhibido la noche de su lanzamiento en Bond Street.

—«¡No vuelvas a mencionar a mi padre!»... ¡Pero si eres igual que él, joder, sólo que no tan famoso...! Y te tiras el rollo de que no te interesa la *pubilci*... la publicidad, pero sólo follas con famosas y ahora te crees que la tienes en el bote, ¿verdad?

—Estás haciendo el ridículo —dijo Strike, que seguía tratando de soltarse sin hacerle daño.

—¿El ridículo, yo? ¡Todo el mundo sabe que Charlotte está liada con Landon Dormer! ¿Y tú vas corriendo a rescatarla y te crees que todavía te quiere?

—Claro que me quiere... —dijo Strike; el instinto de crueldad que yace dentro de todo amante enfurecido había acudido en su ayuda—. Se derrite por mí. Pero a mí no me interesáis ni tú ni ella, así que, ¿por qué no intentas recuperar un poco de dignidad, si te queda algo, y...?

—Eres un cabrón, un verdadero hijo de puta. Entras en mi vida... en la vida de Henry...

—A Henry no le importo una mierda, y a mí no me importa una mierda que...

—Y todo por ella, ¿no? Todo para ponerla celosa...

—Tú sigue creyéndote lo que te cuenta Charlotte… Tómate otra copa y…

—La semana que viene tengo una entrevista con el *Mail*… y pienso decirles…

—Qué clase, tía, amenazarme con la puta prens…

Madeline se volvió y, sin soltarlo, le pegó una patada con todas sus fuerzas. Strike notó que el tacón de aguja de su zapato se le clavaba en el muslo y dio un paso hacia atrás, su pie de verdad pisó el lápiz de labios que se le había caído a Madeline y cayó de espaldas gritando de dolor. Se golpeó las lumbares contra el cemento y, a continuación, se dio un golpe en la cabeza.

Por unos instantes, creyó que iba a vomitar. Se dio la vuelta y se puso a cuatro patas, sin importarle mucho si ella iba a seguir arreándole patadas. Estaba atrapado en un torbellino de dolor, su muñón se sacudía solo y sus isquiotibiales suplicaban clemencia.

Desde el suelo, veía a Madeline hablando, suplicando. No entendía lo que le estaba diciendo: sólo quería que desapareciera, que se marchara para siempre. Con el rabillo del ojo, la vio arrodillarse a su lado. Ella estaba sollozando.

—Corm…

—Vete a la mierda… —le soltó él con voz ronca mientras su prótesis, sujeta al muñón sacudido por los espasmos, arañaba el suelo —. Lárgate. Lárgate de una puta vez.

—Yo no quería…

—Vete.

Ella se levantó con esfuerzo.

—Corm, por favor… deja que te…

—¡LÁRGATE!

Madeline seguía llorando, pero, al cabo de un rato, quizá segundos, o minutos, Strike oyó sus irregulares pasos encaminándose a Charing Cross Road. Cuando dejó de oírlos intentó levantarse, pero el muñón se negó a soportar su peso.

Se arrastró hasta la puerta de la oficina, y por el camino encontró el cigarrillo que había tirado, todavía encendido; lo recogió y se lo puso en los labios. Alcanzó el umbral tirando de su muñón. Maniobrando con mucho cuidado, consiguió sentarse en el portal, dio una calada al cigarrillo y apoyó la espalda en la puerta negra.

El frío del aire nocturno caía sobre su cara cubierta de sudor, las estrellas del cielo de Londres estaban tan apagadas como siempre, y Strike experimentó uno de aquellos momentos de confusión y lucidez simultáneas propios de los borrachos y los desesperados: la cara chata y redonda de Yasmin Weatherhead se mezcló con la sonrisa crispada de Madeline, y pensó en el dosier de mentiras convincentes que había acabado provocando asesinatos y parálisis, y en la carta de

acusaciones que Madeline no había llegado a escribir y que él habría quemado sin leerla.

Y entonces, tirado en el portal de la puerta de su edificio, mientras se preguntaba si tendría que dormir donde estaba sentado, algo ascendió flotando por su subconsciente hasta su mente consciente. De hecho, todas las mujeres que habían abrigado esperanzas de compartir la vida con él se habían quejado de lo mismo: de que una parte dura e impenetrable de su cerebro permanecía siempre en el reino de la resolución de problemas, sin importar lo que estuviese ocurriendo a su alrededor. Sólo había una mujer que nunca se había quejado de eso…

Y justo en ese momento, le sonó el móvil en el bolsillo y lo sacó.

—Estoy en el taxi —dijo Robin.

—Genial —dijo Strike, dando otra larga calada.

—Creo que no había nadie fuera. Me parece que estoy un poco paranoica.

—Nos mandaron una bomba. No estás paranoica.

—¿Qué tal tu pierna, Cormoran?

—Mal. —Ya no tenía sentido mentir; sospechaba que iba a tardar un tiempo en volver a caminar con normalidad—. Pero, por otro lado, acabo de darme cuenta de que podríamos tener una pista.

95

Pero este lugar es gris,
y demasiado silencioso.
No hay nadie aquí,
¡esto es espeluznante!
No ves nada, ningún rostro.
No oyes nada, sólo tu corazón que late
como si el mundo hubiera terminado.

CHARLOTTE MEW,
Madeleine en la iglesia

Chat interno entre un creador y un moderador de *El juego de Drek*

<**Canal de moderadores**>;

<**11 junio 2015 00:15**>;

<**Presente: Gusano28**>;

>;

>;

<**Anomia se ha unido al canal**>;

Gusano28: diosss, por fin!

Gusano28: noen tendia donde estabaios todos

Gusano28: Cora tenia que modrar conmiog esta noch

Anomia: se ha ido. No va a volver

Anomia: acaba de decírmelo

Gusano28: como?!

Gusano28: porque se aido???

Anomia: porque es una traidora de mierda

Anomia: voy a mandarte 2 fotos y quiero que las mires con mucha atención

<**Anomia quiere enviarte un archivo**>;

<**Pulsa alt+y para aceptar el archivo**>;

>;

>;

>;

Gusano28: quienes son?

Anomia: joder, tan tonta eres? Lee los putos pies de foto

Anomia: los has visto alguna vez?

>;

>;

>;

Gusano28: no

Anomia: estás segura?

Gusano28: sí

Anomia: puede que fueran disfrazados. Con peluca o algo

Gusano28: no no lo s conozco

Anomia: me estás mintiendo?

Gusano28: no

Gusano28: por ue que me preguntas si los conozco?

Anomia: los han contratado para averiguar quién soy

Anomia: porque Maverick quiere cerrar el juego

>;

Anomia: por qué no dices nada?

Gusano28: estoy aluci nando

Anomia: me ocultas algo?

Gusano28: no cla ro que no

Anomia: más te vale

Anomia: los que me ocultan cosas pringan

Gusano28: ya se que bromesa pero no diga s esas cosas

Anomia: me estás diciendo lo que tengo que hacer?

Gusano28: es que no me gsutna esas bromas

Anomia: te darás cuenta de que no bromeo cuando veas lo que les pasa a esos dos detectives hijos de puta

Anomia: a esa zorra ya la he avisado

Anomia: dime la verdad: Infernal1 quedó con ellos? Por eso se ha marchado esa idiota?

Gusano28: cóimo que esa?

Anomia: Infernal1 era una chica, inútil

Anomia: esos detectives han averiguado quiénes son algunos mods

Anomia: él ha ido a casa de los padres de Cora esta tarde

Anomia: así que dime, Infernal1 los conoce?

Gusano28: no

Gusano28: bueno no lo s e

Gusano28: Infernal1 ha desaparecido

Gusano28: nunca me dijo por que

Gusano28: todo el mundo desaparece

Gusano28: solo que damos cuatro mods

Anomia: tres. No sabes contar?

Gusano28: tu, yo, AbirridoDrek, Traslúcida

Anomia: Traslúcida va a desaparecer muy pronto, pero no hasta que llegue el momento

>;

Gusano28: em das miedo

Anomia: mejor

Anomia: si esos detectives se te acercan, dímelo inmediatamente

Gusano28: ok

Anomia: aunque a lo mejor les hago un Ledwell y Blay antes de que se te acerquen

Gusano28: Anomia n o...

Gusano28: no hajas bromas asi no lo soporto

Anomia: no me crees capaz?

Anomia: porque si no me crees capaz, es que no te enteras

Anomia: pero a ti no te pasará nada

Anomia: si sigues siéndome fiel

<**Anomia ha dejado el canal** >;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

>;

<**Gusano28 ha dejado el canal**>;

<**Se ha cerrado el canal de moderadores**>;

96

Trabaja, hombre; trabaja, mujer; pues hay mucho
por hacer en este mundo atribulado
con la cabeza y el corazón…

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
Aurora Leigh

Cormoran Strike sabía que, si todas las buenas ideas pudiesen aplicarse limpiamente y sin demora, el trabajo de los investigadores no sería tan largo y farragoso. Por eso se tomó con estoicismo que, al día siguiente, cuando marcó el número de teléfono de Grant Ledwell a las nueve de la mañana, sonase un tono de llamada internacional y saltase directamente el buzón de voz. Tras dejar un mensaje diciendo que agradecería que Grant le devolviese la llamada, colgó y llamó a Ryan Murphy.

Para su satisfacción, el inspector jefe del cid se tomó muy en serio la noticia de que el día anterior Robin había recibido una amenaza de muerte por teléfono, aprobó que ella no se hubiera quedado en su piso, dijo que volvería a poner a un agente en Blackhorse Road para vigilar el edificio y prometió avisarlos si se producían más detenciones relacionadas con The Halvening.

—Mira, precisamente ahora iba a hablar con uno de tus *gamers*. Por lo visto, tiene algo interesante que decirnos.

—Te ha llamado ella, ¿verdad? —dijo Strike—. Me alegro.

—¿Cómo sabes que es una mujer?

—Porque hablé con ella ayer por la noche y le aconsejé que te lo contara todo.

—Estoy empezando a pensar que deberíamos contratarte —dijo Murphy.

Después de colgar, Strike llamó a Midge para comunicarle que, desde hacía doce horas, la mayoría de los sospechosos del caso Anomia a los que ya habían descartado volvían a estar en la lista.

—¡No me jodas! —soltó Midge—. ¿Y ahora qué? ¿Tenemos que vigilar a media docena de personas? ¿Y sólo podemos descartarlas si Anomia está en Twitter cuando ellas no están?

—No son media docena —dijo Strike, consciente de que ese dato no era un gran consuelo—. La policía nos ha advertido que no nos acerquemos a Pez Pierce, así que elige: Kea Niven, en King's Lynn, o

Tim Ashcroft en Colchester.

—¿Y Wally Cardew?

—Está descartado —señaló Strike—. Ha estado intentando ayudar a The Halvening a identificar a Anomia. No puede ser él.

—¿Y si es mentira?

—No lo creo —opinó Strike; estaba convencido de que su inminente llamada a Robin iba a ser la más estresante del día, y el escepticismo de Midge lo estaba cargando. Había dormido mal, en parte por el dolor del muñón, pero también por el chichón que se había hecho en la cabeza al caerse hacia atrás en la calle, cuando Madeline le había dado la patada.

—¿Y el hijo de los Upcott? —preguntó Midge.

—No me acuerdo de cuándo lo descartamos —indicó Strike, que todavía no había repasado el archivo del caso.

—Fue después de la Comic Con. Lo recuerdo porque, cuando me llamó Barclay para decirme que no me molestara en vigilarlo, yo estaba leyendo la noticia de que Robin había saltado a la vía del tren.

—Mierda —dijo Strike—. Vale, pues, si quieres, puedes ir a Hampstead. No me importa, sólo quiero asegurarme de que hoy estamos vigilando al menos a un sospechoso.

—¿Y Phillip Ormond? A él nunca llegamos a descartarlo. De hecho, ni siquiera lo hemos vigilado.

—No encaja con el perfil.

—Encaja mejor que el hijo de los Upcott. Es profesor de Informática.

—Anomia estaba activo antes de que Ormond conociese a Edie. ¿De dónde habría sacado Ormond tanta información personal sobre ella?

—En Mánchester tuve un caso en el que un marido creó tres perfiles falsos en Facebook para putear a su mujer. Los utilizaba para acosarla, para intentar descubrir si ella lo engañaba…

Strike decidió dejar que Midge le contase toda la historia, pero apenas le prestó atención. Cuando terminó de hablar, el detective dijo:

—Mira, tenemos un problema de personal. Lo único que me importa es que sigamos vigilando a un sospechoso, así que elige: Tim Ashcroft, Kea Niven o Gus Upcott.

Midge eligió a Gus y luego colgó. Strike estaba seguro de que lo había hecho porque prefería no tener que conducir hasta King’s Lynn o hasta Colchester.

Strike se bebió la taza de té negro muy cargado de azúcar, llamó a Barclay y le pidió que fuese en avión a Escocia para localizar y entrevistar a Nicole Crystal.

—Te enviaré una foto suya a lo largo de esta mañana. Estudia en la Glasgow School of Art, pero el curso ha terminado, así que supongo

que habrá regresado a casa de sus padres en Bearsden, que…

—Sí, ya sé dónde está —dijo Barclay—. Es un barrio viejo de Glasgow. ¿Qué tengo que preguntarle, si sabe quién es Anomia?

—Sí, pero hazlo con mucho tacto. A su novio de internet lo han asesinado, es muy probable que ella ya lo sepa y debe de estar muerta de miedo. Dile que sabemos que es Traslúcida en *El juego de Drek*, asegúrale que ella no ha hecho nada malo, y luego averigua todo lo que puedas.

Para gran alivio de Strike, Barclay aceptó el encargo sin poner ninguna objeción y colgó.

Entonces el detective se armó de valor y llamó a su socia.

—Hola —dijo ella; había contestado inmediatamente y con frialdad—. He leído tu email.

Él le había enviado ese correo electrónico a la una de la madrugada, después de subir la escalera arrastrándose para llegar a su ático. Una vez allí se había quitado los zapatos, los pantalones y la prótesis y se había examinado el muñón, que empezó a moverse de forma espasmódica en cuanto lo levantó. Una marca roja señalaba el sitio en el que Madeline le había clavado el tacón del zapato, la parte trasera del muslo le dolía muchísimo, y tenía la rodilla hinchada y la piel del extremo del muñón inflamada, todo lo cual lo había obligado a tomar un par de desagradables decisiones.

En primer lugar, y pese al temor de que le diesen pautas y tratamientos que lo dejarían fuera de servicio, decidió que había llegado el momento de buscar asistencia médica. En segundo lugar, como no podría acompañar a Robin a ningún sitio durante al menos un par de días, y como el resto de los colaboradores estaban ocupados (Dev todavía andaba persiguiendo a la madre de Dedos Largos de bar en bar y de restaurante en restaurante, con la esperanza de entablar una conversación con ella sobre artículos de Fabergé o antigüedades griegas), quería que Robin se mantuviera en todo momento fuera de peligro.

—¿Y qué, estás de acuerdo? —dijo Strike. Los músculos del muñón empezaron a sacudirse otra vez a pesar de que había puesto la pierna en alto—. ¿Tú sigues investigando a Discípulo de Lepine y…?

—De acuerdo, aunque tú crees que no servirá de nada, ¿no? —dijo Robin.

—No, no, estoy de acuerdo en que deberíamos investigarlo, para ser rigurosos.

—Sé lo que estás haciendo, Strike… —repuso Robin—. No soy idiota. Tenemos un montón de sospechosos a los que cubrir, pero tú quieres que me quede encerrada en una habitación de hotel leyendo mensajes en Twitter.

—Has recibido una amenaza de muerte —dijo Strike, que estaba

llegando al límite de su paciencia—. Conocen tu dirección, saben cómo eres, y esa maldita bomba llevaba tu nombre igual que el mío.

—Entonces, ¿por qué tú no estás escondido en algún...?

—Porque tengo que ir al hospital —gruñó él.

—¿Qué? —saltó Robin—. ¿Por qué? ¿Qué te pasa?

—¡Me pasa que me volaron la puta pierna! —dijo Strike.

—Oh, mierda... ¿Estás muy mal? Bueno, pues entonces déjame...

—¡No, no vas a venir conmigo, joder! —dijo él; estaba tan tenso que tenía que esforzarse para no gritar—. ¿Puedes hacer el favor de quedarte donde estás para que yo tenga una cosa menos de la que preocuparme?

—Muy bien —dijo ella muy seca, y tras una breve pausa añadió —: Pero ¿me llamarás cuando puedas, para decirme cómo estás?

Strike prometió hacerlo y colgó, y ayudándose del respaldo de las sillas, el picaporte de la puerta y la cómoda para no perder el equilibrio, fue a la pata coja hasta el dormitorio para vestirse.

Como no se hacía ilusiones sobre la posibilidad de conseguir cita con un especialista con tan poca antelación, el detective había decidido presentarse en las urgencias del University College Hospital y esperar a que lo atendieran. Pensaba decir que se había caído la víspera y que tenía mucho dolor, lo que era completamente cierto, aunque evidentemente no mencionaría el hecho de que el muñón ya le dolía antes de la caída y tampoco que llevaba meses sin cuidárselo, por lo que ahora estaba como estaba. Tenía muy claro que el médico lo calaría, pero no le importaba: lo único que quería era un gran tarro de analgésicos bien fuertes que le permitieran seguir trabajando.

Cincuenta minutos más tarde, y ya en un taxi camino del hospital, con las muletas al lado y la pernera derecha del pantalón recogida, le sonó el móvil.

—Strike.

—Hola —saludó una voz masculina por una línea un poco crepitante—, soy Grant Ledwell.

—Ah, Grant —dijo Strike—, gracias por devolverme la llamada. ¿Podríamos vernos en persona? Me gustaría ponerlo al día de las últimas noticias —añadió, aunque no era cierto.

—Sí, estupendo —dijo Grant con entusiasmo—. Ahora estoy en Omán, pero vuelvo el lunes. Tendrá que ser por la noche. ¿Las nueve es demasiado tarde para usted? ¿Podría venir a nuestra casa?

Strike, que estaba interesado en entrevistar a los Ledwell en su domicilio, dijo que tanto el sitio como la hora le encajaban perfectamente.

—Estupendo, porque Heather no querrá que salga si acabo de llegar de Omán, pero sí querrá oír lo que tenga que contarnos sobre Anomia. No le ha hecho mucha gracia que me marchase y la dejase

sola en la casa.

Grant le dio la dirección de Battledean Road; Strike le dio las gracias y colgó.

Tal como había imaginado, las urgencias del University College Hospital estaban totalmente saturadas. Había niños lloriqueando en la falda de su madre; ancianos que aguardaban su turno en resignado silencio; representantes de todas las etnias de Londres que leían revistas o miraban su teléfono; una chica retorciéndose de dolor con los brazos cruzados sobre el estómago, y un joven blanco de aspecto desaliñado y con rastas que estaba sentado al fondo de la sala de espera emitiendo extraños aullidos y gruñidos. Como era de esperar, el único asiento libre estaba cerca de aquel chico.

Strike avanzó tambaleándose con las muletas hasta la recepción, le dio sus datos a una administrativa que parecía agotada y fue a sentarse cerca del chico de los aullidos, que debía de tener una grave enfermedad mental, estar bajo la influencia de las drogas, o ambas cosas a la vez.

—¡Sí, venga, cabronazo, hazlo! —gritó el chico mirando al vacío, mientras Strike se sentaba dos asientos más allá del suyo, desde donde le llegó su fuerte olor a orina y sudor.

El detective dejó las muletas apoyadas en el asiento de al lado, sacó el móvil sólo para tener algo que hacer y así evitar la mirada de su vecino, y entró en Twitter.

Anomia había publicado una cita hacía sólo unos minutos.

Anomia @AnomiaGamemaster

He aprendido a odiar a los traidores, y no hay enfermedad que desprecie más que la traición —Esquilo

13:18 11 junio 2015

Rápidamente, aparecieron varias respuestas al tuit, que siguieron proliferando a medida que Strike actualizaba la página una y otra vez.

Andi Reddy @ydderidna
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Grant Ledwell se ha vendido a Maverick, ¿no?
#ExprimiendoUnCorazónTanNegro
#BlackyEsUnCorazónNoUnHumano

Lucy Ashley @juiceeluce
en respuesta a @AnomiaGamemaster
diosss, Josh ha accedido a cambiar a Blacky?

#BlackyEsUnCorazónNoUnHumano

Moonyspoons @m< >nyspoons
en respuesta a @AnomiaGamemaster
en serio, si Josh ha consentido eso...
#BlackyEsUnCorazónNoUnHumano

Consciente de que podía estar siendo parcial —del mismo modo que los fans enfurecidos sacaban conclusiones precipitadas—, Strike se preguntó si aquel comentario de Anomia sobre la traición estaría relacionado con Yasmin. Si ella había seguido los consejos de Strike, ya tendría que haber salido del juego para siempre... Y si había sido la deserción de Yasmin lo que había provocado la diatriba de Anomia sobre la traición, era bastante posible que ella hubiera vuelto a entrar en el juego para avisar a Anomia de que se marchaba, lo que era una absoluta idiotez. Aunque lo cierto era que Strike consideraba a Yasmin una mujer extremadamente tonta... Ni siquiera estaba seguro de que no se le hubiese ocurrido mencionar que él había ido a verla a su casa.

—¡Déjalo ya, coño! —gritó el vecino de Strike, que por lo visto estaba discutiendo con un adversario imaginario.

Por otro lado, si Yasmin había vuelto a entrar en el juego para anunciar su marcha, pensó Strike, y le había hablado a Anomia del detective que le había metido el miedo en el cuerpo, la llamada al teléfono de la oficina, que se había desviado al móvil de Robin, podía no tener nada que ver con The Halvening. Esa llamada podía haberla hecho la misma persona que, según su propia teoría, había apuñalado a Edie Ledwell en el corazón, había cortado el cuello a Vikas Bhardwaj, había dejado a Blay semiparalítico y había provocado que Oliver Peach sufriera una grave lesión cerebral.

Mientras esas ideas se perseguían unas a otras por la mente de Strike, Anomia volvió a tuitear.

Anomia @AnomiaGamemaster

Es cierto que hay que perdonar a los enemigos, pero no antes de ahorcarlos.

Heinrich Heine

Y entonces aparecieron otro tipo de fans de Anomia, y rodearon como tiburones a las jóvenes fans femeninas que habían respondido la vez anterior.

Destruyejusticieras @Br0ken729
en respuesta a @AnomiaGamemaster
□□□

Julius @yo_soy_evola
en respuesta a @AnomiaGamemaster
cuelga a las zorras sobre la cama como si fueran esculturas móviles □ y mira cómo se pudren mientras te quedas dormido

Arlene @queenarleene
en respuesta a @yo_soy_evola @AnomiaGamemaster
las personas como tú y Wally Cardew le dais mala fama a este fandom, Anomia no está hablando en sentido literal

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @queenarleene @yo_soy_evola @AnomiaGamemaster
qué dice ese coño asqueroso al que habría que colgar como un móvil?

—Señor Tomson —dijo una voz un poco más allá.

Strike levantó la cabeza: habían llegado dos camilleros para llevarse a su desaliñado vecino a la consulta y, sin duda, para asegurarse de que llegara allí sin causar problemas. El joven se levantó sin protestar, y aunque apenas se sostenía en pie, se limitó a gritar: «¡Sois todos unos putos lunáticos!» Una ola de risitas recorrió la sala de espera ahora que el chico estaba al cuidado de los dos camilleros con uniforme azul. Strike se alegró de librarse de su desagradable olor, volvió a concentrarse en Twitter y vio que Anomia había tuiteado dos veces más.

Anomia @AnomiaGamemaster
El héroe amado por las multitudes siempre tendrá la apariencia de un César.

Anomia @AnomiaGamemaster
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Su estandarte los atrae, su autoridad los intimida y su espada les infunde miedo.

Intrigado por esa descarga de citas y discursos, a Strike no le sorprendió que los últimos tuits hubiesen causado cierta confusión entre los seguidores de Anomia.

MrsBlacky @carlywhistler_*
en respuesta a @AnomiaGamemaster
sigues refiriéndote a Blacky? Qué significa esto?

Baz Tyler @BzTyl95
en respuesta a @AnomiaGamemaster
Te encuentras bien, tío?

Destruyejusticieras @Br0ken729
en respuesta a @AnomiaGamemaster
te han hackeado la cuenta?

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @Br0ken729 @AnomiaGamemaster
No, no se la han hackeado, es obvio lo que significa, inútil

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @Br0ken729 @AnomiaGamemaster
por qué sois todos tan inútiles?

Le sonó el móvil, y al ver que era el número particular de Pat, contestó la llamada.

—Hola, ¿qué hay?

La secretaria lo había llamado para decirle que habían llegado los muebles nuevos a la oficina y para comentarle un par de detalles de la lista de turnos.

Strike hizo todo lo que pudo para resolver sus dudas, manteniéndose a la vez atento por si salía un médico y pronunciaba su nombre.

—... y le prometí un fin de semana largo a Midge —le dijo a Pat—, así que será mejor que te apuntes eso también.

—Muy bien —respondió ella con su voz grave y rasposa—. Ah, y esta mañana me han llamado dos veces desde el mismo número y han colgado. Eran llamadas desviadas de la oficina.

—¿Ah, sí? —dijo Strike, buscando un bolígrafo en su bolsillo—. Dame el número.

Pat se lo dio. Strike anotó los dígitos en el dorso de la mano y vio que era un móvil que no reconocía.

—¿Y las dos veces han colgado cuando has contestado?

—La segunda vez han jadeado un poco —explicó Pat.

—¿Has podido distinguir si era hombre o mujer?

—No. Sólo se lo oía respirar.

—Vale... Bueno, avísame si vuelve a ocurrir —dijo Strike—. Y asegúrate de que tienes la puerta cerrada con pestillo.

Se guardó el móvil en el bolsillo, y justo entonces oyó que lo llamaban:

—¿Cameron Strike?

—¡Sí, soy yo! —gritó a la mujer de pelo corto y canoso que lo llamaba desde lejos. Vestía uniforme sanitario y llevaba una tablilla sujetapapeles en la mano.

Diez minutos más tarde, el detective estaba sentado en una cama de hospital, separado del resto de la sala por una cortina circular y con los pantalones y las muletas en una silla a su lado, mientras la mujer de pelo canoso le examinaba minuciosamente el muñón y, luego, la pierna sana. Strike había olvidado lo meticulosos que eran los médicos. En realidad, él sólo quería que le recetaran analgésicos.

—Y se ha caído hacia atrás, ¿no? —preguntó la mujer mientras examinaba el irritado extremo del muñón.

—Sí —contestó Strike.

—¿Le importa levantarlo?

Strike obedeció, lanzó una amortiguada exclamación de dolor y volvió a bajarlo. En cuanto el muñón se apoyó en la cama, empezó a sacudirse.

—¿Le había pasado antes? —preguntó la médica mientras observaba aquellos movimientos involuntarios.

—Alguna vez —dijo Strike, que había empezado a sudar de nuevo.

—¿Con qué frecuencia?

—De vez en cuando, desde hace un par de semanas. Tuve espasmos justo después de la amputación, pero cesaron al cabo de unos meses.

—¿Cuándo fue la amputación?

—Hace seis... no, siete años.

—No es habitual que vuelva a aparecer el mioclono al cabo de siete años —dijo la doctora rodeando la cama—. ¿Qué es esa marca que tiene en la pierna? —preguntó, señalando la muesca roja que le había dejado el tacón del zapato de Madeline—. ¿También se la hizo al caerse?

—Supongo —mintió Strike.

Su muñón seguía sacudiéndose, pero ahora la doctora le estaba examinando el rostro.

—¿Se ha dado cuenta de que le tiembla la cara?

—¿Cómo dice?

—Le tiembla el lado derecho de la cara.

—Creo que es una mueca de dolor —se atrevió a decir Strike.

Estaba empezando a temer que lo sometieran a una batería de exámenes que no le interesaban en absoluto, o peor aún, que le hicieran quedarse una noche en el hospital.

—De acuerdo, ahora voy a levantarle yo la pierna. Dígame cuándo empieza a dolerle.

—Me duele —dijo Strike cuando la doctora sólo le había

levantado el muñón unos ocho centímetros de la cama.

—Tiene la musculatura muy tensa. Ahora voy a palparle los isquiotibiales. Dígame si...

Le palpó suavemente la parte trasera del muslo.

—Sí —dijo Strike apretando los dientes—. Me duele.

—Muy bien. —La doctora bajó con cuidado el muñón hasta apoyarlo en la cama, donde siguió sacudiéndose—. Me gustaría hacerle una ecografía. Tiene la rodilla muy hinchada, y quiero saber qué pasa con esos isquiotibiales.

—Los isquiotibiales ya me los he cascado otras veces —dijo Strike —. Sólo es un tirón. Si me receta unos analgésicos...

—Me preocupan los espasmos —dijo la doctora volviendo a escudriñarle la cara—. Quiero hacerle una analítica y pedirle a un colega que venga a echarle un vistazo. Vuelvo enseguida.

—¿Una analítica? ¿Por qué? —quiso saber Strike.

—Para descartar cualquier problema subyacente. Déficit de calcio, por ejemplo.

Salió a través de la cortina y la cerró; Strike se tocó la cara para ver si notaba el temblor, pero no notó nada. Estaba allí sentado en calzoncillos, detestando todo lo que veía a su alrededor, detestando la sensación de vulnerabilidad y dependencia forzosa que siempre le producían los hospitales, cuando de pronto le vibró el móvil. Bajó las piernas por el borde de la cama, cogió su chaqueta del respaldo de la silla, sacó el móvil y vio que había recibido un largo mensaje de texto de Madeline que empezaba así:

Corm, lo siento muchísimo, estaba borracha, acababa de encontrarme a Charlotte y...

Borró el mensaje sin leerlo, y luego bloqueó el número de teléfono de Madeline. Mientras lo hacía, notó por primera vez que le temblaba un músculo de la comisura derecha de la boca: era un movimiento muy leve, pero perceptible.

Acababa de volver a estirar las piernas en la cama cuando llegó una enfermera de mediana edad que iba a sacarle sangre.

—Tiene que quitársela —dijo señalándole la camisa—. No vamos a poder enrollar la manga lo suficiente.

Pese a las pocas ganas que tenía de quitarse la camisa, el detective obedeció. La enfermera le ató el torniquete alrededor del brazo, le insertó la aguja y empezó a extraerle sangre. Justo entonces el móvil de Strike volvió a vibrar.

—Todavía no puede contestar —dijo la enfermera cuando el detective giró la cabeza hacia el móvil.

Strike consideró que era un comentario innecesario, y cuando la

enfermera se marchó con dos tubos de sangre, él volvió a ponerse la camisa, cogió el teléfono y vio que tenía un mensaje de Midge, con un videoclip adjunto.

La única vez que he visto a Gus Upcott hasta ahora. Sabemos quién es el gigante?

Strike abrió el vídeo y vio la figura inconfundible de Nils de Jong caminando sin prisa por la calle de los Upcott, con una caja de cartón bajo uno de sus enormes brazos y el móvil en la otra mano. Llevaba sus viejos pantalones cortos de camuflaje, una camisa arrugada y sandalias; el pelo rubio le cubría parte de la cara, que recordaba a una peculiar máscara griega, y parecía absorto en lo que iba leyendo en su teléfono. Poco antes de llegar a la casa de los Upcott, Nils se detuvo, dejó la caja de cartón en el suelo, tecleó algo, volvió a coger la caja y se dirigió a la puerta principal. Llamó a la puerta, que se abrió enseguida, y Strike vio brevemente a Gus antes de que ambos entrasen en la casa. Y ahí terminaba el vídeo.

Strike tecleó rápidamente una respuesta:

Es Nils de Jong. El dueño del colectivo artístico North Grove. Habrá ido a llevarle a Katya algunos objetos personales de Josh.

Acababa de enviar ese mensaje cuando un enfermero negro retiró la cortina. Con cierto recelo, Strike vio que el hombre había llevado una silla de ruedas.

—¿Ecografía? —dijo el enfermero, que tenía un fuerte acento brasileño.

Strike se preguntó qué pasaría si contestase: «No, gracias, acaban de hacérmela.»

—No necesito la silla.

—Lo siento, órdenes de la doctora —dijo el enfermero con una sonrisa, y dio unos golpecitos en el brazo de la silla de ruedas—. Puede llevarse la manta, si quiere.

Así que Strike, que todavía llevaba el móvil en la mano, salió de la sala en silla de ruedas, en calzoncillos y con una mantita tapándole las piernas desnudas, convertido en ejemplo de la vulnerabilidad humana y transportado contra su voluntad para someterse a una evaluación que habría preferido ahorrarse.

Notó el contacto helado de la sonda ecográfica contra su pierna y sintió dolor cuando le apretó los isquiotibiales. La cara del médico que observaba el monitor situado junto a la camilla no expresó emoción alguna hasta que el móvil de Strike volvió a vibrar, y entonces miró el teléfono con irritación antes de volver a mirar la pantalla. Al cabo de

unos minutos, llegó la doctora del pelo canoso y habló en voz baja con su colega, como si Strike no estuviese presente.

—Todo muy inflamado —dijo el doctor, presionando con la sonda en un lado de la rótula de Strike.

—¿Hay ligamentos rotos?

—Seguramente, algún pequeño desgarro...

Volvió a desplazar la sonda hacia la parte trasera del muslo de Strike, produciéndole dolor otra vez.

—Es un grado dos... puede que tres.

Hundió la sonda aún más en la parte de atrás del muñón de Strike, que intentó distraerse del dolor imaginándose que le pegaba un puñetazo al médico.

—Aquí no veo nada que explique claramente el mioclono. Los músculos están muy tensos...

El enfermero brasileño acompañó otra vez a Strike a la sala y lo ayudó a tumbarse en la cama; le dijo que esperase allí a que fuese a verlo la doctora y volvió a dejarlo solo detrás de la cortina.

Entonces Strike leyó el mensaje que acababa de recibir, que era de Robin.

Cómo vas? Qué tal la pierna?

Sigo esperando a que me lo digan

Anomia está haciendo unas cosas muy raras en Twitter

Sí, ya lo he visto

La cortina que rodeaba la cama de Strike se abrió de nuevo y apareció otra enfermera: bajita, regordeta y de rasgos hispanos.

—La doctora tardará un poco. ¿Le apetece una taza de té?

—No, lo que necesito son analgésicos —dijo Strike, que no tenía ningunas ganas de convertirse en una carga para los médicos de la sanidad pública, saturados de trabajo, y a quien el ofrecimiento le pareció una mala señal, porque implicaba que tardaría en marcharse de allí. Aun así, como la enfermera seguía mirándolo expectante, añadió—: Sí, un té me vendría muy bien, gracias.

—¿Con leche y azúcar?

—Sí, con todo lo que tenga.

Y pensó: «¿Por qué no le añades un poco de codeína?»

Strike se recostó en las almohadas y, desanimado, recorrió con la mirada el interior de las cortinas que rodeaban su cama. Oyó pasos que se arrastraban y otros que taconeaban. Un bebé lloraba a lo lejos. Volvió a vibrarle el móvil, y cuando lo cogió vio que tenía otro

mensaje de Robin.

Si quieres alucinar con una muestra de hipocresía, echa un vistazo al contenido de Twitter de Tim. El suyo, no el de «La pluma de la justicia»

Así que Strike entró en Twitter y buscó la cuenta de Tim.

Una hora antes, Tim Ashcroft había tuiteado un enlace a un artículo del *Daily Mail* sobre el que había escrito:

Tim Ashcroft @GusanoQueGira

Como amigo íntimo de Edie Ledwell, como alguien que trabaja con escolares y se toma en serio la protección de los menores, estoy horrorizado

www.DailyMail/PadresIndignadosPor...

15:10 11 junio 2015

Strike pulsó en el enlace, cuyo titular rezaba:

Padres «indignados» porque un profesor interrogado con relación a un asesinato sigue en su puesto de trabajo

Leyó por encima la noticia, que, como había imaginado, se refería a Philip Ormond, que por lo visto estaba suspendido de su trabajo a la espera del resultado de una investigación dirigida por el consejo escolar de su escuela. El artículo conseguía insinuar que Ormond era un profesor desagradable e impopular, pero no llegaba a afirmar que hubiera apuñalado a su novia y a su ex amante. Lo que más se destacaba eran las declaraciones de la madre de la niña castigada, a la que Ormond había pedido que mintiese por él cuando se había marchado antes de hora de la escuela para seguir el rastro del teléfono de Edie.

«Amenazó a Sophie para que no contase la verdad. Ella estaba tan asustada que tardó días en decírnoslo. Entonces vino a hablar conmigo, llorando, porque se había enterado de que aquella tarde habían matado a la novia de su profesor, y me contó toda la historia. Llamé inmediatamente a la policía. No me importa que no lo hayan acusado, no se trata de eso. Lo que importa es que obligó a una niña de catorce años a mentir por él, y que yo sepa, eso es motivo de despido.»

Strike volvió a Twitter y vio que Tim no se había contentado con sus primeros comentarios: después del primero, había publicado unos cuantos tuits más:

Tim Ashcroft @GusanoQueGira
(Por cierto, pido disculpas por el enlace a ese periodicucho fascista, pero por lo visto los padres hablaron directamente con ellos y allí es donde está la historia)

Tim Ashcroft @GusanoQueGira
Pedirle a una niña de 14 años que mienta por ti es repugnante. Ese hombre no debería trabajar con niños ni adolescentes.

Andi Reddy @ydderidna
en respuesta a @GusanoQueGira
Eres de los buenos, Tim

Strike contestó:

Menudo postureo se ha marcado Ashcroft. Es de primero de pedofilia

La enfermera regresó con su té, que tenía demasiada leche. Strike le dio las gracias, y justo en ese momento su muñón empezó a dar saltitos otra vez. Se enderezó un poco y lo apretó con fuerza hacia abajo con la mano derecha, inmovilizándolo y obligándolo a comportarse, a no delatarlo, a no hacer que aquellos bienintencionados médicos le aconsejasen quedarse para seguir haciéndole pruebas.

—¿Se encuentra bien? —le preguntó la enfermera al ver que intentaba inmovilizar el muñón.

—Sí —contestó Strike, que ahora notaba perfectamente el temblor del músculo de la cara.

La enfermera se marchó, y poco después el móvil de Strike volvió a vibrar: era otro mensaje de Robin.

Y anoche nos perdimos una pelea sobre Kea Niven. Busca #KeaNivenCabrona

Strike siguió sus instrucciones.

Por lo visto, en Twitter había habido una pequeña tormenta en torno a Kea poco antes de medianoche. El desencadenante había sido la detención de Wally Cardew, que había suscitado un acalorado

debate en línea. La gente de izquierdas que siempre lo había despreciado ahora se regodeaba y vaticinaba su entrada en prisión, mientras que sus defensores de toda la vida estaban convencidos de que había habido un error y de que era imposible que Wally perteneciese a una célula terrorista. La batalla había generado los hashtags #LibertadParaWally y #EnLaCárcelNoHayGalletas, y en medio de todo ese furor alguien había desenterrado los viejos tuits entre Wally y Kea que indicaban, como mínimo, cierto grado de amistad y, en el peor de los casos, una relación sentimental. La publicación de tumblr de Kea de 2010 (todos mis amigos me dicen «sexo por despecho con su mejor amigo no es la respuesta» y yo les digo «bueno, eso depende de la pregunta») no había tardado en aparecer en Twitter, y entonces el fandom de *Un corazón tan negro* se había abalanzado sobre Kea con la ferocidad de un caimán hambriento.

Inkheart Lizzie @inkylizy00

diosss, mirad esto, Kea Niven y el nazi Wally Cardew follaban?

Wally C @walCard3w
en respuesta a @notaparrottho
qué guapa eres

Spoonie Kea @notaparrottho
en respuesta a @WalCard3w
tú también ♥
13:37 10 junio 2015

Loren @l°rygill
en respuesta a @inkylizy00
Uf. Siempre la he apoyado, pero si esto es verdad...

Moonyspoons @m< >nyspoons
en respuesta a @traslúcidafantasma @inkylizy00 @l°rygill
si follas con fascistas *eres* un fascista. Y punto.
#KeaNivenCabrona

Johnny B @jbaldw1n1> >
en respuesta a @monyspoons @traslúcidafantasma @inkylizy00 @l°rygill
Pues tú debes de haber follado con una ballena
#LibertadParaWally

Polla de Drek @polladedrek
en respuesta a @dickymacD @marnieb89
□□□□□□

Entonces regresó la doctora del pelo canoso.

Strike escuchó distraídamente mientras ella le explicaba lo que ya sabía: que tenía lesionados los isquiotibiales y la rodilla, y que para curarse necesitaba tiempo y reposo.

—Le aconsejo que pida hora con su especialista, pero le recomiendo que no cargue el peso en la pierna durante como mínimo cuatro semanas. Tal vez necesite seis.

—¿Cuatro semanas? —casi exclamó Strike, ya menos distraído. Se había preparado para que le dijeran que tuviese la pierna en alto durante una semana, lo que él pensaba interpretar como tres días.

—Depende del paciente, pero usted es alto —dijo la doctora—, y le está pidiendo al muñón que soporte mucho peso. Le aconsejo que hable con su especialista y que le pida una cita para un examen más completo. Entretanto, olvídese de la prótesis, mantenga la pierna en alto, descanse, aplíquese hielo en las zonas inflamadas y cuídese el extremo del muñón, porque no le interesa que la piel de esa zona siga sufriendo.

»En cuanto a los espasmos, la inflamación y la tensión muscular —continuó—, podrían haber provocado que los nervios se resientan, pero tendremos más información cuando lleguen los resultados de la analítica.

—¿Cuándo llegarán? —preguntó Strike. Lo único que quería ya era largarse del hospital antes de que pudiesen meterle más sondas o más agujas.

—No tardarán. Volveré en cuanto los tenga.

La doctora se marchó otra vez, y dejó a Strike preguntándose si realmente tendría déficit de calcio. Comía mucho queso... Y últimamente no se había roto ningún hueso: si tuviese déficit de calcio, seguro que se habría roto algo en alguna de sus recientes caídas, ¿no?

Pero pensar en eso le hizo acordarse de que años atrás se había caído por una escalera, y que, en otra ocasión, cuando perseguía a un sospechoso, los isquiotibiales se le habían bloqueado por completo y lo habían dejado tirado en el suelo. Pensó en la comida basura que constituía gran parte de su dieta y en la tos del fumador que lo atacaba todas las mañanas, y recordó que la noche anterior se había arrastrado por la acera, deteniéndose sólo para recoger el cigarrillo que había tirado. Le dieron ganas de llamar a la doctora y decirle: «Ya sé por qué me ha pasado todo esto. Es porque no me cuido. Escriba eso en el informe y deje que me vaya a casa.»

Para no seguir regañándose a sí mismo, volvió a coger el móvil y continuó leyendo los comentarios de Twitter sobre Kea Niven.

Max R @mreger#5
en respuesta a@polladedrek @dickymacD @marnieb89
las justicieras sociales son unas zorras, van de que les gustan los pacifistas, pero sólo mojan las bragas con los hombres de verdad #KeaNivenCabrona

Max R @mreger#5
en respuesta a @ polladedrek @dickymacD @marnieb89
se enrolló con Wally porque sabía que era un asesino. Es lo que hacen las fulanas.

Se descorrió la cortina: había vuelto la doctora.

—Bueno, la analítica es normal, y eso es buena señal. Es posible —añadió— que sus espasmos sean psicogénicos.

—¿Y eso qué significa?

—Que podrían estar provocados por factores psicológicos. ¿Está pasando una época de mucho estrés?

—No más de lo habitual —dijo Strike—. ¿Puede recetarme analgésicos?

—¿Qué toma normalmente?

—Ibuprofeno, pero me hace el mismo efecto que los Lacasitos.

—Está bien, le recetaré algo más fuerte para la primera semana, pero los analgésicos no sustituyen el reposo ni las bolsas de hielo, ¿de acuerdo?

Cuando la doctora se marchó, Strike empezó a ponerse los pantalones mientras dos ideas contradictorias pugnaban por imponerse en su mente. Su lado más racional sentenciaba que la investigación del caso Anomia había terminado, al menos en lo que concernía a la agencia. Con el socio principal fuera de la circulación durante al menos un mes, y con escasez de colaboradores externos, era sencillamente imposible cubrir el trabajo.

Pero aquella vena de obstinación y autosuficiencia que más de una ex novia suya había llamado «arrogancia» insistía en que todavía no estaba todo perdido. Barclay aún no había informado sobre Traslúcida, y si Strike jugaba sus cartas correctamente, aún existía la posibilidad de que la visita que iba a hacerle esa noche a Grant Ledwell los guiara hasta Anomia.

97

¿Era malvada? ¿Y qué?
¡A ella no le importaba!
No era peor que todos esos hombres
que en público parecían escandalizados,
pero que cometieron su mismo pecado.

MATHILDE BLIND, *El mensaje*

A la mañana siguiente Strike se despertó a las ocho, y enseguida se dio cuenta de que el whisky que se había bebido la víspera no sentaba nada bien mezclado con tramadol.

Estaba débil y mareado, y esa sensación todavía no había desaparecido por completo a las once, cuando Barclay lo llamó por teléfono.

—Tengo noticias —dijo el escocés.

—¿Tan pronto? —dijo Strike, que estaba yendo a la pata coja al cuarto de baño cuando contestó la llamada, y se quedó de pie, agarrado a una silla para mantener el equilibrio.

—Sí, pero no son las que tú esperabas.

—¿Nicole no estaba en casa de sus padres?

—Sí, está aquí, estoy con ella ahora mismo. Quiere hablar contigo. Por FaceTime, si puede ser.

—Genial —dijo Strike—. ¿Le parece bien que Robin se una a la llamada?

Oyó que Barclay transmitía la pregunta.

—Sí, le parece bien.

—Dame cinco minutos. Voy a avisar a Robin.

Cuando recibió la llamada de Strike, Robin todavía estaba en albornoz en su claustrofóbica habitación del Z Hotel, aunque ya llevaba tres horas trabajando. ¿Para qué iba a vestirse, si no podía salir de la habitación?

—¿Quiere hablar con nosotros? Fantástico. —Robin se levantó de un brinco e intentó quitarse el albornoz con una mano.

—Ahora te mando los detalles, dame un par de minutos —dijo Strike, que se moría de ganas de mear.

Robin corrió a ponerse una camiseta y a cepillarse el pelo para que Strike no creyese que se había pasado toda la mañana durmiendo, y luego volvió a toda prisa a la cama, el único sitio donde podía

sentarse, y abrió el ordenador portátil. Entretanto, Strike, que tenía exactamente el mismo aspecto peinado que sin peinar, se había quitado la camisa y se había puesto otra menos arrugada, y volvió a sentarse a la mesita de la cocina.

Cuando comenzó la llamada, Strike y Robin se sorprendieron al ver no sólo a Nicole Crystal, la beldad prerrafaelita, sino a dos personas más que sólo podían ser sus padres. Ninguno de los dos era pelirrojo, pero la madre tenía los mismos pómulos marcados y la misma cara con forma de corazón, y el padre, de fuerte mandíbula, parecía estar tan tenso y enojado como Strike habría esperado que estaría un hombre al descubrir que una fotografía erótica de su hija había acabado enredándola con unos detectives privados.

—Buenos días —saludó Strike—. Muchas gracias por prestarte a hablar con nosotros.

—De nada —dijo Nicole alegremente con un acento menos marcado que el de Barclay. Strike conjeturó que la elegante sencillez de la habitación que se veía detrás de la familia Crystal se había conseguido mediante la intervención de algún prestigioso decorador de interiores—. Mmm... Yo no soy Transparente... Traslúcida o lo que sea... En ese juego.

Lo dijo sin pizca de aprensión, inquietud o vergüenza. De hecho, parecía intrigada por la situación.

—No sé cómo habrá podido llegar mi fotografía a ese videojuego. De verdad, no me lo explico. ¡Ni siquiera me gusta *Un corazón tan negro*!

—Vale —dijo Strike, que no veía en la cara alegre de la chica ninguna señal de que estaba mintiendo—. Pero ¿has oído hablar de los dibujos animados?

—Sí, claro —afirmó Nicole con jovialidad—. Tengo una amiga que ha visto la serie. Es muy fan.

—¿Y tu amiga había visto en alguna ocasión esa fotografía tuya?

—No, nunca —dijo Nicole.

—¿Crees que pudo hacerse con la fotografía sin que tú lo supieras?

—Para eso habría tenido que entrar en la galería de fotos de mi teléfono. Además, es muy religiosa. Ella nunca... No sé, no me la imagino haciendo una cosa así. Enviando fotos sexis.

A juzgar por la cara que puso el padre de Nicole, era evidente que le habría gustado que pudiera decirse lo mismo de su hija.

—¿Cuándo te hiciste esa foto? ¿Te acuerdas? —le preguntó Robin.

—Hará... ¿dos años y medio?

—¿Y se la enviaste a alguien? —preguntó Robin.

—Sí, a mi ex novio. Salíamos juntos cuando estudiábamos el

último curso de bachillerato, pero luego él se fue a estudiar a la rada y yo me quede aquí para hacer Bellas Artes.

—¿Es actor? —preguntó Strike.

—Quiere ser actor, sí. El primer trimestre manteníamos la relación a distancia, y de vez en cuando yo le mandaba fotos.

Al padre de Nicole le tembló un músculo de la mandíbula.

—¿Cómo se llama tu ex? —dijo Strike cogiendo un bolígrafo.

—Marcus —contestó Nicole—. Marcus Barrett.

—¿Sigues en contacto con él? —preguntó Robin—. ¿Tienes su número de teléfono?

—Sí… Pero no lo van a acusar de nada, ¿verdad? Porque sinceramente no me imagino a Marcus…

—Dales el maldito número —la cortó su padre.

—Va, papá —dijo Nicole mirando de reojo a su padre—. No seas así.

Daba la impresión de que el señor Crystal tenía la intención de «ser así» durante mucho tiempo.

—A Marcus podrían haberle hackeado el ordenador —dijo Nicole, dirigiéndose de nuevo a Strike y a Robin—. A un amigo mío le pasó: le robaron fotos de la nube. Aunque lo cierto es que su contraseña era muy fácil de adivinar. Pero, de verdad, no me imagino a Marcus colgando una foto mía en redes a propósito. ¡Seguimos siendo amigos! Es muy buen chico.

—¿Cuál de los dos quiso dejarlo? —preguntó Strike.

—Yo, pero él lo encajó muy bien. Vivimos lejos y somos todavía muy jóvenes. Él ahora sale con otra chica.

—¿Marcus comparte piso? —preguntó Robin. Estaba tratando de pensar quién más podía haber tenido acceso a aquella fotografía.

—Sí, con su hermana. Ella es cuatro años mayor que él y es un cielo. ¿Por qué iba a querer Darcy enseñar mis tetas?

Nicole se rio y, en voz baja, su madre dijo:

—Nic, esto no tiene gracia.

—Bueno, un poco sí —dijo Nicole. Al parecer, no le preocupaba lo más mínimo que todos los participantes en aquella llamada la hubiesen visto medio desnuda. Como sus padres no sonrieron, se encogió de hombros y añadió—: Mira, yo soy artista. La desnudez no me pone tan nerviosa como a vosotros.

—No se trata de ponerse nervioso —dijo su padre, con la vista fija en la pantalla y sin mirar a su hija—. Se trata de que cuando le das una fotografía como ésa a un hombre, le estás dando herramientas para hacerte chantaje, o para avergonzarte…

—Es que yo no me avergüenzo —aseguró Nicole, y Robin la creyó —. Creo que en esa fotografía salgo muy guapa. No estoy despatarrada ni…

—¡Nicole! —dijeron sus padres a la vez, con el mismo tono.

—Bueno, en resumen —dijo Strike—. Que tú sepas, la única persona que ha visto esa fotografía es Marcus Barrett, ¿correcto?

—Sí —confirmó Nicole—. A menos que él se la enseñara a algún amigo suyo, supongo. Pero dudo mucho que lo hiciera.

—Has dicho que le enviabas fotografías, en plural —señaló Strike.

—Sí.

—¿Y ha aparecido esta fotografía, o cualquiera de las otras, en algún otro sitio donde tú no esperabas que apareciese?

—No.

—¿Las otras fotografías eran parecidas a ésta?

—Más o menos —dijo Nicole—. Creo que había un desnudo completo.

La madre de Nicole se tapó la cara con ambas manos.

—¿Qué pasa? —dijo Nicole, impaciente—. Él estaba rodeado de alumnas de teatro supersexis. Tenía que darle algo... no sé, algo en que pensar.

Nicole se puso a reír.

—Lo siento —se disculpó—. Es que... todo esto ha sido una sorpresa. Nunca imaginé que me encontraría hablando con unos detectives privados porque alguien había usado una fotografía mía para hacer *catfishing* en internet.

—¿*Catfishing*? —preguntó el padre.

—Sí, papá, consiste en crearse una identidad falsa para ligar.

—Entonces —dijo Strike—, si lo hemos entendido bien: ¿nunca has estado dentro de *El juego de Drek*?

—No, nunca —respondió Nicole.

—¿Y nunca has interactuado en redes con un tal Morehouse?

—No, nunca —repitió la chica.

—¿Y nunca has hablado, te has enviado mensajes, ni has tenido ningún otro contacto con el doctor Vikas Bhardwaj?

Nicole iba a decir algo, pero entonces titubeó.

—Un momento —pidió frunciendo el ceño—. Creo que... Esperen.

Se levantó y desapareció de la imagen; sus padres, nerviosos, la siguieron con la mirada. Strike y Robin vieron a Barclay sentado en silencio al fondo, en un sillón. Le habían ofrecido una taza de té.

Nicole regresó con el móvil en la mano.

—Hay un chico que me sigue en Twitter... —explicó, y volvió a sentarse entre sus padres—. Siempre da un «me gusta» a mis tuits, pero yo no lo conozco. No sé si se llama Vikas o algo parecido... Un momento...

Durante casi un minuto buscó entre sus seguidores de Twitter.

—¿Es éste? —dijo por fin, girando la pantalla del móvil hacia la cámara.

—Sí —confirmó Strike al ver la fotografía de Vikas—. Es él. ¿Alguna vez le has enviado algún mensaje o has tenido algún contacto directo con él?

—No —dijo Nicole—, sólo me fijé en que él respondía a mis tuits con un «me gusta», aunque la verdad es que no entendía por qué me seguía. Es científico, ¿no? —preguntó, volviendo a girar el móvil para examinar la cuenta de Vikas.

—Lo era —indicó Strike—. Está muerto.

—¿Ah, sí? —dijeron Nicole y su padre a la vez. La chica había dejado de sonreír.

—Lo asesinaron en Cambridge la semana pasada.

—¿No será el astrofísico? —dijo, perplejo, el padre de Nicole—. ¿El que iba en silla de ruedas?

—Sí, exacto —afirmó Strike.

Hubo una larga pausa; los tres Crystal miraban fijamente a la cámara, horrorizados.

—Dios mío... —dijo Nicole finalmente.

—Nos gustaría mucho hablar con Marcus —dijo Strike—. ¿Puedes darnos un número de teléfono?

—Bueno... No creo que deba darles su número sin antes preguntárselo a él. —Nicole miró nerviosa sus padres.

—Nicole... —empezó su padre.

—No pienso lanzarle esta bomba sin avisarlo. ¡Es amigo mío, papá!

—Sería mucho mejor que no lo llamaras antes —sugirió Strike, pero Robin ya sabía que la advertencia de su socio no haría cambiar de opinión a Nicole.

—No, lo siento. —Nicole miraba fijamente a la cámara—. Es imposible que Marcus haya tenido nada que ver con... con todo esto. Es imposible... No pienso darle su número de teléfono sin antes explicarle de qué va esto. Él nunca me lo haría a mí. Ni hablar —le dijo a su padre, que había abierto la boca para decir algo. Se volvió hacia Strike y Robin y añadió—: Hablaré con Marcus y le diré que lo llame, ¿vale?

No tuvieron más remedio que aceptarlo. Después de dar las gracias a los Crystal, Strike les deseó buenos días. Cuando la familia desapareció de la pantalla, Strike y Robin se quedaron mirándose el uno al otro.

—Mierda —dijo Robin.

—Pues... sí —dijo Strike.

98

Mirándose de reojo
los astutos hermanos;
haciéndose señas,
taimados por igual.

CHRISTINA ROSSETTI,
El mercado de los duendes

Como no podía hacer gran cosa mientras estaba atrapado en su ático con una bolsa de hielo permanentemente apretada contra el muñón, Strike se dedicó a investigar a Marcus Barrett en las redes sociales. Aunque todavía estaba un poco atontado por el tramadol, logró identificar enseguida su cuenta de Instagram, porque el chico había usado su nombre completo y había publicado muchas fotografías de ensayos y unos cuantos selfis tomados delante del edificio de la Real Academia de Arte Dramático. Barrett era un joven atractivo, de pelo negro y ojos oscuros, con unas facciones que Strike imaginaba que los novelistas románticos habrían descrito como «cinceladas».

El detective partía de una actitud escéptica respecto a la insistencia de Nicole en que su ex novio jamás habría compartido su fotografía con nadie deliberadamente. Después de haberse pasado unos cuantos años investigando las desastrosas secuelas de las rupturas de pareja —y de vivir en propia piel las tóxicas consecuencias de sus numerosas rupturas con Charlotte o la reciente y desagradable escenita con Madeline—, Strike no se hacía ilusiones sobre los extremos a los que podían llegar los amantes despechados en su desesperación por herir a quienes los habían abandonado.

Sin embargo, revisando lentamente la página de Instagram de Marcus, el detective encontró una fotografía grupal del mes de diciembre anterior etiquetada como «#FiestaDeNavidad #LaPandillaDelCole #Fettes», en la que aparecían Marcus y Nicole, y Strike tuvo que admitir que el ex novio y la chica parecían llevarse bien: posaban con un brazo sobre sus respectivos hombros, y sonreían igual que sus antiguos compañeros de clase.

Además, como ya les había dicho Nicole, era obvio que Marcus había empezado una nueva relación sentimental. En muchas fotografías aparecía acompañado de una chica rubia y delgada tan

guapa como Nicole, y, a juzgar por la cantidad de achuchones y besos documentados, ambos sentían una genuina atracción mutua. La hermana de Barrett también estaba etiquetada en muchas fotografías: tenía el pelo negro, como su hermano, y también era muy guapa. En una de las fotografías aparecían los dos juntos cantando en un karaoke en una fiesta; en el pie de foto se podía leer «#Timber #Pitbull&Ke$ha #DestrozaTuCanciónFavorita».

Pese a ser muy consciente de que Instagram no representaba necesariamente la realidad de la vida de nadie, había pruebas evidentes de que Marcus Barrett llevaba una vida social muy activa, y, a menos que ya fuese un excelente actor, daba la impresión de que se lo estaba pasando muy bien en su estancia en Londres. Había fotografías de encuentros y fiestas en pubs, en restaurantes y en su propio piso. Un piso que, según pudo deducir Strike por algunos detalles que había alcanzado a ver, estaba en Shoreditch, un barrio de moda. La familia Barrett, al igual que los Crystal, debía de tener mucho dinero: aunque sólo eran veinteañeros, los hermanos compartían un piso que parecía mucho más grande y mejor amueblado que el de Strike.

Sólo encontró una serie de fotografías que le hicieron fruncir el ceño. En 2013, seguramente poco después de romper con Nicole, Marcus había visitado el cementerio de Highgate con unos amigos y había publicado fotografías en las que aparecía enfurruñado con un largo abrigo negro entre las urnas funerarias, las columnas rotas y los ángeles llorosos.

—Podría ser una visita turística, claro —le dijo a Robin por teléfono el domingo por la noche—. No olvidemos que el cementerio, además del escenario de un crimen, es una atracción turística.

—¿Y Marcus todavía no te ha llamado? —le preguntó Robin, que volvía a estar en albornoz en aquella habitación de hotel que ya odiaba con toda su alma.

—No. Me huele a llamada de pánico de Nicole, seguida de conversaciones también de pánico entre los miembros de la familia Barrett.

—¿Crees que están buscando un abogado?

—Apuesto a que sí —dijo Strike—. Dudo que haya muchos padres a los que les guste que el nombre de su hijo aparezca en la investigación de un asesinato. Pero de una cosa estoy seguro: Marcus no puede haber estado haciéndose pasar por Nicole en el juego. Hace un curso de jornada completa, y por lo que veo pasa la mayor parte de su tiempo libre de fiesta. Creía que Nicole era un poco ingenua, pero la verdad es que ahora me inclino a darle la razón. Es obvio que todavía son buenos amigos. No me imagino a Marcus haciendo pornovenganza.

—Entonces, ¿quién demonios es Traslúcida?

—También he estado pensando en eso —declaró Strike, dando una calada al vapeador. No había vuelto a fumar desde que había ido a urgencias, a pesar de que todavía tenía medio paquete de Benson & Hedges en el bolsillo de la chaqueta—. No tengo claro qué fue primero, si Nicole, o sus fotos.

—¿Te refieres a la posibilidad de que alguien viera sus fotos, y que luego la buscara en redes sociales para averiguar quién era?

—Exacto, y sabemos que es posible porque tú misma lo hiciste. Quienquiera que birlara esas fotos podía hacerse pasar fácilmente por Nicole, porque hay un montón de información personal sobre ella en internet. Así que todos los datos eran verificables si Vikas intentaba descubrir con quién estaba hablando en el juego: ahí está, estudiante de Bellas Artes, de Glasgow, las mismas fotos...

—Pero hacerse pasar por ella seguiría siendo arriesgado —dijo Robin—. ¿Y si Vikas hubiese contactado directamente con la verdadera Nicole? ¿Si la hubiese llamado por teléfono o le hubiese pedido verse por FaceTime?

—También he pensado en eso. No sé si te fijaste, pero el ordenador de Vikas parecía muy adaptado. ¿Y si tenía problemas para hablar? ¿Y si la persona que se hacía pasar por Traslúcida estaba al corriente de esos problemas y contaba con que Vikas preferiría hablar con ella en línea, antes que en persona?

—Uf, qué horror —dijo Robin cerrando los ojos.

—Sí, es horrible, pero es una idea brillante. Traslúcida habría podido arriesgarse a presionar a Vikas para que se vieran en persona, sabiendo que él se negaría. Una maniobra de manipulación soberbia.

»Y otra cosa. Por el piso de Marcus ha pasado un montón de gente, a juzgar por su cuenta de Instagram. Se ve que a los hermanos Barrett les gusta la fiesta. Las fotos de Nicole habrían podido estar en varios dispositivos a la vez, si Marcus los tenía sincronizados, y alguien podría haber robado o abierto alguno de esos dispositivos sin que él se diera cuenta. También he estado investigando cómo se hackea una cuenta de iCloud. Se puede hacer, incluso sin contraseña.

—¿Y has descubierto algo sobre la hermana de Marcus?

—No he encontrado sus redes sociales, así que no sé cómo se gana la vida, pero me he fijado en una cosa: en las fotos de sus fiestas no hay sólo gente joven, también se relacionan con treintañeros y cuarentones.

—¿Crees que pueden ser compañeros de trabajo de la hermana?

—Sí, creo que sí, lo que sugiere que la hermana también está ocupada en la vida real.

Strike bostezó. Entre el tramadol y las horas que llevaba metido en internet, estaba deseando irse a dormir.

—¿Y tú cómo vas? —preguntó.

—Bueno, he investigado todo lo que he podido sobre Discípulo de Lepine —dijo Robin, que tenía los ojos irritados después de tantas horas delante del ordenador—, y te lo he puesto todo en un documento, pero también he estado investigando tres cuentas más. ¿Te acuerdas de un tal Max, en Twitter, que difundió el rumor de que Edie era prostituta? El que intentó ligar conmigo utilizando una frase de Kosh.

—Me hago un lío con tanto troll, la verdad —admitió Strike.

—Bueno, pues el miércoles tuiteó algo de que Wally era un asesino.

—Ah, sí —murmuró Strike—, creo que lo vi.

—Lo encontré interesante, y cuando revisé sistemáticamente sus tuits, comprobé que la cuenta de Max es una de las cuatro cuentas que siempre rodean a Anomia cuando publica en Twitter. No era fácil verlo, hasta que me concentré en ellos: se han estado coordinando entre sí y con Anomia.

—¿Qué quieres decir con que han estado coordinándose? —preguntó Strike, frotándose los párpados en un intento de permanecer alerta.

—Bueno, en 2011, por ejemplo, Discípulo de Lepine acusó a Edie de mentir sobre cómo había muerto su madre. Citaba una frase de una entrevista que le habían hecho a Edie, donde ella decía que recordaba que su madre estaba «drogada». Discípulo de Lepine tuiteó que Edie intentaba sugerir que su madre había sido drogadicta. Al cabo de un minuto, Max publicó el obituario de la madre de Edie, donde se decía que había muerto de cáncer.

—¿Tenía el obituario preparado para publicarlo?

—Exacto. Y luego Anomia retuiteó la cita sacada de contexto de Discípulo de Lepine y el obituario que había publicado Max para sus cincuenta mil seguidores, y justo después un tal Johnny B… que también intentó ligar conmigo utilizando las frases de Kosh, por cierto… publicó una fotografía de la madre de Edie, burlándose de su aspecto. Y luego se les unió Julius «Yo Soy Evola» y dijo que un amigo suyo le había oído decir a Edie que su madre era yonqui, y Anomia también lo retuiteó.

»Lo planearon los cinco juntos, Cormoran, no hay otra explicación, para que Edie pareciese una mentirosa. Pasó todo en cuestión de un par de minutos. Debieron de pasarse un buen rato buscando el obituario y la fotografía, aunque lo he comprobado: las dos cosas están en internet, pero en rincones bastante oscuros.

»Han coordinado ataques parecidos varias veces, pero hay algo más: se organizan entre ellos para utilizar las frases de Kosh con las chicas.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Strike, haciendo un esfuerzo por concentrarse.

—Discípulo de Lepine o Julius le dicen algo muy desagradable a una chica, y luego llegan Max R o Johnny B y dicen que lo han denunciado. Pero es todo teatro, porque es obvio que son amigos. A Discípulo de Lepine y a Julius les han suspendido varias veces la cuenta temporalmente por acosar a chicas, pero siempre vuelven.

—¿Se arriesgan a tener que sacrificar su cuenta de Twitter para que sus amigos puedan ligar con frases de Kosh?

—Sí. Actúan como... No sé cómo decirlo... como un equipo de lucha libre.

—¿Tienes idea de quiénes son realmente?

—No. Las ubicaciones están ocultas y ninguno habla mucho de su vida real. Esto me ha hecho reflexionar sobre Anomia —continuó Robin, recostándose en las almohadas y contemplando la pantalla negra del televisor de la pared—. Me había imaginado a alguien solitario y amargado, pero es evidente que es capaz de inspirar simpatía y admiración, aunque sólo sea a un puñado de personas horribles.

—Vikas Bhardwaj parecía un tipo decente —opinó Strike—, y él sabía perfectamente quién era Anomia y fue amigo suyo durante mucho tiempo.

Se quedaron los dos callados un rato: Robin contemplando el televisor de la pared, y Strike vapeando en la mesa de la cocina y pensando, sobre todo, en lo cansado que estaba.

—Mañana llegarán los muebles nuevos a la oficina, ¿verdad? —dijo Robin por fin.

—Sí, por la tarde. Y por la noche he quedado con Grant Ledwell. Iba a preguntarte si me podrías llevar en coche...

—Gracias a Dios —dijo Robin con fervor—. Voy a volverme loca encerrada en esta habitación. ¿Por qué no quedamos en la oficina por la tarde, te ayudo a prepararlo todo, y vamos juntos desde allí?

Como Strike titubeaba, añadió:

—Mira, si esos terroristas de The Halvening saben dónde estoy, han tenido muchas ocasiones para llamar a la puerta y hacerse pasar por un electricista o lo que sea. Dudo que vayan a apuñalarme en un trayecto de diez minutos hasta la oficina, en una calle concurrida y a plena luz del día.

—Bueno, de acuerdo —cedió Strike—. Ven a las dos.

Y dicho eso, se despidieron y colgaron. Strike se quedó donde estaba unos minutos más, exhausto y soñoliento, temiendo el esfuerzo que se vería obligado a hacer para meterse en la cama. Tenía el bloc abierto al lado del ordenador, con la dirección de correo electrónico de Anomia que le había dado Yasmin, pero todavía no había hecho

nada con ella. A diferencia de Yasmin, Anomia era listo: seguro que sospecharía si un desconocido intentaba contactar con él.

Sentado en medio de una nube de vapor de nicotina, con un creciente de luna visible al otro lado de la ventana, se quedó embobado mirando el trabajo de su sobrino Jack sobre la batalla de Neuve Chapelle, que seguía colgado en los armarios de la cocina.

Aunque los británicos habían conseguido arrebatar a los alemanes el pueblo de Neuve Chapelle, había sido a costa de una enorme pérdida de vidas, no sólo por la escasez de munición y las malas comunicaciones, sino porque mil hombres habían muerto de forma innecesaria al tratar de atravesar —sin cortarlo previamente— el alambre de espino que rodeaba las fortificadas trincheras alemanas.

Strike, en el estado un poco amodorrado inducido por el tramadol, intentó visualizar el caso Anomia en términos militares. El objetivo, todavía inexpugnable, estaba rodeado de alambre de espino sin cortar: no sólo contaba con la fuerte protección que Vikas Bhardwaj le había puesto al juego, sino también con el refuerzo y el apoyo de cuatro trolls anónimos.

¿Qué lección se podía extraer de Neuve Chapelle? «Corta el alambre de espino antes de hacer avanzar a la infantería...»

Volvió a bostezar, demasiado cansado para seguir elaborando aquella analogía, y, con una mueca de dolor anticipada, se levantó de la silla.

Entretanto, en el Z Hotel, Robin ya se había acostado, pero su obstinado cerebro seguía alerta, vomitando ideas y posibles teorías como si barajase unas cartas y mostrase las imágenes al azar. Tras veinte minutos intentando dormir, volvió a encender la luz de la mesilla de noche, se incorporó y abrió el bloc por la última página en la que había escrito, donde había anotado los nombres de usuario de las cuatro cuentas que habían sido tan útiles para Anomia y sus compinches.

Al cabo de un rato, y sin saber muy bien por qué lo hacía, cogió el bolígrafo que había dejado en la mesilla de noche y anotó un quinto nombre: Zoltan, el primer amigo de internet de Rachel, que, según ella, luego se había creado otro personaje en las redes sociales, llamado... ¿Cómo era? Por alguna extraña razón, a Robin le vino a la cabeza la imagen de un arlequín.

Se inclinó hacia un lado de la cama para coger el ordenador, que estaba cargándose; lo abrió y buscó «arlequín».

—Scaramouche —dijo en voz alta después de leer un artículo sobre los personajes de la comedia del arte italiana.

Scaramouche era un payaso: astuto, fanfarrón y profundamente cobarde; parecía extraño que alguien eligiese ese nombre si intentaba persuadir a chicas desconocidas para tener relaciones sexuales con él.

Una vez más, sin saber muy bien por qué lo hacía, escribió «Scaramouche» debajo de «Zoltan», se quedó mirando los seis nombres un momento y volvió a coger el ordenador.

99

Nunca sabemos lo alto que estamos
hasta que debemos levantarnos...

EMILY DICKINSON, *Aspiración*

—Si no piensas decir nada —dijo Pat en la recepción de la agencia, con una voz grave que reflejaba su irritación—, no vuelvas a llamar.

Era la una de la tarde del lunes y Strike, sentado a su escritorio en el despacho, con las muletas apoyadas en la pared, estaba comiendo galletas mientras revisaba la sobrecargada bandeja de entrada de su correo electrónico. Llamó a Pat y le preguntó:

—¿El mismo número? ¿Sólo jadeos?

—Esta vez no he oído los jadeos —dijo Pat, que se había acercado a la puerta abierta del despacho con el cigarrillo electrónico en la mano. Detrás de ella, la recepción estaba prácticamente vacía: sólo había un teléfono en el suelo y varios montones de carpetas de casos que Pat estaba ordenando, antes de meterlas en los nuevos armarios archivadores—. Sólo silencio. Menudo imbécil.

—A lo mejor llamo a ese número cuando haya terminado con todo esto —dijo Strike, y volvió a ocuparse de un mensaje de su casero, que por lo visto consideraba que el atentado justificaba un aumento del alquiler, opinión que Strike no compartía—. ¿Estás bien?

—¿Por qué no iba a estarlo? —preguntó Pat con recelo.

—Por estar de nuevo aquí. Después de lo que pasó.

—Estoy bien. Ya los han pillado a todos, ¿no? Y espero que los encierren y tiren la llave al mar —añadió la secretaria, que volvió a la recepción para ocuparse de sus carpetas.

Strike se concentró de nuevo en su correo electrónico. Un par de minutos más tarde, después de enviar una respuesta educada pero inflexible al casero, empezó a redactar un mensaje para poner al día a Allan Yeoman. Todavía estaba intentando formular el párrafo inicial, de forma que sugiriese avances sin llegar a mencionar ninguno, cuando oyó que Pat decía:

—Hoy no tenías que venir.

Strike levantó la cabeza, dando por hecho que Robin había llegado antes de lo previsto, pero fue Dev Shah quien apareció en el umbral de la puerta que separaba la recepción del despacho,

sonriendo de oreja a oreja.

—Los he pillado —dijo—. A Dedos Largos y a su vieja.

—¿En serio? —Strike se alegró de tener un pretexto para abandonar sus correos.

—Sí. Me la camelé anoche en el bar Connaught. Ella estaba con su hermana... O con una amiga suya que va al mismo cirujano plástico, no lo sé.

Dev sacó su cartera, extrajo una tarjeta de visita muy elegante y se la dio a Strike. La tarjeta rezaba: «Azam Masoumi, marchante de antigüedades y obras de arte.»

—El señor Masoumi organiza la venta de objetos de valor para clientes privados —explicó Dev—, y la comisión que cobra es mucho menor que la de las grandes casas de subastas.

—Qué detalle. Seguro que también es muy discreto.

—El señor Masoumi está muy orgulloso de su discreción —dijo Dev con socarronería—. Algunos clientes suyos no quieren que se sepa que están vendiendo objetos de valor, y el señor Masoumi comprende perfectamente su delicada situación.

—¿Y ya está? ¿Así de fácil?

—No tanto —dijo Dev—. También tuve que invitarlas a ella y a su hermana a litros de alcohol y ponerles quince años menos de los que tienen. Cuando cerraron el bar, me invitó al piso de Dedos Largos para tomarnos la última copa.

—¿Y Dedos Largos estaba allí?

—No, y fue una suerte, porque creo que no le habría gustado nada ver cómo se comportaba su madre.

—Estaba cachonda, ¿no?

—La cosa empezó a ponerse muy Mrs. Robinson. Cuando empecé a decir que me marchaba, intentó retenerme enseñándome un cofre de Fabergé y un busto de Alejandro Magno que, según ella, le regaló su marido, del que ahora está distanciada.

—Cuando él se entere de todo esto sí que se van a distanciar. ¿Tienes fotos?

—Sí. —Dev se sacó el móvil del bolsillo y le enseñó a Strike las imágenes de los dos objetos, cuyo valor total ascendía a más de un millón de libras.

—¿Y conseguiste salir de allí sin que te hicieran un Mrs. Robinson?

—Por los pelos. A cambio de una cita para cenar esta noche.

—Acabas de ganar el premio al empleado de la semana —dijo Strike, levantándose con esfuerzo sobre una sola pierna y tendiéndole la mano a Dev.

—¿Me vas a dar un certificado?

—Sí, le diré a Pat que te lo imprima en cuanto llegue su

ordenador.

Dev se fijó en la pernera vacía del pantalón de Strike.

—¿La pierna vuelve a darte problemas?

—Nada grave —dijo Strike, y se dejó caer de nuevo en la silla.

—¿Dónde están los demás?

—Barclay está volviendo de Glasgow, ha aprovechado para ir a ver a sus padres. Midge tiene el día libre y Robin está a punto de llegar, igual que los muebles nuevos.

—¿Quieres que me quede para ayudaros?

—No, te mereces un descanso. Pienso soltarles cien libras a los repartidores si hay que montar algún mueble.

Dev se marchó, y Robin llegó al cabo de diez minutos. Se alegró tanto como su socio cuando se enteró de que el caso Dedos Largos estaba resuelto, pero le impresionó ver a Strike en persona. El detective tenía muy mal color, los ojos enrojecidos y barba de dos días. Aun así, no hizo ningún comentario, y se limitó a mostrarle el lápiz USB que había llevado.

—Cuando llegue la impresora, te enseñaré todo lo que he descubierto sobre la pandilla de trolls de Anomia. ¿Tú qué estás haciendo?

—Intentando redactar un email para Allan Yeoman, pero la cantidad de veces que puedes decir «avances prometedores» sin informar de ningún avance en concreto tiene un límite.

—Esperemos que Grant Ledwell confiese esta noche.

—Más nos vale —dijo Strike—, o tendré que buscar una forma elegante de decir que «esta investigación está bien jodida».

Los primeros muebles llegaron a las tres de la tarde, y las dos horas siguientes las dedicaron a llenar los nuevos armarios archivadores, montar la mesa de Pat, instalar su nuevo ordenador y su impresora y retirar el envoltorio de plástico del sofá nuevo, que estaba tapizado con tela roja.

—¿No has querido repetir con la piel artificial? —preguntó Robin. Pat y ella estaban colocando el sofá en su sitio mientras Strike se limitaba a mirar, apoyado en las muletas y frustrado por no poder echar una mano.

—Estaba harto de que el viejo se pedorreara cada vez que me movía un poco —dijo Strike.

—Éste se manchará si alguien le tira café por encima —observó Pat, sujetando el cigarrillo electrónico con los dientes.

La secretaria rodeó su mesa nueva y sentó su huesudo cuerpo en su silla de despacho, también nueva.

—Pero esta silla es mucho mejor que la otra —admitió a regañadientes.

—Casi ha valido la pena que nos pusieran una bomba, ¿no? —dijo

Strike, recorriendo con la mirada la recepción, que, entre la pintura y los muebles nuevos, nunca había estado tan bonita.

—¿Cuándo van a traer el cristal? —preguntó Pat, señalando la mitad superior de la puerta que daba al rellano, que todavía estaba tapada con tablones—. Me gusta ver la silueta de la persona que está al otro lado. Así te ahorras sorpresas.

—El vidriero vendrá a finales de esta semana —dijo Strike—. Voy a ver si acabo ese correo para Yeoman.

Volvió al despacho con las muletas. Robin apenas acababa de empezar a imprimir los resultados de sus investigaciones sobre Discípulo de Lepine y sus amigos, cuando volvió a sonar el teléfono de la oficina.

—Agencia de detectives Strike-dijo Pat.

La secretaria escuchó unos segundos más y añadió:

—¿Qué quieres? Si te crees que tiene alguna gracia...

—¿Es el mismo número de antes? —preguntó Strike, asomándose por la puerta que separaba las dos estancias. Pat dijo que sí con la cabeza—. Pásamelo —le indicó, pero Pat, cuyo gesto arisco había cambiado de repente a una expresión de recelo, tapó el micrófono con la mano y dijo:

—Pregunta por Robin.

Robin pulsó el botón de pausa de la impresora y extendió un brazo hacia el teléfono, pero Pat, que seguía mirando a Strike, dijo en voz baja:

—Suena a bicho raro.

—Pásamelo, Pat —dijo Robin con firmeza.

Pat le dio el auricular, pese a que, por la cara ponía, no creía que pudiese salir nada bueno de aquella llamada.

—Hola —saludó la detective—. Soy Robin Ellacott.

Una voz susurró al oído de Robin:

—¿Eras Jessica?

Robin miró a Strike.

—¿Con quién hablo? —preguntó Robin.

—¿Lo eras? —dijo aquella voz débil.

—¿Con quién hablo? —repitió Robin.

Ahora oía respirar a la chica. Por sus jadeos entrecortados, dedujo que estaba aterrorizada.

—¿Te conozco? —preguntó Robin.

—Sí —susurró la voz—. Creo que sí. Si eras Jessica.

Robin tapó el auricular con la mano y, en voz baja, dijo:

—Es Zoe Haigh. Quiere saber si yo era Jessica.

Preguntándose si valdría la pena correr el riesgo de admitirlo, Strike vaciló, pero al final hizo una señal afirmativa. Robin retiró la mano del micrófono y dijo:

—¿Eres Zoe?

—Sí —contestó la voz—. Yo... Yo...

—¿Estás bien? ¿Ha pasado algo?

—Tengo mucho miedo —admitió entonces la chica en voz baja.

—¿De qué tienes miedo?

—¿Puedes venir a verme? Por favor...

—Claro —dijo Robin—. ¿Estás en tu casa?

—Sí —dijo Zoe.

—Vale. No te muevas de ahí, iré enseguida.

—Vale —susurró Zoe—. Gracias.

La línea se cortó.

—Quiere verme —explicó Robin mirando la hora—. Quizá sería mejor que tú cogieras un taxi para ir a ver a Ledwell y que yo...

—Ni hablar. ¿Y si es una trampa? ¿Y si ella es el cebo y Anomia te está esperando?

—Entonces, por fin averiguaremos quién es —dijo Robin, y volvió a encender la impresora.

—Ya, justo antes de que te rebane en el cuello, ¿no? —dijo Strike por encima del ruido de las hojas que iban saliendo de la impresora.

Pat iba girando la cabeza para mirar a los dos socios, como si estuviese viendo un partido de tenis.

—Para llegar al piso de Zoe hay que subir dos tramos de escalera —indicó Robin sin mirar a Strike.

—¿Y cómo crees que he llegado hasta aquí? ¿Levitando? —replicó él, omitiendo el detalle de que la mitad del trayecto lo había hecho sentado.

—Strike, no creo que Zoe me esté llevando a una trampa mortal, la verdad.

—Tampoco creías que íbamos a encontrarnos a Vikas Bhardwaj con la yugular seccionada.

—Es curioso —señaló Robin con frialdad, volviéndose para mirar a su socio a los ojos—, no recuerdo que tú predijeras eso tampoco.

—La diferencia —repuso Strike impaciente— es que yo he aprendido la lección. Voy a ir contigo. Si vamos a Junction Road ahora, tendremos tiempo de sobra para llegar puntuales a la cita de Ledwell a las nueve.

Cuando Strike entró en el despacho para coger su móvil y su cartera, oyó que Pat, con un gruñido grave que pretendía ser un susurro, le decía a Robin:

—Mira, tiene razón...

—No, no la tiene. —Robin cogió las hojas que habían salido de la impresora y estiró un brazo hacia el estante que Pat tenía detrás para coger una funda de plástico donde guardarlas—. Si intenta darle un puñetazo a alguien más, o si se vuelve a caer por la escalera, estará

fuera de servicio durante más…

Se interrumpió al ver que Strike, todavía enfurruñado, salía a la recepción.

—¿Lista?

Y por la cara que ponía su socio, Robin se dio cuenta de que había oído lo que ella acababa de decir.

100

Pero allí se alza triunfante un valor salvaje,
la grandeza turbulenta de una orgullosa desesperación;
un espíritu intrépido, eufórico ante la desgracia,
más poderoso que la muerte, indomable por el destino.

FELICIA HEMANS,
Vida de Asdrúbal

Ambos detectives guardaron silencio durante los diez primeros minutos del trayecto hasta Junction Road. Strike ardía de resentimiento por el hecho de que Robin ya no lo considerase una ventaja, sino una carga. Robin, siempre muy sensible a los estados de ánimo de su socio, percibía el carácter punzante de su silencio, y pasó la primera parte del viaje tratando de reunir el valor y encontrar las palabras adecuadas para hablar de ello.

Por fin, mientras esperaban a que cambiase un semáforo, dijo sin apartar la vista de la calzada:

—Una vez me dijiste que, si no somos sinceros el uno con el otro, estamos jodidos.

Strike guardó silencio hasta que el semáforo se puso verde y volvieron a arrancar.

—¿Y?

—Me dijiste que, cuando yo andaba por ahí sola, te preocupabas más por mí de lo que te preocuparías por un colaborador varón, porque yo siempre iba a estar en desventaja si me atacaba un...

—Exacto —dijo Strike—, y precisamente por eso...

—¿Me dejas acabar? —dijo Robin manteniendo un tono comedido, a pesar de que el corazón le latía muy deprisa.

—Sí, claro —contestó Strike con frialdad.

—Y dijiste que debía aprender a controlar mis ataques de pánico, porque no querías sentirte culpable si yo la cagaba y volvía a pasarme algo.

Strike, que ahora ya sabía perfectamente hacia dónde se dirigía la conversación, apretó la mandíbula de una forma que, de haberlo visto, Robin habría descrito como el típico gesto de un cabezota.

—Yo nunca te he atosigado para que te cuides —añadió Robin, que seguía con la vista fija en la calzada—. Ni una sola vez. Es tu vida, y tu cuerpo. Pero el día que me dijiste que debía hacer terapia,

agregaste que si me mataban yo no sería la única que tendría que cargar con las consecuencias.

—¿Y? —volvió a decir Strike.

Una mezcla de masoquismo y sadismo lo instaban a obligarla a ser explícita. Robin, que estaba empezando a exasperarse, dijo:

—Sé que estás sufriendo. Tienes muy mala cara.

—Gracias. Justo la inyección de ánimo que necesitaba.

—Mira, Strike... —Robin no podía seguir controlando su temperamento—. Tú nunca permitirías que nadie saliese a trabajar en tu estado. ¿Me quieres explicar cómo piensas defenderte si...?

—Vale, o sea que soy un puto lastre para mi propia agencia, ¿verdad?

—No tergiverses mis palabras, sabes muy bien lo que estoy diciendo.

—Sí, que soy un lisiado de mediana edad al que prefieres dejar en el coche...

—¿Quién ha dicho nada de tu edad?

—... mientras tú caminas alegremente hacia lo que podría ser...

—¿Alegremente? ¿Podrías ser un poco menos paternalista?

—... una puta emboscada.

—Ya he tenido en cuenta esa posibilidad y...

—Ah, ya la has tenido en cuenta, ¿no? Eso impedirá que te degüellen en cuanto entres por la puerta...

—¡hostia puta, strike! —gritó Robin, golpeando el volante con ambas manos. La tensión que arrastraba desde el atentado encontró por fin un alivio catártico—. ¡no quiero que te maten, joder! Ya sé que te sientes... no sé, humillado por tener que ir con muletas...

—No, no me siento...

—¡Hablas de sinceridad, pero no eres sincero, ni conmigo ni contigo mismo! Sabes muy bien por qué te digo esto: no quiero perderte. ¿Ya estás contento?

—No, no estoy contento —dijo Strike automáticamente, lo cual era cierto y falso a la vez: una remota región de su cerebro había registrado las palabras de Robin, que habían aliviado una carga que él apenas sabía que llevaba—. Creo que nos estamos enfrentando a un asesino en serie y...

—¡Yo también! —dijo Robin, enfurecida por la falta de reconocimiento de algo que a ella le había costado muchísimo admitir —. ¡Pero yo conozco a Zoe, y tú no!

—¿Que la conoces? Diste un paseo de veinte minutos con ella...

—¡A veces veinte minutos son suficientes, Cormoran! ¡Esa chica estaba aterrorizada cuando ha hablado conmigo por teléfono, y no creo que sea porque Anomia la estuviese amenazando con un cuchillo: es porque está a punto de traicionar a Anomia! Ya sé que me tomas

por una cabeza hueca que se mete «alegremente» en una situación peligrosa tras otra…

—Yo no pienso eso —dijo Strike—. Lo sabes muy bien.

Volvieron a quedarse en silencio en el BMW. Strike estaba procesando lo que acababa de oír. «No quiero perderte…» ¿Acaso una mujer le diría algo así al patético personaje en que él temía haberse convertido? ¿A un carcamal cuarentón y gordo, con una sola pierna y fumador compulsivo, que se hacía ilusiones sobre su atractivo y su competencia, y que seguía viéndose como el boxeador *amateur* de gran talento, con unos abdominales envidiables, que había sido capaz de ligarse a la tía más guapa de la Universidad de Oxford?

Pero Robin no se sentía reconfortada; al contrario, se sentía vulnerable y desprotegida, porque acababa de decir lo que llevaba mucho tiempo intentando callar, y temía que Strike hubiese oído en aquel «no quiero perderte» algo más que su preocupación por si se hacía alguna lesión catastrófica al subir los empinados escalones de hormigón del edificio de Zoe. Temía que él hubiese adivinado el sufrimiento que le provocaba pensar en Madeline, y su deseo de una intimidad que ella intentaba convencerse de que no anhelaba.

Así que al cabo de unos minutos, y tratando de mantener un tono de voz calmado y razonable, Robin añadió:

—Tú eres la agencia. Sin ti no existiría. Yo nunca te he pedido que hagas reposo, que dejes de fumar ni que comas mejor. No era asunto mío, pero ahora estás haciendo que lo sea. Llevo una alarma personal en el bolso, y si hay alguien más con Zoe cuando llegue allí, me aseguraré de hacerle saber que no he ido sola. Intimidas lo suficiente, aunque te quedes sentado en el coche. Cualquiera que se asome a la ventana se lo va a pensar dos veces antes de hacerme daño si sabe que estás ahí fuera, pero no vas a poder subir esa escalera sin arriesgarte a agravar tu lesión, y si alguien nos atacase, tendría que preocuparme más por ti que por mí misma.

Strike no dijo nada, porque estaba soportando la humillante experiencia de enfrentarse a su propia hipocresía y a sus falsas ilusiones. En caso de que los atacasen con un puñal, no iba a poder defenderse.

—¿Es verdad que llevas la alarma?

—Sí —dijo Robin torciendo hacia Junction Road—, porque no soy una descerebrada…

—Yo nunca he dicho que lo seas… Vale, me quedaré en el coche. Pero me llamas en cuanto entres en el piso. Si no sé nada de ti pasados cinco minutos, subiré.

—De acuerdo —dijo Robin.

Dejaron atrás la tienda de juguetes; el edificio en forma de cuña de Zoe estaba allí mismo, en la esquina. Robin metió el BMW en

Brookside Lane y aparcó.

—Mientras yo estoy arriba, tú podrías revisar el material sobre Discípulo de Lepine. —Cogió del asiento trasero la funda de plástico que contenía los documentos impresos y se la dio a Strike—. Anoche le dediqué un montón de horas. No estaría mal saber que alguien se lo ha leído.

Robin se desabrochó el cinturón de seguridad, y Strike se volvió hacia ella.

—Ten cuidado, ¿vale?

—Sí, claro —dijo Robin con firmeza, y salió del coche.

101

Mis hombres y mujeres de vida desordenada...
haciendo fieras muecas
rompieron las máscaras de cera que les obligaba a llevar
y me maldijeron por mi tiranía...

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
Aurora Leigh

El pequeño vestíbulo del edificio de Zoe, con su olor a mugre y a orina rancia, no le pareció menos deprimente a Robin la segunda vez que entró en él. Antes de empezar a subir la escalera de hormigón, sacó la alarma personal que siempre llevaba en el bolso y la sostuvo en la mano.

Llegó al último piso y entonces llamó con los nudillos a la puerta de Zoe.

La puerta se abrió enseguida. Robin se encontró ante una chica tan demacrada que parecía que hubiese ido a abrirle la muerte en persona; pero la detective no se había equivocado, y Strike sí: Zoe estaba sola, aterrorizada y pálida, escudriñando con sus ojos bordeados de negro el rostro de Robin, ahora que la veía sin el disfraz.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—Sí —dijo Zoe haciéndose a un lado.

En la habitación, había una cama individual cubierta con una fina colcha negra de algodón estampada con estrellas blancas, y, encima, un viejo ordenador portátil. Una cortina rosa de mala calidad colgaba sin gracia en la ventana, y sobre una nevera baja que parecía de los años ochenta había una placa eléctrica de dos fogones, junto a un pequeño fregadero que estaba a punto de descolgarse de la pared. No había armarios, sólo estantes. En el estante de encima de la nevera había una sola cacerola y un par de latas de sopa baja en calorías, y en el de encima de la cama se amontonaban unos cuantos artículos de maquillaje baratos, un desodorante, unos cuantos lápices y bolígrafos y una libreta. El escaso surtido de prendas de ropa de Zoe, todas negras, estaba doblado y apilado en un rincón. Quedaba libre un metro cuadrado de suelo, cubierto con una alfombra verde claro llena de manchas.

Robin, sin embargo, apenas registró nada de todo eso al entrar en la habitación, porque toda su atención se centró en las paredes y el

techo, cubiertos por completo de dibujos hechos a lápiz y tinta negra clavados con chinchetas. Eran sumamente detallados y ornamentados: las extraordinarias y desbordantes efusiones de una auténtica creadora.

La detective quedó impresionada por el talento exhibido en aquellas destartaladas paredes.

—Guau —dijo en voz baja mientras recorría las paredes con la mirada—. Zoe... esto es increíble...

Un breve estremecimiento de placer recorrió el rostro acongojado de la muchacha.

—Tengo que llamar por teléfono —dijo Robin—. No te preocupes, no es nada importante... —añadió al ver que Zoe parecía inquietarse —. Sólo será un momento.

Marcó el número de Strike.

—Estoy con Zoe —dijo.

—¿No hay nadie más?

—No.

—De acuerdo, buena suerte.

Robin colgó; luego encendió la grabadora del móvil sin decírselo a Zoe y volvió a guardárselo en el bolso.

—¿Quieres sentarte? —le preguntó ella en voz baja.

—Sí, gracias —dijo Robin, y se sentaron las dos en la cama.

—¿Por qué querías verme, Zoe?

—Porque Anomia... —inspiró hondo—, el chico que creó *El juego de Drek*... Dice que os va a matar a ti y a tu socio. Dice que os va a hacer lo mismo que a Ledwell y a Blay. El otro día me enseñó unas fotos vuestras que habían salido en el periódico; así fue como descubrí que eras Jessica. Ya sé que puse muy nervioso a ese hombre que siempre cogía el teléfono en vuestra oficina. Yo llamaba y colgaba porque tenía mucho miedo, y... y mi novio me dijo que no debía hablar con vosotros, que me buscaría problemas, pero tenía que hacerlo, porque creo que él mató a Edie...

—¿Crees que tu novio...?

—¡No! —gritó Zoe—. ¡No, me refiero Anomia! Acabo de hablar en línea con esa chica que se llama Traslúcida y...

—¿Está en *El juego de Drek* ahora?

Zoe se sorprendió de que Robin supiese exactamente dónde estaba Traslúcida.

—Zoe, ¿me dejas hablar con ella, por favor? No te preocupes. Ella no tiene por qué saber que no eres tú.

—Pero tú no sabes cómo...

—Lo sé todo del juego —dijo Robin—. Soy Buffypaws. O al menos lo he sido estos dos últimos meses.

—¿Que tú eres Buffypaws? —dijo Zoe desconcertada—. ¿Es

contigo con quien he estado…?

—Sí.

Con la boca abierta, Zoe giró el ordenador para que Robin pudiese ver el canal de moderadores, así como un canal privado en el que Gusano28 y Traslúcida habían estado hablando. Robin retrocedió con rapidez para ver qué se habían dicho anteriormente.

<**Canal de moderadores**>;

<**15 junio 2015 17:47**>;

<**Presentes: AbirridoDrek, Gusano28, Anomia**>;

AbirridoDrek: pero por qué?

>;

>;

>;

Anomia: porque no quiero que ninguna conversación salga del canal de moderadores por ahora

AbirridoDrek: Pero Morehouse no dejó un manual de instrucciones o algo?

AbirridoDrek: no sé cómo se eliminan.

Anomia: vaya mierda, me dijiste que sabías programar

AbirridoDrek: séprogramar

AbirridoDrek: pero esto es otro nivel

AbirridoDrek: además, a la gente le gustan los canales privados

Anomia: la gente ha estado abusando de los canales privados, así que haz lo que te digo

<**Canal privado**>;

<**15 junio 2015 17:47**>;

<**Presentes: Traslúcida, Gusano28**>;

>;

Gusano28: pero y si lo izo?

Gusano28: y si no lo dize en broma?

Traslúcida: no seas estúpida, claro que no lo hizo

Gusano28: como lo sabes? porque el no para de decir que lo hizo

Traslúcida: sé quién es Anomia y es imposible que lo hiciera él

Gusano28: sabes quien es Anomia?

>;

>;

Traslúcida: sí

Traslúcida: no habrás ido por ahí diciendo que Anomia mató a Ledwell, no?

Gusano28: no

Gusano28: claro que no

>;

—¿Le estabas diciendo a Traslúcida que crees que Anomia mató a Edie? —le preguntó Robin a Zoe, y la chica asintió.

Entonces la detective puso los dedos sobre el teclado, recordándose que debía imitar las faltas de ortografía de Zoe, y vio que Traslúcida hablaba de nuevo.

>;

>;

>;

>;

Anomia: a la gente le gustan muchas mierdas. Haz lo que te digo

>;

>;

>;

AbirridoDrek: me voy

<**AbirridoDrek ha dejado el canal**>;

>;

>;

>;

Anomia: Gusano?

>;

Gusano28: hola

Anomia: estás hablando con alguien por un canal privado?

Traslúcida: genial, porque Anomia se va a cabrear mucho contigo si se entera de que lo has dicho

Gusano28: no se lo e dicho a nadie

Gusano28: te dijo Morehouse quien es Anomia?

Traslúcida: No, me lo dijo Anomia

Gusano28: ensreio??

Traslúcida: sí, nos hemos hecho amigos.

Gusano28: guau. creía que estarñias enfadada con él por deshacerse de Morehouse

Traslúcida: Morehouse era un baboso de mierda

Traslúcida: que le den

Gusano28: creia que erais muy a migos

Traslúcida: no, cuando lo conocí mejor me di cuenta de que era un asqueroso

>;

Robin no iba a cometer el mismo error dos veces.

Gusano28: sí, esto y hablando con Traslúcida

Anomia: y te importaría que yo supiera lo que estáis diciendo?

Gusano28: no

Anomia: seguro?

Gusano28: no, claro

>;

>;

>;

Traslúcida: ja ja, ahora a ver qué dices

>;

Traslúcida: mentirosa

Robin hizo una pausa. Miró uno y otro canal y se le aceleró el corazón.

Gusano28: es curioso

Gusano28: que Traslúcida y tu nunca hableis a al vez

>;

>;

>;

<**Gusano28 ha sido baneado**>;

>;

>;

>;

Gusano28: no erais a migos?

>;

>;

<**Gusano28 ha sido baneado**>;

Robin cerró el ordenador con cuidado.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Zoe angustiada.

—Me temo que acaban de banear a Gusano28.

—¡Oh, no! —murmuró Zoe. Se tapó la cara con las manos y miró a Robin por encima de las yemas de los dedos con sus enormes, hundidos y perfilados ojos—. Mierda... ¿Se ha enfadado? ¿Le has dicho lo que te estaba diciendo, que él había matado...?

—No ha hecho falta. Tú has estado hablando con Anomia todo el tiempo. Anomia y Traslúcida son la misma persona.

—¿Cómo? Dios mío. Oh, no... Ahora vendrá a por mí. Vendrá y me...

Zoe se levantó, presa del pánico. Parecía estar a punto de recoger sus escasas posesiones y salir corriendo.

—Siéntate, Zoe —dijo Robin con firmeza—. Siéntate. Yo puedo ayudarte, te prometo que puedo ayudarte, pero tienes que contarme todo lo que sabes.

La chica volvió a sentarse en la cama, mirando a Robin con aquellos ojos enormes y hundidos, y por fin, con un hilo de voz, susurró:

—Anomia es quien tú crees que es.

—¿Quien yo creo que es? —preguntó Robin.

—Sí —dijo Zoe, y las lágrimas se desbordaron de sus ojos—. Por eso estabas hablando con él, disfrazada, ¿verdad? Si lo hubiese sabido, jamás me habría acercado a él...

—Zoe, ¿te refieres a Tim Ash...?

—¡No! —gritó Zoe—. Claro que no.

Pero, sin darse cuenta, apretó los labios como si la asustase lo que pudiera salir por ellos.

—Mira, ya sé que Tim y tú tenéis... una relación... —dijo Robin; pronunció aquella palabra en un tono vacilante, porque detestaba dignificar, llamándolo «relación», el comportamiento depredador de Tim, que estaba abusando de aquella muchacha desvalida y marginada.

El rostro de Zoe volvió a descomponerse, y a Robin volvió a impresionarle su extraño aspecto, viejo y joven a la vez, la fragilidad de sus huesos, y el gesto infantil con que se enjugó las lágrimas con el dorso de la mano tatuada.

—Ahora querrá romper conmigo —afirmó sollozando—. Se pondrá como loco cuando se entere de que lo sabes. Creerá que te lo he contado yo.

Mientras lo decía, cogió el móvil y miró la hora.

—¿Lo estás esperando?

—Sí —respondió Zoe, por cuyas descarnadas mejillas seguían resbalando las lágrimas—. Va a venir porque yo le dije que quería hablar contigo. Él no quería que hablara contigo. Se pone muy nervioso con la policía y esas cosas.

«Sí, ya me lo imagino», pensó Robin, pero en vez de eso, dijo:

—Lo lógico sería que quisiera que investigaran la muerte de Edie. Era amigo suyo, ¿no?

—Él quiere que detengan al asesino, pero... cree que la gente no entenderá lo nuestro, y por eso odia que hable con desconocidos... Se enfadó muchísimo cuando acepté trabajar en North Grove... pero no empezó él... Me refiero a lo nuestro... Empecé yo —dijo Zoe con vehemencia—. No fue culpa suya. Yo lo besé a él la primera vez.

—¿Cuántos años tenías?

—Trece, y él no quería, porque yo era menor de edad. Fui yo la que empezó. Es culpa mía, no de Tim.

—Tú lo obligaste, ¿no?

—N-no —dijo Zoe reprimiendo un sollozo—. Me dijo que estaba enamorado de mí, pero que no podíamos hacer nada porque yo era muy joven, y yo le dije que no importaba. Pero él no quería que hiciéramos nada físico. Fui yo.

—¿Le has contado a Tim que crees que Anomia mató a Edie?

Zoe asintió. Las lágrimas seguían resbalando por su cara.

—¿Le has dicho quién crees que es Anomia?

—Sí, pero él dice que soy tonta.

—Zoe, por favor, dime quién...

—¡Pero si yo creía que lo sabías! ¡Creía que por eso habías ido a North Grove!

—¿Crees que es Pez Pierce?

—No —susurró Zoe—. Es Nils.

102

... y ya que has demostrado ser tan vil,
sí, eso es, vil: pronto lo demostraremos.
Engañaste a la pobre Marian Erie
e hiciste que su amor cavara su propia tumba
en el hermoso jardín de su verde esperanza...

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
Aurora Leigh

En el BMW, Strike había terminado de leer las notas de Robin sobre las cuatro cuentas de Twitter que tan útiles le habían resultado a Anomia para divulgar informaciones falsas sobre Edie Ledwell. Bajó la ventanilla, dio una fuerte calada al vapeador y volvió a las páginas que le habían parecido especialmente interesantes.

Las cuatro cuentas describían a Anomia como alguien «brillante», «un genio»; las cuatro habían insultado a Edie Ledwell llamándola «fulana», «puta», «avara glotona» y cosas similares; y las cuatro insinuaban que Edie había rechazado la amistad de Anomia, o que Edie y Anomia habían tenido alguna vez una relación sexual.

Strike pasó a otra página.

Bajo el título *Otra vez los Beatles*, Robin había pegado otro tuit.

Julius @yo_soy_evola
en respuesta a @rachledbadly

si yo tuviera tu cara, no. Se preguntarían qué hacía Ringo Starr con falda en la puerta de su casa

21:1528 enero 2013

A continuación Strike releyó la sección titulada *Frases duplicadas*. Las cuatro cuentas eran de usuarios aficionados a decirles a las chicas «tu chocho rancio se huele desde aquí»; Julius Yo Soy Evola y Max R les habían dicho a diferentes chicas que, si las violasen cada vez que decían una estupidez, tendrían «una polla dentro permanentemente»; y tanto ellos como Discípulo de Lepine también habían expresado en términos casi idénticos la opinión de que habría que hacer pasar hambre a las mujeres «hasta que alcanzasen el peso idóneo para la

reproducción».

Strike volvió a la primera página, donde Robin había copiado los primeros tuits de Discípulo de Lepine.

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple

Marc Lepine era un Dios

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple

14 femoides muertas jajajajajajaja

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple

las puso en fila y les pegó un tiro

Por último, Strike regresó a la página en la que Robin había redactado un resumen.

Todas las cuentas atacan a chicas al azar, pero hay tres mujeres que han estado bajo un fuego constante durante años: Edie Ledwell, Kea Niven y Rachel Ledwell.

El cuarteto no empezó a atacar a Kea hasta que no lo hizo Anomia, es decir, después de que Anomia tuiteara «denúnciame o cierra la boca, empezamos a estar todos hartos de ti». A partir de ese momento se abrió la veda, y empezaron a tratarla casi tan mal como a Edie.

Lo raro es que Anomia nunca ha atacado a Rachel Ledwell, que sin embargo ha sido tan maltratada como Kea por parte del cuarteto. Eso me hizo pensar que podría haber motivos de resentimiento hacia Rachel no relacionados con *Un corazón tan negro*.

Un posible culpable es Zoltan, el viejo amigo de Rachel del Club Penguin. Rachel dejó de relacionarse con Zoltan cuando él empezó a utilizar frases de Kosh con ella, y cree que entonces se convirtió en Scaramouche, porque Scaramouche le hizo lo mismo a Zoe Haigh. Tanto la cuenta de Zoltan como la de Scaramouche han desaparecido de Twitter, pero el tono de los insultos que el cuarteto dirige a Rachel podría sugerir un resentimiento prolongado hacia una antigua amiga que los rechazó.

Debajo, Robin había recopilado ejemplos de tuits que el cuarteto

le había enviado a Rachel cuando ella tenía dieciséis años.

Johnny B @jbaldw1n1 > >
en respuesta a @rachledbadly
Sigues follándote a todo lo que encuentras con la esperanza de conseguir un alfa?
Sigue soñando, tetas caídas

Julius @yo_soy_evola
en respuesta a @rachledbadly
qué dice ahora esa guarra que se cree que es demasiado buena para los betas?

Max R @mreger#5
en respuesta a @rachledbadly
A las bolleras feas como tú habría que llevarlas a un campamento y violarlas como medida correctiva

Discípulo de Lepine @LepinesD1sciple
en respuesta a @rachledbadly
al menos cuando muera tu madre tendrás algo en común con #LaAvaraGlotona

Strike levantó la cabeza. Vio a alguien por el retrovisor y frunció el ceño: un tipo alto y calvo caminaba decidido hacia la destartalada puerta negra del edificio de Zoe.

Inmediatamente, el detective tiró las hojas que estaba leyendo al asiento del conductor y bajó la ventanilla.

—¡Hey!

Sorprendido, Tim Ashcroft se dio la vuelta y, al identificar correctamente el origen de la voz, se quedó mirando a aquel individuo de espesa barba incipiente y nariz torcida de boxeador.

—Quiero hablar contigo —dijo Strike.

Ashcroft se acercó a Strike con recelo y se paró a un par de metros de él.

—¿Puedo ayudarte en algo? —preguntó con su educado acento de los Home Counties.

—Sí. Me llamo Cormoran Strike. Soy detective privado.

Comprobó con satisfacción que la educada sonrisa de Tim se esfumaba.

—Supongo que vas a ver a Zoe Haigh, ¿no?

Tim tardó unos segundos de más en fingir desconcierto.

—¿A quién?

—A la chica menor de edad a la que llevas cuatro años follándote

—dijo Strike.

—¿Cómo… dices? —preguntó Tim—. ¿Eso te ha contado Zoe?

—Creía que no sabías de quién te estaba hablando.

—Antes no te he oído bien —dijo Tim. Strike vio un débil brillo de sudor en el labio superior sin pelo de Ashcroft—. Sí, conozco a Zoe. Es una chica muy problemática…

—Pero a ti te gustan así, ¿no? Es más fácil manipularlas si no tienen ni una gota de autoestima ni a una familia que te pueda llevar a juicio.

—Mira, no sé de qué…

—Yo creo que sí —lo interrumpió Strike.

Abrió la puerta del coche. Tim retrocedió muy asustado, pero cuando Strike salió del vehículo con una sola pierna, sujetándose al techo, y sacó las muletas, Ashcroft recobró algo de valor.

—Me temo que estás metiendo la pa…

—No estarás haciendo un chiste capacitista sobre mi amputación, ¿verdad? —dijo Strike avanzando hacia Ashcroft, que dio un paso atrás—. A ver si yo también voy a tener que hacerme un blog. «Mi opinión sobre por qué “La pluma de la justicia” es un pedófilo y por qué eso debería preocuparte.»

Tim dio otro paso atrás.

—No sé qué habrá estado contándole Zoe a la gente —balbuceó—, pero no está bien de la…

—¿No está bien de la cabeza? ¿Está chiflada?

—A veces las chicas se cuelgan de tíos mayores, se imaginan cosas que no son…

—Ah, ya. Zoe debería haberse dado cuenta de que tú le metías la polla platónicamente, ¿no? —dijo Strike, acercándose más a Tim, que volvió a retroceder—. ¿Sabes qué va a pasar ahora?

—¿Qué?

—Voy a intentar convencerla de que vaya a la policía. Si ella no quiere cooperar, revisaré la lista de todas las otras niñitas a las que has seguido en Twitter. Mi socia tiene un archivo muy completo sobre ti y tu comportamiento en las redes sociales. Seguro que hay más de un padre cabreado ahí fuera que estará encantado de hablar conmigo.

El semblante de Tim había cambiado: ahora parecía a punto de arrodillarse o de romper a llorar.

—Si me entero de que vuelves a acercarte a Zoe Haigh —dijo Strike—, me encargaré personalmente de amputarte un miembro yo a ti, y te aseguro que no será una pierna. ¿Entendido?

—Sí —contestó Tim en voz baja.

—Y ahora, largo de aquí.

La puerta negra que Tim tenía detrás se abrió de pronto, y Robin y Zoe salieron a la calle.

—¡Tim! —exclamó Zoe.

Ashcroft la ignoró y empezó a alejarse a buen paso. Mientras Zoe lo observaba, él echó a correr, dobló la esquina y desapareció. Strike y Robin se miraron, y Robin comprendió de inmediato lo que había pasado, aunque no conociese los detalles.

—Vamos a acompañar a Zoe al metro —explicó Robin—. Esta noche dormirá en mi habitación del Z Hotel.

—No —repuso Zoe, y Strike vio que las lágrimas le habían dejado unos surcos negros en la cara—. Quiero ver a Tim...

—Pero él no quiere verte a ti —dijo Strike.

—¿Por qué? —gimoteó Zoe rompiendo a llorar otra vez.

—Ya hablaremos de eso en el coche. —Strike abrió una de las puertas traseras del BMW—. Entra.

103

Todo se acaba, conocido o desconocido:
la vida se acaba; el tiempo mengua;
¿quedó el campo en barbecho sin sembrar?
¿Esos brotes ya nunca florecerán?

CHRISTINA ROSSETTI, *Amén*

—Habrías podido ser un poco más empático —le dijo Robin en tono de reproche media hora más tarde.

Strike y ella acababan de dejar a Zoe en el metro y habían aparcado en una calle lateral cerca de la estación de Tufnell Park. Ahora Zoe tenía la llave de la habitación del hotel de Robin y cien libras en efectivo que le había dado el detective.

—Soy empático —dijo Strike—. ¿Por qué crees que acabo de amenazar a Ashcroft con arrancarle la polla?

Se habían pasado media hora tranquilizando a Zoe, que estaba muy compungida tras la precipitada marcha de Ashcroft, y explicándole cómo funcionaban los hoteles, porque la chica nunca se había alojado en uno. Aun así, a Zoe le daba tanto miedo que Anomia la localizara y fuese a buscarla que finalmente la habían persuadido de que nadie iba a echarla del Z Hotel por no parecerse a Robin, e incluso había aceptado el abrazo tranquilizador que la detective le había dado en lo alto de la escalera de la estación.

—En cuanto salga del metro y vuelva a tener cobertura, llamará a Ashcroft —declaró Robin.

—Sí, pero si él tiene dos dedos de frente, no le contestará —dijo Strike—. Nunca más.

—Te das cuenta de que si Ashcroft es Anomia...

—No lo es —dijo Strike—. Acabo de descartarlo. Bueno, prácticamente.

—¿Cómo? —dijo Robin sorprendida.

—Te lo cuento cuando tú me hayas contado qué ha pasado arriba.

—Está todo aquí.

Robin sacó el móvil del bolso, buscó la grabación y pulsó «play».

Strike escuchó impertérrito mientras Zoe decía que Anomia les iba a hacer a ellos dos lo mismo que a Ledwell y a Blay. Cuando llegaron a un silencio tan sólo interrumpido por el ruido del teclado de un ordenador, Robin explicó:

—Ésa soy yo entrando en el juego. Había dos canales abiertos, y Traslúcida estaba totalmente cambiada. Ha dicho que Morehouse era un baboso de mierda y que se había librado de él. Y luego, al cabo de poco, me he dado cuenta: Anomia y Traslúcida nunca escriben al mismo tiempo, y cuando lo he comentado, en los dos canales, me han baneado inmediatamente. Estoy segura de que son...

—... la misma persona —dijo Strike, que se inclinó hacia delante y pulsó «pausa»—. Mierda. Claro, joder: Traslúcida se creó para vigilar a Morehouse. Para saber qué pensaba, si se estaba planteando marcharse...

—... y para intentar retenerlo —añadió Robin—, porque Vikas se había hecho mayor desde que ayudó a crear el juego, ¿no? Cada vez tenía más éxito en el mundo real, y Anomia debía de saber que sería casi imposible sustituirlo. Acabo de ver a Anomia pegarle una bronca al nuevo moderador, AbirridoDrek, que no está a la altura del trabajo ni de lejos.

»Traslúcida llegó a *El juego de Drek* más o menos cuando Vikas y Rachel discutieron. No creo que fuese una coincidencia. Rachel me dijo que Anomia era muy posesivo con Vikas, que no le gustaba que Rachel y él intimasen. Traslúcida era la trampa perfecta para alejar a Vikas de Rachel para siempre.

—Con la ayuda de unos cuantos desnudos robados, que Anomia también enseñó a otros hombres —dijo Strike pensando a toda velocidad—. A lo mejor consiguió que Oliver Peach fuese a la Comic Con insinuándole que también iría una pelirroja despampanante que lo ayudaría a localizar a Anomia.

El detective volvió a pulsar «play».

Cuando Zoe aseguró que había sido ella quien había iniciado las relaciones sexuales con Tim Ashcroft, Strike masculló «cabronazo»; pero cuando la muchacha dijo «Es Nils», exclamó: «Pero ¿qué cojones dice?»

—Chist. Escucha. —Robin señaló el móvil, del que ahora salía su propia voz.

—*¿Por qué crees que es Nils*?

—*Por muchas cosas. Me quedé de piedra la primera vez que vi la vidriera de North Grove, porque tiene escrita la palabra «anomia». Así que aquella noche, en el canal de moderadores, dije: «¿Sabéis qué? Hoy he visto una vidriera donde pone "anomia". Qué gracia, ¿no?», y Anomia enseguida me escribió por el canal privado y dijo: «No vuelvas a mencionar esa vidriera, o te banearé. No se la menciones a nadie.» Me pareció muy raro*.

—*¿Mencionó Anomia North Grove*?

—*No, pero me dio la impresión de que sabía dónde estaba la vidriera, y empecé a pensar que él debía de haber estado allí, y que a lo mejor era*

de allí de donde había sacado la idea para su nombre.

»Y un día Nils me habló de la anomia y me explicó lo que significaba. Me contó que hay que tener un propósito en el trabajo y que has de procurar mantenerte conectado con otras personas, y que la comuna es la mejor forma de vivir, porque si vives en una comuna no puedes padecer anomia, y que yo debía irme de aquí e instalarme en North Grove. Mariam estaba de acuerdo con él. Yo pensé que eran muy amables. Pero no me fui a vivir allí porque Tim no quería. Decía que en ese sitio no tendríamos intimidad.

»Otro día oí a Nils y a Pez hablando de Edie, y yo me quedé escuchando, porque tenía esperanzas de que ella fuera a North Grove algún día, y así la conocería.

»Pero los dos decían unas cosas horribles de ella... Yo creía que estarían orgullosos de conocer a Edie, después de lo que ella había hecho, pero no. Pez hablaba de una idea para un cómic en la que había estado trabajando con Edie antes de que Josh se mudara allí. Pez dijo que seguramente Edie lo demandaría si él acababa el cómic y lo publicaba por su cuenta, porque había ideas que eran de Edie. Iba de un enterrador que viaja en el tiempo, en ataúdes, muy macabro. A mí me pareció una idea muy guay. Seguro que todo era idea de Edie, la historia era muy de su rollo. Seguro que Pez sólo hizo un par de dibujos.

»Entonces Nils empezó a poner a parir a Edie. Yo nunca lo había oído hablar así. Estaba cabreado, muy cabreado. Y no sé, Nils no suele enfadarse. Dijo que Edie nunca lo había mencionado en ninguna entrevista, cuando él le había ofrecido un sitio gratis donde vivir y un espacio para crear Un corazón tan negro, *y que Edie recibía mucho pero no daba nada. Parecía insinuar que, de no ser por él, ella jamás hubiese llegado a triunfar, y dijo que Edie había coqueteado con él para conseguir lo que quería.*

»También decía que Edie nunca mencionaba sus obras, y que ni se había molestado en aparecer en su última exposición. Y mientras escuchaba a Nils, pensé: Anomia habla exactamente igual de Edie. Porque una noche, cuando hacía poco que me había unido al juego, Anomia dijo que Edie era una zorra por haber puesto el juego a parir, cuando él se dedicaba a motivar a los fans y le estaba haciendo un favor. Y entonces me contó que Edie se había enrollado con él, en la vida real, pero que lo había dejado tirado cuando había empezado a ganar dinero.

»Anomia estaba borracho cuando me dijo eso, me dijo que había bebido. Me dijo que había tenido un mal día.

—¿Por qué? ¿Qué había pasado?

No me lo explicó, nunca habla mucho de su vida privada. Pero luego, a la mañana siguiente, después de haberme dicho todo eso de Edie, me abrió otro canal privado y me dijo: «Si quieres seguir en el juego, olvídate de lo que te conté anoche.» Así que no se lo expliqué a nadie, porque

entonces el juego me encantaba. Allí tenía amigas, Infernal1 y Buffypaws... Me refiero a antes de que llegaras tú. Hablaba mucho con la otra Buffypaws.

»Pero después de oírlo hablar de Edie, Nils ya no me caía tan bien. Y empecé a fijarme en que se pasaba muchas horas delante del ordenador. Nils hace algunas obras de arte, pero casi nunca las acaba.

—¿Alguna vez lo viste jugando al juego?

—No, pero alguien de North Grove había jugado, porque una vez lo vi en el historial de internet. Cuando empecé a pensar que Anomia podía ser Nils, abrí el historial y lo busqué. ¿Crees que hice mal?

—No, Zoe. Creo que fuiste muy inteligente.

—Y luego, cuando Josh se mudó a North Grove, el mes antes de que los atacaran, Nils le sugirió a Josh varias ideas para los dibujos animados. Lo oí hacerlo un par de veces... cosa que yo no lograba entender, porque estaba muy cabreado con la serie... y eso también es típico de Anomia, porque siempre ponía a parir los dibujos, y al mismo tiempo siempre decía que él habría podido hacerlo mucho mejor que Edie.

»O sea, que ya sospechaba mucho de Nils, y entonces... el día... el día que...

—¿El día en que los atacaron?

—Sí... Nils había salido. Casi nunca sale.

—¿Te dijo adónde iba?

—No, sólo sé que no estaba, porque Bram no había ido a la escuela y Mariam estaba protestando porque tenía que dar unas clases de dibujo y vigilar a Bram al mismo tiempo.

»Pero lo peor fue cuando... Me asusté tanto cuando lo encontré... Estaba en el taller de Nils. Lo cierra con llave, pero me había pedido que fuese a buscarle un libro... y lo encontré...

—¿Qué encontró? —dijo Strike, porque el silencio se prolongaba.

—Un cuchillo —dijo Robin—. Me lo dijo moviendo los labios.

—*... Era muy grande* —continuó Zoe, que ahora hablaba en voz muy baja y parecía a punto de llorar— . *Estaba a la vista, en un estante. Y tenía unas letras muy raras grabadas, parecían un conjuro mágico o algo así.*

Robin detuvo la grabación.

—Yo vi ese cuchillo. Era del abuelo de Nils. Lo llamó con un nombre holandés que ahora mismo no recuerdo. El «conjuro mágico» era una palabra griega que significa «legado».

—¿Y lo tenía tirado por allí, en su taller?

—Sí, y era obvio que la gente sabía que lo tenía. O como mínimo lo sabía Bram, porque le preguntó a Nils si podía llevárselo a la escuela. Nils le dijo que no, claro —añadió Robin.

—Menos mal —dijo Strike—, o seguramente habría habido una masacre escolar.

—Pues eso es lo único que me ha dicho Zoe de sus razones para sospechar de Nils —indicó Robin—. El resto de la conversación se ha centrado en el pánico que le daba que viniese Anomia a matarla, y luego yo la he persuadido de que tenía que ir al hotel. Bueno, ¿qué opinas de su teoría?

—¿Honestamente? —dijo Strike—. No gran cosa, la verdad.

Sacó el vapeador y dio una fuerte calada. Después de echar el humo, añadió:

—Parece que Edie Ledwell cabreó a muchos hombres, ¿no?

—Sí —dijo Robin—. Pero no me creo que coqueteara con Nils para sacarle cosas. No creo que fuese ese tipo de mujer, y además...

—¿Los hombres, en general, tienden a pensar que las mujeres coquetean con ellos? —dijo Strike, anticipándose correctamente a lo que Robin iba a decir.

—Al menos algunos hombres —precisó Robin mirando la hora—. Y siempre son los que menos te gustan los que parecen más predispuestos a pensar que estás loca por ellos.

Ella estaba pensando en Hugh Jacks, pero inmediatamente él recordó la escena que habían protagonizado delante del Ritz.

—¿Vamos a comer algo? —propuso Strike—. Todavía queda mucho para nuestra cita con los Ledwell.

Fueron al bar más cercano, y Strike se llevó las notas de Robin sobre los cuatro trolls. Una vez sentados a una mesita, cada uno con su sándwich, Strike señaló:

—He leído estas notas.

—¿Y? —preguntó Robin.

—Estoy de acuerdo.

—¿Con qué? —preguntó Robin, que no había escrito su conclusión y ahora estaba preocupada por si Strike pensaba que ella se había imaginado cosas que en realidad no estaban allí.

—Con que son la misma persona. Me refiero a Julius, Johnny, Max y Lepine, claro. A Zoltan y a Scaramouche es más difícil juzgarlos, porque no tenemos material suyo para comparar con el de los demás.

—Es probable que a Zoltan y a Scaramouche les cancelaran la cuenta —dijo Robin, aliviada de que a Strike no le pareciese absurda su teoría—, porque no he encontrado ni rastro de ninguno de los dos en Twitter. Pero si Rachel tenía razón, y Zoltan se convirtió en Scaramouche, a quien también banearon... ¿No crees que Zoltan/Scaramouche podría haber decidido... no sé, repartir la responsabilidad? ¿Crear múltiples cuentas, para permitirse el lujo de sacrificar una o dos si se pasaban de la raya?

—Es verosímil —afirmó Strike asintiendo—. Aunque en las redes sociales no es que falten los hombres aficionados a acosar a las chicas.

No tienen por qué estar todos conectados.

—Ya, lo sé —repuso Robin—, pero eso no explica por qué Rachel recibe tanto odio de esas cuatro cuentas. Se rompe el patrón: tanto Edie como Kea habían molestado a Anomia, pero Rachel no. ¿Ya has visto la referencia a Ringo Starr?

—Sí —dijo Strike—, lo que nos lleva a la pregunta inevitable, ¿no? ¿Nos hallamos ante cuatro personajes virtuales más de Anomia? Yo me inclino a pensar que sí, y en ese caso, Ashcroft no puede ser Anomia. No sé si te has fijado en las fechas, pero Julius y Johnny estaban provocando una tormenta en Twitter mientras tú estabas con Ashcroft en Colchester.

—Oh —dijo Robin—. ¿Así es como lo has descartado?

—Podría estar equivocado, pero no lo creo.

—Bueno, pues entonces, ¿quién es Anomia? —preguntó Robin con un deje de desesperación—. ¿Crees que el individuo que le envió aquellos mensajes pomposos con citas en griego a Josh Blay, y que le dijo a Rachel «Edie y yo básicamente somos la misma persona», es el mismo que va diciéndoles a las chicas en internet que deberían violarlas y matarlas de hambre hasta que alcancen el peso de reproducción ideal?

—¿Por qué no? —repuso Strike con firmeza—. ¿Crees que la gente culta y educada no puede ser malvada y repugnante? Mira a ese cerdo, Ashcroft. Además, tampoco es tan difícil buscar un par de citas en griego y en latín, y hacer un copia y pega. No necesariamente tenemos que estar buscando a alguien con un cerebro como el de Bhardwaj.

—Si todos son la misma persona, lo que dijo Kea Niven de que Anomia utilizaba frases de Kosh con ella podría ser cierto. Kea es un buen partido: guapa, directamente relacionada con *Un corazón tan negro*... Anomia podría haber pensado que Kea se merecía un trato directo por su parte, en lugar de delegárselo a alguno de los trolls.

—Tiene sentido —dijo Strike asintiendo—, y si es verdad que Anomia le tiraba los tejos a Kea utilizando a Kosh, eso apunta a un hombre que no tiene éxito con las mujeres en la vida real, o no tanto como le gustaría. Hay muchos hombres casados, y presuntamente felices, que se dedican a cazar por cazar. La cantidad por encima de la calidad, como dice Kosh.

El detective hizo una breve pausa.

—¿Sabes qué?, sigo volviendo una y otra vez a aquella primera pregunta: ¿qué tiene que perder Anomia si lo desenmascaran? Entiendo por qué Bhardwaj prefería conservar el anonimato. Él era un crío que quería que los astrofísicos de Cambridge se lo tomaran en serio. Dudo mucho que quisiera que se enteraran de la cantidad de horas que invertía en el videojuego, ni que lo relacionaran con la

persecución pública que Anomia le hacía a Edie.

—Yo sigo sin entender por qué Vikas no cortó antes con Anomia.

—Pero acabas de descubrir por qué, ¿no? —dijo Strike—. Por Traslúcida.

—Pero Traslúcida no estaba desde el principio. ¿Por qué se quedó Vikas, antes de que apareciese ella?

—Buena pregunta —admitió Strike.

—¿Te acuerdas de la «broma» que le hizo Vikas a Rachel? «Anomia no es mi novia. Es mi hermana.» ¿Qué demonios significaba eso?

—Ni puta idea —reconoció Strike.

Había algo en su subconsciente que lo incordiaba, pero sin llegar a revelarse.

Cuando se terminaron los sándwiches, Robin fue un momento al lavabo y, al regresar, dijo:

—Battledean Road no está muy lejos, pero creo que deberíamos ir tirando... ¿Estás bien?

—¿Qué? —dijo Strike, que estaba intentando hacer salir a la superficie aquella idea del subconsciente que no paraba de fastidiarlo —. Sí, sí, estoy bien... Estaba pensando.

Ya en el BMW, Strike volvió a sacar el móvil con la intención de buscar lo que ahora creía que eran cuatro pseudónimos de Anomia. Y a pesar de que acababa de decirle a Robin que Zoltan podría no tener nada que ver con el caso, fue ése el primer nombre que buscó en Google.

Los resultados que obtuvo fueron, cuando menos, eclécticos. Resultó que Zoltan era un nombre de pila húngaro, y también el nombre de un peculiar gesto con las manos que tenía su origen en una película de quince años atrás titulada *Colega, ¿dónde está mi coche*?

Strike soltó un bufido y buscó «John Baldwin». Los resultados fueron numerosos e igualmente diversos. Sin embargo, ahora que se había concentrado en el nombre, tenía la extraña sensación de haberlo visto en algún sitio que no era Twitter, aunque su testarudo cerebro se negaba a revelar dónde.

Los nombres Discípulo de Lepine y Julius Evola eran obvios, pensó Strike; pero mientras reflexionaba sobre Scaramouche, oyó una frase musical en su cabeza. Se dijo que probablemente él no era el único que pensaba en «Bohemian Rhapsody», y no en un payaso del siglo XVI, cuando oía el nombre «Scaramouche».

Y por último se centró en el último nombre: Max R, también conocido como @mreger#5.

—Ya estamos —dijo Robin al torcer por Battledean Road, pero en cuanto dijo esas palabras, Strike exclamó:

—¡Joder!

—¿Qué pasa?

—Dame un minuto —pidió Strike, y se apresuró a introducir de nuevo «Zoltan» en Google.

Robin siguió circulando por la calle, flanqueada por viviendas familiares de construcción sólida que, según sus cálculos, teniendo en cuenta todo lo que había aprendido buscando su piso, debían de costar más de un millón de libras. Por suerte, encontró una plaza de aparcamiento justo delante de la casa de Grant y Heather Ledwell. Aparcó el BMW y se volvió hacia Strike, que seguía escribiendo en el móvil y revisando los resultados con un gesto de profunda concentración que Robin conocía muy bien.

Todavía faltaban unos minutos para las nueve. Robin esperó en silencio a que Strike le explicara lo que estaba haciendo. Por fin, él levantó la cabeza.

—¿Qué? —preguntó Robin, absolutamente convencida, por la expresión de su socio, de que tenía algo importante que decirle.

—Creo que acabo de cortar un poco de alambre.

—¿Cómo dices?

Antes de que él pudiese contestar, alguien dio unos golpecitos en la ventanilla de Robin, que dio un respingo.

Grant Ledwell sonreía al otro lado del cristal, con una botella de vino envuelta en la mano, claramente ansioso por recibir las importantes novedades.

104

El polvo negro de la muerte
se coló en cada pliegue secreto
de esta carta sellada por un soplo del destino
y secó para siempre la tinta recién escrita...

ELIZABETH BARRETT BROWNING,
Aurora Leigh

—Te lo explicaré en cuanto acabemos con esto —dijo Strike en voz baja.

—Vengo de la tienda de licores —comentó Grant, señalando la botella, cuando Strike y Robin salieron del coche.

Había regresado de Omán con un intenso bronceado realzado por la camisa blanca que combinaba con unos vaqueros. Sin el disfraz del traje y la corbata, su gran barriga quedaba menos disimulada.

—Heather y su madre se han acabado todo mi vino tinto bueno y... ¡Oh! —exclamó cuando Strike rodeó el coche por delante y se plantó ante él, con las muletas y con media pernera del pantalón recogida—. Le falta... oh...

—Media pierna, sí —dijo Strike—. Pero no se preocupe, ya aparecerá.

Grant soltó una risita nerviosa, y Robin, que todavía estaba cavilando sobre aquel extraño comentario de Strike acerca del alambre, salió de su ensimismamiento al percatarse de la turbación de Grant ante la obvia discapacidad de Strike. Eso no le hizo sentir más simpatía por Ledwell, por el que ya sentía cierto desprecio, pues consideraba que había sido negligente con su hija mayor y con su sobrina.

—¡Desde la última vez que nos vimos hemos añadido un nuevo miembro a la familia! —dijo Ledwell, esquivando la mirada de Strike mientras los tres se dirigían hacia la puerta de la casa.

—Ah, ¿Heather ya ha tenido el bebé? —preguntó Robin con educación—. ¡Felicidades!

—Sí, por fin tengo un hijo varón —contestó Grant—. ¡A la tercera va la vencida!

Por lo visto, Rachel ya no contaba como hija suya, y la antipatía que Robin sentía por él aumentó un poco más.

—¿Qué nombre le han puesto? —preguntó.

—Ethan —dijo Grant—. Siempre ha sido el nombre favorito de Heather. Le gusta desde que vio *Misión Imposible*.

Abrió la puerta que daba a un vestíbulo decorado con tonos beige y marfil, y los guió hasta un gran salón comedor donde se encontraban Heather y su madre. Esta vez fue Strike quien desvió la mirada, porque Heather estaba amamantando a su hijo recién nacido, exponiendo casi por completo su turgente pecho y con la cabeza del bebé, recubierta de escaso pelo castaño, recogida en su mano como si fuese una patata grande. Había dos niñitas vestidas con idéntico pijama rosa de lunares sentadas en el suelo, jugando con sus respectivos ponis y jinetes de plástico. Al entrar su padre con los dos desconocidos, ambas levantaron la cabeza y se quedaron boquiabiertas al ver la pernera recogida del pantalón de Strike. Su abuela, que era bajita y tenía el pelo de un caoba agresivo, parecía muy emocionada.

—¡Ah, hola! —los saludó Heather alegremente—. Perdonadme. ¡Cuando tiene hambre, no perdona!

—He leído todo lo que se ha publicado sobre usted —dijo la suegra de Grant comiéndose a Strike con los ojos—. Les he hablado a las niñas de usted... ¡y han querido quedarse levantadas para ver al famoso visitante de su papá!

—Vamos al jardín —dijo Grant, ahorrándole al detective la necesidad de responder, y Strike y Robin lo siguieron hasta una cocina enorme y bien equipada, llena de electrodomésticos y accesorios de acero inoxidable. Las cristaleras estaban abiertas, y Robin vio que, en realidad, el jardín era una pequeña zona pavimentada con algunas macetas alrededor de una mesa y unas sillas de madera.

—¿Les apetece beber algo? —preguntó Grant, mientras cogía una copa de vino para él de un armario. Los detectives declinaron la invitación.

Se sentaron los tres alrededor de la mesa del jardín y, cuando Grant se hubo servido el vino y hubo dado un primer sorbo, Robin, sin mucha sinceridad, porque la verdad era que la encontraba bastante sosa, comentó:

—Una casa preciosa.

—Gracias —dijo Grant—, pero no nos quedaremos mucho tiempo aquí: volvemos a Omán. Estoy contento de que hayamos decidido mudarnos. Allí hay muy buenos colegios para los niños y una buena comunidad de expatriados, y todavía tenemos amigos. Puedo ocuparme a distancia de todo lo relacionado con la película, no necesito quedarme en el Reino Unido para eso. Además, Heather está deseando irse. No se quita de la cabeza lo de Anomia y todos esos desgraciados de *Un corazón tan negro*.

«Ya, y Omán es un precioso paraíso fiscal», pensó Strike.

Grant bebió un poco más de vino y añadió:

—Bueno, ¿me han traído novedades?

—Sí —dijo Strike—. Estamos seguros al noventa por ciento de quién es Anomia.

«¿Ah, sí?», pensó Robin mirando a Strike.

—¡Qué buena noticia! —exclamó Grant con entusiasmo—. ¿Y quién...?

—No puedo decirlo hasta que se demuestre —repuso Strike—. Podrían acusarnos de difamación. De hecho, nos falta una pequeña prueba, y hemos pensado que a lo mejor usted podría ayudarnos.

—¿Yo? —Grant se sorprendió.

—Sí. Nos gustaría hacerle un par de preguntas, si le parece bien.

—Adelante —dijo Grant, aunque Robin creyó detectar una pizca de recelo en su cara de bulldog, que tenía un aspecto curtido bajo el sol del atardecer.

—En primer lugar —comenzó Strike—, está esa llamada telefónica con Edie de la que me habló, en la que su sobrina le dijo que Blay quería prescindir de ella para *Un corazón tan negro*.

Grant levantó la mano izquierda y se tocó la nariz, como si se quitase algo invisible de ella.

—Ya —dijo.

—¿Cuándo fue exactamente? —preguntó Strike.

—Pues... el año pasado.

—¿Recuerda exactamente cuándo?

—Debió de ser... en junio.

—¿Ella tenía el número de su móvil?

Hubo otra breve pausa.

—Sí —dijo Grant.

—¿Y cuándo habían hablado por última vez, antes de esa llamada?

—¿Qué tiene eso que ver con Anomia?

—En realidad, tiene mucho que ver —le aseguró Strike.

—Antes de esa llamada... habíamos estado un tiempo sin hablar —explicó Grant.

—¿Cree que la vez anterior pudo ser cuando ella vivía en la calle y le pidió ayuda?

La prominente mandíbula de Grant pareció desencajarse un poco más. Todavía no había atinado a responder cuando sus dos hijas salieron de la casa con la timidez nerviosa de los niños que sienten curiosidad por los desconocidos. Cada una llevaba su poni y su jinete de plástico.

—Mira lo que nos ha regalado abu —dijo la más alta de las dos, acercándose a la mesa.

Puso su poni y su jinete encima de la mesa, mientras su hermana pequeña miraba de reojo la pernera recogida de Strike.

—Muy bonito —dijo Grant—. Entrad en casa. Papá está ocupado.

Entonces la hija mayor se acercó a Grant, se puso de puntillas y le dijo al oído, aunque en voz muy alta:

—¿Qué le ha pasado a este señor en la pierna?

—Cuando yo era soldado, el coche en el que iba pasó por encima de una bomba —le dijo Strike a la niña, más para librarse de ella que para ahorrarle a Grant el bochorno de tener que contestar.

—Ah —dijo la cría.

Entonces se acercó su hermana pequeña, y las dos se quedaron mirando a Strike con los ojos como platos.

—Entrad en casa —repitió Grant—. ¡Corriendo!

Las niñas se marcharon cuchicheando entre ellas.

—Lo siento —se excusó Grant con frialdad, y tomó otro sorbo de vino.

—No pasa nada —dijo Strike—. Siguiente pregunta: me gustaría saber si ha recibido más llamadas de aquellas en las que le decían que exhumara a su sobrina.

—No —respondió Grant—. Sólo esas dos de las que le hablé.

Strike sacó su bloc por primera vez y buscó las notas de su anterior entrevista con Ledwell.

—Usted sólo contestó la segunda vez, ¿no es así? La primera vez lo hizo Heather.

—Sí, así es. Supongo que las llamadas las hacía Anomia, ¿no?

—No, no las hacía Anomia —dijo Strike—. La persona que llamaba decía «desentierren a Edie y lean la carta», ¿no es así?

—Sí. —Grant ya no podía disimular su incomodidad.

—Pero ¿no especificaba qué carta tenían que leer?

—No —dijo Grant.

—Porque dentro del ataúd hay dos cartas, ¿verdad? Una de Ormond y otra de Blay.

—Sí —contestó Grant, haciendo pantalla con una mano para proteger sus ojos de los últimos rayos del sol—. Perdónenme, voy a buscar unas gafas de sol.

Se levantó y entró en la casa.

—Tiene miedo —murmuró Robin.

—No me extraña. No me creo que Edie lo llamara por teléfono. Me parece que vamos a tener que representar la comedia del poli bueno y el poli malo.

—Vale. ¿Cómo quieres que sea, mala o malísima?

—Ja, ja. —Strike rio. Entonces oyeron unos pasos detrás de ellos y reapareció Grant Ledwell, que ahora llevaba unas gafas de sol Ray-Ban Aviator.

—Perdón por esto, las necesito —dijo antes de sentarse y beber otro trago de su copa de vino.

—No pasa nada —aseguró Strike—. Bueno, sigamos con las cartas del ataúd. Había dos, en eso estamos de acuerdo, ¿no?

—Cormoran —murmuró Robin antes de que Grant pudiese contestar.

—¿Qué pasa? —dijo Strike con aparente irritación.

—Creo que no deberíamos olvidar —dijo ella, mirando a Ledwell con una sonrisa contrita— que estamos hablando de la sobrina de Grant.

—¡Gracias! —dijo Grant, en voz más alta de lo que habría sido necesario—. Muchas gracias...

Era del todo evidente que no se acordaba del nombre de Robin.

—Ah, sí, muy bien —accedió Strike con un tono de voz ligeramente menos agresivo—. Dos cartas, ¿no?

—Sí —contestó Grant.

—Porque cuando nos vimos en The Gun —dijo Strike—, usted habló de «una» carta, no de dos. «El empleado de la funeraria lo sabía porque yo le pedí que la pusiera allí.» En ese momento no le di importancia. Pensé que se refería a una carta que usted había entregado personalmente, y que quizá Ormond había llevado la suya a la funeraria. ¿Fue eso lo que pasó?

El rostro de Grant era una máscara inexpresiva, y Robin creyó adivinar lo que estaba pensando: que Ormond estaba en libertad y que podía delatarlo si mentía.

—No —replicó Grant—, las dos... Yo llevé las dos cartas. Fui yo el que habló con el empleado de la funeraria.

—Entonces, ¿por qué me dijo que le pidió al empleado que «la» metiera en el ataúd?

—Yo no dije eso —mintió Grant, y añadió—: Y si lo dije, me expresé mal.

—Entonces, le entregó dos cartas al empleado de la funeraria, y, si la policía lo interroga, él dirá que metió dos cartas en el ataúd, ¿correcto?

—¿Por qué demonios iba a interrogar la policía al empleado de la funeraria? —preguntó Grant.

Por segunda vez esa tarde, Strike había hecho sudar a su interlocutor: la frente de Grant empezó a brillar bajo la luz rojiza del atardecer.

—Porque estamos hablando de un puto caso de asesinato, joder —dijo Strike subiendo la voz—. Y cualquiera que mienta respecto al cadáver de Edie, o sobre la relación que tenía con ella cuando vivía...

—¡Cormoran! —saltó Robin—. Lo dices como si... Lo siento —le dijo otra vez a Grant—. Ha sido un caso muy difícil. Ya sé que para usted también ha sido muy duro.

—Sí, ha sido durísimo —afirmó Grant con ímpetu.

Bebió más vino, y después de dejar la copa en la mesa, miró a Strike y añadió:

—No entiendo qué importancia puede tener el número de cartas que había en el ataúd.

—Entonces, usted sólo admite que había una, ¿no?

—No —dijo Grant—, sólo pregunto qué importancia tiene.

—Volvamos a esa llamada telefónica de la que me ha hablado. Resulta que, por arte de magia, Edie consiguió su número de móvil y quiso pedirle consejo, a pesar de que usted no la había visto desde el día que le había soltado un puñado de libras y la había dejado otra vez tirada en la calle.

—A ver, un momento...

—Cormoran, eso no es justo —dijo Robin acaloradamente.

—Es una apreciación objetiva de...

—Ni tú ni yo sabemos lo que pasaba en esta familia —lo cortó Robin.

—Sé que esa llamada de teléfono nunca existió. En fin, se puede comprobar, ahora que la policía ha recuperado el móvil de Edie.

Strike dedujo por la cara de susto de Grant que no estaba al corriente de ese detalle.

—No es un crimen lamentar no haber tenido más contacto con un miembro de tu familia al que has perdido —terció Robin—. Yo puedo entender perfectamente que alguien diga que hubo una llamada telefónica cuando no la hubo. Todos hemos hecho eso. Es la naturaleza humana.

—Por lo que parece, su socia entiende a la gente mucho mejor que usted —le dijo Grant a Strike.

—Entonces, ¿no hubo llamada? —quiso saber Strike—. ¿Es eso lo que nos está diciendo?

Los botones de la camisa blanca de Grant se tensaban sobre su barriga cada vez que inspiraba.

—No —dijo por fin—, no hubo llamada. Como ha dicho su socia, me sentía... me sentía un poco culpable por no haber mantenido el contacto con ella.

—Pero, supuestamente, esa llamada inexistente era la razón por la que usted creía que Blay quería alejar a Edie de *Un corazón tan negro*.

—Blay quería echarla —gruñó Ledwell, aunque automáticamente pareció arrepentirse de haberlo dicho.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Strike—. ¿De dónde lo saca?

Como Ledwell no decía nada, Strike continuó:

—Aquella noche, en The Gun, me dijo que Blay y Katya Upcott tenían «la ética de un gato callejero». Un lenguaje bastante duro. ¿Qué le hizo decir eso?

Ledwell no dijo nada.

—¿Quiere que le diga de dónde creo que sacó la idea de que Blay quería tener el control absoluto? —indicó Strike.

Pero antes de que pudiese hacerlo, reaparecieron las dos niñas en pijama, esta vez acompañadas de su abuela, que sonrió al grupo sentado alrededor la mesa sin detectar, al parecer, la tensión que había entre ellos.

—Las niñas quieren darle las buenas noches a papá.

Grant permitió que sus hijas lo besaran en la mejilla, pero, en lugar de marcharse enseguida, la madre de Heather miró a Strike y dijo:

—Mia quiere preguntarle una cosa. Le he dicho que a usted no le importaría.

—Adelante —dijo Strike, maldiciendo en su fuero interno a la abuela y a las niñas.

—¿Le dolió cuando estalló la bomba que le arrancó la pierna? —preguntó la mayor de las niñas.

—Sí, me dolió —contestó Strike.

—Ya está, Mia —dijo la abuela sonriendo de oreja a oreja. A Robin no le habría extrañado que, a continuación, la abuela le hubiese preguntado a Strike si quería ser el protagonista del próximo proyecto escolar de Mia—. Muy bien, niñas. Dadles las buenas noches a nuestros invitados.

—Buenas noches —dijeron las dos niñas a la vez, y volvieron a entrar en la casa.

El sol ya había descendido por detrás del tejado de la casa, dejando el pequeño patio de los Ledwell en sombra; aun así, Grant no se había quitado las gafas de sol, en las que ahora se reflejaba el resplandor rojizo del cielo. La interrupción de su suegra le había proporcionado tiempo para pensar, y, antes de que los detectives volviesen a hablar, declaró:

—Lo de que Blay quería prescindir de ella es una impresión personal mía.

—Pero ¿sabría decirnos de dónde sacó esa impresión? —insistió Strike.

—Bueno, se habían peleado, ¿no?

—Usted dijo que Katya y él tenían la ética de un gato callej...

—Ellos creían que Edie era Anomia, ¿no?

—Que Blay estuviese convencido de que Edie era Anomia es precisamente el tipo de paranoia que podría esperarse de un tipo que está constantemente fumado y cuya relación de pareja hace aguas —contestó Strike—, pero usted es el único que alguna vez ha sugerido que Blay quería tener el control total de *Un corazón tan negro*. Todo lo que nos han contado a lo largo de esta investigación apunta a que

Blay no estaba en condiciones ni de aguantar un porro, y mucho menos de crear él solo los dibujos animados y negociar con la productora de cine y con Netflix. Creo que usted tiene un motivo muy concreto para pensar que Blay quería hacerse con el control, y un motivo muy concreto para decir que Katya tampoco es una persona honrada. Creo que usted abrió y leyó las cartas que en principio debía meter en el ataúd de Edie, y que, después de leerlas, decidió meter sólo la de Ormond.

Fue imposible saber si Grant estaba dispuesto a admitirlo o no, porque justo entonces Heather salió al patio por la puerta cristalera, con una copa vacía en la mano y sonriéndoles a todos.

—Ponme un poco de vino, Grub —dijo sentándose en la silla que estaba libre—. Ethan se ha dormido por fin, y mi madre les está leyendo un cuento a las niñas.

Mientras Grant le llenaba la copa, todavía con semblante tenso, Heather dijo muy entusiasmada:

—A ver, ¿qué me he perdido? ¿Ya sabemos quién es Anomia?

—Lo sabremos —señaló Strike adelantándose a Grant— en cuanto leamos la carta que no llegó al ataúd.

—Ah, se lo has contado —dijo Heather, mirando a Grant con una sonrisa—. Ya te dije...

—Cállate —gruñó Grant.

Heather se quedó tan pasmada como si le hubiesen dado un bofetón. Se produjo un incómodo silencio que interrumpieron los furiosos ladridos de un perro en el jardín de al lado.

—Usted le aconsejó a su marido que confesara, ¿no? —le dijo Strike a Heather—. Lástima que no le hiciese caso. Ocultar pruebas en un caso de homicidio, mentir sobre las comunicaciones mantenidas con la víctima...

Heather puso cara de pánico.

—Cormoran —lo interrumpió Robin por tercera vez—, nadie ha ocultado pruebas. Personalmente —continuó, volviéndose hacia los Ledwell—, creo que ustedes estaban en su derecho de leer esas cartas. Edie era su sobrina, y cualquiera de los hombres que las escribieron podría haber sido el responsable de su muerte, ¿no es así?

—¡Eso mismo dije yo! —dijo Heather, alentada por las palabras de Robin, y al ver la cara que ponía su marido, añadió—: Es verdad, Grub. Te dije que...

—No pienso admitir que leyéramos las cartas y tampoco pienso admitir que no metiéramos las dos en el ataúd —dijo Grant. Se quitó las gafas de sol. Su cara de mentón prominente parecía una talla primitiva en la penumbra.

—Pero su mujer acaba de admitirlo —repuso Strike.

—No, ella...

—Lo ha admitido —insistió Strike—, y eso justifica una orden de registro. Evidentemente, si quiere quemar la carta antes de que llegue la policía, puede hacerlo, pero nosotros dos declararemos lo que acaba de decir Heather. Y, si es necesario, seguro que el Ministerio del Interior autorizará una exhumación.

Una vez más, para fastidio de Strike, volvió a interrumpirlos la madre de Heather, que se asomó por la cristalera y dijo alegremente:

—¿Hay sitio para mí?

—No —le espetó Grant—. Perdón, danos un minuto, Wendy.

La mujer se retiró claramente disgustada. El perro del vecino seguía ladrando.

—Les aconsejo a los dos que reflexionen sobre las consecuencias de seguir negando que tienen esa carta —dijo Strike.

—Si confiesan ahora, no pasará nada —mintió Robin dirigiéndose a la atemorizada Heather—. Todo el mundo lo entenderá. Es lógico que temiesen que Ormond o Blay hubiesen tenido algo que ver con la muerte de Edie. Creo que nadie en su situación habría podido resistirse a abrir las cartas, teniendo en cuenta las circunstancias de la muerte de su sobrina. Es del todo comprensible que lo hicieran.

Heather pareció tranquilizarse un poco.

—Seguir fingiendo que no tienen esa carta, en cambio, parecerá muy sospechoso cuando todo esto salga a la luz —opinó Strike, devolviéndole a Grant su mirada de hostilidad—. Son las típicas cosas que le encantan a la prensa. «¿Por qué no lo dijeron?» «¿Por qué lo ocultaron?»

—Grub —dijo Heather en voz baja, muy asustada, y Robin estaba segura de que la mujer se estaba imaginando los cotilleos que habría en la puerta del colegio si los periódicos llegaban a publicar la noticia —. Me parece que...

—Nosotros no estábamos ocultándola —replicó Ledwell enojado —. Lo único que hicimos fue no meterla en el ataúd. Lo que Josh había escrito en esa carta era repugnante. No estaba dispuesto a enterrar a mi sobrina con eso.

—¿Podemos verla? —dijo Strike.

El perro de los vecinos siguió ladrando enloquecido mientras Grant miraba fijamente a Strike. El detective tenía a Ledwell por un imbécil en muchos aspectos, pero no por necio. Unos segundos después, Grant se levantó despacio y entró en la casa, dejando a su mujer en la mesa, muy angustiada.

—¿Siempre arma ese jaleo? —preguntó Robin con simpatía, señalando hacia los ladridos del perro.

—¿El perro? Ah, sí, sí... —dijo Heather—. ¡Siempre está igual! Es un pomerania. Las niñas quieren un cachorro. Les hemos dicho que, a lo mejor, cuando volvamos a Omán... Como allí la ayuda doméstica es

tan barata, seguramente podría apañármelas con un perro y con el bebé. Pero no será un pomerania, eso seguro.

—No me extraña —dijo Robin con una sonrisa, aunque el pulso le latía a toda velocidad al pensar en la prueba que estaban a punto de ver.

Grant reapareció con un sobre en la mano. Todavía no se había sentado cuando Strike dijo:

—¿Tiene una bolsa de plástico transparente?

—¿Qué? —dijo Grant, que todavía parecía enojado.

—Una bolsa de plástico transparente. En ese sobre hay restos de ADN. No quiero contaminarlo más.

Grant volvió sin decir nada a la cocina y regresó con el sobre y una bolsa de congelación.

—Por favor, saque la carta y métala junto con el sobre en la bolsa, así podremos leerla sin tocarla —dijo Strike. Grant siguió sus instrucciones y luego deslizó la carta por la mesa.

A Robin se le aceleró el corazón. Se inclinó hacia Strike y leyó un párrafo corto, escrito con lo que Pat habría llamado «letra de chiflado». Strike no había visto jamás una caligrafía tan desequilibrada como ésa. Pequeña e irregular, con algunas letras obsesivamente repasadas con tinta negra, parecía extrañamente infantil, o lo habría parecido de no ser por la impecable ortografía y el contenido.

Me dijiste que soy como tú. Me hiciste creer que me amabas, y luego me dejaste tirado como si fuese una mierda. Si hubieses seguido viviendo, habrías utilizado y torturado a otros hombres para divertirte, y los habrías dejado tirados en cuanto te hubieses aburrido de ellos. Eres una zorra arrogante, hipócrita y ruin, y quiero que estas palabras se pudran a tu lado y que sean tu más sincero epitafio. Si me miras desde el infierno, verás cómo tomo las riendas de Un corazón tan negro para siempre.

—¿Esto se lo dio Katya Upcott? —dijo Strike mirando a Grant.

—Sí.

—Es repugnante, ¿verdad? —dijo Heather acaloradamente—. Repugnante. Y que Katya copiase esas terribles palabras y le diera la carta a Grub, sabiendo lo que ponía... y que Allan Yeoman y Richard Elgar dijeran que es una mujer tan agradable... La verdad, aquel día, en el Arts Club, me dieron náuseas oyéndolos hablar.

—Ya, sólo que esto no lo escribió Katya Upcott —dijo Strike—. Ésta no es su letra. Su letra es ésta —añadió, señalando el sobre guardado en la bolsa de plástico, donde estaba escrito «Para Edie» con la misma letra pulcra y cuadrada que la de la lista de nombres que Katya le había entregado unas semanas atrás.

—Entonces… ¿quién lo escribió? —preguntó Grant, señalando la carta con su dedo corto y grueso. Ahora Heather y él parecían asustados.

—Anomia —respondió Strike. Sacó el móvil y le hizo una foto a la carta. Se guardó el teléfono y el bloc en el bolsillo y cogió las muletas —. Llamen inmediatamente a la policía. Pregunten por Ryan Murphy del Departamento de Investigación Criminal. Tiene que ver esta carta. Entretanto, no la saquen de la bolsa.

Con cierta dificultad, Strike logró levantarse con ayuda de las muletas; siempre le costaba más tenerse en pie después de haber estado mucho rato sentado.

—Buenas noches —dijo Robin en voz baja mirando a los Ledwell; no le resultaba fácil abandonar de inmediato el personaje de poli bueno. Entró detrás de Strike en la casa, y los ladridos del pomerania de los vecinos acentuaron el silencio y la conmoción que dejaron atrás.

105

Cuando se revelen los misterios;
cuando se desvelen los secretos;
cuando los pecados y las injusticias
por fin encuentren un nombre...

CHRISTINA ROSSETTI, *Tarde o temprano: finalmente*

—Vale, tenemos que hablar con Katya —dijo Strike cuando salieron al sendero de la casa de los Ledwell. Ya casi había oscurecido —. Quiero encontrar a Anomia antes de que empiece a destruir más discos duros.

Ya en el BMW, Strike dejó las muletas en el asiento trasero y llamó por teléfono a Katya, pero saltó el buzón de voz.

—No contesta.

—Son las diez menos cuarto —dijo Robin mirando el reloj del salpicadero—. Es posible que tenga el teléfono silenciado.

—Pues iremos a su casa.

—No creo que a Íñigo le haga mucha gracia recibir visitas a estas horas. —Robin puso la llave de contacto—. Como mínimo tardaremos veinte minutos en llegar.

—Con un poco de suerte, ese desgraciado todavía estará en Whitstable —dedujo Strike.

Robin maniobró para salir del aparcamiento y aceleró para salir de Battledean Road.

—Es imposible que Katya supiera lo que estaba entregando —dijo la detective—. Debía de pensar que la carta que le había dictado Josh seguía dentro del sobre.

—Estoy de acuerdo, y eso significa que en algún momento perdió de vista ese sobre, desde que lo cerró hasta que se lo entregó a Grant Ledwell. Necesitamos saber exactamente quién pudo tener acceso a la carta.

—Y todavía tenemos el ADN, suponiendo que los Ledwell no lo hayan contaminado demasiado.

—Ya, pero Anomia no es estúpido. Seguro que llevaba guantes, y si en el sobre no hay ADN, lo único que nos queda es la caligrafía y el posible acceso al bolso de Katya.

Fueron recorriendo calles residenciales, y Robin pensó en la gente juiciosa y feliz que vivía detrás de aquellas ventanas iluminadas.

—Estamos buscando a una persona muy malvada, ¿verdad? Hay que ser muy malvado para querer meter algo así en el ataúd de Edie.

—Sí —Strike parecía abstraído y no apartaba la vista de la calzada—, es alguien profundamente perturbado.

—Que creía que Edie lo amaba...

—O que quería creerlo.

—¿Me cuentas qué significa eso de «cortar alambre»?

—¿Cómo? —dijo Strike, concentrado en su propio hilo de pensamiento—. Ah, sí. Me refería a cortar alambre de espino para traspasar las trincheras del enemigo.

—Y en este caso el alambre es...

—Esas cuentas satélite que Anomia creó en Twitter. Su arrogancia lo llevó a creer que nadie se interesaría por todas esas cuentas secundarias, y por eso se relajó un poco con los nombres... Dame un minuto más, y te diré hacia dónde creo que señalan. —Strike volvió a sacar el móvil—. Estoy seguro de que he visto el nombre de «John Baldwin» en algún otro sitio que no era Twitter...

Aunque estaba nerviosa e impaciente, Robin obedeció a Strike y guardó silencio. Entró en Holloway Road, en dirección noroeste, hacia Hampstead y Highgate. A su lado, Strike estaba encorvado sobre el móvil con el ceño fruncido, tecleando y pensando al mismo tiempo.

—¡Ya lo tengo! —exclamó de pronto, tan fuerte que Robin dio un respingo—. Está en Reddit, en la página «Denuncia a tu zorra», y... ¡Mierda!

—¿Qué pasa? —dijo Robin, con el corazón martilleándole con fuerza en el pecho.

—Denunció a la hermana de Marcus Barrett.

—¿Qué?

—«La zorra mentirosa Darcy Olivia Barrett hizo una falsa acusación de agresión sexual contra su novio. Vive en el número 4b de Lancaster Drive, Hoxteth.» Y debajo puso todas las cuentas de redes sociales de Darcy... Supongo que ella eliminó todas sus cuentas cuando apareció ese comentario. Por eso yo no la encontraba por ninguna parte.

—Strike, cuéntame eso de los nombres —insistió Robin—. ¿Qué revelan?

—Bueno, para empezar, Marc Lépine disparó a catorce mujeres. El número favorito de Anomia es el catorce. Julius-Yo-SoyEvola nos revela que Anomia está, o estaba, en North Grove.

—Pero ¿no me dijiste que Evola era la clase de escritor que la ultraderecha...?

—Me equivocaba. Si Anomia es Discípulo de Lepine, también es Yo Soy Evola. Luego tenemos a Max Reger, un compositor alemán del siglo XIX. Debería haberlo visto antes: encima del maldito teclado

había un libro de partituras suyas.

—Espera un momento…

—John Baldwin, compositor británico del siglo XVI; Zoltán Kodály, compositor húngaro de principios del siglo XX. Scaramouche: eso lo sacó de la canción «Bohemian Rhapsody», de Queen. Lo que nos indica que se trata de alguien que escucha a Queen y a los Beatles seguramente porque no tiene otro reme…

El móvil de Strike sonó por el Bluetooth del coche: Katya le estaba devolviendo la llamada. El detective contestó, pero apenas había terminado de decir «hola» cuando un grito estridente sonó por el altavoz:

—¡Socorro, socorro, socorro!

La llamada se cortó.

Strike pulsó sobre el número para volver a llamar, pero no contestaron. Robin pisó a fondo el acelerador.

—¡Ésa no era Katya, era Flavia! ¡Strike, llama a…!

Pero él ya había marcado el 999.

—Policía… Se oyen gritos en el número 81 de Lisburne Road, y dentro hay un hombre con un puñal… Porque lo sé, joder… Cormoran Strike… Una familia de cuatro miembros…

—Mierda —dijo Robin cuando Strike colgó—. Mierda… Esto es culpa mía, todo es culpa mía, lo he asustado…

—No digas chorradas, no es culpa tuya —dijo Strike sujetándose con ambas manos en el asiento cuando Robin dobló una esquina a toda velocidad.

—Claro que sí. Debería haberme dado cuenta… Strike, sabe dibujar, dibuja muy bien.

—¿Cómo lo…?

—En el lavabo de North Grove hay un autorretrato suyo. Creí que lo había hecho Katya, pero luego vi otro dibujo hecho por ella en la habitación de Josh y Edie y era una birria y… —Robin dio un grito ahogado—. ¡Strike, ya sé por qué se metió entre los árboles después de apuñalar a Edie! Ryan Murphy me contó que aquella tarde había un pastor alsaciano fuera de control en el Heath…

—Y le dan pánico los perros.

106

¡Pídeme que te defienda!
Tu peligro me aportará una fuerza sobrehumana,
una mano de hierro y un corazón de acero,
para golpear, herir y matar sin sentir nada.

MARY ELIZABETH COLERIDGE, *Afecto*

—¡Aún no ha llegado la policía! —gritó Robin, frenética, cuando detuvo el coche unas pocas puertas más allá de la casa de los Upcott.

Se desabrochó el cinturón de seguridad, se inclinó hacia Strike y, antes de que él se diera cuenta de lo que estaba haciendo, apretó el botón que abría la guantera y cogió el juego de llaves maestras.

—Pero ¡¿qué demonios crees que…?! —gritó Strike, agarrándole la chaqueta por detrás cuando ella abrió la puerta del conductor.

—¡Suéltame!

—¿Te has vuelto loca? ¡Ni de coña vas a entrar ahí! ¡Tiene un puto machete!

—¡Hay una niña de doce años! ¡suéltame!

Su socia sacó la alarma personal del bolsillo, se liberó de su chaqueta para soltarse de Strike y estuvo a punto de caerse al suelo al salir del coche. La alarma le resbaló de la mano y rodó por el asfalto, pero ahora que Strike ya no la sujetaba, Robin fue tras ella, la atrapó y echó a correr hacia la casa de los Upcott.

—¡Robin! ¡robin!

Soltando tacos, Strike se dio la vuelta para coger las muletas del asiento trasero.

—¡robin!

La silueta de una cabeza apareció en la ventana iluminada de la casa más cercana.

—¡Llame a la policía! ¡Llame a la policía, joder! —le gritó Strike al vecino, y, dejando la puerta del BMW abierta, empezó a perseguir a Robin con las muletas.

Ella ya había llegado a la puerta principal de los Upcott y, con manos temblorosas, estaba intentando encontrar una llave que funcionase. Con las tres primeras no tuvo éxito, y cuando estaba probando la cuarta vio que se apagaba la luz de la ventana del dormitorio de Gus, en la planta baja.

Al quinto intento logró girar la llave en la cerradura. Haciendo

caso omiso de Strike, que seguía gritando «¡robin!», empujó la puerta y la abrió un poco.

El recibidor estaba completamente a oscuras. Con una mano todavía en el picaporte, buscó a tientas en la pared, encontró el interruptor de la luz y lo pulsó. No pasó nada. Estaba segura de que alguien había desconectado el diferencial después de oír sus gritos y los de Strike, la mención de la policía, los pasos acercándose a toda prisa por la calle y el tintineo de las llaves al otro lado de la cerradura.

Dejó la puerta entreabierta para que entrase algo de luz y, manteniendo la yema del pulgar sobre el botón de su alarma, avanzó con sigilo hacia la escalera.

Ya había subido medio tramo cuando oyó los golpes de las muletas de Strike y los pasos de su único pie. Se dio la vuelta y vio su silueta destacada contra la luz de las farolas de la calle...

Y entonces vio algo que se movía entre las sombras, detrás de la puerta.

—¡strike!

La oscura figura cerró la puerta de golpe detrás de Strike. Robin vio unos destellos azules y oyó un zumbido. Cormoran cayó hacia delante sacudiendo las extremidades, y sus muletas cayeron con gran estruendo contra el suelo...

Y bajo la tenue y grisácea luz que entraba por el cristal de la puerta principal, Robin vio un machete enarbolado.

La detective saltó sin pensárselo dos veces desde el cuarto escalón de la escalera, cayó sobre la espalda de Gus y le rodeó el cuello con los brazos, convencida de que podría tirarlo al suelo; pero a pesar de lo delgado que estaba, el muchacho apenas se tambaleó e intentó sacársela de encima. Robin podía percibir su olor húmedo y rancio mientras forcejeaban, y entonces él tropezó con la pierna estirada e inmóvil de Strike y ambos salieron despedidos hacia delante. Cuando la cabeza de Gus golpeó la pared de enfrente, el chico soltó un rugido de rabia:

—¡Te voy a matar, zorra!

Robin había conseguido levantarse, pero al ver que el machete cortaba el aire delante de ella, estando Gus medio arrodillado, no tuvo más remedio que correr escaleras arriba. Entonces se dio cuenta de que todavía tenía la alarma en la mano y la activó. El fuerte pitido resonó en el vestíbulo y le taladró los tímpanos.

—¡Flavia! ¡Flavia! —gritó buscando a la niña.

El sonido de la alarma no le permitió oír ninguna respuesta, pero sí percibió que Gus iba corriendo tras ella, subiendo los escalones de dos en dos con sus largas piernas.

—¡flavia!

Allí arriba había más luz: las cortinas estaban descorridas y, a

través de la puerta del salón, Robin alcanzó a ver una figura agachada cerca de la ventana. Pensando tan sólo en interponerse entre la niña y su hermano —¿dónde estaba la policía?—, corrió hacia lo que creía que era Flavia, resbaló en un charco oscuro que había en el suelo y entonces vio la silla de ruedas volcada detrás del sofá y las gafas torcidas en la cara de un hombre muerto.

—Dios mío…

La detective se dio la vuelta. La alarma que tenía en la mano seguía pitando, y la lanzó lejos. Gus caminaba despacio hacia ella, jadeando y con el machete en la mano.

—Antes de matarte te voy a violar…

—La policía está en camino —dijo Robin.

—No importa —dijo Gus jadeando y riendo a la vez—. No creo que aguante mucho. Será mi primera vez…

Había un torso femenino de mármol de treinta centímetros de alto en una mesita. Robin fue acercándose poco a poco hacia la estatuilla.

—¿Te pone cachonda pensar que te voy a violar?

El pie derecho de Robin volvió a resbalar en el charco de sangre, pero ella siguió avanzando hacia la mesita.

—Sé que las mujeres fantasean con que las violen —dijo Gus, que seguía yendo hacia ella.

Robin buscó a tientas la estatuilla.

—¿Hueles a pescado?

Con un rápido movimiento, Robin cogió la figura de mármol. Pesaba tanto que apenas pudo levantarla, pero entonces, con una fuerza nacida del terror, golpeó con ella el cristal de la ventana y lo hizo añicos. La estatuilla resbaló de sus manos y se estrelló estrepitosamente en el camino de entrada de la casa; aquello por fuerza tenía que alertar a los vecinos.

Gus se abalanzó sobre ella, le dio la vuelta y la agarró con un brazo por el cuello, mientras con la otra mano seguía blandiendo el machete. Robin reaccionó pisándole con fuerza un pie descalzo, y los dos resbalaron en el charco de la sangre de Íñigo. Cuando Gus aflojó un poco el brazo, Robin buscó su antebrazo con los dientes y le lanzó una dentellada con todas sus fuerzas. Él soltó el machete para pegarle un puñetazo en la sien y Robin sintió que se mareaba y que todo empezaba a darle vueltas, pero el terror la ayudó a seguir mordiendo. Notó el sabor de la sangre y olió aquel sudor animal, y entonces Gus tropezó con el machete, que había caído al suelo, gritó de dolor y se apartó hacia un lado, arrastrando a Robin con él. Ella volvió a pisarle el pie lastimado y, sin saber cómo, consiguió soltarse y echó a correr hacia la puerta, resbalando e intentando mantenerse en pie.

—¡Puta asquerosa!

—¿flavia? —gritó Robin al llegar al rellano.

—¡Aquí! ¡Aquí arriba!

Robin subió a toda velocidad el segundo tramo de escaleras y vio un móvil en el suelo, pero no tuvo tiempo de recogerlo porque oyó los pasos de Gus, que volvía a perseguirla. Cuando llegó al último rellano, vio que se abría una puerta que Gus ya había atacado con el machete y entró rápidamente; se dio cuenta de que estaba en un cuarto de baño, se dio la vuelta y echó el pestillo de la puerta segundos antes de que Gus empezara a embestirla con todas sus fuerzas. Mientras la puerta temblaba, Robin se volvió y, gracias a la tenue luz que entraba por una claraboya, vio a Katya en el suelo, junto a la bañera, apretándose el vientre con las manos manchadas de sangre. La niña estaba a su lado.

—¡Flavia, ayuda a tu madre! ¡Presiónale la herida con esto! —gritó Robin, cogiendo una toalla y lanzándosela a la aterrorizada niña. Entonces se palpó los bolsillos buscando su móvil, y se dio cuenta de que estaba en la chaqueta que Strike le había arrancado.

Gus seguía golpeando la puerta del cuarto de baño con el machete. Uno de los paneles se astilló, y Robin pudo ver la cara roja de ira del muchacho.

—Te voy a follar y luego te voy a matar… zorra asquerosa… puta de mierda…

La detective miró a su alrededor: sobre el lavamanos había una pesada maceta de latón con un cactus. La cogió con la intención de estampársela en la cara cuando entrara, pero de pronto Gus se dio la vuelta y Robin, aliviada, oyó voces masculinas.

—Tranquilo, Gus… Tranquilo, chico…

Miró a Flavia, que estaba lívida, y se llevó un dedo a los labios para pedirle que guardara silencio, y entonces, sin hacer ruido, retiró el pestillo de la puerta. Gus estaba de espaldas a ella, mirando a dos hombres, el más alto de los cuales iba en pijama. El muchacho acuchillaba el aire con el machete.

Robin alzó la maceta de latón y la estrelló contra la cabeza de Gus. El chico se tambaleó, y el cactus y la tierra del tiesto se esparcieron por todas partes, y entonces los dos hombres se abalanzaron sobre él; uno lo agarró por el brazo en el que tenía el machete y le clavó la rodilla, haciendo que el cuchillo cayera al suelo, y el otro lo cogió por el cuello y lo inmovilizó pegándole la cara al suelo.

—¡Llamen a una ambulancia! —dijo Robin jadeando—. Ha apuñalado a su madre…

—Ya hemos llamado —dijo el hombre del pijama, que ahora estaba arrodillado sobre Gus mientras el muchacho forcejeaba—. Ha apuñalado a un hombre en el recibidor.

—Soy médico —dijo el otro, y entró a toda prisa en el cuarto de

baño.

Pero Robin ya estaba lanzándose escaleras abajo, saltando los escalones de dos en dos y rebotando en las paredes. La alarma seguía pitando en el salón cuando ella pasó a toda velocidad junto a la puerta abierta y se dirigió hacia Strike, que estaba desplomado en el suelo del vestíbulo, apoyado junto a la puerta principal abierta, con una mano sobre el pecho y manchas de sangre en la pared que tenía detrás.

—Dios mío, Strike...

Se arrodilló a su lado, y él explicó entrecortadamente:

—Me parece... que me ha... perforado un pulmón.

Robin se incorporó, abrió la puerta del dormitorio de Gus y se metió dentro, buscando algo con que presionar la herida de la espalda de Strike. Aquella habitación apestaba: era un sitio donde no entraba nadie, que nadie visitaba, con ropa sucia esparcida por todas partes. La detective cogió una sudadera y volvió corriendo junto a Strike; lo ayudó a inclinarse hacia delante, y le taponó la herida con la tela.

—¿Qué ha... pasado?

—Íñigo muerto, Katya herida, Flavia ilesa —dijo Robin rápidamente—. No hables... ¿Les has abierto tú a esos dos hombres?

—Creía que no querías... que hablara...

—¡Puedes asentir con la cabeza! —exclamó Robin, furiosa. Notaba la sangre caliente empapando la sudadera—. Joder, menos mal...

Por fin habían aparecido unos destellos azules en la calle, y mientras los vecinos se apiñaban en la acera para asomarse a la casa, en cuyo interior seguía pitando la alarma, la policía y los sanitarios subieron corriendo por el sendero de entrada y dejaron atrás la estatuilla del torso femenino tirada en el suelo, rodeada de cristales rotos.

CODA

El peso del corazón sigue aumentando,
y también su longitud, anchura y grosor,
hasta una fase avanzada de la vida:
este aumento es más acusado en los hombres
que en las mujeres.

HENRY GRAY FRS, *Anatomía de Gray*

107

¡Ay, qué insensata locura la del corazón
dividido, que no reposa ni aquí ni allí!
Que busca el cielo, pero se aferra a la tierra,
que ni aquí ni allá es feliz por completo,
que escoge sólo a medias y pierde lo mejor:
necio entre los necios.

CHRISTINA ROSSETTI,
Vida posterior: soneto doble

—Parches de nicotina —dijo Robin—, uvas... plátanos... frutos secos... barritas de cereales...

—¿En serio?

—Me pediste que te trajera cosas saludables —repuso Robin mirando por encima del borde de la bolsa abierta del supermercado.

—Sí, ya lo sé. —Strike suspiró.

Ya habían transcurrido cinco días desde que habían sacado a Anomia esposado y a rastras de la casa de sus padres, pero ésta sólo era la segunda vez que Robin iba a ver a su socio al hospital. Lucy y su tío Ted habían acaparado las horas de visita, y Robin daba por sentado que Madeline también habría acudido a menudo.

La detective se moría de ganas de hablar con él, pero en su visita anterior no había podido hacerlo porque su socio estaba atiborrado de morfina, atontado y dormido. La patente frialdad de la voz de Lucy, que la había llamado por la mañana para decirle que su hermano quería volver a verla, no había aliviado su sentimiento de culpa ni su preocupación por la salud de Strike. Como es lógico, ella no era la única que se culpaba por lo que le había sucedido a su socio. Se preguntó por qué ni Madeline ni Lucy le habían comprado a Strike los productos que él le había pedido a ella a través de un mensaje de texto, pero como estaba agradecida de que le permitiesen hacer algo por él, prefirió no preguntar.

—También te he comprado chocolate negro, porque no soy tan cruel.

—Así me gusta... Pero ¿negro?

—Es mucho mejor. Tiene antioxidantes y menos azúcar. Y Pat se ha empeñado en hacerte un pastel de frutas.

—Siempre me ha caído bien esa mujer —dijo Strike mientras

Robin guardaba el paquete con forma de ladrillo y envuelto en papel de aluminio en el armarito que había junto a la cama.

Esa tarde, los cuatro pacientes de la pequeña sala del hospital tenían visita. Los dos de más edad, que se recuperaban de sendas operaciones sin especificar, estaban hablando en voz baja con sus familiares, pero el que había sufrido un infarto a los treinta y tres años había convencido a su novia de que lo acompañase a dar un paseo, y Strike sabía que lo había hecho con la intención de fumarse un cigarrillo.

El olor a tabaco que envolvía a su compañero de sala cada vez que éste regresaba de uno de sus paseos era un recordatorio constante de un vicio que ahora Strike había jurado dejar para siempre. Incluso le había dicho al joven, con tono reprobatorio, que después de un infarto no debería fumar. Strike era plenamente consciente de lo hipócrita que era su actitud, pero en su situación la mojigatería era el único placer que podía permitirse.

—Y en estos dos termos hay té fuerte, pero antes de que me digas que tiene un sabor raro, te advierto que lleva estevia en lugar de azúcar.

—¿Qué demonios es la estevia?

—Un endulzante sin calorías. Y esto —dijo Robin, sacando el último objeto de la bolsa— es de parte de Flavia y Katya.

—¿Y por qué me mandan una tarjeta a mí? —preguntó Strike, cogiéndola y examinando la ilustración de un cachorro que sostenía unos globos de colores—. Tú hiciste todo el trabajo.

—Si no hubieras abierto la puerta de la calle para que pudiesen entrar los vecinos —dijo Robin, bajando la voz porque la mujer de uno de los ancianos estaba pasando junto a los pies de la cama de Strike para ir a llenar la jarra de agua—, estaríamos todos muertos.

—¿Y ellas cómo están?

—Katya está devastada, como es lógico. Sigue ingresada en la planta superior. Ayer fui a verla, y fue entonces cuando Flavia me dio la tarjeta para ti. Creo que Katya no tenía ni idea de lo que... de lo que es Gus. Ryan Murphy me explicó que, cuando registraron el dormitorio, encontraron dibujos espeluznantes por todas partes. Mujeres apuñaladas, ahorcadas y torturadas... Ah, y había destrozado su violonchelo a patadas.

—¿Han encontrado el teléfono de Blay? ¿Y el dosier? —preguntó Strike, que evidentemente estaba ahora mucho más despierto que la última vez que Robin había ido a verlo.

—Sí. Estaba todo escondido debajo de un tablón del suelo, junto con la verdadera carta que Josh le había escrito a Edie y las máscaras de látex. Todo estaba allí.

—Entonces, las llamadas con el distorsionador de voz... —dijo

Strike, que había tenido mucho tiempo para pensar en el hospital—. Las hacía Flavia, ¿verdad?

—Dios mío, eres un crack —exclamó Robin, impresionada—. Sí, era ella. Vio cómo Gus reemplazaba la carta de Josh por la suya en la cocina, donde Katya había dejado su bolso. Gus estaba de espaldas, y ella subió sigilosamente la escalera sin que su hermano se diese cuenta de que lo había visto. Me contó que la idea del distorsionador de voz se la había dado Bram, que le había hablado de esas apps. Es una niña muy lista y observadora.

—Bueno, pues esperemos que su madre la mantenga alejada de internet —dijo Strike, tendiendo la mano para coger la tableta de chocolate—. Ya tenemos suficiente con un solo genio criminal en la familia.

—Flavia quiere ser detective. Me lo dijo ayer.

—Deberíamos ofrecerle unas prácticas. ¿Por qué no le contó a su madre lo que le había visto hacer a Gus con la carta? ¿Por miedo?

—Bueno, no ha querido decirlo abiertamente delante de Katya, pero sí, creo que Gus la tenía aterrorizada. Tengo la impresión de que Flavia era la única de la familia que se daba cuenta de cómo era su hermano en realidad. E intentó decírnoslo, o insinuárnoslo. Acuérdate de lo que nos dijo la primera vez que fuimos a su casa: «a lo mejor tenéis que volver». Me contó que había visto el tiroteo de Elliot Rodger en las noticias mientras Gus estaba ingresado en el hospital. Lo comprobé: fue el mismo día que hospitalizaron a Edie por el intento de suicidio, y Anomia desapareció de Twitter y del juego durante un par de días coincidiendo con eso. Ésa era una de las presuntas «pruebas» de que Edie era Anomia que los hermanos Peach pusieron en el dosier.

—Mmm —murmuró Strike, haciendo una pequeña mueca de dolor al cambiar de postura sobre las almohadas—. Bueno, no nos habría venido nada mal alguna alusión menos indirecta. Pero la próxima vez que te diga «¿qué te parece X como candidato?», paramos la investigación inmediatamente hasta que hayamos descartado a X.

—De acuerdo —dijo Robin con una sonrisa.

—Otra cosa. Angela Darwish pasó a verme ayer —dijo Strike, y a Robin le molestó un poco que hubiesen permitido a Darwish visitar a Strike antes de invitarla a hacer su segunda visita—, y me contó que ese desgraciado había puesto micrófonos en el piso de arriba. Ha estado muy ocupado comprando material en la internet oscura. Oía todas las conversaciones entre Josh y Katya, y también oyó varias veces lo que decía Edie, antes de que ella dejase de ir por la casa. Pero le ha salido el tiro por la culata, porque los micrófonos captaron todo lo que pasó allí antes de que llegásemos nosotros.

»Por lo visto, aquella tarde llamaron del Royal College of Music

para decir que Gus no se había presentado a una cita con su tutor, no había entregado ningún trabajo y, básicamente, que había estado mintiendo a sus padres durante la mayor parte del curso sobre su asistencia a las clases particulares y que estaban a punto de expulsarlo. Después de que Íñigo se tirara una hora diciéndole lo inútil que era, Gus bajó a su habitación, cogió el machete, subió otra vez y apuñaló repetidamente a Íñigo en el pecho y el cuello.

Robin ya estaba al corriente de todo eso, porque Murphy se lo había contado, pero aun así fingió estar muy interesada. Tenía la sensación de que, ahora, Strike necesitaba saber cosas que creía que ella no sabía.

—Y me explicó que también habían interrogado a los Barrett, aunque no me dio muchos detalles.

—Murphy me contó algo —dijo Robin—. Darcy iba tres cursos por delante de Gus en el Royal College of Music, y sentía lástima por él porque siempre estaba muy solo, así que un fin de semana lo invitó a una fiesta.

—La capacidad de compasión de las mujeres es peligrosísima —dijo Strike con la boca llena de chocolate negro. Habría preferido un Twix, pero de todas formas era infinitamente mejor que la comida de hospital.

—Gus le dijo a Katya que Darcy era su nueva novia. Su madre se alegró mucho de que hubiese encontrado a alguien, porque siempre había sido «un poco difícil con las chicas».

—Ya te digo.

—Según los Barrett, Gus se presentó en la fiesta, se apalancó en un sofá y se pasó toda la noche con el móvil, sin hablar con nadie y furioso porque Darcy estaba allí con su verdadero novio. Gus debió de hackear el iCloud de Marcus aquella noche, ya que los Barrett no volvieron a invitarlo porque Gus siguió a Darcy al cuarto de baño a las dos de la madrugada e intentó besarla contra su voluntad.

—Ahora empiezo a entender por qué necesitaba a Kosh —dijo Strike.

—Ella chilló y forcejeó, y su novio y su hermano echaron a Gus a la calle, pero Darcy nunca lo denunció en la universidad, porque le daba pena. Pasó lo mismo que con Rachel y Zoltan. Zoltan le dijo a Rachel que su padre era un maltratador, así que ella tuvo mucha paciencia con él. Hasta que empezaron las amenazas de violación y muerte.

—Por lo visto, Gus vivía en un mundo totalmente ilusorio, y cuando una mujer era amable con él, se engañaba diciéndose que quería follárselo.

—Sí, creo que es justo eso —dijo Robin muy seria—. Katya me contó que Edie siempre era simpática con Gus cuando iba a su casa.

Cuando Íñigo hizo ir a sus hijos a North Grove, Edie le dijo a Gus que dibujaba muy bien y le explicó que ella también había sido muy introvertida de adolescente. Me parece que ése fue el único contacto que tuvieron, pero Gus lo interpretó a su manera y creyó que Edie se sentía atraída por él. Luego Edie criticó el juego públicamente… y Gus se volvió contra ella.

—¿Y la urticaria? ¿Es real?

—Sí, pero cuando la policía registró su habitación, encontraron un montón de comida escondida en los sitios más inverosímiles; un tipo de comida que en teoría Gus no podía comer porque le provocaba brotes. Gus no quería volver a la universidad, sólo quería quedarse en su habitación y ser Anomia… Ah, y también he estado pensando en la Regla 14. En lo del anonimato. No creo que se tratara sólo de que Morehouse y él no quisieran que sus padres o sus universidades descubriesen lo que tenían entre manos. Sospecho que Gus no soportaba la idea de crear un juego en el que otras personas pudieran coquetear entre ellas. Él quería tener el control total e imponía la abstinencia a los jugadores, y entretanto intentaba con desesperación ligar con chicas en Twitter utilizando las fórmulas de Kosh.

—Y si te fijas —dijo Strike, que, acostado en el hospital, había tenido tiempo de repasar mentalmente el caso—, todo esto habría podido evitarse si la gente hubiese abierto los putos ojos. Empezando por Íñigo y Katya, que no se molestaron en ver qué demonios hacía su hijo encerrado en su habitación. Y luego el imbécil de Grant Ledwell… si se hubiese fijado en la caligrafía del sobre y la hubiese comparado con la de la carta, y si le hubiese enseñado la carta a la policía en lugar de decidir que a Blay sólo le interesaba la pasta, cosa que es una proyección como una catedral, Vikas Bhardwaj tal vez todavía estaría vivo.

—«Es mi hermana» —citó Robin—. Por lo que me contó Murphy, dudo que los padres de Vikas se pareciesen mucho a Íñigo… No se dedicaban como él a acosar a su hijo, pero dice Murphy que se quedaron muy sorprendidos al enterarse de que Vikas había cocreado el juego, porque creían que a su hijo sólo le interesaba la ciencia.

—Todos los adolescentes necesitan hacer algo que sus padres ignoren —comentó Strike—. Lástima que algunos elijan el asesinato.

—Pero eso explica el vínculo inicial entre Gus y Vikas, ¿no? Los dos eran muy precoces en sus respectivos campos, y debían de soportar una fuerte presión, y ninguno de los dos tenía suerte con las chicas… Me puedo imaginar lo que pasó, cómo se hicieron amigos… ¿Quieres que ponga esa tarjeta en la mesilla?

Strike se la dio, pero la mesilla auxiliar ya estaba llena de tarjetas hechas a mano por sus sobrinos, y otras que habían comprado Lucy y Ted, y cuando Robin intentó colocar la de Flavia, tiró sin querer otra

más grande al suelo. Se agachó para recogerla y vio un largo mensaje escrito a mano y la firma: «Madeline.»

—Tira ésa a la papelera —dijo Strike al ver que Robin la tenía en la mano—. Lo hemos dejado.

—Ostras —dijo Robin—. ¿Cuándo, desde que estás aquí?

—No. Hace un par de semanas. No nos iba bien.

—Ah —dijo ella, y entonces, sin poder resistir la tentación, añadió—: ¿Ha sido una ruptura amistosa?

—Pues no, la verdad. —Strike rompió un par de piezas más de chocolate y se las comió—. Me pegó una patada.

Robin no quería reírse, pero no pudo evitarlo. Entonces Strike también se echó a reír, pero tuvo que parar enseguida porque notó un fuerte dolor en la parte superior del pecho.

—Ay, mierda, ¿estás bien? —dijo Robin al ver que hacía una mueca de dolor.

—Sí, sí, estoy bien. ¿Y tú?

—Claro. A mí no me han apuñalado. Estoy la mar de bien.

—¿Seguro? —insistió Strike mirándola fijamente.

—Sí. —Robin sabía muy bien qué significaba aquella mirada escrutadora—. De verdad. Lo único que me duele es el cardenal que tengo en la sien, donde Gus me golpeó. No puedo apoyarme en ese lado para dormir.

No quiso contarle a Strike que había pasado varias noches durmiendo fatal, ni las pesadillas que había sufrido; pero como él seguía mirándola fijamente, añadió:

—Mira, fue horrible, no lo voy a negar. Ver a Íñigo muerto en el suelo... Aunque encontrar a Vikas fue mucho peor... Pero pasó todo muy deprisa, y yo sabía que la policía estaba en camino, y sabía que mientras Gus estuviera ocupado intentando violarme no mataría a Flavia ni a Katya. Además —intentó reprimir la risa, un reflejo ligeramente histérico que llevaba días combatiendo—, Gus prefería violar a una mujer viva antes que a una muerta, y eso también jugaba a mi favor.

—No tiene gracia —dijo Strike.

—Ya lo sé —dijo Robin suspirando—. Nunca pensé que te apuñalaría. Lo siento mucho, Strike, de verdad. Estaba muy preocupada por...

—No me apuñaló por tu culpa. Tomé una decisión. No tenía por qué seguir...

Inspiró tan hondo como se lo permitió su pulmón dañado, y entonces se obligó a decir algo que habría preferido callar.

—Entrando en esa casa les salvaste la vida a Katya y a Flavia. Los micrófonos lo grabaron todo. Ese desgraciado estaba intentando entrar en el cuarto de baño cuando te oyó abrir la puerta de la calle. Hizo

saltar el diferencial de la luz y bajó corriendo a esconderse detrás de la puerta. Y si no llegas a tirar aquella estatuilla de mármol por la ventana, los vecinos no habrían ido corriendo a ayudar, así que... no puedo decir que preferiría que no hubieses entrado en esa casa.

—Pero si te hubiera matado, jamás me lo habría perdonado, Cormoran. Jamás.

—Joder, ahora no te pongas a llorar... —dijo Strike, y Robin se apresuró a enjugarse las lágrimas—. Ya me ha llorado bastante Lucy. Tenía entendido que la gente iba a verte al hospital para animarte, pero cada vez que Lucy me mira, se le saltan las lágrimas.

—No se lo puedes reprochar —dijo Robin con la voz tomada—. Casi te mueres.

—Pero estoy vivo, ¿no? Si quiere seguir viniendo, más vale que se aprenda un par de chistes.

—¿Va a volver esta noche?

—No —respondió Strike—. Esta noche le toca a Prudence.

—Ah, ¿la hermana a la que todavía no...? ¿La terapeuta?

—Sí. Lo tengo un poco mal para fingir que estoy ocupado.

—No me vengas con ésas —dijo Robin sonriendo—. Si no hubieses querido verla, habrías encontrado alguna excusa.

—Sí, tal vez —admitió Strike, y añadió—: Pero hazme un favor: si Lucy llama a la oficina, no menciones que ha venido Prudence...

—¿Por qué?

—Porque no le hará ninguna gracia que me haya visto con Prudence.

A Robin le pasó por la cabeza sugerirle a Strike que parase de mentir a las mujeres de su vida, pero lo descartó enseguida, pues consideró que con las resoluciones de dejar de fumar, ponerse a dieta y hacer ejercicio ya tenía suficiente para empezar.

—¿Cómo va todo por la oficina? —preguntó Strike, que seguía comiendo chocolate.

—Bien, no te preocupes. Hemos aceptado los dos casos siguientes de la lista de espera, dos relaciones extramatrimoniales, ambas de manual. Ah, pero esta mañana ha pasado una cosa graciosa. Ha llamado Nutley. Ahora que han detenido a todos los miembros de The Halvening, dice que estará encantado de volver.

—¿Ah, sí? —dijo Strike, en tono amenazador.

—Tranquilo, Barclay se ocupó de él. Le quitó el teléfono de la mano a Pat y creo que sus palabras exactas fueron «¡Vete a tomar por saco, cobarde de mierda!».

Strike rio, hizo una mueca de dolor y paró de reír.

—¿Ya han instalado el cristal de la puerta? —preguntó frotándose el pecho.

—Sí —contestó Robin.

—¿Y?

—¿Y qué?

—¿Lo has mirado bien?

—¿Si he mirado qué? ¿El cristal? Pues no, la verdad. No he ido mucho por la oficina, pero Pat no me ha dicho nada, así que supongo que estará todo bien. ¿Por qué lo dices?

—Pásame mi móvil —pidió Strike con impaciencia—. Joder. ¿Cuatro personas en la oficina y nadie se ha dado cuenta?

Robin, sin entender nada, le acercó el móvil. Strike abrió la galería de fotos y buscó la que le había pedido al vidriero que le mandara.

—Toma —dijo pasándole el teléfono a Robin.

Robin miró la puerta de la oficina, con su cristal esmerilado, la misma puerta que había visto por primera vez cinco años atrás, cuando la habían enviado como empleada temporal a una empresa desconocida y descubrió que iba a trabajar para un hombre que hacía el trabajo de sus sueños, aunque por entonces ella ya había dado por hecho que nunca podría ejercerlo. Cinco años atrás, las palabras grabadas en el cristal rezaban: «C. B. STRIKE, DETECTIVE PRIVADO», pero eso ahora había cambiado. Las de ahora decían: «AGENCIA DE DETECTIVES STRIKE Y ELLACOTT.»

De repente, las lágrimas acumuladas durante días cayeron sobre la pantalla del móvil, y Robin se tapó la cara con la mano que tenía libre.

—Maldita sea —masculló Strike, mirando de reojo a los otros visitantes, algunos de los cuales miraban fijamente a Robin—. Creía que te alegrarías.

—Y me alegro... Claro que me alegro... Pero ¿por qué me haces esto sin avisar? —dijo Robin mientras se secaba las lágrimas frenéticamente.

—¿Sin avisar? ¡Pero si llevas cinco días entrando por esa maldita puerta, Robin!

—No, ya te lo he dicho, he estado haciendo vigi... vigilancia...

Fue a coger unos pañuelos de papel de la mesilla auxiliar de Strike, y al hacerlo tiró la mitad de las tarjetas al suelo. Después de sonarse la nariz, dijo con voz débil:

—Gracias. Muchas gracias. De verdad, no sé cómo...

No se atrevía a abrazarlo por si le hacía daño, así que le dio un apretón en la mano que él tenía sobre las sábanas.

—De nada —dijo Strike devolviéndole el apretón. En cierto modo se alegraba de que Robin no se hubiese fijado en la puerta nueva, porque así había podido presenciar su reacción—. Con mucho retraso, ¿no te parece? Tendrás que pedirle a Pat que encargue también tarjetas de visita nuevas...

—¡Lo siento, se ha acabado el horario de visitas! —dijo una enfermera desde la puerta de la sala.

—¿Tienes algún plan para esta noche? —preguntó Strike.

Robin sintió un extraño escalofrío cuando él le soltó la mano. Se planteó responder con una mentira, pero no fue capaz, sobre todo después de haberse enfadado con Strike por hacer exactamente eso.

—Pues... pues mira, sí, tengo una cita.

La barba de Strike ocultó en parte la consternación que lo invadía, pero no del todo. Robin había decidido no mirarlo y se había agachado para recoger el bolso que había dejado junto a la silla.

—¿Con quién? No será con Pez Pierce, ¿verdad?

—¿Pez Pierce? —dijo Robin sin dar crédito, levantando la cabeza—. ¿Me crees capaz de salir con un sospechoso?

—Pues ¿con quién? ¿Con Hugh Jacks?

—¡No, claro que no! —exclamó Robin—. No, he quedado con... Ryan Murphy.

—¿Con Ryan...? ¿El tipo del cid?

—Sí.

Strike se quedó callado unos segundos, porque le estaba costando asimilar lo que acababa de oír.

—¿Y cuándo fue eso? —preguntó, con un poco más de contundencia de la que pretendía.

—Me invitó a tomar algo hace tiempo y le dije que no podía porque estaba trabajando, y... ahora sí puedo. Tengo el fin de semana libre.

—Ah. Ya.

Strike se esforzó por encontrar algo que decir.

—Bueno... Parece un tipo decente.

—Me alegro de que pienses eso —dijo Robin esbozando una sonrisa—. En fin, volveré cuando pueda, si no te...

—Sí, ven cuando quieras —dijo Strike—. Aunque supongo que me soltarán pronto.

Ella volvió a sonreír, se levantó y se alejó, pero al llegar a la puerta se dio la vuelta y le dijo adiós con la mano.

Strike se quedó mirando fijamente el sitio que había dejado vacío, hasta que regresó el superviviente del infarto y se metió en su cama. Esta vez el detective no reprendió a su compañero de sala por el fuerte olor a Marlboro que ahora flotaba en el aire, porque sus sentimientos se estaban revelando con una claridad tan irrefutable como inoportuna. Aquello que llevaba años intentando no ver ni nombrar había salido del rincón oscuro donde había intentado esconderlo, y Strike se dio cuenta de que ya no había forma alguna de negar su existencia.

Atrapado por el gotero y los drenajes que tenía en el pecho,

confinado en la estrecha cama de hospital, no podía seguir a Robin, no podía pedirle que volviera ni decirle que ya iba siendo hora de que hablaran de lo que había pasado aquella noche delante del Ritz.

«Sólo es una cita», se dijo, y de repente sintió más que nunca la necesidad de fumar; más que en ningún otro momento desde que había ingresado en el hospital. «Y probablemente Murphy meterá la pata de una forma u otra...»

Murphy podía emborracharse y hacer un chiste racista. Podía tratar con condescendencia a Robin, que era una detective sin formación académica. Hasta podía insinuarse de forma brusca... aunque Strike prefería no pensar en esa posibilidad.

Estiró un brazo para coger uno de los termos de té que le había llevado Robin y se sirvió una taza. El hecho de que el té tuviese exactamente el color de creosota que a él le gustaba lo hizo sentirse aún peor, y se lo bebió sin apreciar su sabor, de modo que no habría podido decir si la estevia sabía muy diferente que el azúcar.

Cormoran Strike acababa de recibir un golpe en el corazón, donde no había sido alcanzado por el machete, aunque casi con toda seguridad esa herida, a diferencia de la del machete, seguiría causándole problemas mucho después de que le hubiesen retirado el gotero y los drenajes.

Y lo peor de todo era que sabía que habría podido evitar encontrarse en esta situación con sólo haber abierto los putos ojos, por decirlo con las mismas palabras que él mismo había usado un rato antes.

Agradecimientos

Quiero expresar mi más profundo agradecimiento a David Shelley, mi incomparable editor, por su sabiduría y su empatía y por ser extraordinario haciendo su trabajo; a mi amigo Neil Blair, a quien puedo asegurar que no guarda ni el más remoto parecido con ninguno de los agentes ficticios de las novelas protagonizadas por Strike; a Mark Hutchinson, Rebecca Salt y Nicky Stonehill, por su apoyo a tantos niveles que podría llenar el resto de la página con ejemplos, igual que podría llenarlas con disculpas para Nicky, porque Rebecca, Mark y yo le destripamos el final de este libro durante una cena; a Di Brooks, Simon Brown, Danny Cameron, Angela Milne, Ross Milne, Fi Shapcott y Kaisa Tiensuu, porque sin vosotros no podría seguir escribiendo; a Sofia, por dejarme acribillarla a preguntas sobre el mundo de la animación; a Decca, genio de la tecnología, por salvar mi libro y mi cordura. Dios mío, cómo me gustaría clonarte, y no sólo por el apoyo técnico; a David y Kenzie, que me acompañaron al cementerio de Highgate bajo una lluvia torrencial el día de mi cumpleaños e hicieron el esfuerzo de aparentar que así era exactamente como querían pasar unas horas; y a Neil, por las infinitas tazas de té, la paciencia, la bondad, los buenos consejos y por apoyarme absolutamente siempre. #NoTodasLasBarbas

Créditos

«Rather Be» Hal Leonard: letra y música de Grace Chatto, Jack Patterson, Nicole Marshall y James Napier. © 2013 EMI Blackwood Music Inc., Sony Music Publishing (US) LLC y Concord sisl Limited. Todos los derechos en nombre de emi Blackwood Music Inc. y Sony Music Publishing (US) LLC. Administrados por Sony Music Publishing (US) LLC, 424 Church Street, Suite 1200, Nashville, TN 37219. Todos los derechos en nombre de Concord sisl Limited administrados por Concord Lane c/o Concord Music Publishing. Copyright Internacional protegido. Todos los derechos reservados. Reproducido con permiso de Hal Leonard Europe Ltd. Sony: Letra y música de Grace Chatto/ Nicole Marshall/James Napier/ Jack Patterson ©2014. Reproducido con permiso de 50/50 UK/EMI Music Publishing, Londres W1T 3LP.

«Ebony and Ivory»: letra y música de Paul McCartney. ©1982 MPL Communications, Inc. Todos los derechos reservados. Reproducido con permiso de Hal Leonard Europe Ltd.

«Wherever You Will Go»: letra y música de Aaron Kamin y Alex Band. ©2001 por Universal Music —Careers, BMG Platinum Songs, Amedeo Music y Alex Band Music. Todos los derechos para BMG Platinum Songs, Amedeo Music y Alex Band Music, administrados por BMG Rights Management (US) LLC. Copyright Internacional protegido. Todos los derechos reservados. Reproducido con permiso de Hal Leonard Europe Ltd.

«The Show Must Go On»: letra y música de John Deacon/Brian May/Freddie Mercury/Roger Taylor. ©1991. Reproducido con permiso de Queen Music Ltd/EMI Music Publishing, Londres w1t 3lp.

«I'm Going Slightly Mad»: letra y música de John Deacon/Brian May/Freddie Mercury/Roger Taylor. ©1991. Reproducido con permiso de Queen Music Ltd/EMI Music Publishing Londres w1t 3lp.

«Strawberry Fields Forever»: letra y música de John Lennon y Paul McCartney. ©1967. Reproducido con permiso de atv international/EMI Music Publishing, Londres w1t 3lp.

«The Road To Valhalla»: letra y música de Bratta Vito y Mike Tramp. Vavoom Music Inc. (ascap). Todos los derechos en nombre de Vavoom Music Inc. administrados por Warner Chappell Overseas Holdings Ltd.

Sobre Robert Galbraith

Robert Galbraith es un seudónimo de J.K. Rowling, la autora de la saga de «Harry Potter» y de *Una vacante imprevista. Blanco letal* es el cuarto libro de la aclamada serie policíaca protagonizada por Cormoran Strike, cuyas tres entregas anteriores son *El canto del cuco, El gusano de seda* y *El oficio del mal*. BBC One ha adaptado las novelas de Robert Galbraith a la pequeña pantalla en una serie de gran éxito producida por Brontë Film and Television.



Título original: *The Ink Black Heart*
Primera edición: octubre de 2024
Publicado por primera vez en Reino Unido en 2022 por Sphere,sello editorial de Little, Brown Book Group, Londres

Adaptación de la cubierta de Penguin Random HouseGrupo Editorial, basada en el diseño origginal de Duncan Spilling

ISBN: 9788419346100
Compuesto en www.acatia.es

notes

Notas a pie de página

[1] Es tan fácil estar contigo / Sagrada sencillez / Si estamos juntos / No quiero estar en ningún otro sitio…

[2] Ébano y Marfil conviven en perfecta armonía…

[3] Me iré corriendo con mi corazón / Me iré corriendo con mi esperanza / Me iré corriendo con mi amor…

[4] Fuera empieza a amanecer / Pero dentro, a oscuras, ansío ser libre…

[5] Me estoy volviendo un poco loco / Me estoy volviendo un poco loco…

[6] La raza blanca está perdiendo / defiende a nuestro pueblo.

[7] Es difícil ser alguien, pero todo se soluciona, no me importa demasiado.